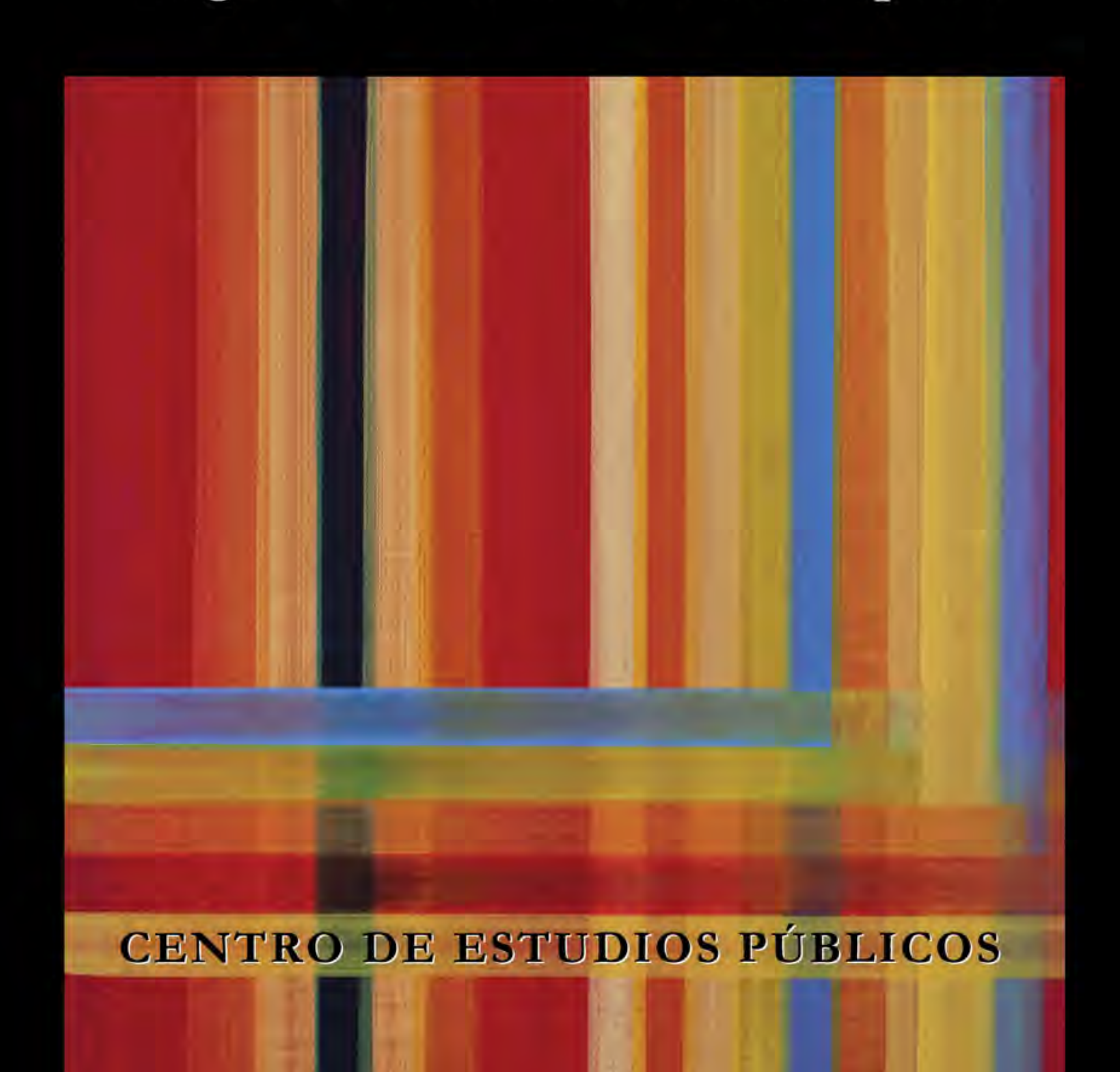
Joaquín Fermandois

# La revolución inconclusa

## La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular



LA REVOLUCIÓN INCONCLUSA. LA IZQUIERDA CHILENA Y EL GOBIERNO DE LA UNIDAD POPULAR



Inscripción N° 232.149
ISBN 978-956-7015-43-6

Publicado en Santiago de Chile.
Primera edición de 1.000 ejemplares, agosto de 2013.
Segunda edición de 500 ejemplares, octubre de 2013.
Tercera edición de 300 ejemplares, julio de 2015.


www.cepchile.cl

PRODUCCIÓN GRÁFICA
David Parra Arias

CORRECCIÓN DE ESTILO
Hugo Rojas Miño

IMAGEN DE PORTADA
Detalle de *Interludio* N° 25, 2009, de Francisca Sutil
(Gesso pigmentado y óleo sobre lino montado sobre madera, 61x46 cms.)
Agradecemos la gentileza de la autora y del fotógrafo Fernando Maldonado.

Impreso en Andros Impresores, 2015.

Joaquín Fermandois

# La revolución inconclusa

## La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular

CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS

A

Mariana Silva Hübner †

# Índice

# Prólogo

Algunos pusieron en tela de juicio lo que dijo Mario Góngora en 1976: el 11 de septiembre de 1973 era la fecha más decisiva de la historia de Chile del siglo XX. Hubo ceños fruncidos. Se apreciaba solo como una sanción a los hechos. Se les escapaba lo que a la vista aguzada del historiador, contemporáneo a medio siglo de historia del país, le era natural. La fecha daba testimonio de una extraordinaria densidad del acontecer. Resumía las pasiones y negligencias del siglo en la manera de adoptar una actitud ante los retos que los tiempos y los desvelos imponían a los responsables de la nación. Estos no eran meramente una pequeña capa aislada en la cúspide. En realidad, eran, al mismo tiempo, orientadores e intérpretes de la sociedad chilena.

Aparte del 18 de septiembre de 1810, no hay otra fecha-símbolo de la historia del país que reúna las condiciones para señalar con claridad meridiana un antes y un después como la del derrocamiento del gobierno de Salvador Allende. La conmoción no se debe únicamente al dramatismo del día del golpe de estado, sino que también a la intensidad emocional con que se vivieron los tres años de esa administración, cada vez más profunda a medida que se acercaba la hora del desenlace. Tampoco se explica solo por la inusual prolongación del régimen militar que la siguió, insólita en relación con la historia del país. Esta conmoción fue potenciada por la polvareda de atención, en general simpatizante, que despertó el gobierno de Allende en América, Europa Occidental y más allá también. Fue desde esos lares, en especial los europeos, donde se bautizó al período del gobierno de la Unidad Popular como la "experiencia chilena". Si la mayor parte de las veces se la observó como una suerte de utopía moderna, lo que la siguió tenía que ser juzgado como antiutopía. Es cierto que la visión externa no ha tenido una correspondencia proporcional en las miradas que se han dado al interior del país, mucho más dividido al respecto y más disperso también. No podía ser de otra manera, ya que la crisis nacional de la década de 1970

era una de las probabilidades de una historia política identificada con las grandes tendencias universales del siglo XX.

La confluencia de la intensidad de la experiencia interna con la curiosidad y a veces ardor externos ha hecho de esos años el período más estudiado de la historia de Chile. A veces podría parecer que en exceso. Con todo, hay que aceptar que la historia escrita depende del interés de los contemporáneos, aunque se ocupen de un tema remoto. Existen algunos hechos que pasan a ser representativos de un gran dilema político-moral. Están envueltos también aspectos sociales, económicos, culturales y demográficos, entre otros de diversa índole. Lo que les confiere significación es que alcanzan ese orden en que los seres humanos cavilan y dirimen sobre qué sucedió, cómo sucedió, por qué sucedió. Es la dimensión político-moral la que se confronta más profundamente con estas preguntas.

Es inevitable la curiosidad que despiertan los hechos estelares y los fenómenos transformadores. Es lo que explica, por ejemplo, la concentración y el número de estudios, en apariencia desproporcionados, que en Argentina existen sobre el peronismo, en Estados Unidos sobre la Guerra de Secesión, en Alemania sobre el nazismo y en España sobre la Guerra Civil. Parece que será el sino de Chile el que las circunstancias en torno a 1973 constituyan por largo tiempo un foco del interés político e intelectual, lo que asegura que se seguirán escribiendo historias al respecto. Hay que añadir, eso sí, que esta fijación es más propia de los que escriben fuera de Chile que de aquellos que lo hacen en el país. Sin embargo, desde el punto de vista de la disciplina de la historia existe una tendencia constante hacia una fusión entre los estudios sobre Chile que surgen fuera del país y los que se escriben en su interior. Algo similar sucede en otras partes de América Latina y también en otras regiones del mundo. Aunque es poco probable que se llegue a la síntesis absoluta, hay que decir que este es uno de los factores que explican la persistencia del interés por 1973.

En un comienzo había pensado que el resultado de esta investigación se tradujera en lo que los historiadores llamamos historia general; vale decir, un intento de que todos los aspectos de la vida histórica encuentren un lugar en la escritura: política, economía, sociedad, cultura y las muchas otras facetas de la experiencia humana. También quería acoger, en un cierto grado, corrientes del último medio siglo que promueven poner como objeto de la escritura a "los de abajo" —como multitud o como vidas mínimas—, ya sea que se los considere paralelos a "los de arriba" o que se crea que deberían ser los actores principales de toda historia.

Por causa del tiempo, ese monstruo devorador que siempre nos alcanza y muchas veces nos arrolla, hube de dejar a un lado mi pretensión inicial y concentrarme

en la elaboración de una historia política clásica. Creo, sin embargo, que este libro se hace cargo —en general, de manera tácita— de las otras dimensiones de la realidad histórica que, como siempre que hay un nuevo objeto, a muchos parece que deberían ser lo más importante en el relato histórico. Creo también que la distinción demasiado tajante entre "los de arriba" y "los de abajo", como aquella entre lo público y lo privado, tiende a crear nuevas formas de fetichismo y de clasificaciones abstractas que poco tienen que ver con el fenómeno histórico real. De todas maneras, existe una naciente literatura sobre los años de la Unidad Popular en la que el lector podrá encontrar más desarrollado este tema y será complementaria a la lectura del presente libro. En general, verá un enfoque distinto al que se encuentra aquí, aunque mi idea es que, en el fondo, no tiene por qué ser tan contradictorio con el que presento.

Tengo otro motivo para haberme concentrado en lo que llamo, sin mayor compromiso de rigurosidad conceptual, historia política clásica. La Unidad Popular existió porque respondía a la voluntad política de una larga tradición de líderes, dirigentes, militantes y simpatizantes, vinculados por una sensibilidad y en muchos casos por una experiencia vital que venía desde su nacimiento y no pocas veces se remontaba a los antepasados. Estaban imbuidos de la convicción de que había que *re-crear* el Estado y la sociedad en Chile. No eran los únicos, ya que la política moderna se trata justamente de discernir qué se puede y qué se debe hacer frente a la realidad social, a nuestros dilemas institucionales y ante los procesos económicos, y cómo conservar o crear un orden y procedimientos que se consideren justos frente a amenazas o situaciones de menoscabo. Esto les es común a las tendencias revolucionarias y antirrevolucionarias, y define también, usualmente, a corrientes de otro tipo que reúnen elementos de ambas. Chile no es más que uno de los tantos ejemplos de experiencias políticas que se han dado y se siguen dando en este sentido a lo largo del mundo.

La realidad histórica está provista de innumerables dimensiones, en un fenómeno de infinitud que solo una pluma como la de Jorge Luis Borges podría acercarse a representar, una suerte de Aleph con el que convive cada uno de nosotros en las horas de vigilia y de sueño. Escogemos de ella, por una combinación de azar y afección, las dimensiones que nos parecen más representativas y que nos sirven de guía, a veces apenas de parábola, para sospechar la complejidad que hay tras la urdimbre de la historia. Aquí se escogió la dimensión política.

Siendo la historia escrita una combinación de arte y rigurosidad científica, la elección del tema, la manera de enfocarlo y sobre todo la selección de ese pequeño segmento de la realidad extraído de un espacio infinito suponen un riesgo de

arbitrariedad importante. El principal antídoto contra esta se halla en que vivimos inmersos entre especialistas y en una experiencia intelectual que nos rodea, en las preguntas que se efectúan y en el intento de respuestas que la escritura de cada uno de nosotros pueda ofrecer. En sí mismo, esto no nos hace inmunes al fenómeno de las capillas intelectuales ni a la "prohibición de preguntar" sobre ciertas cosas, los tabúes más intocables precisamente porque no se los nomina como tales. Frente a estas dificultades, solo resta ampararse en la difícil libertad interior —que Mario Góngora reclamaba como la única verdadera— y en la existencia de un debate público que tenga algún peso sobre el acontecer. Hay una marcada y siempre nítida diferencia entre la historia escrita en sociedades en las que se ha suprimido o secuestrado el debate abierto y aquella brotada en los espacios donde es de rigor la discusión ante un público. Este contraste atraviesa la historia contada en este libro.

Por lo demás, el historiador debe dar cuenta de la razón de ser de su creación intelectual, aunque nunca podrá explicar cabalmente siquiera lo que otros pueden considerar sus principales aciertos. Siempre quedará un aliento de intuición y empatía, de pasión, pena y rabia; de nostalgia y de amores perdidos; todo esto nos permite entender la existencia de la gran historiografía desde sus albores en la Grecia clásica.

Dicho esto, sin embargo, la historia política clásica —junto con la de los hechos heroicos, una de las dos fuentes originarias de esta disciplina— mantiene, y creo que mantendrá, un cetro especial como un fin en sí mismo y también como una manera de ordenar nuestra labor para comprender la relación del ser humano con su mundo histórico. En cualquier caso, para comprender al Chile de la Unidad Popular, no podremos sino comenzar por tratar de comprender el fenómeno político que se desarrolló en esos años y que poseía una profunda raíz en la sociedad chilena, de lo cual se busca dar cuenta en el presente libro. Por ello, esta investigación da espacio a otros actores fuera de la izquierda chilena y recuerda también ciertos rasgos centrales de la historia del país, que en muchos sentidos corresponden en general a una nación del mundo moderno.

No puedo ocultar que como cualquier historiador, lo confiese o no, lo que escribo es intransferible a otro autor. Vale decir, ninguna historia escrita es idéntica a otra. Narramos un acontecimiento poniendo algo de nuestra perspectiva, en la que intelecto y sentimientos forman una alianza en apariencia férrea e idealmente sometida también a una especie de autocrítica. Es el desdoblamiento del autor —visible con mayor intensidad en el historiador contemporáneo— que ha tenido un vínculo vital con los sucesos que narra. Como autor sentía que tenía algo que añadir a la literatura existente sobre la Unidad Popular. Debo mucho a gran parte de esa

literatura, pero en ella había un silencio, me parece, que era la visión de las cosas que yo me había formado, al haber vivido los tiempos y haber leído y reflexionado sobre ellos. En 1985 publiqué un libro sobre estos hechos, resultado de mi tesis doctoral, aunque centrado en las relaciones internacionales; en cambio, el libro que el lector tiene entre manos los narra como un fenómeno político total.

He titulado el libro *La revolución inconclusa* con la plena conciencia de que el nombre no me pertenece del todo, sino que replica uno escogido por el historiador Isaac Deutscher para una suerte de historia de la Revolución Rusa y su derrotero posterior, en su tiempo muy leída. No es seguro que Deutscher haya sido el primero en usarlo, y en todo caso él emplea el adjetivo "inacabada" (*unfinished*), aunque reconozco que es casi lo mismo que "inconclusa". Lo más probable es que alguien lo haya utilizado antes como título. A estas alturas de la historia universal, no queda mucho espacio para la originalidad en casi ningún rasgo de la existencia humana. De todas maneras, el título de este libro significa algo distinto a lo que Deutscher quería decir por "inacabada". Para este, en su fiel tarea de apología de lo que pensaba hubiera sido la Revolución Rusa sin Stalin, se trataba de demostrar que la Unión Soviética era una deformación burocrática del socialismo. En mi caso, quiero indicar que la idea de la revolución —uno de los grandes mitos de la política moderna, en la medida en que la modernidad admite la existencia de mitos en su sentido original— era inseparable de la izquierda chilena tal como ella se fue configurando a lo largo del siglo XX, hasta culminar en la Unidad Popular. Si bien, en estricto rigor, no se puede denominar como revolución a este período de gobierno, sí asumimos lo que muchos de sus dirigentes afirmaban y que además fue confirmado por el propio Fidel Castro, autoridad decisiva para gran parte de la izquierda; esto es, que se trataba de un "proceso revolucionario". Este, sin embargo, solo podía tener sentido si culminaba en una revolución propiamente tal, la que se concretaría de acuerdo con los grandes modelos revolucionarios que el marxismo chileno miraba como paradigmas. Esta revolución fue la que quedó inconclusa.

Con esto no quiero decir que la revolución renacerá de sus cenizas ni tampoco que se desvaneció para siempre. Aunque me parece que 1789 y 1989 —Revolución Francesa y caída del Muro de Berlín, respectivamente— constituyen dos marcas de auge y crisis de la idea de la revolución, no es imposible que las tensiones y alternativas políticas de la modernidad estén también provistas de una muy larga duración, en la cual la meta revolucionaria vuelva a ocupar un lugar protagónico. Nos ilusionemos o desalentemos con esta perspectiva, las cosas son como son. Es solo una de las probabilidades del futuro, por definición incierto y plagado de sorpresas. De todas

maneras, la experiencia política más fundamental de nuestro tiempo es la esterilidad del propósito revolucionario en cuanto realización de una idea e ideal. En definitiva, lo que tenemos para Chile es esta revolución puesta en marcha y aventada por la crisis producida en el país, por el golpe de estado y por la dictadura de desarrollo —también personalista y a la vez institucional— que la siguió, aunque esta igualmente estaba expuesta a las transformaciones de la historia global.

El libro surgió de una serie de conversaciones con Arturo Fontaine Talavera. Aunque no pude recoger todas las ideas que me entregara, ni el libro ni parte de su contenido existirían sin el impulso de su riqueza de inquietudes. Después, con el auspicio del Centro de Estudios Públicos (CEP), en el plazo de tres años hubo de desarrollarse este proyecto. De un esquema inicial pasó a organizarse en su arquitectura actual, ya que la investigación y redacción, dos caras de un mismo proceso, ejercen influencia en modificar las hipótesis originales, aunque sin estas los esfuerzos tienden a encallar en la esterilidad. El apoyo del CEP me permitió un mes de fecunda permanencia en los archivos que contienen la documentación de la dirigencia de la República Democrática Alemana (Alemania Oriental) en Berlín, y que han tenido una importancia inestimable para comprender algunos aspectos de las conductas de la izquierda chilena en los años 1960 y 1970. Igualmente pude, de manera marginal pero significativa, emplear material recopilado gracias al proyecto Fondecyt Nº 1095219, que me permitió reunir documentación sobre algunos aspectos internacionales del Chile de 1970.

También tuve el apoyo del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, que me permitió dedicar parte de mi tiempo, muy intenso el último año, para poder conducir esta idea a buen puerto.

En algunos períodos de la recolección de material y la escritura del texto, tuve el apoyo entusiasta de Pablo Geraldo, Ximena Vial, Javier Recabarren y Trinidad Medina. En Berlín, Ruth Baumgartl fue vital para introducirme al estudio del material de archivo de la antigua Alemania Oriental. Después de mi estadía en el Bundesarchiv, ella permaneció varios meses en el lugar hasta completar una recolección bastante acabada de lo que se pretendía para los fines de la investigación. En el Centro de Estudios Públicos, Carmen Luz Salvestrini nos apoyó pronta y eficazmente en la obtención de material bibliográfico y otras fuentes. Lo bien editado del libro se debe principalmente a David Parra.

El libro mejoró sustancialmente, creo yo, por la asistencia continuada de tres colaboradores imprescindibles, desde el comienzo hasta el final. En efecto, Sebastián Hurtado nos facilitó material de fuentes norteamericanas. Estas habían

sido exploradas por mí en investigaciones anteriores, una de ellas de hace más de 30 años. Sin embargo, el material que entretanto ha salido a la luz es inmenso. Su pericia de investigador y sus vastos conocimientos en historia y otros campos ayudaron a ampliar la perspectiva y las referencias en muchas partes del libro. Diego Hurtado ha estado literalmente a mi lado por tres años, con la diligencia acostumbrada para cumplir con los encargos de material, incansable en la búsqueda milimétrica de hemeroteca. A la vez, su preparación conceptual ayudó a mejorar o a pensar muchas partes del manuscrito. Milton Cortés no trabajó con menos ahínco en la búsqueda de material, en las correcciones de estilo y en la confrontación de la evidencia con lo que sostenía el relato. Los tres me acompañaron en una lectura en voz alta del manuscrito jalonada de incisivos debates acerca de lo apropiado, de lo justo o de lo fidedigno de tal o cual afirmación o exposición de hechos. Ninguno tiene la menor responsabilidad en lo que pueda haber de controvertible o en falencias del libro. A veces yo acogía sus planteamientos y críticas; otras veces hacía predominar mis puntos de vista. Las diferencias tienen también mucho que ver con la distancia de generaciones y con el hecho de que estemos en parte encadenados a distintas espirales de tiempo. En suma, la responsabilidad de lo escrito es exclusivamente mía.

Joaquín Fermandois Huerta
*Julio de 2013*

## Capítulo I

# El desarrollo republicano: ¿un orden excepcional?

### Verdad o falsedad de la democracia chilena

Desde 1973, la afirmación más repetida ha sido que Salvador Allende Gossens, elegido Presidente con plena legitimidad de acuerdo a la Constitución, fue derrocado por un golpe de estado que destruyó la tradición democrática surgida junto al nacimiento de la república. A medida que pasaron los años, en contraste paradojal, se desarrolló una creciente idealización de la democracia que existía hasta entonces y el violento derrocamiento del Presidente, su muerte y el régimen militar que le siguió aparecieron como aberraciones en la historia de Chile.[1] Sin embargo, con intensidad ligeramente menor se ha afirmado también que tras la fachada democrática de antes de 1973 se escondía una democracia incompleta, quizás rotundamente falsa. Habría sido un país orientado según el dominio oligárquico, incapaz de desarrollar una economía moderna y una estructura social realmente democrática.[2] La primera

---

[1] Ver Clodomiro Almeyda, *Reencuentro con mi vida* (Santiago: Ediciones del Ornitorrinco, 1987), p. 249: "Hay todavía muchas partes del mundo donde hechos de esta especie suceden. Pero en Chile lo que estábamos viviendo era sencillamente impensable"; Patricio Aylwin, *El Reencuentro de los demócratas: del Golpe al Triunfo del No* (Santiago: Ediciones B, 1998), pp. 9-10: "Parto del criterio de que Chile fue, desde sus orígenes como nación independiente y dentro del contexto de la realidad latinoamericana, un Estado con definida vocación institucional y democrática. El amor a la libertad y el rechazo a toda forma de opresión, el respeto a las instituciones y a la vigencia del derecho, la tolerancia a las opiniones divergentes, la tendencia a no extremar los conflictos y resolverlos mediante soluciones consensuales fueron, entre otras, características históricas del modo de ser y de actuar de los chilenos, que el Cardenal Silva Henríquez calificó como constitutivas del 'alma de Chile'".

[2] Felipe Portales, *Los mitos de la democracia chilena*, 2 vol. (Santiago: Catalonia, 2004); Gabriel Salazar, *Violencia política popular en las "Grandes Alamedas": Santiago de Chile 1947-1987 (una perspectiva histórico-popular)* (Santiago: Sur, 1990), pp. 81-91; del mismo autor, *Construcción de Estado en Chile (1760-1860): democracia de "los pueblos", militarismo ciudadano, golpismo oligárquico* (Santiago: Sudamericana, 2005);

reforma profunda de verdad habría sido la propuesta por Allende y la Unidad Popular y su resultado fue que el sistema político democrático estalló en mil pedazos por la reacción de los sectores amenazados en sus privilegios. La oposición contra el gobierno de la Unidad Popular, por su parte, insistió en que defendía el régimen democrático, que habría estado amenazado por el proyecto político de la coalición de izquierda, y ese fue el principal argumento de los primeros bandos de la Junta Militar la mañana del 11 de septiembre de 1973.[3]

En realidad, estas interpretaciones no son contradictorias entre sí. La tesis se podría expresar como sigue: habiendo existido un grado de democracia y de avance social en Chile, cuando este llegó a amenazar los intereses creados, en parte culpables del estancamiento, estos reaccionaron rechazando la democracia y abrazando una dictadura. Quienes alababan la democracia chilena habrían ignorado sus muchas y fatales contradicciones. En el discurso político y en alguna literatura apologética del régimen militar que siguió a la Unidad Popular se llegaría a expresar casi lo mismo, aunque para llegar a conclusiones muy distintas.[4] De esta manera, se legitimaba un prolongado estado de excepción y un orden constitucional nuevo, la "democracia protegida". Después de 1990, un tema permanente en el debate de ideas acerca de Chile ha sido si su democracia y su progreso corresponden a una situación verdadera o son meras cáscaras de una sociedad jerarquizada, recorrida por profundas grietas sociales y étnicas.[5]

Todo depende de con qué se le compare. Medido con la autoimagen del discurso acerca de lo "excepcional", que supone que Chile sería una democracia "avanzada", esa dulce idea de sí mismo se estrella con una realidad más violenta y, sobre todo, más mediocre. En el marco del continente latinoamericano, Chile y Brasil aparecen como los países en los cuales más se cumplió con los marcos institucionales propios de la democracia representativa durante los siglos XIX y XX. Casi lo mismo podría decirse

Lessie Jo Frazier, *Salt in the Sand: Memory, Violence, and the Nation-State in Chile, 1890 to the Present* (Durham: Duke University Press, 2007).

[3] *El Mercurio*, 13 de septiembre de 1973.

[4] Augusto Pinochet, *Política, politiquería, demagogia* (Santiago: Renacimiento, 1983). También está la obra, desde una perspectiva más elaborada, de Pablo Rodríguez Grez, *El mito de la democracia en Chile*, 2 vol. (Santiago: EVES, 1985).

[5] Tomás Moulian, *Chile actual: anatomía de un mito* (Santiago: LOM, 1997); Amparo Menéndez- Carrión, Alfredo Joignant (editores), *La caja de Pandora. El retorno de la transición chilena* (Santiago: Planeta, 1999); Felipe Portales, *Chile: una democracia tutelada* (Santiago: Sudamericana, 2000); Peter Winn (editor), *Victims of the Chilean Miracle: Workers and Neoliberalism in the Pinochet Era, 1973-2002* (Durham & Londres: Duke University Press, 2004).

en las dos primeras décadas del siglo XXI, hasta el momento de escribir estas líneas. Con igual sorna se podría hablar de las no poco numerosas rupturas institucionales en ambos países, de la pobreza aberrante, de la carencia de modernidad democrática y desarrollo económico y social en comparación con los niveles de sociedades desarrolladas, y de que Brasil fue una sociedad esclavista hasta 1888 y Chile discriminó y descuidó a su población indígena. De todas maneras, lo que continúa imbatible es la imagen más poderosa que en este sentido predomina en la masa de los chilenos, de que su país en lo político es mejor que otros de América Latina.[6]

Sin embargo, este período de "única democracia" no podría haberse dado sin la existencia previa de una larga y accidentada ruta, experimentando el desarrollo de una democracia presidencial con el estado de derecho como norte. No podría haber surgido de la nada. ¿Cuán democrática fue realmente la democracia chilena? El marco de comparación debe ser siempre el "modelo occidental", la práctica política moderna con raíces en la tradición republicana. Se trata de una realidad eminentemente política. Si se toma una definición económica de la democracia, como exigir un grado determinado de desarrollo y de igualdad o, más aún, si se afirma que la propiedad privada de los medios de producción crea por sí misma una realidad no democrática, entonces la república chilena jamás fue democrática.

## ¿Qué es la democracia?

Aquí por lo tanto se entenderá el concepto de democracia como un sistema político autónomo y que la política es una parte autónoma del reino de lo humano. Existe el hombre político, así como existen el hombre social y el hombre económico. La realidad es una sola, pero existen lógicas de comportamiento distinto. La definición de democracia destaca en primer lugar el "estado de derecho" y supone en principio el dominio autónomo de la ley y la división clásica de poderes (Ejecutivo, Legislativo y Judicial); supone también la competencia electoral, instituciones democráticas autónomas, tales como partidos políticos y sindicatos, y una prensa libre. En un plano más amplio, supone la diferenciación entre Estado y sociedad. En fin, no es necesario plantear una teoría de la democracia para señalar que nos

[6] Brian Loveman, *Chile: The Legacy of Hispanic Capitalism* (New York y Oxford: Oxford University Press, 2001; original, 1979), p. 3; Ricardo Krebs, *Identidad chilena* (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2008), p. 116. El testimonio de Edward Boorstein, An *Inside View: Allende's Chile* (New York: International Publishers, 1978), pp. 41-ss; Claudio Véliz, *La tradición centralista de América Latina* (Barcelona: Ariel, 1984; original en inglés, 1980), entre muchos otros.

referimos a lo que llamamos el "modelo occidental", vale decir, el tipo de sistema político surgido en el Occidente moderno, aunque con antecedentes en el desarrollo republicano y en la Antigüedad Clásica.[7]

## La idea de algo especial: excepcionalismo y el desmontaje[8]

La convicción acerca del carácter excepcional de las instituciones políticas chilenas atravesaba todo el espectro de sensibilidades ideológicas del Chile de la Constitución de 1925 y era expresada generosamente ante audiencias nacionales e internacionales por miembros de todos los sectores. En 1962, por ejemplo, ante la presión de Estados Unidos y de una mayoría de países latinoamericanos que auspiciaban la expulsión de la Cuba de Fidel Castro del sistema interamericano, el ministro de Relaciones Exteriores chileno, Carlos Martínez Sotomayor, aludía indirectamente a que la mayoría de las naciones de la región no eran gobernadas por líderes elegidos en democracia:

> En nombre de un país como Chile, que durante los últimos ciento treinta años sólo ha tenido dos Constituciones Políticas cuyo texto se aplica en forma integral, en nombre de un país como Chile, que tiene un Congreso Nacional que es el tercero en antigüedad en el mundo, después de la Cámara de los Comunes y del Parlamento norteamericano, en nombre de un país que tiene la más perfecta separación de poderes, en que todas las tendencias políticas, sin excepción alguna, se encuentran representadas en el Congreso, en donde existen diarios y periódicos de todas opiniones. Es en

---

[7] Una excelente combinación de historia y ciencia política en la definición de la democracia latinoamericana, que se empleará repetidamente como punto de referencia en este libro, está en Paul W. Drake, *Between Tyranny and Anarchy: A History of Democracy in Latin America, 1800-2006* (Stanford: Stanford University Press, 2009); también Alain Rouquié, *A la sombra de las dictaduras. La democracia en América Latina* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011; original en francés, 2010). Un estado de la cuestión en términos bibliográficos en Gerardo L. Munck, "Los orígenes y la durabilidad de la democracia en América Latina: Avances y retos de una agenda de investigación", *Revista de Ciencia Política*, vol. 30, No. 3, 2010, pp. 573-597. Sobre los orígenes del concepto de democracia, Óscar Godoy, *La democracia en Aristóteles: los orígenes del régimen republicano* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2012).

[8] Hemos preferido el uso del término "excepcionalismo", traducción de un anglicismo, en lugar de "excepcionalidad". Este último término define, sencillamente, la cualidad de excepcional de algo, por lo que su uso en este contexto implicaría asumir sin más lo excepcional del régimen republicano chileno, lo cual es cuestionado aquí. El término "excepcionalismo", por su parte, define no solo a la cualidad de excepcional de un régimen, especialmente en su uso en la cultura norteamericana, sino también, y fundamentalmente, a la imagen de excepcionalidad proyectada y asumida por una cultura política. Esta es la realidad que queremos representar para el caso chileno.

> nombre de ese país que me atrevo a preguntar aquí si efectivamente la Democracia Representativa existe en todo el continente. La respuesta a esta pregunta está en la conciencia de América.[9]

Algo parecido sostuvo Eduardo Frei Montalva en 1965, nada menos que ante Charles de Gaulle:

> Por todo esto siento orgullo de ser el primer Presidente que llega en visita oficial a Francia en representación de Chile, cuyo Parlamento es uno de los más antiguos del mundo, pues a través de 150 años de elecciones libres y de una vida nunca interrumpida desmiente esa imagen tan simplista de Latinoamérica.[10]

El mismo Salvador Allende lo esgrimía según la ocasión. En su famoso discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas en diciembre de 1972, el Presidente hablaba con indisimulado orgullo de la trayectoria histórica de Chile:

> Vengo de Chile, un país pequeño pero donde hoy cualquier ciudadano es libre de expresarse como mejor prefiera, de irrestricta tolerancia cultural, religiosa e ideológica, donde la discriminación racial no tiene cabida. Un país con una clase obrera unida en una sola organización sindical, donde el sufragio universal y secreto es el vehículo de definición de un régimen multipartidista, con un Parlamento de actividad ininterrumpida desde su creación hace 160 años, donde los Tribunales de Justicia son independientes del Ejecutivo, en que desde 1833 sólo una vez se ha cambiado la Carta Constitucional, sin que ésta prácticamente jamás haya dejado de ser aplicada.[11]

La trayectoria histórica de Chile había sido, por supuesto, mucho más compleja que lo que estas orgullosas visiones excepcionalistas sugerían. El relato clásico de la historia de Chile dice que, en un continente marcado por asonadas, golpes de estado, caudillos civiles y militares y déspotas de caricaturas, el país fue el primero en organizarse en lo político y que su normal funcionamiento institucional sufrió pocas interrupciones, siendo universalmente admirado, sobre todo en el siglo XX.[12]

---

[9] *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile*, 1962, p. 70.

[10] Óscar Pinochet de la Barra (selección y prólogo), *Eduardo Frei Montalva, 1911-1982. Obras escogidas, 1931-1982* (Santiago: Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, 1993), pp. 307-309.

[11] Gonzalo Martner (compilador), *Salvador Allende. Obras escogidas, Período 1939-1973* (Santiago: Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, 1992), pp. 626-627.

[12] Esta idea, enfatizando la importancia de los partidos políticos en el carácter fuertemente institucional de la política chilena, fue planteada nada menos que por Eduardo Frei Montalva, *Historia de los partidos políticos chilenos* (Santiago: Del Pacífico, 1949), pp. 249-ss.

El discurso que intenta desmontar este cuadro autocomplaciente presenta la historia de Chile como una realidad lastimosa, casi lo contrario de esa imagen hermoseada. Tras insinuarse ese paisaje de revueltas y confusión después de la independencia, se consolidó un orden conservador sostenido a base de estados de sitio. Tras una relativa apertura dentro de un sistema oligárquico, está la Guerra Civil de 1891, la más sanguinaria de la historia republicana, medida en número de muertos. En todo caso, el breve período liberal era en el mejor de los casos una democracia para pocos, las "elites". Lo que sigue a 1891 fueron 33 años del período oligárquico por excelencia.

Luego vino el Movimiento Militar de 1924, y un período de disturbios, con elecciones, plebiscito, nuevas elecciones, con muchos vicios para ser calificadas como democráticas, y la aparición de la primera de las dos dictaduras modernas del siglo XX chileno, la de Carlos Ibáñez del Campo. Tras su caída más o menos violenta en 1931, siguió un año en el cual el país orilló el ser una "república bananera", o una guerra civil, con golpes, contragolpes, archipolitización de las fuerzas armadas, hartazgo civil con la clase militar y hartazgo militar con el involucramiento en la política. Nada muy "excepcional" que digamos. Luego vino el período de la democracia que fue la característica del Chile del siglo XX, entre 1932 y 1973, un período no muy impresionante por lo largo. Le siguió una de las dictaduras más famosas en cuanto tales de la historia latinoamericana, la de Augusto Pinochet Ugarte, por 16 años y medio. Extraña situación para un país tradicionalmente democrático, y para todo aquel que haya escuchado o leído al canciller Carlos Martínez o a los presidentes Frei Montalva y Allende. Si se digiere lo anterior como una lectura inteligente de la realidad, lo que sigue es un escepticismo sobre la consistencia de la nueva democracia a partir de 1990. Por ello, el tema del "excepcionalismo" de Chile sigue vigente como reflexión histórica y política en el más amplio sentido de la palabra, ya que es una introspección propia a la situación precaria de un país como este.

Con todo, es dable preguntarse si este desmontaje es adecuado para comprender la evolución de Chile o si estaría expresado a partir de una imagen idealizada de la realidad, un modelo de sociedad sin contradicciones que jamás ha existido ni jamás existirá. A nuestro juicio, se trata de un camino que no lleva a ninguna parte en la tarea de *conocer* la realidad, aunque puede constituir un poderoso ariete emocional en las competencias retóricas. Para justipreciar el alcance del "excepcionalismo" chileno, aquí se propone otra mirada a su desarrollo político, destacando que, para calificarlo como tal, se le relaciona y compara, como marco de fondo, con la realidad latinoamericana.

## La ambigüedad del legado de O'Higgins y Portales

Es significativo que en el siglo XIX no pocos expresaron que Brasil y Chile eran los países más estables entre los sucesores de los imperios ibéricos, Portugal y España. No es puro engreimiento expresarlo de esa manera. Desde que se aseguró la independencia por las armas en Maipú, el 5 de abril de 1818, hubo un período de aprendizaje y también inestabilidad, que incluyó una especie de dictadura legal de Bernardo O'Higgins Riquelme hasta 1823. Más adecuado a la verdad es describir este período como la búsqueda de una república, hoy se añadiría "democrática". Cuando el malestar empieza a cundir, ante la opción de convertirse en un dictador de verdad, un caudillo hispanoamericano del XIX, el Libertador prefirió renunciar al poder y partir poco después al exilio. La abdicación de O'Higgins ha sido todo un punto de referencia en la historia política de Chile.[13]

Le siguió lo que con imperfección se llama la "anarquía", entre 1823 y 1830, un período de ensayos, cambios, golpes y derrocamientos. Se la puede mirar como una búsqueda de los distintos sectores dentro de un sistema político incipiente; también como un manoteo por fórmulas ideales mezcladas con luchas personales. La siguiente conmoción sangrienta fue la batalla de Lircay, el 17 de abril de 1830, que llevó al poder a los "pelucones" o conservadores. Se trataba de una típica facción de orden, pero que se vinculó a una tradición que tendía a valorar las virtudes del estado de derecho, la subordinación del poder armado al poder civil y el establecimiento de una república previsible, es decir, con la imposición de reglas del juego que no fuesen a alterar la paz alcanzada. La alianza de varios grupos, más la aparición de un líder que encarnaría este afán, llevó a la creación de una "república autoritaria" entre 1830 y 1860, aproximadamente. Esto crearía las bases de la idea de "excepcionalismo" para pensar a Chile en el contexto hispanoamericano.

El desarrollo de la década de 1830 a la postre continúa siendo un punto de referencia ineludible al pensar la historia de Chile, e incluso en los debates de temas públicos del presente. No es para menos, pues en estos años se fundó la "república conservadora" y una tradición constitucional *en las formas* que se ha exhibido con or-

[13] Juan Bello, "Don Bernardo O'Higgins", en Narciso Desmadryl y Hermógenes de Irisarri (editores), *Galería nacional o colección de biografías i retratos de hombres celebres de Chile* (Santiago: Imprenta Chilena, 1854); Eugenio Orrego Vicuña, *El espíritu constitucional de la administración O'Higgins* (Santiago: Cervantes, 1924); Jaime Eyzaguirre, *O'Higgins* (Santiago: Zig-Zag, 1946); Julio Heise, *O'Higgins: forjador de una tradición democrática* (Santiago: Talleres de Artesanía Gráfica R. Neupert, 1975). También Benjamín Vicuña Mackenna, *El Ostracismo del Jeneral Bernardo O'Higgins* (Valparaíso: Imprenta i Librería del Mercurio, 1860).

gullo un tanto ingenuo hasta el momento de escribir estas líneas. Dos elementos caracterizan este momento fundacional de la república. Uno es un personaje, el ministro Diego Portales Palazuelos; el otro es la Constitución de 1833, que tuvo vigencia hasta 1925. Portales personifica al héroe de los conservadores, aunque, en una reveladora herencia, recibió reconocimiento de la izquierda del siglo XX, al menos hasta 1973.[14] Ciertamente puso orden, sujetó la fuerza armada al control civil y estableció procedimientos y alianzas para un desarrollo institucional republicano. Fue el mayor propagandista de la impersonalidad del poder. Por un par de años incluso dejó el cargo, en un acto complejo que podría ser calificado de humildad cívica o de arrogancia moral.[15]

Portales hizo uso generoso de los estados de excepción y del máximo rigor de la ley definida, con decenas de ejecuciones. Alguna vez incluso se rió de la misma Constitución, ya que se consideraba en un estado de excepción. Fue ejecutado en un levantamiento, en parte resultado de la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana entre 1836 y 1839. El motín del que fue víctima Portales quizás se relacionaba directamente con el conflicto con la Confederación; no cabe duda de que fue parte de la atmósfera del momento. Sin embargo, su muerte, en vez de matar de raíz su "proyecto", asentó de manera inconmovible el llamado "sistema portaliano", al menos en la duración probable de toda realidad política que asume alguna flexibilidad, algún soplo liberal.[16]

---

[14] E incluso después del golpe de estado de parte de algunos connotados líderes de izquierda: Orlando Millas, *El antimilitarista Diego Portales* (s.d., post-1973); Patricia Politzer, *Altamirano* (Santiago: Ediciones B, 1990), p. 180. También Guaraní Pereda (compilador), *Clodomiro Almeyda. Obras escogidas, 1947-1992* (Santiago: Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, 1992), pp. 21-22: "Felizmente para Chile, esas querellas y disputas no fueron muchas ni muy intensas. Desarticulada la administración española con la independencia, transcurrido muy poco tiempo, se vio claro que sólo una fuerza social podía imponerse y gobernar al país. Y, precisamente, esa fuerza social era la heredera de la tradición colonial española: la oligarquía de la tierra y de la sangre. No hubo lugar en Chile para el caudillismo militar ni regional. Los ideólogos europeizantes tampoco tuvieron cancha libre para sembrar el desconcierto y la confusión en los espíritus. La clase gobernante encontró su hombre en Portales, hombre de negocios, civil y sensato, enérgico y austero, quien con puño de hierro y con la mira de un gobierno autoritario e impersonal, arrinconó a los caudillos, colocó a los militares en los cuarteles, ridiculizó y aniquiló a los adalides del libertinaje, y sentó las bases de la organización política, administrativa y financiera del país".

[15] Una interpretación que cuestiona la importancia del rol individual de Portales en el establecimiento del sistema republicano del Chile del siglo XIX es la de Arturo Valenzuela y Samuel Valenzuela, "Los Orígenes de la Democracia. Reflexiones Teóricas sobre el Caso de Chile", *Estudios Públicos*, 12, 1983, pp. 5-39, esp. pp. 19-20.

[16] Alberto Edwards, *La fronda aristocrática en Chile* (Santiago: Imprenta Nacional, 1928), pp. 50-57; Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago: Universitaria, 1986), pp. 39-48; Simon Collier, *Chile: la construcción de una república 1830-1865: política e ideas* (Santiago: Universidad Católica de Chile, 2005; original en inglés, 2003), pp. 94-95;

Porque el "sistema portaliano" o "república conservadora" fue, al menos hasta 1860, una suerte de estabilidad forzada a la que se le incorporan elementos de cambio, de impersonalidad, de regulaciones y, en comparación con el mundo hispanoamericano, de algún imperio del estado de derecho. Desde luego, no fue la creación o "invento" —según es usual decirlo ahora— del ministro Portales, pero sí concurrieron fuerzas y actores personalizados, no puro anonimato. Existe la personalidad con elementos de misterio, como en todas las figuras extraordinarias. El ministro fue la fuerza dinámica del proceso que estabilizó al país y lo sometió a instituciones, con los procedimientos regulares que estas conllevan, todo esto en conjunto con un equipo de personas que no eran solo sus adláteres. Nadie podría decir algo por el estilo del otro nombre relevante de su época, Andrés Bello López, quizás también un "Padre de la Patria".[17] En cierta medida, lo mismo vale para Mariano Egaña Fabres y para el militar que al final prestó su espada para este proyecto institucional, José Joaquín Prieto Vial.[18]

## Entre la oligarquía y el desarrollo inicial

Detrás de estos hombres, se ha repetido incansablemente, había una clase social, una elite, una clase dirigente, una oligarquía, un patriciado, según se afirma indistintamente, como si todo significara lo mismo. El desarrollo de Chile en este sentido no fue muy distinto al de muchas sociedades modernas. Un grupo bastante pequeño sabía leer y escribir, eran propietarios o "vecinos", y ejercían algún tipo de influencia pública en su entorno, en las organizaciones armadas o en la burocracia. Existían, como en todos los grupos y clases sociales, rasgos e intereses comunes que se traducían en identidad de propósitos. Como en todos los grupos, había divisiones por intereses identificables, celos, estrechez de mente e incapacidades para desarrollar la cohesión social de manera cooperativa. Nada indicaba que se podía diferenciar de las otras clases dirigentes de América Hispana, nada que no fuera un factor étnico.

Krebs, *Identidad chilena*, pp. 114-115. Un argumento radicalmente opuesto es el de Sergio Villalobos, *Portales. Una falsificación histórica* (Santiago: Universitaria, 1989), p. 215. Una buena discusión sobre la imagen de Portales en la historiografía, en Julio Pinto, "¿La tendencia de la masa al reposo? El régimen portaliano enfrenta al mundo plebeyo, 1830-1851", *Historia*, 44, vol. II, julio-diciembre de 2011, pp. 401-442, esp. 402-406.

[17] Iván Jaksić, *Andrés Bello: La pasión por el orden* (Santiago: Universitaria, 2010). Del mismo autor, "La República del orden: Simón Bolívar, Andrés Bello y las transformaciones del pensamiento político de la Independencia", *Historia*, 36, 2003, pp. 191-218.

[18] Enrique Brahm García, *Mariano Egaña: derecho y política en la fundación de la República Conservadora* (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2007).

Solo se podría señalar la continuidad geográfica entre lo que después se llamó el Norte Chico hasta el Bío-Bío, incluyendo al decisivo valle central, y la concentración en torno a dos ciudades, Santiago y Concepción. Por último, la Guerra de la Independencia fue bastante menos sanguinaria que en otras partes. La "Guerra a Muerte" que le siguió en el sur del país constituyó un conflicto marginal que, aunque con su cuota importante de violencia, no afectó al tejido social. Este último factor, el que incluso durante la llamada "anarquía" no hubiera violencia comparable a la de otras partes, fue el que más contribuyó a cimentar el orden temprano en la historia del Chile republicano, suponiendo que haya existido tal orden.[19]

Todos estos factores existieron y existen en una multitud de sociedades, y no distinguen demasiado a Chile del resto de sus congéneres latinoamericanos. La idea de una "oligarquía" omnisciente, autorregulada hasta la perfección, con autodisciplina de acero y, sobre todo, con una claridad cristalina acerca de cuáles son sus intereses y el curso de acción adecuado, se estrella contra la realidad de los hombres en la historia. Un equipo en lo principal capitaneado por Portales, con la aquiescencia de quizás una mayoría de un grupo social dirigente, se aunó para crear un sistema político con algunas características republicanas, aunque lejos de la pureza de lo proclamado y bastante menos espontáneo que los dos modelos realmente existentes, las democracias anglosajonas de la década de 1830 y 1840.[20]

Sin embargo, la creación política de estas décadas no puede ser definida como una simple estructura que respondía a intereses de clase. Primero, porque en diversas partes de esta tierra los mismos intereses de clase resultan en una amplia gama de sistemas políticos. De ello se desprende lo segundo, que el talento y la energía para la construcción de un sistema político no se deduce de manera obvia de aquellos intereses. Se trató de una construcción política que se inició con los primeros pasos emancipadores entre 1808 y 1810 y que en general en medio siglo alcanzó la regularidad y competencia de poder que caracterizan al moderno estado de derecho. Sin embargo, socialmente no era inclusiva, vale decir, la efectividad del estado de derecho

---

[19] Francisco Encina, *Historia de Chile: Desde la prehistoria hasta 1891. Novena parte* (Santiago: Nascimento, 1970); Julio Heise, *Años de formación y aprendizaje políticos 1810-1833* (Santiago: Universitaria, 1978).

[20] No obstante, en algunos indicadores la democracia chilena no era significativamente más atrasada que las democracias inglesa y estadounidense. De acuerdo a Arturo y Samuel Valenzuela, el padrón electoral en Chile a mediados del siglo XIX no era muy distinto al padrón electoral inglés en términos proporcionales. La elección directa de los senadores se sancionó en Chile cuarenta años antes que en Estados Unidos. Arturo Valenzuela y Samuel Valenzuela, "Los Orígenes de la Democracia", p. 12.

era correlativa a la propiedad, al ingreso, a la educación, a la presencia pública; o sea, a la capacidad de presión. Pues bien, primero, ello era común al desarrollo democrático moderno; segundo, la creación republicana entregó al menos un marco político para que se amamantara lo que la sociología política ha llamado los "procesos democráticos", a pesar de que estos dependen en gran medida del desarrollo económico y social.

¿Merecía ese título lo que se ha llamado la "república autoritaria"? Veamos. Si fue un sistema autoritario, no fue uno personalista. Se sucedieron cuatro presidentes en cuatro decenios, entre 1831 y 1871, solo que en elecciones no competitivas. Vale decir, el Presidente elegía a su sucesor a nombre de un partido, en analogía al "tapado" mexicano del siglo XX. El Presidente se aseguraba que sus delegados, los intendentes en primer lugar, hicieran que triunfara la lista de fieles, el "partido pelucón" en la jerga de entonces, los que después serían considerados como conservadores autoritarios. Esto no difería del desarrollo de los sistemas autoritarios de gran parte del mundo en el siglo XX, incluso llegando al siglo XXI.

Mas, hay que insistir, no era personalista y había regulaciones. Era entonces una "democracia vigilada", aunque suscitó un debate y una opinión pública, ya muy viva en los años 1840, ejemplificada por la Generación de 1842.[21] Al alero de las pugnas entre el clericalismo y el anticlericalismo, muy en analogía con el mundo hispanoamericano y con la Península Ibérica, medio mezcladas con la polaridad entre liberales y conservadores, desde los años 1850 el sistema político se hace competitivo y coexisten en debates, celos y simulaciones de hostilidad diversas fuerzas políticas. En una palabra, al estado de derecho se había sumado un componente esencial, el pluralismo de fuerzas, aunque hasta las elecciones presidenciales de 1886 los gobiernos lograron con resquicios legales y algo de uso de fuerza por la "intervención electoral" elegir a sus sucesores.[22] No por ello las disputas eran menos amargas. Las rivalidades se llevaron con ardor sin que la sangre llegara al río, en cierta manera al menos.

Esto merece una calificación. Porque aquí existe una de las paradojas de este desarrollo "excepcional". Lo incongruente, pero que a la vez garantizaría la estabilidad en transformación, fue que hasta 1859 el sistema institucional fue estremecido

[21] Sobre esto, Ana María Stuven, *La seducción de un orden: las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2000), pp. 61-94.

[22] Arturo y Samuel Valenzuela destacan el hecho de que en la elección presidencial de 1861 el poder pasó sin mayor trauma de manos del oficialismo a aquellos partidos que se habían constituido en su oposición, lo cual no se había dado en muchos sistemas democráticos hasta entonces. Arturo Valenzuela y Samuel Valenzuela, "Los Orígenes de la Democracia", p. 20.

por sucesivas rebeliones. Estas, más que rivalidades de clase, eran una combinación de competencia regional con política, exacerbada esta por el rasgo autoritario, algo opresivo de los primeros treinta años de la "república autoritaria". La sangre se derramó en grandes batallas, y no fue poca. No hubo ejecuciones fuera del campo de batalla, salvo en la década de 1830, y estas no fueron masivas. Más adelante, en un truco que "humanizaba" la violencia, los derrotados partían al exilio, para regresar no mucho tiempo después, plenamente integrados al sistema. No hay mucha novedad al respecto. Bajo tierra quedaban a veces varios miles de partidarios, la carne de cañón ennegrecida en el fuego de los conatos revolucionarios y de guerra civil.[23]

¿Otro país hispanoamericano más? No, mas no por una superioridad innata de su población y de su historia. La razón fue muy simple. Los sucesivos gobiernos de José Joaquín Prieto, Manuel Bulnes Prieto y Manuel Montt Torres derrotaron todos los levantamientos, desde 1829 a 1859. Cuando el sistema experimentó una apertura, ya la sucesión ordenada y la competencia relativa se habían hecho carne de la cultura política. Mejor dicho, la obediencia a la rutina política y constitucional se había hecho costumbre, casi reflejo constitucional, a pesar de dos fenómenos. El primero, la escasa competitividad en la elección del Presidente mismo, junto a la fuerte intervención electoral del Poder Ejecutivo fueron una tónica que la aleja de un modelo democrático aceptable en el siglo XX, e incluso para el ideal del XIX. El segundo, la disponibilidad de voto cautivo, casi siempre acompañado del cohecho, distorsionaba hasta bien entrado el siglo XX un resultado espontáneo de los electores.

¿Era entonces una seudo-democracia? Los que utilizan la descripción atractiva de "mito de la democracia" lo afirmarían. Otros han señalado que en muchos sentidos, hasta 1871 al menos, Chile estaba en la vanguardia del proceso de democratización política.[24] Esta última fecha hace referencia a la constitución del Reich alemán y su parlamentarismo incompleto, como un ejemplo clásico de que no era todavía lo que hoy llamaríamos una democracia plena. Aunque esto último es discutible —bajo la mayoría de los parámetros, Alemania era estado de derecho—, nos aclara lo que se desea destacar aquí, que la democracia es un proceso, un desarrollo, al comienzo esgrimido por alfabetos, propietarios, líderes espontáneos, representantes de intereses específicos, hombres de armas, incipientes profesionales e intelectuales.

---

[23] Un análisis que identifica las rebeliones del siglo XIX con los intereses de una burguesía progresista, el cual no compartimos, es el de Maurice Zeitlin, *The Civil Wars in Chile (or the Bourgeois Revolutions that Never Were)* (New Jersey: Princeton University Press, 1984).

[24] Arturo Valenzuela y Samuel Valenzuela, "Los Orígenes de la Democracia"; Samuel Valenzuela, *Democratización vía reforma: la expansión del sufragio en Chile* (Buenos Aires: Ides, 1985).

Esta es la base de una clase política que organiza la república, si bien con un fuerte presidencialismo autoritario en una primera fase.

## Liberalización, competencia y crisis

Tras la última rebelión aplastada por el gobierno de Montt en 1859, vino un período de paz civil de treinta años, hasta la Guerra Civil de 1891. Esta ha sido la más violenta de la historia republicana, con alrededor de 10 mil muertos, sobre todo en dos batallas, Con-Con y Placilla. Ha habido varias interpretaciones sobre su origen, desde las explicaciones personalistas, que ven en el carácter del Presidente José Manuel Balmaceda Fernández y en el de sus adversarios la causa del enfrentamiento; hasta la explicación marxista que la ve como lucha de clases entre reaccionarios y progresistas (aquí cabría Balmaceda), los primeros simples peones del imperialismo inglés.[25] La explicación más plausible es que la división entre la mayoría del Congreso y el Presidente representaba una polarización política surgida de la autosugestión, de la práctica parlamentaria de las camarillas y de los arrestos de caudillaje del Presidente, en otros sentidos un político de estatura que no debería haber terminado así.[26]

El conflicto fue también premonitorio del de 1973, por la división entre el Congreso y el Presidente. Balmaceda promulgó la Ley de Presupuesto en abierto desafío a la constitucionalidad; el primero destituyó al Mandatario basado en un caso que no tenía precedentes legales. Había una división en la clase política, aunque con raíces menos firmes en el cuerpo social si se la compara con 1973. Ambas partes luchaban en torno a la legitimidad, más allá de la legalidad. Los congresistas, así se llamaron, se consideraban la autoridad constituida y llamaron "dictadura" al gobierno de Balmaceda, mote que todavía no tenía una connotación tan siniestra como la que adquirió en el siglo XX.

En el curso de la contienda que siguió, entre enero y septiembre de 1891, en el territorio de ambos bandos no hubo estado de derecho en un sentido pleno. Con

[25] Los máximos representantes de la interpretación marxista son Hernán Ramírez Necochea, *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891* (Santiago: Universitaria, 1972) y Luis Vitale, *Interpretación marxista de la Historia de Chile: Ascenso y declinación de la burguesía chilena (1861-1891), de Pérez a Balmaceda,* tomo IV (Santiago, LOM, 1993). Una interpretación que no considera tan fundamentales los intereses económicos es la de Harold Blakemore, *Gobierno chileno y salitre inglés 1886-1896: Balmaceda y North* (Santiago: Andrés Bello, 1977; original en inglés, 1974). Ver también Luis Ortega (editor), *La Guerra Civil de 1891: cien años hoy* (Santiago: Universidad de Santiago, 1993); Alejandro San Francisco, *La Guerra Civil de 1891,* 2 tomos (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2007-2008).

[26] Alejandro San Francisco, "Historiografía y nuevas perspectivas de estudio sobre la Guerra Civil chilena de 1891", *Revista Bicentenario. Historia de Chile y América*, vol. 5, No. 1, 2006, pp. 85-125.

todo, los principales abusos e iniquidades sucedieron bajo el mandato del gobierno de Balmaceda. Tras la derrota de las fuerzas balmacedistas, la ocupación de Valparaíso se efectuó en medio del pillaje y de carnicerías descontroladas, lo que en cierta medida también ocurrió en Santiago. Solo hubo una ejecución formal de parte de las fuerzas congresistas, aunque decenas o centenares de balmacedistas fueron muertos en medio de la algarabía triunfante. En la última fase de su mandato, Balmaceda organizó elecciones en las que fue elegido su favorito, Claudio Vicuña Guerrero, y de hecho se suicidó un día después de concluir su propio mandato. Si fue dictador, lo fue en el sentido romano del término, como función temporal y de emergencia. Quizás haya analogía con la "república autoritaria", entre 1830 y 1861. La llamada dictadura de Balmaceda fue un fenómeno muy latinoamericano.

Tras el triunfo congresista, de inmediato hubo un regreso al estado de derecho anterior, tanto que en 1894 los derrotados balmacedistas se convirtieron en la facción más poderosa del mismo Parlamento y, para colmo, en la práctica serían parlamentaristas.[27] ¿Para qué murieron los caídos en Con-Con y Placilla? También, si bien la Guerra Civil comenzó con el levantamiento de la Armada y de algunos oficiales del Ejército, ello no condujo a gobiernos militares o de tipo caudillesco. Aunque el nuevo Presidente sería el jefe de la Armada, Jorge Montt Álvarez, en los hechos, aparte de vestirse de uniforme de almirante en los actos oficiales, gobernó como un típico Presidente de los tiempos parlamentarios.

La Guerra Civil, en este sentido, vino a constituir un estallido, un estruendo orgiástico resuelto en dos grandes batallas, para continuar con el cauce anterior. Hay más continuidad que cambio tras la guerra de 1891. Los vencedores con el tiempo recogerían la herencia del vencido; los vencidos serían parte del sistema de los vencedores, con sutiles cambios respecto de la situación que precedió a 1891. Ni siquiera cambió la Constitución, solo se interpretó más decididamente hacia el polo parlamentario.

## Estabilidad del parlamentarismo o crisis del sistema oligárquico

Luego vinieron 33 años de elecciones y sucesiones ordenadas, de acuerdo a las prescripciones legales, de parlamentos y presidentes, en un medio altamente competitivo, con jefes de Estado que no podían aspirar a la reelección. En el continente lati-

[27] Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973). Volumen II. Triunfo y decadencia de la oligarquía (1891-1920)* (Santiago: Santillana, 1983), pp. 114-ss.

noamericano, solo Brasil y, ahora, Argentina mostraban un desarrollo político similar en cuanto a estabilidad y vigencia de la ley. Era como para pensar que Chile era más europeo que otros países latinoamericanos. Por añadidura, en estos años emergieron las fórmulas políticas que habrían de impregnar al siglo XX: los movimientos sociales, el reformismo social, el lenguaje revolucionario y el contrarrevolucionario, la doctrina social de la Iglesia, anarquismo y marxismo, el germen del Partido Comunista, el nacionalismo; y la cuestión de cómo las fuerzas a esas alturas tradicionales debían adaptarse a esta nueva realidad, incluyendo el papel del Estado en la economía y la sociedad. Todo ello sobre un trasfondo de regularidad y de estado de derecho.

¿Qué realidades desmentirían esta apreciación? No pocas, aunque no alcanzan para decir que no existía ningún tipo de democracia. En lo político, el electorado era pequeño, entre el 5 y el 10% de la población total, solamente masculino, con una sustancial compra de votos o cohecho. Durante la Primera Guerra Mundial, sobre todo en su período final, cuando el ambiente revolucionario arribaba al cono sur, la policía, o "el sistema" si se quiere, pusieron en su mira a los grupos de agitadores y anarquistas, como siempre, apuntando al bulto. Más importante, la primera década del siglo está marcada en la memoria por los conflictos sociales, con matanzas incluidas.[28] Dos de ellas, Valparaíso en 1903 y la "Huelga de la Carne" en 1905 en Santiago, tuvieron un origen y desarrollo más o menos caótico, sin que se pueda hablar de matanzas deliberadas, aunque cada una de ellas tuvo decenas de muertos. Por otra parte, en la segunda apareció también una reacción contrarrevolucionaria bajo la forma de "guardias blancas" espontáneas. La matanza de 1907 en la Escuela Santa María de Iquique es de otro calibre.[29] Las salitreras estaban semiparalizadas por una huelga que más adelante podría ser llamada legal, pero que tenía en jaque no solo los ingresos del fisco, sino que además parecía representar una amenaza de sumir a Iquique en un caos ingobernable, cuando no llevar a un golpe semirrevolucionario, semiextranjero. Al final, el jefe de plaza, René Silva Renard, quizás presionado por los sectores dirigentes o por las empresas, o por el Gobierno, ordenó abrir fuego sobre una multitud que no obedeció las órdenes de abandonar la ciudad. El resultado fue la matanza que creó un escándalo nacional y una memoria gravosa para el sistema de la época parlamentaria, y mártires para los movimientos sociales y políticos afines o vanguardia de la izquierda del siglo XX que nacía en ese entonces.

[28] Mario Garcés, *Crisis social y motines populares en el 1900* (Santiago: LOM, 1993).

[29] Eduardo Devés, *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre: Escuela Santa María de Iquique, 1907* (Santiago: LOM, 1997).

Hubo otras situaciones comparables, aunque con más de ambigüedad: San Gregorio en 1921 y La Coruña en 1924, ambas bajo la presidencia de uno de los grandes líderes políticos del siglo XX, Arturo Alessandri Palma.[30] Todo esto desde luego le da una tonalidad de violencia a la calidad de la vida política chilena que la distanció de otras experiencias que reconocemos como democráticas en Europa Occidental y Estados Unidos. Además, los nuevos grupos políticos contestatarios, antisistema de la naciente izquierda experimentaban todo tipo de hostilidad en la vida cotidiana, por parte de la policía y de autoridades administrativas. A partir de fines de la Primera Guerra Mundial, junto a la atmósfera revolucionaria se desarrolló una reacción —no del todo ilegítima— antirrevolucionaria, que acentuó todavía más este doble estándar de cómo las autoridades trataban con estos grupos. En este sentido, y teniendo en cuenta el restringido cuerpo electoral —200 mil electores en 1920, el 7% de la población y una compra de votos imposible de cuantificar—, hay razones poderosas para llamar a esta democracia "restringida" y "oligárquica", en suma, una democracia falaz, que aseguraba derechos casi en exclusivo a la clase dirigente.

Es una parte de la historia. Además de la existencia de algún grado de competencia y de regularidad en la sucesión de puestos, la violencia fue esporádica, aunque adquirió rasgos de inusitada gravedad en los casos famosos que se nombraron. Casi lo mismo se puede decir de toda la historia política de Chile. Se fue originando en el período llamado parlamentario una opinión pública moderna, que eclosionaría hacia la década de 1930. Su tema clave fue la "cuestión social", como desde el 1900 se llamaría a la pobreza, el atraso, la salud precaria, a veces terrible y la altísima mortalidad infantil, prolongada hasta mediados de siglo.[31] En suma, fue el descubrimiento de lo que después se llamó "subdesarrollo"; su inclusión plena en el debate político sería la marca del siglo XX, y ello ocurrió en el marco de un proceso político altamente institucionalizado. La institucionalización precedió a la movilización.

---

[30] Floreal Recabarren, *La matanza de San Gregorio 1921: crisis y tragedia* (Santiago: LOM, 2003); Rolando Álvarez Vallejos, "La matanza de Coruña", *Contribuciones Científicas y Tecnológicas*, Área Cs. Sociales y Humanidades, Universidad de Santiago de Chile, Nº 116, nov. 1997, pp. 77-108; Senén Durán Gutiérrez, *Holocausto en la oficina salitrera Coruña: la olvidada matanza de obreros y sus familias* (Iquique: Oñate Impresores, 2011).

[31] Ximena Cruzat y Ana Tironi, "El pensamiento frente a la cuestión social en Chile", en Eduardo Devés, Javier Pinedo y Rafael Sagredo (compiladores), *El pensamiento chileno en el siglo XX* (Santiago: Ministerio Secretaría General de Gobierno, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Fondo de Cultura Económica, 1999), pp. 127-154; Sofía Correa y otros, *Historia del siglo XX chileno*: *balance paradojal* (Santiago: Sudamericana, 2001), pp. 49-63; Julio Pinto, *Desgarros y utopías en la pampa salitrera: la consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social (1890-1923)* (Santiago: LOM, 2007).

Le acompañaba un desarrollo social que descubría la llaga de la pobreza, pero que iba destacando con más claridad a la clase media como articuladora de la sociedad moderna, y hacía más compleja la definición de la clase política. Nacía la modernidad política entre los dolores del parto. A un sentimiento de autosuficiencia y una mirada algo pagada de sí misma de los chilenos del centenario, se sumó inesperadamente una visión crítica y amarga, aunque no carente de dramatización artificial. Esto echó a perder un poco la fiesta, aunque fueron públicos distintos los que se fijaron ya sea en las celebraciones o en la visión crítica. Expresaron el nacimiento de una izquierda antisistema, aunque no había solo aquella. A Luis Emilio Recabarren Serrano y Tancredo Pinochet Lebrun, se puede añadir a Nicolás Palacios Navarro como crítico social y, para estos efectos, a Francisco Antonio Encina Armanet como crítico de la cultura económica.[32]

¿Expresaba una verdad envolvente, de la mentira acerca del orden? Era el reconocimiento de que la modernización socioeconómica iba muy a rezago de la estructura política, o lo que se decía de esta última. Precisamente, la diferencia entre lo que verdaderamente era el sistema político e institucional y la retórica que lo sustentaba es lo que marca la diferencia entre un desarrollo político efectivo y una máscara engañosa tras la cual se escondería un poder de clase. Al igual que lo que ocurriría en 1973, restaurar ese orden político y las libertades públicas es lo que comenzó a buscarse en cuanto se derrumbó la democracia real o insuficiente que había sido punto de referencia desde 1891. Sin embargo, la misma manifestación del descontento y la formación de una clase política más variada era testimonio de los importantes cambios en la economía y en la sociedad desde la segunda mitad del siglo XIX.

## La aparición de la crisis ideológica y dictadura de desarrollo

La caída del régimen institucional que se produjo en septiembre de 1924 no estaba anunciada por una crisis y polarización imparables, como en 1891 o en 1973. Existía sí una sensación de crisis en los 10 años anteriores, cuyo síntoma más visible fue el apasionamiento de la campaña presidencial de 1920.[33] El triunfo de Arturo

[32] Cristián Gazmuri (editor), *El Chile del Centenario, los ensayistas de la crisis* (Santiago: Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile, 2001).

[33] René Millar, *La elección presidencial de 1920. Tendencias y prácticas políticas en el Chile parlamentario* (Santiago: Universitaria, 1982).

Alessandri Palma, candidato de la centroizquierda de entonces, que provenía del liberalismo decimonónico y que anunciaba a la vez una nueva izquierda del siglo XX, ha sido considerado un cambio de época, el nacimiento de un nuevo modo de hacer política, y razón no falta.[34] Pero en los casi cuatro años que siguieron, el aparato institucional, perennemente discutiendo reformas del Estado y la sociedad, se mantuvo intacto e inmune a toda renovación. Sin embargo, entre marzo y septiembre de 1924 se fueron enardeciendo los ánimos de la clase política, de manera de hacer irreconciliables las posiciones.

Lo que se podría llamar "el golpe de septiembre de 1924" surgió inesperadamente. Una provocación del Congreso, las dietas a los parlamentarios, produjo manifestaciones pasivas pero reales y deliberativas entre la juventud militar, capitanes y tenientes. Ya estaban descontentos y en sus conciliábulos secretos, como no podía ser de otra manera, emergió un líder, un mayor de edad algo avanzada para el rango, 47 años, que luego sería el líder indiscutido de lo que sería reconocido como Movimiento Militar, Carlos Ibáñez del Campo. A los pocos días vino la renuncia del Presidente Alessandri, su autoexilio y la instalación de una Junta Militar encabezada por el alto mando, con el apoyo de una parte de la clase política, la más conservadora, que la vio como un acto restaurador o algo así. Mas el poder de la hora recayó en los oficiales del Movimiento y en una serie de nuevas figuras del mundo civil que se les acercaron. Un nuevo golpe de timón el 23 de enero de 1925, promovido por esos oficiales, trajo de regreso a Arturo Alessandri y una auténtica restauración democrática y constitucional.

Solo en las apariencias. Se da una suerte de doble soberanía entre el Movimiento, liderado cada día más claramente por Ibáñez, y el Presidente. En esos meses, un poco en conciliábulo entre cuatro paredes, se promulga y plebiscita la nueva, la que sería referida como la Constitución de 1925, en condiciones no muy diferentes a 1980.[35] La Carta Fundamental puede haber sido producto de manos teñidas por el sabor oligárquico, pero también fue fruto de la evolución del presidencialismo, del Estado moderno y de la influencia del Movimiento Militar. Aunque no estaba claro en un momento, el cambio decidido fue el salto de un semiparlamentarismo

---

[34] Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973). Volumen III. Arturo Alessandri y los golpes militares (1920-1925)* (Santiago: Santillana, 1987).

[35] Sergio Grez ha hecho notar que todos los procesos constituyentes en Chile se han caracterizado por la ausencia de una discusión democrática en la redacción de las cartas fundamentales. Sergio Grez, "La ausencia de un poder constituyente democrático en la historia de Chile", *Tiempo histórico. Revista de la Escuela de Historia*. Universidad Academia de Humanismo Cristiano, segundo semestre de 2010, pp. 15-35.

a un presidencialismo completo. Nada tuvo del carácter de un sistema autoritario permanente, ni de una legalización postergada (como en 1980) o de una democracia vigilada, al menos en la letra.[36]

Otra cosa es la práctica, ya que desde octubre de 1925, cuando Alessandri renuncia a la presidencia por ser privado de sus atribuciones por Ibáñez, hasta el golpe seco de este último de febrero de 1927, en efecto se trató de un sistema institucional bajo permiso de la figura que llegó a encarnar el Movimiento Militar, el nuevo caudillo.

Pero no se podría decir que el movimiento consistió de manera exclusiva en una clase militar. Identificó a nuevos actores políticos y sociales, un programa de cambio y reforma que también estaba encarnado en parte de la clase política, al menos desde 1915. Esto maduraría en los equipos de gobierno de la "dictadura de Ibáñez". Desde un principio tuvo un carácter antioligárquico, aunque por unos meses estuviera dirigido por altos jefes militares más orientados al *statu quo*. En este sentido, la intervención militar de 1924 fue más de "izquierda" que de "derecha". Esto fue así, y se reveló en un efecto a mediano plazo, el surgimiento de una plétora de oficiales de simpatías de izquierda, que si no fuera por lo anacrónico habría que denominar como "nasseristas"; el símbolo personal más conocido sería Marmaduke Grove Vallejo.[37] Sin embargo, a esto hay que ponerle un bemol: en la gran mayoría, y en el mismo Ibáñez desde luego, ello se combinaba con la voluntad de tener una respuesta no revolucionaria al desafío de las tendencias revolucionarias, como lo ha dicho Mario Góngora del Campo.[38] Entonces, existía un trasfondo contrarrevolucionario, aunque no en el sentido de la tradición contrarrevolucionaria, sino de una reforma social y política, más cerca de la democracia occidental que de algún mo-

[36] Sergio Carrasco, sin embargo, ha destacado la recurrencia del uso del término autoritarismo para calificar gobiernos de distinto signo en la historia de Chile. "El autoritarismo en Chile republicano", *Anales del Instituto de Chile*, vol. XXIX, 2010, pp. 311-332.

[37] Tras haber accedido al poder a través de un golpe de estado en 1953, el general Gamal Abdel Nasser estableció un régimen dictatorial en Egipto que presidió hasta su muerte en 1970 y que sobrevivió en sus lineamientos institucionales gruesos hasta el año 2011. El discurso político de Nasser se caracterizó por su retórica panarabista y antioccidental. Su decisión de nacionalizar el Canal de Suez en 1956 lo convirtió en un héroe antiimperialista para gran parte de la opinión pública internacional de izquierda, lo cual se vio reforzado por la respuesta bélica de parte de Inglaterra, Francia e Israel a esta medida. En política exterior, Nasser fue uno de los ideólogos y fundadores del movimiento de los No Alineados en 1955. Su postura, que puede ser definida algo imperfectamente como de nacionalismo de izquierda, identificó a muchos militares "progresistas" en el Tercer Mundo en los años de la Guerra Fría.

[38] Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile*, p. 131.

delo antirrevolucionario que emergió al calor de la Revolución Rusa. Sin embargo, antes de que el fascismo fuera fascismo, y antes del desarrollo de la perspectiva de los derechos humanos después de la Segunda Guerra Mundial, la distinción internacional entre democracia y dictadura no era tan tajante. En este sentido, había una raíz claramente autoritaria, aunque no antirrepublicana, en el Movimiento Militar.

A partir del golpe de febrero de 1927, Carlos Ibáñez se transformó en un dictador, que reformó a la Corte Suprema fuera del cauce institucional y que contó con un Congreso apaciguado y luego sumiso, cuyos integrantes nombraría él mismo en 1929. Previamente exilió a una parte de la clase política, especialmente al entorno de Arturo Alessandri y a parte de los anteriores enemigos de este, los "oligarcas". Con igual celo, persiguió y llegado el caso también exilió al sindicalismo político, especialmente el de orientación anarquista y comunista. Parece que algunos de sus activistas fueron muertos, aunque estos podrían contarse con los dedos de las manos, al menos hasta los últimos diez días del régimen. En su conjunto fue la política del "termocauterio por arriba y por abajo", contra la "oligarquía" y contra los "agitadores".[39]

Al mismo tiempo, se investía del lenguaje del autoritarismo antirrevolucionario, que en general en el siglo XX destacó el "orden y progreso", la reforma gradual y la modernización. En efecto, en ese período se efectuó una modernización clave en el aparato del Estado y en la orientación internacional de la economía del país, todo ello resumido en la ejecución de la Misión Kemmerer.[40] En su conjunto, las figuras de Arturo Alessandri y Carlos Ibáñez son simbólicas de estos cambios. Y si el primero no le hacía ascos a las conspiraciones, y a la vez siempre tendió hacia un orden democrático, al segundo siempre le fue extraña una orientación hacia un puro régimen militar. El ideal de Carlos Ibáñez era la alianza con un sector de la clase política y una situación semiinstitucional. Se ha hablado mucho de su admiración por Benito Mussolini, compartida por muchos no fascistas a lo largo del mundo, ya que era antes de que el fascismo fuera el fascismo tal como se lo conoce desde mediados de los 1930. Como tampoco había censura internacional por no tener una democracia en regla, Carlos Ibáñez podía esperar todo el tiempo que pudiese a una democracia plena, ya que no estaba dentro de sus prioridades.

---

[39] Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973.) Volumen IV. La dictadura de Ibáñez (1925-1931*) (Santiago: Fundación, 1996), pp. 135-141.

[40] Paul W. Drake, *The Money Doctors in the Andes: the Kemmerer Missions, 1923-1933* (Durham, North Carolina: Duke University Press, 1989).

A pesar de lo dicho, a sus opositores en la "derecha" y en la "izquierda", términos todavía no del todo en boga, no les cabía duda de que se hallaban ante un "tirano", y que lo que fuera un "dictador" debería considerarse un título reprochable.[41] Había una policía secreta que operaba fuera de los cánones establecidos, aunque sin manchas como grandes matanzas, o las torturas y desapariciones del régimen militar instaurado en 1973. Se ha comprobado la muerte de dos dirigentes sindicales y quizás de algunos más, en el norte, pero nada que permita hablar de medidas especialmente inhumanas, y queda bien parado en comparaciones con América Latina, para no hablar de otras regiones del mundo.[42] Esto último es un metro que se olvida en las consideraciones sobre Chile. Los muertos de lo que pudiera llamarse una represión solo ocurrieron en las bataholas entre carabineros y manifestantes en los últimos 10 días del régimen. Como remache, parece que ante la disposición de Carabineros de aplastar la revuelta a sangre y fuego, Ibáñez decidió que era mejor no llevar las cosas a un colofón sanguinario y se fue exiliado a Argentina. Siguiendo una tradición hispanoamericana, aunque alentó después conspiraciones "ibañistas" o con el sabor de tales, al final cumplió con su sueño de reivindicar todo tufillo de tirano y buscar la elección democrática; perdió en 1942 y obtuvo una victoria resonante en 1952.

En el plano internacional no había condena ni censura a un gobierno no democrático. Esto no era tema en ese entonces. Para todos los efectos hemisféricos y globales, Ibáñez era tomado no solo como un gobernante legítimo, sino que además uno que traía progreso para su país. Destacó en este sentido como una "dictadura de desarrollo".[43] Entró de lleno en esa categoría en la batalla explícita por la "modernización", uno de los lemas de los autoritarismos del siglo XX, aunque en realidad lo es también de la política moderna. Por lo mismo, la Gran Depresión, que en algunos aspectos atacó a Chile con más fiereza que a cualquier otro país del mundo, dio al traste con una parte, aunque a la larga no todo, del "Chile nuevo", la consigna de las reformas de la época de Ibáñez. Se derruyó la legitimación más importante del régimen y ello fue un factor decisivo para su colapso.

---

[41] Carlos Vicuña, *La tiranía en Chile: libro escrito en el destierro en 1928* (Santiago: LOM, 2002).

[42] Sobre la relación entre Ibáñez y el mundo sindical, con énfasis en las intenciones corporativistas del general, Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1993).

[43] Sobre la idea de la revolución desde arriba, Barrington Moore Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy. Lord and Peasant in the Making of the Modern World* (Boston: Beacon Press, 1966), pp. 433-452.

## Gran Depresión y tiempos de turbulencia

La Gran Depresión provocó que todo el proyecto de renovación al que se unía la legitimidad del régimen se viniera al suelo con estrépito. El desempleo, el cierre de faenas y la abrupta caída de las exportaciones desde 1929, en especial por el fin del salitre y la pérdida del cobre por algunos años, produjeron la crisis económica más grave desde que existen registros sistemáticos.[44] Aunque es probable que aun sin crisis la estructura de un régimen autoritario se hubiera visto debilitada por la tradición política chilena, fue la Gran Depresión la causa directa más visible de su caída.

Lo que le siguió no sirve para confirmar un "excepcionalismo" chileno. Tras las agitaciones que siguieron a la caída misma y la degollina de algunos carabineros aislados en las calles de Santiago, hubo un proceso político encabezado por la clase política exiliada por Ibáñez. Si bien el candidato más furibundo de los exiliados, Arturo Alessandri, fue derrotado con resonancia, el elegido era un hombre del sistema, Juan Esteban Montero Rodríguez, último ministro del Interior de Ibáñez, pero uno de los artífices de la crisis final de ese gobierno.[45] Miembro del Partido Radical, era parte de la elite tradicional de la política chilena. En cierta manera lo era también en términos sociales. Fue el ungido de los perseguidos, pero también de los que de algún modo asintieron a Ibáñez.

Antes de asumir, se acumularon nubarrones, por cierto teniendo como telón de fondo la pavorosa crisis económica y los vacíos que deja toda caída estrepitosa de un gobierno. La primera tormenta fue la rebelión de la marinería los primeros días de septiembre de 1931, habiendo ya Presidente electo. Como muchas de estas situaciones, fue una mezcla inextricable de demandas salariales y condiciones de trabajo con un lenguaje revolucionario de tintes marxistas, aunque sea difícil probar una vinculación con el Partido Comunista, como muchos sostenían en aquellos días.[46]

---

[44] Las estadísticas del comercio internacional de Chile en los años 1920 y 1930 en José Díaz, Rolf Lüders y Gert Wagner, *La república en cifras* (Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Economía, EH Clio Lab-Iniciativa Científica Milenio, 2010), <http://www.economia.puc.cl/cliolab>, visitado el 16 de julio de 2013.

[45] Gonzalo Vial, "Las elecciones presidenciales de 1931 y 1932. El retorno del León", en Alejandro San Francisco, Ángel Soto (editores), *Camino a La Moneda: las elecciones presidenciales en la Historia de Chile 1920-2000* (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2005), pp. 117-137.

[46] Los documentos soviéticos recopilados y traducidos por Alfredo Riquelme y Olga Ulianova descartan cualquier relación entre el Partido Comunista y la rebelión de la marinería. *Chile en los archivos soviéticos, 1922-1991: Tomo 2, Komintern y Chile, 1931-1935* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2009), p. 95, n. 207.

Se apoderaron de la gran mayoría de la escuadra concentrada en Coquimbo, hasta que, cercados, perdieron fuerza de voluntad y en Talcahuano el Ejército recuperó los arsenales después de una acción militar que tuvo un número de al parecer varias decenas de muertos.[47] Esto dejaría profundas huellas en la Armada, y jugó un papel nada de pequeño en los hechos de 1973. Aunque la rebelión pudo poner al país en una situación prerrevolucionaria, no se había configurado con solidez una voluntad política capaz de canalizar estos hechos en una suerte de revolución sociopolítica.

El segundo hecho fue una rebelión comunista, o de una parte del Partido Comunista, en el Norte Chico, en diciembre de 1931, que fue aplastada al costo de una veintena de muertos, aunque sin consecuencias en el resto del país. Junto con lo anterior, mostró el potencial de violencia del sistema político, lo que lo hacía muy comparable a una "normalidad" latinoamericana. El Partido Comunista, alineado con la Unión Soviética desde su mismo origen, todavía no entraba en un curso estratégico de marcha por las instituciones, vale decir, el camino legal de toma de poder, aunque todavía estaba en ciernes toda su formidable organización de más adelante.

El tercer golpe fue un golpe de verdad, la deposición del Mandatario elegido, Juan Esteban Montero, el 4 de junio de 1932, y la consiguiente instauración de la autoproclamada "República Socialista".[48] Cierto, fue un golpe incruento y su socialismo se reveló como de intervencionismo económico en lo fundamental, aunque muchas revoluciones marxistas se iniciaron así en el siglo XX. Duró además 12 días, para tras otro golpe incruento ser reemplazada por otra junta liderada por Carlos Dávila Espinoza —una suerte de "ibañista sin Ibáñez"— que duró otros 100 días. Fue depuesto por otro golpe interno, pero que llevaría a una verdadera restauración constitucional. La República Socialista acentuó un carácter intervencionista del Estado y su potencial de requisiciones en los breves días de su reinado, aunque en el contexto del siglo ello no dice que fuera orientada a una dictadura revolucionaria.

Sí es claro que el socialismo chileno de gran parte del resto del siglo nacerá de esa experiencia, de la confluencia de líderes ardorosos y militantes, junto a oficiales

[47] Un relato detallado de los sucesos en Almirante (Edgardo) von Schroeders, *El delegado del Gobierno y el motín de la Escuadra* (Santiago: Sociedad Imprenta y Litografía Universo, 1933). También Patricio Manns, *La revolución de la Escuadra* (Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972). El mejor artículo académico sobre la rebelión de la marinería es el de William Sater, "The Abortive *Kronstadt*: The Chilean Naval Mutiny of 1931", *The Hispanic American Historical Review*, May, 1980, vol. 60, Issue 2, pp. 239-268. Otra obra en la que se trata el tema es la de Jorge Magasich, *Los que dijeron "No". Historia del movimiento de los marinos antigolpistas de 1973* (Santiago: LOM, 2008), Tomo I, pp. 149-187.

[48] Carlos Charlín, *Del avión rojo a la República Socialista* (Santiago: Quimantú, 1972).

de orientación "progresista" de las fuerzas armadas. Es el potencial "nasserista" que también ha existido en las fuerzas armadas latinoamericanas, incluyendo por cierto a las chilenas. Sin violencia, aunque con discurso amenazador, dejaría huellas en la historia posterior. El Partido Socialista de Chile nació bajo el hálito espiritual de la República Socialista. Salvador Allende estaba entre los jóvenes que se identificaron con ella y después no ocultó nunca que se sentía heredero de sus fundadores.[49]

Con la excepción del levantamiento de la marinería y del alzamiento comunista, los tiempos revueltos fueron caracterizados por la ausencia de violencia. La comparación salta más a la vista si vemos el contexto latinoamericano, aun dejando de lado los estertores finales de la Revolución Mexicana. La diferencia es mayor si miramos el gran contexto planetario, de guerras civiles actuales y potenciales a lo largo y ancho del mundo, la crisis que llevó al triunfo del fascismo en Italia, los convulsionados últimos años de Weimar antes de Hitler, la muerte de millones en esos años en la Unión Soviética, la guerra civil china, todos procesos combatidos por uno u otro lado en nombre de ideas y persuasiones análogas a las chilenas.

Al final, el cansancio por la crisis económica y por el descalabro político, el surgimiento de una reacción "civilista", la desazón en las filas uniformadas y —que no se olvide— el temor soterrado de que este desorden y desconcierto llevara a revoluciones de verdad hicieron que desde los mismos militares surgiera un ansia por el retorno a la normalidad, y esta no podía ser concebida de otra manera que la de la democracia occidental. En un país en el cual, se decía, los pasajeros de un microbús se bajaban en gesto de contrariedad si se subía un uniformado, la misma irritación y la sensación de ser utilizados por los civiles calaría hondo en los oficiales de las fuerzas armadas. Incidiría en la estabilidad por cuatro décadas. El 13 de septiembre de 1932 el general Bartolomé Blanche Espejo asumió la presidencia provisional para posteriormente entregar el mando de la nación al presidente de la Corte Suprema, Abraham Oyanedel Urrutia. Este convocó a elecciones, en las que triunfaría Arturo Alessandri. Se iniciaba un nuevo período de la historia política de Chile. ¿Se trataba también de una consolidación de su democracia?

---

[49] El Partido Socialista fue fundado formalmente el 19 de abril de 1933 y surgió de la unión de varias organizaciones: Nueva Acción Pública, el Partido Socialista Marxista, la Acción Socialista Revolucionaria, el Orden Socialista y el Partido Socialista Unificado. Paul W. Drake, *Socialismo y populismo: Chile 1936-1973* (Valparaíso: Instituto de Historia Universidad Católica de Valparaíso, 1992; original en inglés, 1978), pp. 120-ss. Ver también, Clodomiro Almeyda, *Pensando a Chile* (Santiago: Terranova, 1986), p. 101.

Antes de examinar ese momento, hagamos una breve consideración acerca del significado de este período entre 1924 y 1932. En principio, fue una interrupción de las instituciones constitucionales por medio de un golpe militar y alejaba a Chile de la normalidad en el desarrollo político moderno. Chile conoció la experiencia de las juntas militares, una fórmula política del siglo XX de gran raigambre en América Latina hasta los años 1970. El Movimiento Militar, que se autodenominó de esta manera, representaba el tipo de sensibilidad política que se podría caracterizar como "jóvenes turcos", en el arco izquierda-derecha situados más hacia la izquierda. Con todo, este movimiento no fue un grupo coherente, salvo bajo la dirección de Ibáñez, y convivió con intentos constitucionalistas, es decir, por encauzar el proceso dentro de una democracia en su "modelo occidental", con los límites propios de la época. Por gran parte del período, fue cooptado por la "dictadura de desarrollo" de Carlos Ibáñez, que se entendía como paréntesis refundador. Y tuvo un carácter ambiguo ante el proceso político en lo que a democracia se refiere. Por último, el período cohabitó con intentos de golpes de izquierda y al final la reacción civilista mostró en algunas de sus fases un tipo de práctica política de extrema derecha (las Milicias Republicanas). El comunismo y un tipo de fascismo chileno emergieron en estos años. El Partido Comunista había aparecido antes, pero pasó a ser parte plena del paisaje electoral entre 1931 y 1932. El socialismo chileno buscaría todavía por dos décadas una definición dentro del cuerpo político del país, y su existencia potenciaría al Partido Comunista. La competencia entre ambos sería limitada, aunque no es que no tuvieran dificultades. Lo testimonió el período de la Unidad Popular.

En buenas cuentas, este período tiene mucho de la crisis general de la política latinoamericana, además de constituir una suerte de prefiguración pacífica de la crisis de 1973. De todos modos, hay varios aspectos que anotar. En primer lugar, fue en general pacífico en términos de derramamiento de sangre —salvo el segundo semestre de 1931— y esto incluye a la dictadura de Carlos Ibáñez. En segundo lugar, se sentaron las bases para el funcionamiento del período de la Constitución de 1925 y del desarrollo de un Estado moderno.[50] El sistema autoritario no llegó a ser considerado normal, aunque el hecho de ser "dictadura" no fue ni un gran tema, ni menos piedra de escándalo internacional.

[50] En parte, este es uno de los principales legados de Ibáñez y Alessandri, de acuerdo a Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile*, p. 187.

## Advenimiento del "período clásico" de la democracia chilena

Después vino el período de la "clásica democracia" de Chile, entre 1932 y 1973. Estos son los años en que se observaba que en general Chile era "la única democracia en la región". En un área que era cada día más conocida por la seguidilla de golpes de estado y conatos revolucionarios, por las juntas, las guerrillas y los personajes de melodrama o déspotas de novelas de realismo mágico, la personalidad más recortada de los presidentes chilenos contrastaba favorablemente. Sobre todo, había un sistema abierto y espontáneo, con prensa libre con una amplia variedad, a través de periódicos, radio y, hacia el final del período, televisión. Se desarrolló —o quizás continuó desde el siglo XIX— un estructurado sistema de partidos, de derecha a izquierda, que le dio una clara fisonomía a la política chilena.[51]

Lo más importante, hubo una cultura cívica que se hizo carne en gran parte de la población. Esta interiorizó el acto de votar y de respetar las elecciones, de atender al debate por radio y en los diarios, de vivir en torno a la política. Claro, esto no debe hacer olvidar que había otro Chile que rezongaba ante la política, que desarrollaba anticuerpos contra los políticos, sentimiento que era casi connatural desde mucho antes de este período. En realidad, a la política moderna le es propia una malquerencia contra el rasgo, se presume, de mentirosillos de los políticos. En los siglos XIX y XX hubo en Chile junto a la centralidad de la política —tema usual de conversación en las mesas de las familias chilenas— un lenguaje escéptico, a veces encolerizado, por lo que se veía como inutilidad de la política. Para entender el proceso chileno —como en cierta manera casi toda forma política a lo largo del globo— se debe tener presente la coexistencia de ambas miradas acerca del orden político. Con todo, en el aprendizaje cívico destacaba más la visión orgullosa acerca de las instituciones políticas, sobre todo en contraste con América Latina.

Si se toma en serio la idea de que la democracia es necesariamente un fenómeno político, ¿qué es lo que no sería democrático en el desarrollo institucional de Chile entre 1932 y 1970, o 1973? En primer lugar, medido en las intervenciones militares —la gran referencia del siglo XX, en especial en América Latina— hubo una tendencia decreciente de conspiraciones a partir de 1932, hasta la última en 1955,

[51] Un estudio clásico sobre este período es el de Federico Gil, *El sistema político de Chile* (Santiago: Andrés Bello, 1969; original en inglés, 1966).

antes del período de intranquilidad que precedió a 1973.[52] Solo hubo un levantamiento propiamente tal, el 25 de agosto de 1939, el "Ariostazo" —por el general Ariosto Herrera Ramírez— ahogado en su lecho por la falta de apoyo dentro del Ejército y, en menor medida, por la movilización de los partidarios del Gobierno.

## Fuerzas armadas en región de gobiernos militares

Después habría inquietud y actividades conspirativas, muy relacionadas con el ibañismo.[53] La inteligencia norteamericana aseguraba que en 1943 hubo un complot en marcha, con tonalidades similares a lo que ocurría en Argentina, y que la información entregada con prontitud lo habría aventado. Es conveniente ser escéptico de esta realidad, que quizás no eran más que conversaciones que reflejaban opiniones pero no un proyecto en marcha de golpe de estado, y que además no está reflejado en fuentes chilenas.[54] Lo mismo se puede decir de otros dos complots, reales o imaginarios, seguramente magnificados, el de las "Patitas de Chancho" en 1948 y el de Colliguay en 1952. En ambos la actividad de oficiales en retiro del Ejército y quizás de algunos activos jugó un rol. El influjo del desarrollo del peronismo tuvo un papel en la inspiración; es menos probable, pero no se puede desechar, que haya habido un estímulo directo. ¿Improbable todo esto? Cuesta creer en la seriedad de estos proyectos, aunque no se debe olvidar que todo golpe de estado que fracasa se presenta como un espectáculo lamentable, producto de mentes afiebradas, alienadas de la realidad. Cuando triunfan, son juzgados como colofón de un proceso de crisis.

La elección de Carlos Ibáñez como Presidente en 1952 parece haber aquietado toda conspiración que envolviera a uniformados. Muchos esperaban que instalara una dictadura. El mismo Ibáñez, como ha afirmado Arturo Olavarría Bravo en una célebre cita, fue elegido por una vasta corriente de sentimiento que quería arrasar con los "políticos", "barrer" con ellos con una escoba, como el mismo general lo exclamaba, y que fuera un "dictador" —uno eficiente— como en su primer gobierno. Olavarría afirmaba que el 90% de quienes votaron por Ibáñez (obtuvo el 47% de los votos) lo hacía porque se convertiría en dictador, palabra que no asustaba

[52] Esta cualidad excepcional de la política chilena en el marco latinoamericano era destacada por el periodista inglés Alistair Horne en 1972, en pleno gobierno de Allende. *Small Earthquake in Chile: Allende´s South America* (New York: The Viking Press, 1972), p. 136.

[53] Joaquín Fernández, *El ibañismo (1937-1952): un caso de populismo en la política chilena* (Santiago: Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile, 2007).

[54] Emilio Meneses, *El factor naval en las relaciones entre Chile y los Estados Unidos (1881-1951)* (Santiago: Hachette, 1989), pp. 199-202.

demasiado. No sabían que entre el 10% restante estaba el voto del propio Ibáñez.[55] El sueño de este era ser elegido como un Presidente constitucional, algo común en muchos caudillos militares de América Latina, pero de una realidad más presente en la historia política de Chile.

Sin embargo, antes del preámbulo de fines de los sesenta, hubo una última manifestación del período del ibañismo, la Línea Recta, de 1954 y 1955. Se trató de un grupo de oficiales jóvenes que estaban inquietos por el obstruccionismo que, sostenían, se le hacía al Presidente. Habrían estado dispuestos a cerrar el Congreso e imprimir un acento dictatorial al régimen, en una analogía al peronismo.[56] Difícil que hayan sido peronistas a secas. Los había y no pocos en el país, pero no seguidores textuales al interior de las fuerzas armadas. Sin embargo, estaba en el aire una mímesis de ese tipo de liderato. Es posible también que haya sido el propio Ibáñez quien los convocó indirectamente, para tener una carta bajo la manga, o para cooptar un movimiento que a la postre lo podría desestabilizar. Nada está claro, salvo que existió y que fue disuelto apenas trascendió al público. Mas, el asunto estaba en el aire, una bocanada que podía llegar o pasar de largo.

Luego, existió un largo silencio en torno a estos temas, una suerte de paz de la tarde —no de los cementerios— que frente al panorama vecinal destacó más todavía lo de la "excepcionalidad" chilena. En los hechos había intranquilidad corporativa por temas de presupuesto y armamento, aunque sea difícil distinguirlo de lo que existe en todo grupo análogo en el país más perfecto. Solo en la marina está acreditada una intranquilidad que, si bien surgida por reclamos gremiales, iba acompañada por un sentimiento de rebeldía contra los oficiales.

Como el contraste con los vecinos y con la región era tan grande, se comparaba a Chile solo con Uruguay, a veces con Colombia; México como que estaba muy lejos, aunque no estaba en las listas de "tiranías" manipuladas por Washington, enumeraciones muy caras a la izquierda chilena. Esto acentuaba todavía más la idea de al menos un carácter particular de las fuerzas armadas chilenas; y a estas les agradaba ser vistas como diferentes, especialmente de las argentinas de la época de los "planteos", donde cualquier oficial de mediana graduación se amotinaba por alguna veleidad política. El diferenciarse de tal actitud, sobre todo en tiempos de incidentes

---

[55] Arturo Olavarría Bravo, *Chile entre dos Alessandri. Memorias políticas. Tomo II* (Santiago: Nascimento, 1962), pp. 119-122.

[56] Olavarría Bravo, *Chile entre dos Alessandri. Tomo II*, pp. 299-329; Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *Nacionalismo e ibañismo* (Santiago: Universidad Católica Blas Cañas, 1995), pp. 95-96.

fronterizos, pasaba a ser una especie de timbre de orgullo para los uniformados chilenos. Eran distintos al resto de los latinoamericanos, rezaba esta visión de sí mismos.

Se ha insistido en que la llamada doctrina de la seguridad nacional jugó un papel destacado en la actitud antidemocrática que originó al régimen militar, como a otros parecidos de la región. Esto se examinará más adelante con algún detalle. En lo básico, no se olvide que consiste en la ampliación del "estado de guerra", por definición antagónico al "estado de derecho", aunque en la tradición occidental ello no permitía cualquier exceso. En la práctica, para lo que aquí interesa, el aprendizaje de las técnicas antisubversivas se confundía con la hostilidad a las ideas y prácticas políticas marxistas, y por lo mismo se podía decir que en potencia se propugnaba una democracia "limitada" o "protegida". Este es un dilema que no se ha dado solo con el marxismo. El combate a veces ciego contra el afán conspirativo que ha tenido lugar en las repúblicas latinoamericanas siempre se enfrentó a estos dilemas. En el período de la Guerra Fría esta práctica estaba acompañada hasta cierto punto de una semántica anticomunista, lo que implicaba una posición deliberante al menos en potencia. A veces, los gobiernos chilenos se oponían, expresaban alguna reserva o no ponían en vigor algunos acuerdos interamericanos cuando podían contravenir el orden constitucional chileno.[57] Mas, estaba latente una actitud mental de la mayoría de las fuerzas armadas en contra de la libertad de todo grupo revolucionario que operara dentro de la ley chilena. Ello no era del todo "estado de derecho". ¿O quizás todo lo contrario, una reserva mental contra una ofensiva que empleara la letra de la Constitución para demoler el espíritu de la misma Constitución?

Entre 1966 y 1969 se desarrolló un sordo malestar entre las filas de los oficiales de las tres ramas, más notorio en la Armada y en el Ejército, en ese orden. El malestar era corporativo en lo esencial: sueldos y equipamiento. Con todo, existen indicios de que había una reacción tanto frente al estado de ánimo del país, acerca de una crisis política latente, supuesta o imaginada, como frente a lo que se puede llamar el "espíritu de los sesenta" y su idealización de las revueltas. El sentimiento antimarxista (o anticomunista, u hostil a todo lo que huela a anárquico en el comportamiento público) se manifestaba de una manera soterrada, a veces audible, pero en potencia estaba allí, y lo estaba como posible deliberación.

Lo que había de potencial pareció actualizarse en octubre de 1969. En pocos días eclosionó un movimiento militar originado en oficiales jóvenes y de mediana

[57] Fue el caso en 1963 ante un acuerdo que tenía que ver con Cuba. Joaquín Fermandois, "Chile y la "cuestión cubana" 1959-1964", *Historia*, 17, 1982, pp. 113-200.

graduación, encabezado por un general, Roberto Viaux Marambio. Al ser llamado a retiro, Viaux se transformó en la cabeza del sentimiento de malestar de la oficialidad. Después de llegar a Santiago desde Antofagasta en viaje regular, se acuarteló en el regimiento Tacna la madrugada del 21 de octubre —por lo que el movimiento se conoce como "Tacnazo"—, apoyado por oficiales de rango medio y por otros más jóvenes, exigiendo un cambio de la situación al Gobierno. Por un momento tuvo el efecto de un huracán. Parecía que lo que era un atavismo de otros países latinoamericanos se convertía también en parte de nuestro folklore. La primera reacción del gobierno de Frei parecía indicar esa posibilidad, o ese fue el mensaje que quiso dar. El apoyo instantáneo al "orden constituido" de parte de los partidos políticos, de sindicatos y de numerosas organizaciones parecía ser una respuesta que surgía desde un arcano civilista, constitucionalista a ultranza, coléricos por los devaneos conspirativos de un grupo de oficiales golpistas.

Como siempre, la realidad era más complicada. No parece que haya sido concebido como golpe de estado ni mucho menos.[58] Hasta donde se sabe, los promotores del "acuartelamiento" se movían dentro de un ambiente crítico hacia la situación social y política, desde una perspectiva nacionalista de matriz conservadora, aunque dicho en términos muy generales. Más importante, no existe una simple manifestación gremial cuando se trata de los hombres de armas. De inmediato se planteó una crisis institucional, aunque no la acompañaron manifestaciones políticas. Una situación intermedia se da en las huelgas de muchas policías en países latinoamericanos, pero solo cuando el Ejército no participa de ellas. No había experiencia de este tipo en Chile. Ya en 1969 en muchos oficiales rondaba la idea de crisis política o de participación de las fuerzas armadas en algunas decisiones del Estado. Como se verá más tarde, hubo un cambio en esa parte de la cultura militar que miraba como algo ajeno a su ser toda intervención política. En una parte casi invisible, pero significativa, se había rasgado el delgado velo que separaba la política y la profesión militar, y no era un hecho fortuito.

En todo caso, sucedieron dos fenómenos concomitantes. Por un lado, el general Viaux se convirtió en líder de los militares en retiro y de los uniformados en general en esa condición, y lo fue también de un mundo marginal, pero inquieto y semiorganizado, el nacionalismo antimarxista, propenso a la vida conspirativa.[59] Por

[58] Eugenio Lira Massi, *¡Ahora le toca al golpe!* (Santiago: Te-Ele, 1969).

[59] Según Gonzalo Vial, Viaux llegó a tener tanta o más influencia en la oficialidad que el mismo general Schneider. La participación de Viaux en la muerte de este echó por la borda este ascendiente. Gonzalo Vial, *Pinochet: la biografía, tomo I* (Santiago: Aguilar, 2002), pp. 130-131, 150-151.

otra parte, en la izquierda chilena algunos vieron en este movimiento un peligro, especialmente el Partido Comunista. Pero también se le vio como una oportunidad, en especial en el Partido Socialista, ya que el "velasquismo" era una probabilidad.[60] El mismo socialismo chileno había nacido como partido de una alianza de ideólogos y oficiales levantiscos en 1932.

En la derecha no dejó de haber una cierta alegría contenida por los problemas del gobierno de Frei y por la esperanza de que la dirección de cualquier golpe sería antimarxista. Su sentimiento más fuerte, sin embargo, fue el de alarma. El camino institucional aparecía más halagador, y para muchos políticos de derecha y los sectores sociales que esta persuasión representaba las fuerzas armadas eran una experiencia lejana. En cambio, más a la mano estaba la posibilidad y certeza —se sentía— de ganar las elecciones en un triunfo rotundo con el ex Presidente Jorge Alessandri Rodríguez. El Tacnazo fue un golpe al mentón, ya que, de prosperar una atmósfera de golpe y de extremismo, la candidatura del ex Presidente se hacía irrelevante.

En la madrugada en la que despuntaba el Tacnazo, el canciller Gabriel Valdés Subercaseaux aseguraba en Londres ante potenciales inversionistas que Chile poseía una democracia antigua y consolidada, y que las elecciones de 1970 no harían sino confirmar ese desarrollo ejemplar.[61] Este ejemplo podría provocar las burlas más crueles acerca del "excepcionalismo" chileno. Por una semana en el país y en el extranjero se habló del militarismo que emergía en Chile. Luego todo volvió a la normalidad, vale decir, a la atención hacia la política contingente y los preparativos para las elecciones de 1970. El Tacnazo, eso sí, obligó a Jorge Alessandri a adelantar su candidatura el día 2 de noviembre siguiente, lo que ayudaba a aventar toda tentación de golpe. En las semanas que siguieron hasta mediados de enero, la aprobación del Programa de Gobierno de la Unidad Popular (17 de diciembre de 1969) y la elección de un candidato (22 de enero de 1970) sumaron fuerza a la dinámica que puso al proceso político en el centro del foro. Como en casi toda democracia, la estabilidad depende de que ese proceso sea visto como legítimo.

[60] *Última Hora,* 21 de octubre de 1969, "PS exige nacionalizaciones y congelación de precios".

[61] "Algunas veces, caballeros, no puedo creer cuando se me cuenta que ciertas personas —afortunadamente muy pocas— aconsejan precaución en sus tratos con Chile, porque el próximo año tendrá lugar una elección presidencial. Las hemos tenido por 160 años y las seguiremos teniendo. Nosotros tendremos un acto muy simple, bastante británico, llamado elección. Ciento sesenta años de historia nos autorizan para ser creídos cuando decimos que después de esta elección, Chile continuará siendo esta misma libre democracia, gobernada bajo el imperio de la ley". De embajador Víctor Santa Cruz a ministro de Relaciones Exteriores, 23 de octubre de 1969. ARREE, télex.

Y lo era, pero con un acompañante: la actividad conspirativa de grupos en apariencia marginales o muy minoritarios en las fuerzas armadas. Sin embargo, para un observador de comienzos de 1970, los obstáculos para una intervención militar se presentaban como formidables: el desinterés y el temor de la mayoría de los oficiales por encarar lo que podía ser una simple aventura, la práctica política y el apego a los procesos propios de la democracia, la falta de hábitos y de familiaridad con los métodos de un golpe y de intervenciones militares, tanto por uniformados como por civiles.

## Debilidad y fortaleza de la democracia

Hasta el momento se ha tratado de dilucidar el carácter de democracia del sistema político chileno desde el punto de vista de la dicotomía "cambio institucional regulado vs. golpe de fuerza". Hemos tratado de no olvidar argumento alguno que acopie fuerzas a la interpretación que dude de la excepcionalidad de Chile y del carácter de efectiva democracia. La calificación de democracia en América Latina ha estado muy vinculada a su relación o no relación con golpes de fuerza, y por ello esta historia es una de las referencias más decidoras si queremos entender el caso chileno. Entre los dos polos —institución o fuerza— el desarrollo chileno se acerca claramente más al primero; y en comparación con el resto de los países de América Latina, la respuesta es más nítida todavía en la proximidad al cambio institucional regulado, es decir, a una república en orden, en la modernidad, una democracia. Claro, es un desarrollo democrático en cámara lenta, y muy punteado por interrupciones, aunque los períodos caóticos y de gobiernos dictatoriales son relativamente breves, con excepción de lo que sucedería *después* de la Unidad Popular.

Pero, ¿qué hay de otros elementos no menos imprescindibles para calificar de democracia a un sistema político, como la igualdad, la inclusión, el trato entre los grupos sociales? Es aquí donde surgen otras dudas, que alimentaron la idea muy cara a la izquierda de que apenas se estaba en una "democracia formal". ¿Qué "peros" tenía en ese sentido la democracia chilena, sobre todo a partir de la "república clásica" entre 1932 y 1970?

Son de dos órdenes en lo básico. Uno es político. El cuerpo electoral era pequeño, entre 10% y 20% de la población; era exclusivamente masculino hasta 1935, cuando las mujeres votaron en elecciones municipales. Solo en 1949 se promulgó el voto femenino en elecciones parlamentarias y presidenciales. El cuerpo electoral fue creciendo de manera considerable y dio un salto mayor cuando entraron en vigor nuevas normas. En 1958, con la cédula única se eliminó el último vestigio de cohecho directo; y en 1962 se reforzó la demanda de voto obligatorio al hacer necesaria la

inscripción electoral para efectuar una serie de trámites en oficinas públicas, entonces algo más recurrente que ahora en el chileno común y corriente.[62]

Algunos autores con vara alta para calificar a un régimen señalan que solo entonces podría hablarse de democracia en Chile. Y justamente el cuerpo electoral se amplió, exigió más democracia y entonces estalló la crisis. Nada de ello obstaba para que los procesos electorales hayan sido regulares, confiables y ajenos a la corrupción en el sentido de manipulación de votos. No se debe olvidar, sin embargo, que Salvador Allende se negó a reconocer la victoria de Jorge Alessandri en 1958 y no felicitó ni de lejos a Eduardo Frei en 1964, aunque en realidad el saludo de caballero no era un hecho muy corriente en Chile en el período entre 1932 y 1970. La elección de 1964 fue la culminación de un proceso, ya que fue la que convocó a más electorado; fue la que tuvo mayor participación en relación con los inscritos, la mayor hasta el plebiscito de 1988.[63]

El segundo problema fundamental que aquejaba a la democracia chilena era que el desarrollo económico y social iba rezagado a las estructuras políticas, lo que condenaba a sus instituciones, incapaces de satisfacer las demandas de un verdadero cambio social.[64] Este argumento, muy poderoso en el lenguaje político de la izquierda, plantea, entre otras cosas, un problema de legitimidad. Si la democracia chilena fue en lo esencial una parodia de democracia, entonces el golpe de estado de 1973 no constituyó una ruptura de un gobierno constitucional con la legitimidad de tal. El sistema habría estado viciado desde su origen, y al menos cualquier rebelión contra este no hubiera sido ilegítima *per se*. Este argumento sonó fuerte en la izquierda, aunque también en la derecha de la segunda mitad del siglo. Incluso en la Democracia Cristiana la voz de Radomiro Tomic Romero en cierta manera lo hizo suyo en 1970.[65]

---

62 Sobre las reformas electorales de 1958 y los años siguientes, Ricardo Gamboa Valenzuela, "Reformando reglas electorales: La Cédula Única y los pactos electorales en Chile (1958-1962)", *Revista de Ciencia Política*, Vol. 31, No. 2, 2011, pp. 159-186.

63 Federico Gil y Charles Parrish, *The Chilean Presidential Election of September 4, 1964,* 2 vol. (Washington D.C: Institute for the Comparative Study of Political System, 1965).

64 Salvador Allende, "¿A dónde va América Latina?", *Arauco*, 50, agosto de 1964; Alberto Baltra, *Otro camino para Chile* (Santiago: Universitaria, 1966), pp. 42-44; Américo Zorrilla, "La crisis del capitalismo chileno", en Gonzalo Martner (editor), *El pensamiento económico del Gobierno de Allende* (Santiago: Universitaria, 1971), pp. 11-22; Carlos Cerda, "Libertad y democracia en el Gobierno Popular", *Principios*, 144, marzo-abril 1972.

65 Véase Jorge Donoso Pacheco (compilador), *Tomic: testimonios* (Santiago: Emisión, 1988), p. 368.

Por último, una vida pública sometida a tantas rebeliones y estados de excepción y estados de sitio hace dudoso el término de "democracia" para este Chile, en casi cualquiera de sus épocas.[66] También se aduce el poco castigo judicial por las salidas de madre, en conspiraciones, rebeliones, amotinamientos y represiones desproporcionadas. Todas ellas terminaban en amnistías que eran parte de un acuerdo político en el Congreso o entre La Moneda y el Congreso, o unilateral por una de las partes sin que la otra prosiguiera a fondo con una idea de justicia absoluta. Estas recurrentes amnistías, perdones y olvidos, observados con cinismo por muchos, pueden verse como una manera de limitar la violencia, esa que en los países hispanoamericanos dejó una huella infinita que pesa hasta el día de hoy. En Chile muestran también al sentido común volviendo por sus fueros tras períodos de inestabilidad y violencia. En general, esta ha sido una fuerza que ha apoyado al proceso democrático en Chile.[67]

¿Qué es eso de "proceso democrático"? Y ¿de qué hablamos cuando hablamos de "democracia"? En la primera mitad del siglo XX hubo tendencias explícitas a favor y en contra de la democracia. Después de la Segunda Guerra Mundial casi todas las persuasiones políticas sostenían defender la democracia o procesos de democratización. Las polarizadas elecciones de marzo de 1973 confrontaron a dos coaliciones que sostenían defender la verdadera democracia. ¿Mera confusión semántica? En realidad, la historia política de Chile enraizaba no solo en la Guerra Fría, sino que en el suelo del que esta surgió; fue lo que se puede llamar la "crisis ideológica mundial".[68] La podríamos resumir en la siguiente pregunta: ¿hacia dónde marcha el mundo? Es decir, qué modelo se quiere, hacia dónde se debe ir, cuál es más representativo de los intereses legítimos de grupos, naciones o clases, etc. Esto se ha delineado en otras épocas de la humanidad, cuando lenguajes universales confieren identidad a diversos grupos y actores a lo largo de varias sociedades o de un mundo entero. La confrontación entre el islam y la cristiandad, las luchas religiosas que siguen a la Reforma en Europa y el enardecimiento bélico que se produjo a raíz de la Revolución Francesa son ejemplos que precedieron a las confrontaciones

[66] Un buen estudio sobre la sanción legal de los regímenes de excepción en las constituciones de los países hispanoamericanos en Brian Loveman, *The Constitution of Tyranny: Regimes of Exception in Latin America* (Pittsburgh and Londres: University of Pittsburgh Press, 1993), para el caso de Chile, pp. 313-353.

[67] Sobre esto hay un estudio muy completo de Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Las ardientes cenizas del olvido: vía chilena de reconciliación política 1932-1994* (Santiago: LOM, 2000).

[68] El término fue acuñado por Cristian Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo: la Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)* (Buenos Aires: Sudamericana, 1987), pp. 4, 400-403.

ideológicas del siglo XX. La "crisis ideológica mundial" —como podría llamarse ese período que va entre el ingreso de Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa por una parte, y la caída del Muro de Berlín por la otra en 1989— definió parte o la totalidad de la vida de muchos países a lo largo del planeta. No se ha agotado completamente después de 1989 ni había comenzado en 1917.

Lo que queremos decir es que entre ambas fechas definen el corazón de la sensación de crisis que envuelve al mundo. Y resulta que Chile fue un puesto avanzado de esa batalla, precisamente porque la democracia era un punto de referencia. La historia republicana de Chile ha sido un campo de batalla política para las ideas y sentimientos avanzados, sobre todo en el siglo XX. En ese siglo —que la gente de nuestra edad siente como realmente propio— florecieron en Chile todas las persuasiones políticas de manera simultánea con la fuente europea: conservadurismo y liberalismo, que venían del siglo XIX, la primera díada de izquierda-derecha, aunque desde la cuarta década del XX en su conjunto serían la derecha; los radicales, representantes de un liberalismo laico de izquierda, quizás a veces socialdemócratas *avant la lettre*, en gran medida inspirados en sus homólogos franceses. Todos ellos tuvieron su prolongación en el siglo XX, y sus momentos de crisis y declive, lo que tiene que ver con la historia que se cuenta en este libro. Pero no cabe duda de que expresaban los sentimientos políticos del siglo XIX. En el siglo XX se les agregó una perspectiva de socialcristianismo, que reflejaba centrismo político dentro de un sistema político liberal y algún grado de utopía espiritual.[69]

Por último, genuinos productos del siglo XX, están el marxismo y antimarxismo —a veces comunismo y anticomunismo—, el primero en configuraciones específicas, sobre todo en el socialismo y comunismo; el segundo, en cuanto componente esencial de otros actores. Su raíz —también en el siglo XIX— y constitución serán tema del próximo capítulo. Aquí solo se debe insistir en que en su conjunto crearon un clima político e ideológico que hizo que en este rincón del mundo se efectuara una especie de laboratorio tanto para chilenos como para extranjeros entusiasmados con este jardín, en el que se jugaron las principales persuasiones políticas del siglo, incluso la de tipo fascista. En Chile, lo decimos con su cuota de exageración, hubo comunismo y anticomunismo antes de la Revolución Rusa. En la década de 1930, en asombroso parecido, se dio el mismo elenco de partidos que caracterizaron a la Tercera República Francesa —incluyendo al Frente Popular— y a la República de

[69] Es decir, un impulso no central, pero existente, de realización de orden espiritual en la existencia histórica. Joaquín Fermandois, "Eduardo Frei Montalva: esplendor y ocaso", *Estudios Públicos*, 83, invierno 2001, pp. 298-314.

Weimar, en un sistema político propenso a la crisis pero que, al revés de sus congéneres europeos, en Chile dio paso a una democracia estable y competitiva por cuatro décadas.[70]

Desde luego, el que en el Chile del siglo XX hasta 1973 se manifestaran todas las tendencias básicas de nuestra era no era nada del otro mundo. Esto es bastante universal. Lo singular en Chile era que ello se daba en el contexto de una sociedad que fue más institucionalizada que otras de la región. El debate político e ideológico y la pugna consecuente se daban de buena o mala gana dentro de un marco institucional con autoridades electas por un tiempo determinado, con prensa libre casi sin restricciones y desde mediados del siglo XIX con debate público y polaridad política abierta. Con los quiebres que se conocen (1891, 1924 y 1973), el marco es casi único en el mundo latinoamericano y solo Brasil se le asemeja.

Aquí llegamos a la conclusión de este capítulo. Para calificar a la democracia chilena no basta referirla según aprestos teóricos, que es un paso auxiliar, como lo hicimos poco antes, sino que debemos establecer una base de comparación con lo que existe. El historiador procede de esta manera, con una idea general de las cosas y de los conceptos, compara una realidad con otra o tiene en la mente —muchas veces de manera tácita— otro modelo en relación al cual define su objeto de estudio.

Para estimar el grado de madurez o insuficiencia de la democracia chilena a lo largo de la historia republicana, el primer círculo de comparación es el de los países latinoamericanos. Es generalmente el espejo frente al cual se tejió la sensación de "excepcionalismo". Sabida es su historia dramática en cuanto a inestabilidad política en los siglos XIX y XX. Para no extendernos en un análisis detallado, hay que señalar una cierta paradoja que emerge de esta historia. La imagen del caudillo, de la junta militar o de la junta revolucionaria casi conforman el perfil de la historia política latinoamericana. Sin embargo, en comparación con otras regiones del mundo, por ejemplo el Asia confuciana o el mundo árabe, donde los sistemas autoritarios eran rutina internalizada, América Latina ha sido distinta. La democracia en su marco presidencialista no se ha consolidado como continuidad, en una medida importante porque la tradición liberal no ha tenido una raíz tan fuerte como en los casos de Estados Unidos y Europa Occidental. Mas, esta tradición *ha existido*, y ha obligado, primero, a vestirse a caudillos, tiranuelos y dictadores con afanes y logros de transición, y a conservadores autoritarios y líderes revolucionarios con el ropaje y muchas veces con algo del espíritu de la democracia liberal y republicana. Con la excepción

---

70 Loveman, *Chile: The Legacy of Hispanic Capitalism,* pp. 229-ss.

de Cuba en la segunda mitad del siglo XX, esta ha sido la fuerza y la inercia más constante de la historia política de América Latina.

## Los militares en la región

En los años de la Guerra Fría el panorama de la democracia era desolador, como mandado a hacer para alimentar la caricatura latinoamericana como tierra de semisalvajes.[71] Ello, a pesar de haber comenzado la época con una democratización relativa producto de la atmósfera de los años de la Segunda Guerra Mundial. Pronto seguiría una oleada autoritaria de caudillos y juntas militares, o una combinación de ambas. El populismo del general Juan Domingo Perón era algo nuevo, aunque en el fondo mantenía una idea de democracia controlada. La caída de Perón en 1955, aunque legitimada como restauración democrática ("Libertadora"), y en cierto modo lo fue, dio origen a un ciclo de alternancia tragicómica de militares y presidentes electos, ninguno de los cuales pudo terminar su mandato constitucional.

Brasil emergió en 1945 con el paso de un sistema autoritario moderado a una democracia inestable pero efectiva, aunque —como todo el continente— sometida a las pugnas ideológicas, especialmente aquella de marxismo y antimarxismo, o al enmascaramiento detrás de ellos. Subiendo la presión, al final en 1964 se instaló el régimen militar más simbólico hasta ese momento de una doctrina antimarxista en lo interno y en lo externo, de Guerra Fría, y a la vez una "dictadura de desarrollo" con un toque de leve pluralismo. El sistema de democracia autoritaria de México, o régimen de partido único con pluralismo limitado, pasó a ser una marca muy peculiar pero simbólica del siglo XX latinoamericano. Al igual que con la Revolución Mexicana de 1910, el tamaño no fue razón para que su vida política tuviera mayor impacto sobre el continente. Las largas dictaduras personalistas y cuasi-patrimoniales del Caribe y América Central —Leónidas Trujillo en la República Dominicana, Anastasio Somoza García en Nicaragua, Fulgencio Batista en Cuba— habían llegado a ser parte del folklore continental. La dictadura de Fidel Castro salía de este marco, pues respondía al único modelo marxista consolidado en América Latina, y que sostenía que era la única democracia real. Al final de esta historia ha llegado a parecerse a los sistemas cuasi-patrimoniales, donde "el Estado soy yo (y mi hermano)". Qué es una democracia en realidad era la cuestión que se agitaría en Chile en los años de la Unidad Popular.

---

[71] Joaquín Fermandois, *La Guerra Fría* (Valparaíso: Universidad Católica de Valparaíso, 1975).

¿Hubo otras democracias en América Latina en estos años? Había dos casos comparables de sistemas democráticos en países subdesarrollados. En Costa Rica el último enfrentamiento armado ocurrió en 1948 y después se desplegó la sucesión hasta ahora ordenada, y por ello un caso citado, además por la curiosidad de no tener ejército.[72] El segundo caso que tiene mayores paralelos con Chile fue el de Uruguay a partir de 1942. Una sucesión de coaliciones ordenadas y algo de oligárquicas en lo político entre Blancos y Colorados, con un mando colegiado hasta 1966, mantuvo las formas democráticas. Su base era un país culto y una clase política que parecía haber otorgado un centro de gravedad, hasta que la espiral de violencia a comienzos de los años setenta la llevó al colapso en 1973. Constituye el paralelismo más acabado con el caso chileno.

En América del Sur existieron otros dos ejemplos que tendrían su peso en los 1970 y 1980. Uno es el de Colombia, cuyo sistema democrático se originó en la caída de un dictador militar que tuvo sobrevida como caudillo político, Gustavo Rojas Pinilla, a lo que siguió un pacto entre dos fuerzas históricas y violentas, liberales y conservadores. Fue una paz democrática, pero en un país que conservó en gran medida una alta cuota de violencia política y criminal, o una combinación de ambas. Pero hubo competencia creciente y continuidad de alternancia por más de medio siglo hasta el presente. El segundo ejemplo es Venezuela a partir de 1958. También la caída de un dictador militar, Marcos Pérez Jiménez —una mezcla de populista, peronista y antimarxista, algo nada de raro— dio paso a un acuerdo de gobernabilidad entre los grupos políticos, y se constituyó la primera democracia con presidentes elegidos sucedidos por presidentes también elegidos en la historia del país. Su fundador en los símbolos fue Rómulo Betancourt, en un comienzo desprendido de una izquierda revolucionaria no marxista. Esta democracia jugaría un papel singular en la vida internacional de América Latina en las décadas siguientes, apareciendo por momentos como una suerte de modelo, hasta terminar por destacarse como otro "desarrollo frustrado", a pesar de gozar de regalías petroleras que parecerían soñadas para cualquier pueblo.

Para volver sobre lo mismo, la tradición de la democracia liberal —o la democracia a secas— en América Latina *ha existido*. Constituyó un centro de gravedad que no tuvo la energía y la persistencia para consolidar un orden político, pero es hacia donde la mayoría de las fuerzas ha tendido a converger, aun tras la fachada y

[72] En realidad, como en varios países de la subregión, la "guardia nacional" era una especie de ejército.

la compostura más arbitraria y caudillista.[73] El asunto es que ello no ha alcanzado para crear algo que se parezca a un modelo "clásico" de democracia, algo que aceptaríamos si se habla de la Tercera o Cuarta República Francesa, o de la República Federal de Alemania, o del mismo Japón a partir de 1946. Y ello no es solo por las insuficiencias de los procesos de democratización, es decir, el subdesarrollo económico y social. La democracia requiere de conductas interiorizadas constantemente, paciencia no muy abundante en nuestra América.

## La democracia chilena

La democracia y la república —en la medida en que han llegado a ser sinónimos— constituyen una ardua tarea siempre incompleta. Desde Grecia y Roma, cuando el orden político se convierte en un tema vital a debatir, la sociedad humana ha pasado a ser experimentada como algo en lo esencial incompleto, insuficiente, siempre susceptible de mejorarse, de reformarse, o de cambiarse según el caso. Por ello la crisis como "conciencia de crisis" nace en Occidente, si sumamos a su fuente griega, y esto lo acoge plenamente la democracia moderna.[74] Es lo que hace que los sistemas democráticos a veces parezcan vivir más en crisis que aquellos que no lo son, sobre todo en el siglo XX cuando se comparaban con los sistemas totalitarios, verdaderas tazas de leche para toda mirada superficial, que muchas veces era la única de la que se disponía.

Esta medida es la que se debe tener a mano para pensar el caso de Chile y también el de América Latina. Como se ha dicho, el desarrollo democrático no ha estado ausente en la historia latinoamericana, pero lo que más ha llamado la atención ha sido la interrupción del mismo, y en muchas partes los períodos en que esa interrupción era demasiado frecuente y hasta endémica. Es por ello que, cuando desde los años treinta en adelante se comenzó —en algunas partes del mundo— a evaluar el carácter democrático de un país como un atributo de confianza, dentro del panorama continental se comenzó a apuntar con un dedo positivo a Chile. Pero la raíz de esta apreciación para Chile era más antigua que la del período democrático que se inauguró en octubre de 1932 y cuyo eslabón final fueron los años de la Unidad Popular. En los siglos XIX y XX Chile, junto con Brasil, mostraba formas

[73] Drake, *Between Tyranny and Anarchy,* p. 23.

[74] Héctor Herrera, "El sentido de la crisis en Occidente", en *Dimensiones de la responsabilidad educacional* (Santiago: UMCE, Universitaria, 1988). En torno a esto, Joaquín Fermandois, "La crisis y el sentido de la política moderna", *Intus-Legere Historia*, 1, ½, 2007, pp. 231-236.

democráticas más estables que otros países de la región. Claro que fue un desarrollo interrumpido cada cierto tiempo. La última de esas interrupciones alcanzó espectacularidad mundial en 1973.

Había algo más. La relativa madurez política de Chile lo llevó a asumir el lenguaje político universal de una manera muy inmediata; el país también se apropió de la crisis ideológica mundial, la combinación de paz y de guerra con que se vivió en algunas fases la política interna de muchas sociedades del globo. Sus carencias las miraba a través de una polaridad política que iba de la izquierda a la derecha, pasando por un centro que también era expresión de aquella. Las crisis latentes de la sociedad eran leídas a través de un lenguaje que las magnificaba, no en sus carencias reales, sino que en el dramatismo con que se acentuaba la mengua del momento, o la amenaza que representaba la crítica. Esta lectura de las posibilidades no surgió de la Guerra Fría, sino que iba más atrás, a la historia ideológica del siglo y tenía sus raíces en el siglo XIX republicano. La interpretación de la sociedad chilena como un estado de crisis no tiene dueño exclusivo en un sector, pero el que protagoniza los años que aquí interesan es la izquierda, y es a ella a la que hay que entender. La lectura específica de lo crítico de la sociedad tiene, a su vez, una historia, y esta es la que hay que conocer.



# Capítulo II
# La fuerza de una palabra: trayectoria de la izquierda

## Génesis de la díada izquierda-derecha

La frase inicial del evangelio de San Juan, "En el principio era la Palabra", resume lo que el pensamiento moderno ha dicho acerca del ser humano. El lenguaje es lo que lo califica como tal. Parece ser también el principal elemento aglutinador de la *izquierda*, lo que le dio su personería política. La izquierda sostiene ser la voz de los desfavorecidos, de los excluidos.

Todo depende. ¿Qué vino primero: el huevo o la gallina? La existencia de la necesidad —es decir, la pobreza, la privación, la marginalidad— sacó a luz casi como exigencia biológica una conciencia de rechazo del orden social por cruel e injusto. Los sometidos a estas carencias, la gran mayoría, en el transcurso de la historia intelectual hallaron las palabras adecuadas para movilizar voluntades y redimir a los "condenados de la tierra". La izquierda, en especial aquella que demanda el cambio drástico de la sociedad, provendría de manera natural de la expresión de un sufrimiento prolongado a lo largo de la historia, debido a problemas objetivos de la existencia, y sus finalidades expresan un mal intrínseco de la estructura social y económica.

Es posible verlo de otra manera. La sociedad humana nace como un sistema que está casi definido por sus carencias. Pero también el ser humano es capaz de crear riqueza y saca a luz de forma paralela un instrumento mental para pensar las posibilidades y limitaciones que ofrece ese orden social. A ello se sumaría, como contrapartida al "ganarás el pan con el sudor de tu frente", un sueño que surgía en la sociedad europea, también presente en relatos y mitos de la antigüedad y de otros pueblos: así como "en un principio", también al final de los desvelos humanos se vivirá en un medio donde los frutos necesarios para la alimentación brotarían naturalmente de la tierra y no habría mayores diferencias entre los hombres. La propiedad no sería un elemento de distinción. No existiría "lo mío" y "lo tuyo".

Por siglos esto se asoció a movimientos heréticos, milenaristas, religiosos casi siempre, sectas surgidas del cristianismo en el alba de la era moderna, sobre todo a raíz de la Reforma de Lutero y todo lo que le siguió. También, esto tuvo un impacto político y el mismo Lutero dirigió sus iras contra los rebeldes. La idea de un igualitarismo fundado por un afán religioso tenía innegables connotaciones políticas.[1] Se dio otro avance hacia lo político en el siglo XVII a raíz de las guerras civiles inglesas, especialmente la que terminó con la ejecución de Carlos II y la elevación al poder de Oliver Cromwell. En conjunto con la "Gloriosa Revolución" de 1688-89, fueron trampolines del proceso con el que se inició el parlamentarismo en Inglaterra, y por ello los *levellers* durante la guerra civil de los años 1640 pueden ser considerados como vanguardia extremista frente a una política moderada en el Parlamento, como raíz de la futura izquierda radical.[2]

Existe una segunda fuente de donde surgirá la dinámica de la disensión y de la rebeldía: la competencia, rivalidad y conflicto soterrado entre grupos productores y en general de organizaciones formales o informales ligadas a la vida material. Los gremios "mayores" y "menores" generaban un circuito de luchas que en la sociedad urbana —la ciudad moderna— generaba una dinámica que se podría asemejar en ciertos casos a la "lucha de clases", por fines circunscritos pero que en ocasiones configuraban la impronta de una gran fractura social. La movilidad del comercio en la naciente economía mundial, la comunicación y la opinión pública que asomaba tenuemente desde el siglo XVII creaban un ambiente en el cual podía surgir una voz que considerara que el orden social debiera ser transformado.

Esto arroja la pregunta acerca de los conflictos sociales, entre grupos, gremios, organizaciones; en especial, cuando la competencia se da entre un bando que es aventajado y otros peor posicionados en lo social y económico. En el mundo moderno los grupos sociales se han considerado como "clase", y la "lucha de clases" ha sido un tema central en la historia europea y americana del siglo XIX y gran parte del siglo XX. Asalta la duda: ¿los grupos sociales adoptan de manera automática, refleja, una determinada posición en la competencia pública? La sospecha más fuerte indica que para que se establezca alguna "lucha de clases" que divida a la sociedad entre muchos y pocos —se supone—, y no se desarrolle como una pugna por fines acotados, debe asumirse

[1] Norman Cohn, *En pos del milenio. Revolucionarios, milenaristas y anarquistas míticos de la Edad Media* (Barcelona: Barral, 1972; original en inglés, 1957).

[2] Richard Overton and William Walwyn, "A remonstrance of many thousand citizens and other freeborn people of England to their own House of Commons", en Andrew Sharp (editor), *The English Levellers* (Cambridge: Cambridge University Press, 1998), pp. 33-53.

un lenguaje, la palabra que aglutine y diferencie, que vincule a los que supuestamente favorece y que movilice las energías vitales para sostener los intereses, generalmente amagados en la inconsciencia intemporal de la inercia. ¿De dónde viene esa palabra?

Se requería de una actitud del pensamiento que pusiera en contacto a las ideas con las estructuras sociales y las fuerzas vivas de la sociedad. En líneas generales, se puede decir que la Ilustración fue la atmósfera que personificó esas ideas y que podría ser llamada una primera izquierda. Por cierto, los ilustrados no lo sabían ni menos se expresaban de esa manera. El ambiente que se creó en la segunda mitad del siglo XVIII se convirtió en un poderoso ariete de crítica al orden establecido. Podía ser una nueva fuerza que se incorporaba a un sistema que devenía pluralista, como el camino inglés lo señalaba en su evolución del siglo XVII al XVIII. Era posible también que se expresara como un ajuste de cuentas total con la sociedad, y postulara algo esencialmente distinto. Así nació una primera diferencia entre la izquierda, que en lo básico reclamaba contra la falta de igualdad jurídica y a veces social, y la extrema izquierda, que colocaba su modelo en un "hombre natural" y que veía a toda la historia como una usurpación de derechos, los que había que restituir.

Muy temprano le salió al encuentro una derecha que responde a la crítica afirmando que el orden existente es lo posible, que reorganizarlo bajo los principios de la razón o de la igualdad absoluta destruiría las bases sobre las cuales puede sobrevivir cualquier sociedad humana.[3] La izquierda comenzó a existir de manera paulatina; la derecha, cuando el orden existente es sacudido por el remezón de la crítica. La derecha existe cuando ya no es mera defensa refleja de un interés herido o amenazado, sino cuando a ello se le une una palabra que es más que el interés. Es decir, en su origen la derecha tiene también una relación con la palabra, si bien es un vínculo con más dificultades y frustraciones. Estas fórmulas que conformarían la política moderna ya se delineaban antes de la Revolución Francesa, y todavía nos acompañan algo diluidas en las primeras décadas del siglo XXI.

¿Cómo se podrían definir "izquierda" y "derecha"? Proponemos la siguiente fórmula: ambas responden a la pregunta ¿qué es y qué debe ser la sociedad?[4] En un momento de la historia esta pregunta llegó a definir el corazón de la política. Primero aparece la izquierda, cuando se instala la opinión que critica lo existente, en nombre de algo mejor, o hasta perfecto. El acento es puesto en el "qué debe ser la

[3] Russell Kirk, *The Conservative Mind: from Burke to Eliot* (Chicago: Regnery Gateway, 1971), pp. 51-57.

[4] Estas ideas fueron esbozadas en Joaquín Fermandois, "¿Qué futuro tiene la díada derecha-izquierda?", *Estudios Públicos*, 60, primavera 1995, pp. 349-374.

sociedad". Puede representar un apremio real (pobreza, marginalidad, subalternidad para emplear un vocablo de moda), pero el surgimiento como posición animada de palabra se debe a la conjunción de sentimientos e ideas. De estas últimas, la Ilustración es un ejemplo, pero no el único.[5]

La derecha nace por ende de manera reactiva, siempre después en ese paso del siglo XVIII al XIX, espoloneada por un ataque al sistema y/o, se cree, a sus intereses. Pero, ¿cuándo no ha existido una situación de ese tipo en la historia de las civilizaciones? La diferencia es que ahora es "derecha" porque también asume o se ve obligada a asumir un lenguaje, una interpretación de las cosas que por lo mismo no puede ser papel de calco de este o aquel interés. Desde ya, "los intereses generales" deben ser expresados en un lenguaje que vaya más allá que el desnudo egoísmo, si es que se quiere desplegar una defensa convincente. Para hacerlo, esgrime el "es", es decir, las condiciones según las cuales se sostiene puede funcionar la sociedad, las que debe presentar como un "deber ser", algún elemento de cuadro ideal donde la vida de todos sería mejor. Esto es, se hace cargo de la objeción central de la izquierda, la insuficiencia del estado actual de las cosas. Se entiende que también a esta polaridad o díada le puede ser inherente un centro que a veces es lo que domina la cultura política.[6]

La izquierda va a apuntar a las falencias, a la desigualdad, al abuso de poderosos sobre débiles, muchas veces a la falta de libertad. La derecha va a responder que la situación no puede ser tan opresora, ya que ha surgido una crítica, y que la transformación radical, o que se considera así, va a significar un retroceso en derechos y bienestar para todos. En una inflexión de movimiento, la izquierda puede aferrarse a un orden abstracto y perfecto, una utopía de futuro a alcanzarse por cualquier medio posible, y es lo que casi siempre define a una extrema izquierda; y cuando la derecha desarrolla una lealtad intransigente y activa con una imagen de la perfección de un pasado próximo o remoto, adquiere los rasgos de lo que se ha denominado extrema derecha.[7]

---

[5] La "ilustración escocesa", entre la cual está nada menos que Adam Smith, puede haber chocado con intereses establecidos, pero es muy complicado llamarla "de izquierda". Fania Oz-Salzberger, "The Political Theory of the Scottish Enlightenment", en Alexander Broadie (editor), *The Cambridge Companion to the Scottish Enlightenment* (Cambridge: Cambridge University Press, 2003), pp. 157-177.

[6] Norberto Bobbio, *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política* (Madrid: Taurus, 1995; original en italiano, 1994), p. 50.

[7] André Freire, "Bringing Social Identities Back in: The Social Anchors of Left-Right Orientation in Western Europe", *International Political Science review/Revue internationale de science politique*, Vol. 27, No. 4 (Oct., 2006), pp. 359-378; Elizabeth Zeichmeister, "What's Left and Who's Right? A Q-method Study of Individual and Contextual Influences on the Meaning of Ideological Labels", *Political Behavior*, Vol. 28, No. 2 (2006), pp. 151-173.

Esto se parece, pero no es idéntico, a esa otra polaridad, que a veces se define como la tensión entre la "conservación" y el "progreso", aunque ha sido la forma más común de referirse a derecha e izquierda. En los hechos, existieron y existen derechas que abrazan el progreso con fe ilimitada e izquierdas con una utopía de pasado que *reaccionan* en contra de lo nuevo. Es extraño el fenómeno ya sea puramente progresista o puramente reaccionario cuando nos encontramos con persuasiones o movimientos políticos, aunque existe la mayor o menor cercanía a uno de los dos polos. El tema de este libro es precisamente una voluntad política, una cultura política que se definía a sí misma como progresista, y era esta orientación una de sus convicciones más íntimas, en la que se creía con certeza absoluta. Sin embargo, es cuestionable que sin más pueda ser calificada de tal, y no solo porque a comienzos del siglo XXI "todo el mundo" crea que el progreso no pasaba por ese tipo de socialismo.

¿Qué tipo de socialismo era el que representaba la Unidad Popular? Primero, hay que ver su historia enraizada en la de la izquierda chilena, ya que el desarrollo de esta se confunde con la historia republicana.

## Raíces y metamorfosis de la izquierda en el siglo XIX

La polaridad izquierda-derecha nace con la república. Podrá sonar anacrónico expresarlo así, pero esa articulación de fuerzas latía bajo las emociones expresadas en las ideas y doctrinas que se manifestaron a raíz del proceso de independencia. Por una parte, se asumió con rapidez pasmosa el lenguaje de la política moderna, lo que —eso sí— no desmentía la herencia hispánica.[8] A este lenguaje le era inherente una dinámica de alguna tensión entre cambio y conservación. Al acabarse en gran medida la siesta colonial los grupos sociales tendieron a convertirse en actores. Sectores que antes estaban insertados en un orden determinado se convirtieron, debido al cambio y el desmoronamiento de imágenes y relaciones, en personas y grupos que piden, exigen, temen y poseen incertidumbres y ambiciones. Es la *movilización*, no inventada por la modernidad, pero que le es tan propia a la política de estos dos

[8] Uno de los documentos más relevantes de la época, el "Catecismo político-cristiano", combinaba ambos lenguajes, al colocar el afán emancipador en relación a la antigua idea de "pacto" entre el pueblo y el soberano. José Amor de la Patria, *Catesismo político christiano. Dispuesto para la instrucción de la juventud de los pueblos libres de la América meridional* (Santiago: 1810). Sobre las ideas políticas del período de la Independencia y la república temprana, Simon Collier, *Ideas y política de la independencia chilena, 1808-1833* (Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2012; original en inglés, 1967); Alfredo Jocelyn-Holt, *La independencia de Chile: tradición, modernización y mito* (Madrid: Mapfre, 1992).

últimos siglos; de todas maneras, le es propia por momentos a las repúblicas que merecen el nombre de tales, las que se orientan hacia una sociedad abierta. En términos ideales, era la aspiración de las repúblicas hispanoamericanas.

Claro, en un primer momento causó caos y violencia insensata y pegajosa, la guerra de todos contra todos. Algunos países hispanoamericanos no escaparon de ella por varias décadas, y es probable que parte de la inestabilidad política que ha caracterizado y sigue caracterizando a la región sea producto de la interiorización de estas conductas.[9]

En Chile la polaridad izquierda-derecha despunta con la clásica división, que todos aprendemos en la enseñanza básica, de "pipiolos" y "pelucones". Los primeros, algo así como liberales; los segundos, conservadores. Quizás progresistas y reaccionarios. Caben varias nomenclaturas. Pero liberales y conservadores es una primera díada, según la definió Norberto Bobbio, una primera articulación de los polos, en Europa y América, y que por lo demás sigue viva aunque desdibujada después de la Guerra Fría.[10] Los primeros —gente como Francisco Antonio Pinto Díaz, José Miguel Infante Rojas, quizás el general Ramón Freire Serrano— estaban preocupados de una estructura más libertaria, en el sentido máximo de la Declaración de los Derechos del Hombre, de un cuadro que se podría llamar "ideal", y atentos a los abusos de una autoridad en nombre del orden.[11]

Si los consideramos como de "izquierda", ¿fueron entonces "antisistema", expresión común en los 1960? Vale decir, no desearían una reforma de las cosas, sino que cambio radical, de estructuras, de clases, de sistema político, etc. No en balde algunos de ellos querían derrocar al Gobierno. Sin embargo, una izquierda antisistema conlleva no solo finalidades políticas, sino que también sociales, económicas y hasta culturales. Es difícil decir que los pipiolos hayan sido antisistema en este sentido.

Los segundos, los pelucones, representaban un sentimiento y anhelo de regreso a un orden, a la estabilidad colonial en un nuevo contexto, algo atemorizados por la violencia arbitraria y desordenada, y quizás también con algo de repulsión por las noticias que arribaban del resto de América, amén de haber absorbido el

---

[9] Paul W. Drake, *Between Tyranny and Anarchy: A History of Democracy in Latin America, 1800-2006* (Stanford: Stanford University Press, 2009).

[10] Bobbio, *Derecha e izquierda*, p. 50.

[11] Gabriel Salazar ha insistido en la idea de que Freire habría representado algo así como un genuino liberalismo de izquierda, o a una especie de ciudadanía real. En *Construcción de Estado en Chile (1760-1860): democracia de "los pueblos", militarismo ciudadano, golpismo oligárquico* (Santiago: Sudamericana, 2005).

sentimiento antirrevolucionario de la post-Revolución Francesa aplicado a la realidad chilena. Era un estado de ánimo que sustentó al "sistema portaliano", en la medida en que este existió.

Pipiolos y pelucones, además de converger en sus políticas en muchos sentidos, representaban —se sostiene mucho— a un mismo sector social, "las elites", dicho en la actualidad con acento grave. Sí, así era aproximadamente, aunque en estos parajes de la vida los matices lo dicen todo. Los que sostienen la tesis de la elite (o elites, para el caso lo mismo) dan la impresión de hablar como de una organización férrea que dirigiera al país de manera ostensible pero a la vez clandestina, como si tuviera un cuartel general donde se reunieran todos sus miembros y decidieran qué política imponer al país, todo ello en defensa de sus intereses, como si los seres humanos supieran con exactitud cuáles son sus intereses. Esta visión de las elites, que tiene un aliento a "teoría de la conspiración", nos perseguirá en el curso del libro.[12]

En la primera mitad del siglo XIX eran pocos los que sabían escribir y —¿novedad?— los que tenían propiedad, aunque la diferencia de dimensión y cuantía de esta última hace difícil hablar de una homogeneidad mínima como para considerar a los propietarios una organización. Quizás sería más apropiado el concepto de antiguo régimen de "vecino", que implicaba una *cierta* prominencia y algún grado de propiedad y alfabetismo, dominio del lenguaje público, como para ejercer influencia. En las divisiones que surgieron entre pipiolos y pelucones, liberales y conservadores después, no hay mucho rastro de intereses encontrados. Lo que se generó fue una polaridad con un asomo de creación de clase media con conciencia política, pero articulada en la más importante división política del siglo, la de clericales y anticlericales. No es que la población se dividiera entre uno y otro bando; solo una minoría podría ser considerada como representante pura de uno u otro sector. Sencillamente, eran los polos que orientaban al sistema político.

## La desigualdad en la picota

En las revoluciones de 1851 y 1859 asomó un lenguaje igualitario, de tendencias anticapitalistas, quizás socialistas. No era el protagonista, pero está ya instalado. Un argentino refugiado del dominio de Juan Manuel de Rosas, Mariano Fragueiro,

[12] Por cierto, todos los sectores sociales quieren "más". Si a eso se le llama "conocer su interés", bueno, podría ser. Esta visión no distingue entre "elite", "clase alta", "clase dirigente", "clase política", etc.

en su oposición a que los privados presten dinero y deseando organizar el crédito en manos exclusivas del Estado, es de los primeros en expresar esta posibilidad:

> (Hay que sustraer los capitales) de la aristocracia industrial, donde están monopolizados y se les dé colocación democrática; se les pone al alcance de mayor número de capacidades para multiplicar los propietarios, para dar pasaporte al proletario en la carrera industrial, para extinguir el abuso del poder pecuniario, la usura; para extirpar el individualismo y ensalzar el socialismo. Por lo tanto, la operación de dar y tomar dinero a interés, que es propiedad pública, sería exclusiva del crédito público y la ley no lo autorizaría entre particulares.[13]

Sería poco provechoso interpretar el texto con los criterios de la política de la segunda mitad del siglo XX. Parece no llamar a una destrucción del sistema, aunque indudablemente mucho del *establishment* debe haberlo visto de esa manera. Lo importante es que aquí se prefiguran temas de larga duración: capitalismo, socialismo, intervención del Estado, igualdad. Estas referencias tampoco se extinguen con el fin de la Guerra Fría, ya que son consustanciales a la modernidad.

Una clasificación de los actores en relación a su posición social olvida la fuerza en ciertas ocasiones de la movilización política. Una vez instaladas las creencias y las actitudes políticas, incluida la práctica de acatar la costumbre y legalidad de las instituciones, ello adquiere realidad propia. Es parte de lo que en el Capítulo I definimos como la temprana institucionalización de Chile, lo que haría su "excepcionalismo". Dentro de ese contexto, los liberales —incluyendo a una especie de izquierda liberal en el Partido Radical, que aparece en los 1860— representaban un primer lenguaje de izquierda, aunque los temas identificaran a una elite, a la que en lenguaje moderno habría que calificar con justicia no solo de "clase alta", sino que también de clase media alta, y también quizás media-media.

Era una izquierda que se movía dentro de una lógica de liberalismo político, y por ello no era antisistema, aunque en su lucha contra el clericalismo mostraba rasgos de intolerancia. Además de esta característica y de la participación en la retórica, aunque no necesariamente en la práctica antiautoritaria, sus postulados más notorios estuvieron en su "reformismo", tanto político como social. Este lenguaje se introduciría en la izquierda del siglo XX, y tuvo alguna influencia en Salvador Allende y en otros de sus contemporáneos socialistas. Incluso en algunos sectores

---

[13] Mariano Fragueiro, *La organización del crédito* (Santiago, 1850), cit. en María Angélica Illanes, *Chile Des-centrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista 1810-1910* (Santiago: LOM, 2003), pp. 182-183.

alcanzó a manifestar a comienzos del siglo XX una orientación socialista, aunque en su versión occidental, democrática.

En efecto, en la Convención Radical de 1906, un miembro que se podría calificar de "izquierda", Valentín Letelier Madariaga, decía: "Desde 1863 se ha venido pidiendo grandes reformas en el mismo sentido que hoy como consecuencia de las reacciones ciudadanas. Todos los pueblos cultos del mundo tienen en este momento algo de socialismo, en el sentido de que velan por el interés de la sociedad".[14] Añadía su crítica a la de aquellos que sostenían que se avanzaba poco en la reforma y protección sociales. Sin embargo, otros, como Enrique Mac Iver Rodríguez, veían en ello un peligro de terminar por "colectivizar la propiedad". Nada de extraño, se delineaban un centro y una izquierda dentro del partido, aunque en general era difícil definir este lenguaje como antisistema. Hay que añadir que el lenguaje de reforma social se puede hallar algo disperso pero muy presente en toda la segunda mitad del siglo XIX chileno. Ello no quita que el liberalismo del siglo XIX haya sido a su manera una primera izquierda.

Esto podría representar la polaridad liberal-conservadora, que definió la vida política latinoamericana del siglo XIX. Sin embargo, también —y que se nos excuse el brinco— ha definido la inglesa desde el siglo XIX hasta nuestros días, en cuanto el socialismo (laborismo) inglés está muy alimentado por el espíritu del liberalismo político. Lo mismo se da en el caso de la política norteamericana a lo largo de toda su historia. Hasta muy avanzado el siglo XIX la política chilena se estructuraba según esta polaridad. No era imposible que así hubiera quedado como otros países latinoamericanos, y una extrema izquierda que estuviese más allá de los liberales se hubiera cobijado primero en estos. Los movimientos sociales de sectores de la base de la pirámide podrían haber prosperado al alero de algunas manifestaciones del liberalismo, pero no fue así. En el Chile del último tercio del siglo XIX comenzó a emerger, con paso lento pero seguro, el socialismo como una nueva persuasión política e ideológica que animará el lenguaje de muchos de esos actores de la base, o sectores "populares".

¿Una importación, un lujo suntuario? Quizás, solo que todo el lenguaje político de la república llegó desde "afuera", pero que también es un "adentro", porque la sociedad humana se desarrolla en la interacción, y el mismo Chile fue un último

---

[14] Cit. por Luis Palma Zúñiga, *Historia del Partido Radical* (Santiago: Andrés Bello, 1967), pp. 96-97.

producto de la expansión europea del 1500.[15] La política de la modernidad se expresa en las grandes persuasiones ideológicas, que tienen cuatro matrices: liberalismo, conservadurismo, socialismo y nacionalismo, y las combinaciones y mescolanzas entre ellas, y la formulación más extrema o más moderada que se haga de ellas. De estas matrices, solo el liberalismo en general ha sido menos propenso a una radicalización. En Chile la perspectiva socialista ocuparía un papel central, como uno de "los tercios" y a veces más, en la política del siglo XX hasta 1973. De hecho, una parte del proyecto político de la Unidad Popular era obtener una mayoría social, es decir, la mitad más uno de los votos bajo el gobierno de Salvador Allende, lo que se suponía se debía desprender de la realidad misma.

## Despunte del socialismo revolucionario

De nuevo, ¿qué es primero: el huevo o la gallina? A medida que en el último tercio del siglo XIX va surgiendo "el problema obrero" en el debate público sobre salud, bienestar y pobreza, va apareciendo un lenguaje político que en términos generales se parece y luego tiene referencias explícitas con el socialismo. Desde la izquierda se ha sostenido desde siempre que ello se explica porque ideas y doctrinas socialistas le son consustanciales a los oprimidos, a los marginados, a los desposeídos de cierto nivel mínimo de capacidad material de acuerdo al nivel de vida de una época determinada. Contra esto conspira una simple realidad, que los líderes que han impulsado revoluciones sociales y políticas —esas realmente radicalizadas— nunca han provenido claramente de un sector subalterno o marginal.

No pocas veces, como en el caso de los fundadores del marxismo, Karl Marx y Friedrich Engels, provienen de sectores que se podrían calificar de altos, o quizás aristocráticos.[16] Existen excepciones —Stalin, la más notoria—, y lo que en general se da es la pertenencia a un grupo con más sensibilidad social y que reacciona con indignación ante estados de pobreza y flagrante injusticia. Existe sin duda una correlación entre clase social y posición política; en la base de la sociedad se *tiende* a votar

[15] Joaquín Fermandois, "Lo de dentro es también lo de afuera: Bicentenario de las relaciones internacionales", en Andrés Medina, Mauricio Rubilar, Manuel Gutiérrez (editores), *España y América: dos miradas una historia: los Bicentenarios de las Independencias y los procesos de integración* (Concepción: Universidad Católica de la Santísima Concepción, 2011).

[16] Marx por matrimonio se vinculó a la nobleza prusiana, aunque era escasa de bienes materiales. Por parte de padre provenía de familia de rabinos, oficio religioso que la mayoría de las veces se traspasaba de padres a hijos, y por ello podría ser considerado como descendiente de la más antigua aristocracia de la tierra.

por la izquierda, mientras que a medida que se sube por la escalera se *tiende* a votar más por la derecha. Es una tendencia que admite demasiadas excepciones y la historia ideológica de Chile en el siglo XX, junto con confirmar esta suerte de ley, confirma también su relatividad. Por lo demás, como aparece en todo manual de metodología de las ciencias sociales, la correlación no es causa, es *probabilidad* de causa.

Estas advertencias nos deben acompañar al momento de pensar la historia social y política de la izquierda en Chile. En todo caso, cuando en la segunda mitad del siglo XIX surgieron las luchas sociales que, se puede afirmar, corresponden a reivindicaciones modernas, se detecta ya un lenguaje que se asocia a la izquierda no liberal. Al mismo tiempo, existe el temor de que esta persuasión destruya lo ya hecho: "Si el proletariado se desarrolla nos sumergirá en una de esas situaciones inciertas y llenas de inquietudes que imposibilitan el movimiento comercial y suspenden sobre una sociedad la amenaza evidente de un trastorno".[17] Así hablaba Augusto Orrego Luco en 1884, anunciando lo que se llamó la "cuestión social", cuando la pobreza y el subdesarrollo a partir del 1900 se van convirtiendo en un centro del debate de la política chilena. Como es común que suceda, ello fue preparado a lo largo de varias décadas. La mayoría de las interpretaciones ve en esto una especie de pánico ante los "bárbaros", mejor dicho, ante los marginados y subalternos, es decir, los pobres. Mas, simplemente, puede ser la constatación de que ese subdesarrollo comienza a ser considerado como el problema público capital de Chile, y en germen un problema de conciencia también.

Surgió un lenguaje de izquierda que se centra en la reforma o cambio socio-económico, o a veces en la pugna social que quiere destruir el orden existente. Y ese lenguaje, ¿le es inherente a una mirada "desde abajo"?:

> De que un artesano sin talento no debe subir a la primera magistratura, ni salir de su tienda a mandar el ejército; sin embargo que hay algunos que conocen la milicia. Tampoco encuentro apto para este destino a un abogado que sólo se ha quemado las pestañas para entender las disposiciones de los reyes de España. Un comerciante que no haya salido de detrás de su mostrador; un hacendado criado en su estancia probando el mejor caballo y laceando el mejor toro, los hemos tenido de alcaldes y de regidores en varias épocas; por lo que creo que no se necesita mucha ciencia para estos empleos.[18]

[17] Augusto Orrego Luco, "La cuestión social", publicado en 1884 en el diario *La Patria* de Valparaíso. Cit. en Sergio Grez, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile* (Santiago: RIL Editores, 2007), p. 186.

[18] Firmado por "Zapatero". *Contestación al artículo inserto por el Editor del Fanal en su número 1º* (Santiago: Imprenta Republicana, 28 de marzo de 1829); cit. por Grez, *De la "regeneración del pueblo"*, p. 223.

Si suponemos que represente genuinamente un discurso espontáneo de la base social —y no uno creado por alguien de la clase política, que es probable— revela también un hecho que no es solo palabra refleja, automática. Es propio de un momento histórico en el cual el sistema de jerarquías se ha trastocado: si unos pusieron en tela de juicio tal forma de autoridad, a otros se les ocurre trasladar ese cuestionamiento a otras posiciones sociales. En la segunda mitad del siglo XIX, como se decía, junto a los movimientos de reivindicación y a la aparición de huelgas y organizaciones obreras, emerge un lenguaje socialista, ya sea evolucionista o revolucionario.

Con todo, no se debe exagerar su fuerza. La violencia política en 1851 y 1859 fue ocasión de los estropicios propios de una situación de confrontación armada, con un leve toque de "guerra social", cuando la propiedad puede ser adquirida por el saqueo, el que en su parte más visible vendría de los "rotos".[19] Poco a poco ese tipo de reacciones iría siendo acompañado por el crecimiento de un lenguaje formado en la política del socialismo y del anarquismo, este último de singular influencia en el país en torno al 1900. En su origen, muchos dirigentes obreros que muestran este lenguaje provienen efectivamente de la base de la pirámide, es decir, son de extracción popular. Pero al ingresar a este lenguaje, ya pasan más bien a la categoría de una clase política en la que la formación intelectual muestra una importancia destacada. No por nada, junto al sindicato o gremio, es la prensa el medio y el mundo que más identifica a los líderes de esta izquierda socialista que nace. En su manera de ser y en su mundo no difieren mucho o nada del dirigente que proviene de otro estrato social, pero que abraza la causa obrera entendida como socialista o que sigue sus aguas.[20]

También arribarían los asomos de violencia y la violencia misma que acompañaron a los movimientos huelguísticos entre 1903 y 1924, grandes choques entre manifestantes y tropa armada, muchas veces del Ejército, con numerosos muertos. Matanzas se les decía, y algunas de ellas efectivamente lo fueron. Para lo que aquí interesa, en ellas aparecía el lenguaje asociado a la izquierda movilizadora, prerrevolucionaria y hasta revolucionaria. Se había entrado en una nueva etapa.

---

[19] Como reza una carta del intendente de la provincia de Atacama, Juan Segundo Fontaneros, al ministro del Interior de 1851: "Los motines de rotos que no se proponen sino el saqueo del vecindario y la muerte de los que tienen más fortuna". Cit. por Grez, *De la "regeneración del pueblo"*, p. 374. ¿Guerra social o violencia elemental que se da en todas las épocas cuando son la espada y el puñal los que se enseñorean de la razón?

[20] En torno al 1900, la prensa obrera en Chile y el mundo era numerosísima. Un estudio sobre el caso de Chile en Osvaldo Arias, *La prensa obrera en Chile: 1900-1930* (Chillán: Universidad de Chile-Chillán, 1970).

Al asumir el lenguaje del socialismo viene casi instantáneamente la gran pregunta de estos descendientes de la Revolución Francesa: ¿reforma o revolución? ¿Evolución o salto brusco a una nueva sociedad?[21] No es que antes de este momento en la historia europea y americana no haya habido cambios fuera de las reglas del juego institucional. La historia humana está repleta de estos ejemplos, y en tiempos de tinieblas, más que numerosos a lo largo de siglos y milenios, parecen ser el camino de las instituciones. Lo que cambia es que, a partir de la creación de la política moderna y sus dos momentos inaugurales —la independencia de Estados Unidos y la Revolución Francesa—, ese dilema está expresado en un programa de efectos potenciales para todas las sociedades del mundo, como esperanza o como amenaza. La revolución se transforma en una especie de mito.[22] El espectro de ella también, de ahí la cita de Marx en 1848 de que "un fantasma recorre Europa".[23] Los movimientos reivindicativos, al asumir un lenguaje que tomaba cariz revolucionario, de inmediato se hallaban ante un dilema: o se estaba por la reforma o por destruir lo más rápidamente posible el orden social y político.

Es seguro que las ideas de reforma del orden social orientadas a la igualdad tienen su origen en una larga historia de las ideas, aunque alcanzan presencia en los debates públicos precisamente cuando existe una opinión pública discutidora, y cuando grupos sociales más vastos saben incorporarlas a su lenguaje en su cotidianeidad misma. Pero nada dice que las ideas sean patrimonio intransferible de tal o cual grupo o clase, y que cada grupo y clase necesariamente deba identificarse con tal o cual idea. Hay que repetir: existe propensión, correlación, probabilidad en diversos grupos, clases, ambientes y oficios, pero de ninguna manera una causa que origine los mismos resultados de identificación a lo largo del planeta, en todas las sociedades o en todos los tiempos de la modernidad. La experiencia histórica es demasiado variada como para sostener este tipo de determinismo.

---

21 Sobre este dilema resuelto a favor de un cambio legal pero revolucionario, Joaquín Fermandois, "¿Reforma o revolución? El *Poor Man´s Guardian* y la Reform Bill", *Revista de Historia Universal*, N° 1, 1985, pp. 7-36.

22 La experiencia inglesa que también anuncia a la política moderna cruza todo el siglo XVIII, ese "largo siglo XVIII" –para decirlo según el uso actual– entre la *Glorious Revolution* de 1689 y la *Reform Bill* de 1832.

23 En realidad, añade, "el fantasma del comunismo", en el *Manifiesto Comunista*. Karl Marx, Friedrich Engels, *Obras Escogidas* (Moscú: Editorial Progreso, 1970), p. 34. No es diferente de lo sostenido arriba, ya que para los fundadores del marxismo los comunistas de entonces eran la única fuerza revolucionaria.

Examinemos algunas expresiones de la época que nos llevan a esta palabra que era la de la izquierda de orientación socialista:

> Somos antipatriotas –hasta que la patria de los seres humanos no sea circundada de fronteras y soldados; hasta que terminen los odios y antagonismos y las guerras entre un pueblo y otro; hasta que termine el dominio de la explotación de los ricos sobre los pobres; hasta que sea un obstáculo a la libertad internacional de los trabajadores. Y hasta que los pueblos de la tierra no se hayan fundido en una sola familia –la humanidad. Y mientras no hayamos formado una sola gran patria, nosotros combatiremos todas las pequeñas patrias actuales que dividen al género humano en tantos grupos antagónicos, produciendo más dificultades en la unión de los trabajadores y haciendo más potente la dominación burguesa.[24]

El que aquí habla es un anarquista, aunque mirado desde afuera los ácratas en general sostenían las mismas ideas socialistas, solo que tendían a una acción revolucionara inmediata y aborrecían de toda dirección centralizada. Como se comprobaría en las calles de las capitales europeas los últimos días de julio de 1914, no había nada más engañoso que la consigna de que "el proletariado no tiene patria".

Eso no quiere decir que no haya sido una idea que calaba profundamente en el lenguaje de la izquierda en Europa y en América, y en Chile por cierto. Existe también en este texto la fijación de la realidad social como binaria: los ricos y los explotados, la burguesía y el proletariado, los pocos y los muchos. Lo mismo vale para esta época en la polémica acerca de la reforma versus la revolución, un dilema central de la política moderna al momento de aparecer las persuasiones que quieren cambiar las raíces del sistema social:

> El socialismo por medio de la evolución y mediante el concurso del derecho natural, la razón y la ciencia, marcan la socialización de la herramienta y la propiedad sin dejar dolorosas huellas de sangre, ni montones de cadáveres; mientras que el anarquismo por medio de la revolución social, busca la demolición, de la noche a la mañana de las instituciones, las leyes, la propiedad, el capital y los vínculos de familia una vez que el proletariado universal haya llegado al convencimiento que sus derechos sociales y económicos están usurpados por una insaciable burguesía.[25]

En las palabras de este anarquista está la idea de un cambio cualitativo en la sociedad que muy bien se puede llamar revolución. Claramente, sin embargo, se

---

[24] "Lo que somos", *La Protesta*, Santiago, segunda quincena de junio de 1908, cit. en Sergio Grez, *Los anarquistas y el movimiento obrero: La alborada de "la idea" en Chile, 1893-1915* (Santiago: LOM, 2007), p. 143.

[25] *El Pueblo*, Iquique, 13 de octubre de 1903, cit. en Grez, *Los anarquistas y el movimiento obrero,* p. 95. Grez lo cita de una tesis de licenciatura de Francisco Sepúlveda Gallardo, "Trayectoria y proyección histórica del Partido Demócrata en Tarapacá 1899-1909" (USACH, 2003).

alude a un camino pacífico que implica algo tan sencillo como el paso del tiempo, por lo tanto evolutivo. No deja de notarse que existe una tensión entre los fines y los medios que a veces hace nacer la tentación del método violento. Esta ansia tiene que ver con el temor de que la evolución solo reproduzca las condiciones de una sociedad injusta:

> A la bancarrota de los partidos políticos —inclusive el socialismo parlamentario— ha seguido la iniciación en la lucha de clase, del sindicalismo obrero, pleno de energía, de augurio y de esperanzas, que en un próximo devenir, cuando sus órganos de combate —las sociedades de resistencia— adquieran la suficiente madurez echarán en tierra la explotación capitalista y al mismo tiempo tendrá lista su nueva arquitectura social para reemplazar la vieja sociedad burguesa (…) Otra cosa que hay que agradecerle al sindicalismo, además de haber desenmascarado el *socialismo* de los políticos es que también ha puesto de manifiesto la falsedad de ese sedicente anarquismo individualista que funda todo su esplendor sobre un montón de doradas mentiras (…) Así pues, el sindicalismo revolucionario elevándose sobre toda lucha partidaria o doctrinaria, declarando triunfalmente que la cuestión social es antes que nada cuestión económica y que por lo tanto todos los explotados del mundo deben unirse entre sí para entrar de lleno en la guerra social, la única guerra necesaria y justa a cuyo final se encontrará el hombre libre en la humanidad libre (…) ¡A las armas! ¡a las armas! proletarias huestes, a acribillar con los proyectiles de nuestros odios y rebeldías a la vil ralea de los opresores.[26]

Casi está reunida en estos textos la colección de ideas centrales del socialismo de todo el mundo del siglo XIX, se llamara o no socialismo, anarquismo o sindicalismo, todas referencias de época. La idea de ricos y pobres y de la importancia de la vida material, sometida a una explotación sistemática por parte de los primeros; el internacionalismo de los explotados; la necesidad de un cambio de raíz en la sociedad humana, y la liberación del ser humano de las ataduras de la injusticia como un acto drástico, también casi litúrgico. En las palabras de Luis Emilio Recabarren de 1904, antes de que fundara el Partido Obrero Socialista (1912), se aprecia el talante de adentrarse en el socialismo revolucionario:

> ¿Qué soy yo?... ¡Soy socialista revolucionario! Es lo que indican mis escritos y mi labor. Promesas no hago jamás… ¿Qué objetivo persiguen todas las escuelas socialistas? El fin que dicen persiguen socialistas, demócratas y anarquistas y demás es, buscando el término más adecuado a todos: la felicidad proletaria, para llegar a la felicidad universal. Pero antes de llegar allá hay una muralla que se llama burguesía y sus anexos, que estorba el paso a todos los que se van. Yo soy de opinión que si todos estamos de acuerdo en que es necesario pasar al otro lado de la muralla, cada

---

[26] Julia Líbera, "El sindicalismo revolucionario", Valparaíso, 1912, en *Luz y Vida*, año IV, 42, Antofagasta, marzo de 1912. Cit. en Grez, *Los anarquistas y el movimiento obrero,* pp. 333-334.

> cual pase como en conciencia crea mejor, pero si usted que pretende pasarla al salto con riesgo de quebrarse me insulta de que hago mal de pretender pasarla por medio de una escalera, no considero razonado el proceder… Soy socialista revolucionario y entre los medios que llevo en mi bagaje… está el parlamentarismo; por esta razón milito en el partido Demócrata.[27]

Aquí está planteado un tema fundamental de los movimientos radicales en la política moderna: en qué medida emplean el sistema republicano o democrático como estrategia para desarrollar una persuasión política, o lo emplean como instrumento para conquistar el poder y establecer un orden político muy diferente, muy alejado de toda democracia pluralista, carente del factor liberal de toda democracia que se pueda considerar como tal. Las palabras de Recabarren, en la medida en que reflejan un corazón de sus ideas, parecen inclinarse por el uso de la legalidad como uno de tantos medios, es decir, como instrumento temporal. Se estaba instalando en el sistema político una de esas estrategias que al borde de la legalidad tenían como objetivo derruirla en nombre de un orden de cosas moral e históricamente superior.

## Las tensiones de la democracia contemporánea

¿Quiere decir que toda reacción airada contra un estado de cosas puede ser calificada de peligrosa para el orden y la paz, y descalificada entonces como revolucionaria y anticonstitucional? Este tipo de evaluaciones permeó la política chilena hasta 1973, y hasta 1989 influyó en la búsqueda de una nueva estructura institucional. Toda sociedad abierta, como lo es en términos ideales y reales la democracia moderna en sus modelos de Europa Occidental y Estados Unidos, admite y aun requiere de un grado de movilización, protesta, interferencia.

La huelga, por ejemplo, cumple quizás en la sociedad moderna lo que el duelo por honor cumplía en una sociedad guerrera: limitar y ojalá trasladar desde la violencia de hecho a una simbólica la disputa por tal o cual tema. Vale decir, se trata de convertir un conflicto donde la sangre llega al río en uno que, incluso con aspecto lúdico, lo canaliza hacia un acuerdo o hacia una distensión. Desde la Revolución Francesa, una característica de los movimientos radicales es que asumen como estrategia la destrucción de la sociedad, pero, en la medida en que se ven constreñidos a usar herramientas dentro de la regla del juego institucional, emplean lo que hoy llamaríamos "vía legal". Al final, la demanda revolucionaria llega a ser

[27] *Tierra y Libertad*, Casablanca, 2da quincena, 08/1904. Cit. en Gabriel Salazar, *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales: Chile, siglos XX y XXI* (Santiago: LOM, 2009), p. 147.

parte del sistema establecido aunque no en su sentido negativo. Este fue el camino del socialismo europeo en el siglo XIX y los primeros años del XX.

Quizás se trata de una virtud de la sociedad occidental que se formó en su más íntima estructura en un sistema pluralista. Comenzó por la polaridad iglesia-imperio y culmina en el alba de la modernidad con la distinción entre Estado y sociedad civil. Esto le dio dinamismo, cierta plasticidad que favorecía el que las demandas más decididas por destruir a los poderosos terminaran instalándose como una posición más dentro del sistema político; eran transformadas por el sistema pero a la vez le añadían algo nuevo a este último. Por sanguinario y utópico que hubiese sido el jacobinismo y la "Conspiración de los Iguales", la Revolución Francesa terminó ya en el Directorio como un compromiso entre lo antiguo y lo nuevo.

En Europa Occidental, el socialismo revolucionario se canalizó como una izquierda dentro del sistema, en lo esencial no contra el sistema. El caso norteamericano es casi único en cuanto nació como sistema pluralista y a la vez carente a lo largo de su historia de una división ideológica radical. En Inglaterra esta convergencia en torno a un sistema, que hoy llamaríamos consenso, se daría a partir de 1848. La Europa Mediterránea vivió y convivió con este quiebre potencial, y a veces actual, a lo largo de la primera mitad del siglo XX. A medida que en Europa Central el observador se trasladaba hacia el este, se incrementaba proporcionalmente el quiebre ideológico, producto de una demanda revolucionaria encaminada a destruir el orden existente. A lo largo del siglo XX, muchos estados que nacieron a la vida política moderna en ese período, desde un primer momento eran expresión de este quiebre que podemos llamar la "crisis ideológica" del siglo.

En el caso de Chile, como el de otros países latinoamericanos, su sistema político iba a la zaga del de Europa Occidental. No solo por un asunto de tiempo, sino también porque se dio en el contexto de una sociedad que provenía de aquella Europa que no creó lo moderno, aunque respiraba el aire de las ideas modernas, y porque el mestizaje y la sociedad colonial impusieron un legado diferente en muchos aspectos al que nutrió el suelo de la política moderna en Europa y Estados Unidos.

El crecimiento de los movimientos y movilizaciones sindicales en las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX constituyó una señal de alarma acerca de una realidad que se creía nueva. Por haberse digerido ideas políticas que planteaban el problema, es que el atraso económico y la conciencia del foso entre los diversos grupos que constituían la sociedad chilena —todo esto a veces subsumido como "pobreza" primero y después como "subdesarrollo"— hicieron surgir lo que los contemporáneos llamaron la "cuestión social". En política esto fue protagónico en

algunos líderes del Partido Radical, en el Partido Demócrata y una nueva izquierda, anarquista o socialista, que aparecía ligada a la efervescencia social; movimientos sociales diríamos hoy día. La novedad a partir del 1900 es que esto también comienza a ser un foco de referencia en todo el sistema político.[28]

La pobreza, más las ideas acerca de un remedio drástico, como en tantas partes, no fueron un fenómeno consecutivo, uno primero y otra después, a consecuencia de la anterior. En lo fundamental, aparecieron de forma simultánea. La pobreza constituyó el sino de la mayoría o inmensa mayoría de la sociedad humana desde el comienzo de la historia. Solo en la sociedad moderna, debido a la transformación material que produce la Revolución Industrial, el incremento de las comunicaciones que hacen que cada vez más grupos humanos tengan conciencia de un cambio, como del increíble aumento de la producción, el fenómeno de la pobreza empezó a aparecer como una aberración que podía ser moderada o hasta eliminada. Como un desarrollo paralelo se originó un lenguaje que le otorgó propósito político a nuevos sectores, o cambió el de otros ya instalados, y que demandaron un nuevo orden social y económico. En Chile esto se da aproximadamente desde fines del siglo XIX, hasta quedar firmemente instalado al promediar el primer cuarto del siglo XX. Por algo la Constitución de 1925 es considerada como una marca. En este sentido, es efectivo decir que la pobreza "fue inventada" en esta época. Dicho de otra manera, la pobreza y la vida económica y social pasan a ser puntos de referencia para la política del siglo XX, y su conciencia nos sigue acompañando.

Esto era posible *también* porque había entrado la conciencia de crisis social, llamada en Chile la "cuestión social".[29] Pero esta se había preparado en las décadas anteriores en el mundo de las organizaciones sociales como mutuales, gremios, sindicatos, y sus líderes y voces políticas que pululaban por ahí. Como los textos citados lo dejan ver, emergió un primer partido de la "clase obrera", el Partido Demócrata, fundado por Malaquías Concha Ortiz en 1887. Se lo podría considerar como el

---

[28] Gonzalo Vial estudió largamente el tema en los dos primeros volúmenes de su *Historia de Chile (1891-1973). Volumen I. La sociedad chilena en el cambio de siglo (1891-1920)*, 2 tomos (Santiago: Santillana, 1981); *Volumen II. Triunfo y decadencia de la oligarquía (1891-1920)* (Santiago: Santillana, 1983).

[29] Ximena Cruzat y Ana Tironi, "El pensamiento frente a la cuestión social en Chile", en Eduardo Devés, Javier Pinedo y Rafael Sagredo (compiladores), *El pensamiento chileno en el siglo XX* (Santiago: Ministerio Secretaría General de Gobierno, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Fondo de Cultura Económica, 1999), pp. 127-154; Sofía Correa y otros, *Historia del siglo XX chileno*: *balance paradojal* (Santiago: Sudamericana, 2001), pp. 49-63; Julio Pinto, *Desgarros y utopías en la pampa salitrera: la consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social (1890-1923)* (Santiago: LOM, 2007).

primer "partido obrero" de Chile si no fuera porque esta etiqueta es casi siempre engañosa, lo mismo que "partido de la burguesía". Son etiquetas que no calan en el fondo político que transforma a las demandas sociales, apenas estas se ventilan ante un público en competencia con otras fuerzas.

El Partido Demócrata canalizó tanto demandas sociales como ideas y doctrinas de reforma social, y sentimientos y acciones de rebeldía. Era una referencia política y su poderío no se manifestó en muchos asientos en el Parlamento, por lo relativamente controlado del cuerpo electoral, cohecho incluido. Más bien, ayudó a crear y expandir un ideario de protestas inspirado en el socialismo, aunque sin comprometerse a un programa específico en este sentido. Daba también un marco político a huelgas y peticiones, un elemento institucional que podía poner en tela de juicio al sistema con sus propias reglas del juego —la vía legal—, pero aprendía a plantear su ideario en el espíritu de una democracia liberal moderna.[30]

Con todo, los movimientos explosivos tendrían una fuerza que por momentos parecía incontrolable, o el temor que despertaban los hacía ver como tales. ¿Tendría el orden político la capacidad de incorporarlos o tendría que vivir en la eterna pugna por forzar la paz, lo que también se llama represión? Convivía allí un alma rebelde dispuesta a un cambio total —con signos de entusiasmo apocalíptico— junto a la disposición de reformas, mejoras, de ir arrebatando trozo a trozo. Telón de fondo de todo ello era el descubrimiento de la pobreza como una lacra que definía un rasgo esencial o notorio, según el caso, de la sociedad chilena.

Desde fines de los años 1890, una serie de líderes y, a falta de mejor palabra, intelectuales que giraban en torno al Partido Demócrata comenzaron a propugnar una orientación socialista o a veces sencillamente "obrera". Con esto ponían énfasis en que no querían un partido que entrara en combinaciones con sectores de la burguesía. Querían representar exclusivamente a la clase obrera, y por ello rechazaban de manera sistemática toda tentación que existía en el Partido Demócrata por ingresar a una combinación política o al gabinete. Surge aquí otro dilema muy propio de la política moderna: los grupos que quieren reformar o cambiar drásticamente el sistema sienten que están traicionando a sus principios. Su enemigo es la reforma. La lucha con el "reformismo" va a constituir una característica distintiva del marxismo revolucionario por gran parte del siglo XX.

[30] Malaquías Concha, *El programa de la democracia* (Santiago: Imprenta de "El siglo XX", 1905; primera edición, 1894).

Esto aparece como un aspecto crucial y jugará un papel muy clave en la década de 1960 y por cierto en los años de la Unidad Popular. Parte de la política en un sistema abierto consiste en esa transacción en la cual la demanda radical se transforma, pero también ayuda a dinamizar y a transformar al sistema. Más que la reforma en sí, el enemigo de este rasgo de la democracia moderna es, por una parte, la inercia, ya sea por corrupción o por el completo dominio de un sistema político movido en lo esencial por el clientelismo y el *statu quo*; el otro enemigo es la intransigencia de una utopía radical que no acepta nada que no sea una experiencia apocalíptica en relación a la sociedad presente. Este primer socialismo chileno en torno al 1900 no difiere de la experiencia de las luchas sociales y políticas de otros países latinoamericanos y europeos. La historia del siglo XX chileno determinará los avatares de orientación hacia un polo de reforma en la democracia o hacia una estrategia que tenga una meta revolucionaria.

Dentro de los primeros líderes naturalmente ha destacado Luis Emilio Recabarren. Más allá de que haya sido el fundador del Partido Comunista y de que haya gozado de una hagiografía particular hasta estos momentos, su carrera es de todas maneras un prototipo del político revolucionario de la primera mitad del siglo XX en muchas partes del mundo. A la vez uno que lucha en lo esencial dentro de un sistema establecido, con las herramientas que ese sistema ofrece, aunque las mismas no le permiten un cambio radical de la sociedad. Se hizo un nombre en la labor social, en la organización y extensión del mundo sindical, un fenómeno hostilizado por las fuerzas establecidas, aunque rara vez negado su derecho a existencia. Destacó en la prensa, porque en la segunda mitad del siglo XIX y en la primera mitad del XX era el medio de comunicación más fuerte y relativamente más barato. Por lo tanto, solo podía existir en una sociedad en donde la libertad de prensa fuera una realidad casi natural y tolerada. Fue diputado no sin haber sufrido injustas postergaciones, pero alcanzó a crear en ese sistema un partido político que después de su muerte constituiría uno de los polos de la política chilena por más de cincuenta años; esto hubiera sido imposible sin la existencia, incompleta pero real, de un sistema republicano y democrático. Ese partido poseía una orientación en la política mundial que era su fuerza y su límite.

En mayo de 1912 fundó el Partido Obrero Socialista que representaba a un socialismo, quizá marxismo, revolucionario. No podía triunfar por una revolución inmediata, aunque podría prepararla alimentando una conciencia de la necesidad de ese salto y en la incesante movilización de demandas posibles e imposibles. Sus ideas y su práctica estaban precedidas por una clara noción de lo que era posible: la unión

de un imperativo moral con los resultados de la ciencia, tal como lo expresara poco antes Luis Emilio Recabarren:

> Somos demócratas y somos socialistas (...) La democracia en cuanto es una doctrina de (…) intereses colectivos de la sociedad en que vivimos. Somos socialistas porque aspiramos al progreso de la organización social, a su progreso ascendente que vaya suprimiendo poco a poco todos los defectos de los organismos que constituyen la vida social, hasta llegar a la transformación radical de la sociedad o de los individuos, a medida que la luz y la ciencia penetren en los cerebros (…) La Democracia Socialista es una asociación de doctrinas que llevadas a la práctica resuelven el problema de la felicidad social y aleja de los seres humanos todo pensamiento egoísta porque suprime los medios que producen el egoísmo. En pueblos que vivan bajo las doctrinas de la Democracia Socialista no habrá explotados ni explotadores, no habrá verdugos ni víctimas, no habrá miserias ni desgracias.[31]

No destila el odio y absolutismo abstracto que emana del *¿Qué hacer?* de Lenin (1902), texto fundacional de un estilo de concebir la política. Pero sí expresa a cabalidad cómo en la lucha social moderna, en especial en la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX, el aliento utópico posee una fuerza de ilusión práctica cuando alimenta el lenguaje de la movilización social y política. Recabarren predicaba "suprimir dentro del más riguroso concepto de justicia y de moral, toda forma o costumbre social que explote, que oprima y que envilezca a la raza humana", y para el cooperativismo sería la manera de expropiar al capitalista.

Pero —aquí está lo decisivo— no es puro movimiento social; es también, y sobre todo, una doctrina que se desenvuelve en la política. "Nosotros consideramos que sin doctrina socialista, la acción gremial y cooperativa no reportarían ningún beneficio a los obreros organizados".[32] Aunque dice que la doctrina socialista es para todos, lo es en primer lugar para la clase obrera; sin ella, las reivindicaciones quedan en puras peticiones de aumento de salarios. La premisa entonces es la idea, la persuasión organizada, quizás lo que se llama ideología, y está inserta en la política. La fuerza de esta palabra es así de orden primariamente político, una voluntad de cambio de orden social y político como realidades inseparables.

[31] *El Grito Popular*, Iquique, 28 de abril de 1911. Este era uno de los diarios dirigidos y en gran medida escritos por Recabarren. Cit. en Julio Pinto, Verónica Valdivia, *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y alessandrismo en la pugna por la politización pampina* (Santiago: LOM, 2001), pp. 33-34.

[32] Luis Emilio Recabarren, "El por qué del socialismo y sus métodos de lucha", en *La Aurora*, Taltal, 8 y 15 de diciembre de 1916; cit. en Eduardo Devés, Carlos Díaz (compiladores), *El pensamiento socialista en Chile. Antología 1893-1933* (Santiago: América Latina Libros, 1987), p. 107.

## Aparición del marxismo

Para Chile, se ha dado siempre como señal de cambio la fundación por Luis Emilio Recabarren en 1912 del Partido Obrero Socialista. Como fue el antecesor del Partido Comunista fundado a su vez en 1922 y que jugaría un papel tan protagónico a lo largo del siglo XX, se tiende a considerarlo como el representante casi único de esta nueva izquierda. Sin embargo, investigaciones más detalladas han demostrado la existencia de numerosas agrupaciones de tipo socialista y sobre todo de anarquistas.[33] Este cuadro permanecerá más o menos parecido hasta fines de la década de 1920. Con todo, no se puede negar en un aspecto el protagonismo de esta suerte de prefacio del comunismo chileno, por la continuación del liderazgo de Luis Emilio Recabarren y del desarrollo de sus ideas dentro de una línea que en lo general se conserva.

Dos hechos de una textura diferente y a la vez vinculados influirían con gran poder en este nacimiento: el marxismo y la Revolución Rusa. Una parte sustancial del cuerpo de lo que después se llamará marxismo se había conformado antes de los escritos del pensador alemán en el conjunto de ideas filosóficas, políticas y sociales que van de fines del siglo XVIII hasta comienzos del XIX. Ello estaba influido tanto por la agitación de los espíritus debido a las grandes convulsiones políticas de fines del siglo XVIII, como por la conciencia de un nuevo estado material que produjo lo que muy luego se llamaría Revolución Industrial.

¿Qué aportaron Karl Marx y Friedrich Engels? Además de la considerable fuerza intelectual del primero y de una pluma de gran vigor literario, Marx —la verdadera cabeza de esta nueva persuasión— entregó una vinculación sistemática entre la alta filosofía y la actividad práctica. Esto casi define lo que es una ideología. Además, y sobre todo Marx, vincula una emoción, la indignación ante los rasgos de miseria de su mundo contemporáneo, con una visión de la historia que conduciría inexorablemente hacia un nuevo orden social, cuyos protagonistas, creadores y beneficiarios serían justamente los pobres y oprimidos del presente.

No solamente eso, sino que poner esa visión en síntesis con un lenguaje investido de la ciencia triunfante en el siglo XIX le proporcionó una confianza racional y predictiva a lo que hasta ahora había sido principalmente un grito herido ante una

[33] Peter DeShazo, *Urban Workers and Labor Unions in Chile, 1902-1927* (Madison, Wisconsin: The University of Wisconsin Press, 1983). Una completa discusión sobre la presencia de los movimientos anarquistas en la historiografía de los movimientos obreros en Chile en Grez, *Los anarquistas y el movimiento obrero*, pp. 9-21.

realidad que aparecía como desesperanza. Vincula un sueño milenario y hasta milenarista acerca de una Utopía donde podrían desaparecer los constreñimientos de la historia real, con las certidumbres del lenguaje científico del XIX. Era una protesta moral revestida de conceptos que explicaban la realidad histórica de la manera como los compendios científicos explicaban los procesos químicos o el funcionamiento de las máquinas. Pasión y racionalidad parecían fundirse en una ola irresistible.[34]

Para efectos prácticos, se entenderá de ahora en adelante por marxismo tanto la obra de Marx y Engels en su conjunto, como las persuasiones políticas que se inspiraban en la letra y en el espíritu de la obra de estos fundadores. Si bien no todo el socialismo europeo fue claramente marxista —en Inglaterra, el país al que Marx consideraba la cuna de su modelo, no lo fue—, el marxismo tendió a crear un lenguaje común en el continente, y esto impregnaría las ideas que arribaron a Chile y América Latina. Después de la muerte de Marx (1883) y la de Engels (1895), el socialismo marxista quedó sin un árbitro político e intelectual. El principal fenómeno que lo representaba, el Partido Social Demócrata de Alemania, tuvo un crecimiento exponencial en militantes y en votos hasta 1912, y sostenía un modelo revolucionario como meta estratégica, pero a la vez era estrictamente legal en sus procedimientos. Esto nos plantea un tema muy conocido de la historia de Chile, no porque este último país sea una copia de esa potencia europea, sino porque el dilema fue un hecho básico de la política marxista en los países donde existían instituciones políticas fuertes.

## Marxismo y Revolución Rusa: significado para Chile

La gran pregunta que recorrería la historia de Chile hasta 1973, y después, sería: ¿esta voluntad política se integrará a la sociedad abierta y será una fuerza más? ¿O encabezará un movimiento en último término desestabilizador del sistema que la hizo surgir? Antes de asomarnos a ver la influencia tan transmutadora de la Revolución Rusa, hay que tener en cuenta que esta izquierda, que tiene como meta estratégica un cambio revolucionario, no arribó a un espacio vacío. Se desarrolló dentro de un

[34] La manera de analizar a Marx y el marxismo en este libro está principalmente en deuda con los siguientes autores y obras, aunque por cierto la responsabilidad es nuestra: Isaiah Berlin, *Karl Marx* (N.Y., Oxford: Oxford University Press, 1996; original, 1939); Raymond Aron, *L'opium des intelectuels* (Paris: Hachette, 2002; original en francés, 1955); Ernst Nolte, *Marxismus und industrielle Revolution* (Stuttgart: Ernst Klett Verlag, 1983); Francois Furet, *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idee communiste au XXeme siécle* (París: Robert Laffont, Calmann Lévy, 1995).

sistema político que le permitía manifestarse, aunque no sin limitaciones (prohibiciones, juicios, períodos de prisión, hostilización). La democracia chilena era quizás más restringida que los grandes modelos de la época (Inglaterra, Estados Unidos excepto en el sur, Francia y en cierta manera Alemania), pero no consistía en una sucesión de caudillos cuyo reemplazo provocara de inmediato un cambio traumático. Existió este tipo de crisis como se vio en el Capítulo I, aunque predominó la tendencia institucional en la cual tenían que moverse las fuerzas políticas y sociales que emergían con el cambio de siglo. No fue como en México, en donde la larga serie de pequeños caudillos fue sucedida por dos caudillos de relieve, Benito Juárez y Porfirio Díaz, antes de caer en el apocalipsis a partir de 1910. Ni el sistema de política abierta era tan precario como en la Rusia del cambio de siglo, y en especial de su experiencia con un parlamentarismo muy limitado recién a partir de 1905.

Como se ha dicho, en Chile la institucionalización precedió a la movilización, y este ha sido el puntal más firme para aquello que se ha llamado el "excepcionalismo" de la historia de Chile, vale decir, el relativo mayor orden político. Por ello, esta izquierda, que nacía de la movilización pero también de la participación en el debate político, tenía que ajustarse a una fuerza centrípeta que eran las instituciones y el arraigo que habían alcanzado en la vida política. Sin embargo, como se vio en el capítulo anterior, la costumbre institucional tenía sus quiebres. La izquierda que estaba naciendo no se integraba a un sistema consolidado, en el sentido del modelo europeo occidental, aunque en las formas estaba siendo más consistente que el de la Europa del sur. Todo este armazón político se vio remecido por la Revolución Rusa.

Su impacto fue instantáneo, pero no surgió como una sorpresa. Se produjo como una de las tantas consecuencias de la *política mundial*, es decir, aquellos lenguajes universales de identificación que tienen efecto en una gran mayoría de las sociedades del globo, no como consecuencia de una enajenación, sino como una apropiación.[35] La creación de la Unión Soviética a partir de 1917 le dio concreción práctica a una ideología revolucionaria. Fue el primer Estado en el cual se hizo victoriosa una apuesta revolucionaria radical. El triunfo de los revolucionarios fue absoluto. El exterminio físico de los enemigos fue implacable.

No habrá construido una utopía, y aunque se podrá discutir cuán marxista en el sentido del pensamiento de Marx pueda haber llegado a ser el comunismo soviético, no cabe duda de que heredó el élan utópico del marxismo, unido a la

[35] Joaquín Fermandois, "La política mundial o las formas de identificación en la era planetaria", en Fernando Savater y otros, *Conferencias presidenciales de humanidades* (Santiago: Presidencia de la República, 2005), pp. 443-464.

convicción de que se actuaba en nombre de un futuro certero, imparable, del cual ellos eran la primera avanzada. A pesar de que no se produjo la revolución mundial en cuyo nombre Lenin y los suyos habían tomado el poder en un violento golpe, y que era lo que constituía su legitimidad, sí triunfó en gran parte del territorio del antiguo imperio zarista. En el mundo, muchos lo vieron como la utopía realizada. Fue el caso de Recabarren y sus herederos hasta 1973, y más allá todavía.

Por añadidura, se creó casi al unísono el comunismo en tres continentes: Europa, América y Asia. En el curso de pocos años, el comunismo llegó a ser casi idéntico con el marxismo revolucionario. En efecto, a partir de 1917 se divide el socialismo —jamás había sido algo unificado, pero se le suponía un mismo norte aproximado—, quedando la facción adepta a la Segunda Internacional comprometida con un camino evolutivo, reformista, democrático en general en relación al "modelo occidental". Había matices desde luego y alma dividida en muchos socialistas. Esto sería parte de la historia de las ideas y sentimientos del siglo XX, y algo de ello todavía permanece en el XXI.

El otro socialismo se identificó con el comunismo según el modelo surgido de la revolución bolchevique. Inspirado en Moscú, y muchas veces manipulado desde allí, fue a la vez expresión de un lenguaje universal que tenía arraigo en la modernidad. Era una de las probabilidades. Su posibilidad de existir estaba latente en 1914; las circunstancias de la Primera Guerra Mundial hicieron que fuera la fuerza que hizo nacer el modelo de marxismo en el poder, esto es, el comunismo soviético. Esto identificó a la inmensa mayoría del marxismo revolucionario del siglo XX, al menos hasta 1956, una fecha simbólica por la denuncia de los crímenes de Stalin efectuada por Nikita Khruschev.[36]

La Revolución Rusa constituyó sin embargo un punto de inflexión. En adelante el marxismo revolucionario será casi idéntico al comunismo surgido de la experiencia soviética. Solo una minoría que compartía la forma y el fondo del modelo surgido de la revolución de octubre de 1917 discutía el liderazgo de Moscú. Después de 1917 hubo algún marxismo revolucionario que no fue comunista: el anarquismo, en la medida en que era marxista, que fue perdiendo protagonismo y que finalmente lo que restaba de él fue ahogado en sangre en España en 1937; y el trotskismo, que poco difería del comunismo en la práctica, salvo del liderazgo de Moscú bajo la égida de Stalin.

[36] Khruschev, en todo caso, solo se refería a los ejecutados y desaparecidos que pertenecían al Partido Comunista, no a los exterminados que no eran comunistas.

¿Qué significó todo esto para Chile o países similares? En primer lugar, que el socialismo como transición al comunismo, la meta final, era posible, y que ello estaba instalado en un lugar de la Tierra, en un gran país por añadidura. La clase trabajadora y los campesinos antes sin tierra eran ahora la clase dominante. Era una "dictadura del proletariado", y bien que así lo fuera. El paisaje se insinuaba antes de 1914; ahora adquiría realidad en un gran Estado que evolucionaba, al mismo tiempo que en muchas partes del mundo las condiciones políticas y sociales empujaban en la misma dirección. El hálito socialista estaba presente en Chile con gran fuerza en ese mundo de ideas y sentimientos al que hemos hecho referencia. Una parte de él quedó poco a poco subyugado por el modelo revolucionario que comenzó a existir, que en cierta manera había sido "inventado".[37]

En segundo lugar, el comunismo, en cuanto marxismo revolucionario, no era un producto exclusivo de la Rusia revolucionaria, sino que representaba una manera de ser universal. Era una posibilidad de identificarse que estaba en la modernidad y cuyas raíces nacieron con la misma historia del Chile republicano y con su evolución en el siglo XIX, aunque no eran ni serían el todo de este país. Lo mismo se puede decir de muchas naciones a lo largo y ancho del planeta en las décadas que siguieron a 1917. Como toda fuerza nueva, era una parte del país, y su discurso arraigó con vigor porque desde el siglo XIX Chile había tenido una cultura política muy sensible a las grandes orientaciones universales, quizás con más celeridad y espontaneidad que otros países latinoamericanos.

En tercer lugar, la Revolución Rusa, llevada a cabo contra la letra pero dentro del espíritu de las ideas de Marx —quien se entusiasmaba con todas la revoluciones que surgían, aunque después de derrotadas las sometía a implacable crítica—, tenía un mensaje peculiar a los países que yacían en una periferia en relación a los países de vanguardia del mundo moderno. Se trata de lo que después se llamó el mundo "subdesarrollado". La teoría marxista, en la medida en que era un todo coherente, supone la predicción científica de que la revolución iba a estallar en un país capitalista avanzado: Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos. En cambio, la vanguardia de la revolución socialista se apoderó de un país periférico, atrasado respecto de los principales países europeos.

[37] Un reconocimiento explícito y entusiasta de la importancia de la Revolución Rusa en el nacimiento del Partido Comunista de Chile, incluso citando al "camarada Stalin", en Galo González Díaz, "Prólogo a la primera edición", en Luis Corvalán Lépez, *Ricardo Fonseca: combatiente ejemplar* (Santiago: Austral, 1971; original, 1952), s/p.

Más todavía, en un momento de la década de 1920 la teoría y la práctica comunista sostenían que se estaba construyendo el socialismo en la Unión Soviética. Cierto, todavía se creía que este gran salto histórico solo iba a ser consolidado con una revolución mundial que implicaba la instauración de un sistema socialista en los llamados países capitalistas avanzados. Ello no quitaba que una revolución en los países periféricos podía encender la mecha de un proceso planetario. Y que no era necesario alcanzar el "estadio del desarrollo del capitalismo" para construir el socialismo; existía la posibilidad de lo que en los años 1960 se llamó "la vía no capitalista de desarrollo", lo que reflejaba la actitud del marxismo revolucionario en el siglo XX. Esto le daba protagonismo a los actos revolucionarios en una gran mayoría de las sociedades del mundo. La lucha contra el imperialismo —esto es, el capitalismo— le daba un sentido de eficacia a lugares remotos y atrasados, incluyendo a un país como Chile que en palabras de Lenin era "semi-colonial".[38] El socialismo en Chile ayudaría a poner en crisis al capitalismo global y, de paso, podría instaurar el camino hacia una etapa superior del desarrollo humano en las tierras del Pacífico Sur.

En cuarto lugar, el hecho de que esta revolución periférica haya triunfado en un gran Estado determinó que una potencia revolucionaria afectara al sistema internacional, primero en las ideas políticas que se expandieron con la rapidez de un rayo; y segundo, a partir de la década de 1930 como un factor de poder militar e industrial. La pugna entre democracia, comunismo y fascismo, incluyendo algunas combinaciones entre ellos, llegó a constituir una de las almas de los debates políticos y de la competencia militar en gran parte del mundo. La Segunda Guerra Mundial en gran medida fue un producto de estos dilemas.

A partir de 1945 la bipolaridad soviético-norteamericana, sin constituir toda la realidad internacional, le dará su impronta a todo el mundo en cuanto pugna entre estados y que a la vez era pugna entre sistemas de creencias, modelos, paradigmas, orientaciones, como se le quiera llamar. En un país como Chile, sensible a los lenguajes universales, se tendía con naturalidad a combinar la polaridad política interna con las grandes rivalidades internacionales. La política interna se identificaba de manera más directa con las grandes tendencias universales, aunque al momento de votar los electores lo hicieran como en casi todo el mundo, por una demanda inmediata de política interna. La orientación mundial era además mucho más directa en

[38] Como lo dice específicamente Lenin en un texto canónico, *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (Barcelona: De Barris, s/f.; edición original, Petrogrado, 1917), pp. 211-214.

la izquierda que en la derecha, por lo mismo que la primera vive más que la segunda de la palabra organizada en ideas intelectuales y en ideologías formales.

Esto no significa en lo más mínimo que la izquierda (o la derecha o el centro) hayan llegado a ser "extranjerizados", "apátridas", una "secta internacional", consigna esta última muy esgrimida como dardo contra el Partido Comunista. El país, como tantos otros, expresaba estos lenguajes universales. La diferencia está en que muchas veces pueden ser imitados de manera mecánica, fuera de su contexto de origen y lejos de la experiencia histórica concreta de Chile, la que tanta importancia tuvo en el nacimiento y en la adaptación de la misma izquierda. Para mirarlo desde otra perspectiva, la fuerza de las visiones de la derecha, a la que tanto le ha costado expresar ideas, radica por otra parte en esa espontaneidad arraigada en un uso que llega a constituir tradición. Claro que varias generaciones de una parte de los chilenos, pensando y repitiendo un ideario de la izquierda marxista del siglo XX, llegarían a constituir una tradición que se ha debilitado pero que no ha muerto, incluso después de la caída del Muro de Berlín en 1989.

## Nacimiento de la nueva izquierda y dictadura de desarrollo

Muchas veces se ha exagerado el papel del Partido Comunista en la izquierda chilena del siglo XX, no en último término por la capacidad de este de organizar la difusión de su propia imagen y protagonismo en la sociedad chilena. Sin embargo, no cabe duda de que la fundación del Partido Comunista en enero de 1922 constituye un hito destacado de la izquierda chilena y de la misma historia del país. Luis Emilio Recabarren lo crea a partir de su Partido Obrero Socialista, sobre la base de organizaciones sindicales y de un movimiento obrero que tenía varias décadas de gestación y desarrollo. Mas, hay un hecho nuevo y no es solo la agitación política producto de la elección de Arturo Alessandri en 1920. Se trata ahora del influjo directo de la Revolución Rusa, de la creación de la Unión Soviética y de la simultánea expansión del comunismo en tres continentes. Con ese solo hecho se daba un horizonte a una política orientada hacia un marxismo revolucionario en Chile.

Además, Luis Emilio Recabarren viajó a la Unión Soviética, manifestando un espíritu que iba mucho más allá de un *fellow traveller*. Se trató de hallar en Moscú una inspiración, una autoridad y una sede. Muy luego, el partido chileno adhirió a la Tercera Internacional, con todos los constreñimientos y las alineaciones que ello implicaba. Sería parte de lo que se llamó el "comunismo internacional". Prontamente

se desarrollarían relaciones intermitentes con enviados del Komintern y llegaría financiamiento desde Moscú, no gran cosa y con irregularidad, hasta donde se sabe.[39]

Recabarren reconocía imperfecciones en el sistema soviético; desde luego afirmando que todavía no era "comunista", sino que se estaba comenzando a construir el comunismo. Solo se desilusionaban los que allí arribaron pensando que encontrarían al comunismo ya instalado. Solo, algo nada pequeño, se había derrocado a los capitalistas:

> Pude constatar además que la expropiación de los explotadores es completa, de tal manera que jamás volverá a Rusia un régimen de explotación y tiranía, como el que todavía soportamos en Chile. Pude convencerme, que no me había engañado anteriormente, cuando he predicado en este país, que el proletariado de Rusia tiene en sus manos todo el poder para realizar su felicidad futura y va reuniendo los elementos para construir la sociedad comunista, como verdadero reinado de justicia social. También pude saber cómo la clase trabajadora tomó en sus manos todo el poder y las responsabilidades del caso, y cómo por medio de la dictadura proletaria, lo conservará en su poder impidiendo que la burguesía derrumbada pretenda reconquistarlo.[40]

No cabe duda de que en estas líneas se expresa la adopción de la Unión Soviética como un modelo de la "vía chilena", sin mayor prevención, salvo que será un camino con dificultades y tomará su tiempo. Asumir un paradigma no siempre implica conocer todo lo que sucede allí, ni tampoco que exista una fuerza ineluctable que conduzca a repetirlo forzosamente. Quienes rechazaron ese modelo —desde antes que existiera, aunque suene paradójico— rara vez conocían su real dimensión; lo mismo era el caso de sus admiradores.

Con todo, era el modelo y ello se traducía en que ordenaba una estrategia, un tipo de vida política que jamás hubiera visto al "modelo occidental" como una meta deseable, no cuando existía otra realidad, la soviética y después otros sistemas copiados o inspirados en el de 1917. Que no se olvide lo que ya se dijo, que Recabarren no era todo el socialismo, y que aquí se lo trae como testigo de un raciocinio que en determinadas circunstancias debía chocar con la fuente principal de la democracia chilena.

---

[39] Olga Ulianova, "Primeros contactos entre el Partido Comunista de Chile y Komintern: 1922-1927", en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme (editores), *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991. Tomo 1: Komintern y Chile 1922-1931* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, LOM, 2005), pp. 96-97.

[40] Luis Emilio Recabarren, "La Rusia obrera y campesina", en Devés y Díaz (editores), *El pensamiento socialista en Chile,* p. 108.

El surgimiento del comunismo sucedía por doquier en el mundo, como fenómeno espontáneo, voluntario. En su origen no hubo manipulación ni una dirección coordinada desde Moscú, aunque en las décadas siguientes esto se desarrollaría. Lo que expresó el Partido Comunista de Chile no era más que una manifestación particular de un fenómeno planetario, que brotaba de una religión política que, como antes se decía, identificó por algunas décadas a casi todo el marxismo revolucionario en el mundo.

Si se recuerda brevemente qué significaba la adhesión a la Internacional Comunista, veremos que se trataba de una subordinación al liderazgo de Moscú. Este era la vanguardia de la implantación del socialismo, de la lucha contra el capitalismo en su fase imperialista, por un camino francamente revolucionario, aunque admitiendo en ciertos casos una adecuación a circunstancias locales y alejamiento del "aventurerismo" y de la "ultraizquierda", dos códigos dirigidos a los anarquistas y a otros grupos marxistas revolucionarios que no se orientaban por una u otra razón al modelo bolchevique. La muerte de Recabarren en 1924 en un momento de aparente consolidación de las fuerzas del *establishment* no terminó con la existencia del Partido Comunista, lo que demostraba que era una fuerza con raíces sociales y culturales, y no un mero personalismo.[41]

En la década de 1920 el comunismo llevaría una vida de supervivencia, tanto por la persecución a la que sería sometido por el gobierno de Carlos Ibáñez y por una cierta desorganización interna, como por un aquietamiento de los espíritus en la vida sindical y social en Chile, que no se desprende de manera absoluta de lo anterior. Hasta 1925 el Partido Comunista será una fuerza nada de despreciable, sobre todo en el Norte Grande. En Tarapacá poseía, por medio de la Federación Obrera de Chile (FOCH), una suerte de "frente" del comunismo, unos 6 mil afiliados para una población total de 100 mil almas. Este comunismo criollo no dejaba de constituir un desafío formidable.[42] En parte aprovechó la efervescencia que rodeó la candidatura y presidencia de Arturo Alessandri, aunque este logró alcanzar una considerable penetración en el mundo obrero como alternativa al comunismo. Se vieron las posibilidades políticas y gremiales que ofrecía el sistema.[43] En la segunda mitad de

[41] Sobre los primeros años del Partido Comunista, ver Hernán Ramírez Necochea, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*, en *Obras Escogidas, volumen II* (Santiago: LOM, 2007; original, 1979), pp. 151-286; Sergio Grez, *Historia del Comunismo en Chile. La era de Recabarren (1912-1924)* (Santiago: LOM, 2011).

[42] Pinto, Valdivia, *¿Revolución proletaria o querida chusma?*, p. 100.

[43] Pinto, Valdivia, *¿Revolución proletaria o querida chusma?*, pp. 142-151.

los 1920 afloró en el país un sentimiento de satisfacción que se podría definir como "optimismo histórico", que miraba positivamente ese momento como un tiempo eje que cambiaba al país para bien. Como siempre en estos casos, no es que no existiera la tendencia al conflicto social y político, solo que predominaba la tendencia a la armonía que no se debía exclusivamente a la dictadura de Carlos Ibáñez.

En efecto, como se vio en el Capítulo I, todo el período entre 1924 y 1932 es más que un paréntesis en la tradición institucional chilena. La crisis que lo originó como siempre tenía raíces antiguas, pero la urgencia se relacionaba con la aparición de demandas de cambio social que se percibían como revolucionarias. Junto a un lenguaje contrarrevolucionario y otro más modesto pero de gran futuro de tipo revolucionario, se daba otro que había tenido algún despunte en la candidatura de Arturo Alessandri en 1920, y que adquirió todo su vigor en el Movimiento Militar de septiembre de 1924, en los debates que condujeron a la promulgación de la Constitución de 1925, y todo ello recogido por el gobierno de Carlos Ibáñez entre 1927 y 1931, una auténtica "dictadura de desarrollo".

Con Mario Góngora, se puede definir esta saliente de las intenciones de la época como acoger algunas demandas revolucionarias, transmutándolas en el desarrollo más o menos embrionario de un "Estado de Bienestar" y en acoger a nuevos componentes sociales de la clase política que ya se habían insinuado desde el 1900.[44] Vale decir que el autoritarismo del primer Ibáñez surgió, de manera más indirecta sí, del mismo dilema ideológico que el de la segunda "dictadura de desarrollo", la de Augusto Pinochet a partir de 1973, que era evitar lo que se veía como el peligro de una dictadura revolucionaria.

Para lo que se podía llamar izquierda en esta época, este momento tuvo consecuencias. Primero, como se ha sostenido, declina el anarquismo en Chile hasta prácticamente desaparecer, quizás producto de la persecución por parte de Carlos Ibáñez, mientras que los comunistas estaban mejor equipados para sobrevivir en la clandestinidad.[45] No se debe olvidar que el fin del anarquismo entre las dos guerras mundiales está relacionado con el surgimiento de los dos nuevos tipos de dictaduras ideológicas de la modernidad en los tres países en donde el anarquismo era fuerte: Rusia, Italia y España. Lenin y Stalin emplean su implacable instrumental para aplastarlo en Rusia y España; Mussolini le da un golpe de gracia en Italia. Se podría pensar

[44] Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago: Universitaria, 1986), p. 131.

[45] DeShazo, *Urban Workers and Labor Unions in Chile,* pp. 260-261; Grez, *Los anarquistas y el movimiento obrero*, p. 285.

que Ibáñez cumplió este papel en Chile. Sin embargo, habría que inclinarse por la hipótesis de que, con el surgimiento del comunismo, los anarquistas quedaron desprovistos de espacios de respiración.[46] La declinación del anarquismo constituyó un fenómeno global, aunque tendría reapariciones esporádicas a partir de mayo de 1968.

En Chile, en tanto, permaneció latente un marxismo revolucionario no comunista que se expresaba dentro de corrientes que podríamos denominar socialistas, pero que no alcanzaron ni protagonismo ni un carácter organizativo, y después fue más que nada un estado de ánimo que ingresaría al Partido Socialista. El Partido Comunista, aunque todavía no era la máquina formidable que sería a partir de 1934, tenía capacidad de supervivencia debido a su disciplina, a su ideario y, algo no menor, al saberse parte de un movimiento universal que se había concretado en primer lugar en el único país donde la clase obrera tenía el poder. Por ello, cuando empezó a decirse que "la Unión Soviética es la patria del proletariado", no era una mera adopción de una consigna moscovita, sino que alcanzó el nivel de una persuasión, creencia o incluso de una auténtica religión política, que en Chile y en el mundo le daría un rostro destacado al siglo XX.

## Gran Depresión y nueva polaridad política

La crisis mundial que estalló los últimos días de octubre de 1929 es la peor catástrofe económica de Chile, al menos desde que existen cifras comparables. Entre 1929 y 1932 la economía nacional cayó en un 50%. Una estadística muy citada de la Sociedad de las Naciones ponía a Chile como el país más castigado en el mundo por la crisis, medido en pérdida de las exportaciones. El valor de estas se redujo en ese período en un 88%.[47] Si a todo sistema autoritario le es inherente una crisis al momento de la sucesión, en medio de este panorama desolador se abrían las compuertas para cualquier fórmula revolucionaria y/o aventurera. Entre julio de 1931, la caída de Ibáñez, y diciembre de 1932, cuando asumió el Presidente electo Arturo Alessandri, el país pareció girar en torno a todo tipo de experiencias y de conatos revolucionarios. Grupos comunistas —no está claro si como partido— intentaron

[46] No obstante la declinación y práctica desaparición del anarquismo en tanto movimiento organizado, varios dirigentes anarquistas de los años 1920, entre ellos Óscar Schnake, participaron de la formación y fueron miembros del Partido Socialista a partir de 1933, DeShazo, *Urban Workers and Labor Unions in Chile*, pp. 285-286.

[47] *Anuario de Comercio Exterior de Chile*. Sobre las fuentes para este tipo de información, ver la discusión en Joaquín Fermandois, *Abismo y Cimiento: Gustavo Ross y las relaciones entre Chile y Estados Unidos, 1932-1938* (Santiago: Universidad Católica de Chile, 1997), pp. 171-172, n. 79 y 80.

tomarse el poder (alzamiento en Coquimbo y Vallenar); preludiando un tema de 1973, la marinería se tomó la escuadra sin disparar un tiro ante la abdicación de los oficiales, en una réplica de fenómenos ocurridos en Rusia, Alemania y hasta en Inglaterra; lo que sería el Partido Socialista de Chile nació de un primer intento de crear vía un golpe de estado una República Socialista, derribando al régimen constitucional de Juan Esteban Montero. Esta construcción duró 12 días y comprendió una alianza de políticos socialistas y oficiales del Ejército en una posibilidad que tenía su contraparte en América Latina y en el resto del mundo en el siglo XX. Se trataba de una voluntad socialista de reemplazo del capitalismo y de "los privilegios"; de mayor igualdad, de nacionalismo "antiimperialista".

Todo ello no chocaba necesariamente con el "modelo occidental" —la democracia política—, aunque sí era una corriente que buscaba un norte indeterminado. Dos alocuciones de Eugenio Matte Hurtado en los días de la República Socialista de 1932, uno de los fundadores del Partido Socialista el año siguiente, revelan algo de este ambiente de sensaciones:

> La República Socialista recobrará la plenitud de la soberanía nacional, al mismo tiempo que resucitará una condición de nuestra raza que ya se iba perdiendo: la altivez del chileno. Porque estamos dispuestos a luchar firme y decididamente, y cuando se trate de abolir privilegios, el Gobierno no se detendrá si aparece por allí una mano extranjera.[48]
>
> Los militares, con el pleno concepto de su responsabilidad que no sólo consiste en salvaguardar la integridad externa del país, sino que también en vigilar la unidad interna de nuestra nacionalidad, vieron que con subterfugios constitucionalistas se nos iba precipitadamente vendiendo al capitalismo extranjero, cuyos más destacados tentáculos formaban parte del gobierno anterior. La nacionalidad se pierde en el campo de batalla pero se vende en los gabinetes de los gestores, y cuando la conciencia nacional se mistifica, cualquiera fuerza sana tiene derecho a capturar el poder para reivindicar la nacionalidad amenazada.[49]

Las ideas de Eugenio Matte representan una especie de voz oficial del único momento en el que, antes de la Unidad Popular, una sensibilidad socialista tenía la oportunidad de configurar la sociedad a su medida. Expresaban también la vertiente del militarismo nacionalista de izquierda, que después será llamado "peronismo" o, más precisamente a nivel global, "nasserismo", un fenómeno latente en América

[48] "Lo que dijo Matte", *Crónica*, Santiago, 202, 13 de junio de 1932; discurso pronunciado en el Teatro Municipal el día anterior. Cit. en Devés y Díaz (editores), *El pensamiento socialista en Chile,* p. 220.

[49] "Lo que dijo Eugenio Matte Hurtado para *La Nación* de Buenos Aires", Grove. Órgano del Comité Ejecutivo Nacional Pro-Candidatura Grove. Santiago, 8, 25 de octubre de 1932. Devés y Díaz (editores), *El pensamiento socialista en Chile*, p. 221.

Latina.[50] No se trataba de una revolución marxista, pero sería la agitación, junto al Partido Comunista, de la presencia de una poderosa falange del marxismo en Chile hasta fines de la década de 1980.

Sobre todo, para el tema de este libro, las elecciones que se celebraron en el período de 1931 y 1932 crearon en la estructura del electorado chileno una izquierda marxista que definió uno de los polos de la política chilena entre comienzos de los treinta y fines de los ochenta. A la antigua polaridad liberal-conservadora del siglo XIX, que desde el 1900 se conocía como "Alianza vs. Coalición" (Unión Nacional en el agitado año 1920), le sucedió la polaridad marxismo-antimarxismo. No es que todos fueran o marxistas o antimarxistas; muchos electores y público interesado en la política apenas sabían que existía algo así como el marxismo, y la palabra "comunismo" era una especie un poco más concreta, pero no tenía el peso que adquirió después. Lo que sí estaba claro era que los polos extremos entre los que se movía el sistema político, medido en sistemas de creencias y sentimientos, eran el marxismo y el antimarxismo. En 1972 y 1973 esto llegaría a ser abrumador, abarcando a una gran mayoría de la sociedad.



[50] Es cuestionable que a estas alturas Perón pueda ser considerado sin más "de izquierda".

## Capítulo III

# Democracia clásica y conciencia de crisis

### La izquierda como parte del sistema

En 1932 se abre la etapa durante la cual Chile llegaría a ser considerado el único país democrático de la región, tal como se viera al comienzo de este libro. También se dijo que este período no surgió de la nada, sino que era un retorno a una tradición institucional que ciertamente tenía sus interrupciones. Por algo surgió un momento de fin de mundo en el país en los años 1931 y 1932. La izquierda que se instala en la vida política es, en cierta manera, el resultado de una larga historia que en esos momentos tenía una trayectoria de casi un siglo. Por último, esta historia supone el desarrollo de movimientos reivindicativos en el mundo sindical y gremial, que comprenden a sectores medios y populares. Estos generalmente asimilaban un lenguaje de izquierda, aunque no siempre asumían ni en términos tácticos ni en términos estratégicos lo que es más propio de la izquierda: la defensa de la igualdad, ya sea en su orientación a la reforma o a la revolución, o a una posición ambivalente entre ambas. Repitiendo lo ya dicho, en términos funcionales, desde el origen de la republica había habido una izquierda y una derecha y todo un diapasón entre ambos polos.

Lo que es nuevo en estos momentos es que estará instalada en el sistema político una izquierda marxista que se constituirá como un polo de la política chilena hasta la década de 1980. Chile no fue el único país en América Latina en el que sucedió este hecho; fue el único en el cual por cuarenta años esto fue el caso mientras las instituciones políticas operaron de una manera que podría considerarse ejemplar, a pesar de la exclusión del Partido Comunista por 10 años entre 1948 y 1958.[1] Du-

[1] En la República Federal de Alemania se prohibió la existencia legal del Partido Comunista (KPD) entre 1955 y 1970, para no hablar de la prohibición de partidos neonazis o de partidos neofascistas en Italia. Más adelante en el capítulo se trata este asunto.

rante el primer cuarto de siglo esta izquierda constituía un polo, pero no alcanzaba una masa crítica como para movilizar a las instituciones en una dirección de cambio radical. Ni tampoco el sistema experimentó deterioros graves que hubieran dado la oportunidad a una política revolucionaria más franca. En la segunda etapa, en los quince años siguientes, desde fines de los 1950 hasta 1973, la izquierda marxista se transformará en una fuerza que para muchos parecía irresistible en su capacidad de configurar el país a su imagen y semejanza. También como reacción se creó otro polo de movilización, lo que en su conjunto creó las condiciones para el siguiente quiebre institucional en 1973.

Que no se crea que esta fue una historia unilineal, dirigida en un movimiento imparable hasta su fin predeterminado. Tuvo interrupciones, cambios, triunfos y derrotas y aparecieron en todo el espectro político fórmulas para encauzar la polaridad de la política chilena en direcciones compatibles con la principal fuerza institucional de la historia de Chile, la república democrática como meta.

¿Cuán marxista fue esta izquierda en estos primeros 25 años? En realidad, el adjetivo sin tono de duda, y entendiendo por marxismo la orientación hacia el modelo revolucionario como meta, según se ha dicho, solo puede aplicarse a partir de 1955.[2] Es en ese momento cuando las principales fuerzas de izquierda empiezan a converger en una crítica radical al país y su historia desde la perspectiva del marxismo revolucionario del siglo XX, del cual el comunismo fue la principal pero no la única configuración. Aunque no se puede probar en términos de causa y efecto, es probable que la crítica al estalinismo de Nikita Khruschev en 1956 haya sido un elemento más que permitió el surgimiento de una voluntad revolucionaria, igualmente marxista pero no atada a lo que ya era tradición y rutina del comunismo como modelo moscovita. Se puede poner como ejemplo a las dictaduras de desarrollo surgidas de la descolonización y consideradas como normales en el llamado Tercer Mundo y sobre todo el triunfo de la Revolución Cubana en 1959, las cuales solo reforzaron esta tendencia que influyó decisivamente en el socialismo chileno. De esta manera, en Chile se dio la particularidad de que había dos partidos marxistas fuertes, con gran presencia en la cultura política y en la sociedad chilenas, y que tenían una meta ideal altamente parecida.

En 1958, la izquierda marxista bautizada como Frente de Acción Popular (FRAP) obtuvo el 28,5% de los votos en las elecciones presidenciales. Su candi-

[2] Paul W. Drake, *Socialismo y populismo: Chile 1936-1973* (Valparaíso: Instituto de Historia Universidad Católica de Valparaíso, 1992; original en inglés, 1978), p. 278; Carmelo Furci, *El Partido Comunista de Chile y la vía al socialismo* (Santiago: Ariadna, 2008; original en inglés, 1984), p. 100.

dato, Salvador Allende, quedó solo a 33 mil votos de ganar la Presidencia de la República, lo que era algo menos del 3% de la votación total.[3] Fue un batatazo. El sistema político no se recuperaría de este hecho. Existían dos fuerzas coaligadas —socialistas y comunistas— que tenían algunas tensiones y diferencias a veces explosivas, pero que forjaron una alianza que puso en jaque al sistema político chileno. Poseían una meta revolucionaria orientada a los modelos marxistas, pero estaban limitadas por el sistema institucional que a la vez les permitía tener una presencia amplia en el país; hasta cierto punto, también creían en alguna medida en la bondad de este sistema como apertura a ese fin último. Si esto iba a crear una costumbre que arraigara más fuerte que la meta ideal, será una pregunta que volverá constantemente en estas páginas.

## El estilo del socialismo criollo

La organización de una izquierda radicalmente crítica había parecido converger en torno al Partido Comunista a partir de 1922. Sin embargo, el estado de ánimo más aleatorio de un público interesado en la izquierda crearía la fuente de la que surgió el socialismo chileno. Sin este, por poderoso que hubiese sido, el Partido Comunista hubiera permanecido irremediablemente aislado.

Se puede decir de esta manera que el Partido Comunista es una organización que se asentaba sobre un movimiento obrero y sindical, sin ser de ninguna manera idéntico a este. El socialismo en cambio era un estado de ánimo, un estilo, una mentalidad, más ligado a un desarrollo de idea central del país, e igualmente aspiraba y en ocasiones lograba identificarse con sectores sindicales, abarcando un amplio radio de acción social de la sociedad chilena. Mientras el comunismo tenía una trayectoria política y social más rectilínea, el socialismo se conectaba con el centro de sentimientos políticos y sociales y con un modo de expresarse que le parecía connatural a una *intelligentzia* cultural muy amplia.

El acta de nacimiento del socialismo, tal cual se ha dicho, fue un golpe de estado el 4 de junio de 1932, cuando se instauró la "República Socialista" de breves días de duración. Sin embargo, sus raíces tenían fuentes bastantes heterogéneas en la política chilena, tal como sucedió en muchos países de Europa y de América a lo largo del siglo XX. Por una parte, el socialismo era heredero de una tradición de reforma social y política que venía del siglo XIX, que podía expresarse a veces en un lenguaje jacobino

[3] Ricardo Cruz-Coke, *Historia electoral de Chile, 1925-1973* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1984), p. 108.

y otras en uno de reforma social. En Chile puede datarse quizás a partir del estallido de la cuestión social en torno al 1900. Otra raíz del socialismo fue la experiencia indirecta de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución Rusa. Se expresaría también en una mayor injerencia del Estado en la vida social y económica, lo que fue incrementándose hasta dar un gran salto tras la Gran Depresión iniciada en 1929. También los ecos de las revoluciones que siguen al caso soviético serán un incentivo para ver en una reorganización de la sociedad dirigida desde arriba por una elite burocrática o tecnocrática una respuesta a la crisis del momento. Hay que tener en cuenta que esta reacción no fue exclusiva del socialismo, sino que compartida, ya sea con entusiasmo o resignación, por muchos sectores que ni siquiera se podrían llamar socialistas.[4]

El socialismo tuvo también una dimensión nacionalista, que tiene que ver con una idea latinoamericanista, indigenista, de un creciente "antiimperialismo" que se confundía con la demanda para acotar o eliminar la presencia del "capital extranjero" en Chile. En los países latinoamericanos habrá fuertes analogías con el nacionalismo de tonalidades de izquierda, ya sea proveniente de México, de Perú o después de Argentina y Venezuela.[5] La Revolución Mexicana no ejerció un influjo directo en Chile, ni en América Latina por lo demás; más tarde se dio una influencia cultural que tenía raíces en el nacionalismo antiimperialista mexicano. En Chile, lo esencial seguían siendo las emociones despertadas por la guerra y por la revolución en Europa. Esta fue otra fuente del mundo ideológico del que surgió el socialismo chileno a partir de 1932.

Habían existido innumerables agrupaciones que se llamaban socialistas o que pudieran ser consideradas como socialismos genuinos. El moderno Partido Socialista de Chile, alrededor del cual convergieron muchas de esas agrupaciones o sentimientos que venían del pasado, nació en torno al golpe de estado del 4 de junio de 1932. Por algo un año después, ya plenamente en un período que se podría denominar como restauración constitucional y que era la primera fase de lo que aquí se ha llamado la "democracia clásica" chilena, se fundó formalmente el Partido Socialista el 19 de abril de 1933. Había existido una voluntad revolucionaria, pero más fuerte fue la corriente que lo llevó a la participación institucional cuando otras fuerzas, el grueso de los militares sobre todo, decidieron volver las cosas al cauce democrático tal como se consideraba en la época.[6]

[4] Es el caso, por ejemplo, del New Deal de Franklin Delano Roosevelt en Estados Unidos.

[5] Drake, *Socialismo y populismo*, p. 127.

[6] Sobre los orígenes del Partido Socialista, Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile* (Santiago: Ediciones Prensa Latinoamericana, 1971), Tomo I, pp. 63-81.

En este primer socialismo militó Salvador Allende; en ese momento, las voces cantantes del partido eran Marmaduke Grove, Oscar Schnake Vergara, Eugenio Matte Hurtado y Eugenio González Rojas. Había un estado de ánimo que venía desde un socialismo rupturista de espíritu jacobino ligado sentimentalmente a la tradición revolucionaria de los siglos XVIII y XIX, como a muchos aspectos de la Revolución Mexicana que ahora sí que se asumía, y con una actitud ambivalente hacia la Revolución Rusa. Admiraban el hecho revolucionario, pero en general no se sentían representados ni por la ortodoxia comunista ni por el sistema soviético, aunque nunca pretendieron ingresar a la Segunda Internacional Socialdemócrata. Había otro estado de ánimo que se podría llamar un socialismo democrático en el sentido occidental de la palabra, pero que no alcanzó un nivel de doctrina que llegara a encarnarse. Tuvo alguna posibilidad durante la Segunda Guerra Mundial y poco después debido a dos fuentes: una era la admiración por modelos que se consideraban socialmente nuevos, en especial el *New Deal* de Franklin Delano Roosevelt; otra era la participación en un sentimiento anticomunista que sí ha sido propio de muchos socialismos a lo largo del mundo y particularmente aquel relacionado con la socialdemocracia.

Cruzando ambas posibilidades había dos elementos que vinculaban a esas almas. Uno era que todo socialista en mayor o menor grado era "antiimperialista", es decir, estaba no solo contra algunos de los elementos de la política exterior de Inglaterra y sobre todo de Estados Unidos, sino contra la presencia de las inversiones extranjeras, del "capital foráneo", en la economía chilena o latinoamericana. Esto se podía incrementar o menguar; hasta la década de 1980 fue una constante en el socialismo chileno y, por cierto, asimismo en otras persuasiones políticas. Todo socialista era también "antioligárquico", lo que quería decir que tomaba partido por uno de los polos del sistema social, aquel de su base, compuesto y definido en general por obreros y campesinos.

Lo que sí diferenciaba a las dos almas era una actitud pragmática de aquella que se fue acercando a una política más reformista, aunque casi siempre con alguna mala conciencia. Es fácil citar a Marmaduke Grove como un líder jacobino, por su lenguaje encendido y su voluntad revolucionaria, sobre todo en la década de 1930. De hecho, fue precandidato socialista para la convención del Frente Popular en 1938 y perdió su posibilidad, *en parte*, porque se presumía que su verba asustaría a electores moderados. Sin embargo, es difícil ver en Grove algo más allá del nacionalismo de izquierda, una suerte de Perón antes de Perón, si es que este puede ser calificado de izquierda. Solo en este sentido se le podría definir como

representante de un socialismo radical, pero de ninguna manera de alguna forma de marxismo-leninismo.[7]

La actitud pragmática existió y se reflejó en la participación en el gobierno del Frente Popular y también durante el gobierno de Juan Antonio Ríos Morales, Gabriel González Videla y, sobre todo, con Carlos Ibáñez, reapareciendo aquí la tentación nasserista.[8] En estos últimos tres casos, el ingreso a los gobiernos con ministros estaba vinculado a divisiones internas del partido, por diferencias de doctrina y de táctica. Claro, esto era en teoría, porque mirando los hechos da la impresión más bien de que fue un partido de caudillos, apasionados eso sí, y fue la agrupación que hasta 1973 experimentó más divisiones y fraccionalismos, luchas de facciones recubiertas de diferencias ideológicas y de principio. En todo caso, siempre es difícil distinguir dónde termina la idea y comienza la persona. Se verá cómo esto se repite en los años que preceden a 1973.

Salvando ciertos momentos de colaboración con otros partidos de centro, lo que en general predomina en todo el período que va hasta 1955 es la constante crítica hacia el capitalismo, entendido como economía de mercado y como propiedad privada de los medios de producción. Aun quienes llegaron a defender de manera explícita una democracia pluripartidista, lo que aquí se llama el "modelo occidental", eran casi unánimes en propugnar una economía básicamente en manos del Estado o del "pueblo". Se discutía en qué medida esto tocaba, por ejemplo, a la mediana empresa, pero no se miró casi nunca de manera positiva las posibilidades de la gran empresa privada para el desarrollo de Chile. Por el contrario, esta era considerada como la principal barrera para la modernización del país, lo que incluía al mundo campesino, ya que la demanda de una reforma agraria era bastante antigua en Chile.[9]

---

[7] Según Julio César Jobet, Marmaduke Grove veía con ojo sumamente crítico muchos de los postulados doctrinarios del marxismo ortodoxo, fundamentalmente su excesivo determinismo económico. Julio César Jobet, "Tres semblanzas de socialistas chilenos", *Arauco*, 69, octubre 1965. Paul Drake, por su parte, afirma que Grove admiraba al laborismo británico y al socialismo francés tanto como al marxismo, Drake, *Socialismo y populismo*, p. 124. Una breve reseña biográfica de Grove en Carlos Charlín, *Del avión rojo a la República Socialista* (Santiago: Quimantú, 1972), pp. 10-24. También Jack Ray Thomas, "Marmaduke Grove: A Political Biography" (Tesis doctoral, The Ohio State University, 1962).

[8] Una discusión sobre el término "nasserismo" y su aplicabilidad en América Latina en Howard Wiarda, "The Latin American Development Process and the New Developmental Alternatives: Military 'Nasserism' and 'Dictatorship with Popular Support,'" *The Western Political Quarterly*, Sep. 1972, Vol. 25, Issue 3, pp. 464-490.

[9] Julio César Jobet, "Democracia liberal y subdesarrollo económico en Chile", *Arauco*, 16, marzo-abril 1961.

No se dio en el país austral una conciliación con la economía de mercado al modo en que transitó el socialismo europeo en el siglo XX. Por el contrario, con cualquier concesión de este tipo sucedía lo mismo que con la participación en gabinetes en los años 1940 y la primera mitad de los 1950, que se experimentaba una sensación de incomodidad, de oportunismo o hasta de traición a los principios. Había frustración, ya que con ello no se lograba un cambio efectivo en la condición del proletariado y de los pobres en general. Desde mediados de los 1950 se fue apagando toda idea de que el sistema fuera susceptible de una reforma; solo un cambio más radical que creara una sociedad señaladamente nueva podría abrir paso a la instalación de un mundo más justo.

Esta fue la atmósfera que condujo a un cambio en el Partido Socialista, sustituyendo toda meta de reforma por una estrategia revolucionaria. Este cambio se desarrolló desde 1955, año en que se plantea la tesis del Frente de Trabajadores, hasta el Congreso de Chillán, de noviembre de 1967, en que se postulará la "vía armada" como una alternativa política inevitable y deseable. Qué significó esto en la práctica es desde luego un gran tema a debatir, y es uno de los puntos centrales para apreciar el período de la Unidad Popular.

## La orientación hacia la política mundial: Yugoslavia y Argelia

En la década de 1930, el Partido Socialista había compartido plenamente la idea del antifascismo, un radicalismo de izquierda pero sin estar comprometido a un modelo como el soviético. Algunos líderes socialistas llegaron a admirar a Roosevelt y su política; hasta Salvador Allende coincidió con esto, y como el Presidente norteamericano falleció antes de terminar la guerra, fue válido aquello de que "no hay muerto malo".[10] Después de la Segunda Guerra Mundial existen dos identificaciones internacionales en

[10] En su intervención en la sesión de la Cámara de Diputados del 13 de abril de 1945, por ejemplo, el socialista Astolfo Tapia situó a Franklin Delano Roosevelt en el mismo panteón que Bolívar, San Martín, O'Higgins, Lincoln y Jesucristo. En la misma sesión, su correligionario Bernardo Ibáñez afirmaba que Roosevelt era "querido no sólo por el pueblo y por los trabajadores norteamericanos; su conducta ha obtenido, con su prestigio, la voluntad y el cariño del alma de todos los pueblos y de todos los trabajadores del mundo, que hoy deben estar, como nosotros esta tarde aquí recordando a su amigo, a su benefactor, a su guía, a su conductor, con la devoción y la angustia con que nosotros lo estamos haciendo". *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 13 de abril de 1945. Algunos meses después, Salvador Allende calificaría la muerte de Roosevelt como "la desaparición prematura de (un) gran repúblico y demócrata". Intervención en la sesión del Senado del 12 de septiembre de 1945, en Patricio Quiroga (compilador), *Salvador Allende. Obras escogidas 1933-1948,* vol. 1 (Concepción: Instituto de Estudios Contemporáneos, Ediciones Literatura Americana Reunida, 1988), p. 381.

el socialismo chileno. Una, con el proceso de descolonización. Difícilmente esto lo perfilaba como socialismo, ya que en Chile podía ser alabado por prácticamente todos. La segunda referencia internacional fue con los movimientos democráticos progresistas, vale decir, en este caso, con persuasiones políticas de izquierda entre revolucionaria y de cambio social gradual. Rómulo Betancourt en Venezuela, la Alianza Popular Revolucionaria (APRA) en Perú, Jacobo Arbenz en Guatemala y, con experiencias mixtas y contradictorias, Juan Domingo Perón en Argentina, pueden valer de ejemplo de esta posición. Podríamos decir que, en general, aproximaría al socialismo criollo más a una tendencia democrática en el sentido del modelo occidental antes que a una "democracia popular", aunque todo esto es un poco vago como definición del socialismo.

Coincidente con la conciencia de frustración aparecieron dos modelos de alcance internacional en el horizonte socialista. Aquí nos acercamos más al problema de los paradigmas del socialismo chileno que culmina con la caída de Salvador Allende y de la Unidad Popular. El primero era la Yugoslavia de Tito, mirado como una herejía frente a la ortodoxia estalinista. Permitía orientarse a un modelo en apariencia más libertario. En apariencia, porque esta Yugoslavia y ese Tito no fueron menos estalinistas que Stalin; en algún momento quiso ser más papista que el Papa. La diferencia estuvo en que, como revolución originada en sus propias fuerzas (militares), desafió a Stalin y sobrevivió a esta colisión, en alguna medida, por la ayuda de Washington. En lo demás, fue un sistema marxista como cualquier otro. Solo desde fines de la década de los 1950 comenzó a tomar algunos rasgos que de manera hiperbólica podrán denominarse "comunismo liberal", como la libre emigración, caso único en los sistemas comunistas; una mayor integración comercial con Europa Occidental, incluyendo la admisión de un turismo masivo; y algún menor control de la vida política, social y cultural en comparación con los otros sistemas marxistas. Todo esto último se fue desarrollando paulatinamente en los sesenta y setenta, no sin retrocesos, mientras el socialismo chileno avanzaba en su admiración por otros sistemas más radicales. De todas maneras, Tito era un dictador por donde se lo viera.

Esta admiración no alcanzó a dos rasgos del comunismo yugoslavo. Uno fue la "autogestión" o participación de los trabajadores en la administración de la empresa y de sus beneficios, algo mirado con hostilidad por los soviéticos. En Chile solo era abiertamente señalado como modelo por algunos sectores de la Democracia Cristiana, en especial por Radomiro Tomic.[11] Es cuestionable por lo demás que haya

[11] Ver, por ejemplo, las palabras de introducción de Radomiro Tomic a la conferencia dictada por Anton Vratusa, vicepresidente del Consejo Ejecutivo Federal Yugoslavo, en la Universidad

habido mucha nuez dentro de la cáscara de la "autogestión". El segundo elemento del sistema de Tito del que no participó el socialismo chileno fue el "no alineamiento" o posición equidistante entre las dos superpotencias, que Tito ayudó a crear en la Conferencia de Bandung en 1955. No lo admiraba el socialismo chileno, no al menos desde fines de los 1950, ya que Tito mantuvo en los hechos de una manera inflexible una posición de equidistancia entre Washington y Moscú, al punto de enfrentarse con Fidel Castro en la Conferencia de La Habana en 1979, por cierto en un momento posterior al tema desarrollado en este libro. Pero este hecho tuvo una larga incubación en las dos décadas anteriores y el socialismo chileno claramente se fue aproximando a la tesis de Castro, de que la Unión Soviética era el "aliado natural" de los No Alineados.[12]

El otro modelo al cual se orientó el socialismo chileno fue la Revolución Argelina. No solo la izquierda apoyó el proceso de descolonización. Era también una política oficial de todos los gobiernos de Chile, aunque expresada en un tono menor y a veces con poco énfasis. Era también de buen tono favorecer la descolonización. Sin embargo, la Guerra de Argelia (1954-1962) fue una causa popular para todo un sentimiento antioccidental en lo político en muchas partes del mundo.[13] Para el socialismo chileno representaba una causa que los unía plenamente con el comunismo soviético, y que ocupó un lugar relevante en las fuentes de información públicas en esos años. El mismo viaje de Charles de Gaulle a América Latina y a Chile en 1964 solo pudo efectuarse una vez aquietadas las aguas después del fin del conflicto, en el que De Gaulle había cambiado el papel de "represor" por el de protagonista de la descolonización en África. Esto no sería más que una ligera referencia en una nota si no fuera porque el régimen argelino que siguió —una de las tantas dictaduras de partido único, con un socialismo que en lo fundamental era una retórica antiocciden-

Católica en abril de 1972. Anton Vratusa, *Autogestión* (Santiago: Universidad Católica de Chile, 1972), pp. 10-12. Para la izquierda, la autogestión habría sido adecuada solo en la medida en que se hubiera insertado dentro de un sistema estricto de planificación centralizada. Clodomiro Almeyda, "Yugoslavia en la ruta del socialismo", *Arauco*, 10, agosto 1960. En su célebre conversación con Regis Debray en 1971, Salvador Allende afirmó elocuentemente ser partidario de una economía centralizada y no de un modelo basado en la autogestión. "Allende habla con Debray", *Punto Final*, 16 de marzo de 1971, p. 54.

[12] Una visión moderadamente favorable sobre los países no alineados, pero que explícitamente planteaba una afinidad entre estos y el bloque socialista en Jorge Arrate, "La Conferencia de El Cairo y la política de No Alineación", *Arauco*, 57, octubre 1964. La tesis de Castro sobre el "aliado natural" es de 1979.

[13] Matthew Connelly, *A Diplomatic Revolution: Algeria's Fight for Independence and the Origins of the Post-Cold War Era* (Oxford y New York: Oxford University Press, 2003).

tal en lo político— ocupó un lugar especial en la imaginación del socialismo chileno y en particular en Salvador Allende.[14]

Esto se manifestó con claridad en los tres años de su gobierno. De hecho, al regresar de una apretada agenda en el viaje a Nueva York para la Asamblea General de las Naciones Unidas y a Moscú en diciembre de 1972, se hizo el tiempo antes de seguir viaje a Cuba para detenerse un momento en Argel. Allí se reunió con el Presidente del Consejo Revolucionario, Houari Boumedienne, una especie de Nasser con mayor radicalización, que apoyaba a cuanto movimiento guerrillero y hasta terrorista podía darse, y que por cierto era un dictador nato. El argelino le dijo que mientras no cambiara a sus fuerzas armadas no iba a tener asegurada su revolución.[15] Estaba previsto además en septiembre de 1973 que Allende viajara a una reunión de los No Alineados a celebrarse en Argel; solo la gravedad de la situación de ese mes hizo que Allende enviara en su lugar al canciller Clodomiro Almeyda Medina. Este regresó el día 10 de septiembre. La mañana siguiente, tras escuchar las primeras noticias de la sublevación militar y conversar por teléfono con Allende, se dirigió a La Moneda. Allí, más tarde ese día, sería arrestado y después pasaría casi dos años prisionero del nuevo régimen.

Esta traslación de modelos no podía dejar de tener un efecto interno en la posición del Partido Socialista dentro de la política chilena. Tenían que existir vasos comunicantes entre la admiración a estos procesos y la conducta concreta que se tuviera en Chile. No era una relación simple de causa efecto ni lo obligó en lo inmediato a actuar fuera de los marcos institucionales. Completaba, eso sí, una atmósfera de ideas y estados de ánimo que colocaba como su máxima meta la ruptura con el sistema político chileno.

Todo esto quedó mucho más destacado a raíz del triunfo de la Revolución Cubana el 1 de enero de 1959. Se ha escrito mucho sobre el influjo de estos hechos en América Latina en sus émulos y en sus adversarios en las capitales de la región

[14] "Argelia y Cuba son los dos más grandes procesos revolucionarios del mundo subdesarrollado y colonial, que han llegado a encausarse (sic) dentro de una identidad de fines y acciones, hasta llegar a constituir experiencias universales que se formulan con carácter de ejemplo para el proceso revolucionario mundial". Manuel Espinoza Orellana, "El Socialismo frente a la realidad nacional e internacional", *Arauco*, 45, octubre 1963.

[15] Clodomiro Almeyda, *Reencuentro con mi vida* (Santiago: Ediciones del Ornitorrinco, 1987), pp. 182-183.

y en la actitud de Washington hacia el continente.[16] Se ha dicho que a partir de la Revolución Cubana, América Latina ingresó a la Guerra Fría.

De hecho, como mucho se ha afirmado, las relaciones internacionales de estos países tuvieron una fuerte influencia del fenómeno de la Guerra Fría desde 1945, aunque el triunfo de Fidel Castro desde luego significó una importante vuelta de tuerca. Sin embargo, como se ha señalado en este libro y en otras partes, la crisis ideológica mundial del siglo XX se hizo carne en la política chilena desde antes de la Segunda Guerra Mundial. A partir de 1945 existía un claro lenguaje de Guerra Fría en la vida pública en Chile; no era solamente importación impostada, es decir, artificialmente traída desde Estados Unidos, sino que reflejaba la orientación del país ante los dilemas mundiales y que se expresaba en la polaridad marxismo-antimarxismo. La Revolución Cubana tendrá un papel adelantado dentro del país, porque desde un primerísimo momento se la experimenta como un proceso que tiene un significado profundo para Chile y para el continente. Los líderes socialistas encabezados por Salvador Allende toman la iniciativa de viajar a La Habana. El primer embrujo partió desde Chile, tomando a la isla como un centro de atención y un nuevo modelo a seguir que en la izquierda chilena no se extinguiría (en parte) hasta fines de la década de 1980.

## Orientación hacia la política mundial: la Revolución Cubana

En la medida en que la Revolución Cubana tomó un camino marxista y se aproximó al bloque soviético hasta llegar en la práctica a ser una parte de él, casi toda la izquierda chilena se identificó con la isla. Desde un primer momento también hay una particularidad. Al enjuiciar al marxismo cubano —castrismo—, el Partido Comunista de Chile seguiría las aguas oficiales de Moscú; el Partido Socialista pasaría a identificarse casi sin excepción con el castrismo; y a mediados de la década de 1960 emergerían unos hijos favoritos de La Habana que se configurarían en el primer intento de crear una guerrilla de tipo castrista en Chile, el Movimiento de

[16] Stephen Rabe, *The Most Dangerous Area in the World: John F. Kennedy Confronts Communist Revolution in Latin America* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999) y *The Killing Zone: the United States Wages Cold War in Latin America* (New York: Oxford University Press, 2012), pp. 59-113; Tomas Wright, *Latin America in the Era of the Cuban Revolution* (Westport, Connecticut: Praeger, 2001); Don Bohning, *The Castro Obsession: U.S. Covert Operations against Cuba, 1959-1965* (Washington D.C.: Potomac Books, 2005); Hal Brands, *Latin America's Cold War* (Cambridge, Massachussets: Harvard University Press, 2010), pp. 70-128.

Izquierda Revolucionaria (MIR), tal cual florecieron otras en diversos países de América Latina.[17]

La Revolución Cubana ofrecía muchos aspectos para encantar un sentimiento radical en la izquierda chilena. Había sido un movimiento insurgente que luchó contra un despotismo que llegó a ser intolerable para la sociedad cubana y para América Latina, a pesar de que Fulgencio Batista había sido para los comunistas una especie de héroe y compañero de ruta en los años 1940. El que haya sido una revolución violenta en un primer momento no enturbiaba este panorama, ya que hasta en la prensa norteamericana se admiraba un cierto carácter de epopeya en la acción de Castro y de los suyos. Los juicios populares y las ejecuciones públicas fueron mirados al comienzo como un resultado inevitable y temporal, antes de ser tomados como referencia en una divisora de aguas entre castristas y anticastristas a lo largo del continente. Y no se olvide que en ese entonces recurrir a la violencia no aparecía, al menos de la boca para fuera, como algo tan reprobable como lo sería hacia el siguiente cambio de siglo.

También la revolución supo personificar el extendido sentimiento antinorteamericano, que es una de las almas de cómo los hombres del sur perciben su relación con Estados Unidos. Como se sabe, este elemento, aparte de su carácter épico de haber hallado el símbolo en un caudillo fundador, le daría larga vida al régimen y algo de ese lustre antinorteamericano permanece más de medio siglo después. Hasta aquí la Revolución Cubana podría parecer la primera etapa de una revolución democrática radical de izquierda, pero quizás compatible con una evolución hacia la democracia pluralista, y una transformación social y económica que pudiera después converger con aquella de las democracias occidentales, incluyendo a la chilena.

Las razones de haber asumido un modelo marxista radical en Cuba han sido siempre muy discutidas.[18] Es probable que el impulso hacia esta meta haya estado desde un comienzo. De todas maneras, esto no podía ser sino aplaudido por la izquierda chilena que, en un proceso difícil y no carente de tensiones, se había unificado en su vertiente socialista y comunista desde mediados de la década de 1950

---

[17] Sobre el influjo de la Revolución Cubana en algunos militantes del MIR, Max Marambio, *Las armas de ayer* (Santiago: Random House Mondadori, 2008), pp. 23-52.

[18] La literatura ya sea polémica o analítica es interminable sobre este tema. Trabajos recientes sobre el problema en Samuel Farber, *The Origins of the Cuban Revolution Reconsidered* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2006); Lilian Guerra, "'To Condemn the Revolution is to Condemn Christ': Radicalization, Moral Redemption, and the Sacrifice of Civil Society in Cuba, 1960," *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 89, No. 1 (Feb. 2009), pp. 73-109.

según se ha visto. Un elemento poderoso en esa coalición, que hasta 1969 tuvo el nombre de FRAP, era el compartir una visión marxista en lo esencial para interpretar el momento histórico en Chile.

La Revolución Cubana, a pesar de algunas dudas que nunca se extinguirían hasta 1973, presentaría otro elemento de unión. Sería un modelo compatible tanto por los principios ortodoxos promovidos por Moscú y por lo tanto repetidos por los comunistas criollos, como por estar provisto de la frescura y dinamismo de lo nuevo, y con cierta apariencia de quebrar con la ortodoxia. El entusiasmo y hasta ebriedad por el estilo cubano no sería cosa solamente de la clase política o del aparato dirigente de la izquierda marxista chilena, sino que calaría muy profundo en esa parte de Chile que se identificaba en forma cultural y hasta gestual con la izquierda, y que sería alimentada en sus ideas por estas dos poderosas corrientes que disciplinaron el lenguaje y la orientación.

En más de un sentido, sin embargo, les restó flexibilidad a sus admiradores chilenos. En un primer momento todavía la gran mayoría de los socialistas, encabezados en esto por Salvador Allende, insistiría en que el método de llegar al poder y configurar el socialismo en Chile sería distinto al cubano, si bien la meta sería la misma. A partir de 1965 los medios para alcanzar ese objetivo pasarían poco a poco a ser sustituidos en la doctrina y en el sentimiento por aquellos de la Revolución Cubana, aunque en la práctica ocuparon un papel marginal hasta 1970 y solo levemente más central hasta 1973. La derrota de Ernesto "Che" Guevara en Bolivia en 1967 sería respondida por el socialismo chileno con un gesto de abrazo todavía más convencido acerca de la bondad del modelo cubano como medio y como fin. Nuevamente, en la práctica el medio seguiría siendo distinto, porque el sistema institucional chileno y el estilo de hacer política en Chile no permitían otra vía, a pesar de que al final esto solo lo comprendían Salvador Allende y muy pocos otros socialistas más. Esta fue una contradicción que caracterizó y torturó a la "vía chilena".

Una cosa estaba clara, sin embargo. No cabía ningún compromiso con otras fuerzas políticas que dejaran las cosas a medias tintas. La orientación hacia el modelo cubano ejercía la misma autoridad política y moral que la experiencia soviética había ejercido y todavía ejercía sobre el comunismo chileno. La Revolución Rusa y la Revolución Cubana, como no era para menos, habían creado sentimientos antibolcheviques y anticastristas, cada uno de ellos con matices y acentos muy diversos pero que también eran un fenómeno de la política chilena como en muchas partes del mundo. De esta manera, la idea que se verá más tarde acerca del rechazo a todo "reformismo" y que hizo más rígida la posición de esta izquierda ante las otras fuerzas políticas en Chile se veía reforzada hasta un grado

difícil de evaluar, pero quizás también difícil de sobreestimar en su efecto para el sistema político chileno.

## Rechazo al sistema

En general, no es fácil decir qué fue influencia externa y qué desarrollo político interno. La tesis que más se expone aquí es que ambos son inseparables. Sin embargo, si nos imaginamos un desarrollo económico acelerado en los 1940 y los 1950 como el que España estaba experimentando en la década de 1960, o el nivel de vida de la sociedad argentina en el medio siglo que antecede a 1970, es difícil que partidos con un programa tan radicalmente crítico de la sociedad, y que planteaban un modelo que sería similar al de los sistemas marxistas, hubiesen alcanzado el arraigo electoral que el Partido Comunista y el Partido Socialista alcanzaron desde fines de la década de 1950. No fue tanto el "atraso" socio-económico en sí mismo como el atraso con muchos bolsones de desarrollo y amplias capas no muy miserables, pero sí precarias, lo que le dio impulso a estos partidos. No fue solo la cultura política de izquierda la que los llevó al gobierno. La condición de "subdesarrollo" jugó un papel, aunque por cierto en los análisis en general se exagera su carácter de condición necesaria.

Las elecciones presidenciales de 1958, en las que Salvador Allende estuvo muy cerca del triunfo, fueron otro golpe eléctrico a la idea de que se aproximaba una gran transformación. Comenzaba a conformarse ese tercio que votaría de manera sistemática por la izquierda marxista. Todavía la suma de socialistas y comunistas en elecciones parlamentarias y municipales no alcanzaría la votación de Salvador Allende en las presidenciales de 1958 y el 1964, pero se iba aproximando. Esto le daba confianza en sus posibilidades de alcanzar el gobierno e impulsar un cambio hacia el socialismo a partir de un sistema democrático. Al mismo tiempo, en vez de ir poniendo la práctica democrática dentro de un sistema pluralista como un fin en sí mismo, fortaleció también la confianza en las propias ideas como explicación y como motor del momento histórico, el avance hacia el socialismo tal como se expresaba en lo que entonces se llamaban "países socialistas".

La práctica política se desenvolvía junto a una influencia casi incontrarrestable, sobre todo en los sindicatos obreros, en muchos gremios públicos y privados, y avanzaba también en la politización de sectores campesinos que estaban sumando sus votos a la izquierda. Aunque lo que predominó en Chile a partir de 1932 fue un desarrollo constitucional y legalmente ordenado de una manera que llamaba la atención del continente, el lenguaje político fue exacerbando los factores sociales económicos en crisis y la idea que predominó fue la de un "desarrollo frustrado", se-

gún la expresión usada por Aníbal Pinto Santa Cruz. Este estado de atraso relativo se caracterizaba por la presencia de una miseria que se suponía imposible de erradicar. Había que encontrar un camino de mejoramiento social "en vez de la miseria", según otra expresión parecida a la anterior creada por el economista Jorge Ahumada.[19]

Las elecciones presidenciales de 1952, 1958 y 1964 estuvieron centradas en la idea de cómo hacer frente a este desafío. El socialismo chileno se sumó al comunismo en la idea de que solo desmantelando al capitalismo podía superarse esta crisis nacional. Toda reforma al sistema existente no iba más que a resultar en una traición a los principios y a los intereses de la "clase obrera". Esta era naturalmente una especie de imagen que vinculaba a sectores sociales con una tradición política e ideológica de larga data.

## Comunismo chileno: internacional y nacional

En una rara paradoja, Chile y Cuba con historias políticas y sociales tan diferentes han compartido algunas afinidades. La más conocida es la interrelación de ambas historias, entre el régimen castrista y la izquierda chilena a partir de 1959, lo que proyectó una fuerte emoción en la vida pública de los chilenos. Menos se ha apuntado al hecho, extraño en las apariencias, de que los dos países tuvieran los partidos comunistas más poderosos de América Latina, al menos medido en la influencia de estas organizaciones en sus respectivos sistemas políticos. Es una de las razones de por qué los comunistas aplaudieron a Batista, en cuyo gabinete hubo varios ministros de ese partido, cuando visitó Chile en 1944, meses después de haber dejado la presidencia.[20] En ambos casos también el Partido Comunista fue fundamental para lograr una transformación radical en un sentido marxista, como ocurrió en Cuba; o en intentar una, como fue en Chile entre 1970 y 1973. Sarcasmo de la historia, en ambos países los partidos comunistas *no* fueron los principales agentes revolucionarios. Como en Condorito, esto exige una explicación, que al menos aquí se intentará para el caso chileno.

---

[19] Aníbal Pinto, *Chile: un caso de desarrollo frustrado* (Santiago: Universitaria, 1958); Jorge Ahumada, *En vez de la miseria* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1958).

[20] Con motivo de la visita de Batista, el columnista del diario *El Siglo* Crisologo Gatica escribía: "Combatiente democrático, autodidacta infatigable, estadista realizador y dinámico, Batista es hoy uno de los abanderados de América en la lucha por el progreso, por la libertad y por el entendimiento sincero y fraternal de los pueblos del Nuevo Mundo. Su obra es una expresión del movimiento demócrata cubano". *El Siglo*, 22 de noviembre de 1944.

Al momento de comenzar en 1932 el período de la "república democrática", el Partido Comunista de Chile acababa de experimentar lo que se conoció como la "estalinización", fenómeno común a todos los partidos afiliados a la Tercera Internacional, aquella controlada desde Moscú. ¿Qué significó? Desde luego, no la liquidación física de dirigentes y militantes como en la Unión Soviética, donde la "estalinización" se inició a fines de los 1920. Culmina hacia 1938, aunque no cesa del todo sino hasta la muerte del zar rojo en 1953, comprendiendo además el exterminio de muchos dirigentes y militantes europeos. Mao Zedong y Ho Chi Minh lo hacían por cuenta suya en Asia Oriental. En Chile y en América Latina solo se tradujo en una mayor disciplina, en más penetración de las decisiones del partido por parte de Moscú y, sobre todo, en que los chilenos siguieran la "línea general" del Kremlin.[21]

Ayudó mucho a la disciplina el que el partido, cual ejército imbuido de la defensa de su país, desde Recabarren en adelante mirara a la Unión Soviética como una auténtica "patria del proletariado", según la divisa impuesta por Stalin. Pero esto no explica la historia subsecuente del comunismo chileno; hasta aquí podría haber repetido la magra historia del comunismo argentino. Los comunistas chilenos tenían, desde luego al igual que los trasandinos, una fe absoluta en que la Unión Soviética representaba el futuro de la humanidad y en cierta manera, por el internacionalismo, era una suerte de "patria" para ellos también.

El comunismo chileno estaba vinculado hasta 1973 a la práctica de las organizaciones sindicales, y ello venía desde antiguo. Casi se podría decir que se originó en la década de 1890. En menor medida se podría decir lo mismo de los socialistas. Así como en el caso cubano estaba ligado a ciertos sindicatos de donde extraía parte de su fuerza, en Chile el comunismo se convirtió en el principal portavoz de ellos, de nuevos sectores movilizados como los campesinos, y de una parte de los empleados fiscales. Esto no se efectuó sin un desplazamiento enojoso de otras fuerzas de izquierda. Como en tantos lugares de América Latina, la izquierda —no solo los comunistas para el caso chileno— capturó una parte al final mayoritaria de los movimientos estudiantiles. El comunismo sería parte sobre todo de la vida sindical. Esta fue una fuente de su poder en el Chile de mediados de siglo. En lo público jamás trascendía la natural tensión que debe haber entre los intereses de

[21] Andrew Barnard, "El Partido Comunista de Chile y las políticas del Tercer Período (1931-1934)", *Nueva Historia*, año 2, No. 8, abril-diciembre 1983, pp. 211-250; Furci, *El Partido Comunista de Chile*, pp. 64-65; Boris Yopo, "Las Relaciones Internacionales del Partido Comunista", en Alfredo Riquelme, Augusto Varas y Marcelo Casals (editores), *El Partido Comunista en Chile: una historia presente* (Santiago: Catalonia, 2010), pp. 249-250.

los grupos de reivindicación y la representación y mediación que de ellos hacían los comunistas.

El Partido Comunista tenía otra fuente de poder, que a la vez era un límite, el que actuaba en un medio que era casi siempre institucional. Tal como se vio en el Capítulo I, la política en Chile discurría en lo principal por un sistema democrático, constitucional, enmarcado en reglas del juego que no se podían violar con absoluta impunidad, y que el Partido Comunista aprendió a emplear a su favor. También aquí se hallaba la tensión latente, más complicada, entre el fin ideal —el socialismo tal como se hallaba en la "Patria del proletariado"— y el medio en que se movía —la democracia chilena, "burguesa" y en el fondo falaz de acuerdo a una doctrina experimentada como flujo sanguíneo—. ¿Contradicción, doble lenguaje, aprendizaje de la democracia? Se trata de una cara de los hechos que es fundamental para entender el desenlace de 1973 y su significado.

Se trataba del "Tercer Período". Era el santo y seña del Komintern de "clase contra clase", de agudizar la tensión social. En términos políticos, esto pretendía polarizar la situación entre, por un lado, el Partido Comunista y, por otro, todo el resto. Tras esto había un combate descarnado contra el socialismo no revolucionario, especialmente aquel representado por la Segunda Internacional. Fue la política que en Alemania llevó al comunismo a preferir el triunfo de los nazis antes que permitir que los socialdemócratas lideraran una coalición que los mantuviera fuera del poder. Mirado desde Alemania, esto tuvo resultados trágicos, incluso para el mismo comunismo. Mirado desde Chile, era francamente ridículo, pero demostraba también la fe ciega de que existía en el globo un lugar que poseía un carisma especial porque era como las cosas debían ser. Era la única esperanza de redención para los mismos chilenos. Por lo mismo, era también una fuente de energía, un factor que no se debe despreciar.

Quizás se explicaría así que los comunistas hayan participado en algún grado en la rebelión de la marinería y la toma de la escuadra en septiembre de 1931, aunque su real responsabilidad sea objeto de discusión.[22] Fue un momento francamente prerrevolucionario. Y el 25 de diciembre de ese mismo año participaron en un alzamiento en Copiapó y Vallenar, donde hubo una treintena de muertos.[23] Eran tiempos de disturbios, lo que incluyó la breve "República Socialista" que derribó a un Presidente

[22] Olga Ulianova, "El Partido Comunista chileno en la crisis política de 1931: de la caída de Ibáñez al levantamiento de la marinería", *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*, Vol. 3, No. 1 (2004), pp. 63-102.

[23] Un relato detallado de los sucesos de la Navidad de 1931 en Copiapó y Vallenar en Charlín, *Del Avión Rojo a la República Socialista*, pp. 504-524.

constitucional y presenció el asomo del nasserismo en Chile. No se necesitaba de la actividad de los comunistas para agitar todo este ambiente. En cierta medida, ni siquiera lo supieron aprovechar. En los años 1931 y 1932 ni siquiera hubo muchas huelgas.[24] Estas, en cambio, serían una característica del segundo gobierno de Arturo Alessandri, que fue el que dio el impulso inicial a la democracia clásica en Chile que duraría hasta 1973, además de haber estabilizado la economía del país y haber entregado las bases para un crecimiento más promisorio. Como se sabe, en general los movimientos reivindicatorios alcanzan la agitación huelguística en épocas de crecimiento, no habiendo mucho entusiasmo cuando el desempleo alcanza cotas demasiado altas.

Es justamente la institucionalización que hay en la década de 1930 la que le permite al pequeño Partido Comunista alcanzar una influencia entonces desproporcionada para su tamaño electoral. Esto marcará una constante que permaneció hasta 1973, el que su influencia sea directamente proporcional al grado de solidez del sistema democrático al que a su vez quiere suplantar en nombre de una democracia superior. ¿Manipularía al sistema para desmantelarlo o se dejaría ganar por la práctica institucional? Este fue el dilema del marxismo antes de 1914 y de alguna manera estaría presente en toda la izquierda marxista chilena a lo largo de la democracia clásica hasta 1973.

Hubo otro elemento que fue tan importante como la institucionalización para obligar al comunismo criollo a manejarse en un medio legal. En el Komintern, una vez que se digirió lo que significaba el triunfo de Adolf Hitler en Alemania, se dio uno de los bruscos cambios de timón que caracterizarían al comunismo en las décadas que siguieron. De apoyar los partidos comunistas una política de confrontación y polarización, pasaron a una de alianza con sectores democráticos de izquierda y de centro, se supone que "progresistas", todo ello poniendo como objetivo central la lucha contra el "fascismo" como el enemigo principal. Es la estrategia de lo que se llamó los Frentes Populares.[25]

El escenario chileno cabía como anillo al dedo para esta situación. Al menos en las formas, existía el mismo panorama político de Europa, de extrema izquierda a extrema derecha, con una polaridad de un gobierno de derecha por una parte y una

[24] De acuerdo a un estudio, en 1932 en Chile hubo 100 huelgas ilegales y 500 huelgas legales. Jorge Rojas Flores, *El Sindicalismo y el Estado en Chile, 1924-1936* (Santiago: Rojas Impresor, 1986), pp. 106-107.

[25] Furci, *El Partido Comunista de Chile*, pp. 66-73; María Soledad Gómez Chamorro, "Factores nacionales e internacionales de la política interna del Partido Comunista de Chile," en Varas, Riquelme y Casals (editores), *El Partido Comunista en Chile*, pp. 77-79; Yopo, "Las relaciones internacionales del Partido Comunista", pp. 250-252.

oposición de centroizquierda por la otra. De esta manera, se formó a partir de 1936 el Frente Popular, donde el peso lo tenía de una manera muy clara el Partido Radical, del cual lo que menos se podía decir es que era revolucionario. Esto era perfecto para los comunistas, ya que era también lo que propiciaba Stalin en muchas partes. El precandidato socialista a la Presidencia de la República, Marmaduke Grove, usaba a veces un lenguaje más exaltado que el de los comunistas para expresar su crítica al sistema y las diferencias entre ambos partidos de izquierda —en un preludio a lo que sucedería durante la Unidad Popular— podían ser muy enojosas.

Un pequeño detalle en el cual rara vez reparan los análisis de este período es que en las estrechas elecciones del 25 de octubre de 1938 el candidato de las "derechas", Gustavo Ross Santa María, fue derrotado por Pedro Aguirre Cerda, candidato del Frente Popular apoyado con mucho ahínco por los comunistas, debido a que los nacis (con "c") después de la tragedia del Seguro Obrero apoyaron decisivamente al que resultó vencedor. En todo el mundo los Frentes Populares se organizaron para luchar contra el fascismo; en Chile, el Frente Popular triunfó en las elecciones debido al apoyo del más auténticamente fascista de todos los grupos de extrema derecha que ha habido en el Chile del siglo XX. Paradoja digna de ser explicada por el gran Condorito.

Todo esto merece una reflexión. La política del Partido Comunista se decidió tanto por motivos nacionales como internacionales. Por una parte, el espacio institucional chileno solo le permitía una actuación legal, o transformarse en una banda armada con lo cual, de acuerdo con la ley de probabilidades, seguramente sería exterminado. Lo sucedido con los nacis criollos —la Matanza del Seguro Obrero— es probable que no lo hayan pensado para sí mismos, pero es ilustrativo de este dilema. A la vez, no se pueden pensar ni el lenguaje ni las ideas en general de la izquierda sin el poderoso influjo de la política mundial, como mostraron las decisiones de Stalin para el caso comunista.

Hay un tercer elemento que recorre lo internacional y lo nacional. El Partido Comunista que emerge en la década de 1930 será esa máquina bien aceitada, disciplinada, pronta al sacrificio en el trabajo cotidiano y que sabe ganar espacios pulgada a pulgada en la acción política y en la labor sindical.[26] El cemento que mantiene todo esto junto es una fe inconmovible de representar el futuro de la humanidad, y una pasión moral acerca de que no es meramente una voluntad de poder (cree que no

[26] Un elemento clave en la solidez institucional del Partido Comunista y su capacidad de supervivencia y crecimiento, incluso en las situaciones más desfavorables, es el principio leninista del centralismo democrático, que garantiza, a veces de manera implacable, la unidad de acción del partido. José Pino, "El centralismo democrático en nuestro partido", *Principios*, 117, enero 1967.

lo es), sino que eslabón de un estadio final de realización humana. Si no se tiene en cuenta este hecho, no entenderíamos la historia tanto del comunismo ni, en general, la del marxismo chileno.

La historia del comunismo continuó combinando las bruscas alteraciones nacionales e internacionales. La guerrilla entre partidos y al interior de los partidos en el Frente Popular fue paralizando al gobierno de Pedro Aguirre Cerda. A una rivalidad que se podría decir natural entre socialistas y comunistas le siguió como excusa y como un golpe de puño el Pacto Nazi-Soviético del 23 de agosto de 1939. La gran mayoría de los socialistas, aun apoyando la política de neutralidad diplomática del gobierno, se puso de parte del bando aliado desde la primera hora, mientras que los comunistas siguieron las aguas de Moscú en su especie de alianza con la Alemania de Hitler. Esta fue una de las razones de la crisis y finalmente destrucción del Frente Popular.[27]

A partir de la invasión de la Alemania nazi a la Unión Soviética, el 22 de junio de 1941, se produjo otra de las famosas volteretas de los partidos comunistas. De criticar a la guerra por ser parte de un proyecto imperialista, pasaron a apoyar activamente la lucha contra el fascismo junto a otros pueblos "democráticos", entre los cuales incluía sin muchos ambages a los Estados Unidos de Franklin Delano Roosevelt.[28] Hasta 1946, el Partido Comunista llevaría su política de movilización social, aunque preocupado de no dañar los esfuerzos de guerra, que en la práctica era no impedir la exportación de cobre a Estados Unidos, y por otro lado crecer internamente en su organización férrea, cerrada, con algo de parecido a lo que se llama "Estado dentro de un Estado". A esta política se le llamó "Unión Nacional", vale decir la alianza de todos los que quisieran contra el fascismo; esto es, el apoyo irrestricto a la coalición aliada, incluyendo desde un primer momento la demanda de que Chile participara en la guerra.

## En los tiempos de la Guerra Fría: protagonismo, exclusión y persistencia

Las cosas cambiaron con el inicio de la Guerra Fría. Esta época de la política mundial que va de 1945 a 1989 se inició en Chile antes de que se conociera como tal el gran conflicto a nivel internacional. El tema de un partido como el Comunista

[27] Furci, *El Partido Comunista de Chile*, p. 70; Gómez Chamorro, "Factores nacionales e internacionales", pp. 82-84; Yopo, "Las relaciones internacionales del Partido Comunista", pp. 250-252.

[28] Alfredo Riquelme, "Visión de Estados Unidos en el Partido Comunista chileno. I. La "Era Rooseveltiana": 1933-1945" (Santiago: FLACSO, Documento de trabajo, 1985), pp. 48-69.

que actuaba dentro de la ley y protegido por ella, pero con la finalidad estratégica de reemplazar o derribar la república constitucional tal como era, había sido discutido desde la aparición de la izquierda socialista y marxista. Esto se aplicaba con más fuerza al caso del comunismo. Este, además de ser un actor político chileno, se insertaba en una organización internacional a la que obedecía en sus grandes líneas. Se estaba consciente de que existía una agrupación política que jugaba por la destrucción del sistema, aunque en las formas no utilizaba ningún medio claramente ilegal.

Por otra parte, había conciencia de que tenía un costo bastante alto prohibir a esas alturas un grupo como el Partido Comunista, que había alcanzado una dimensión considerable en las elecciones parlamentarias de 1945 (46.133 votos, 10,2%) y las municipales de 1947 (91.204 votos, 16,5%).[29] Dentro de esto no era menor el que se podía confundir el combate al comunismo con persecución a los movimientos sindicales y gremiales, por más que Gabriel González Videla asegurara que no sería así. Más aún, este quería ser fiel a su tradición "antifascista" —consigna favorita del comunismo a lo largo del mundo— y fue insistente y hasta casi infantil en su condena al régimen de Francisco Franco en España. Aunque en un momento clave la derecha participó en su gobierno, se le veía más contento en una alianza con fuerzas de izquierda.

Nada quita que habiendo sido el líder de la izquierda del Partido Radical, González Videla llegó a la presidencia en gran medida por el apoyo del Partido Comunista y de una votación dispersa pero real de los socialistas. Los comunistas tuvieron un puesto protagónico los primeros meses de su gobierno y después fueron expulsados. Más adelante promovió la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, que obligó a los comunistas a huir a la clandestinidad. Creó un campo de detenidos en Pisagua que pasaría a ser una especie de leyenda, y ordenó una "persecución" a Pablo Neruda, que ha llegado a ser parte de un relato heroico muy favorable en torno al poeta. Incluso, se ha visto toda esta política como una imposición norteamericana o como un ensayo del régimen de Pinochet. ¿Cómo se explica todo esto?[30]

---

[29] Cruz-Coke, *Historia Electoral de Chile,* p. 70.

[30] Una tesis que vincula directamente el pensamiento y prácticas anticomunistas de la "Ley Maldita" con la dictadura militar encabezada por Augusto Pinochet es la de Carlos Huneeus, *La guerra fría chilena: Gabriel González Videla y la Ley Maldita* (Santiago: Random House Mondadori, 2009). Una interpretación que otorga más importancia a las presiones norteamericanas en la decisión de González Videla, aunque no las considera el factor fundamental, en Andrew Barnard, "Chilean Communists, Radical Presidents and Chilean Relations with the United States, 1940-1947", *Journal of Latin American Studies*, Vol. 13, No. 2 (Nov. 1981), pp. 347-374. Una tesis más claramente orientada hacia la responsabilidad de la presión norteamericana en Joan Garcés, *Soberanos e intervenidos. Chile, la Guerra Fría y después* (Santiago: BAT, 1995), pp. 41-53.

A pesar de haber sido elegido con el apoyo de los comunistas, el Presidente Juan Antonio Ríos era en lo personal distante del comunismo. Se puede decir que fue actor del primer momento de la Guerra Fría al interior de la vida pública chilena antes que "estallara" el gran conflicto a nivel mundial. En el caso de Gabriel González Videla se prohibió al partido y se persiguió a los comunistas en una acción que se parece a la persecución de ideas, algo que reniega de las características de la sociedad abierta moderna y de la democracia identificada con el modelo occidental. Más todavía, aunque los diez años de clandestinidad relativa del Partido Comunista no lo fortalecieron de manera particular —como sostenían quienes se oponían a la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, bautizada con éxito por los comunistas como la "Ley Maldita"—, tampoco disminuyeron los conflictos sociales ni se excluyó totalmente a los comunistas de la influencia política en el país. Cierto, siguió habiendo un polo de izquierda y otro de derecha; había también una izquierda socialista en la que destacaba Salvador Allende, quien criticaba constantemente la exclusión.

Es decir, Chile siguió constituyendo un pleno estado de derecho, y durante el gobierno de Carlos Ibáñez, entre 1952 y 1958, los comunistas actuaban en la práctica de manera abierta, incluso publicando el diario *El Siglo,* que siempre tuvo un papel destacado en mantener una coherencia interna en el partido. Más todavía, Salvador Allende fue candidato presidencial en 1952 representando a un sector socialista y sobre todo escogido por el Partido Comunista, el que puso toda su organización para apoyarlo a fondo en la campaña. Hay que suponer que la mayoría del 5% de votos que obtuvo le pertenecía al Partido Comunista.

La decisión de Gabriel González Videla, muy apoyada por la derecha y por la mayoría de los radicales, privó en parte a la democracia chilena de una de las virtudes de la moderna sociedad abierta. Se trata de la capacidad demostrada de aceptar la existencia de una crítica radical cuya intención expresa es destruirla por medios legales, pero que en la práctica cotidiana se va integrando al sistema; puede reformar algunos rasgos del sistema, pero también experimenta transformaciones durante este proceso y al final llega a ser un elemento más de ese mismo sistema. No es un desarrollo breve en el tiempo. Es sin embargo lo que sucedió en gran parte de Europa Occidental en el siglo XIX y comienzos del XX. Como se dijo, fue el desarrollo del marxismo revolucionario alemán, es decir, de la socialdemocracia. El Partido Comunista de Chile estaba lejos de poder percibir por sí mismo una relación de este tipo en la década de 1940 y después. En la democracia moderna, cuando las fuerzas hostiles al sistema alcanzan alguna preponderancia en el debate público, lo someten a una tensión que puede ser insoportable. La República de Weimar y la

Segunda República española pertenecen a este caso. Hasta cierto punto la Argentina del primer Perón también representa una situación de este tipo.

Para el caso chileno, esto merece dos consideraciones. Primero, es perfectamente admisible en la democracia moderna el debate y la preocupación en torno a grupos que utilicen las herramientas legales para transformar el estado de derecho en una situación que claramente no lo es, sobre todo cuando existen experiencias históricas comparables. La discusión y a veces persecución del comunismo tenía antecedentes en la historia de Chile. De hecho, el Partido Comunista no pudo utilizar su propio nombre por varias décadas en el servicio electoral. La ley de 1948 no salió de la nada, sino que tenía raíces en la historia reciente de Chile. Había también un factor internacional, pues lo mismo sucedía al mismo tiempo en otros países de América Latina, incluyendo de una manera más morigerada a la Argentina de Perón, amén de que Washington miraba con simpatía esta acción. Hay que recordar que es la época de una creciente persecución a un fantasmagórico enemigo comunista dentro de Estados Unidos. Es lo que se conoce como la época del "macartismo", por el senador Joseph McCarthy. En Europa existen desarrollos paralelos en el caso de legislaciones contra el nazismo y el fascismo en Alemania y en Italia, respectivamente; en la República Federal de Alemania se prohibió al Partido Comunista entre 1955 y 1970, con argumentos muy parecidos a los de Gabriel González Videla.

La discusión sobre este tema estaba permeada por la pregunta de qué sucedía en los países en los cuales el Partido Comunista lograba conquistar el poder. Donde logró transformar el sistema político a su imagen y semejanza, no existía ningún pluralismo, salvo como parodia del mismo. Fue el caso del régimen de Alemania Oriental, la llamada República Democrática Alemana, que llegaría con el tiempo a ser muy admirada por la izquierda chilena. Aun sin estos ejemplos, pertenece a un principio legítimo de una sociedad abierta el admitir como actores públicos solo a aquellos que están dispuestos a cumplir no solo con la letra, sino que también con el espíritu de las reglas del juego del sistema. Esto último podría definirse como una finalidad de conservación del pluralismo político y de la no identidad entre Estado y sociedad.

Para el caso chileno, el punto es en qué medida esta política tuvo sabiduría. Se arrojó por la borda una de las fortalezas de la sociedad abierta, esto es, la potencialidad para absorber y encauzar tendencias nuevas que en un primer momento estaban dirigidas a la supresión del sistema. Una democracia que se podría llamar madura debe caracterizarse por esta cualidad. El Partido Comunista sacaría mucho provecho mediático de esta exclusión, la que pasó a constituir una parte de la leyenda tonificante de la organización. Como se dijo, el período de exclusión fue de cuatro años hasta 1952 y después, salvo con algunas excepciones, el comunismo fue un

actor sindical y político de gran magnitud en el país. Era evidente para el público también que Salvador Allende, siendo miembro de una de las fracciones del socialismo, había sido candidato del comunismo, y que el Partido Socialista en un acto de compañerismo ideológico le dejó algunos cupos en las listas de parlamentarios a candidatos comunistas en elecciones.

El mismo Pablo Neruda se convirtió nuevamente en un dínamo de una parte de la vida cultural de Chile; también actuaba claramente como un líder disciplinado de una dirigencia que se suponía colectiva. El partido tenía también una influencia muy destacada en la nueva organización obrera, la Central Única de Trabajadores (CUT), fundada en 1953, que por momentos parecía otro brazo del partido y que, aprovechando el impulso reivindicatorio, le demostraba al gobierno de Ibáñez un poder de movilización nada desdeñable.[31] Jamás hubo en un país comunista una contraparte a este escenario, con la sola y fugaz excepción de Solidaridad en Polonia en 1980 y 1981. La derogación de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia fue un hito porque fue parte de un cambio en el cuerpo electoral que tendría gran trascendencia, pero solo consagró legalmente lo que de hecho existía.

## La afirmación del protagonismo comunista

En 1955 comienza la convergencia con los socialistas. Había sido precedida por la aproximación de las diversas facciones socialistas, una de las cuales había participado en el gobierno de Carlos Ibáñez. El reunificado Partido Socialista empezó a sostener la idea del "Frente de Trabajadores", es decir la unión de las fuerzas que, en teoría representando a la clase obrera, querían provocar un cambio revolucionario que abriera paso a una sociedad socialista. Los socialistas se reunificaron cortando puentes para un entendimiento con sectores de centro, en lo que serían terriblemente inflexibles hasta 1973. Parecían como avergonzados de la política reformista, a lo que ayudaba el sentido de frustración económica y social que se había enseñoreado del alma del país. Se quería pureza. Los comunistas, en cambio, habían representado una extraordinaria capacidad de pureza en su vida partidaria, aunque el partido alterara a veces con brusquedad sus estrategias políticas.

Salvo pequeñas herejías y disidencias individuales —terriblemente castigadas por los comunistas—, el partido había mostrado una faz monolítica, la misma que les permitía plasticidad táctica. De ahí que muchas veces en los casi 20 años que

---

31 Alan Angell, *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile* (México D. F.: Era, 1974; original en inglés, 1972), pp. 145-149; Furci, *El Partido Comunista de Chile*, p. 103.

siguieron mostró alguna añoranza retórica por atraer a sectores no marxistas a una coalición en el fondo liderada por ellos. Esto sería una fuente de divergencias constante en las relaciones entre los dos partidos, aunque no de relevancia pública. Habría que preguntarse también si, tal como el comunismo ayudaba a alimentar al anticomunismo no sin algunas buenas razones, era el anticomunismo el que asimismo contribuía a darle oxígeno al comunismo.

Fruto de esta evolución nació el Frente de Acción Popular o, como en 1964 dijeron sus adversarios se habría llamado, Frente Revolucionario de Acción Popular (FRAP), el que terminaría por ser un potente polo de la política chilena hasta 1973 e incluso más allá de esta fecha. Los comunistas proporcionarían la organización, la disciplina, la seguridad estratégica y la serenidad, junto a un propósito inconmovible de encaminarse hacia un futuro socialista, tal cual este relucía en la Unión Soviética y en otros países que, siempre de acuerdo a la doctrina, se denominaban "socialistas". Es cierto que, mucho más que el socialismo, los comunistas insistieron en la flexibilidad táctica y en respetar las condiciones de la política chilena. Es como si ellos hubiesen inventado la famosa expresión del líder de la revuelta estudiantil de 1967 en Alemania Federal, Rudi Dutschke, "la larga marcha por las instituciones".[32]

De los partidos comunistas que operaban en el mundo en un sistema de sociedad abierta, el chileno fue quizás el que más se acercó a este ideal. En el caso italiano hay una clara evolución hacia la satisfacción en un reparto de funciones públicas, al menos desde la década de 1960.[33] En el caso del Partido Comunista de Francia, además de su posición relativamente conservadora en 1968, existía una suerte de resignación por desenvolverse en un país en el cual ya no había realmente una posibilidad de un cambio estratégico ni menos de una revolución. En Chile, la alianza con los socialistas terminaría por tener un aspecto personal, la relación particular entre el Partido Comunista y Salvador Allende. Sería su candidato favorito en cuatro elecciones presidenciales. Esto no quiere decir que Allende fuera el candidato enquistado por los comunistas. Lo apoyaban porque tenían confianza en él y porque era una forma de crecer, ya que los comunistas no tenían posibilidad de lograr un triunfo electoral con un candidato propio. Si en 1952 a Allende se le ofreció la candidatura, en las elecciones de 1958, 1964 y 1970 Allende debió ganarse primero el apoyo del

---

[32] Jeremi Suri, *Power and Protest: Global Revolution and the Rise of Détente* (Cambridge, Massachusetts y Londres: Harvard University Press, 2005), p. 180.

[33] Chiara Sebastiani, "From Professional Revolutionaries to Party Functionaries: Leadership Structure and Party Models in the Italian Communist Party", *International Political Science Review / Revue Internationale de science politique,* Vol. 4, No. 1, pp. 115-126.

Partido Socialista, algo que no era tan sencillo y que se revelaría sumamente frágil en 1970, para posteriormente ser ungido por los comunistas.

Aunque a veces preocupados por algunas tendencias "burguesas" de Salvador Allende —ya sea en sus gustos personales, o después por su admiración a la extrema izquierda guevarista— era indudable que en la mayoría de los aspectos los comunistas se sentían muy cómodos con las ideas y con la línea política de Allende, y cada vez más a medida que se aproximaba 1970. La única discordancia que se puede registrar en todo este período son las críticas escuetas y con mucho de ser frases "de rigor" a las intervenciones soviéticas en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968.[34] Fueron dos momentos duros para el Partido Comunista, que las apoyó sin mostrar fisura con el discurso soviético, y resistió las críticas con estoicismo, alimentado por la fe inquebrantable del carbonero.

Desde las primeras elecciones parlamentarias en que participó nuevamente en la vida política, las de marzo de 1961, el Partido Comunista demostró una fuerza importante e intocada. Hay que tener en cuenta que no solo la organización del Partido Comunista había perdurado más o menos incólume, sino que como partido de militantes profesionales que expresaban una ardiente creencia en sus finalidades e ideales, era capaz de movilizar con gran efecto a su gente, una militancia que hacia 1970 alcanzaba las 100 mil personas. Por sí mismo, el partido constituía una importante "empresa" que movía recursos considerables ganados en lo principal de sus propias actividades y aportes de los militantes. Claramente, esto lo ponía dentro de una categoría muy diferente al resto de los partidos, incluso diferente en algún grado al Partido Socialista, que dependía más de caciques. Todo esto era puesto al servicio de una paciente espera de un cambio radical, aunque aprovechando los

[34] La declaración pública del FRAP respecto de las crisis del Canal de Suez y Hungría, que ocurrieron simultáneamente, es sintomática de la ambigüedad con que los socialistas evaluaron las representaciones más flagrantes del imperialismo soviético debido a su alianza con el Partido Comunista. La declaración del FRAP, al mismo tiempo que condenaba "la brutal agresión de que ha sido víctima el pueblo de Egipto por parte de las fuerzas armadas de Francia y Gran Bretaña", omitía toda mención a la Unión Soviética en su evaluación de los sucesos de Hungría y se limitaba a expresar "su confianza en que la madurez de la clase trabajadora de estos países haga posible la estructuración de gobiernos democráticos y nacionales capaces de construir el socialismo sobre la base de la libertad, la defensa de su soberanía y la permanente vigilancia ante las maniobras reaccionarias". *Última Hora*, 6 de noviembre de 1956. En su intervención en el Senado condenando la entrada a Checoslovaquia de las tropas del Pacto de Varsovia, Salvador Allende dedicó más tiempo a hablar del imperialismo norteamericano, su ejercicio en América Latina y Europa y un supuesto resurgimiento "nazista" en Alemania Occidental, que de la situación específica de Checoslovaquia. *Diario de Sesiones del Senado*, 21 de agosto de 1968.

instrumentos que ofrecía el sistema institucional chileno. Las cuatro candidaturas de Salvador Allende a la Presidencia de la República constituyen el epítome de esta estrategia de la espera, incrementada por un trabajo constante, de tenacidad extraña en otras agrupaciones políticas en la historia del Chile del siglo XX. Es la "ardiente paciencia" a que se refiere Neruda, citando a Rimbaud, en su discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura de 1971.[35]

El estilo de los comunistas, que reúne táctica y estrategia, está muy bien resumido en una intervención en la campaña presidencial de 1964 de su secretario general por varias décadas, Luis Corvalán Lépez. Como en el discurso de muchos partidos comunistas europeos y latinoamericanos al momento de hablar de finalidades, los comunistas chilenos se identificaban con una especie de ideología humanista con tintes de la idea del progreso: "No tenemos otro norte que la felicidad de nuestro pueblo. Queremos la justicia social, el bienestar de los chilenos, la educación y la cultura para todos. (…) (Queremos un estado de cosas) dentro del cual la libertad no sea el privilegio de unos pocos, sino patrimonio de la mayoría, y donde se respeten verdaderamente los derechos individuales y se consagren en la Constitución y en las leyes los derechos sociales".[36] En la primera parte se trata de un discurso que podría ser compartido por un centro y por una izquierda no marxista; después se desliza hacia una pretensión que —salvo en experiencias populistas latinoamericanas— solo se ha cumplido en sistemas en los cuales ya no es posible plantear un debate abierto. La afirmación de que "los partidos y las fuerzas populares no abrigan afanes de revancha ni el propósito de convertir a los ricos en pobres" es una clara propuesta que quiere restar odiosidad a la idea de lucha de clases. Incluso añade que al latifundista expropiado se le dejará una parte de su propiedad para que pueda subsistir. Más todavía, en una idea que era bastante compartida por algunos sectores de izquierda, se expresaba una visión positiva acerca de la evolución política del siglo XIX, casi la misma interpretación "excepcionalista" de Chile que se ha analizado en el capítulo primero:

> A lo largo de toda su historia, partiendo incluso de la época colonial, nuestra nacionalidad ha creado un apreciable acervo de bienes materiales y culturales que son fruto del esfuerzo de generaciones y generaciones de chilenos. No se trata de destruir esto. Se trata de modificar, de cambiar, de reemplazar lo viejo, lo caduco; de destruir solo

[35] Pablo Neruda, "Discurso de Estocolmo pronunciado con ocasión de la entrega del Premio Nobel de Literatura", *Anales de la Universidad de Chile*, enero-diciembre de 1971, números 157 a 160, p. 37.

[36] *Diario de Sesiones del Senado*, 4 de agosto de 1964.

> las trabas que entorpecen un mayor progreso y una mayor creación, que alzan un muro en el camino de Chile para convertirse en un país moderno.[37]

Cita a figuras del panteón de izquierda pero que al mismo tiempo son asumidas en el siglo XX por una totalidad del país: Lautaro, caudillo mapuche en la resistencia contra el conquistador y fundador Pedro de Valdivia; Balmaceda; Andrés Bello, en muchos sentidos un conservador liberal; José Victorino Lastarria; Francisco Bilbao. Cierto que pone en la lista a Luis Emilio Recabarren con quien se acaba el consenso, pero después de Lautaro pone la referencia obligada a Bernardo O'Higgins. Insiste en una verdad evidente del comunismo chileno: que es patriota y partidario del internacionalismo proletario como dos formas complementarias de ser. Luego efectúa un panegírico de la Unión Soviética y, en medida mucho menor, de Cuba. Su modelo explícito es el Partido Comunista de la Unión Soviética: "Este es el más atacado por la reacción internacional y el más admirado por los trabajadores conscientes, en virtud de que fue el que abrió la era del socialismo; salvó al mundo del nazismo; es hoy el primero en echar las bases de la sociedad comunista, y ha hecho de su país el principal baluarte de la paz y la defensa de las naciones atacadas o amenazadas por la agresión imperialista". Añade que sus finalidades son humanistas y que los medios para alcanzarlas también lo serán. La razón fundamental no es solo favorecer a la clase trabajadora, sino que iniciar una "transición al socialismo":

> Salvador Allende ha dicho con razón que su gobierno será de transición al socialismo, a un régimen superior, dentro del cual la propiedad privada sobre los medios de producción tendrá modificaciones. Estamos convencidos de que esto será necesario, porque la historia no se detiene ni las sociedades permanecen estáticas, y el mundo entero marcha hacia el socialismo. Mas, los comunistas no auspiciaremos en este sentido ninguna medida precipitada.[38]

El contexto del discurso fue la campaña publicitaria que favorecía a Eduardo Frei, manejada por organizaciones anticomunistas con un fuerte respaldo financiero y quizás operativo del gobierno norteamericano. En 1964 esta campaña en las apariencias tuvo un éxito que no lograría en 1970. El Partido Comunista y las posiciones marxistas en general se vieron puestas a la defensiva en el tema de la Unión Soviética y Cuba, los grandes paradigmas del comunismo y del socialismo, respectivamente.

La voluntad reformista a duras penas esconde una estrategia revolucionaria y tiene un matiz diferente a 1958 o a 1970. Pero, con todo, es posible que estas palabras

---

[37] *Diario de Sesiones del Senado*, 4 de agosto de 1964.

[38] *Diario de Sesiones del Senado*, 4 de agosto de 1964.

resuman el tipo de persuasión que se escuchaba de parte de la izquierda en el Chile de los 15 años antes del triunfo electoral de la Unidad Popular. Lo que emerge con más fuerza, aparte de la reivindicación de las demandas de obreros, campesinos y empleados, es la fe inconmovible en la marcha hacia el socialismo. En la izquierda esta no era una frase hecha, sino que expresaba la misma convicción y certidumbre con la que un físico explicaría las leyes de la termodinámica. Este último punto es fundamental para comprender el poder que alcanzó la izquierda marxista en Chile. Movimientos obreros y gremiales que establecen una constante pugna social han existido en muchos países que tenían un desarrollo similar al de Chile, o que habían transitado de aquel proceso al cual tanto se ha apelado del salto del subdesarrollo al desarrollo. Lo que caracterizó a Chile fue que estaba acompañado y en parte dirigido por fuerzas políticas muy organizadas y arraigadas.



## Capítulo IV

# Un paso adelante, un paso atrás, 1958-1965

### Sorpresa del FRAP: elecciones presidenciales de 1958

Se suponía que, dada la férrea unión de liberales y conservadores aunada a un sentimiento de rechazo de la administración de Carlos Ibáñez, la candidatura de Jorge Alessandri debía tener una sólida ventaja en las elecciones presidenciales de 1958. A pesar de la definitiva abolición del cohecho tradicional por la reforma electoral de ese mismo año, una buena organización y el lucimiento que logró el candidato, añadidos al aura de ser hijo del León, lo debían ayudar en ese triunfo.[1] En efecto, Jorge Alessandri fue elegido Presidente de la República el 4 de septiembre de 1958, convirtiéndose en el cuarto caso de un hijo de Mandatario que llega a la primera magistratura en la historia republicana de Chile, y es el quinto si incluimos en la lista a los dos O'Higgins, Ambrosio y Bernardo. Y no sería el último. La historia continúa.

Si se cree en la intervención del azar en los hechos históricos, hay que añadir que esto estuvo a punto de ser desbaratado. Jorge Alessandri triunfó con el 31,2% de los votos contra el 28,5% de Salvador Allende.[2] La algarabía en la derecha y en otros sectores por la derrota de la izquierda marxista apenas podía disfrazar el hecho de que esta había obtenido un marcado avance para transformarse en una fuerza que aspiraba a representar, al menos, una mayoría electoral en el país. En este sentido, fue un hito bastante extraordinario. Hubo más en estas elecciones. Fue la aparición de una fuerte Democracia Cristiana con su abanderado, y hasta cierto punto su caudillo,

[1] La importancia del cohecho ha sido relativizada por Samuel Valenzuela, en el sentido de que se trataba de un votante que tenía ciertas inclinaciones y que esperaba recibir una gratificación por eso. J. Samuel Valenzuela, "La ley electoral de 1890 y la democratización del régimen político chileno", *Estudios Públicos*, 71, invierno 1998, pp. 265-296.

[2] Ricardo Cruz-Coke, *Historia electoral de Chile, 1925-1973* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1984), p. 108.

Eduardo Frei Montalva, quien alcanzó el 20% de los votos. Con un cuerpo electoral estable, una suerte de piso para el futuro, comenzaba a delinearse con fuerza un nuevo centro político que en el curso de los 10 años siguientes desplazaría al Partido Radical. Sería el segundo terremoto del día. El tercero fue un terremoto de verdad, un sismo que alrededor de las 18 horas hizo huir a los electores y a los encargados de las mesas de los locales de votación, lo que fue el comentario del momento.

Más que las elecciones de 1964, aquí existe una suerte de punto de no retorno para la instalación del marxismo como una fuerza que identificaba a un polo de la política chilena, que se empinaría por sobre el 30% y el 40% de los votos en los 15 años que seguirían. Se trataba de dos partidos que confesaban una voluntad de un cambio revolucionario hacia una sociedad socialista, que encontraban sus modelos en realidades muy diferentes a la chilena, aunque todas viviendo la experiencia de la política mundial. La expresión de un lenguaje altamente codificado no es de suyo una revelación acerca de lo que se efectuará, pero posee un impacto indudable en la cultura política de una nación. Por una parte, es un compromiso con sus propios seguidores, una votación en principio movilizada en un grado mucho mayor al de todas las otras formas políticas que existían en el país. En segundo lugar, en el siglo de la crisis ideológica mundial y de la Guerra Fría esto era un mensaje mayúsculo para quienes con buenos y malos motivos temían a estas fórmulas.

El programa político de los partidos Comunista y Socialista no tenía un reflejo tan directo en la campaña electoral de Salvador Allende. Este programa, aparte de tener una tonalidad antiimperialista, que podría identificar a un vasto espectro del nacionalismo de izquierda en América Latina, ponía el acento en cambios económicos que sin duda provocarían una alteración mayor de la sociedad y de la economía chilena. No alcanzaban sin embargo, a delinear claramente una intención marxista, aunque comunistas y socialistas sí la tenían. Se planteaba con una actitud que podríamos clasificar de reforma radical, algo parecida quizás a la izquierda del peronismo o al João Goulart de 1964 en Brasil. La campaña electoral no alcanzó a crear un ambiente polarizado de marxismo-antimarxismo, tal como este se planteó en 1970 y sobre todo en 1964.

Fundamentalmente, le demostró a la misma izquierda las ventajas de la unidad, la que en líneas generales permanecería inamovible hasta 1973. Comunistas y socialistas entendieron que solo tenían fuerza para plantearse como un polo, quizás como uno de los dos polos del país, si es que permanecían en una alianza que poseía más comodidades que incomodidades. Confirmó a los socialistas que mantenerse en un programa radical y de no colaboración con fuerzas de centro, ya fuera por "reformistas" o por "pequeño-burguesas", les garantizaba la limpieza de su proyecto

de ser los portavoces de la clase trabajadora y de los campesinos. En efecto, otra de las sorpresas de la elección fue que la candidatura de izquierda penetró claramente en algunos sectores campesinos, que hasta esos momentos habían sido coto de caza de la derecha.[3] Esto se refiere en especial a lo que se ha considerado el valle central de Chile como una de las fuentes históricas de la nacionalidad chilena. Era, además, un clarinazo de que el tema agrario pasaría a tener un impacto real en la política chilena y un incalculable impacto simbólico.

Aunque no estaba del todo claro en ese entonces, la elección de 1958 consagró a Salvador Allende como líder natural de la izquierda, y casi era forzoso que debido a su estrecha derrota debía ser nuevamente el candidato en 1964. Lo mismo sucedió con Eduardo Frei en la Democracia Cristiana y con su sorprendente quinta parte del electorado, que hacía de su sector un actor relevante en la política chilena. El tema, sin embargo, era Allende, porque la campaña de 1958, que por lo dura recordaba la de veinte años antes en que Pedro Aguirre Cerda derrotó a Gustavo Ross por un puñado de votos, había testimoniado la capacidad de este tipo de actos para atraer una atención y tensión más concentrada de la población. Esto mismo hizo de Salvador Allende un personaje central, en cierta medida contraparte de Jorge Alessandri y, en ese momento, más relevante que Eduardo Frei.

La campaña de 1958 proyectó a Salvador Allende como un nombre que resonaba a lo largo del país. Ya no era un candidato marginal, como lo había sido en 1952. Era creíble, al menos siguiendo las cifras, que pudiera ser Presidente de Chile. Para los partidos que representaba, su elevación a inquilino de La Moneda no sería un cambio dentro del sistema, sino que un punto de inflexión de grandes consecuencias. Qué tan grandes podían ser estas consecuencias, eso se discutía mucho. Y si serían positivas o negativas era también otra cara de la misma discusión que, con algunos vaivenes, se iría apoderando del alma del país, cada vez con mayor intensidad hasta el 11 de septiembre de 1973.

Cuán natural era el liderazgo de Allende es una cuestión debatible. El Partido Socialista y, especialmente, el Partido Comunista representaban estructuras sólidas. En primer lugar, Allende les proporcionó la calidez y materialidad de una figura. Desde 1958 en adelante, Salvador Allende llegó a ser más que su partido y quizás más que la misma izquierda marxista. Comenzó a crear lo que se llamó con alguna justicia "pueblo allendista", un sentimiento difuso pero que hacía que

[3] Tomás Moulian, *La forja de ilusiones: el sistema de partidos, 1932-1973* (Santiago: Universidad Arcis, FLACSO, 1993), p. 169, 174-175.

un electorado que no era militante, que era fiel a los partidos marxistas, vinculara su voto con la figura de Allende como encarnación de una voluntad de cambio contundente, que transformaría el panorama social y económico de los chilenos. En segundo lugar, aunque hubo dudas ocasionales, entre 1952 y 1973 fue el único político de izquierda al cual el disciplinado Partido Comunista podía tranquilamente apoyar casi sin condiciones.

En los comunistas era muy importante la experiencia traumática de haber convertido a Gabriel González Videla en un héroe popular, para que después este se hubiera transformado en el principal actor del anticomunismo en Chile a mediados de siglo.[4] Estaban demasiado seguros de que con Salvador Allende ello no ocurriría. Para esto existían varias razones, aunque quizás la principal es que esta realidad, y aquí está el tercer punto, convertía a Allende en una fuerza importante dentro del mismo Partido Socialista que tenía una rica historia de fracciones y divisiones. Así, Allende se convertiría en el garante de la unidad de acción entre socialistas y comunistas, y casi siempre tendía a compartir la visión de estos últimos. Lo expresaba también en un lenguaje que tenía más alcance, más llegada a una masa de la población que podría tener una sensibilidad inclinada a la izquierda, pero que no se entusiasmaba con visiones ideológicas complejas y hasta áridas. Por último, como ya se dijo, en torno a Allende se formó lo que se denominó un "pueblo allendista" centrado en muchas bases del Partido Socialista, y que exigía que solo él los podía representar. Cuando quedaba en minoría en el aparato dirigente del partido, pletórico de líderes que pugnaban los unos con los otros, recurrir a estas bases era una fuente de poder personal. En 1969 esto inclinó la balanza para que fuera el candidato de la Unidad Popular.[5]

---

[4] Al menos esta era la forma como los comunistas presentaban la ruptura con el Presidente. Como se ha visto y se verá, existe un problema inherente a la participación de partidos antisistema en un gobierno cuyo fin estratégico no es cambiar el sistema. Andrew Barnard, "Chilean Communists, Radical Presidents and Chilean Relations with the United States, 1940-1947," *Journal of Latin American Studies*, Vol. 13, No. 2 (Nov. 1981), pp. 347-374; Carlos Huneeus, *La guerra fría chilena: Gabriel González Videla y la Ley Maldita* (Santiago: Random House Mondadori, 2009).

[5] Eduardo Labarca, *Chile al Rojo: reportaje a una revolución que nace* (Santiago: Horizonte, 1971), pp. 187-198; Marcelo Casals, *El alba de una revolución: la izquierda y el proceso de construcción estratégica de la "vía chilena al socialismo" 1956-1970* (Santiago: LOM, 2010), p. 254.

## El impacto que llegó de La Habana

Una circunstancia externa vino a reforzar la unidad socialista y comunista, aunque la llenaría también de una nueva tensión. El triunfo de la Revolución Cubana y de su líder, Fidel Castro, el 1 de enero de 1959 tuvo una influencia difícil de exagerar en el curso de la siguiente historia de la izquierda chilena. Aplaudida desde un comienzo, cuando a los pocos meses comenzó a adquirir una característica de "antiimperialismo", provocó una oleada de entusiasmo en muchos sectores de América Latina. En Chile esto fue claro desde un primer momento. El nacionalismo antinorteamericano había sido también una característica casi unánime de la izquierda y la misma caída de Fulgencio Batista en La Habana había sido saludada por todos, al menos desde los labios hacia afuera. Muy luego, sin embargo, parte de sus políticas internas, en particular las numerosas ejecuciones sumarias y públicas, fueron dividiendo las aguas y sería una referencia esencial en la polaridad política en Chile en toda la década de 1960, y terminaría siendo un distintivo de la polarización enardecida en los años de la Unidad Popular.[6]

Los comunistas siguieron las aguas del comunismo cubano. Este no había sido el motor de la revolución; se había sumado a ella en el curso del año 1958, y a medida que el régimen de Castro se fue radicalizando le proporcionó cuadros relativamente competentes para la administración del nuevo Estado. La unificación del Movimiento 26 de Julio con el Partido Comunista tenía una fuerte analogía para su contraparte chilena. Fue también el principal incentivo que tuvo el líder comunista soviético Nikita Khruschev, quien pasó a apoyar decididamente el proyecto marxista en Cuba. Esto le trajo un gran rédito internacional, al vincular un aparato ya convertido en *establishment* con una revolución joven y llena de ardor, que además había provocado curiosidad y admiración en sectores que iban mucho más allá del marxismo.[7]

Desde el período de los Frentes Populares esta proyección había sido un sueño acariciado por el comunismo orientado desde Moscú. Le servía también para su creciente rivalidad con China. La Unión Soviética podía demostrar que la "coexistencia pacífica", una de sus consignas internacionales, sería coherente

[6] Joaquín Fermandois, "Chile y la cuestión cubana, 1959-1964", *Historia*, 17, 1982, pp. 113-200; Tomas Wright, *Latin America in the Era of the Cuban Revolution* (Westport, Connecticut: Praeger, 2001).

[7] Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times* (Cambridge, Gran Bretaña y New York: Cambridge University Press, 2007), pp. 170-180; Vladislav Zubok, *A Failed Empire: The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev* (Chapel Hill, North Carolina: The University of North Carolina Press, 2007), pp. 182-183.

con la solidaridad con los "movimientos de liberación nacional", es decir, las revoluciones en el Tercer Mundo. El caso cubano parecía confirmar con plenitud esta perspectiva, que además tuvo un efecto tonificador al interior de los países del bloque soviético. Esta situación significó más que un bochorno para Estados Unidos, que en términos políticos se vio obligado a reformular su política hacia el continente. Esto comenzó en la última fase de Dwight Eisenhower, pero alcanzó el nivel de una estrategia central para Washington con la Alianza para el Progreso diseñada por la administración Kennedy.

Ello naturalmente tuvo un precio para la Unión Soviética, lo que tenemos mucho más claro después de la caída del Muro de Berlín: debió subsidiar por treinta años a una economía que nunca alcanzó algún grado de autosuficiencia siquiera comparable al de países comunistas crónicamente débiles, como Polonia, Hungría o hasta la misma República Democrática Alemana. En el balance, la alianza y la generosidad con la Revolución Cubana rindieron enormes beneficios políticos a Moscú. Quizás lo más propio del régimen soviético era que constituía en sí mismo un proyecto político. Eran su idea y finalmente su legitimidad los que representaban el futuro de la humanidad. Al vincularse a una revolución joven parecía adquirir nuevas energías y capacidad de proyección. En las décadas de 1960 y 1970, el régimen soviético era un Estado temible en lo político y en lo militar, pero ya no era lo mismo como fuente de ideas y de emociones. No influía mayormente en los debates culturales e intelectuales del mundo occidental y de lo que se llamaba Tercer Mundo. Claro está que, en términos económicos, la experiencia de subsidiar a Cuba no se iba a poder repetir indefinidamente en cada nuevo escenario revolucionario. Los chilenos no sospechaban este pequeño gran problema.

Sin embargo, este mismo dilema era captado por la izquierda chilena e interpretado según su cara más optimista. Una unión férrea de las fuerzas que genuinamente estaban por un cambio radical era lo que podía producir una transformación socialista en Chile; y los países socialistas vendrían en ayuda de este proceso de cambio. Esta ayuda sería desinteresada y se la consideraba parte de una lógica de la realidad mundial. Era aquella consigna de "solidaridad" que tanta importancia ha tenido en los movimientos sociales en general y en el marxismo en particular. ¿Qué significaba en el caso chileno? Que existía un polo positivo en el mundo, benéfico, y que orientarse hacia él era completamente coherente con los intereses de Chile, en la medida en que los sectores "explotados" pusieran en marcha un proyecto de liberación. Los ejemplos de la Revolución Rusa y la Unión Soviética eran en este sentido ineludibles, incluso para un socialista como Aniceto Rodríguez Arenas:

> (En la Unión Soviética) tenemos a un país convertido en una de las dos más grandes naciones del orbe, que busca realmente la paz y la coexistencia. Este es un problema que se comprende en el campo europeo, pero que, seguramente trasladado a América Latina, para muchos resulta incomprensible, en particular por la inexperiencia de una guerra y, sobre todo, cuando tenemos al frente, a los costados y por detrás, por todos lados, el acosamiento de una fuerza imperialista agresiva, tenaz y despiadada que apoya a gobiernos "gorilas", castrenses; que levanta infamias y calumnias contra los hombres del movimiento popular y que arma mercenarios para liquidar lo más valioso de un pueblo, alzado en guerrillas andinas, como el caso del cura Camilo Torres, pero que, pese a todo, es un ídolo con pies de barro. La experiencia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas ha demostrado la fragilidad del imperialismo (…) Por eso, al rendir homenaje a la revolución de 1917, renovamos nuestra fe, nuestra gran esperanza en la victoria revolucionaria de nuestro pueblo, para tener un segundo fanal en América Latina.[8]

De esta manera, la transformación interna que propugnaban las fuerzas marxistas en Chile era al mismo tiempo un realineamiento internacional, aunque no necesariamente en su sentido estratégico y militar. Sí lo era en su aspecto de vinculaciones económicas internacionales y de modelos a los cuales emular.

El comunismo criollo seguiría fijo en su orientación hacia el modelo soviético hasta fines de la década de 1980. Se sumó a la defensa del sistema castrista, y estableció relaciones cercanas con el régimen. Hasta 1970, sin embargo, mantuvo alguna ligera desconfianza hacia La Habana, porque el apoyo incondicional de Castro a la revolución armada y la presencia fulgurante del "Che" Guevara como el gran santo revolucionario en la década, creaban un problema de credibilidad a la estrategia comunista de cambio graduado e institucional. Esto se vio en referencias críticas algo herméticas a las "aventuras pequeño-burguesas" con las que generalmente se designaban algunos movimientos guerrilleros, ya fuera rurales o urbanos, que no obedecían a los patrones de los respectivos partidos comunistas en los países latinoamericanos.[9] Hubo excepciones, como en Venezuela y Perú a comienzos de los años 1960, donde los comunistas desarrollaron una estrategia armada, aunque en este último caso esto fue producto de una perspectiva maoísta en el comunismo peruano. La actividad guerrillera sistemática había sido una experiencia que despertaba escepticismo en el comunismo que seguía la orientación de Moscú y en particular en el caso chileno; en cambio, fue la esencia de la estrategia del comunismo chino

[8] Aniceto Rodríguez, "Homenaje a la revolución de octubre", *Arauco*, 82, noviembre 1966, pp. 52-53.

[9] Algo de esto se puede apreciar en Jorge Texier, "El Partido Comunista y el proceso revolucionario", *Principios*, 120, julio-agosto 1967, pp. 47-53.

y del indochino. La lucha armada ingresaba de otra manera en la mentalidad de los partidos comunistas, en general asociada a la fase terminal del "Estado burgués", y no como un medio estratégico en este período de la lucha. Se seguía el ejemplo bolchevique de 1917, o lo que se creía había sido, como un último colofón ante un sistema que titubeaba.

El Partido Socialista era diferente. Aunque la orientación hacia una postura antisistema con énfasis en una transformación socialista revolucionaria venía de mediados de la década de 1950, según se ha visto, hubo un antes y un después de la Revolución Cubana. Desde la partida existió entusiasmo genuino con los guerrilleros que habían logrado derribar a un régimen opresivo y corrupto, admiración que en los primeros meses era casi unánime en América Latina y en Chile.

Los socialistas no solo se identificaron con énfasis y orgullo con el tipo de realidad política y social que iba emergiendo en Cuba —esto también era compartido por los comunistas—, sino que también llegaron a expresar una total adhesión al método de obtener el poder, el camino de las armas, y al cambio verdaderamente revolucionario que definía el camino del auténtico revolucionario, que no era el que vacilaba y prefería el tan detestado "reformismo". Distanciarse de este último era la prueba ideológica en el socialismo chileno, tal como lo había sido en el comunismo bajo Lenin, Trotsky y Stalin.[10]

Salvador Allende y los otros líderes socialistas establecieron vinculaciones directas con Cuba desde el mismo 1959.[11] El primero sería una visita frecuente en La Habana y se ganó la confianza de Fidel Castro. A todas luces, a este nunca le gustó el sistema político chileno y desconfiaba del camino de las fuerzas marxistas en Chile, pero reconoció su realidad especial. No sin contradicciones y un poco contra su íntimo deseo, en general apoyó el camino de la unidad socialista y comunista hasta 1973. La Habana pasaría a ser una fuente de autoridad indiscutible para el socialismo chileno, tal como Moscú lo era para los comunistas. E incluso más, ya que Moscú se preocupaba de las líneas ideológicas generales e incluso de la estrategia concreta del Partido Comunista de Chile, para que en lo posible favoreciera su posición mundial o al menos no interfiriera en ella. En cambio, la Revolución Cubana como un fenómeno latinoamericano palpitaba mucho más cerca de la realidad chilena; provocaba una

[10] Alejandro Chelén, "Flujos y reflujos del socialismo chileno", *Arauco*, 15, enero-febrero 1961; Carlos Altamirano, "Las contradicciones del gobierno de Frei", *Arauco*, 59, diciembre 1964; "El FRAP y las prácticas parlamentarias", *Arauco*, 77, junio 1966.

[11] "Allende habla con Debray", *Punto Final*, 16 de marzo de 1971, pp. 32-33.

curiosidad quizás mayor que la Unión Soviética y poseía una voluntad de injerencia y un desembozo que los soviéticos no mostraban hacia el continente.

Fue decisiva para enfocar a los socialistas a un modelo que no podía aspirar a nada menos que a repetir la experiencia cubana y el sistema que allí se había desarrollado. Primero esto se dirigió a los fines estratégicos, la "construcción del socialismo". Al mismo tiempo, comenzó a desarrollarse dentro de la izquierda marxista en Chile una manera de sentir las cosas que se orientaba a imitar el método de acceso al poder de los cubanos, es decir, la "vía armada". Esto se expresó en pequeños grupúsculos que intentaron efectuar algunos actos de violencia sin mayores consecuencias por el momento. Simultáneamente se fue desarrollando, en especial en el Partido Socialista, una actitud discursiva que planteaba que si en Chile se cerraba el camino electoral, la vía armada se convertiría en inevitable. Al comienzo no quedaba claro si esto se refería a una reacción ante un presunto golpe de estado de orientación antimarxista o, lo que fue haciéndose más fuerte a medida que transcurría la década, a que si no había triunfo en elecciones la vía armada era legítima y necesaria.[12]

Como para los comunistas la estrategia política se basaba en la unión indisoluble con los socialistas, ya que de otra manera se hacía imposible un triunfo electoral, este nuevo impulso también hipotecó la estrategia comunista. Tener la meta más o menos próxima en el modelo cubano afectó a los comunistas, en cuanto que se haría imposible que con los años pudiese desarrollar lo que después se llamó "eurocomunismo", es decir, una adaptación gradual a ser una fuerza más de una sociedad abierta. Esto se plantea aquí no porque hayan existido muchos indicios de que esta evolución se estaría efectuando en Chile, sino porque ha sido una opinión sostenida en esencia después de la caída del Muro.[13] En todo caso la unión entre socialistas y comunistas hacía que lo más notorio fuera el fortalecimiento de una retórica que seguía las inspiraciones de la Cuba de Castro.

Salvador Allende nunca dejaría de insistir en que él no era partidario de la vía armada en Chile, sino que respondía a tendencias históricas propias de la realidad nacional. Tampoco escondió demasiado que al modelo final al que debía llegarse era el de los entonces llamados "países socialistas", vale decir, de los sistemas marxistas.

---

[12] Genaro Arriagada, *De la vía chilena a la vía insurreccional* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1974), pp. 70-76; Ignacio Walker, *Del populismo al leninismo y la "inevitabilidad del conflicto": el Partido Socialista de Chile (1933-1973)* (Santiago: CIEPLAN, 1986), pp. 49-84; Casals, *El alba de una revolución*, pp. 175-182.

[13] Hacia 1990, Carlos Altamirano aventuraba una tesis similar a esta. Patricia Politzer, *Altamirano* (Santiago: Ediciones B, 1990), p. 179.

También fue un admirador tenaz y sin condiciones de Castro, de Guevara y de la experiencia cubana en su totalidad. Como se dice en otra parte, jamás marcó diferencia alguna que no fuera en aquella de la forma de alcanzar el socialismo. Sobre todo tenía una admiración por el aspecto de epopeya del socialismo cubano y de la figura de los guerrilleros. En esto no se distinguía en absoluto de los demás dirigentes socialistas, lo que también era compartido en general por la izquierda chilena, aunque comunistas y otros insistieran más en que el método de llegar al poder fuera distinto. Con todo, Allende y algunos otros de su talante respiraban en medio de un ambiente político en el cual la admiración por Cuba y por el método revolucionario se fue expandiendo hasta alcanzar un fervor casi unánime.

Por último, desde un primer momento la atracción por el modelo cubano llevó no solo a *fellow travellers* chilenos a viajar y peregrinar continuamente a La Habana. Llegaron asimismo a la isla profesionales que eran admiradores rendidos de la Revolución Cubana. Algunos de ellos jugarían un papel de alguna importancia en el gobierno de la Unidad Popular. Desde comienzos de los sesenta, algunos socialistas chilenos comenzaron a recibir entrenamiento militar con la idea de estar preparados para "todas las formas de lucha".[14] Primero fue uno, después un puñado y más adelante unos pocos más. Dado que no hubo país latinoamericano que entre 1960 y mediados de la década siguiente no tuviera algún tipo de movimiento de guerrilla rural o urbana —quizás Costa Rica es la única excepción—, esto constituía una señal preñada de amenazas, aunque poco se sabía en ese entonces. Frente a esto resultaba casi una ironía que, salvo algunos desbordes iniciales propios de una diplomacia revolucionaria, las relaciones con el gobierno de Jorge Alessandri fueron impecables. Por otra parte, La Moneda por razones de principio y por táctica se opuso con claridad y prudencia a la exclusión de Cuba del sistema interamericano. Castro reservó sus andanadas para Eduardo Frei Montalva.[15]

## La crisis política de Alessandri

Si antes de 1958 existía alguna posibilidad de convergencia entre la izquierda y un centro donde emergía la Democracia Cristiana, después de 1959 esta pista se pulverizó. El partido de la Falange efectuó una oposición implacable al gobierno de Jorge Alessandri, rivalizando con la izquierda en las críticas. No había, sin embargo,

---

[14] Max Marambio, *Las armas de ayer* (Santiago: Random House Mondadori, 2008), pp. 15-50.

[15] Joaquín Fermandois, *Chile y el mundo 1970-1973. La política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985), p. 164.

posibilidad anímica de que pudieran establecer alguna relación entre sí o un cierto entendimiento parecido al que se desarrollaba en Italia en esos mismos años, modelo que tenía alguna relevancia para Chile y los chilenos. Más ironía, los democratacristianos, o algunos de ellos, habían acariciado la idea de que podrían contar con algún acercamiento con los socialistas quizás en la misma vena de la experiencia italiana. Para ello también cerraban las puertas a cualquier convergencia con la derecha o con el oscilante Partido Radical.

La común oposición a una administración de derecha no fue suficiente para crear la coalición de centroizquierda. Por lo demás, a diferencia de 1925 y de 1938, la votación alcanzada por la izquierda en las elecciones presidenciales de 1958 le abrió la perspectiva nada imposible de alcanzar la presidencia en una contienda electoral, sin necesidad de apoyar a un candidato que no estuviera plenamente identificado con la izquierda marxista.[16] Operaba también en los comunistas el recuerdo de Gabriel González Videla, que de ser su abanderado se transformó en su más enardecido perseguidor (los comunistas también habían puesto en aprietos a Gabito). Todavía le era imposible a la izquierda aliarse al Partido Radical, el que además estaba en tránsito de conformar una alianza de centroderecha. Apoyar a la Democracia Cristiana hubiera sido favorecer a un fuerte competidor en el favor de las masas.

Estaba, por último, un factor preponderante para comprender a una izquierda marxista en general en todo el mundo. Si existía un dogma inconmovible —y era más de uno— era que ellos representaban genuinamente a una gran mayoría del país, compuesta de trabajadores, campesinos, asalariados en general, y una baja clase media que iba a empobrecerse inexorablemente. El tiempo y el trabajo disciplinado de propaganda tendrían que terminar por atraerlos a su redil.[17] Este presupuesto seguía operando en los años de la Unidad Popular. Existían dudas en parte de la izquierda, no acerca de esta idea, sino de si sería posible alcanzar el poder por medios electorales. Esta pregunta fue ingresando cada vez más en la izquierda en la década de 1960. En general, los comunistas y Salvador Allende se aferraron de manera consistente a una estrategia electoral, aunque suponía un grado importante de movilización.

Otros desarrollos parecían avalar esta perspectiva. En primer lugar, el gobierno de Jorge Alessandri pasó desde la energía inicial hasta una actitud defensiva en los últimos tres años. La derecha perdió el tercio del Congreso en las elecciones parlamentarias de 1961, el inicio de un proceso vertiginoso que casi la hace desa-

[16] Julio Faúndez, *Izquierdas y democracia en Chile, 1932-1973* (Santiago: BAT, 1992; original en inglés, 1988), pp. 165-181.

[17] Carlos Altamirano, "La liberación mental de la clase media", *Arauco*, 6, abril 1960.

parecer en las siguientes parlamentarias de 1965. Tras ello había una sensación de que el programa económico se habría frustrado y, tema reiterado en los 25 años que preceden a 1973, que el país estaba estancado, aunque la autoridad presidencial de Jorge Alessandri ayudó a mantener a flote la dirección política del Gobierno. La participación del Partido Radical en una nueva combinación le dio un compás de espera a la estrategia política del Gobierno. En segundo lugar, las elecciones de 1961 mostraron la fuerza de la izquierda, en especial en Valparaíso, en donde fueron elegidos un senador comunista, Jaime Barros Pérez-Cotapos, y otro socialista, este último nada menos que Salvador Allende, a quien su partido había dado un puesto que no parecía muy promisorio. Esto fue un batatazo.[18] En general, el retroceso de la derecha fue lo más importante.

En tercer lugar, la polarización marxismo y antimarxismo —en la época se decía más bien comunismo y anticomunismo— se potenciaba no solo porque devenía en el gran tema al interior del país, sino porque además tenía una fuerza internacional que era mucho más potente a comienzos que a finales de la década de 1960. Esto consolidaba al FRAP como uno de los polos políticos del país y hacía de Chile un sujeto del debate internacional acerca del futuro de América Latina. En último término, sin embargo, el gran favorecido era la Democracia Cristiana que surgía con gran fuerza entre los nuevos votantes, dividía de manera marcada la votación no marxista y mostraba una intransigente oposición al gobierno de Alessandri, pensando no sin razón que de su fracaso surgiría la posibilidad para ella.

Los fenómenos de la crisis de la derecha y su posterior renacimiento, hechos muy comentados y sentidos en la época, han merecido poca atención de los historiadores, aunque se los nombra con insistencia en los análisis políticos acerca de la crisis en Chile.[19] Todavía menos se anota que al empequeñecimiento de liberales y conservadores, al Partido Radical le siguió desde las elecciones de 1969 a 1973 la misma crisis de desaparecimiento, y esta vez casi sin retorno. Estos tres casos deben de tomarse como parte de un mismo fenómeno mayor que afectó a los partidos tradicionales en Chile que venían del siglo XIX. En estas páginas no será claro que la transformación se produjo simplemente por una crisis de representación, por

[18] Osvaldo Puccio, *Un cuarto de siglo con Allende: recuerdos de su secretario privado* (Santiago: Emisión, 1985), pp. 104-115.

[19] Entre los trabajos que exploran algo más profundamente la suerte de la derecha en la segunda mitad de la década de 1960 están Moulian, *La forja de ilusiones*, pp. 109-122 y Sofía Correa Sutil, *Con las riendas del poder: la derecha chilena en el siglo XX* (Santiago: Sudamericana, 2004), pp. 259-270. Ninguno de ellos, sin embargo, pone el acento en la grave derrota de 1965.

traducir los intereses de una pequeña minoría. Más bien, una forma de hacer política fue estremecida por un pálpito de renovación y cambio profundo, que no quiso o no pudo identificarse o canalizarse a través de esas vías más tradicionales. Quizás en esto asoma una debilidad del talento para renovar instituciones y costumbres. En cambio, aparecía más llamativa la idea de efectuar una transformación total del sistema existente. Desde mediados de la década 1960 hasta comienzos de la década de 1980, esta idea *titánica* acerca del orden social imprimiría su sello en la vida política de Chile.[20]

## La Democracia Cristiana como primera fuerza

Mientras la izquierda marxista se había originado en una larga historia, la Democracia Cristiana era una creación muy reciente. Cierto, tenía raíces desde luego en la preocupación de una parte de los sectores conservadores —tradicionalistas o reformistas— de la Iglesia Católica desde fines del XIX.[21] La inquietud podría haberse canalizado en el Partido Conservador o en sectores de centroderecha, tal cual ocurrió en algunos países latinoamericanos y en especial en Europa Occidental. Su origen más directo proviene de una juventud conservadora que surgió a la política en la década de 1930 y que expresaba una ardiente conciencia moral de rechazo al "materialismo", lo que incluía al marxismo y al liberalismo, y hasta de una cierta fe milenarista en un cambio trascendental del ser humano y del país.

No se debe mirar como algo superficial o como una doctrina que se toma y se deja. Revelaba una conciencia ardiente acerca de la regeneración de la sociedad. Esto explica primero la escisión desde el Partido Conservador en 1938;[22] el fuerte ascenso bañado en un extraordinario entusiasmo entre 1957 y 1965; y las divisiones

---

[20] Eduardo Frei Montalva, "Todos son de izquierda" (agosto de 1971), en Oscar Pinochet de la Barra (selección y prólogo), *Eduardo Frei Montalva, 1911-1982. Obras escogidas, 1931-1982* (Santiago: Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, 1993), pp. 408-411; Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago: Universitaria, 1986), pp. 246-275; Alfredo Jocelyn-Holt, *El Chile perplejo: del avanzar sin transar al transar sin parar* (Santiago: Planeta/Ariel, 1998), pp. 89-131; Arturo Fontaine Aldunate, *Todos querían la revolución: Chile 1964-1973* (Santiago: Zig-Zag, 1999).

[21] Patricio Valdivieso, "'Cuestión social' y doctrina social de la Iglesia en Chile (1880-1920): ensayo histórico sobre el estado de la investigación", *Historia*, 32, 1999, pp. 553-573.

[22] María Teresa Covarrubias, *1938, la rebelión de los jóvenes: Partido Conservador y Falange Nacional* (Santiago: Aconcagua, 1987); Teresa Pereira, *El Partido Conservador, 1930-1965: ideas, figuras y actitudes* (Santiago: Fundación Mario Góngora, Editorial Vivaria, 1994), pp. 64-75.

producidas que buscaban una pureza no hallada en 1969, 1971 y 1973.[23] Estas dos últimas se sucedieron en agrupaciones ya separadas del cuerpo principal, pero que seguían buscando su esquivo orden perfecto.

Como es inevitable, esto era solamente una de las caras. Existió una práctica política, parlamentaria y a veces alguna experiencia gubernativa integrando algún gabinete entre 1938 y 1958. Tenían también muchos rasgos de la vida política chilena, de la negociación y de esa larga marcha por las instituciones en la que consiste todo crecimiento político, y la inmersión en la pequeña política, en la cual descollarían también Eduardo Frei y Bernardo Leighton Guzmán. Luego, a partir de 1958 con el sorpresivo 20% de Frei, esta falange montada sobre un ardor extraordinario llegaría al 42% de los votos en las elecciones parlamentarias de 1965, su punto máximo. No se trataba de una votación casual. Cerca de la mitad del país se alineó de buen grado tras su proyecto de renovación, en donde las expresiones de normalidad y las de búsqueda transformadora se alternaban de manera discontinua. Porque aquí hay un problema, y es que en un partido que en lo básico era un actor más de una sociedad abierta, es decir, era un típico partido democrático que ascendía como fuerza nueva, se escondía una fuerte tensión entre ese impulso milenarista y las necesidades de cambio incremental en las que consiste todo ordenamiento democrático.

Hasta 1964 no parecía emerger esta contradicción. Su problema era que estaba como una tercera fuerza, en medio de un panorama de emociones que parecía polarizarse entre la coalición marxista, que expresaba un ardor de más larga duración y que también crecía, y una coalición de centroderecha que en los números, a tenor de las elecciones municipales de 1963, tenía todas las posibilidades de imponer su candidato si conservaba la adhesión de los votantes. Sin embargo, al Frente Democrático, coalición de radicales, liberales y conservadores que llevó como candidato al senador radical Julio Durán Neumann, le faltaba precisamente ese aliento de emoción política que alimenta a las grandes pugnas. Tenían a su disposición grandes figuras políticas, pero de ellas no imantaba una estrategia que conectara con el espíritu del tiempo, esa alma difícil de definir pero a la cual todos quieren apegarse.

El triunfo de Salvador Allende en la provincia de Valparaíso en 1961 lo colocó casi sin apelación como el candidato inevitable del FRAP. Vinculaba su trayectoria impecable en la vida parlamentaria con el aliento revolucionario para un cambio profundo en la vida chilena. Para una parte del país nada de desdeñable, representaba sin

[23] En este último caso nos referimos a la división dentro del mismo MAPU, réplica indirecta de la búsqueda de pureza en el marxismo más radical.

contradicciones ambas realidades. De ahí que la campaña de la izquierda era también una presencia viva en las calles y pueblos de Chile y expresaba una extraordinaria seguridad de triunfo, quizás mayor que en 1970. Como en todos los partidos de movilización, las concentraciones, las acciones colectivas y el sistema de integración de militantes y simpatizantes creaban una realidad especial. Esta izquierda marxista traducía la existencia de una auténtica subcultura política en el país.

Subyacía a ella también la tensión entre el aparato y los sentimientos ideales, no menos que en la Democracia Cristiana. La diferencia estaba, sin embargo, en que comunistas y socialistas tenían un norte que era hacer de la llegada al Gobierno un proceso de transformaciones. Las tensiones solo podían aflorar ya fuera cuando se estabilizara el nuevo sistema, presumiblemente un sistema político marxista, o si uno o los dos partidos transitaba el camino desde ser el germen de una nueva sociedad a ser parte de la política de un modelo occidental. El entusiasmo, la fijación ideológica que era el cemento que unía y daba vida a estos grupos, tanto como la identificación con las reivindicaciones sociales y la crítica feroz a cualquier reformismo garantizaban que la segunda posibilidad —aceptar el sistema político existente como una realidad permanente— no se iba a desarrollar en el curso de un gobierno que pusiera en marcha las transformaciones programadas.

## Tres tercios y bipolaridad en 1964

La tensión con la vida política nos queda grabada si analizamos con alguna atención unas palabras de Allende, que tenían su repetición constante en otros líderes de izquierda:

> Hemos buscado el cauce legal para conquistar el poder y yo reafirmo las palabras de mi compañero y amigo, el Secretario General del Partido Socialista. Tengo una alta autoridad moral para incurrir en esta afirmación. El 4 de septiembre de 1958 gané la elección y nos la robaron (...) Ahora, por la dura experiencia sufrida por el pueblo en estos años en que, sin embargo, hemos fortalecido la unidad; ahora que las masas sobrepasan todos los marcos partidarios, constituyendo un alud y un torrente, ante Chile y la certeza de la victoria declaro solemnemente que, por un voto más que yo obtenga seré Presidente de la Nación, pase lo que pase. Implacablemente vamos a utilizar la movilización de las masas para resguardar el derecho del pueblo de Chile a la vida; a quienes empleen la violencia, vamos a contestarles con la dura, la tremenda, con la decisiva violencia del pueblo, que es violencia multitudinaria.[24]

[24] Salvador Allende, "Nuestra Lucha es decisiva", *Arauco*, 50, marzo 1964; cit. en Casals, *El alba de una revolución*, p. 111.

El texto merece muchos comentarios, ya que resume de una manera muy plástica el estado de ánimo de la izquierda chilena en todos estos años hasta 1973, al menos de sus dirigentes y principales cabezas y equipos partidarios. Desde luego, es más que cuestionable que en 1958 haya habido algo fraudulento en el resultado electoral. Es una vieja técnica latinoamericana para deslegitimar la política, aunque en algunos países pueda haber correspondido a los hechos. En lo fundamental, estas palabras denotan una concepción de gobierno y de hacer política que empuja hacia la movilización como técnica permanente, a destacar lo precario del orden del momento y la idea de que el cambio tiene que ver con un juego de suma cero en el cual el adversario va a ser abrumado, si no en el momento, al menos por "la historia". Qué significa esto, eso se deja a la duda del que lo escucha. Es un texto que se encuentra lejos de las frases más tranquilizadoras que ha sido corriente citar al analizar las campañas electorales de Salvador Allende.

En el curso del año 1963 se delinearon las tres candidaturas que después pasarían a ser denominadas como los "tres tercios" en los cuales se articuló la política chilena. Esto no corresponde del todo a los hechos, como se explicará más adelante. Fue una realidad ocasional y tuvo un solo momento de verdad absoluta, las elecciones presidenciales de 1970. Como en todos esos años, la política ocupaba un amplio espacio en la mente y en los sentimientos de los chilenos. Las elecciones de 1964 fueron el gran tema de conversación durante ya todo el año anterior, año cargado de dramatismo por la muerte del Papa Juan XXIII y por el asesinato de John Kennedy, hechos internacionales que tenían una honda repercusión en la gente de una manera que sería difícilmente comprendida después.

Las dos grandes fuerzas eran la izquierda marxista, socialistas y comunistas, aliada a un pequeño partido de izquierda no marxista, pero de muy escasa presencia electoral, el Partido Democrático Nacional (PADENA). La otra fuerza que se le enfrentaba, y que en los números era imbatible, era la coalición de centroderecha personificada por Julio Durán. Si no alcanzaba una mayoría absoluta, su mayoría parlamentaria le permitiría ser electo en el Congreso Pleno si obtenía el primer lugar en las urnas. Sus dirigentes daban por hecha esta realidad. La candidatura de Eduardo Frei, a pesar del visible entusiasmo de su partido, en el cual destacaba una militancia joven que trabajaba muy activamente en la política, parecía relegada a un tercer lugar. Contra esto se levantaba el hecho de que no había encuestas electorales y, en todo caso, en ese entonces nadie hubiera creído en ellas. Como Frei concentraba a multitudes relativamente numerosas en sus reuniones y manifestaciones, propias de una fórmula en la cual la movilización de su gente jugaba un papel que para esta campaña se parecía a la de los partidos marxistas, los democratacristianos podían

tener la ilusión de que el triunfo era posible. La misma imagen había estado en 1958. Era la última oportunidad para Eduardo Frei, ya que en su partido se hablaba abiertamente de que tenía un sucesor para más adelante en Radomiro Tomic y su encendida verba.

A poco andar, la candidatura de Durán comenzó a tropezar por anemia de entusiasmo en sus propias huestes. El anticomunismo como bandera de lucha era un tema importante en Chile, pero no le alcanzaba como para formar una alternativa política que tocara a una gran masa de electores. Solo una minoría, imposible de cuantificar, era la que tenía la prioridad comunismo-anticomunismo como criterio decisivo para definir el voto. En el electorado de derecha y en las mismas filas del radicalismo no se mostraba fervor por Durán; se trataba de una alianza instrumental, de una candidatura racional, a pesar de que el hombre podía pasar en cualquier caricatura de *Topaze* como la chilenidad misma, por su estilo coloquial y el humor que podía imprimir a sus expresiones.

La derecha tuvo un desafío en cierta manera a su propia derecha, en la candidatura de Jorge Prat Echaurren. El nieto del capitán Arturo Prat Chacón se había hecho un nombre en la política chilena. Fue ministro de Carlos Ibáñez y uno de los fundadores del Banco del Estado. Venía también hablando de la necesidad imperiosa de una reforma drástica en la política y la sociedad chilena. Adoptaba una tonalidad apocalíptica en su lenguaje, que era una suerte de correspondencia en lo contrario a la izquierda y a la Democracia Cristiana, y que también contrastaba con las posiciones estáticas y carentes de creatividad en que estaban cayendo los partidos tradicionales de la derecha. Prat, a la vez, representaba el nacionalismo chileno y a un aliento que ponía a las fuerzas armadas como arquetipo de chilenidad. Muchos le suponían proyectos dictatoriales, y no es posible desechar que haya acariciado ser un nuevo Portales que renovara la política chilena en un interludio autoritario.[25] Es imposible apreciar el impacto electoral que hubiera tenido la candidatura, pero al igual que Eduardo Frei, aunque en mucho menor dimensión, logró despertar fervor entre sus partidarios e instalarse como una voz nacional. Después del retiro de su candidatura en abril de 1964, este político relativamente joven cayó en una suerte de ostracismo. Su figura y sus ideas han llamado la aten-

[25] El tono apocalíptico, la sensación de crisis y los matices autoritarios del discurso de Prat en "Chile es demasiado valeroso para unirse en el temor" (discurso radial, 20 de marzo de 1964), en Mario Arnello (compilador), *Proceso a una democracia: el pensamiento político de Jorge Prat* (Santiago: s.d.), pp. 305-311.

ción, ya que algunos investigadores lo encuentran una prefiguración doctrinaria del régimen de Pinochet.[26]

En este contexto, el comando del Frente Democrático miró como caída del cielo la oportunidad de mostrar lo que podría ser tomado como una tendencia irresistible de triunfo. Esto fue una elección complementaria de diputado en Curicó, el 15 de marzo de 1964. En ese entonces, si un parlamentario moría o no podía seguir ejerciendo su cargo hasta un año antes de una siguiente elección regular, se celebraba una elección complementaria, las que concitaban una atención particular como auscultación de lo que venía. Como se trataba de una zona agraria del Chile tradicional, la derecha creyó que era carrera ganada, aunque ya se notaba una declinación del voto campesino por ese sector. Se escogió a un candidato conservador, Rodolfo Ramírez Valenzuela, para compensar el disgusto de los tradicionalistas por tener que apoyar a un radical y masón como Julio Durán. La coalición concentró sus recursos en la zona, aunque era visible la falta de entusiasmo de los militantes radicales.

El FRAP aceptó gustoso la pelea. Con menos recursos monetarios compensaba, sin embargo, al disponer de una juventud para la cual el sacrificio y algunas privaciones eran una fuente de alegría y modo de ser. Los partidos de movilización en el Chile de entonces poseían un monopolio en determinadas circunstancias. Había un pequeño gran detalle, el diputado fallecido era un socialista y el candidato de reemplazo era su hijo, Óscar Naranjo Arias, lo que, en un país en donde "no hay muerto malo", le daba una ventaja especial. La Democracia Cristiana se sumó con un tercer candidato, Mario Fuenzalida Madriaza.

El Frente Democrático había planteado que este era un plebiscito que iba a decidir la suerte de Chile y que el triunfo de su candidato mostraría la tendencia irresistible hacia el triunfo en las presidenciales de septiembre de ese año.[27] Iría a ser una señal de que todas las fuerzas anticomunistas debían unirse tras la figura de Julio Durán. Era un mensaje para el electorado de la Democracia Cristiana y para

---

[26] Alguna referencia a esto en Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *Camino al golpe: el nacionalismo chileno a la caza de las fuerzas armadas* (Santiago: Universidad Católica Blas Cañas, 1996), pp. 64-66; *Nacionales y gremialistas: el "parto" de la nueva derecha política chilena, 1964-1973* (Santiago: LOM, 2008), p. 393.

[27] El mismo Julio Durán así lo afirmó un mes antes de la elección. *La Nación*, 7 de febrero de 1964.

sus propios equipos algo alicaídos. Los rivales insistían en que no era plebiscito, sino que una elección más.[28]

A los pocos minutos de comenzar el recuento de votos, se hizo patente cómo iba a ser llamada esta elección, el "Naranjazo". El candidato socialista ganó con una mayoría relativa (39,2%), pero esto constituyó un mazazo para la candidatura del Frente Democrático. Una nota cruel de un diario de izquierda informaba de un Julio Durán llorando a mares por el resultado de la elección.[29] A los pocos días, Durán renunció a la candidatura y todo el panorama se volvió sumamente fluido. El FRAP estaba en éxtasis y el triunfo electoral, más que estar al alcance de la mano, parecía casi seguro. Solo más adelante tuvo que asumir la amarga lección de que, al mismo tiempo que celebraba su triunfo en Curicó, se sellaba su derrota en septiembre, ya que la situación forzaría la unión de los sectores no marxistas en una informal alianza de centroderecha.[30]

## Atención de parte de Washington

Entre quienes movieron sus palillos en los días posteriores al "Naranjazo" estaba la embajada de Estados Unidos. En efecto, esta sería la elección presidencial más internacional de la historia de Chile. Quizás solo el plebiscito de 1988 puede comparársele en la atención que el mundo otorgaba a este acto. Los análisis que observadores extranjeros han efectuado sobre el proceso chileno, como los de no pocos estudiosos y autores chilenos, han destacado la fuerza de la presión internacional y, sobre todo, de la intervención de Estados Unidos en la política chilena.[31] Se le considera muchas veces como un actor decisivo en el destino de Chile. En

[28] El mismo día de la elección, *El Mercurio* publicó una serie de entrevistas a líderes políticos preguntándoles si esta podía ser considerada un plebiscito. El radical Ulises Correa declaró que sí lo era y explicó extensamente por qué el Frente Democrático la consideraba como tal. El democratacristiano Tomás Pablo y el comunista José González, por su parte, declararon categóricamente que la elección no podía ser considerada como un plebiscito. *El Mercurio*, 15 de marzo de 1964.

[29] *Clarín*, 17 de marzo de 1964.

[30] Jaime Etchepare y Mario Valdés, *El naranjazo y sus repercusiones en la elección presidencial de 1964* (Santiago: Universidad de Chile, Instituto de Ciencias Políticas, 1985).

[31] Una obra eminentemente polémica que abordó este tema ya en la década de 1960 es la de Eduardo Labarca, *Chile invadido: Reportaje a la intromisión extranjera* (Santiago: Austral, 1968). Un artículo reciente que analiza la campaña presidencial de 1964 y la participación de Estados Unidos en ella desde el punto de vista del género es el de Margaret Power, "The Engendering of Anticommunism and Fear in Chile's 1964 Presidential Election," *Diplomatic History*, Volume 32, Issue 5, November 2008, pp. 931-953.

este libro en general se sostiene una tesis muy distinta, que ve el desarrollo de los acontecimientos como un proceso vivido al interior de Chile, animado y dirigido por actores chilenos y cuyo desenlace tiene que ver con la realidad nacional. Lo que sí es cierto también es que estos actores empleaban preferencias y lenguajes universales y estaban determinados por una cultura política que reproducía al interior del país las grandes pugnas mundiales.

No existe un tema en el que haya mayor consenso aparente cuando se enfocan los años de la Unidad Popular que el de la intervención norteamericana en Chile. En los observadores extranjeros la impresión es casi unánime de que fue un factor decisivo en el derrocamiento de Allende.[32] Quizás es también un decir recurrente de una mayoría de los chilenos en sus expresiones coloquiales y cotidianas. Sin embargo, siempre hubo una minoría de autores que cuestionaba la tesis de la culpabilidad norteamericana, al poner el acento en los matices que no permitían que ella se pudiera expresar de manera tan rotunda. Existe una razón de fondo que complica la vigencia de aquella imagen, la de la CIA organizando el golpe contra Allende, pues ella implicaba que ningún actor chileno podía ser "dueño de su destino", incluyendo que la izquierda no podría alcanzar nunca su meta. No habría caso, solo quedaría sencillamente obedecer órdenes desde Washington. Así, además, habrían sido siempre las cosas y el único que se levantó contra ese orden natural habría sido Salvador Allende con los resultados que conocemos.

Los hechos no cuadran con esta visión, y en muchos sentidos expresan casi totalmente lo contrario. Contada la historia desde los años de la Misión Kemmerer en adelante, que ayudó en la reforma del Estado a mediados de la década de 1920, podría

[32] Varias son las obras que sostienen esta tesis: Armando Uribe, *El libro negro de la intervención norteamericana en Chile* (México D.F.: Siglo XXI, 1974); James Petras y Morris Morley, *The United States and Chile: Imperialism and the Overthrow of the Allende Government* (New York: Monthly Review Press, 1975); Seymour Hersh, *The Price of Power: Kissinger in the Nixon White House* (New York: Summit Books, 1983); Patricia Verdugo, *Allende: cómo la Casa Blanca provocó su muerte* (Santiago: Catalonia, 2003); Peter Kornbluh, *Pinochet: los archivos secretos* (Barcelona: Crítica, 2004; original en inglés, 2003); Lubna Qureshi, *Nixon, Kissinger and Allende: U.S. Involvement in the 1973 Coup in Chile* (Lanham, Maryland: Lexington Books, 2009); Luis Corvalán Marquéz, *La secreta obscenidad de la historia de Chile contemporáneo: lo que dicen los documentos norteamericanos y otras fuentes documentales, 1962-1976* (Santiago: Ceibo, 2012). Una tesis que también asigna responsabilidad por el golpe de 1973 a Estados Unidos, pero indicando que la planificación habría sido realizada por el Pentágono y no por la CIA, es la de Jonathan Haslam, *The Nixon Administration and Allende's Chile: A Case of Assisted Suicide* (New York: Verso, 2005). Incluso Tony Judt, historiador sin simpatías para con la izquierda marxista del siglo XX, señala que la muerte de Allende fue "orquestada por Estados Unidos". Tony Judt, *Postwar: A History of Europe Since 1945* (New York: Penguin Books, 2005), p. 561.

hablarse de una larga serie de frustraciones de los propósitos de Estados Unidos en la región. Podría decirse que al menos Washington redujo los daños lo más que pudo: capitales norteamericanos arribaron al país; Chile tuvo que pagar la deuda externa después de la Gran Depresión; Chile no fue un aliado de Alemania y Japón en la Segunda Guerra Mundial; Chile en muchos aspectos apoyó la causa occidental durante los primeros 25 años de la Guerra Fría; Chile no se convirtió en un Estado marxista en la época de la Unidad Popular y una de las primeras medidas del régimen militar posterior fue indemnizar a las compañías propietarias de la Gran Minería del Cobre. Algún observador podría decir que esto demostraría que Estados Unidos tuvo éxito en imponer sus objetivos mínimos con respecto a Chile. Podría ser.

La cosa se complica, sin embargo, si señalamos que estos objetivos mínimos eran compatibles o bien favorecidos por muchos chilenos, ya que creían ver una identidad de intereses entre ambos, o que al menos estas políticas convenían a Chile. No se trataba tampoco de una mera burguesía identificada con los intereses del imperialismo. Como demuestra la historia del siglo XX y lo que llevamos del XXI, las relaciones con Estados Unidos son bastante más complejas si, entre otros aspectos, el observador se detiene a pensar en las actitudes de los chilenos ante el fenómeno norteamericano y ante las políticas de Washington. En este lapso de más de cien años, todas las fuerzas políticas chilenas han sido tanto pro norteamericanas como antinorteamericanas, no al mismo tiempo, claro está. En este libro se explicará una pequeña parte de esta paradoja. Su tesis consiste en que Estados Unidos es una de las grandes fuerzas que giran en torno a este sistema de acciones y reacciones en las que consistieron los años de la Unidad Popular, pero que el origen, el desarrollo y su desenlace no se pueden explicar por acciones racionales que hayan surgido desde la Casa Blanca, desde el Departamento de Estado o desde el Pentágono.[33]

Frente al poder hegemónico de Estados Unidos, al que muchas veces se le supone una capacidad casi ilimitada de manipulación, hay que contraponer otro aspecto de la realidad. Se trata de un rasgo más mental que material, y que no aparece si nos detenemos en cifras como exportaciones, inversiones, diferencias del PGB, etc. Se trata de que desde un comienzo de la historia de las relaciones, pero de una manera

[33] Esta tesis cuenta con menos adeptos en la literatura. Destacan entre ellos Mark Falcoff, *Modern Chile, 1970-1989: A Critical History* (New Brusnwick, New Jersey: Transaction Books, 1989) y "Kissinger and Chile: the Myth that Will Not Die," *Commentary*, November 2003, Vol. 116, Issue 4, pp. 41-49; Paul Sigmund, "The 'Invisible Blockade' and the Overthrow of Allende," *Foreign Affairs*, enero 1974 y *The United States and Democracy in Chile* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1993); Kristian Gustafson, *Hostile Intent: U.S. Covert Operations in Chile, 1964-1974* (Washington D.C.: Potomac Books, 2007).

mucho más determinante en el siglo XX, a una presencia norteamericana en el país político, en el país social, en el país cultural y en el país económico se ha contrapuesto un estado de ánimo que en general se tiende a llamar antiimperialismo. Este ve la presencia norteamericana como un peligro que hipoteca tanto las relaciones internacionales como el desarrollo y la independencia del país. Es al mismo tiempo una referencia ideológica bastante global. Hay que añadir que no solo se manifiesta en la izquierda, también esporádicamente aparece con fuerza en la derecha y naturalmente en la extrema derecha. Como todo este tipo de emociones políticas e ideológicas, tiene sus momentos de mayor intensidad y otros de mayor apaciguamiento y olvido. Existen los ajustes tácticos y tanto el pro norteamericanismo como el antinorteamericanismo pueden también ser resultados de profundas distorsiones acerca de la realidad, que nublan una comprensión lúcida de la política mundial.

No se puede, sin embargo, desconocer estas referencias como formas propias de ser de países como Chile y que inciden en su reacción ante Estados Unidos. Esto explica que muchas veces consejos o estrategias propuestos por Washington, que a los norteamericanos les parecen muy razonables y que quizás lo puedan ser bajo muchos puntos de vista, se encuentran con una resistencia ya sea sorda o altiva y altisonante. Es lo que aquí se considera como esos límites impalpables que va a tener una presencia norteamericana en Chile. El período que trata este libro es rico en este tipo de experiencias.

La presencia norteamericana en la política chilena comienza en la década de 1940. En sus inicios es parte del esfuerzo por combatir un fenómeno mucho más fantasmagórico que el comunismo, pero por un momento no menos temido que aquel. Se trata de la influencia alemana o nazi, lo que entonces se llamaba Quinta Columna. Esta representaría un período de penetración del Eje para atacar a Estados Unidos en un flanco inesperado. En mucho menor medida representaba también un tema de discusión dentro de Chile, que al mismo tiempo era la incertidumbre acerca de qué posición tomar en la guerra, si mantenerse neutral, romper las relaciones con el Eje o, como pedían los comunistas, lisa y llanamente ingresar a la guerra contra la Alemania nazi. La embajada y otras instituciones norteamericanas llevaron una activa campaña dentro de Chile y al parecer financiaron publicaciones y algunos grupos políticos que podían ayudar a inclinar las opiniones dentro del país.[34]

---

[34] Joaquín Fermandois, "Guerra y hegemonía, 1939-1943. Un aspecto de las relaciones chileno-norteamericanas", *Historia*, 23, 1988, pp. 5-51; Fernando Purcell, "Cine, propaganda y el mundo de Disney en Chile durante la Segunda Guerra Mundial", *Historia*, 43, II, julio-diciembre 2010, pp. 487-522.

Esto dejaría un suelo fértil para el escenario de la Guerra Fría. Estados Unidos cambió de enemigo y, como se ha visto, el tema del comunismo pasó a definir en mayor medida el debate político interno, aunque no necesariamente como producto de la política de Washington, sino que de acuerdo a una dinámica interna a la que el escenario mundial le daba mayor dramatismo y perfil. Esta es al menos la tesis que aquí se expone. Lo que se ha considerado "intervención", es decir, alentar a grupos o a líderes del gobierno, incluyendo un financiamiento de prensa y otras actividades, solo está documentado a partir de 1962. Es de presumir que haya habido algo de esto al menos en su sentido de política discreta desde mucho antes. Y aquí no se incluyen las políticas de difusión cultural, de financiamiento de intercambios educacionales o de propaganda más o menos abierta.

Aunque no es fácil establecer una frontera, cuando se habla de "intervención" se habla de "operaciones encubiertas". Todo aquello que sea parte de la irradiación de actitudes y valores políticos y culturales pertenece a aquel rasgo de las sociedades humanas por el cual se adoptan identidades. Son parte de un proceso en general espontáneo del desarrollo de las civilizaciones y casi siempre es más positivo que negativo. Eso sí, no todas las interpretaciones de la vida social e internacional, ni menos las que se daban en Chile en los años 1960 y 1970, aceptarían esta definición de los vínculos internacionales. Por cierto aquí llegamos a un punto crucial del planteamiento: si miramos con confianza o con recelo y hasta hostilidad estos vínculos y estas formas de las sociedades de comunicarse entre sí.

La historia ideológica del continente no nace con la Guerra Fría y en el caso de Chile esto es muy patente. A pesar de lo dicho, es evidente que la combinación del gran conflicto mundial con la dinámica de la política interna le dio más intensidad a la polaridad entre marxismo y antimarxismo en Chile. En 1958 también hubo dos situaciones que se combinaron. Una fue la potente votación de Salvador Allende que mostró que era posible el triunfo electoral de una coalición marxista. Y segundo, llegó como rebote a Chile el efecto del escándalo político que causó en Washington la recepción al vicepresidente de Estados Unidos Richard Nixon en varios países latinoamericanos, que dejó ver una hostilidad popular concertada o espontánea contra Estados Unidos pero que era un hecho de la causa.[35] Ello incrementó la preocupación norteamericana en la región y por cierto Chile pasó a ser un escenario de mayor atención de Washington. A ello se sumó de manera más espectacular el triunfo de Fidel Castro y el desarrollo de lo que ha sido todo un símbolo político

[35] Stephen Rabe, *Eisenhower and Latin America: the Foreign Policy of Anticommunism* (Chapel Hill, North Carolina: The University of North Carolina Press, 1988), pp. 100-116.

internacional, la Revolución Cubana, la que asumió en su modalidad radicalmente marxista la ideología del antiimperialismo, que también es una de las versiones del nacionalismo.

Algunos programas del Presidente Eisenhower manifestaron esta preocupación. Por algo arribó a Chile el 1 de marzo de 1960 queriendo mostrar la atención norteamericana por este continente. El mismo Eisenhower —en una actitud reveladora y que es todo un tema de la historia de Chile— fue el primero en interpretar a Chile como una suerte de modelo para América Latina.[36] Sería una especie de ejemplo de un desarrollo democrático y de un avance económico. Comienza la preocupación por apoyar a las democracias, ya que mal que mal se combate en nombre del "mundo libre". Empezaba a ser impresentable mostrar a Washington demasiado cercano a pequeños despotismos que se parecían a sistemas patrimoniales. El Chile de Jorge Alessandri caía como un buen ejemplo. Se añadieron a la lista la Costa Rica de José Figueres y la Venezuela de Rómulo Betancourt, que de ser esta última aliada inicial de la Revolución Cubana pasaría con el tiempo a encabezar un bloque hostil a Castro. Es este el contexto que explica cómo la política interna chilena pasó a tener un puesto más o menos central en las preocupaciones de Washington acerca del futuro de la región.

Con John Kennedy, quien asumió en enero de 1961, se intensificó esta atención hacia el continente. Cuando en marzo siguiente anunció la Alianza para el Progreso, había una creencia, ciertamente con algún toque mesiánico, de que Estados Unidos sería capaz de impulsar cambios económicos y sociales radicales en América Latina. Desde 1947 se escuchaba en la política continental que Washington debía impulsar un "Plan Marshall para América Latina", aludiendo a la gran ayuda norteamericana para la reconstrucción económica europea después de la Segunda Guerra Mundial. En este reclamo se olvidaba muchas veces que era muy distinto reconstruir economías ya desarrolladas a tratar de dar un empuje cualitativo siempre elusivo para lograr el desarrollo.[37]

---

[36] Alfredo Rehren, "El 'liderazgo encubierto' de Eisenhower", *Estudios Internacionales*, Año 25, No. 98 (abril-junio 1992), pp. 258-274. Un argumento distinto es el que sostiene en su tesis doctoral Mark Hove, para quien la noción de Chile como excepción dentro de América Latina se consolidó ya en los años de la administración Truman. Mark Hove, "Losing a Model Democracy: Salvador Allende and U.S.-Chilean Relations, 1945-1970" (Tesis doctoral, University of Florida, 2009).

[37] Sobre el gobierno de Kennedy y la Alianza para el Progreso, Arthur M. Schlessinger Jr., *A Thousand Days: John F. Kennedy in the White House* (Boston: Houghton Mifflin, 1965); Juan de Onís y Jerome Levinson, *The Alliance that Lost Its Way: a Critical Report on the Alliance for Progress* (Chicago: Quadrangle Books, 1970); Stephen Rabe, *The Most Dangerous Area in the World: John F. Kennedy Confronts*

Con todo, parecía que había llegado la hora. Y había un matiz. Con respecto a la Revolución Cubana se concluyó, en especial en el Departamento de Estado y entre los consejeros de la Casa Blanca de John Kennedy, que para evitar una revolución en el continente no había que seguir apoyando a las fuerzas reaccionarias premodernas, análogas, se creía, a las que habían dirigido el Sur Confederado. Se buscó con ahínco a estas nuevas fuerzas que representaban el cambio. Eisenhower creyó encontrarlo en Jorge Alessandri. El entorno de Kennedy lo encontraría más adelante en la Democracia Cristiana. Una investigación reciente ha demostrado que el Departamento de Estado hasta fines de 1963, es decir, hasta antes del "Naranjazo", había sido partidario de apoyar a la administración de Alessandri aunque cada vez expresando más desaliento con la falta de progreso económico. Tenía su esperanza en un triunfo del Frente Democrático. Cuando se produjo la crisis de este, todo el apoyo norteamericano giró hacia la Democracia Cristiana.[38]

Fue también el momento en que diversas agencias del gobierno determinaron que los Estados Unidos debían efectuar un esfuerzo extraordinario por influir las elecciones chilenas. Esta nueva política fue decidida de manera autónoma por la CIA (*Central Intelligence Agency*), que ejerció un importante liderazgo en esta acción, de la que solo un par de meses después se le informó al Presidente Lyndon B. Johnson.[39] Vale decir que fueron los encargados de la política latinoamericana de la CIA y del Departamento de Estado los que determinaron este incremento de la ayuda y, finalmente, de la intervención de Washington. Esto, sin embargo, se vinculaba con una política general de Estados Unidos para impedir revoluciones de tipo marxista. Las intervenciones de años siguientes en la República Dominicana, y sobre todo en Vietnam, tenían su última raíz en esta estrategia que se originó en la década de 1950 y fue actualizada por la Revolución Cubana. En Chile no había propiamente una revolución, pero se estaba seguro de que se produciría una situación revolucionaria si Allende llegaba al poder.

La nueva atención hacia Chile se concentró en la Democracia Cristiana. Si antes había habido alguna simpatía del círculo de la Casa Blanca con los políticos

*Communist Revolution in Latin America* (Chapel Hill, North Carolina: University of North Carolina Press, 1999); Michael Latham, *Modernization as Ideology: American Social Science and "Nation Building" in the Kennedy Era* (Chapel Hill, North Carolina: The University of North Carolina Press, 2000), pp. 69-108; Jeffrey Taffet, *Foreign Aid as Foreign Policy: the Alliance for Progress in Latin America* (New York: Routledge, 2007).

[38] Gustafson, *Hostile Intent*, pp. 36-37.

[39] Gustafson, *Hostile Intent*, p. 41.

democratacristianos, ahora esto se multiplicaría por todas las agencias del gobierno norteamericano, incluso por el Departamento de Estado que anteriormente no lo había visto con demasiado entusiasmo. Esto llevaría no solo a un apoyo directo y sin mayores remilgos a la candidatura de Eduardo Frei, sino que también a una genuina esperanza de que se ponían todos los huevos en la canasta de un proyecto de reforma que iba a ser una alternativa latinoamericana al castrismo. Se trataría de una reforma exitosa que operaría como un modelo para América Latina, un razonamiento que animaba a los responsables norteamericanos.[40] Chile cumpliría nuevamente con el objeto de ser un lugar soñado para la realización de una especie de utopía blanda. Sería otra etapa en la que el país hasta cierto punto sería un juguete de experimentos sociales. Como en tantas partes, los responsables norteamericanos sobrevaloraron su propia capacidad para influir en los acontecimientos, aunque ciertamente jugaron un papel en su objetivo más inmediato: lograr el triunfo de Eduardo Frei en las elecciones de septiembre de 1964.

De acuerdo a las fuentes norteamericanas, fueron también personeros de la Democracia Cristiana quienes se acercaron a la Embajada a solicitar un apoyo para una campaña pública de enormes dimensiones. En una primera fase se habló de 300 mil dólares mensuales hasta las elecciones, lo que hacía un total de un millón de dólares hasta el 4 de septiembre, una cantidad bastante formidable en esos años. Sin embargo, en julio se determinó que la suma no sería suficiente para el esfuerzo publicitario y para las campañas en terreno que se estaban apoyando. Hasta mayo y contando otras ayudas entregadas antes de marzo, la cantidad era de dos millones de dólares. A fines de mayo se autorizó 1 millón 250 mil dólares más para cubrir un déficit y luego en julio se aprobaron otros 500 mil dólares. Esto hizo que el total del gasto norteamericano fuera de casi 4 millones de dólares, que es la cifra entregada por la Comisión Church en 1975.[41]

Esto era parte de operaciones encubiertas, mientras que en términos de ayuda abierta, ya fuera por acciones culturales o por préstamos a instituciones políticas o

[40] La misma actitud adoptó gran parte de la prensa norteamericana, entusiasmada con la posibilidad de que el proyecto democratacristiano supusiera un ejemplo de reforma radical dentro del marco de la democracia liberal para el resto de los países de América Latina. Leonard Gross, *The Last Best Hope: Eduardo Frei and Chilean Democracy* (New York: Random House, 1967); Sebastián Hurtado Torres, "The U.S. Press and Chile, 1964-1973: Ideology and U.S. Foreign Policy," *Revista de Historia Iberoamericana* [en línea], 2012, Vol. 5, Núm. 2, pp. 37-61.

[41] U.S. Congress. Senate. Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities, *Covert Action in Chile, 1963-1973: Staff Report.* 94th Congress, 1st Session, 1975, p. 14.

directamente al gobierno, la ayuda norteamericana comprometía un monto bastante mayor. Como se ha dicho muchas veces, el gasto per cápita medido en términos de los electores en Chile era casi tan grande como el que se realizaba en Estados Unidos.[42] Aunque no se debe exagerar la influencia que pudo tener esta ayuda en las elecciones, los recursos comprometidos proporcionaron una poderosa herramienta publicitaria a grupos de acciones propagandísticas del candidato de la Democracia Cristiana. Adicionalmente, se entregaron recursos a la candidatura de Julio Durán para mantenerla con vida, ya que de retirarse el senador radical la mayoría de sus electores iría a parar a la candidatura de la izquierda. Cuando en el Comité 303, que en el gobierno norteamericano coordinaba los esfuerzos hacia Chile, surgieron preguntas algo perplejas por el desembolso de más y más recursos, la respuesta de un funcionario de la CIA fue que en la campaña de Frei habían subestimado el costo de toda la empresa electoral.[43]

Poco antes del día de las elecciones, los norteamericanos habían sondeado a los militares, aunque las fuentes abiertas hasta el momento no dan muchas pistas de nombres e instituciones.[44] El resultado tuvo alguna similitud a lo que habría de ser en 1970, que era una actitud reacia de los chilenos a intervenir en política en algo que se pudiera parecer a un golpe de estado. Quienes conversaron con los norteamericanos decían que solo actuarían ante una evidente ruptura constitucional que produjera un gobierno de Salvador Allende. Esto hacía que se redoblaran los esfuerzos para que las elecciones fueran el campo de batalla. La Embajada llevaba activamente a cabo una operación de encuestas, ya que en Chile estos sistemas eran prácticamente inexistentes. Sus resultados en general eran optimistas, aunque estaban conscientes de que la metodología era muy poco refinada para poder confiar en ellas.

## Presencia de la Unión Soviética y de Cuba

En cantidad y en influencia política directa no se puede comparar con lo que ofrecía Estados Unidos. En inspiración política, en cambio, su existencia era bastante decisiva. Además, para el régimen soviético la proyección internacional era parte de su propia legitimidad interna. Los bolcheviques se tomaron el poder mediante un

---

[42] U.S. Congress. Senate. Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities, *Covert Action in Chile, 1963-1973: Hearings*. 94$^{th}$ Congress, 1st Session, 1975, p. 10.

[43] Gustafson, *Hostile Intent*, p. 45.

[44] Gustafson, *Hostile Intent*, p. 46.

golpe de estado en 1917 porque creían genuinamente que eran la vanguardia de una revolución mundial. El desarrollo del sistema soviético es inseparable de esta especie de mito fundacional, que implicaba no solo una pretensión de alcance mundial para el Estado, sino que también suponía que representaba el futuro de la humanidad.

La dirección de la historia se movía en el mismo sentido que la Unión Soviética y, como se repetía en la década de 1960 y era la gran suposición de la izquierda chilena, el mundo estaba en ese momento de la historia en un "cambio en la correlación de fuerzas" entre el capitalismo y el socialismo. Este último era el que estaba avanzando, y su cabeza visible, la experiencia concreta de la clase obrera en el poder era el Moscú dirigido por el Partido Comunista. Así como el partido era la vanguardia de la clase obrera en cada país, en el plano internacional la Unión Soviética era la vanguardia de los pueblos genuinamente progresistas del mundo. Aunque fuera solo por esto, el régimen soviético estaba obligado a mantener el espíritu de esa idea fundacional que suponía que, a pesar de todos los problemas que se tuvieran que afrontar, representaba la vanguardia del desarrollo de la historia.

Ello no quiere decir que la Unión Soviética se hubiera contentado con esta posición. Desde un comienzo se alineó en la Tercera Internacional con todos los partidos comunistas del mundo, incluyendo al chileno. La subordinación no fue una mera entrega a un comando situado en el corazón de la antigua Rusia, sino que al menos en los comunistas expresaba una admiración profunda por la experiencia soviética, y se le concedía gratamente la posición de cabeza del movimiento comunista internacional. Por medio de la Internacional, o Komintern, se hizo llegar en la década de 1920 una ayuda esporádica en dinero. No era gran cosa, era más que nada un signo de pertenencia y quizás también una forma de crear complicidades en una alianza ideológica en lo básico. Para la época de la Guerra Fría hasta 1964, lo que ha aparecido en las fuentes soviéticas es una suma considerable, aunque de todas maneras bastante menor a los recursos entregados por Estados Unidos.[45]

Sin embargo, una cosa es ayudar a fuerzas establecidas en un sistema democrático siempre expuestas al desgaste y a la crítica, y otra cosa es la efectividad multiplicadora de unos pocos recursos entregados a organizaciones vastas cuyo número depende en lo principal del entusiasmo, abnegación y disciplina de sus militantes. Tanto los sindicatos que controlaban comunistas y también socialistas, como la juventud y en especial la universitaria que militaba o simpatizaba con estos partidos

[45] Eugenia Fediakova y Olga Ulianova, "Algunos aspectos de la ayuda financiera del Partido Comunista de la URSS al comunismo chileno durante la Guerra Fría", *Estudios Públicos*, 72, primavera 1998, pp. 113-148.

constituían fuerzas más contundentes que las de partidos cuyos fines se manifestaban casi siempre solo en torno a elecciones. Y encima de esto los socialistas y, más que nada, los comunistas constituían poderosas burocracias cuyos miembros, en general, eran personas igualmente abnegadas que exigían poco para sí. En circunstancias de polarización, esto puede constituir una fuerza formidable, que es lo que llevó a los norteamericanos a poner el acento en la ayuda monetaria directa a sus aliados, o a aquellos que se suponía podían desviar los esfuerzos de las agrupaciones marxistas.

Es cierto que América Latina había jugado y jugaría siempre un papel subordinado en la estrategia soviética. Hay que estar consciente también de que los recursos de Moscú eran mucho más escasos que aquellos de los norteamericanos y debían concentrarlos en lugares claves, ya fuera por su importancia geopolítica o por un interés político mayor. Es lo que llevó a Nikita Khruschev y después al mismo Leonid Brezhnev a apoyar a los cubanos.[46] La revolución liderada por Castro fue una especie de regalo para Moscú, aunque tuvo un costo económico enorme y lo llevó a compromisos político-militares que no siempre podía cumplir. Por otra parte, el Kremlin no podía ignorar así como así otras situaciones revolucionarias que debilitaban a Estados Unidos, como la Guerra de Vietnam, y en pequeña medida la ayuda económica al Chile de la Unidad Popular era una forma estratégica para erosionar en el largo plazo la posición internacional de Estados Unidos, amén de que le traía prestigio y legitimidad.

Sin embargo, la posición fundamental de Moscú en esta época, hasta 1973, era la de lograr un acercamiento diplomático con los países latinoamericanos, por lo que no era conveniente arriesgarse en empresas guerrilleras y de acción directa, no a menos que fueran de una intensidad que pudiese dejar huellas. Al unísono con los partidos comunistas de la región —exceptuando el de Venezuela—, se daba preferencia a un camino institucional, vale decir, a una lucha política por mejores posiciones para estos partidos y de ir ensanchando cualquier distancia diplomática que pudiera haber entre los países latinoamericanos y los intereses de Washington. Ante el reiterado apoyo cubano a la lucha armada y a la dependencia de Castro del apoyo soviético podría surgir la duda de si no se trataría de una división de poderes, uno la "vía pacífica" de la que se encargaba Moscú y otro "la vía armada" de la que se encargaba La Habana, aunque la estrategia sería distinta y a la vez con la misma finalidad. Sin embargo, aunque es posible que las cosas hayan operado de esta ma-

---

[46] Cole Blasier, "Soviet Impacts on Latin America," *Russian History*, 29, Nos. 2-4, (Summer-Fall-Winter 2002), pp. 481-497. Este artículo contiene información estadística muy interesante sobre la ayuda de la Unión Soviética a Cuba durante la Guerra Fría.

nera, como se mostrará más adelante, existen indicios de que las divergencias entre la Unión Soviética y la Cuba de Castro eran genuinas, y que este último provocaba algunas inquietudes en el bloque soviético.

Poco después de asumir a fines de 1964, Eduardo Frei Montalva dio un pequeño golpe noticioso al establecer relaciones diplomáticas con Moscú y con el resto del bloque soviético, con la excepción del régimen de Alemania Oriental, con el que entonces parecía impresentable cualquier acto de reconocimiento. Quizás esto no agradó a Washington, aunque la legitimidad de la medida se caía de madura; de hecho, bajo el gobierno de Alessandri se había efectuado un intento expreso por incrementar las relaciones económicas, sin gran resultado. Los chilenos siempre habían destacado que se perdía un gran mercado por las imposiciones de embargo dictaminadas por los países occidentales, en especial por Estados Unidos. Se consideraba que el cobre era un material estratégico y por eso desde el comienzo de la Guerra Fría Chile había aceptado abstenerse de toda venta al bloque soviético, a pesar de que la medida era impopular en Chile y también incomprensible en sí misma. Había sido un argumento no menor en la campaña que culminó con la hegemonía del propósito nacionalizador del cobre a comienzos de los años sesenta. Gran paradoja, ya que cuando Chile se propuso vender el cobre se tuvo que descubrir que ese mercado no era muy impresionante. Se había tratado de otro fuego fatuo.

No hay mucho que mencionar en las relaciones durante el gobierno de Eduardo Frei. Moscú ofreció un crédito de 50 millones de dólares, pero se trataba naturalmente de lo que entonces se llamaba peyorativamente un "crédito atado", con el cual se compraban productos elaborados en la Unión Soviética con un interés ciertamente bajo. En cambio, desde el punto de vista de Moscú había algunas razones para estar satisfecho con la evolución chilena. El gobierno de Frei había efectuado algunos pasos para adquirir cierta autonomía ante Washington, como una nueva política del cobre, la misma apertura de relaciones y algunas reformas internas aceptadas por la izquierda chilena. Hacia el final del período la política exterior de La Moneda se caracterizó por una acción más bien autónoma del canciller Gabriel Valdés Subercaseaux, premunido de una retórica que lo acercaba al tercermundismo, esto es, la idea de que el responsable principal del subdesarrollo eran las grandes economías "capitalistas", empezando por Estados Unidos.

Desde luego, hay que cuestionar que la intención y los efectos de las políticas de Frei hayan sido dañinas para Washington. Como se ha dicho, Estados Unidos estaba levemente preocupado del desarrollo interno hacia el final de la década aunque sin mucho sobresalto; y a Nixon le cayó como puntapié en el estómago la presenta-

ción que hizo ante él el canciller Gabriel Valdés en junio de 1969.[47] Se puede decir que, por una parte, la teoría del chileno de que Estados Unidos debía recursos a América Latina era más que dudosa y, por otra parte, que al fin de la década Estados Unidos le daba mucho menos atención a América Latina que lo que lo había hecho en la época de Kennedy.[48]

Sin embargo, Moscú podía consolarse con la ilusión de que la sola existencia del comunismo soviético había puesto una cuña en el "campo imperialista". Como en las relaciones internacionales el valor de la ficción puede ser más fuerte que en la política interna, desde Moscú las cosas podían verse como una mejora en relación a 1964. Además, en el Partido Comunista de Chile gozaban de un aliado poderoso y confiable cuando se avizoraban dificultades con otros partidos comunistas europeos, amén de la amarga disputa de Moscú con Pekín.[49] Es probable que en 1970 no jugaran todas sus cartas por Allende y que no hubieran pestañeado ante un triunfo electoral de Jorge Alessandri. Este no hubiera podido retroceder en las relaciones entre los dos países. No lo hubiera querido hacer tampoco.

Sin embargo, lo que llama la atención en las relaciones con Chile como Estado es que estas fueron relativamente "normales". La diplomacia revolucionaria de La Habana no entendía mucho de protocolos, y casi desde un primer momento no dejó lugar a dudas que los regímenes de las "democracias burguesas" eran tan enemigos suyos como los despotismos de otros países del Caribe y de América Central, u otros regímenes militares. Aunque entre Santiago y La Habana hubo algunos incidentes por problemas de usos diplomáticos, el régimen de Castro mantuvo en lo formal un desempeño impecable con el gobierno de centroderecha de Jorge Alessandri. Este, a su vez, por razones de política exterior tradicional de Chile y por intereses de política interna, se opuso hasta el final a la exclusión de Cuba del sistema interamericano, a pesar de que el tema mismo de la Revolución Cubana originó un profundo debate en la política chilena. Solo en plena campaña electoral, el 11 de agosto de 1964, Chile

---

[47] El discurso fue pronunciado con motivo de la entrega al Presidente Nixon del llamado "Consenso Latinoamericano de Viña del Mar", un documento elaborado por los ministros de Relaciones Exteriores de América Latina reunidos en esa ciudad en mayo de 1969. Tanto este documento como el discurso de Gabriel Valdés están publicados en el Archivo Histórico Gabriel Valdés, <http://www.ahgv.cl>, visitado el 12 de febrero de 2013.

[48] Hal Brands, "Economic Development and the Contours of U.S. Foreign Policy: The Nixon Administration's Approach to Latin America, 1969-1974," *Peace & Change*, Vol. 33, No. 2, 2008, pp. 243-273.

[49] Hemos preferido referirnos a "Pekín" en lugar de "Beijing", ya que el primero era la forma usual de transcribir el nombre de la capital de China al español en el período tratado en este libro.

debió romper con Cuba por un mandato de la Organización de Estados Americanos (OEA), so pena de caer a su vez en una especie de aislamiento político. El candidato Eduardo Frei Montalva apoyó la medida.[50]

Solo entonces la furia castrista se dirigió contra la democracia chilena, considerándola una farsa y al gobierno de Chile una comparsa del imperialismo. Estas descargas no fueron dirigidas contra Alessandri, sino contra Eduardo Frei y su proyecto. Este había triunfado, entre otras razones, siguiendo la consigna de "Revolución en Libertad" como alternativa a la vía revolucionaria representada por La Habana. Más importante, Frei tenía todo el apoyo norteamericano, que se había manifestado muy generosamente en la campaña electoral que lo llevó al triunfo el 4 de septiembre de 1964. Washington presentaba su apoyo al gobierno de Frei como ejemplo de jugar en América Latina una carta reformista para el desarrollo económico y social frente a la lucha armada y al modelo marxista representado por Castro. Este recogió el guante, atacando con acidez al gobierno de Frei, sindicándolo como una seudorreforma sustentada por Washington, una suerte de maquillaje.[51]

Hasta 1970, Castro solo tuvo palabras ofensivas hacia el gobierno chileno, aunque desde 1967 en adelante también cultivaba amistad con la izquierda de la Democracia Cristiana, que llegaría a ser encendida admiradora de La Habana. Mantuvo sus relaciones privilegiadas con los socialistas y, a partir de 1965, prohijó al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), alimentándolo con la más pura doctrina de la vía armada y del guevarismo en general, amén de dar entrenamiento militar a un núcleo importante de los militantes.[52] Con el Partido Comunista mantuvo relaciones menos estrechas, ya que este no veía con buenos ojos a la lucha armada, y a la vez por su boca hablaba la mirada estratégica de la Unión Soviética. A esta le costaba imponer toda su política a Castro, por lo que empleaba ocasionalmente al Partido Comunista de Chile para tomar alguna distancia. Esta fue la causa de un extraño incidente en el que Castro obligó a los intelectuales cubanos a redactar una carta crítica a Pablo Neruda por haber viajado a Estados Unidos a dar una conferen-

---

[50] *Ercilla*, semana del 19 al 25 de agosto de 1964.

[51] En un discurso pronunciado en La Habana una semana después de la elección presidencial de 1964, Fidel Castro se refirió a la victoria de Frei: "Los imperialistas entonan cantos de victoria, y dicen que se va a hacer una revolución con libertad. ¿Qué se entiende por revolución con libertad? Revolución con libertad para los monopolios, revolución con libertad para los explotadores, revolución con libertad para los embaucadores y engañadores de los pueblos". *El Siglo*, 12 de septiembre de 1964.

[52] Cristián Pérez, "Historia del MIR: 'Si quieren guerra, guerra tendrán…'", *Estudios Públicos*, 91, invierno 2003, p. 18.

cia y a recibir una distinción.[53] Con todo, nunca perdió de vista el apoyo a Salvador Allende y en 1970 exhortó al MIR a detener toda acción armada para no crear un clima electoral contraproducente. Estaba claro que era la última oportunidad que le daba a la vía electoral en Chile.

En 1970, por influencia de Gabriel Valdés, Chile en la práctica había roto con el embargo económico a la isla con una simbólica exportación de vino del senador Baltasar Castro Palma.[54] Parece que a Fidel Castro no le gustó el vino, lo que confesaría más adelante cuando pudo degustar mejores vinos chilenos. Lo que sí hay que anotar es que hacia 1970 estaba cambiando la atmósfera internacional en América Latina ante el tema de Cuba, y que el embargo contra la isla encontraba cada vez más críticos y no solamente en las filas de la izquierda.

## 1964: la dimensión internacional de las elecciones presidenciales

Entre abril y mayo de 1964 se decantaron las candidaturas. La de Salvador Allende lucía rozagante, con alguna seguridad de triunfo. El Partido Radical, arrinconado en su soledad aunque cotizado por las otras dos candidaturas, decidió mantener a Julio Durán de manera porfiada, quizás como una forma de poder jugar un papel en una elección en el Congreso Pleno, algo que se creía casi seguro. El Partido Liberal y el Partido Conservador intentaron entresacar algunas concesiones a Eduardo Frei. Este, que a su vez estaba en condiciones de exigir, declaró que no cambiaría una coma de su programa ni por un millón de votos.[55] La derecha tuvo que plegarse a su candidatura, lo que fue agradecido cumplidamente por Frei, pero no significaría después ningún reconocimiento de fondo, y tampoco trabajaron mucho por su campaña. La candidatura de Jorge Prat se vio arrinconada y tuvo que ser retirada.

---

[53] "Carta abierta a Pablo Neruda", La Habana, 25 de julio de 1966. La carta está firmada, entre otros, por Alejo Carpentier, Nicolás Guillén y Heberto Padilla. Este último se convertiría, pocos años después, en uno de los disidentes más famosos del régimen de Castro. La carta está publicada en el sitio web *Neruda*, de la Universidad de Chile, <http://www.neruda.uchile.cl>, visitado el 12 de febrero de 2013.

[54] Jorge Edwards, *Persona non grata*, versión completa (Barcelona: Seix Barral, 1982), pp. 51-52.

[55] La frase, que pronto se convirtió en una seña indeleble de identidad de la campaña y el proyecto político de Frei y la Democracia Cristiana, fue pronunciada por el entonces candidato a la presidencia en una concentración en Santiago el 25 de marzo de 1964. *El Mercurio*, 26 de marzo de 1964.

De esta manera se produjo por primera vez desde 1942 una clara polaridad entre dos grandes bloques. Es normal que en una elección de este tipo aun los que representan una cierta continuidad destaquen el aspecto de reforma y de modernización que podrían ofrecer. Fue el caso, muchas veces olvidado, de la candidatura de Luis Barros Borgoño de 1920; sobre todo era el caso de la apuesta de Gustavo Ross en 1938, en que la continuidad de un proyecto de gobierno era al mismo tiempo uno de desarrollo económico con activos que podía señalar con los dedos de la mano.[56]

Lo que sucedió en 1964, en cambio, fue que la polarización produjo dos alternativas que ponían el acento en la renovación total y hasta en la ruptura. La candidatura de Salvador Allende no era ninguna novedad en este sentido, aunque, más que hablar de la instauración de una sociedad socialista, se puso el acento en reformas que de alguna manera o eran apoyadas por todos los chilenos, o pocos se atrevían a rechazar con argumentos que pudieran pegar en el gran público: superar el control económico internacional, nacionalización del cobre, reforma agraria, lucha contra los monopolios, extensión de la educación y, por supuesto, todo tipo de apoyo para superar la pobreza.

En el plano internacional, el programa de Allende ponía el acento en la crítica a Estados Unidos y en la defensa de Cuba, y exponiendo en general una visión bastante bondadosa de las conductas internacionales de la Unión Soviética. En esta campaña el élan seguía siendo el marxismo clásico, si bien se cuidó mucho de no mostrar una cara confrontacional o de efectuar grandes amenazas de tipo social, como reconociendo dónde estaba su debilidad en términos de propaganda. Pero claro, representaba la orientación hacia los sistemas marxistas, aunque gran parte de su electorado simplemente quería y votaba por que le dieran "más a los pobres que a los ricos". Allende insistía en que la Revolución Chilena iba a ser impuesta por medios legales y que, salvo una muy pequeña minoría que de todas maneras no sería exterminada, nadie se vería desfavorecido con el socialismo. No cabía duda, eso sí, de que representaba y decía representar un rechazo radical al orden político en su más amplio sentido, un "sistema" que había que reemplazar de manera drástica.

Sucedía que el élan que dominaba la Democracia Cristiana tenía analogías con la candidatura de Allende y del marxismo en general. Es cierto que una gran carta de presentación, que sería también muy decisiva en los triunfos extraordinarios de septiembre de ese año y de marzo del siguiente, fue que era una alternativa

[56] René Millar, *La elección presidencial de 1920. Tendencias y prácticas políticas en el Chile parlamentario* (Santiago: Universitaria, 1982); Joaquín Fermandois, *Abismo y Cimiento: Gustavo Ross y las relaciones entre Chile y Estados Unidos, 1932-1938* (Santiago: Universidad Católica de Chile, 1997), pp. 51-56, 134-150.

clara y distinta a la del marxismo o comunismo. Muchos no vieron también que otro componente fundamental era la idea del cambio, del rechazo al pasado, de la conciencia no certera pero encendida de que el país se encontraba frente a una grave crisis.[57] Hemos dicho que esto tenía sus raíces últimas en una concepción mística de la política que caracterizó a la generación fundadora de la Falange en los años 1930.[58]

Si bien los democratacristianos en cuanto falangistas habían participado en algunos gabinetes a partir de 1938, apostaron a una oposición sin compromisos al gobierno de Jorge Alessandri, juzgando acertadamente desde un punto de vista de *realpolitik* que iban a ser favorecidos por el desgaste de esa administración. Esto, a la vez, era complementario a un purismo que los impulsaba a una visión no carente de utopía acerca de un nuevo orden cristiano e igualitario, aunque los líderes democratacristianos difirieran bastante al momento de dar ejemplos concretos acerca de ese futuro. Por ello la consigna de la elección de "Revolución en Libertad" no era una pura invención de marketing político, sino que reflejaba un rastro de milenarismo. Primero los llevaría a un triunfo sin precedentes y después a un aislamiento político reflejado en eso que no muy rigurosamente se ha llamado "los tres tercios".

La campaña de Eduardo Frei gozó del apoyo de sectores sociales y económicos que lo vieron como alternativa al comunismo. Pero esta campaña es más conocida porque Estados Unidos a través de diversas agencias puso todo su empeño en una ayuda sistemática para que su publicidad fuera abrumadora. Ya hemos hablado de cómo se gastaron más de cuatro millones de dólares, y cómo la CIA destacó todo un equipo para suplir la falta de grupos movilizados en la

---

[57] La idea de "crisis integral" del país como tesis fundamental de las candidaturas de Frei y Allende en 1964 es discutida en Cristián Gazmuri, Patricia Arancibia, Álvaro Góngora, *Eduardo Frei Montalva y su época* (Santiago: Aguilar, 2000), Tomo II, pp. 567-569.

[58] En una conferencia dictada en la Universidad Católica titulada "La política y el espíritu", publicada en el *Diario Ilustrado* el 18 de junio de 1934, Eduardo Frei afirmaba: "Lo político es de orden intrínsecamente moral; lo espiritual y lo temporal están íntimamente vinculados. Acabaron las separaciones de la época precedente. Lo religioso y lo político deben, manteniéndose distintos, estar virtualmente unidos. No es mediante alianzas aparatosas o de policía exterior, como en los tiempos del trono, y del altar, es en nosotros, allí donde está el reino de Dios, es en nuestro corazón y en nuestra vida privada donde deben ante toda cosa y ante todo tiempo estar unidas. Es allí donde nuestra vida religiosa y espiritual debe envolver, dirigir y vivificar desde el fondo del alma nuestras preocupaciones temporales y políticas; es el fuego mismo de la religión y del espíritu que debe irradiar en nuestra actividad política". En Pinochet de la Barra (selección y prólogo), *Eduardo Frei, Obras Escogidas*, pp. 64-65.

Democracia Cristiana, como los que podían poner en campaña los partidos de la izquierda. Esta propaganda agitó en especial la perspectiva de que el triunfo de Allende significaba que Chile pasaría a ser otro país comunista satélite de Moscú, con la destrucción de sus organizaciones tradicionales, incluyendo las fuerzas armadas. Algunos pósteres llegaron hasta el extremo publicitario de colocar a tanques soviéticos pasando frente a La Moneda, copiando una técnica que ellos creían había tenido mucho éxito en Italia en 1948.

Es imposible poder percibir cuánto influyó esto en el triunfo de Frei. En Italia, en 1948, la Democracia Cristiana ofreció en alianza con los países occidentales ser un ancla en un momento de privaciones y de caos, y después tuvo éxito al montarse sobre la sorprendente transformación social y económica del país en la década de 1950. En el caso de Chile, el apoyo económico norteamericano que se le entregó en estas elecciones le ayudó a que desplegara un extraordinario aparato organizativo, incluso haciendo palidecer la campaña de la derecha. No era sin embargo pura artificialidad. La Democracia Cristiana exhibió un fervor y una capacidad de movilizar entusiasmo popular —ya que extraía votos de todos los sectores sociales— que, antes que al dinero de la CIA, se debía al trabajo paciente y cargado de misticismo político que por casi tres décadas había llevado a cabo un núcleo de falangistas. Frei y los suyos supieron quedarse con el aire de la época y llamaron la atención de los norteamericanos porque hablaban un lenguaje político que era comprensible para ellos. Washington entendía el lenguaje del marxismo, ya que era su enemigo. No acababa de entender el lenguaje de la derecha, ya que era una cultura política sumamente extraña para la tradición norteamericana. Comprendía perfectamente el lenguaje de los democratacristianos, puesto que podía asimilarlo al liberalismo norteamericano en los rostros de Franklin Roosevelt y John Kennedy.

La enorme organización a través de la cual tanto la CIA como otras agencias norteamericanas canalizaron sus recursos surgía como marea en las radios, cuando estas eran todavía el gran medio de comunicación en el país. En algunas de ellas, que transmitían propaganda comercial y música popular, dejaban escapar de pronto una voz amigable que apelaba a un "vote por Frei", la que repetida incesantemente podía parecerse a los mensajes subliminales, donde no existe sonido articulado, pero sí existe comunicación. La misma campaña de Frei aparecía extraordinariamente bien dotada de medios: banderas, banderines, folletos, insignias, pendones, carteles, chapitas, elementos que en ese entonces tenían un costo considerable. Se añadían, además, innumerables camiones y micros para movilizar gente y elementos.

Esto no fue solo a favorecer la maquinaria del partido, sino que también a una red de agrupaciones surgidas de un temor anticomunista que se tradujeron en

diversas organizaciones gremiales y de mujeres, en donde se llegaba con cierto genio publicitario al chileno común y corriente de varios sectores sociales. Se crearon organizaciones *ad hoc* como el "Foro de la Libertad de Trabajo" y "Acción Chilena", que quería representar a las mujeres.[59] El mensaje central era el peligro comunista y que tras los mensajes seductores de la propaganda del FRAP la pretensión era fundamentalmente crear una dictadura comunista modelada en el tipo cubano. La insistencia en que el peligro real no era el Partido Socialista sino que el Comunista puede haber sido un elemento introducido por algún asesor norteamericano, pero, y esto hay que recalcarlo, reflejaba también una convicción profunda del antimarxismo chileno de que el Partido Comunista era el peligro más grave, porque implicaba una total sumisión a los dictados de Moscú.[60]

Aunque es muy difícil dar una respuesta concluyente a si esta campaña tuvo algún efecto, es probable que sí lo haya tenido. En 1964, el anticomunismo era una emoción más aguda que lo que sería en 1970. Llama la atención que en el curso de la campaña hasta el 4 de septiembre no haya habido denuncia ni distanciamientos ante esta propaganda de otros sectores, ni siquiera de la Democracia Cristiana, salvo los que provenían del FRAP y de sus simpatizantes. Esto indicaría que apelar a este temor y traducirlo en una conciencia de la necesidad de votar por Frei eran un manantial importante del cual se extraía provecho.

La ayuda externa no provenía solo de Estados Unidos, sino que también tenía fuentes europeas, en especial de la Democracia Cristiana italiana que entregaba aportes monetarios regulares, aunque de mucha menor cuantía que los que provenían de fuente norteamericana. También Estados Unidos había solicitado a Alemania Federal que asumiera un papel en proporcionar ayuda tanto a los gobiernos latinoamericanos como a fuerzas anticomunistas en el continente, aunque el apoyo de la Democracia

[59] Un extenso estudio de este tema se encuentra en Marcelo Casals, "Anticomunismos, política e ideología en Chile. La larga duración de la 'Campaña del Terror' de 1964" (Tesis de Magíster, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2012), pp. 468-517. Un estudio sobre las mujeres conservadoras de clase media y su postura y acción política en Ivonne Berliner, "Chilenas de sectores medios con valores conservadores como sujetos políticos: 1964-1989" (Tesis doctoral, Universidad de Chile, 2005), esp. pp. 181-256.

[60] Uno de los opositores más enconados de Salvador Allende y el FRAP en 1964 fue Marcos Chamudes, un antiguo diputado comunista que fue expulsado del partido en 1940 y, tras algunas experiencias en el extranjero, se volvió un portavoz destacado del anticomunismo. Durante la campaña presidencial de 1964, Chamudes sostuvo la idea de que Allende, en caso de ser electo, sería "un prisionero del Partido Comunista". Marcos Chamudes, *El libro blanco de mi leyenda negra* (Santiago: Ediciones PEC, 1964), p. 142.

Cristiana alemana a su congénere chilena solo se manifestaría en su plenitud después de las elecciones.[61]

Todo este panorama nos hace ver el papel político que adquirió la elección de 1964 en el escenario internacional, y en el contexto de la Guerra Fría esa rivalidad entre estados y entre sistemas que dominó a la política mundial entre 1945 y 1989.[62] Por ello, esta sería la más internacional de las elecciones presidenciales chilenas, más que la de 1970, al menos hasta la mañana del 5 de septiembre de este último año, cuando el triunfo en las urnas de Salvador Allende se transformó en un acontecimiento de alcance global. Era internacional, no tanto por la preocupación en tantas capitales y los recursos que de ellas afluían, incluyendo a Moscú por cierto. Lo pudo ser porque dentro de la sociedad chilena adquirió protagonismo la disputa entre marxismo y antimarxismo como resultado de una larga historia ideológica en la vida del país.

Eduardo Frei Montalva triunfó holgadamente el 4 de septiembre de 1964 y no por la ayuda de la CIA. Más bien fue a la inversa. Washington pudo apoyar a un aliado relativo porque este, por su propia historia, había logrado encarnar el liderazgo de una amplia corriente política en Chile. No solamente por haber sido Frei un gran orador, sino porque tuvo el genio y la habilidad para lograr aquello a lo que todo político aspira, que su visión del orden social se transforme en el punto de fuga del país político y de sus habitantes, los que miraron a este como depositario de sus temores y esperanzas. El triunfo de Frei y de la Democracia Cristiana en las elecciones parlamentarias de marzo siguiente significó un cambio político tan importante como la constitución de una izquierda marxista en las tres primeras décadas del siglo. Esto tendría una influencia profunda y finalmente decisiva en los nueve años que seguirían hasta 1973.

Eduardo Frei obtuvo 1.409.012 votos, lo que hacía un 55,6% del total. Su mayoría absoluta fue la gran sorpresa del día y la victoria, en términos del Chile de esa época, era absolutamente abrumadora. Se abriría ahora la época de los gobiernos democratacristianos; esto era lo que se suponía. Una pequeña descomposición de los sufragios hace ver un aspecto interesante: Frei solo obtuvo el 49,2% de los votantes masculinos, frente a un 44,7% de Salvador Allende, una diferencia bastante más estrecha. En cambio, obtuvo el 62,7% de los votos femeninos, confirmando la

[61] Georg Dufner, "Chiles Entwicklung, der Kalte Krieg und politische Experimente. Beziehungen in Politik und Wirschaft zwischen der Bundesrepublik Deutschland und Chile, 1949 bis 1980" (Tesis doctoral, Freie Universität Berlin, 2012), pp. 100-108, 115-126.

[62] Casals, "Anticomunismos, política e ideología", p. 545.

tendencia algo más conservadora de las mujeres, lo que sería una constante en los años siguientes, aunque también disminuiría algo.

Julio Durán quedó en un humillante tercer lugar, con 125.233 votos, apenas el 4,7% del electorado y sin ninguna posibilidad de jugar un papel de bisagra. Esto sería parte de la crisis del Partido Radical y su pérdida de influencia como centro político. Se suponía entonces que esta función sería asumida por la Democracia Cristiana, lo que determinaba una rivalidad sin cuartel entre ambas colectividades. En la medida en que siguieron siendo fuerzas de centro, y esto debe ser matizado, resultó en que el centro no podía entenderse entre sí.[63]

Salvador Allende quedó aplastado bajo esta derrota contundente. Obtuvo 977.902 votos, lo que era el 38,6% del electorado. Siendo su tercera candidatura, lo que ya ocasionaba chistes, parecía ser su última oportunidad. Parecía también que una mayoría decidida le iba a cerrar siempre el paso electoral a una coalición marxista. El país no quería un sistema similar al soviético o al cubano. Estas elecciones constituyeron el soplo inicial por el cual algunos sectores del socialismo y algunos jóvenes más apasionados con la vía armada comenzaron a desechar todo camino electoral para instaurar un Chile socialista.[64]

Pocos se fijaron en un aspecto del resultado: un candidato de la izquierda marxista se había empinado casi al millón de votos, una cifra entonces muy simbólica; más importante, era casi el 40% de los que efectivamente votaban, y solo se la podría derrotar uniendo a todos los otros grupos. De acuerdo a lo que afirmaría Luis Corvalán más adelante, el Partido Comunista fue el primero en sacar las conclusiones de este cálculo y se diseñaría una estrategia para dividir a los rivales.[65] Sin embargo, pocos, si es que alguno, dudaban que las elecciones habían sido el fin de la esperanza de un político, Salvador Allende.

En el continente se recibió con alivio el triunfo de Frei. Y, más que eso, se estaba seguro de que se había hallado una fórmula para renovar la democracia chilena

---

[63] Esta es la tesis central de Paul Sigmund en *The Overthrow of Allende and the Politics of Chile, 1964-1976* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1977), p. 272. Existen otros autores que ponen énfasis en la erosión del centro en sus análisis de la crisis de la política chilena de los años 1970: Arturo Valenzuela, *El quiebre de la democracia en Chile* (Santiago: FLACSO, 1989; original en inglés, 1978), pp. 143-218; Timothy Scully, *Los partidos de centro y la evolución política chilena* (Santiago: CIEPLAN, Center for Civil and Human Rights, University of Notre Dame, 1992; original en inglés, 1992), pp. 217-222.

[64] Cruz-Coke, *Historia Electoral de Chile*, p. 110.

[65] Luis Corvalán, "Abrir paso a la unidad", palabras pronunciadas en el acto de clausura del XIII Congreso Nacional del Partido Comunista, Teatro Caupolicán, 17 de octubre de 1965. Luis Corvalán Lépez, *Camino de victoria* (Santiago: Horizonte, 1971), pp. 135-142.

similar a lo que, tal como se veía entonces, había logrado Rómulo Betancourt en Venezuela, o lo que se había logrado en un escenario mayor y más grandioso, en la consolidación de los gobiernos de Alemania Federal, Francia e Italia después de la Segunda Guerra Mundial. Parecía un triunfo póstumo de John Kennedy. El caricaturista de *Topaze* tradujo esta sensación en un dibujo en que en el ring Frei noqueaba al candidato republicano Barry Goldwater y su plataforma radicalmente anticomunista, ya que le quitaba el argumento de que Chile iba a ser una segunda Cuba.[66]

Nada de esto opacaba la celebración de los acontecimientos. Jorge Alessandri fue aplaudido con entusiasmo, casi con delirio en la Parada del 19 de septiembre. Lo mismo en el cambio de mando, cuando regresó a pie por el medio de la calle, ya sin banda, dirigiéndose a su departamento en la Plaza de Armas; unas diez mil personas que se aglomeraron abajo en la calle lo obligaron a salir a saludar varias veces. Pero en realidad la fiesta pasaba en otra parte. Numerosas delegaciones europeas llegaron a Chile para el cambio de mando; de Estados Unidos vino Adlai Stevenson, candidato presidencial demócrata en las elecciones de 1952 y 1956. Todo Occidente se veía entusiasmado con la Revolución en Libertad. En la noche del día 3 de noviembre el presidente Frei invitó a gente humilde de su campaña y de sectores campesinos y poblaciones a la recepción a La Moneda. Por algunos meses todo siguió igual.



[66] *Topaze*, 11 de septiembre de 1964.

# Capítulo V

# El aire se renueva y se enrarece, 1965-1969

## El nuevo mapa político en 1965

Rara vez había habido en la historia republicana de Chile un comienzo tan auspicioso como el de Eduardo Frei Montalva, en especial tras el triunfo en las elecciones parlamentarias del 7 de marzo de 1965. Fue elegido por mayoría absoluta, acompañado de un movimiento fervoroso y con una movilización política que algo competía con la de los sectores marxistas. A nadie le cabía duda de que Frei era el líder de su partido y más allá de él. Venía acompañado de una simpatía de gran parte del continente, incluyendo al régimen militar brasileño, que sin duda lo veía como un mal menor. Tenía contrapartes de las que podía esperar mucho en Fernando Belaúnde en Perú y del Presidente de Argentina Arturo Illia.

La derecha y el Partido Radical habían pensado que Frei iba a tener que contar con ellos debido a su falta de mayoría parlamentaria. Sin embargo, al tremendo entusiasmo y a las promesas declaradas, en las cuales se creía ardientemente, se sumó una extraordinaria victoria en los comicios parlamentarios. La Democracia Cristiana obtuvo el 42,3% de los sufragios en la elección de diputados, casi un millón de votos, la cifra mítica de ese entonces. Eligió 82 diputados, logrando la mayoría absoluta en la Cámara, algo no visto en la historia de la Constitución de 1925. En el Senado subió de 2 a 13 senadores; por no haber llevado a más candidatos en Santiago, se quedó sin el número 14 y con unos miles de votos más en esa zona hubiera obtenido 15.[1] Desde el punto de vista puramente electoral, fue la más grande revolución en

[1] De acuerdo a las reglas del sistema electoral entonces vigente, la votación de la Democracia Cristiana en Santiago, sobre el 52% de los sufragios, le hubiera permitido elegir cuatro de los cinco cupos senatoriales de la circunscripción. Sin embargo, el partido solo presentó tres candidatos, por lo que el quinto escaño fue obtenido por el segundo candidato más votado del FRAP, Carlos Altamirano.

la historia política del período que va de 1932 a 1973. Parecía inaugurar una nueva era, lo que en cierta manera así fue. No pocos juraban, y no solamente en las filas del partido, que habría varios períodos de gobiernos democratacristianos. Habría un nuevo Chile, con un partido por largo tiempo liderando a todo el espectro.

Esa noche de la victoria insufló algo de soberbia inevitable en los líderes del partido y al equipo de Frei. Nadie pensó que era muy importante la no obtención del tercio en el Senado; no dejaría de ser una piedra en el zapato hasta 1969. De lo que todos sí se percataron como hecho evidente fue de la derrota que experimentó la derecha, que semejaba a un jaque mate. Liberales, conservadores y el sector de Jorge Prat sumaron apenas el 14% de los votos en la elección de diputados. Quedaron escasos seis diputados liberales y tres conservadores en la Cámara, que no alcanzaban ni para formar un comité. Mantuvieron cinco senadores que no iban a la reelección ese año, pero no eligieron a ninguno ese marzo de 1965. La derecha quedó aplastada no solo anímicamente, sino que parecía para siempre reducida a su mínima expresión. Como se decía entonces, en realidad ahora representaba exactamente a su sector social, el 10% de la población, según otra cifra de contornos míticos. Esto reforzaba la idea de que Chile estaba ante un cambio general e irreversible. La izquierda marxista logró mantener las posiciones de 1961 con un pequeño incremento, pero no alcanzaba a la cuarta parte de los votos. Esto reforzaba la impresión de que la situación del país se encontraba en una nueva realidad, que había un nuevo y duradero centro de gravedad.

**Elección de diputados, 7 de marzo de 1965**

| Partido | Votación | % | Diputados |
|---|---|---|---|
| Democracia Cristiana | 995.187 | 42,29 | 82 |
| Partido Radical | 312.912 | 13,30 | 20 |
| Partido Comunista | 290.635 | 12,35 | 18 |
| Partido Socialista | 241.593 | 10,27 | 15 |
| Partido Liberal | 171.979 | 7,31 | 6 |
| Partido Conservador Unido | 121.882 | 5,18 | 3 |
| PADENA | 74.583 | 3,17 | 3 |
| Independientes y otros | 73.672 | 3,13 | 0 |
| Nulos y blancos | 70.680 | 3,00 | |
| Total | 2.353.123 | 100 | 147 |
| Abstención | 567.492 | | |
| **Total inscritos** | **2.920.615** | | |

Fuente: Charles Parrish, Arpad von Lazar y Jorge Tapia Videla, *The Chilean Congressional Election of March 7, 1965: An Analysis* (Washington D.C.: Institute for the Comparative Study of Political Systems, 1967), p. 34; Ricardo Cruz-Coke, *Historia electoral de Chile, 1925-1973* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1984), p. 86.

El escenario político quedó así configurado con un gobierno que por primera vez desde 1925 se apoyó en un solo partido y que pensaba que no necesitaría una coalición con otras fuerzas políticas. Desde luego, nadie iba a pensar en la derecha como aliado. El que esta no presentara candidato presidencial y que sufriera una rotunda derrota en las parlamentarias, reforzó la idea de que se avecinaba una nueva fase política. En ella, el país se renovaría, reformando drásticamente a los sectores sociales y económicos que se supone constituirían de manera exclusiva a la derecha. La elección fue vista como un ajuste de cuentas que la haría desaparecer del mapa, al menos como un jugador de primera línea. No se pensó tampoco que la Democracia Cristiana tuviese que buscar un aliado en el único otro sector de centro que restaba, el Partido Radical, ni al parecer este lo soñó en ningún momento.[2] Algunos democratacristianos pensaban que los socialistas tendrían que apoyarlos, o que podrían aliarse con ellos. No sospechaban cuán profundo era el foso que los dividía. Teorizaban desde una realidad que no era la chilena. En una frase que devino famosa, el senador y dirigente socialista Aniceto Rodríguez declaró que al gobierno de Frei "le negarían la sal y el agua".[3] En realidad, esto no le quitaba el sueño a la Democracia Cristiana en marzo de 1965. El futuro parecía glorioso delante de ella.

Sin embargo, aunque el partido de gobierno demostraría tenacidad en su existencia por los siguientes cuarenta años, demostrando que pertenecía a una verdadera corriente de sentimientos y opinión en Chile, terminó en noviembre de 1970 con la sensación de que algo se había frustrado, de que había habido una lógica que no funcionó. ¿Cómo pudo ocurrir esto?

## Auge y crisis de la "Revolución en Libertad"

Se pueden explicar dos procesos simultáneos. Por una parte, el Gobierno jugó sus cartas en lo que consideraba cambios estructurales de la sociedad chilena. El

---

[2] Enrique Silva Cimma sin embargo, cuenta en sus memorias que Eduardo Frei Montalva hizo un serio intento por incorporar a radicales a su gabinete en 1968. En *Memorias privadas de un hombre público* (Santiago: Andrés Bello, 2000), pp. 263-267.

[3] Según el periodista comunista Eduardo Labarca, tras las elecciones de 1964, el senador democratacristiano Tomás Pablo se acercó a su colega socialista Aniceto Rodríguez y le manifestó que, dadas las circunstancias, ambos partidos debían acercarse. La respuesta de Rodríguez fue rotunda: "¡Eso creen ustedes! ¿No éramos los malos de la película? ¿No dijeron que éramos come-guaguas y que queríamos el paredón? Ahora que terminó la película dicen que somos buenos y nos buscan. ¡No esperen de nosotros ni la sal ni el agua!". Eduardo Labarca, *Chile al Rojo: reportaje a una revolución que nace* (Santiago: Horizonte, 1971), p. 129.

primero de ellos fue la Reforma Agraria. Este era todo un tema que había recorrido el siglo XX y que había tenido una primera cristalización con una ley de reforma agraria promulgada por Jorge Alessandri en 1962.[4] Esto lo hizo más por presión del Partido Radical y de la Alianza para el Progreso que por un convencimiento de que era el método para lograr un desarrollo agrícola y un mejoramiento del campesinado. Aparte de distribuir tierras fiscales entre campesinos, no hubo mayor cambio en este sentido.

Entre 1964 y 1967, el gobierno de Frei hizo uso intensivo de esta legislación, expropiando una cantidad importante de propiedades generalmente de grandes extensiones, aunque no siempre mal explotadas. En 1967, por una abrumadora mayoría se aprobó una nueva ley de reforma agraria que sería la que también empleó más adelante la Unidad Popular. Ello les dio un poder formidable al Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP) y a la Corporación de la Reforma Agraria (CORA), que se empleó de manera generosa y muchas veces implacable contra los propietarios, aunque hasta 1973 no se creó ni un solo propietario individual. El principal responsable, Jacques Chonchol Chait, había asesorado al gobierno de Fidel Castro en la reforma agraria cubana y era partidario de la propiedad colectiva de la tierra, aunque él la llamara comunitaria.

La economía agraria de Chile escasamente cambió por esta legislación, mas la Reforma Agraria pasó a ser una realidad política y social que ejerció un embrujo en la mentalidad colectiva de los chilenos, en general, con aprobación. Paralelamente, creó un odio inextinguible en un sector numéricamente pequeño de propietarios expropiados o de muchos que se sintieron amenazados, y que también retumbó más allá del agro en quienes tenían alguna relación sentimental con el campo. Este proceso podía sentar las bases de una crisis, pero no desató ninguna hasta 1970, ya que los sentimientos sociales en Chile en general simpatizaban con la Reforma Agraria. Esto le dio votación campesina a la Democracia Cristiana, aunque hacia el final del período la derecha había comenzado a recuperar al menos una parte del influjo que antes poseía.

En otro plano, en donde se dio una reforma que aparecía sustancial fue en la Chilenización del cobre. Había sido una respuesta en plena campaña electoral a la demanda de Allende por simplemente nacionalizar el cobre, aunque sin entregar mayores datos de cómo debía hacerse. Eduardo Frei ofreció un proceso algo extendido

[4] María Antonieta Huerta, *"Otro agro para Chile". Historia de la reforma agraria en el proceso social y político* (Santiago: CESOC, 1989), pp. 151-178.

en el tiempo, de gradual traspaso a propiedad chilena. En una negociación apoyada por el Departamento de Estado y por la misma Kennecott —que veían la necesidad de hacer ajustes políticos, ayudando de paso al gobierno chileno—, Chile compró el 51% de la propiedad de El Teniente, logrando también mayor injerencia en la administración de la mina, aunque en lo básico esta siguió en manos de la empresa norteamericana. Compró una cuarta parte de la propiedad de La Exótica, una mina de propiedad de Anaconda más pequeña que Chuquicamata. Anaconda se negó a negociar esta última, aunque se comprometió a aumentar la producción. La legislación tuvo que ser aprobada con el apoyo de la derecha, ya que la izquierda y los radicales se opusieron tenazmente a ella, en la política de considerar cualquier acuerdo que pudiera favorecer a los norteamericanos como una "entrega al imperialismo".

En 1969, cuando la presión por nacionalizar se hizo insoportable, el gobierno de Frei llegó a un acuerdo con la Anaconda y compró el 51% de Chuquicamata, en lo que se llamó Nacionalización Pactada, aunque el peso de la administración seguiría por un tiempo en manos de la empresa. Esto cambiaría cuando, de acuerdo al compromiso, Chile comprara el restante 49%. La negociación fue intermediada por el embajador Edward Korry, que tuvo un extraordinario protagonismo, ya que quería diluir toda fuente de posible conflicto. Dejó satisfechas a las dos partes, pero de ninguna manera a la izquierda. Esta reclamaba que no había por qué pagar tanto y que una vez llegados al Gobierno nacionalizarían de un plumazo. El convenio se hizo posible por el apoyo de la derecha, feliz de sumarse a una causa "nacionalista".[5] La izquierda en cambio diría que era otro argumento para no aceptar jamás un acuerdo electoral con la Democracia Cristiana ni con Radomiro Tomic, el candidato democratacristiano a la presidencia en 1970, ya que habían "entregado las riquezas de Chile", combinación de excusa y de creencia genuina.[6]

Tal como la Reforma Agraria, el tema de la nacionalización se había instalado en el debate chileno y era mirado como algo necesario e inevitable por todos los responsables. Es discutible que, medido en dólares, el fisco chileno fuera a recibir mucho más por la nacionalización. En los hechos, casi todos creían que era necesario que Chile poseyera su cobre, lo que llevaría el proceso hasta su final ineluctable con la nacionalización sin compensación llevada a cabo por Salvador Allende.

---

[5] Joaquín Fermandois, Jimena Bustos y María José Schneuer, *Historia política del cobre 1945-2008* (Santiago: Bicentenario, 2009), pp. 101-114.

[6] En sus memorias, Pablo Neruda afirmó que le dijo a Tomic que esta era la razón por la que no podían apoyarlo. Suena a excusa. *Confieso que he vivido* (Santiago: Pehuén, 2008; original, 1974), p. 467.

El gobierno de Frei llevó a cabo otras iniciativas, aunque en muchas de ellas no siempre es fácil distinguir qué había de propaganda estatal y qué de realidad. La más relevante parece haber sido la reforma educacional, que en muchos sentidos sería de las más importantes en la segunda mitad del siglo XX. Esto fue tanto en la estructura misma de la educación primaria y secundaria, como en el aumento del financiamiento para extender la educación y en una vasta construcción de nuevos establecimientos.[7] Hubo otro gigantesco incremento de los fondos a la educación superior, aunque muchas veces esto fue impelido por el proceso de reforma universitaria, que llevó a un crecimiento muchas veces poco razonable de aquella, en proporción a lo que desde entonces se llamaría educación básica y media. La cuestión universitaria terminaría siendo devorada por la polarización política en los años siguientes.

También hubo iniciativas en políticas de vivienda, aunque claramente aquí se continuó sobre un esquema elaborado con bastante genialidad por la administración de Jorge Alessandri y su ministro Eduardo Gomien Díaz. Lo mismo en una serie de iniciativas de obras públicas a lo largo del país que eran ampliamente publicitadas, aunque no está claro en qué medida constituían una continuidad de las labores del Estado. De alguna manera, sin embargo, para una parte amplia del país, imposible de afirmar si mayoría o minoría, de la administración de Frei emergía un aire de dinamismo y de cambio. La consigna de "todo debe cambiar" parecía realizarse. Esto era también un talón de Aquiles. Por las promesas, por la intensidad comunicacional que hasta 1967 llegó a incluir una cadena radial obligatoria de 15 minutos todos los días a las 14 horas que llegó a provocar irritación, se producía también un ánimo de frustración porque la vida cotidiana no parecía responder a todos estos anuncios. Hubo asimismo lo que se llamó entonces la "revolución de las expectativas", en parte por la cultura de los 1960 y en parte porque cada día se aceptaba menos el que las cosas no cambiaran "de verdad". Y aunque parezca contradictorio, toda época de cambio acelerado produce también en las clases medias una cierta angustia ante lo nuevo, de lo que nace un impulso conservador.

El resultado económico de la administración Frei puede perfectamente ser comparado con el de Jorge Alessandri. Los índices se corresponden bastante. En los dos casos hubo éxitos iniciales en el combate a la inflación y en el crecimiento económico. Después las cosas se pusieron difíciles, para entregarse en el último momento un panorama un poco más optimista, aunque en el caso de Frei no hubo

---

[7] Cristián Gazmuri, Patricia Arancibia, Álvaro Góngora, *Eduardo Frei Montalva y su época* (Santiago: Aguilar, 2000), Tomo II, pp. 743-745; Patricio Rojas, *Tiempos difíciles: mi testimonio* (Santiago: Aguilar, 2013), pp. 19-39.

algo así como la crisis de las divisas de 1961-1962, en gran medida por el alto precio del cobre. Sin embargo, en la línea de la economía política del "sistema CORFO" aparecía como natural incrementar el gasto fiscal y el papel del Estado en la economía, ello a pesar de que Frei y sus ministros de Hacienda —Sergio Molina Silva, Raúl Sáez Sáez y Andrés Zaldívar Larraín— estaban conscientes de que también había que darle nuevos bríos a un empresariado temeroso de invertir.

Más todavía que Alessandri, el gobierno de Frei gozó de bastante ayuda internacional, solo que esta no era "bastante" para los criterios de los chilenos. Este problema fue constante desde el gobierno de Pedro Aguirre Cerda hasta el de Salvador Allende inclusive, y tiene que ver con lo que llamamos "mentalidad de subsidio": creer que de alguna manera o debe llegar una ayuda externa considerable o que algo se le debe al país.[8] El consenso por la nacionalización del cobre tiene mucho que ver con esta mirada.

La inflación fue durante los 30 años que terminan en 1973 el flagelo más sufrido por los chilenos, en cuanto era algo que se experimentaba en la más simple cotidianeidad.[9] A pesar de que la administración Frei, siguiendo la campaña electoral, determinó reajustes anuales que como mínimo debían cubrir la inflación, esta tenía otras causas y seguía desarrollándose. Cuando en una medida con algún toque de desesperación en 1967 y 1968 intentó cambiarse esta política, sobre todo durante el ministerio de Raúl Sáez, la oleada de huelgas y de paros generales decretados por la CUT la aventaron. A propósito de esto, el mismo Sáez, un prototipo brillante de las décadas de la CORFO (Corporación de Fomento de la Producción), llegó a estar muy consciente acerca de que el país tenía que limitar sus demandas y que la economía tenía que crecer, porque solo así podía siquiera comenzar a pensarse en la satisfacción de aquellas. Salió frustrado del Ministerio de Hacienda después de un mes de haber estado a su cargo (15 de febrero-15 de marzo de 1968).

Desde 1967 a 1969 se desarrollaron movimientos huelguísticos que hicieron que, en términos de lo que era la época, la sangre llegara varias veces al río. A esto se unieron las consecuencias de la reforma universitaria con una gran movilización

---

[8] Joaquín Fermandois, "El sistema CORFO y la época del 'subsidio' en Chile, 1939-1973", *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y de América*, Vol. 1, No. 2, 2002, pp. 23-52.

[9] Un estudio sobre la inflación en Chile hasta 1955, año en que el gobierno de Ibáñez contrató a la Misión Klein-Saks para recomendar medidas de estabilización tendientes a disminuir este índice, en Adolfo Ibáñez, "La inflación en Chile. Desarrollo y características entre 1939 y 1955", en Juan Pablo Couyoumdjian (editor), *Reformas económicas e instituciones políticas: la experiencia de la Misión Klein-Saks en Chile* (Santiago: Universidad del Desarrollo, 2011), pp. 15-60.

estudiantil, que se dejó sentir en la calle y dio la impresión de un destello de caos que podría llegar al país. En cierta medida, todo esto fue producto de políticas desarrolladas desde el mismo Gobierno y del Partido Demócrata Cristiano. Su programa establecía la promoción del movimiento sindical, en especial en el campo, y la entrega de más poder a organizaciones sociales como las juntas de vecinos. Muchos de estos cambios podrían ser considerados normales en cualquier democracia y de esos sectores no surgieron solamente impulsos de cambio radical, sino que en la politización posterior en los años de la Unidad Popular también hubo quienes se identificaron con el sector antimarxista. Nada quita que en el contexto de esos años fuera otro factor de la movilización general que contribuyó a crear más fosos ideológicos en la sociedad chilena.

Las demandas llegarían incluso al Poder Judicial y, entre medio de todo ello, a las fuerzas armadas. Esto último es harina de otro costal, e implicó un primer paso hacia una politización de los uniformados. El "Tacnazo" del 21 de octubre de 1969 demostró que, junto a la solidez institucional en Chile que ciertamente existía y que en esos momentos hacía del país una real excepción en el Cono Sur, también había arenas movedizas. Era parte de una crisis política en ciernes. Y una parte de esa crisis se dio en el propio partido de gobierno.

En efecto, la mayoría de los dirigentes estudiantiles y de la juventud del Partido Demócrata Cristiano junto con algunos parlamentarios y militantes de antigua data sentían que no había ocurrido una real revolución, que se habían traicionado las esperanzas de los votantes de 1964, que el "sistema" en realidad no había cambiado. También que el aliado natural de un proyecto revolucionario tenía que ser la izquierda y querían aproximarse a ella, aunque esta no expresara jamás en todos estos años el más mínimo deseo de arrojarle un salvavidas a la administración Frei o a su partido. Este sector insistía en que la identidad real del partido era el combate contra la "oligarquía", contra la derecha, contra el imperialismo. Por un momento entre 1967 y 1968, con el senador Rafael Agustín Gumucio Vives a la cabeza, más un símbolo que un líder, lograron dominar la dirección del mismo y asociarlo a lo que se llamó la "vía no capitalista de desarrollo", vale decir, un modelo demasiado parecido al que propugnaban las revoluciones marxistas, al menos en su primera etapa.

A comienzos de enero de 1968, en la Junta Nacional celebrada en Peñaflor, con intervención del propio Eduardo Frei, los sectores más moderados del partido recuperaron la dirección en una ajustada votación de 237 contra 235 votos. Se demostraba la penetración de ideas más radicales en la estructura del partido, y la división quedó latente. Los votantes en las elecciones generales y la vieja guardia del partido se identificaban con la idea política de Eduardo Frei, pero una *intelligentzia*

significativa le prestaba su alma a un proyecto alternativo.[10] Después de las elecciones parlamentarias de 1969 dejaron el partido y se aproximaron a la izquierda marxista; algunos hasta la sobrepasaron. El antiguo milenarismo que había estado vivo en los hombres de la Falange seguía su camino en búsqueda de una meta absoluta que la mayoría de esta sensibilidad halló en la política de la Unidad Popular.

Nada de esto impidió que la figura de Eduardo Frei siguiera concitando admiración. No sería demasiado aventurado afirmar que, si hubiera existido el tipo de encuesta que sería común cuatro décadas después, su tasa de aprobación podría fijarse en alrededor del 50%. La Democracia Cristiana bajó bastante en las elecciones de 1969, alcanzando un 29% de los votos. Esta votación, como se explicará más largamente después, sería bastante estable hasta el año 1973 y en su abrumadora mayoría obedecía a una identificación con la idea y con el prestigio político de Eduardo Frei. El Partido Demócrata Cristiano continuó siendo con mucho el mayor del país por todos estos años, con un mayor caudal de votos que el que tuvo el Partido Radical desde la década de 1930 hasta comienzos de 1960. Esto no impidió que perdieran las elecciones presidenciales de 1970 porque se habían formado tres tercios irreconciliables entre sí.

## Crisis y persistencia en la izquierda

Muchos sectores de la izquierda reaccionaron con frustración ante la derrota de 1964. El camino electoral parecía inevitablemente desechado. Consistía en una trampa que le quitaba potencia al pueblo organizado, a proletarios y a campesinos. Habría que tomar otras formas de lucha. En una cultura política en la cual el embrujo por el ejemplo cubano había calado tan hondo, era fácil abandonarse a la idea de que algo o mucho de esa estrategia revolucionaria debía y podía reproducirse en Chile. En los socialistas se consideró que la derrota favorecía la "lucha revolucionaria" y que "la revolución es una sola", que no se puede llevar a cabo de manera "exclusiva por la vía institucional", sino que "el partido tiene un objetivo, y para alcanzarlo deberá usar los métodos y los medios que la lucha revolucionaria haga necesarios".[11] Ya se mostraba claramente una dificultad que plagaría las relaciones

[10] Cristina Moyano, *MAPU o la seducción del poder y de la juventud. Los años fundacionales del partido-mito de nuestra transición (1969-1973)* (Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2009), pp. 91-97.

[11] Texto en "Resoluciones del XXI Congreso General Ordinario del Partido Socialista", 26-29 de junio de 1965, Linares. En Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile* (Santiago: Prensa Latinoamericana, 1971), Tomo II, pp. 112-ss.

con los comunistas, el que los socialistas no querían más alianzas con "fuerzas de la burguesía", como seguirían reclamando los primeros.[12] De esta reacción socialista surgieron dos tendencias que ejercerían una señalada influencia hasta 1973 e incluso más allá de ese año.

La primera de ellas fue el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), fundado por algunos jóvenes salidos del socialismo o que se incorporaban a la vida política en medio de esta experiencia excitante. Inmersos en la teoría leninista y castrista —y algo del trotskismo—, bebían de ellas en los movimientos estudiantiles y en especial en la Universidad de Concepción —que tenía la fama de ser la más radicalizada hacia a la izquierda en toda esta época, y que se encontraba en una provincia muy de izquierda— o en el Pedagógico de la Universidad de Chile. Desde un primerísimo momento se organizaron para la vida clandestina con una meta de mediano plazo de lucha armada. Comenzaron entrenamiento militar y algunos de ellos fueron a Cuba a recibir formación militar más rigurosa. Las acciones propiamente armadas comenzaron en 1968 y 1969 para, como se dijo, ser detenidas por Castro para no crear problemas a la candidatura de Salvador Allende. Desde los nacis de la década de 1930, fue la primera juventud chilena cuyos modelos de heroísmo y de aventura los llevarían a propugnar y finalmente a desarrollar una lucha armada con fines políticos. Nunca llegaría a ser un grupo mayor que unos pocos miles de militantes. A cambio de eso, ejerció un poder que era no pequeño, propio a todo movimiento organizado, decidido y que actúa en un espacio en el que la radicalización juega un papel.[13]

La segunda tendencia fue que en el Partido Socialista se hizo más audible y finalmente abrumadora la identificación con la táctica y la estrategia leninista y el espíritu guevarista, hasta culminar con el Congreso de Chillán de noviembre de 1967, donde se proclamó de manera explícita la orientación hacia el camino revolucionario como medio y como fin, y la necesidad de "convertir el camino de la revolución chilena en un camino continental que desemboque a las anchas avenidas de la revolución mundial."[14] En el Congreso se clausuró de manera explícita la "vía electoral" y se propugnó en cambio la "vía armada":

---

[12] Informe sobre la visita de una delegación del SED al XIII Congreso del Partido Comunista de Chile, 10-17 de octubre de 1965. BA, DDR, DY 30 IV A 2/20/718.

[13] Para este tema está la monumental tesis de Eugénia Palieraki, "Histoire critique de la 'nouvelle gauche' latino-américaine: Le *Movimiento de Izquierda Revolucionaria* (MIR) dans le Chili des années 1960" (Tesis doctoral, Université Paris I, 2009), esp. pp. 569-587.

[14] "El Partido Socialista en la lucha mundial y continental por el socialismo", *Punto Final,* 22 de noviembre de 1967.

> 1.- El Partido Socialista, como organización marxista-leninista, plantea la toma del poder como objeto estratégico a cumplir por esta generación, para instaurar un Estado Revolucionario que libere a Chile de la dependencia y del retraso económico y cultural e inicie la construcción del Socialismo. 2.- La violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Denuncia necesaria del carácter represivo y armado del estado de clase (…) sólo destruyendo al aparato burocrático y militar del estado burgués, puede consolidarse la revolución socialista. 3.- Las formas pacíficas o legales de lucha (reivindicativas, ideológicas, electorales, etc.) no conducen por sí mismas al poder. El Partido Socialista las considera como instrumentos limitados de acción, incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada.[15]

Nunca en la historia moderna de Chile se había dado una declaración con este tono beligerante e insurreccional, nunca una que saliera de un partido con representación significativa en el Parlamento, cuyo Senado era presidido por uno salido de sus filas, Salvador Allende. Por sí sola debiera haber provocado un debate constitucional acerca de la legitimidad y legalidad de un partido que abrazara este propósito. Si no fue así, era porque no se le quería tomar en serio, porque se pensaba que eran bravatas, para no hacer problema. Por eso era mejor, en jerga chilena, "hacerse los lesos".

Se podrían repetir hasta el infinito las declaraciones socialistas sobre revolución y "vía armada". Un informe interno de los socialistas afirmaba que "(e)l Partido Socialista aspira a una progresiva conformación de *una dirección internacional de los socialistas revolucionarios*", cuyo único límite es que no haya ningún partido o Estado que monopolice la dirección.[16] Quizás esto último puede ser una alusión a la Unión Soviética. Nada menos que Clodomiro Almeyda, que más adelante condujo una política exterior muy pragmática y en las apariencias no empujó a un enfrentamiento en lo interno, ponía un acento *ultrista* en la atmósfera de los sesenta:

> (Para derrotar al gobierno chileno) es necesario que la izquierda aspire realmente al poder para capturarlo para sí, y no limite sus ambiciones a ser un grupo de presión que desde afuera vaya obteniendo sucesivas "conquistas" economicistas o aumentando el número de parlamentarios (….) La forma que en un país como Chile pueda asumir la fase superior de la lucha política (…) yo me inclino a creer que es más probable que tome la forma de una guerra civil revolucionaria, a la manera española, con intervención extranjera, pero de curso más rápido y agudo.[17]

---

[15] "Resolución del XXII Congreso General Ordinario del Partido Socialista", Chillán, 24-26 de noviembre de 1967. Cit. en Jobet, *El Partido Socialista de Chile*, T. II, p. 130.

[16] *Punto Final*, 22 de noviembre de 1967. Énfasis en el original.

[17] *Punto Final*, 22 de noviembre de 1967.

Los términos "violencia" y "agudo" tendrían amplia consecuencia y significación en Chile, y es difícil ignorar la potencia de disrupción que contienen estas palabras.

Del dicho al hecho hay mucho trecho, pero los cambios semánticos llevan consigo su propia dinámica. En todo caso, era una señal muy decidora de ruptura con el espíritu institucional que hacía posible la democracia chilena, no obstante las limitaciones que esta tuviera. En realidad, salvo enviar algunos militantes a entrenamiento militar a Cuba, de mantener contactos con una izquierda militarizada en América Latina y de crear un "aparato de seguridad", es decir, un sistema de clandestinaje que por sí es extraño a un sistema de partidos democráticos, no sucedió mucho más en el partido. Sin embargo, esto iría forjando una voluntad política del todo o nada que finalmente se expresó en los años de la Unidad Popular.

Una fuerza que hacía contrapeso a esta tendencia era la necesidad que tenía el Partido Socialista de mantener su alianza con el Partido Comunista —ambos se requerían mutuamente—, que participaba del objetivo final pero que proponía otra estrategia.[18] Por mucho que Cuba y hasta la China de Mao fueran grandes ejemplos, los socialistas fueron acercándose al bloque soviético, especialmente en un nuevo modelo que hallaron, la República Democrática Alemana, adonde ya en 1965 viajó Aniceto Rodríguez, entonces secretario general. No dejó la menor duda de que los veía como aliados estrechos.[19] Lo mismo les dijo Salvador Allende la primera vez que viajó a Berlín Este, en 1966. Les añadió que le parecía que los países socialistas no habían comprendido del todo el significado de la lucha del pueblo chileno; que él, Allende, cumplía "el mismo papel que Fidel Castro, salvo que lleva a cabo su lucha con medios pacíficos".[20] Repetiría lo mismo varias veces. Esta era un alma de Allende. Esta incluía como finalidad, habrá que sospechar, que la alianza con sectores no marxistas significaba la subordinación de estos a las fuerzas marxistas-leninistas,

[18] Cuando se estaban anudando las relaciones con el régimen comunista de Alemania Oriental, este insistía en el peso de su propia construcción del socialismo, con el llamado "Frente Nacional". De Ulbricht a Luis Corvalán, 1 de abril de 1965. BA, DDR, DY 30 IV A 2/20/714.

[19] Informe de Horst Bittner, embajador en Moscú, a Comité Central del SED, 5 de noviembre de 1965. BA, DDR, DY 30 IV A 2/20/276.

[20] Informe sobre opiniones de Salvador Allende durante su visita, 7 de julio de 1966. BA, DDR, DY 30 A 2/20/724. En Alemania Oriental lo repitió varias veces, ya que hay distintos informes sobre esta idea redactados por manos diferentes. Otro en Protocolo dirigido a Herbet Eichhorn, 4 de julio de 1966. BA, DDR, DY 6 VRSL. 0518/2. Esta traducción, como todas en este libro, es del autor.

ya que veía en los democratacristianos de Alemania Oriental —un grupo artificial— un modelo para los homónimos chilenos.[21]

Allende además había solicitado una amplia gama de ayuda para el Partido Socialista y una alianza formal entre el "Frente Nacional" —organización de cobertura, ficticia, que unía a "todos" los partidos políticos alemanes— y el FRAP. Sí debió explicar sus diferencias con los comunistas chilenos en torno a la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). La ayuda a los socialistas y a la izquierda chilena tendría como objetivo golpear "al imperialismo ahí, donde es más sensible", según afirmaba Allende. Pedía también que se enviara una delegación de democratacristianos (otra organización ficticia) de la Alemania Oriental a Chile, ya que allí sería una novedad.[22] La aproximación al régimen comunista de Alemania era un contrapeso a las diferencias reales que había con los comunistas, sobre todo en el propósito de estos últimos de aceptar una alianza con sectores de la "pequeña burguesía" (es decir, no marxistas), algo terminantemente rechazado por los socialistas.[23]

La otra alma apareció en un acontecimiento de gran simbolismo, aunque no se debe olvidar la anterior. En enero de 1966 se realizó en La Habana la llamada Conferencia de Solidaridad Tricontinental con la Revolución Cubana, en donde diversos partidos y movimientos del Tercer Mundo solidarizaron con el régimen de Castro y con la lucha armada como método para obtener una liberación de los pueblos, lo que implicaba el establecimiento de sistemas socialistas análogos al cubano. La delegación más entusiasta de parte de Chile fue la de los socialistas, siendo su cabeza visible el mismo Salvador Allende, quien quedó a cargo de la rama latinoamericana de lo que ahora se llamaba la Tricontinental.

La situación, no sin ribetes de tragicomedia muy propia de la política regional, creaba una imagen de contradicción y también un problema de fondo. La vía armada era en las formas y en el fondo incompatible con la creencia en las instituciones

---

[21] De Salvador Allende a Gerald Götting, Presidente de la CDU, Democracia Cristiana de la RDA, 19 de julio de 1966. BA, DDR, DY 6 VORL. 0518/1. En la carta Allende solicitaba que se invitara a la RDA a una serie de democratacristianos chilenos del ala izquierda del partido. Añadía que en la carta formal no se lo nombrase a él, Allende.

[22] Memorandum, Berlín, 19 de septiembre de 1966, de notas manuscritas de una conversación con Salvador Allende de julio de 1966. BA, DDR, DY 6 VORL. 0518/2.

[23] La visión de los comunistas era apoyada por la Unión Soviética y por el Partido Socialista Unificado (SED, por su sigla en alemán) de Berlín Este. Ya la delegación de este último que asistió al XIII Congreso del Partido Comunista de Chile, en octubre de 1965, anotaba esta diferencia con los socialistas, y se nota la aprobación hacia los comunistas. Informe de la delegación de SED, s/f. BA, DDR, DY 30 IV A 2/20/718.

chilenas, y los adversarios de Allende se lo echaron repetidamente en cara. Planteaba en principio un problema internacional para Chile, ya que el presidente del Senado podría propiciar y apoyar movimientos armados en países latinoamericanos con los cuales Chile mantenía relaciones diplomáticas, a veces muy buenas relaciones. Desde luego era el caso de los países vecinos, toda una cruz para el Chile de los siglos XX y XXI. El dilema no estalló en esos años porque no hubo ocasión, o se careció de la voluntad para que el presidente de la OLAS pusiera en práctica sus ideas, salvo en una ocasión.

En efecto, en febrero de 1968, tras la ejecución de Ernesto Guevara cuatro meses antes, después de ser tomado prisionero a raíz del foco guerrillero que intentó establecer en Bolivia, tres sobrevivientes de su hueste pidieron refugio en Chile tras cruzar a pie la cordillera. El gobierno chileno se vio ante una situación un tanto bochornosa. Existía una tradición de recibir asilados de países vecinos después de que aquellos hubiesen sido derrocados o derrotados en una revuelta de hecho. Era así porque no afectaba a la vida política chilena. Esta vez eran palabras mayores por lo que significaba la guerrilla de Guevara y la dimensión interamericana del caso.

A Salvador Allende no le cupo duda alguna y desde un comienzo puso toda la fuerza de su cargo para que se les brindara protección y no se les entregara a las autoridades bolivianas. Cuando el gobierno los expulsó, enviándolos a Isla de Pascua como primera etapa de su destino de Tahití y Europa, Allende por su cuenta viajó a la posesión chilena para acompañarlos y asegurarse de que "no los raptara la CIA"; fue profusamente fotografiado jugando ping-pong con ellos. En sus declaraciones, el presidente del Senado no dejaba ninguna duda de que su solidaridad era completa con los medios y con los fines de la guerrilla de Guevara.[24] Él mismo declararía en múltiples ocasiones posteriormente que los dos líderes que más admiraba eran Guevara y Ho Chi Minh.[25] Esta fue la ocasión de una célebre caricatura de Jorge Délano, Coke, de Allende como la figura del rey de corazones donde en un extremo de la carta aparece como el monarca absoluto, elegante y consciente de su poder y en el otro aparece investido de los rasgos de un líder guerrillero.[26] Los adversarios de Allende la leyeron como las dos almas del político chileno, como el gran burgués

[24] En la sesión del Senado del 12 de marzo de 1968, Allende calificó a los guerrilleros como "soldados de la independencia latinoamericana". *Diario de Sesiones del Senado*, 12 de marzo de 1968.

[25] Ver, por ejemplo, "Allende habla con Debray", *Punto Final*, 16 de marzo de 1971, pp. 33-36.

[26] Reproducido en Gonzalo Vial y Mónica Cerda, "Allende", número 2. *La Segunda*, 8 de agosto de 2003.

con pretensiones de grandeza por un lado, y, por el otro, el guerrillero potencial, émulo de Castro y de Guevara. Algo había de esto.

La declaración de los socialistas y las actitudes del mismo Allende no hacían más que soplar con mayor intensidad en esta caldera, que era promover por medios institucionales una meta ajena al espíritu de la democracia chilena y ahora también a sus métodos, aunque se efectuara en muy baja intensidad. En todo caso, en el ambiente del Partido Socialista, la gran mayoría de sus líderes y los militantes más activos se fueron poco a poco dejando dominar por la conciencia de que no existía mayor alternativa a una vía armada si es que las elecciones no les franqueaban ni el gobierno ni el poder. Era un estado de ánimo que parecía indicar que la elección de 1970 sería la última oportunidad que le darían a la vía pacífica. Dentro del Partido Socialista, solo Salvador Allende proclamaba para Chile la prioridad de esta vía, aunque a la vez no desmentía en absoluto, sino que reafirmaba el valor político y moral de la experiencia de Castro y Guevara.[27]

Fue el estado de ánimo también que hace comprensible que para el "Tacnazo", en octubre de 1969, los socialistas se entusiasmaran con la posibilidad del surgimiento de oficiales que correspondieran a un nacionalismo de izquierda, quizás modelado en el proceso que se estaba desarrollando en Perú. Incluso quienes disintieron de la corriente que estaba dominando al Partido Socialista, gente como los senadores Raúl Ampuero Díaz y Tomás Chadwick Valdés, fundadores de la Unión Socialista Popular (USOPO) en 1967, no diferían mayormente ni en la meta ni en el método propuesto; había solo una diferencia de matices con la directiva de Aniceto Rodríguez y la corriente al final imparable representada por Carlos Altamirano Orrego. Curiosamente, algunas ideas de Ampuero se aproximaban más a Allende, en cuanto estimaba apreciar algunos elementos de las instituciones "burguesas" que podían ser consideradas conquistas de los sectores populares. En lo demás tenían la misma visión acerca del valor de la Revolución Rusa y la Unión Soviética o de la Revolución Cubana. Se trataba de un combate entre caudillos políticos donde se disputaban el mismo aparato y no sobre una visión política.[28]

[27] En una entrevista concedida a la periodista de reconocidas simpatías derechistas Silvia Pinto en 1968, Allende dejaba ver la ambigüedad potencial de su postura respecto de la vía armada: "La responsabilidad de la determinación de las tácticas no depende de los revolucionarios sino de los detentadores de las ventajas del *statu quo*. Por eso, la violencia revolucionaria es la respuesta a la violencia reaccionaria. A los que mantienen la injusticia por la fuerza solo puede oponerse la fuerza". *El Mercurio*, 1 de septiembre de 1968.

[28] Marcelo Casals, *El alba de una revolución: la izquierda y el proceso de construcción estratégica de la "vía chilena al socialismo" 1956-1970* (Santiago: LOM, 2010), p. 178.

El Partido Comunista no parece haber estado dominado por la misma urgencia por acelerar la llegada al poder de una manera revolucionaria. Su enorme y complejo aparato, junto a un crecimiento pequeño pero constante de su votación, parecía asegurarle que el futuro estaba en sus manos. En 1968 se dio el lujo de apoyar incondicionalmente la invasión soviética a la Checoslovaquia de Alexander Dubcek, con solo un puñado de militantes desengañados. Se decía que esto iba a asegurar el triunfo de Jorge Alessandri en 1970; a las pocas semanas ya nadie hablaba del tema. Sus líderes siempre se reían de que los acusaran de estar modelados en el bloque soviético, ya que estas acusaciones hacían menos mella en el gran público. Ello no quita nada a que mantuvieran una estrecha alianza con ese bloque —sobre todo Moscú y Berlín Este— ni que actuaban de consuno, por libre albedrío eso sí, con el comunismo orientado a Moscú.[29] Tempranamente en las comunicaciones con Berlín Este se les dijo que Alemania comunista era "la avanzada del socialismo en el hemisferio occidental".[30] Además de asegurar que se estrecharían todavía más las relaciones entre los "partidos hermanos", los comunistas obtuvieron apoyo para su estrategia de "paso a paso", la misma que en la República Democrática Alemana, aseguraban en Berlín, y por "el camino pacífico".[31]

Su poder en los sindicatos, en las universidades, y en el mundo intelectual en general, donde sobresalía el poderoso paraguas de la figura de Pablo Neruda, hacía que nada fuera a desviarlos de su camino. Se trataba de ir creando una mayoría social y política que por el camino institucional estableciera en Chile un sistema socialista, análogo al que había comenzado en 1917, en consonancia con las guerras de "liberación nacional" que se desarrollaban en el Tercer Mundo, la mayoría de las cuales apuntaba en la dirección de los sistemas marxistas. Como hemos dicho, existía un cierto nerviosismo en los comunistas por el estado de ánimo que demandaba una revolución lo más pronto posible, y que no estaba dispuesto a esperar con la paciencia propuesta por el partido. Este bautizó como "izquierdismo" a la urgencia revolucionaria, de acuerdo a la calificación de Lenin en referencia a quienes demandaban una acción directa antes que él lo considerase necesario, o que demandaran un cumplimiento irrestricto e instantáneo de la doctrina del partido.

[29] Como se ve hasta en los pequeños detalles, de dar satisfacción al régimen de Ulbricht. Informe de Markowski al Comité Central, SED, junio de 1965. BA, DDR, DY 30 IV A 2/20/714.

[30] De José González a Comité Central, SED, 23 de junio de 1965. BA, DDR, DY 30 IV A 2/20/718.

[31] Largo informe sobre la estadía de una delegación de comunistas chilenos en la RDA, 23 de julio de 1965. BA, DDR, DY 30 IV A 2/20/714.

Quizás todo esto expresaba un nerviosismo ante el hecho de que junto a la formidable presencia del comunismo en la sociedad chilena, al mismo tiempo se desencadenaban otras fuerzas investidas con el halo de lo nuevo y que parecían escapar al poder de atracción del partido. Una era la vía armada y la figura del guerrillero, como modelos *per se*, todavía todo muy retórico, salvo en el MIR. La otra tendencia que parecía escapar era la del "espíritu de los 60", es decir, todos aquellos elementos que combinaban orientaciones anarquistas y liberales, que generalmente se asocian a Mayo del 68, pero que era un fenómeno más difuso que el puro París. En el plano intelectual, esto se traducía en una crítica a Herbert Marcuse y en una adopción, a falta de un ejemplo mayor, de Louis Althusser como uno de los pocos pensadores nuevos que estaban en la línea correcta, aunque el militante promedio poco sabía de aquello.[32] Este ambiente de los sesenta era criticado por los comunistas como expresión quizás válida de la crisis del "capitalismo tardío" en países como Estados Unidos o en Europa Occidental. Pero se trataría de formas de análisis completamente inaplicables a países "dependientes" como Chile.

Nada de esto obstaba para el trabajo constante, minucioso y hábil con que los comunistas, habiendo mucha paciencia de por medio, mantuvieron la alianza con los socialistas, al mismo tiempo dando algunos mensajes de engañosa simpatía a la Democracia Cristiana y, a veces, como para el Tacnazo, al mismo gobierno de Frei. Lo que estuvo claro en ellos siempre fue que jamás podrían poner su fe en un movimiento militar, tal cual lo podían hacer los socialistas. De sus labios salían expresiones conceptuosas para el régimen de Juan Velasco Alvarado en cuanto "antiimperialista", mas nunca lo mostraron como ejemplo para el caso chileno. Esto no quiere decir que no hayan tenido una política hacia las fuerzas armadas.

Esta consistía en lo básico en mantener una relación con el elemento "popular" entre ellas, creando lo que parecen haber sido células comunistas y labor de inteligencia, sobre todo en el Ejército, según lo afirmaban. No parece haber sido, sin embargo, una política de promover un quiebre o una revuelta en ellas, no mientras no hubiera un intento de golpe o algo así. Era una especie de reserva para el futuro, aunque si fue detectada por la inteligencia militar debe haber hecho mucho más que cualquier orientación del Pentágono por tener entre ceja y ceja a los comunistas. Como se verá más adelante, no es imposible que algunos de esos elementos de confianza —infiltrados en otras palabras— hayan podido ser también agentes dobles.

32 Carlos Maldonado, "El 'Poder Joven', Marcuse y la teoría de las '3M'", *Principios*, 128, noviembre-diciembre 1968.

Junto a la actitud de paciente espera, existía en los comunistas otro rasgo anímico. Se trataba de una especie de circulación de la sangre del partido, la confianza absoluta en que la combinación de fe y razón, expresada en términos laicos, les decía que el futuro era de ellos y que no estaba muy lejos. Por ello, en el XIV Congreso del partido, en noviembre de 1969, se afirmaba con total certidumbre que se encontraban en la etapa histórica del cambio de la correlación de fuerzas entre el capitalismo y el socialismo, entendiéndose que esto último era algo que estaba inaugurando la nueva etapa de la historia de la humanidad.[33] El que al lado de ellos creciera una izquierda masiva que se aproximaba más y más a una vía revolucionaria directa debe haber creado bastante alarma, a juzgar por la manera en que se la categorizaba, de acuerdo a la ortodoxia comunista, como "izquierdismo", según dijimos. Parece que esta izquierda no hizo mella en la conciencia de los comunistas de que ellos eran la verdadera vanguardia del proletariado y de la nueva sociedad.

## Internacionalización y aislamiento

Al panorama interno con crisis que se cernía, se le agregaba un escenario internacional que proyectaba una gran sombra sobre los acontecimientos chilenos. La década de 1960 fue el momento crucial en el cual más se habló de la democracia chilena en el contexto americano. Las fuerzas armadas de la región estaban animadas por un antimarxismo programático, tanto por razones internas como por el influjo de Washington.[34] Argentina venía saliendo de una serie de intervenciones militares y el gobierno de Arturo Illia tenía que contar con sus uniformados como un auténtico partido político, liderado en ese momento por el general Juan Carlos Onganía, que fue el que de manera más explícita pretendió formar un polo antimarxista en el cono sur. Apenas le iba a la zaga, y tendría más consistencia, la experiencia del régimen militar brasileño, producto de un alzamiento semanas después del Naranjazo en 1964. Surgido de una experiencia similar a la de la "Re-

[33] Luis Corvalán Lépez, "Unidad Popular para conquistar el poder", Informe al XIV Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile, 23 de noviembre de 1969. En Luis Corvalán Lépez, *Camino de victoria* (Santiago: Horizonte, 1971), p. 303.

[34] Genaro Arriagada, *El pensamiento político de los militares* (Santiago: CISEC, 1981), pp. 169-207. Verónica Valdivia, reconociendo la importancia del factor anticomunista y la influencia norteamericana en la formación ideológica de los militares chilenos, enfatiza las continuidades entre las posturas más "progresistas" sostenidas por las fuerzas armadas en las primeras décadas del siglo XX y las ideas que las alimentaban en las décadas de 1960 y 1970. *El golpe después del golpe: Leigh vs. Pinochet, 1960-1980* (Santiago: LOM, 2003), pp. 21-62.

volución Libertadora" que en 1955 había derrocado a Perón, el régimen brasileño creó un sistema autoritario acompañado de un debate democrático limitado, en el cual el antimarxismo constituía tanto una legitimidad interna como externa. Contaban con un gozoso apoyo de Washington, el que hizo sentir su peso en favorecer a regímenes anticomunistas en América Latina. No se debe olvidar que, al revés del caso argentino, los militares brasileños lograron imprimirle a su régimen un carácter desarrollista que en parte era continuación de la época de Getulio Vargas. Dentro de la economía política de la época, se aproximaba más a las sociedades occidentales que a las economías tercermundistas. Fue una auténtica "dictadura de desarrollo".

Brasil tuvo también una influencia perceptible en la evolución de los acontecimientos en Chile, ejerciendo primero un contrapeso tácito y malhumorado al atractivo político de la "vía chilena", y dando aliento y quizás ayuda concreta a la organización del golpe de estado de 1973.[35] Desde Argentina y desde Brasil se escuchaban voces críticas hacia la izquierda chilena, y en general se traslucía desde esta perspectiva la idea de que el sistema político chileno era una fuente de problemas para el continente. La posición de la izquierda chilena, dividida frente al fenómeno peronista —que no se olvide que Salvador Allende había sido un crítico decidido de Perón—, había transformado a los militares argentinos en el segundo objeto de mayor crítica implacable en el plano internacional, después de Estados Unidos. De esta época data la popularización del concepto "gorila", que, desde la izquierda, llegó a simbolizar al militar latinoamericano como un ser primitivo y aliado incondicional de Estados Unidos y de las fuerzas reaccionarias, enemigo por antonomasia de los sectores populares. En Chile casi siempre se añadía que aquí los militares eran distintos.

Todo esto no impidió que Alessandri tuviera buenas relaciones con el gobierno de izquierda de João Goulart y que Frei hiciera lo mismo con el régimen militar de Brasil. Predominaba en el Gobierno y en el Estado chileno la idea de que teníamos que tener una relación especial con ese país, así como en Chile siempre se alimentó la ilusión de que había una alianza subterránea. Desde Río y Brasilia no se miraban las cosas de la misma manera, pero se cuidaban las relaciones con Chile. Grupos pequeños de exiliados brasileños y argentinos —y bolivianos— continuaban

[35] Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War* (Chapel Hill, North Carolina: The University of North Carolina Press, 2011), pp. 228-229.

arribando a Chile y jugarían algún papel significativo en el medio intelectual. El caso más famoso llegaría a ser el de Fernando Henrique Cardoso.[36]

En los años que seguirían, sumando la caída de Arturo Illia en Argentina en 1966 y la de Fernando Belaúnde en Perú en 1968, se creó lo que muchos, y no solamente en la izquierda, miraban como un cerco militar amenazante para Chile. Nunca sería más cierto que en este momento que Chile era la "única democracia" en la región. En realidad había otras más, desde luego estaba Uruguay, un caso con cierta analogía con Chile. Su parecido incluyó una fuerte sensación de frustración en la segunda mitad de los sesenta, la que culminaría en 1973 pocos meses antes de que lo mismo sucediera en Chile.[37] Los otros dos casos de democracias supervivientes eran Colombia y Venezuela, que parecían consolidarse en términos políticos. Las dos eran democracias nóveles desde 1958. Como se ha dicho, la de Venezuela era más nueva todavía, porque Rómulo Betancourt fue el primer Presidente elegido de la historia de Venezuela que le entregó el poder a otro Presidente elegido en 1964.

Es frente a este panorama que llamaba la atención la democracia chilena y es lo que constituye la parte de verdad de su carácter "excepcional". En principio, los gobiernos militares debían mirarla con prevención. En los hechos, todos ellos aseguraban que su propósito era restaurar una democracia más asentada, por eso no podían ejercer una presión muy directa sobre Chile y, en general, no pretendían efectuarla. Incluso el régimen brasileño, en ese momento encabezado por Artur Da Costa e Silva, recibió como visita simbólica a Eduardo Frei a inicios de septiembre de 1968. Este dirigió un discurso al Congreso Pleno en Brasilia, en donde la oposición lo aplaudió como representante de una "verdadera" democracia. El régimen, por su parte, se podía revestir de una cierta respetabilidad al recibir a un líder democrático y progresista que se había presentado como una alternativa al comunismo. El chileno correspondió con palabras que ensalzaban a la democracia, pero que tenían algunas alusiones favorables a los dueños de casa. Es cierto que en ambas partes había algo de "razón de Estado", que era la necesidad de mantener buenas relaciones entre Chile y Brasil a pesar de las diferencias políticas; a la vez, no era puro cálculo, sino

---

[36] Cardoso sería una de los más importantes teóricos de la dependencia en América Latina en las décadas de 1960 y 1970. Ver, por ejemplo, Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina: ensayo de interpretación sociológica* (México D.F.: Siglo XXI, 1971; original, 1969).

[37] Luis González, *Political Structures and Democracy in Uruguay* (Notre Dame, Indiana: Hellen Kellog Institute for International Studies by University of Notre Dame Press, 1991), pp. 38-42.

que había también jugado un papel el deseo de no extremar posiciones e insinuar una futura convergencia en los valores políticos.[38]

El golpe del 28 de junio de 1966 que derrocó al Presidente Arturo Illia fue visto con gran alarma por el gobierno chileno y se convertiría en un objeto de ofensiva estratégica por parte de la izquierda. Había estado precedido, además, por un encrespamiento de los temas de límites y fronteras y un incidente sangriento en noviembre de 1965.[39] La izquierda chilena sostenía que todo respondía a un plan maestro diseñado en el Pentágono para ahogar el desenvolvimiento democrático chileno, del cual creía ser su vanguardia.[40] En el Gobierno, en las fuerzas armadas y en algunos sectores políticos, hubo una gran preocupación por las ideas que pudiera acariciar este nuevo régimen militar, que parecía muy entusiasmado con un proyecto político que colocara a Chile a la defensiva. Podría utilizarse la excusa de un incidente en el sur; o, a la inversa, presionar al país en términos políticos, por la presunta amenaza que pudiere constituir una izquierda marxista fuerte para la estabilidad de los vecinos, rezaría una justificación.

Sin embargo, también en este caso las relaciones no fueron malas. El gobierno de Frei, siguiendo una tradición consuetudinaria de Chile que solo había tenido una relativa excepción en 1944-45, reconoció a los pocos días al nuevo régimen. No quedaba otra, susurraban los funcionarios chilenos ante el reclamo de algunos sectores políticos, casi todos de la izquierda. Muchos se preguntaban que cómo era posible que se tuviese tan poca solidaridad con un gobierno democrático derrocado como el de Arturo Illia, un caballero de la sólida clase media de provincia que se había esforzado por sobre las turbulencias para tener buenas relaciones con Chile.

En la práctica, por algunos años, la mano de Onganía creó una autoridad única para tratar los temas con Chile. No habría más caos de decisiones como las que habían causado los incidentes en el sur. Ello ayudó a que las relaciones entre la Casa Rosada y La Moneda pudieran ser de creciente coexistencia y de buenas palabras.

[38] Una visión muy interesante en este sentido se encuentra en un informe de la embajada de Alemania Federal a AA, 17 de septiembre de 1968. PAAA, B33, IB2, 520, 83.22/19.04.

[39] El 6 de noviembre de 1965 un grupo de carabineros chilenos fue atacado por gendarmes argentinos en Laguna del Desierto, una zona de la Patagonia entonces reclamada por ambos países. En el enfrentamiento cayó abatido el teniente Hernán Merino Correa. El problema de Laguna del Desierto se resolvió desfavorablemente para Chile en 1995, cuando un tribunal compuesto por juristas latinoamericanos falló definitivamente a favor de Argentina en el diferendo limítrofe.

[40] Joaquín Fermandois, "Paralelismo de las democracias: encuentros y desencuentros (1958-1966)", en Joaquín Fermandois, Álvaro Góngora y otros, *Nueva mirada a la historia* (Santiago: Ver, 1996), pp. 239-242.

Incluso, a comienzos de 1970, Onganía hizo una visita oficial a Frei, y entremedio se había pronunciado el fallo del Laudo británico por el diferendo de Palena, que había arreglado las cosas en esa zona. Se negociaba al mismo tiempo el tema del Beagle, insistiendo Chile en un arbitraje británico.[41]

La cosa se puso más peliaguda en octubre de 1968 al ser derrocado Fernando Belaúnde Terry y asumir un régimen militar en el Perú. Esto tocó las fibras íntimas del propio Frei, quien tenía amistad con Belaúnde y al comienzo su deseo más espontáneo fue hacer un gesto público de simpatía con el gobernante caído. Solo fue disuadido de ello por la Cancillería. Había que mantener la sangre fría frente a un país con el que existían desconfianzas profundas que complicaban mucho las relaciones. Había temor también de que fuera aventado un proyecto favorito de Frei, el de crear un mercado común en la zona andina. El panorama aparecería oscuro, considerando que en Bolivia se había dado también una confrontación marcadamente ideológica con la derrota de Guevara y una sucesión de golpes que llevó a diversos caudillos militares al poder, algunos de tinte anticomunista y otros, como Juan José Torres, de inclinación de izquierda nacionalista. Parte de esto fue la abierta solidaridad de Salvador Allende con los supervivientes de la guerrilla de Guevara, que en términos políticos representaban el arco más extremo de un marxismo revolucionario en América Latina. Este revelador incidente se ha visto más atrás en este capítulo.

La izquierda chilena había salido a las calles a protestar por el golpe en Perú. No era porque se condoliera de la caída del Presidente constitucional, Fernando Belaúnde, sino porque se veía en esto la continuidad del plan maestro del Pentágono. No se debe olvidar también que Salvador Allende era presidente de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), que se proponía apoyar a Cuba y que en sus declaraciones formales también sustentaba la lucha armada. Esto era, al menos en términos políticos, hacer parte a Chile de una pugna muy polarizada en el continente y era un factor que naturalmente tenía que preocupar en la política chilena y a las fuerzas armadas. Parte indirecta de este escenario era también que el virus del descontento militar, por causas fundamentalmente gremiales al comienzo, se estaba haciendo presente desde 1966, de una manera discreta e imperceptible para el público, primero, y estallando después a la luz del día en octubre de 1969.

Entonces vino un giro espectacular. El líder del régimen peruano, el general Juan Velasco Alvarado, liderando a un grupo que había surgido de un sector elite del

[41] Joaquín Fermandois y Michelle León, "¿Antinomia entre democracia y gobierno militar? Chile y Argentina en el momento de incertidumbre (1955-1973)", en Pablo Lacoste (compilador), *Argentina y sus vecinos* (Mendoza: Caviar Bleu, 2005), volumen 2.

ejército, el Centro de Altos Estudios Militares, le imprimió un carácter nacionalista de izquierda y con un claro tono antinorteamericano a la nueva realidad política peruana. Junto a la nacionalización de intereses norteamericanos, estatización de empresas peruanas, reforma agraria y una semántica muy expresa dirigida como siempre contra la "oligarquía", creó un régimen político que tenía ciertos visos del peronismo, aunque nunca llegó a estar provisto de un partido político de movilización.[42] La izquierda chilena, en especial los socialistas, se cambiaron rápidamente de equipo y pasaron a alabar con gran entusiasmo las medidas del régimen peruano. Salvador Allende, como se verá, pasó a distinguir el proyecto de Velasco como un avance al menos convergente con su programa político en Chile.[43]

El régimen de Velasco Alvarado traería otro tipo de inquietudes a la administración chilena. Aparte de su convergencia con la izquierda, tenía un propósito firmemente nacionalista que iba mucho más allá de lo que había sido, por ejemplo, el régimen de Manuel Odría. Vinculaba dos rasgos de nacionalismo, uno de izquierda antiimperialista que, aunque no era del mismo grado que el de la Cuba de Castro, tenía una diferencia marcada con la posición internacional de Frei. Menos marcadas eran estas diferencias con la posición que expresaba comúnmente el canciller Gabriel Valdés, sobre todo con la declaración de Viña del Mar que este último le presentó a Richard Nixon en 1969. El segundo tipo de nacionalismo era algo que se sospechaba en Chile y luego iría emergiendo durante los años de la Unidad Popular. Era posible que Velasco representara también una especie de revanchismo soterrado contra Chile. Hasta el momento, daba la impresión de que este último rasgo era más propio de fuerzas conservadoras, de cierta mentalidad del Estado peruano o quizás de militares profesionales y anticomunistas. Lo nuevo era vincular lo que llegó a ser una cara de la izquierda peruana con este sentimiento contra Chile.

En 1969 y 1970, esto era algo que apenas se sospechaba y puede que haya sido solo el temor de algunos chilenos muy fijados en los problemas heredados de la Guerra del Pacífico. La izquierda chilena, tal cual en el caso de Argentina, siempre vinculaba estos sentimientos chauvinistas con actitudes reaccionarias generalmente incentivadas desde el Pentágono. Sin embargo, había temor. No se explica de otra manera el que Salvador Allende le enviara a comienzos de 1970 una carta personal

---

[42] Juan Martín Sánchez, *Revolución peruana: ideología y práctica política de un gobierno militar 1968-1975* (Sevilla: Universidad de Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2002), esp. pp. 121-150.

[43] Así lo indicó en entrevista concedida a Eduardo Labarca en enero de 1970. *El Siglo*, 26 de enero de 1970.

y confidencial al general Velasco Alvarado por intermedio de Pablo Neruda, quien se la entregó en persona. En ella le expresaba sus deseos de tener las mejores relaciones con Perú.[44] Esta historia tendría varias contorsiones en los años siguientes.

Como se ve, el continente estaba cruzado de estos conflictos ideológicos que caracterizaban las polaridades internas, las que también influían en la orientación internacional. De este panorama se podría concluir que Chile era un país que estaba aislado en términos políticos. Sería una apreciación muy errónea. Desde luego, porque Washington sabía que trataba con una de las pocas democracias reales que había en la zona, y si bien no le gustaban algunas actitudes retóricas de la política exterior chilena de estilo tercermundista, que casi siempre eran de autoría de Gabriel Valdés, a Frei se lo consideraba un aliado.

En su conjunto, Chile tenía bastante respetabilidad internacional y Brasil no ponía ninguna objeción de fondo al momento de mirar a Chile, no con Frei Montalva según se ha señalado. El que en mayo de 1969 se haya firmado el Acuerdo de Cartagena, que creó un proyecto de Mercado Común Andino, fue expresión de un liderazgo discreto encabezado por Chile. El Pacto Andino, como se le llamó, en cuanto proyecto económico no pasó al final de ser otra utopía económica muy latinoamericana.[45] Sirvió, en cambio, para mostrar a un Chile políticamente comprometido con la región y, según se esperaba en La Moneda, la integración ayudaría a limar las asperezas heredadas del pasado.

## Panorama político hacia fines de la década

Las elecciones parlamentarias del 2 de marzo de 1969 en las apariencias no cambiaron mucho el panorama político. La Democracia Cristiana tuvo una baja importante. Del 42% del mítico año 1965 había bajado al 36% en las elecciones municipales del año 1967, y ahora quedaba con algo menos del 30%. Con mucho, era el partido más fuerte de Chile y era impensable que una agrupación de este tipo no llevase candidato presidencial con alguna probabilidad de éxito en 1970. Sin embargo, la administración de gobierno y las expectativas iniciales lo habían desgastado, pero no mucho más allá de lo que era inevitable. Aunque perdió la mayoría absoluta en la Cámara de Diputados, logró el tercio del Senado que le había sido elusivo. Como se renovaba la mitad del Senado elegida el año 1961, cuando la Democracia Cristiana tenía pocos puestos,

[44] Jorge Edwards, *Adiós, poeta…* (Santiago: Tusquets Editores, 1990), pp. 211-213.

[45] Cristian Medina, "Chile y la integración latinoamericana: política exterior, acción diplomática y opinión pública" (Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2003).

se compensó con creces la baja del partido. Claramente, sin embargo, había un país también enfurruñado con las perspectivas de la administración Frei.

La izquierda marxista subió su votación a un ritmo en el que un materialista dialéctico podría afirmar que, en el largo plazo, era inevitable el día en que fueran mayoría, aunque la meta estuviese varias décadas distante. En particular, los comunistas subieron casi 100 mil votos y los socialistas algo menos, aunque en su conjunto ahora eran un 28% de los votos. La organización, la fe y el entusiasmo no se traducían en una mayoría muy clara. Sin embargo, parecían contentos y confiados porque de alguna manera el aire de la época les daba buenas señales. Asomaba también una posibilidad de aproximación con el Partido Radical, que se encaminaba a una posición más y más de izquierda. Mantuvo su votación de 1965, un 13%, aunque no era la que había gozado en sus grandes tiempos y muy luego el partido se dividió. Con todo, la posibilidad de una convergencia le daba potencia real a la izquierda marxista como posibilidad de ganar las elecciones de 1970. También Salvador Allende, que había visto peligrar su puesto en Valparaíso ante la candidatura de Luis Corvalán, primera mayoría nacional ese día de marzo, se trasladó a Magallanes, en donde sí tenía desde los años 1940 un público fiel, aunque debía competir allí contra Raúl Ampuero, antiguo dirigente socialista y cacique local que había fundado un tienda adversaria, la Unión Socialista Popular (USOPO).

**Elección de diputados, 2 de marzo de 1969**

| **Partido** | **Votación** | **%** | **Diputados** |
|---|---|---|---|
| Democracia Cristiana | 716.547 | 29,78 | 56 |
| Partido Nacional | 480.523 | 19,97 | 33 |
| Partido Comunista | 383.049 | 15,92 | 22 |
| Partido Radical | 313.559 | 13,03 | 24 |
| Partido Socialista | 294.448 | 12,24 | 15 |
| Unión Socialista Popular | 51.904 | 2,16 | 0 |
| PADENA | 44.818 | 1,86 | 0 |
| Independientes y otros | 20.960 | 0,87 | 0 |
| Nulos y blancos | 100.321 | 4,17 | |
| Total | 2.406.129 | 100,00 | 150 |
| Abstención | 838.763 | | |
| **Total inscritos** | **3.244.892** | | |

Fuente: Ricardo Cruz-Coke, *Historia electoral de Chile, 1925-1973* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1984), p. 86; Germán Urzúa, *Historia política electoral de Chile: 1931-1973* (Santiago: Colección Documentos de Chile, Universidad de Chile, 1986), pp. 134-135.

La derecha, unida ahora en el Partido Nacional, sintió que era una noche de triunfo. Tuvo algunas resonantes victorias a lo largo del país y después de haber sido declarada difunta cuatro años antes, y no solo por sus adversarios, ahora veía que una quinta parte de los chilenos le había entregado sus votos. Fue el partido que más subió en porcentaje en relación a 1967. Pero una mirada más crítica, que nadie exprimió en público en esos días, hubiera mostrado que el 80% de los electores había escogido otras alternativas; los apasionados comentarios radiales de esa noche mostraron que el centro y la izquierda iban a ser despiadados con la derecha.

Si la izquierda marxista dependía mucho de la personalidad de un buen candidato para ganar, la derecha dependía completamente de eso. Mientras Allende era resistido por una parte de la izquierda, el ex Presidente Jorge Alessandri era ansiado como representante por prácticamente todos los sectores de la derecha. Esa noche todos los candidatos que llevaban el apellido Alessandri obtuvieron un alud de votos. Su sobrina Silvia Alessandri Montes le ganó la primera mayoría a Bernardo Leighton en el entonces representativo primer distrito de Santiago. En el tercer distrito, Gustavo Alessandri Valdés, otro sobrino, obtuvo 80 mil votos, muchos de los cuales tienen que haber salido de sectores populares. Sin duda actuaba la magia de un nombre. En torno a ese nombre y a la persona que lo encarnaba giró la campaña de la derecha, su posibilidad pero también su límite.

Este cuadro electoral no tenía algo tan terriblemente distinto al de las décadas de 1940 y 1950, al menos no en los porcentajes. Es cierto que la derecha era más pequeña y la izquierda más fuerte, pero el centro estaba como incólume, y por cierto se trataba de un cuerpo electoral bastante mayor. Un experto electoral que solo se fijara en la abstracción de los números hubiera dicho que se trataba de una democracia robusta, con una capacidad de juego entre los tres tercios.

La realidad, sin embargo, era distinta, si por tal entendemos los sentimientos que se albergaban en el mundo político y en esa zona gris que se desarrolla entre la política y la cultura. No se trataba solamente de lo que después se ha llamado "movimientos sociales" entre 1967 y 1969, expresados en la rebelión estudiantil, varias huelgas generales con muertos y el despunte de una guerrilla urbana. La sensación de crisis, más que la realidad de la misma, se estaba apoderando de los espíritus. De todos modos, no se debe olvidar la fuerza de las formas y de los procedimientos en la vida pública. Ambas posibilidades, de camino de crisis o de una normalidad que evolucionaba, en lo fundamental, estaban abiertas.

Como hemos dicho, el llamado "espíritu de los 60" influyó visiblemente en crear una conciencia de cambio y de adoración a lo nuevo, aunque a la vez no se debe

menospreciar cómo en estas circunstancias también se reafirman instintos conservadores. Que no se olvide que en la patria de los *sixties*, Estados Unidos —azotado por revueltas urbanas inusitadas, la extendida protesta por la Guerra de Vietnam, la intensa revolución cultural que se desplegaba a la vista de todos y los asesinatos de Martin Luther King y Robert Kennedy en 1968—, se produjo una reacción conservadora en el ámbito político con la elección de Nixon como Presidente. Lo mismo sucedió en la Francia de Mayo del 68.[46]

Esto explica en alguna medida el que Jorge Alessandri haya aparecido con una ventaja tan considerable en los momentos iniciales de la campaña, hacia fines de 1969. Explica también por qué los otros grupos no habían seleccionado todavía a su candidato. Cuando Jorge Alessandri presentó su candidatura el 3 de noviembre de 1969 desde el balcón de su departamento de la Plaza de Armas, ante varios miles de enfervorizados manifestantes, quizás lo hacía apresurado porque después del Tacnazo ya no aparecía como fuera del universo la posibilidad de una intervención militar en Chile. Pero una vez iniciada la campaña en enero de 1970, las cosas comenzaron a cambiar.

Los sesenta se notaron con particular agudeza en los otros sectores de la política. En la izquierda la amalgama de la creación del MIR y su orientación absoluta al modelo de Guevara, la imparable evolución del Partido Socialista hacia un paradigma análogo y el ardor de la rebelión juvenil, expresada en el movimiento universitario en torno a la reforma, simbolizaron también una tendencia a mirar el presente como una etapa terminal. Parecía que la Historia dijese que no se debía perder la oportunidad de este salto hacia una nueva sociedad. Los comunistas permanecían tenaces en su visión de que la Unión Soviética representaba el futuro de la humanidad, aunque quizás estuviesen dispuestos a seguir coexistiendo en esta democracia burguesa demasiado formal, vacía. En cualquier caso, cuando nos referimos a una época como "los sesenta", hay que tener en cuenta que no todo fue lo que miramos como rasgos de la época, aunque sí todo se contamina con todo. El nacimiento del MAPU y el "Tacnazo" son manifestaciones de época, ambos en 1969.

---

[46] Jeremi Suri, *Power and Protest: Global Revolution and the Rise of Détente* (Cambridge, Massachussets y Londres: Harvard University Press, 2005), p. 193.

## Otra rebelión juvenil: el MAPU

La Democracia Cristiana en su origen remoto había nacido en los años treinta como fruto de una rebelión, una rebelión de jóvenes. Ellos fueron Eduardo Frei, Radomiro Tomic, Bernardo Leighton, Manuel Garretón Walker y otros. Adquirieron parte de la retórica de una conciencia revolucionaria, y esto dicho muchas veces con una ardiente convicción de que así lo era, aunque muy distinta a sus análogas de Francia en 1789 o Rusia en 1917. Menos todavía querían identificarse con una contrarrevolución, y de allí, un hecho notable, es que a pocas semanas del alzamiento del 18 de julio de 1936 en España se distanciaron tanto de los nacionalistas como de los republicanos. La consigna de la "Revolución en Libertad" era tomada muy en serio por el corazón del partido. Una vez conquistadas las riendas de la administración pública, para poner en práctica ideas tan acariciadas, la realidad aparece con otro carácter, siempre deslucida comparada con los sueños de la revolución. Y hasta en las revoluciones más radicales llega el momento en que los dirigentes deben enviar el mensaje a su partido de que la revolución terminó. Les sucedió a los bolcheviques y a los comunistas chinos. A veces a este gesto de orden se le podrá poner el nombre de "revolución permanente". Es la misma cosa.

Hasta los triunfos de 1965 no se divisaban grandes rupturas en la Democracia Cristiana. A lo más, se podían distinguir acentos diferentes en Frei y Tomic. Sin embargo, en una parte de los parlamentarios, de algunos dirigentes del partido y, como una marea creciente, en la activa juventud del mismo, fue haciéndose cada vez más audible un lamento por lo que se veía como una revolución no realizada. "Revolución de señoritos" se la llamaba a veces. Fue entrando la noción de que había que "cambiar el sistema" y que la política del gobierno de Frei, aunque hubiese emprendido algunas reformas que consideraban importantes, en su conjunto no cambiaba ni un ápice la estructura del "sistema". Se le empezó a considerar un "aburguesamiento". La revolución estudiantil entre 1967 y 1968 enfrentó al grueso de la Democracia Cristiana universitaria con los dirigentes del partido y con el mismo Gobierno. Se caminaba, ahora sí, a una ruptura.

De manera paralela, un sector que se consideraba "rebelde", con el activismo y con el tiempo para trabajar en las estructuras del partido, se apoderó del mismo. En 1967 emergió una nueva directiva dirigida por un líder nominal, el senador Rafael Agustín Gumucio, a la cabeza de los jóvenes que querían avanzar a un modelo más radical, aprobando el "Informe Chonchol" sobre la "vía no capitalista de

desarrollo".[47] La vieja guardia reaccionó prontamente reorganizando el partido y en la Junta de Peñaflor, en enero de 1968, Jaime Castillo Velasco emergió como nuevo presidente de la Democracia Cristiana.

En realidad, había sido derrotada la "vía no capitalista de desarrollo", en Chile diseñada por políticos intelectuales como Jacques Chonchol, que había dirigido la primera fase de la Reforma Agraria, ya anunciándola con una meta maximalista. En los hechos, la estructura de ideas que había tras esta noción era casi indistinguible del marxismo revolucionario del siglo XX, en especial del comunismo soviético después de su triunfo en la guerra civil hacia 1921. Ya que el capitalismo no había desarrollado a Chile, solo un proyecto muy distinto podía llevar a cabo esta empresa. Jamás se entendía que podía ser algo distinto tanto a los modelos marxistas como a algunas dictaduras tercermundistas que se habían llamado a sí mismas "socialistas", y que eran en parte aceptadas como tal por los sistemas y perspectivas de tipo marxista.

Las demandas de este sector tenían como objetivo la creación de una economía y de un espíritu socialistas, con un sentimiento muy fuerte de rechazo a la propiedad privada de los medios de producción, pero también orientándose hacia una concepción colectivista de la vida.[48] Había una sed por participar en una especie de *Zeitgeist*, lo que se creía era la demanda inexorable de los tiempos. Influye en esto también la atmósfera del "68" y ello hizo que cuando franquearon el paso hacia un lenguaje marxista, lo que ocurrió entre 1969 y 1970, lo expresaran en términos menos ortodoxos que los comunistas y los socialistas. Sin embargo, como se verá, hubo una convergencia en la necesidad de una meta revolucionaria para Chile.

---

[47] La llamada "vía no capitalista de desarrollo" fue presentada por Chonchol y otros miembros de la Democracia Cristiana afines en un documento preparado para la Junta Nacional del PDC de julio de 1967. "Proposiciones para una Acción Política en el período 1967-70 de una Vía No Capitalista de Desarrollo", *Política y Espíritu*, 303, octubre 1967. Dada la participación fundamental del entonces director del INDAP en la preparación del documento, este fue rápidamente bautizado como "Informe Chonchol". El Partido Comunista recibió favorablemente la tesis de la izquierda de la Democracia Cristiana, incluso sugiriendo que existían posibilidades de acción conjunta entre marxistas-leninistas y las corrientes no marxistas que buscaban transformar radicalmente el sistema capitalista. José Cademartori, "La vía no capitalista en Chile", *Principios*, 124, marzo-abril 1968, pp. 24-38.

[48] Una articulación temprana de este pensamiento, fuertemente cargada con referencias a la teología católica, en Julio Silva Solar y Jacques Chonchol, *El desarrollo de la Nueva Sociedad en América Latina (Hacia un Mundo Comunitario)* (Santiago: Universitaria, 1965).

Dos meses después de las elecciones de marzo de 1969, dos senadores, Rafael Agustín Gumucio y Alberto Jerez Horta, y dos diputados, Vicente Sota Barros y Julio Silva Solar, junto a una pequeña pero significativa cantidad de dirigentes, y sobre todo de la gran mayoría de los dirigentes y militantes universitarios, se retiraron ostentosamente del partido.[49] Fundaron lo que se llamó Movimiento de Acción Popular Unitaria, o MAPU, nombre que rápidamente se hizo conocido y que le dio resonancia. Su principal elemento de identificación estaba con el elemento popular.

En su origen, no había solo frustración con el gobierno de Frei, sino que además se daba una cierta sensación de desamparo por estar lejos de las "fuerzas populares", de ser mirados como ajenos por comunistas y socialistas, por no ser considerados como parte de un proyecto de cambio consecuente en el país. Lo de "unitario" aludía a la idea de que ellos eran de izquierda, y por lo demás la misma Democracia Cristiana había comenzado a llamarse a sí misma de izquierda; al final, solo el Partido Nacional no se llamaba de izquierda. Todo esto es muy revelador de un momento. En fin, la idea de estar a la vanguardia de los tiempos constituía una emoción mucho más intensa que las críticas que pudiesen haber a los logros o malogros de la administración de Eduardo Frei. Se estaba a la cabeza de un movimiento para cambiar el destino de Chile y no se quería que esto fuera un simple eslogan.

Como era de rigor, se hacía necesario el asesinato del padre, y muy luego comenzaron a ser el peor azote de Frei y de la Democracia Cristiana. La escisión de 1969, como la de la Izquierda Cristiana en 1971, no significó una mayor sangría en el electorado. Sin embargo, constituyó una herida difícil de cerrar, ya que implicó la emigración de una *intelligentzia* talentosa, casi tan abnegada como la de los comunistas y tan ardorosa también. Carecía, sí, de la disciplina y del sentido práctico de estos últimos. En todo caso, su ausencia se notaría en el partido en las décadas que siguieron.

Un hecho notable en el MAPU y en la juventud que se le seguía sumando, que surgió en especial de la Universidad Católica de Chile (Santiago) y de la Universidad Católica de Valparaíso, era que, además de su origen en general cristiano, de gran autenticidad en algunos casos, sus integrantes pertenecían en su mayoría a una elite social. Unos eran de clase media, otros de clase media alta y unos terceros, que no eran pocos, venían derechamente de sectores sociales encopetados, con mucho apellido de por medio. En una sociedad como la chilena, esto conllevaba una com-

[49] Moyano, *MAPU o la seducción del poder y la juventud*, pp. 98-124.

binación de arrogancia, resentimiento, admiración, inseguridad, a veces expresados en las mismas personas y en el público que los miraba, ya fuera con simpatía o con distancia. Fue un caso bastante extraordinario de "rebelión de los notables", que siempre acompaña atmósferas prerrevolucionarias.

Sus adversarios dentro de la Democracia Cristiana aludían a esto cuando les espetaban *mapù* —connotación afrancesada—, para destacar el ambiente de clase alta rebelde que los rodeaba. Algunos de ellos eran los mismos que, producto de un sentimiento de vergüenza y de cólera ante el espectáculo de la pobreza ajena, se iban a vivir a "poblaciones callampas" —barrios de extrema pobreza de construcción hechiza— a convivir en ese medio compartiendo los bienes y las privaciones, entregándose al "cambio social" y al mismo tiempo desarrollando una especie de trabajo práctico del mismo. Hubo casos en que a escondidas no dejaban de ir el fin de semana a esquiar a Farellones o a Portillo, ya que era un hábito difícil de desarraigar.

Muy pronto el MAPU, con sus dirigentes Jacques Chonchol, Julio Silva Solar, Oscar Guillermo Garretón Purcell, Enrique Correa Ríos y otros, bajo el paraguas —más histórico que de liderato— de Rafael Agustín Gumucio, se aproximó a la izquierda y sería aceptado por esta, aunque no sin sentimientos encontrados. Para comunistas y socialistas esto era expresión de "crisis de la conciencia burguesa" y contribuía a la división del enemigo. Les producía alguna incomodidad el surgimiento de este grupo cuya representatividad en las masas populares se suponía, y luego se comprobaría, era escasa. Sin embargo, demostraron capacidad de protagonismo y movilización, al menos en relación a su exiguo número.

El MAPU intentó compensar cualquier síntoma de desconfianza de la izquierda tradicional con un traslado constante hacia unas posiciones cada vez más marxistas, más radicales, hasta colocarse al final en el ala izquierda de la Unidad Popular. Esto fue una afirmación de lealtad que los hizo más papistas que el Papa. Es la raíz de la división de 1973 entre un ala que se aproximó a los comunistas y a su camino sistemático de la gradualidad y otra fracción que se aproximó al MIR y al "avanzar sin transar". En todo caso, ya desde 1969 no cabía duda alguna de que pertenecía plenamente a la clase política chilena, a su vanguardia de izquierda también. Tanto como el MIR, encarnó el momento chileno de fines de los sesenta.

## La hora de los uniformados

Se decía que los militares chilenos no eran como en el resto de América Latina, que no intervenían en política, que no efectuaban golpes de estado. Hemos visto

(Capítulo I) cómo esta afirmación solo es cierta dentro de algunos límites. Su verdad radica en términos comparativos con otros países de América Latina; era particularmente cierta desde la década de 1930 hasta el momento de que estamos hablando. Quizás solo fue completamente cierta entre 1955, año del fin de las agitaciones producto del ibañismo, y 1966, cuando comenzó un murmullo de disconformidad gremial en las filas.

Porque en este último año comenzó una agitación sorda, primero en la Armada y luego en las otras dos ramas. El motivo más distinguible fue el de las quejas por los bajos salarios, en primer lugar, y por el insuficiente abastecimiento en armas y materiales. Se sentía que el país estaba desarmado. Los incidentes con Argentina desde fines de los años cincuenta habían aguzado un sentimiento de vulnerabilidad. Es cierto que esto no conmovería la doctrina principal de las fuerzas armadas y de su "lección" de que ellos eran diferentes al resto de los militares latinoamericanos. Pesaba también muy fuerte la experiencia del traumático año entre 1931 y 1932, cuando al final los uniformados se sintieron hasta despreciados por los civiles. Como ha pasado en otras experiencias, no solo en Chile, las retiradas desde la política tenían un amargo sabor a fracaso.

Esto tenía una contrapartida, la distancia interior de los uniformados hacia el mundo civil, los "paisa", es decir "paisanos" o civiles, dicho en tono ligeramente despectivo. Si eran mirados como una rareza por muchos sectores civiles, en derecha, centro e izquierda, y por el ambiente de inconformismo que crecía en los años sesenta, ello les afirmaba la idea de representar un oficio que defendía los valores más puros del país, una suerte de, para usar una noción común, "reserva moral de la patria". Muchas interpretaciones han destacado la alineación de la doctrina de las fuerzas armadas chilenas con el anticomunismo liderado por Estados Unidos. Esto no es del todo falso. Sin embargo, lo anterior hay que completarlo con otra idea: los enfrentamientos entre las fuerzas armadas y sectores revolucionarios se producían en Chile desde comienzos de siglo, lo que tenía su analogía en demasiados países del mundo.[50]

No se debe olvidar que, para entender una raíz última de la decisión del golpe de 1973, en el siglo XX ningún ejército del mundo se sumó a una revolución radical de tipo marxista, no si no había sido antes reformado de manera drástica en su personal y en su doctrina. La única excepción que se puede citar es la de Etiopía en 1974. Ello porque en la historia siempre existen excepciones. No iba a ser el caso

[50] Arriagada, *El pensamiento político de los militares*, pp. 71-108.

de la chilena, no en ley de probabilidades. Dicho esto, es indudable que, en líneas generales, el alineamiento con Estados Unidos, el abastecimiento en gran medida en esa fuente, el entrenamiento asistido por los norteamericanos y, a propósito de eso, las relaciones que se establecían con otros oficiales del continente reforzaban una predisposición a que, en el caso de ser puestos entre la espada y la pared, tendieran a elegir una versión antimarxista.

Sin embargo, no era la principal doctrina de las fuerzas armadas de Chile. Incluso la sujeción al poder civil legítimamente constituido no era más que una parte de la idea, doctrina y sentimiento primordiales de que debían ser por excelencia los defensores de la "integridad de la Patria", de su inviolabilidad territorial, de su unidad fundamental. Para esto se entrenaban, a esto dedicaban su profesión y era lo que más los ocupaba. Cuando se hablaba de "seguridad nacional", lo que más se destacaba como inclinación natural no era su traducción en la política interna, sino que la intangibilidad de las fronteras. Lo que más las ocupaba en sus planes y doctrinas de acción eran las hipótesis de conflicto. Y estas no eran ni con el comunismo ni con la Unión Soviética, sino que con los países vecinos. Esto debería ser obvio para cualquiera que conozca un poco de la historia de las instituciones y de la historia internacional de Chile.

Es cierto que el concepto de "seguridad nacional" tiene varias acepciones. La que más se nombra es la que tenía un potencial antimarxista y al mismo tiempo autoritario. Esto implicaba llevar la situación de estado de guerra a la sociedad, poniéndola en "estado de excepción", el que existe siempre que hay una guerra externa.[51] Y cuando tiene connotación política, la excepción tiende a confundirse con la normalidad. En América Latina esto tendió a identificarse en la mayoría de los casos con el antimarxismo, aunque existía la posibilidad de un peronismo "a la chilena", lo que en términos globales se ha llamado "nasserismo" y, aunque muy marginal, una posibilidad revolucionaria de tipo marxista. Se ha visto que en Chile hubo oficiales que participaron en política en una especie de izquierda nacionalista. Grove y hasta Ibáñez en algunos momentos podrían ser nombrados en esta lista. No era improbable que un gobierno de derecha que sufriera un descalabro pudiera avivar esta interpretación de la seguridad nacional. Es lo que explica que Salvador Allende le haya dado tanta importancia al concepto de "seguridad nacional" en sentido positivo para atraerse a las fuerzas armadas.

[51] Carl Schmitt, *La Dictadura: desde los comienzos del pensamiento moderno de la soberanía hasta la lucha de clases proletaria* (Madrid: Revista de Occidente, 1968; original en alemán, 1921), pp. 221-263.

No nos adelantemos. Todo esto estaba en germen de 1966 en adelante, por la intranquilidad en cuanto a salarios y equipamiento, aunque muy poco se revelaba al público. Llamaban la atención en especial los continuos cambios en el alto mando del Ejército. Algo pasaba. Parecía salirse de la norma el que en mayo de 1968 un general retirado, Tulio Marambio Marchant, fuera nombrado Ministro de Defensa. En todo el período de taza de leche de las relaciones cívico-militares de 1955 en adelante, nadie hubiera pensado que un uniformado ocupara ese puesto. Trascendió —porque no hubo información formal al respecto— que en visitas a diversas unidades de las tres ramas prometió tener en pocos meses una respuesta a la inquietud salarial. Pero nada sucedía.

En octubre de 1969 se precipitaron las cosas. Como muchas veces en estos casos, eran los oficiales jóvenes los que murmullaban, se reunían y presionaban a sus superiores. Uno de estos, el general Roberto Viaux Marambio, comandante de la zona de Antofagasta, que vio precipitado su retiro según él por haber transmitido estas preocupaciones, emergió como líder de esta demanda. El Gobierno lo destituyó, pero un grupo considerable de sus oficiales hizo saber en público que lo apoyaba. Esto ya era algo bastante inusitado.[52] El 20 de octubre de 1969, Viaux viajó a Santiago sin haber entregado formalmente el mando, y esa noche se fue al regimiento Tacna donde lo esperaban oficiales y suboficiales que lo aclamaron como su líder. Ahí se acuarteló, estableciendo sus demandas. El gobierno y la mayoría de los partidos políticos reaccionaron en público como si se tratara de un intento de golpe de estado.[53]

Al igual que con el Ariostazo (25 de agosto de 1939), una multitud rodeó el Palacio de La Moneda para defender al Gobierno constituido. No era demasiado numerosa a decir verdad, pero a casi todos les parecía insólito que en Chile pudiese haber un golpe de estado. Como que no se podía creer, pero algo había pasado entre los uniformados. Es probable que algunos sectores nacionalistas, por fuerza próximos a la derecha, se hayan entusiasmado con la posibilidad de un golpe. La derecha en sí misma estaba embarcada en la candidatura de Alessandri —quien todavía no la aceptaba formalmente— y esto le era completamente disfuncional y quizás jugó algún papel en su derrota final. Los socialistas no solo no condenaron el hecho, sino que trataron de alentar su continuidad, probablemente entusiasmados con que en Chile pudiera repetirse la experiencia peruana.

---

[52] Víctor Schneider Arce, *General Schneider. Un hombre de honor, un crimen impune* (Santiago: Ocho Libros Editores, 2010), p. 60.

[53] Florencia Varas, *Conversaciones con Viaux* (Santiago: s.d., 1972), pp. 94-113.

Salvador Allende sí lo condenó, si bien con matices.[54] Un día antes, durante la proclamación de la precandidatura dentro del socialismo, había dicho que "luchamos para conquistar el gobierno, y desde el gobierno conquistar el poder. Sí, óiganlo bien: en Chile el gobierno lo tiene Eduardo Frei, pero el poder no lo tiene, pues está en manos del imperialismo y de la burguesía nacional aliada a ese imperialismo".[55] Es un buen compendio de un marxismo para consumo masivo. El mismo 21 de octubre el Partido Socialista emitió una declaración apoyando "las demandas económicas y profesionales de las Fuerzas Armadas", y llamando a los trabajadores "no a defender la institucionalidad burguesa sino a movilizarse para imponer sus reivindicaciones sociales y políticas amenazadas por las fuerzas reaccionarias" que se podían aprovechar de la intranquilidad militar.[56] Esto era echarle leña a la hoguera. Los comunistas ya habían anunciado en las vísperas del Tacnazo, olfateando lo que podía venir, que el partido era "decididamente contrario a cualquier solución militar de los problemas del país".[57] En su conjunto, los partidos de izquierda "exigieron" al Gobierno imponerle estado de sitio "a la derecha", en un llamado a la beligerancia política.[58]

Toda la evidencia indica que no hubo ningún intento de golpe. Fue otra "toma" para promocionar, de manera muy convincente eso sí, sus propias demandas. Después de la toma comenzó una negociación entre las partes, la que culminó con un acuerdo que en lo sustancial recogía las demandas por salarios y equipamientos. En este sentido, el Gobierno entregó la oreja de manera rotunda. Dos fenómenos, sin embargo, acompañaron esta realidad. Primero, que el Tacna fue rodeado por otras unidades del Ejército y de otras ramas, pero que no tenían la más mínima intención de emplear la fuerza. Cumplieron con las órdenes de trasladarse hasta allí, pero compartían sin ninguna duda la posición de los alzados.

Segundo, no existe algo así como una huelga pura de un Ejército. No es lo mismo que una huelga de los empleados de correo; la paralización de actividades de un hombre de armas —si es que se la puede llamar así— tiene, sin duda, una connotación política. Más todavía si, a la inquietud que había emergido en los dos años anteriores, se unían algunas tonalidades políticas expresadas en la idea de que el país estaba en crisis. E inmediatamente después de ser llevado detenido al Hospital

[54] *Última Hora*, 24 de octubre de 1969.
[55] *Última Hora*, 20 de octubre de 1969.
[56] *Última Hora*, 21 de octubre de 1969.
[57] *El Siglo*, 18 de octubre de 1969.
[58] *Última Hora*, 21 de octubre de 1969.

Militar, donde iba a ser tratado como pasajero de primera clase, el general Viaux se transformaba en líder del Ejército y hasta cierto punto de oficiales de las otras ramas. Luego dejaría escapar intencionadamente declaraciones con connotaciones políticas que dejaban ver otra realidad. Se había convertido también en líder de un nacionalismo militarizado. Por último, también fue cortejado por esa parte de la izquierda que representaba el diario *Clarín*, dirigido por Darío Sainte-Marie (Volpone), que acertadamente suponía que Viaux como político debilitaba a Jorge Alessandri.[59] Volpone, como también en otras acciones suyas, jugaba con fuego.



[59] *Clarín*, 24 de octubre de 1969, abre fuego en esta dirección, con una artículo del mismo Sainte-Marie, firmado como Volpone, "Izquierdista y constitucionalista": "Nos hemos salvado, porque el Ejército y el pueblo chileno son constitucionalistas en 'esencia y en presencia', como se encargó de proclamarlo el propio general Viaux en una declaración formulada a nuestro diario".

# Capítulo VI
# Símbolo mundial: Chile y el mundo

## Chile en la política mundial

"El combate que se realiza en Chile tendrá una significación mundial, ya que el imperialismo se va a resistir con dientes y uñas para no entregar su influencia y posición en este país", le decía en un mensaje de comienzos de 1970 Luis Corvalán a Walter Ulbricht, el secretario general del SED, es decir, el máximo dirigente comunista del régimen de la República Democrática Alemana, que en el curso de 1971 sería defenestrado por Erich Honecker.[1] Le estaba pidiendo ayuda, es decir, recursos para la campaña de ese año, de preferencia dinero contante y sonante. Mirado más de cuarenta años después, es inevitable ver en esto un rasgo pedigüeño, algo muy criollo. Era un convencimiento real, aunque la astucia del chileno le agregaba un grado de dramatización. Lo que quizás no sospechaba era que en efecto el gobierno de la Unidad Popular, que muchas veces se llamaría la "experiencia chilena", adquiriría un carácter de enorme simbolismo en las referencias contemporáneas. Además, los grandes actores globales hasta cierto punto concordaron con esta interpretación. La relación de Chile con el mundo hizo patente la conciencia de que las cosas que suceden dentro del país están más relacionadas de lo que se piensa con lo que sucede afuera.

Algunos se habrán dado cuenta recién en estos años o poco después de esta realidad. La verdad es que una parte sustancial de la identidad de todas las sociedades humanas se nutre de la interrelación con su entorno cercano o lejano, este último en la modernidad es la totalidad del globo. Chile nació a la vida como parte de una transformación global, la expansión europea del 1500. Nació a la vida republicana

[1] De Luis Corvalán a Walter Ulbricht, 10 de febrero de 1970. BA, DDR, DY 30 IV A 2/20/712.

como consecuencia de la creación de la política moderna en torno al 1800. Las grandes tendencias del lenguaje político en Chile tenían que ver con la vida europea. En el curso del siglo XX, la simultaneidad del desarrollo político e ideológico del país con las tendencias mundiales ha sido una característica que lo destaca dentro del continente. Se ha visto cómo la izquierda chilena es inseparable de las experiencias globales, de manera todavía más pronunciada tras la Revolución Rusa de 1917. El país no fue víctima pasiva de la Guerra Fría, sino que un actor que participó en ella a partir de los impulsos que habían surgido de la propia historia del siglo. La Unidad Popular descendía directamente de esta experiencia. Los que la miraban con escepticismo o la combatían, no eran menos parte de todo este proceso.[2]

No solamente se fue parte activa y en gran medida voluntaria de la Guerra Fría. El arco político e ideológico de Chile antecedía con mucho a lo que se llama la Guerra Fría, entendiendo por esta el rasgo predominante del sistema internacional entre 1945 y 1989. Ya en la década de 1930 la polaridad política se originaba entre marxismo y antimarxismo; más atrás en la primera década del siglo, antes de la Revolución Rusa, existían en Chile los discursos tanto revolucionarios como antirrevolucionarios. Las circunstancias de la Guerra Fría tuvieron alguna influencia destacada. El papel de Estados Unidos llegó a ser mucho más sensible tanto para Santiago como para Washington. Moscú, antes de 1917 con una vaga idea de lo que era la región, con una pizca de mayor atención y con manipulación desde lejos del comunismo criollo, fue viendo crecer su interés y su baza en América Latina a medida que transcurría la Guerra Fría. Cuba y Chile fueron dos casos especiales en donde, además del juego interno, se daba un choque indirecto entre los dos grandes, las llamadas superpotencias. Estas circunstancias y otras que luego explicaremos ayudan a entender por qué el caso chileno adquirió tal simbolismo en la política mundial de los años 1970 y más allá todavía. También para el Estado chileno su estrecha relación con los acontecimientos mundiales no se agotaba con su origen en el 1500 o su reformulación en el 1800.

Poco después de la independencia, los formuladores de la doctrina del Estado chileno destacaron que la mantención de buenas relaciones con las principales potencias europeas sería una garantía de su propia existencia. Esto implicaba no tomar partido en algún conflicto europeo. La República había surgido en parte por

[2] Para estas ideas, Joaquín Fermandois, *Mundo y fin de mundo: Chile en la política mundial 1900-2004* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2005), pp. 335-391 y "La política mundial o las formas de identificación en la era planetaria", en Fernando Savater y otros, *Conferencias presidenciales de humanidades* (Santiago: Presidencia de la República, 2005), pp. 443-464.

la extensión de un espíritu revolucionario, aunque también la animaba otro conservador.[3] Esto determinaría que no habría una toma de partido en especial, ni por una potencia tradicionalista ni por una liberal, paisaje que caracterizaba a la Europa de después del Congreso de Viena. Por cierto, la principal contraparte externa fue el agente globalizador del siglo XIX, Inglaterra, que tuvo un puesto señalado en la economía chilena de dicha centuria.[4]

Chile era un país relativamente aislado y pobre en la Colonia. La empresa emancipadora constituyó una especie de organización supranacional por llamarla así, pero en el continente la tendencia a formar estados nacionales fue mucho más fuerte, ya que el resultado de los tres siglos del Imperio Español había sido la creación de naciones. Así fue como se formó un sistema de estados sudamericanos, caracterizado por tener muchos menos conflictos internacionales que su contraparte europea. Sin embargo, a fines del siglo XIX el cono sur se vio envuelto en varias guerras internacionales, y aquella en que participó Chile ha sido a la postre la que más recuerdo y hasta pasión ha heredado. En resumen, Chile ha tenido una relación más complicada con sus vecinos que el resto de los países sudamericanos y hasta latinoamericanos, dejando a un lado las relaciones de México y Cuba con Estados Unidos, que pertenecen a otro orden. Esto crearía una fuente de atención y preocupación permanente para los gobiernos chilenos del siglo XX.

En esta última centuria, existieron tres elementos del sistema internacional distintos y a la vez estrechamente vinculados que tuvieron influjo en la posición internacional de Chile, aunque también a lo largo del continente. Uno de ellos fueron las guerras mundiales, de las que Chile quiso mantenerse apartado, naufragando su política de neutralidad a comienzos de 1943. El segundo fue la crisis ideológica que siguió a la Primera Guerra Mundial y el surgimiento del marxismo y antimarxismo (primero más conocido como comunismo y anticomunismo), que afectaría profundamente a la sociedad chilena. El tercero fue la aparición de la hegemonía norteamericana que alcanza a Chile a fines del siglo XIX, no solo en las relaciones entre estados sino que también en el plano económico interno y externo y, como en todas partes, en lo cultural, con lo que se ha llamado la "norteamericanización" del mundo. Esto entra de lleno en las raíces de la Unidad Popular, ya que Estados Unidos

[3] Simon Collier, *Ideas y política de la independencia chilena, 1808-1833* (Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2012; original en inglés, 1967), pp. 348-351; *Chile: la construcción de una república 1830-1865: política e ideas* (Santiago: Universidad Católica de Chile, 2005; original en inglés, 2003), p. 57.

[4] Eduardo Cavieres, *Comercio chileno y comerciantes ingleses 1820-1880: un ciclo de historia económica* (Valparaíso: Universidad Católica de Valparaíso, 1988).

era la principal representación del mal en el mundo. Allende creía genuinamente que su principal enemigo era el imperialismo norteamericano y, claro, en parte lo era.

Los grandes componentes que conformaron el paisaje internacional de la segunda mitad del siglo XX eran producto de una larga elaboración. Aun a pesar de cambios monumentales, en muchos sentidos continúa su labor en las dos primeras décadas del siglo XXI. En la época en cuestión, la realidad internacional estaba compenetrada del mundo de la Guerra Fría. Si a esta se la reduce a la competencia entre Estados Unidos y la Unión Soviética, se nos escapa mucho de la realidad internacional que haría inteligible la vida de un país como Chile.[5] Ni toda su política exterior ni menos las relaciones con los países sudamericanos, sobre todo con los vecinos, se dejan comprender bajo esta óptica.[6] Tampoco la posición internacional de Chile siguió al pie de la letra las indicaciones del supuesto espacio imperial al que habría estado sometido.[7] Ni siquiera en el campo interno la influencia norteamericana podría haberse dejado sentir si no hubiese existido una diversidad de actores que en un momento u otro identificaran sus intereses con aquellos de "las democracias" o el mundo occidental.[8] Si tomamos al siglo XX en su conjunto, todas las principales persuasiones y grupos políticos del país fueron, en un momento u otro, pro o antinorteamericanos según el caso. La presencia de intereses norteamericanos al interior de Chile constituía una baza formidable; basta pensar solo en la llamada Gran Minería del Cobre. Sin embargo, como lo han destacado muchos estudiosos, el fuerte pasa a ser tan dependiente del débil como a la inversa.[9] Los años de la Unidad Popular constituyen un rico ejemplo para ver cómo los intereses norteamericanos se sentían rehenes de la situación.

En cambio, si miramos a la Guerra Fría como una fase de cuatro décadas de desarrollo del sistema internacional, tenemos que reconocer la existencia de un

[5] Odd Arne Westad, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times* (Cambridge, Gran Bretaña y New York: Cambridge University Press, 2007).

[6] Sobre esto, están nuestros trabajos *Chile y el mundo 1970-1973. La política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985), pp. 111-160 y *Mundo y fin de mundo*, pp. 362-367.

[7] Una interpretación esquemática de este tipo es la de Joan Garcés, *Soberanos e intervenidos. Chile, la Guerra Fría y después* (Santiago: BAT, 1995).

[8] Un autor que desarrolla este tema para el caso de la Guerra Fría en América Latina es Michael Grow, *U.S. Presidents and Latin American Interventions: Pursuing Regime Change in the Cold War* (Lawrence, Kansas: University Press of Kansas, 2008).

[9] Theodore Moran, *Multinational Corporations and the Politics of Dependence: Copper in Chile* (Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1974).

escenario en el que una multiplicidad de actores tomó parte: las superpotencias, varias otras potencias, Estados fuertes en sociedades débiles, actores revolucionarios, antirrevolucionarios y contrarrevolucionarios, muchas sociedades del mundo tensionadas o convulsionadas por los grandes dilemas políticos de la época, las grandes multinacionales —aunque con menos estrategia política propia de lo que se piensa—, algunos rasgos culturales de la época que no podrían entenderse sin referencia a estos hechos, aunque no se agotan en ellos, como lo que se ha llamado la revolución cultural de los 1960. Incluso las posiciones que querían escapar de la Guerra Fría, como los no alineados en sus primeros años; los estados disidentes de los bloques, como la Francia de De Gaulle o la Yugoslavia de Tito; o ciertas fórmulas que rechazaban el comunismo y el anticomunismo con igual decisión, como las de Juan Domingo Perón o Eduardo Frei Montalva, eran impensables sin la existencia de esta referencia de los grandes dilemas de la época, resumidos en el concepto de Guerra Fría.[10]

El que en Chile hayan destacado con tanto vigor las diversas posiciones de las ideologías del mundo de la segunda mitad del siglo XX es uno de los ejemplos de por qué Chile fue una especie de adalid de lo que llamamos *política mundial*. Es lo que posibilitó también su puesto señalado como referencia mundial en los años 1970. Es, sin embargo, un rasgo que recorre a la historia chilena desde al menos la década de 1930. Se puede decir que es la misma cultura política chilena, sus orien-

[10] La fórmula política de Eduardo Frei adquirió parte de su fuerza por haber presentado un frente de resistencia al comunismo o marxismo, tanto en 1964 como durante la Unidad Popular; pero esta fuerza respondía también a la voluntad de distinguirse de comunismo y anticomunismo, lo que también era una fuente de su atractivo. Una de sus posiciones ante el comunismo está en un importante texto suyo de 1947: "Anti-comunismo", *Política y Espíritu*, 21, abril 1947, pp. 109-110. Creemos pertinente citar un extracto del texto que representa muy claramente el espíritu del pensamiento de Frei en aquella época: "El verdadero anti-comunismo es el que presenta a un sistema ideológico total como es el marxismo, otra filosofía total como es la que dimana del espiritualismo cristiano; es el que opone a un nuevo estado totalitario y proletario, negador de la libertad humana, un sistema basado en la comunidad de trabajadores libres, es el que opone el concepto digno de la persona humana, capaz de propiedad personal, de familia organizada, de libertad de expresión y de crítica, al hombre sometido a una táctica que define el Estado omnipotente y por lo mismo opresor. (…) Y porque tiene fe en la potencialidad de las ideas, porque cree en la democracia, porque está convencido del error del comunismo, porque tiene respeto por el juicio del hombre común capaz de comparar ambas doctrinas, este anti-comunismo rechaza las persecuciones policiales, la mentira de los egoísmos que se disfrazan con el nombre de Patria, Orden y otras palabras gastadas por aquéllos que colocan a la propiedad absoluta antes que al hombre, al orden antes que a la libertad, el privilegio y la tranquilidad de su clase frente a la clase de los desposeídos y que por último incitando a la lucha de clase con sus actitudes acusan a los otros de marxismo".

taciones ideológicas, inquietudes, ilusiones y esperanzas las que hicieron que sus actores escogieran los grandes dilemas universales como dilemas propios. Esto era porque los rasgos de su historia empujaban en esta dirección. La Guerra Fría era tanto un fenómeno interno de la sociedad chilena como una respuesta del Estado y la sociedad a las oleadas culturales, materiales y de política exterior que llegaban desde afuera. Incluso se podría decir, con su cuota de exageración, que en Chile la Guerra Fría comenzó antes que la Guerra Fría del sistema internacional. En efecto, en 1945 la pugna marxismo-antimarxismo definía cada día más y de manera más consciente, la polaridad de su vida política.[11]

## Contexto internacional de Guerra Fría

En lo que sigue de este capítulo veremos la situación internacional del país en torno a la Unidad Popular en referencia fundamental al fenómeno de la Guerra Fría, entendido según lo hemos expuesto. Sucede, sin embargo, que aquellos aspectos de la vida internacional del país que no se desprenden de la Guerra Fría, sino que la precedieron y continúan tras ella —como las relaciones con los vecinos y otros países sudamericanos; el aspecto internacional del desarrollo económico; la progresiva internacionalización de la sociedad chilena en algunos aspectos—, no pueden separarse en muchos casos ni siquiera analíticamente de lo que está afectado por el gran conflicto global. Por ello, no se nos puede exigir una total rigurosidad en este sentido. Con todo, intentaremos señalar la distinción cuando nos sea posible.

En la década de 1960 la mayoría de los gobiernos latinoamericanos estaban alineados con Estados Unidos. Chile, salvo en algunos momentos excepcionales, nunca sobresalió en este sentido. Gabriel González, Carlos Ibáñez y Eduardo Frei habían postulado un lenguaje de tintes que sin mucha exactitud podríamos denominar como no alineados, mientras fueron candidatos. Durante sus gobiernos dejaron en claro que en líneas generales se situaban en el campo occidental. Esto tuvo más de una limitación. González no quiso enviar tropas a Corea —el Congreso no se lo hubiera permitido por lo demás—; Jorge Alessandri no compartió la política de exclusión de Cuba; en una réplica casi exacta, Eduardo Frei criticó ostensiblemente la intervención norteamericana en la República Dominicana en 1965. En la década de 1960, en términos de política exterior, el país mantuvo una acción dual. Por una

[11] Algo de esto se puede ver en Andrew Barnard, "Chilean Communists, Radical Presidents and Chilean Relations with the United States, 1940-1947," *Journal of Latin American Studies*, Vol. 13, No. 2 (Nov. 1981), pp. 347-374.

parte se mantenía dentro del espíritu general de la alianza occidental; por la otra, se iba abriendo hacia una versión moderada de tercermundismo. Esto podría parecer ambigüedad, si no fuera porque la misma pluralidad de problemas internacionales no hubiera hecho que muchos países del mundo tuvieran reacciones similares al afrontar la realidad global. La misma Francia de Charles de Gaulle —cuya venida a Chile en 1964 es toda una referencia en este sentido— podía ser interpretada de esta manera.[12]

Todo esto caía de lleno en la realidad política chilena. Las mismas orientaciones internas implicaban determinado tipo de políticas externas y preferencias. Eran los tiempos también en los cuales la gran pregunta política de la Guerra Fría no conocía divisiones entre lo interno y lo externo: ¿hacia dónde marcha el mundo? Sucede que para la izquierda chilena no cabía ninguna duda de que la dirección general era hacia el socialismo y que esto en definitiva concordaba con los intereses de Chile, definidos estos como los de la clase trabajadora y sus aliados. Cabían muchos dentro de estos. La izquierda se identificaba con todos los "movimientos de liberación nacional", en general, revoluciones o sistemas políticos radicales antioccidentales. Con la excepción de alguna referencia cordial a la India de Jawaharlal Nehru, ninguno de ellos podía ser calificado como democracia, aunque en algún momento u otro podrían calificar como "populares". Con todo, donde sí habría estado realizado el socialismo eran los grandes paradigmas de esta izquierda: la Unión Soviética, la Cuba de Castro y de manera creciente la República Democrática Alemana. Se añadía siempre que el socialismo era una construcción constante y que en los casos europeos se trataba de uno "avanzado" o "desarrollado", aunque todavía no plenamente "comunismo", es decir, la etapa final de esta evolución, que abriría la era de la total libertad humana.

Si en el plano interno se había alcanzado gran unanimidad dentro de la izquierda en la idea de la socialización de los medios de producción, vale decir al menos la estatización de la gran y quizás de la mediana empresa y el fin de un latifundio definido muy vagamente, en el plano internacional esto se dirigía contra el "imperialismo". Significaba Estados Unidos, el capitalismo, su alianza espuria con intereses de oligarquías locales, sobre todo una expresión más de la formación de una plusvalía a nivel internacional. Se extraía del país una riqueza que correspondía al pueblo, pero que por la mecánica del régimen capitalista y por su penetración política y cultural, así como por su agresividad militar, había logrado capturarla para

[12] Joaquín Fermandois, "The Hero on the Latin American Scene," en Christian Nuenlist, Anna Locher, Garret Martin (editores), *Globalizing de Gaulle. International Perspectives on French Foreign Policies, 1958-1969* (Lanham: Rowman & Littlefield Publishers Inc., 2010), pp. 271-290.

sí mismo. La noción de plusvalía —muchas veces definida en sus resultados como "excedentes"— es básica en lo más profundo de la idea marxista, aunque en el fondo también es una sospecha innata y perenne, de todas las épocas, del débil frente al poderoso, del pobre frente al rico, por ponerlo en realidades binarias. Lo interno y lo externo estaban de esta manera inextricablemente vinculados en la visión y en la voluntad política de la izquierda marxista. El mismo Allende era un ejemplo muy claro de esta visión de Estados Unidos y de su sistema como el gran culpable del atraso y de la pobreza de Chile. Se creía a pie juntillas en esta idea.

El sentimiento crítico a Estados Unidos es parte de *un* alma de los países de América Latina y Chile no era la excepción. La identificación con muchos aspectos de la sociedad y de la política norteamericanas es otra alma y a veces conviven en los mismos actores. No era el caso de la izquierda chilena en los años 1950 y 1960. Los comunistas habían apoyado muchos aspectos de la política latinoamericana de los Estados Unidos en el curso de la guerra, en gran medida porque la Unión Soviética lo hacía. Salvador Allende había sentido una genuina admiración por Roosevelt, por su política social y como uno de los adalides antifascistas. Había mucha sobrelectura en esto, pero también, al revés de los comunistas, iba más allá de un convencimiento táctico. Aun así, lo que llegó a predominar en él y en los socialistas fue la creencia en la maldad intrínseca de Estados Unidos.

Como consecuencia práctica, esto no solo implicaba sostener una política exterior crítica u hostil a Washington, sino que también atacar sus grandes intereses económicos en Chile. Para ello había que nacionalizar el cobre y otras grandes inversiones, ya que se suponía se llevaban indebidamente recursos, los excedentes, que correspondían a un ingreso propio de Chile. El antiimperialismo, que en lo básico estaba más bien dirigido contra Estados Unidos y no tanto contra Europa Occidental, respondía a una visión desconfiada de ese país que era mucho más amplia que el marxismo y que la misma izquierda. Ocasionalmente ha sido esgrimido también por sectores de centro y hasta de derecha. Responde, como decíamos, a una orientación profunda de la cultura latinoamericana, que por otra parte es muy receptiva de valores, ideas y sentimientos que arriban del norte. Este cuadro mental amplio está muy combinado de buenas y malas razones, pero es un hecho profundo, quizás porque se trata de dos versiones distintas que tuvieron su fuente en dos Europas: la de la Reforma en el norte y la de la Contrarreforma en el sur.[13] No es un fenómeno religioso naturalmente, sino la metáfora de dos

[13] Seguimos en esto las ideas de Octavio Paz para México, aunque proyectándolas en algún sentido a todo el continente. Octavio Paz, *Tiempo nublado* (Barcelona: Seix Barral, 1983), pp. 142-150.

tipos de sociedades que tienen algún parentesco y también mucha distancia, pero que han convivido por dos siglos con un alto grado de intercambio y creciente intercomunicación.

Desde la década de 1940, Estados Unidos había puesto mucha atención a la política interna chilena. Durante la Segunda Guerra Mundial había ayudado a financiar a fuerzas chilenas pro aliadas, sin que la izquierda protestara. No era algo público, aunque sí evidente. No era pura operación de inteligencia, sino que correspondía también a toda una política consciente de propaganda que pasaba a ser parte de la política exterior de Estados Unidos. Nuevamente se da lo mismo a partir de la década de 1960, o al menos está documentado desde ese momento. Estados Unidos puso un empeño extraordinario en apoyar con recursos económicos e incluso con algo de infraestructura a la campaña de Eduardo Frei Montalva. El objetivo era evitar a toda costa el triunfo de una coalición marxista. Como se dijo, este empeño bajó de manera visible para la campaña de 1970, aunque de todas maneras era parte de una trayectoria continuada. Dentro de Chile se hablaba mucho acerca de este hecho, pero a la vez era algo que estaba en un reino algo legendario. Las pruebas comenzarían a aparecer en 1975.[14]

¿Implicaba que Estados Unidos manejaba los hilos de la política interna chilena? La tesis que hemos sostenido es que no fue así. Existía una convergencia entre actores internos y externos, tal cual fue durante la Segunda Guerra Mundial. Con el transcurso de los años, en una historia repleta de paradojas, los norteamericanos llegaban a desesperar del poco resultado que tenía tanta inversión en Chile. Es cierto que finalmente lograron evitar la consolidación de la Unidad Popular, aunque esto no hubiera sido posible sin el proceso político interno que hubo en Chile, que se explica en este libro. Los recursos norteamericanos constituyeron un elemento más del paisaje. La historia posterior a 1973 no será pobre en otras paradojas. Al igual que en tantas otras experiencias en el mundo, se demostraba que Estados Unidos podía apoyar a sus aliados, pero no podía asumir ni la estrategia ni la táctica de estos. De todas maneras, las fuerzas políticas y de opinión pública que recibían los aportes norteamericanos se sentían confiadas de este apoyo, lo cual

[14] Específicamente a través de los hallazgos de la llamada Comisión Church del Senado norteamericano, dados a conocer principalmente a través de dos publicaciones: U.S. Congress. Senate. Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities, *Covert Action in Chile, 1963-1973: Staff Report*. 94th Congress, 1st Session, 1975. Esta es la fuente más estándar que muchas veces se cita como información “nueva y sensacional”, que en los hechos ya fue pública hace 38 años.

más que nada creaba una dependencia sicológica y a veces en recursos materiales. Esta alianza, se lo confesaran o no a sí mismos los receptores chilenos, era parte de un mundo crecientemente integrado en donde las fronteras entre los sistemas políticos se desdibujaban cada día más. Claro, no hay que exagerar en este punto, ya que la misma empresa emancipadora a comienzos del siglo XIX había sido bastante internacional en este sentido. Todas las fuerzas que después convergerían en la oposición a la Unidad Popular, algunas de las cuales acentuaban la crítica a Estados Unidos, en muchos momentos de su propia historia habían sentido un parentesco con la civilización política norteamericana. Les parecía menos extraña que muchos sistemas totalitarios o autoritarios a lo largo del mundo. En todo caso, no había demasiada consistencia en esta visión. No fue algo que ocupó demasiado tiempo en la mente de ellos.

La izquierda había recibido algunos jirones de estos recursos, quizás durante la guerra. Después, en la segunda mitad de los sesenta, la USOPO también recibió ayuda de este tipo, siguiendo el criterio de que contribuía a debilitar a lo que todavía se llamaba FRAP.[15] Más importante sin embargo era su alianza política, o convergencia según el caso, con los modelos de revoluciones consolidadas en sistemas establecidos en los estados marxistas y con algunas dictaduras del Tercer Mundo. Con todo, era con los primeros con quienes se habían establecido lazos de alianza y hasta cierto punto de dependencia, sin darle un significado demasiado terrible a este vocablo. Era bien sabida la realidad de los lazos políticos que unían al Partido Comunista con la Unión Soviética. Las continuas visitas a Moscú de los dirigentes comunistas o de Pablo Neruda, así como el importante contingente de becados comunistas, o en todo caso de izquierda, a las universidades de la Unión Soviética y de otros países del bloque soviético atestiguaban esta estrecha relación.[16] Investigaciones posteriores han mostrado lo que en realidad era más o menos obvio, que existió mucha ayuda material al Partido Comunista, aun en épocas en que no había relaciones diplomáticas entre Santiago y Moscú. Más todavía, había habido un financiamiento intermitente en los años del Komintern, documentado al menos en la década del veinte y comienzos del treinta. Desde los cincuenta hasta 1973 hubo un financiamiento sistemático, aunque no está

[15] Kristian Gustafson, *Hostile Intent: U.S. Covert Operations in Chile, 1964-1974* (Washington D.C.: Potomac Books, 2007), p. 67.

[16] Sobre los intercambios culturales con la Unión Soviética, Rafael Pedemonte, "La 'diplomacia cultural' soviética en Chile (1964-1973)", *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*, Vol. 9, No. 1 (2010), pp. 57-100.

documentado para todos los años.[17] A partir de 1970 esta ayuda en parte se extenderá al Partido Socialista.

Nada de esto quiere decir que —al igual que la relación entre Washington y sus aliados en la política chilena— el Partido Comunista haya sido una hechura de Moscú ni mucho menos. El comunismo criollo era una planta originaria de Chile y bastante chileno en varios sentidos. Además, cultivaba algo artificialmente este carácter, frente a la acusación de que era una "secta internacional". A su vez, el haber estado tan orientado hacia Moscú como paradigma intransable, situado más allá de toda crítica, una especie de paraíso en la tierra, fue un elemento que impidió que los comunistas desarrollaran una estrategia de largo plazo de participación en el gobierno sin romper ni con la forma ni con el espíritu de una sociedad abierta, de una auténtica república democrática.

La ayuda soviética se expresaba en mucho material de propaganda escrito en castellano, en los viajes, en estadía de vacaciones pagadas para los dirigentes y en algunos otros elementos materiales. También había efectivo, en dólares que eran terriblemente escasos en la economía soviética, la que en sus intercambios internacionales prefería el trueque. En 1970 la ayuda al comunismo chileno fue de 400.000 dólares; en 1973, antes del golpe, fueron 650.000 dólares. Yendo hacia atrás, en 1966 habían sido 300.000, lo mismo que se le daba a los comunistas griegos, pero, dato revelador, menos de lo que se les enviaba a los venezolanos. En su conjunto, eran bastante menos recursos que los que provenían de Estados Unidos. Estaban además todos los fluidos intercambios no estatales, la libertad de comunicación y el tránsito de personas entre Estados Unidos y Chile, propio de las sociedades abiertas.

Presentadas así las cosas, la ayuda soviética aparece más o menos modesta. En cambio, si la miramos en el sentido de la efectividad, las cosas cambian. Tampoco se trata de cifras muy pequeñas. Daría la impresión de que para ese año 1966, la ayuda soviética al Partido Comunista era mucho mayor que toda la que puede haber sido entregada por el Departamento de Estado o la CIA a cualquier grupo político chileno; además, los norteamericanos entregaban a varios partidos, mientras que los soviéticos a uno solo, lo que multiplicaba su efectividad. Aquí está lo decisivo, que la izquierda chilena, ya fueran comunistas, socialistas o el pequeño MIR, estaba constituida por fuerzas movilizadas, organizaciones permanentes y en general muy trabajadoras, sobre todo los primeros. Por ello, al hablarse de efectividad, esto sí

[17] Eugenia Fediakova y Olga Ulianova, "Algunos aspectos de la ayuda financiera del Partido Comunista de la URSS al comunismo chileno durante la Guerra Fría", *Estudios Públicos*, 72, primavera 1998, pp. 113-148.

que constituía una ayuda multiplicadora. Al igual que en el caso de las fuerzas no marxistas que recibían ayuda de Washington o de fundaciones alemanas, no explica absolutamente nada de la razón de su existencia y quizás ni siquiera de su vigor. De todos modos, era parte de un panorama que mostraba la interrelación de los actores no estatales chilenos con el sistema internacional. Hasta aquí no hay nada, sin embargo, que en términos políticos, ni entonces ni ahora, pueda aparecer ilegítimo, aunque la legalidad de los procedimientos era más que dudosa. Por cierto hubiera sido bochornoso que se hubiera conocido directamente en esos tiempos.

El mundo mirado desde Moscú, ejercicio poco común en los dirigentes de la izquierda, era un poco distinto al que emergía desde la cabeza de los chilenos. Estos últimos o estaban extasiados o al menos consideraban a la Unión Soviética como un avance gigantesco en la historia de la humanidad en el camino a superar el capitalismo. Por cierto, los soviéticos se miraban también de esta manera. Pero también se miraban a sí mismos como un Estado dentro de un sistema de estados, con los intereses y las percepciones típicas a una gran potencia, lo que muchas veces los ponía en tensión con su legitimación ideológica.

Era un proceso que había comenzado con el Tratado de Brest-Litovsk con la Alemania imperial el 3 de marzo de 1918. Como gran potencia, sus intereses tenían que ver en primer lugar con su propia periferia y con sus contrapartes. Aquí siempre América Latina había jugado un papel de segundo o tercer orden. La Revolución Cubana había modificado un tanto esa percepción, ya que también se había traducido en una mayor posibilidad revolucionaria en el continente. Se sumaba otro aspecto, todavía más ignorado o más negado por los marxistas chilenos: los recursos de la Unión Soviética no solo eran limitados, lo que vale para cualquiera, sino que también su economía era mucho más frágil de lo que se pensaba. Sus compromisos hacían muy poco probable que pudiera proporcionar una ayuda en recursos materiales de una manera que fuera siquiera remotamente parecida a lo que se había hecho con Cuba. Ambas limitaciones irían a condicionar la posición soviética ante la "experiencia chilena".

En cualquier caso, no podía olvidar su propia legitimación ideológica que la obligaba a algún tipo de solidaridad con cualquier revolución que fuera en una dirección análoga a la de Moscú, tanto por razones de la indispensable coherencia como por temas de la opinión pública mundial. Quedaría mal si no manifestase simpatía por un proceso como el que iba a estallar en Chile. Además, aunque todavía desde luego no podía adivinar el impacto internacional del Chile de Allende, era claro que la situación molestaría a Estados Unidos, lo cual hacía que se volviera atractiva para Moscú, pero no al punto de poner en peligro todo ese proceso que fue paralelo al desarrollo de la experiencia chilena, la distensión de los años setenta.

Un segundo paradigma internacional de la izquierda chilena apareció el 1 de enero de 1959: la Revolución Cubana. En intensidad a veces parecía sobrepasar al modelo soviético. Este no fue el caso del Partido Comunista, que siguió fielmente las aguas soviéticas en cuanto al desarrollo de la Cuba de Castro. Los comunistas se identificaron con la Revolución Cubana según el lenguaje de los soviéticos. Cuando surgieron tensiones entre Moscú y La Habana, en la segunda mitad de los sesenta, Corvalán efectuaba críticas a la "ultraizquierda" desde la perspectiva soviética, que incluía al régimen castrista, aunque nunca de manera expresa. Es imposible no pensar que estas críticas le fueron sugeridas desde Moscú. Incluso Pablo Neruda cayó bajo las críticas airadas de intelectuales cubanos obsecuentes con el régimen por haber dado una conferencia en el Pen Club de Nueva York, lo que evidentemente era parte de todo este juego.[18]

De los labios de los dirigentes chilenos jamás emergió una sola frase que pudiese haber dado una pista de una diferencia con el régimen soviético. Este, a ojos de los comunistas criollos, parecía sencillamente la realización de la utopía. De todas maneras, hacia 1970 a Castro no le había quedado otra que adaptarse a las políticas soviéticas. Incluso ya antes en su apoyo a la ocupación de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia, en agosto de 1968, no había dejado ningún espacio para algún matiz distinto. Esto preludiaba también una mejor sintonía de los comunistas chilenos con el régimen de La Habana. Algunas divergencias continuarían hasta 1973, pero más destacaron las convergencias entre los comunistas y Castro. Lo que se daría después sería algún tipo de diferencia en torno a la política interna de Chile. En su fuero interno, los comunistas conservarían su desconfianza hacia la ultraizquierda, en la cual muchas veces incluían al régimen castrista.[19]

La Revolución Cubana tuvo un efecto incalculable en la izquierda chilena al capturar el alma del Partido Socialista de manera casi total, al menos hasta 1973.[20] Las nuevas formaciones de la izquierda entre 1965 y 1973 tomarían en diverso grado a Cuba como un modelo. El MIR, fundado en 1965, pequeño aunque en alguna medida bastante influyente hasta 1973, tenía como propósito exclusivo imitar como modelos la vía cubana de alzamiento armado y el régimen de Castro. El MAPU,

---

[18] Fermandois, *Chile y el Mundo 1970-1973*, p. 166.

[19] Se miraba con sospecha el apoyo cubano a los socialistas y al MIR. Informe del corresponsal de ADN de Alemania Oriental, DDR, 31 de agosto de 1968. BA, DDR, DY 30 IV A 2/20/730. Las opiniones de los enviados, en este caso con cierta probabilidad provenientes de la inteligencia germano-oriental, casi siempre reflejaban la opinión de los comunistas chilenos.

[20] Joaquín Fermandois, "Chile y la cuestión cubana, 1959-1964", *Historia*, 17, 1982, pp. 113-200.

nacido en 1969 como una especie de izquierda de la Democracia Cristiana, en poco tiempo adquirió un lenguaje que lo hizo entusiasmarse con Cuba. Incluso la Izquierda Cristiana y hasta el Partido Radical mostraban algún grado de entusiasmo con el castrismo. En definitiva, la aparición de la Cuba revolucionaria consagraría a la izquierda chilena en su casi totalidad a un modelo de sociedad y de sistema político que sería diametralmente distinto y contradictorio con la democracia chilena.

Si ya en los años cincuenta era difícil la existencia de un socialismo que estuviera próximo al modelo occidental, la Revolución Cubana terminó por aniquilar las bases culturales para que pudiera consolidarse una alianza estratégica, es decir de largo plazo, y de confianza mutua con alguna coalición de centroizquierda. Los comunistas a veces la propiciarían, pero quedaba muy claro que se trataba de una situación circunstancial, acotada y sobre todo muy funcional a movimientos tácticos, lo que era claro para los demás. El mismo Castro pronunció filípicas terribles contra Frei, de un tono que jamás había empleado para hablar del gobierno de Jorge Alessandri, ni siquiera cuando este al final había roto sus relaciones diplomáticas con La Habana en cumplimiento de una decisión de la OEA.[21] Esto sin duda contribuyó al estado de ánimo beligerante de la izquierda contra el gobierno de Frei.

Aunque el modelo castrista creaba mucha resistencia en el país, y por algo la presencia de la embajada de Cuba en Santiago sería un elemento contencioso en los años de la Unidad Popular, el eco de La Habana sin embargo penetró con profundidad en la izquierda. El estilo guerrillero, aunque no necesariamente su contenido, se fue haciendo popular junto con los cambios culturales de la década de los sesenta. El estado de ánimo rebelde asociado a la época seguiría caracterizando a Chile hasta 1973, incluso a los mismos sectores de oposición a la Unidad Popular, o al menos a algunos de ellos. La muerte de Guevara en Bolivia en octubre de 1967, que a la postre lo transformaría en un ícono tanto político como cultural, en vez de despertar dudas sobre la vía armada, en una parte de la izquierda no hizo más que reforzar con tozudez el rechazo a cualquier transacción con el sistema.

Empero, en términos políticos, a pesar de las múltiples tentaciones guerrilleras, siguió predominando en la izquierda la idea de promover una revolución por medios institucionales. En otras palabras, se trataba de usar el medio democrático para construir un sistema socialista. Había poderosas razones para ello: el que la izquierda estuviera instalada en el corazón del sistema político y en parte de las instituciones en Chile —aparato del Estado, gremios, instituciones educacionales— y

[21] Por ejemplo, las declaraciones recogidas por el diario *El Siglo*, 12 de septiembre de 1964.

que sobre todo el Partido Comunista estuviera principalmente en esa orientación, le daba una enorme fuerza a la preferencia por esta línea. Sin embargo, la tentación por un camino diferente no era menos fuerte. No solo estaba esa parte de la juventud que se organizó para la vía armada como el MIR, la primera juventud estructurada dispuesta a levantarse en sangre y fuego desde los nacis criollos de la década de 1930.

Dentro del mismo Partido Socialista surgieron también grupos armados. Un sector de su juventud fue entrenado en campamentos militares en Cuba para la lucha armada. Otros, a veces los mismos, organizaron en Chile un grupo táctico de apoyo a la guerrilla de Guevara en Bolivia y a su sucesora, el Ejército de Liberación Nacional, dirigido por Inti Peredo. Algunos chilenos combatieron en sus filas; allí murió Elmo Catalán, cuyo nombre llevó la combativa brigada de los socialistas en los años de la Unidad Popular. Los colaboradores de la guerrilla de Guevara serían el germen de los "elenos", sector socialista que compartía la lucha armada y que al mismo tiempo se entendía bien con Salvador Allende. Su propia hija Beatriz, Tati, perteneció a esta fracción y sería el nexo principal entre el senador y los cubanos, al menos por un tiempo. Incluso Tati se casó con un entonces agente de la inteligencia cubana en Chile, Luis Fernández de Oña, quien luego sería además diplomático en Santiago. La misma Tati recibió entrenamiento militar, sobre todo en comunicaciones, en Cuba. Algunos de los elenos serían miembros del GAP.[22]

En realidad, las relaciones entre Allende y Castro se habían iniciado en los albores del régimen cubano. Poco después del triunfo de Castro, Allende arribó a La Habana y se entrevistó con los líderes.[23] Desde ese momento, Castro, gran conocedor de la naturaleza humana, consideró a Allende como alguien de confianza para él, en el sentido de que le sería fiel y de que mostraba la necesaria obstinación revolucionaria. Las metas eran convergentes. A partir de ese momento, el mismo Allende miró a la Revolución Cubana como un metro de construcción socialista. En 1966 diría a los dirigentes germano-orientales que él en Chile cumplía el mismo papel que Castro había desempeñado en Cuba, salvo que él luchaba con medios pacíficos.[24] Allende en general no se apartó del primer postulado, de que el final del camino para la izquierda chilena debía ser un sistema análogo al cubano. El segundo postulado, de los medios pacíficos, es cierto de una manera más o menos cabal si

---

[22] Cristián Pérez, "Salvador Allende, apuntes sobre su dispositivo de seguridad: el Grupo de Amigos Personales (GAP)", *Estudios Públicos*, 79, invierno 2000, pp. 41-42.

[23] "Allende habla con Debray", *Punto Final*, 16 de marzo de 1971, pp. 32-34.

[24] Protocolo de la conversación de Salvador Allende con dirigentes de Alemania Oriental, 7 de julio de 1966. DY 30 IV A 2/20/724.

ponemos a lo institucional como sinónimo de lo pacífico, aunque el embrujo de la vía armada también ejercía poder sobre él. Por lo mismo a fines de la década protegería tanto al MIR como a esta extrema izquierda del mismo Partido Socialista y los tendría constantemente a su alrededor durante los años de la Unidad Popular.

## Paradigma en Alemania Oriental: unidad de la clase obrera

El tercer modelo para la izquierda chilena fue el régimen de Alemania Oriental (República Democrática Alemana). Después de la caída del Muro de Berlín, es evidente para casi todos la oquedad del sistema, aunque siempre fuera apoyado por una minoría pertinaz. En su época, sin embargo, existía lo que ahora puede calificarse sin duda como una sobrevaloración de la eficiencia, de la capacidad económica y de la fortaleza del régimen. Como estas percepciones, al menos por un tiempo, otorgan un poder si se cree en ellas, Alemania Oriental era relativamente respetada y a veces algo temida, al menos en la década de 1970 y comienzos de los 1980. Sin embargo, la relación con la izquierda chilena provenía de antes. Para los chilenos todos los regímenes marxistas de Europa Oriental se asimilaban a la experiencia soviética, como un paso más allá de superación del capitalismo y de construcción del socialismo. Eran legítimos y eran modelos. En el caso del gobierno de Berlín Este, la capital de Alemania Oriental, hubo un desarrollo particular al menos desde alrededor de 1960 en adelante.

Esto es muy claro en el caso de los comunistas, algunos de cuyos militantes recibían becas para cursar estudios en Alemania Oriental. A veces se trataba de estudios universitarios, aunque crecientemente también fueron de adoctrinamiento político. Como el régimen buscaba legitimación internacional, ya que hasta mediados de la década de 1960 era escasamente reconocido más allá del bloque soviético, había efectuado contactos para la fundación de un instituto cultural en Santiago, donde comunistas y en general lo que se podría llamar "compañeros de ruta" de los modelos marxistas, se encargaban de la difusión de los logros del régimen. También Alemania Oriental fue importante para que los comunistas recibieran maquinaria para la Imprenta Horizonte, donde se editaban los diarios *El Siglo* y *Última Hora*. Esto correspondía a transacciones comerciales, y así fueron consideradas en un comienzo por Berlín Este. Luis Corvalán intentó, al comienzo infructuosamente, obtener un precio especial que pudiera ser considerado de solidaridad. De hecho, para el manejo de ese material se becó a un número importante de especialistas del partido, para lo cual Corvalán agradeció la "ayuda fraternal" a los camaradas miembros de la

Imprenta Horizonte.[25] La maquinaria, insistían los alemanes, debía venderse a un precio comercial. Corvalán, en una rara muestra de crítica latente, se quejó de que el precio daba la impresión de que era una negociación entre capitalistas.[26] El Comité Central del SED parece haber tomado cartas en el asunto. El resultado fue que Corvalán tuvo que pagar la totalidad de lo exigido por la institución que fabricaba la imprenta, pero después le fue devuelta la mitad del importe. Esto no es muy diferente a las eternas peticiones de los chilenos en la era del subsidio, cuando se creía que desde afuera tenían que llegar los recursos para una suerte de desarrollo mágico.

Antes de ver este desarrollo, ¿por qué Alemania Oriental? Desde luego, es probable que operara la misma historia de Chile, en la cual se considera, quizás exagerando, que la inmigración más destacada ha sido la alemana. La admiración por lo alemán como un gran modelo en la economía, en las ciencias, en la educación y en el Ejército provenía de fines del siglo XIX, y ha sido una imagen persistente a lo largo de todo el siglo XX. Para la izquierda chilena, sin embargo, era un problema admirar a la Alemania Federal, por más que en Chile muy pocos dudaran de lo que se llamaba el "milagro alemán". De ahí que los líderes de la izquierda, al colocar su mira en el mundo alemán, tenían que focalizarla hacia la Alemania que veían convergente con ellos, que era el régimen de Berlín Este, a pesar del Muro. Esto no fue algo solamente de los comunistas, que seguían al pie de la letra la doctrina soviética y germano-oriental al respecto. Sucedió lo mismo con los socialistas, que sin ninguna excepción pasaron a defender a ese régimen. El mismo Salvador Allende de regreso de su primera estadía en Berlín Este defendía al Muro, diciendo que se había exagerado su importancia y que era la "única defensa frente a una agresión económica".[27] Jamás existiría ni la menor crítica ni la más mínima indicación de que ese régimen pudiera representar otra cosa sino que la normalidad de la construcción del socialismo. La creciente autoidentificación de los socialistas como "marxistas-leninistas" hacía parecer natural esta proyección hacia el régimen, que aunaba solidaridad ideológica con convergencia de metas y rescataba la antigua admiración por lo alemán que había en Chile.

[25] Informe sin antecedentes de fecha, aunque probablemente de 1964. BA, DDR, DY J/IV A 2/20, 715, 51, M 2 13, 78. También carta de Luis Corvalán al SED, Partido Socialista Unificado, 31 de marzo de 1964. BA, DDR, DY/30/IV A 2/20, 711, 51, M 2 13, 78.

[26] Memorándum de Zentralstelle zum Schutz des Volkseigentums, a Camarada Rönner, Comité Central SED, 20 de mayo de 1966. BA, DDR, DY/30/IV 2/20, 711.

[27] *Diario de Sesiones del Senado*, 14 de septiembre de 1966.

Desde Berlín Este se daba aproximadamente la misma experiencia. La legitimación fundacional del régimen había sido la unión, se presume voluntaria, de comunistas y socialistas y por ello la colectividad gobernante se llamaba Partido Socialista Unificado, en el sentido de que las dos agrupaciones de la clase obrera se habían fusionado para construir el socialismo en suelo alemán. Aunque en su origen había en toda la Alemania de posguerra algunas corrientes socialdemócratas que postulaban una alianza o al menos entendimiento entre ambos partidos, la unificación voluntaria fue un simple acto de ficción. El régimen, no obstante, se aferró tenazmente a la ficción. Más todavía, se suponía que había una pluralidad de partidos, entre ellos un democratacristiano y otro que podríamos llamar liberal de izquierda. No tenían más realidad que las pocas personas que pusieron a su cabeza y papel con membrete.[28] Igual la ficción parecía ser un elemento fundamental para el régimen, y esta seudocoalición desempeñó un papel que no es de despreciar para la aproximación entre el régimen y la izquierda chilena. En efecto, los alemanes vieron en Chile una especie de reproducción autóctona de una coalición entre dos partidos marxistas-leninistas. El mismo Altamirano decía en 1969, al asistir a la conmemoración del vigésimo aniversario de la fundación oficial del régimen, que el SED era el partido que estaba más cercano al socialismo chileno en todo lo que se refería a la estrategia y a la táctica.[29]

Los socialistas rápidamente se sumaron a la fila para pedir recursos a Berlín Este. Primero hubo una larga serie de visitas. Allende fue en julio de 1966 y después en noviembre de 1967. En esta segunda oportunidad, estando en Moscú, se quejó de que no lo habían invitado, lo que Berlín Este rápidamente remediaría. También solicitaban ayuda para comprar una imprenta, sabiendo sin duda de todas las negociaciones de los comunistas. En una reunión con personeros del SED, el secretario general del Partido Socialista, Aniceto Rodríguez, y el mismo Allende pidieron ayuda para la imprenta y señalaban que iban a tener una garantía de respaldo de Fidel Castro; lo mismo para fundar una radio del partido en el sur de Chile. Por último, esta es la ocasión en que Allende, que sepamos, pidió por primera vez ayuda en forma de becas para sus militantes de manera que apren-

[28] Para toda la historia del partido, Andreas Malycha, Peter Jochen Winters, *Geschichte der SED. Von der Gründung bis zur Linkspartei* (Bonn: Bundeszentrale für politische Bildung, 2009).

[29] Anotación de Schwiegk, de reunión con Carlos Altamirano y otros miembros de la delegación chilena, 13 de octubre de 1969. BA, DDR, DY/30, Signatur 724, pp. 145-ss.

dieran acerca del "trabajo ilegal".[30] A partir del material examinado no está claro cuál fue el destino de esta empresa, que se refería a un trabajo de inteligencia y, en proyección, para la formación de grupos paramilitares. Es probable que algunos militantes socialistas, y quizás también comunistas, hayan recibido entrenamiento de este tipo en Alemania Oriental. Es curioso, pero a estas alturas en Berlín Este había más confianza en Aniceto Rodríguez que en Allende, a quien se veía como demasiado simpatizante de Castro y de la ultraizquierda. Esto aparecerá de manera esporádica en los tres años de la Unidad Popular.

En realidad, el régimen de Berlín Este solo tenía confianza plena y absoluta en lo que decían los comunistas. Todos los informes acerca de Chile y de la política de los partidos de izquierda seguían de manera completa la línea de los comunistas. Solo después del golpe aparecerán algunas críticas, aunque este no es tema que entre en este libro. Ya al XIII Congreso del Partido Comunista de Chile en 1965 había asistido una delegación formal del SED. En el informe al respecto, se destacaba que los comunistas chilenos desarrollaban su política en completa conformidad con el internacionalismo proletario desarrollado por el Partido Comunista de la Unión Soviética. Se resaltaba que en Chile había asistido al congreso un importante dirigente soviético, Andrei Kyrilenko.[31] Ese mismo año una delegación del FRAP visitó Berlín Este y meses después Aniceto Rodríguez hizo lo mismo. Como decíamos, el mismo Allende visitó también Berlín Este en 1966 y 1967.

No cabe duda de que los socialistas se sentían muy identificados con el régimen. Aunque Alemania Oriental, siguiendo la línea soviética, no aprobaba en todo la política de Castro hacia América Latina, mantenía relaciones cercanas con La Habana, las que mejoraron mucho durante los años de la Unidad Popular y más todavía después. Por otro lado, Castro hacía saber a Berlín Este que le interesaba

[30] Memorándum de conversación de delegación de Alemania Oriental al XXII Congreso del Partido Socialista, 4 de diciembre de 1967. BA, DDR, DY/30, Signatur 725, pp. 109-111. Allende dice esto ¡cuando era presidente del Senado de Chile! Los alemanes le explican que las relaciones deben fijarse estrictamente partido a partido, lo que en realidad en todo sistema marxista era donde residía la fuente de poder. En negociaciones anteriores, Aniceto Rodríguez, a quien se le había ofrecido un precio estrictamente comercial por la imprenta, le solicitó en una carta dirigida a Walter Ulbricht, que se le otorgará un precio propio de un "partido hermano". Carta de Aniceto Rodríguez, 15 de agosto de 1968. BA, DDR, DY/30, Signatur 724.

[31] Informe de la delegación del SED bajo la dirección del camarada Werner Jarowinsky al XIII Congreso del Partido Comunista de Chile del 10 al 17 de octubre de 1965. BA, DDR, DY 30 IV A 2/20/718.

que ayudaran a Allende en sus planes de expandir la prensa socialista en Chile.[32] Si bien existía desconfianza hacia Allende por sus relaciones con la ultraizquierda y se temía que parte de esta ayuda terminara en publicaciones como *Punto Final*, la conclusión a la que se llegaba reiteradamente era que "las relaciones con el Partido Socialista de Chile están en el interés de (Alemania Oriental)". Se añadía que esto era también una manera de preparar relaciones oficiales entre los dos países.[33]

De todas maneras, nada podía competir con la confianza que Berlín Este entregaba al Partido Comunista. En un informe de 1969 se decía que este era el más antiguo de América del Sur y uno de los más influyentes, con política de masas; que sus decisiones tenían un alto nivel teórico y que aplicaban creativamente los principios del marxismo-leninismo. En Chile habría una real posibilidad de romper el dominio imperialista y erigir un poder popular democrático. Por esto, las relaciones entre el SED y los comunistas chilenos eran fundamentales para aquellas que el partido alemán tuviera con todo el resto de los países hermanos de América Latina. El partido poseía una posición internacionalista y lo probó en el caso de Checoslovaquia. Había que explicarles, eso sí, cuál era la posición del SED y la importancia de la unión entre comunistas y socialistas y cuál era el verdadero carácter del gobierno de Brandt-Scheel, es decir, la coalición socialista y liberal que había asumido el gobierno hacía poco en Bonn.[34]

Los socialistas chilenos preparaban el terreno para solicitar una ayuda extraordinaria en vista de lo que creían se estaba desarrollando en Chile. Ello desembocaría en peticiones para la campaña electoral de 1970. En una carta a Walter Ulbricht, escrita días antes de la invasión a Checoslovaquia, Aniceto Rodríguez decía que Chile era una pieza clave en la lucha contra el imperialismo y que entendía que la República Democrática Alemana estaba en el primer campo de batalla en esa misma lucha.[35]

[32] Telegrama desde la Embajada de la DDR en La Habana a Ministro Stibi, 18 de agosto de 1966. BA, DDR, DY 30 IV A 2/20/726.

[33] Memorándum sin fecha exacta, redactado seguramente los últimos días de diciembre de 1967. BA, DDR, DY 30 IV A 2/20/724.

[34] Memorándum adjunto a una carta de Ulbricht a Corvalán, aunque no le fue enviada al parecer; parece tratarse de un ayuda-memoria, fines de 1969. BA, DDR, DY 30 IV A 2/20, 712, 51, M 2 13, 78.

[35] De Aniceto Rodríguez a Walter Ulbricht, 22 de agosto de 1968. BA, DDR, DY/30, Signatur 724. La expresión citada proviene de la traducción al alemán, para mostrar lo que entendieron en Berlín Este. En español, en una carta adjunta del 15 de agosto, el texto completo es "comprendemos que la RDA está en el primer frente de batalla en Europa para detener la ofensiva imperialista y revanchista germano-occidental. Por lo tanto, vuestras preocupaciones y desvelos representan una importante contribución a la lucha mundial contra el imperialismo. Y este aporte los socialistas chilenos lo reconocemos como una contribución decisiva en la lucha común".

En el texto en español que le envió, Aniceto Rodríguez decía que comprendía que tenían que poner todo su esfuerzo en el frente europeo. Añadía que:

> Siendo esto muy cierto, conviene recordar también que Chile es uno de los puntos clave donde están luchando muy definidamente pro y antiimperialistas. Y eso lo saben cabalmente los dirigentes norteamericanos y germano-occidentales y lo sabemos conscientemente también las fuerzas revolucionarias que bajo la común inspiración marxista-leninista se agrupan en el FRAP. En Chile está planteada la lucha en estos términos: ellos o nosotros. En tal sentido estimamos útil sugerir que las fuerzas dirigentes de la RDA incrementen las posibilidades de un mayor intercambio y colaboración con las amplias fuerzas que en nuestro país luchan por el socialismo.[36]

Aquí hay un programa tanto interno como externo, que de llevarse a cabo suponía, por un asunto de valoración, un realineamiento drástico del país en relación al sistema internacional. Es probable que muchos en la Unidad Popular pensaran que iba a ser un proceso a mediano y largo plazo. Se suponía también que este realineamiento era paralelo a una transformación mundial, ya que se proclamaba que se vivía en la etapa histórica del cambio de "correlación de fuerzas entre el capitalismo y el socialismo" y que este último iría siendo el tipo de organización que predominaría sobre la faz de la Tierra.

En este tiempo y a partir de una profesión de fe, de parte chilena arreciaron las peticiones de ayuda. Salvador Allende le decía al enviado de Berlín Este, Harry Spindler —todavía jefe de una oficina de intereses económicos de Alemania Oriental en Santiago—, que necesitaban ayuda "solidaria". La unidad de las fuerzas de izquierda no podía triunfar sin el apoyo de los países socialistas porque se trataba de una lucha común con ellos. Allende decía que Estados Unidos y Alemania Occidental iban a ayudar a los democratacristianos y al Partido Nacional, que era una obligación del internacionalismo proletario ayudar a los trabajadores chilenos en esta lucha decisiva. Y en seguida venía un rosario de peticiones. Algunas eran generales, de largo plazo para su futuro gobierno, como muelles y astilleros, que serían de utilidad para los dos países. Luego pasaba a productos más concretos para la campaña, como megáfonos, películas, pequeñas imprentas. De mucha utilidad serían vehículos pequeños.[37] Poco después del nombramiento de Allende como candidato, Corvalán le enviaba una carta directa a Ulbricht. Diciendo que también

[36] De Aniceto Rodríguez a Walter Ulbricht, 15 de agosto de 1968. BA, DDR, DY 4128 T 133.

[37] De Spindler a Berlín, 10 de octubre de 1969. BA, DDR, DY/30, Signatur 724. En protocolo aparte viene el detalle de la lista de peticiones. Añade que su esposa, la Tencha, va con una amiga, Carmen Vásquez, a Berlín Este por 5 o 6 días, y pide que por favor las atiendan. BA, DDR, DY/30, Signatur 724, pp. 150-152.

hablaba a nombre de Allende, pedía que los perdonara —ya se había anunciado ayuda de Berlín Este—, pero que la lucha los estaba presionando mucho y que ellos, la Unidad Popular, tenían plena confianza en el espíritu de solidaridad del SED.[38] Es decir, pedían más recursos. Semanas después, Ulbricht ordenaba a Erich Honecker entregar 15 mil dólares en efectivo a los chilenos.[39]

Hay que decir que, al lado de los recursos de la CIA o la KGB, no parece una cifra muy impresionante. La apreciación es distinta, sin embargo, si tenemos en cuenta la enorme estrechez de recursos y sobre todo de divisas que existía en Alemania Oriental y que esta cifra, más la ayuda material como también el alto número de becas y otras facilidades de estudio que otorgaba, era algo no pequeño para un país que no estaba entre las 10 primeras potencias industriales del mundo, como con escasa base se lo clasificaba incluso en algunas estadísticas occidentales. Era evidente que se hacía un gran esfuerzo.

Incluso los alemanes tenían que superar una pequeña prevención que tenían contra Allende, a quien encontraban muy individualista, percepción que se la tienen que haber entregado los comunistas. Similar prevención tenían respecto de los socialistas, quienes no siempre tomaban sus decisiones en base al marxismo-leninismo, destacando sus tentaciones con la ultraizquierda. De todos modos, a fines de 1969 predominaron otras consideraciones. Definían a Chile —de una forma muy propia de Lenin— como el eslabón más débil del dominio norteamericano sobre América Latina, y afirmaban que incluso algunos grupos de la burguesía se estarían pronunciando contra el imperialismo. Sobre todo el Partido Comunista, con sus 80 mil militantes más los 40 mil miembros de la juventud, tenía una capacidad extraordinaria. Según su informe, transmitido sin duda por los comunistas, este partido para el Tacnazo había desarrollado tres anillos defensivos alrededor de la ciudad de Santiago para mantener en jaque al corazón de la capital. Y en todo caso estaba la base de los dos partidos marxistas-leninistas. El SED debía trabajar junto a los socialistas de manera paralela a las relaciones con los comunistas, ya que estos últimos no querían que fuera en conjunto.[40]

---

[38] De Luis Corvalán a Walter Ulbricht, 10 de febrero de 1970; traducida en Berlín el 27 de febrero. BA, DDR, DY/30 IV 2 20, 712, 51 M 2 13, 78.

[39] Memorándum de 3 de marzo de 1970, adjunto al material anterior. BA, DDR, DY/30 IV 2 20, 712, 51 M 2 13, 78.

[40] Informe al Politburó de la delegación que viajó a Chile al Congreso del Partido Comunista, 9 de diciembre de 1969. BA, DDR, DY 30 IV A 2/20/719.

En todo caso, durante la campaña siguieron llegando peticiones de ayuda de parte de los chilenos y los alemanes dejaron ver algún grado de molestia por lo indefinido de las peticiones, a las cuales se había sumado incluso el MAPU. En julio de 1970 ya se habían entregado 23 mil dólares, pero se pidieron otros 100 mil. Se recordaba que ya se les había entregado bastante maquinaria para la imprenta.[41]

Había un punto donde no parecía haber una concordancia plena. Para el régimen de Berlín Este era más importante el que mediante el apoyo a sus aliados en Chile se lograran sus objetivos como Estado, que promover a esos aliados como un fin en sí mismo. Toda conversación de los chilenos con los dirigentes de Alemania Oriental estaba plagada de expresiones de estos últimos acerca de la terrible maldad de Alemania Occidental, país aliado del imperialismo, belicista y que promovía poco menos que desatar una guerra total contra Alemania Oriental. La mayor garantía era el apoyo de la Unión Soviética. Los dirigentes de Berlín Este hacían ver a los chilenos que esperaban que esta ayuda influyera para que después Chile estableciera relaciones diplomáticas completas con ellos. Daban por hecho que si triunfaba la izquierda en Chile esto se produciría de manera automática. Había sido siempre una demanda básica de socialistas y comunistas y de algunos otros la apertura de relaciones con el régimen de Alemania Oriental. La otra parte, la agresividad contra Bonn, no recibía el mismo eco. Había frases de cortesía o algunas rituales, como las que se han visto en Aniceto Rodríguez. No mostraba mucho entusiasmo en ese repudio a Alemania Occidental, y esto volvería a reproducirse en el primer año del gobierno de la Unidad Popular.[42]

## Panorama internacional en la víspera

Hacia fines de la década de 1960, el panorama internacional se había modificado un tanto, en especial si lo miramos desde la perspectiva de un triunfo de Allende. La

---

41 Informe sobre conversación con Jorge Montes, miembro de la Comisión Política del Partido Comunista de Chile, quien estaba en Berlín en representación de Luis Corvalán, 15 de julio de 1970. BA, DDR, DY 30/IV A 2/20 712, pp. 143-147.

42 Durante la revisión final del manuscrito de este libro hemos tenido acceso al muy completo trabajo, publicado recientemente, de Inga Emmerling, *Die DDR und Chile. Aussenpolitik, Ausenhandel und Solidarität (1960-1989)* (Berlín: Ch. Links Verlag, 2013). La autora destaca, más que nosotros, que en los años 1960 Berlín Este le daba más importancia a la posibilidad de tener relaciones más cercanas y quizás completas con el gobierno de Frei Montalva, antes que mantener relaciones demasiado estrechas con una coalición que desarrollaba una oposición tan frontal, como la de socialistas y comunistas. Esperamos poder, más adelante, comentar esta obra.

situación no era la de 1964, entonces con una cuasi unanimidad interamericana hostil a un régimen de orientación marxista, que era como se veía la perspectiva de un triunfo de la izquierda en Chile. A fines de la década, la administración Nixon estaba abocada a confrontar las consecuencias de la Guerra de Vietnam y se preparaba para contribuir a una modificación del escenario internacional, en lo cual los temas latinoamericanos no tenían ninguna importancia. Como otras veces, antes y después, estaba siendo de buen tono proferir algunas expresiones que sonaran críticas de Estados Unidos. En contrapartida, el régimen militar brasileño estaba todavía, y lo estaría por algunos años, en la pleamar de su protagonismo político e ideológico, llevado a cabo con gran energía.

Sin embargo, se abrían algunas grietas. El régimen militar argentino comenzaba una crisis de la que no saldría hasta el triunfo peronista en 1973, aunque eso le significó ingresar a otra crisis todavía mayor. Bolivia fue derivando de gobiernos militares anticomunistas a un gobierno militar con un matiz de nacionalismo de izquierda, el de Juan José Torres. Sin embargo, el cambio más característico antes de Allende se produjo en Perú. El 3 de octubre de 1968, un golpe militar derrocó al Presidente Fernando Belaúnde Terry, quien había sido electo en 1963. Parecía una escena más de un libreto ya conocido. Sin embargo, de la dirección del general Juan Velasco Alvarado emergió un régimen militar caracterizado por el nacionalismo de izquierda, una suerte de peronismo pero sin el partido de movilización de masas. Procedió a una drástica reforma agraria, a expropiaciones variadas bajo un manto "antioligárquico" y a expropiar intereses norteamericanos, especialmente uno de tipo petrolero, la International Petroleum Company, que lo llevó a un conflicto con Estados Unidos.[43]

En el espectro ideológico chileno cada uno lo leyó a su manera, amén de que esto tuvo algún influjo en el resto de América Latina. Para el gobierno chileno representó un desafío especial. El canciller Gabriel Valdés, quien había desarrollado una personalidad política propia jugando una carta de crítica a Estados Unidos, con más de un matiz de diferencia con Eduardo Frei, había promovido dos iniciativas que convergían con las del régimen peruano. Una era el Acuerdo de Cartagena o Pacto Andino, firmado el 26 de mayo de 1969, que suponía establecería una integración gradual entre las economías de Chile, Bolivia, Perú, Ecuador y Colombia. Siguiendo un reiterado sueño de muchos sectores políticos chilenos, se creía que por el camino de la cooperación económica se superarían los resquemores vecinales. El discurso integracionista ha sido, además, uno de los más fáciles de expresar en la historia latinoamericana, aunque muy difícil de realizar.

[43] Hal Brands, "The United States and the Peruvian Challenge, 1968-1975," *Diplomacy & Statecraft*, 21, 2010, pp. 471-490.

La segunda iniciativa fue el Consenso de Viña del Mar, una reunión de ministros de Relaciones Exteriores de América Latina, de la cual emergió una propuesta para la nueva administración Nixon. Gabriel Valdés viajó poco después a Washington a leer las conclusiones ante el propio Nixon, agregándole algo de su propia cosecha. La tesis central era que Estados Unidos retiraba de América Latina más de lo que entregaba en ayuda y de esta manera el continente contribuía de manera neta al desarrollo norteamericano. En suma, se trataba de la teoría de la dependencia, de fuerte raíz marxista, aunque también era elegante expresar esas ideas en el mundo de las organizaciones internacionales. Nos parece una tesis peregrina, aunque no se puede desconocer su fuerza en muchos países de América Latina y era la base sobre la cual se proclamaba el "tercermundismo", persuasión ideológica antioccidental, nacionalista, muchas veces de connotación marxista. Por cierto, Valdés lo presentó en términos más moderados, pero el contenido apuntaba hacia allá. Como era de esperarse, a Nixon no le gustó nada, pero en su conjunto todo esto mostraba el principio del fin de la mayoría con que la Conferencia de Washington de 1964 había ordenado sanciones a Cuba. Precisamente en estos momentos, si bien nadie reanudaba relaciones con La Habana, salvo México, la prohibición de comerciar estaba haciendo agua y Chile mismo hacía la vista gorda a sus exportaciones a la isla.

Estas dos medidas —el Pacto Andino y el Consenso de Viña del Mar— parecían acercar a Santiago con las nuevas autoridades en Lima. El gobierno de Frei apoyó las medidas de nacionalización de recursos naturales efectuadas por Velasco Alvarado, uniéndose además a la solidaridad latinoamericana en su enfrentamiento político-jurídico con Washington que seguiría por algunos años. Paradójicamente, al gobierno de Frei le sirvió para que el Departamento de Estado aconsejara a la Anaconda que vendiera el 51% de Chuquicamata a Chile en junio de 1969, en lo que se llamó la Nacionalización Pactada. Era mejor un acuerdo amistoso que un conflicto como el que se tenía con Perú. Así, las tres partes —Washington, la Anaconda y el gobierno de Frei— quedaron contentas. La prensa norteamericana alabó el acuerdo en contraste con la actitud de Lima.[44] En Chile, Frei logró su aprobación en el Congreso gracias a los votos de la derecha, al igual que para la Chilenización en 1965. La izquierda en cambio lo condenó de manera rotunda y los socialistas demandaron una "nacionalización inmediata".[45]

[44] Ver por ejemplo, las editoriales del *Washington Post*, 28 de junio de 1969 y el *New York Times*, 29 de junio de 1969.

[45] Inserción de "Carta del Partido Socialista al Presidente Frei", *Diario de Sesiones del Senado*, 8 de julio de 1969.

En los hechos, Estados Unidos se sentía acosado por una oleada mundial de nacionalizaciones que duraría por algunos años y que afectaría a sus intereses.[46] El gobierno de Nixon estaba obligado por ley a imponer sanciones, pero arrastraba los pies porque sabía que el conflicto se profundizaría y América Latina solidarizaría más con Perú. Este dilema se haría después todavía más fuerte en los años de la Unidad Popular. En todo caso, el ambiente en la región ayudaba a preparar un entorno menos problemático para Allende si lograba ganar las elecciones en 1970.

Para nuestro tema es muy interesante recordar la actitud de la izquierda chilena ante el régimen peruano. Se transitó con mucha rapidez de convocar protestas callejeras por el golpe en Lima a apoyar casi sin restricciones al régimen militar. Esto fue mucho más marcado en los socialistas que en los comunistas. El Partido Socialista había surgido a la vida apoyado por un golpe militar llevado a cabo por oficiales de izquierda. Quizás el ejemplo de Velasco Alvarado llevó a que al comienzo los socialistas miraran con simpatías el mismo Tacnazo, mientras que los comunistas afirmaban haberse opuesto categóricamente a la posibilidad de un golpe.[47] El mismo Allende expresaría muy luego y hasta el final en 1973 una alta estima por el régimen de Velasco Alvarado y por la idea que representaba. Si bien no pasó a ser un modelo, era evidente que existía algún grado de convergencia.

Como las relaciones con Perú han estado siempre un tanto ensombrecidas por el recuerdo de la Guerra del Pacífico entre 1879 y 1883, y Allende sabía que existía la posibilidad de un aislamiento y hasta alguna probabilidad de conflicto con los vecinos, quería apelar a una afinidad ideológica con este nacionalismo de izquierda, que correspondía en algo al de su ya fallecido pariente político, el coronel Marmaduke Grove. El que fuera una dictadura militar que derrocó a un Presidente constitucional no le representaba ningún problema ni a él ni a ningún socialista. Los comunistas, en cambio, si bien apoyaban al proceso peruano, desconfiaban por principio de un gobierno militar que no estuviera dirigido por un "partido de vanguardia".

En fin, el panorama internacional en 1970 era muy distinto al que hubiera enfrentado, por ejemplo, un Allende victorioso en 1958 o incluso en 1964. Los problemas vecinales, todo un tema para la política exterior de Chile, estaban un tanto

---

[46] Hal Brands, "Richard Nixon and Economic Nationalism in Latin America: The Problem of Expropriations, 1969-1974," *Diplomacy & Statecraft*, 18, 2007, pp. 215-235.

[47] Informe de la Sección Relaciones Internacionales del Comité Central. Conversaciones de Hermann Matern, miembro del Politburó con el Subsecretario del Partido Comunista de Chile, Oscar Astudillo y Jorge Insunza, miembro de la Comisión Política del mismo, 16 de octubre de 1970. BA, DDR, DY 30/IV A 2/20, 712, pp. 117-124.

diluidos por la crisis argentina, la inestabilidad boliviana y el cambio ideológico tan marcado en Perú. Ello no quita sin embargo que en este último caso las preocupaciones no se hubieran abatido del todo. En especial en la Cancillería y en las fuerzas armadas chilenas se miraba con inquietud el que Velasco Alvarado parecía trasuntar la personificación del revanchismo contra Chile. Este redivivo nacionalismo militar quizás no se agotaba en una transformación socioeconómica ni en una postura diferente ante Washington, sino que podía recoger el tema vecinal tan a flor de piel en la mirada de Perú hacia Chile.



# Capítulo VII
# Salvador Allende: el hombre y el político

## El tronco chileno

En la política moderna ocupa un lugar destacado la conciencia histórica, en el sentido de que la apelación a la historia reciente o remota configura una columna vertebral de la argumentación. Se quiere confirmar o rechazar un pasado. A veces se dan ambas afirmaciones, de rechazo y de continuidad al mismo tiempo. Este fue el caso de Salvador Allende, por motivos de su tradición política, ya que la izquierda marxista ha estado especialmente impregnada de lo que en algún momento fue una filosofía de la historia. Respondería a un grito que antes no alcanzaba a cristalizar, pero al cual las condiciones de la política moderna permitirían por fin expresarse en plenitud y construir ese mundo nuevo en donde el habla no reflejara más que la alegría de la autocreación.

En Allende había algo más, la conciencia del propio origen de su familia y de una tradición que le correspondía. El líder de la Unidad Popular provenía de una familia tradicional de un sector alto en varios sentidos. La biografía más completa de su vida destaca la tradición política y militar de sus antepasados. Su bisabuelo había luchado en la Guerra de la Independencia y un hermano de él llegó a ser escolta de Bernardo O'Higgins.[1] Reunía en su familia la acción militar fundadora de la república con los profesionales y, hasta cierto punto, científicos de la época, dentro de un Chile que era bastante modesto en todos estos logros. Lo que podríamos llamar el resultado de este origen fue el abuelo del Presidente, Ramón Allende Padín (1845-1884). Alcanzaría gran notoriedad como político radical, médico y en un momento Gran Maestre de la Masonería. En cuanto médico, manifestó preocupación por la pobreza, participando en varias organizaciones caritativas. Era, al mismo tiempo, un

[1] Diana Veneros, *Allende. Un ensayo psicobiográfico* (Santiago: Sudamericana, 2003), pp. 20-21.

personaje que participaba mucho en la vida social, en los medios más bien altos del Chile de entonces, en Valparaíso y Santiago. En 1882 fue elegido senador sustituto por Atacama. A su muerte, Enrique Mac Iver —el gran líder de lo que, estirando un poco el término, se podría llamar un liberalismo de izquierda centrado en el Partido Radical— diría: "Si siempre fuera permitido levantar el velo de la vida privada, se encontrarían en la de Ramón Allende rasgos de un Vicente de Paul".[2]

Es indudable que fue un personaje de la clase política de su tiempo. Se podría especular de la huella que hubiera dejado si no hubiera fallecido tan temprano. El caso es que el Presidente lo expondría siempre como un modelo, como una fuente de inspiración, como una especie de enviado con un decálogo. Lo cierto es que no solamente no se conocieron, sino que al parecer no hubo mucho contacto vital —en parte por la muerte prematura— entre él y su hijo, Salvador Allende Castro. Ni parece que este último le haya hablado mucho del abuelo al joven Salvador. Es difícil distinguir por qué vía llegó a causar una impresión en el Presidente.

Da la sensación de que fue un modelo escogido, aunque esto no signifique en absoluto ni artificialidad ni tampoco afectación en especial. Es cierto que el Presidente Allende usaba un lenguaje algo afectado; era parte de su estilo y estrategia retórica. Habría que verlo más bien como esa búsqueda por los orígenes que a muchas personas lleva a escudriñar a los antepasados, encontrando un modelo casi perfecto en el abuelo. Podía sentir que había algo de un mandato espiritual, de una tradición familiar. Dinastías enteras se conforman de esta manera. El personaje le permitió a Allende ampliar una seguridad en sí mismo de la cual, de todas maneras, no era nada de pobre. Provenía de una fuente que en política se llamaba a sí misma "progresista". El socialista Salvador Allende podría mostrar tanto una continuidad con el siglo XIX como un golpe de timón fuerte para ponerse en consonancia con lo que era ser progresista en el siglo XX, lo que se suponía era una teoría científica y al mismo tiempo una emoción absoluta para regenerar a la sociedad.

Su padre, Salvador Allende Castro (1871-1932), heredó la filiación política de Allende Padín y la orientación a la pertenencia a la masonería. Participó en la Guerra Civil de 1891 en contra del Presidente José Manuel Balmaceda.[3] Esta es una gran ironía, teniendo en cuenta que Allende tomaría en el llamado "Presidente mártir" un modelo de acción política, y su propia muerte había sido en parte prefigurada por el convencimiento de que estaba replicando la lucha antiimperialista del Jefe de

[2] Veneros, *Allende*, p. 53.

[3] Virgilio Figueroa, *Diccionario histórico biográfico y bibliográfico de Chile* (Santiago: Impr. y Litogr. La Ilustración, 1925), Tomo I, p. 451.

Estado de 1891, al menos como era narrada en el mundo político de la izquierda del siglo XX. Para entender esto hay que recordar que, pocos años después de la Guerra Civil, los antiguos adversarios estaban reconciliados y los motivos del conflicto estaban envueltos en la más densa de las brumas. No tuvo la profundidad política e ideológica de la grieta de 1973; 1891 tuvo que ver más que nada con personalidades (esto sería negado con apasionamiento por Allende).

Allende Castro ingresó a estudiar derecho en la Universidad de Chile después de la Guerra Civil. Ahí fue compañero de Arturo Alessandri Palma, del cual fue amigo y con el que mantendría vínculos a lo largo de la vida.[4] Este Salvador Allende tenía algunos rasgos en común con el León: simpático, don Juan, lo que se llamaba entonces muy caballero; parece que no tenía eso sí los arranques emotivos de don Arturo. Tuvo muchos cargos públicos como abogado de la Corte de Apelaciones en Tacna, Iquique y Valparaíso y en la práctica profesional. En fin, pertenecía plenamente a una de las varias elites de las que se componía la sociedad chilena. No era rico y no venía de las llamadas 200 familias. Se hallaba inmerso, en cambio, en una clase política que no tenía mucha distancia con el mundo social y con todas las posibilidades de movilidad social. La calificación de clase media alta quedaría quizás un tanto avara para su caso, pero por razones prácticas es bueno que lo consideremos en ese sector.

Se refuerza más esta idea si vemos que se casó con Laura Gossens Uribe, la hija de un inmigrante belga casado con chilena, proveniente también de un sector social acomodado, ya que su padre había logrado hacer una fortuna considerable en la zona de Concepción. Para seguir con la ironía de Balmaceda, uno de los hermanos de doña Laura había sido opositor y fue detenido por conspirar contra el Gobierno y ejecutado en la célebre matanza de Lo Cañas, el 20 de agosto de 1891. La madre del futuro Presidente provenía de una tradición católica y conservadora que mantuvo hasta el fin de sus días en 1964. Como en muchas familias tradicionales, en principio era el padre la gran autoridad del hogar; en los hechos, fue la madre el puntal de todo el grupo y ejerció una callada influencia en las décadas que seguirían.[5]

---

[4] Veneros, *Allende*, p. 60.

[5] Sobre los antepasados de Allende, Carlos Jorquera, *El Chicho Allende* (Santiago: BAT, 1990), pp. 30-35; Alejandro Witker, *Salvador Allende cercano* (México: Universidad Autónoma Chapingo, 1990), pp. 17-24; Juan Gonzalo Rocha, *Allende, masón* (Santiago: Sudamericana, 2000), pp. 57-77; Veneros, *Allende*, pp. 15-21; Gonzalo Vial, *Salvador Allende: el fracaso de una ilusión* (Santiago: Universidad Finis Terrae, 2005), pp. 35-39.

## El niño, el joven y su mundo social

La niñez de Allende, en la medida en que la podemos conocer y entender, algo siempre casi imposible en la vida humana, tenía todas las probabilidades de ser lo más feliz que se pudiera. Su madre lo adoraba y lo mimaba. Existió una estrecha relación entre ella y su hijo, hasta la muerte de ella en 1964; la madre ocupó un lugar especial en la persona de Allende. Sus hermanas, Inés y Laura Allende Gossens, serían también figuras maternas sustitutas, en especial la segunda, una especie de guardaespaldas en su vida política posterior.[6] Muy propio del Chile tradicional, sobre todo en una posición social más o menos favorecida como era la del matrimonio Allende Gossens, Salvador desde temprana edad tuvo una "mama", es decir una empleada que en gran medida lo crió y también lo regaloneó, la que permanecería cercana a la familia hasta su muerte en 1972. Se trataba de Zoila Rosa Ovalle, "mamá Rosa" (con acento). Parece que ella fue la que lo bautizó con el apodo de "Chichito", el que derivó en el "Chicho" Allende.[7] Su padre habrá sido un tarambana, pero también era un hombre de familia. Su don social se expresaba también en el ambiente de la familia.

Salvador Guillermo Allende Gossens, tras nacer en Santiago el 26 de junio de 1908, pasó sus primeros años en Tacna en un ambiente más que privilegiado como hijo de un alto funcionario de las fuerzas de ocupación chilenas, cuando las relaciones con la población peruana local no eran tan malas como historias posteriores podrían hacer creer.[8] Es probable que haya habido ausencia de figura paterna, a pesar de la alegría transmitida por el padre. Allende siempre buscó sustitutos en figuras a quienes admirar. A pesar de ello, no existe una base sobre la cual poder afirmar esto taxativamente, ya que su caso es bastante representativo de muchas relaciones padre e hijo, en todos los sectores sociales y en las circunstancias más variadas. La rebelión contra el padre es una experiencia humana bastante universal. Lo que sí es evidente en el caso del futuro Presidente es el mundo femenino que rodeó su vida, y que ello se originó en una completa identificación y protección por parte de las cuatro mujeres de su casa. Nuevamente, esta no es una situación nada de anormal

[6] Veneros, *Allende*, pp. 175-176.

[7] Un testimonio de la "mamá Rosa" en Enrique Lafourcade, *Salvador Allende* (Santiago: Rananim, 1998), p. 20. También Veneros, *Allende*, p. 27.

[8] Usualmente se ha sostenido, de acuerdo a la preferencia de Allende, que nació en Valparaíso. El mismo Presidente, quien se sentía muy porteño, siempre lo afirmó a lo largo de toda su carrera. No obstante, su acta de inscripción, firmada por su padre, indica que el lugar de su nacimiento fue Santiago. *El Mercurio*, 4 de abril de 2008.

en la historia humana. No existe aquí tampoco ninguna cadena de acontecimientos o de fenómenos de larga duración que ayuden a explicar los sentimientos y posiciones políticas de su vida, como en cambio sí hay que tenerlos en cuenta al ver los antecedentes históricos de su familia y la imagen que acerca de ellos se formó el propio Allende, según vimos al comienzo.

La vida de la primera infancia transcurrió en ese medio idílico de Tacna, para proseguir después por un año en Iquique. Una segunda fase, por traslado del padre como siempre, fue en la ciudad de Valdivia, que ya era un lugar pleno de actividad cuando la familia de Allende se instaló allí entre 1919 y 1921. Después se trasladaron a Valparaíso, donde su padre fue primero abogado de la Corte de Apelaciones y más adelante notario del lugar. Siempre existieron los rumores de que la antigua relación con Arturo Alessandri Palma funcionaba muy bien cuando este ya había alcanzado la presidencia.[9] De todas maneras, los puestos del padre demostraban una conexión con grupos de elite que le permitían llevar una vida de encuentros con los sectores de clase alta, aunque él mismo no haya sido poseedor de fortuna alguna. Parece ser que no tomaba previsiones para el futuro —no era excepción aquí, ya que la seguridad no entraba mucho en la mente de la época— y habría tenido una tendencia a dilapidar.

Valparaíso ocuparía un lugar especial en el joven Salvador. Se educó en el Liceo Eduardo de la Barra, el mismo lugar por cuyas aulas había pasado Gustavo Ross, cuando la institución tenía otro nombre. Según su testimonio, es en este medio donde habría tenido su primera formación política, además de aquella que bebía de la tradición familiar. Un zapatero italiano, un anarquista, Juan Demarchi, lo habría introducido a conversaciones y lecturas sobre tendencias igualitaristas y socialistas.[10] Como muchos, Allende creó una cierta mitología acerca de su trayectoria, de la importancia política de las ideas transmitidas por la familia y del puesto de Valparaíso en su propia vida. Por la lejanía relativa del padre, es poco probable que las ideas políticas de la tradición laica y liberal de izquierda, por llamarla de alguna manera, hayan llegado muy fuerte en este sentido. La presencia más inmediata de la madre transmitía en todo caso una fuerte convicción católica, contrapartida al descreimiento del padre y su pertenencia a la masonería. Esta realidad era bastante común en muchos hogares de Chile.

Quizás la niñez y adolescencia tuvieron algún papel en la formación de las inclinaciones políticas de Salvador Allende. De lo que no cabe duda es del papel

[9] Jorquera, *El Chicho Allende*, pp. 54-55.

[10] Jorquera, *El Chicho Allende*, p. 40; "Allende habla con Debray", *Punto Final*, 16 de marzo de 1971, p. 29.

desempeñado por el ambiente de turbulencias políticas y de movilización de los espíritus que se dio en la década de 1920. Esto era en especial cuando ingresó a estudiar medicina a la Universidad de Chile en 1926, tras haber efectuado el servicio militar en el Regimiento Coraceros de Viña del Mar.[11] Como Presidente le sacaría mucho provecho a su servicio militar en su campaña por atraerse a los jefes del Ejército. En efecto, desde sus días de estudiante mostrará tres características. Una sería la del activismo político, que era muy propia de esa juventud universitaria y de la década que le seguiría, cuando se inauguraba un nuevo Chile, que en cierta manera duró hasta fines de los 1980. La segunda característica es una pasión por las ideas revolucionarias e igualitarias, que lo abrirían al socialismo aunque este todavía no era para él más que una noción genérica. Influyó en la génesis de sus ideas —que eran también las de un ambiente de época— un cierto idealismo profesional que se daba en especial en los estudiantes de medicina. Era la idea de que la medicina debería ser una fuente de higiene social, de regeneración del pueblo, de progreso como forma de combatir la pobreza y las enfermedades.[12]

Un tercer elemento es que los que recuerdan a Allende en esta época —segunda mitad de los años veinte— sostienen que ya empleaba un lenguaje revolucionario, de pasión por el cambio y que la vocación fundamental era intervenir en la política para lograr un cambio total. Toda transacción para acomodarse con otros enfoques le parecía una traición. En el resto de su vida siempre volvería a lo mismo: él no había traicionado los ideales de su juventud y no cejaría en el empeño revolucionario, acusando a veces explícitamente a muchos de su generación de haberse olvidado de las clases menesterosas. Este propósito inconmovible de permanecer fiel a un ideal de cambio revolucionario puede haberlo ayudado a acercarse y a identificarse con una doctrina radicalmente revolucionaria que sostenía la necesidad e inevitabilidad de crear una sociedad muy distinta. El camino hacia el marxismo aquí ya estaba

[11] Veneros, *Allende*, p. 36.

[12] Ha habido una polémica por la tesis de Víctor Farías de que en su memoria de prueba Allende habría empleado un lenguaje antisemita y eugenésico. Lo primero parece difícil de sostenerse, ya que el término “hebreo” es ocupado tan solo dos veces en toda su tesis, haciendo referencia a los comentarios de otro autor, Cesare Lombroso. Con lo segundo sucede lo mismo que con el concepto “raza”, que después del Holocausto ha pasado a tener una connotación muy distinta que la que tenía en su momento. Víctor Farías, *Salvador Allende: antisemitismo y eutanasia* (Santiago: Maye, 2005). Joan Garcés respondió publicando íntegra la tesis de Allende, más el comentario de varios autores: Salvador Allende, *Higiene mental y delincuencia* (Santiago: ChileAmérica-CESOC, 2005). Farías a su vez retrucó con una nueva publicación, reafirmando sus aseveraciones: Víctor Farías, *Salvador Allende: el fin de un mito* (Santiago: Maye, 2007).

abierto, aunque no era forzoso que recorriera todos sus laberintos, que es lo que sucedería después.

Hay otra característica de estos años que lo definiría radicalmente desde el comienzo hasta el final. No disponía de muchos recursos al ingresar a la vida universitaria, ya que su familia no tenía medios relevantes. Esto no era nada de raro en los estudiantes universitarios y Allende no era una excepción ni tenía precisamente una personalidad tímida como para acomplejarse. Por razones de número, solo muy pocos de ellos realmente disponían de bastante dinero. Más bien lo que se revela es que Allende llevaba una vida similar a la de la *jeneusse doreé*. Por razones sociales, se codeaba con sectores empingorotados de Valparaíso y Viña del Mar. Su hermana Inés quedaría emparentada con las familias Pascal y Grove, que a su vez lo conectaban con un mundo de clase alta local y con inclinaciones revolucionarias. En torno a esa familia circulaba Marmaduke Grove, quien desempeñaría un papel relevante en la primera fase del socialismo chileno. La práctica de la natación, del decatlón y hasta de la equitación le fue bastante común.[13]

Sus compañeros de medicina hablaban del "Lenin con tongo" para referirse a la dualidad de revolucionario y de "pije", que ya caracterizaba al joven estudiante, en prefiguración de la célebre caricatura de Coke.[14] No muy alto, de tono claro en su aspecto, con algo de pelirrojo, "pechugón" como se dice en Chile, es decir bien plantado, como suelen parecer las personas no muy altas pero de mucho carácter y desplante. Aprendió a hablar al público desde temprano y, aunque su oratoria no hizo escuela, le dio un carácter especial a su presencia pública, ya que era una síntesis de un estilo entre populista, de crítica social y animado por una calidez que también destilaba espíritu combativo. Y estaba el otro Allende, el político y el hombre social, que sabía halagar y cortejar, darse gustos y sobre todo ser un hombre de bromas y juguetón.[15]

No cabía duda de que Allende provenía de una elite social y que evolucionó hacia otra elite más relacionada con la clase política que constituía un polo muy poderoso en el Chile de la república democrática de mediados de siglo. El término

---

[13] Ozren Agnic, *Allende, el hombre y el político: memorias de un secretario privado* (Santiago: Red Internacional del Libro, 2008), p. 48.

[14] Oscar Waiss, *Chile vivo: memorias de un socialista 1928-1970* (Madrid: Centro de Estudios Salvador Allende, 1986), p. 24; Gonzalo Vial y Mónica Cerda, "Allende", número 2. *La Segunda*, 8 de agosto de 2003.

[15] Como se puede apreciar en unas fotografías de Allende jugando con Miria Contreras, la Payita, publicadas en Lafourcade, *Salvador Allende*, pp. 44 y 46.

"elite" es usado y abusado en nuestros días. Generalmente de una manera alusiva pero con escaso respeto a lo empírico, se lo asocia a expresiones comunes como aquella de las "200 familias" o "los 10 mil de arriba", muchas veces una reducción desfiguradora de la realidad. Es evidente que Allende no pertenecía a un grupo tan exclusivo. Es evidente, también, que una concepción de este tipo no puede captar la complejidad de lo que se define por elite ni la variedad de su composición. En resumidas cuentas, Allende pertenecía a un sector de la clase media alta, que por razones sociales tenía acceso a estilos de vida y a conexiones vitales que lo colocaban plenamente dentro de la elite. Esto, a pesar de que sus medios de vida eran limitados y, cuando era estudiante, parece que muy escasos, pero no más que los de la generalidad de los estudiantes de la época.

La mayoría de los líderes de la izquierda que giraban en torno a lo que después fue la Unidad Popular provenían de un medio parecido o de un escalafón social inmediatamente anterior al de Salvador Allende. Carlos Altamirano estaba claramente en un escalafón superior al de Allende; Orlando Millas Correa en uno algo inferior; Volodia Teitelboim Volosky quizás en otro punto más abajo. Clodomiro Almeyda, Carlos Briones Olivos y Eduardo Novoa Monreal venían de una posición más o menos análoga a la de Allende, quizás algunos puntos más abajo. Si definimos clase social siguiendo a Max Weber como "oportunidades de vida", todos ellos provenían de un espacio que se mueve entre clase media y clase media alta, provistos de vinculaciones con sectores que podrían definirse como clase alta.[16] Esto podrá parecer un poco vago, pero responde más a la realidad empírica de la clase política chilena y, como hemos visto, en general del origen de los grandes revolucionarios del siglo XIX y XX, empezando con los mismísimos Karl Marx y Friedrich Engels. Así como vimos que Stalin es una excepción en este sentido, en Chile Luis Corvalán, Luis Figueroa Mazuela, Adonis Sepúlveda Acuña y José Oyarce Jara, por nombrar algunos, provenían de la base de la pirámide social. Quizás Luis Corvalán haya venido de una muy baja clase media, aunque la escasez de recursos lo colocaba en su origen en un mundo popular, al igual que Pablo Neruda. No eran proletarios en el sentido estricto de la palabra, aunque tampoco se entendería mucho el fenómeno si juzgamos una realidad según la pureza del concepto.

En el partido y en algunos sectores de izquierda lo siguieron llamando el "pije", aunque siempre en un sentido de crítica soterrada. Desde luego, sus adversarios se deleitaban contando anécdotas acerca de sus gustos más exquisitos. En los

[16] Max Weber, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva* (México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1969; original en alemán, 1922), Tomo I, pp. 242-248.

hechos, Allende desde joven tuvo una característica permanente de gustos por la buena ropa, la buena comida, las mujeres hermosas, el yatismo, su casa de veraneo en un balneario entonces más o menos exclusivo, Algarrobo. Ya en sus tiempos universitarios tenía fama de tratar de vestirse bien, aunque entonces con ropa más o menos sencilla. [17] Incursionó en negocios, como no pocos socialistas, aunque es probable que esto haya tenido que ver con formas de reunir fondos para su partido.[18] En todo caso, no tenía una gran fortuna ni mucho menos. En su carrera política dispuso de recursos reunidos de esta manera. Vivió entregado al mundo político que escogió desde joven con continuos intermedios, breves e intensos, de buena vida y de prosecución de objetos y ropa valiosa, que muchas veces obtenía logrando que se la regalaran los amigos. Parece que Volpone era uno de sus proveedores, o víctimas, según el caso.[19] Tenía también entonces ganada la fama de conquistador, picaflor, piropero con gracia y rara vez cejaba de galantear y en lo posible conquistar a una mujer que le llamara la atención. Esto se puede rastrear desde su juventud hasta el final de los finales.

## Filiación y carrera política

Desde fines de los 1920 Allende se identificó con una juventud rebelde, de orientación socialista, aunque esto no puede especificarse de una manera muy clara. Integró en sus años universitarios el grupo Avance, pequeño pero ruidoso movimiento universitario en el cual Allende se inició en el uso de sus habilidades oratorias. Llegó a ser vicepresidente de la Federación de Estudiantes de Chile (FECh). Terminó expulsado de un cada vez más radicalizado Avance, dividido en tendencias laffertistas e hidalguistas (es decir, estalinistas y troskistas), por una abrumadora mayoría de 395 votos de entre los 400 miembros.[20]

La materialización del Allende socialista vendrá con un hecho que complica un poco el tema de la legalidad. El Partido Socialista nació del momento turbulento del año 1931-1932. Quizás su bautismo es la participación de varios de los que serían los fundadores formales, junto a jóvenes militares de izquierda, en un golpe de estado que derrocó al Presidente Juan Esteban Montero, quien llevaba menos de un año

[17] Veneros, *Allende*, p. 49.

[18] *Diccionario Biográfico de Chile*, undécima edición (Santiago: Empresa Periodística de Chile, 1959-1961), p. 44; *El Mercurio*, 20 de abril de 2008.

[19] Jorquera, *El Chicho Allende*, p. 331.

[20] Jorquera, *El Chicho Allende*, pp. 80-92.

en su cargo. Así se fundó la llamada República Socialista, todo un mito dentro del partido y de la izquierda y que tendría consecuencias prácticas durante la Unidad Popular. Su vigencia fue efímera: 12 días. Sus consecuencias no lo serían. En 1933, a los 25 años, Allende participó en la fundación del partido en Valparaíso, aunque desde luego todavía no podía estar en la primera fila.[21] Su pariente político, Marmaduke Grove, sería una figura estelar de todos estos acontecimientos y continuaría siendo uno de los líderes destacados del partido en la década de 1930. Allende se encontraba en el ojo del huracán de un momento turbulento.

Entretanto, Allende se recibió de médico, aunque practicó poco y nada, pues solo encontró trabajo de ayudante de anatomía patológica, lo que después provocó las burlas de sus adversarios, que contaban que como médico solo realizó autopsias. Lo que sí logró como médico fue combinar su vocación política con el interés por la salud pública. Más adelante, en 1939, editó un folleto que sería muy citado después sobre la escasez y el general estado de desvalimiento de la salud pública en el país.[22] Se basó en estadísticas bastante sólidas, pero que habían sido reunidas por las autoridades pertinentes a lo largo de todos estos años para hacerse una idea del problema. En todo caso, Allende aprovechó muy bien su título para proyectar la imagen del doctor, del médico, que siempre ejercía un gran magnetismo sobre la población, especialmente en los sectores populares. Algo similar ocurrió con otras figuras de médicos como Jaime Barros, Eduardo Cruz-Coke Lassabe y Gustavo Monckeberg Barros.

La década de 1930 fue en términos políticos un momento eje del país cuya importancia quizás no alcanza ni la de 1980, que se le podría comparar. Nace no solo esta democracia que durará hasta 1973, sino que también la polaridad marxismo-antimarxismo y, entre medio de estos, todo lo que es la política moderna chilena. Más que en 1920, aquí ya tenemos institucionalizada la participación de las masas en el mundo público y todas las organizaciones gremiales e intermedias gravitando sobre el Estado y la sociedad. El Partido Socialista y el Partido Comunista se instalaron como parte del escenario político y como una suerte de subcultura política dentro del país. Este socialismo tenía, como en casi todas partes del mundo, tanto un alma revolucionaria como un alma reformista; era nacionalista en la orientación del aprismo y de algunas tendencias de la Revolución Mexicana y a veces podía ser más radical todavía; como pasaría no pocas veces en el curso de esta historia que

[21] Veneros, *Allende*, p. 87.

[22] Salvador Allende, *La realidad médico-social chilena* (*síntesis)* (Santiago: Ministerio de Salubridad, Previsión y Asistencia Social, 1939).

estamos viendo, en 1938 los comunistas habían efectuado uno de sus tantos giros, en este caso, a una retórica que en algunos sentidos parecía más moderada que la de los mismos socialistas. En los hechos, el Partido Socialista en la década de 1940 emergió con una tendencia más anticomunista y reformista, parecida a la socialdemocracia alemana de después de la Primera Guerra Mundial.

Salvador Allende algunas veces se oponía a grupos radicales diciendo que eso no tenía sentido en Chile. En general, sin embargo, se ubicaba un poco más cerca de un polo revolucionario que de un polo reformista. Lo importante es que tuvo una gradual evolución política hacia una aproximación con el comunismo entre mediados de los años 1930 y su candidatura presidencial de 1952. Una primera experiencia en este sentido se dio en la época del Frente Popular, que dejó una huella indeleble en él. Había sido electo diputado por el Partido Socialista en 1937 representando a Valparaíso. En 1939, decía en la Cámara:

> Mientras existan clases sociales antagónicas, una oligarquía explotadora, aliada y servidora del imperialismo, y multitudes trabajadoras oprimidas, y el Estado esté convertido, por la fracción dominante, en instrumento de represión, será utópica una auténtica democracia política, y no se logrará tampoco el bienestar económico de las capas laboriosas (…) La victoria sobre estos factores semicoloniales de nuestra economía será el primer paso firme hacia una legítima democracia y (…) hacia el socialismo.[23]

Estas palabras eran repetidas por muchos socialistas en Chile, en América Latina y a lo largo del mundo. En Allende indicaron un camino constante, tenaz, inconmovible. Siempre se ufanó de no haber transado en la meta revolucionaria de cambio total en la sociedad y de nunca renunciar al socialismo, este entendido como la sociedad sin clases. Para él era una prueba de consecuencia revolucionaria el no haber abandonado esta finalidad como muchos de sus contemporáneos lo hicieron. Como el socialismo chileno no tenía un paradigma en la Unión Soviética, cual era el caso de los comunistas, no le podría parecer problemática la idea de que solo en una democracia del modelo occidental podía llegar a expresarse representando a una fuerza opositora. Podía decir que se trataba de esperar a una democracia perfecta que forzosamente llegaría en el curso de la historia.

En lo demás, Allende siguió la carrera de un político profesional, representante de una orientación igualitaria, impulsando reformas que implicaban mayor desarro-

[23] Salvador Allende, "La gestión del Gobierno del Frente Popular", Intervención en la sesión de la Cámara de Diputados, 7 de junio de 1939. En Gonzalo Martner (compilador), *Salvador Allende. Obras escogidas, Período 1939-1973* (Santiago: Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, 1992), p. 47.

llo del Estado y defensa de los movimientos sindicales y gremiales de empleados y obreros. Fue importante, también, su participación como portavoz de una mayor presencia de la medicina pública en el país. A los 31 años fue Ministro de Salubridad y Previsión Social del gobierno de Pedro Aguirre Cerda, de lo cual siempre estaría orgulloso. Porque esto es algo que Allende esgrimiría en la apología de sí mismo: que todas las posiciones políticas que logró y que todas sus actuaciones estuvieron dentro de la Constitución y de las leyes. Siempre miró con ojos de nostalgia la figura de los grandes líderes revolucionarios, pero nunca hasta mediados de los 1960 promovió de una manera directa o aceptó como posibilidad cierta el desarrollo de una revolución armada dentro del país. Después tuvo una posición ambivalente, por la evolución de su partido y por el embrujo de la Revolución Cubana.

## La carrera parlamentaria

En la década de 1940, sobre todo en los años de la guerra, cuando en el socialismo dominaban tendencias que podríamos calificar de reformistas, Allende se mantuvo dentro de la corriente principal, pero dentro de ella en su polo más orientado a una transformación total, cuasi-revolucionaria. También es el momento en que más se acerca al contenido de fondo del modelo occidental de democracia. En esto influyó de manera considerable el momento global. No se conocen testimonios sobre su opinión acerca del Pacto Nazi-Soviético. Sin embargo, como buena parte de la izquierda, había admirado genuinamente la política social y económica de Roosevelt.[24] La admiración por el líder demócrata continuó sin abatimiento.[25] Hay que recordar que los comunistas, siguiendo a Moscú, continuaron enalteciendo el recuerdo del Presidente norteamericano fallecido en 1945. Esto, en todo caso, no nos dice mucho acerca del tema de su paradigma como meta final para estos años.

Fuera del Gobierno a partir de 1942, Allende seguiría teniendo cargos en el Partido Socialista, llegando incluso a ser su secretario general en 1943. En lo que a ganarse la vida se refiere, Allende no era corto de genio para solicitar ayuda y para desempeñar diversas labores. Ya era una personalidad y había atraído la atención,

[24] "Política Internacional. Estatuto internacional de las Naciones Unidas", en Patricio Quiroga (compilador), *Salvador Allende. Obras escogidas 1933-1948*, vol. 1 (Concepción: Instituto de Estudios Contemporáneos, Ediciones Literatura Americana Reunida, 1988), pp. 367-387.

[25] Sobre esto, ver por ejemplo la carta enviada por Salvador Allende al embajador de Estados Unidos en Chile, Ralph Dungan, en 1965, días después de la invasión norteamericana a la República Dominicana. Carta de Salvador Allende a Ralph Dungan, 4 de mayo de 1965. Personal papers of Ralph Dungan, Box 13, John F. Kennedy Presidential Library.

incluso de algunos visitantes norteamericanos.[26] A ellos les insistía que Estados Unidos debía ayudar a Chile en cantidades muy significativas, en verdad, un tanto irreales. Aquí hay un punto que merecería más análisis porque Allende, tan diestro en las cifras, nunca parece haber comprendido la realidad de la economía, salvo que a la larga el triunfo del socialismo haría llegar beneficios surgidos de alguna parte para la clase obrera y para los pobres en general.[27]

En 1945 dio otro salto y fue elegido senador por las provincias del sur, en esa época, desde Osorno hasta Magallanes. En 1953 fue elegido por Tarapacá y Antofagasta; en 1961, por Valparaíso y Aconcagua; y en 1969, por Chiloé, Aysén y Magallanes. Fueron veinticinco años en el Senado que le entregaron una tribuna inmejorable. En esa época, un senador era mucho más un personaje del país que lo que lo ha sido después. Notemos también que recorrió el país de norte a sur sin necesitar una base geográfica en especial. Esto no era normal en partidos de fuerte raigambre doctrinaria o ideológica. Demostraba también que Allende se había proyectado ya como un líder nacional dentro del socialismo. En algunos casos, como en 1961 y 1969, es probable que se haya debido a que grupos de su mismo partido lo empujaron a zonas en donde podría perder como una manera de deshacerse de él. Esto fue especialmente cierto en 1961, cuando, contra las previsiones, la izquierda eligió dos senadores en Valparaíso.[28] En 1969, solo eligió a uno, Luis Corvalán, primera mayoría nacional (Santiago no elegía senadores en ese año). Allende se hubiera visto en dificultades y prefirió ir al extremo sur, donde la izquierda estaba firmemente asentada, aunque tuvo que derrocar ahí a una figura socialista de peso nacional como Raúl Ampuero.

## Familia, mujeres, cultura política

En 1939, en la noche del terremoto de Chillán, conoció a la que sería su mujer, la buenamoza Hortensia Bussi Soto, joven profesora de Historia y Geografía. Poco después se casaron.[29] Allende encontró en ella a una mujer que lo acompañó

[26] Entre ellos, nada menos que Nelson Rockefeller. Jorquera, *El Chicho Allende*, pp. 244-245.

[27] Según Edward Korry, la ignorancia de Allende sobre temas económicos habría sido la causa fundamental de que el Presidente rechazara el acuerdo ofrecido por el Embajador sobre indemnizaciones para las compañías del cobre tras la nacionalización. Joaquín Fermandois, Arturo Fontaine Talavera, "El embajador Edward M. Korry en el CEP (entrevista)", *Estudios Públicos*, 72, primavera 1998, p. 105.

[28] Agnic, *Allende, el hombre y el político*, pp. 79-80.

[29] Veneros, *Allende*, p. 176.

en las duras y en las maduras, la perfecta compañera de un político que no tenía ni horarios ni un programa establecido de horas o días de casa, que vivía en movimiento perpetuo. Como en muchos hogares de políticos, pero con más fuerza en la izquierda que en la derecha, el hogar compartía no solo las ideas así abstractas, en el aire o en la teoría, sino que la totalidad de la experiencia vital. Esto se daba por hecho. En el hogar de los Allende-Bussi —de donde saldrían tres hijas: Carmen Paz, Isabel y Beatriz— las ideas y los sentimientos de una izquierda que iría siendo cada vez más radical eran vividos por todos con la misma intensidad que por el esposo y el padre. También Hortensia Bussi tuvo la virtud —o el defecto, según el cristal con que se mire— de tener santa paciencia con las eternas calaveradas de su marido. Esto culminó en La Moneda cuando la última de sus mujeres del corazón y de los sentidos, Miria Contreras de Ropert, la Payita, lo acompañó casi hasta el último instante (incluso, un hijo de veinte años de ella fue detenido y después ejecutado, es de presumir que después de torturas).[30] En los agitados años de la Unidad Popular se dio tiempo para otra aventura galante, con Gloria Gaitán, hija del líder liberal colombiano Jorge Eliecer Gaitán, cuyo asesinato en 1948 dio origen al famoso Bogotazo. Allende estaba encantado con este origen y con la mujer; "Indiecita" la llamaba.[31] La Payita ostentaba el cetro y lo probó el 11 de septiembre. Ello no quita que Allende no haya sido un padre y marido preocupado por su familia, una presencia viva en el hogar, con un doble juego, eso sí, más marcado y más público que tanto caso análogo que ha habido.

Como es propio de políticos salidos de un medio en el cual la palabra es el principal recurso, no solo discursivo, sino también porque es lo que mantiene el vínculo en la organización y es clave para reunir recursos, los políticos de izquierda en Chile han tenido una orientación más intelectual que los de derecha, y han sido más cultos en las nociones de ideas políticas y a veces también en las artes. ¿Cómo estaba Allende aquí? Algo que lo caracterizaba era la actividad incesante, ir de reunión en reunión, viajar incansablemente por su distrito o a lo largo del país en campañas propias o del partido, que para él eran casi lo mismo. Según un testimonio de Pablo Neruda —a quien en estas cosas hay que tomar con mucho cuidado—, Allende era capaz de dormir aunque fuera en el auto, en intervalos de una hora, entre ciudad

---

[30] Ascanio Cavallo y Margarita Serrano, *Golpe. 11 de septiembre de 1973* (Santiago: Aguilar, 2003), pp. 239-240.

[31] Mónica González, *La conjura. Los mil y un días del golpe* (Santiago: Catalonia, UDP, 2012), pp. 504-509.

y ciudad, y recuperar energía.[32] En todo caso es una explicación verosímil. Porque además todo esto estaba sazonado con buenas comidas, bastante pesadas por las costumbres de la época, enjundiosas a la chilena, con pisco sour y vino. Era famosa su afición por el whisky Chivas Regal, aunque puede haber algo de leyenda en esto.[33] Él no lo desmentía de manera rotunda, quizás porque provocaba admiración. Tampoco desmentía su inagotable capacidad para conquistar mujeres. Si tuviéramos una libreta secreta, la podríamos comparar con la de Arturo Alessandri Palma, ambos famosos en estos afanes de los que hay bastante evidencia. Además, los ayudaba la leyenda.[34]

¿En qué momento leía Allende? Es un misterio que no tiene mucha explicación racional. Había sido estudioso de joven, pero de adulto se decantó por lecturas ligeras, del género policíaco o de ciencia ficción.[35] Era muy aplicado en analizar los proyectos de ley y los informes en el proceso legislativo en el que estuviera envuelto. Preparaba sus discursos dando ideas a sus secretarios, aunque improvisaba más que lo que leía.[36] Tenía el don de la palabra, de eso no cabe duda y lo probó hasta el último momento, en una instancia que lo consagraría como un héroe moderno, que era lo que también buscaba. Carmen Lazo Carrera cuenta que una vez Allende le dio la fórmula para los discursos, manejar unas "cuatro o cinco ideas principales y darles fuerza con cifras y documentos que demuestren que lo que uno dice tiene validez".[37]

A pesar de no tener una cultura intelectual profunda, lo último que podría decirse de él es que era ignorante. Sus conversaciones con tantos artistas e intelectuales de fama mundial que llegaban a rendirle tributo demuestran admiración por parte de estos. Más que haberlos cautivado por el nivel de sensibilidad literaria o estética, se daba más bien el fenómeno de cómo el espíritu se rinde ante un poder que creen investido del Espíritu de la Historia. Lo que sí es probable es que Salvador Allende haya tenido el don de algunas personas, cuyos conocimientos intelectuales no provienen de la lectura de textos de pensamiento —salvo cuando era joven

[32] Pablo Neruda, *Confieso que he vivido* (Santiago: Pehuén, 2008, original, 1974), pp. 455-456. Sobre lo mismo, Luis Guastavino, *Gente en el alma: crónica de una solidaridad silenciosa* (Santiago: Catalonia, 2005), p. 125.

[33] Jorquera, *El Chicho Allende*, p. 84.

[34] Una obra que se enfoca principalmente en la vida amorosa de Allende es la de Eduardo Labarca, *Salvador Allende: biografía sentimental* (Santiago: Catalonia, 2007).

[35] Agnic, *Allende, el hombre y el político*, p. 67.

[36] Miguel Labarca, *Allende en persona. Testimonio de una intensa amistad y colaboración* (Santiago: CESOC, 2008), pp. 69-71.

[37] Carmen Lazo y Eliana Cea, *La Negra Lazo: memorias de una pasión política* (Santiago: Planeta, 2005), p. 181.

quizás—, sino que de la conversación, arte en el que sobresalía.[38] Era capaz de captar al vuelo la idea central de un contertulio y su memoria le permitía repetir versos, por ejemplo, de Pablo Neruda, con el que parece que llegó a tener una verdadera amistad. Su preferencia por lo elegante abrió su sensibilidad a los fenómenos estéticos y se movía en un ambiente en donde también se hablaba mucho de arte y de ideas. Allende, en este sentido, fue producto de una cultura oral en la cual en los tiempos modernos sobresale solo una minoría.

La combinación del hombre elegante con la figura del líder popular, en lo que evidentemente muchos sectores populares concurrían, podía ser una fuente de tensiones, de contradicciones, de flanco para sus adversarios y enemigos. Él no se hacía mayores problemas por la supuesta contradicción, en especial en un partido cuyos estatutos decían que había que llevar una vida sobria. Curiosamente, esto no fue así, salvo dentro de la izquierda y, más precisamente, dentro de su partido, y a veces de gente que tenía que tratar con él, y que reaccionaban con extrañeza y con crítica soterrada ante sus gustos, por buenas o malas razones. A la elegancia y al gusto por los objetos bonitos, aunque no necesariamente caros, añadía la buena comida y la buena bebida, a lo que dedicaba tiempo y no lo ocultaba demasiado. Como muchos políticos, iba con una ropa a las concentraciones, a las poblaciones, a las marchas y a las reuniones con las bases del partido, y con otra ropa a otros ambientes. Vivía encargando cosas que le gustaban, al igual que Pablo Neruda, sin gastar mucho en ello, pues muchas de sus amistades entendían que había que regalárselas. "Expropiaba" chaquetas de sus amigos, generalmente cuando estos eran pudientes y lo tomaba como una broma; los amigos se encogían de hombros y al final sonreían.[39] Y tenía también la tendencia al abuso con la gente de confianza en las pequeñas cosas, pidiendo favores a diestra y siniestra entre quienes consideraba comprometidos. Una vez dejó un recado en Berlín Este en el que pedía que atendieran "a la Tencha y a su amiga" cuando pasaran por allá en dos semanas.[40]

Su amistad con Darío Sainte-Marie Soruco, Volpone, parece haber estado cruzada por este tipo de complicidades, aunque también por extrañas rivalidades y desconfianzas. En 1957, Allende insinuó actitudes siniestras de Volpone, por sus vínculos peronistas y por la odiosidad hacia el mismo Allende. Después se desarrolló esta amistad, entre política, personal y quizás de juerga. Como se sabe, *Clarín* cometió

[38] James Whelan, *Desde las cenizas: vida, muerte y transfiguración de la democracia en Chile 1833-1988* (Santiago: Zig-Zag, 1993; original en inglés, 1989), p. 221.

[39] Max Marambio, *Las armas de ayer* (Santiago: Random House Mondadori, 2008), pp. 78-79.

[40] De Spindler a Berlín, 10 de octubre de 1969. BA, DDR, DY/30, Signatur 724, pp. 150-152.

la hazaña de apoyar al mismo tiempo las candidaturas de Tomic y de Allende. Sería demasiado ingenuo pensar que fue con una finalidad política de consenso de una centroizquierda, y que no fue lo que nos parece que era, el *non plus ultra* del oportunismo y las maniobras oscuras. Allende se deleitaba en la casa-refugio de Sainte-Marie en el Cajón del Maipo, donde este último llevaba una vida regalada, con algo de *gangster* sofisticado, enmascarado como amigo del pueblo, que era la esencia de Volpone, pluma temible y culta. La amistad terminó mal, cuando en 1972 Allende obligó a Sainte-Marie a vender *Clarín* a un grupo de amigos de él, encabezados por Víctor Pey. Volpone le dejó una extraña carta a Allende, la que, según Joan Garcés, probaría que Allende no tuvo nada que ver en la transacción. En la carta, Sainte-Marie le decía a Allende, a quien se refería como "Peyuquito": "A pesar de todo lo que me has pelado y desplumado en nuestra larga y peleadora amistad, yo y Clarín no sólo hemos estado siempre firme junto al pueblo, sino también firme junto a ti (…) En cuanto a nuestros mutuos y recíprocos méritos y grandes hazañas, históricamente yo te elegí Presidente e históricamente tú has realizado un gobierno único, tal vez, en la historia del mundo. Yo soy el Miranda moderno y realizado, tú aún eres un Bolívar en formación".[41] Parece que Allende temía que le asestase un golpe, como lo había hecho antes con Arturo Matte Larraín y Jorge Alessandri.[42]

## El orador político

Alcanzó también una identificación especial con su público. Dentro del mundo de la izquierda marxista poseía un estilo peculiar. Comunistas, socialistas y después los nuevos grupos, como miristas y mapucistas, desplegaban no solo un mundo de ideas organizadas que se desprendían de los textos fundacionales y la tradición de un lenguaje específico. Existía también esa acentuación algo entonada, con una modulación ligeramente distinta al resto de los políticos, quizás propia a la cultura del libro sagrado, una nueva analogía en cuanto a religión política. En el caso de Salvador Allende, sin desmentir esto, había un grado más. Su habla dirigida al público popular no imitaba su estilo, aunque a la vez se acercaba a su manera de hablar. Tenía que ver un poco con el estilo de comentarista radial que tanto impregnó la cultura oral de los cuarenta años que van entre 1930 y 1970.

---

[41] *El Mercurio*, 18 de agosto de 2002.

[42] De acuerdo al testimonio de Román Alegría, Allende temía que Volpone se volviera contra él tal como lo había hecho antes con Ibáñez y Frei. Román Alegría, *Entre dos generales: la historia política miliquera de Chile, según como pasó por el divertido Clarín* (Santiago: s.d., 1989), p. 144.

De la voz de Allende emanaba un aire que era distinto al de los buenos comentaristas radiales y su buena dicción. Esta última le era propia también, como a no pocos políticos chilenos. Salvador Allende combinaba un toque personal en el cual exponía algunos elementos de su vida, de su carrera o de la actualidad en la que él estaba involucrado, destacando que era actor de los hechos en los cuales todos estaban envueltos. No le temía a autoasignarse importancia; lo equilibraba con la referencia a una modestia artificial de que servía al pueblo, al trabajador, al campesino, a la mujer humilde, a los niños que no tenían ni buena alimentación ni buena educación. A veces era una larga lista, aunque rara vez faltaba un ejemplo como este. La entonación le daba un aire distinto.

Se diría más adelante que su entusiasmo por la Cuba de Castro lo llevó a asumir algo del acento cubano, que para el chileno sonaba quizás demasiado tropical. Los adversarios se burlaban de esa entonación; los partidarios se sentían igualmente encantados. Era un matiz y no una mímesis demasiado evidente. Su lenguaje estaba quizás integrado en un estilo que iba del drama a la burla y al humor, con el tono pedagógico de la tradición del tribuno y del estilo de la política del marxismo que busca el poder. En esto también puede que haya habido una influencia de Castro, aunque Allende le llevaba 18 años de ventaja, algo no menor. Por otro lado, el embrujo de Fidel Castro en la izquierda latinoamericana fue todo un fenómeno, por lo que no sería extraño que Allende hubiera asumido, de manera para él imperceptible al comienzo, algo de su estilo. Esto dio pábulo a alusiones que pretendían ser hirientes de que era "siútico", ese chilenismo tan especial para el cual la palabra "cursi" es un sinónimo muy imperfecto.[43] Daba igual. Su gente lo adoraba, aunque la izquierda que surgía en la segunda mitad de los sesenta también compartía una sonrisa malévola acerca de este carácter algo anticuado, ante los nuevos hechos y las nuevas sensibilidades.

Esta característica lo distingue un tanto del típico líder radical o revolucionario. En general, su personalidad está muy alejada de la de un Robespierre y más todavía de la de un Lenin. Se podría imaginar a Altamirano o a Almeyda en esa posición y a Corvalán como un Nikita Khruschev. El punto que interesa analizar aquí es si estas características personales, que por cierto no son baladíes ni dejan de tener un peso en las acciones impulsadas por un líder político —más allá de las estructuras y de las tendencias de largo plazo, que no siempre son todopoderosas—, añadían algo especial a la idea de la Unidad Popular, a la llamada vía chilena de transición al socialismo.

---

[43] Un interesante estudio sobre este concepto es el de Óscar Contardo, *Siútico. Arribismo, abajismo y vida social en Chile* (Santiago: Vergara, 2008), pp. 24-25.

## La revolución marxista institucional como meta

Su relación con la izquierda fue de vocación, siempre que no aceptemos sin más lo que el propio Allende, como cualquier actor de la historia, decía de sí mismo. Hemos aludido al hecho abrumador en lo empírico de que no existe una ley que determine el origen social de la clase política moderna. Por lo demás, en el liderato de izquierda había algunos dirigentes de origen sindical, aunque su estilo de vida y su manera de ser iban siendo progresivamente dominados por el estilo de la izquierda chilena, que no era exactamente lo mismo que la "clase obrera". Esto es difícil de describir y basta solo con señalar que no difiere mucho de otras tradiciones políticas continentales, en donde los sindicatos y los hombres de doctrina, si se quiere predicadores políticos, tienden a dominar. Esto era así incluso entre los comunistas y en mucho mayor medida entre los socialistas.

Salvador Allende nació dentro de una juventud en la cual de izquierda a derecha el tema social ocupó un lugar importante. Existen ejemplos paralelos en comunistas, socialistas, radicales, falangistas, conservadores y nacionalistas. Quizás solo en los liberales se puedan citar menos ejemplos de este sentido de cruzada por lo que en su origen se llamó la "cuestión social". Allende perteneció a esos tiempos, y vivió en el siglo en el cual en el país el tema de la pobreza y el subdesarrollo se transformaron en el corazón de las discusiones políticas y sociales. Su decisión voluntaria de colocarse en la izquierda tenía un tanto de azar y un tanto de necesidad. Lo primero porque, como él mismo lo dijo siempre, mucha gente de su época que compartía sus ideas terminó mostrando un talante más conservador. Lo segundo, porque él provenía familiar y socialmente de la izquierda del siglo XIX y hasta cierto punto era natural que muchos de los hijos de esta se identificaran con la izquierda del siglo XX.

Allende se jactaba de haber sido consecuente. Sin usar esta palabra, la idea estaba implícita en su último discurso en La Moneda, el 11 de septiembre de 1973. En otra ocasión había dado a entender que todos los que no siguieron su camino habían sido traidores a la idea del socialismo y de la revolución.[44] En la década de 1930 se identificaba con la versión más anticapitalista de un Partido Socialista que

[44] Recordando su paso por el grupo Avance, dice que "de los 400, fuera de los que se han muerto y que por suerte no son muchos, sólo dos quedamos en la lucha social. Los demás tienen depósitos bancarios, algunos en el extranjero, tuvieron latifundios —se los expropiamos—; tenían acciones en los bancos —también se los nacionalizamos—, y a los de los monopolios les pasó lo mismo". Frida Modak (coordinadora), *Salvador Allende. Pensamiento y acción* (Buenos Aires: Clacso, 2008), p. 353.

combinaba retórica revolucionaria, el nacionalismo latinoamericanista —lo que quería decir “antiimperialista”— y el camino hacia la socialización o estatización de los medios de producción. Desde un primer momento mostró una característica especial: la simpatía por todos los movimientos revolucionarios que tuvieran un cariz de izquierda, ya fuera en América Latina o en el resto del mundo, sin preguntarse mayormente qué tipo de democracia habían construido. Creía ciegamente, hasta el final, que el socialismo en su versión revolucionaria abría paso a una etapa superior de la humanidad.[45] Sin usar un lenguaje extremadamente pedante, repetía el espíritu del marxismo que afirmaba que sus ideas eran expresión de un movimiento real de la historia, que eran la formulación de un pensamiento científico.

Desarrolló también una extraordinaria capacidad para moverse en el sistema legal chileno, sin romper en su actuación personal ni con la letra ni con el espíritu del mismo. Solo en la década de 1960, con la influencia conmovedora en él de la Revolución Cubana, comenzaron a aparecer mayormente las tensiones en este caso. Antes de eso la contradicción estaba más en el plano teórico, aunque fundamental, de si el socialismo revolucionario abría paso a una realidad que podría llamarse democrática en el espíritu de la política moderna, según el modelo occidental. En la práctica, Allende jamás se apartó de la letra de la ley, en la que se movía como pez en el agua, como si fuese abogado, en especial en lo que se refería a los reglamentos de las sesiones del Senado.

Entre la década de 1940 y 1950 existió en él una radicalización ideológica, más que en el lenguaje. Se manifestaba en sus posiciones irreductiblemente hostiles a toda economía de mercado o capitalismo en lo interno y a toda relación con la economía mundial de mercado que asumiera sus reglas del juego. Esto último era lo que se ha llamado el “antiimperialismo”, en donde Estados Unidos es el pato de la boda, en un fenómeno muy latinoamericano, aunque ha tenido reproducciones a lo largo del mundo.[46]

Votó contra la Ley de Defensa Permanente de la Democracia en 1948, que excluyó de la legalidad al Partido Comunista.[47] Sin embargo, en los cuatro años de vigencia más real de la ley, hasta fines de 1952, en ningún momento dijo que eso hacía del sistema democrático chileno una pura máscara. Su hostilidad a Perón y al

[45] Veneros, *Allende*, p. 289.

[46] Freddy Sánchez Ibarra, “La relación de Latinoamérica y los Estados Unidos desde la visión de Salvador Allende Gossens”, *Cuadernos de historia contemporánea*, 25 (2003), pp. 275-288.

[47] Salvador Allende, “No a la ilegalización del Partido Comunista”, intervención en la sesión del Senado, 18 de junio de 1948. En Martner (compilador), *Salvador Allende. Obras escogidas,* pp. 143-178.

peronismo en los años 1950 es producto de que la mayoría de la izquierda miró al líder argentino como un "fascista".[48] En 1952, candidato socialista testimonial, su 5% de los votos procedía quizás más de los comunistas que de los socialistas. El período de prohibición de los comunistas le sirvió a Allende para transformarse en el hombre de confianza de estos, y lo sería hasta su muerte, con solo pocas prevenciones por parte de aquellos. No es que Allende lo hubiera planificado así, pero es así como resultó.

Solo en dos ocasiones de su vida política después de la Segunda Guerra Mundial criticó a la Unión Soviética. Fue para la invasión de Hungría en 1956 y la de Checoslovaquia en 1968.[49] Fueron declaraciones de rigor, sin expresar una convicción muy grande, casi diciendo como que "no me queda otra que distanciarme". Fue de las pocas cosas que los comunistas le criticaban cuando hablaban de él ante sus camaradas germano-orientales.

## Imagen de la historia

A diferencia de otros líderes revolucionarios de orientación marxista, Allende se expresaba positivamente sobre algunos rasgos de la historia de Chile, aquellos que no se identificaban simplemente con el "pueblo" y los "trabajadores" —sus referencias favoritas—, sino que también algunos de orientación liberal, en especial del medio del que él provenía. Es cierto que otros líderes de la izquierda como Clodomiro Almeyda y Orlando Millas también trataban de ganarse para su causa al Padre de la Patria Bernardo O'Higgins y, más extrañamente, a Diego Portales. Pero Allende fue un paso más allá e incluía a veces homenajes a algunas figuras asociadas a sectores más conservadores, como el caso del ex rector de la Universidad de Chile Domingo Amunátegui Solar, en una sesión del Congreso con motivo de su fallecimiento.[50] Eran ocasión de broma en Chile sus continuas referencias a Balmaceda y su suicidio de carácter político después de la derrota en la Guerra Civil en 1891. En el transcurso del siglo XX, nacionalistas y la izquierda luchaban por apropiarse de su figura, aunque en general la izquierda contemporánea a esos sucesos no había sido muy partidaria de Balmaceda. Hay que señalar que muchos de los enemigos de Balmaceda se convirtieron en balmacedistas en las dos décadas siguientes, en cuanto idealizaron su figura como presidencialista. Para seguir con la paradoja, los

---

[48] *Diario de Sesiones del Senado*, 30 de agosto de 1949.

[49] Sobre la invasión a Checoslovaquia, ver *Diario de Sesiones del Senado*, 21 de agosto de 1968.

[50] *Diario de Sesiones del Senado*, 28 de mayo de 1946.

balmacedistas, que habían sido rápidamente reintegrados a la vida legal, practicaron a sus anchas el parlamentarismo. En fin, lo importante es que Allende puso a Balmaceda como un ejemplo de la lucha antioligárquica y antiimperialista, en la estela de la historiografía de mediados del siglo XX, en especial representada por Hernán Ramírez Necochea. Esta interpretación es más que dudosa desde una perspectiva historiográfica de mayor rigor, pero el enfoque construyó la visión histórica de la izquierda.[51] La identificación con Balmaceda llegaría a ser una idea fija, casi una obsesión. En cierta medida, la rápida recuperación de prestigio de Balmaceda después de su derrota tuvo que ver con su suicidio, que primero fue popularmente visto como producto de un cierto satanismo y después como un sacrificio en nombre de la justicia.

Esto se podría comparar a la política de Castro de identificarse con una línea de líderes independentistas cubanos, algunos de los cuales poco y nada tenían de marxistas. Esto es especialmente forzado en el caso de José Martí, por el que han competido castristas y anticastristas. Es más difícil imaginar esto en Guevara, en Mao, en Ho Chi Minh, todos admirados por Allende, o en el mismo Lenin, despectivo de la historia rusa en el rostro de sus líderes. Para esta comparación no vale la reivindicación selectiva que efectuó Stalin de algunas figuras del zarismo, ya que eso pertenece a la etapa de consolidación de la revolución, en la que siempre los revolucionarios cambian de cuerpo y alma. Este es un matiz que agregó Allende.

Su otra figura no revolucionaria, pero que reconocía profundamente, fue la del Presidente Pedro Aguirre Cerda, en parte por agradecimiento por haber sido su ministro, pero principalmente por la aureola de líder popular con la que este se rodeó a partir de 1938, aunque había sido un típico político del Chile del primer tercio del siglo. Sin embargo, es la figura de Balmaceda la que debe llamar la atención, ya que parecía conminar a Salvador Allende a completar su obra tal como él la interpretaba. Si perdía la partida, estaba comprometido anímicamente a replicar su muerte, la que creía heroica.[52] Esto tuvo una importancia señalada en el acto final de Allende en 1973. Durante los tres años de la Unidad Popular esta constante referencia a Balmaceda —que incluyó una teleserie muy *ad hoc*, producida por la izquierda— llegó a ser objeto de bromas. Algunas de ellas aparecerían macabras en la posteridad. En la

[51] Hernán Ramírez Necochea, *La Guerra Civil de 1891: antecedentes económicos* (Santiago: Austral, 1951); *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891* (Santiago: Universitaria, 1972; original, 1958). Pocos días antes del golpe, Allende conversó con Ramírez Necochea, a quien le pidió una copia de este último libro. Veneros, *Allende*, p. 396.

[52] Veneros, *Allende*, p. 396.

última marcha de mujeres contra Allende en la Alameda, en septiembre de 1973, le espetaban: "Allende, proceda, imite a Balmaceda".

## ¿Era muy especial la revolución "con empanadas y vino tinto"?

Allende tenía mucho de un fogoso líder crítico del sistema, aunque su humanidad, sus rasgos individuales y, especialmente, su humor lo distinguían de cualquier otro líder marxista del siglo XX. Estos rasgos, ¿anunciaban la revolución "con empanadas y vino tinto", una visión en esencia distinta a los otros modelos marxistas del siglo XX, incluso aquellos como el cubano y el germano oriental, con los cuales se identificaba? Las ideas y la práctica no son lo mismo. A veces se encuentran fusionadas, pueden ser dos caras de una misma medalla, o no tener nada que ver entre ellas. Este último caso caracteriza mucho al despotismo y a las repúblicas enfermas, en las cuales el lenguaje de la política es mirado como hipocresía y escuchado con desdén. No cabe duda de que Allende tenía un amor por su tradición política y por el lenguaje con el que más se llegó a identificar en su vida, los del marxismo revolucionario, aunque su estrategia era alcanzar la meta por un método institucional, sobre el que a veces destacaba también que iba a ser un método pacífico. Repitamos que cuando visita Berlín Este en 1966 para solicitar apoyo político y práctico para su partido, les dice a sus anfitriones en son de crítica que en los países socialistas no se aprecia mucho la lucha de los países latinoamericanos. Que en Chile se lleva a cabo el mismo combate que en Cuba, y que él, Allende, juega el mismo papel que Castro; solo que él lo lleva a cabo con métodos pacíficos.[53]

Se jactaba de que nunca se había apartado de la ley y de los procedimientos reglamentarios en toda su larga vida como parlamentario y ministro, aludiendo al período más o menos breve en que participó del gabinete de Pedro Aguirre Cerda. En cierta manera, esto vale para toda la izquierda, si es que nos olvidamos no solo de sus ideas y de algunos approntes de lucha armada desde fines de los años sesenta, sino que de su política sistemática de instalar en el público la sensación de que todo el sistema era ilegítimo. Se puede decir que en todos los países democráticos en que hubo un largo período de quiebre ideológico, como en el siglo XIX francés y alemán, se daba el mismo fenómeno de proclamar el pecado radical en que consistían las estructuras sociales del momento. En evolución paulatina, esos actores iban participando en el sistema y luego serían parte de su legitimidad. Es probable que

[53] De Zimmermann al camarada Treppen, del Comité Central del SED. Protocolo de conversación con (Salvador) Allende, 8 de julio de 1966. BA, DDR, DY/30, Signatur 724.

esto se hubiera producido en una parte de la izquierda, a condición sin embargo de que no hubieran llegado al poder, no en ese momento.

Algo parecido se puede decir de Salvador Allende. Su triunfo electoral, que él veía como un logro personal, sublimado como realización popular, precipitó la crisis nacional. Encabezó y simbolizó ese proyecto revolucionario a realizarse por los medios que le ofrecía el sistema político y constitucional. Esto fue acompañado por el despliegue de las acciones semilegales que le dieron gran resonancia y poder, pero que también despertaron los temores y las iras, y la voluntad de golpear de vuelta.

Si Allende quería imprimirle una característica especial a la izquierda chilena, hay que tratar de adivinar de qué se trataba. Estaba por cierto el hecho no menor de reemplazar el orden constitucional por medios de la Constitución ya existente, es decir, usando la ya ilegítima "legalidad burguesa". Esto era todo un problema. En términos abstractos, es lo que hicieron los nazis en Alemania en 1933, aunque en cierta manera, al provenir en parte de la extrema derecha, contaron con el apoyo o la voluntad de apaciguamiento de los sectores conservadores, con las fuerzas del sistema. En el caso chileno se trataba de una revolución social, encauzada en un "proceso", en el cual la legalidad era la aliada, porque legitimaba, y a la vez una camisa de fuerza, porque se hallaba inscrita en una cultura en la cual la meta revolucionaria contrariaba, al menos, a la mitad de la población. El carácter personal de Allende le añadía algo. Estaba seducido por los revolucionarios del estilo castrista; también lo estaba por el estilo que él y muchos de los suyos habían practicado por cuarenta años.

Si la meta final hubiera estado en el contexto de una democracia pluralista, aquella que aquí se denomina modelo occidental, el liderato de Allende podría ser definido como poderoso, similar al de un Rómulo Betancourt, del que se distanció cruelmente.[54] Si su objetivo final era lograr lo que después se llamó un "socialismo real", sistema marxista en buenas cuentas, su liderato era el de un mediador entre diversas fracciones, careciendo de un auténtico sustrato, en un apoyo que le perteneciera de manera intransferible, como Castro y Guevara en el Movimiento 26 de julio o Ho Chi Minh en su Partido de los Trabajadores (Comunista). Las herramientas partidarias de las que disponía Allende eran muy limitadas. A su Partido Socialista nunca lo dominó del todo y le produjo dolores de cabeza durante su gobierno. Parece que, además, hubo una cuota de amargura con el mismo en los últimos días. Se ha comentado que Allende no habló de los partidos en su discurso final, en el cual

[54] "Allende habla con Debray", *Punto Final*, 16 de marzo de 1971, p. 31.

agradeció en lo fundamental a los trabajadores, su gran mito personal. Es curioso, los comunistas parecían su verdadero partido desde 1952, en cuanto a que era muy extraño que hubiera diferencias con ellos.

Lo decisivo en este sentido es que, al revés de las revoluciones clásicas, en la vía chilena Allende no emergió como un líder revolucionario que tuviera el control más o menos indisputado del partido o los partidos que llevaran a cabo la revolución. Ya en el Pacto de la Unidad Popular en 1969 quedó establecido que el candidato, una vez elegido Presidente, debía someter las grandes decisiones a la aprobación del Comité de la Unidad Popular.[55] Esto anclaba institucionalmente la carencia de un liderazgo revolucionario clásico en Salvador Allende. Su prestigio y su estatura dentro de los partidos de la coalición eran indudables, pero tenía que negociar constantemente de igual a igual. No los controlaba, porque su cargo no tenía que ver con la estructura de esos partidos, sino que con el alto simbolismo que tenía el cargo de Presidente de la República dentro de la tradición política chilena, que no era revolucionaria, aunque la izquierda había logrado hacerse del Gobierno por las vías institucionales. En este sentido, era poco probable que Allende hubiera podido imprimir algún grado de individualidad a su proyecto, si es que este se hubiese consolidado, una probabilidad no tan remota como aparece en tantos análisis posteriores. Para poder divisar tras la bruma de lo que no ocurrió, para estimar el carácter de ese futuro de "empanadas y vino tinto", es bueno, junto con comprender la figura de Allende, prestar atención a las fuerzas que lo acompañaban e impulsaban, y hacia dónde estas se dirigían.

Como se dice en el capítulo final, Allende al escoger la muerte que tuvo, parece que quería clausurar los rasgos políticos tradicionales de Chile. La idea de que lo que viniera después fuere una especie de restauración democrática sería imposible una vez derramada la sangre del Presidente en una batalla final. El fermento revolucionario tendría de dónde alimentarse por tiempo indefinido. En este sentido, su muerte, para alguien que apreciaba tanto los aspectos agradables de la vida, fue sin duda un sacrificio. Por más que lo haya estilizado en sus palabras finales, ello no le quita verdad a la decisión.

El suicidio es siempre un tema complejo de desentrañar. Albert Camus ha dicho que es "el único tema filosófico".[56] En todo caso, ha llegado a ser un tema y un problema en el mundo moderno. Debemos dejar a un lado casos de angustia, como aquellos provocados por un deterioro sicológico que conduce a la desesperación o

[55] *Pacto de la Unidad Popular*, folleto (Santiago: s.d., 1970), pp. 39-40.

[56] Albert Camus, *El mito de Sísifo* (Buenos Aires: Losada, 1996; original en francés, 1942), p. 13.

para escapar de un sufrimiento atroz. En cambio, aquel en el cual hay un propósito, por noble que sea, no puede borrar una huella del nihilismo, como el combatiente o el agente que lleva una pastilla venenosa consigo, actitud imposible de condenar en su totalidad como asunto de principio. Si en cambio se lo mira como ejemplo, puede anunciar una guerra a muerte por el objetivo que se supone sublime, pero en la cual en última instancia los medios controlan a los fines. De lo que no cabe duda es que Salvador Allende creó en el último acto de su vida una imagen heroica que tenía un trasunto profundo y duradero.



# Capítulo VIII
# Ser marxista en Chile

## Ideología y grieta social

Izquierdas ha habido muchas y mientras persista la polaridad izquierda-derecha habrá una amplia gama de matices. La particularidad chilena que aquí se examina radica en que, para repetirlo, la izquierda llegó a ser casi únicamente expresión de una orientación marxista y, al mismo tiempo, solo podía alcanzar el poder por medio de un proceso institucional, dentro de las reglas del juego de la democracia o modelo occidental. Desde luego, en ningún momento se puede olvidar que apenas surgieron movimientos sociales de tipo reivindicatorio en el siglo XIX —a lo que se ha aludido en el Capítulo II—, estos tendieron a manifestar un lenguaje que se puede adscribir a la izquierda. Solo con la formación primero del Partido Comunista y después del Partido Socialista, ser de izquierda llegó a ser principal y casi exclusivamente una profesión de marxismo, si bien las diferencias entre estas diversas caras tendían a caracterizarse por la discusión sobre los métodos de "transición al socialismo", por divisiones organizativas, de lealtad al grupo o al caudillo o por un énfasis nuevo. En lo que se llama ideología, doctrina, visión de mundo, las diversas manifestaciones de marxismo en Chile no mostraban diferencias acusadas.

En cambio, cuando arribamos al estilo, nos encontramos con la diversidad de rasgos y de posibilidades humanas, algunas de las cuales no habitan exclusivamente en la izquierda. Las organizaciones políticas de izquierda marxista y el mundo de ideas que las animaban no eran cualquier institución no estatal de la "sociedad burguesa"; no eran ni gremios ni se parecían en mucho a los partidos tradicionales, ni siquiera a los que surgieron a mediados del siglo XX. Se movían dentro de un espacio de sentimientos y mentalidades que los especialistas llaman cultura política. Más estricto, sería una "subcultura política", si se asume que el Estado nacional moderno corresponde en la mayoría de los casos a un "sistema cultural". Suposición

sobre suposición. Las últimas tendencias intelectuales se han dedicado a disparar contra esta hipótesis. Sin embargo, usos y costumbres en torno a un Estado nacional todavía siguen siendo el vehículo de mayor intensidad para la identificación en nuestro mundo, si se tiene como punto de referencia a una sociedad, a un sistema social. Se le superponen formas universales que siempre han existido, solo que ahora nos oprimen con mayor ruido, el permitido por la intensidad de la comunicación moderna en medio de una omnipresencia material y electrónica que demanda comportamientos uniformes.

Existen rasgos que configuran sectores identificados con formas culturales en una parte de la sociedad. Fronteras socioeconómicas y líneas étnicas son las más comunes; todas ellas están arraigadas además en la experiencia histórica. El tiempo va creando un tipo de costumbres cual santo y seña: similitud en lenguaje, estilo de vida, hasta vestimenta, y una "apariencia" que es difícil de describir, pero que hace que quienes de alguna manera pertenecen a este grupo se puedan identificar entre sí. Al menos un núcleo de ellos así lo hace.

En Chile, esto definió en primer lugar las relaciones entre grupos sociales. Ha sido la línea divisoria más profunda y que más ha llamado la atención a los observadores extranjeros. Generalmente ha sido exagerada, aunque es parte de la realidad y es una división demasiado profunda, sobre todo en un país con potencial para haber creado esa tendencia hacia la igualdad económica y cultural que caracteriza a las sociedades desarrolladas. Sin embargo, ¿cuántas sociedades del llamado Tercer Mundo no pueden también ser parte de este muestrario de frustraciones y no desarrollan una polarización aguda, a pesar de las "condiciones objetivas"?

El otro foso más común es el de tipo étnico. En el Chile de mediados de siglo el tema mapuche era completamente marginal, aunque la Unidad Popular lo refería ocasionalmente en su discurso, y los partidos de izquierda, especialmente el MIR, intentaron darle una connotación étnica-revolucionaria a la zona de lo que genéricamente se llama Araucanía. Solo a partir de *ca.* 1990 ha ido emergiendo en Chile "el conflicto mapuche" como un problema de mayor monta para el país. En los sesenta y setenta, era mirado y sentido como una especie de reliquia del pasado que tendía a disolverse de manera paulatina.[1]

[1] Sobre la relación entre los mapuches y el Estado de Chile, José Bengoa, *Historia de un conflicto: el Estado y los mapuches en el siglo XX* (Santiago: Planeta/Ariel, 1999); Florencia Mallon, *Courage Tastes of Blood: the Mapuche Community of Nicolás Ailío and the Chilean State, 1906-2001* (Durham, North Carolina: Duke University Press, 2005).

En otro sentido había una mezcla y hasta mezcolanza de ambas posibilidades, la de clase social y la étnica, por el mecanismo de la *pigmentocracia*, aunque esto es presencia muy viva en gran parte de América Latina y de otras sociedades del mundo.[2] En esta América el mestizaje le ha proporcionado un rostro particular a esta realidad, no pocas veces muy pintoresca, cargada de ironías si se comparan situaciones; otras veces esta combinación de diferencia de clase con un vago origen étnico es el punto de partida para la crueldad social en el trato y en la consideración. En efecto, en Chile existe una correlación entre sectores altos (más claros) y sectores de la base de la pirámide (más oscuros) que, aunque muchas veces es desmentida por los hechos, se trata de una realidad visible. De una manera indirecta, el *advertising* hace muy evidente la preferencia por rostros de señales más nórdicas, quizás anglosajonas, como tipo ideal del consumidor, una invitación a identificarse con la "blancura de sangre", nueva versión de la antigua "limpieza de sangre". Los vocativos "roto" y "negro" tienen alguna vinculación con esto cuando se esgrimen como epítetos despectivos.

Nada de raro en América Latina y otras partes. Se le debe relativizar con el hecho de que cuando el observador se mueve hacia arriba en la pirámide social podrá escuchar que "mi negra linda" o "mi negro rico" —que también están en la base de la pirámide social— pueden ser considerados como apelativos elogiosos por el atractivo que indican. Si se dispone de otro patrimonio, ya sea directo en recursos, en educación o en apellidos vistosos y que "suenen", el color puede pasar a ser una "gracia". En esto Chile no es ninguna excepción, y se puede repetir con parsimonia que "poderoso caballero es don dinero". Aunque menos que en Argentina y Uruguay, en la sociedad chilena la línea de quiebre no se encontraba en lo étnico, por más que se diera alguna correlación positiva. En todo caso, en el lenguaje de la izquierda chilena esta tonalidad de la piel solo tuvo una presencia marginal, lo que no quiere decir que no existiera. Solo que no explica la trizadura que llevó primero a la izquierda a emprender una estrategia de cambio del sistema; y segundo, al quiebre de 1973.

## Fruto de la política mundial

Chile no iba a ser excepción en los dilemas ideológicos de la sociedad moderna. El tipo de respuesta que dio su historia y las peculiaridades de la izquierda criolla sí que son producto de una historia única; eso sí, dentro del marco de la modernidad

[2] El término "pigmentocracia" fue acuñado por Alejandro Lipschutz, un intelectual marxista letón afincado en Chile, sobre quien se habla más adelante. Alejandro Lipschutz, *El Indoamericanismo y el Problema Racial en las Américas* (Santiago: Nascimento, 1944; original, 1937), p. 72.

y de sus probabilidades. La tendencia hacia un cambio revolucionario era inherente a la sociedad moderna, o a muchos de sus países, al menos hasta los tiempos de la Unidad Popular, y quizás después. Es probable que solo Estados Unidos estuviera más allá de una posibilidad de criar una persuasión política de carácter revolucionario. Sin embargo, cuando estas sociedades alcanzaban el nivel del "desarrollo" —Inglaterra, Francia, Alemania como emblemas— la posibilidad revolucionaria se iba diluyendo. Ello no quitaba —y quizás no ha desaparecido del todo del horizonte humano— que en caso de catástrofes ella volviera a surgir. También, que la revolución se exprese como contrarrevolución. Ello sucedió en particular en Alemania, en lo esencial, *tras* haber incorporado a la mayoría de su izquierda marxista como parte del sistema. La derrota en la Primera Guerra Mundial significó un *shock* cultural que al final se resolvió en una de esas contrarrevoluciones que trastocan todas las categorías, una especie de "revolución contraria".

Existe otro tipo de sociedades: aquellas que no desarrollaron la "modernización", que en lo básico se traduce en instituciones políticas y en un nivel global comparable en lo económico y social. Es una escala que a veces se llamó el "cuarto mundo" y después tiende a confundirse con los "estados fallidos", aunque este último es un concepto muy acotado. Estas sociedades —muchas de África negra, Haití en América— pueden haber sido convulsionadas en lo político, hasta caóticas y carentes de un estado funcional, pero no desencadenaron la típica revolución socio-política moderna.

Esta última se dio en momentos convulsivos de una sociedad que en su momento era desarrollada y consolidada, siendo la Alemania de Weimar el gran paradigma de esta posibilidad. El otro terreno en el que se desplegó la posibilidad revolucionaria en el siglo XX fue en aquella capa de la "clase media de las naciones", según se hizo usual hablar en algunos círculos académicos en los 1960.[3] Fue el espacio más sensible a estos movimientos. La Guerra Civil Española se originó de un suelo fértil en estas posibilidades: un país menos europeo que Europa Occidental, pero con todas sus ansiedades, incluyendo la de dejar de ser un extramuro, de dejar de ser esa África que comenzaría en los Pirineos. Por algo hubo tanto paralelismo entre España y Chile a partir de los 1930. En el caso de las revoluciones en China y en Vietnam, en ambos países las fuerzas comunistas derrotarían a los sectores nacionalistas, a los liberales y, por cierto, a los tradicionalistas, en la medida en que estos tres últimos hayan sido diferentes entre sí. ¿Eran sociedades de "clase media"?

[3] Ejemplar en este sentido es Gustavo Lagos, *International Stratification and Underdeveloped Countries* (Chapel Hill, North Carolina: The University of North Carolina Press, 1963).

Es difícil vincular a todas estas sociedades a través de conceptos extraídos de la sociología política, por útiles que estos puedan ser para establecer un marco comparativo. ¿Qué tienen que ver España y China entre sí, o con Chile? Es frecuente escuchar que sería más útil comprender la historia y el ambiente cultural de cada uno de esos casos, antes que encerrarlos en una misma categoría. Por cierto, a fines del siglo XX llegó a ser de nuevo importante poner una mirada atenta a las peculiaridades culturales y a la propia historia de cada sociedad. Esto es sentido de la realidad.

También lo es el poner atención a que en la más amplia gama de países y de raíces culturales se expandieron tanto los lenguajes de la política moderna como las instituciones correspondientes. En cada uno de esos espacios hubo liberalismo (débil cuando se alejaba de sus raíces históricas), conservadurismo y socialismo, a veces identificándose con uno de ellos el nacionalismo o envolviéndolos a los tres. En casi ningún país del mundo dejó de tener centralidad, en un momento u otro, la polaridad marxismo-antimarxismo, que a veces tomaba la forma que se podría describir como "¿hacia dónde marcha el mundo?". Este destino podía ser el modelo occidental o el modelo marxista, o una serie de fórmulas intermedias, pero que también eran hijas de esa polaridad. Eran parte de la historia ideológica del siglo XX y de la misma Guerra Fría como fenómeno político que no abarcaba las puras relaciones mutuas de las dos grandes superpotencias.

## ¿Particularidad de la "vía chilena"?

¿Qué particularidad tuvo Chile en este sentido? Que la izquierda tiene una larga historia que se originaba en lo profundo del siglo XIX. Que una izquierda radical, antisistema, emergía con personalidad en el cambio de siglo es un hecho básico de la historia del país. También lo es que esa izquierda no se integraba a un sistema político marcado por rasgos premodernos y claramente no democráticos, como era el caso de la Rusia contemporánea a estos hechos. Existía "orden", en cuanto era un sistema competitivo entre fuerzas políticas que reflejaron a las grandes posiciones ideológicas a lo largo del siglo, con libertad de prensa, de reunión y de opinión.[4] Un movimiento contestatario, que deseaba ser vocero de grupos sociales que antes tenían una representación indirecta, mediada por sectores establecidos, no podía sin más pasar a una acción directa, insurreccional, ya que habría legitimidad política para

[4] Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela, "Los Orígenes de la Democracia. Reflexiones Teóricas sobre el Caso de Chile", *Estudios Públicos*, 12, 1983, pp. 5-39.

arrollarla de manera violenta. Tenía otro motivo: le era posible emplear la vía legal para hacerse presente. Esto no estuvo del todo claro en un primer momento, en los años 1890 por dar una referencia. Pero en un proceso paulatino hasta la década de 1930, esto se fue manifestando en la vida sindical y política. De hecho, esta izquierda chilena montada en los sindicatos y con fuerza política, llegó a blandir un fuerte poder legal en el momento de hacerse valer o de doblegar a sus opositores. Fueron una molestia más que leve para los sucesivos gobiernos. Algo de esto se volvería en su contra en los años de la Unidad Popular.

El crecimiento de la izquierda requirió una adaptación al trabajo legal a lo largo de varias décadas, llevando a veces el sentido de lo legal hasta el límite donde se transforma en "resistencia extralegal". Era cuando el "tira y afloja" hacía del "tejo pasado" un fin en sí mismo en el movimiento sindical. Con todo, la existencia cotidiana tenía que ver con una regularidad de acciones dentro de las instituciones. Así se desarrolló una conducta que tenía la finalidad estratégica de eliminar el sistema, pero que iba asumiendo algunas de sus pautas y modos de ser más propios. ¿Se convertía al modelo occidental, a la democracia moderna?

Una característica esencial para la Unidad Popular era su postulado de "la vía chilena", aunque esta noción respondía más bien a un lenguaje que emanaba de Allende. Suponía la vía pacífica, el cambio revolucionario impuesto por medio de vías institucionales, es decir, democráticas en el sentido de constitucionales. De esto se habla bastante en el libro. Tras esto había un mensaje con su toque subliminal, de que la democracia se mantendría incólume. Claro que la izquierda llamaba democráticas a "las conquistas del pueblo", vale decir su propio desempeño; su horizonte paradigmático eran los sistemas marxistas, imposible de ser conciliados con el modelo occidental, que era lo que había en Chile. ¿Veía alguna contradicción, o la veían algunos de ellos? No lo sabemos, salvo un caso que se verá más adelante.

En cambio, el argumento —a veces tácito, a veces expreso— de que la práctica constitucional y legal de la izquierda tenía tradición es un elemento de cierto peso. Veremos que hay varias circunstancias que ponían en duda este aserto, como los resquicios legales, las "tomas", la movilización en general, la preparación clandestina de sus cuadros y la organización de grupos armados por una parte de la izquierda, aunque fuesen mucho más débiles de lo que suponía o urdía la oposición; sobre todo, el creciente compromiso con un canto de alabanza a la lucha armada y al enfrentamiento. Frente a ello había toda una conducta de décadas de apego a los procedimientos legales que se asumían como algo natural.

## La organización: aparato y espíritu

El Partido Comunista era en lo básico una organización, una maquinaria. Era también una suerte de milenarismo político que le proporcionaba un tipo de energías que estaba ausente en los partidos de la derecha o en el mismo Partido Radical. En algunos grados menos lo era el Partido Socialista, donde el aparato partidario se lo disputaban varias figuras, aparte del mismo Allende. No era, en todo caso, un partido de caudillos carismáticos, en donde el líder lo era todo. Chile decididamente no desarrolló ninguna suerte de peronismo. Pero, con todo, la figura de Salvador Allende calzó muy bien como el portavoz casi indiscutible de su partido y de la misma izquierda. Esto por varios motivos.

La literatura sobre los vínculos entre partidos políticos y grupos socioeconómicos es interminable. Rara vez explica el comportamiento concreto de los partidos, no al menos en términos de proposiciones generales, de teorías que expliquen universalmente la evolución política. Entrega categorías y reflexiones que deben emplearse para comprender esta relación, pero es solo al sumergirnos en una realidad particular y entender su evolución que podemos encontrar la característica de este ligamen en la vida política. Como se ha visto en los capítulos II y III, la izquierda y los movimientos gremiales y sindicales de los sectores de la base de la pirámide y de la clase media baja van conformándose de manera paralela, aunque el uno no depende del otro. Hasta aquí no hay gran diferencia con lo que ha pasado en la mayoría de los países del mundo, al menos en aquellos que fueron expuestos tempranamente al desarrollo de la política moderna desde el 1800 en adelante.

Lo que es especial en Chile es que el comunismo, y en menor medida el socialismo, no fueron solamente vehículos de pura reivindicación ni tampoco constituyeron grupos doctrinarios en el sentido concreto de la palabra. Su particularidad es que construyeron grupos humanos con características propias, aunque, por supuesto, eran también parte de una sociedad y poseían las características generales de ella. Se puede hablar de un grupo humano como "liberal", "radical", "democratacristiano" en el Chile que llega hasta mediados de los 1960. Sin embargo, nos referimos a un tipo ideal de un carácter extremadamente abstracto que difícilmente hallamos en la realidad, aunque sentimos que existe y sin cuya existencia no entenderíamos la vida concreta en la sociedad y en la política.

Un rasgo acusado en la izquierda, sobre todo en los comunistas, sobresalía en el lenguaje en su sentido más directo: el habla. Destacaban por su buena pronunciación, porque un sector que vagamente podemos llamar "medio" para el esquema

social de la militancia, es decir entre clase baja y baja clase media, recibía educación sistemática en las células y por la Comisión de Control y Cuadros. Lo importante, sin embargo, era que la vida de partido les planteaba exigencias a las que en general los militantes o quienes aspiraban a serlo respondían con entusiasmo. Por ello, en un país en donde la acentuación y pronunciación del castellano podría ser descrita como defectuosa, saltándose letras y a veces sílabas, de manera que se hace ininteligible para quien lo haya aprendido como segunda lengua en otro país, los comunistas sobresalían por su buen lenguaje. A veces este podía sonar un tanto relamido —siútico, en chileno— por la pronunciada modulación, nuevamente porque el país modulaba mal, aunque había una cierta correlación social en donde los sectores altos lo hacían un poco mejor. En su conjunto, sin embargo, denotaba que una cantidad respetable de gente de diversas ocupaciones hablaba mejor que el resto comparable de la población y, a pesar de la teoría de que representaban al proletariado, provenían de un espectro más o menos amplio. De esta manera, no solo era importante el conocimiento de los textos fundacionales y de la explicación de las circunstancias del momento según la doctrina, sino que también se convertían en un grupo con palabra. Para ganar nuevos conversos representaba un arma bastante formidable, amén que elevaba su cultura, a pesar de que esta quedaba en estado de servidumbre ante la voluntad política.

No cabe duda de que en Chile la izquierda marxista cinceló a este tipo humano. No se trata tanto en los rasgos físicos ni en ciertos arquetipos que se llegan a desarrollar como el que se insinúa en el párrafo anterior. Se trata más bien de un estilo de vida que imprime características más o menos comunes. El tipo de política de la izquierda corresponde de manera exacerbada tanto al que vive de la política como al que vive para la política toda su vida. Incluso las amistades y la vida personal, sin ser anuladas, pasan a estar mediadas y, desde su perspectiva, enriquecidas por la participación en un empeño político. Se exigía en socialistas y en comunistas que fueran modelos de vida, aunque en la práctica solo en estos últimos esto se podría afirmar de una manera más taxativa. No se era comunista de la misma manera que alguien era democratacristiano o conservador ni aun para quienes en estos dos últimos casos hicieran de sus vidas un apostolado político.

Tanto en el Partido Comunista como en el Partido Socialista existía una frondosa organización que envolvía al militante de una manera completa, regimentando su vida hasta en detalles a veces insignificantes. Los estatutos del Partido Socialista aprobados en el famoso Congreso de Chillán de 1967 muestran una organización extremadamente repartida en asambleas, en núcleos, en la seccional, en los congresos

seccionales, en la regional, en los congresos regionales, etc.[5] En particular, tratándose del Partido Socialista, una colectividad con una historia con tantos cambios, establecido también como un ring donde luchaban muchos caudillos o caciques cada cual con su propio aparato, y mal que mal siendo todos muy chilenos también, se podrá pensar que solo una parte del interminable articulado de los estatutos se llevaba a la práctica.

En todo caso, los socialistas, al igual que los comunistas, vivían en torno a una cultura política que se expresaba en los textos fundacionales. Al menos esto era completamente válido desde la década de 1950. La diferencia era que las disputas sobre esos textos en general se daban ante un público, eran discusiones más conocidas, aunque no por ello menos duras, que la lucha de facciones podría haberlo sido en el comunismo. Como explicamos a lo largo del libro, las diferencias en doctrina, los llamados disensos teóricos, sean profundos o superficiales, no permiten ver una diferencia muy grande entre las personalidades y los grupos del socialismo. En los escritos de Raúl Ampuero, Aniceto Rodríguez o Carlos Altamirano, o en los discursos del mismo Salvador Allende, habrá mayor o menor énfasis, pero es imposible hallar en ellos apreciaciones teóricas propiamente dichas. Se aproximan mucho a la escolástica. Aunque los escritos revelan mucho de la orientación mental y de la meta adonde se orientaban los actores, hay que comprenderlos también en relación a la acción misma.

Había un rasgo que diferenciaba claramente a los socialistas de los comunistas. Aquellos no habían dependido de un centro que dictara la doctrina, cambiándola según el caso como cumpliendo automáticamente una orden. Esto lo destacaban bastante, al menos en referencia a la obediencia del Partido Comunista respecto de la Unión Soviética. Sin embargo, con el triunfo de la Revolución Cubana surgió un modelo que tenía para ellos una autoridad análoga a la de Moscú para los comunistas. Al igual que estos, no se trata de aplicar la "teoría del agente" para entenderlo. Se trataba más bien del entusiasmo y de la fe del converso que cree hallarse ante el despliegue de la Historia misma. La verdad aparecía ante sus ojos por lo mismo que había triunfado. La realidad se parecía demasiado a los sueños como para no crear una referencia de autoridad que sería absoluta para el partido. La Habana mantendría por dos décadas una potestad indiscutible para el socialismo criollo y además estos

[5] Partido Socialista (Comité Central), "Estatutos del Partido sancionados en el Congreso General efectuado en Chillán en noviembre de 1967", en Víctor Farías, *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica* (Berlín: Wissenschaftlicher Verlag Berlin; Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2000), T. 1, pp. 53-77.

veían replicarse esta admiración a lo largo de América Latina, al menos para una de sus almas. Esta orientación tendría un efecto decisivo en el curso de la década de 1960 y durante el gobierno de Salvador Allende.

El estado de ánimo que miraba al sistema de Castro era suelo infértil para toda orientación que pensara en coexistir con la llamada democracia burguesa. Toda orientación socialdemócrata fue vilipendiada como "reformista" o "revisionista". El mismo Allende fue muy claro al respecto, y en todo caso —como hemos visto— era lo que él afirmaba a los dirigentes de Alemania Oriental, que él era el Fidel Castro de Chile y que haría lo mismo que este, pero que sus métodos serían pacíficos.[6] De los dirigentes socialistas, Salvador Allende fue el que más se identificó con la figura de Castro y después con la de Guevara. Puede que Altamirano haya querido poner énfasis en el camino cubano, es decir, el de las armas, y ciertamente que gozó de la confianza de Castro. Sin embargo, la amistad entre los socialistas y la dirigencia de La Habana nunca dejó de pasar por Salvador Allende, por más que Castro hubiera preferido las vías que propugnaba Altamirano.

No tenemos una fuente comparativa para el Partido Comunista en donde lo dicho anteriormente rija de una manera muy exacta. El partido era dirigido con puño de hierro desde arriba por la Comisión Política y el Comité Central como tantos partidos comunistas del mundo. Aunque no era un partido de caudillos, al menos hasta 1973 esto no le impidió tener caracteres relevantes, interesantes, con perfil propio, con su personalidad política particular y en la mayoría de los casos con gran capacidad intelectual para ser proyectada al lenguaje político y a la vida del partido. Su límite estuvo más bien en que, aparte de los ajustes pragmáticos —y por ello decían que no eran dogmáticos, aunque lo uno no tenga mucho que ver con lo otro—, fueron también prisioneros de su propia visión del mundo y creyeron siempre inconmoviblemente en ella, sin incorporar otros elementos que, ciertamente, los habrían llevado a otros derroteros.

Paradoja, es esta manera de ser la que les dio poder y espacio en la vida chilena. Desde el punto de vista del interés de la organización, había algo racional en cuanto a los medios, al mantener la fe granítica en la doctrina establecida por el marxismo-leninismo, inspirado en el modelo soviético y ateniéndose a ese lenguaje, aunque estableciendo también un camino especial en Chile. Este camino, mal que mal, no era distinto en algunos sentidos al que el comunismo soviético aconsejaba a

[6] Protocolo de la conversación de Salvador Allende con dirigentes de Alemania Oriental, 7 de julio de 1966, DY 30 IV A 2/20/724.

Europa Occidental y a otros partidos de América Latina. Era también el que había propugnado de la boca para afuera: las "democracias populares" en Europa Oriental entre 1944 y 1945 se apoyarían en una pluralidad de fuerzas políticas. Ya sabemos lo que pasó.[7]

La organización era la estructura en la que se vivía. El Comité Central era replicado en todas las provincias y en una compleja estructura de células y agrupaciones en torno a sindicatos, a barrios, a grupos de actividad económica, a entidades de gran potencial para el activismo, como todo el mundo de la educación, en especial los sindicatos de profesores y los universitarios, académicos, funcionarios, estudiantes. En cada uno de estos espacios había una organización comunista, a veces abierta, otras veces encubierta, que existía en la discreción de una suerte de logia o de comunidad secreta, pero que actuaba con una disciplina no mostrada por los otros grupos políticos. Había una disposición y estructura para captar militantes en todos los espacios y donde estuviera, incluso en el personal de base de las fuerzas armadas, aunque esto último se haya tratado con la mayor circunspección y sigilo.

Los simpatizantes eran pastoreados de una manera no muy distinta a como lo haría una organización religiosa en la búsqueda y cultivo de conversos: la prédica, el comentario del texto fundacional, la conexión de este con la vida práctica de la persona, un adoctrinamiento destinado a redimir al individuo de sus confusiones y egoísmos como de sus necesidades y desvelos prácticos. La novela *La Base* (1958), de Luis Enrique Délano, no es un texto literario de mayor importancia. Por lo mismo, es un muy buen ejemplo de cómo el comunismo veía el ideal de su vida práctica en el nivel de los militantes. Estos debían entregar parte de su tiempo en las actividades doctrinarias y en las actividades de propaganda del partido, asistir a las reuniones de célula, preparar informes ya fuera sobre la vida del partido en la medida en que le tocaba a él o a ella, o sobre alguna coyuntura política de la misma situación en su lugar de trabajo, en su barrio, en la semana.

En el caso del comunismo existía, también, un control bastante directo sobre su aparato y sobre la vida incluso personal del militante.[8] En su conjunto, esto hacía de la vida concreta una suerte de "espíritu de secta", de fortaleza a veces sitiada

[7] Archie Brown, *The Rise and Fall of Communism* (Londres: HarperCollins, 2009), pp. 161-178.

[8] Muy ilustradora a este respecto es la anécdota referida por Luis Corvalán Lépez, quien cuenta que, ante la descripción de las rigideces y sacrificios que debían enfrentar los militantes comunistas, un nuevo recluta bromeaba diciendo que para la perra vida que llevaría como miembro del partido no le importaba tener que darla por él. *De lo vivido y lo peleado. Memorias* (Santiago: LOM, 1997), p. 103.

pero inexpugnable, que no necesariamente transforma al mundo, pero que tampoco se deja transformar por este. Como siempre en estos casos, tenía una cara de la protección de familia ampliada, de refugio e incluso de solidaridad práctica. El militante experimentaba la sensación de vivir en un mundo de seres humanos más concretos, fraternal, que vinculaba su destino personal con una organización donde todos participaban de un mismo espíritu.

Tenía otro rostro que a veces era implacable, opresivo y cruel, aunque es evidente que hasta 1973 solo minorías dentro del partido lo entendían o lo vivían de esta manera. Esta vida concreta estaba regida por la Comisión de Control y Cuadros que efectuaba un seguimiento de los militantes, en el nivel que estuvieran. Incluso el contraer nupcias podía caer dentro del radio de acción de la autoridad del partido. Los matrimonios eran aprobados, o no. Hasta se dio el caso de la evaluación de matrimonios efectuados fuera de Chile, específicamente en Alemania Oriental, entre dos chilenos y entre un chileno y una alemana. En ambos se otorgó la venia.[9]

La Comisión de Control y Cuadros, que por años funcionó en una amplia casa quinta de la Avenida México, entre Independencia y Recoleta, simbolizaba la meta de disciplinar a los militantes en un lenguaje común. Sin embargo, también tenía la función de supervigilar la conducta y las buenas costumbres de los militantes, de una manera no muy distinta de lo que se podría considerar en una comunidad católica o evangélica de la misma época. El primer factor de la disciplina era el entusiasmo y abnegación de sus propios cuadros. Casi siempre la familia seguía los pasos del padre y todos se sumaban a una especie de equipo de familia. Esto ayuda a explicar que —al igual que, por ejemplo, en el mundo militar— existieran en Chile familias de comunistas que en la vertebración del partido mismo tenían casi tanta importancia como la influencia sobre el mundo sindical y otras organizaciones. Orlando Millas cuenta en sus *Memorias* que no pudo asistir al parto de su primer hijo en 1944 porque tenía una reunión de la Comisión Ejecutiva de las Juventudes Comunistas.[10] La inclusión de la familia daba nacimiento a una tradición que en el siglo XX a veces alcanzaba a dos o tres generaciones. Era reiterado

---

[9] Los de Luis Cerda con Mercedes Díaz y Jorge Gálvez con Siglinde Schultz. En hoja adjunta de carta de Luis Corvalán a Walter Ulbricht, 10 de febrero de 1970. BA, DDR, DY 30 IV 2 20, 712, 51, M 2 13, 78.

[10] Orlando Millas, *En tiempos del Frente Popular. Memorias. Primer volumen* (Santiago: CESOC, 1993), p. 392.

en familias comunistas bautizar a los hijos con nombres de líderes revolucionarios como Lenin y Stalin.[11]

Que se sepa, no había ningún tipo de coacción en este sentido, no más allá de un aura que producía su propio atractivo como una organización provista de gran mística. Como todo sistema, también proveía de un hogar no solo a quienes venían de lo que se puede llamar la gran familia de izquierda, es decir, a quienes estaban vinculados ya fuera por tradiciones familiares, próximas o remotas, o por la pertenencia a ciertos gremios y sindicatos donde la presencia de los comunistas —esto vale para los socialistas también— era fuerte. Esto se daba como un paso casi natural. Había otra fuente de reclutamiento. En toda sociedad compleja se dan siempre los casos de existencias aisladas, solitarias, en general en contra de su voluntad. En la sociedad moderna esto es mucho más acentuado. Los comunistas, al exigir la entrega total al partido, operaban de una manera no muy diferente a como muchas profesiones religiosas o sectas reúnen a sus fieles entre aquellos seres que se sienten abandonados y a quienes les es difícil el contacto humano inmediato. Estos pueden encontrar un hogar y una fuente de sociabilidad en la vida del partido.

No era solamente asunto que tuviera su raíz en lo que se ha llamado la enajenación. La vida de partido, en especial en los comunistas, ofrecía entretención y sentido a una variedad de caracteres, desde el obrero, zapatero remendón, el peón de campo, la empleada doméstica o el pequeño empleado de una tienda pobre; hasta el profesional, el estudiante, el intelectual o el artista. Todos tenían que entregar su fidelidad y la libertad tenía sus límites. A cambio de ello, tenían un campo de acción y de desempeño, el reconocimiento de los camaradas, un lugar dónde llegar y una fuente de esparcimiento. También era lugar de amistades y de los amores, bastante regularizados estos últimos. Aquí un Salvador Allende hubiera tenido que esconderse muy bien; a Pablo Neruda le perdonaban todo, aunque trataban de ocultarlo todo.

La libertad se experimentaba como un límite cuando se estrellaba contra la ortodoxia del partido o alguna de sus órdenes. Para la gran mayoría, esto se daba pocas veces. En el caso de los intelectuales y de los artistas había una extraña dicotomía entre lo que representaban como acto creativo y las rigideces ortodoxas a veces terribles que dictaba la doctrina, ya fuera de manera formal o a través del realismo

[11] Alfonso Salgado, "Antroponimia Leninista: Santiago de Chile, 1914-1973", en *Seminario Simon Collier 2009* (Santiago: Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2010), pp. 159-200.

socialista para la creación estética, aunque esto último tuvo una presencia menor en Chile que en el ambiente que rodeaba a otros comunistas. El partido resistió casi incólume cuatro estremecimientos que marcaron la historia del comunismo en el segundo tercio del siglo XX: la voltereta inimitable del Pacto Nazi-Soviético en 1939, que implicaba adorar y/o quemar ídolos según las circunstancias; la desestalinización después de la muerte del gran líder y el discurso de Khruschev en el Vigésimo Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, en febrero de 1956, aunque nadie en Chile creía en la versión secreta que a las pocas semanas comenzó a circular y que era absolutamente verdadera; la intervención sanguinaria en Hungría en noviembre de 1956 contra un gobierno comunista, por lo demás; y la intervención en Checoslovaquia en agosto de 1968, que en muchas partes fue el golpe final a lo que quedaba de atractivo, heroico e ideal del comunismo, llevado a cabo por lo demás también contra un gobierno comunista.

Salvo algunos casos por ahí y por allá, esto no tocó en lo más mínimo ni al aparato del comunismo ni, hasta donde se sabe, a sus bases; los intelectuales en general escasamente se dieron por aludidos. La fe en el objetivo final y en el portavoz de ese mundo posible seguía inconmovible. Espantaba por algún breve tiempo a votantes potenciales y, en el primer caso, contribuyó a crear una distancia, por un tiempo insalvable, entre comunistas y socialistas. En el resto no hubo mayor oleaje que se pueda mencionar, salvo algún puñado de casos individuales. Esto hacía que los debates políticos del partido fueran más sobre la táctica y la estrategia; esto es, sobre formas de dilucidar la acción política inmediata, pero no había nada que se pareciera al desarrollo de una auténtica tradición teórica, digna de ser mencionada en una historia de las ideas políticas.

Por lo demás, el partido tenía un arma invisible y bastante letal, que era el ostracismo más completo y hasta cruel para el hereje o el que abjurara de las ideas. El caso de Marcos Chamudes Reitich fue en este sentido ejemplar.[12] No se le dio respiro y tuvo poca defensa dentro del país entre los intelectuales de izquierda. El tránsito a una tradición liberal, para no hablar de otras variedades, era insoportable y recibía no solo el repudio más grande, sino que también una campaña interminable de denuncias por los supuestos intereses ocultos, bajos además, que hubiesen motivado su acción. Era una disuasión bastante convincente. Hasta cierto punto, lograron

[12] La visión denodadamente contraria al comunismo de Marcos Chamudes puede ser mejor apreciada en dos libros: *El libro blanco de mi leyenda negra* (Santiago: Ediciones PEC, 1964) y *Chile, una advertencia americana: semimemorias de un periodista chileno que durante 40 años fue actor y testigo de la vida política de su país* (Santiago: Ediciones PEC, 1972).

instalar la idea de que el mero hecho de ser "anticomunista" era sinónimo de una posición reaccionaria, cerril, fanática y profundamente enajenada a su vez, cuando no traducía una manipulación por intereses oligarcas o imperialistas. Esta es una de las raíces de una expresión, que en su momento fue señalada, de Eduardo Frei Montalva, de que solo le temía a una cosa más que al comunismo: el anticomunismo.[13]

El mismo Frei algunos años más tarde apuntaba a otra experiencia de exclusión que se sentía ante los comunistas. Estos podían hacer llover halagos sobre este o aquel, que no era comunista o izquierdista, pero que lo juzgaban "razonable" o "progresista"; para después arrojarles otra lluvia de injurias y descalificativos fuertes. Además amenazaban con Neruda, que lanzaba epítetos injuriosos, algunos imborrables, desde sus versos. Era una lógica amigo-enemigo llevada al extremo, que también asumían en general los activistas y dirigentes de los partidos marxistas. Es de lo que se quejaba Frei en 1973 ante el Cardenal Silva Henríquez: querían negociar con él, pero a la vez los mismos —apuntando a La Moneda— llevaban a cabo una campaña de enlodamiento para descalificarlo en la política.[14]

Comunistas y socialistas tenían, además de las juventudes respectivas, otras organizaciones de jóvenes, más aguerridos, que podían ser germen de entidades paramilitares. Eran la Brigada Ramona Parra de los comunistas, formada en la segunda mitad de los sesenta, y la Elmo Catalán de los socialistas, nacida hacia 1970. La primera tuvo mucho más presencia. Su nombre venía de una militante que había sido muerta en la "Matanza de la Plaza Bulnes" —en la jerga comunista—, un enfrentamiento con carabineros en enero de 1946. La Brigada era como un batallón de propaganda, el clásico *agitprop*. Podían enfrentarse con los adversarios a golpes de puño, a veces a tiros, como la riña que provocó la muerte de un mirista en diciembre de 1970 en Concepción, lo que tendría sus consecuencias. En los tres años de la Unidad Popular fue un arma excelente para apoderarse de la calle en muchos barrios; pocos se atrevían además a borrar su propaganda, y en cambio era activa en suprimir la de los demás. Fue la que más hizo conocido al muralismo como herramienta de propaganda. Sus enemigos corrían el riesgo de ser tildados de cavernarios —epíteto favorito para manchar a la derecha— por destruir "obras de arte". Era también

[13] *El Siglo*, 28 de junio de 1947. No deja de haber una ironía, ya que, tanto en 1964 como durante el período de la Unidad Popular, Frei, para muchos, encarnaría el anticomunismo en un sentido positivo. Por cierto, hay varios tipos de anticomunismo. Como se verá más adelante, en el curso de la campaña presidencial de 1970 Jorge Alessandri dijo que no le temía al comunismo, creando alguna confusión en sus filas.

[14] Ascanio Cavallo, *Memorias. Cardenal Raúl Silva Henríquez* (Santiago: Copygraph, 1991), Tomo II, pp. 253-254.

signo de la era en que las fronteras del arte y la vida cotidiana tendían a borrarse. Este arte también se alimentaba de una experiencia más o menos real, esa primera fase de todas las revoluciones que parecen ser hermosas, casi siempre porque de manera espontánea muchos artistas e intelectuales le entregan un *eros* estético, que más adelante se transforma en una especie de mito. Después las cosas cambian.[15]

Lo que antes se ha dicho acerca del ambiente de los comunistas es hasta cierto punto válido para el socialismo. Difiere en el grado de disciplina y de capacidad de la organización para ejercer control sobre su gente. Hasta la década de 1950, inclusive, había diferencias ideológicas. Después de la Revolución Cubana, estas últimas comienzan a borrarse. Incluso las divergencias que había sobre el comunismo soviético comenzaron a ser menos evidentes en la medida en que avanzaban los años. La crítica de Allende y otros socialistas a la invasión a Checoslovaquia en 1968 tuvo mucho de una declaración obligada por las circunstancias y fue expresada de ese modo.[16]

## La doctrina en su faz criolla: ¿originalidad?

Así como existen los "Pueblos del Libro", existen también las agrupaciones en la política moderna que se interpretan a sí mismas como la traducción de una verdad revelada. Nadie ni nada ha ocupado un papel tan central en este sentido como el marxismo, en cuanto que reúne en su voluntad la fe y cólera moral junto con la seguridad de que representa una visión científica de las cosas. De que lo que postula, como lo dice Marx en el *Manifiesto Comunista*, no es una idea caprichosa o ingeniosa, sino que la expresión de un movimiento real de la historia. Como en pocas partes, fe y razón aparecen sintetizadas, por muy extraño que ello pueda parecer si se está fuera del influjo de esta corriente. El milenarismo religioso se convierte en un milenarismo político, en una transformación nada de extraña en la modernidad. Esto se halla presente en muchos discursos políticos del mundo moderno, aunque solo alcanza un carácter en cierta manera más perfecto en el caso del marxismo, donde

[15] Sobre la Brigada Ramona Parra, Carolina Olmedo, "El muralismo comunista en Chile: la exposición retrospectiva de las Brigadas Ramona Parra en el Museo de Arte Contemporáneo de Santiago, 1971", en Olga Ulianova, Manuel Loyola, Rolando Álvarez (editores), *1912-2012. El siglo de los comunistas chilenos* (Santiago: Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile, 2012), pp. 299-314.

[16] En su intervención en el Senado condenando la entrada a Checoslovaquia de las tropas del Pacto de Varsovia, Salvador Allende dedicó más tiempo a hablar del imperialismo norteamericano, su ejercicio en América Latina y Europa y un supuesto resurgimiento "nazista" en Alemania Occidental, que de la situación específica de Checoslovaquia. *Diario de Sesiones del Senado*, 21 de agosto de 1968.

se supone que la crítica anticapitalista es analizada con los últimos instrumentos del progreso científico.

Además de milenarismo, se transforma en una especie de *gnosis*, en una escuela en donde todos los participantes, en diversos grados según su interés y su capacidad intelectual, aprenden lo básico y lo más complejo de los textos fundacionales, principalmente Marx, Engels, Lenin y el líder soviético de turno; para los comunistas en la época que tratamos eran Stalin, Khruschev y Brezhnev. En el caso de los socialistas había un elenco más amplio, aunque la palabra final no la tenían intelectuales más puros del tipo de un Georg Lukács o de un Louis Althusser; citaban más bien a otros líderes marxistas o a intelectuales en torno al marxismo, a Marx, Ho Chi Minh, Castro, Guevara, o, en menor medida, a revolucionarios radicales como Frantz Fanon. Como en tantas partes, hubo mucho comentario sobre los textos y una lectura amplia de aquellos, lo que autorizaría a hablar de una tradición marxista en Chile y del cultivo de su pensamiento, pero es difícil hallar algún rastro de creatividad o de originalidad que se hubiera desarrollado dentro del círculo del país.

En Chile, como en tantas partes, no existió un pensamiento marxista propiamente tal, aunque Marx y el marxismo influyeron de una manera señalada no solo en el mundo político, sino que también en el mundo intelectual y artístico. Lo que se llama realmente pensamiento o teoría marxista es un fenómeno en lo esencial del desarrollo occidental después de la Primera Guerra Mundial. Es en Europa Occidental y en Estados Unidos donde la teoría se desarrolló de una manera perceptible, aunque a veces quienes compartieran el sentimiento político marxista no se sentían a sus anchas ni con la Escuela de Frankfurt, ni con un Georg Lukács, antes de que este se convirtiera en un vocero del comunismo centrado en Moscú. Solo en la década de 1960 hubo una apertura hacia un genuino pensador de orientación marxista como Louis Althusser.[17]

Todo lo demás se encuentra fundamentalmente en la perspectiva de una escolástica política, en la disquisición de cómo utilizar la explicación de la estrategia y táctica política en un lenguaje marxista, y en la interpretación, ya sea consensuada o disciplinada, de los textos fundacionales. Lo que existe entre los intelectuales es una toma de partido principalmente por preferencias políticas y regímenes de orientación marxista, y muchas veces su propia obra debe *también* comprenderse como parte de

[17] Las obras más importantes de Althusser y las más difundidas en Chile en la época son *La revolución teórica de Marx* (México D.F.: Siglo XXI, 1967; original en francés, 1965) y *Para leer El Capital* (México D.F.: Siglo XXI, 1969; original en francés, 1965).

un sentimiento marxista, pero no necesariamente como la expresión de una teoría marxista.

La visión de Salvador Allende no se aparta de una interpretación tipo de la ortodoxia, aunque su oratoria haya sido más vivaz que la de los líderes marxistas en el poder:

> Los fundamentos del socialismo científico, basados en el marxismo como método de interpretación de la realidad, determinan, como un elemento de su esencia misma, que la aplicación del socialismo, que los métodos de acción y los objetivos que se fija están condicionados a la realidad del lugar y del momento histórico que corresponden.[18]

Esta ciencia es la que permitiría identificar a la sociedad como el producto de un momento de la historia de la lucha de clases, y en lo básico nada más que de ello; el momento histórico estaría definido por el paso a la nueva sociedad:

> El Estado, las leyes y la moral son la superestructura emanada de una realidad económica. El orden social está basado en la producción y el cambio de sus productos. Es la estructura económica la que determina la división entre clases sociales, la contradicción y la lucha entre ellas. La historia se mueve con el motor de la lucha de clases (…) El régimen socialista representa una sociedad sin clases, la socialización de los medios e instrumentos de producción y de cambio, manteniendo la propiedad privada sólo para los bienes de uso y consumo. Esta producción del sistema socialista está planificada con fines de uso y no de lucro, y los productos se distribuyen de acuerdo con la cantidad de trabajo prestado.[19]

Tenemos aquí el fundamento de la visión del mundo y del momento histórico, y la meta ideal a la cual se encamina un tipo de liderato como el de la izquierda marxista en Chile. No será algo diferente lo que diga Rodrigo Ambrosio Brieva algunos años después, acerca de lo que es ser marxista y qué es lo que es el marxismo como ciencia, ya casi obliteradas las raíces cristianas que en un momento habían definido su propio lenguaje, tal cual lo dice de manera bastante explícita:

> Sí, una ciencia de la historia, de la sociedad. Sin una ciencia de la historia, sin una "anatomía" de la sociedad, la revolución no sería posible. Estaríamos todavía en los generosos deseos del socialismo utópico, en los palos de ciego del voluntarismo. En ese sentido, el marxismo es una ciencia de la revolución proletaria (…) El marxismo no es una metafísica, sino una herramienta científica. Era Lenin el que decía que "no era un dogma, sino una guía para la acción". No se trata, pues, de saber si somos o

[18] Sergio Guilisasti, *Partidos políticos chilenos: doctrina, historia, organización interna y fuerza electoral de los partidos conservador, liberal, radical, demócrata cristiano, socialista y comunista* (Santiago: Nascimento, 1964), p. 275.

[19] Guilisasti, *Partidos políticos chilenos*, pp. 273-274.

> no somos marxistas, sino de ver cómo nos servimos de esa guía, cómo hacemos de ella un instrumento fecundo de investigación de nuestra realidad.[20]

Es un buen ejemplo de lo que se podría llamar un lenguaje "sesentero", aunque en búsqueda de una ortodoxia, de una herramienta infalible que vincule la teoría y la acción por medio de una experiencia emotiva y que al mismo tiempo sostenga la convicción de que el futuro será de ellos.

A fines de los años 1960 adquirieron gran atención los textos de la chilena Marta Harnecker, que había estudiado en París junto a Louis Althusser. Su empresa consistía en darle al marxismo revolucionario del siglo XX un lenguaje más ágil y menos atrapado por el habla burocrático del estilo de los comisarios, que le restaba dinamismo a la doctrina. Esto no les gustó nada a los comunistas, aunque en lo esencial las ideas de esta chilena no diferían mucho de las de ellos, salvo en que ponían un acento mayor en el acto revolucionario, que en el fondo es donde está concentrado el peso de la idea del marxismo. Marta Harnecker destacaba el rol del partido revolucionario y hacía comprensible el marxismo, asumiendo el tipo de coherencia que le habían dado Lenin y sus seguidores. Lo que en los debates teóricos aparecía oscuro, en la pluma de ella surgía con una claridad meridiana. Alababa el centralismo democrático, la idea del partido dirigente, con la única precaución de que recomendaba la dirección colectiva, aunque poniendo un acento muy importante en que toda crítica debía partir "desde una posición de clase". Por cierto, quería decir que solo se podía criticar desde el mismo marxismo. El principio del centralismo democrático era prácticamente calcado de la concepción leninista:

> Pero el principio de la democracia no podría ser un principio eficaz para la organización de la vanguardia de la clase obrera si no existiera otro principio capaz de asegurar que se cumplan los acuerdos tomados de manera democrática. Este es precisamente *el principio de la dirección central o "centralismo"*.[21]

En Luis Corvalán, el secretario general del Partido Comunista, hay un intento de diluir las fronteras entre la vía pacífica y la vía violenta, con ello legitimando la una o la otra; o las dos, según como lo analicemos, y este es también un gran tema con el marxismo chileno:

---

[20] MAPU, *El primer año del gobierno popular*, entrevista realizada por "La Estrella" de Valparaíso a Rodrigo Ambrosio (Santiago: Litografía Primero de Mayo, marzo de 1972), pp. 110-111.

[21] Marta Harnecker y Gabriela Uribe, *El Partido: su organización. Cuadernos de Educación Popular* Nº 9 (Santiago: Quimantú, 1972), p. 26. Énfasis en el original. La obra más conocida de Harnecker es *Los conceptos elementales del materialismo histórico* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1975; original, 1971).

> Hay por ejemplo, camaradas que identifican la vía pacífica con el concepto de vía democrática, como si la vía de la violencia no fuera democrática. La verdad es que tanto la vía pacífica como la vía de la violencia son democráticas, puesto que se conciben en base a la voluntad, la lucha y la movilización de las masas (…) Otros hablan indistintamente de vía violenta o vía revolucionaria, como si la vía pacífica no fuera también revolucionaria. La verdad es que ambas vías son revolucionarias porque se trata de alcanzar, tanto por la vía pacífica como por la vía de la violencia, transformaciones revolucionarias.[22]

Un dirigente comunista, cuya vida transcurrió inmersa en el análisis de los textos fundacionales, es decir, Marx, Engels y Lenin, da una visión en el fondo bastante franca acerca de la meta final del marxismo en Chile tal como es definida en esos momentos por prácticamente la inmensa mayoría de lo que iba a ser la Unidad Popular:

> La historia del país nos entrega la tradición del régimen de partidos, la continuidad del Parlamento, la división del Estado en los tres Poderes, etc. De ahí que arranca de una raíz histórica, nacional, el planteamiento programático de la posibilidad de construir el socialismo en Chile dentro de un sistema democrático nuevo, con la existencia de varios partidos políticos y bajo la dirección de la clase obrera (…) Podrá existir pluralidad de partidos; pero, no interclasismo, porque el socialismo, al liberar a la sociedad de la explotación del hombre por el hombre, crea las condiciones para desamarrar la pluralidad política e ideológica de la pluralidad de clases, y los distintos partidos no representarán ya a clases antagónicas, sino que serán la continuidad de una tradición histórica. Por lo demás, nunca existe una correspondencia total, calcada, entre la base y la superestructura política. La política adquiere una cierta autonomía de desarrollo (...) La pluralidad de partidos del gobierno socialista es una idea propiamente leninista, ya que él la planteó antes y después de la Revolución de Octubre. En el Primer Consejo de Comisarios del Pueblo hubo representantes que no eran bolcheviques. El 11 de noviembre de 1917 (Lenin) escribía: "Nosotros hemos invitado a todo el mundo a participar en el Gobierno… Ella (se refiere a la Guarnición de Petrogrado) sabe que nosotros queríamos un gobierno soviético de coalición. Nosotros no hemos excluido a nadie del Soviet" (…) En el hecho, lo básico es caminar en una dirección única, hacia la construcción del socialismo, como una fase del desarrollo de las transformaciones sociales en un plano de amplia democracia, porque la concreción del proceso de la libertad se da en el socialismo, en el cual el consenso de las masas se asegurará por las comprobaciones electorales y por el papel que jueguen los trabajadores en la vida de todos los organismos sociales y políticos. De modo que no solamente se produce una completa unidad ideológica entre gobernantes y gobernados, sino que paulatinamente los gobernados van ascendiendo a gobernantes, con plenos deberes y derechos, como manifestación de la capacidad del pueblo para gobernarse a sí mismo,

[22] Luis Corvalán Lépez, "Nuestra vía revolucionaria", folleto publicado en 1964. En Luis Corvalán Lépez, *Camino de victoria* (Santiago: Horizonte, 1971), p. 31.

> para llegar a hacer realidad la idea de Marx de producir una total relación orgánica entre sociedad civil y sociedad política.[23]

Calificar a toda la trayectoria de Lenin como democrática es ponerse en otro lado de la valla en una democracia como la chilena, porque precisamente Lenin personificó la dictadura de nuevo tipo del siglo XX, la primera que podría ser llamada totalitaria, aunque se proclamase como una fase para una especie de igualdad política futura. Sabemos que la llamada "unidad ideológica entre gobernantes y gobernados" es la ficción para el fin de todo pluralismo político. Uno de los hechos más notables de la visión mental del marxismo chileno (y de muchos otros) es asumir que ello era una situación perfectamente democrática. Por cierto, pocos en Chile aducían este absurdo, aunque de alguna manera llegó a la conciencia de los sectores que se movilizaron contra la Unidad Popular. Luis Corvalán, por su parte, al igual que en su disolución de las fronteras entre lo pacífico y lo violento, ofrece otro argumento que tiene como meta abolir la distinción entre democracia y dictadura:

> Para nosotros, el tránsito del capitalismo al socialismo exige obligatoriamente que el proletariado se convierta en la clase dirigente, en la fuerza social determinante. En este sentido pensamos que de ninguna manera la llamada "vía chilena" rompe o pueda romper la experiencia histórica. Claro, usted me habla de frentón de la dictadura del proletariado, cosa que no es fácil de explicar. Hay mucha gente que cree que dictadura es sinónimo de arbitrariedad, de tiranía, de abuso. No estamos por una forma de dictadura del proletariado que implique tiranía, abusos o arbitrariedades. Pero el hecho es que todo gobierno, todo Estado erigido en una sociedad de clase que opera en las condiciones de la existencia de las diversas clases, clases antagónicas, constituye alguna forma de dictadura. Puede ser dictadura legal, puede ser dictadura ilegal, puede no ser arbitraria, puede ser arbitraria, pero no hay Estado alguno, no hay gobierno alguno, repito, en una sociedad de clase dentro de la cual hay clases antagónicas en que no haya una clase social dirigente. Esto no solo vale para el tránsito del capitalismo al socialismo. También bajo el capitalismo, en el período del tránsito del feudalismo al capitalismo, la burguesía desempeñó este papel. Y hablando con todo rigor científico, como decía Lenin, la dictadura del proletariado es mil veces más democrática que la dictadura de la burguesía, puesto que es una forma de gobierno de la mayoría.[24]

El doble lenguaje que está claro aquí no ha sido monopolio de la izquierda ni mucho menos. Es una tentación de la actitud no democrática o exasperada con la democracia que se da en la política moderna, aparte del doblez general de

[23] Sergio Vuskovic, "Construcción pluripartidista del socialismo", *Principios*, 124, marzo-abril 1968, pp. 20-21.

[24] Eduardo Labarca, *Corvalán 27 horas. El PC chileno por fuera y por dentro* (Santiago: Quimantú, 1972), pp. 101-102.

la vida. Un camino que enfoca una orientación con gran crudeza es el de Carlos Altamirano:

> Siguiendo el ejemplo de la revolución cubana y contando con el apoyo de su internacionalismo militante, algunos sectores de la izquierda adoptaron nuevas formas y métodos de lucha; fue así como se generalizó la guerrilla rural y urbana en todos los países de nuestro continente. Este fenómeno vino a modificar sustancialmente las condiciones objetivas de la revolución, al mismo tiempo que la hizo meta irreductible de las masas. El cuestionamiento de la vía electoral como estrategia de acceso al poder real de la sociedad tuvo no sólo consecuencias políticas, sino que obligó a un esfuerzo teórico de gran magnitud. Por primera vez las ciencias sociales se liberaron del sometimiento ideológico al imperialismo cultural y comenzaron a plantearse problemas estructurales de nuestra sociedad como su meta más legítima. Fue así como surgió un pensamiento revolucionario latinoamericano, representado por Fidel Castro, Che Guevara, Camilo Torres, e ideólogos de la magnitud de André G. Frank, Régis Debray y otros. La impasse surgida entre la izquierda tradicional y la izquierda revolucionaria no ha sido zanjada y no lo será sino en la praxis revolucionaria concreta. Puesto que la historia no ha conocido hasta hoy revoluciones pacíficas y que el capital no renunciará a su poder voluntariamente, el enfrentamiento armado en términos continentales sigue manteniendo la misma vigencia de siempre.[25]

Lo que palpita aquí es lo agudo del modelo cubano en el esclarecimiento de las tareas para el socialismo chileno, sin ningún tipo de rodeo o de toma de distancia, impermeable a toda forma de crítica desde fuera de la construcción intelectual propia. El caso es que la misma izquierda que se favoreció del mundo de los 1960, es decir, del ambiente de revolución política y cultural que parecía ser uno de los rasgos característicos de la época, en muchas partes del mundo terminó por debilitar el ascendiente del marxismo orientado a los grandes modelos revolucionarios. ¿Había algo de esto en Chile? Como se plantea en este libro, en el caso chileno no hubo nada hasta 1973. El ímpetu político dominó toda manifestación cultural que pusiera en duda la orientación hacia los modelos marxistas.

Lo que hay de valioso en la democracia chilena —se sostenía desde la izquierda— es solo aquello que representa al movimiento obrero. Orlando Millas es revelador de una mirada de la historia de Chile y del puesto de la izquierda en ella, que encontraremos reproducida a lo largo del libro. En 1966, Millas afirmaba: "Cada derecho democrático, todo trozo de libertad alcanzados en Chile, son el fruto de la lucha heroica, abnegada y tesonera de su admirable clase obrera, de su pueblo y

[25] Carlos Altamirano, "El Partido Socialista y la Revolución Chilena", en Julio César Jobet y Alejandro Chelén (editores), *Pensamiento teórico y político del Partido Socialista de Chile* (Santiago: Quimantú, 1972), pp. 332-333.

del conjunto de sus fuerzas democráticas".[26] Esto quiere decir que la democracia verdadera es exclusivamente aquella representada por la vanguardia y no las instituciones, que habría que calificar de burguesas, aquellas comúnmente asociadas al sistema democrático. Por ello, y por las finalidades del movimiento obrero, hay que combatir más allá de las formas burguesas de legalidad. Esto lo expresa con igual fuerza Rodrigo Ambrosio, secretario general del MAPU:

> No hay democracia en abstracto. El régimen democrático chileno expresa en lo fundamental una forma de dominación de la burguesía. En lo fundamental. Creo, sin embargo, que un análisis marxista de la superestructura de la sociedad chilena debe ir más lejos. Yo creo que por ausencia de ese análisis, en buena medida, muchos grupos revolucionarios han tenido en estos años un malentendido permanente respecto de la lucha política por el poder, y concretamente una negligencia dogmática hacia las formas electorales del enfrentamiento de clases (...) El sistema democrático hoy vigente no es el resultado puro de la voluntad de dominación de una clase, ejercida en el vacío, es el producto de una lucha de clases. La clase obrera, gracias a su combatividad, a su poder creciente ha ido abriéndose paso, por así decirlo, a codazos y patadas, como un ariete, abriéndose nuevas posibilidades de combate. Es eso, a juicio del MAPU, lo que hacía posible entender la lucha electoral como una manifestación de la lucha de clases.[27]

Esto podría haber sido dicho por comunistas, socialistas y miristas de manera casi indistinta. La transición al socialismo sería fundamentalmente poder entender "correctamente" las tareas del momento a la luz de los textos fundacionales o de otros que fueran explícitos en torno a ponerse como meta uno de aquellos modelos. No obstante, existía la conciencia de que algo rondaba, y que no era la crítica ni liberal ni conservadora ni nacionalista, todas ellas "burguesas" en último término. Para ellos, se las podía unificar como parte de la otra trinchera social, visiones de la clase social antagónica. En cambio, podría ser más complicada una crítica que apuntara a la debilidad intrínseca de los modelos a los que se veía como meta. Es lo que aprecia Orlando Millas:

> La verdad y el leninismo tienen un solo rostro; pero, el error y el pensamiento burgués asumen mil formas precarias (...) El idealismo subjetivo intenta campear bajo la forma del positivismo, del convencionalismo, del neopositivismo, de la pragmática semántica. El idealismo objetivo se moderniza y se presenta a la liza revistiéndose de personalismo. Teilhard de Chardin elabora una singular dialéctica que, aunque de aspecto materialista, reconoce un origen místico y tiende orgánicamente a Dios desde

[26] "Copia de la declaración del compañero Orlando Millas, miembro de la Comisión Política del Partido Comunista de Chile", BA, DDR, DY 30 IV A 2/20/715.

[27] MAPU, *El primer año del gobierno popular*, pp. 19-21.

> un enraizamiento en las tareas terrenales. Ciertas orientaciones de supuesto objetivismo reinciden en los defectos metafísicos criticados ya por Marx en la primera de sus "Tesis sobre Feuerbach". El estructuralismo recae en la tentación metafísica al aislamiento de la estructura analizada y de las oposiciones binarias. El existencialismo se debate en el vacío de la carencia de una interpretación científica de la vida social. Por otra parte, los psicologistas determinan la vida social por la voluntad, la razón, los instintos y los deseos de los hombres, magnificando Spencer y Freud los instintos biológicos y Edward Ross la psicología individual. Muchos autores, algunos con el desenfado de Spengler o de Toynbee, reviven la ingenua concepción de Vico sobre los ciclos históricos (…) La crisis de la ideología burguesa arrastra al despeñadero a las efímeras escuelas que pretenden enfrentar al leninismo. Cada uno de los pensadores de moda debe ceder rápidamente su sitio a otros y otros que no tardan en correr la misma suerte, atribuyéndose cada cual haber superado al leninismo, que sigue deshaciéndose a corto plazo de tales contradicciones.[28]

A las tendencias intelectuales del mundo contemporáneo se las coloca en la perspectiva del pensamiento burgués y de la carencia de una teoría social, de una teoría del cambio, de la unión de la teoría y de la praxis —un dogma fundamental en el marxismo—, y de la autoridad de quien es el portavoz de esa interpretación que ha sido siempre el poder político del mismo marxismo, el "partido de vanguardia".

En este período, hasta donde podemos afirmarlo, existen dos referencias que podríamos calificar como un tanto distintas. Una es de Alejandro Lipschutz. Este era un científico letón avecindado en Chile hacia 1930, aunque no era precisamente un refugiado político. Tenía una lealtad total al Partido Comunista de Chile y a la Unión Soviética. No obstante, escudriñando un texto suyo sobre marxismo —de lo cual se encuentra poco rastro en su obra como historiador aficionado acerca del mundo indígena o del agro chileno— el lector podrá encontrar un atisbo de diferencias en la teoría de la conciencia. No es algo extraño al pensamiento marxista del siglo XX, pero sí lo es a la expresión ritual del marxismo como voluntad política, sobre todo tal como se daba en Chile en los años que aquí se ven:

> En otras palabras: por una parte es verdad que el hombre, como escribió Marx veinte años después en el primer tomo de El Capital, realiza fines que él literalmente, "ya ha construido en su cabeza". Pero es siempre fundamental en el pensamiento de Marx el hecho de que en estos fines del hombre, en esta voluntad consciente del hombre repercute, por otra parte a través de toda la historia humana, la vida material, el complejo socio-económico respectivo (…) Es del todo evidente que para Marx la conciencia humana es un factor céntrico en la historia humana, sin que se niegue que en la génesis de los diversos rumbos de la conciencia o de la voluntad consciente

[28] Orlando Millas, "El leninismo en la batalla contemporánea de las ideas", *Principios*, 134, abril-mayo 1970, pp. 41-42.

> humana intervenga, dialécticamente, la vida material creada por el mismo hombre que piensa. El fin práctico de la sociología marxista, es decir, el fin del movimiento socialista inspirado por esta sociología, es dar a la historia humana un rumbo conscientemente concebido, en base del saber científico, sociológico.[29]

Podrá parecer rebuscado o sutil analizar alguna particularidad del marxismo chileno a través de estos textos. Lo que aquí se dice es que justamente la presencia casi nula de cualquier disenso radica solamente en atisbos como este, de los cuales habrá que suponer que existirá alguno más. Muy distinto es el único caso que hemos encontrado —el del historiador socialista Julio César Jobet— en donde se afirma que el camino de Chile debe ser uno que se diferencia claramente de los modelos marxistas en un aspecto, aunque es un aspecto bastante esencial, el del grado de democracia auténtica, definido como estado libre de coacción, de que debería estar investida una transformación como la que se quiere:

> Marx y Engels fueron campeones denodados de la democracia, de la libertad y de la verdad; su pasión revolucionaria tenía por norte llegar a destruir los privilegios económicos, las injusticias sociales, la represión política, la censura de pensamiento y a establecer, en cambio, la completa emancipación del individuo y de la sociedad, eliminando todas sus alienaciones (…) Los escolásticos del marxismo se niegan a incluirlo en el proceso de cambio, porque supondría adoptar una posición revisionista; pero al considerarlo como una teoría definitiva, fija, inmóvil, la concepción dialéctica sería reemplazada por una posición metafísica. Revisionistas son quienes deforman el marxismo, despojándolo de su contenido humanista, revolucionario y democrático, transformándolo en un conjunto de dogmas, desprovistos de realidad social, en manos de "caudillos infalibles" en calidad de intérpretes oficiales omniscientes e infalibles, a quienes no se puede discutir so pena de excomunión (…) En resumen, Marx y Engels concibieron la dictadura del proletariado como antítesis de la dictadura de la burguesía y no como antítesis de la democracia. Para Marx-Engels la república democrática era la forma específica de la dictadura del proletariado. (Marx habría eliminado cualquier ambigüedad en su pensamiento si hubiese hablado, sencillamente, de "gobierno del proletariado" o de "democracia proletaria", sin emplear el insidioso vocablo "dictadura"). De todos modos es justa la posición de quienes defienden el contenido revolucionario y democrático del marxismo y rechazan su interpretación autoritaria, estatista y dictatorial, de corte jacobino o blanquista, y propia del llamado marxismo-leninismo.[30]

---

[29] Alejandro Lipschutz, "La obra imperecedera de Marx y de Lenin y su repercusión en América Latina", *Principios*, 135, junio-septiembre 1970, pp. 81-82.

[30] Julio César Jobet, "Las Concepciones Marxistas del Partido Socialista de Chile". En Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile* (Santiago: Ediciones Prensa Latinoamericana, 1971), Tomo II, pp. 232, 234 y 246.

Es un lenguaje que quiere ser fiel a la tradición del intelectual marxista y a sus referencias históricas, pero que al mismo tiempo quiere separarlas del encuentro de su fusión, en apariencias inevitable, con las formas reales de los modelos revolucionarios que triunfaron en el siglo XX. Jobet avanza un paso más y expresa desde una perspectiva marxista la única crítica que hemos podido encontrar en estos años al modelo soviético por su carencia de democracia:

> La URSS, al transformarse en una organización dictatorial basada en la socialización de los medios de producción, extendió aquel juicio simplista y equivocado. El comunismo soviético ha desacreditado la libertad, el socialismo y la democracia, a causa de su sistema tiránico absorbente, donde se ha avasallado al hombre, sometiéndolo completamente inerte a un Estado totalitario. Las ventajas económicas logradas no compensan tal esclavizamiento del hombre. Pero es preciso no confundir el socialismo, libertario por excelencia, con el comunismo soviético, opresor y aplastador de la personalidad humana. Es una verdad profunda la expresada por el líder socialista francés Léon Blum, cuando ha dicho: "Hay una conexión indisoluble entre socialismo y democracia; sin socialismo la democracia es imperfecta y sin democracia el socialismo es imposible".[31]

La crítica muy franca al marxismo en el poder se efectúa desde el espíritu de la sociedad abierta, y no desde el marco emocional y político del marxismo revolucionario. La cita de Léon Blum lo coloca en el marco del socialismo occidental. La visión de Jobet es un caso completamente aislado del marxismo chileno de la época.[32]



[31] Julio César Jobet, "El Socialismo Científico y la libertad". En Jobet y Chelén (editores), *Pensamiento teórico y político del Partido Socialista de Chile*, p. 412.

[32] No obstante, incluso la postura de Jobet tenía sus bemoles. Así como condenaba decididamente el régimen soviético, Jobet admiraba abiertamente la Yugoslavia de Tito, un sistema que también se situaba en las antípodas de una sociedad abierta. Julio César Jobet, "Yugoslavia, democracia socialista", *Arauco*, 22, noviembre 1961, pp. 26-37 y "Sobre el humanismo socialista", *Arauco*, 62, marzo 1965, pp. 26-42. En este último artículo Jobet escribía: "En el régimen socialista yugoslavo, sus postulados teóricos y sus instituciones tienden a dar organización a una democracia efectiva, a base de un proceso sostenido de descentralización administrativa por medio de organismos de autogobierno, o sea, de la intervención directa de las clases trabajadoras".

# Capítulo IX
# Abrazando la crisis, ardiendo por la crisis

## Intelectuales, artistas y el momento revolucionario

La relación entre los intelectuales y el mundo político en general, y el camino revolucionario en particular, ha sido todo un tópico de la historia de las ideas y sentimientos políticos del siglo XX. Ya vimos cómo el marxismo es la creación de un intelectual. Hay que recordar también la experiencia contradictoria del artista y del intelectual que tanto se identifican con ardor como se desengañan con el mundo político con el que en un momento entraron en comunión. Ha sido el caso de grandes paradigmas del siglo como Georg Lukács y Martin Heidegger. Ha existido también la búsqueda perpetua del modelo absoluto de transformación del hombre y de sus circunstancias, como en la trayectoria de Jean-Paul Sartre. En este caso, sucedió desde el suelo seguro de una sociedad que, en cierta manera, fue la que primero desarrolló la idea de la autocrítica como un elemento fundamental de la cultura y también de la política.[1]

En Chile, el marxismo constituyó una creación de líderes sindicales que alcanzaban algún grado importante de lenguaje intelectual; de profesionales conmovidos por los debates de ideas y las carencias de la sociedad; y de intelectuales que habían sido movilizados en su espíritu por el contacto de un mundo en donde culminaba la idea y la sensación de que se realizaría pronto un cambio fundamental de la existencia humana. Existieron en estos años, en especial en 1971, verdaderas experiencias de conversión al marxismo. Incluso hubo profesores universitarios que tenían una larga

---

[1] Para el caso latinoamericano, Eduardo Devés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo II: Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)* (Buenos Aires: Biblos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003); Germán Alburquerque, *La trinchera letrada. Intelectuales latinoamericanos y Guerra Fría* (Santiago: Ariadna Ediciones, 2011).

trayectoria en su disciplina, sin que nada pudiese claramente anunciar que tenían una conexión con la lógica de las ideas de Marx y Engels y tal como estas se desarrollaban en Chile. Sin embargo, pasaban a asumir una postura marxista en cuanto conversión, casi como una iniciación, aunque esto no siempre implicara un cambio abrupto en sus preocupaciones académicas.

Los ambientes del arte y de las universidades, o una combinación de ambas, constituyeron el campo más fecundo para la consecución de esta síntesis. Se traducía en la docencia universitaria y de allí se derramaba por la enseñanza primaria y secundaria. Igualmente, tenía una presencia de notar en la prensa. Hubo universidades en las cuales la identificación con una perspectiva marxista pasó a caracterizar a una parte de sus docentes. En este contexto se ha destacado mucho a la Universidad Técnica del Estado (la actual Universidad de Santiago de Chile) y la Universidad de Concepción.[2] Sin embargo, nada puede disminuir la importancia de la Universidad de Chile en este campo, sobre todo con la creación de sedes de la misma a lo largo del país en las décadas de 1950 y 1960. Esto no significa que se haya desarrollado demasiado una perspectiva intelectual marxista. La sensación de destacarse en una especialidad y a la vez de poder explicarla como parte de un proceso universal de transformación, que en principio no exigía empobrecer para nada el lenguaje de la disciplina, era un enorme imán que ejerció influjo no solamente en las carreras humanistas o en algunas liberales como derecho; o desde luego, en la naciente sociología, de enorme influencia en el sentido en que hemos hablado; también se daba la misma situación en las carreras liberales orientadas a disciplinas de las ciencias naturales y/o exactas como medicina e ingeniería. En la década de 1960, esta situación arribó a las universidades católicas y, de hecho, fue en la casa de estudios de Valparaíso donde se inició la serie de tomas que en 1967 condujeron a la reforma y a la radicalización política.

No se debe olvidar el otro aspecto, la reacción que se produjo ante este hecho, que condujo a una serie interminable de enfrentamientos, no solo entre profesores, sino que más espectacularmente entre estudiantes y hasta funcionarios. Más adelante se habla de esta situación en que las fuerzas que resistieron esta evolución, todas

[2] Sobre el rol de la universidad en el proceso de cambio político en Chile, ver los artículos del rector de la Universidad Técnica del Estado entre 1968 y 1973, Enrique Kirberg: "La Universidad Técnica y su proceso reformista", *Revista Universidad Técnica del Estado*, 2, enero 1970, pp. 8-14; "Balance del proceso reformista", *Revista Universidad Técnica del Estado*, 4, diciembre 1970, pp. 7-27; "Estudiar y construir para la Patria Nueva", *Revista Universidad Técnica del Estado*, 5, septiembre 1971, pp. 6-17.

ellas bastante disparatadas en realidad, hallaron su común denominador en rechazar el camino marxista. En la Universidad de Chile estos grupos lograron una mayoría estrecha, pero efectiva, en estos años turbulentos. Así como habíamos visto las conversiones políticas, existió también el mismo fenómeno a la inversa. Académicos y estudiantes que habían simpatizado más o menos vagamente con algunas metas de la izquierda pasaron a convertirse en sus enconados adversarios, aunque aquí es más difícil hablar de conversión. Fue una toma de partido ante lo que se miraba en general como un caso puntual aunque grave. Esto hace difícil decir sin más que los intelectuales y los artistas tomaron partido por la Unidad Popular, a pesar de que se trataba de un ambiente en que, cuando aparecía el tema político, las simpatías por la izquierda eran evidentes.

Gabriela Mistral había incursionado en opiniones políticas y en su obra aparece, de manera algo esporádica, si bien patente, una preocupación y una clara idea acerca de las contradicciones en que se vivía. Más que de una toma de partido, se da en ella el tipo de observadora compleja, vale decir, que aparece sensible ante los temas sociales y políticos, aunque sin identificarse con un cuerpo de ideas que considere redentoras. Es conocida en todo caso su simpatía por quienes para ella eran, en ese entonces, unos jóvenes Eduardo Frei y Radomiro Tomic. Lo mismo podía decirse de Pedro Aguirre Cerda; con algo de respeto reverencial son también sus referencias a Arturo Alessandri.[3]

Si hablamos sin embargo de arte y política, nadie puede ignorar el influjo de Pablo Neruda en este tema y los problemas que reflejan su persona y su obra en torno a estas cuestiones. El *Canto General*, aparecido en 1950, constituye una extraña síntesis de gran obra poética con manifiesto político. Ha desempeñado un papel análogo —estamos conscientes del matiz exagerado de la comparación— al que encarnó el *Manifiesto* de Marx y Engels cien años antes: un punto de referencia para interpretar la historia de Chile. Es difícil que un historiador lo tome como punto de partida, aunque ha influido con una intensidad que va a permanecer por largo tiempo para conformar la visión histórica del país y del continente.

En la poesía nerudiana que no tiene de manera explícita la idea política e histórica existe, sin embargo, una conciencia histórica que podemos desentrañar, que no se relaciona necesariamente con lo que se sostiene en el *Canto General*. En ella se da un sentido de lo trágico, de la catástrofe, de la fragilidad de las cosas. Está

---

[3] Gabriela Mistral, "Recado para Eduardo Frei", prólogo a la primera edición de Eduardo Frei Montalva, *La política y el espíritu* (Santiago: Ercilla, 1940). Ver también Jaime Quezada, *Siete Presidentes de Chile en la vida de Gabriela Mistral* (Santiago: Catalonia, 2009).

también el canto a lo cotidiano que, empero, no puede identificarse como fugaz, sino casi como un fin en sí mismo. Esto tampoco tiene que colocarse en una referencia exclusiva a la poesía política. En la época a que nos referimos, en la cual Neruda fue candidato —quizás ficticio, pero de gran simbolismo— y nada menos que embajador en París, siguió prestando su nombre sin reservas al proyecto de la Unidad Popular. Con todo, se encuentra la misma dualidad en la poesía de los 1960 hasta su muerte en 1973. En su muy citado *Incitación al nixonicidio y alabanza de la revolución chilena* (1973), resume muy bien el espíritu del discurso de la época, sazonado por el alto vuelo poético del autor, donde la unidad de la nación es al mismo tiempo el canto a su profunda división:

*Yo no quiero la Patria dividida*
*ni por siete cuchillos desangrada:*
*quiero la luz de Chile enarbolada*
*sobre la nueva casa construida:*
*cabemos todos en la tierra mía.*
*Y que los que se creen prisioneros*
*se vayan lejos con su melodía:*
*siempre los ricos fueron extranjeros.*
*Que se vayan a Miami con sus tías!*
*Yo me quedo a cantar con los obreros*
*en esta nueva historia y geografía.*

Tal como en el *Canto General* podrán aparecer muchas de sus afirmaciones más que discutibles, y la interpretación del Chile contemporáneo está bellamente traducida, aunque su tono partidista y divisor sobresale como cuchillo afilado. En algunos sentidos, se puede comparar a Neruda el caso de Roberto Matta. Se trata del pintor chileno más conocido en el mundo en el siglo XX, universalmente considerado como uno de los eximios representantes del surrealismo. Su vida fue mucho más cosmopolita que la de Neruda o incluso que la del mismo Vicente Huidobro. Entusiasmado con la repercusión que tuvo en Europa el triunfo de la Unidad Popular, visitó Chile —una de las raras veces que lo hizo— para prestar su nombre y prestigio a la causa. Apoyó con fervor a Salvador Allende y dirigió a la Brigada Ramona Parra en la elaboración del mural "El Primer Gol del Pueblo Chileno", en la comuna de La Granja, que llevaría su firma.

La referencia al mundo intelectual, sin embargo, estaría incompleta si no tenemos presente algún otro testimonio de la época. Se pueden citar dos de ellos de gran magnitud. El primero es *Artefactos*, de Nicanor Parra, aparecido en 1972. Reproduciendo unas pocas de estas sucesoras de la antipoesía, escogemos estos

ejemplos algo incompletos, al estar descontextualizados de su presentación gráfica donde aparece en todo su esplendor el estilo:

*¡Presidente!*
*El país está que naufraga*
*y Ud. Probándose chaquetitas*
*¿chaquetitas? ¡Toca! Son de gamusa legítima*

*L'Etat c'est moi*
*La Revolución Cubana*
*soy yo*

*La Realidad*
*no cabe en un zapato chino*
*menos aún en un bototo ruso*

*La izquierda y la derecha unidas*
*jamás serán vencidas*

¿Qué quería decir Parra? ¿Se trataba de una cuota de frivolidad que fuera contrapeso al tono mortalmente grave que se estaba enseñoreando en el país? Puede presentarse como un acto meramente juguetón, sin mayor finalidad ni conciencia del momento. Es, sin embargo, posible mirarlo desde otra perspectiva. Así se puede notar que lo que quiere Parra es hacer visibles algunos problemas que entraña la toma de partido absoluta y total que supone la unión de la esperanza política con la esperanza de este espíritu secularizado del intelectual moderno. El retrato sobre Allende es feroz. Corresponde, no obstante, a la impresión de no pocos que lo conocieron. En este pasaje, los *Artefactos* apuntan a dos aspectos, creemos. Uno de ellos es que pone a las finalidades proclamadas bajo un gran signo de interrogación. Las desnuda como pueden ser en algunas de sus posibilidades de interpretación: representaría también una gran frivolidad del espíritu participar en este juego de consignas que suponen ser un decálogo. El otro es pensarlos como una deconstrucción de los portadores, como diciendo en chileno "te conozco mosco". Es decir, a un paisaje tan bello y excelso como lo ofrecido por este tipo de mensaje utópico no se puede acceder con el tipo humano representado por los dirigentes políticos e intelectuales de carne y hueso. En vena parecida estaban los apuntes finales del *Diario* de Luis Oyarzún:

> Uno de los rasgos más irritantes del lenguaje subdesarrollado de la Revolución es la hipóstasis del término *pueblo* —tan distinto en su connotación al *people* inglés—, cargado de notas y aureolas sentimentales, que desfiguran su sentido descriptivo. Los poetas demagogos —grandes y chicos— se llenan la boca con las virtudes del pueblo, que resulta siendo omnialusivo, frágil e irisado como una pompa de jabón, ora inocente

> y tierno, ora vengador, cruel ejecutor de la justicia, oráculo del Destino. ¿No viene de Víctor Hugo y su romanticismo político lleno de grandilocuencia esta hipóstasis, sin duda engendrada en la gran Revolución?[4]

Este escepticismo alcanza otra categoría en un documento que fue acusado de evadir la realidad, pero que se acerca a ella con belleza metafísica:

> *¿no dejó así*
> *la primera pasión del oro*
> *al navegante ciego*
> *por esa claridad sin nombre*
> *con que la tarde premia y destruye*
> *la apariencia?*

Los versos de *Amereida* de 1967, del grupo de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica de Valparaíso, liderados por Godofredo Iommi y Alberto Cruz, indicaban con delicadeza hacia la fuente creativa del escepticismo en la cual se celebraba "aquella gratuidad del yerro".[5]

No deja de resultar extraño que, salvo en casos como estos tres ejemplos, la inquietud de artistas e intelectuales casi nunca se haya dirigido a meditar por un momento acerca de la condición de sus semejantes en los sistemas marxistas que existían. No existió en estos años de parte de artistas e intelectuales que apoyaron a la Unidad Popular ninguna referencia a la asfixia de ideas y también de sensibilidades estéticas que se daba en los sistemas que se mostraban como modelo. En Chile, el caso de Heberto Padilla, el poeta cubano, primero revolucionario, después encarcelado por Castro, no tuvo mayor resonancia dentro de las filas de sus congéneres que se identificaban o simpatizaban aunque fuera con la idea general de la Unidad Popular.[6] Esta es una interrogante no menor al momento de aquilatar el tema tan central de la Unidad Popular, de si las prácticas de libertad política que habían caracterizado a Chile se iban a mantener en el socialismo una vez que se hubiese consolidado. Voces como las de Parra y Oyarzún, quizás sin estar del todo conscientes, eran capaces de olfatear la amenaza que se agazapaba detrás de un bello ideario.

Podría decirse que este peligro consistía en la demolición del espíritu liberal en la política y en la cultura que sucedió indefectiblemente allí donde los sistemas

[4] Luis Oyarzún, *Diario íntimo* (Editado por Leonidas Morales) (Santiago: Departamento de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile, 1995), p. 606.

[5] *Amereida* (Santiago: Editorial Cooperativa Lambda, 1967).

[6] Jorge Edwards, *Persona non grata,* versión completa (Barcelona: Seix Barral, 1982), pp. 281-290, 314-316.

marxistas se consolidaron. Ese espíritu y esa práctica liberales habían permitido en primer lugar el surgimiento del mismo marxismo, y quizás *tenía* que aparecer en este seno del mundo moderno. El marxismo como pensamiento solo ha podido florecer en esa fuente, aunque haya perdido fuerza intelectual en el curso del siglo XX, si bien no como referencia e inspiración.

## La Iglesia, refugio y crisis

Para muchos historiadores, la Iglesia fue una de las fuerzas antimodernas por excelencia. En la polaridad entre liberales y conservadores en el siglo XIX tomó partido, si es que no en cierta manera creó a estos últimos. En años más recientes otros estudiosos han apuntado a que fue una de las primeras fuerzas democratizadoras de la vida pública en Chile y en otras partes.[7] En efecto, al haber movilizado a sus fieles los lanzó a la vida política, lo que estos asumieron con el mayor de los entusiasmos e iniciativa. Pasaron a ser parte de la opinión pública moderna. Como en tantos países, la Iglesia y sus partidarios se opusieron a lo nuevo. Lo más nuevo de esto fue el socialismo y el anarquismo vistos como fuerzas satánicas. Después del 1900, una parte de los fieles activos comenzó a ser receptivo a la sensibilidad que estaba detrás de la encíclica *Rerum Novarum*, de León XIII (1891). Añadían a la lista de los enemigos, no solo al socialismo materialista, sino que también al liberalismo en cuanto materialista. La Iglesia parecía así como una mediadora entre las posiciones públicas y los grupos sociales. La encíclica *Quadragesimo Anno*, de Pío XI (1931), le dio más aire a esta preocupación.

Así fue como en la década de 1930 surgió la raíz de una división entre los católicos activos social y políticamente. De los conservadores emergió la Falange, que sería el origen de la Democracia Cristiana. En las décadas de 1940 y 1950 se formó un ala de la jerarquía y de muchos sacerdotes que representaban una crítica social y el propósito de que la Iglesia se abocara más a ser portavoz de esta corriente. El nombramiento de Monseñor José María Caro Rodríguez como Arzobispo de Santiago en 1939 fue la primera derrota de la identificación entre conservadores y católicos, la primera señal de un realineamiento. También fue el anuncio de una división al interior de la Iglesia, que se reflejaba en otra división creciente entre los fieles, definiendo a estos, por razones de procedimiento, como los que asistían regularmente a la misa, el sacramento cardinal de la Iglesia Romana. Como ocurría muchas veces,

---

[7] Un estudio en esta línea es el de Sol Serrano, *¿Qué hacer con Dios en la República? Política y secularización en Chile (1845-1885)* (Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2008).

los pioneros representaban una tendencia que podría considerarse "aperturista" y luego pasaban después a posiciones gradualmente conservadoras, como fue el caso de Monseñor Caro —que en 1945 pasó a ser el primer Cardenal chileno— y de otros de sus discípulos, como el obispo Emilio Tagle Covarrubias.

Daba lo mismo, porque la bola de nieve seguía corriendo. Los jesuitas, por medio de su revista *Mensaje* —fundada por quien llegaría a ser el segundo santo chileno, el sacerdote Alberto Hurtado Cruchaga—, se identificaron de manera casi absoluta como la vanguardia de esta escuela, hasta llegar a sostener a comienzos de los 1960 que la única alternativa al comunismo era una revolución inspirada en el cristianismo.[8] Esto, sin duda, también contribuyó a la conciencia de crisis de la que hablaremos en el próximo acápite. Algo parecido sucedía en el resto de América Latina, en parte como una de las respuestas a la Revolución Cubana, aunque también tenía vuelo propio que venía de antes. Los casos de Chile y Brasil quizás fueron más relevantes que los del resto de la región. La Iglesia, en la práctica de una manera oficial, se jugó por el triunfo de Eduardo Frei Montalva y su partido en 1964. Hasta aquí no difería en absoluto de la conducta de sus antepasados en el siglo XIX. Lo que había cambiado era que en vez de combatir lo nuevo como pecado, lo empezaban a acariciar como lo deseable, lo inevitable, la única manera de superar el mal, este último ahora definido, al menos por un sector importante del catolicismo, como "pecado social".

Parte de este panorama fue el documento episcopal "El deber social y político del cristiano en la hora presente", de 1962, que podría identificarse casi con las ideas sociales y económicas de la Democracia Cristiana del momento en su versión más marcada.[9] Era también una Iglesia ahora dirigida por un nuevo Cardenal, Raúl Silva Henríquez, que había sido seleccionado por Roma como transacción entre el conservador Alfredo Silva Santiago y, quien se suponía todavía progresista, Emilio Tagle.[10] Era una Iglesia a la vez muy apoyada por el mundo occidental, en especial por las entonces muy potentes y prestigiadas iglesias de Estados Unidos y de la República Federal de Alemania, las que a su vez animaban a los respectivos gobiernos a tenerlas en alta estima.

[8] *Visión cristiana de la revolución en América Latina. Mensaje*, 115, diciembre 1962.

[9] *Los Obispos de Chile hablan: el deber social y político en la hora presente* (Santiago: Secretariado General del Episcopado de Chile, 1962).

[10] Estos entretelones los contó Jorge Alessandri a un grupo de jóvenes gremialistas en 1984. Reproducido en Sergio Carrasco Delgado, *Cartas del Presidente Jorge Alessandri con los Embajadores en la Santa Sede (1959-1964)* (Santiago: Pehuén, 1994), pp. 120-123.

Hubo otra fuerza que irradió sobre el devenir de la Iglesia: las consecuencias del Concilio Vaticano II entre 1962 y 1965, también resumido como los papados de Juan XXIII y los primeros años de Paulo VI. Esto desencadenó una crisis en algunos sentidos sin precedentes al interior de la Iglesia Romana. Es más que probable que no haya sido el Concilio la causa directa, sino que la sucesiva acumulación de presiones en el implacable asedio que la modernidad realiza sobre las creencias tradicionales. En la Iglesia chilena esto tuvo como efecto no solo el debilitamiento de las filas mismas, por el abandono del ministerio de muchos sacerdotes y de seminaristas, sino que también la crisis de vocaciones.[11]

Esto produjo una acentuación del realineamiento en la Iglesia y algo menor en los mismos fieles. Fue más tentador orientar los esfuerzos hacia un cambio social y económico como forma de salvación, al que en consonancia con algunas orientaciones revolucionarias se comenzó a llamar "liberación". Así se creó una atmósfera de paulatina y creciente identificación de muchos cristianos con el marxismo, lo que también fue una experiencia de fines de la década de 1960. En muchos sentidos para ellos, como la llamada "Noche Walpurgis", parecía una especie de redescubrimiento y del logro de un mundo nuevo que surgiría de la misma Historia. Algunas frases de la Constitución *Gaudem et Spes* de los documentos del Concilio apuntaban en este sentido.

El Cardenal Silva Henríquez se había puesto a la cabeza de esta orientación y, entre otras cosas, había dado un apoyo total a la Reforma Agraria y en general a la idea de cambio socioeconómico. En 1970 dio a entender con claridad que no recomendaba votar por Jorge Alessandri, que era el escogido quizás de al menos la mitad de los católicos practicantes. El triunfo de la reforma en la Universidad Católica de Chile en 1967 fue visto como el jaque mate a los sectores tradicionales de la Iglesia. Como siempre sucede en estos casos, creció al interior de la Iglesia una fuerza que quería ir más allá, y modificar todas sus estructuras, si es que no desmantelarlas por completo, creando una Iglesia popular. La toma de la Catedral por la llamada "Iglesia Joven", sacerdotes, seminaristas y algunos estudiantes entusiasmados, en agosto de 1968, fue el acto más emblemático de esta sensibilidad.

El triunfo de la Unidad Popular, según los indicios, fue también un *shock* para el Cardenal, que percibía los factores críticos que podía desencadenar. Sin embargo, se puso a la cabeza de quienes querían efectuar una especie de síntesis entre fuerzas

[11] Para todo este tema, Joaquín Fermandois, "Catolicismo y liberalismo en el Chile del siglo XX", *Estudios Públicos*, 93, verano 2004, pp. 131-163.

marxistas y no marxistas en Chile. Ignoraba por completo al Chile más conservador en lo político y en lo religioso, salvo para temas específicos de la misma institución. Tuvo que vérselas también con el surgimiento de un clero y de católicos entusiasmados con la idea de la Unidad Popular y de la unión de marxistas y cristianos. En general en ellos no hubo una simbiosis equilibrada, sino que tendían a asumir la totalidad del lenguaje marxista, porque este interpretaría la evolución económica y social de una manera más esclarecedora, y las metas serían prácticamente las mismas: la liberación del hombre de las cadenas de una sociedad opresiva, dominada por la "violencia estructural". Todo el resto quedaba marcado como capitalismo o dependencia.

El asunto era que esta corriente experimentó el mismo efecto que más adelante se ve en el caso del MAPU y de la Izquierda Cristiana: la total identificación con el lenguaje y a veces con el estilo del marxismo, perdiéndose el rastro de la idea cristiana tal como era practicada por la mayoría. Porque este era el caso: los que se querían aproximar al pueblo en base a un lenguaje que suponía le sería grato por lo solidario no ganaron mucho pueblo, o más bien ningún pueblo. Vivían en las poblaciones, código para expresar a sectores marginales; no dejaron huella de adeptos o conversos, o de reconvertidos. Los "Cristianos por el Socialismo" fue un fenómeno exclusivo al interior de las filas de la Iglesia y de algunos laicos que compartían esa emoción, pero no caló ni en la sociedad ni en la masa de los católicos.[12] Si a la definición de católico practicante que hemos efectuado —los que asisten a la misa dominical— añadimos otro gran matiz, que es la práctica popular expresada en las grandes procesiones como Lo Vásquez, Yumbel y La Tirana, tampoco le hizo mella esta orientación. Ello no quiere decir que no haya afectado profundamente a la Iglesia, como en realidad sucedió.

No es menos cierto que se creó en una mayoría de los sacerdotes y en parte de los obispos una resistencia a esta evolución, aunque no se constituyó propiamente tal un partido tradicionalista al interior de la Iglesia, salvo en algunos casos señalados como los de los obispos Emilio Tagle y Augusto Salinas Fuenzalida, aunque estos en sentido muy relativo. El sacerdote Osvaldo Lira Pérez ejerció una extraordinaria influencia, aunque constreñida a la derecha católica. Los grupos tradicionalistas

[12] Sobre los Cristianos por el Socialismo, ver *Los cristianos y el socialismo. Primer Encuentro Latinoamericano* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1973). Una perspectiva más amplia sobre el tema en Pablo Geraldo, "'Cristo está animando un mundo nuevo': los católicos frente a la 'vía chilena al socialismo'. 1970-1973", en *Seminario Simon Collier 2011* (Santiago: Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2011), pp. 79-112.

propiamente tales estaban constituidos por laicos que operaban como grupos de presión, muchas veces movidos por la angustia de ver cómo parecía desplomarse un mundo que para ellos había sido inconmovible.

En una estrategia sabia desde el punto de vista de la organización, el Cardenal Silva Henríquez creyó que su misión consistía en mantener unida a la Iglesia evitando una fuga en dirección al marxismo. Fruto de ello fue el documento episcopal de 1971 "Evangelio, política y socialismos", en el cual si bien se hacía una distinción entre el marxismo y el cristianismo, que en el fondo los hacía incompatibles, al mismo tiempo se señalaban algunas coincidencias. Autorizaba con cierto entusiasmo a los católicos a participar del "proceso que vive el país", como una manera de poner un espíritu cristiano en reformas que se consideraban necesarias. Reconocía que había fieles que miraban con escepticismo y hasta temor lo que se desarrollaba en el país, pero no mostraba mayor simpatía por quienes rechazaban por principio el proyecto de la Unidad Popular. No los desautorizaba tampoco de manera explícita.[13] Este documento fue redactado por el sacerdote Hernán Alessandri Morandé, nieto del León, pero no gustó a muchos obispos y sacerdotes que, sin identificarse con los Cristianos por el Socialismo, sin embargo querían una participación más activa en lo que miraban como la lucha contra las injusticias.[14]

Por otro lado, según todos los indicios, la inmensa mayoría de los católicos practicantes en el sentido señalado se identificaba con las fuerzas de oposición, en el creciente escenario de confrontación que se fue experimentando en Chile. No es que no haya habido católicos que votaran por candidatos de la Unidad Popular, aunque no puede decirse que esta tuvo el apoyo de un sector significativo de aquellos fieles. Lo que había sucedido era que para el católico o, más bien, para aquel que tenía una raíz católica, aunque no se dejaba guiar en su conducta por las directivas de la Iglesia, ya no existía una valla sicológica para apoyar al proyecto de la Unidad Popular o para leer en este lo que su deseo se imaginara que fuera su real contenido.[15]

---

[13] "Evangelio, política y socialismos", documento de trabajo propuesto por los obispos de Chile, Santiago, 27 de mayo de 1971. En Carlos Oviedo Cavada (compilador), *Documentos del episcopado. Chile 1970-1973* (Santiago: Ediciones Mundo, 1974), pp. 58-100.

[14] Para todo este tema, muy reveladoras son las memorias de Jorge Hourton, *Memorias de un obispo sobreviviente. Episcopado y dictadura* (Santiago: LOM, 2009), pp. 133-163. También las memorias del Cardenal Silva Henríquez. Ascanio Cavallo, *Memorias. Cardenal Raúl Silva Henríquez* (Santiago: Copygraph, 1991), Tomo II, pp. 201-216.

[15] Sobre la relación entre los católicos y el proyecto de la Unidad Popular, María Antonieta Huerta y Luis Pacheco Pastene, *La Iglesia chilena y los cambios sociopolíticos* (Santiago: Pehuén, 1988), pp. 279-292.

Una parte del clero fue dirigiendo sus prédicas cada vez más hacia un tono crítico de lo que sucedía, aunque sin entrar en mayores detalles. La mayoría de los obispos y otra parte del clero ponían su acento en la idea de la paz, aunque esta a veces resultara un tanto abstracta para las urgencias del momento. Grandes sectores de la oposición seguían hablando de los "cambios necesarios", queriendo decir que no estaban en contra de todo lo que quería la Unidad Popular —ya fuera por sentido de oportunidad o por convicción—, y sus expresiones apuntaban más bien al rechazo. Como se ve más adelante, la campaña para las elecciones de 1973 puede ser tomada al menos como un indicio del estado de ánimo. Con todo, podemos decir que el mensaje de la mayoría del clero estaba en esta línea. Una minoría influyente se atrincheraba en la revista *Mensaje*, que intentaba unir a estos sectores con las fuerzas de la Unidad Popular, dejando ver en general una actitud favorable a esta, aunque insistiendo en la vía pacífica. Ya hemos visto que otra minoría, los Cristianos por el Socialismo, llegó a identificarse con el castrismo, algunos por la vía armada aduciendo el ejemplo del sacerdote colombiano Camilo Torres, muerto mientras participaba en la guerrilla en su país.

El Cardenal siempre supo moverse muy bien entre las bambalinas y desde ese observatorio mantenía vínculos con diversos grupos. En su acción concreta y pública, sin embargo, solo emprendió políticas de mediación entre la Democracia Cristiana y la Unidad Popular. Nunca se le ocurrió o nada sabemos acerca de un intento de introducir a sectores más conservadores, ya fuera la derecha o los gremios en insurrección, en este esfuerzo por negociar una salida que pudiera aparecer razonable para los diversos actores. Esto tendría sus consecuencias.

El factor religioso jugó un papel en esta confrontación. En general, la pertenencia a una tradición religiosa fue uno de los elementos de cohesión de las fuerzas opositoras, aunque esto no podía darle la coherencia de otras épocas. Estuvo lejos de jugar el papel que desempeñó, por ejemplo, en la Guerra Civil Española o siquiera en la pugna que terminó con la caída de Perón en 1955. Existe una diferencia entre el mundo católico y la Iglesia como clero y jerarquía, estando esta última, en líneas generales, en una posición más o menos neutral, lo que también le restó influencia. Esto ayuda a explicar que el Cardenal solo tuviera espacio como intermediario para moverse entre la Democracia Cristiana y la Unidad Popular. Quizás estas ambigüedades, que a veces revelan otras dimensiones de su existencia y no necesariamente una debilidad, pueden explicarse porque, al revés de los otros ejemplos con los que contrapusimos el caso de Chile, aquí la Iglesia era también parte de la crisis y en su propio ámbito espiritual la estaba viviendo con una intensidad no menor a lo que

sucedía en el país. Estos dilemas eran muy diferentes a la grieta política que separaba más y más a Chile en dos mitades. El momento histórico, sin embargo, era similar.

## ¿Era inevitable la crisis?

Uno de los supuestos con que la Unidad Popular ofreció su programa al país era que se vivía una crisis terminal, entendida como crisis de la sociedad capitalista. Incluso quienes defendían la vía pacífica sostenían que era la última oportunidad que se les daba a las instituciones para cambiarse o abolirse radicalmente a sí mismas. Muchas interpretaciones posteriores han repetido de alguna manera esta idea, el que Chile se encaminaba a una crisis de su sistema político o de la sociedad. Toda la construcción posterior al 11 de septiembre de 1973 se legitimaba también en torno a la idea de que hubo una crisis terminal; también en cierta manera el régimen militar puede ser considerado la continuación de la crisis o la profundización de ella. La idea de que los cambios eran necesarios, que se enseñorea desde mediados de la década de 1960, contribuyó a incrementar esta conciencia de crisis.[16]

Como vemos más adelante, en el programa de la Unidad Popular se afirma que:

> Chile vive una crisis profunda que se manifiesta en el estancamiento económico y social, en la pobreza generalizada y en las postergaciones de todo orden que sufren los obreros, campesinos y demás capas explotadas.[17]

Es natural que las fuerzas antisistema, que propugnan un cambio radical para abolir el modelo occidental, que es lo que nosotros llamamos democracia, hayan pensado en esta crisis con carácter fúnebre. Sin embargo, no es menos determinante la verba incendiaria de Radomiro Tomic, quien hablaba constantemente de la "violencia estructural", borrando finalmente la distinción práctica entre violencia y no violencia. Su campaña presidencial lo anunciaba en 1969:

> Ya lo he dicho antes. La crisis del sistema minoritario y capitalista está llegando a las fases finales de su desintegración de nuestra Patria. Sin comprometer sino mi propia opinión, creo que este será el último gobierno que podrá todavía sostener, aunque sea angustiosamente, la contradicción entre una economía cada vez más enferma y escuálida, y la tremenda y creciente presión social del pueblo en lucha por el trabajo,

---

[16] Mario Góngora, "Materialismo neocapitalista, el actual 'ídolo del foro'", *Dilemas*, 2, 1966. En Mario Góngora, *Civilización de masas y esperanza y otros ensayos* (Santiago: Vivaria, 1987), pp. 175-182. Del mismo autor, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago: Universitaria, 1986), pp. 269-271.

[17] *Programa básico de gobierno de la Unidad Popular*, folleto (Santiago: s.d., 1970).

> comida, escuela, casa, seguridad y dignidad; la contradicción entre el neo-capitalismo que absorbe una proporción tan alta de los escasos recursos financieros disponibles, y la negativa del pueblo a solidarizar con ninguna política económico-social que favorezca la capitalización del trabajo nacional por un pequeño número de empresas; la contradicción entre las inversiones extranjeras que se llevan "la parte del león" al amparo de leyes y estatutos especiales y la creciente conciencia anti-imperialista, socialista y nacionalista del pueblo, la juventud, la Democracia Cristiana y el país. Desde 1970 en adelante el dilema se abrirá quemante y claro. Como en 1810, como en 1831, como en 1879, como en 1891. No me tiembla la voz para decirlo: o la revolución democrática y popular, dando forma a un inmenso esfuerzo de participación del pueblo para que Chile alcance otro horizonte histórico y un nuevo destino, o el colapso institucional que, muy probablemente, como en 1891, dividiría gravemente a los chilenos contra sí mismos y truncaría, quien sabe por cuánto tiempo, la posibilidad de una auténtica revolución destinada a hacer de Chile un pueblo unido, libre, estable y próspero.[18]

En su espíritu estas palabras no diferían de las de una izquierda marxista y las de algunas voces de la derecha, como las que se empezarían a sentir con más fuerza a partir de 1970. Es cierto que este lenguaje no era la totalidad de lo que se profería. Como en todo discurso de centro, puede ser tomado como una de las caras de una flexibilidad necesaria o como demagogia irresponsable. Es de anotar que en ese entonces la idea del principal partido de centro era que, sintiendo el mandato de la hora, todo tenía que estar en la izquierda. De todas maneras, había una clara contribución a la conciencia de crisis como el único punto de partida para pensar al país.

Esto no aparece muy diferente en lo que con un lenguaje menos retórico, aunque no menos sentido, le expresaba en 1967 Jorge Alessandri al embajador Edward Korry acerca de lo que pensaba del futuro del país. Consideraba que la situación económica estaba imposible y que la administración Frei había ayudado a que el país se encaminara a la izquierda. Que hasta *El Mercurio* defendía posiciones de izquierda porque el Gobierno había intimidado a sus propietarios. Que todos los partidos habían sido nefastos, incluyendo al Partido Nacional. Como resultado, toda la juventud o era comunista o era democratacristiana. No solamente decía que estaba en desacuerdo con el gobierno de Frei, sino que también con la actitud de los gremios industriales, agrícolas y de otros sectores profesionales y de negocios, que se estaban arreglando con Frei para salvar su cuero. Que esto lo iba a decir con mucha claridad en 1970. Reproducimos el parafraseo que el embajador realiza de las palabras de Alessandri:

---

[18] "Discurso de proclamación en el Teatro Caupolicán", octubre de 1969, en Jorge Donoso Pacheco (compilador), *Tomic: testimonios* (Santiago: Emisión, 1988), pp. 380-ss.

> A causa de las políticas de Frei y del desarrollo partidista en Chile en este país ha llegado a ser inevitable una toma de poder por parte de los militares. Frei no puede ni tener éxito ni cambiar sus banderas. Baltra es 100 por ciento comunista. Es mejor que en 1970 haya una victoria del FRAP antes que una de la DC, porque ello provocaría una reacción militar necesaria para salvar a este país. Sin embargo, en 1970 se escuchará a los votantes independientes de Chile: ellos controlan las elecciones presidenciales y están hartos de la política partidista. Aunque está ahora en el retiro político, Alessandri hablará en 1970 a esta voz independiente de Chile de una manera u otra, él hará que su influencia se sienta y que se conozca su presencia.[19]

Alessandri además culpaba a Estados Unidos por haber apoyado a la administración Frei, lo que habría llevado a esta más a la izquierda. Más allá de la opinión que nos merezcan los juicios tan rotundos del ex Presidente, el tono lúgubre no desentona de la retórica de Tomic ni de las afirmaciones apocalípticas sobre el llamado sistema capitalista expresadas por las fuerzas de la Unidad Popular.

Como es común al discutirse la política moderna, la salud relativa del país era evaluada en términos de los logros económicos y sociales. Pertenece al rasgo más marcado del argumento, en todas las circunstancias, apuntar a las características supuestamente críticas de la situación. Como en muchos países latinoamericanos, el lenguaje tremebundo añadía un grado importante de gravedad a un estado de ánimo ya inclinado a mirarlo de esa manera. Quizás la mejor caracterización de la mirada económica hacia Chile es la del título del libro de Aníbal Pinto Santa Cruz, de que Chile se trataba de un caso de "desarrollo frustrado", a fines de la década de 1950.[20] El atractivo de invocar la idea de crisis era irresistible. Desde una perspectiva moderada, un economista cercano a la Democracia Cristiana, Jorge Ahumada, tuvo una influencia no menor en el mundo político e intelectual:

> La crisis ha sido provocada por cambios que han tenido y siguen teniendo lugar en el campo económico, en el social y en el cultural. Esos cambios demandaron en el pasado, y siguen demandando, la modificación de nuestra estructura social, el cambio de nuestra manera de hacer las cosas, el mejoramiento de las normas de nuestra convivencia y en fin, la adaptación de las distintas piezas de la máquina que hace posible la vida colectiva, de modo de sincronizarlas entre sí y con el ambiente. Hasta ahora hemos sido incapaces de llevar a cabo esas modificaciones con toda la intensidad, rapidez y valentía que se precisa y en ello reside la raíz de nuestros problemas.[21]

[19] Memorándum de conversación, Edward Korry-Jorge Alessandri. De embajador Edward Korry a Departamento de Estado, 29 de diciembre de 1967. NARA, RG59. Subject Numeric Files, 1967-1969, Politics and Defense, box 1976. Sebastián Hurtado nos proporcionó este documento.

[20] Aníbal Pinto, *Chile: un caso de desarrollo frustrado* (Santiago: Universitaria, 1958).

[21] Jorge Ahumada, *En vez de la miseria* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1958), p. 17.

Había que hacer algo, parecía ser la divisa. Las figuras políticas de Jorge Alessandri y Eduardo Frei constituyeron intentos de responder a este sentido de crisis, de lo cual ambos estaban muy conscientes. El optimismo en torno al sistema CORFO se había desvanecido. Es cierto que se mantenía como un dogma muy mayoritario la idea del desarrollo hacia adentro, del proteccionismo y, algo menos aunque fuerte, la política de creciente intervención estatal en la economía.[22]

En aparente contradicción con el estado de ánimo, a mediados de 1955 se desarrolla una crítica a los cuellos de botella económicos y a la experiencia de reiterados fracasos, al menos en relación a lo que se esperaba. Un incremento abrupto de la inflación entre 1953 y 1955 llevó incluso a que, como una forma de mediación, se contratara la asesoría de una consultora norteamericana, la Misión Klein-Saks.[23]

Inevitablemente, se impuso un ajuste. Como tema de fondo yacía la recomendación de que había que liberar las fuerzas de mercado. En el contexto de la década de 1950, sin embargo, no podía repetirse la experiencia de la Misión Kemmerer de 1925, ya que había poco espacio político para una reorientación de la economía política. Aparte de los gremios empresariales que habían criticado el sistema CORFO, aunque también se habían adaptado a él, nació una crítica intelectual al desarrollo chileno desde el punto de vista de la teoría económica neoclásica, apoyada por *El Mercurio* y por la Facultad de Economía de la Universidad Católica.[24] En la Facultad de Economía de la Universidad de Chile en cambio, y en especial en su revista *Panorama Económico*, se había instalado una defensa más sistemática de un desarrollo en la línea del sistema de desarrollo hacia adentro, aunque imprimiéndole reformas que inevitablemente tendían a un mayor papel del Estado. Crecía dentro de ella también la influencia de sectores que se abocaban a crear una economía socialista, que luego enfocaría su modelo a los sistemas marxistas. La discusión estaba instalada

---

[22] Adolfo Ibáñez Santa María, *Herido en el ala. Estado, oligarquías y subdesarrollo, Chile 1924-1960* (Santiago: Biblioteca Americana, 2003). Una visión interesante, redactada en 1956, es la de Arnold C. Harberger, "Memorándum sobre la economía chilena", *Estudios Públicos*, 77, verano 2000, pp. 399-418.

[23] Juan Pablo Couyoumdjian (editor), *Reformas económicas e instituciones políticas: la experiencia de la Misión Klein-Saks en Chile* (Santiago: Universidad el Desarrollo, 2011); Albert O. Hirchsman, "Inflation in Chile", en *Journeys toward Progress: Studies of Economic Policy-making in Latin America* (New York: The Twentieth Century Fund, 1963).

[24] Angel Soto, *El Mercurio y la difusión del pensamiento político económico liberal. 1955-1970* (Santiago: Instituto Libertad, 1995). Crucial en este sentido fue el convenio suscrito entre la Universidad Católica y la Escuela de Economía de la Universidad de Chicago en 1955. Patricia Arancibia Clavel y Francisco Balart Páez, *Sergio de Castro. El arquitecto del modelo económico chileno* (Santiago: Biblioteca Americana, 2007), pp. 57-83.

aunque había también algunas extrañas coincidencias, como que la autarquía y la dependencia del cobre eran trampas de las que había que escapar. Entre fines de los 1950 y 1960 hubo varios intentos por mejorar esta situación, aunque no se produjo un cambio efectivo.[25] Las crisis de balanza de pago además eran constantes, aunque el buen precio del metal rojo las pudo evitar durante la administración de Eduardo Frei Montalva.

Nos atrevemos a sugerir que el problema fundamental en la economía política del país tenía que ver con el dilema clásico entre estatismo —quizás socialismo, aunque no necesariamente son idénticos— y la operación más o menos espontánea de un mercado libre. Raymond Aron opinaba que en el fondo solo había socialismo o capitalismo.[26] Más allá de las palabras que se escojan para esta contraposición, lo cierto es que no existe un modelo puro actuando en la realidad. Es claro que existieron las economías dirigidas, que en una manera absoluta solo lo fueron las de los países marxistas. La variedad de otro tipo de modelos giraba siempre en torno al grado de intervención estatal en una economía de mercado. En el caso de Chile, creemos que no hubo una definición clara de la frontera entre ambas, y que la economía de mercado de este país del sur del mundo no disponía de algunas reglas del juego mínimas para desarrollarse en toda su potencialidad, amén de vivir en la etapa del desarrollo hacia adentro, amparada y asfixiada por muros de protección. También que la intervención del Estado tuvo un grado de casualidad y de caos que privó de lógica al sistema.

Quizás la mejor expresión de los dilemas de la época estuvo constituida por un esfuerzo único por mejorar el sistema, emprendido por el muy breve ministerio de Raúl Sáez a la cabeza de Hacienda, en febrero y marzo de 1968:

> Es responsabilidad del Estado abrir el camino, crear condiciones precisas y continuas, fijar las reglas del juego según las cuales pueden desenvolverse la empresa privada y la inversión extranjera. Ambas aportan iniciativa, capacidad de organización, tecnología y capital nacional y externo; crean ocupaciones, dan trabajo estable e impulsan el crecimiento económico, factores fundamentales para preparar un nuevo paso hacia adelante en el avance social de nuestro país, basado en la creación de recursos permanentes que permitan sostener dicho avance sin la necesidad de una situación extraordinaria del precio del cobre o de una permanente ayuda externa que ya ha

[25] Markos Mamalakis y Clark Winston Reynolds, *Essays on the Chilean Economy* (Homewood, Illinois: Richard D. Irwin Inc., 1965).

[26] Raymond Aron, *Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial* (Barcelona: Seix Barral, 1965; original en francés, 1962), pp. 93-128.

elevado el endeudamiento a niveles peligrosos y, por cierto, sin limitar la libertad y la democracia que procuramos perfeccionar.[27]

¿Cómo se concilian estas visiones más complejas con el lenguaje dramático de los tres ejemplos que antes vimos? Las evaluaciones positivas de Chile se seguían sucediendo, para no hablar de las visiones bondadosas de sí mismo surgidas en el país, como se ha visto en el Capítulo I.[28] Hay que tomar todos esos ejemplos como partes de una totalidad, lenguajes y sensibilidades que se encuentran presentes en todas las sociedades en donde existe una cierta espontaneidad de la opinión pública, de su cultura y de su pensamiento. El punto siempre será cómo se canalizan esas fuerzas por medio de las instituciones, de la práctica y de la legitimidad con que la invisten sus actores. La exacerbación de los factores críticos —siempre presentes— es lo que puede abrir a una crisis que ponga en cuestión a todo el sistema. Un país en el cual los grandes dilemas de la política mundial habían sido parte de su propia identificación a lo largo del siglo, podía caer, aunque no tenía que hacerlo, en la tentación de evaluar al presente como puro estado de crisis. La ausencia de toda conciencia de crisis puede embotar la vitalidad de las instituciones; colocar a la crisis como meta del esfuerzo público va a ser una causa muy directa de la crisis del sistema.

Los años 1960 permanecen en el recuerdo como una época de cambio, de revueltas, de renovación, de *shock* de lo nuevo. En el mundo occidental su gran símbolo ha sido París, mayo de 1968. En países como Chile la revolución cultural de estos años se dio muy asociada a la efervescencia política, aunque no eran la misma cosa. No existe una clara correlación, por ejemplo, entre el espíritu de rebelión juvenil y la participación en los sectores de izquierda, nada más allá de la impresión que se tenía de que en las elecciones de 1971 y 1973, en las mesas de votantes más jóvenes, la Unidad Popular lograba un porcentaje mayor de votos que el promedio nacional. Habría que hacer un estudio al respecto, aunque a todas luces no podría ser demasiado conclusivo.

La movilización opositora en 1972 y 1973 llenó sus filas de juventud, no menos que la Unidad Popular. Lo mismo se puede decir si miramos las elecciones de las federaciones universitarias, donde existe la correlación, pero muy pequeña. Como se sabe, todas estas sensibilidades nuevas, cuando se hacen notar mucho —como fue la

---

[27] Raúl Sáez, "Exposición sobre el estado de la hacienda pública", discurso por televisión al país, 1968. En *Raúl Sáez. Hombre del siglo XX* (Santiago: Dolmen, 1994), Tomo I, p. 117.

[28] El más importante compendio académico contemporáneo sobre la vida política nacional no da a entender que Chile esté ante una inminente crisis. Federico Gil, *El sistema político de Chile* (Santiago: Andrés Bello, 1969; original en inglés, 1966).

llamada revolución cultural de los sesenta—, también crean un instinto de desconfianza y desorientación, que se puede convertir en actitud conservadora. Incluso hay algunos indicios de que en los partidos de izquierda también se reaccionaba de una manera hostil a las manifestaciones vanguardistas, interpretándolas como imitaciones de problemas de enajenación de la sociedad capitalista.[29] Otra cosa es que había un terreno fértil para el desconcierto, la tentación por lo nuevo, fuera lo que fuera, la seducción por un cambio abrupto. No se veía que esto podía ir también en cualquier dirección, por temeraria que fuera. En los análisis de las elecciones que analizamos en este libro mostramos que sus resultados no permiten establecer una conclusión tajante en este sentido. Lo que sí es claro es que este ambiente de los sesenta en Chile se seguiría extendiendo hasta 1973, aunque en sus últimos momentos haya sido casi irreconocible.

Al final, lo que se puede decir es que la percepción de gente como Aníbal Pinto, Jorge Ahumada y tantos otros —de que Chile tenía una democracia sofisticada y una cultura electoral bastante señalada, un estado de derecho que, en lo referente a la seguridad de las personas, permaneció casi inalterado hasta septiembre de 1973— convivía con la conciencia de un marcado atraso en la modernización social y económica, que se hacía más irritante justamente por el protagonismo del lenguaje político de la democracia. En 1970 asumió el Gobierno una fuerza política que creía en la crisis y en que existía esa respuesta moderna más allá del horizonte del presente, que era el socialismo al cual habría que transitar.



[29] Patrick Barr-Melej, "Hippismo a la chilena: juventud y heterodoxia cultural en un contexto transnacional (1970-1973)", en Fernando Purcell y Alfredo Riquelme (editores), *Ampliando Miradas. Chile y Su Historia en un Tiempo Global* (Santiago: RIL, 2009), pp. 305-325.

## Capítulo X

# Entre el azar y la necesidad: el triunfo de la Unidad Popular en 1970

### Año electoral

Quizás sea difícil transmitir la intensidad de los sentimientos políticos que un año electoral despertaba en el Chile de esos años, en especial si eran elecciones presidenciales. En realidad, el año anterior ya estaba asignado como año preelectoral y era el gran tema. En las formas puede que no se diferenciara mucho de lo que sucedía en la clase política en la época del parlamentarismo o de lo que sucede en el siglo XXI. En el fondo, hay una gran diferencia, ya que en estos dos últimos casos la atención y el efecto se refieren en lo principal a un circuito de clase política.

Los años corridos entre los veinte y los sesenta fueron de una emoción que penetraba intensamente en toda la sociedad. Chile era un país político, no solo de los políticos. Es cierto que desde siempre había habido un país no político, e incluso antipolítico, que vivía manifestando gestos de fastidio hacia la política. Carlos Ibáñez y Jorge Alessandri se presentaban a sí mismos como alternativa a "los políticos". Eran líderes que creaban fuerza de protestar contra la política y esto sería parte del mensaje central del último de ellos en las elecciones de 1970.[1] Los dos países convivían en una misma realidad y no poca gente marchaba de uno a otro según la ocasión.

La tensión que provocaba el año electoral se había visto incrementada por la sensación de crisis que se iba formando en el país. La elección presidencial de 1970 era vista crecientemente como el hito que decidiría el destino ulterior de Chile. Esto es, naturalmente, lo que trata de decir cualquier aspirante a la presidencia aun en una situación parecida a una taza de leche. Lo que lo hacía distinto era que se intensificaba algo que había caracterizado a casi todas las elecciones desde 1938, con

[1] "Alessandri hará un gobierno independiente con la colaboración de todos, excluyendo la politiquería y la inmoralidad". *Alessandri volverá. Por qué volverá*, folleto (s.d., 1970).

la excepción de 1942, cuando fue electo Juan Antonio Ríos: estos actos parecían cada vez más justas donde se decidía el destino del país. El ambiente político estaba más cargado porque la idea de crisis estaba más extendida. Aun en los líderes más tranquilos y más alejados de la sensación de alarma, el mesianismo no rondaba muy lejos. Es cierto que una expresión común era que "en Chile no pasa nada"; "en Chile no puede pasar eso", referido a otros sucesos latinoamericanos; "en Chile todos se arreglan los bigotes". Hasta bien avanzado el gobierno de la Unidad Popular, todavía muchos decían eso. Sin embargo, el Chile que por una u otra razón quería cambios en la izquierda, en la derecha o en el centro, creía sin duda en la necesidad absoluta de ellos. Aunque su convencimiento puede no haber sido demasiado profundo en algunos casos, al final sucedió un hecho muy humano: fueron víctimas de sus palabras; no dominaron la maquinaria semántica que ellos mismos habían creado. El genio se escapaba de la botella.

Una de las consecuencias del Tacnazo fue que aceleró la partida electoral. Esto hizo bajar la presión del aire de crisis que se respiraba. La CUT se puso menos combativa por temor a un desquiciamiento institucional. Muy pronto el MIR abandonaría la incipiente lucha armada siguiendo las indicaciones de Fidel Castro. Luego todo el mundo comenzaría a hablar de las elecciones, repitiéndose los ritos ya conocidos. No hubo una paz social instantánea y se desarrollaron todavía muchos movimientos huelguísticos incontrolables, pero tuvo más peso la tendencia hacia el proceso electoral.

El 3 de noviembre de 1969, desde el balcón de su departamento en la Plaza de Armas, Jorge Alessandri anunció su candidatura. De hecho, el día anterior había transmitido un breve discurso por una cadena de radios, notificando que estaba disponible como candidato, debido a la gran cantidad de peticiones y al estado de inquietud que había en el país. Una muchedumbre se congregó bajo su departamento hasta que apareció el ex Presidente a gesticular su típico saludo, extendiendo la mano derecha hacia el frente y hacia arriba, con la palma dirigida a él, agitándola y moviéndola de un lado a otro, de manera muy similar al León. Da la impresión de que tuvo que anticipar su candidatura por el temor a que finalmente los militares pudieran adelantársele. La idea original habría sido presentarse en marzo de 1970 y efectuar una campaña corta y fulminante, para no perder la alta intención de votos que tenía según encuestas de la época todavía incipientes. Se contaba, quizás sin comprender mucho, con que la izquierda no podría ponerse de acuerdo en torno a un candidato y que la Democracia Cristiana con Tomic iría mucho más atrás. Sin embargo, las circunstancias lo habrían obligado a adelantar sus pasos y con ello se expuso al desgaste del que está primero en las expectativas.

Al revés de sus rivales, Alessandri carecía de un programa detallado y se echaba de menos un lenguaje político con el cual pudieran identificarse claramente sus electores. Esta era una situación muy característica de la derecha, la cual, a pesar de su renovación, no pudo influir en el entorno de don Jorge para enriquecer su mensaje. El estrecho círculo que se hizo cargo de su campaña —Ernesto Pinto Lagarrigue, Julio Philippi Izquierdo, Enrique Ortúzar Escobar, Ernesto Ayala Oliva— resolvió que esta tenía que girar en torno a la personalidad del ex Presidente. Esa era su fuerza, y no un programa elaborado que poco se leería y en el cual nadie hubiera creído muy en serio.

Sus ideas centrales las manifestó en dos discursos radiales el 8 y 9 de enero de 1970. Fueron largas intervenciones que más parecían ser memorandos ministeriales que discursos políticos. Habló de los logros de su gobierno y de las frustraciones de la administración Frei, sin nombrar directamente a este último. Destacó algo que era el núcleo de su idea y que también era una verdad sencilla que después el país tendría que aprender de otra manera. Se trataba de que Chile tenía que producir y crecer para poder repartir más, que el camino de la distribución desde arriba estaba agotado y que toda mejora pasaba por una transformación económica y por dotar de mayor autoridad al Presidente para poner en práctica sus iniciativas. El fondo del asunto era una verdad indubitable que quizás solo pueda percibirse en el Chile de después de 1990. Lo que sucedía era que no solo fue explicado de una manera muy pobre en lo comunicacional, sino que además le faltaba una vibración política y un mayor sentido del momento histórico. Alessandri estaba aislado de la política, incluso del Partido Nacional, que era el principal grupo organizado que lo apoyaba.[2]

La independencia de su candidatura respecto de los partidos políticos fue el atributo más enfatizado por Alessandri en el transcurso de su campaña. En una entrevista concedida a la Radio Agricultura el 3 de junio, señalaba:

> Yo no pertenezco ni he pertenecido jamás a un partido político ni tengo obligación de ninguna especie respecto de ellos, ni siquiera de los que me han dado su apoyo. Por el contrario, ellos están conscientes de que propicio una reforma del sistema y de los hábitos políticos, que significará que los parlamentarios dejen de tener injerencia en cuestiones que deben ser decididas por el Presidente de la República, mirando el interés nacional y no el de grupos.[3]

---

[2] A diferencia de la campaña de Alessandri, el Partido Nacional elaboró un documento programático bastante detallado en 1970. *La Nueva República: programa del Partido Nacional, Chile, 1970* (Santiago: s.d., 1970).

[3] *El Mercurio*, 6 de junio de 1970.

Su figura solitaria era su fuerza, pero también su gran limitación, y muy luego su candidatura concentraría los fuegos cerrados de las otras dos, mucho mejor provistas de capacidad política y de talento para comunicar ideas. También tenía en su contra a la *intelligentzia,* lo cual era visible en los ambientes intelectuales y culturales. Este sector no carecía de recursos y además, por repletas que estuvieran las arcas de la campaña de Alessandri, el dinero no podía suplir la falta de un cierto aliento poético del que hacían gala las otras candidaturas. No es que se tratara de alta poesía, solo que en el mensaje de Alessandri no trascendían las metas ni tampoco los procedimientos que se efectuarían para darle un golpe de timón al país. De todas maneras, hasta su primera aparición televisiva, los indicios apuntaban a que llevaba una ventaja electoral, aunque no iba a ser un alud de votos que se pareciera a una mayoría absoluta ni mucho menos.[4]

## La mesa redonda de la Unidad Popular

No pocos observadores sentían que era difícil revivir la unidad de la izquierda. Esta oscilaba entre el desánimo por las divisiones, por las posibilidades de no tener un candidato que enfrentara con éxito a Jorge Alessandri y por la dificultad de lograr un diseño estratégico que uniera tendencias tan dispares como las que estaban sumándose a la política chilena. La aparición del MIR, una organización de pocos centenares de hombres y mujeres, había creado una confusión en torno a los medios para instaurar una sociedad socialista. Sin embargo, si se enfrentaba una elección había ya una fuerza tradicional que era la inevitable unidad entre comunistas y socialistas, lo único que podría acercarlos a un triunfo.

Los comunistas crearon una cierta ilusión de que podrían apoyar a un candidato de izquierda que no fuera exactamente marxista. Esto operó en el círculo de Radomiro Tomic como una ilusión para profundizar más todavía la posición antiderechista como definición esencial para su partido.[5] También supieron ilusionar a los radicales con que

[4] De acuerdo a una encuesta conducida por el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESEC) en septiembre y octubre de 1969, Alessandri concentraba el 47% de las preferencias, Allende el 25,8% y Tomic el 18,9%. *El Mercurio*, 7 de diciembre de 1969.

[5] Al dejar su puesto como embajador en Washington, en marzo de 1968, Tomic se reunió con el Secretario de Estado Dean Rusk, quien le hizo saber muy claramente que el gobierno norteamericano no vería con buenos ojos una alianza entre la Democracia Cristiana y el Partido Comunista, una idea que Tomic no abandonaría del todo sino hasta después de la Junta Nacional del partido de mayo de 1969. Memorándum de conversación, Dean Rusk-Radomiro Tomic, 19 de marzo de 1968, National Archives II, Records of the Department of State, Record Group 59, Subject Numeric Files, 1967-1969, Box 1981.

los perdonarían por la "Ley Maldita" y que quizás admitieran a un candidato de sus filas que tuviera decidida orientación de izquierda. Contra esta estrategia operaba el ambiente más radicalizado de la izquierda marxista, en los socialistas, en el MIR, en el MAPU y en ciertos ambientes intelectuales que empujaban a destacar el rupturismo como una posición más de principios, menos contaminada con "reformismo".

Estos sectores no negaban la necesidad de ampliar la Unidad Popular. Solo que entendían por tal la constitución de una mayoría en base a lo que suponían una realidad sociológica, es decir, la unión de la clase de obreros y campesinos y una clase media en peligro existencial, a la cual había que mostrar que sus intereses estaban con los sectores populares y no con la oligarquía. Esto era lo que entendían por unión de las fuerzas populares, es decir la Unidad Popular. Este nombre no era nuevo en Chile y de hecho el mismo Tomic lo había puesto nuevamente en boga, al decir que él solo sería candidato si lo era de todas las fuerzas populares, de manera explícita hablando de "unidad popular". Tomic entendía por tal la coalición entre la izquierda marxista y la Democracia Cristiana, naturalmente que con él como candidato.[6]

Mirado desde hoy, Salvador Allende podría parecer como el candidato predestinado de la izquierda. No estaba tan claro en 1969. Es de presumir que el Partido Comunista lo deseaba como candidato de toda la izquierda, pero también veía un panorama complicado. El Partido Socialista, siguiendo un rasgo muy propio de su historia, estaba muy dominado por caudillos y facciones. Había una nueva izquierda representada por el MAPU; como se dijo, muchos generales con pocos soldados, pero que por lo mismo ejercía su peso en las discusiones de la izquierda, y lo hacía con mucho vigor. Para una parte importante del aparato socialista, al menos en su cúspide, Allende podía parecer una figura del pasado. En el MIR, aunque manteniendo relaciones personales con Allende, que en esto era muy ambivalente, se daba por descontado que era imposible un triunfo en una "democracia burguesa". Se podría decir que casi deseaban la derrota de Salvador Allende.

En esta situación, los comunistas dieron un paso adelante al nominar como precandidato para la mesa redonda de la Unidad Popular a Pablo Neruda, el más disciplinado de los militantes, aunque se le daban todo tipo de libertades en su estilo personal de vida.[7] De esta manera, si tenían que llegar hasta el final con su

---

[6] *Ercilla*, semana del 19 al 25 de marzo de 1969; Radomiro Tomic, *Revolución chilena y unidad popular* (Santiago: El Escudo, 1969), p. 7.

[7] Algo de esto, especialmente algunos gustos de Neruda que los comunistas en otros casos considerarían frívolos y aburguesados, puede verse en Abraham Quezada Vergara (selección, estudio preliminar y notas), *Pablo Neruda-Claudio Véliz: correspondencia en el camino al Premio Nobel, 1963-1970* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2011), pp. 125-128.

candidato sin poder utilizarlo como moneda de cambio, lo harían con una figura de prestigio que no solo les iba a conservar la votación del partido, casi un 16%, sino que podía granjearles algo más todavía. Claro, esto hubiera supuesto la división de la izquierda. Los socialistas hubieran llevado un candidato, ya sea uno del aparato pero con menos llegada, como Aniceto Rodríguez, poco conocido a nivel nacional; o un exaltado como Carlos Altamirano, que hubiera enardecido a algunos y asustado a otros.[8] Toda esta situación hubiera significado entregar en bandeja el triunfo a Jorge Alessandri; hubiera sido suicida para la izquierda. Saltaba a la vista que era una técnica preelectoral. Con el mayor aparato político organizado, voluntario y muy disciplinado, los comunistas hubieran podido efectuar una campaña para sobrevivir, gozando además de algún apoyo económico y material del bloque soviético, pero sin esperanzas de un triunfo por la vía electoral.

El MAPU, muy a tono con la idea de novedad que representaba, quiso mostrar un aire más moderno o que pareciese tal. Sus líderes, en general jóvenes, sentían que estaban dándole lecciones a una izquierda que miraban como una meta con la cual identificarse, pero sobre la cual no siempre escondían una actitud de superioridad intelectual. Propusieron a Jacques Chonchol, el principal actor de la Reforma Agraria bajo Eduardo Frei y Salvador Allende, quien jamás había ocultado su admiración por el proceso cubano, especialmente en el mundo agrario.[9] Hablaba un lenguaje marxista sin emplear el aparataje escolástico que caracterizaba a los comunistas y no pocas veces a los socialistas. Al igual que todo su partido, quería insuflar a la izquierda de un rigorismo político y revolucionario, al menos en los fines, que a veces preocupaba a los comunistas.[10]

Surgió otro candidato que hizo mucho ruido, el industrial Rafael Tarud Siwady. Amigo desde siempre de los líderes de izquierda, había ocupado los ministerios de Economía y Comercio y de Minas en el segundo gobierno de Carlos Ibáñez. En algunas circunstancias podría haber sido el candidato ideal, no marxista, de una izquierda marxista que no quisiese comprometerse con el poder. Era la carta que jugaba el mismo Tarud, pensando quizás que podría repetirse el esquema de Aguirre

[8] Diana Veneros, *Allende. Un ensayo psicobiográfico* (Santiago: Sudamericana, 2003), pp. 254-255.

[9] Fernando Quezada Lagos, *La elección presidencial de 1970* (Santiago: s.d., 1985), p. 42.

[10] Chonchol, por ejemplo, llamaba a fines de 1970 a la instauración de un "socialismo desarrollista", enfocado en la "acumulación", quizás comprendiendo que el camino de la redistribución acelerada escogido por la Unidad Popular no era el adecuado para una economía aún subdesarrollada como la chilena. Jacques Chonchol, *Elementos para una discusión sobre el camino chileno al socialismo* y Julio Silva Solar, *Construcción pluralista del socialismo: colaboración de marxistas y cristianos* (Santiago: Ediciones Acción y Diálogo, 1970).

Cerda en 1938 o de González Videla en 1946. Representaba a la Acción Popular Independiente (API) —restos de antiguos ibañistas de izquierda que lo seguían en un partido personalista, financiado por él mismo, en cuanto próspero comerciante— y al Partido Social Demócrata.[11] Así como la derecha había tenido espadas y plumas de figuras sin mayores medios materiales, en torno a la izquierda habían circulado personajes de considerable fortuna, como algo diferente, eso sí, a la práctica de muchos empresarios poderosos que repartían recursos a todos los partidos, "por si las moscas".[12]

Algo parecida, aunque con más consistencia histórica y a la vez más disminuida, era la candidatura de Alberto Baltra Cortés, presentada por el Partido Radical. Esto era más extraño, ya que había sido la tienda política que había impulsado la exclusión legal de los comunistas en 1948. Aunque Baltra no había sido portavoz de esa actitud, en un momento fue ministro de Economía y Comercio de González Videla. Ahora emergía como líder del ala izquierda, en cierta analogía con Enrique Silva Cimma, nombrado contralor por Jorge Alessandri y en 1970 adherido a la izquierda del radicalismo. Había sí una diferencia importante. Baltra, sin emplear un lenguaje marxista riguroso, había sido un defensor acérrimo de la Unión Soviética y de sus políticas, en la típica actitud del "compañero de ruta", un tipo humano de la política del siglo XX que fue muy común en la izquierda europea y americana.[13]

Sostenía que el socialismo y la planificación económica eran el camino del futuro, asumiendo positivamente todos los argumentos del comunismo, incluyendo que el Muro de Berlín no era un "muro", sino que una "frontera". Había sido electo senador por Biobío, Malleco y Cautín en 1967, en una elección extraordinaria con el apoyo de los comunistas, y lideró un cambio en la semántica radical para aproximarla a la ortodoxia marxista, o que al menos no fuera contradictoria con esta. No cabe duda de que el Partido Radical estaba en una política de hacerse perdonar por la "Ley Maldita", acariciando la idea de que serían los aliados ideales para una izquierda marxista que derrotara a Alessandri, con un abanderado que formalmente no era marxista. A la luz del desarrollo posterior de Baltra esto puede parecer sorprendente, ya que este y otros radicales se convirtieron en críticos del gobierno de Allende, y parece que Baltra dio un asentimiento pasivo al golpe de

[11] Quezada Lagos, *La elección presidencial de 1970*, p. 41.

[12] Ozren Agnic, *Allende, el hombre y el político: memorias de un secretario privado* (Santiago: Red Internacional del Libro, 2008), p. 52.

[13] Alberto Baltra Cortés, *Tres países del mundo socialista: la Unión Soviética, la Democracia Popular Alemana, Yugoeslavia* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1962).

1973 (¿desilusión o despecho?). Si los socialistas no tomaban muy en serio esta candidatura, los comunistas, en cambio, dieron a entender que ponían grandes expectativas en ella y en los mismos radicales, y que incluso los perdonaban por su actitud anterior. Les crearon ilusiones.[14] No hacía mucha falta, ya que muchos radicales, después de haber sido expulsada un ala más moderada del partido, comenzaron a hablar "en marxismo".[15]

En el fondo, la batalla se daba al interior del Partido Socialista. De ahí surgiría el candidato más potente de una izquierda marxista. Esta era lo suficientemente fuerte como para convertir en absurda la idea de no apoyar a un marxista. En 1958 casi había triunfado su candidato y en 1964 este llegó a cerca del millón de votos, entonces una cifra bastante extraordinaria. Hubiera sido autodestructivo apoyar un candidato que meramente pareciera ser marxista, en lugar de uno que genuinamente lo fuera. El candidato natural aquí era Salvador Allende, el que gozaba del apoyo de las bases y de una parte del aparato mismo. En cambio, en la cumbre del Comité Central, reinaba la rivalidad más aguda y adquiría protagonismo la figura ascendente de Carlos Altamirano.

Si Allende representaba una admiración del modelo cubano como meta, aunque arribando a él con métodos electorales, la retórica de Altamirano hablaba incesantemente de la necesidad de la revolución armada y el agotamiento de las vías que ofrecía la democracia burguesa. La juventud del partido tampoco miraba con mucho entusiasmo la perspectiva de una nueva candidatura de Allende, a quien percibían como una figura ya desgastada y que además había tenido amplia oportunidad en dos ocasiones. Esto no quiere decir que no se hubiese confiado en él desde el punto

[14] En 1967, poco después de las elecciones municipales, Luis Corvalán habría dado a entender a uno de los funcionarios políticos de la embajada norteamericana que el Partido Comunista esperaba incorporar al Partido Radical a la coalición de izquierda y eventualmente apoyar a uno de sus filas en la elección presidencial de 1970. De embajada en Santiago a Departamento de Estado, Aerograma 644, 29 de abril de 1967, National Archives II, Records of the Department of State, Record Group 59, Subject Numeric Files, 1967-1969, Box 1981. En mayo de 1969, otro cable de la embajada indicaba, sin identificar su fuente, que el Partido Comunista estaba sugiriendo discretamente al Partido Radical que nominara a Alberto Baltra como su candidato, pues el entonces senador podría obtener el apoyo de la izquierda marxista en la elección de 1970. De embajada en Santiago a Departamento de Estado, Telegrama 1879, 9 de mayo de 1969, National Archives II, Records of the Department of State, Record Group 59, Subject Numeric Files, 1967-1969, Box 1981. Sobre esto ver también Eduardo Labarca, *Corvalán 27 horas. El PC chileno por fuera y por dentro* (Santiago: Quimantú, 1972), pp. 76-77.

[15] Marcelo Casals, *El alba de una revolución: la izquierda y el proceso de construcción estratégica de la "vía chilena al socialismo" 1956-1970* (Santiago: LOM, 2010), p. 228.

de vista de sus ideas, ni de la finalidad que propugnaba, solo que sencillamente se pensaba que ya no era el hombre.[16]

Allende tenía la personalidad de sobra para movilizar las bases del partido y parte del aparato. A esto se añadía el llamado "pueblo allendista", al que ya hemos hecho referencia y que era un mundo que compartía la retórica de Allende —un marxismo florido que no se agotaba en la conceptualización pura—, y que seguía a la izquierda en general, pero que no estaba claro que tuviera el mismo entusiasmo por otro candidato. Algunos rivales de Allende, como Raúl Ampuero y Tomás Chadwick, ya se habían ido a crear una tienda propia, aunque no habían tenido mayor éxito electoral. Aniceto Rodríguez, el secretario general del partido, no le hacía el peso a Allende y Carlos Altamirano sentía que su hora todavía no había llegado. Quizás esperaba recoger los pedazos de una derrota en 1970 y del caos que pudiese surgir de una administración de Jorge Alessandri.

Sin embargo, se dio la paradoja de que en el Comité Central del Partido Socialista, en agosto de 1969, Salvador Allende fue confirmado como candidato, aunque con una minoría de los votos (13 a favor y 14 abstenciones).[17] En cierta manera era una humillación para Allende. Al final de la sesión, Altamirano pidió que se hiciera una nueva votación por unanimidad, de otra manera el candidato hubiera quedado muy mal parado. Quizás el mismo Allende contaba con esto, que lo importante era ser candidato, ya que no se le podía ocultar que desde 1952 era también el hombre de los comunistas, el único que los podía hacer triunfar y que podía unir a tendencias y personas que de otra forma se disgregarían.

En la mesa redonda de la Unidad Popular se resolvió, en una táctica astuta, redactar primero un programa con el cual todos debían comprometerse y después seleccionar un candidato, que sería portavoz de un proyecto. Con esto se enviaba el mensaje de que lo importante eran las metas y no las personas. Se representaba a fuerzas sociales y los partidos populares no eran el seno de una camarilla de políticos ambiciosos y corruptos. Esta era la doctrina de esta decisión. Estaba claro también que al efectuarlo de esta manera se impedía toda posibilidad sensata de que un precandidato desengañado pudiera abandonar la tienda. Hubiera quedado muy mal. Así se formulaba también una contraposición neta con la candidatura de Alessandri.

---

[16] Eduardo Labarca, *Chile al Rojo: reportaje a una revolución que nace* (Santiago: Horizonte, 1971), pp. 225-226.

[17] Entre quienes se abstuvieron estaban Carlos Altamirano, Aniceto Rodríguez y Clodomiro Almeyda. Casals, *El alba de una revolución*, p. 254.

Como se ha dicho antes, en la izquierda marxista los programas y las declaraciones doctrinarias tienen una importancia peculiar para comprender acciones y motivaciones. No necesariamente porque esto signifique que el programa quiere decir textualmente lo que dice. Más bien es porque lo que a un grupo social le da vida es, en primer lugar, un lenguaje con qué facilitar la mancomunidad de esfuerzos y voluntades. Los programas poseen en general dos direcciones. Una va a luchar contra lo que se cree es el enemigo principal. La segunda es la creciente transformación de la sociedad y de su legislación, y de sus relaciones de propiedad en un sistema socialista o colectivista. El Programa de Gobierno de la Unidad Popular, publicado en diciembre de 1969, aunque no proseguido en todos sus aspectos durante el gobierno e insuficiente para el ala más radicalizada de la coalición, fue siempre un punto de referencia y un santo y seña.

El Programa partía de la base de una sociedad que había llegado a una crisis final, aunque existía un remedio. Lo que fracasaba era el capitalismo y para sacar al país adelante solo se requería del socialismo. Ningún reformismo o "desarrollismo" podía dar una respuesta efectiva. El despojo de los salarios de las clases dominadas había seguido incólume, ya sea por responsabilidad de la burguesía chilena o del "imperialismo". La respuesta tenía como principal garantía el crecimiento de las organizaciones de trabajadores:

> Estas fuerzas, junto a todo el pueblo, movilizando a todos aquellos que no están comprometidos con el poder de los intereses reaccionarios, nacionales y extranjeros, o sea, *mediante la acción unitaria combativa de la inmensa mayoría de los chilenos, podrán romper las actuales estructuras y avanzar en la tarea de su liberación.* La Unidad Popular se hace para eso (…) apoyar al candidato de la Unidad Popular no significa, por tanto votar por un hombre sino también pronunciarse a favor del reemplazo urgente de la actual sociedad que se asienta en el dominio de los grandes capitalistas nacionales y extranjeros.[18]

El espíritu del lenguaje denota milenarismo, la idea de fin de mundo y comienzo de una nueva vida. La alimenta la noción parcialmente cierta de representar a grupos sociales de la base de la pirámide, los que corresponderían a la inmensa mayoría de la población si se incluye a sectores medios en vías de pauperizarse. Lo que hoy podría parecer como perspectiva engañosa correspondía a un dogma básico del marxismo del siglo XIX y del marxismo revolucionario del XX. No cabe duda de que, salvo una parte del Partido Radical y de alguna poca gente del entorno de

[18] "Unidad Popular: programa básico de gobierno", en Víctor Farías, *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica* (Berlín: Wissenschaftlicher Verlag Berlin; Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2000), T. 1, p. 118, énfasis en el original.

Tarud, las huestes de la Unidad Popular creían a pie juntillas en la realidad de estas afirmaciones. Eran, además, un compromiso moral. "Las fuerzas populares y revolucionarias no se han unido para luchar para la simple sustitución del Presidente de la república por otro (…) sino para llevar a cabo los cambios de fondo que la situación nacional exige sobre la base del traspaso del poder de los antiguos grupos dominantes a los trabajadores, al campesinado y sectores progresistas de las capas medias de la ciudad y del campo".[19]

Aseguraba que garantizaría "el ejercicio de los derechos democráticos y respetará las garantías individuales y sociales de todo el pueblo". Asumía la idea portaliana de un gobierno "fuerte", pero le daba un toque leninista o al menos de la tradición revolucionaria del siglo XIX europeo, al añadir que eso sucedería porque "el Gobierno Popular asentará esencialmente su fuerza y su autoridad en el apoyo que le brinde el pueblo organizado".[20] Aseguraba que el gobierno sería pluripartidista y que respetaría la oposición "que se ejerza dentro de los marcos legales". No hay que insistir mucho en que expresiones parecidas se encontraban en las constituciones de varios países marxistas de Europa Oriental.

Se hablaba de una gran transformación política de la cual iba a emerger el "Estado Popular", basado en una asamblea única legal y que, llamada "Asamblea del Pueblo", organizaría un nuevo sistema de justicia que reemplazara "al actual, individualista y burgués". Al hablar de las fuerzas armadas nombraba un tema más bien no revolucionario como la integridad territorial; le añadía el elemento revolucionario al decir que podía estar en peligro por las maniobras del imperialismo, que así como se iba a reformar a la policía para que no fuera represiva del pueblo, lo mismo se haría con las instituciones armadas. En general, se iría a una "concepción moderna, patriótica y popular de la soberanía del país".[21]

Al hablar de la "nueva economía" ponía énfasis en que lo que se buscaba era "reemplazar la actual estructura económica, terminando con el poder del capital monopolista nacional y extranjero y del latifundio, para iniciar la construcción del socialismo. En la nueva economía la planificación jugará un papel importantísimo". A continuación definía lo que sería el elemento más disputado en los tres años del

[19] "Unidad Popular: programa básico de gobierno", en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973),* T. 1, p. 119.

[20] "Unidad Popular: programa básico de gobierno", en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973),* T. 1, p. 120.

[21] "Unidad Popular: programa básico de gobierno", en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973),* T. 1, p. 122.

gobierno de Salvador Allende, las tres áreas de la economía. La primera de todas sería un "Área de Propiedad Social", donde estaban la Gran Minería, incluyendo el cobre de empresas norteamericanas, la banca y los seguros, el comercio exterior, las grandes empresas y "monopolios de distribución", los "monopolios industriales estratégicos" y de una manera más general toda actividad que condicionara "el desarrollo económico y social del país". Daba como ejemplos la electricidad, el transporte aéreo y marítimo, el petróleo, el gas y la celulosa, donde había una semilla de conflicto. Existiría un área mixta donde habría capitales del Estado y de particulares. Por último habría un área privada donde estaría en general la pequeña empresa, aunque trataba de tranquilizar señalando que, de acuerdo a una estadística de 1967, de varias decenas de miles de empresas solo se buscaba la nacionalización de unas 150 que podrían definirse como monopólicas.[22]

Se efectuó una declaración de principios acerca de profundizar la Reforma Agraria y de que se daría prioridad al establecimiento de cooperativas. Solo en casos muy especiales se asignaría propiedad privada a los campesinos. Era este apartado el único lugar donde se nombraba al mundo mapuche, en relación a las amenazas de usurpación de tierra que tendría. Esta nueva economía llevaría a cabo el verdadero desarrollo del país, para lo cual era indispensable liberar a Chile de la "subordinación al capital extranjero", expropiándolo. De este modo se lograría una verdadera independencia en tecnología. Parte importante de este programa era llegar a "nuevos mercados", en alusión a los países marxistas. Enumeraba una larga lista de labores sociales en temas de salario que tendían a la igualdad; en una lucha contra la burocracia; en ampliación de la atención médica; y extensión de la propiedad familiar con eliminación de los dividendos reajustables, los cuales no podrían superar el 10% del ingreso familiar. Se insinuaba una reforma urbana, que podría llevar a una redistribución de la propiedad, lo que pasaría a ser un temor real durante la época de la Unidad Popular.

El Programa se detenía en temas culturales y educativos, todo ello como forma de "lucha contra el capitalismo"; una reforma de la educación en donde ya se respiraba algo del aire de la futura Escuela Nacional Unificada (ENU), ya que hablaba de la meta de "hacer realidad la planificación de la educación y la escuela única, nacional y democrática, (para lo cual) el nuevo Estado tomará bajo su responsabilidad los establecimientos privados, empezando por aquellos planteles que seleccionan su

22 "Unidad Popular: programa básico de gobierno", en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973),* T. 1, pp. 123-126.

alumnado por razones de clase social, origen nacional o confesión religiosa". Esto tendría que dar lugar a un furor por lo que implicaba.[23]

En el campo internacional se expresaba una declaración de principios acerca de que la orientación de la política exterior sería "latinoamericanista y antiimperialista"; se promovería la "autodeterminación de los pueblos"; se expresaba la solidaridad "efectiva y militante" con "las luchas que libran los pueblos por su liberación", con expresa mención a Vietnam y al Medio Oriente. El evidente sentido antiisraelí de este mensaje era atenuado cuando se decía que se condenaba el antisemitismo. La mención a los problemas fronterizos se ponía en relación con "intrigas" del imperialismo y de los reaccionarios.[24]

Mirando el Programa de manera aislada del contexto de la izquierda chilena, es difícil estar seguro de que manifestaba una diferencia muy clara con uno de los clásicos populismos latinoamericanos en la estela del APRA y del peronismo. El aspecto internacional presentaba una diferencia. En el Programa solo se marcaba distancia con Estados Unidos y lo que ese país representaba, y no con la Unión Soviética y los otros sistemas marxistas, más bien todo lo contrario. En la parte económica, a pesar del juego numérico en relación a la cantidad de empresas expropiadas, no más de 150 entre 150 mil, donde se contaban hasta los kioskos como empresas individuales, el cambio era sencillamente monumental. La economía pasaba a ser propiedad del Estado y este se constituía en la gran fuente directriz y clarificadora de toda el área. Existían pocos o ningún ejemplo de una economía de este tipo que conviviera con una democracia y con lo que en la tradición occidental se consideraba "estado de derecho". Hasta esos momentos los populismos latinoamericanos nunca habían alcanzado esa cota.

Un punto esencial para entender su diferencia con el populismo era el grado de seriedad con que se postulaba el Programa y la convicción absoluta de que era indispensable alcanzar este estado en la estructura mental y disposición anímica de la izquierda chilena de entonces. Además, este Programa era concebido básicamente como una "transición" hacia un socialismo más pleno. No era una meta, sino que una serie de objetivos a cumplirse en el período presidencial, o al menos así lo decían Salvador Allende y algunos de los dirigentes de la Unidad Popular. Nunca se explicó, salvo insinuaciones para el caso del cobre, qué plan de pagos o indemnizaciones

[23] "Unidad Popular: programa básico de gobierno", en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973),* T. 1, pp. 127-130.

[24] "Unidad Popular: programa básico de gobierno", en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973),* T. 1, pp. 130-132.

se iba a establecer para los propietarios de las empresas nacionalizadas, de manera que no fuera una simple confiscación, que en esta dimensión suena posible en una revolución declarada; o que no obligara a reunir una ingente cantidad de dinero que sencillamente no estaba disponible en el tesoro público. De lo que no cabía duda era que se expresaba con toda franqueza una voluntad de cambio radical como no había estado presente antes en Chile.

El Programa iba acompañado de una serie de promesas a las que se llamó "Las primeras 40 medidas del Gobierno Popular". Uno de los grandes orgullos del Gobierno que seguiría era que en poco tiempo se cumplieron todas ellas. En realidad, sería muy difícil evaluar la manera como se hicieron efectivas. La primera se refería a la supresión de los sueldos fabulosos; otras a que no habría más "asesores", nombre con que se conocía a funcionarios *ad hoc* contratados durante el gobierno de Frei. Y así seguía una serie sobre la honradez, sobre limitar severamente los viajes de funcionarios al extranjero, terminar con las "jubilaciones millonarias", de proteger a la familia, que el niño "nace para ser feliz" y otra, la que llegaría a ser la más famosa: "medio litro de leche diaria" a cada niño.[25] Algunas de ellas anunciaban los déficit futuros; no hay otra manera de entender la medida Nº 20, que establecía no hacer más reajustables las cuotas CORVI sobre casas o departamentos para sectores de la base de la pirámide. Se prometía desahuciar todo compromiso con el Fondo Monetario Internacional y terminar con la cesantía y, otro que era muy postulado por la izquierda, la disolución del Grupo Móvil, es decir, la fuerza de Carabineros formada los años anteriores para controlar las manifestaciones que se salían de madre. En todo caso, después del medio litro de leche, fue la parte más conocida del Programa, aunque podría haber estado en una gran cantidad de promesas políticas de muchos países latinoamericanos.[26]

Previsoramente, al Programa se le adjuntaba un compromiso de colaboración entre los partidos, "Pacto de la Unidad Popular", que no se trataba de una alianza electoral, sino de un vínculo con el juramento de llevar a cabo lo prometido una vez llegados al Gobierno:

[25] Irónicamente, la iniciativa del medio litro de leche fue posible en parte gracias a donaciones de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) del gobierno de Estados Unidos. Nathaniel Davis, *The Last Two Years of Salvador Allende* (Ithaca, New York: Cornell University Press, 1985), p. 39.

[26] "Unidad Popular: programa básico de gobierno", en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973),* T. 1, pp. 132-137.

> El Gobierno Popular actuará de acuerdo con la mayoría nacional, será pluripartidista y las decisiones esenciales considerarán la opinión común de las fuerzas que lo generan e integran. No será por tanto un gobierno de un solo partido y mucho menos un gobierno personal. No elegiremos un monarca sino un mandatario del pueblo.[27]

Aquí había una alusión envenenada —no carente de alguna razón— a Alessandri, y puede ser que también a los arrestos mesiánicos de Tomic. Sobre todo al primero, iniciando una estrategia a la postre victoriosa de concentrar los fuegos en él.

## Allende candidato

La mesa redonda de la Unidad Popular terminó el 22 de enero de 1970 con la selección de Salvador Allende como candidato a la presidencia. Parecía predeterminado, sobre todo porque hasta el fin de la Unidad Popular la alianza de socialistas y comunistas había sido el centro del poder de la izquierda y entre ambos partidos ya tenían de manera permanente como cimiento sólido una cuarta parte de los votos. Para agrupaciones fervorosas y provistas de una racionalización determinista, era impensable que se hubieran puesto detrás de un candidato que no los representara fielmente y que no saliera de sus filas.

Sin embargo, esto dejó sus heridos. El primero de ellos fue Jacques Chonchol, aunque era el que menos tenía de qué quejarse. Era muy difícil que el abanderado de los que se habían subido hacía poco al carro hubiera sido premiado con la candidatura. Con todo, esta le permitió al MAPU dejar planteado un "aquí estamos". Más serio en cambio fue el momento en que comunistas y socialistas le tuvieron que explicar a Alberto Baltra que no podía ser candidato de ellos, porque hubiera sido incomprensible para sus militantes y electores que quien los representara proviniera de un partido que en otro tiempo los había perseguido, como a los comunistas, o que no encarnara el ideario revolucionario marxista-leninista que los socialistas sostenían.

Como dijimos, Baltra provenía de los "compañeros de ruta" y había hecho un esfuerzo notable por acercarse a los partidos marxistas. Esto incluyó el que por unos años fuera presidente del Instituto Chileno-Soviético de Cultura. Ya dijimos que el Muro de Berlín le había parecido una "frontera".[28] Si otros radicales usaron un maquillaje marxista, al menos Baltra era un sincero *fellow traveler*. No recibió nada de bien la noticia, aunque de la boca para afuera siguió apoyando a la Unidad

[27] "Pacto de la Unidad Popular", 26 de diciembre de 1969. Publicado en *El Siglo*, 27 de diciembre de 1969.

[28] Baltra, *Tres países del mundo socialista*, p. 155.

Popular, hasta que en 1972 pasó a una oposición frontal en el marco de una nueva agrupación, el Partido de Izquierda Radical (PIR). Sin embargo, cualquiera hubiera podido adivinar que era difícil que socialistas y comunistas lo hubieran escogido como abanderado; no añadía mucho y no les garantizaba la disciplina. Como sea, dejó una huella de profunda amargura en Baltra, quien o se hizo ilusiones desmesuradas, o los comunistas se las insinuaron, o ambas cosas a la vez.

Si se seguían las noticias de la prensa y de la radio se podría obtener la impresión de que el hueso duro de roer para la izquierda marxista era Rafael Tarud, ya que se hizo de rogar y planteó exigencias hasta el último minuto. Aunque la candidatura de izquierda necesitaba a grupos que no fueran marxistas, era muy escaso el margen en el que podía maniobrar; no tenía mucha alternativa, aunque hubiese sido algo estruendoso si por despecho hubiera apoyado a Tomic. No era probable. Como premio de consuelo, fue nombrado jefe del comando de la campaña de Salvador Allende y desempeñó un papel visible durante la misma, e iría perdiendo protagonismo en el curso del período. Los grupos que lo acompañaban no pasaban de ser un séquito personalista. No alcanzaron a constituir una real fórmula socialdemócrata.

Así, las cosas se decantaron por Salvador Allende. El Partido Comunista había retirado a Pablo Neruda, quien había cumplido ya su función. Pasó a apoyar a quien quizás desde un comienzo había sido su rostro más querido, aunque no lo mirara exactamente como a uno de los suyos. Sabía perfectamente que un candidato comunista no tenía posibilidad de ganar la presidencia, por lo que tenía que apoyar a uno socialista, con el peligro de que no pudiera dominar la dinámica de este. Un socialista ofrecía dos salidas riesgosas para el comunismo. La primera, que terminase por efectuar reformas que implicaran acuerdo con fuerzas que no fueran de la izquierda y todo concluyera en una mera "reforma". La otra salida, más probable en el socialismo criollo de 1970, era que emprendiese una línea de confrontación sin concesiones y que terminara por conducir una estrategia revolucionaria tanto a través de la vía legal como de la vía violenta, con la posibilidad de que se perdiera todo. Dentro de eso, Allende era diablo conocido desde 1952 y había efectuado pocos actos, si es que alguno, que pudieran disgustar a los comunistas.

Los comunistas veían en Allende al político que compartía en lo esencial sus finalidades y a alguien que no volvería a repetir la voltereta de Gabriel González Videla. Allende no tenía tampoco mucho espacio dentro de su propio partido para efectuar una alianza extemporánea con, por ejemplo, la Democracia Cristiana. Con seguridad, no la deseaba tampoco. Es cierto que, al tenor de lo que les informaban a los comunistas alemanes, consideraban que tenía algunos rasgos pequeño-burgueses,

esto es, de extrema izquierda. En el lenguaje comunista, esto quería decir que sus gustos aburguesados eran otra cara del aventurerismo de la "vía armada", de la "enfermedad infantil" con la que los comunistas aludían a la influencia castrista en la izquierda chilena, amén de encontrar a Allende, a veces, muy personalista.[29] En contraposición, Allende había sido absolutamente leal con los comunistas y lo seguiría siendo hasta el último día, y su estrategia era coincidente en prácticamente todo con lo que propugnaban los militantes que seguían a Luis Corvalán y su equipo.

No debiera requerir explicaciones la razón por la que los socialistas apoyaron a Allende. Sin embargo, el que haya recibido solo una minoría de los votos del Comité Central ha sido un hecho que ha sido poco analizado. Por un asunto de nomenclatura, el candidato tenía que ser un socialista. El nombre "comunista" bloqueaba la obtención de una mayoría presidencial. Era poco probable que un candidato de fuera del bloque marxista, supongamos un Tarud o un Baltra, desencadenase un proceso revolucionario de "transición al socialismo". La candidatura de Allende se caía por su propio peso, aunque a muchos les parecía que ya estaba desgastada por derrotas sucesivas y porque ya no representaba los nuevos tiempos.

En realidad, es probable que muchos dirigentes, del corte de un Carlos Altamirano o Adonis Sepúlveda, con poca fe en un triunfo electoral y a la vez segurísimos de representar a una amplia mayoría social, le hayan dado el paso a Allende, ya sea como un saludo a la bandera o como una última oportunidad. Eso no quita que muchos militantes del partido y algunas cabezas hayan sentido a Allende como lo más propio de ellos. Ciertamente, concitaba admiración y simpatía en las bases socialistas.

El anuncio de que Allende era el candidato, carente de toda sorpresa o asombro, dejó una primera impresión de decepción y esterilidad en gran parte de la izquierda. Se iba a perder con el mismo candidato que los representaba bien, pero que repetiría un libreto carente de novedad. El genial Lukas lo resumió en una de sus caricaturas, en la que aparecían dos miembros de base de un comando que estaban ordenando material de propaganda y tenían en sus manos un afiche con el rostro de Allende en la campaña de 1964. Uno de ellos exclamaba: "¡El que guarda siempre tiene! Una arruguita por acá, una canita por allá y ocupamos los mismos carteles de la otra vez".[30] Aludía a experiencias parecidas, como la del APRA con

[29] Retrato político de Allende, bastante crítico, en conclusión imposible de alcanzar por los germano-orientales sin la mediación de los comunistas chilenos. Memorándum para exponer en reunión del Politburó del SED del 9 de diciembre de 1969, para informar de viaje de delegación a Chile. BA, DDR, DY 30 IV/20/719.

[30] *La Segunda*, 26 de enero de 1970.

Víctor Haya de la Torre en Perú o la de los radicales argentinos con Ricardo Balbín. Sus seguidores los admiraban y al primero lo consideraban un caudillo, pero no se hacían muchas ilusiones de un triunfo. Como hemos dicho, el mismo Allende bromeaba al respecto, afirmando con desenfado que su epitafio sería "aquí yace el futuro Presidente de Chile".[31]

En especial había un miembro de la izquierda que no estaba desanimado el día de la selección: Salvador Allende. Al igual que en las tres ocasiones anteriores, desde el primer instante se concentró en efectuar una campaña agotadora. En esto, Allende parecía el mismo de 1952. Desde afuera, a pesar de las pullas de sus adversarios, no se notaba ningún desgaste ni agotamiento físico. Su primera tarea fue tener que superar la atmósfera de carrera perdida que había quedado flotando desde la mesa redonda y su selección. Para muchos parecía como si hubieran escogido un candidato perdedor. Parecía un saludo a la bandera y esto era además compartido por sectores de los socialistas y por el MIR. Más aún, estos parecen haber deseado que hubiera sido así. En todo caso, el MIR había sido aquietado por instrucciones de Fidel Castro, al menos mientras durase la campaña electoral.[32] La frustración no tocaba a Salvador Allende. Al darse el "vamos" a la campaña, Allende parecía ser el mismo de siempre.

## Parte la campaña

La primera tarea de Allende fue recuperar lo que se suponía era el tercio de base que debía obtener un candidato de la izquierda, que era lo que se había alcanzado aproximadamente en 1958 y 1964. Y de ahí tenía que subir para obtener el triunfo. Contaba al menos con la suma de votos del Partido Radical o de una gran parte de él, que había obtenido un nada despreciable 13% en las últimas parlamentarias. Todavía no era apreciable el impacto que tendría en sus filas la fundación de la Democracia Radical por un grupo de dirigentes expulsados del partido, Julio Durán entre ellos, y que muy luego, en una especie de primaria innovadora (ya había habido una en el mismo partido en 1946), eligió apoyar a Jorge Alessandri.[33] En principio, si las matemáticas funcionaban, la votación tendría que asegurar el triunfo de Allende, salvo

---

[31] Como lo registra Carlos Jorquera, *El Chicho Allende* (Santiago: BAT, 1990), p. 155; Agnic, *Allende, el hombre y el político*, p. 173.

[32] Luis Corvalán reconoce el papel de Castro —con el que había tenido sus distancias— en este sentido al conversar con Walter Ulbricht. Conversación entre Walter Ulbricht y Luis Corvalán, 30 de abril de 1971. BA, DDR, DY 30 A 2/20/712, p. 225.

[33] Paul Sigmund, *The Overthrow of Allende and the Politics of Chile, 1964-1976* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1977), p. 83.

que el electorado no ideológicamente comprometido de la Democracia Cristiana se volcara por Jorge Alessandri.[34]

De todos modos, obtener la reanimación y lograr que se sumaran nuevos sectores a las filas de la izquierda sería una tarea titánica, tal como se vieron las cosas en ese verano de 1970. En todo caso, no se notaba duda alguna ni en la persona de Salvador Allende ni en la movilización de los comunistas. No se puede observar tampoco que en algún momento hayan flaqueado ni en su propósito ni en su esperanza de triunfar. Si no lo creían, se lo guardaron muy bien para sí mismos. Los socialistas fueron sumándose poco a poco en su entusiasmo y apoyo, pero con las dudas a las que antes nos referimos, de si tenía sentido la lucha electoral en una "democracia burguesa" y de si realmente se podría derrotar al candidato de la derecha.

Tras comienzos titubeantes, la campaña comenzó a jugar con el mayor activo que tenía la izquierda: las organizaciones partidarias, una juventud en general abnegada y un ambiente en los medios y en la cultura de izquierda que podía llegar a esas capas no pequeñas del electorado que dudaban si votar por Tomic, Alessandri o Allende. Si en términos de la "plata", como se dice en Chile, medida en billetes, los fondos de la izquierda eran menores que los de la derecha y la Democracia Cristiana, los factores que acabamos de enumerar le daban a la campaña de Allende una tremenda ventaja publicitaria y comunicacional. Socialistas y comunistas pedían fondos al régimen de Alemania Oriental, aduciendo como motivo la ayuda norteamericana, que ellos suponían, a los otros candidatos.[35] Baste decir que en el proceso electoral los cuatro canales de televisión existentes eran dirigidos por sectores ya fuera de izquierda o de la Democracia Cristiana. Aunque les estaba vedado efectuar propaganda directa, en el conjunto de su semiótica, es decir, de las imágenes y mensajes que de allí emergían, había una poderosa configuración que hacía mirar las ideas de izquierda como la necesidad del momento. Ya la gente empezaba a ver más y más televisión y, según algunos cálculos, ya había más de trescientos mil televisores en el país.[36]

---

[34] Un estudio temprano e ilustrativo sobre los temas y las estrategias mostrados en la campaña es el de Joan Garcés, *1970. La pugna política por la Presidencia en Chile* (Santiago: Universitaria, 1971). Otro estudio interesante sobre la elección es el de Michael J. Francis, *La victoria de Allende vista por un norteamericano* (Buenos Aires y Santiago: Francisco de Aguirre, 1972).

[35] Carta de Aniceto Rodríguez a Walter Ulbricht, en su calidad de primer secretario del Partido Socialista Unificado de Alemania (SED), Santiago, 10 de febrero de 1970. Documento del 16 de marzo de 1970, por envío de 25 mil marcos alemanes al Partido Comunista de Chile. Se añade que se les dará amplia ayuda técnica. Ambos documentos en BA, DDR, DY 30 IV A 2/20/712.

[36] María de la Luz Hurtado y otros, *Historia de la televisión chilena entre 1959 y 1973* (Santiago: Documentas, 1989), p. 209.

De todas maneras, los dineros eran un problema. Existía una izquierda rica, vale decir, algunas personas de medios que los ponían a disposición o que ayudaban de manera considerable a las campañas del sector. Algunos empresarios simpatizaban con la izquierda, pero más importante que eso era el hecho de que muchos hombres de negocios y dirigentes de grandes empresas creían poder morigerar las iras de la izquierda efectuando contribuciones electorales. Esta es una vieja práctica que por supuesto no estaba confinada a Chile. Sobre todo, eran importantes las contribuciones de los militantes de los partidos y de sus dirigentes; los parlamentarios, por ejemplo, de manera regular debían entregar una cuota de sus ingresos a las colectividades. Esto se daba de manera muy marcada en el Partido Comunista, pero también se experimentaba en las otras agrupaciones. Disciplina y entusiasmo se alimentaban mutuamente.

Pero había también fuentes externas de recursos, tal como las que habían contribuido a la candidatura de Eduardo Frei en 1964, a diversos partidos que van de la izquierda a la derecha en los años 1960, indirectamente a la candidatura de Jorge Alessandri en 1970, y quizás también a la de Radomiro Tomic. Principalmente se trataba para estos últimos casos de los dineros canalizados a través de la CIA, de la Fundación Konrad Adenauer y de la Democracia Cristiana italiana. Como se ha dicho, lo de la CIA es lo más conocido.[37]

Aunque menos discutido en términos públicos, ya han surgido muchos elementos y documentación acerca de la ayuda soviética al Partido Comunista de Chile y quizás también directa o indirectamente a las sucesivas campañas electorales de Salvador Allende. De acuerdo a las investigaciones de Olga Ulianova y Eugenia Fediakova, las contribuciones se efectuaban regularmente en la década de 1960, aunque tenían antecedentes un tanto esporádicos desde la década de 1920 en los días del antiguo Komintern.[38] Los montos no podían compararse con los aportes norteamericanos. Sin embargo, en su efectividad en términos cualitativos puede que

[37] Kristian Gustafson, *Hostile Intent: U.S. Covert Operations in Chile, 1964-1974* (Washington D.C.: Potomac Books, 2007). Sobre el apoyo alemán, Georg Dufner, "Chiles Entwicklung, der Kalte Krieg und politische Experimente. Beziehungen in Politik und Wirtschaft zwischen der Bundesrepublik Deutschland und Chile, 1949 bis 1980" (Tesis doctoral, Freie Universität Berlin, 2012), pp. 100-114. Sobre la Democracia Cristiana italiana, Raffaele Nocera, "Las relaciones diplomáticas y político-partidistas ítalo-chilenas durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva", *Historia*, 42, II, julio-diciembre 2009, pp. 435-470.

[38] Eugenia Fediakova y Olga Ulianova, "Algunos aspectos de la ayuda financiera del Partido Comunista de la URSS al comunismo chileno durante la Guerra Fría", *Estudios Públicos*, 72, primavera 1998, pp. 113-148.

no lo hayan sido menos. Ello es porque le insuflaban más fuerza a organizaciones establecidas, en gran medida voluntarias y desplegadas en gran parte del territorio, que llegaban a tener una presencia visible en barrios y poblaciones. Sus adversarios no podían soñar con tener algo parecido, sobre todo en la derecha, y por ello necesitaban mucho más crear aparatos *ad hoc* en cada elección. No era nada de fácil y tenían mucho menos presencia a nivel de la pequeña conversación de grupos y de los puerta a puerta, que en general solo se realizaban en sectores populares y en su gran mayoría efectuados por una misma izquierda voluntaria.

El tipo de información que tenemos acerca de este financiamiento es mucho más débil y de menor cantidad que el que llegó y sigue llegando de la parte norteamericana. La ayuda soviética y de países del bloque oriental, como se ha dicho, tenía más que ver con asistencia en publicaciones, en material impreso, en entrega de maquinaria impresora y elementos anexos a precios rebajados. Estaba también constituida por formación de cuadros en lo profesional y en una suerte de escolástica marxista, la que, según se ha explicado, operaba todavía en esta época con gran efectividad. Se invitaba también a vacaciones a dirigentes comunistas y muy luego también a los socialistas, además de ofrecérseles tratamientos médicos en caso de que los necesitaran. O sea, había un vínculo de asociación que venía operando con tiempo y creaba un estado de cosas análogo al de la presencia norteamericana en Chile, aunque en muchos sentidos ambos hechos no puedan ser catalogados como idénticos.

Como se ha dicho, el papel de Alemania Oriental comenzó a ser relevante en el curso de la década de 1960. Fue un lazo muy visible para la izquierda chilena, que la vinculaba casi directamente con Moscú. En la campaña de 1970 el régimen de Berlín Este entregó una ayuda que para las capacidades de esa Alemania no puede sino calificarse de bastante cuantiosa. Los líderes comunistas y socialistas le hicieron saber a Ulbricht y a los suyos que esta campaña era decisiva en la lucha antiimperialista en América Latina; que por ello las fuerzas de la reacción y del imperialismo estaban invirtiendo tanto en Chile, porque veían que las fuerzas progresistas y antiimperialistas tenían todas las de ganar. Por lo mismo, estas últimas necesitaban de más ayuda y la fueron pidiendo constantemente a Berlín Este. En los mensajes y al tenor de la documentación, lo que se repetirá con más dramatismo y con algo más de verosimilitud en los tres años siguientes, presentaban el escenario chileno como si fuera el Stalingrado del Tercer Mundo.[39]

---

[39] De Aniceto Rodríguez a Walter Ulbricht, 22 de agosto de 1968. BA, DDR, DY/30, Signatur 724.

En un momento los alemanes orientales debieron decir ¡basta! Enumeraron lo que ellos ya habían entregado, que era maquinaria de imprenta, mucho folleto, preparación de equipos humanos y, algo que recalcaban, US$ 15 mil. En dinero de ese entonces aparece algo exiguo en comparación con el quizás 1 millón de dólares que se canalizó a través de la CIA. Sin embargo, si se piensan las cosas en el valor de los dólares de aquel entonces, y más todavía en la capacidad tan limitada que siempre tuvo la República Democrática Alemana, esta cantidad no es nada de menor. Y, repetimos, no se trataba de recursos para crear una organización, sino para darle mayor fuerza a una que existía y que funcionaba. Otra cosa es, como hemos indicado antes, que las constantes peticiones de la izquierda mostraban una faceta más de la "mentalidad de subsidio" con que la sociedad chilena miraba su relación económica con el mundo.

La campaña parecía comenzar cuesta arriba, después de todo lo que costó elegir al candidato de la Unidad Popular. La izquierda tenía sin embargo su organización relativamente disciplinada y una amplia capacidad de movilización, con lo que rápidamente comenzó a llenar espacios en el paisaje cotidiano que miraban los chilenos. No solo existían las organizaciones de barrio y de lugar de trabajo, los entonces míticos Comités de Unidad Popular, de los cuales se esparcieron varios miles a lo largo del país. También poseían fuerzas de choque ahora enmarcadas en la Brigada Ramona Parra de los comunistas, por el nombre de una militante muerta en los incidentes de la "Matanza de la Plaza Bulnes", en 1946; y la Brigada Elmo Catalán, nombrada según un militante socialista que había sido muerto en las batallas de la guerrilla guevarista en Bolivia, en junio de 1970. Los nombres y las circunstancias de sus muertes decían mucho de las analogías en las metas de comunistas y socialistas, aunque indicaban algunas diferencias. Los comunistas confiaban en un trabajo en la calle palmo a palmo de ocupar espacios, en una suerte de violencia implícita que pocas veces llegaba a los hechos.[40] Los socialistas estaban cada día más entusiasmados con la acción directa y con un ideal de militancia y hasta martirio revolucionario, aunque solo una pequeña minoría de ellos había ya franqueado esa frontera.

---

[40] En un artículo de 1964, Luis Corvalán señalaba: "Cuando hablamos de la revolución por la vía pacífica sólo estamos señalando la posibilidad de cambios revolucionarios sin recurrir a la insurrección armada o a la guerra civil y no estamos descartando otras posibles formas de violencia en menor escala. La huelga general, la toma de terrenos por los pobladores, las luchas callejeras e incluso la conquista de la tierra por los campesinos en algunas partes, son también formas de violencia y ellas, por cierto, se han dado y se dan en el caso chileno". "Nuestra vía revolucionaria", folleto publicado en 1964. En Luis Corvalán Lépez, *Camino de victoria* (Santiago: Horizonte, 1971), p. 34.

Las brigadas se encargaban de pintar de norte a sur al país con los símbolos allendistas y de la Unidad Popular, especialmente con aquél estrenado en 1964 en donde una A cruzada que era flanqueada por las iniciales del nombre de la coalición enviaba el mensaje de "Victoria para Allende". En la calle desplegaban más energía y una capacidad casi impune de borrar la propaganda a veces de Tomic, pero en general la de Alessandri, ya que el primero tenía algún entendimiento con Allende. Tomic poseía algún núcleo de jóvenes vigorosos y entusiasmados con su verba, aunque, como se ha dicho, la juventud de la Democracia Cristiana había sido muy mermada con la creación del MAPU. En cambio, Alessandri dependía más de equipos contratados sin muchos arrestos de combate, y que terminaban huyendo de los enfrentamientos.

## El populismo de Tomic

La candidatura de Tomic estaba concebida como una gigantesca máquina de propaganda incesante, quizás con un tono norteamericano de hacer política, con bombo y música *ad hoc*, recursos importantes y talento para la comunicación. Su facilidad de palabra muchas veces excesiva era legendaria, aunque hacía que muchos no lo tomaran en serio o temieran qué podía significar. Desde *PEC*, semanario de cierta calidad intelectual dirigido por el ex comunista Marcos Chamudes, lo bautizaron "Blablamiro", lo que algo pegó en el rumor popular. Con todo, su lenguaje envolvente y la energía inagotable le conquistaron un público adicto. Se añadía una enorme seguridad en sí mismo, una noción de su grandeza y de su papel mesiánico. Incluso en privado, ante un pequeño grupo de personas, se transfiguraba y profería un "¡Tomic dice!" y a continuación una larga tirada. En privado daba garantías acerca de su moderación en un grado que contradecía sorprendentemente su palabra pública.

En una carta al presidente de la Democracia Cristiana le hablaba acerca de la importancia de la "unidad popular", y de hecho él empleó el término antes que la izquierda marxista, aunque la expresión tenía data antigua en la política chilena.[41] Había dicho que no sería candidato de la Democracia Cristiana si no lo era a la vez de toda la izquierda. Después dijo que su candidatura representaba la unidad de todas las fuerzas de base del pueblo (sindicatos, juntas de vecinos, gremios, etc.), en uno de esos malabarismos que a la vez atraían y ahuyentaban. ¿Qué quería?:

[41] Los nacis criollos (con "c") ya la emplearon en 1938 para propiciar una especie de unión de las fuerzas de izquierda en torno a Carlos Ibáñez.

> Un programa definido de sustitución de las estructuras capitalistas y neo-capitalistas que continúan disponiendo de los centros de comando e influencia en la economía chilena.[42] Los objetivos de la revolución chilena sólo pueden lograrse contra las estructuras capitalistas y neo-capitalistas; contra los intereses capitalistas de explotación económica y subordinación política; contra las estructuras legales y sociales que representan la violencia institucionalizada en desmedro de la justicia social y al servicio de intereses y privilegios de las minorías; contra la idea de que el lucro privado garantiza la mejor utilización por el país de sus escasos recursos de capital y de iniciativa creadora.[43]

Pedía, exigía con toda energía la nacionalización inmediata del cobre e insinuaba la de la banca, junto a un sinnúmero de otras iniciativas, sin importarle que ello diera a entender que en el período de Frei no se había efectuado ningún cambio significativo.[44] Al igual que Alessandri y que Allende, hablaba de una nueva Constitución, tema que estaba en boga en los sesenta, o al menos de una reforma significativa, y no de las modificaciones que se efectuaron en 1970. En su conjunto, de tomar muy en serio sus palabras, fue la manifestación más genuina de un discurso populista radical en la historia de Chile del siglo XX, ya que el de la izquierda marxista poseía otro modelo. Era el sonsonete de fondo a su máquina de propaganda, apoyada por el amplio aparato de la Democracia Cristiana, aunque en este campo nadie podía competir de tú a tú con los comunistas y quizás con los socialistas.

Al hablar de "violencia institucional" en el país, asumía quizás sin percatarse las tesis marxista y marcusiana de que el sistema político, la democracia en resumidas cuentas, era una falsedad, una inmoralidad. Se imponía la pregunta: ¿por qué defenderla? También su referencia a una nueva Constitución hablaba mucho acerca de la raíz tan latinoamericana de la cultura política chilena, de que una nueva legislación va a cambiar las cosas hasta hallar El Dorado.

## Alessandri, la campaña por el hombre

La candidatura de Alessandri comenzó a desgastarse en parte por la crítica implacable y la concentración de fuegos que concitó desde la izquierda y de la Democracia Cristiana. Esto hubiera podido favorecerla, ya que era concebible la

[42] "Carta de Radomiro Tomic al presidente nacional Jaime Castillo", 10 de agosto de 1969, en Jorge Donoso Pacheco (compilador), *Tomic: testimonios* (Santiago: Emisión, 1988), p. 353.

[43] "Discurso de proclamación en el Teatro Caupolicán", octubre de 1969, en Donoso, *Tomic*, p. 372.

[44] "Discurso de proclamación en el Teatro Caupolicán", octubre de 1969, en Donoso, *Tomic*, p. 374.

formación de una polaridad de Alessandri y del resto. Pero las cosas no fueron así. Al equipo del ex Presidente le fallaba su dinamismo político. Su campaña fue un tanto monocorde, aludiendo constantemente a una figura salvadora que solucionaría los problemas que aquejaban a los chilenos. No tenía la capacidad de contrarrestar los ataques adversarios y, en extraña inacción, dejaba que sus fieros rivales borraran sus pinturas en la calle. Pintar el nombre del candidato a lo largo de las calles y carreteras de Chile era un procedimiento bastante normal en esa época. El nombre de Alessandri apareció en marzo de 1970 en muchas partes para ser rápidamente sustituido por los de Tomic y Allende, cuyos grupos eran más dinámicos y perseverantes. Las pinturas de Alessandri no eran pintadas nuevamente.

Ya en su presentación la campaña de Jorge Alessandri carecía de estribillo y de toda noción musical. Parecía la repetición mecánica de un "¡Alessandri volverá!", sin mayor gracia ni provista de una gota de fervor. Su discurso, que puede ser considerado programa, emitido los días 8 y 9 de enero de ese año por cadenas de radio contratadas, no podía provocar ningún tipo de entusiasmo. Defendía con estadísticas las realizaciones de su gobierno, criticaba las de Frei y ofrecía hacer las cosas mucho mejor, pero no había transmitido una idea que pudiera crear algún dejo de delirio por ella, es decir, ese pequeño elemento de sueño que tiene que habitar en todo discurso político. Parecía un memorándum interministerial, francamente aburrido.

Es cierto que algunos políticos de fuste que acompañaban a la candidatura de Alessandri podían crear algún balance: Pedro Ibáñez Ojeda, Francisco Bulnes Sanfuentes, Julio Durán. En algunas instancias, como el programa de televisión *A esta hora se improvisa*, algunos representantes de la derecha como Enrique Campos Menéndez desempeñaban un papel más dinámico. Eran voces aisladas y esporádicas. No tenían, sin embargo, una presencia muy activa en el mensaje, sobre todo en un tipo de idea como la de la campaña de Alessandri, que quería manifestarse contraria a "los políticos". La campaña misma fue planificada por un grupo de empresarios cercanos al candidato, que se centraron en la capacidad realizadora del ex Presidente. También se limitaba a transmitir consignas, muy pocas, y ponía el énfasis en "don Jorge".

Esto tenía su razón de ser. Una de las cartas de Jorge Alessandri era la proyección de la figura paterna y de un gran "patrón", una suerte de "jefazo" con que muchas veces en el mundo obrero se alude al jefe al que se admira. Por algo lo que más pegó de su figura fue la expresión de "Paleta", quizás ideada por una agencia publicitaria, Storandt, en 1958 y que logró capturar la imaginación del público y quedó adherida a su persona como una calificación positiva. Nadie duda tampoco que, en la puja electoral, lo que tiene éxito son ciertas expresiones sencillas que logran expresar alguna

emoción de miedo, odio, atractivo, amor, pasión, encanto. Es un rasgo permanente de la política en la era de las masas y el mismo marxismo, a pesar de toda su complejidad intelectual, las ha utilizado con gran rigurosidad y planificación.

No obstante, se requería de un lenguaje político que lo acompañara y de una capacidad de responder a las críticas constantes y concentradas, que de manera implacable y hasta brutal le hacían la Unidad Popular y la Democracia Cristiana, y en especial con sarcasmo cruel Radomiro Tomic. Este se refería constantemente al "caballero de la bufanda" de una manera denigratoria y destacaba que, cuando el país se encaminaba al siglo XXI, no se podía elegir a un Presidente nacido el siglo XIX. Esto último comenzó a sonar cada vez de manera más atronadora.[45]

La campaña de Alessandri topó tempranamente con un incidente que no la afectó, pero que era una señal de alarma. El candidato viajó a Concepción y a Lota en marzo de 1970. Quería aprovechar de visitar el sur en una época en que todavía no hiciera tanto frío. Lota había sido un santuario de la izquierda, en especial del Partido Comunista, y era el lugar de la síntesis perfecta entre movimiento social e ideología revolucionaria. Al revés del cobre, el carbón era una empresa de baja productividad y muchas veces el emblema de la pobreza obrera del país. Los jóvenes que viajaban a visitar esos lugares volvían asqueados con el espectáculo de miseria y quedaban convertidos a una causa de cambio social como prioridad absoluta. En 1960 había habido una prolongada huelga, ante la cual el gobierno de Alessandri no quería ceder. Se le tenía bastante inquina.

En una mezcla de temeridad e inadvertencia, la comitiva llegó poco preparada para tener un recibimiento violento. Se le impidió hacer cualquier tipo de acto, recibiendo protección de Carabineros solo suficiente para garantizar que el candidato no sufriera un ataque físico, todo seguramente por instrucciones del ministro del Interior, Patricio Rojas Saavedra.[46] Algo similar había pasado en otra parte en la campaña de 1958, de modo que, de estas tres últimas elecciones presidenciales bajo la Constitución de 1925, fue el único candidato en ser sometido violentamente a una exclusión en un espacio. Para los sectores que acompañaban a Alessandri, esto tiene que haber dejado una huella de conflicto latente y más allá de la ley.

Es cierto que el electorado al que apelaba no era ni el que asistía a manifestaciones ni el que ponía el cartel de don Jorge en un balcón o ventanal de su casa. Salvo pequeños grupos, no poseía un núcleo de alta motivación y dispuesto a algún

[45] *La Nación*, 1 de marzo de 1970.

[46] *El Mercurio,* 22 de marzo de 1970.

grado de sacrificio. Sobre todo, la campaña estaba rodeada de un aire de seguridad en sí misma, más preocupada de señalar que era inevitable el triunfo de su candidato que de desarrollar una estrategia política. El mismo Alessandri, intentando hacerse cargo de los ataques recibidos de parte de las otras dos candidaturas en razón de su edad, reafirmaba su confianza absoluta en el triunfo apenas unas semanas antes de la elección: "Os debo prevenir contra las campañas que a la desesperada están haciendo los democratacristianos y los partidos de la izquierda. Como ven mi triunfo imposible de evitar, ahora están recurriendo al engaño. Ahora hay radios que están diciendo que yo estoy poco menos que moribundo. Y que en consecuencia, me voy a retirar. Que mi candidatura no se va a mantener. No creáis ninguna de esas mentiras. Mi candidatura se va a mantener por mucho que les duela".[47]

Lo que fue catastrófico y decisivo a la luz del estrecho resultado final fue la aparición en televisión de Jorge Alessandri el 24 de mayo de 1970. Don Jorge no solo era un hombre de otra época, sino que también cultivaba desde su presente una imagen de haber sido de otra época. Al igual que el general De Gaulle, con quien en su intimidad le gustaba ser comparado y con quien había tenido una profunda conversación en 1964, tenía un cierto magnetismo en los discursos radiales o en las presentaciones en el Congreso Pleno el 21 de mayo de cada año, que utilizó con destreza cuando fue Presidente. En la atmósfera de 1970, hasta esto se estaba perdiendo según se vio por el discurso de enero de ese año. La televisión le era completamente extraña. Había aceptado una entrevista que le hizo una periodista afín por Canal 9, todo muy calculado para que no se deslizara ningún error ni mala imagen, aunque pasó sin pena ni gloria.

En 1970 era imposible escabullir el desafío de un foro y las campañas de Allende y de Tomic necesitaban a Alessandri en la pantalla chica, para exponer su flanco débil. Por ello, aceptaron las condiciones de la candidatura de Alessandri: responder preguntas enviadas con varios días de anticipación, sin posibilidad de réplica del periodista y alternando las candidaturas cada una un domingo en la noche, cada una con tres presentaciones. El comando de Alessandri se garantizaba así un programa envasado con resultados inocuos, pero no contraproducentes.

El resultado final fue el mayor desastre político de una candidatura en la televisión chilena. Jorge Alessandri había escrito las respuestas y después corregido. Su secretaria, que entendía hasta la más mínima seña de su jefe, se había enfermado y su reemplazante no entendía la letra de don Jorge. Antes de asistir al programa *Decisión 70* el domingo 24 de mayo, Alessandri lo corrigió a mano. Además, no aceptó mayor

[47] *El Mercurio*, 17 de agosto de 1970.

maquillaje ni ninguna preparación especial. Él no era un saltimbanqui, insistía. Se veía demacrado, por supuesto, ya que era un hombre de avanzada edad. Esto se vio magnificado porque una de sus manos delataba un leve temblor, en parte porque no sabía qué hacer con ella. No tenía experiencia televisiva alguna; nada grave pero, se sabe, la pantalla exagera los defectos. Al leer no entendía bien las correcciones que había efectuado en el papel y las dudas que dejaba ver mientras buscaba en ellos lo mostraban con cierto patetismo.[48] El equipo de Televisión Nacional vio claramente que había que sacarle partido a eso e hizo bastante propaganda en el noticiario sobre la aparición de Jorge Alessandri ese día.

Las burlas fueron inmisericordes. Santiago y otras ciudades aparecerían en las semanas siguientes con la misma propaganda de Jorge Alessandri, el "Alessandri Volverá" de la A y la V juntas, pero ahora impreso con líneas discontinuas, como escrito por un hombre al que le temblaba la mano. Se preparó mejor para el segundo y tercer programas, con maquillaje, entrenamiento y vestimenta especial. Si el primer programa hubiera sido así, se hubiera obtenido el objetivo de neutralizar la desventaja real que tenía en la televisión. Era tarde y no sirvió de nada. El tema de la edad pasó a ocupar un lugar central. El embajador argentino relataba que el general Schneider había dicho que Alessandri "estaba gagá y sin la capacidad necesaria como para polemizar con Tomic y Allende".[49]

Una característica muy aludida de la elección de 1970 fue la llamada "Campaña del Terror". Se trataba de una repetición de la campaña de propaganda financiada por Estados Unidos y canalizada a través del Departamento de Estado y de la CIA. Washington no había estado interesado mayormente en la campaña de 1970 y en relación a 1964 la tensión y los recursos empleados fueron mucho menores. Solo a partir de marzo se inició una entrega de fondos para organizar una campaña anticomunista que no fuera un apoyo explícito ni a Alessandri ni a Tomic, pero que ciertamente iba encaminada contra la candidatura de Allende. Así nacieron grupos como "Chile Joven" y "Acción Mujeres de Chile", que de nuevo de manera profusa mostraban los peligros de un triunfo marxista en Chile, especialmente enfocado en el comunismo.[50]

---

[48] Patricia Arancibia Clavel, Claudia Arancibia Floody, Isabel de la Maza Cave, *Jarpa: confesiones políticas* (Santiago: La Tercera-Mondadori, 2002), pp. 129-132.

[49] Juan Bautista Yofré, *Misión argentina en Chile (1970-1973): los registros secretos de una difícil gestión diplomática* (Santiago: Sudamericana, 2000), p. 51.

[50] Margaret Power, *La mujer de derecha: el poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2008; original en inglés: 2002), pp. 151-158.

Lo que en 1964 quizás influyó en el gran triunfo de Frei, en 1970 solo parecía propaganda repetitiva, mecánica y con un mensaje que no impresionaba a nadie. Ofreció puros flancos. La red de organizaciones era fácilmente detectable. En julio de 1970, un comando de las Juventudes Comunistas asaltó la agencia Andalién, que era la organizadora de esta campaña, y se robó abundante documentación. Esto dio pábulo para ataques de las campañas de Allende y Tomic a la candidatura de Alessandri. Se formó una comisión en la Cámara que con gran publicidad —más bien "show"— se dedicó a denunciar el daño sicológico que este tipo de campaña anticomunista tenía sobre los chilenos, además de ser toda una inmoralidad.[51] En realidad, la comisión investigadora se formó gracias a un asalto de tipo terrorista (si no, ¿por qué la candidatura Alessandri no habría tenido derecho a asaltar oficinas relacionadas con sus adversarios?). En esto había mucho de espectáculo "para la galería", ya que estas campañas mostraban el mismo flanco criticable del apoyo externo, sobre todo la de 1964 para la Democracia Cristiana. No lograron demostrar un vínculo explícito con la candidatura de Alessandri, ya que sencillamente, como lo hemos sabido después, no había ninguno.[52]

En realidad, en una actitud algo desconcertante, el propio Jorge Alessandri insistía en que él no le temía al comunismo y que solo estaba proponiendo remedios contra la demagogia y el estancamiento. En un discurso pronunciado el 6 de agosto, Alessandri afirmaba: "Jamás he atacado a los comunistas, porque respeto todas las ideologías. Cuando me han preguntado si mi candidatura representa un muro de contención para el comunismo, he dicho que ése no es el problema de Chile. El grave problema del país es la politiquería y la mentira con que se engaña al pueblo".[53] Es probable que la gente de su entorno haya pensado que este aporte externo serviría de algo. No sirvió de nada, porque estaba desvinculado de toda emoción existente y porque la forma del mensaje mismo se había desgastado.

Este ambiente ayuda a entender lo que en apariencia sería una pía intervención del Cardenal Raúl Silva Henríquez en Canal 13, el 3 de septiembre de 1970. Se manifestó ahí alarmado por el temor que cundía en Chile y por las consecuencias que esto podría traer en el desarrollo institucional. Hacía un llamado al optimismo, a la

---

[51] Power, *La mujer de derecha*, pp. 154-158; *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 19 de agosto de 1970.

[52] Los documentos diplomáticos norteamericanos han dejado muy claro que las operaciones encubiertas conducidas por la CIA durante la campaña electoral de 1970 no se vincularon directamente ni a la candidatura de Alessandri ni a la de Tomic. Gustafson, *Hostile Intent*, pp. 98-100.

[53] *El Mercurio*, 7 de agosto de 1970.

confianza y a la fe en la democracia, vale decir, en la decisión del pueblo a no tener miedo. ¿Quién podía estar contra esto? La intención del mensaje no podía estar más clara para cualquier observador atento. Se trataba de poner a la defensiva el mensaje de la campaña de Alessandri, que llamaba la atención sobre el peligro en la elección de candidatos que consideraba demagogos. Nada podía indicar que estas palabras se encaminaran a criticar las denostaciones personales contra Alessandri y los desastres que acaecerían si este fuese elegido, que era el mensaje de Allende y Tomic. La idea del Cardenal de que habría que abrirse a reformas cerraba este aspecto semántico de su intervención.[54]

Un aspecto más afectó a Alessandri. Ese personaje tan extraño que fue Darío Sainte-Marie (Volpone) había trabajado en 1952 para el candidato presidencial Arturo Matte Larraín, cuñado del ex Presidente. Volpone le tomó una inquina especial a partir del momento en que fue elegido en 1958. Durante todos los años de Frei jamás se olvidó de golpear a Alessandri. Muchas veces estas campañas tienen el efecto paradójico de perfilar a la víctima, terminando por fortalecerla. No fue este el caso, porque Jorge Alessandri partía ya desde una posición muy aventajada, que solo podía deteriorarse en los meses que seguirían. Acusaba de las peores corrupciones a las empresas del grupo Matte y en especial a la Compañía de Papeles y Cartones, conocida como "Papelera", de la cual don Jorge era Presidente.

Primero fue el "viejo papelero". Después fue "La Señora", insinuando con bastante claridad que era homosexual, o más bien, en el lenguaje de la época, "cola", "raro", "invertido". Y también, por cierto, la intención era llamar la atención a todo lo que pareciera como manifestaciones evidentes de senilidad, a través de titulares hirientes y crueles de *Clarín*.[55] En esa época adjetivar a alguien de homosexual ("maricón", "raro", "invertido") era efectivamente una acusación grave y servía para destruir carreras públicas. Nunca se podrá saber qué había de esto en Jorge Alessandri, soltero y solterón, de legendarias "mañas" y rutinas en su vida particular. Lo cierto es que algo que al momento de escribir estas líneas no afectaría mayormente o incluso podría favorecer a un candidato, en ese entonces era considerado un pecado muy grave, una lápida para sus aspiraciones. Volpone añadió munición en la campaña para pulverizar la figura de Alessandri. El programa de televisión vino además en su ayuda.

---

[54] *El Mercurio*, 4 de septiembre de 1970.

[55] Patricio Dooner, *Periodismo y política: la prensa política en Chile 1970-1973* (Santiago: Editorial Andante, 1989), pp. 133-134.

## Tomic y Frei

La campaña de Radomiro Tomic partió con cierta debilidad, ya que con la escisión del MAPU el partido había perdido una parte significativa de su *intelligentzia*, un sector al que a Tomic le hubiera fascinado capitanear, pero desde la Democracia Cristiana. Por la evidencia que ha surgido después, se puede dar como hecho algo que entonces se sospechaba, que a Frei no le parecía bien como candidato, ya fuera por el programa o por la personalidad vehemente de la persona.[56] El mismo programa tenía parecidos al menos en las formas al de la Unidad Popular, acentuando el Estado empresario e insinuando la nacionalización de la banca. Hablaba mucho del Estado "nacional y popular", que en los hechos hizo de su candidatura, junto con la del general Ibáñez en 1952, la que más se ha acercado al cuerpo del populismo latinoamericano.[57]

En realidad sus discursos estaban empapados de una retórica desmesurada y agresiva. Contenía la idea, no expresa pero clara, de que la presidencia de Eduardo Frei había sido insuficiente en cuanto a los logros prometidos. Este candidato, que soñaba con ser apoyado por la izquierda, hizo mucho por parecerse a la Unidad Popular en los comienzos de la campaña, aunque la propaganda radial y los eslóganes repetidos en letreros y frases a lo largo del país pusieran el foco en lo importante de las reformas que habían existido. De ahí su consigna "Ni un paso atrás". El peso semántico de su palabra apuntaba constantemente a atacar a Alessandri y la derecha, sin mencionar a Allende.[58] Después de las elecciones emergieron los antecedentes que mostraban cuánta colaboración había habido entre ambas campañas, amén de un acuerdo estratégico del que hablaremos en el próximo capítulo.[59] Es probable que por un momento en la campaña, quizás hasta comienzos de agosto, su candidatura haya crecido principalmente a costa de los votos de Alessandri, ya que era de donde más podía extraer. Al mismo tiempo, Tomic enviaba mensajes a empresarios y a otros agentes de que él era el único que podía salvar la situación y de que votar por Alessandri era perder el voto. En una época en la cual las encuestas políticas estaban

[56] En julio de 1969, por ejemplo, Frei describía a Tomic ante el embajador de Estados Unidos Edward Korry como un hombre "desorientado", "desbalanceado" e "incapaz de comprender las realidades políticas". De embajada en Santiago a Departamento de Estado, Telegram 3211, 25 de julio de 1969, National Archives, Records of the Department of State, Record Group 59, Subject Numeric Files, 1967-1969, Box 1979.

[57] *El Programa de gobierno de Tomic: sin justicia para todos no hay seguridad para nadie* (Santiago: s.d., 1970).

[58] *La Nación*, 24 de mayo de 1970.

[59] Osvaldo Puccio, *Un cuarto de siglo con Allende: recuerdos de su secretario privado* (Santiago: Emisión, 1985), pp. 219-223; Labarca, *Chile al Rojo*, pp. 366-373.

en pañales, no había ningún tipo de certeza acerca de quién iba adelante.[60] Y a pesar de las críticas soterradas al sexenio de Frei, Tomic pudo ganar del apoyo indirecto del aparato del Estado que generalmente favorecía al candidato de Gobierno, aunque en ningún caso implicara algún tipo de intervención fraudulenta.

Hubo sí un caso especial del que se puede especular que haya tenido un efecto decisivo, dado lo estrecho del resultado. En esa época las concentraciones masivas de los adherentes jugaban un papel mediático de la mayor magnitud en la empresa de convencer al electorado volátil de que su candidato era el que concitaba mayor apoyo. La concentración más grande indicaba quién iba adelante y era posible que ese candidato ganara votos que no querían desperdiciarse con un perdedor.

En casi todas partes del mundo, y en Chile desde luego, la mayoría de las veces el electorado conservador ha sido el más reacio a manifestarse públicamente. Fue siempre un problema el efectuar concentraciones a lo largo del país. Generalmente de noche, las de la candidatura Alessandri trataban de disimular con mucha luz y avisos una asistencia bastante parca. En Santiago, en cambio, podrían invertirse los hechos y por eso se jugó la candidatura Alessandri. Organizó la concentración final al mediodía del domingo 30 de agosto a la salida de la Estación Mapocho. La asistencia fue extraordinaria y con un altísimo grado de espontaneidad.[61] Un observador que examinara con detención habría comprobado que, aunque Alessandri iba a obtener un significativo voto en sectores populares, en la concentración predominaban la clase media y la clase media alta. También, al llevarse a cabo a mediodía, en las fotos tomadas desde altura se podían ver algunos vacíos. El colofón vino en la noche en Televisión Nacional, que le dio varios minutos de reportaje, destacando primero a niños y ancianos, estos últimos bajándose de un tren, y aludiendo a dos ideas: el

[60] Hubo una excepción notable. El sociólogo Eduardo Hamuy había mostrado ya cómo la ventaja inicial de Alessandri había disminuido, en encuestas realizadas en el Gran Santiago, la plaza fuerte del ex Mandatario. En agosto de 1969, Alessandri tenía el 46% de las preferencias en la intención de voto. En marzo y mayo de 1970 esta cifra había disminuido a 38% y 36%, respectivamente. La candidatura Alessandri mató al mensajero sin leer el mensaje. *Ercilla*, semana del 2 al 8 de septiembre de 1970. Hamuy realizó otra encuesta que finalizó el 20 de agosto. Esta encuesta, realizada en el Gran Santiago como las anteriores, arrojó como resultado que Alessandri obtenía el 36,8% de los votos y Allende, el 31,5%. El resultado final de la elección en Santiago fue 38% para Alessandri y 33,9% para Allende. Como la ventaja de Alessandri estaba en la capital, el margen en favor de Alessandri indicado por la encuesta auguraba la posibilidad cierta de un triunfo de Allende. Hamuy no dio a conocer públicamente los resultados de esta encuesta antes de la elección. Los guardó en una notaría y fueron liberados en los días siguientes al 4 de septiembre. *Ercilla*, semana del 9 al 15 de septiembre de 1970.

[61] *El Mercurio*, 31 de agosto de 1970.

"acarreo" y que Alessandri solo representaba a la edad crepuscular. Segundo, no hubo una toma de la masa humana, sino que de grupos aislados. Tercero, al final el periodista dijo que según Carabineros habían asistido 125 mil personas, informe policial que nunca existió. Cuarto, la cámara que filmaba se enfocó mucho en los brazos y manos de Alessandri, político poco gesticulador, pero que, claro, en alguna circunstancia hablaba moviendo las manos. La intención no dicha del mensaje era sumamente clara: hacía que el televidente imaginara la mano temblorosa del primer programa de televisión y la discusión que ello provocó.[62]

Al día siguiente el personaje Enano Maldito de *Puro Chile*, que apenas le iba a la zaga a *Clarín* en la campaña de intención difamatoria, decía: "¿Qué vai a hacer con tanta lola, si no te la podí, Jorge hombriii… si nunca fuiste capi?".[63] Este fue todo un tono de la campaña, aunque aquí se aludiera más a la edad que a la "acusación" de homosexualidad. En cambio, TVN transmitió más extensamente las concentraciones finales de Allende y Tomic llevadas a cabo en la noche, en donde los recursos luminosos magnificaban la asistencia. El locutor dijo que había asistido un millón de personas a la del democratacristiano.

## Allende en la recta final

Entretanto, Salvador Allende había llevado a cabo una campaña tan intensa como la de Tomic, ayudado por el aparato voluntario gigantesco que poseían los dos principales partidos de izquierda. De acuerdo a testimonios posteriores, se tomó la decisión de concentrarse donde ya se era fuerte para todo aquello que requiriera la presencia física del candidato. Este debía visitar con intensidad las regiones extremas del país, la zona de Concepción y Lota, Valparaíso y las poblaciones marginales de Santiago. Se trataba de movilizar más votos. Contaba con una caja, como se dijo, menor que la de Alessandri y quizás que la de Tomic, pero nada de desprovista. Había una red de empresarios medianos y los mismos partidos poseían auténticas empresas, amén de la ayuda soviética y de Alemania Oriental, que es de la que se poseen algunos antecedentes. Mientras las campañas de Allende y de Tomic bombardeaban con las presuntas enfermedades terribles de Jorge Alessandri, se logró ocultar que el mismo Chicho experimentó varios problemas de salud y nada menos que un ataque cardíaco, por añadidura no muy bien tratados debido a los requerimientos de la campaña.[64]

[62] Algo de esto ha sido reconocido por el periodista Bernardo de la Maza, periodista de Televisión Nacional en 1970. Documental *TVN, 40 años* (Chile: Televisión Nacional, 2009).

[63] *Puro Chile*, 31 de agosto de 1970.

[64] Labarca, *Chile al Rojo*, pp. 370-371; Jorquera, *El Chicho Allende*, p. 317.

Igualmente, logró ir entusiasmando o al menos alineando a la izquierda militante en torno a su causa. Consiguió que Fidel Castro persuadiera al MIR de no efectuar acciones armadas durante el período de la campaña. Al parecer, también por su parte Allende convenció a los dirigentes del MIR de no realizar acciones armadas por ese período.[65] Sus presentaciones en televisión no tenían la espectacularidad de la facundia de Tomic, pero a la vez logró mostrar un discurso en el fondo más estable y más creíble. Ello, a pesar de que en el primer programa de televisión venía recién saliendo del ataque cardíaco y no se sentía muy bien.[66] La campaña se fue organizando sin mayores contratiempos. Estos existían a través de los partidos, especialmente el Partido Comunista como hemos dicho, pero la forma de denunciarlo fue torpe e inefectiva. Tampoco fue útil para la campaña de Alessandri el reconocimiento de Fidel Castro de que la "Zafra de diez millones" no había resultado; esto solo decía algo a quien entendiera mucho del tema.[67] En vez de apuntar al incremento de los desórdenes públicos entre 1967 y 1969 y a las abiertas declaraciones de los socialistas de que solo la lucha armada era válida, la propaganda de Alessandri trataba de denunciar historias de conspiraciones que no podía substanciar.

La campaña de Allende poseía la aureola de representar a una fuerte corriente de artistas e intelectuales. Aunque inicialmente no habían demostrado el mismo entusiasmo que otras veces por la figura de Allende, en los últimos meses antes del 4 de septiembre habían vuelto a cerrar filas en torno a él. Pablo Neruda, experto en convocar voluntades, se había movilizado detrás del escenario. No era solamente él, sino que en el "espíritu de los sesenta" la idea de cerrar el paso a la candidatura de Jorge Alessandri los incitaba a un mayor esfuerzo de alineamiento y creatividad en términos propagandísticos. Estaba también la idea de una seguridad total en el futuro socialista, sin cuestionamiento alguno de los sistemas marxistas ya existentes. La canción que los acompañó y que seguiría vigente hasta septiembre de 1973 sería "Venceremos", escrita por Claudio Iturra y Sergio Ortega y adaptada por Víctor Jara para la campaña de 1970. El himno irradiaba entusiasmo, confianza en sí mismo, unión indisoluble de actitud combativa con certeza del triunfo y sacrificio con promesa de victoria final.

---

[65] Según Andrés Pascal Allende, el candidato de la Unidad Popular les ofreció US$ 80 mil para este propósito, una suma muy considerable en la época. Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War* (Chapel Hill, North Carolina: The University of North Carolina Press, 2011), p. 32.

[66] Puccio, *Un cuarto de siglo con Allende*, p. 209.

[67] La "Zafra de los diez millones" fue una campaña dirigida por el régimen de Castro para lograr una cosecha de diez millones de toneladas de azúcar en 1970.

La literatura y las opiniones que generalmente se han vertido en torno a los procesos electorales en Chile han destacado los esfuerzos por impedir el triunfo de una candidatura de izquierda. Esto no es nada de falso, siempre y cuando no cerremos el capítulo suponiendo solamente bajas intenciones. Era parte de las reglas del juego y quienes así lo pensaban no dejaban de esgrimir sus razones o sentimientos razonables. El punto es que no se ha pensado que lo mismo se puede decir a la inversa. Desde comienzos de los 1960 se formó un ambiente en gran parte de la clase política para eliminar, a través del debate público y los medios comunicacionales, la presencia de la derecha en el mundo político. Hemos indicado cómo nadie pensaba en asociarse a algún sector de derecha y esto ya había comenzado durante el gobierno de Alessandri. La campaña de 1970 tuvo una orquestación visible acerca de esta estrategia que se veía en la propaganda y en los discursos de la Democracia Cristiana y de la izquierda marxista.[68] También la tuvo en el sigilo de reuniones confidenciales entre la candidatura de Allende y la candidatura de Tomic, además de conversaciones entre los dos candidatos. Hubo tanteos por unir las candidaturas, aunque es imposible que esto fuera algo más que un truco de negociación entre ambos candidatos.

Lo que sí fue cierto es que acordaron reconocerse el triunfo de uno y otro, si se ganaba por una mayoría aunque fuese pequeña. En cambio a Alessandri solo lo reconocerían si ganaba por más de cien mil votos, algo nada de imposible quizás hasta mayo de 1970.[69] Aunque Tomic en esto no hablaba en nombre de su partido, y es difícil que la mayoría de sus parlamentarios hubiesen votado por Allende si Alessandri hubiese obtenido la primera mayoría relativa, también hay que pensar que esta fue una celada al elector que votaba por Tomic. Fue lo que después se llamó una “aclaración de intenciones”.[70]

Así como la derecha mostraba un anticomunismo más emotivo que racional, existía una ceguera estratégica en esta actitud tan obcecada contra la derecha. Esto tenía otro matiz. La campaña de Alessandri, preocupada por una fuga de votos hacia Tomic, había declarado que su principio elemental era que la primera mayoría relativa debía ser elegida por el Congreso, tal como había sido desde 1946 en adelante.[71] En

[68] Sofía Correa Sutil, *Con las riendas del poder: la derecha chilena en el siglo XX* (Santiago: Sudamericana, 2004), p. 267.

[69] Labarca, *Chile al Rojo*, pp. 366-367.

[70] *La Segunda*, 14 de octubre de 1970.

[71] El 24 de julio, en una carta abierta dirigida a Julio Durán, Alessandri expresó que “con el objeto de contribuir a la paz y la concordia que deben existir entre todos los chilenos, reitero que acepto públicamente, desde ya, que se proclame al candidato que obtenga la primera mayoría en las urnas”. *El Mercurio*, 24 de julio de 1970.

ese entonces no había segunda vuelta, una herramienta constitucional cuyos orígenes remotos están en la Revolución Francesa, pero hecha famosa en el mundo por el general De Gaulle en su Quinta República. En una intervención algo inusitada, el Comandante en Jefe del Ejército, René Schneider Chereau, no hizo más que reiterar la doctrina constitucionalista del Ejército, de que, en caso de que el Congreso Pleno tuviese que escoger entre las dos mayorías, el Ejército no debería intervenir para nada, que sería un proceso constitucional.[72] Esto era impecable, aunque no lo era tanto que un jefe militar tuviera que declararlo a la prensa. Era quizás una de las tantas manifestaciones de las inquietudes que recorrían a los uniformados.

En febrero, el senador Rafael Agustín Gumucio, uno de los que había abandonado la Democracia Cristiana para afiliarse con el MAPU, propuso una reforma constitucional para introducir la segunda vuelta. Con ingenuidad purista, la candidatura de Alessandri la rechazó de inmediato por el peligro que le significaba el trasvasije de votos a Tomic, ya que un puntal de su propaganda era la idea de que él era el candidato que iba adelante. Fue también una ceguera increíble de la derecha. Salvador Allende tuvo una actitud más ambigua, pues, si bien se declaró personalmente partidario de respetar a la primera mayoría, dejó abierta la posibilidad de que el Congreso, pesando "lo que ha significado la lucha", eligiese a la segunda mayoría.[73] Tomic se presentó como abierto partidario de la segunda vuelta, ya que creía que el próximo Presidente debería contar con "el más grande respaldo popular para que pueda enfrentar el tipo de decisiones fundamentales que el país requiere para salir de la pobreza interna y de la dependencia extranjera".[74] El partido secundó a su candidato, pero la reforma debió enfrentar la oposición del Partido Radical. Este veto llevó a la Unidad Popular, que se preciaba por sobre todo de actuar en conjunto, a no promover la iniciativa.

## Desenlace electoral

El 4 de septiembre de 1970 fue viernes. Fue el quinto y último "4 de septiembre" desde 1946. Eran días especiales en los que se percibía claramente un aire de movilización pacífica para ir a votar. Era un día feriado, en el cual, salvo el transporte, no existían mayores servicios y, costumbre que venía del pasado, se prohibía el "expendio de bebidas alcohólicas". Desde 1941, las fuerzas armadas habían estado a cargo de

[72] *El Mercurio*, 8 de mayo de 1970.

[73] Quezada Lagos, *La elección presidencial de 1970*, p. 93.

[74] Quezada Lagos, *La elección presidencial de 1970*, p. 89.

mantener el orden en los recintos electorales y en general en la vida pública. El jefe militar local era al mismo tiempo Jefe de Plaza. Casi no había habido reclamos por esta situación y se consideraba que esta norma daba garantías a los procesos electorales. Había sido muy raro que en el día de elecciones se produjera algún incidente mayor.

Salvador Allende fue aconsejado por los suyos de no ir a votar donde le correspondía, en Punta Arenas, ya que era senador por la circunscripción austral. El viaje era muy largo y los vuelos escasos. Aunque no había un temor muy marcado por una intervención electoral, un viaje así ofrecería muchos flancos, ya sea al azar o para un sabotaje. Era difícil que Allende alcanzara a llegar a una hora temprana si es que su presencia era requerida. Obedeciendo a la Ley de Elecciones, fue a justificar su ausencia a una comisaría de Carabineros y después acompañó a su esposa a votar a Providencia, un distrito claramente inclinado hacia Alessandri. Su presencia fue saludada con insultos y aplausos.[75] En general, quedó satisfecho con eso. De regreso a su casa, en calle Guardia Vieja, supo que Eduardo Frei y Jorge Alessandri habían votado en la Estación Mapocho en medio de atronadores aplausos. Durante la campaña, su comando, en especial su secretario privado, Osvaldo Puccio Giesen, había estado en contacto con el jefe de campaña de Tomic, Enrique Krauss Rusque. De ahí había surgido el entendimiento o "aclaración de intenciones" del que se supo después.[76] Todo esto no había cambiado el optimismo de la campaña de cada una de las tres candidaturas, que se sentían triunfadoras de acuerdo a diversos cálculos y encuestas, que como hemos dicho en general eran muy poco confiables.

Tras almorzar ligeramente e incluso entregarse a una pequeña siesta, se preparó para recibir los resultados. Como era de preverse, los escrutinios comenzaron a salir desde el primer distrito de Santiago, plaza fuerte de la derecha, aunque socialmente ya no era lo que comúnmente se llama un sector de "elite". Y daban una mayoría abrumadora a Jorge Alessandri. Algunos políticos de derecha comenzaron a efectuar declaraciones de corte triunfal, esto hasta poco antes de las 18 horas.[77] Desde 1938, los resultados electorales en Chile se conocían en relativamente pocas horas, en un procedimiento que era más eficaz que en la mayoría de los países latinoamericanos.

A las 18 horas esto comenzó a cambiar, por dos factores previsibles. Primero, empezaron a llegar los votos del Norte Grande, abrumadoramente a favor de Salvador Allende. Ya a esa hora se sabía que Tomic iba en tercer lugar. Segundo, aunque Alessandri iba adelante en Santiago y al final ganó por 40 mil votos en el Gran San-

[75] *El Mercurio,* 5 de septiembre de 1970.

[76] Puccio, *Un cuarto de siglo con Allende,* pp. 218-223.

[77] *El Mercurio*, 5 de septiembre de 1970.

tiago, la sola provincia de Concepción le dio a Allende esa misma ventaja, anulando lo que debía ser el factor de triunfo del candidato de la derecha. Desde el primer cómputo general, poco antes de las 20 horas, Allende aparecía con una ventaja de 30 mil votos, que ya no disminuiría. Siguieron cuatro horas de incertidumbre, porque existía la posibilidad de que la votación de mujeres y en general el millón de votos que faltaba pudieran dar vuelta el resultado, algo que no era inconcebible.[78] Miles de allendistas comenzaron a concentrarse en la calle San Martín, en el centro de Santiago, en torno a la sede de la campaña de Allende.[79] Y alrededor de un millar de personas estaba en la Plaza de Armas debajo del departamento de Jorge Alessandri, mientras este se encontraba acompañado por la gente de su campaña. Todos ellos estaban desconcertados aunque se aferraban a la idea de que no se habían contado todos los votos. Alrededor de las 9 de la noche Radomiro Tomic reconoció su derrota, aunque todavía no saludaba a un vencedor que no estaba claro.

A medida que el día llegaba a su término en medio de una tensión anímica, pero sin ningún rasgo de enfrentamientos ni menos de violencia, el ambiente estaba extremadamente nervioso. Gran parte del Santiago de clase media y el llamado barrio alto, en un fenómeno aproximadamente repetido en las principales ciudades del país, comenzó a vaciarse de gente y a denotar un aire de angustia e incertidumbre. Los grupos que estaban en la Plaza de Armas comenzaron a disolverse.[80] Los dirigentes de la campaña de Jorge Alessandri estaban paralogizados y no supieron aconsejar al candidato qué posición tomar. Este, en una actitud que lo derrotaba doblemente, en un acto revelador, se fue a acostar sin dar una palabra de aliento en un sentido u otro al, mal que mal, vasto cuerpo de electores que lo había favorecido y que ahora se debatía entre la incertidumbre y el desaliento. Por circunstancias de la historia de Chile, no sería el fin del rol público de Jorge Alessandri, pero este silencio arroja más dudas todavía acerca de lo factible que hubiese sido una presidencia suya en la coyuntura de 1970.

En el Gobierno estaban no menos desconcertados y aturdidos por el resultado. Aunque, según se ha dicho, Enrique Krauss llamó al comando de Allende para reconocer su triunfo, Eduardo Frei en La Moneda parecía un hombre derrumbado. Junto con Jorge Alessandri era el líder político más estremecido y golpeado por un sentido íntimo de derrota que había en el país. Raúl Troncoso Castillo, a la sazón Secretario General de Gobierno de Frei, cuenta que lo encontró en la Galería de los

---

78 *El Mercurio*, 5 de septiembre de 1970.

79 *Clarín*, 5 de septiembre de 1970.

80 Jorge Mario Eastman, *De Allende y Pinochet al "milagro" chileno* (Santafé de Bogotá: Ariel, 1997), pp. 92-93.

Presidentes, con la luz apagada, "y él (Frei) completamente deshecho. Me tomó un brazo y comenzamos a dar vueltas por la galería. Me dijo: 'Mira, esto es tremendo', y me anunció todo lo que iba a pasar. Si yo hubiera tenido una grabadora y te la pusiera aquí ahora, se te pondría la carne de gallina. Fue exactamente lo que pasó. Pero Frei nunca tuvo una actitud golpista. Él sabía intelectualmente lo que iba a pasar".[81] Con el estar "deshecho" Troncoso describía perfectamente el estado de ánimo del Presidente, seguro de que el país se encaminaría a un abismo.

Cerca de la medianoche, a insistencias del comando de Salvador Allende, finalmente el jefe de plaza, general Camilo Valenzuela, habló con el candidato triunfante y le autorizó la concentración. Este prometió que no iba a haber desórdenes y, para dotarla con un símbolo de época, pidió que se efectuara frente a la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, que estaba en la Alameda cerca de Portugal. Decenas de miles, quizás centenares de miles, de fervorosos allendistas se congregaron ahí a la 1 de la mañana del 5 de septiembre a escuchar a Allende.[82]

Como nunca antes, y quizás después, la cantante que entonó el "Venceremos" le imprimió a ese instante un aire de confianza absoluta, de cambio de época, de fin y de comienzo, de muerte y de nacimiento. Desde esa voz femenina emergía la idea de un nuevo tiempo, un apocalipsis creador. En seguida, habló Salvador Allende. Llamó a la tranquilidad, "a no provocar ni dejarse provocar", a agradecer el resultado, a decir que sería uno más de ellos, que no cambiaría y que lo tenían que tratar como "compañero Presidente":

> Lo dije: no tenemos ni podríamos tenerlo, ningún propósito pequeño de venganza (…) Pero si no tenemos un propósito pequeño de venganza, tampoco, de ninguna manera, vamos a claudicar, a comerciar el programa de la Unidad Popular, que fue la bandera de combate del pueblo (…) Seré el primer Presidente del primer gobierno auténticamente democrático, popular, nacional y revolucionario de la historia de Chile. Dije, y debo repetirlo, si la victoria no era fácil, difícil será consolidar nuestro triunfo y construir la nueva sociedad, la nueva convivencia social, la nueva moral y la nueva patria (…) Hemos triunfado para derrotar definitivamente la explotación imperialista, terminar con los monopolios, hacer una seria y profunda Reforma Agraria, controlar el comercio de importación y exportación, nacionalizar el crédito, pilares todos que harán posible el progreso de Chile, creando el capital social que impulsará nuestro desarrollo.[83]

[81] "Estoy preparado para la muerte", entrevista con Paula Coddou, "Revista del Sábado", *El Mercurio*, 30 de octubre de 2004.

[82] *El Siglo,* 5 de septiembre de 1970.

[83] "Salvador Allende, "Discurso en la madrugada del 5 de septiembre de 1970", en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973),* T. 1, pp. 371-372.

Cierto, Allende aseguraba que todo se construiría respetando los derechos. Hizo uso generoso de la palabra "revolución", destacando que ella "no implica destruir sino construir". Y ya percibía una experiencia señalada de su gobierno, una expectación internacional nunca antes vista por lo que sucedía en Chile. "América Latina y más allá de la frontera de nuestro pueblo, miran el mañana nuestro. Yo tengo plena fe en que seremos lo suficientemente fuertes, lo suficientemente serenos y fuertes, para abrir el camino venturoso hacia una vida distinta y mejor; para empezar a caminar por las esperanzadas alamedas del socialismo, que el pueblo de Chile con sus propias manos va a construir". Aquí hay un eco anticipatorio de su último discurso en lo de las "alamedas". Expresa también la determinación de tener las mejores relaciones con todos los países del mundo, así como la promesa implícita de no apoyar la vía armada en otros países latinoamericanos, ya que "cada país tiene su propia realidad", si bien insistió en la solidaridad con la lucha de "los pueblos por su independencia económica" y por su dignidad. Este lenguaje iba a caracterizar una parte sustancial de su discurso internacional en los años que siguieron.[84]

## ¿Qué decían los votos?

Las palabras de Allende suponían un mandato drástico de los electores. Es indudable que el candidato triunfador estaba imbuido del sentido del deber de abrir las puertas a un socialismo construido por medios democráticos e institucionales, aunque claramente orientado a los sistemas marxistas como modelos reguladores. Había en esta idea otro mensaje incluido, que el triunfo de esa izquierda era el resultado necesario y lógico, ineluctable, de un largo proceso social y político. Con todo, los electores, ¿le habían entregado un mandato tan decisivo, suponiendo que elegir ese camino fuese legítimo en una democracia? Y, ¿debía toda la historia electoral de Chile concluir en el triunfo de Allende?

Una mirada más cercana a los resultados no permite expresar una tesis tan rotunda. En términos porcentuales, Salvador Allende obtuvo una votación menor que en 1964. Desde un punto de vista cuantitativo, se podría decir que, a pesar de toda la movilización de los años sesenta, la izquierda marxista parecía estancada, ya que se suponía que el apoyo radical representaba un electorado no marxista. No desconocemos que, en los años que seguirían, los radicales, al menos los que se mantuvieron en el Gobierno, no hicieron mucho para modificar la estrategia

[84] "Salvador Allende, "Discurso en la madrugada del 5 de septiembre de 1970", en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973),* T. 1, pp. 371-375.

o táctica de este. En la campaña de 1970 era poco o nada lo que los diferenciaba de los otros partidos de la Unidad Popular. Claro que para entender el ambiente de una época no basta la suma de los votos. Aquí queremos ver qué nos dijo esa elección.

**Elección presidencial, 4 de septiembre de 1970**

| Candidato | Votación masculina | % | Votación femenina | % | Total | % |
|---|---|---|---|---|---|---|
| Salvador Allende Gossens | 631.488 | 41,60 | 438.846 | 30,54 | 1.070.334 | 36,22 |
| Jorge Alessandri Rodríguez | 478.902 | 31,55 | 552.257 | 38,44 | 1.031.159 | 34,90 |
| Radomiro Tomic Romero | 392.719 | 25,87 | 429.082 | 29,86 | 821.801 | 27,81 |
| Nulos y blancos | 14.882 | 0,98 | 16.623 | 1,16 | 31.505 | 1,07 |
| Total | 1.517.991 | 100,00 | 1.436.808 | 100,00 | 2.954.799 | 100,00 |
| Abstención | 355.868 | | 229.090 | | 584.958 | |
| **Total inscritos** | **1.873.859** | | **1.665.898** | | **3.539.757** | |

Fuente: Ricardo Cruz-Coke, *Historia electoral de Chile, 1925-1973* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1984), p. 112.

Allende ganó por la mitad de la diferencia porcentual con que Alessandri le había ganado en 1958, treinta y nueve mil votos en 1970 contra treinta y tres mil en 1958, 1,3% contra 2,7%, respectivamente. Jorge Alessandri vio incrementada su votación de 31,2% a 34,9%, pero su derrota fue resonante por las expectativas de victoria que se habían formulado.[85] Aunque no es imposible que algún segmento no insignificante de la votación de Jorge Alessandri haya ido a parar a la Unidad Popular en las elecciones municipales de 1971, o incluso en las parlamentarias de 1973, no cabía duda de que no se trataba en ningún caso de un electorado que pudiera ser calificado como cliente de la izquierda o que se haya colocado en algún sentido bajo alguna bandera de la izquierda tradicional. Quizás esta votación no pueda ser homologada a un puro sentimiento antimarxista, pero claramente dio su preferencia a una alternativa muy distinta, a pesar de lo poco atractivo de su plataforma. Lo que se puede decir es que una tercera parte de los sufragios de Alessandri no podía ser considerada un voto cautivo de la derecha o de una actitud política para la cual el antimarxismo tuviera algún significado especial o prioritario. Era un voto ligado a la persona, aunque el que se votara por la persona y no por una corriente ideológica claramente delineada era de algún modo también una pauta política.

[85] Ricardo Cruz-Coke, *Historia electoral de Chile, 1925-1973* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1984), pp. 108, 112.

Como hemos visto, muchos elementos del Programa y de la semántica de Radomiro Tomic se parecían más a los del Programa de la Unidad Popular que a los discursos de Jorge Alessandri. En ese caso, sumando los votos de Allende y Tomic, se podría concluir —como lo repetirían muchos dirigentes de izquierda y algunos democratacristianos en los tres años siguientes— que casi dos tercios de los chilenos se pronunciaron por cambios sustanciales, que la mayoría de las veces se definían como "socialistas". En esto hay algo de cierto, pero también de engañoso.[86]

La votación de Tomic, 27,8%, era ligeramente inferior a la obtenida por la Democracia Cristiana en las parlamentarias de 1969. En este sentido, se podría hablar de una continuidad en la base electoral. Más importante para nuestra consideración es que, haciendo una proyección hacia el futuro, esta votación fue similar a la que obtuvo la Democracia Cristiana en las municipales de abril de 1971, 25,7%, y en las parlamentarias de 1973, 28,7%, ligeramente mayor que la de Tomic en 1970.[87] Esta última elección es muy ilustrativa para lo que aquí se quiere decir, porque las municipales de 1971 fueron encabezadas por Eduardo Frei, como marcado líder de la oposición contra la Unidad Popular. En la medida en que fueron elecciones muy políticas, expresaban una posición bien clara.

Más indicativas son las de 1973, ya que a esas alturas no solo se había desgajado el MAPU de la Democracia Cristiana, sino que en 1971 lo había seguido la Izquierda Cristiana, un grupo más pequeño pero en general compuesto por militantes valiosos, aunque, a ojos vistas, sin llevarse muchos votos consigo. Más todavía, esas elecciones estuvieron bajo el signo de lo que más adelante llamaremos "guerra civil política", una bipolaridad que era una polarización en el sentido más agudo de la palabra. Pocos electores se engañaban acerca de por qué estaban votando.

Aunque el elector de marzo de 1973 en su estado de ánimo no era ni remotamente el mismo que votó por Tomic en 1970, la hipótesis que aquí se quiere plantear es que esta estabilidad numérica del voto de la Democracia Cristiana muestra la alta probabilidad de que ese elector en lo sustancial votaba porque se identificaba con el gobierno de Eduardo Frei y con la figura política de este. Por ello no sería extraño presumir que era un voto que estaba igualmente aturdido con la victoria de Allende

[86] Joan Garcés sostiene que, al momento de decidir su voto en la elección del Congreso Pleno, en la Democracia Cristiana pesaron más los "contrastes" que las "oposiciones" con la Unidad Popular, dando a entender que la afinidad ideológica e incluso programática que se daba en varios temas entre las candidaturas de Allende y Tomic fue el factor decisivo en la decisión del partido de la falange. Joan Garcés, *Chile: el camino político hacia el socialismo* (Barcelona: Ariel, 1970), pp. 136-143.

[87] Los datos electorales en Cruz-Coke, *Historia Electoral de Chile*, pp. 86, 89, 112.

y que temía con intensidad al proyecto de la Unidad Popular, aunque quizás solo una minoría se encontrara tan desesperada como lo estaba su propio líder, el Presidente de la República. *El Mercurio* se preguntaba días después de las elecciones qué pensarían las ciento setenta mil mujeres que en el Gran Santiago habían votado por Radomiro Tomic.[88] Insinuaba lo que era muy verosímil: la inmensa mayoría votaría por Jorge Alessandri si existiera una segunda vuelta.

Porque aquí se repitió una paradoja en la votación diferenciada por sexo. Se ha dicho que si en 1958 hubiesen votado solo los hombres, hubiera ganado Salvador Allende por 17 mil votos. Si en 1970 hubiesen votado solo las mujeres, hubiera ganado Jorge Alessandri por 114 mil votos. Allende obtuvo solo el 30,5% del voto femenino, frente al 41,6% del voto masculino.[89] Esta diferencia volverá a ser muy decisiva al momento de analizar las elecciones de 1973.

Es improbable que los grandes quiebres políticos tengan una exacta correlación en el número de votos. Es indudable que la elección de Salvador Allende fue un momento axial en la historia electoral de Chile. Una mirada detallada a las elecciones y al significado de los votos no permite, sin embargo, decir que a partir de ellos el país se había decidido por un cambio tan rotundo como el que se proponían Salvador Allende y la Unidad Popular, ni que esta victoria había sido el único resultado posible. Ello no quita que Allende había ganado las elecciones y que él y su coalición poseían una variedad de instrumentos legales y constitucionales para poner en marcha el proceso de "transición al socialismo".



[88] "La opción existe", *El Mercurio*, 13 de septiembre de 1970.

[89] Cruz-Coke, *Historia Electoral de Chile*, p. 112.

## Capítulo XI

# Tensa espera y expectación mundial

### **Alborozo y shock**

La alegría en la concentración para escuchar a Salvador Allende parecía un delirio controlado. Lo mismo, sin mayores incidentes, se repitió en escalas diferentes en gran parte del país. No hubo en lo inmediato ninguna expresión arrogante o de resentimiento frente a los vencidos. Los periodistas, quienes escuchaban el resultado final entregado por el subsecretario del Interior, Juan Achurra Larraín, a las 2:40 de la madrugada, entendieron que las esperanzas y temores de algunos de que los últimos votos cambiarían el panorama se disiparon. Ya el orden con que enumeró las candidaturas había cambiado. En la tarde las leía por el orden en que aparecían en la papeleta, Tomic, Alessandri y Allende. Era lo usual. Ahora comenzó por el triunfador, Salvador Allende. Los dados estaban echados. Los periodistas chilenos estaban acompañados por un grupo más o menos nutrido de corresponsales venidos de otras partes, en especial de otros países latinoamericanos. Estos últimos no podían dar crédito a lo que veían y al mismo tiempo mostraban una evidente toma de partido.

Un periodista uruguayo dijo que desde la mañana habían acompañado todos los actos del candidato Allende, porque este era el que les interesaba y estaban seguros de que iba a ganar. Esto era un adelanto de una expectación mundial por lo que muy luego se llamaría "experiencia chilena", que es algo mucho más que un "experimento", además dicho en tono positivo, muy empático, que no solo se exclamaba desde una perspectiva de izquierda o marxista. Entretanto, la izquierda chilena celebraba su triunfo y el entorno de Allende efectuaba los preparativos no tanto para gobernar, sino para afrontar el período que sabía iba a ser crítico

para la elección en el Congreso Pleno el 24 de octubre y el cambio de mando el 3 de noviembre.[1]

Este ambiente que se formó la noche del 4 de septiembre no fue muy diferente al que se había visto seis años antes con el triunfo de Eduardo Frei. Para entender el país el cuadro estaría incompleto si no se hace referencia al ambiente aturdido, silencioso, plagado de temor que se vivía en buena parte de los barrios de clase media y clase alta del país, que reflejaba un sentimiento que no se reducía a quienes habían votado por Jorge Alessandri. Respondía a una sensación de desvalimiento ante un acaecer temido, pero que se confiaba nunca sucedería. Había sucedido y eso dejó a esa parte del país en un estado de parálisis del cual se recuperaría solo después de varios días, aunque llena de los más negros presentimientos. Para comprender lo que se desarrollaría en los tres años siguientes, junto al entusiasmo y movilización del mundo que rodeaba a la Unidad Popular, no se debe olvidar este otro momento de espanto para muchos. Como sucede en todos los sentimientos colectivos que carecen de un discurso lógico e impregnado de razón intelectual —que, en cambio, es la fuerza de la izquierda y de los movimientos sociales más o menos identificados con ella—, el estado de ánimo que reflejaba este temor dejó menos huella. Por ello existe la tentación de imprudentemente hacerlo a un lado como expresión de irracionalidad infundada. De todas maneras, lo que menos se puede decir es que estos temores recorren la historia y se dan en los más variados actores y grupos. En todo caso, juegan un papel destacado en el desarrollo de la sociedad humana.

A partir del lunes 7 de septiembre se produjeron los primeros resultados de este gran miedo, con la paralización de la Bolsa, los retiros de fondos, los estados de pánico financiero y las ventas de activos y propiedades muchas veces a precios irrisorios. Se agotaban los pasajes de los vuelos internacionales para "escapar" del país. Esto llevaba las cosas a un nivel que podía ser peligroso, lo que motivó a Allende a entrevistarse con Frei, aunque técnicamente no era Presidente electo y el proceso electoral todavía continuaba.

El temor también sobrecogió a muchas minorías étnicas, de algún modo relacionadas con los países en donde habían sido dominados por revoluciones marxistas, especialmente de Europa Oriental. Un ejemplo es interesante. El embajador de Alemania Federal informaba que la mitad de los 4 mil miembros de la colonia judío-alemana, que salvo por temas de pasaporte poco se relacionaban con la embajada o

[1] Un relato pormenorizado de estas horas en Osvaldo Puccio, *Un cuarto de siglo con Allende: recuerdos de su secretario privado* (Santiago: Emisión, 1985), pp. 237-247.

con el resto de los chileno-alemanes, se habían precipitado a las oficinas consulares a regularizar sus documentos para viajar a Alemania y de ahí probablemente a otros destinos.[2] Estaban seguros de que en Chile les aguardaba una catástrofe, aunque en la generación anterior muchos profesionales e intelectuales judíos de gran inteligencia habían enriquecido las filas de la izquierda. Como en tantas partes del mundo, las comunidades judías experimentaban una transformación.

Esto mismo sucedió con quizás menos intensidad en todos los grupos étnicos o "colonias", así como también a muchos chilenos de sectores acomodados que podían permitirse el viaje y una estadía en el exterior más o menos prolongada. Quizás se probaría que el temor y hasta la angustia por el triunfo de Allende no eran solo un asunto de "elites", sino que reflejaba a capas más amplias de la sociedad chilena. Obedecía a una mentalidad ciertamente adiestrada en este sentido, pero no de una manera tan distinta a como las diferentes posiciones ideológicas que construían la realidad habían sido inducidas por el lenguaje político del siglo XX. También, fue más que puro ciego temor el sentir que finalizaba un mundo.[3]

En compensación a esta reacción que, salvo una teoría de la conspiración, nadie podría afirmar que fue organizada y por su mismo apresuramiento demostraba completa espontaneidad, se sucedían otras expresiones que fueron consolidando el triunfo de Allende. En la mañana del 5 de septiembre, Radomiro Tomic y su esposa concurrieron a saludar al candidato de la Unidad Popular. Este lo tomó como la manifestación de reconocimiento de la Democracia Cristiana, aunque no lo era. Ese mismo día recibió la visita de los rectores de la Universidad Católica, el democratacristiano de izquierda Fernando Castillo Velasco; la Universidad Técnica del Estado, Enrique Kirberg; y la Universidad del Norte, Manuel Campos.[4] El rector de la Universidad de Chile, Edgardo Boeninger Kausel, del cual nos ocuparemos más adelante, visitó a Allende el 7 de septiembre, acompañado de todo el Consejo Universitario.[5]

Muy pronto el comando de Allende empezaba a tomar contacto con las fuerzas armadas, un paso nada de fácil, no solo por los motivos imaginables, sino porque, lo han asegurado muchos *a posteriori*, no habían diseñado nunca una política militar. Además de la entrevista de Allende con dos almirantes a mediados de septiembre, en octubre,

[2] De embajador a AA, 11 de septiembre de 1970. PAAA, B 33, Bd. 34, I B 2, 61.01/1141.

[3] El abanico de reacciones —aunque basado en general en declaraciones muy posteriores— está en Mónica González, *La conjura. Los mil y un días del golpe* (Santiago: Catalonia, UDP, 2012), pp. 47-55.

[4] *El Siglo*, 6 de septiembre de 1970.

[5] *El Siglo*, 8 de septiembre de 1970.

antes del atentado a Schneider, el Partido Comunista invitó a una comida —según ellos muy bien preparada— a varios generales del Ejército con sus esposas, con la idea de tranquilizarlos en relación con su autonomía.[6] Luego se fueron produciendo reconocimientos de grupos, asociaciones y gremios no claramente afiliados con la izquierda, pero que seguían la inercia de la hora y que se subían al carro de una nueva normalidad. A la vez, Allende se movió rápidamente en varios frentes. Reflejando las palabras iniciales de su discurso, continuó afirmando que cumpliría el programa y a la vez dando tranquilidad de que esto se haría de una manera legal y ordenada.

## Primera reacción de Washington y preocupación en Europa

Algo no menos importante, aunque calaba dentro del país menos de lo que se piensa, fue la oleada de reconocimientos internacionales. Lo primero fue una llamada de Fidel Castro, que tenía una relación personal con Allende de once años, y que no cabe duda fue un acto de gran simbolismo. Allende moriría empuñando una metralleta regalada y dedicada por el mismo Fidel Castro. Al mismo tiempo comenzó la atención de la prensa internacional que se volcaba sobre Chile. Esto era especialmente cierto en la europea, debido a que un marxista había triunfado en unas elecciones democráticas, aunque algo de esto también sucedió en la prensa norteamericana. En una parte no desdeñable de la prensa europea esto se fue transformando en una admiración soterrada o abierta, lo que dejaría una huella indeleble sobre el Chile de Allende y después sobre el de Pinochet.

El resultado de las elecciones nos aparecerá como probable después de ocurridos los hechos. No lo fue así para los chilenos que *no* votaron por Allende, los cuales quedaron sobresaltados o embargados por estupor, según el caso. La sorpresa fue doble entre los gobiernos de la región y alguna alarma cundió. No esperaban un resultado que creaba incertidumbre en las relaciones dentro del continente, cuya inestabilidad proverbial estaba compensada por países que aparecían islas de predictibilidad, entre ellas Chile. Ya no lo iba a ser más. Los gobiernos de América Latina, con la excepción del caso cubano, quedaron por algunas semanas en estado de expectación para ver cómo se desarrollaban las cosas. Es difícil pensar que en Europa Occidental hubiera provocado mucha tensión en los gobiernos, más allá de una natural desconfianza entre los diplomáticos profesionales dedicados a la región. Muy luego comenzarían a

[6] Conversación de Walter Ulbricht con Luis Corvalán, 30 de abril de 1971. BA, DDR, DY 30, pp. 229-ss.

tomar una posición cautelosa, equilibrando el cuidado de sus intereses con una opinión pública, o parte de ella, que comenzaría a ver con simpatía a la "experiencia chilena".

Donde sí se produjo una reacción furibunda, aunque no trascendió entonces al público, fue en Washington. Aunque nunca ha quedado muy claro qué se había previsto como desenlace por parte de la embajada en Chile y de los responsables en Washington, además de que la elección misma había concitado mucha menos atención que la de 1964, es evidente que el triunfo de Allende los tomó por sorpresa y el propio Nixon estaba desencajado.[7] Se produjeron reuniones de emergencia en el más alto nivel de la Casa Blanca y el mismo Nixon junto al Consejero de Seguridad Nacional, Henry Kissinger, empezaron a tomar cartas en el asunto.

El panorama en Chile aparecía súbitamente amenazador no solo a intereses concretos norteamericanos, sino que a la posición estratégica de Estados Unidos en la región, con fuertes implicancias para el futuro político de los países latinoamericanos. La visita de Agustín Edwards Eastman —quien estaba vinculado a empresarios norteamericanos con contactos directos con la administración Nixon y a muchos personeros de gobierno en Washington— a la Casa Blanca el día 14 de septiembre no hizo más que reforzar el sentido de alarma por la evolución que tomaría Chile debido al nuevo gobierno. La conversación entre Edwards y Nixon, sin embargo, no desencadenó las acciones subsecuentes de la Casa Blanca, sino que sirvió de ilustración para completar un cuadro acerca del probable panorama chileno del futuro.

La primera reunión formal para tomar una decisión sobre Chile se había efectuado el 8 de septiembre y se había planteado ya la idea de impedir la toma de posesión por parte de Allende. Se preguntó al embajador Korry qué posibilidades había para un golpe de Estado o para apoyar a la oposición en el futuro gobierno de Allende. Es cierto que el mismo 14 de septiembre se tomó la decisión de dar todo el apoyo, no solo político, sino que también por medios directos de presión y persuasión, a lo que alguien llamó la maniobra "Rube Goldberg".[8] Al día siguiente, 15 de septiembre, Nixon ordenó al director de la CIA, Richard Helms, que intentara por todos los medios, incluso promoviendo un golpe militar, evitar que Allende subiera

[7] Korry se entrevistó con Richard Nixon en Washington en octubre de 1970, días antes de la elección del Congreso Pleno. Según Korry, Nixon estaba furioso y hablaba de Allende como "ese hijo de puta". Edward Korry, "Los Estados Unidos en Chile y Chile en los Estados Unidos: Una retrospectiva política y económica", *Estudios Públicos*, 72, primavera 1998, p. 44.

[8] Reuben Goldberg era un caricaturista que solía dibujar complicadas y absurdas invenciones mecánicas. Lo intrincado de los planes para evitar que Allende accediera a la presidencia llevaron a que algunos dentro del aparato de la política exterior norteamericana los llamaran maniobra "Rube Goldberg".

al Gobierno.[9] Esto se hallaba dentro de las posibilidades constitucionales chilenas pues para tener un desenlace así se podía provocar una nueva elección presidencial, en la cual seguramente podría salir elegido Eduardo Frei. Esto era una posición de política exterior impecable desde el punto de vista de la Constitución chilena y de los principios de las relaciones entre Chile y Estados Unidos, al menos en la letra, aunque por cierto no en el espíritu de la Carta. Esto, ¿era realmente así, una manifestación ante una posibilidad legal y constitucionalmente legítima como, por ejemplo, que Estados Unidos se hubiera manifestado un año antes simpatizante con la posibilidad de que Georges Pompidou ganara en la segunda vuelta electoral en Francia?

La literatura que existe sobre este tema —la más citada al menos— pone el acento en el intento norteamericano de influir en el proceso chileno o de provocar un golpe de estado en el país.[10] La tesis que aquí se sostiene es que esto solo podía tener un viso de realidad porque, en primer lugar, en Chile existía un proceso político y emocional que podía conducir a este fin. En segundo lugar, el impulso en esta dirección no solo no era suficientemente fuerte frente a la inercia legalista de la tradición chilena, sino que además la posibilidad que hubo se fue debilitando con cada día que pasó después del 4 de septiembre. Al final, quedó casi desprovista de todo apoyo o simpatía en la víspera del día en que realmente se intentó este camino, con el fallido secuestro del Comandante en Jefe del Ejército, general René Schneider, el 22 de octubre, que culminó con su muerte. Esto fue decisivo para que fracasara todo intento por detener la toma de posesión por parte de Allende, por más que Washington hubiera gastado los diez millones de dólares o más de los que en un momento dado habló Richard Nixon.[11] Al revés, el proceso interno chileno tres años después se había desarrollado de tal manera que, se puede afirmar, los alientos

[9] Las instrucciones de Nixon a Helms fueron planteadas en los más crudos términos, de acuerdo a lo revelado por las notas tomadas por el director de la CIA en dicha reunión: "Una oportunidad en 10, tal vez, pero salven a Chile (…) Sin involucramiento de la embajada (…) US$ 10.000.000 disponibles, más si es necesario. Trabajo de tiempo completo, los mejores hombres que tengamos. Hagamos aullar la economía (de Chile)". Kristian Gustafson, *Hostile Intent: U.S. Covert Operations in Chile, 1964-1974* (Washington D.C.: Potomac Books, 2007), p. 116.

[10] Armando Uribe, *El libro negro de la intervención norteamericana en Chile* (México D.F.: Siglo XXI, 1974); Seymour Hersh, *The Price of Power: Kissinger in the Nixon White House* (New York: Summit Books, 1983); Patricia Verdugo, *Allende: cómo la Casa Blanca provocó su muerte* (Santiago: Catalonia, 2003); Peter Kornbluh, *Pinochet: los archivos secretos* (Barcelona: Crítica, 2004; original en inglés, 2003); Lubna Qureshi, *Nixon, Kissinger and Allende: U.S. Involvement in the 1973 Coup in Chile* (Lanham, Maryland: Lexington Books, 2009); Luis Corvalán Marquéz, *La secreta obscenidad de la historia de Chile contemporáneo: lo que dicen los documentos norteamericanos y otras fuentes documentales, 1962-1976* (Santiago: Ceibo, 2012).

[11] Gustafson, *Hostile Intent*, p. 116.

internacionales solo jugaron un papel menor en la preparación y conducción del golpe de estado del 11 de septiembre de 1973.

No se trataba solo de un asunto de la Casa Blanca. En un grado menor, pero real, varias embajadas y ministerios de Relaciones Exteriores europeos se preocuparon de la elección. Esto se notaba en especial en el caso de Alemania Federal. La embajada de Bonn en Santiago tuvo que recibir la alarma no solo de chileno-alemanes, sino que también la percepción del público general.[12] El embajador Hans Osterfeld recibía constantes insinuaciones de la candidatura de Allende para que lo visitara, reconociendo en los hechos su triunfo. Pero no sabía a qué atenerse y ordenó a su personal que no hiciera declaraciones y que no se mostrara mucho; que la principal preocupación sería la defensa de los intereses alemanes. Bonn en realidad temía de manera suma el reconocimiento de Alemania Oriental, que como sabemos era una intención muy atesorada y proclamada por la izquierda.[13]

Desde Bonn se instruyó al embajador en Santiago que no saludara formalmente a Allende hasta el 24 de octubre, el día de la elección en el Congreso, ya que una actitud de reconocimiento previa a esa fecha sería vista como abandono de los intereses alemanes y un jarro de agua fría para Washington, aunque sí lo podría visitar privadamente y decirle que la ayuda continuaría si posponía el reconocimiento de la República Democrática Alemana.[14] La congratulación solo podía venir después del Congreso Pleno.[15] De acuerdo con otros países de Europa Occidental, Bonn decidió enviar una delegación —en lo que también insistió Enrique Zorrilla Concha, embajador del gobierno de Frei—, aunque de rango menor a la de 1964, como señal de desconfianza. De hecho, Zorrilla había recibido la inquietud del gobierno de Willy Brandt por el reconocimiento al régimen comunista, ya que desde su perspectiva ello entorpecería las negociaciones entre las dos Alemanias.[16] Simultáneamente comenzaba a desencadenarse otro fenómeno, el encantamiento del público europeo con un socialista que desde lejos no parecía marxista.[17]

---

[12] El encargado de prensa, Von Wagener, transmite una conversación con el influyente periodista comunista Eduardo Labarca; este dice, muy entusiastamente, que si no se ratifica a Allende, habrá “guerra civil”. De embajada a AA, 17 de noviembre de 1970. PAAA, B 33, Bd. 540, I B 2, 82.00/-9108.

[13] De embajador a AA, 17 de septiembre de 1970. PAAA, B 33, Bd 540, I B 2, 82.00/1-91.08.

[14] De AA a embajador, 18 de septiembre de 1970. PAAA, B 33, Bd. 540.

[15] De AA a embajada, 7 de septiembre de 1970. PAAA, B 33, Bd. 538, I B 2, 81.00/7-91.08.

[16] De embajador en Bonn a Ministerio de Relaciones Exteriores (MRREE), 23 de septiembre de 1970. ARREE, oficio confidencial.

[17] De embajador en Bonn a MRREE, 23 de septiembre de 1970. ARREE, Notas.

## Abatimiento gubernamental y "fórmula Alessandri"

Había un país desencajado que estaba esperando una tabla de salvación pero que no sabía cómo expresarse. En el gobierno, el propio Eduardo Frei y algunos de sus ministros participan de este estado de ánimo. El Presidente le escribiría a su antiguo maestro Jacques Maritain, diciéndole que la culpa la tenían sectores de su partido que no le habían hecho caso a sus consejos y se expresaba en términos completamente lúgubres acerca del futuro del país.[18] Al propio Salvador Allende —que lo fue a visitar, ya que Frei por razones formales todavía no lo reconocía como Presidente electo— le decía que, aun reconociendo su trayectoria democrática, él, Allende, iba a ser incapaz de controlar a sus aliados, los que lo conducirían por el camino de la ruptura institucional. También callaron él y sus voceros cuando circuló profusamente la idea de elegir a Jorge Alessandri como Presidente con el apoyo de la Democracia Cristiana, para provocar una nueva elección presidencial tras la renuncia de este. Esto merece una explicación porque era más que un rumor.

La idea de poner en acción esta maniobra, que es la que "pescaron al vuelo" los norteamericanos, surgió en los días posteriores al 4 de septiembre.[19] Ya se dijo que de una manera inexplicable Jorge Alessandri permaneció en silencio por varios días. Recién el domingo 6 de septiembre en la tarde el comando de Alessandri emitió una declaración en que sostenía que había habido "procedimientos viciosos" impulsados por el Partido Comunista y que el proceso electoral no había terminado, insinuando tanto reclamaciones como la elección en el Congreso Pleno.[20] Era recurso típico en el Chile de los "picados", incluyendo a Allende en 1958 y 1964.[21] Se rescindía así la solemne promesa de Alessandri de que se debía reconocer a la primera mayoría. Si había alguna posibilidad de que esto tomara cuerpo, el silencio

---

[18] Carta de Eduardo Frei Montalva a Jacques Maritain, 8 de octubre de 1970. Archivo Casa Museo Eduardo Frei Montalva, Presidencia, Correspondencia de Eduardo Frei Montalva con Autoridades Extranjeras, Carpeta 49.

[19] Sebastián Hurtado Torres, "El golpe que no fue: Eduardo Frei Montalva, la Democracia Cristiana y la elección presidencial de 1970", *Estudios Públicos*, 129, verano 2013, pp. 105-140.

[20] *El Mercurio*, 7 de septiembre de 1970.

[21] En 1958, Allende había dicho que no podía reconocer "un triunfo que la derecha ha arrebatado al pueblo basándose en la más desenfrenada práctica del cohecho". *El Siglo*, 5 de septiembre de 1958. El 8 de septiembre de 1970, respondiendo ante la reacción de la Unidad Popular a la declaración del día anterior, los dirigentes de la campaña de Alessandri, Enrique Ortúzar y Eduardo Boetsch, emitieron un nuevo comunicado, en el que recordaban la actitud de Allende ante la elección presidencial de 1958. *El Mercurio*, 8 de septiembre de 1970.

del mismo Alessandri había ayudado a que esta declaración sonara como un grito desesperado de poco peso, además de que era como volver sobre los pasos.

Recién el miércoles 9 Jorge Alessandri emitió una declaración en la que agradecía el apoyo, aunque sin entregar un mensaje político significativo. Pero, y aquí está el punto, añadía que, tal como lo había dicho en la campaña, si fuese elegido renunciaría y no se presentaría de candidato en la elección que tendría que seguir.[22] Esto le daba un tono muy distinto que se apartaba de los usos de la tradición constitucional chilena. En la práctica, era un llamado a efectuar una maniobra constitucional para provocar una nueva elección presidencial. Si Alessandri hubiera querido reconocer el triunfo de Allende, lo hubiera declarado tal cual lo hizo, en efecto, el día 19 de octubre, pidiendo a sus partidarios que no votaran por él en el Congreso Pleno para que "don Salvador Allende asuma el mando supremo en un clima de la mayor tranquilidad".[23] Otra alternativa hubiera sido llamar la atención hacia el peligro de que asumiera la dirección del país una coalición marxista y de que eso podría impedir futuras elecciones libres en Chile. Alessandri era incapaz de expresarlo de esta manera, no tanto por una profesión constitucionalista de fe en la Carta misma, sino porque el mundo de sus ideas políticas nunca pareció integrar al marxismo como una entidad real, sino que lo evaluaba como un mero grupo de interés.

Era indudable que la declaración del 9 de septiembre le fue impuesta en parte por su propia desazón, aunque también por el entorno que lo rodeaba que veía las cosas como un fin de mundo. Estaba dispuesto a apoyar a Eduardo Frei como un mal menor, más desesperadamente todavía que en 1964, a pesar de las odiosidades creadas en el sexenio de su administración. Esta declaración solo puede haber sido planteada tras haber ocurrido algún tipo de contacto y conversación entre el entorno de Alessandri y los hombres de Eduardo Frei. Los actores del período insistieron siempre en que era la actitud consecuente de Jorge Alessandri. Si así hubiese sido, Alessandri debería haber dicho en la campaña que en el caso de salir segundo no aceptaría ser electo Presidente. Aquí claramente usaba un resquicio. El papel de Eduardo Frei o de la gente que lo rodeaba, ya que no hay ninguna huella de una conversación directa con él, emerge de una realidad muy sencilla. De haberlo considerado una posibilidad en lo fundamental peligrosa y de mala fe constitucional, hubiera tenido que haber una declaración del ministro del Interior o del vocero presidencial de que el Presidente jamás aceptaría una salida de ese tipo. Unas pocas

[22] *El Mercurio*, 10 de septiembre de 1970.

[23] *La Segunda,* 19 de octubre de 1970.

palabras hubieran bastado para parar en seco la iniciativa. Sin embargo, nada salió de ahí ni de una mayoría de los democratacristianos en las siguientes dos semanas que siguieron a la declaración de Jorge Alessandri.

Entretanto, funcionarios y agentes norteamericanos, siguiendo las directrices de la reunión del 8 de septiembre en la Casa Blanca, habían comenzado a explorar la posibilidad de apoyar una acción política que asegurara una nueva elección, en la cual Frei pudiese enfrentar a Salvador Allende, si es que este se decidiese a participar. Se habían autorizado 250 mil dólares para estos efectos con la ingenua intención de que, llegado el caso, se pudiera sobornar a parlamentarios chilenos. Quizás tenían la visión, muy simplista, de una república bananera, en donde los dólares lo harían todo. No hay que sostener una imagen muy exaltada de la honradez de los políticos chilenos para entender que en una circunstancia así ni siquiera 25 millones de dólares de la época hubieran traído un resultado diferente. Pensar de otra manera era ignorar el ambiente político que existía en Chile en ese momento. Es probable que los documentos que se refieren a esto expresen burdamente lo que se conversó como un mero reforzamiento, aunque en todo caso sigue siendo muy limitada una decisión basada en el supuesto del soborno. Al final se gastaron 153 mil dólares sin haber obtenido un solo voto.[24]

¿Por qué era tan difícil plantear la opción, que en teoría suena justa, de dar la posibilidad a una elección a dos bandas? Porque se había creado una tradición de que lo justo y lo legítimo era aceptar el triunfador en la primera vuelta y eso estaba bastante instalado en la mente de los chilenos. En realidad, no se trataba de una tradición muy antigua. Según la Constitución de 1925, se aplicó por primera vez en 1946 la regla constitucional de la elección en un Congreso Pleno entre las dos más altas votaciones. La primera mayoría fue para Gabriel González Videla y bastante más atrás quedó Eduardo Cruz-Coke. Este hizo un débil intento por forzar una elección de la segunda mayoría. Gabriel González Videla afirma en sus memorias que el Vicepresidente Alfredo Duhalde Vásquez fue forzado a renunciar antes de que se efectuara la elección en el Congreso Pleno, en lo que fue una suerte de golpe blanco.[25] Al final, con votos de izquierda y de derecha se ungió al candidato de centroizquierda. Sucedió algo parecido en 1952 cuando Carlos Ibáñez obtuvo

[24] Gustafson, *Hostile Intent*, p. 110.

[25] Gabriel González Videla, *Memorias* (Santiago: Gabriela Mistral, 1975), Vol. 1, pp. 492-494. Duhalde renunció a la vicepresidencia, cargo que ocupaba desde enero de 1946, el 17 de octubre de ese año y fue reemplazado por Juan Antonio Iribarren. González Videla fue elegido Presidente por el Congreso Pleno el 24 de octubre.

la primera mayoría relativa, pero con el 46,8% de los votos, casi doblando al liberal Arturo Matte. Este se resignó la misma noche del 4 de septiembre. Nuevamente ocurrió en 1958, según hemos visto. Fue una elección muy estrecha. Pero el país supuso inmediatamente que el Congreso se pondría detrás de Jorge Alessandri, como efectivamente lo hizo, aunque sin los votos de la izquierda marxista. Habrá que recordar que Salvador Allende no reconoció este triunfo de su rival ni lo haría después con Eduardo Frei en 1964.

Como tradición era escuálida. Sin embargo, había arraigado en la mente de los chilenos. Ya se ha visto que se pensaba en la idea de la segunda vuelta y había sido la candidatura Alessandri la que se había opuesto con más energía. Los opositores a Salvador Allende en 1970 no poseían ningún argumento que tuviera raigambre histórico-jurídica ni en la costumbre política previa al 4 de septiembre. Haber postulado esta salida al dilema revelaba más que nada el estado de aturdimiento con que se reaccionó al triunfo de Allende y la total desconfianza que en medio país despertaba la perspectiva de un gobierno de la Unidad Popular.

Esto no quita nada a que utilizar un resquicio constitucional carente de toda legitimidad era abusar del espíritu de la Constitución, tal como se había practicado y se había asegurado. Esto de todas maneras es igualmente válido para la discusión que provocó la intervención del general Schneider en mayo de 1970, de que el Congreso tenía la facultad de elegir una segunda mayoría.[26] Una decisión de este tipo solo podría haber sido interpretada como un "golpe blanco", una maniobra apegada a la letra de la Constitución y completamente opuesta a su espíritu. Incluso lo de la letra era cuestionable, ya que suponía elegir como Presidente a alguien que expresamente prometía renunciar al cargo para provocar otra elección.

Contra la elección de Alessandri operaba otra inercia más fuerte que la de la reciente tradición constitucional. Aunque hasta comienzos de octubre hubo muchos signos de que había un país espantado por la posibilidad del triunfo de Salvador Allende —incluyendo la salida de varias decenas de miles de personas del país—, comenzó a crecer también lo que se podría llamar el fenómeno de la "normalidad chilena". Cada día que pasaba a partir del 4 de septiembre, más gente que no había votado por Allende o se resignaba a que asumiera o incluso creía que era "buena persona" y "simpático", que era "socialista" y no "comunista", que había que respetar su triunfo y darle también "una oportunidad". Otros efectuaban lo que es tan universal, subirse al carro del vencedor, y no nos referimos aquí a que con eso

[26] *El Mercurio*, 8 de mayo de 1970.

cada uno esperara alguna retribución en un puesto de alguna entidad del Estado, sino que simplemente al buen estado de ánimo que se experimenta cuando se está en comunión con los tiempos. En otras palabras, el estar con el triunfador. Además de las negociaciones entre la Democracia Cristiana y la Unidad Popular, cuando ya parecía inevitable que Allende asumiría el Gobierno, el mismo Jorge Alessandri el 19 de octubre publicó la declaración citada más arriba. Fue como "la entrega de la oreja", tarde, aunque tuvo suerte de que fuera antes del asesinato de Schneider, cuando sectores empresariales y muchos políticos de la derecha estaban resignados a un gobierno de Allende.

Los votos de la Democracia Cristiana eran cruciales en el Parlamento. Desde el primer día, Tomic había reconocido el triunfo de Allende e incluso mostrado cierto entusiasmo por el mismo. Luego se fueron sumando líderes de segunda fila, pero más o menos indicativos, y también poco a poco varios parlamentarios. Incluso a los que estaban más pesimistas por la suerte del país bajo un futuro gobierno de Allende se les hacía muy cuesta arriba no solamente la idea de votar por Alessandri, sino que también hacerlo en medio de una inédita maniobra de resquicio constitucional. Surgió a la luz el pacto secreto previo a las elecciones entre Tomic y Allende, al cual el primero le llamó "aclaración de intenciones".[27] Si bien esto no identificaba a una mayoría del partido, le quitaba más fuerza todavía a toda idea de forzar una segunda elección.

Un par de semanas después lo siguieron organizaciones empresariales que empezaron a enviar primero emisarios y después visitas formales a Allende, quien, como era usual, los tranquilizaba asegurándoles que los escucharía y tendrían su papel. Pocos creían que sería así, pero había que seguir el juego. Incluso, en las mismas fuerzas armadas se iban produciendo intentos por contactar a Allende y el entorno de este estaba todavía más interesado en esos contactos directos. Ya dijimos que el mismo Alessandri había hecho un llamado para acatar con calma la toma de posesión por parte de Allende. En la primera mitad de septiembre, incluso hubo una reunión de dos almirantes, dos futuros comandantes en jefe, Raúl Montero Cornejo y José Toribio Merino Castro, con Allende.[28] Querían tranquilizar algunas preocupaciones muy corporativas: presupuesto, mantención de lazos militares con Estados Unidos, respeto a la jerarquía de la Armada, etc. La reunión fue inusitada en la tradición chilena y es indudable que más que una simpatía de principio con el candidato fue,

[27] *La Segunda*, 14 de octubre de 1970.

[28] Puccio, *Un cuarto de siglo con Allende*, p. 256; José Toribio Merino Castro*, Bitácora de un almirante: memorias* (Santiago: Andrés Bello, 1998), pp. 76-78; González, *La conjura,* pp. 38-41.

en la persona de los marinos, una reacción al profundo desánimo e inquietud que los había sobrecogido a partir del 4 de septiembre.

Como toda acción extrainstitucional debía contar con el apoyo expreso o al menos el acatamiento de las fuerzas armadas, esta reunión fue quizás la expresión más patente de que el país estaba asumiendo el triunfo de Allende. Es perfectamente comparable con las cartas en 1938 del Comandante en Jefe del Ejército y del Director General de Carabineros a Gustavo Ross para que este desistiera de todo reclamo electoral, porque de lo contrario "podía desatarse una protesta revolucionaria" que las fuerzas de orden no podrían contener.[29] En 1970 casi se pasó por alto la noticia de la abrupta salida de su cargo del Comandante en Jefe de la Armada, vicealmirante Fernando Porta Angulo, según trascendió después, por haber permitido esta reunión, la que tiene que haber sido categóricamente desaprobada por el ministro de Defensa Sergio Ossa Pretot, y por el Presidente Frei. Fue reemplazado por el vicealmirante Hugo Tirado Barros el 13 de octubre.

La sociedad humana jamás es algo homogéneo. Lo que aquí se ha descrito probablemente correspondía a un estado de ánimo mayoritario. Seguía subsistiendo otro más minoritario que giraba en torno a un estado sicológico entre la desazón, la desesperación y la aventura. Tanteaba entre la fórmula Alessandri (elección, renuncia, nueva elección) y directamente una intervención militar que en principio establecería las condiciones para un nuevo acto electoral. No se necesita la experiencia de 1973, sino que basta con la de 1924, para entender que de ahí tenía que surgir una tentación cesarista, en lo inmediato poco preocupada por la letra de la Constitución.

En primer lugar, estaba el abatimiento del gobierno en torno a Eduardo Frei y de algunos líderes democratacristianos que estaban seguros de que entregar el gobierno a Allende era encaminarse a una "dictadura totalitaria" o, en todo caso, a una crisis desastrosa para el futuro del país. El día 3 de septiembre, Frei le había dicho al embajador Korry que el triunfo de Allende llevaría directamente al establecimiento de un Estado "marxista-leninista" en Chile.[30] Altos dirigentes del entorno de Frei se entrevistaron a los pocos días de la elección con el embajador. Era claro que pensaban en trabajar la fórmula Alessandri, lo que demuestra que la declaración

[29] Joaquín Fermandois, *Abismo y Cimiento: Gustavo Ross y las relaciones entre Chile y Estados Unidos, 1932-1938* (Santiago: Universidad Católica de Chile, 1997), p. 140.

[30] De embajada en Santiago a Departamento de Estado, Telegrama 3483, 4 de septiembre de 1970, National Archives II, Record Group 59 (Records of the Department of State), Subject Numeric Files, 1970-1973, Political and Defense, Box 2195. Todas las citas de documentos norteamericanos en este capítulo han sido tomadas de Hurtado Torres, "El golpe que no fue."

del ex Presidente no era una pura manifestación aislada. Querían saber qué pensaba Estados Unidos de la situación, y el embajador les encontraba la razón de que debía transmitírseles rápidamente una respuesta.[31] Frei se entrevistó el 12 de septiembre con John Richardson, Secretario de Estado Adjunto para Asuntos Educacionales, entonces asistiendo a una conferencia internacional. Al tenor del informe de Korry, Frei le había enviado en el fondo un mensaje acerca de lo pesimista que estaba sobre la situación en el país. Relató al embajador y a Richardson la entrevista que había tenido con Allende, en la que le había dicho que él, Frei, no tenía problemas con el senador, pero que los comunistas se convertirían en su principal sostén y Allende terminaría convirtiéndose en una figura similar al Presidente provisorio de Cuba tras la revolución, Manuel Urrutia.[32]

La comparación podrá ser discutible, ya que Urrutia nunca había compartido la parte radical del castrismo y Castro tenía el poder político y militar en sus manos. Solo demuestra lo convencido que estaba Frei de que el país se encaminaba a un abismo y es lo que probablemente lo hacía sensible en su corazón a la posibilidad de unas nuevas elecciones. Intuía perfectamente también que él siempre había sido el líder chileno preferido por los norteamericanos.

## ¿Gabinete militar?

Otro despacho de Korry habla sobre informaciones de que Frei había pensado en renunciar a la presidencia como forma de provocar una crisis política, para lograr una nueva elección.[33] El mismo Frei le dijo a Korry, el 18 de septiembre en el Teatro Municipal, que se entrevistara con el ministro de Defensa, Sergio Ossa.[34] Korry informaba también que el discurso que pensaba dirigir al país Andrés Zaldívar tenía la intención de mostrar la grave crisis económica que se estaba produciendo y que quizás sería seguido por una renuncia de parte del gabinete. El 21 de septiembre

[31] De embajada en Santiago a Departamento de Estado, Telegrama 3642, 12 de septiembre de 1970, National Archives II, Record Group 59, Subject Numeric Files, 1970-1973, Political and Defense, Box 2199.

[32] De embajada en Santiago a Departamento de Estado, Telegrama 3644, 13 de septiembre de 1970, National Archives II, Record Group 59, Subject Numeric Files, 1970-1973, Political and Defense, Box 2194.

[33] De Korry a Kissinger, 14 de septiembre de 1970, Pinochet Files, Box 1, Folder Chile 14 Sept 70 – 8 November 70, Richard Nixon Presidential Library.

[34] CIA Cable a Henry Kissinger, 19 de septiembre de 1970, CIA FOIA Electronic Reading Room, <http://foia.cia.gov>. Visitado el 9 de enero de 2013.

Korry se reunió con Sergio Ossa y Carlos Figueroa Serrano, ministro de Economía, a quienes creía parte de un grupo que estaba decidido a impedir que Allende fuera elegido por el Congreso. Quizás se pensaba, al tenor de la información de Korry, que la renuncia de los ministros sería seguida por el nombramiento de un gabinete militar, con lo cual la administración del país en cierta manera sería responsabilidad de las fuerzas armadas.[35]

El ministro de Hacienda, Andrés Zaldívar, pronunció su discurso el día 23 de septiembre. Tenía toda la tonalidad apocalíptica acerca de las consecuencias que tendría el momento que se estaba viviendo.[36] Sin embargo, y esto fue público y notorio, el discurso no tuvo un efecto adicional sobre el estado de ánimo del país más allá de la desazón y estampida que ya existía. Tampoco se produjo la renuncia del gabinete, según Korry porque Frei, a pesar de estar apesadumbrado por el triunfo de Allende y de entretejer posibilidades para impedir su asunción, no se decidía a dar un paso que podía ser muy extremo. Según uno de los interlocutores democratacristianos de Korry, Frei quería que las fuerzas armadas dieran un paso, pero que él no fuera tocado, sino permanecer "inmaculado" de toda sospecha de promover un golpe.[37] Pocos días después el mismo embajador informaba que Frei había renunciado a hacer esfuerzos mayores por evitar que el partido apoyara a Allende. Se estaba resignando.[38]

Esta parte de los acontecimientos de las semanas cargadas de tensión la conocemos directamente por los informes de Korry. Puede haber habido una sobrelectura del embajador, que tenía quizás grandes esperanzas en una acción directa de Frei. Conociendo el estilo de comunicación de la diplomacia norteamericana, puede haber una cuota de *wishful thinking*, pero no puede haber inventado todo ni mucho menos. Desde luego, es coherente con lo que anotábamos antes, la falta total de distanciamiento de Frei con la declaración de Alessandri y con toda la campaña, limitada pero real, por promover la idea de una nueva elección presidencial. Hubiera bastado una modesta declaración para haberle sustraído toda base a esa propuesta. Por cierto, como decíamos en términos de la letra de la Constitución era posible,

---

[35] CIA Cable a Henry Kissinger and Charles Meyer (Assistant Secretary of State for Inter-American Affairs), 21 de septiembre de 1970, CIA FOIA Electronic Reading Room, <http://foia.cia.gov>. Visitado el 9 de enero de 2013.

[36] *El Mercurio*, 24 de septiembre de 1970.

[37] De Korry a Secretario Adjunto (para Asuntos Políticos) U. Alexis Johnson y Henry Kissinger, 24 de septiembre de 1970, Pinochet Files, Box 1, Folder Chile 14 Sept 70 – 8 November 70, Richard Nixon Presidential Library.

[38] De embajador Korry a Henry Kisinger y Alexis Johnson, 9 de octubre de 1970, Pinochet Files, Box 1, Folder Chile 14 Sept 70 – 8 November 70, Richard Nixon Presidential Library.

pero la conducta en general, de haber seguido ese camino, hubiera significado un virtual "golpe blanco".

Es posible que Eduardo Frei hubiese estado en una especie de depresión anímica. Algo de esto traslucía en las fotos de la época y en su semblante. Le parecía tan increíble lo que había sucedido que no es impensable, con estas señales, que su actitud pasiva se debiera a que en lo profundo de sus sentimientos deseaba ser depuesto por las fuerzas armadas. En Chile estaba el antecedente de 1924 que desembocó, en primera instancia, en el regreso triunfal de Arturo Alessandri. En segunda instancia, significó entregarle el poder a un tercero que rápidamente aferró la oportunidad en su puño, Carlos Ibáñez. Todas estas cosas deben de haber pasado por su mente, tanto como la conciencia de que violentar el espíritu de la Constitución era ir contra una doctrina sostenida por él desde siempre. La situación en el gabinete tenía otra cara. Según Korry, Frei había dicho a algunos jefes militares que la situación le parecía terrible.[39] Si no fue así, en todo caso, estos tienen que haber captado el ambiente de fin de mundo y de pesimismo más absoluto que se daba en las principales cabezas del Gobierno.

Al tenor de lo relatado por Prats, el general Schneider veía que un gobierno de Allende podría llevar a la "implantación de un régimen marxista", pero que una reacción temeraria, como un golpe liderado por Viaux, podría llevar a una situación en la que se destruyera el "ejército profesional". También, muchos altos oficiales en retiro se acercaron al alto mando para presionar para que interviniera. El día 8 de septiembre Frei se reunió con los comandantes en jefe y les contó sobre su reunión con Allende, que le dijo sin ambages que su gobierno llevaría al marxismo y que la situación económica era pésima por el triunfo de la Unidad Popular. No existe registro de que Frei los haya conminado a seguir el camino institucional, dejar que "la política" solucionara el problema en los dos meses que seguirían, que era la idea de Schneider. La impresión que Frei dejó en el alto mando fue de un completo abatimiento. Todavía el 22 de septiembre, siempre de acuerdo a Prats, el ministro de Defensa, Sergio Ossa, dijo que las fuerzas armadas tenían "que salvar al país", e incluso hacía una referencia a Viaux. Otros líderes de la Democracia Cristiana le dijeron algo parecido. Pero el 23 de septiembre Frei, aunque muy pesimista acerca del futuro, le dijo a Schneider que sabía que algunos generales querían actuar, pero qué él, Frei, defendería la "constitucionalidad" y entregaría el mando a su sucesor; que "recomendaba" a las fuerzas armadas que hicieran lo mismo. Fue la primera

[39] De embajador Korry a Henry Kissinger, 26 de septiembre de 1970, Pinochet Files, Box 1, Folder Chile 14 Sept 70 – 8 November 70, Richard Nixon Presidential Library.

vez, que sepamos, que el Presidente Frei conminó a los jefes militares a hacerse a un lado y dejar que el proceso siguiera su curso.[40] Esto es coherente con el hecho de que crecía la posibilidad de acuerdo para el "Estatuto de Garantías".

## Apoyo de la Democracia Cristiana a cambio de "garantías"

En el cuerpo de la Democracia Cristiana se delinearon dos tendencias. Una estaba tan desalentada, temerosa del futuro y pesimista como Frei. Otra, aunque no irradiaba felicidad precisamente, quería sumarse, si no a la Unidad Popular —algunos lo harían en 1971 como Izquierda Cristiana— al menos a la idea de "los cambios". A la gran mayoría de todas maneras le parecía inconcebible y hasta temeraria la "fórmula Alessandri". En la segunda semana de septiembre ya estaba cuajando la idea que los podía unir a todos, de solicitar cierto tipo de garantías, que debían inscribirse en la Constitución, como una suerte de "seguro de democracia" en lo relacionado a la vigencia del estado de derecho y del pluralismo político, que las fuerzas armadas siguieran siendo garantía de la democracia, que "la educación permanezca independiente de toda orientación ideológica oficial y que se respete la autonomía de las universidades".[41] El 23 de septiembre una delegación de la Democracia Cristiana compuesta por el presidente, Benjamín Prado Casas —hombre de Tomic—, Renán Fuentealba Moena, Luis Maira Aguirre, Patricio Aylwin Azócar y Jaime Castillo, los dos últimos de la tendencia más reacia, se reunió con Allende en su casa de Guardia Vieja y le entregó sus planteamientos.

Bien miradas las cosas, si la Unidad Popular los aceptaba de buenas a primeras, era como reconocer que representaba una amenaza a la democracia. El 29 de septiembre Allende entregó su respuesta a Prado, que en el fondo era negativa, aduciendo que su trayectoria democrática personal era la mejor garantía. Sonaba como un desafío. La Democracia Cristiana insistió en que las promesas deberían quedar inscritas en un estatuto jurídico de garantías democráticas, consagrado en la Constitución, y se reiteraba que era la condición para dar la orden a sus parlamentarios de votar por Allende en el Congreso Pleno.[42] Entretanto, surgían más informaciones del acuerdo previo a las elecciones entre las candidaturas de Tomic y Allende, que parecía con ribetes de escándalo. De acuerdo a lo que Tomic llamó, para suavizarlo, "aclaración de intenciones", se plantearon criterios de reconocimiento para

[40] Carlos Prats, *Memorias. Testimonio de un soldado* (Santiago: Pehuén, 1985), pp. 172-173.
[41] *La Segunda*, 24 de septiembre de 1970.
[42] *El Siglo*, 2 de octubre de 1970.

Alessandri, de ganar en la elección popular, extremadamente más rigurosos de los que se concedían mutuamente.[43] En ese caso, se podrían haber dado el gusto "del picado", de decir que en el fondo no había limpieza en el acto electoral, lo que lo invalidaría, aunque no hubiese sido correcto afirmarlo. Era lo que Allende dijo de Alessandri en 1958 y de alguna manera de Frei en 1964 (y Alessandri sobre Allende en septiembre de 1970). El punto es que esto se había mantenido alejado del público y era una distorsión del proceso electoral mucho más grave que cualquier "campaña del terror", aunque no reñida con las usuales patadas bajo la mesa y los golpes bajos.

Al final Allende y la Unidad Popular vieron que debían ceder y presentar el asunto como destacando las coincidencias entre los programas de Tomic y Allende, en lo que mucho se insistía. Algunos democratacristianos lo presentaron como una forma de encajonar a la izquierda, aunque diciéndolo de otra manera. El principal protagonista del ala freísta, Edmundo Pérez Zujovic —quien en los mensajes de Korry aparecía como uno de aquellos que se allanarían a la "fórmula Alessandri" y a la vez era infamado por la izquierda—, sorprendió con un apoyo total a las negociaciones:

> No solo estoy completamente de acuerdo con la posición oficial de mi partido, sino además estimo necesario que el PDC participe activamente en el futuro gobierno de Salvador Allende, como una manera segura de cautelar el sistema democrático y de restablecer la confianza pública amagada por el resultado de las elecciones.[44]

El texto es parte de una carta al célebre periodista Luis Hernández Parker, en la que Pérez Zujovic corregía un comentario de este, y añadía que tenía "la mala suerte de que generalmente mi imagen pública no corresponde ni a lo que pienso ni a lo que hago". Parece que fue su sino.

En todo caso, esta propuesta era más que arma de doble filo para Allende, ya que implicaba domeñar la parte más revolucionaria del programa, y por lo tanto era inaceptable para él. Por otra parte, lo que se podría llamar "el dilema democrático" fue expresado con un dejo de impotencia, sin el menor rastro de entusiasmo, por Benjamín Prado: "Negar a Allende la posibilidad de asumir el gobierno, sería lo mismo que haberles dicho: ustedes tienen derecho a participar en las elecciones, pero no a ganar; vayan entonces a la vía violenta".[45] Quizás sin pensarlo, formulaba el gran problema de la democracia cuando está sometida a la prueba del acceso legal

[43] *La Segunda*, 2 de octubre de 1970.

[44] *Ercilla*, semana del 30 de septiembre al 6 de octubre de 1970.

[45] *El Siglo*, 4 de octubre de 1970.

al poder de fuerzas que la van a modificar *legalmente* hasta convertirla en un sistema no democrático. En el siglo XX casi siempre la alternativa fue uno totalitario, aunque se le llamase "verdadera democracia".

En una Junta Extraordinaria de la Democracia Cristiana del fin de semana del 3 y 4 de octubre, tras reñida disputa, se aprobó un voto para negociar el Estatuto de Garantías con la Unidad Popular y votar por Allende en el Congreso Pleno. Fue derrotada por pocos votos una posición más dura, encabezada por Patricio Aylwin, que consideraba insatisfactoria la respuesta de Allende y proponía presentar de manera unilateral un proyecto de garantías constitucionales. Prado colocó el peso de la justificación en que era la forma de evitar una guerra civil, en enésima alusión a 1891 ("10 mil muertos").[46] Aunque sus expresiones emanaban desconfianza y a pesar de que quería buscar las coincidencias en los cambios, daba la impresión de que hablaba con el corazón en la mano.

El 15 de octubre la Cámara votó la reforma constitucional, aprobándola por 94 votos a favor y 16 abstenciones.[47] Previamente se había constituido una comisión integrada por los democratacristianos Renán Fuentealba, Bernardo Leighton y Luis Maira (que en 1971 pasaría a la Izquierda Cristiana) junto a Luis Herrera, Orlando Millas y Anselmo Sule Candia de parte de la izquierda. No fue fácil, pero como luchaban contra el tiempo y por la posición de avenimiento —parece— del Partido Comunista y sobre todo del mismo Allende, tras dimes y diretes, hubo acuerdo en la enumeración de garantías que serían más especificadas en la Constitución.

Para la izquierda había sido un hueso algo duro de roer, ya que de alguna manera el participar en las negociaciones era un reconocimiento, aunque fuera indirecto, de que su acceso al poder despertaba legítima desconfianza. Por última vez tuvo una aparición relevante Rafael Tarud. Sin representar el marxismo duro, expresó el deseo profundo de la Unidad Popular, que iba por derroteros diferentes a los de las Garantías: "Estimo justo dialogar con el PDC para aclarar lo que ellos consideren que no está lo suficientemente explicado. En esta perspectiva, y como opinión estrictamente personal pienso que más que incorporar esos puntos a la Constitución Política, lo patriótico sería ponerse de acuerdo en una nueva Carta Fundamental que posibilitará realizar en conjunto los profundos cambios estructurales que Chile necesita para convertirse en una democracia moderna, con plena participación del pueblo en el gobierno y en la administración del Estado, y en todos los organismos de gestión

[46] *El Siglo*, 4 de octubre de 1970.
[47] *El Siglo*, 16 de octubre de 1970.

de la sociedad de trabajadores".[48] Para la Democracia Cristiana eso era como dar un salto al vacío y equivalía a la entrega de todo el poder, no solo del Gobierno. La lealtad institucional de la izquierda, que a su manera la había, era traducida como el fruto de un trabajo propio.

Como lo decía Orlando Millas en esos días, la institucionalidad verdadera, la que era legítima, "había sido construida por el pueblo", por "los trabajadores", lo que casi siempre quería decir por su vanguardia: "Cada libertad ha costado al pueblo mucha sangre e inmensos sacrificios. Todas ellas son el fruto de grandes y ásperas luchas. El Partido Comunista nació en la pampa salitrera en el combate por los derechos de la clase obrera y durante cerca de sesenta años ha afrontado cuanta prueba se le ha presentado, aun las más duras, batallando sin tregua y con honor para hacer efectiva la liberación social".[49] Era precisamente esto lo que creaba la parte fundada del desasosiego que despertaba el que la izquierda se encontrara en los umbrales del Gobierno, y quizás de lo que el mismo comunismo (y marxismo) definía como "poder".

La derecha, salvo una breve gestión de Allende con Alessandri y al parecer con el presidente del Partido Nacional, Sergio Onofre Jarpa Reyes, fue dejada a un lado y también estaba automarginada por su parálisis en todo este proceso. Cuando despertaran sería para orientarse por la palabra de Jarpa de esos mismos días. Tras deslizar una crítica a la campaña de Alessandri por haber renunciado a exponer un programa, una idea de lo que se iba a hacer, entregaba la palabra que fundaría su acción, su "praxis" si se emplea el vocabulario de la izquierda:

> La posición del partido no puede cimentarse en ninguna alianza ni ninguna combinación. La garantía para nosotros somos nosotros mismos. No podemos depender de garantías negociadas por directivas políticas que no tienen ninguna eficacia, salvo un valor declarativo y que esconde otras negociaciones que tal vez el país va a conocer en algunos días más. Si alguna fuerza fuera del PN va a dar la lucha por mantener la libertad y la democracia, yo digo que ella no puede ser ninguna inspirada en partidos internacionales. Sería mucho mejor en cambio confiar en partidos que tienen tradición chilena, ya que por lo menos tienen sentido de nacionalidad.[50]

Aquí existía el anuncio de una fiera oposición, surgida del convencimiento de que se jugaba el futuro institucional. La referencia a "partidos internacionales" tuvo una curiosa consecuencia. En la medida que la derecha y otros pudiesen haber llegado

[48] *Ercilla*, semana del 30 de septiembre al 6 de octubre de 1970.
[49] *El Siglo*, 11 de octubre de 1970.
[50] *Ercilla*, semana del 21 al 27 de octubre de 1970.

a un acuerdo, partían de la base de que el gran problema era el Partido Comunista, por sus lazos internacionales, y no el Partido Socialista. Paradoja, pues en la práctica este era ultrista a toda prueba, mientras que el comunismo tenía una conducta más ambigua, no lejana a un pragmatismo incluso, quizás, como estrategia.

La clave estaba en la Democracia Cristiana, donde no había unanimidad de pareceres. Por la importancia que más adelante adquirió la visión de Patricio Aylwin dentro del partido y en el electorado que lo seguía, es interesante destacar el núcleo de su idea. Negaba que se hubiera opuesto a la negociación, sino que le pareció que la primera respuesta de Allende era en sí misma una negativa a negociar. La parte más reveladora del estado de ánimo viene cuando se defendía de una crítica de la derecha, que sostenía que las Garantías eran un "dique de papel":

> Creo que el diputado (Fernando) Maturana está haciendo un juego político oportunista bastante barato. Estimo que las garantías —y quién las lea y las examine lo comprobará— son efectivas y muy importantes. Dondequiera que triunfan los sectores marxistas comienzan de inmediato a aplicar sus métodos: suprimen el pluralismo partidista, eliminando a todos los partidos de oposición; acaparan todos los medios de comunicación de masas en sus manos y cierran la prensa, la radio y la televisión a quienes discrepan de ellos; descabezan y politizan a las Fuerzas Armadas y crean, por otro lado, milicias populares; estatizan totalmente la educación y le imponen una ideología oficial, de manera que la educación pasa a convertirse en un instrumento de formación ideológica de las juventudes y de la niñez; a base de organización política o de comités de base, constituyen poderes que, de hecho, se sobreponen a las autoridades legalmente constituidas: al lado de cada autoridad hay un comité de Unidad Popular, de Acción Popular o como quiera que se llame, que en el fondo es quién ejerce el poder (….) Yo he sostenido reiteradamente y lo he dicho en la Junta Nacional que las garantías constitucionales son, como quien dice, fijar el ring para el combate democrático. Si nos vamos a quedar dormidos sobre estas garantías, adiós democracia; pero si estamos dispuestos a combatir, este ring nos permitirá hacerlo en condiciones de igualdad, tendremos una cancha adecuada para dar con posibilidades de éxito la pelea que en estos momentos es preciso dar en Chile. De eso se trata.[51]

Distraemos con este largo texto porque consiste en la enumeración de los argumentos de la oposición durante los tres años de la Unidad Popular, que llegó a expresar al comienzo con dispersión y no sin otras miradas alternativas. No todos los que lo proferían en 1973 lo pensaban de la misma manera en 1970; pero una parte de los actores lo entendía de esta forma en la víspera de la asunción del mando por parte del nuevo gobierno. Al final fue la principal coherencia del discurso de los adversarios del proyecto de Allende.

[51] *La Segunda*, 23 de octubre de 1970.

## Invisible frontera entre crisis política y golpe

En los uniformados, se añadía a su propia incertidumbre ansiedad, pero también excitación ante el hecho de transformarse tácitamente en una fuente de decisión política. Los informes de Korry nombran a los generales Camilo Valenzuela (Ejército) y Vicente Huerta Celis (Carabineros) en este contexto, los mismos que estaban vinculados a la operación que culminó en la muerte del general Schneider. Aquí, el punto a destacar es que ellos tienen que haber sentido algún tipo de pronunciamiento por parte al menos de un sector del Gobierno. Con el correr de las semanas, comenzarían a convertirse en cerebros más amplios de la operación, aunque seguramente llenos de dudas a medida que el ambiente consolidaba más y más a Salvador Allende.

Había una tercera fuente de resistencia que era abiertamente insurreccional y ciertamente tenía que ver con una parte de los altos jefes militares. También era propia a civiles que en términos genéricos podían llamarse representantes o al menos cercanos a una extrema derecha de raíces anticomunistas o nacionalistas. Figuraban militares en retiro y representantes variopintos de muchos grupúsculos del pequeño pero atomizado movimiento nacionalista. Estaban los círculos que se movían en torno al general Roberto Viaux, que ejercía una influencia importante al interior del Ejército. Estaba alimentada además por una seguidilla de pequeños grupos de complotados dentro del Ejército, quizás con lazos con otras instituciones, que habían sido denunciados después del Tacnazo. Estos últimos no eran representativos quizás de un estado de ánimo general entre los oficiales, pero ahora pasaron a una actividad frenética.

Como muchas veces sucede con la extrema derecha cuando se organiza, transita a una acción de violencia no meditada que termina por ser contraproducente. Carece de la noción de que se requiere adquirir primero una estrategia política y un largo período de preparación antes de pasar a la acción directa, doctrina que desde siempre ha conocido la extrema izquierda. Desde la segunda quincena de septiembre comenzaron a estallar bombas en Santiago, en torres de alta tensión, en algunos negocios representativos de grandes empresas chilenas o norteamericanas y en algunas secretarías políticas. Por un lado, daba la impresión de que quería camuflarlos como un desencadenamiento de la violencia de izquierda. Por otra parte, tenía un carácter más evidente de intento de provocar a la extrema izquierda para que se lanzara a la batalla y sirviera de pretexto para algún tipo de intervención militar. Ya antes del 22 de octubre, el día del intento de secuestro del general Schneider, la Policía de Investigaciones comenzó a desenhebrar los hilos y a arrestar a los causantes, que en general provenían del perfil antes señalado.

Denotaban también el carácter de aventurerismo que acompaña el nacimiento de los grupos de extrema derecha, que en su impaciencia dejan muy rápido en evidencia las motivaciones de su táctica. Hay que añadir que Carabineros e Investigaciones fueron extraordinariamente pasivos en un primer momento, con lo que es inevitable pensar que había tolerancia debido a que alguien de sus filas los incitaba a actuar de esta manera o fue la política del director de la policía civil, Luis Jaspard Da Fonseca. Es justo decir también que el gobierno de Frei tampoco había puesto mucha energía en desbaratar al MIR una vez que este se lanzó a las acciones armadas en 1969. Ahora, la intensidad de estos ataques sin ninguna víctima mortal obligó a cortarlos en seco, como decíamos, ya antes del 22 de octubre.

Existía en paralelo a toda esta actividad política entre legal y rupturista una tercera línea de acción, que a la vez estaba íntimamente ligada a las dos anteriores. Altos oficiales del Ejército, entre apesadumbrados por la perspectiva de un Chile en proceso revolucionario y tentados por la posibilidad de ser el centro de una acción, estaban dispuestos a ir más allá y efectuar una intervención militar; en buen romance, encabezar un golpe. Cuánto quería este grupo establecer un régimen militar o dar la oportunidad de unas nuevas elecciones presidenciales, según la idea de favorecer una candidatura de Eduardo Frei, es algo que no ha quedado claro.

En esta acción es donde intervino mucho la mano norteamericana de la CIA y otros. En general, cada vez que se habla de los norteamericanos se habla de la CIA, que es el gran medio de canalización de información y recursos, pero no el único. Diplomáticos y militares norteamericanos actuaban al mismo tiempo en ese mismo papel y las fuentes han mostrado cómo la ITT observaba con mucho interés y quizás alentaba a todos estos movimientos, aunque es muy probable que es poco lo que hayan hecho, ya que no se les daba mucha participación. El papel que desempeñó la política norteamericana conocida como Track II, un esfuerzo por provocar directamente una intervención militar, fue importante en darles seguridad a los chilenos involucrados de que Estados Unidos los apoyaba, que estaba dispuesto a darles algún soporte logístico, amén de recursos en dinero para la organización y un seguro de vida.[52]

[52] Para este tema sigue siendo imprescindible la consulta del informe de la Comisión Church, U.S. Congress. Senate. Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities, *Covert Action in Chile, 1963-1973: Staff Report*. 94th Congress, 1st Session, 1975. Relatos pormenorizados de las operaciones conocidas como Track I y Track II en Joaquín Fermandois, *Chile y el mundo 1970-1973. La política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985), pp. 286-296; Peter Kornbluh, *Pinochet: los archivos secretos* (Barcelona: Crítica, 2004; original en inglés, 2003), pp. 27-68; Gustafson, *Hostile Intent*, pp. 105-137.

De acuerdo a lo que ha trascendido en las fuentes, parece ser que la pieza más clave aquí era el general Camilo Valenzuela, comandante de la guarnición de Santiago. Lo apoyaban el recientemente nombrado Comandante en Jefe de la Armada, vicealmirante Hugo Tirado, el Director General de Carabineros Vicente Huerta y el Comandante en Jefe de la FACH, general Carlos Guerraty Villalobos. En principio esto hubiera mostrado una fuerza casi irresistible para un golpe, al menos en la gran mayoría de los países latinoamericanos de la época. En Chile, en cambio, las circunstancias eran distintas. Aun a los militares que estaban más inquietos por la perspectiva de un gobierno marxista les parecía algo muy ajeno el tener que intervenir en un golpe. Incluso les parecía extraño el tener que involucrarse en asuntos políticos, a pesar de la situación inestable que había empezado en años anteriores y que afectaba las instituciones. La inercia del sistema chileno constituía una de las vigas maestras del país y esto se reflejaba en lo que comúnmente se llamaba "respeto a la Constitución". No bastaría tomarlo al pie de la letra para comprender el alcance de la actitud reacia a una intervención.

Había otro factor también. Existía entre la alta oficialidad bastante conciencia de una posibilidad de que mandos inferiores y, más explosivos todavía, suboficiales y tropas no obedecieran las órdenes. Ya entonces había un núcleo de oficiales de izquierda, según es de presumir bastante minoritario, pero que podía ejercer alguna influencia llegado el momento de la acción. El temor al personal de tropa era mucho más fuerte en la marina, ya que había una vieja tradición de reclamos y de prácticas sindicales, clandestinas desde luego y, según se ha comprobado mucho, organizadas en células pertenecientes muchas de ellas al Partido Comunista desde hacía años.

Ello obligaba a darle el mayor matiz constitucional a cualquier intervención. Es la razón también de por qué, en el origen de esta inclinación, la llamada "fórmula Alessandri" haya tenido alguna importancia, ya sea como un proyecto real para darle una salida política a una intervención militar y dejarla —al menos según algunas formas— dentro de un marco constitucional, o como excusa para después establecer un régimen militar. Sabían perfectamente que en esos momentos en Chile había muy poca atmósfera para el establecimiento de una dictadura militar; sabemos también que una vez rotas las inhibiciones de una estructura de disciplina tradicional la tentación por establecer algo permanente es casi irresistible. Al escoger aunque sea como un breve interludio un camino extrainstitucional, se cruza el Rubicón y a los promotores de una iniciativa de este tipo no les queda otra cosa que la huida hacia adelante, vale decir, el establecimiento de algún tipo de régimen militar. Es probable, aunque nunca lo podremos afirmar con certeza, que desde los últimos días de septiembre hasta el día 22 de octubre los oficiales y quizás los civiles asociados a ellos estaban ya decididos al

establecimiento de un régimen militar, pero no se decidían a actuar porque, al revés de lo que sucedería en 1973, no había atmósfera pública para ello.

Así como esta especie de pre-junta militar en su origen quizás tuvo algo que ver con la "fórmula Alessandri" y con conversaciones con algunos dirigentes de Gobierno, por otro lado sus vinculaciones se extendían a grupos de acción directa que pertenecían a lo que hemos dicho era una especie de extrema derecha nacionalista, incluidos muchos oficiales en retiro. Aquí sobresalía la figura del general Roberto Viaux, quien estaba ya desde hace tiempo en una línea francamente insurreccional.[53] Organizó a grupos que estuvieron comprometidos en la colocación de bombas como preparación de una atmósfera de revuelta y que también intentaban provocar al adversario (sin obtener respuesta). Estos grupos improvisados, carentes de la disciplina doctrinal del revolucionario profesional propio de la izquierda y de la extrema izquierda, eran auténticas "cabezas calientes", grupos de jóvenes de diversa composición social, aunque en general situados entre la clase media y la clase alta, a los cuales no se les puede desconocer una cuota de entrega y sacrificio, aunque menos intensa en el tiempo, con más accesos de frivolidad y veleidades que su contraparte en la izquierda.

Los norteamericanos tenían contacto con ambos grupos, pero es probable que muy pocos de ellos hubieran tenido muy claro que era una operación a esas alturas liderada por la CIA, incluso a espaldas del mismo embajador Korry. Henry Kissinger insiste en que su objetivo se alineaba todavía con algo de la "fórmula Alessandri", en el sentido de que una vez en el poder los uniformados llamarían a una elección en la cual se podría presentar Eduardo Frei.[54] El tipo de mensaje textual y hasta corporal (la clandestinidad de las mismas operaciones) indica que lo fundamental era un golpe, además de que a esas alturas si se atrevían a dar ese paso no era fácil obtener una salida constitucional.

No existía vigor moral ni político para salir armados a la calle y tomar el poder, de ahí que se diseñara un plan que tenía algunas raíces en las conversaciones en torno a la "fórmula Alessandri", que involucraba en cierta manera un "golpe blanco" desde arriba. Se crearía una conmoción que permitiría el grado de estado de excepción que diera atribuciones a los jefes militares para tomar de facto el control del país. La excusa que se escogió fue la de secuestrar al Comandante en Jefe del Ejército, general René Schneider, quien se oponía a todo tipo de aventura militar y al que ninguna fuente ha nombrado como propiciador de la "fórmula Alessandri", a pesar

[53] Florencia Varas, *Conversaciones con Viaux* (Santiago: s.d., 1972).

[54] Henry Kissinger, *Mis memorias* (Buenos Aires: Atlántida, 1980; original en inglés, 1979), p. 470.

de que él había tenido esa extraña intervención en la campaña electoral haciendo ver la posibilidad de elegir a la segunda mayoría en el Congreso Pleno.[55]

Camilo Valenzuela no se sentía con la fuerza suficiente como para actuar teniendo al general Schneider encima de él, o para arrestarlo en su oficina. En cambio, si un grupo de civiles entusiastas lo secuestraba y se producía el rumor de que podía ser obra de un comando de extrema izquierda, la conmoción publica podía llevar al Gobierno a declarar un estado de excepción. Los jefes de plaza asumirían como autoridades de facto, quizás incluyendo a un gabinete militar. En una fase final Eduardo Frei podría ser depuesto y enviado al extranjero. Así, en un período de 24 horas el sistema político del país se transformaría súbitamente, sin que en su instante inicial pareciera un golpe clásico. Cuán factible era la realización de este plan es algo que nunca se pudo saber. A nuestro juicio, revela que la dificultad de una salida no institucional no estuvo solo en un complot que tenía mucho de aficionados o en una acción torpe de la CIA, aunque mostró los dos defectos. Los organizadores de esta salida insurreccional operaban primero en una atmósfera política en la cual se miraba con bastante incredulidad una posibilidad como esta.

Para la mayoría de los chilenos, o para la mayoría de sus sentimientos, la idea de un Chile regido por un gobierno militar parecía como algo fundamentalmente extraño. También existía un ambiente dentro de militares y de civiles de que algo así era ajeno a ellos y actuaban de una manera que daba a entender que solo desarrollarían el plan tras los hechos consumados. Es por esto que la acción cayó en manos de grupos diletantes, al menos uno de ellos manejado por el general Viaux, que tenía poca experiencia, poco sentido político y se dejó arrastrar o impulsó un plan que ahora nos parece descabellado y que podía tener consecuencias muy graves.

## Atentado y muerte del general Schneider

De acuerdo a la información fragmentaria que se ha recibido, hubo un par de intentos de secuestro del general Schneider, pero fallaron. Estos grupos habían recibido apoyo directo de los norteamericanos, aunque los que cometieron el atentado no recibieron armas de parte de la CIA. Estos tenían ya arrendada una casa cerca del lugar del escenario para mantener secuestrado al general. De acuerdo al plan, lo

[55] El embajador Ostefeld decía que 20 horas antes del atentado se había entrevistado con Schneider, quien rechazaba todo gobierno militar para Chile, aunque añadía con algo de pena que sabía que su carrera estaba terminada por el cambio de gobierno. De embajador a AA, 27 de octubre de 1970. PAAA, B 33, Bd. 539, I B 2, 81.01-1422/70.

emboscaron el jueves 22 de octubre a las ocho de la mañana en la calle Martín de Zamora al llegar a la avenida Américo Vespucio, la primera en esa época una calle de doble tránsito. Fue rodeado por un grupo de cinco automóviles, de los cuales se bajó una media docena de muchachos, uno de los cuales comenzó a romper el vidrio del auto del general para abrirlo. El general Schneider hizo un ademán para alcanzar su pistola. En esa época, el Comandante en Jefe del Ejército viajaba sin escolta, solo acompañado de su chofer, el que no se podía calificar de guardaespaldas. El gesto de Schneider bastó para que varios jóvenes abrieran fuego de inmediato, siendo el general alcanzado por cinco balazos.[56]

Los secuestradores, aturdidos ante su propia acción, abandonaron rápidamente la escena. El chofer, recuperado tras la sorpresa, aceleró y llevó rápidamente al general al Hospital Militar, en donde se lo sometió a un tratamiento de urgencia. Sus heridas eran gravísimas y lo notable es que haya podido resistir hasta la mañana del domingo 25 de octubre. En el intertanto, los partes médicos habían dado algunos signos de optimismo, pero desde el momento de los disparos y, a pesar de la atinada reacción del chofer, el número y gravedad de las heridas no permitían mayor esperanza.

Pocas veces la palabra "impacto" puede servir de una manera tan diáfana para explicar la reacción instantánea del país. Desde el asesinato de Diego Portales en 1837 no había habido un atentado a una autoridad relevante en la historia de Chile. Si el golpe tenía alguna perspectiva de éxito, se desplomó en el instante en que el general Schneider fue acribillado. Esto estaba completamente fuera de los planes de los secuestradores, cuyo carácter de aficionados los llevó a un acto de atolondramiento que tuvo consecuencias fatales.

Los principales oficiales que aguardaban la noticia —no está claro cuán coordinados estaban entre sí—, Roberto Viaux y el jefe de la guarnición, Camilo Valenzuela, quedaron paralogizados. Se avisó rápidamente al segundo en el mando, el general Carlos Prats González, quien comunicó la noticia a Valenzuela. "Con desaliento me percato que estoy hablando con un hombre abatido y desmoronado", dice Prats.[57] Lo atribuyó a la impresión por el atentado. La verdad es que Camilo Valenzuela estaba apabullado porque no solo el plan se desmoronaba instantáneamente, sino que en última instancia era responsable de un acto criminal sin paralelo en el Chile

---

[56] Sobre el asesinato del general Schneider, ver U.S. Congress. Senate. Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities, *Alleged Assassination Plots Involving Foreign Leaders: An Interim Report.* 94th Congress, 1st Session, 1975, pp. 225-254; González, *La conjura*, pp. 101-113; Víctor Schneider Arce, *General Schneider. Un hombre de honor, un crimen impune* (Santiago: Ocho Libros Editores, 2010), pp. 105-153.

[57] Prats, *Memorias*, p. 185.

del siglo XX, por más que sus intenciones hayan sido muy distintas. La principal prueba de que no se intentaba simplemente asesinar al general Schneider reside en que toda posibilidad de golpe se desmoronó al recibir este los disparos. Ello no quita nada al significado del hecho y que no solamente se ensuciaron con la sangre de un (póstumo) líder militar; hubo además un profundo repudio de la población.

Gran paradoja, la muerte del general Schneider aseguró el acatamiento institucional de las fuerzas armadas al menos por dos años.[58] Por más que una parte representativa de la oficialidad no haya simpatizado nunca con el proyecto de la Unidad Popular, el asesinato del general Schneider demostró los imponderables criminales de una intervención armada y al menos crió algún resentimiento en muchos contra los sectores de derecha que habían estado detrás del golpe, aunque fuera de manera tácita.

La consecuencia directa fue que Allende, dos días antes de la elección en el Congreso, fuese reconocido universalmente como Presidente electo, incluyendo las visitas protocolares del Presidente acompañado de los comandantes en jefe de las fuerzas armadas, entre ellos dos que de alguna manera habían estado vinculados al complot que culminó en la muerte del general Schneider. En la mañana del sábado 24 de octubre en el Congreso Pleno Salvador Allende fue elegido Presidente con 153 votos contra 35 por Jorge Alessandri, estos últimos de los nacionales efectuando un gesto de lealtad con su abanderado; hubo 7 abstenciones de la Democracia Radical.[59] Al terminar el conteo de votos, el socialista Mario Palestro Rojas, adepto a los chilenismos, a los garabatos y a los ademanes violentos, exclamó el proverbial "¡Viva Chile mierda!" El 22 de octubre, Salvador Allende había concurrido a votar por la aprobación de la reforma constitucional discutida con la Democracia Cristiana. Fue su último acto como senador.

Su primer acto como Presidente electo fue el día lunes 26 de octubre en la Catedral de Santiago, para el funeral del general Schneider, solemne y muy concurrido por la población. Allende aferraba el féretro junto al Presidente Frei, acompañándolo al Cementerio General en una gran manifestación de dolor y de simpatía, tanto con la

---

[58] Era también la opinión del attaché militar alemán, aunque también decía que la conspiración, al involucrar a muchos jefes militares, demostraba lo divididas que estaban las fuerzas armadas. Afirma que la FACH dependía un 80% de EE.UU.; la marina un 70%; el Ejército un 45%. De attaché Loyo a AA, aunque también firmado por el embajador, 5 de noviembre de 1970. PAAA, B 33, I B 2.

[59] Sergio Onofre Jarpa asegura que Allende le pidió a último momento a los nacionales que votaran por él también como un gesto de unidad, ya que haría un gobierno nacionalista frente a EE.UU. y que se encargaría de mantener a los comunistas en su lugar. No lo aceptaron ya que intuían lo que venía, aunque la derecha estaba todavía más apabullada después de la muerte de Schneider y no levantaba la voz. Patricia Arancibia Clavel, Claudia Arancibia Floody, Isabel de la Maza Cave, *Jarpa: confesiones políticas* (Santiago: La Tercera-Mondadori, 2002), pp. 141-144.

víctima como con una cierta "normalidad", como queriendo retroceder desde el abismo al cual se habían asomado. También podría interpretarse como un enorme apoyo a la intención fundamental del proyecto de la Unidad Popular, de emplear los medios institucionales para efectuar una transformación en el fondo extremadamente radical del país. Por un tiempo, ambas perspectivas podrían coexistir. No sería muy largo.

Si ya la elección del 4 de septiembre había hecho de Salvador Allende un personaje mundial, la muerte del general Schneider volvió a colocar al país en los titulares de la prensa mundial. Desde luego, esto no auguraba una visión muy "excepcional" del carácter de la democracia chilena. Las simpatías latentes con el nuevo Presidente se incrementaron todavía más y los ruidos de desconfianza fueron por un tiempo también menos audibles.

## Cambio de mando

Los días que siguieron al funeral de René Schneider fueron un *in crescendo* de protagonismo de la Unidad Popular y sobre todo de Salvador Allende. En el aire el nuevo gobierno estaba ya instalado antes del 3 de noviembre. Aunque en todos los casos anteriores se daba un tono de optimismo y casi de unanimidad, era muy distinto en la era de los partidos de movilización. Ya había habido un degusto con Frei en 1964. Ahora fue más masivo. En la mañana las radios y la misma televisión, ya sintonizadas en "cadena nacional", transmitían con énfasis una visión de las cosas con una tonalidad de izquierda, marxista, en especial de la evolución del Chile reciente. Algo de esto había sucedido con Frei en 1964; ahora se daba otra vuelta de tuerca. Quien temía por la libertad de prensa bajo un gobierno marxista libremente elegido tenía razones aquí para inquietarse. Solo muy tarde en la noche, tal como en 1964, se liberaron las radios independientes.

Eduardo Frei llegó en carroza y de *chaqué*, lo mismo que sus ministros, siguiendo la tradición del siglo XX. Salvador Allende lo hizo de terno oscuro, muy formal y elegante como era. Ya nunca más habría *chaqué*. Frei había llevado una pequeña claque, pero dominaba como era natural la de la Unidad Popular. Con todo, un general peruano testigo del cambio de mando y de las ceremonias que siguieron, anotaba que Frei conservaba el fervor de una parte del público.[60] No era sin embargo el día de Eduardo Frei; correspondía que fuera el de Salvador Allende, y lo fue en abundancia.



[60] Jorge Edwards, *Persona non grata* (Barcelona: Grijalbo, 1976; original, 1973), p. 27.

# Capítulo XII
# De la teoría a la praxis: preámbulo

## Otorgando protagonismo a los militares

En el primer año parecía que el Gobierno avanzaba sin parar, con una nueva medida cada día que pasaba, sin interrupción. Contribuía a esto la sorprendente atención internacional que recibía la "experiencia chilena". Más fuerte era la sensación de los principales actores y de los militantes de la Unidad Popular de que tenían el campo abierto para poner en práctica las ideas que suponían eran la lectura correcta del devenir histórico. La conjunción de ambos aspectos hizo que el momento se caracterizara por una percepción muy aguda acerca del papel excepcional que tenía que cumplir Chile en la lucha de los pueblos por su liberación. Fue una nueva versión, con su propio matiz, acerca del antiguo tema del "excepcionalismo" de la historia de Chile.

En la inauguración en el Congreso Pleno, en las palabras de Allende desde el balcón de La Moneda después de traspasar sus umbrales por primera vez como Presidente, y en una recepción en la que intentó que se hallasen allí desde el príncipe (político) hasta el mendigo, era el "pueblo" lo que más se notaba. Al día siguiente, 4 de noviembre, se desarrolló durante varias horas una parada militar más breve que la de los "diecinueve", pero no menos cargada de simbología del pasado y del presente. Los extranjeros se sorprendieron por el uniforme y casco muy alemán de los soldados y especialmente de los oficiales del Ejército. Esto llamó poderosamente la atención en Alemania Federal, por la visión de un socialismo de tintes revolucionarios, pero —según se le veía— democrático en el sentido occidental del término, protegido por oficiales a quienes, de una manera exagerada, se los veía imbuidos del espíritu prusiano.[1] Dirigía

[1] Sobre la profundidad de la "prusianización", como en tantos temas, no hay unanimidad. Carlos Maldonado, *El prusianismo en las fuerzas armadas chilenas* (Santiago: Documentas, 1988); William Sater y Holger Herwig, *The Grand Illusion: the Prussianization of the Chilean Army* (Lincoln, Nebraska

la parada el jefe de la guarnición de Santiago, el general Camilo Valenzuela, el mismo que había sido una de las cabezas del intento de impedir el acceso de Allende a la presidencia. Fue quien pidió permiso al Presidente, según el protocolo, para comenzar el desfile. Valenzuela sería separado días después del cargo, pero, al igual que con los otros altos jefes comprometidos en la conspiración, el gobierno de Allende prefirió no proseguir con el caso, para no tener el riesgo de una temprana confrontación con los uniformados. Así el juicio se concentró solamente en el grupo en torno a Viaux.[2]

Al mismo Allende le complacía esa contradicción, fuera aparente o real, pues fortalecía la individualidad del caso chileno y de la "transición al socialismo", que iba siendo crecientemente bautizado también como la "vía chilena". Frente a la oposición le servía como argumento para insistir en su respeto a las instituciones en Chile y que no tocaría las fuerzas armadas. Signo de eso fue que, al nombrar a los comandantes en jefe, confirmó a Carlos Prats en el Ejército y en los otros casos designó a las antigüedades que seguían de los comandantes en jefe salientes. Ni Raúl Montero de la Armada, ni César Ruiz Danyau de la Fuerza Aérea de Chile (FACH), ni José María Sepúlveda Galindo en Carabineros habían tenido conocimiento, al parecer, de la maniobra que condujo al atentado a Schneider.

A partir de ese día también, Allende comenzó a insistir en que él era el "Generalísimo" de las fuerzas armadas.[3] Como muy luego se lo hicieron ver desde la oposición, ese título solo era posible emplearlo en caso de guerra. Era lo mismo, porque Allende insistió en él y en esos primeros meses había poca cortapisa pública para las iniciativas que partían de La Moneda o de los partidos de la Unidad Popular. Tras estos dimes y diretes, en apariencia frívolos, se encontraba una estrategia política muy clara y consistente de Salvador Allende, sostenida casi sin interrupción hasta la madrugada del 11 de septiembre. Respetando una cierta autonomía de las fuerzas armadas, también intentaba y en cierta medida lograba ganarse al alto mando para la

---

y Londres: University of Nebraska Press, 1999); Enrique Brahm García, "La impronta prusiana de la Academia de Guerra del Ejército (1885-1914)", en Alejandro San Francisco (editor), *La Academia de Guerra del Ejército de Chile, 1886-2006: ciento veinte años de historia* (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2006), pp. 3-26.

[2] BA, DDR, Informe interno del Comité Central del SED, 29 de junio de 1971. BA, DDR, DY/30/J IV 2/2J, 3538, 51, M 2 13, 29. Se afirmaba allí que Allende había "neutralizado" a las fuerzas armadas.

[3] Ya lo había hecho ver antes, en su respuesta a la Democracia Cristiana ante la propuesta de esta colectividad para la legislación del Estatuto de Garantías Constitucionales. "Respuesta del Senador Allende al Senador Benjamín Prado", 29 de septiembre de 1970, en Andrés Echeverría y Luis Frei (compiladores), *1970-1973: la lucha por la juridicidad en Chile* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1974), Tomo I, p. 68.

intención general de su proyecto. Para hacer creíble esta práctica, Allende comenzó a usar profusamente el término "seguridad nacional". Hacía hincapié en que las políticas de su gobierno, tanto para elevar el nivel de vida de la población como para impulsar un verdadero desarrollo económico, y la nacionalización de los recursos naturales tenían como meta el promover una mayor "seguridad nacional", para hacer de Chile un país realmente independiente. En el mundo de las ideas e ideales de aquellos días, eran pocos los oficiales que podrían negar la íntima verdad de esos objetivos.

En el ambiente que siguió al asesinato del general Schneider, a quien el Presidente no cesaba de invocar, este lenguaje contribuía a una actitud general de cooperación o al menos de resignación de los oficiales de las fuerzas armadas para colaborar dentro del marco de la costumbre y de la ley, y algo más allá también, con la administración cotidiana del Estado y en el proceso de convulsión de la sociedad a que luego se vería sometido el país. Llegaría a ser un chiste el cómo Allende halagaba a las fuerzas armadas, aunque como técnica política no se podía negar que ayudó a mantener el acatamiento de estas instituciones, en donde la mayoría de los oficiales en septiembre de 1970 lo miraba con hostilidad o desconfianza. La inmensa mayoría de ellos siguió trabajando como si nunca se hubiera alterado la rutina y con la mayor convicción de que las cosas nunca cambiarían. Bajo el imperio de la Constitución de 1925, olvidando por cierto a Carlos Ibáñez en su primer gobierno, el de la dictadura, no hubo un Presidente que nombrara tanto de manera positiva el papel de las fuerzas armadas en el quehacer general de la nación. Las palabras pronunciadas por Allende en diciembre de 1971, al despedir a Fidel Castro al día siguiente de la Marcha de las Cacerolas Vacías, son representativas de su esfuerzo discursivo por dar énfasis al carácter de partícipes de los uniformados:

> No lo van a conseguir (romper la disciplina de los uniformados), no lo van a conseguir porque las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile comprenden perfectamente bien que este Gobierno Popular es el que más se ha preocupado y se preocupará por dar a las Fuerzas Armadas y al Cuerpo de Carabineros lo que deben tener en la situación de un desarrollo de un esfuerzo, para hacer de ellos, también, participantes en el proceso de transformación y progreso de la patria.[4]

Por cierto, esto le gustaba a los oficiales y es de presumir que también penetraba en esa parte de los suboficiales que seguía con cierta atención los sucesos públicos. Quizás pocos se daban cuenta de que también se reevaluaba el papel público

[4] Salvador Allende, "Discurso de despedida a Fidel Castro", 2 de diciembre de 1971, en Víctor Farías, *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica* (Berlín: Wissenschaftlicher Verlag Berlin; Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2000), T. 3, p. 1.361.

de las fuerzas armadas, en general devaluado desde 1932, y su conciencia de ser una pieza fundamental para la "seguridad nacional", no solo en su sentido restringido —defensa de las fronteras y del orden interno según la ley— sino que además se trasladaba casi imperceptiblemente a un sentido más amplio, en el puesto que tenían que ocupar en el desarrollo del país y en las políticas públicas que se determinaran.

Esto era coherente con el otro concepto de "seguridad nacional", que tenía que ver con la estabilidad política y con la paz interna, y que también afirmaba la importancia del desarrollo económico y social, pero que tenía asimismo una connotación antimarxista. Esta tensión entre las dos posibilidades del protagonismo que retóricamente les daba Allende y, con algo menos de entusiasmo, los otros líderes de la Unidad Popular, era casi inexistente en noviembre de 1970 por todas las razones que se han anotado. Fatalmente irían emergiendo en el curso del proceso político y se convertirían en el centro del dilema para los oficiales, y en parte para la tropa, en el período tenso de confrontación política entre el Paro de Octubre de 1972 y el 11 de septiembre de 1973.

El Presidente y los diversos actores políticos nacionales e internacionales estaban muy conscientes de los peligros que la situación encerraba en la relación entre Allende y las fuerzas armadas. La atmósfera política estuvo sin embargo desprovista de esta tensión latente hasta octubre de 1972. La parada militar del 4 de noviembre encarnó en sí misma esta primera etapa en donde parecía casi completa la conciliación de los opuestos. En parte, a ello había ayudado el asesinato del general Schneider, y bajo este supuesto había algo de razón en que Allende lo tomara como brújula en el momento de apelar a las fuerzas armadas, y todavía lo haría en su último discurso el 11 de septiembre de 1973.

## Carabineros, mano derecha

Para sorpresa de muchos, la institución que más apareció colaborando y bien dispuesta con el Gobierno fue el Cuerpo de Carabineros. Desde su creación formal en 1927, era en realidad la institución armada que estaba al servicio más directo del Presidente de la República. Para Carlos Ibáñez había sido una herramienta para contener levantamientos militares, por paradójica que suene esta afirmación.[5] Era el cuerpo que guardaba, es decir protegía, el palacio de La Moneda y al Presidente mismo, y en este sentido no tenía nada de raro. En toda foto pública que se le to-

[5] Ferenc Fischer, *El modelo militar prusiano y las Fuerzas Armadas de Chile 1885-1945 (ensayos)* (Pécs, Hungría: University Press, Pécs, 1999), p. 213.

mara a un Presidente nunca había un carabinero muy lejos, salvo en el caso de Jorge Alessandri Rodríguez que caminaba solo con compañía de un colaborador desde su departamento en la Plaza de Armas al palacio presidencial.

El caso era que la ira de la izquierda se había concentrado siempre contra Carabineros y en los reclamos de muchos militantes estaba siempre la animosidad de que los "pacos" odiaban a la izquierda y a los huelguistas en general. Esto había llevado a una controversia cuando las transformaciones políticas de la década de los 1960 hicieron necesaria la formación de un grupo antidisturbios, que se llamó Grupo Móvil. El Programa de la Unidad Popular insistía en su disolución.[6] Una medida de este tipo conllevaba dos problemas: primero, que a Carabineros se le privaría de un grupo de elite que además estaba bien dotado de elementos y de entrenamiento; segundo, cómo se iba a responder ante manifestaciones que se desbordaran, ya fuera a favor o en contra del Gobierno, sobre todo cuando, a esas alturas, ya todas las policías de los países democráticos en el mundo tenían este tipo de unidades.

La solución fue muy chilena en las apariencias, con algo de Condorito. Se le cambió el nombre y pasó a llamarse Unidad de Servicios Especiales. La promesa de la izquierda era que ya no se reprimiría nunca más al pueblo porque este ahora se encontraba en el Gobierno y se gobernaba de acuerdo a sus intereses, y no a favor de la oligarquía y del imperialismo. En efecto, el cuerpo siguió existiendo aunque el primer año languideció. Cuando comenzaron las manifestaciones masivas y después también violentas o propensas a la violencia de parte de la oposición, en 1972 y 1973, el Gobierno descargó a esta unidad con toda su fuerza —menos las armas de fuego— contra los grupos de oposición de manera exclusiva, salvo algunas pocas excepciones. Los opositores estaban seguros de que los carabineros los odiaban y que estaban completamente identificados con la Unidad Popular. Había algo de esto, aunque la madrugada del 11 de septiembre hasta las 10 de la mañana mostró que la ambigüedad y la tensión interna entre los dos polos recorrían también el interior de la institución.

El Gobierno estableció como principio inamovible que Carabineros no emprendería ningún acto de desalojo contra ocupaciones o "tomas" y, al mismo tiempo, no se proporcionó la fuerza pública para órdenes judiciales que así lo indicaran. Se dio rienda suelta a la movilización de masas de los partidos y partidarios de la Unidad Popular sin someterlos a ningún constreñimiento físico, salvo ruegos, persuasión y

---

[6] Era el punto 37 de las primeras "40 medidas". "Unidad Popular: programa básico de gobierno," en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973),* T. 1, p. 136.

negociaciones, en general poco efectivas. No se produjo un conflicto importante y sostenido entre la policía civil y uniformada, por una parte, y la política de masas de la Unidad Popular, por la otra. El Gobierno casi nunca puso orden cuando, por ejemplo, el movimiento de pobladores o los campesinos movilizados por el MIR se tomaban empresas, campos o viviendas.

Para el Gobierno mismo, el Cuerpo de Carabineros no fue problema digno de notarse. En realidad, la piedra en el zapato no se notaba al comienzo, pero esto contribuyó de una manera difícil de exagerar al sentimiento de abandono de seguridad pública en términos políticos para las fuerzas de oposición, que se seguiría configurando en el transcurso de 1971. Tendría enormes consecuencias en la predisposición de la oposición a llevar a cabo una práctica política no convencional de acuerdo a su propia historia.

## El Gobierno y los partidos

El primer gabinete de Allende manifestó rasgos que permanecerían hasta septiembre de 1973. Aunque hubo cambios, como los ministros uniformados y algunos ajustes en Interior, la idea central permaneció inalterada. Se trataba de un equilibrio entre los diversos partidos de la Unidad Popular, aunque desde luego reconociendo el protagonismo de los principales, socialistas y comunistas. El ministro del Interior, José Tohá González, era un antiguo socialista, uno de los dueños de *Última Hora*, amigo y próximo en ideas y estilo al mismo Allende. Nació en Chillán en 1927 y murió trágicamente, como se sabe, en 1974. En 1950 fue presidente de la Federación de Estudiantes de Chile. Poseía la fe inconmovible en el futuro socialista de la humanidad y nada indica que, en lo estratégico, dudara de las líneas generales del socialismo chileno en su orientación marxista-leninista. Era también una persona que poseía la urbanidad de alguien culto, bien posicionado en lo social y profesional, no sin gusto por la vida sofisticada al estilo de una *bildungsbürgertum*, es decir, esa elite que llega a una cumbre social mediante la profesionalización y la cultura. Como en muchas partes de Europa y América Latina era un tipo nada de poco común y caracterizaba a una parte de la clase política en los socialistas, aunque también, con algunos matices, en los comunistas. Era la persona indicada para mantener una inconmovible convicción en la finalidad socialista chilena y en la estrategia de la Unidad Popular, y además tenía la ductilidad personal para tratar hasta con el más ardoroso político antimarxista.

Siempre pulcro y refinado, fumador empedernido como la mayoría de los hombres de su época, los chistes de entonces se dirigían inevitablemente a su aspecto

quijotesco por su figura alta, algo desgarbada, pero sin perder distinción. Había estudiado en el Liceo de Hombres de Chillán y después se recibió de abogado en la Universidad de Chile. En términos sociales, era casi como el mismo Allende, ya que por origen pertenecía a una clase media alta y, por evolución de vida, a una elite político-profesional, todo esto multiplicado por los lazos establecidos en un país centralista en donde "Santiago es Chile". Además, en relación a las posibilidades de su tiempo, fue un hombre bastante viajado, casi siempre con objetivos de conocimiento político.

El canciller fue Clodomiro Almeyda (1923-1997). A primera vista, se trató de un nombramiento sorprendente; es como si en la Revolución Cubana los líderes transformados en *establishment* hubiesen nombrado a Ernesto Guevara como ministro de Relaciones Exteriores (algo hubo de esto). Porque Almeyda, en sus ideas políticas, escritas sin ningún titubeo, expresaba una admiración por la vía revolucionaria tal como se había manifestado en Mao y en Guevara.[7] El nombramiento aparecía así como calculado para provocar profunda irritación en los países sudamericanos, en especial entre los vecinos. Esto hay que matizarlo con otros de sus rasgos. Era una persona extraordinariamente culta; como decía el embajador de Bonn, era el "típico profesor marxista" que sabía además ocultar este origen cuando hablaba con diplomáticos europeos occidentales.[8] Su fe en el avance del "campo antiimperialista" no le impedía tener un enorme realismo para evaluar las posibilidades políticas y demostró capacidad de resistencia ante las contrariedades cotidianas. El revolucionario intelectual no tenía ningún problema en conversar y negociar indefinidamente con partidarios y adversarios, y a cada uno hablarle según sus posibilidades políticas y personales.

Venía de una familia de políticos y profesionales destacados, con alguna raíz en las capas sociales más encumbradas. Estudió en el Liceo Alemán, vale decir un colegio particular pagado de muy buena educación, dirigido por sacerdotes alemanes al que accedía una elite que no era rica, de posición en general inestable pero que podía, con esfuerzo, pagar unas cuotas módicas. Ahí estudió también Carlos Altamirano. Durante toda su vida manifestó profunda admiración por el mundo alemán y, aunque como prácticamente todos los socialistas también identificó "su" Alemania en la República Democrática Alemana, el modelo germánico no se reducía del todo

---

[7] Clodomiro Almeyda, "Dejar de lado el ilusionismo electoral", *Punto Final*, 22 de noviembre de 1967.

[8] De embajador a AA, 26 de agosto de 1971. PAAA, B 33, Bd. 540, I B 2, 82.00/0-91.08.

a una interpretación ideológica.[9] Se recibió de abogado en la Universidad de Chile y parte de su tiempo lo destinó a ser profesor en esa casa de estudios, donde brillaba en sus clases, en especial en materias de sociología, completamente empapada de la visión marxista, y de ciencia política en la Escuela de Derecho. Él y Orlando Millas eran quizás las dos personas en las cúpulas políticas que más dominaban el tejido de los clásicos marxistas, los que podían esgrimir sin problemas en cualquier discusión con sus colegas de partido.

En la década de 1950 había sido parte del grupo de socialistas que colaboró con el gobierno de Carlos Ibáñez, llegando a ser ministro del Trabajo y de Minería. Nunca ocultó su admiración por las formas autoritarias como método de transformación social que abrieran el camino hacia el socialismo, encarnado en las grandes revoluciones como la rusa, la china, la cubana, la vietnamita. Hacia fines de los años sesenta abogaba por la vía armada como el único camino para América Latina y Chile. Podría extrañar esto en un profesor tan culto y riguroso en su vida diaria, si no fuera porque la experiencia del siglo XX ha mostrado el poder sísmico que pueden tener muchos profetas de cátedra. El valor demostrado por Almeyda en circunstancias adversas a partir del golpe demuestra, al menos, que estaba provisto de un carácter apto para los rigores y exigencias de la acción directa.

Sin embargo, en su vital desempeño como ministro de Relaciones Exteriores mostró una extraordinaria capacidad de adaptarse a las circunstancias, de palpar el arte de lo posible y de tener clara conciencia acerca de las posibilidades y alcances de una estrategia como la de la Unidad Popular, no solo en lo internacional, sino que es de suponer también en lo interno. Esto es solo especulación nuestra, porque no tenemos ningún rastro que indique una actuación suya para tratar de modificar la voluntad política del Partido Socialista, que estaba y no estaba con Allende. No tenía mayor influencia en un partido en el cual solo era una autoridad intelectual, pero no política. Antes de ser canciller no existe ninguna huella de opiniones divergentes con la directiva del partido, y la verdad es que algunas actuaciones moderadas en los momentos claves de los tres años de la Unidad Popular son adivinables por el sentido general de su acción en la Cancillería y la confianza que le daba Allende.

Es probable que, al igual que Allende, haya tenido sentimientos contradictorios con el partido, compartiendo su finalidad estratégica, pero difiriendo quizás de la táctica "ultrista". Cumplió plenamente dentro de los límites de la realidad con su

[9] Hacia el final de su vida, manteniendo en un nivel muy profundo las ideas generales que siempre había sostenido, expresaba también alguna desilusión hacia los alemanes como alemanes, lo que según él no era solo resultado de la caída del Muro. Conversación con el autor, enero de 1994.

misión de amortiguar los golpes externos motivados por la desconfianza que creaba la política chilena en los países sudamericanos y en Europa Occidental. No alcanzaría el otro objetivo, más ingenuo, aunque profundamente inscrito en la mentalidad del marxismo chileno: que el "campo socialista" se comprometiera con la "experiencia chilena" no solo en términos políticos, que lo hizo, sino que además en términos económicos, que también lo hizo, pero muy por debajo de las expectativas irracionales de los chilenos.

Como ministro de Economía fue nombrado Pedro Vuskovic Bravo (1924-1993), al tiempo que se le otorgaba a esta repartición el liderato del proyecto económico en detrimento de Hacienda. De esta manera, Vuskovic se convirtió en el cerebro impulsor del proyecto económico de la Unidad Popular y, aunque sería reemplazado en junio de 1972, el Gobierno nunca lograría apartarse de la línea trazada por este ministro. En principio, era "independiente de izquierda", clasificación que en general daba para mucho, pero que en este caso se puede entender como marxista ortodoxo cercano, si es que no militante secreto del Partido Socialista. En todo caso, era profesor del Instituto de Economía de la Universidad de Chile de la sede sur, identificada completamente con el objetivo marxista (o "socialista") de crear una economía planificada. Sus críticos decían que solo entendía de estadística.

Se había titulado como ingeniero comercial en la Universidad de Chile, siendo uno de los primeros en recibir ese título. Fue funcionario de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), profesor de estadística de la Facultad de Economía de la Universidad y a fines de los 1960 era director de su Instituto de Economía. Creía sistemáticamente en la economía planificada y en la propiedad estatal de prácticamente todos los rubros y siempre sostuvo que las medidas adoptadas —ya fueran las estatizaciones negociadas o forzadas, la inyección de dinero en la economía o el control casi total del comercio— habían sido necesarias. Allende, según las apariencias, confiaba ciegamente en estos economistas de su partido y los de la izquierda en general, y existen pocos testimonios importantes de alguna autocrítica a la gestión económica en los tres años del Gobierno, más allá de algunos errores como el "voluntarismo". La economía de la Unidad Popular fue un resultado de las medidas adoptadas por Vuskovic, pero estas, con algunos énfasis propios del planificador, respondían a la visión general de la izquierda chilena.

El Ministerio de Hacienda había sido de siempre en la República el gran centro orientador de la economía. Para la izquierda, eso olía a capitalismo. Para Hacienda se nombró a un militante comunista que era también un caso ejemplar de cómo el partido se veía a sí mismo. Se trata de Américo Zorrilla Rojas (1910-1992). Se inició

como obrero gráfico a los 14 años, es decir, en la misma línea de Recabarren. Estaba el detalle de que se trataba del taller de su padre, que lo coloca quizás en una baja clase media, por lo que decir proletario no es del todo ajustado. Con todo, en lo social respondía a las apariencias de lo que el Partido Comunista decía representar. Se especializó como linotipista y desde el momento del ingreso al partido en 1932 comenzó a ser ejecutivo de empresas gráficas ligadas a esa tienda. Como ministro, su papel fue poco protagónico y concitaba las burlas inmisericordes de la oposición por lo que se decía era su ignorancia. Los "chistes de Zorrilla", es decir, en los que se burlaban de él, llegaron a ser muy luego moneda corriente en las conversaciones en Chile. Lukas, en una de sus siempre decidoras caricaturas, ponía a uno de sus personajes comentando a su señora en la noche que por primera vez se entendía todo lo que decía el ministro de Hacienda. Las huestes de la Unidad Popular lo defendían con ahínco, señalando que por primera vez un obrero ocupaba ese cargo y hablaba el lenguaje de los obreros.

El ministro de Defensa podía ser vital por el papel de las fuerzas armadas. Eduardo Frei había descansado en sus tres ministros de Defensa. Allende, en cambio, escogió seguir el modelo de Jorge Alessandri, que el ministro fuera una especie de administrador y que fuera el Presidente quien se entendiera con los comandantes en jefe. Por eso el cargo se le dio a Alejandro Ríos Valdivia (1901-2000), profesor de Historia y Geografía. Era radical y había sido por muchos años docente en la Escuela Militar. Estos dos antecedentes eran fundamentales. Se le daba un cargo en apariencias importante al Partido Radical, teóricamente no marxista, lo que le daba un aire superficialmente más amplio a la coalición de gobierno y, al mismo tiempo, se daba garantías a las fuerzas armadas de que no se ponía un "comisario" a la cabeza de ellas. Permaneció en su cargo mientras las relaciones entre el Gobierno y los militares fueron una taza de leche, hasta antes del Paro de Octubre, cuando todavía las inquietudes parecían ser cosas de oficiales aislados y el general Prats surgía como el gran vocero de los uniformados, apoyando de manera limitada pero efectiva al proyecto de la Unidad Popular.

Había otros dos comunistas en el gabinete. Uno de ellos, a cargo de la cartera de Obras Públicas y Transportes, era Pascual Barraza Barraza. Había hecho de la militancia en el partido una trayectoria de vida, lo que incluyó más de dos años de relegación a raíz de la persecución a los comunistas en 1948. El otro, José Oyarce Jara, nombrado ministro del Trabajo, era de origen campesino y obrero de Ferrocarriles del Estado. Fue elegido diputado en 1953, en una lista amparado por los socialistas según se ha explicado. El socialista Jaime Suárez Bastidas ocupó el importante cargo de Secretario General de Gobierno; su correligionario Carlos Cortés Díaz, quien

tenía una trayectoria sindical en su origen, fue ministro de Vivienda; Lisandro Cruz Ponce, ministro de Justicia, era del API de Tarud.

Aparte de Defensa, los radicales con Orlando Cantuarias Zepeda tenían el Ministerio de Minería, que iba a tener un papel vistoso en la nacionalización del cobre y, por lo tanto, también en el mundo de los empleados públicos, tema que tenía que ver con la cantidad de funcionarios radicales que había en la administración del Estado. De los hombres que rodeaban a Tarud en el Partido Social Demócrata había uno que debería llamar la atención, Oscar Jiménez Pinochet, nombrado ministro de Salud. Había sido un joven dirigente naci y había jugado un papel en la dirección del intento de golpe de estado del 5 de septiembre de 1938. De ahí derivó al mundo del ibañismo y con posterioridad a una izquierda moderada. Los currículum proporcionados por la Unidad Popular callaban acerca de esta etapa. Hacia 1970, no se consideraba un gran pecado el haber sido parte de esa juventud exaltada, que por lo demás fue fundamental para el triunfo del Frente Popular y, con ello, para la política del Partido Comunista. El otro miembro del Partido Social Demócrata en el gabinete fue Humberto Martones Morales, a cargo de Tierras y Colonización, ministerio siempre carente de importancia. Provenía de una familia de antiguos demócratas, la primera izquierda chilena de fines del siglo XIX, y que sin duda había sostenido una "vía legal" para alcanzar la reforma de la sociedad.

Un caso especial es el de Jacques Chonchol, que había liderado la Reforma Agraria desde INDAP en el gobierno de Eduardo Frei y en 1969 saltó al MAPU. Siempre había pertenecido al ala izquierda de la Democracia Cristiana y utilizaba frecuentemente un lenguaje maximalista. Fue ministro de Agricultura y tomó bajo sus riendas todo el proceso de Reforma Agraria durante los años de la Unidad Popular, aunque no siempre desde el ministerio. En 1971, sin embargo, cuando volvió a dividirse la Democracia Cristiana, se unió a la nueva corriente de la Izquierda Cristiana, que pretendía ser menos marxista que el MAPU. En todo caso, Chonchol mantuvo siempre sus metas colectivistas en el mundo agrario y de todo el sector reformado no se creó un solo propietario privado individual. Sus objetivos eran, aparentemente, establecer cooperativas de campesinos o sencillamente granjas colectivas, quizás conservando cada uno algún pequeño coto privado. No se debe subestimar la importancia ideológica de este sector en la dinámica de la Unidad Popular.

En el Banco Central hubo un comunista probado, Alfonso Inostroza Cuevas, de 46 años al asumir. Ingeniero comercial, fue por años profesor en la Universidad de Chile, funcionario de la CEPAL, asesor del gobierno uruguayo y consultor de las Naciones Unidas. Había hecho carrera también en el mismo Banco Central. Representaba la típica visión cepaliana, que a estas alturas era combinación de "estructuralista"

con "dependentista", y hasta donde sabemos siguió a pie juntillas la política archi-expansionista de Vuskovic.[10] De esta manera, si bien el Partido Comunista no tuvo propiamente el liderato económico, mantuvo una presencia en las decisiones más importantes del período. El Banco Central, creado tras la Misión Kemmerer en 1927, había sido ideado como una institución bastante autónoma. La evolución posterior lo fue convirtiendo en una especie de ministerio más de los gobiernos. Esto llegaría a un extremo bajo la Unidad Popular, al colaborar sin ninguna crítica importante, que se sepa, a la política de dirección monetaria que caracterizó este período.

Fue un gabinete expuesto a muchos cambios, ya sea por la seguidilla de acusaciones constitucionales que se desarrolló o por las inflexiones de táctica y reajustes entre los partidos de esos años agitados. De todas maneras, José Tohá, Clodomiro Almeyda, Alfonso Inostroza, Jaime Suárez y Daniel Vergara Bustos fueron parte de equipos ondulantes pero a la vez de cierta estabilidad; nunca estuvieron muy lejos de La Moneda o de interactuar con Salvador Allende. Vergara mantuvo durante todo el gobierno el cargo de subsecretario del Interior, habiendo sido una especie de máquina de trabajo inspirado por lo más ortodoxo de la doctrina marxista en su lenguaje, aunque es probable que poco haya participado en las decisiones estratégicas. Vuskovic fue algo eclipsado por Orlando Millas a mediados de 1972, cuando este último fue nombrado ministro de Hacienda. Abogado comunista de casi toda su vida, la quintaesencia del funcionario del partido, a la vez culto y disciplinado por la doctrina. En Europa hubiera sido un ideal funcionario del Komintern en la época de Stalin, ya que reunía inteligencia, cultura y una capacidad de trabajo y de sacrificio sin límites, todo ello en aras del partido y de la clase trabajadora. Aunque Millas intentó volver a cerrar la caja de Pandora que había abierto Vuskovic, al final no fue nada lo que modificó.

En este contexto debe nombrarse al Centro de Estudios de la Opinión Pública (CENOP), un grupo de profesionales en general muy jóvenes que eran asesores en asuntos de seguridad y de análisis político del mismo Allende. La mayoría de ellos provenía de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile de mediados de los sesenta. De jóvenes, abrazaron fervorosamente el marxismo y la admiración a la Revolución Cubana. Estaban los médicos Eduardo "Coco" Paredes Barrientos, Félix Huerta, Ricardo Pincheira; también había algunos sociólogos, como Jorge Klein y Claudio Jimeno. Giraban en torno a ellos, además, el dirigente de la Juventud Socialista y después diputado Carlos Lorca Tobar y Enrique Huerta, hermano de Félix. Tenían

[10] Sobre el "cepalismo" y la "teoría de la dependencia", ver Eduardo Devés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo II: Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)* (Buenos Aires: Biblos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003), pp. 25-33, 139-156.

contacto con Miguel Enríquez Espinosa y la persona que hacía de vínculos entre las diversas fracciones y el mismo Allende era su hija Beatriz, Tati. Realizaban análisis de opinión pública y estado de ánimo de la población para ir tomando el pulso diario del país, aunque inevitablemente en la época temprana de las encuestas esto estaba limitado a Santiago.

Por una parte eran los típicos asesores intelectuales de la modernización política. Actuaban buscando la forma de tomar mejores decisiones. En la mañana temprano Allende recibía un memorándum de cuatro páginas elaborado por el grupo, que contenía las últimas informaciones y análisis.[11] El grupo también estaba comprometido tanto con el desarrollo político del proyecto de la Unidad Popular como con la parte más revolucionaria del proyecto. Varios habían participado en el apoyo a la guerrilla de Guevara, entre ellos nada menos que Beatriz Allende. Félix Huerta estuvo en Bolivia y luego pasó por un período de entrenamiento en Cuba, donde recibió un balazo en una discusión por un asunto cualquiera, quedando en silla de ruedas. Coco Paredes fue el Director de Investigaciones y también tenía entrenamiento militar consistente. Estuvo en La Moneda el 11 de septiembre hasta el final y después fue ejecutado tras largas torturas. Lo mismo parece que sucedió con Ricardo Pincheira que usaba como casi todos un alias, *Máximo*, y dirigía la seguridad, es decir, no solo la escolta militar de Allende y la defensa de La Moneda o donde se encontrara el Presidente, sino que también toda la coordinación militar para enfrentar un golpe. Los militares después del 11 de septiembre siguieron buscando por varios días a *Máximo,* sin saber quién era y es probable que en la búsqueda de su identidad también hayan sido víctimas terribles Arsenio Poupin Oissel, subsecretario general de Gobierno, Klein y Jimeno.[12] La frontera entre ambas tareas, análisis y seguridad, no estaba clara. Mientras se apoyaba un proceso sustentado en la democracia chilena se tenía como horizonte, como meta, el modelo de la Cuba socialista.

Pertenecían además a la cultura política que hacía de la lucha armada un apostolado. Allende entre que los tenía en la retaguardia y los contenía. La consistencia de este grupo era objeto de especulaciones por parte de la oposición, aunque no tenía clara conciencia de cómo se articulaba. Claramente representaban una suerte de golpe en potencia, ya que en parte era un grupo que actuaba como una banda armada fuera de la legalidad, al menos aquellos que tenían que ver con la seguridad.

---

[11] Mónica González, *La conjura. Los mil y un días del golpe* (Santiago: Catalonia, UDP, 2012), pp. 163-172.

[12] Ascanio Cavallo y Margarita Serrano, *Golpe. 11 de septiembre de 1973* (Santiago: Aguilar, 2003), pp. 239, 246.

Gran paradoja. Ocupaban las técnicas de análisis político propio de las democracias modernas, con absoluta legitimidad, y a la vez empujaban hacia una meta no democrática, aunque la considerasen una democracia superior.[13] En esta última, el sistema totalitario o incluso las simples dictaduras podrán autorizar sin problema quizás encuestas de mercado, pero el análisis de opinión pública queda entregado a los servicios de inteligencia. A los miembros de CENOP no les parecía que hubiera contradicción alguna.

## El Presidente, el ministerio, los partidos

En general se mantuvo el principio de que si había un ministro comunista, el subsecretario tenía que ser socialista, radical o del MAPU, etc. La misma idea de paridad se repitió en cada ministerio. Se quería garantizar la colaboración entre los partidos y que en la administración del Estado no existiera ninguna guerrilla entre ellos. Lo que es lo mismo, tampoco se quería que un partido se hiciera con un ministerio como forma de dominar en el Gobierno y/o que este sirviera como agencia de empleo del partido en cuestión, una tentación que se había dado mucho en Chile. Para lo que fue la labor cotidiana, este objetivo se cumplió en sus líneas gruesas. Sin embargo, la mayoría de los partidos políticos de la Unidad Popular siguió manteniendo vida propia, lo que también tenía un efecto divisivo al no desarrollarse estrategias coherentes entre ellos para la totalidad del Gobierno. Este fue especialmente el caso de las relaciones entre comunistas y socialistas, aunque hay que cuidarse de la tendencia a exagerar las diferencias políticas entre ellos.

En suma, la colaboración relativa dentro del aparato de gobierno, ni mayor ni menor que en otras administraciones, no constituyó una fuente de energía de la estrategia general de la Unidad Popular. Esta siguió residiendo en la sede de los partidos y de sus grupos, especialmente dentro de los socialistas, el MAPU y los comunistas. Los partidos, la CUT y otras asociaciones gremiales hijas o próximas a la izquierda, y fuerzas extraparlamentarias como el MIR fueron en su conjunto los verdaderos actores. Junto a estos, Salvador Allende era un polo más, un actor de referencia, el interlocutor más destacado entre ellos, el mediador de las diferencias, el corazón simbólico de todo el Gobierno y de la Unidad Popular.

[13] Esta acción era inseparable del GAP. Cristián Pérez, "Salvador Allende, apuntes sobre su dispositivo de seguridad: el Grupo de Amigos Personales (GAP)", *Estudios Públicos*, 79, invierno 2000, pp. 31-81; Cristián Pérez, "El ejército del Che y los chilenos que continuaron su lucha", *Estudios Públicos*, 89, verano 2003, pp. 225-256.

No fue sin embargo el líder de la coalición al modo de los procesos revolucionarios de orientación marxista, donde existió siempre una personalidad que, por espíritu carismático o por la capacidad de control político y administrativo que poseyera, podía ser la fuente última de autoridad o sencillamente la sede de toda la autoridad. Aquí no consideramos, por cierto, los casos de Europa Oriental que, con la excepción de Tito en Yugoslavia, fueron regímenes impuestos por Moscú y no propiamente productos de una revolución interna. Esto fue uno de los rasgos distintivos de la "experiencia chilena", que le daba un aire real o genuino de espontaneidad y pluralismo, aunque la mayor parte de las veces se trató de querellas entre facciones antes que de la manifestación de políticas creativas.

Más grave, aquí radicó la raíz de la tragedia, o de esa parte de la tragedia que colocó a Salvador Allende frente a frente a su coalición de partidos. Allende no era líder ni la fuente de inspiración, ni menos la fuerza creadora del marxismo chileno, al modo que Lenin lo fue de la experiencia bolchevique, aunque este tuvo que vérselas mucho con visiones y personalidades un tanto divergentes dentro del mismo partido. Jamás cupo duda de que, al irse imponiendo, Lenin no solo fue un dictador frente al resto de la política y de la sociedad rusa y soviética, sino que avanzó hasta ser el dictador incontestado de su propio partido. Para Chile y los chilenos, Allende habrá sido casi la esencia de la Unidad Popular. Lo mismo se puede decir acerca del mundo entusiasta, escéptico o crítico que lo miraba desde más allá de la frontera. Para efectos de su liderazgo, su posición no avanzó más allá de su capacidad operativa bastante conocida —la célebre "muñeca" de la que él mismo se jactaba— ni un ápice desde la posición inicial del 3 de noviembre de 1970.

## Anuncio del proyecto

El lenguaje de la izquierda marxista es inseparable de una explicación constante de que se está en una buena dirección en relación a los textos fundacionales, ya sea que los consideremos la doctrina científica o la palabra sagrada de una religión política. La Unidad Popular y el mismo Salvador Allende no escapaban a esta característica. Además de la enorme cantidad de proyectos, discursos, informes, etc., que los militantes y simpatizantes de la Unidad Popular seguían desde una proximidad relativa, Allende y los dirigentes de la coalición gobernante vivían inmersos en la lectura o en la escucha de largos y sesudos análisis sobre la situación económica y social, sobre el "momento histórico", sobre las tareas del pueblo y del partido, sobre las contradicciones sociales y políticas de la hora. Los líderes ocupaban una parte sustancial de su tiempo en redactar largos escritos sobre la interpretación "verdadera" de la circunstancia y la relación entre la teoría y la praxis.

Por eso los discursos de Allende adquieren una importancia señalada. Hemos dicho que no hay muchos indicios de que Allende haya sido un lector concentrado en textos y que redactara directamente sus presentaciones; era más bien un hombre extraordinariamente bien dotado para la concentración oral, en la escucha y en la repetición vívida de ideas combinadas con cifras. Por muchos años, Osvaldo Puccio lo asesoró en la redacción de sus discursos. Al comenzar el gobierno apareció la figura de Joan Garcés, aunque no está claro cómo llegó a contar con la total confianza de Allende. Poco se sabe de la historia de cómo adquirió tal influencia sobre Allende, aun descontando la posibilidad de que *a posteriori* el español haya exagerado su propio papel. Quizás la síntesis de un marxismo ortodoxo pero a la vez un poco más original que el expresado por los chilenos, junto a una personalidad joven y envolvente hicieron ver al Presidente que tenía a la persona que iba a explicar su propia doctrina de "transición al socialismo" sin traicionar la herencia fundacional del marxismo. Volviendo a los pronunciamientos presidenciales, como es natural tienen que haber sido más ojos los que ayudaban a darle forma final a sus discursos.

De los varios documentos básicos que explican el programa, nos concentraremos en tres de ellos. Uno es el puntapié inicial del 5 de noviembre de 1970 ante el Estadio Nacional atestado de partidarios y de muchos políticos y periodistas extranjeros, un tipo de público que llegaría a jugar un papel crucial para el destino de la Unidad Popular y para Allende en particular. El segundo es la entrevista que le hizo Régis Debray a Salvador Allende y que apareció publicada en marzo de 1971. El tercero es el primer Mensaje Presidencial leído, de acuerdo a la tradición constitucional, el 21 de mayo ante el Congreso Pleno. Aunque emplearemos algunos otros textos, parece ser que estos son los fundamentales para comprender este primer momento, en el cual se quiere señalar la meta cuando el optimismo aparece casi ilimitado.

Las características sobresalientes de las metas señaladas por Allende se pueden resumir en la idea, que venía desde mediados de los 1960, de que lo que se efectuaría en Chile sería una "transición al socialismo". Un elemento fundamental del socialismo de Allende y el de los quince años anteriores había sido insistir en que no querían una reforma del sistema, sino que su cambio absoluto y total. Allende le añadía siempre que se deseaba, y que en eso consistía el momento presente, efectuarlo de una manera legal de acuerdo a las posibilidades que ofrecía la institucionalidad chilena. Afirmaba con un orgullo apenas escondido que el caso no tenía precedentes en el mundo, lo que le servía además para desechar toda posible objeción teórica a la línea política que pudiera imprimirle al proceso.

Este es un dato no menor. En la tradición marxista era fundamental la "lectura correcta" de la doctrina para poder desarrollar una "praxis". Seguramente, Garcés

le hizo presente el texto de Engels al cual acude, en realidad la única parte de Marx y Engels donde se considera la posibilidad de un tránsito pacífico al socialismo si se tiene una mayoría electoral.[14] A la vez, todo esto deja muy claro que lo que quería Allende era un socialismo identificado con las grandes revoluciones del siglo XX, la de Rusia y la de China:

> Hoy nadie duda que, por esta vía, naciones con gran masa de población pueden, en períodos relativamente breves, romper con el atraso y ponerse a la altura de la civilización de nuestro tiempo. Los ejemplos de la URSS y de la República Popular China son elocuentes por sí mismos. Como Rusia, entonces, Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una manera nueva de construir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada.[15]

En estas líneas está condensada la ortodoxia y la novedad del Allende de la Unidad Popular, el efectuar la construcción de una sociedad socialista según el modelo de las grandes revoluciones marxistas del siglo XX, en donde la forma de transitar va a ser de un tipo distinto al que se llevó a cabo en los modelos tan admirados.

Allende sostenía que por fin se cumplía en Chile "la anticipación de Engels". Destacaba la particularidad chilena al decir que, "sin renunciar a sus metas revolucionarias, las fuerzas populares han sabido ajustar su actuación a la realidad concreta de las estructuras chilenas, contemplando los reveses y los éxitos no como derrotas o victorias definitivas, sino como hitos en el duro y largo camino hacia la emancipación (…) Chile inicia su marcha hacia el socialismo sin haber sufrido la trágica experiencia de una guerra fratricida".[16] En el ritmo de Allende se nota el pensamiento de una persona que quizás no leía los textos clásicos del marxismo, pero que tenía muy clara su lógica, aquella que a veces se llama "método dialéctico". La realidad constituye una serie de hitos y de saltos hacia una meta final que se acerca o se aleja pero que llegará de una manera indefectible.

Respondiendo a un largo deseo de lo que se supone era la mayoría del pueblo chileno, se iba a poner en práctica la instauración por etapas de ese modelo:

[14] Engels lo dijo solo en una ocasión. La cita en alemán del texto referido por Allende está en Friedrich Engels, "Zur Kritik des sozialdemokratischen Programmentwurfs 1891", en Karl Marx, Friedrich Engels, *Werke* (Berlin: Dietz Verlag, 1972), vol. 22, 3, p. 133.

[15] Salvador Allende, "Primer Mensaje al Congreso Nacional", 21 de mayo de 1971, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 2, p. 803.

[16] Salvador Allende, "Primer discurso político", 5 de noviembre de 1970, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 1, p. 474.

> En términos más directos, nuestra tarea es definir y poner en práctica, como la vía chilena al socialismo, un modelo nuevo de Estado, de economía y de sociedad, centrado en el hombre, sus necesidades y sus aspiraciones. Para eso es preciso el coraje de los que osaron repensar el mundo como un proyecto al servicio del hombre. No existen experiencias anteriores que podamos usar como modelo; tenemos que desarrollar la teoría y la práctica de nuevas formas de organización social, política y económica, tanto para la ruptura con el desarrollo como para la construcción socialista.[17]

Quizás es una de las partes más "ideales" de la definición programática y de la orientación política e intelectual de toda la palabra de Allende. Resume un aspecto del marxismo que se encuentra explícito más que nada en los *Manuscritos económico-filosóficos* de Marx de 1844, aunque sería quizás acertado decir que subyace a todas sus ideas básicas. Hay que añadir que la noción de desarrollar una sociedad para el hombre ideal es inherente a la totalidad del socialismo y no solamente del marxismo. De una manera menos explícita y más ocasional, o quizás en otro tipo de raciocinio, esta idea se encuentra muy diseminada en el pensamiento político moderno y no le era ajena ni a Platón ni a Aristóteles. A lo que Allende apunta aquí es a colocarla en una tradición en que queda encajonada con los fundadores del marxismo y en lo básico con su traducción por medio de Lenin, al aludir a "Rusia" y a China como dos grandes modelos, como metas, aun cuando no como medios.

Aparecen en su palabra las expresiones "el camino al socialismo en democracia" y "pluralismo en libertad", que miradas de manera aislada podrían ser consideradas como referencia a un contexto liberal y quizás Allende en la práctica las había desarrollado de esa manera. Eran sin embargo huellas solitarias dentro de su semántica más completa, la que indicaba hacia ese socialismo que está prefigurado en los regímenes descritos y en los cuales tres o cuatro partidos de la Unidad Popular, los más fuertes, creían como un hecho natural de la existencia. Allende, más que Altamirano u otros socialistas, más que los líderes del MAPU que proporcionaron una parte no pequeña de su lenguaje y más que los comunistas, siempre aludía al "humanismo" como la tradición en la cual se insertaba su pensamiento y su acción:

> La tarea es de complejidad extraordinaria porque no hay precedentes en el que podamos inspirarnos. Pisamos un camino nuevo, marchamos sin guía por un terreno desconocido, apenas teniendo como brújula nuestra fidelidad al humanismo de todas las épocas —particularmente al humanismo marxista— y teniendo como norte el proyecto de la sociedad que deseamos, inspirada en los anhelos más hondamente enraizados en el pueblo chileno.[18]

---

[17] Allende, "Primer Mensaje al Congreso Nacional", 21 de mayo de 1971, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 2, p. 806.

[18] Allende, "Primer Mensaje al Congreso Nacional", 21 de mayo de 1971, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 2, p. 805.

Esto podría indicar hacia una interpretación de la "transición" como un camino largo y quizás sin un término preciso, en un proceso que no es del todo incompatible con el "modelo occidental", que en el fondo puede respetar el elemento liberal que existe en toda verdadera democracia. Con todo, lo que más sobresalía era el inconmovible propósito de alcanzar la sociedad socialista, que Allende y una parte de la Unidad Popular siempre declararon que no se lograría completamente en los seis años de la presidencia. La sociedad socialista como meta, no hay otra manera de verlo en base a la palabra de la época, estaba prefigurada por los tres grandes paradigmas de la izquierda marxista de 1970: la Unión Soviética, la Cuba de Castro y Alemania Oriental.

Lo que sí se haría era poner en marcha este proceso dándole vida al "poder popular": entregarle poder a la clase trabajadora que es la que llegaba al Gobierno. Ya hablamos sobre esta combinación de realidad y autosugestión que había en el supuesto de esta idea. Toda la acción de creación de un "área social" de la propiedad se justificaba básicamente por esta dirección. Esto tiene antecedentes en todas las revoluciones sociales y en especial en el establecimiento de los regímenes marxistas. Lo que le daba especificidad al caso chileno era el camino para llegar a eso, que es en lo que insistió especialmente Allende: "Hemos dicho que aprovecharemos aquellos aspectos de la Constitución actual para abrir paso a la nueva Constitución, la Constitución del pueblo. ¿Por qué? Porque en Chile podemos hacerlo".[19]

Siempre existe una idea de un cambio absoluto frente a la realidad existente, en el sentido de que se está dentro de un sistema hecho para otros y que el mundo, debido a la conquista realizada por los "movimientos populares", creó un espacio en donde era posible el triunfo de una fuerza como la que representaba él. "Ganamos, pero, Régis debo decirte que yo le dije al pueblo, que lo acabo de decir hace un instante pero te lo voy a ampliar. Ganar es difícil pero no imposible. Ganamos dentro de sus reglas del juego. La táctica nuestra fue correcta, la de ellos equivocada".[20] El "sus" de "sus reglas del juego" creemos tiene un doble sentido. Por una parte se refiere al sistema dominado por la "burguesía" y el "imperialismo". Por otra es posible que sea una crítica hacia esa parte creciente de la izquierda militante que estaba creyendo en la acción directa y derivando desde años antes hacia la vía armada. De todas maneras a la democracia del momento Allende la califica sin ambages como "régimen democrático burgués".[21]

[19] "Allende habla con Debray", *Punto Final*, 16 de marzo de 1971, p. 39.

[20] "Allende habla con Debray", *Punto Final*, 16 de marzo de 1971, p. 41.

[21] "Allende habla con Debray", *Punto Final*, 16 de marzo de 1971, p. 53.

Si bien Allende reiteraba la idea de pluralismo y libertad, jamás puso alguna cuota de duda en que ello a su manera existía también en los sistemas marxistas de la época. La cuestión central en términos políticos en el Chile de la Unidad Popular llegó a ser la pregunta de si el sistema democrático iba a subsistir una vez que se alcanzara la meta del socialismo, una vez finalizada la transición. Los líderes de la Unidad Popular fueron siempre evasivos en esta pregunta y aludían —el mismo Allende lo hacía cuando defendía la Revolución Cultural china, o el Muro de Berlín— a que las informaciones que llegaban a Chile estaban distorsionadas.[22] Existe un párrafo en los textos que se examinan ahora que apunta con ambigüedad este problema:

> Chile reúne las condiciones fundamentales que, utilizadas con prudencia y flexibilidad, permitirán edificar la sociedad nueva basada en la nueva economía. La Unidad Popular hace suyo este lema no como una consigna, sino como su vía natural. Chile en su singularidad, cuenta con las instituciones sociales y políticas necesarias para materializar la transición del atraso y de la dependencia al desarrollo y la autonomía, por la vía socialista. La Unidad Popular es, constitutivamente, el exponente de esta realidad. Que nadie se llame a engaño, los teóricos del marxismo nunca han pretendido, ni la historia que un partido único sea una necesidad en el proceso de transición al socialismo. Son circunstancias sociales, son vicisitudes políticas, internas e internacionales, las que pueden conducir a esta situación. La guerra civil, cuando es impuesta al pueblo como única vía hacia la emancipación, condena a la rigidez política. La intervención foránea en su afán de mantener a cualquier precio su dominación, hace autoritario el ejercicio del poder. La miseria y el atraso generalizado dificultan el dinamismo de las instituciones políticas y el fortalecimiento de las organizaciones populares. En la medida que en Chile no se dan, o no se den, estos factores, nuestro país, a partir de sus tradiciones, dispondrá de los mecanismos que, dentro del pluralismo apoyado en las grandes mayorías, hagan posible la transformación radical de nuestro sistema político.[23]

Es un texto complejo y quizás contradictorio cuando alude a que puede haber varios partidos, y lo deja como ejemplo de pluralismo. Responde a críticas de observadores, uno de cuyos paradigmas es Debray, de que una revolución debe ser conducida por el "pueblo organizado" y eso implica la existencia de un partido de vanguardia. Por otro lado, Allende ponía como ejemplos a sistemas como el chino y el de Alemania Oriental, donde en el momento de instauración del sistema hubo una coalición de partidos, aunque en lo básico haya sido una ficción. En el caso del régimen comunista alemán existían varios partidos representados en la Cámara del

---

22 "Allende habla con Debray", *Punto Final*, 16 de marzo de 1971, p. 36.

23 Allende, "Primer discurso político", 5 de noviembre de 1970, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 1, p. 477.

Pueblo, lo que era la más completa de las fantasías si pensamos que eso se podía llamar pluralismo.

Hasta los bolcheviques tuvieron aliados en una primera fase de la toma de poder, pero ellos tenían la sartén por el mango. Aquí está la particularidad chilena que era auténtica y que hemos visto había llamado la atención de otros regímenes marxistas. Se trata de que había en Chile dos partidos marxistas, habría que añadir marxistas-leninistas; y en los años anteriores se les habían agregado otras pequeñas colectividades que hacían mucho ruido público, como el MAPU y el MIR. El mismo Allende le decía a Debray que, en comparación con el Partido Socialista de Chile, "tampoco hay muchos partidos socialistas que sean marxistas propiamente tal".[24] En realidad, aquí no queda claro el contexto en el cual se usa el concepto de pluralismo ni nunca lo quedaría en los tres años de gobierno.

Pero el texto señala otra cosa. Reconoce de una manera muy indirecta la existencia de al menos un contexto autoritario en los países que considera modelos, aunque habla de que están "condenados" a una "rigidez política". La culpa la habría tenido la reacción de las fuerzas internas y externas que habrían recurrido a métodos ilegítimos para defender sus intereses. Si bien había algún leve elemento de verdad en estas afirmaciones —aunque es difícil explicarse cómo podrían no haber reaccionado por las armas las fuerzas contrarias a los bolcheviques en Rusia, a los comunistas chinos o incluso al mismo régimen cubano en la medida en que fue aclarando sus metas—, parecía indicar de manera diáfana que esos regímenes tenían plena legitimidad política como democracias en el estado en que se encontraban. La conservación de elementos liberales o "burgueses" en la futura democracia socialista dependería así de que los actores externos aceptaran plenamente, sin rebelarse, e incluso ayudando al establecimiento de esta sociedad socialista, y de que los actores internos fueran aceptando de manera pasiva y concesiva el mismo desarrollo. Allende reforzó esta idea en mayo de 1971, en una frase que en su tiempo se discutió algo, pero quizás no se le tomó todo el peso que tenía:

> Nuestro sistema legal debe ser modificado. De ahí la gran responsabilidad de las Cámaras en la hora presente: contribuir a que no se bloquee la transformación de nuestro sistema jurídico. Del realismo del Congreso depende, en gran medida, que a la legalidad capitalista suceda la legalidad socialista conforme a las transformaciones socioeconómicas que estamos implantando, sin que una fractura violenta de la juridicidad abra las puertas a arbitrariedades y excesos que, responsablemente, queremos evitar.[25]

[24] "Allende habla con Debray", *Punto Final*, 16 de marzo de 1971, p. 25.

[25] Allende, "Primer Mensaje al Congreso Nacional", 21 de mayo de 1971, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 2, p. 808.

Es imposible no tomar estas palabras sino como una especie de ultimátum, que advierte que la transición pacífica solo puede realizarse con asentimiento total de las fuerzas que se oponen a una parte o la totalidad del proyecto de la Unidad Popular. Es quizás el testimonio de la palabra pública más relevante en demostrar la ausencia de cualquier huella significativa de la democracia entendida como "modelo occidental" en la meta ideal de la sociedad socialista.



# Capítulo XIII
# Puesta en acción y euforia

## Propósito económico como táctica y estrategia política

Si se empieza por la economía y por la política económica impulsada por la Unidad Popular a partir del 3 de noviembre de 1970, no se hace para mantenerse fiel a una de las tesis básicas del marxismo, a saber, que el proceso de producción material es la estructura básica de la sociedad humana, sobre la cual se construirían las correspondientes "superestructuras" sociales, políticas y culturales. Incluso, se podría interpretar al marxismo como lo contrario a esta tesis, es decir, como el intento intelectual y político por torcer la lógica más importante, aunque no la única, de la modernidad: la evolución de la economía de mercado en las condiciones técnicas y científicas y el desarrollo del sector abstracto de la economía —las finanzas— desde el siglo XVIII hasta nuestros días. Más bien, comenzamos con este tema precisamente porque, tras el proyecto económico, existía una voluntad política de transformación profunda y total de la sociedad chilena. Nadie lo ha explicado mejor que el principal cerebro de la estrategia económica de Allende, Pedro Vuskovic:

> No se propone por lo tanto ese programa, reformas estructurales encaminadas a modificar los términos del funcionamiento tradicional de la economía, sino a transformar cualitativamente la naturaleza de esa economía, no para resolver los problemas y las situaciones en el interior de ese sistema, dentro de los límites de ese sistema, sino para sustituir el sistema mismo. En suma, se trata de un Programa Básico que tiene un claro contenido revolucionario, y no un mero contenido reformista. Y si es ese nuestro punto de partida, quiero decir que esto plantea a la política económica no un problema o un conjunto de problemas de carácter técnico sino un problema esencialmente político: el de la transformación revolucionaria del país. Y por lo tanto, lo que se plantea en la política económica, es un problema de poder, es un problema

> de fuerzas sociales, de correlación de fuerzas, a las que tiene que subordinarse por lo tanto la política económica, sirviendo principalmente, y allí encuentra su objetivo central, como instrumento para ampliar y consolidar las posiciones de poder de los trabajadores.[1]

Estas palabras fueron expresadas en octubre de 1971, cuando el optimismo casi ilimitado todavía alimentaba a la Unidad Popular. Es de suponer que Vuskovic no podía ignorar los problemas que comenzarían a aquejar a su proyecto. Era tanto lo que ya se había hecho, sin embargo, que con seguridad no podía imaginar que no fuera posible superar todos los obstáculos que fueran surgiendo en el camino. Como en pocas partes, se puede encontrar aquí una confesión del propósito político: la política económica del gobierno de la Unidad Popular consistía en precipitar un cambio en la constitución de la sociedad y de la economía.

Esta era de un carácter más o menos mixta, entre dirección y propiedad del Estado, y un mercado que funcionaba en las condiciones limitadas pero reales de que se ha hablado antes. El propósito político era transitar a un sistema "socialista". Para las metas económicas que se sostenían, esto significaba que en una primera etapa todas las grandes empresas y probablemente, al tenor de lo sucedido, muchas medianas y pequeñas deberían pasar a manos del Estado. Aunque quedó en una nebulosa demasiado vaga la idea de lo que pasaría después en una segunda fase, los indicios apuntan a un proceso económico completamente dominado por el Estado.

Para sus actores principales —Vuskovic, Zorrilla, Inostroza— ello implicaba avanzar hacia un orden económico superior y no meramente un recurso de apropiación de poder. En esto coincidían plenamente con otros actores de primera línea en este campo, como Orlando Millas, Hugo Fazio Rigazzi, José Cademartori Invernizzi y Fernando Flores Labra. Creían también que esto no solamente estaba en el interés de los trabajadores de cada una de esas empresas, sino que además, con su participación voluntaria, estos se entusiasmarían en seguir el interés de clase. Se estaba tomando el poder para crear una economía que sirviera a sus necesidades. No cabe duda de la profunda convicción en este propósito. Vuskovic creía en la racionalidad del mismo hasta el final de su vida y los líderes más directamente involucrados de la Unidad Popular solo experimentaron dudas menores hacia el final del Gobierno. Los problemas que surgirían serían casi con unanimidad explicados como parte de

---

[1] Pedro Vuskovic, "La experiencia chilena: problemas económicos", en Lelio Basso y otros, *Transición al socialismo y experiencia chilena* (Santiago: CESO, CEREN, 1972), p. 101. El título de esta publicación resume muy bien en términos intelectuales en qué consistieron estos años.

un sabotaje, cuando no de una conjura externa, y en menor medida como lastres del capitalismo subdesarrollado y dependiente que había sido la característica chilena.[2]

## Dándole con el billete

Un primer impacto inaugural en la política económica estuvo dado por una extraordinaria inyección de recursos monetarios a la economía. En otras palabras, se imprimieron billetes para aumentar el gasto público de manera directa y por medio de un incremento de los sueldos y salarios, en su gran mayoría más allá de la inflación del año 1970.[3] Lo que hubiera sido una temeridad suicida en muchas partes, era explicado como una forma novedosa de confrontar los problemas de una economía estancada y, se afirmaba, con alto desempleo. Se partía de la base de que las empresas chilenas y la industria en particular tenían una capacidad ociosa, que no producían todo lo que podían por la falta de una demanda. Esto a su vez se explicaba porque la economía dependiente solo producía para intereses finalmente imperialistas y para una pequeña minoría de chilenos que se aprovechaba de la situación.

Mediante esta inyección de dinero los sectores mayoritarios tendrían ahora acceso a bienes de consumo que antes estaban fuera de su alcance. No se produciría el efecto previsible de la fabricación de billetes, la inflación, porque la mayor producción podría venderse a esta nueva demanda que partiría de los sectores antes excluidos. La idea era impulsar un aumento de la producción en una economía cuya debilidad crónica había sido siempre la existencia de un mercado limitado. Estas ideas eran de alguna manera compartidas por economistas cepalianos y en sus premisas más básicas

[2] Gonzalo Martner, *Chile: los mil días de una economía sitiada* (Caracas: s.d., 1975), especialmente pp. 172-176, donde Martner explica que "cuando el poder de las clases populares era mayor, y las clases burguesas estaban en retirada, la inflación fue leve, como ocurrió entre noviembre de 1970 a julio de 1972 (…) Pero cuando las clases burguesas toman definitivamente la ofensiva y comienzan a debilitar el poder de los trabajadores el costo de la vida crece más rápidamente"; Pedro Vuskovic, *Acusación al imperialismo* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1975), pp. 118-121 y "Las aportaciones de la experiencia de la Unidad Popular en Chile a la tarea de repensar un proyecto de futuro", mayo de 1992, en Raúl Maldonado (compilador), *Pedro Vuskovic Bravo, 1924-1993, Obras escogidas sobre Chile, 1964-1992* (Santiago: Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, 1993), pp. 422-448; Orlando Millas, *Memorias, 1957-1991: una disgresión* (Santiago: ChileAmérica CESOC, 1996), pp. 83-86.

[3] El incremento de la cantidad de dinero fue de 173% en 1972 y 413% en 1973 (esto tiene que incluir los casi cuatro meses después del golpe). Entre 1970 y 1973, la cantidad de dinero aumentó casi 30 veces. Felipe Larraín y Patricio Meller, "La experiencia socialista-populista chilena: la Unidad Popular, 1970-1973", *Cuadernos de Economía*, año 27, N° 82, diciembre 1990, pp. 317-355, p. 341.

era indudable que influyeron o eran paralelas a las de un Pedro Vuskovic, un Carlos Matus o un Alfonso Inostroza. Se avenían mucho a un proceso revolucionario que no fuera una revolución violenta y súbita. Al mismo tiempo, podían ser consideradas como una revolución del consumo y quizás esta sería una característica de la economía política de los años de la Unidad Popular, al menos de su primera mitad.[4]

La inyección de dinero era una táctica económica al servicio de una estrategia política. El mismo Allende se lo diría a Régis Debray en esos primeros meses, con absoluta claridad y sinceridad, en relación a la ley de reajuste de sueldos y salarios:

> Esta vez, el Proyecto que hemos presentado al Congreso no es tradicional; se procura convertir esa Ley en un elemento que ayude al desarrollo económico. No solo se persigue devolver el poder adquisitivo perdido por los trabajadores, se busca promover la demanda para acelerar el desarrollo económico interno, que fue detenido por el gobierno burgués de la Democracia Cristiana. No tengas temor, no vamos a olvidarnos que hemos dicho que vamos camino al socialismo.[5]

No cabe duda de que se trata de un lenguaje revolucionario en relación al menos al sistema económico. Desde un punto de vista económico y social, tenía algo de revolucionario y mucho de populista.[6] Como pocas veces en este aspecto la izquierda chilena sí tuvo una estrategia populista. El acto inicial del Gobierno consistió en una enorme inyección de recursos monetarios a la economía, con dos objetivos manifiestos. El primero era efectuar en lo posible una redistribución económica entregando un reajuste por sobre el alza de los precios de 1970 (36,1%) a los sueldos y salarios más bajos.

De todas maneras nadie, en cualquier tramo de la escala en que se encontrase, quedó a partir del 1 de enero siguiente sin su reajuste íntegro en relación a la inflación acumulada en 1970. El reajuste del salario mínimo alcanzó un 66% y otros sueldos y salarios bajos tenían que tener al menos un 5% por sobre el alza del costo de la vida.[7] Por primera vez en la historia de Chile reciente este reajuste se estableció en completo acuerdo con la directiva de la CUT, liderada por el militante comunista Luis Figueroa.

---

[4] Paul Rosenstein-Rodan, "Why Allende Failed", *Challenge,* Vol. 17, Issue 2, May-June 1974, pp. 7-13.

[5] "Allende habla con Debray", *Punto Final*, 16 de marzo de 1971, p. 39.

[6] Larraín y Meller, "La experiencia socialista-populista chilena: la Unidad Popular, 1970-1973"; Patricio Meller, *Un siglo de economía política chilena: 1890-1990* (Santiago: Andrés Bello, 2007; original, 1996), pp. 117-118.

[7] "Exposición del Ministro de Hacienda Américo Zorrilla ante la Comisión Mixta", febrero de 1971, en Víctor Farías, *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica* (Berlín: Wissenschaftlicher Verlag Berlin; Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2000), T. 1, pp. 565-ss.

Fue firmado el 7 de diciembre de 1970. Figueroa decía que la situación antes había sido de una mayoría de dos tercios contra los trabajadores y ahora había llegado a ser de dos tercios a favor de ellos.[8] Desde luego, esta organización, que tenía una dependencia relativa de los partidos marxistas, pero a la que no se le podía ignorar alguna dinámica propia, era parte del Gobierno. Era un hecho esencial de la semántica que se trataba de un "Gobierno de los trabajadores" y era de primera necesidad que se sintiera así. En 1970, no cabe duda de que esta identidad no respondía a un mero acuerdo de cúpulas, sino que se derramaba por amplios sectores sociales que giraban en torno al mundo sindical. Algo de esto se mantuvo hasta el derrocamiento de Allende. Solo en 1972 y 1973 comenzarían a desatarse demandas obreras al margen de esta estructura.[9]

Era un cambio bastante grande en relación a las categorías anteriores de la lucha contra la inflación. El gobierno de Jorge Alessandri había intentado y logrado, con gran esfuerzo y con harta rabia de muchos, entregar reajustes menores a la inflación como una estrategia no muy exitosa de lucha contra las alzas. Eduardo Frei había prometido reajustes completos en relación a la inflación. Cuando su gobierno se dio cuenta de que no podía luchar exitosamente contra ella, intentó modificar su política, pagando una parte del reajuste en bonos a recuperarse más tarde. Esto fracasó rotundamente ante una seguidilla de huelgas generales convocadas por la CUT que dieron cuenta de los llamados "chiribonos". Ya se ha visto que el breve ministerio de Raúl Sáez fracasó por este propósito.[10]

Nada de esto asustaba ni a Vuskovic ni menos al mismo Allende, uno de los presidentes menos preocupados por los asuntos monetarios que ha habido en el Chile moderno. La teoría repitió incansablemente que existía una capacidad ociosa en las empresas. Inyectando dinero concentrado en los grupos con menos ingresos y aumentando la producción de artículos de consumo que no fueran de lujo, se creía que se iba a lograr un aumento muy rápido del ingreso sin que existiera la correspondiente inflación. Era evidente que esta era una voluntad lo más "antimonetarista"

[8] Detalles en Barbara Stallings, *Class Conflict and Economic Development in Chile, 1958-1973* (Stanford, California: Stanford University Press, 1978), pp. 128-ss.

[9] En 1973, el total de días-hombre de trabajo perdidos por causa de paros nacionales fue 5.370.969, un incremento de 597% respecto de 1972. En otro indicador muy decidor, en 1973 el 51% de los días-hombre de trabajo perdidos se dio en las empresas del área de propiedad social, donde teóricamente el Gobierno contaba con un apoyo mayoritario. Alberto Armstrong y Rafael Aguila, *Evolución del conflicto laboral en Chile, 1961-2002* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2006), p. 174.

[10] Sergio Molina, *El proceso de cambio en Chile: la experiencia 1965-1970* (Santiago: Universitaria, 1972), pp. 137-147.

que ha habido en la historia de la economía política chilena, mucho antes de que este término llegara a estar de moda. En ese entonces era desconocido más allá de un círculo de especialistas. Zorrilla explicaba la lucha contra la inflación, señalando que esta "es el resultado de los desequilibrios y características fundamentales de nuestra estructura económica (…) Por tanto, la orientación general de la lucha antiinflacionaria a largo plazo es iniciar desde ya las transformaciones de fondo de la economía chilena".[11] Esto era muy coherente tanto con la idea tan sostenida por los estructuralistas de que la culpa estaba en el "sistema", como con la creencia marxista de que la inflación es un producto del capitalismo. La superación del flagelo solo era posible mediante la destrucción del capitalismo.

El segundo objetivo de la política monetaria del gobierno de Allende era impulsar la economía nacional para que esta dejara atrás el estancamiento, que desde todas las trincheras era la gran crítica que se le efectuaba al desarrollo económico chileno. Esto no solo promovería un crecimiento robusto, que en los números se alcanzó el primer año, lo que permitiría disminuir el desempleo, otro problema crónico del desarrollo social en el Chile moderno. Además, la burocracia estatal, las empresas públicas y las que fueron estatizadas, intervenidas o sencillamente ocupadas pasaron a elevar de una manera considerable la nómina de sus empleados y obreros. Por otra parte, se estableció un todavía más estricto control de precios, que al final de los tres años abarcaba prácticamente toda la economía hasta sus más mínimos detalles —incluyendo los muchos tipos de *hot dogs* que se vendían a lo largo del país—, impuesto con todo el rigor del caso, solo exceptuándose los artículos suntuarios de lujo.[12]

Es imposible no pensar que el diseño de esta política, además de formar parte de la "transición al socialismo", tenía también un fin de gran transparencia populista, el ganar adhesiones políticas.[13] Como nunca antes ni después, la sociedad chilena se vio provista de recursos arribados en un momento corto, lo que se notó inmediatamente en el mercado con un aumento instantáneo del consumo. Por unos 6 u 8 meses no se produjo mayor escasez de bienes de consumo y el país parecía "vivir en Jauja". Este fenómeno se experimentó en todos los sectores, incluso en los medio alto y alto, exceptuando solo a aquellos que fueron afectados directamente por las requisiciones, expropiaciones u ocupaciones.

---

[11] "Exposición del Ministro de Hacienda Américo Zorrilla ante la Comisión Mixta", febrero de 1971, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 1, p. 567.

[12] Pablo Baraona en Patricia Arancibia Clavel, *Cita con la historia* (Santiago: Biblioteca Americana, 2006), p. 135.

[13] Sergio Bitar, *Transición, socialismo y democracia: la experiencia chilena* (México D.F.: Siglo XXI, 1979), pp. 61-62; Meller, *Un siglo de economía política chilena*, p. 117.

Parecía, al menos para los que no siguieran atentos las lecciones de política monetaria o que confiaran en la sapiencia ancestral, que se había encontrado la llave para alcanzar el desarrollo y la redistribución con satisfacción casi para todos. A pesar de su manifiesta desconfianza y de sus críticas públicas en este aspecto, hasta Eduardo Frei en un momento dado expresó que se arrepentía de no haber emitido más dinero, ya que se habría demostrado ahora que esto era posible. Este texto es notable y es más revelador de la euforia que dominaba sobre Santiago en esos meses que cualquier análisis cuantitativo. En efecto, en agosto de 1971, Frei dirigió un memorándum a Jorge Cauas, Sergio Molina y Andrés Zaldívar, en cierta manera amonestándolos porque no lo dejaron imprimir más, apuntando a los "monetaristas" y los consejos de las "grandes potencias":

> ¿Qué habría ocurrido si hubiéramos continuado una expansión mucho más orgánica y controlada que la de este gobierno? (…) Reconozco que estuve bastante ciego y que tenía la impresión de que nuestro paso por el gobierno implicaba un acentuado desarrollo económico. Creí que la inversión del cobre, del hierro, la expansión de la petro-química, la ampliación de los textiles, la creación de la industria electrónica, nos iban a dar un margen de crecimiento que, como término medio, llegaría a un cinco o seis por ciento. No fue así. La única conclusión que saco es que si hubiera escuchado algunos criterios políticos, creo que el resultado habría sido muchísimo mejor, con gran ventaja para los técnicos, para el país y, sobre todo, con gran ventaja para nuestro gobierno.[14]

Incluso Frei trasluce la creencia de que hay una ganancia "natural", claro que inmediatamente antes de que los signos de tormenta se cernieran sobre el panorama. La atmósfera de Jauja del primer semestre de 1971 contribuiría por cierto al enorme incremento de votos de la coalición de la Unidad Popular en las elecciones de abril de 1971. A la luz de lo sucedido, después con la evolución económica no cabe duda de que esta política representa la quintaesencia del rasgo populista tan propio a un alma de la vida latinoamericana. Para esas elecciones los adversarios de la Unidad Popular miraban impotentes cómo, en vez de la catástrofe anunciada, se producía en cambio un acceso de grandes masas a un nuevo consumo y ello se veía en tiendas y restoranes repletos, no excluidas aquellas zonas de consumo de lujo.[15]

---

[14] Cristián Gazmuri, Patricia Arancibia, Álvaro Góngora, *Eduardo Frei Montalva y su época* (Santiago: Aguilar, 2000), Tomo II, pp. 802-804.

[15] Mark Falcoff, *Modern Chile, 1970-1989: A Critical History* (New Brunswick, New Jersey: Transaction Books, 1989), pp. 59-61, alude a la atmósfera que en este sentido se vivía en Chile en 1971.

## Formación del Área de Propiedad Social

La otra punta de lanza de la economía política de la Unidad Popular era lo que manifiestamente estaba en su programa y en toda la doctrina de la izquierda desde muchas décadas y que ahora, en la etapa de "transición al socialismo", debía realizarse: la creación de un área de la economía donde estuvieran las grandes empresas y gran parte del campo en Chile, en manos ya sea del Estado o de trabajadores y campesinos. Este último punto tiene una importancia bastante crucial y a la vez es uno de aquellos temas en donde nunca se sabe dónde termina la manipulación lingüística y dónde comienza la convicción más absoluta.

El sector público en Chile era bastante considerable, aunque es un tema muy debatido en el mundo académico y político si esto proporcionó o no mayor dinamismo al proceso económico chileno. Como se ha visto, en la década de 1960 se fortaleció todavía más la idea de que el Estado tenía que pasar a ocupar un lugar mucho más central en la dirección económica de Chile.[16] Esto no era solamente una demanda de la izquierda. Había sectores de derecha y empresariales entre que estaban resignados y que a veces les gustaba cierto dirigismo y sobre todo el proteccionismo estatal. Con todo, a medida que el observador miraba más a la izquierda, iba aumentando la convicción de que la dirección o la propiedad absoluta del Estado era la llave de todo cambio verdadero para la economía y la sociedad chilenas.

El mismo programa económico de la Unidad Popular hablaba de que se nacionalizarían, integrándolas al sector público o, como se le llamaba ahora, Área de Propiedad Social (APS), no solo las grandes riquezas básicas, sino que también el comercio exterior, los "monopolios", las comunicaciones, la banca y, en general, todas "aquellas actividades que condicionan el desarrollo económico y social del país."[17] En 1972 se conoció un diseño del Gobierno con un plan que tenía una lista de 91 empresas "estratégicas".[18] ¿Cómo se podía efectuar bajo la ley chilena?

Gran parte del debate y del conflicto total que se desarrollaría en los tres años de la Unidad Popular tenía que ver con este punto.[19] Al poner en marcha esta

---

[16] Y sacaba cabeza, renovándose, una corriente que ponía la atención en las distorsiones al mercado, posición que después se llamaría "neoliberal". Angel Soto, *El Mercurio y la difusión del pensamiento político económico liberal. 1955-1970* (Santiago: Instituto Libertad, 1995).

[17] "Unidad Popular: programa básico de gobierno", en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973),* T. 1, p. 123.

[18] *El Mercurio*, 7 de abril de 1972.

[19] Sobre el contexto de las reformas constitucionales y específicamente del derecho de propiedad, Juan Carlos Gómez, *La frontera de la democracia. El derecho de propiedad en Chile 1925-1973* (Santiago: LOM, 2004), pp. 327-353.

parte del programa, la Unidad Popular —o los "trabajadores"— pasaba a controlar el corazón de la economía, en un proceso primero rápido a fines de 1970 y en el curso de 1971, y después más lento. Se llegó a tener el control de 12 de las 20 más importantes industrias de Chile, de la mayoría de los 23 bancos privados y 3 de 4 bancos extranjeros. En diciembre de 1970 ya se tenían 40 industrias en el APS y en diciembre de 1972 había 202 de estas. En 1973 había más de 300 de estas empresas que de una manera u otra estaban bajo control del Gobierno. Existían además hasta diciembre de 1972, según una estadística, 157 empresas requisadas y que en teoría deberían haber sido colocadas en el área mixta.[20] Esto sumaba un total de alrededor de 500 empresas bajo el poder del Estado y de los partidos de la Unidad Popular, las cuales vivían dentro de un espíritu altamente político, aunque alternando con lo cotidiano, a veces con la indiferencia y muchas veces con la maximización de los beneficios de parte de los trabajadores.

La combinación de control estatal con la posible movilización, que la convertía en un tremendo puño capaz de inclinar una balanza de poder en las grandes ciudades, hizo del APS un elemento central de la discusión política y constitucional de Chile. Se añadía el hecho de haberse empleado un recurso excepcional, transformándolo en una forma normal y general para socializar el grueso de la economía del país. El estatus de legalidad de esta estrategia sería de manera creciente considerado como asalto al derecho por parte de la oposición.

Una franca estatización, que era a lo que en la práctica se propendía, no podía hacerse sin un proceso legislativo de por medio. La Unidad Popular no tenía mayoría en el Congreso y, aunque la Democracia Cristiana siempre había hablado de un vago "socialismo comunitario", la mayoría de sus parlamentarios eran reacios a permitir una franca nacionalización del grueso de la economía sin tener garantías de que no hubiera uso político de ella. Muchos de ellos tampoco creían sencillamente en que este fuera el camino. Lograr una mayoría en esas condiciones políticas era imposible, ya que el objetivo final aparecía muy distinto para Gobierno y oposición. Hubo un intento del Gobierno por limitar el APS a 91 empresas. Este proyecto, sin embargo, recibía tibio apoyo dentro de la propia Unidad Popular y la oposición difería en las empresas a traspasarse, sobre todo en casos como la Papelera.

---

[20] Para todo este tema, Alberto Martínez, "The Industrial Sector: Areas of Social and Mixed Property in Chile", en Sandro Sideri (editor), *Chile 1970-73: Economic development and its International setting. Self-criticism of the Unidad Popular Government's Policies* (La Haya, Boston, Londres: Martinus Nijhoff, 1979), pp. 221-274, para la estadística relevante, p. 268.

La estatización de la economía se persiguió también a través de otros métodos. Por medio de la CORFO se abrió un poder comprador de acciones y se llegó a un acuerdo con los propietarios de empresas e intereses financieros para que estos traspasaran su propiedad a esa entidad del Estado. Esto había sido un recurso excepcional, pero ahora se convirtió en otra táctica generalizada. Fue el caso de la banca, sobre todo la extranjera, que fue nacionalizada llegando a un acuerdo con los dueños y utilizando las escasas reservas de que podía disponer Chile.[21] Fue el caso también de varios bancos nacionales. Algunas empresas tuvieron la misma ejecución, vale decir, un acuerdo con sus dueños, como los bullados casos de la familia Montalbetti en Valparaíso y, algo más grande, lo que después se llamaría grupo Luksic. La enorme dimensión de este sector impedía que el fisco pudiera poner más recursos por este método. Que se sepa, en pocas situaciones de la historia se podrá encontrar a propietarios de los medios de producción que puedan resistir una oferta voluntaria que combine garrote con zanahoria o que por asunto de principios no la acepten. Es un tipo de heroísmo que no suele apreciarse en un propietario económico, como sí era más espontáneo en el mundo agrario, según se verá.

## Apología del cambio: Novoa, Briones, resquicios legales, poder popular

El Gobierno, los partidos de la Unidad Popular y en parte una reacción espontánea sindical y obrera —el llamado "espontaneísmo", en lenguaje marxista— diseñaron una estrategia que llegó a hacerse conocida como de "resquicios legales". Esta tiene un nombre, la de un estratega jurídico: Eduardo Novoa (1916-2006). Titulado de abogado en la Universidad de Chile en 1940, tuvo una destacada carrera como jurista y catedrático. Era por cierto un hombre de una cierta elite profesional y política, y asimismo en lo social. También tenía una noción muy fija acerca de la necesidad de un gran cambio que él identificaba con el de la izquierda marxista, aunque no empleaba de manera destacada muchas categorías marxistas, salvo la de tener claro que tenía que participar y colaborar en el tránsito desde el capitalismo al socialismo. Tuvo un papel protagónico en la nacionalización del cobre, según se

[21] En realidad, el gobierno anterior había dejado unas reservas internacionales importantes, 394 millones de dólares, pero, debido a las necesidades de su estrategia económica, la Unidad Popular las agotó rápidamente. Larraín y Meller, "La experiencia socialista-populista chilena: la Unidad Popular, 1970-1973", p. 321.

verá, y formuló la teoría de las "rentabilidades excesivas", la que creía haber probado como una fórmula infalible, científica.[22]

La tesis principal de Novoa es que era posible el "tránsito de Chile al socialismo, valiéndose de normas legales de regímenes de corte capitalista o simplemente reformista". Le sacó mucha punta al Decreto 520 de la República Socialista de 1932, recordemos surgida del golpe de estado llevado a cabo por jóvenes oficiales en alianza con socialistas de esos tiempos. El decreto no estaba pensado para socializar los medios de producción, sino para intervenir alguna empresa que no produjera y por ello fuera a provocar escasez, aunque en su formulación legal había huellas de una mentalidad colectivista. Novoa mostró que en su historia —es decir, como fue tratado en discusiones jurídicas y constitucionales posteriores— fue modificado, pero que algunas de sus disposiciones esenciales se mantuvieron incólumes, aunque sin ser empleadas. Reconocía que en su origen había un régimen no constitucional, siendo una de sus pocas referencias al estado de derecho en el sentido del modelo occidental. El Decreto 520 en cuestión fue uno de los 700 decretos de esos días y en conjunto influyeron —sostenía— en el desarrollo legal posterior. Se burlaba de que cuando el gobierno de Allende lo usó por vez primera, en la expropiación de la fábrica de paños Bellavista-Tomé, el 1 de diciembre de 1970, los abogados reaccionaran de manera indignada; resulta que no tenían conocimiento del decreto en cuestión:

> Los preceptos vigentes de aquel primitivo Decreto-ley Nº 520, poco conocidos y recordados hoy, constituyen instrumentos de gran importancia para imponer en nuestra economía una ordenación que facilite el tránsito al Estado Socialista (…) Cierto es que estas intervenciones son transitorias, pero constituyen obviamente un recurso legal muy eficaz para que un gobierno con arrastre popular pueda conducir una política de transformaciones económicas más hondas (…) (El texto de la reforma al artículo 10 de la Constitución aprobada en 1967) resulta por sí mismo polémico; es entendido en forma diversa según la posición ideológica de quien lo examina.[23]

Más claro echarle agua. Aquí está definida la parte legal de la estrategia política para el proceso revolucionario. En primer lugar, el empleo de disposiciones caídas en desuso —o jamás utilizadas— para efectuar un cambio revolucionario. ¿Es legítimo en un estado de derecho? Tenía que provocar una respuesta análoga, la búsqueda de resquicios por parte de la oposición, o de empleo más allá de la "normalidad" de

---

[22] Sobre el pensamiento y la obra de Novoa, así como su influencia en la estrategia de la Unidad Popular, Cristian Villalonga, *Revolución y Ley: la teoría crítica del Derecho en Eduardo Novoa Monreal* (Santiago: Globo Editores, 2008).

[23] Eduardo Novoa Monreal, "Vías legales para avanzar hacia el socialismo", *Mensaje*, 197, marzo-abril 1971.

ciertas normas legales y legítimas, como las acusaciones constitucionales. Ello vendría más adelante. Nuevamente, ¿resiste el estado de derecho una doble embestida, si la primera no es suficiente para derribarlo? Antes había puesto al capitalismo junto al "reformismo", y este último en lenguaje marxista ha sido siempre la social democracia, que reconoce como meta el estado de derecho según el modelo occidental. Da la impresión de que es lo que quería decir Novoa.

Al final, Novoa habla de "interpretaciones". Queda en el fondo una visión binaria: o se está con el pasado o con el futuro, la sociedad que emerge con el socialismo. Como si la realidad total pudiera ser reducida a esta ecuación tan simple. Define el presente como un combate, aunque legal o con recursos legales, un poco de tinterillo en verdad, aunque formulado por el lenguaje culto e inteligente de Novoa.

Lo mismo encontramos en otro caso, que tomamos como ejemplo. Se trata de Carlos Briones (1914-2000), último ministro del Interior de Salvador Allende. De posición social similar a la de Novoa, miembro del Partido Socialista y amigo personal de Allende, había tenido una alta posición en el Estado como Superintendente de Seguridad Social, nombrado por Jorge Alessandri y ratificado por Eduardo Frei Montalva. A pocos les cabe duda de que pertenecía al ala que intentaba un acuerdo de fondo, al menos con la Democracia Cristiana, y su trayectoria posterior fue acorde con esta dirección. En su mundo de ideas, sin embargo, participaba de la visión de que la estrategia legal era un arma para alcanzar la meta socialista. Afirmaba en 1973:

> El derecho no es una entelequia ni obedece a la elaboración que el jurista hace de la norma en su gabinete. Por el contrario, el derecho es el producto de una realidad social y por lo mismo, tiene caracteres eminentemente objetivos. La norma jurídica no es otra cosa que la expresión teórica formulada de acuerdo con algunos principios de una realidad a la que está abocada una organización social en un momento determinado de la historia (…) El llamado "Poder Popular" es, precisamente, una de las manifestaciones más claras y definidas de los cambios que se están operando en la base del pueblo y en la estructura de las organizaciones populares para proyectarse, con caracteres muy definidos, en la elaboración de la nueva institucionalidad, vale decir, en los elementos que constituyen y deben constituir la juridicidad del Gobierno Popular.[24]

Aquí tenemos repetida, en el borde del abismo de 1973, la misma idea de que la política de la Unidad Popular representaba un nuevo orden social que nada tenía que ver con la antigua legitimidad y que la ley debía utilizarse de acuerdo a quienes

[24] "Ministro Briones contesta a Qué Pasa", *Qué Pasa*, 26 de julio de 1973.

se representara, en este caso, al "pueblo", claro que definido por la misma Unidad Popular.[25] El "poder popular" sería una emanación de la nueva realidad social. Es interesante también que con ello Briones postulaba una suerte de "corporativismo", de representación estamental y quizás por profesiones, que en la modernidad siempre ha llevado al menos a un sistema autoritario; fue también el caso de los parlamentos "de clase" de los sistemas totalitarios, en una cierta despolitización de la representatividad.

En la práctica, se trataba de las típicas políticas que se deslizan en la frontera de la legalidad y van más allá de ella, o al menos más allá de su uso tradicional. En algunos casos se usaron medios inobjetables para situaciones particulares que apenas se habían dado en 40 años. Ahora, bajo Allende, fueron empleados para una transformación drástica del orden económico que eludía la tramitación por el Congreso, que ha sido lo central en todo sistema de división de poderes para estos casos.

## El Decreto 520 en acción

En alianza con la Dirección de Industria y Comercio (DIRINCO) y con el Decreto 520 en mano, era fácil encontrar según el reglamento alguna pequeña falta en una empresa, para que fuera rápidamente intervenida y hasta requisada. Este método se usaba también en conjunto con otra causalidad. Se provocaba un conflicto obrero, generalmente, y esto paralizaba a la industria, produciendo la razón o excusa para intervenirla aludiendo al decreto. A veces esto seguía las direcciones planificadas por Vuskovic; otras veces surgía del ímpetu de líderes sindicales y de la base obrera, en algunos casos de empleados, alentados por la ilusión de que así su situación mejoraría una vez pasadas las industrias al APS. No pocas veces esto se produjo porque las cúpulas sindicales adquirían un poder inusitado en la dirección de la empresa.

No todas las tomas, como hemos dicho, se producían de acuerdo a una planificación política del Estado o de los partidos. Famoso fue el caso de la industria textil Yarur, además por haber sido historiada en una investigación muy leída y muy citada. Fue ocupada por los trabajadores —aunque había algunos que estaban distantes o se oponían— en abril de 1971. De acuerdo a un testimonio que este autor recoge, el propio Allende convocó al dirigente Jorge Varas y lo puso de vuelta y media por

[25] Cabe la posibilidad de que Briones, en atención a que debía apaciguar la belicosidad de gran parte de la izquierda, no quisiera salirse de la ortodoxia de un lenguaje, pero ser pragmático en las negociaciones.

la toma, ya que no estaba prevista en esta fase. Este le respondió: "¿Qué les diría usted a dos mil trabajadores que de pie piden la estatización y que el Presidente cumpla lo que prometió? ¿Qué les habría dicho? ¿Qué no? ¡Me sacan a patadas de ahí!"[26] Con todo, el autor afirma algo que aquí también se sostiene, que del mismo Gobierno partían directrices contradictorias. Unos, como Allende, exigían el control del proceso "desde arriba" y otros, como Vuskovic, lo incentivaban "desde abajo".

Esto tendería a chocar con la "planificación", aunque en todo el período de la transición, durante el cual todavía serían válidas las normas legales del estado de derecho "burgués", no existían las herramientas políticas para una planificación impuesta. En los tres años la estrategia se derramó a sí misma a empresas menores y a veces hasta a pequeños talleres, de manera no planificada, por una suerte de oleada de entusiasmo que movió profundamente a la sociedad chilena, pero que también conmovió y atemorizó a muchos.[27] A partir del Paro de Octubre (1972), en gran paradoja, el estado de ánimo de la "toma" también fue asumido por la oposición. "Tomarse" algo, una empresa, un terreno, una población, una casa, llegó a ser algo así como natural. Como Allende y los partidos que lo acompañaban estaban decididos a no permitir ningún enfrentamiento entre la fuerza pública y el "pueblo" —vale decir trabajadores, campesinos y otros sectores que se tomaban y se tomaban propiedad pública y privada, aun contra los deseos y no pocas veces contra la conveniencia política de la Unidad Popular—, la realidad combinada de intervenciones, requisiciones y tomas pasó a darle un rostro al país.

Muchas veces los tribunales acogían recursos de protección de los propietarios y ordenaban el desalojo. El Gobierno, por medio de los intendentes, rechazaba proporcionarles la fuerza pública. Era una especie de rebeldía legal. Allende respondía con un argumento que, por rebuscado que fuera, tenía su conexión con una práctica que a lo largo de los cuarenta años anteriores se había utilizado muy poco. Ello, porque por razones políticas a los intendentes les costaba proporcionar la fuerza pública y trataban de dilatar los procesos, por ejemplo aquellos de desalojo por falta de pago del arriendo. Cuando la Corte Suprema le hizo ver a Allende que se estaba cometiendo un desacato a los tribunales con las consecuencias constitucionales que aquello podría tener, el Gobierno, muy seguro, respondía aludiendo a estos antecedentes. Ramiro Méndez Brañas y después Enrique Urrutia Manzano, presidentes de

[26] Peter Winn, *Tejedores de la revolución: los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo* (Santiago: LOM, 2004; original en inglés, 1986), p. 254.

[27] Carmen Lazo y Eliana Cea, *La Negra Lazo: memorias de una pasión política* (Santiago: Planeta, 2005), pp. 88-89.

la Corte Suprema, le señalaban que habían sido excepciones. El Presidente retrucaba que de dónde sacaban que había leyes para excepciones, que cuál era la doctrina jurídica y dónde estaba el reglamento que lo fijaba, todos argumentos seguramente soplados por Eduardo Novoa. Allende también defendía su posición, afirmando que su propósito era evitar el conflicto social, un criterio que siempre debía considerarse, en su opinión, antes de utilizar la fuerza pública.[28]

Si pensamos en un tiempo ahistórico en que un gobierno cualquiera, digamos hacia 1920, hubiera estado comprometido con un programa como este, no habiendo otro tema político o ideológico involucrado, una situación de este tipo hubiese sido inusitada y hubiera llevado a alguna forma de conflicto. En las circunstancias de la crisis ideológica chilena, la situación descrita se conectaba con asuntos mayores. Es cierto que, preguntando quizás a los chilenos si les importaba mucho que estas empresas fueran propiedad del Estado (o de "los trabajadores"), no es improbable que la mitad o más hubiera aprobado un traspaso de propiedad, aunque no necesariamente esto implicase la expropiación sin compensación. Entre noviembre de 1970 y mediados de 1971, pensamos que en general una mayoría de los chilenos estaba todavía en este estado de ánimo, pero a la vez, tras el relajo inicial, iba creciendo en la mitad de los chilenos la alarma por la situación que se podía crear.

En el fondo, el APS fue producto de una estrategia general que se dio en muchas áreas de la vida pública, de un proceso revolucionario llevado a cabo mediante la estrategia de la "legalidad sobrepasada". Por una parte, las acciones de gobierno tenían antecedentes y, por la otra, cada uno de estos cometidos extralegales o ilegales no alcanzaba a adquirir una gravedad tal que justificara acusaciones generales de inconstitucionalidad al Gobierno, no al menos por el primer año.

## Participación, producción y cordones industriales

No hay antecedentes de peso que permitan hacerse un juicio acerca del sentido económico de esta acción, más allá de la voluntad de cambio social que llevaba el cambio de propiedad. El APS, como también otros aspectos de la actividad económica, fue sometida a un bombardeo comunicacional en torno al aumento de la producción. Esto tiene que ver con la idea de la planificación central de cumplir ciertas metas rígidas de producción, sin tener en cuenta las variaciones espontáneas

[28] El intercambio entre la Corte Suprema y el Poder Ejecutivo (ministro de Justicia y Presidente de la República), en *Antecedentes histórico-jurídicos: años 1972-1973* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1980), pp. 67-129.

en la necesidad de tal o cual producto, y que estos se producen siempre con un costo fijo de los factores de producción. Supone un cuadro estático de las necesidades humanas, incluso de las más corrientes, aplicables quizás a una sociedad uniformada, aunque es probable que también más igualitaria. Esto último parece haber sido el *ethos* fundamental de la idea de la Unidad Popular, siguiendo el antiguo corazón de la izquierda en el mundo.

La participación de los trabajadores producía un natural entusiasmo en un primer momento. Había sido una demanda que no estaba limitada a la perspectiva marxista —antes de acceder al poder— y de alguna manera hasta los más manchesterianos intentaban darle algún maquillaje. En su versión más absoluta no ha existido nunca.[29] La de la Unidad Popular era, sin embargo, la participación guiada por una voluntad política, que en Chile estaba mezclada desde sus orígenes con la vida sindical. Los actores políticos, por otra parte, no poseían los medios políticos propios de las revoluciones en las que se habían inspirado, vale decir, las formas de control y hasta coerción combinadas con el entusiasmo y la abnegación de los equipos movilizados en pos de una mayor producción que implicaba mayor inversión. En el papel, estas empresas estarían gestionadas por un Consejo de Administración, compuesto por cinco representantes de los trabajadores, cinco del Estado y uno que sería nombrado por el Presidente de la República.[30] En la práctica, la situación marchó más caóticamente, por la falta de autoridad clara en la cadena de mandos durante este período y la pluralidad de centros de decisión dentro de la Unidad Popular. Siguiendo la lógica, donde dominaban los comunistas había más orden orientado a la producción. A medida que se iba en otra dirección, ya fuera por falta de liderazgo o por extremo activismo, eran otras las consideraciones. Se vivía además en asambleas, muchas veces en horas de trabajo.[31]

Los testimonios de historia oral acerca de la época —algunos de esos mismos días, como se ven en el documental *La batalla de Chile,* de Patricio Guzmán— muestran

[29] "La participación de los trabajadores a nivel de empresa es la capacidad de aquellos para influir directamente en el proceso de administración y trabajo de una empresa o para formar tal proceso. Es inherente a esta definición la noción de poder; es decir, la participación de los trabajadores implica inevitablemente que estos conquistan algunas prerrogativas de los administradores o de los capitalistas". Juan G. Espinoza y Andrew Zimbalist, *Democracia económica: la participación de los trabajadores en la industria chilena, 1970-1973* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1978), p. 19.

[30] Central Única de Trabajadores de Chile, *Normas básicas de participación de los trabajadores en la dirección de las empresas de las áreas social y mixta* (Santiago: Departamento de Educación y Cultura CUT, 1971), p. 19.

[31] Un análisis, muy militante, sobre la participación de los trabajadores durante el Gobierno de la Unidad Popular en Michel Raptis*, Revolution and Counter-revolution in Chile: a Dossier on Workers' Participation in the Revolutionary Process* (New York: St. Martin's Press, 1974).

vívidamente cómo los obreros y en general lo que se llama sectores populares sentían que había llegado su hora de reivindicación. Muchas veces era casi como la felicidad en sí misma. El investigador y la memoria de cada uno se topan siempre con esta imagen. Por mucho que se exagere —y se exagera—, fue una reacción más o menos colectiva en esos niveles; se unía la sensación de ser agente en la empresa junto a una retórica y, en una pequeña medida, realidad de que todo se hacía en nombre de los trabajadores y por medio de ellos mismos. Un obrero anónimo recordaba, de acuerdo a una investigación:

> Tratábamos de romper las barreras que se habían formado para dividirnos (…) En general se produjo un cambio cualitativo en las relaciones humanas. Ejecutivos y técnicos asistían a las asambleas de los trabajadores junto con todos los demás (…) y su voto no valía más que el de un obrero: todos éramos "trabajadores" con funciones diferentes; pero la diferencia de la función no definía privilegios sociales. Era el nacimiento de una nueva clase de sociedad, el reflejo de nuestras esperanzas y aspiraciones. Se abrían grandes perspectivas por las que estábamos dispuestos a sacrificarnos (…) y lo hicimos simplemente porque estábamos convencidos de que esto significaría un mundo mejor para nosotros y para nuestros hijos.[32]

Aunque probablemente estas palabras fueron proferidas por un dirigente sindical, este testimonio es una racionalización de una experiencia real sentida por una mayoría de los trabajadores industriales.

Se trata de una experiencia universal. En toda revolución o, como en el Chile de Allende, en un proceso revolucionario, la vida cotidiana con usos y costumbres, con jerarquías, tabúes, con órdenes y sentido común interiorizado, se trastocan en un primer instante en una alegría infinita de carnaval. En todas las grandes revoluciones modernas hay múltiples ejemplos de estas experiencias. Cuando ha sido una manifestación temporal, se sublima en la categoría de carnaval, de fiesta. Si se prolonga, la fiesta se desvanece y la realidad puede asomar con su peor rostro, cruel y afeadora de valores. La reacción viene de un lado o de otro. El golpe lo ejecutan los mismos revolucionarios casi sin darse cuenta, o los contrarrevolucionarios. Ha sido en el modelo occidental donde la experiencia puede encajarse con un centro de gravedad que permite la mejor ecuación conocida entre orden y libertad, entendiendo que la igualdad no puede estar del todo ausente de este necesario equilibrio. Chile no marchaba a esta meta.

La "producción" o, lo que es lo mismo, su incremento era un tema bastante crucial para todo el proceso económico de la Unidad Popular. Soviéticos y germano-

[32] Espinoza y Zimbalist, *Democracia económica*, p. 167.

orientales insistían en señalarles a los chilenos que todavía no había "planificación central" verdadera en Chile. Las promesas que podían cumplirse dentro de una economía planificada, y ya hay bastante experiencia como para afirmar esto, era bastante limitada y solo podían cumplirse dentro del contexto de un dominio bastante acabado de lo que la Unidad Popular llamaba "el poder", vale decir, tener el control no solo del Gobierno, sino que de todas las instancias de la vida pública. Desde alguna perspectiva, esto se llama "totalitarismo", que sería inherente a una economía en su totalidad planificada.

Una situación como esta suponía, de acuerdo a la experiencia histórica, una revolución triunfante, cosa que no se dio en Chile. Algunos estudios hablan acerca del entusiasmo de los trabajadores.[33] No era lo que informaban los comunistas a los líderes germano-orientales. En todo caso, la producción de este sector comenzó a decaer, no solo por la probable falta de incentivos de producción, sino que también, a partir de fines de 1971, por la crisis de balanza de pagos, por el surgimiento del mercado negro, a nuestro juicio espontáneo y por los paros de las agrupaciones patronales y profesionales, a veces también de obreros y empleados, en octubre de 1972 y más adelante desde fines de julio de 1973.

El APS jugó otro papel también. Si bien hay muchas pruebas de que no todos los empleados y obreros estaban contentos con las finalidades o resultados de la Unidad Popular, existía en su seno un apoyo suficiente al Gobierno como para hacer de ese sector un bastión político y eventualmente paramilitar.[34] Por estar ubicadas las empresas, como es natural, en sectores contiguos, se formaron barrios y zonas industriales en las ciudades de Chile, a los cuales se les dio una connotación política. En la campaña de 1964 a muchas de estas zonas se las llamó "sector allendista". Ahora, aunque más concentrados en las industrias, adquirieron un nombre más de batalla, "cordón industrial". En Santiago, los cordones Vicuña Mackenna y Cerrillos tuvieron una enorme carga simbólica.[35] Estos sectores proporcionaron munición para la movilización y copamiento de las calles en las manifestaciones

---

[33] Espinoza y Zimbalist, *Democracia económica*; Winn, *Tejedores de la revolución*; José del Pozo, *Rebeldes, reformistas y revolucionarios: una historia oral de la izquierda chilena en la época de la Unidad Popular* (Santiago: Documentas, 1992); Franck Gaudichaud, *Poder popular y cordones industriales: testimonios sobre el movimiento popular urbano, 1970-1973* (Santiago: LOM, 2004).

[34] Milan Platovsky, *Sobre-vivir: memorias* (Santiago: Andrés Bello, 1997), pp. 407-408. El autor cuenta la reacción mixta, pero en general favorable, al propietario de parte del personal de su industria. Es probable que esto no haya sido una manifestación aislada.

[35] Un plano de los cordones industriales y su extensión territorial en Santiago en Gaudichaud, *Poder popular y cordones industriales*, pp. 451-452.

que se hicieron algo de la vida cotidiana de estos años.[36] En la boca de los líderes de la izquierda, los cordones tendrían un papel fundamental para detener cualquier intento de golpe, al rodear las ciudades en forma de una cintura, lo que impediría cualquier movimiento de unidades militares o grupos rebeldes. Este sería el arsenal más fuerte del "poder popular", un bloque político de hecho, que tendría capacidad de poner en jaque a las instituciones burguesas de la democracia formal, o así lo veía casi toda la izquierda. Lo contemplaban con algún pavor también en la oposición, con expectativas y temores diferentes.

En efecto, la idea de que aquí había un riesgo potencial para los enemigos jugó un enorme papel en el imaginario político de la época. Junto con la amenaza de una división de las fuerzas armadas en caso de golpe, constituía la principal base de por qué podría ser posible una guerra civil en Chile. Si esto tenía fundamento o era parte de un juego del reino de la fantasía —o una combinación confusa de ambos, lo que es probable— es harina de otro costal. Los "cordones industriales" eran parte de la percepción de poder en el Chile de la Unidad Popular.



[36] Un estudio sobre el tema en el que se insiste en que la división entre "gradualistas" y "rupturistas" no se daba en el mundo obrero, en Gaudichaud, *Poder popular y cordones industriales*, p. 16.

# Capítulo XIV
# De quién es la tierra

## La tierra para el que la trabaja: inicios de la Reforma Agraria

Chile es un país cuyo origen vital está en el valle central y en los valles longitudinales desde Santiago hasta el Norte Chico inclusive. Se trata de un país fundamentalmente de raíz agraria, como la mayoría de las sociedades del mundo. Para un país con tanta costa esto podrá sonar extraño, y en realidad valorar la importancia del océano ha sido un aprendizaje trabajoso en la historia de Chile, a pesar de que era la vía vital de unión con el mundo hasta bien entrado el siglo XX. La realidad cotidiana del país ha sido, sin embargo, definida hasta comienzos del siglo XX por el contacto con la tierra y la agricultura. Solo en la tercera o cuarta década del siglo XX la mayoría de la población comenzó a vivir en lo que se llama un medio urbano, si bien en los factores de mentalidad, para los chilenos, en medio de un mundo muy alejado de la raíz agraria, la idea de la tierra sigue siendo poderosa.

A pesar de la urbanización de la población de Chile y de su concentración en la Zona Central, en especial en el Gran Santiago en el curso del siglo XX, en un sentido profundo esto no significó una ruptura radical con la mentalidad agraria. Hay una razón simple: este proceso se alimentó de la masiva migración campo-ciudad. Los nuevos habitantes de la ciudad, ya fuera en medio de una gran miseria —culturalmente quizás más pobres, aunque tal vez con más objetos— o integrándose al nuevo mundo del trabajo, mantuvieron un elemento importante de la vida agraria y de su mentalidad en el mundo urbano. No está claro si esto tuvo una traducción política. Su concreción más evidente podría estar en la fuerte supervivencia de la religiosidad popular, a pesar del avance de una secularización agresiva en sectores medios y altos en la segunda mitad del siglo XX y comienzos del XXI.[1] En todo

---

[1] Esto se puede apreciar en la película de Patricio Kaulen, *Largo viaje* (Chile: 1967).

caso, definir este mundo simplemente como proletario sería muy inexacto, aunque es probable que se haya ido identificando en su mayoría con el mundo de izquierda.

Sin que se olvide que la nostalgia por la tierra es uno de los sentimientos más fuertes del ser humano y eso vale para cualquier latitud, en Chile el recuerdo de lo agrario jugaba un papel destacado. Se ha hablado mucho del papel de la hacienda en la historia de Chile y no hay muchos argumentos para disminuir su significado en el desarrollo histórico, al menos hasta el 1900. Después de eso el recuerdo y la imagen de la misma han seguido siendo elementos protagónicos. El prestigio social se construyó en Chile en primer lugar en base a la hacienda. Se ha escrito mucho acerca de cómo en el curso del siglo XIX se constituyeron fortunas y un desarrollo económico basado en otros factores, pero esto no restaba el esfuerzo incluso en las nuevas fortunas por mantener el vínculo con la hacienda. Ello a pesar de que también se comenzaría a ver más y más el origen del subdesarrollo en Chile a partir de un mundo agrario atrasado y fundamentalmente calificado como "feudal", a pesar de que este término es completamente inapropiado si se usaran categorías historiográficas estrictas.

No obstante, la imagen fue fuerte desde los críticos de la generación del 1900 y seguiría creciendo en el curso del siglo. El atraso, las relaciones de dominación —aquí estaría bien empleado este concepto— y el foso entre los dueños o "patrones" y la masa campesina, entre propietarios y trabajadores, llegarían a ser extremadamente visibles. El habitante de la ciudad quedaba sorprendido al llegar al campo y hallar un tipo de relación y de trato que había ido casi desapareciendo en el Chile urbano del siglo XX. La expresión "patrón de fundo" llegó no solo a resumir una parte de la realidad campesina, sino que a constituir un apelativo peyorativo, usado para acusar a cualquiera en el trato urbano en todo tipo de actividades. Hasta en la vida universitaria un decano, ya fuera por su carácter o por algunas expresiones o métodos que empleara, podía ser acusado de comportarse como "patrón de fundo". A la inversa, el hecho de expresarse por "mi fundo" significaba lo que es mío de una manera que me pertenece hasta la muerte. Asimismo, había algún prestigio social porque "se tenía un fundo"; además era sitio de vacaciones, de veraneo. Incluso antes de que comenzara a generalizarse la idea de que hay que tener vacaciones y veraneo, la idea de "tener un fundo" otorgaba ya una connotación social positiva.[2]

[2] Sobre la importancia de la tierra para la identidad de la elite socioeconómica chilena, María Rosaria Stabili, *El sentimiento aristocrático: elites chilenas frente al espejo (1860-1960)* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003; original en italiano, 1996), pp. 261-366.

Las tensiones sociales cristalizaban en torno a este tema. Especialmente el habitante urbano, que iba siendo la gran mayoría de los chilenos en la segunda mitad del siglo XX, quedaba sorprendido y hasta conmocionado cuando veía algunas formas de trato que eran normales en su rudeza y familiaridad en el mundo del campo, pero que se consideraban de mal gusto en la ciudad. Cuando se comenzó a hablar en Chile del tema de la pobreza y se iniciaron las primeras medidas paliativas, se observó también que era más fácil efectuar cambios en la ciudad que en el campo, en el mundo del trabajo industrial y de servicio que en el mundo agrario. En el mundo urbano las cosas podían reformarse, al menos en parcialidades. El mundo rural parecía más reacio al cambio y la pobreza, más persistente.

Esto se veía incrementado por el hecho de que comenzaría a abrirse un foso amplio entre las posibilidades del desarrollo económico orientado al comercio, la industria y las materias primas —Chile es también un país minero— y aquel orientado al agro. El "patrón de fundo", decididamente acompañado de la institución del inquilinaje, y todo esto poblado por un peonaje que muchas veces podía definirse como de extrema pobreza, eran el centro de un atraso donde habría estado el corazón del subdesarrollo chileno.[3]

Existen estudios que han mostrado un matiz muy distinto en algunos aspectos, que apuntaban a grandes núcleos de modernización agraria y de inversión de utilidades obtenidas en otros sectores.[4] De todas maneras, no cabía duda de que hasta 1973 no se alcanzó a definir a la agricultura chilena como moderna o desarrollada. Persistió la dualidad entre la vanguardia incluso portadora de la agroindustria y de algunos experimentos exitosos por abaratar el alimento que llegaba a un mercado mayor, por una parte, y por la otra, un mundo atrasado en donde el "patrón de fundo" era un propietario endeudado y que vivía ciertamente bastante mejor que los campesinos que lo rodeaban, pero a quien el producto de las ganancias no alcanzaba ni para hacer una explotación muy viable ni para mejorar los salarios de su personal.[5] Por otra parte, los traspasos de propiedad agrícola a lo largo del siglo XX fueron mucho más numerosos que los casos que siempre se apuntaban de conservación de

[3] Esta es la tesis más repetida al momento de mirar la agricultura chilena. Ver Arnold J. Bauer, *La sociedad rural chilena: desde la conquista española a nuestros días* (Santiago: Andrés Bello, 1994; original en inglés, 1975) y Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios: formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX* (Santiago: Ediciones Sur, 1985).

[4] Claudio Robles Ortiz, "Agrarian Capitalism and Rural Labour: The Hacienda System in Central Chile, 1870-1920", *Journal of Latin-American Studies,* 41, 2009, pp. 493-526.

[5] Antonio Bellisario, "The Chilean Agrarian Transformation: The Pre-Agrarian Reform Period (1955-1965)", *Journal of Agrarian Change*, Vol. 6, No. 2, abril de 2006, pp. 167-204.

grandes propiedades que venían o vendrían —la leyenda juega aquí un papel destacado— desde la Colonia.

Había otra realidad que muchas veces se ignora: el sector más moderno de la agricultura, que existía y era prometedor, pero que no podía salvar la situación. Ni aunque se le hubieran dado más incentivos, ni aunque para el mercado interno hubiera habido más libertad de precios, ni aunque hubiese aparecido una legión de verdaderos emprendedores en vez de los "patrones de fundo" el agro podría haber creado puestos de trabajo suficientes para el campesinado en su totalidad, empezando por los "afuerinos". Para lograr una meta como esta, tenía que existir una reforma de la economía que integrara mejor lo urbano y lo rural, con el inevitable eclipse relativo de este último, que con un crecimiento a largo plazo podría crear más y más puestos de trabajo.[6] Sencillamente, no había tierra para todos los que la trabajaban, y por lo demás ese es el sino de nuestro planeta. La solución estaba en otra parte.

Un argumento protagónico era la mala distribución de la tierra, ya que poco antes de la Reforma Agraria el 7,5% de los propietarios poseía el 80% de la tierra cultivable.[7] Esto era así, aunque en muchas economías desarrolladas la situación era y continúa siendo similar, en la medida en que las antiguas grandes unidades se van fusionando con la forma empresarial de organización económica. De todas maneras, la suma del descubrimiento del subdesarrollo a partir de la "cuestión social" en el 1900, la experiencia o la visión de la pobreza campesina, el contraste y la tensión social con una "oligarquía" que hacía ademán altanero de "mi fundo", hizo de la idea de redistribuir la tierra un proyecto que comenzó a acaparar cada vez más protagonismo en Chile. La idea se hundía profundamente en la mentalidad de los chilenos. Desde 1950, pareció avanzar de manera imparable la reforma agraria, alimentada también por los inicios del sindicalismo agrario y las huelgas campesinas.

La izquierda había estado profundamente comprometida con la reforma agraria desde un inicio. El gobierno del Frente Popular habría detenido la sindicalización agraria por un acuerdo con la derecha, pero se consideró que era una especie de traición al programa.[8] Desde fines de la década de 1950, especialmente cuando el cohecho formal fue eliminado por la reforma electoral de 1958, se debilitó un lazo

[6] Algo de esto señala Markos Mamalakis, *The Growth and Structure of the Chilean Economy: From Independence to Allende* (New Haven y Londres: Yale University Press, 1976), pp. 120-143.

[7] Peter Winn y Cristóbal Kay, "Agrarian Reform and Rural Revolution in Allende's Chile", *Journal of Latin American Studies*, Vol. 6, No. 1, May 1974, p. 135.

[8] Brian Loveman, *Struggle in the Countryside: Politics and Rural Labor in Chile, 1919-1973* (Bloomington, Indiana y Londres: Indiana University Press, 1976), pp. 118-120.

de los partidos de derecha con un electorado cautivo, cuyo número a decir verdad ya no era muy elevado, aunque ha pasado a lo legendario. En todo caso, la izquierda comenzó a reclutar el voto campesino desde fines de los 1950. No dejaría, sin embargo, de existir alguna ambigüedad al respecto.

En la década de 1960 la idea de la reforma agraria adquirió un protagonismo que aparecía a veces exclusivo. Ni la derecha lo podía evitar. La administración de Jorge Alessandri tuvo que incorporar la primera ley de reforma agraria debido a presiones tanto del Washington de la Alianza para el Progreso como por exigencia del Partido Radical para ingresar al Gobierno en 1961. Así surgió la Ley 15.020, que respondía a esta presión política, aunque estaba en la línea de que la CORA (Corporación de Reforma Agraria, creada entonces junto al Instituto para el Desarrollo Agropecuario, INDAP) repartiera tierras fiscales y adquiriera predios para entregar en lotes de explotación individual. El objetivo fundamental era crear una especie de clase media campesina y propietaria. En dos años se repartieron de esta manera 66 mil hectáreas y no se alcanzó a favorecer más que a unos mil propietarios. Es evidente que no respondía a lo que se quería decir cuando se pedía una reforma agraria, que era más que nada un cambio no voluntario de propiedad. Por otra parte, respondía a otro tipo de propósito, el de acrecentar el número de propietarios y de modernizar la agricultura en la línea de la muy comentada "revolución verde", que era otro grito de batalla entre los 1950 y 1960, proclamado por muchos expertos en agricultura de la época.[9]

## ¿Quién trabaja la tierra?

La Reforma Agraria era una especie de viga maestra del proyecto de Eduardo Frei Montalva. Había un compromiso político y moral con su realización. En las filas democratacristianas, al revés de las de la izquierda, era común encontrar a propietarios agrícolas que podían ser también la caricatura del "patrón de fundo", ya fuera por estirpe social o por el tamaño del campo respectivo. A la vez, la ardorosa creencia en la idea de un cambio en las relaciones de propiedad en el campo era una emoción muy sentida para la gran masa de los líderes y de los militantes. Adquirió algo de "rebelión de los notables" y es un tema en el cual el resentimiento —que por paradoja es más fuerte mientras más se asciende en la escala social— parece haber desempeñado un papel de magnitud. De ahí salió la Ley de Reforma Agraria

---

[9] María Antonieta Huerta, *"Otro Agro para Chile". Historia de la Reforma Agraria en el proceso social y político* (Santiago: CISEC-CESOC, 1989), pp. 151-166.

16.640 del 16 de julio de 1967.[10] Previamente, se debió reformar el artículo 10 de la Constitución, que definía el derecho de propiedad, lo que posibilitaría un pago diferido y relativo a los antiguos propietarios. Esto se parecía en algo a una medida revolucionaria ya que tenía un cierto aire de confiscación. Esta reforma fue aprobada por mayoría abrumadora el 20 de enero de 1967.[11]

La idea y la promesa expresa del gobierno de Frei era crear "100 mil nuevos propietarios", lo que no se cumplió en absoluto hasta 1970. En las instituciones encargadas, CORA e INDAP, había visiones divergentes. En la CORA sobresalía Rafael Moreno, quien en el largo plazo veía una combinación de propiedad comunitaria con propiedad individual. En el INDAP se puso al frente a la verdadera alma de la política de reforma agraria, Jacques Chonchol, el que después empujaría todo este proceso durante la Unidad Popular.

Chonchol estaba más preocupado del aspecto socialmente revolucionario de la Reforma Agraria que de una modernización, a la que consideraba siempre con tintes "capitalistas". En su propósito no estaba favorecer la propiedad individual y, como señalamos, hasta 1973 no se otorgó ninguna propiedad individual a campesino alguno. Su programa y sus ideas estaban muy claros en 1970. En cuanto a las formas de propiedad, decía:

> (Existen) algunas ideas. Por ejemplo, se formarán cooperativas particulares. La estatización del campo va a llegar a ciertos sectores industriales, a ciertos sectores de comercialización y distribución y podrán haber algunas granjas experimentales, algunos bosques en manos del Estado, pero el grueso de la agricultura va estar en manos de las cooperativas de campesinos, con propiedad familiar de la huerta y la casa, aunque en ciertos casos podrá ser individual, pero la preferencia, como lo indica el programa, es la propiedad cooperativa de las tierras de producción (…) Esto configura un cambio de grado con respecto a la naturaleza actual, en la cual existen ya empresas importantes que están en manos del Estado. O sea implican un mayor grado de control por parte del Estado sobre estos grandes sectores básicos de la economía que le permiten al Estado dos cosas simultáneamente: quitar el poderío económico que ha tenido la Derecha en forma preponderante y luego usar ese excedente económico que allí se genera desde el punto de vista de un desarrollo nacional. Ahora llámesele como se le llame, socialista o de cualquiera otra manera, creo que no tiene importancia, pero no cabe duda de que se le da al Estado y al Gobierno, una mayor posibilidad de control sobre los sectores claves de la economía.[12]

[10] José Garrido, (editor), Cristián Guerrero y María Soledad Valdés, *Historia de la Reforma Agraria en Chile* (Santiago: Universitaria, 1988), pp. 120-125.

[11] Garrido (editor), Guerrero y Valdés, *Historia de la Reforma Agraria en Chile*, pp. 129-131.

[12] *Última Hora*, 22 de septiembre de 1970.

La propiedad que avizoraba Chonchol, desde el punto de vista del sentimiento de los inquilinos y quizás de algunos peones, no sería muy diferente a la que había sido históricamente para ellos en los siglos XIX y XX, disminuyendo en general la parte del inquilino mismo. Puede ser que esto lo haya intuido esa parte de los campesinos que se oponía o resistía de alguna manera a la Reforma Agraria. Parece que lo tenían más claro los campesinos de los asentamientos, que poco le gustaban a Chonchol, porque tendían a la propiedad privada. Las cooperativas han sido siempre en el mundo resultado de formas voluntarias de asociación y es muy raro que el Estado las pueda controlar sin que sea simplemente su propiedad. Las palabras de Chonchol representaban también esa emoción tan cara al marxismo —aunque no exclusiva de este— de que existirían excedentes automáticos que se producen en la actividad económica, la plusvalía de la que se apropiaba injustamente el dueño de la tierra o de la empresa.

Hasta 1970 se expropiaron 1.300 predios, totalizando 3 millones 400 mil hectáreas, de las cuales 280 mil eran irrigadas.[13] Los campesinos fueron organizados en "asentamientos", que en general ellos miraban como un paso previo a la propiedad individual. Por otra parte, Chonchol y no pocos democratacristianos empujaban hacia versiones más colectivistas o al menos cooperativistas. Esta fue una contradicción que no se terminaría por resolver. El gobierno de Frei llevó, por otro lado, una política de modernización en el campo a través de incentivos, como la promoción de la exportación frutera, prometiendo el pago íntegro de cada árbol plantado en caso de reforma agraria. Esto era algo muy distinto a la idea primordial de la Reforma Agraria y podría haber sido efectuado perfectamente por un gobierno de derecha.

En general, el proceso de Reforma Agraria, por requerir asistencia al sector reformado, consumió en proporción más recursos de lo que el agro podía proporcionar en términos de producción y de ganancias. Era una modernización que costaba mucho a Chile, más de lo que podía obtener de ella. Sin embargo, no olvidemos que la reforma agraria era un grito de batalla que correspondía a una fijación política y sicológica antes que económica, como ha sucedido en muchas partes del mundo. En este sentido, creó un foso profundo entre la Democracia Cristiana y la derecha, ya que esta última la vio como una agresión social antes que como un proyecto de desarrollo. No es que en el Chile de los 1960 quienes votaban por la derecha hayan sido o todos propietarios o todos afincados al mundo campesino. Ya hacía muchas décadas que gran parte del dinero estaba en otra parte. Sin embargo, el lazo muchas

[13] Loveman, *Struggle in the Countryside*, p. 273.

veces indirecto con los propietarios y el aire de venganza real o simbólica que adquirían en el lenguaje las medidas de reforma agraria crearon en muchas zonas de Chile un potencial de ruptura cuya dimensión es difícil de aquilatar. No cabe duda, eso sí, de que contribuyó a un estado de tensión.

Aunque todos o casi todos hablaban de la necesidad de un cambio en el mundo agrario, y que hasta Jorge Alessandri declaró en 1970 que no retrotraería la situación al año 1964, es discutible en qué medida la Reforma Agraria influyó en el comportamiento electoral. La revolución electoral ya estaba producida en 1964; quizás influyó en mantener una parte del electorado fiel a la Democracia Cristiana, pero la derecha en el mundo rural no obtenía votos solamente de los propietarios. Además, en este período se detectaron dos procesos que tendrían consecuencias en los años de la Unidad Popular. En primer lugar, una serie de "tomas" u ocupaciones ilegales producto de ciertos conflictos y de la demanda de la creciente sindicalización campesina promovida por el gobierno de Frei. En esto también influyó la acción todavía incipiente de un activismo de extrema izquierda y quizás apoyado también por el Partido Comunista, que por décadas calladamente había ido creando células en el campo.[14] En 1968 y 1969 hubo varias tomas de este tipo que concluían en desalojo o a veces en arbitrajes.[15]

También se presentó el proceso a la inversa: la resistencia sorda, rabiosa, sorprendida y, a su manera, muy resentida también de los propietarios. En algunos casos, a ellos se sumaron los inquilinos, lo que hacía del proceso una puja violenta que tenía que llegar a la intervención policial. En este sentido, la muerte de un funcionario de INDAP en abril de 1970, Hernán Mery Fuenzalida, todo un hecho de conmoción política, fue la punta de un iceberg de un estado de ánimo que cundía tanto como el espíritu de la reforma: considerarla un despojo a derechos ancestrales. El propietario se puso al frente de sus campesinos para resistir la requisición legal y uno de sus humildes inquilinos golpeó a Hernán Mery con un fierro, provocándole heridas internas que lo llevarían a la muerte horas después. Esto anunciaba algo de lo que sucedería durante la Unidad Popular.[16]

---

[14] Esto se puede deducir con claridad del testimonio de Orlando Millas, *Memorias, 1957-1991: una disgresión* (Santiago: ChileAmérica CESOC, 1996), p. 345.

[15] Cristián Pérez, "La guerrilla rural en Chile: la batalla del Fundo San Miguel", *Estudios Públicos*, 78, otoño 2000, pp. 181-208.

[16] Atizando los fuegos de una situación que ya se estaba tornando bastante volátil, Radomiro Tomic publicó una inserción en *El Mercurio* del 8 de mayo de 1970, en la que condenaba la muerte de Mery y alertaba sobre la inminencia de un estallido social de proporciones: "¡Cuidado! La desconfianza de las grandes masas populares en la validez del sistema institucional y sobre todo judicial

Antes de ver la etapa siguiente de este proceso, quizás es posible plantear la siguiente hipótesis. La tierra se empequeñece, es decir, cada vez es menos probable que todos los que trabajen la tierra sean dueños de ella. Para enredar las cosas, por aquello de la productividad, cada día es menos gente la que produce más y más alimentos y bienes que salen de lo que se llama "campo" o "tierra". Y un fenómeno vinculado a lo anterior lo constituye el hecho de que existe una creciente fusión entre lo urbano y lo rural. La tierra, lo agrario, tal como se conoció por milenios, parece sucumbir. ¿Se desvanece la tierra para el ser humano? Hay una respuesta, una mediación que incluye a lo abstracto, en la que el ser humano se aproxima a la naturaleza en su faz más directa, la tierra. El jardín, que como los jardines de Babilonia nace con la civilización, indica hacia ese camino, que es también un rescate. En esa perspectiva, la Reforma Agraria aparece como grito de dolor de un camino que yerra, pero que expresa una herida que jamás puede curarse del todo.

## Hacia el colectivismo agrario y la resistencia

A partir del 3 de noviembre de 1970, Jacques Chonchol, premunido ahora de plenos poderes y de la simpatía política de la coalición de gobierno, dentro de los límites constitucionales desencadenó un proceso de Reforma Agraria mucho más radical, encaminado a lograr una transformación total de las relaciones de poder y de liquidar para siempre el "latifundio", la mítica "hacienda" que se decía había sido el sostén de la agricultura chilena. Afectó decididamente a gran parte del agro, aunque fue un triunfo inconcluso, ya que mostró signos de agotamiento ya mucho antes del golpe de 1973.[17] También con gran franqueza como ministro de Agricultura, desde el primer día se mostró reacio a la idea de la propiedad individual. Uno de los objetivos en que siempre insistió Chonchol era que una reforma agraria, para ser exitosa, tenía que ser un proceso acelerado, de manera de cercenar toda resistencia en sus comienzos; que solo con un traspaso rápido de propiedad podría realizarse una verdadera planificación agrícola.[18]

---

chileno, es desgraciadamente mucho mayor de lo que se cree; y, para mal de todos, el país está más cerca de lo que muchos piensan de un estallido estremecedor de repudio popular y juvenil". Sobre el asesinato de Mery y las reacciones políticas que provocó, ver también Arturo Olavarría Bravo, *Chile bajo la Democracia Cristiana: sexto y último año (3 de noviembre de 1969 – 3 de noviembre de 1970)* (Santiago: Editorial Salesiana, 1971), pp. 152-166 y Arturo Fontaine Aldunate, *La tierra y el poder. Reforma agraria en Chile (1964-1973)* (Santiago: Zig-Zag, 2001), pp. 127-128.

[17] Entre 1970 y 1973, el PGB agropecuario se contrajo en 4,6%. Fontaine Aldunate, *La tierra y el poder*, p 171.

[18] Loveman, *Struggle in the Countryside*, p. 280.

Por ello, en vez de los asentamientos propició la creación de Centros de Reforma Agraria, que serían grandes unidades en torno a productos relativamente homogéneos. El ideal de ellos era una suerte de granja colectiva donde quizás los campesinos podrían haber sido dueños de una pequeña porción.[19] Incluso en la Unión Soviética había algo de esto. En los tres años de la Unidad Popular se dio un salto cualitativo enorme en la Reforma. Hasta mediados de 1973 se habían expropiado 4.400 predios, abarcando una superficie de 6,6 millones de hectáreas.[20] Al igual que con las industrias, para intervenir los predios agrícolas se empleó o se aprovechó un fenómeno que se hizo muy común sobre todo en 1971. Estallaba una huelga y se creaba una situación conflictiva que permitía que la autoridad correspondiente interviniera, con lo que, en la práctica, la propiedad en cuestión pasaba a formar parte del área reformada, una suerte de área social con algo de mixto, que era lo que se estaba desarrollando en el campo. Otros 1.700 predios fueron ocupados de hecho y, aunque su destino era incierto, la idea era que terminaran también en la mayoría de los casos como parte del sector reformado, ahora una "agricultura socialista". En efecto, lo que más se resistía desde la perspectiva de los funcionarios de la gran mayoría de los partidos de la Unidad Popular era la posibilidad de crear *kulaks*, propietarios medios que hubieran considerado que la Reforma Agraria habría finalizado. Por ello repetimos que hasta 1973 todo el proceso no había creado un solo propietario y, según todos los indicios, no era la intención hacerlo.

La acción en el campo, con empleo de la violencia y tomas con más dramatismo, comenzó apenas iniciado el Gobierno. Fue el primer campo de batalla de la guerra civil política que estallaría más adelante. El bautismo de fuego —simbólico solo en un primerísimo momento— se dio en las provincias de Malleco y Cautín, y no siempre obedecía a directivas de los partidos de la Unidad Popular y a veces ni siquiera a las del MIR.[21]

Tal cual lo era en el mundo urbano para los trabajadores, para los partidos de la Unidad Popular era un dogma el que ellos representaban a los campesinos, que la

---

[19] Chonchol decía en los primeros meses de 1971: "El programa de la U.P. señala claramente que los pequeños y medianos agricultores que no son afectables por la Ley de Reforma Agraria continuarán con su propiedad en los mismos términos actuales. De las tierras que se expropien no habrá asignación individual salvo en lo que respecte a la casa y el huerto, el resto se asignará fundamentalmente en forma cooperativa y en algunos casos calificados, en que se trate de predios modelos o de predios experimentales, se constituirán empresas del Estado". *Mensaje*, 197, marzo-abril 1971.

[20] Huerta, *"Otro Agro para Chile",* pp. 323-329.

[21] Un estudio de este tema en Claudio Llanos, "1971-1972: Sublevación en el campo. Poder popular por decreto versus poder popular por las bases", *Cuadernos de historia*, 30, marzo de 2009, pp. 69-88.

Reforma Agraria solo podía tener éxito si los campesinos organizados participaban en el proceso y que su voz sería la que decidiría su propio destino. Es indudable que lo sentían de esta manera, aunque, como siempre en la tradición de la izquierda política y en especial de la marxista, esto implicaba una "correcta lectura" de la realidad histórica y la actuación de una vanguardia que liderara el proceso, es decir, ellos mismos. A la sindicalización campesina se le sumó la creación de un Consejo Nacional Campesino, que era el que iba a transmitir la voluntad del campesinado a las autoridades competentes y a su vez tendría una réplica en cada una de las provincias de Chile.

Parte de este panorama era la participación de jóvenes miembros de los partidos de la Unidad Popular y del MIR. Era un nuevo tipo de "afuerinos", que compartían la indignación por la pobreza campesina y estaban alentados por la alta temperatura ideológica que sacudía al país, en un comienzo en especial a la izquierda. En el caso del MIR, era fuerte la tentación de desarrollar una especie de lucha de clases activa, que creara focos de violencia y, ojalá, combinada con el despunte de una guerrilla rural. Los "elenos" y el mismo MIR lo ansiaban y se preparaban para ello desde varios años antes de 1970.[22] Su resultado sería bastante limitado, ya que llamaron la atención y contribuyeron al temor de un gran número de propietarios, muchos de los cuales no eran precisamente "latifundistas".

Existió una lucha tácita y a veces abierta entre estas organizaciones y las de sindicatos campesinos orientados a la Reforma Agraria, que en general tendían hacia el horizonte de una propiedad privada. Había también una tensión al interior de estos consejos, que eran administrados en lo básico por la Unidad Popular, entre los fines estratégicos de la coalición liderada por Allende y las tendencias innatas de gremios y sindicatos por promover intereses sectoriales. Estos a veces poco y nada tenían que ver con la idea de la Reforma Agraria expuesta por el proyecto de la Unidad Popular. Como en muchas ramas de la economía, es de sospechar que en lo que tocara a productos hortofrutícolas, este sector también colaboró en el mercado negro, aunque eran también los productos menos afectados por la fijación de precios.

En el campo no parece haber surgido la misma sensación de ser protagonista de un acontecimiento que era tanto personal como social que hubo en muchos sectores obreros y de servicio en el mundo urbano. Esto porque el campesino tiene una relación más vital con su mundo y a su manera sentía desde siempre que algo

[22] Una experiencia narrada retrospectivamente en Julián Bastías Rebolledo, *Memorias de la lucha campesina. Cristiano, mestizo y tomador de fundos* (Santiago: LOM, 2009), pp. 86-95.

del campo era de él. En el antiguo sistema de la hacienda, sobre todo con la institución del inquilinaje, había algo de verdad en esta perspectiva de que el inquilino tenía una especie de propiedad. Con todo esto no se quiere decir que la movilización de campesinos y el afán de ser dueños de la tierra que trabajaban no hubieran calado también en la conciencia de cada uno. El sentir que la ley, el Gobierno y muchos actores políticos los apoyaban para cualquier acción que significara el fin de la propiedad del antiguo "patrón de fundo" les dio una noción de poder que era bastante nueva.

Había también otro factor. Ya parecía complicado repartir la tierra, "los fundos", entre los inquilinos de Chile sin crear un minifundio que ni siquiera con todo el capital y tecnología disponibles podría alcanzar una productividad que garantizara el nivel de vida a que se aspiraba. En el período de Frei no se había ampliado la posibilidad de ser propietario al campesino que no estaba comprendido en la nomenclatura del "inquilino". Se trataba de un peonaje que a veces migraba o que vivía en una situación que con la mayor de las justicias se podría denominar como marginal. La Unidad Popular prometió incorporarlos al proceso de Reforma Agraria. Para esto, la rápida expropiación y toma de miles de predios ofreció una oportunidad, la que por supuesto estaba condenada a tener límites por un asunto de números. Como la idea de reforma tenía una meta colectivista, se pensaba que no habría contradicción mayor entre los grupos. Además, actores políticos como el MIR movilizaron a inquilinos y sobre todo a muchos de estos sectores de peonaje, de "afuerinos" en la jerga local, algunas veces más allá de lo que quería el Gobierno, sobre todo cuando tomaban campos pertenecientes a ciudadanos europeos.

Hacia fines del gobierno de Frei había habido una reforma a la reforma, la llamada Ley Aylwin, que flexibilizó las condiciones para la expropiación y, en muchos casos, hizo posible que predios de menos de 80 hectáreas irrigadas pudieran pasar al área reformada.[23] Muchos democratacristianos dudaron después de la sabiduría de la medida, y en vista de que muchos sectores de la Unidad Popular empujaban y hasta actuaban para tomarse propiedades incluso bajo las 40 hectáreas, comenzó a cundir la alarma. Los sectores del Partido Radical que se sentían custodios de una clase media que se suponía partidaria del proyecto de la Unidad Popular fueron los que más criticaron esta tendencia.[24]

[23] En 1971, al ex Presidente Jorge Alessandri se le expropió una granja excelentemente capitalizada y trabajada por tener 43 hectáreas. Nadie dudó de que había sido un acto de persecución política.

[24] Sobre la Ley Aylwin, Garrido (editor), Guerrero y Valdés, *Historia de la Reforma Agraria en Chile*, pp. 125-127.

## Un nuevo y arcaico tipo de resistencia

En realidad, casi junto con este proceso comenzó a crecer una tensión en el campo que no se reducía a una lucha entre el patrón y el inquilino (o peón). Esto empezó a notarse casi desde el inicio de la Reforma e iría imprimiendo un carácter a muchas zonas de Chile. Ciertamente, los propietarios al comienzo de esta historia, en los 1950 y 1960, habían sido los malos de la película y es probable que una gran mayoría de los chilenos cargaran los dados contra ellos. Luego, ya antes de la Unidad Popular, comenzó a cambiar o a diversificarse la representación de los propietarios. Ya no sería exclusivamente la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA), que era más bien una oficina que se entendía con sectores públicos y políticos, muy ligada a la derecha tradicional. Aprovechando las nuevas leyes de sindicalización, los propietarios formaron gremios a nivel nacional y a nivel provincial que los conectaron de una manera más directa. Así comenzó también una resistencia más viva a las tomas y requisiciones.

Esto fue posible porque los propietarios no actuaban solos; ni siquiera la asistencia de la familia podía considerarse como una explicación. Una mayoría de ellos no tenía recursos para contratar capataces que asumieran un papel activo en la defensa. Muchos miembros de la sociedad rural comenzaron a participar en este movimiento y en muchas partes se repetía en la forma el incidente que había llevado a la muerte de Hernán Mery.[25] Sucedía que muchos inquilinos apoyaban a los propietarios, movidos ya sea por lazos más densos o más condicionados, pero que parecían más seguros que la incertidumbre de la futura organización. Es probable que también haya funcionado la desconfianza innata del campesino frente al representante de la ciudad, el que comenzó a llegar masivamente en la figura de los funcionarios de la Reforma Agraria y de activistas políticos entusiasmados por apoyar a los campesinos, pero carentes de sensibilidad y quizás de la noción del verdadero interés de esos sectores. Veían además la distancia y hasta el conflicto que se desarrollaba entre los

[25] Este punto está explicado, aunque en brevedad, por Fontaine Aldunate, *La tierra y el poder,* pp. 160-165. Hay que decir que la muerte de Rolando Matus el 19 de abril de 1971, producto de las heridas recibidas mientras trataba de defender la hijuela Carén, propiedad de un amigo, de un intento de toma el 17 de abril, podría ser vista como la del primer agricultor asesinado oponiéndose a una toma. El grupo de choque del Partido Nacional adoptaría su nombre posteriormente. Poco después de la muerte de Matus, el agricultor Jorge Baraona sufrió un ataque al corazón cuando funcionarios de la CORA se apersonaron en el fundo que le había sido expropiado, el Nilahue. Baraona murió el 29 de abril de 1971. *Ercilla*, semana del 5 al 11 de mayo de 1971. Producto de los sucesos que culminaron con la muerte de Baraona, fue desaforado el intendente de Colchagua, Juan Codelia, militante del MAPU. *El Siglo*, 13 de mayo de 1971.

"asentados" y los nuevos grupos de campesinos más auténticamente sin tierra, los peones, y es probable que ello aumentara su desconfianza.[26]

Como sea, el asunto es que en la propaganda y en el lenguaje de los sectores propietarios se difundió la idea de que su lucha era una lucha del campo contra la ciudad, un viejo motivo de la historia agraria en el transcurso de las civilizaciones. A esto se añadió que la vida en el campo en muchos sentidos era más ruda y en un momento dado fue más fácil pasar a los hechos. No existe en los anales información sobre algún gerente o accionista de algún banco que haya defendido con escopeta en mano su entidad financiera en peligro, ya sea por expropiación o por quiebra. En cambio sí existe, y en abundancia, cuando se trata de la propiedad de la tierra y el dolor desgarra más. Así como las reivindicaciones obreras y campesinas producen siempre algún gesto de comprensión en otros sectores, en el campo la resistencia pasó a ser mirada con más simpatía que aquella entregada solo por la familia o los empleados más directos. Más adelante se hablará de la "guerra civil política". Esta comenzó ya antes del Paro de Octubre en el mundo campesino. Adelantamos también que, aunque esto le imprimió un rostro tenso a muchas provincias de Chile, no fue en el campo donde se jugó la balanza de poder en estos años. Contribuyó, eso sí, a construir la polarización que condujo al desenlace final.



[26] Algo de esto se ve en Heidi Tinsman, *La tierra para el que la trabaja. Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria chilena* (Santiago: LOM, Centro de Investigaciones Barros Arana, 2009), p. 275.

# Capítulo XV
# Se salta la primera valla

## El optimismo tiene qué mostrar

Desde el punto de vista de los objetivos de la Unidad Popular, hubo un año de un optimismo fundado: la producción aumentó, el desempleo bajó, el producto creció y desde el exterior todo parecía sonreír. Miradas las cosas desde la vida cotidiana, se podría decir que más de dos tercios del país sentían que nada había pasado y que en general las cosas estaban muy bien. Aparecieron los billetes y parecía haber una fiebre de consumo. Aunque hubo algunos incidentes aislados, la violencia anunciada o temida no se presentaba en las calles de Chile, no en la gran mayoría de ellas.

La toma de fábricas, el comienzo de la estatización de la banca y las tomas de terrenos no alteraban, en lo inmediato, ni la mencionada vida cotidiana ni el funcionamiento general del país. En el sur, en Cautín, en Malleco y en algunas otras partes comenzaría a desarrollarse una confrontación de proporciones mayores, pero en el resto del territorio se la escuchaba como un eco más o menos lejano. Con todo, hubo dos hechos significativos. El 2 de diciembre de 1970 hubo una confrontación entre comunistas y miembros del MIR en Concepción. Uno de estos últimos, Arnoldo Ríos, fue muerto de un balazo, lo que daba testimonio de la existencia de grupos armados. A continuación siguió un hecho bastante extraño: comunistas y miristas se sentaron a negociar y resolvieron apaciguar el asunto al margen de la ley.[1] No hubo detenidos, ni acusados, ni culpables. ¿Habrá sido un acuerdo "a la chilena" o el inicio de una peligrosa tendencia que desembocaría en la "guerra civil política"?

---

[1] MIR (Secretariado Nacional), "Declaración sobre la muerte de A. Ríos"; Juventudes Comunistas (Comisión Ejecutiva), "Declaración sobre la muerte de A. Ríos", en Víctor Farías, *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica* (Berlín: Wissenschaftlicher Verlag Berlin; Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2000), T. 1, pp. 542-543.

El segundo paso de este incidente fue que Salvador Allende amnistió a todos los detenidos por violencia armada de la izquierda, cuya inmensa mayoría pertenecía al MIR. Allende justificó la decisión diciendo que se trataba de "jóvenes idealistas", cuya frustración los había llevado por ese camino, pero que por ahora tendrían un cauce.[2] Es indudable que Allende creía lo que decía. No olvidemos que sus modelos políticos como hombre adulto fueron Ho Chi Minh y Che Guevara, aunque también siempre había dicho que ese no era el camino para Chile. Este perdón le abrió un primer flanco, ya que le llovieron críticas.[3] No le hacían mella al Gobierno en un momento en que todo le hacía sonreír con optimismo. Que en el grupo de los amnistiados haya estado Arturo Rivera Calderón, miembro de la banda que asesinaría a Edmundo Pérez Zujovic, fue algo que le costaría caro en términos políticos a partir del segundo semestre de 1971. En el verano de ese año todo se parecía mucho a otro "acuerdo entre caballeros". Poco se comentó que se había sorteado al Poder Judicial en un asesinato quizás no premeditado. El asesinato del general Schneider tampoco lo fue.

## Justicia y Poder Judicial

Sucedía que en esos momentos se anunciaban los proyectos de reforma del Poder Judicial, uno de los temas más delicados del período. Las acusaciones de que la justicia era "clasista" habían sido parte del arsenal político de la izquierda desde sus remotos orígenes. "Que la justicia es para los ricos" aparecía muchas veces en los refranes populares y esta noción había sido hecha suya por la izquierda. Estudios de antes y después han demostrado una correlación social en las decisiones judiciales en donde los sectores con más recursos, en general, obtenían respuestas más favorables.[4]

Es indudable que había algo de esto y quizás tiene que ver con la supervivencia de sociedades con restos de privilegios estamentales, como lo reflejan los debates sobre los cotos de caza en la historia europea. Era el subdesarrollo el que estaba detrás de este hecho. No pocos empresarios se quejaban de que ellos eran perseguidos

---

[2] Salvador Allende, "Discurso en el Congreso del Partido Socialista", 28 de enero de 1971, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 1, p. 634.

[3] De hecho, el Partido Nacional intentó presentar una acusación constitucional contra el ministro de Justicia Lisandro Cruz por causa de este indulto, pero no obtuvo el apoyo de la Democracia Cristiana. Patricio Dooner, *Crónica de una democracia cansada: el Partido Demócrata Cristiano durante el Gobierno de Allende* (Santiago: Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1985), p. 28.

[4] Sobre esta idea ver Eduardo Novoa Monreal, "¿Justicia de clase?", *Mensaje*, 187, marzo-abril 1970, pp. 108-118.

judicialmente por los sindicatos, sobre todo los poderosos; muchas empresas públicas vivían a merced de sus gremios y sindicatos, lo que era un factor de la inflación en Chile. El poder sindical en el cobre era legendario y al final descargó todo su peso sobre el gobierno de Salvador Allende. Esto tenía muchas caras.

Desde la izquierda se habían efectuado críticas terribles contra el Poder Judicial. En la oposición —que apenas se configuraba como tal a comienzos de 1971— había un justificado temor a que una reforma judicial surgida de un Parlamento unicameral de tipo asambleísta, como era el proyecto de la Unidad Popular, desembocara de manera ineluctable en una subordinación de los jueces al "gobierno popular". La misma propuesta de "tribunales vecinales" solo creaba más desconfianza. Es cierto que los tribunales vecinales, como una instancia más o menos informal para zanjar pequeñas querellas de barrio, habían estado entre las ideas manejadas por el mismo Poder Judicial como una forma de aliviar la sobrecarga que pesaba sobre los tribunales. En la nueva atmósfera creada por el triunfo de Salvador Allende, la Corte Suprema los vio como un peligro por su posible manipulación política.[5]

Tal como lo sostenía un documento del propio Ministerio de Justicia, las políticas de reforma no consistían en una "adecuación a este sistema social, sino su activa preparación en la construcción de otros tipos de sociedad", señalando eso sí que era para que los habitantes de la ciudad o del campo "adquirieran la costumbre de hacer valer sus derechos y respetar las sanciones que su conducta pudiere merecer". A esto se le llamaba "justicia popular" de manera explícita.[6] Ese mismo mes de enero de 1971 se presentó el proyecto sobre tribunales vecinales. Su redacción era más o menos inocua, en el sentido de que muchos de sus aspectos en otras circunstancias hubieran sido aceptables a una amplia mayoría:

> Estos tribunales estarán formados por personas elegidas por el pueblo organizado y conocerán de aquellos hechos que son de poca significación para los grupos sociales de mejores ingresos, pero que para la clase obrera tienen una importancia trascendental, ya que se refieren a la convivencia diaria y son de ordinaria ocurrencia.[7]

Así expresado, parece un proyecto establecido por un grupo de consulta. De hecho, el ministro Lisandro Cruz Ponce citaba varios nombres que no eran

---

[5] *El Mercurio*, 2 de marzo de 1971.

[6] Ministerio de Justicia, República de Chile, "Líneas básicas de la política jurídica del Gobierno de la Unidad Popular", 23 de enero de 1971, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973),* T. 1, p. 641.

[7] Ministerio de Justicia, "Presentación al Parlamento del Proyecto de Ley sobre Tribunales Vecinales", enero de 1971, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 1, p. 648.

conocidos como partidarios de la Unidad Popular. Fue el contexto de la idea de la "justicia popular" y la desconfianza que existía por la forma como se organizarían los tribunales vecinales lo que motivó un rechazo de principio y no permitió que avanzaran mucho más allá. Con todo, el texto citado contiene un concepto político importante, el de "pueblo organizado", que desde siempre en el lenguaje de izquierda ha implicado a los grupos de vanguardia, vale decir, de orientación marxista-leninista.

En este sentido, la Corte Suprema se convirtió en el primer actor político en crear una resistencia al proyecto de la Unidad Popular. Allende y sus sucesivos ministros de Justicia se transformarían en una suerte de contraparte del Poder Judicial en un ring. ¿Significaba esto que la Corte Suprema se alineaba con la oposición? Se podría ver también como una defensa celosa de sus privilegios y, sobre todo, de su autonomía, que entraría seriamente en cuestión si se entregaba su nombramiento a una instancia asambleísta sin mayor contrapeso. Como esto no fue un incidente o un tema aislado de lo que sucedía en el país y del despliegue de la estrategia de la Unidad Popular, era casi inevitable que la Corte Suprema hacia 1973 estuviera ya transformada en un actor político. Fue parte de la crisis nacional que destruyó la democracia de la Constitución de 1925.

Esto tuvo una segunda fase con la decisión de la Corte Suprema, el 4 de enero de 1971, de denegar la petición de desafuero del senador demócrata radical Raúl Morales Adriasola, que había sido concedida poco antes por la Corte de Apelaciones.[8] Raúl Morales había sido implicado por el fiscal en la conspiración que culminó en el asesinato del general Schneider y quería interrogarlo en esa calidad. El papel real de Morales en todo este asunto nunca quedó claro, aunque de seguro conversó con alguno de los organizadores en pleno conocimiento de los planes. Nadie ignoraba que una destitución de Morales debilitaba la mayoría de la oposición en el Senado, lo que era clave para conservar un equilibrio político ante una ofensiva por la conquista de todo el poder por parte de la Unidad Popular. De esto estaba convencida la gran mayoría de la oposición, aunque todavía algunos democratacristianos querían acercarse al Gobierno, en general sosteniendo que una posibilidad como esa le quitaría fundamento a los temores.

Salvador Allende, dentro de los actos espectaculares con los que estaba seduciendo a la población para mostrar un nuevo estilo, decidió trasladar la sede del gobierno a Valparaíso por la duración del verano.[9] Esto era un viejo asunto en Chile, ya

[8] *El Mercurio*, 5 de enero de 1971.

[9] *La Nación*, 3 de enero de 1971.

que en los siglos XX y XXI la progresiva concentración de habitantes y de funciones en la capital ha sido uno de los procesos más significativos del país y probablemente una fuente de dificultades de gran envergadura para el futuro. El problema es que todas las decisiones para descentralizar se efectúan a partir del centro y en muchas partes de Chile se considera que Valparaíso y Viña del Mar pertenecen al centro. Este caso no fue diferente, aunque sí tuvo un efecto mediático y nadie podía estar en contra del mismo. Fue en Valparaíso donde recibió a Régis Debray para la segunda parte de su célebre entrevista y al Comandante en Jefe de Operaciones Navales de Estados Unidos, Elmo Zumwalt.

También fue el lugar donde pronunció una frase que llegaría a ser célebre y quizás simbólica. El día 4 de febrero de 1971, refiriéndose a la elección de Carlos Altamirano como secretario general del Partido Socialista, manifestó que "no (era) Presidente de todos los chilenos".[10] Aunque días después echó pie atrás, diciendo que quería decir que no era Presidente de gente como "los asesinos del Comandante en Jefe del Ejército, General René Schneider", llegó a ser tan célebre como su contrapartida de las "grandes alamedas", el negro y el blanco de la manera según se enjuicie a Allende.[11] Para sus adversarios, que luego franquearían el terreno hasta la hostilidad absoluta, era el reflejo de un líder revolucionario que le declaraba la guerra a una parte del país.

## Toma de posiciones de la izquierda y batalla electoral

Los comunistas jamás pusieron en duda que la unión con los socialistas era la única manera de mantener una estrategia coherente y, finalmente, de tener éxito en lograr la "transición al socialismo". Esto no quiere decir que las diferencias no hayan sido serias. En cambio, no surgieron divergencias en torno a lo que constituía el modelo final de "sociedad socialista". En todo este período no existió ni el más mínimo asomo de duda en torno a la meta deseada, aunque sabemos que estilos

[10] Las palabras concretas de Allende en realidad eran más ambiguas: "Yo no soy Presidente del Partido Socialista, soy Presidente de la Unidad Popular. Tampoco soy el Presidente de todos los chilenos. No soy el hipócrita que dice eso, otra cosa muy distinta es que yo respete a todos los chilenos y que las leyes se apliquen para todos los chilenos. Pero yo sería un hipócrita si dijera que soy Presidente de todos los chilenos. Hay algunas gentes que quisieran que estuviera frito en aceite, y son chilenos; soy Presidente de la Unidad Popular, pero tengo sí la obligación de preocuparme de Chile, que no pertenece a la Unidad Popular, y preocuparme de beneficiar la vida no de la gente de la Unidad Popular, sino de todos los chilenos". *La Nación*, 5 de febrero de 1971.

[11] *Última Hora*, 8 de febrero de 1971.

distintos pueden conllevar finalmente resultados distintos. En unos documentos de noviembre de 1970 donde fijan su posición, ponen el acento en el apoyo a la política económica de la Unidad Popular y de movilización social para la producción. Como en tantas partes, encontramos aquí la creencia sin fisura en la sabiduría de las medidas económicas. Sería la manera además de ganarse a la mayoría de la población mediante una gestión gubernamental que mostrara avances concretos:

> La política del Gobierno Popular va, pues, dirigida a dar más trabajo y trabajo mejor remunerado, a producir una distribución de renta a favor de vastos sectores asalariados, a contener el proceso inflacionista, a aumentar el poder de compra de las masas, a utilizar plenamente la capacidad instalada de la industria. Tal política corresponde por entero a los intereses de los trabajadores, a las conveniencias generales del país y a los compromisos programáticos de la Unidad Popular.[12]

Casi se podría decir que el programa es economicista, lo que en el lenguaje del marxismo del siglo XX significaba generalmente una especie de desviación "reformista". En este sentido revela más que nada un apego sistemático a una estrategia que, sobre la base de un aumento del nivel de vida y del control de precios mediante la movilización política, debería ir ganando a la mayoría de los chilenos y permitiría el paso a la sociedad socialista.

Por eso Corvalán insistía en que lo revolucionario era "actuar en función del éxito del Gobierno Popular que encabeza el compañero Salvador Allende". Advertía contra un mero "economicismo", quizás estando consciente de que el informe podría transmitir esa idea crítica a la Democracia Cristiana y a la derecha. No sin realismo, denunciaba que algunos sectores de la derecha efectuaban en el mes de noviembre y comienzos de diciembre algunos gestos algo patéticos para ganarse a Allende, diferenciándolo de la Unidad Popular. Esto sucedió así por el estado depresivo de la derecha durante al menos dos meses, en los cuales la Democracia Cristiana fue el portavoz único de la oposición. Con todo, el fin estratégico aparece en un párrafo medio perdido, pero que es un corazón semántico de esos años y también de la concepción marxista del poder:

> El pueblo ha conquistado el Gobierno, que es una parte del poder político. Necesita afianzar esta conquista y avanzar todavía más, lograr que todo el poder político, que todo el aparato estatal pase a sus manos en una sociedad pluralista (…) Esta es una

[12] Luis Corvalán Lépez, "Lo más revolucionario es luchar por el éxito del Gobierno Popular", Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista, 26 de noviembre de 1970. En Luis Corvalán Lépez, *Camino de victoria* (Santiago: Horizonte, 1971), p. 387.

> empresa gigantesca que solo podrá ser fruto de la lucha de todo el pueblo, de la movilización de millones de chilenos.[13]

¿Qué podía significar "sociedad pluralista"? ¿Dónde existía ese modelo? Esta es una pregunta bastante fundamental para saber si se mueve dentro de las categorías de una sociedad abierta o de los modelos totalitarios. La idea de que no existe cambio real si es que más allá del gobierno no se toma el control del "poder", implica el dominio de todos los resortes de la sociedad a partir de la vanguardia del proyecto. En buen romance, el liderato político de la sociedad solo podía estar representado por la Unidad Popular, aunque en la nomenclatura existieran varios grupos y estos estuviesen representados en un Parlamento nominado a dedo, como el caso de uno de los modelos, Alemania Oriental. La idea de "combate permanente", que tenía que alimentar a toda búsqueda de la totalidad del poder, fue expresada días después por Orlando Millas, al decir que el objetivo inmediato era el de "aislar al enemigo", aunque de alguna manera ponía aquí también a la "ultraizquierda".[14] De todas maneras, el peso de la idea era disciplinarse en torno a la política que decidiera el gobierno compuesto por Allende y los partidos de la Unidad Popular. Porque, en términos políticos, en esto consistió el "Gobierno" durante el período.

A partir de febrero de 1971, el Partido Socialista pasó a ser dirigido por Carlos Altamirano.[15] Su grupo pasó a dominar la escena de manera incontrarrestable. Nunca se apartaría de la idea de la unidad con los comunistas y el vínculo que estaban comenzando a desarrollar con el régimen comunista de Alemania Oriental solo reforzaría esta tendencia. Pero es quizás más importante el que respondían a una sensibilidad un tanto distinta. Al revés de Corvalán, Altamirano defendió al MIR, diciendo que cooperaba con la Unidad Popular desde antes de las elecciones. En diciembre de 1970 había dicho: "Creo que todos los partidos que componen la UP van a ser los defensores del gobierno popular".[16] Reiteraba también que lo que sucedía en Chile se debía en gran medida a la Revolución Cubana.

En el XXIII Congreso del Partido Socialista, celebrado en La Serena entre el 28 y 31 de enero de 1971, no se repitieron las estridencias en favor de la vía armada del Congreso de Chillán cuatro años antes. Tampoco se las desmintió ni mucho

[13] Corvalán Lépez, "Lo más revolucionario es luchar por el éxito del Gobierno Popular". En Corvalán Lépez, *Camino de victoria*, p. 390.

[14] *El Siglo*, 29 de noviembre de 1970.

[15] *El Mercurio*, 2 de febrero de 1971.

[16] *Punto Final*, 22 de diciembre de 1970.

menos. Altamirano, en un informe de su puño y letra, se pronunciaba contra toda idea de reformismo:

> En el pasado, nuestra política no expresó adecuadamente los planteamientos ideológicos y programáticos que se fijaran en los congresos de Linares y Chillán: denunciamos el sindicalismo economicista y terminamos practicándolo, condenamos el electorerismo, pero en más de una ocasión hemos abusado de él; planteamos la necesidad de una lucha ideológica franca y decidida, pero muchas veces la ocultamos en la política del pasillo y la transacción.[17]

La declaración final del Congreso era combativa y un llamado a la polarización, aunque no existiera ninguna palabra sobre "la vía armada":

> Estas contradicciones de clase existentes en la Unidad Popular serán superadas por la dinámica revolucionaria de las masas trabajadoras encabezadas por sus partidos de clase. Contribuirán a la solución de estas contradicciones la aplicación consecuente del programa de la Unidad Popular y la lucha ideológica que debe darse en su seno y entre las masas (…) Postula la independencia de clase de los trabajadores frente a la burguesía chilena que, como clase sostenedora del orden vigente constituye junto con el imperialismo una fuerza irreversiblemente contrarrevolucionaria. Las alianzas y compromisos permanentes con ellas han traído solo derrotas y postergaciones en el campo de los explotados.[18]

Si se toma en serio, este texto es un claro desmentido a la tesis comunista y del mismo Allende de que había sectores medios y grupos no marxistas comprendidos en la Unidad Popular. Es probable que el fin último de la declaración haya sido referirse no tanto a radicales y socialdemócratas, bastante menguados en influencia política, sino que a toda tentación por salidas transaccionales. En esto Altamirano sería consecuente hasta el final. Salvador Allende dirigió un discurso al Congreso del partido en donde, entre otras cosas, extrañamente efectuó una especie de apología del estudiante mateo si es dirigente político:

> Lo he dicho y debo repetirlo: para mí, el mejor dirigente juvenil será al mismo tiempo el mejor estudiante. Ningún estudiante puede disculparse frente a las obligaciones que no cumple, en su tarea de estudiante, por ser dirigente político juvenil. El que es dirigente político debe demostrar también su capacidad y responsabilidad siendo un magnifico estudiante, porque siendo un buen alumno será mañana un mejor técnico,

---

[17] Carlos Altamirano, "El Partido Socialista y la Revolución Chilena", Julio César Jobet y Alejandro Chelén (editores), *Pensamiento teórico y político del Partido Socialista de Chile* (Santiago: Quimantú, 1972), pp. 338-339.

[18] Partido Socialista, "Resolución política del Congreso de La Serena", enero de 1971, en Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile* (Santiago: Prensa Latinoamericana, 1971), Tomo II, p. 174.

> que es lo que necesita Chile, o mejor profesional, que es lo que necesitamos para servir a nuestra comunidad nacional.[19]

Esta fue una de las pocas excepciones en que Allende exaltó una especie de ética del trabajo para la vida cotidiana, tomando al estudiante como ejemplo. Era casi una noción "pequeño burguesa". Es probable que haya querido dar un mensaje para que su partido se alineara detrás del Gobierno.

La derecha salió de su aturdimiento recién en diciembre de 1970 y se lanzó de lleno al combate, comenzando a su vez a movilizar fuerzas, aunque muy rezagada en comparación con la izquierda. Hasta el Paro de Octubre esta sería la tónica. En todo caso, la política del Partido Nacional y de su líder protagónico de estos años, Sergio Onofre Jarpa, buscaba al menos una articulación con la antes odiada Democracia Cristiana. Mas con la Unidad Popular no estaría dispuesta a ningún compromiso y esta última, asimismo, no se lo ofreció jamás de los jamases. La ignoró en una actitud decidora: siguiendo quizás su propia idea de que lo importante eran los propietarios del capital, podía conversar con la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA), pero no con la derecha política. Quizás —hay débiles indicios al respecto— la derecha hubiera apoyado a Allende ante un claro gesto de este de abandonar una estrategia revolucionaria y de romper con los comunistas.[20] Apareció también una extrema derecha en Patria y Libertad, fundada por Pablo Rodríguez Grez, primero para apoyar la "fórmula Alessandri" y, en noviembre, reorganizada como fuerza de choque, cuyas características luego veremos.

La Democracia Cristiana se perfiló como fuerza opositora en los días que siguieron al 3 de noviembre. Ayudó a esto el que los medios de la Unidad Popular comenzaron a concentrar los fuegos en una crítica que intentaba ser devastadora contra el ex Presidente Eduardo Frei. En general, siempre existió la idea en la Unidad Popular de separar a Frei y a lo que consideraban el sector "derechista" de la

---

[19] Allende, "Discurso en el Congreso del Partido Socialista", en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 1, p. 634. En México en 1972, quizás como ayuda lateral a los anfitriones sitiados por un estudiantado antisistema, repetiría algo similar, aunque en el contexto de apoyar un gradualismo. Joaquín Fermandois, *Chile y el mundo 1970-1973: La política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985), p. 142.

[20] En una reunión sostenida en Washington en diciembre de 1970, Sergio Onofre Jarpa manifestó al Secretario de Estado Asistente para Asuntos Latinoamericanos, Charles Meyer, que tanto la oposición en Chile como la política exterior norteamericana debían intentar apoyar a Allende y a la fracción moderada del Partido Socialista, de modo de anular a los comunistas. Memorándum de conversación, Meyer-Jarpa, 8 de diciembre de 1970, National Archives II, Record Group 59, Records of the Department of State, Subject Numeric File, 1970-1973, Box 2193.

Democracia Cristiana de una parte de sus seguidores y de su votación, con la idea de que había que construir una mayoría que *tenía* que estar con el proyecto. Esto no hizo más que dar incentivos y una misión inmediata al grueso del partido. La aparición a fines de octubre de 1970 del diario *La Prensa* como su órgano oficial ayudó a perfilar su posición. Al igual que *El Mercurio* en los años que siguieron, este diario recibió apoyo económico norteamericano canalizado a través de la CIA.[21] No consiguió transformarse en un diario de gran lectura, pero sí fue un punto de referencia importante para el partido.

Había un grupo de diputados y dirigentes juveniles de la Democracia Cristiana que tenía el alma dividida. Querían que su partido participara del Gobierno o que al menos no estuviera en la oposición, pero no podían influir mayormente. En los meses siguientes, este grupo intentaría convivir con la mayoría, señalando que estaba de acuerdo con los cambios de fondo que proponía el Gobierno.[22] Que todo el partido estaba con un socialismo "comunitario" era algo que se daba por hecho, aunque no había ninguna claridad sobre lo que significaba en lo concreto. El aire de movilización ayudaba día a día a encrespar los nervios.

El mismo Salvador Allende dejaba su rastro de ambigüedad sobre el Programa. Insistía en que había que:

> Movilizar las masas populares chilenas. Tenemos que movilizar a la mayoría del país. Pero no movilizarla en actos públicos en apoyo al Gobierno o de rechazo a determinadas reacciones o actitudes de sectores que se sienten heridos por las medidas que tenemos que tomar para defender a los más, sino movilizar a la masa en actitud de entrega, esfuerzo, de sacrificio, de comprensión. Chile tiene que ser un país con una economía planificada, donde el factor esencial descanse en el rendimiento, en el trabajo, en el esfuerzo de cada uno de los compañeros y este esfuerzo se expresa en el caso de los estudiantes en ser buenos estudiantes.[23]

Esta sería una constante en Allende, la combinación de movilizar y hacerse presente en el país acompañado de la idea del trabajo, la disciplina. Esto se obtenía de los militantes de los cuadros de los partidos, o al menos de un núcleo importante

[21] Esta ayuda no se entregó, como fue el caso de *El Mercurio*, directamente al diario, sino que formó parte del financiamiento provisto a la Democracia Cristiana en los tres años del gobierno de Allende. Kristian Gustafson, *Hostile Intent: U.S. Covert Operations in Chile, 1964-1974* (Washington D.C.: Potomac Books, 2007), p. 158.

[22] Dooner, *Crónica de una democracia cansada,* pp. 14-16.

[23] Salvador Allende, "Discurso en la Universidad de Chile", Valparaíso, 13 de enero de 1971. En Salvador Allende, *Nuestro camino al socialismo: la vía chilena* (Buenos Aires: Ediciones Papiro, 1971), pp. 89-ss.

de ellos. No era tan notorio en los simpatizantes de la Unidad Popular y en todo el mundo sindical que había acompañado a la izquierda y que no cambiaría su estilo reivindicacionista, tan exacerbado por ella misma en las décadas anteriores.

## Mayoría absoluta para el proyecto

Al cerrar la campaña de la elección municipal en la Plaza de la Constitución, el 30 de marzo de 1971, en medio de una gran concentración muy bien organizada con una multitud que casi no lo dejaba comenzar, Allende exclamaba: "la izquierda unida jamás será vencida". El Presidente efectuó una pequeña *mise-en-scène*, pidiendo silencio absoluto para firmar el decreto que ordenaba la construcción de un monumento al general Schneider. "El silencio de ustedes será el homenaje que el pueblo de Chile rinde a la memoria de las Fuerzas Armadas". A continuación presentaba en medio de aplausos a sus edecanes, entre ellos el comandante Arturo Araya Peeters, quien sería asesinado en 1973. Todas estas referencias serían constantes a lo largo de los dos primeros años y no desaparecerían después, en una estrategia coherente de alinear a las fuerzas armadas con el "constitucionalismo". Ello iría derivando hacia una identificación de este concepto con el proyecto de la Unidad Popular.

Allende afirmaba que no era un acto electoral porque se iba a ganar. Y pasaba al ataque contra la prensa de oposición: "Jamás hubo tanto libertinaje, diría yo, de cierta prensa opositora para injuriarnos (…) He tolerado esto porque quiero enseñar una actitud moral, porque al pueblo no le alcanzan estos epítetos de mercenarios entregados a dinero foráneo". Afirmaba que los atacaban por cumplir con el programa, por nacionalizar el cobre, los bancos. Pedía que no se exigiera alza de sueldos y salarios más allá de los entregados. Señalaba que muy luego acabaría con el latifundio, respetando a los pequeños y medianos agricultores; que había una confabulación externa y que había que estar alerta frente a las provocaciones sediciosas. Que si por el triunfo que llegaría el 4 de abril la reacción provocaba violencia, "el pueblo responderá con la violencia revolucionaria".[24] Esta sería una tónica constante del discurso de Allende más adelante. Mostraría al país encrespado y polarizado en una estrategia desencadenada desde arriba y desde abajo por el Gobierno y su coalición respectivamente. A la zaga iba una respuesta de la oposición en el mismo tono, que en el primer año no alcanzaría todo su potencial.

[24] *Puro Chile*, 31 de marzo de 1971.

Eduardo Frei daría la orientación con su discurso de apoyo a los candidatos a regidores de la Democracia Cristiana. Después de denunciar la campaña contra él y su gobierno que se había desatado desde el cambio de mando, ponía el acento en una situación de incertidumbre dramática que se estaría produciendo. Decía que "Chile está viviendo en un estado de profunda preocupación, para decir lo menos". Añadía:

> Una inmensa mayoría se pregunta cuáles serán las consecuencias inevitables de la política económica que se viene aplicando. Si fuera tan sencillo financiar imprimiendo billetes, querría decir que todos los Gobiernos del mundo, sean capitalistas o comunistas, deberían cerrar sus Escuelas de Economía y venir a estudiar aquí esta fórmula asombrosa (…) Grupos y corrientes que tienen un alto porcentaje de poder no ocultan en sus declaraciones oficiales y en las de sus personeros, esa finalidad, ese propósito de instaurar un régimen que en su esencia hace imposible la democracia como una forma de vida.[25]

Había una parte todavía pequeña del país que se hacía la misma pregunta que Frei: ¿hasta cuándo duraría la bonanza? Como hemos dicho, poco más adelante el mismo Frei expresaría en privado su asombro de que el asunto estaba resultando, pocos meses antes de que hiciera su aparición el doble espectro de escasez e inflación.[26] Pero en ese verano todo parecía funcionar. Allende efectuó en su discurso final para la elección una acusación general de sedición y denunció a "periodistas mercenarios", mientras destacaba que el socialismo era una sociedad más humana y más justa.[27] El presidente del Senado, Patricio Aylwin, y el presidente del Partido Nacional, Sergio Onofre Jarpa, hablaron por cadena de televisión después del discurso de Allende. Hacían uso de la Ley de Televisión que garantizaba ese derecho, que había sido reforzado como parte del Estatuto de Garantías negociado antes del Congreso Pleno. Este tipo de reglas del juego legales se siguieron manteniendo en lo fundamental hasta el golpe.

## Triunfo simbólico y concreto

*El Mercurio* del lunes 5 de abril decía en su titular que las elecciones habían equilibrado las fuerzas del Gobierno y la oposición. Era una forma de deflactar el

---

[25] Eduardo Frei Montalva, "Discurso por radio del 1 de abril de 1971". En Oscar Pinochet de la Barra (selección y notas), *El pensamiento de Eduardo Frei* (Santiago: Aconcagua, s/f), p. 214.

[26] En un memorándum dirigido a Jorge Cauas, Sergio Molina y Andrés Zaldívar. Cristián Gazmuri, Patricia Arancibia, Álvaro Góngora, *Eduardo Frei Montalva y su época* (Santiago: Aguilar, 2000), Tomo II, pp. 802-804.

[27] *El Siglo*, 1 de abril de 1971.

hecho bastante abrumador de que el resultado electoral fue un enorme triunfo de la Unidad Popular. Que no haya sido un terremoto electoral como el de marzo de 1965 se debió a que no hubo una desaparición de actores; sobre todo, se debía a que las elecciones municipales no podían provocar un impacto político decisivo. Tenían un efecto simbólico, pero visible sobre la vida política.

**Elección de regidores, 4 de abril de 1971**

| **Partido** | **Votación** | **%** |
|---|---|---|
| Partido Socialista | 633.367 | 22,34 |
| Partido Comunista | 477.862 | 16,85 |
| Partido Radical | 228.426 | 8,06 |
| Partido Social Demócrata | 38.054 | 1,34 |
| Unidad Popular | 1.377.709 | 48,59 |
| Democracia Cristiana | 729.398 | 25,72 |
| Partido Nacional | 513.874 | 18,12 |
| Democracia Radical | 110.021 | 3,88 |
| PADENA | 13.487 | 0,48 |
| Oposición | 1.366.780 | 48,20 |
| Unión Socialista Popular | 29.527 | 1,04 |
| Independientes | 24.121 | 0,85 |
| Nulos y blancos | 37.275 | 1,31 |
| Total | 2.835.412 | 100,00 |
| Abstención | 957.270 | |
| **Total inscritos** | **3.792.682** | |

Fuente: República de Chile, Servicio Electoral, Centro de Documentación, *Elecciones municipales, 1960-1971,* Tomo III-A, Biblioteca Servicio Electoral, 181, pp. 367-ss.

En principio, la Unidad Popular alcanzaba poco menos del 49% de la votación contra el 48% de la oposición. Esto era engañoso, en el sentido de que si se le agregaba a los votos de la coalición gubernamental los sufragios de la Unión Socialista Popular, lo cual es razonable, la mayoría era casi absoluta. Descontando blancos y nulos, la Unidad Popular tenía el 50,86% de los votos, contra el 49,14% de la oposición.[28] Si, en cambio, pensamos que el resultado de 1973 mostró a dos polos con fuerzas que tenían alguna similitud con las de 1971, se puede ver que el triunfo era bastante frágil, aunque políticamente significativo. Si hubiera sido un plebiscito, la

[28] *El Mercurio*, 6 de abril de 1971.

Unidad Popular se hubiera llevado el día y con un cambio constitucional podría haber modificado las reglas del juego. Por cierto, plantear una reforma constitucional —que debía ser rechazada para convocar a un plebiscito— sería un proceso largo en que se corría el riesgo del desgaste.

En cualquier caso, nadie se podía engañar. La Unidad Popular había obtenido un triunfo considerable. El Partido Socialista dio un tremendo salto al 22,3% de los votos. Una candidata suya a regidora por Santiago, Fidelma Allende Miranda, por el hecho de tener el mismo apellido que el Presidente, aunque sin parentesco con él, tuvo una enorme cantidad de votos. Era claro que los que "se pasaron a la UP" en estas elecciones dieron su voto al partido del Presidente, es de presumir más por la persona de este que por las ideas de su Comité Central.

Los comunistas subieron un punto en relación a 1969, con el 16,9%. En cambio, a sus aliados del Partido Radical no les fue tan bien. Los chilenos que votaban por los radicales en su conjunto disminuyeron solo del 13% al 12%. El problema era que el radicalismo estaba dividido. El Partido Radical integrado a la Unidad Popular obtuvo el 8,1%; la Democracia Radical, que había apoyado a Jorge Alessandri, alcanzó el 3,9%. Esto tenía alguna importancia ya que los radicales representaban un voto no marxista, que no era "de clase", pero que le daba a la coalición de gobierno un aire de amplitud, en especial en el terreno internacional, lo que en este sentido aparecía menguado. El pequeño Partido Social Demócrata con su 1,3% ponía votos cruciales a la Unidad Popular —y le habría dado más vigor a un puñado de personas, pero no se hicieron sentir en estos años—, mas no significaba mucho. Con todo, constituyendo la izquierda marxista una voluntad política movilizada, el haber en su conjunto alcanzado la mitad del electorado era una zancada hacia adelante.

La oposición se vio desmejorada, aunque no experimentó en absoluto una debacle. La Democracia Cristiana, con el 25,7% de los votos, siguió conservando el primer puesto entre los partidos políticos chilenos. En un momento en que la fuerza de las cosas la llevaban la izquierda marxista y Salvador Allende, bajó solo 2% con respecto a la votación de Tomic. Se vería lo mismo en cuatro elecciones, 1969, 1970, 1971 y 1973: el votante democratacristiano era relativamente estable y se alineaba con el partido de Eduardo Frei. Aunque a una parte de los dirigentes no siempre les gustaba la estrategia de Frei, es indudable que esta interpretaba a los chilenos que efectivamente votaban por el partido. Este presentó como candidata en Santiago centro a una hija del ex Mandatario, Carmen Frei Ruiz-Tagle, quien obtuvo la primera mayoría.

La derecha solo pudo conservar aproximadamente la mitad de la votación de Jorge Alessandri e incluso retrocedió en relación a 1969. Obtuvo un 18,1%. Era un electorado magro, si se piensa en el esquema de los tres tercios. En cambio, comparado con la catástrofe de 1965 y la derrota moral que siguió al 4 de septiembre, mantenía las posiciones, bajando poco menos de dos puntos en relación a las últimas parlamentarias. El Partido Nacional se jugó en las elecciones colocando como candidato a regidor en Santiago centro a su líder, Sergio Onofre Jarpa, el que por pocos votos llegó segundo tras Carmen Frei, lo que fue una pequeña victoria moral. Su electorado, en ese sentido, le seguía siendo fiel y podía consolarse con que el casi 4% de la Democracia Radical se podría sumar en términos estadísticos a su propia votación.

El observador podría preguntarse: ¿dónde están actores relevantes tales como fuerzas extremistas y otras quizás algo menos, pero a las que no les interesaba demasiado el juego electoral, en parte porque no tenían muchas expectativas en el mismo? El MIR y algunos grupúsculos de la izquierda y Patria y Libertad en la derecha tenían una fuerza en la acción, ya fuera retórica o en los hechos más puros, expresada en la lucha a golpes, a palos y a piedras, por ahora, en las calles y en las propiedades a lo largo del territorio chileno. Es importante para el observador tener en cuenta que, salvo algunos nichos como zonas rurales o algunas universidades, la representación numérica de estos grupos era ínfima. Como se sabe, sin embargo, el factor numérico no lo es todo ni mucho menos en las polarizaciones, ya que los grupos extremistas adquieren un peso desmesurado en relación a las cifras electorales.

Era un triunfo considerable de la Unidad Popular. Era también un triunfo claro y prometedor para la coalición de gobierno y para el mismo Allende. Vimos que la suma de socialistas y comunistas en 1969 era de un 28%. Ahora la izquierda que seguía al Gobierno tenía la mitad más uno de los votos. Sumando este factor a la realidad de movilización que se había estado desencadenando en el país en los últimos meses, la perspectiva era de una fuerza formidable. Allende y los suyos tenían mucha razón para estar optimistas del camino recorrido, si además la gente parecía estar contenta con los resultados económicos. Los anuncios agoreros de los opositores, según las apariencias, no se cumplían en absoluto. Si hubieran sido elecciones parlamentarias, *quizás* la Unidad Popular hubiese sido capaz de modificar constitucionalmente las reglas del juego.

Sin embargo, es imposible, en vista del desarrollo posterior, no hacerse la pregunta acerca de si la Unidad Popular hubiera podido acometer su fin estratégico de conquistar el poder mediante una reforma constitucional. Esto habría tenido

que hacerlo a través de un camino algo engorroso y largo: enviar un proyecto de reforma constitucional, que fuera rechazado y después recurrir a la disposición que le permitía convocar un plebiscito, lo que daba tiempo al desgaste. Lo mismo se le había dicho en la campaña a la propuesta de Jorge Alessandri. El Presidente Allende debería haber propuesto una reforma de acuerdo al Programa ("Asamblea unicameral", por ejemplo), y si era rechazada por el Congreso, lo que era presumible, estaba facultado para llamar a un plebiscito. Claro, podrían transcurrir nueve meses o un año y el panorama entretanto podría haber cambiado, como efectivamente ocurrió entre 1971 y 1972. De todos modos, una derrota plebiscitaria no lo hubiese puesto entre la espada y la pared, a diferencia de lo que hubiese sido en 1973 en un escenario parecido, de acuerdo a lo que sabemos.

Todo esto debe haber aparecido muy incierto a ojos de los líderes de la Unidad Popular. Que se sepa, solo Carlos Altamirano propuso este camino.[29] Lo hizo, es cierto, después de la derrota electoral en Valparaíso a fines de junio de 1971, "para romper el empate". El estado de ánimo que sin duda predominó fue que las cosas estaban saliendo muy bien y que en un tiempo más existiría una mayoría electoral sólida tras el proyecto de la Unidad Popular.



[29] *El Mercurio*, 27 de junio de 1971.

## Capítulo XVI

# Viviendo como símbolo mundial en opulencia y precariedad: Chile y el mundo

### Novedad del triunfo: peligro y expectativa

La primera llamada desde el extranjero que recibió Salvador Allende en la mañana del 5 de septiembre fue la de Fidel Castro. El líder cubano había pasado la noche en la redacción de *Granma* y supervisó que se pusiera el titular adecuado. Se sucedieron llamados de funcionarios internacionales, entre ellos el de Felipe Herrera Lane, presidente del Banco Interamericano de Desarrollo. Más de alguien habrá comentado que este iba a llamar con la misma efusividad a Alessandri o a Tomic. Luego comenzaría a llegar una verdadera catarata de periodistas. Lo más importante apareció desde los primeros días. El que un marxista encabezara una coalición de comunistas, socialistas y otros y llegara a la presidencia por medio de elecciones fue una sensación mundial, pues no había precedentes.[1] Además, en lo esencial no había violencia en Chile, todo parecía pacífico y, en realidad, en líneas generales así había sido.

A partir de ese momento Chile fue una sensación. En América Latina hubo una mezcla de alarma y curiosidad simpatizante, si nos referimos a la gran prensa. Luego comenzaron a llover los comentarios optimistas y muy empáticos de figuras públicas latinoamericanas, incluidos muchos que no eran propiamente de izquierda, como el ex secretario general de la OEA, Galo Plaza. En la prensa norteamericana,

---

[1] En los hechos, hubo otros tres casos comparables en los años de la Guerra Fría, aparte de los comunistas en gobiernos en la inmediata postguerra. Uno se dio en Sri Lanka, aunque era más bien heterodoxo. El segundo en un estado de la India, Kerala, que después fue intervenido por el gobierno federal; es como si hubiera sucedido en una provincia. El otro fue el de Guyana en los 1960, aunque su líder, Chedi Jagan, en lo esencial era un radical de tipo marxista, no tan explícito como Allende. Una curiosidad histórica fue el dominio comunista en San Marino, diminuta república ensartada en el corazón de Italia. Ante estos ejemplos se destaca todavía más la singularidad del caso chileno.

teniendo en cuenta su estilo informativo, la atención junto a un tono de alarma fueron la nota característica.[2] En los países marxistas la prensa lo celebró como un triunfo propio, aunque la manera de informarlo era mecánica, sin espontaneidad. En donde la experiencia chilena sí sería desde el primer momento un centro de atención surgido con gran espontaneidad fue Europa Occidental. Chile, un país que escasamente había llamado la atención —el nombre había sido antes conocido al vincularlo al salitre—, pasó a constituir una especie de celebridad, incluso más allá de la política.

Todavía quedaban muchos ecos del 68, un marxismo vivo, de nostalgia revolucionaria aunque de escasa práctica en este sentido. Por principio tenía que estar con este fenómeno situado en un lugar lejano y para ellos exótico. Esto no tenía ninguna novedad, como tampoco el apoyo reflejo de los partidos comunistas donde eran muy fuertes, como en Francia e Italia. Más inesperada, quizás, fue la identificación con el nuevo fenómeno por parte del socialismo europeo en sus diversos matices, sobre todo el socialdemócrata. A ello se unió la izquierda liberal europea, que encontró una forma de identificación con una causa progresista. En todas partes se ponía el acento en que se trataba de un proceso democrático y pacífico. Que el programa de la Unidad Popular implicara cambios muy distintos a lo que ellos mismos postulaban en sus países no parecía impresionar a nadie. Operaba una mentalidad que afirmaba que por el atraso en el Tercer Mundo había políticas legítimas en esa zona que no lo serían en Europa. La pobreza en el mundo subdesarrollado debía solucionarse por medio del reparto de la ganancia excesiva de los grupos dirigentes. Operó también la nostalgia por el 68 en un sentido distinto. La izquierda socialdemócrata y la marxista habían mirado con simpatía la experiencia de la Primavera de Praga y habían llorado su aplastamiento. Creyeron ver en Allende a un nuevo Dubcek. Toda esta transferencia culmina en que a muy poco andar se comenzó a hablar de la "experiencia chilena", no en el sentido de temeridad, sino que en el de abrir nuevos caminos para un mundo mejor, como una utopía fácil, llena de buenos sentimientos.

El encantamiento con lo que sucedía en Chile, que aumentó casi indefinidamente hasta septiembre de 1973, sería un elemento formidable en la instalación internacional del gobierno de la Unidad Popular. Le otorgó una tremenda flexibilidad a la acción de su diplomacia, ya fuera la de tipo formal que iba por la Cancillería o la que desplegaba el propio Allende a través de sus redes políticas, no siempre con diplomáticos de la izquierda marxista. Sería también una emoción que influiría en

[2] Sebastián Hurtado Torres, "The U.S. Press and Chile, 1964-1973: Ideology and U.S. Foreign Policy," *Revista de Historia Iberoamericana* [en línea], 2012, Vol. 5, Núm. 2, pp. 37-61.

la historia internacional de Chile en los años posteriores al golpe y en cierta manera hasta el momento en que se escriben estas líneas.

Las reacciones de los gobiernos latinoamericanos no participaron en absoluto de este sentimiento. Hubo alarma y después resignación. Más adelante comenzó una diferenciación. Quizás en Lima y en La Paz hubo algún dejo de simpatía desde un comienzo, atemperado por la omnipresente imagen de la historia de las relaciones vecinales. En México, el Presidente Luis Echeverría desde el inicio se hizo portavoz de una simpatía continental por el Chile de Allende, aunque fuera otra cosa lo que les decía a los norteamericanos.[3] El México oficial mantenía la doctrina de ser una "revolución institucionalizada", quizás algo así como revolución permanente, aunque la realidad fuera muy distinta. Con todo, necesitaba conservar esa ficción. De ahí que la solidaridad con el proyecto de Salvador Allende haya sido parte de la doctrina pública del gobierno mexicano.

El gobierno argentino quedó algo espantado y preocupado. Sus fuerzas armadas, que eran una clase política muy activa, veían en la izquierda chilena a un enemigo decidido. La visión era correspondida. Sin embargo, su capacidad de reaccionar a estas alturas estaba bastante limitada. La crisis interna había llevado al reemplazo del general Juan Carlos Onganía por el general Roberto Levingstone, es decir, el dictador de turno. El régimen ya había perdido las ínfulas con que había arribado en 1966 para dirigir un proyecto de largo plazo. El peronismo y el descontento estaban erosionando lenta pero seguramente la parte de legitimidad de que habían gozado en un comienzo. Era, sin embargo, un vecino para preocupar al gobierno de Allende, porque se combinaban las rivalidades ideológicas con los antiguos problemas fronterizos, mientras todavía se negociaba sobre la cuestión del Beagle.

De mayor consideración era la hostilidad latente del régimen militar brasileño, que todavía tenía el entusiasmo de representar no solo a una potencia sudamericana, sino también a un proyecto político antimarxista en lo básico, que había acogido plenamente la consigna del general Onganía de las "fronteras ideológicas"; esto es, que no habría amistad posible con un gobierno de tendencia revolucionaria. Un general de la fuerza aérea brasileña lo planteó casi con todas sus letras, diciendo que el triunfo de Allende era finalmente el resultado de la OLAS, es decir, de un plan en conjunto entre Castro y la izquierda chilena.[4] Brasil se preparaba para confrontar una dura política chilena hacia sus intereses, lo que solo era un temor en septiembre

[3] Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War* (Chapel Hill, North Carolina: The University of North Carolina Press, 2011), p. 169.

[4] Harmer, *Allende's Chile*, pp. 73-ss.

y octubre de 1970. El régimen de Brasilia, no obstante, se consolidaba día a día y aquí no habría tregua con Chile, aunque en la superficie se mantuvieron relaciones normales con frases de cortesía.

Ya se ha visto que la reacción norteamericana en septiembre y octubre de 1970 fue de un apresuramiento temerario y más vociferante que real. Esto, en el sentido de que trató de impedir la toma de poder de Allende a través de varios medios, apoyando un golpe blanco que al final no existió y alentando a grupos nacionalistas de extrema derecha a llevar a cabo un golpe, incluso proporcionándoles recursos monetarios y hasta un poco de armamento. El fracaso fue resonante.[5] En Chile no había estado de ánimo para un golpe y esto quedó claro por la enorme dificultad que tuvieron los norteamericanos en promover uno. La CIA no podía por sí misma deponer un gobierno si no existía un proceso interno en ese sentido.

Los gobiernos europeos no miraron con buenos ojos el triunfo de Allende. En especial, la coalición socialista-liberal de Alemania Occidental temía con sus buenas razones que se reconociera diplomáticamente al régimen de Berlín Este, lo que consideraba un serio contratiempo para su propia política. Esto se repetiría en varios gobiernos europeos aunque también era un tema que poco les llegaba; no pasaba más allá de una opinión. Por otra parte, comenzó a surgir lo antes anotado: la curiosidad y hasta la simpatía de un sector de la opinión pública que no podía definirse ni mucho menos como extremista. Esto tendría sus consecuencias en los tres años que seguirían. Hubo excepciones, como el caso de Suecia, cuyo gobierno desde un primer momento dio un respingo de alegría y pasó a apoyar lo que miraba como una causa progresista con la que se quería identificar plenamente.

Si la alianza con la Cuba de Castro en la práctica ya existía antes del 4 de septiembre, comenzó un incremento a partir del día siguiente, a pesar de que existen

---

[5] Sebastián Hurtado Torres, "El golpe que no fue: Eduardo Frei Montalva, la Democracia Cristiana y la elección presidencial de 1970", *Estudios Públicos*, 129, verano 2013, pp. 105-140. Henry Kissinger ha insistido en sus memorias en que el apoyo para la operación de secuestro del general Schneider solo era parte de un intento por provocar una segunda elección. Dado el espíritu de la conspiración, era fácil deducir que solo se podía arribar a un régimen militar. Esto lo explica latamente en los volúmenes 1 (*The White House Years,* 1979) y 2 (*Years of Upheaval,* 1982). Henry Kissinger, *Mis Memorias* (Buenos Aires: Atlántida, 1980), vol. 1, pp. 455-475; vol. 2, 313-346. Vuelve sintéticamente a la misma opinión en el volumen tercero, *Years of renewal: The Concluding Volume of His Memoirs* (New York: Simon & Schuster, 1999), pp. 314-ss. También Joaquín Fermandois, *Chile y el mundo 1970-1973: La política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985), pp. 286-296. Han aparecido muchos antecedentes nuevos que nos parece que completan este cuadro, aunque en lo básico no cambian la interpretación allí desarrollada.

muchos indicios de que incluso el mismo Castro aconsejó prudencia Allende.[6] Por otro lado, la política latinoamericana de Castro estaba completamente orientada hacia el apoyo de la lucha armada, aunque sin intervenir directamente. En Chile ya tenía presencia la inteligencia cubana y el entrenamiento militar de cuadros de la izquierda chilena, en especial socialistas y miristas. En septiembre comenzó la colaboración con la seguridad personal del mismo Allende, lo que creaba una especie de camaradería de armas que se haría sentir más adelante.[7]

Ya en estos días sobresalió otro rasgo de lo que iba a ser la política exterior de Allende, una exitosa campaña de relaciones públicas, mostrando un rostro razonable y abierto al diálogo, combinado con una visión ortodoxa del sistema internacional, al menos en términos estratégicos. Por la cultura política de los chilenos, podía mostrarse como lo suficientemente capaz de dialogar y de expresar sus ideas en un lenguaje en el que la agresividad aparecía rara vez. Esto al menos era cierto para las dos cabezas más visibles, el mismo Salvador Allende y quien sería su canciller, Clodomiro Almeyda. Este había sido un ardiente partidario de la vía armada, al menos en términos retóricos.[8] Su nombramiento desplazó el nombre de un intelectual de izquierda que hubiera señalado otra dirección, como era el caso de Claudio Véliz, a quien muchos suponían el futuro canciller.[9] Por su inteligencia, cultura y capacidad de adaptación, Almeyda era la persona indicada para reunir esos dos mundos, el de una orientación hacia un polo progresista, de apariencia gradual, y la inconmovible fe en el triunfo final, no tan lejano, del socialismo identificado con los grandes modelos de la izquierda chilena.

## Mapa mundial de Salvador Allende

El mensaje central del Presidente Allende poseyó una estructura bastante lógica y coherente, que procedía de la visión marxista acerca de las relaciones internacionales,

---

6 Harmer, *Allende's Chile*, p. 65.

7 Harmer, *Allende's Chile*, pp. 52-56.

8 Clodomiro Almeyda, "Dejar de lado el ilusionismo electoral", *Punto Final*, 22 de noviembre de 1967.

9 La embajada norteamericana manejaba también la información de que otros dos nombres habían sido considerados para el puesto de ministro de Relaciones Exteriores, Felipe Herrera y Hernán Santa Cruz. El primero habría sido también la preferencia de Allende, pero el Partido Socialista lo habría vetado. Santa Cruz, por su parte, habría sido vetado por el Partido Radical. De embajada en Santiago a Departamento de Estado, Telegrama 4203, 9 de octubre de 1970, National Archives II Record Group 59, Subject Numeric Files, 1970-1973, Political and Defense, Box 2195.

teñida también por la teoría de la dependencia, que a veces era expresión del marxismo de la época, pero que también era repetida desde otras perspectivas. Existía asimismo otro tipo de discurso de Allende cuando hablaba ante foros donde podía haber representantes de países latinoamericanos con gobiernos muy alejados de su mundo político, en el cual siempre resaltaba que el de la Unidad Popular era un gobierno constitucional, o ante sectores que podían representar al mundo liberal europeo o norteamericano. Aquí sobresalía su referencia al atraso, a la pobreza, a la reforma social, al querer tener una palabra propia en la confrontación con el futuro de cada uno de los pueblos, sin ningún dejo ni de arrogancia ni de agresividad. Cuando estaba con gobernantes de América Latina, por ejemplo incluso con el general Alejandro Lanusse, que había derrocado a Levingstone, era mucho más "diplomático". Es decir, aludía, por ejemplo, a la amistad entre los pueblos y gobiernos, a la gesta entre O`Higgins y San Martín o a la solidaridad latinoamericana. Eran palabras que podían haber estado en la boca de Jorge Alessandri. Esta ductilidad no la tenía ni era necesario que la tuviera un Fidel Castro.

El núcleo central de la visión internacional está constituido por la combinación entre la estructura social interna y la dependencia externa, lo que configura el conjunto de la explotación, que es la que ha provocado "el atraso, la ignorancia, el hambre de nuestro pueblo y de todos los pueblos del Tercer Mundo, (los cuales) existen y persisten, porque resultan lucrativos para unos pocos privilegiados".[10] Por lo tanto, existen dos grandes culpables. Uno de ellos está constituido por "las minorías que, desde la colonia, tienen la agobiante responsabilidad de haber explotado en su provecho egoísta a nuestro pueblo; de haber entregado nuestras riquezas al extranjero". Son ellas las que se aliaron a "las grandes empresas internacionales".[11]

Así se crea el cuadro en el cual se puede explicar por qué ha habido algunos países que se han desarrollado: sencillamente, le han sustraído de mala manera la riqueza a otros. Como lo decía Allende en uno de sus momentos estelares, al inaugurar la UNCTAD III (*United Nations Conference on Trade and Development*) en abril de 1972:

> La primera constatación es que nuestra comunidad no es homogénea, sino fragmentada en pueblos que se han hecho ricos y pueblos que se han quedado pobres (…) La segunda comprobación es que nosotros, los pueblos pobres, subsidiamos con nuestros recursos y nuestro trabajo la prosperidad de los pueblos ricos.[12]

---

[10] Salvador Allende, *Su pensamiento político* (Santiago: Quimantú, 1972), p. 15. Todo este acápite es, en parte, un resumen de Fermandois, *Chile y el mundo 1970-1973*, pp. 43-53.

[11] Allende, *Su pensamiento político*, p. 20.

[12] Allende, *Su pensamiento político*, p. 330.

Ese es el núcleo no solo de la teoría de la dependencia, que poca originalidad tenía con respecto al marxismo, sino que del corazón más íntimo de la visión internacional de este: unos son pobres porque otros son ricos, o viceversa. Es la misma teoría de la pauperización y de la concentración de la riqueza que yace en el corazón de la teoría del mismo Marx para explicar el proceso interno en un país. Por ello la nacionalización de los recursos naturales, la presunta fuente de la riqueza de los países capitalistas, pasa a tener un papel central. "Somos potencialmente ricos, y vivimos en la pobreza", es una frase que retrata este discurso. De ahí que al nacionalizar hay que recordarles a los explotadores del capitalismo extranjero que son ellos los que adeudan a los países pobres. La nacionalización del cobre, un punto tan central en la izquierda chilena y bastante popular en Chile, es vista como una contribución a todo el universo de los países pobres. Se ha "contribuido a la historia política del (…) Tercer Mundo (…) y sus reivindicaciones con la doctrina jurídica que dispone la deducción con efecto retroactivo de la rentabilidad excesiva obtenida en la explotación de las riquezas básicas nacionales".[13]

Parecía que era un gran orgullo de Allende, transmitido a todas las filas de la Unidad Popular, el haber contribuido a demostrar mejor, según creía, la corrección de las teorías del imperialismo y de la dependencia, que indicaban hacia un agente del mal, el Gran Culpable, obviamente Estados Unidos. Rara vez se refirió al país del norte de manera directa, en diplomática estrategia hacia Washington, complicando mucho al gobierno de Nixon si este quería responder con agresividad, lo que en algunas ocasiones le hubiera gustado hacer.

Así, en el célebre discurso de las Naciones Unidas decía: "Habíamos previsto dificultades y resistencia externas para llevar a cabo nuestro proceso de cambios, sobre todo frente a la nacionalización de nuestros recursos naturales. El imperialismo y su crueldad tienen un largo y ominoso historial en América Latina, y está muy cerca la dramática y heroica experiencia de Cuba. También lo está la del Perú, que ha debido sufrir las consecuencias de su decisión de disponer soberanamente de su petróleo". A continuación pasaba a hablar de las dificultades económicas que serían de índole externa, que hacen que "seamos víctimas de una nueva manifestación del imperialismo más sutil, más artera, y terriblemente eficaz, para impedir el ejercicio de nuestros derechos de Estado Soberano". Reconocía que era algo difícil de ser comprendido por las maniobras para cerrar acceso a las fuentes de financiamiento internacional. "Es un ataque siempre oblicuo, subterráneo, sinuoso, pero no por eso menos lesivo para Chile". Insinuaba que la baja en el precio del cobre tenía que ver con esta agresión

[13] "Tercer Mensaje al Congreso Pleno", *La Nación*, 22 de mayo de 1973.

propia a un país que "compra a precios altos y vende a precios bajos". Por cierto, este es el núcleo tanto del estructuralismo cepaliano como de la teoría de la dependencia.

Se refiere a la deuda externa, culpando de manera también insinuante a los gobiernos chilenos anteriores. Y después se lanza en una larga filípica, aunque muy clara y atractiva para el oyente, sobre su presa favorita, de gran impacto internacional, la acción de la ITT:

> Estamos ante un verdadero conflicto frontal entre las grandes corporaciones transnacionales y los Estados. Estos aparecen interferidos en sus decisiones fundamentales —políticas, económicas y militares— por organizaciones globales que no dependen de ningún Estado y que en la suma de sus actividades no responden ni están fiscalizadas por ningún Parlamento. En una palabra, es toda la estructura política del mundo la que está siendo socavada. "Los mercaderes no tienen patria. El lugar donde actúan no constituye un vínculo. Solo les interesa la ganancia". Esta frase no es mía: es de Jefferson.[14]

Este discurso, donde existe una combinación de lenguaje democrático occidental, insertado en una interpretación marxista y poniendo a Vietnam y Cuba como grandes paradigmas, estuvo centrado en la idea de que Chile era un Vietnam silencioso. Allende utilizaba este lenguaje al hablar ante el presidente del Presídium del Soviet Supremo, Nikolai Podgorny. Decía que en ese discurso se había exaltado el papel de la Unión Soviética: "Remarqué también la ayuda que prestan los países de la comunidad socialista y la Unión Soviética, ante todo a los pueblos que luchan contra el dominio imperialista, contra la injerencia de los imperialistas en sus asuntos internos, así como nuestra decisión de estar junto a los que luchan contra el colonialismo y el neocolonialismo".[15] Por si cupiera alguna duda, al día siguiente, 7 de diciembre de 1972, en la Universidad de Lomonósov, añadía que "he venido a la Patria de Lenin, a fortalecer nuestras posiciones y a reafirmar nuestra decisión de construir el socialismo".[16]

[14] "Discurso del Presidente Salvador Allende en la Asamblea General de las Naciones Unidas", 4 de diciembre de 1972, en Gonzalo Martner (compilador), *Salvador Allende. Obras escogidas, Período 1939-1973* (Santiago: Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, 1992), pp. 626-652.

[15] "Palabras del Presidente de la República de Chile, en la cena ofrecida en su honor en el Kremlin", 6 de diciembre de 1972, en Miguel González Pino y Arturo Fontaine Talavera (editores), *Los mil días de Allende* (Santiago: Centro de Estudios Públicos, 1997), Tomo 2, p. 1.215. En realidad, es aquí donde, en referencia a Pablo Neruda, habla del "Vietnam Silencioso", expresión que se haría famosa. El haberla pronunciado en este contexto realza el carácter de paradigma de la Unión Soviética.

[16] "Discurso del Presidente de la República de Chile, Salvador Allende Gossens, en la Universidad de Lomonósov, Moscú", 7 de diciembre de 1972, en Víctor Farías, *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica* (Berlín: Wissenschaftlicher Verlag Berlin; Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2000), T. 5, p. 3.702.

Es cierto que Allende en la Unión Soviética estaba buscando desesperadamente la mayor cantidad de ayuda posible; ello no quita que al colocar a Moscú como la patria fundante del socialismo confesaba, también, una creencia íntima y largamente sostenida. Aunque destacara que se arribaría al socialismo por un método diferente, nada indica que fuera a ser un ápice de diferente al de la Unión Soviética. También, que el proceso chileno tenía dos caras en un mismo cuerpo, la interna y la externa: "Ahora nosotros realizamos el proceso revolucionario en correspondencia con nuestras condiciones, con nuestra Constitución, con nuestras leyes. Lo hacemos en el marco de la democracia burguesa. Y no es nada fácil. Hemos tocado algunos intereses de los amos de nuestras principales riquezas nacionales y ellos lo han notado. Lo ha notado también la oligarquía financiera, bancaria, los latifundistas. La agresión de que somos víctima, parte de los monopolios extranjeros. En la Tercera UNCTAD contorné la situación existente en los países del Tercer Mundo".[17] Parece ser que todo conduce a la consigna de *yankee go home*, la varita mágica que liberaría a los pueblos de la explotación imperialista y de la oligarquía. No se trata de una posición no alineada, sino de promover la bipolaridad, colocándose Chile en el polo antinorteamericano.

## La nacionalización del cobre

Existe una larga historia del cobre en Chile, tanto material, en su explotación desde la época de los incas, como de la discusión acerca de las políticas hacia el metal rojo que vienen desde la segunda década del siglo XX. Los intereses norteamericanos habían comprado tres grandes minas a comienzos de siglo, efectuando después gigantescas inversiones. Estas fueron operativas con plenitud desde mediados de los años veinte, cuando comenzaron las políticas tributarias en Chile, no en último término por los dictados de la Misión Kemmerer.[18] Después siguió una larga historia en dos sentidos. Por una parte, desde 1932 el cobre va a constituir la gran fuente de divisas del país —alrededor del 70% de las exportaciones— y alcanzó un importante papel en los ingresos fiscales. Por otro lado, progresivamente se fue constituyendo en un tema de debate político sobre cómo extraer más recursos de la explotación del mineral, cundiendo la sospecha de que los norteamericanos se llevaban más de lo que correspondía. Aunque no juzgamos que en lo sustancial esta tesis sea creíble,

[17] "Palabras del Presidente de la República de Chile, en la cena ofrecida en su honor en el Kremlin", en González Pino y Fontaine Talavera (editores), *Los mil días de Allende*, Tomo 2, p. 1.216.

[18] Paul W. Drake, *The Money Doctors in the Andes: the Kemmerer Missions, 1923-1933* (Durham: Duke University Press, 1989).

tuvo un papel considerable en conformar la mentalidad de los chilenos cuando pensaban el tema del cobre.[19]

Hacia comienzos de los años sesenta, la clase política chilena estaba dominada por la idea de la nacionalización, que sería una "palanca para el desarrollo". Frei llevó a cabo lo que se llamó la Chilenización, que fue la compra del 51% de El Teniente y la participación limitada en la administración, todo ello en una legislación aprobada a comienzos de 1966 en negociaciones con las empresas y con el apoyo del Departamento de Estado. Lo mismo fue lo que se llamó la Nacionalización Pactada en 1969, que denotaba la urgencia por salir de una presión de la izquierda y de las propias filas de la Democracia Cristiana. El Estado chileno compró el 51% de Chuquicamata, aunque la responsabilidad mayor de la gestión seguía radicando en los norteamericanos.

La izquierda demandaba desde hacía décadas una política de nacionalización. Allende la planteó de una manera absoluta en 1964. Seguía el convencimiento, parece que muy sincero, de que la pobreza de Chile estaba relacionada con la propiedad norteamericana de las empresas de la llamada Gran Minería del Cobre. Llegó a haber todo un sustento teórico y hasta teológico para mostrar la justicia económica, jurídica y moral de la nacionalización. La demanda ocupaba un papel destacado en el Programa de la Unidad Popular. Allende la impulsó desde un primer momento. En el discurso en el Estadio Nacional del 5 de noviembre de 1970 resumió el núcleo de la idea nacionalizadora: "Nuestra herencia es una sociedad dependiente, cuyas fuentes fundamentales de riqueza fueron enajenadas por los aliados internos de grandes empresas internacionales".[20] El 21 de diciembre de 1970 Allende envió el proyecto al Senado. Al igual que en otros aspectos de la política de nacionalizaciones, el cerebro legal era el mismo Eduardo Novoa, que escribiría copiosamente al respecto.[21]

En un primer momento, el proyecto podía ser tomado como una punta de lanza para una política expropiatoria general. Preveía una reforma constitucional sobre el derecho de propiedad, que si era rechazada le permitiría a Allende convocar a un plebiscito en el cual, teniendo como protagonista al cobre, podría obtener

---

[19] Sobre el origen del tema del cobre, Joaquín Fermandois, "Cobre, guerra e industrialización en Chile 1939-1945" (Santiago: Documento de trabajo, Comisión Chilena del Cobre, 1992). Para todo el tema aquí tratado, Joaquín Fermandois, Jimena Bustos y María José Schneuer, *Historia política del cobre 1945-2008* (Santiago: Bicentenario, 2009).

[20] Allende, *Su pensamiento político*, p. 17.

[21] Eduardo Novoa Monreal, *La nacionalización chilena del cobre. Comentarios y documentos* (Santiago: Quimantú, 1972).

quizás una abrumadora mayoría. Hubiera sido un golpe de cátedra y un botón de cierre para un drástico cambio económico y social, todo ello llevado a cabo de una manera impecable en las grandes líneas constitucionales y legales. Sobrevalorando, en cambio, la importancia que Washington le daba a este factor en unas relaciones que podrían ser cada día más críticas entre los dos países, prefirió seguir una estrategia para que se sumara la oposición, que mostrara unanimidad al interior del país. Quizás no debió preocuparse tanto, ya que nadie se atrevía a estar en contra de la nacionalización total del cobre, la considerara o no conveniente para los intereses del país. Se escogió el camino de una reforma constitucional circunscrita a la propiedad de la Gran Minería, tanto para transar con la oposición como para darle un respaldo legal a ojos del país y, según creían los dirigentes de la Unidad Popular, a ojos del mundo.

Allende justificaba este nuevo proyecto en tácita alusión a la Chilenización y Nacionalización Pactada, sin ser agresivo con ellas, aunque las había siempre denunciado como entregas, porque era el momento de la transición al socialismo. "Esta gran reivindicación nacional es, en gran medida, la razón de existencia del movimiento popular. Es el pueblo hecho gobierno, el pueblo y su gobierno, quienes luchan por la completa libertad económica, por el libre poder de decisión sobre nuestros recursos que permitan la creación de una nueva sociedad y de un hombre nuevo". No era del todo retórica. Esta inserción, en un dejo de perfume quiliástico, metahistórico, era inseparable del lenguaje del marxismo. Lo era también en un sentido más pedestre, el traslado de la teoría de la plusvalía a un nivel internacional, y era la base de todo el edificio conceptual de la doctrina y lo repetía la totalidad de los militantes, de capitán a paje:

> Las cuatro grandes empresas norteamericanas que han explotado en Chile estas riquezas han obtenido de ellas, en los últimos 60 años, ingresos por la suma de 10.800 millones de dólares. Si consideramos que el patrimonio nacional, logrado durante 400 años de esfuerzo, asciende a unos 10.500 millones de dólares, podemos concluir que en poco más de medio siglo estos monopolios norteamericanos sacaron de Chile el valor equivalente a todo lo creado por sus ciudadanos en industrias, caminos, puertos, viviendas, escuelas, hospitales, comercios (…) a lo largo de su historia. Aquí está la raíz de nuestro subdesarrollo. Por eso tenemos un débil crecimiento industrial. Por eso tenemos una agricultura primitiva. Por eso tenemos cesantes y bajos salarios. A esto debemos nuestros miles de niños muertos en forma prematura. Por esto tenemos miseria y atraso.[22]

[22] Novoa, *La nacionalización chilena del cobre*, pp. 403-405.

Era una mentalidad que prácticamente prohibía toda inversión externa, asimilándola a la substracción de recursos. Quizás no es el célebre grito de Proudhon, "la propiedad es un robo"; lo es que toda repatriación de ganancias es un robo. Nunca se podrá exagerar lo suficiente el peso que tenía esta apreciación en el cuerpo de la Unidad Popular.

El proyecto declaraba propiedad del Estado a los depósitos minerales en general, además de algún articulado expreso para anular los tratados anteriores, en especial los realizados en la administración de Eduardo Frei Montalva. Aceptaba la indemnización, pero se señalaba al mismo tiempo que, y aquí está lo que pretendió ser una novedad jurídica, ella se calcularía deduciendo de la misma las llamadas "rentabilidades excesivas". Se fijó de manera arbitraria y retroactiva a partir de 1955 (Nuevo Trato) una rentabilidad "normal" de 10%. Todo lo que fuera sobre ella debería ser restituido por las compañías o deducido de su indemnización. De acuerdo a las disposiciones de la reforma, sería el Contralor General de la República quien debería efectuar el cálculo sobre las "rentabilidades excesivas" y posteriormente habría un Tribunal Especial del Cobre, última instancia, esta vez sí que inapelable. Todas estas instancias deberían atenerse a la letra de la reforma.

No habría por dónde los gringos pudieran escaparse. A estos principios se les trató de dar un fundamento teórico, a veces exquisito, acerca de la explotación de los pueblos pobres y del supremo derecho de estos a recuperar su riqueza. Cabe también la posibilidad de interpretar todo este asunto desde una manera muy distinta, como una suerte de maniobra a lo Condorito, una viveza para no pagar, en base a un principio que no tenía mayores antecedentes en el derecho internacional, para no hablar del enorme aporte de los ingresos del cobre a las finanzas públicas y a la economía chilena en general.[23] En fin, las imágenes son más fuertes.

Resta por explicar la actitud de la oposición en el Congreso. Por más que Tomic afirmara que esta *nacionalización* era la culminación lógica de lo que había iniciado la Democracia Cristiana, no cabía duda de que era el repudio más claro y rotundo a la misma. Lo mismo en el caso de la derecha. Si bien algunos de ellos es-

[23] Aparte de Joaquín Fermandois y otros, *Historia política del cobre*, Markos Mamalakis, *The Growth and Structure of the Chilean Economy: From Independence to Allende* (New Haven y Londres: Yale University Press, 1976); Markos Mamalakis "Minerals, Multinationals and Foreign Investment in Latin America", *Journal of Latin American Studies*, Vol. 9, Nº 2, 1977. Para una visión diferente, Carlos Fortin, "Nationalization of Copper in Chile and its International Repercussions" en Sandro Sideri (editor), *Chile 1970-73: Economic development and its International setting. Self-criticism of the Unidad Popular Government's Policies* (La Haya, Boston, Londres: Martinus Nijhoff, 1979).

taban genuinamente por una nacionalización negociada de manera razonable, el que hayan votado esta fórmula que, a fin de cuentas, no era más que una confiscación sin pagar, iba contra todo principio que habían sustentado. Incluso esto vale para la Democracia Cristiana. Lo más probable es que hayan resuelto sumarse al carro del vencedor, ya que no se le podía derrotar en este tema. Le pasaron el problema a la Unidad Popular y al mismo Allende. Por lo demás, aunque era apoyada en la práctica por la unanimidad de los chilenos, no hay nada que permita inferir que esto, por ejemplo, influyó en la disposición del electorado, el que parece que daba su voto según criterios distintos. De lo que no cabe duda, eso sí, es que los dirigentes de la Unidad Popular creían, al igual que Perón en 1947 o Castro en 1960, que la nacionalización constituía una genuina independencia económica de Chile.

El 11 de julio de 1971 se aprobó de manera unánime la reforma constitucional y se promulgó cinco días después. El 28 de julio, Allende anunció la cantidad a deducirse como rentabilidad excesiva y el día 11 de octubre el Contralor Héctor Humeres Magnan anunció la cantidad definitiva a pagarse como indemnización. El resultado era grotesco para las empresas, aunque alimentaba la sonrisa mordaz en muchos chilenos. La Anaconda debía devolver 76 millones de dólares por Chuquicamata y la Kennecott debía hacer lo mismo por 310 millones por El Teniente.[24] La cantidad de referencia era el valor-libro de las respectivas empresas, lo que muchos consideran que es injusto para casos de expropiación, ya que se ignoran otros aspectos de mercado.

Todo el proceso debería haber llamado a una reacción violenta del gobierno norteamericano. Sin embargo, la Casa Blanca de Nixon, agobiada por amenazas de este tipo a lo largo del Tercer Mundo y sabiendo que no convenía un enfrentamiento con Chile por *este* tema, mantuvo un perfil bajo ante el disgusto de muchos hombres de negocios.[25] Rechazó la medida, por cierto, pero en términos retóricos no la convirtió en el centro de la disputa con Santiago.

Parece que no hubo demasiada alteración en la toma de control y manejo de las minas, a pesar del retiro del personal norteamericano y de muchos profesionales chilenos, que prefirieron continuar con las empresas en otros países. Tampoco es que Chile haya ganado demasiado con la nacionalización, salvo por el hecho de que como empresa del Estado podía ser sometida a mayores presiones para entregar fondos. Los famosos excedentes, que deberían vigorizar la economía chilena, no se vieron por ninguna parte. Había que amortizar, comprar bienes de capital y repuestos, pagar

[24] Novoa, *La nacionalización chilena del cobre*, pp. 458-461.

[25] Fermandois, *Chile y el Mundo 1970-1973*, pp. 302-ss., 415.

los sueldos. Finalmente, para que llegaran los excedentes tenía que hacerse un buen negocio, aunque fuera manejado por el Estado.

El siguiente episodio a destacar en estos años tuvo que ver con la reacción de las empresas, en particular de la Kennecott. Esta efectuó una serie de procedimientos legales ante tribunales europeos para embargar el cobre que Chile exportaba a ese mercado, que era el principal por lo demás. El gobierno de Allende hizo mucho escándalo de esta causa, lo que sería parte de la idea del "bloqueo invisible", aunque esto en este caso era bastante visible. A esas alturas, 1972 y 1973, parte de la opinión pública europea, más allá de la izquierda como hemos dicho, simpatizaba con Chile. Incluso en los tribunales franceses se respiraba una atmósfera de simpatía hacia el pequeño país agredido, según se veía.[26] El único punto que se objetaba era la imposibilidad que tenían los intereses expropiados para recurrir a una instancia que fuera ajena a los tribunales chilenos, que estaban obligados a juzgar según su ley, la que ya hemos visto. No era un punto menor.

Se hizo mucho ruido sobre esto, aunque en la práctica no hizo ningún daño a las exportaciones de cobre. Sin embargo, si hubiese cundido una decisión de los tribunales de acoger la petición de las empresas, hubiera podido tener resultados catastróficos para Chile. En parte no fue así por la llegada del golpe. Entretanto, algunos funcionarios de gobierno se daban cuenta de la necesidad de llegar a un acuerdo con Estados Unidos y de pagar alguna cantidad. Incluso Henry Kissinger habría dicho "paguen un dólar, pero paguen algo".[27] Esto no era nada de irracional en un entorno en donde los intereses norteamericanos aparecían amenazados a lo largo del mundo. En Chile, a algunos se les ocurrió recurrir a un antiguo tratado de mediación para estas cosas suscrito con Estados Unidos en 1914. Parece que hubo un intento de reflotar una idea del ex embajador Edward Korry, de idear una forma de pago mediante la colocación de bonos en el mercado norteamericano, que a Chile no le hubiera significado pagar un centavo.[28] Claro, Chile no pagaba, pero también se le hacia el quite al espíritu confiscatorio con que la izquierda rodeó todo el proceso de nacionalización del cobre.

Funcionarios y dirigentes de la Unidad Popular aseguraban en estos años que la baja en el precio del cobre había sido orquestada por intereses norteamericanos

[26] Nathaniel Davis, *The Last Two Years of Salvador Allende* (Ithaca, New York: Cornell University Press, 1985), pp. 99-100.

[27] Jorge Edwards, *Persona non grata,* versión completa (Barcelona: Seix Barral, 1982), p. 421.

[28] Joaquín Fermandois, Arturo Fontaine Talavera, "El embajador Edward M. Korry en el CEP (entrevista)", *Estudios Públicos*, 72, primavera 1998, p. 35.

y era parte del "bloqueo invisible". En los hechos, el precio del cobre había venido declinando desde 1969. En febrero de 1973, en cambio, comenzó un proceso de alza de los precios que puso muy optimistas a los responsables de la economía. Se trataba de los tradicionales ciclos, casi siempre impredecibles en su dimensión más o menos exacta, que desde tiempos remotos han caracterizado al mercado de los recursos naturales. Las fábulas sobre las materias primas en los países que dependen fuertemente de ellas ha sido parte de la historia del Tercer Mundo. Cuando se han expropiado, se descubre que el trámite no ahorra las necesidades de gestión para obtener esos excedentes que obrarían de una manera mágica.

## Se disuelve la sombra en el cono sur

En los años sesenta, las perspectivas para un gobierno marxista habían sido siempre difíciles si se pensaba en los vecinos y en los países latinoamericanos. Se ha explicado que la situación había cambiado un tanto hacia fines de la década. El panorama no era en todo caso muy fácil en principio, ya que el régimen militar brasileño estaba en todo su apogeo como modelo y con una política relativamente activa de promoción del antimarxismo. Los países vecinos han representado alguno que otro tipo de quebradero de cabeza para Chile desde el siglo XIX. En Perú y Bolivia se ha dicho lo mismo acerca de Chile. El golpe del general Juan Carlos Onganía en 1966 creó una genuina alarma en Santiago, aunque al final las relaciones no fueron nada de malas.[29]

Tras la alarma inicial la situación fue poco a poco distendiéndose, excepto con Brasil, aunque aquí no hubo ninguna confrontación directa. Se ha visto que el régimen militar peruano preocupaba por su nacionalismo y porque, desde la perspectiva del gobierno de Frei, aumentaba todavía más la preponderancia de los militares en la política. No fue así para la izquierda, la cual, pasadas las protestas iniciales, llegó a mostrar simpatía por el régimen de Velasco Alvarado. Esto fue muy marcado en los socialistas y en especial en Salvador Allende. Incluso desde la perspectiva marxista más ortodoxa se trataba de explicar el caso como un hecho positivo, del cual había que sacar lecciones:

> ¿Qué nos enseña todo eso? Que no basta con tener un juicio teórico justo al nivel general y abstracto de una situación. Al nivel de los hechos concretos, sin desmentir la teoría justa, los acontecimientos se hacen más complejos, entran a jugar una serie

[29] Joaquín Fermandois y Michelle León, "¿Antinomia entre democracia y gobierno militar? Chile y Argentina en el momento de incertidumbre (1955-1973)", en Pablo Lacoste (compilador), *Argentina y sus vecinos* (Mendoza: Caviar Bleu, 2005), volumen 2.

> de variables circunstanciales que desfiguran el modelo abstracto, y que si no son tomadas en cuenta, solo nos pueden conducir a confundir la realidad con los esquemas y a llevarnos a las peores equivocaciones.[30]

Se quería decir que aunque no respondía a la teoría de cómo sucedían las revoluciones, el caso peruano abría la esperanza de un cambio revolucionario. Celebrando que las fuerzas armadas participaran en "los procesos productores de la comunidad nacional", un editorialista del vocero socialista escribió:

> La posición nacionalista de izquierda sostenida y propugnada por el Ejército peruano, quizás, podría señalar una conducta para los partidos populares, la de confraternizar con las Fuerzas Armadas e impelerlas psicológicamente a tomar la trinchera de los que sufren por el agobiante capitalismo opresor. Mantener una actitud de resistencia, encono o recelo artificial en contra de los Institutos Armados podría tal vez —en un instante dado— restar importantes contingentes uniformados a la liberación de una nación.[31]

Son líneas coherentes con la posición socialista, tanto de sus raíces históricas de apoyarse en militares de izquierda, como por sus dudas y casi entusiasmo a raíz del Tacnazo de ese año. Los comunistas en cambio fueron más cautos frente a lo que podía significar el régimen de Velasco Alvarado. Eso fue el comienzo, aunque se soslayó una crítica directa y se acusó a Belaúnde por unos convenios petroleros relacionándolos con la compra de Chuquicamata o Nacionalización Pactada.[32] Después de un año del golpe de Velasco cesarían las críticas y se consideraría que su régimen era progresista.

Salvador Allende le había enviado una carta personal como candidato a Velasco Alvarado por intermedio de Pablo Neruda, el que se entrevistó con el peruano. La carta contenía un mensaje personal donde expresaba la admiración por su gobierno y que esperaba que hubiera las mejores relaciones si él, Allende, triunfaba en las próximas elecciones.[33] Lo mismo sucedió cuando recibió las felicitaciones protocolares de Velasco. Le transmitió un mensaje con especial énfasis de solidaridad con el programa del gobierno peruano. Allende le envió como embajador a un hombre de su confianza, un antiguo socialista, Luis Jerez Ramírez, para destacar la aproximación política. En una ocasión en que Velasco se entrevistó con el embajador Jerez, agradecía una carta aclaratoria de Allende a raíz de un incidente en la frontera,

---

[30] *Última Hora*, 12 de febrero de 1969.

[31] *Última Hora*, 21 de agosto de 1969.

[32] Orlando Millas en *Última Hora*, 30 de junio de 1969.

[33] Jorge Edwards, *Adiós, poeta…* (Santiago: Tusquets Editores, 1990), pp. 211-213.

poniendo de relieve que el mensaje iba más allá de lo protocolar, una "carta de amigos y revolucionarios", y que le gustaría entrevistarse con él.[34] En los hechos, Allende visitó Perú los primeros días de septiembre de 1971 y los dos presidentes emitieron una declaración que los puso tácitamente en un marco internacional común frente a los casos de enfrentamiento con Estados Unidos y de apoyo al reconocimiento diplomático a Cuba. En septiembre de 1971, el mismo Velasco Alvarado le dijo al embajador Jerez que le gustaría apoyar a Felipe Herrera para un alto cargo en las Naciones Unidas en vez de a Javier Pérez de Cuéllar —futuro Secretario General de la ONU—, quien era, le decía textualmente, "solo un oligarca como tantos enquistados en el Servicio Exterior peruano".[35]

Todavía en junio de 1973 el general Velasco Alvarado le enviaba un mensaje de apoyo después del fracaso del Tancazo: "Nombre pueblo y gobierno revolucionario exprésole con gran beneplácito sinceras felicitaciones por el triunfo obtenido ante intento movimiento subversivo contra el gobierno de Vuestra Excelencia."[36] Nunca en todos estos años se presentó como problema que no solo el régimen no fuera una democracia, sino que hubiera surgido de un golpe de estado contra un Presidente constitucional. Desde un marxismo corriente era posible explicarlo como un gobierno progresista que se abría a un proceso revolucionario.

Había otros signos que indicaban en dirección distinta. Era evidente que en el gobierno limeño no todos se entusiasmaban con un camino del tipo chileno o cubano.[37] El gobierno peruano al final llegó a un acuerdo con Washington por la expropiación de los intereses petroleros. El Departamento de Estado actuó de la misma manera que en 1969 con la Nacionalización Pactada, aunque cambiando de actor, mostrando que con Perú se podía conversar. Y comenzó a desarrollarse una lucha de poder soterrada interna, por la definición del carácter del gobierno peruano. Además, desde el punto de vista de Chile, era mucho más cauta de lo que le hubiera gustado.[38] También le era evidente la extrema sensibilidad peruana ante cualquier incidente menor,

[34] De embajador Luis Jerez a ministro de Relaciones Exteriores, Lima, 20 de abril de 1971. ARREE, vol. 1166, oficio confidencial GM, 61.

[35] De embajador Luis Jerez a ministro de Relaciones Exteriores, Lima, 28 de septiembre de 1971. ARREE, vol. 1167, oficio confidencial RIA, 1438/155.

[36] *El Siglo*, 3 de julio de 1973.

[37] Esto se refleja en unas declaraciones luego desmentidas del canciller Edgardo Mercado Jarrín. De embajador Luis Jerez a ministro de Relaciones Exteriores, Lima, 11 de mayo de 1971. ARREE, vol. 1167, oficio confidencial RIA, 700/75.

[38] De embajador Luis Jerez a ministro de Relaciones Exteriores, 25 de enero de 1972. ARREE, vol. 1176, oficio confidencial GM-RIA, 83/5.

de ese tipo de asuntos cotidianos que emergen en toda frontera o en cualquier relación, pero que en el caso peruano es mucho mayor. Está consciente de que existe un resentimiento oculto bajo la superficie y que tiene que ver con el revanchismo antichileno:

> Este sentimiento, real, concreto, no imaginario, se manifiesta de mil maneras diferentes. En Perú más consciente, más dinámico, no ha olvidado la humillación de la derrota y la pérdida de territorios. El recuerdo se encuentra particularmente vivo entre los miembros de las Fuerzas Armadas, hoy Gobierno, para los cuales al decir de uno de los mejores y más delicados analistas de la realidad castrense peruana, la derrota fue una experiencia "traumatizante".[39]

Jerez estaba consciente de que no todo era antiimperialismo o lucha de clases. Aunque había temas y enfoques que unían a Chile y Perú, Velasco también marcaba una diferencia. Según el embajador, el mensaje de Velasco a raíz del día nacional peruano en 1972 se podía resumir en que decía que no era ni conservador ni comunista, lo cual implicaba una seria diferencia con Chile.[40] También no pudo escapar a los ojos de La Moneda que la colaboración militar de Perú con Cuba no era como en el caso chileno, para entrenar y hasta armar a grupos paramilitares de la izquierda, sino que incluía al ejército peruano; y además en 1973 comenzaron las masivas compras de armas a la Unión Soviética a precios demasiado generosos. El embajador se quejaba de que los países socialistas hacían caso omiso de la existencia de "eventuales problemas entre Perú y Chile para los efectos de su ayuda militar a este país, basándose en que el único enemigo real es el Imperialismo".[41] El año 1973 estuvo marcado por este temor, aunque en lo básico las relaciones entre los dos países fueron muy distintas a como pudieron haber sido si Allende hubiera triunfado en 1964. Si bien la desconfianza en muchos sectores peruanos parecía y parece endémica, la misma popularidad del Presidente chileno era una carta a su favor.[42]

Cuando Allende juró como Presidente había un dictador militar de izquierda en Bolivia, el general Juan José Torres. Nadie se preguntaba acerca de su legitimidad, sobre todo en una Bolivia que parecía ser azotada desde siempre por golpes

---

[39] De embajador Luis Jerez a ministro de Relaciones Exteriores, Lima, 11 de abril de 1972. ARREE, vol. 1176, oficio estrictamente confidencial GB RIA, DGE DC, 341/28.

[40] De embajador Luis Jerez a ministro de Relaciones Exteriores, Lima, 4 de agosto de 1972. ARREE, vol. 1177, oficio confidencial RIA, 863/89.

[41] De embajador Luis Jerez a ministro de Relaciones Exteriores, Lima, 31 de agosto de 1972. ARREE, vol. 1177, oficio confidencial RIA, 980/101.

[42] Las memorias del ex embajador agregan algunos aspectos interesantes a estas consideraciones. Luis Jerez, *Ilusiones y quebrantos (Desde la memoria de un militante socialista)* (Santiago: Forja, 2007), esp. pp. 63-96.

de estado. Allende, como tantos otros antes y después de él, jugó con la posibilidad de que las simpatías ideológicas pudieran hacer superar el tema marítimo a través de la integración. El general Torres insinuó que la reconquista del mar se efectuaría sin "chauvinismo" y sin "patrioterismo", sino que en base a la "comprensión revolucionaria" de los dos pueblos.[43]

El derrocamiento violento del general Torres por el general Hugo Banzer dio vuelta la tortilla. Emergió un gobierno antimarxista en lo formal, bastante apoyado por Brasil. Se volvió a la reivindicación marítima a pesar de que no pasó nada extraordinario. Sin embargo, el signo ideológico se vio en que el gobierno boliviano dio refugio y quizás apoyo a militares chilenos que habían sido retirados del Ejército por actitudes subversivas desde fines de los años 1960, que evidentemente estaban por la vía directa contra la Unidad Popular.[44]

Una de las dos paradojas más grandes fueron las relaciones con Argentina. En la década de 1960, la izquierda chilena había percibido a los militares argentinos como "gorilas", los peores enemigos después de Estados Unidos. En realidad, los veía como extensión del Pentágono. Onganía, a su vez, había hablado de las "fronteras ideológicas", en el sentido de que no sería tolerado un régimen revolucionario en América del Sur. Los chilenos, y no solo los de izquierda, se sentían aludidos. Como se dijo, hacia 1970 la situación había cambiado. Si bien los militares argentinos miraron con mucha desconfianza a la Unidad Popular, estaban también abrumados por la creciente crisis de su capacidad de gobernar, en un proceso que culminó el 25 de mayo de 1973 con la entrega del poder al peronista Héctor Cámpora. Entretanto hubo sus vaivenes.

Allende tuvo una política prudente frente a Argentina, sin apoyar directamente —que se sepa— a la creciente guerrilla que se desarrollaba en el país vecino. En Buenos Aires emergió como líder militar el general Alejandro Lanusse, que intentó generar un frente político para armar una democracia que lo eligiera a él o, en último caso, a un peronismo sin Perón. Esto dio pie a unas relaciones que en la superficie parecían bastante cordiales. De paso, se alcanzó un acuerdo que debía ser final en torno a la disputa del Beagle, negociado por muchos años, al que el canciller Almeyda le dio su apoyo y habilidad. El hecho se anunció en la reunión de Allende y Lanusse en Salta en julio de 1971.

Consistía en que los dos países acordaron solucionar el tema recurriendo a un tribunal especial formado por jueces de la Corte Internacional de La Haya, cuya

[43] *El Siglo*, 25 de marzo de 1971.

[44] Para más detalles, Fermandois, *Chile y el mundo 1970-1973*, pp. 146-148.

decisión debía ser refrendada por la reina Isabel II. Por algunos años, pareció que este asunto no presentaría mayores problemas. En la atmósfera de Salta debe ser señalado un hecho peculiar. Una multitud vitoreaba a Allende, el que prácticamente obligó a Lanusse a aparecer en el balcón, para regalarle algo de su propia popularidad. El argentino tiene que haberse sentido halagado por esto. Se redactó una declaración conjunta, que destacaba la "no intervención", lo cual era como declarar el fin de las "fronteras ideológicas".[45] Esto no significaba mucho en la práctica, aunque sí en lo simbólico, ya que allanaba mucho a Allende el camino de legitimación en América del Sur y servía para desmentir temores brasileños y norteamericanos acerca del peligro que representaría. En octubre siguiente el argentino le devolvió la visita en Antofagasta, donde fue recibido con aplausos, algo que debe haber sido organizado por una parte de la izquierda, por *realpolitik* solicitada por Allende a sus partidarios.[46] Para Lanusse todo esto tenía bastante valor, ya que ingresaba en su juego político para mostrar una faz progresista en su pugna con el peronismo. Fue un breve idilio de conveniencia. Incluso Argentina entregó generosos créditos a Chile. Claro que se trataba de "créditos atados", contra los que la izquierda siempre había tronado, aunque se trate de un sistema normal de relaciones comerciales.

Las buenas relaciones no impedían que la izquierda argentina admirara a la Unidad Popular y es probable que los grupos de guerrilla urbana en Argentina tuvieran alguna relación con socialistas y miristas chilenos. Lo mismo sucedía en las fuerzas armadas argentinas, donde se miraba con extrema desconfianza lo que sucedía en Chile sin poder hacer nada al respecto. El único incidente grave que pareció enturbiar las cosas sucedió en agosto de 1972, cuando un grupo de guerrilleros argentinos fugados de un penal, después de haber dado muerte a un vigilante, secuestró un avión y pidió asilo en Chile. Fue un quebradero de cabeza para Allende. Esto se complicó todavía más porque los marinos argentinos dieron muerte a otro grupo de guerrilleros que no alcanzaron a huir. Altamirano exclamaba en una de sus vociferantes declaraciones que jamás se permitiría la entrega de los combatientes. En realidad, cualquier gobierno chileno hubiera estado complicado de hacerlo. Sin embargo, Allende en vez de escoger un camino legal que hubiera sido largo, les permitió refugiarse en Cuba, desde donde con el tiempo se reintegraron a lucha armada en Argentina. El gobierno de Lanusse puso el grito en el cielo y no solo los militares estaban enfurecidos. Sin embargo, a las pocas semanas "se perdonó" a Allende y las cosas siguieron como antes.[47]

[45] *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile,* 1971, p. 10.

[46] *Ercilla*, semana del 20 al 26 de octubre de 1971.

[47] Fermandois, *Chile y el mundo 1970-1973*, pp. 130-133.

El Presidente chileno se cuidó de no hacer ni decir nada que pudiera ofender a Lanusse y este utilizó la *entente* para mostrarse como un moderado. El embajador en Buenos Aires, Ramón Huidobro Domínguez, diplomático de carrera y amigo de Allende cuidadosamente escogido para el cargo, resumía así la situación que se había dado:

> Felizmente, mis conversaciones con el canciller De Pablo Pardo, me alentaron a proseguir las tareas encomendadas y al mes y medio, cuando se hizo cargo del Poder Ejecutivo el General Lanusse, encontramos el camino abierto para cumplir los objetivos que se me habían señalado. Los móviles de política interna que guiaban al nuevo gobierno, sirvieron mucho a la aproximación y a las coincidencias entre ambos presidentes (…) La Embajada de Chile en Buenos Aires cree ver a partir del Gobierno del General Lanusse una nueva etapa en la política exterior Argentina, circunstancia que puede adquirir especial connotación en un próximo Gobierno constitucional.[48]

La primera parte alude al temido clima de hostilidad que transpiraba Buenos Aires por el advenimiento del gobierno de Allende. La parte final se refiere al clima de concordia instrumental alcanzado con el gobierno militar argentino. Ello se vio en el protagonismo que se le dio a Allende cuando viajó a Buenos Aires para participar en la asunción del Presidente electo, el peronista Héctor Cámpora, el 25 de mayo de 1973. Allende estaba bien con las dos partes.[49]

Cámpora representaba a la izquierda y hasta la extrema izquierda peronista, esta última aliada de la guerrilla urbana castrista. Allende y la Unidad Popular lo veían con buenos ojos; la izquierda argentina también simpatizaba con el proceso chileno. Sin embargo, a medida que la situación fue poniéndose más violenta se comenzó a mirar a Allende como un mal ejemplo. Incluso, poco antes del golpe Perón efectuó una crítica de soslayo a la situación chilena.[50] Perón había colocado a Cámpora y fue Perón el que lo sacó sin piedad cinco semanas después de haber sido investido Presidente. Lo que se llama la derecha peronista asumió el poder y comenzó a desatar una guerra civil larvada contra la guerrilla de extrema izquierda

---

[48] De embajador a ministro de Relaciones Exteriores, Buenos Aires, 14 de mayo de 1973. ARREE, vol. 1832, oficio confidencial, 627/91.

[49] Ramón Huidobro, "Allende y Cámpora: la última semana de felicidad en la tierra", en Carolina Barros, *Argentina-Chile: 100 años de encuentros presidenciales* (Buenos Aires: Centro de Estudios para una Nueva Mayoría, 1999).

[50] "Los consejos que le di a Allende no los ha cumplido, y así le va, pobre. No es cuestión de atropellar con la cabeza, porque se rompe la cabeza. En cambio los peruanos van más "tanteaos", van más despacio, no se han apurado, total, hay tiempo (…) Los ingredientes de la revolución son siempre dos: sangre y tiempo. Si se emplea mucha sangre se ahorra tiempo, si se emplea mucho tiempo se ahorra sangre". *El Mercurio*, 11 de septiembre de 1973.

y sus simpatizantes o supuestos simpatizantes. Allende lo vio claramente como algo ominoso para Chile.[51] Así lo era.

Sabemos que el Brasil de Emilio Garrastazu Médici, el Presidente militar de turno, fue el que más intensamente encarnó el antimarxismo militante del régimen en lo interno y en lo externo. Allende y Almeyda no se hacían ilusiones al respecto.[52] Por lo demás, junto con el argentino, era el régimen más odiado por la izquierda chilena. Desde un primer momento emergieron señales de hostilidad soterrada. Hubo varios discursos de jefes militares brasileños que se podían leer como un llamado a estar preparados para el caso chileno en un tono de clara hostilidad. En la época, la izquierda sostenía que Brasil era una especie de agente de Washington para la región; se le llamaba "subimperialismo".[53] En la práctica resultaba así, aunque esto partía de un impulso propio de la política exterior brasileña que se remontaba a comienzos de siglo.

Hay un factor que se ha olvidado en la literatura: muchos aliados ideológicos de Washington lo percibían como un país que estaba pasando por una etapa de debilidad internacional. En alguna manera fue así entre fines de los 1960 y comienzos de los 1980. El asunto es que esto le dio un incentivo adicional al gobierno brasileño para tomar cartas en una actitud acentuada de liderazgo en América del Sur, que en parte venía de su legitimidad ideológica, el antimarxismo, y en una parte no pequeña de una tendencia de muy largo plazo de su política exterior. A raíz del tema sudamericano, podemos ver resumido todo este conjunto de problemas en las siguientes palabras editoriales:

> Lo que, sin embargo, agrava la situación de América Latina es el vacío de poder que se crea en el hemisferio gracias a la política de "perfil poco visible" de Estados Unidos, que se muestra, por motivos varias veces discutidos en estas columnas, asombrosamente inerte ante (…) los ataques (…) de la Unión Soviética. Hay en esta situación, una indiscutible ventaja para el Brasil, pues ella ofrece un argumento complementario y exterior para que las potencias de la región asuman por fin el ejercicio efectivo de la dirección que les pertenece desde siempre por derecho autóctono y propio, y no delegado, en función de su poder, de su situación geográfica, de su fuerza demográfica y de su progreso económico y tecnológico.[54]

---

[51] De Spindler a Markowski y Stibi, 342/73, después de una conversación con Allende el 13 de julio de 1973. BA, DDR, DY 30 232 2878 7037.

[52] Sobre este tema, Harmer, *Allende´s Chile*, pp. 94-97.

[53] Juan Gillmore, "Bolivia y la solución brasileña", *Mensaje*, 210, julio 1972, pp. 406-409.

[54] "O Estado de Sao Paulo", 29 de noviembre de 1970, cit. en Octavio Ianni, "Diplomacia e Imperialismo en las Relaciones Interamericanas", en Julio C. Cotler y Richard P. Fagen, *Relaciones Políticas entre América Latina y Estados Unidos* (Buenos Aires: Amorrortu, 1974), p. 56.

"*Low profile*" era la manera como los mismos norteamericanos describían la política de Nixon hacia América Latina. No quería tener un protagonismo visible.[55] El mismo Castro aseguraba que Estados Unidos estaba debilitado y que era la razón de ese tipo de política. El editorial no solo muestra la posición oficial brasileña, sino que también su fundamento en fuerzas políticas al interior del país que hacían de la política exterior una manifestación más fuerte de lo que se pudiera pensar. Era lo que le daba poder a la presencia brasileña en la política latinoamericana. Además, Chile siempre en su política exterior había contado, a veces con excesivas esperanzas, con una suerte de simpatía brasileña que se suponía era cosa dada. No era para tanto, aunque Brasil se dejaba querer. El gobierno de Allende era, que se sepa, el primero en el siglo XX en no contar con las simpatías de Brasil. Incluso el gobierno del nacionalista de izquierda João Goulart le había dado un público espaldarazo al Chile de Jorge Alessandri durante su visita a Santiago en abril de 1963.[56]

El gobierno de Allende intentó minimizar el flanco que se abría. Envió como embajador a Raúl Rettig Guissen, antiguo radical que había sido una de las cabezas del Frente Democrático que, debe recordarse, iba a ser un polo antimarxista. Ahora era allendista. Sus instrucciones, como las que se daban a muchos diplomáticos e incluso a dirigentes políticos de izquierda, consistían en entablar relaciones cordiales cuando estuvieran con políticos o diplomáticos de otros países y que no fueran de izquierda. No dejó de advertir algunas señales de hostilidad tácita, aunque en la superficie las relaciones parecían no haber cambiado. Ocasionalmente, había alguna noticia buena sobre todo en el aspecto económico, ya que Brasil no se sumó a ningún real o imaginario "bloqueo invisible".[57] En enero de 1971 un grupo de terroristas secuestró al embajador norteamericano en Brasil. El gobierno de ese país debió liberar a 70 prisioneros, los que fueron enviados a Chile. Esto fue una preocupación para La Moneda, aunque la izquierda chilena estaba feliz. Chile dio a entender que lo hacía como un gesto de buena relación con Brasilia.[58]

Sin embargo, y en este punto al igual que Washington, desde un comienzo el régimen brasileño había visto en la Unidad Popular a un enemigo. Muchos indi-

---

[55] Hal Brands, *Latin America's Cold War* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2010), p. 132.

[56] Ver la declaración conjunta de ambos presidentes en *Revista de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad de Concepción*, Año XXIII, N° 123, enero-marzo 1963.

[57] A pesar de que Brasil tenía como política no votar jamás por un comunista, cuando se dio el caso de apoyar o no a Pablo Neruda para un puesto en el Consejo de la UNESCO, Brasilia optó por "solidarizar" con el bloque latinoamericano. Entrevista con Raúl Rettig, 20 de septiembre de 1982.

[58] *El Mercurio*, 12, 13 y 15 de enero de 1971.

cios apuntan hacia un apoyo tanto político como quizás en recursos a la oposición chilena, y en particular en animar a los uniformados para tomar el poder.[59] Brasil actuaba, además, por otra forma más tácita, que era la imagen y realidad de éxito que proyectaba en su desarrollo económico, combinado con algunos limitados elementos de libertad política, la existencia de una oposición en el Congreso y de una prensa relativamente independiente. No parecía destinado ni a un caudillismo de caricatura ni a ser una junta militar cualquiera que pasara sin pena ni gloria. Esto tiene que haber influido en los militares chilenos.

El embajador Rettig representaba en cierto sentido una posición "centrista". Con todo, es interesante añadir un texto. Su contexto son las declaraciones del canciller brasileño Gibson Barbosa en una gira por África, en las que negaba que existiera algo así como el "Tercer Mundo", opinión que por lo demás tiene sus puntos a favor:

> Me parece que pocas expresiones acusan una carga de inconsecuencia y demagogia más evidente que esta de mi distinguido amigo, el Canciller brasileño (…) la pieza no es sino la concreción de un intento inteligente pero feble de justificar a un Brasil remiso en el cumplimiento de sus obligaciones con los países insuficientemente desarrollados, a los cuales, pese al esfuerzo de sus conductores, debiera sentirse ligado aun por muchos años. El de Tercer Mundo no es un concepto que tienda a perpetuar lo existente. Ese es un error esencial tan grueso para no creer en la sinceridad de su formulación. Tienen los países que reconocer banderas en la tercera posición, precisamente, a eliminar los factores de la desigualdad. Y su tarea será, por consiguiente, dinámica y resuelta. Es por eso, esencialmente por eso, que la actual política brasileña es antitercerista. El Brasil de Planalto e Itamaraty —que no es el Brasil de las favelas ni de los cenáculos intelectuales— se siente identificado con el actual status económico internacional. Se considera parte del mundo capitalista y, en él, de los de arriba, de los grandes. De ahí el malabarismo de sofística con que su canciller quiere justificar la deserción que notifica al "Tercer Mundo".[60]

Citamos este oficio porque es muy revelador de la voluntad general que se anidaba en la estrategia de la política exterior de la Unidad Popular y de la cancillería de Clodomiro Almeyda. Estaba en consonancia con la idea de que todos los países que no estuvieran comprendidos dentro del concepto de "desarrollado" pertenecían a una categoría abstracta absoluta que era la de "Tercer Mundo". El sentido de estas sociedades era ponerse en movimiento en dirección hacia un sistema social interno

---

[59] Patricia Arancibia Clavel, *Conversando con Roberto Kelly V. Recuerdos de una vida* (Santiago: Editorial Biblioteca Americana, 2005), pp. 145-147.

[60] De embajador a MRREE, 13 de marzo de 1973. ARREE, Oficio estrictamente confidencial, Nº 29. Cit. en Bernardita Mazo, "Relaciones internacionales entre Chile y Brasil, 1963-1973" (Tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2002), p. 136.

y de alianzas internacionales que se dirigiera contra los "países capitalistas", aun coexistiendo en algunos sentidos con estos, y los aproximara al "campo socialista". Nada podría describir mejor el impulso internacional del Chile de Salvador Allende.

Recapitulando las relaciones con América Latina, se puede decir que, a pesar de la excepción relativa del caso de Brasil, la política exterior de Allende tuvo un éxito pleno en imponer la práctica y la teoría de lo que se llamó "pluralismo ideológico". Es decir, que se aceptara como algo normal que en América Latina surgieran regímenes, constitucionales o no, que representaran a una izquierda antiimperialista y que convivieran con regímenes de otra orientación, democráticos o no.[61]

## La moderna utopía

Las relaciones con Europa Occidental durante el gobierno de la Unidad Popular constituyen un capítulo complejo y en muchos sentidos fascinante.[62] Los gobiernos europeos, en la medida en que les interesaba el asunto, manifestaron alguna alarma para sí mismos, sin hacerla pública. Este fue el caso en especial de Inglaterra, Francia y Alemania Occidental. Sin embargo, la elección de un marxista en un proceso regular y legal provocó un interés inusitado, tratándose de un país acerca del cual en el gran público pocos habían escuchado algo. La izquierda europea de manera unánime, ya fuera la pequeña aunque ruidosa izquierda antisistema o la socialdemocracia de la Internacional, se alineó de manera automática con lo que muy luego llegó a ser conocido como la "experiencia chilena". En el curso de los tres años, y esto fue muy cierto en el caso de Alemania Occidental, el peso de esta opinión pública llegó a alterar un tanto la política más crítica de los gobiernos, sobre todo cuando las expropiaciones u ocupaciones afectaban a intereses europeos. Estas simpatías no se redujeron a la izquierda, sino que penetraron de alguna manera en sectores liberales y a veces hasta en lo que se puede considerar la derecha europea.

La Unidad Popular supo aprovechar con gran habilidad este espacio, abierto de manera casi tan inesperada como fue el caso de Argentina. La llegada de Pablo Neruda como embajador a París fue parte de esta política de mostrar una faz cultural, y a la vez dar a entender que la izquierda chilena era tan democrática como la de Europa Occidental. Al menos aquí hubo un espacio de confusión intencional.

[61] Fermandois, *Chile y el mundo 1970-1973*, pp. 113-153; Harmer, *Allende's Chile*, pp. 91-103.

[62] Para este tema, además de nuestros dos libros antes citados, ver nuestro trabajo en coautoría con Macarena Carrió, "Europa Occidental y el desarrollo chileno 1945-1975", *Historia*, 36, 2003, pp. 7-60.

En realidad, esto se produjo más por un impulso espontáneo europeo que por una campaña sistemática de los chilenos. Esta simpatía de principio fue bastante clave para las negociaciones sobre la deuda externa con el Club de París en 1972 o para la reticencia del tribunal francés ante el acoso que pretendía efectuar la Kennecott por la nacionalización de El Teniente.

La Inglaterra del conservador Edward Heath compartía la desconfianza norteamericana, aunque no dejaba traslucir mayor emoción al respecto. Al igual que en los demás casos, la preocupación se concentró en la defensa de inversiones inglesas en Chile. Como en el caso de Estados Unidos, las vinculaciones militares siguieron intactas.[63] Georges Pompidou mantuvo una actitud en el fondo fría, aunque cálida cuando conversaba con Neruda. Estaba seguro de que la situación en Chile no terminaría bien e incluso en las elecciones legislativas de marzo de 1973, que coincidieron con las chilenas el mismo día, su coalición gobernante afirmaba en su propaganda que si era elegida la coalición de izquierda sucedería el mismo desastre económico que en Chile. En los hechos, la izquierda, liderada por el socialista François Mitterrand, había bautizado su coalición como *Union Populaire*, en indudable alusión al simbólico ejemplo chileno. Mitterrand había visitado Chile justo en el momento de la visita de Castro, que no había sido anunciada previamente. Le costó llamar la atención porque la competencia era muy fuerte y porque todavía no era el que después fue. Precisamente fue en Francia donde la prensa más destacó las informaciones sobre Chile.[64]

Suecia fue un caso especial. Por su tradición política antinorteamericana y la simpatía del gobierno por las revoluciones tercermundistas, esto aunado al entusiasmo personal del primer ministro Olof Palme, se identificó de manera oficial con el Chile de Allende. Palme envió como embajador a su *alter ego,* Harald Edelstam. Se combinaba así el caso de una democracia archidesarrollada, una de las caras del

---

[63] Al igual que en otros países europeos, hubo sectores de la izquierda que se convirtieron en defensores de Allende. El diputado laborista Eric Heffer decía: "Si el experimento del gobierno chileno de la Unidad Popular es derrotado será una derrota para el socialismo en todo el mundo. Por eso debemos hacer presión para que Gran Bretaña dé créditos a Chile". *The Tribune*, 15 de abril de 1972, extraído de oficio ordinario de Embajada de Londres a MRREE, 18 de abril de 1972. ARREE. Con ligeras modificaciones se ha dejado la traducción allí encontrada.

[64] El interés por la experiencia chilena continuó durante los tres años del gobierno de la Unidad Popular, al menos en la prensa afín a la filosofía política de la coalición de izquierda. Un interesante registro en este sentido es la colección de artículos escritos para *Le Monde* entre 1971 y 1973 por el periodista Pierre Kalfon. *Allende. Chile: 1970-1973* (Madrid: Foca, 1999; original en francés, 1998).

"modelo occidental", con el deseo de compensar a una sociedad satisfecha con un ideal que se ha perdido y reencontrado.[65] España debió ser el caso contrario, ya que en el mismo Chile muchos, en los dos bandos, comparaban la situación del país con la España de la Segunda República, de donde surgirían la Guerra Civil y el régimen de Franco. Sin embargo, este régimen ya estaba algo cansado en su energía ideológica. El gobierno de Allende, dentro de su afán por tener buenas relaciones con Europa Occidental, en la segunda gran paradoja —después del caso de Argentina— le envió a un embajador que halagaba los logros sociales y económicos del mismo régimen ante el propio Franco, Oscar Agüero Corbalán.[66] Realmente las relaciones entre los dos gobiernos fueron bastante buenas, carentes de toda declaración crítica entre ambas partes. España concedió generosos créditos, por supuesto que atados. Incluso se entrevió la posibilidad, finalmente no realizada, de una entrevista entre Allende y Franco. El chileno, en una ocasión, visitó la embajada de España y brindó por Franco, algo que no podía tolerar nadie de la izquierda chilena.[67]

El hueso más duro de roer fue Alemania Occidental, por el reconocimiento que se efectuaría, y se efectuó, al régimen de Berlín Este. En opinión de Bonn, esto le quitaba un as de la manga a las negociaciones entre las dos Alemanias. Allende envió a Hernán Santa Cruz Barceló, un diplomático de la izquierda elegante, amigo personal del Presidente, denostado por Neruda en el *Canto General*, a entrevistarse con Willy Brandt para explicarle la situación, asegurándole que querían mantener las mejores relaciones con Bonn. El alemán lo recibió fríamente, aunque no amenazó con una represalia, tal como después lo reconocería Almeyda. El solo hecho de que lo haya recibido era una señal de la espectacularidad del triunfo de Allende.[68] La Democracia Cristiana alemana apoyó a su congénere chilena y por eso algunos

---

[65] Un detallado estudio está en Fernando Camacho, "Los asilados de las Embajadas de Europa Occidental en Chile tras el golpe militar y sus consecuencias diplomáticas: El caso de Suecia", *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 81, October 2006, pp. 21-41. En su parte inicial entrega información sobre el tema que interesa a este libro.

[66] De embajador a ministro de Relaciones Exteriores, 4 de mayo de 1971. ARREE, oficio confidencial RIE, 398/51.

[67] Fermandois, *Chile y el Mundo 1970-1973*, p. 388. Sobre las relaciones entre Chile y España en este período, Pedro Martínez Lillo y María José Henríquez, "Salvador Allende Gossens. Un Presidente socialista en la retina de la España franquista", en Pedro Milos y otros, *Salvador Allende. Fragmentos para una historia* (Santiago: Fundación Salvador Allende, 2008), pp. 159-183.

[68] Memorando firmado por Sanne, 11 de diciembre de 1970. PAAA, B 33, Bd 542, I B 2, 82.23/91.08. Para todo este tema Joaquín Fermandois, "Del malestar al entusiasmo: la reacción de Bonn ante el gobierno de la Unidad Popular 1970-1973", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, 117, 2008.

diputados suyos se convirtieron en críticos de Allende. A ellos se unió la queja de los intereses alemanes, muy afectados por las tomas y expropiaciones, y el pánico que transmitía la gran mayoría de la colonia alemana en Chile.[69]

Sin embargo, aquí también operó esa simpatía y hasta fervor de la izquierda por la experiencia chilena. Un sector de la Social Democracia tomó como cosa propia el apoyo a la Unidad Popular. Cuando en 1972 las dos Alemanias firmaron un tratado de reconocimiento mutuo, en Bonn se olvidó todo resquemor que pudiera haber habido por el reconocimiento de Berlín Este. Siguió habiendo discusiones en el Parlamento y en la prensa, aunque si hay que escoger entre el polo de simpatía y antipatía, el tono general iba por lo primero. Incluso un ministro del gabinete, Hans Matthöfer, parecía convertido en portavoz del gobierno de Allende. Era un botón de muestra acerca de la importancia que el tema chileno alcanzó en la imaginación europea y en especial de la izquierda. Sería sin embargo engañarse pensar que era solamente en la de ella, ya que alcanzaba a otros estratos políticos. Una sociedad que perdía ideales podía encontrarlos en causas lejanas. Por ello, el Chile de Allende fue esta especie de "moderna utopía". Incluso a algunos dirigentes democratacristianos en Italia les costaba entender que su congénere chilena estuviera en oposición a un gobierno que se presumía estaba efectuando cambios sociales necesarios.

## Fuerza y debilidad del coloso

La literatura sobre la Unidad Popular se ha concentrado de una manera que consideramos desproporcionada en las relaciones entre el Chile de Allende y los Estados Unidos. Esto sucede por el papel maligno que la izquierda chilena desde siempre le otorgó al "imperialismo". En la misma izquierda, en Chile y en el mundo, y en muchos sectores, nadie dudó después del golpe de que Estados Unidos había sido el principal promotor del mismo. Se sumó a esto que el caso chileno fue parte de la crisis política desencadenada al interior de Estados Unidos por la Guerra de Vietnam y por la consecuencias del escándalo Watergate. En tercer lugar, la suma de los dos hechos anteriores llevó a que desde temprano hubiera mucha disposición de fuentes y material de primera sobre estos asuntos, aunque creemos que se ha efectuado una lectura en general superficial de aquellos. En cambio, el material acerca

[69] Más información sobre este tema en la reciente tesis de Georg Dufner, "Chiles Entwicklung, der Kalte Krieg und politische Experimente. Beziehungen in Politik und Wirtschaft zwischen der Bundesrepublik Deutschland und Chile, 1949 bis 1980" (Tesis doctoral, Freie Universität Berlin, 2012), pp. 181-242.

de la participación de Cuba, la Unión Soviética y del régimen de Alemania Oriental ha ido apareciendo por cuentagotas.[70]

Parte de toda esta historia es explicada a lo largo de este libro, ya que es nuestra tesis que ello se debe evaluar fundamentalmente en relación a su impacto o carencia de impacto en el proceso interno. En nuestro libro *Chile y el mundo 1970-1973*, publicado hace casi tres décadas, creemos haber planteado exhaustivamente este tema en base a un vasto material, rara vez leído a cabalidad por la inmensa mayoría de otros autores. Desde entonces ha aparecido otra enorme cantidad de fuentes al respecto, que ciertamente ayudan y ayudarán a complementar y matizar las visiones que se han sostenido. La apertura de más y más archivos añade mucho al panorama ya delineado. Es nuestra convicción, sin embargo, que en las líneas generales no hay nada que cambiar a lo explicado en la publicación de 1985. En este capítulo se efectuará un resumen sucinto del desarrollo de las relaciones entre Chile y Estados Unidos y se explorarán las motivaciones, principalmente de Washington.

Lo primero que hay que anotar es que, en términos oficiales, ambos países afirmaban tener la misma intención, es decir, que querían tener buenas relaciones mutuas. A decir verdad, esto era mucho más difundido desde la parte chilena que de la norteamericana. Washington, fiel a su política de bajo perfil, era más comedido. Afirmó privada y públicamente que estaba preparado para tener el mismo tipo de relaciones que Chile quisiera tener con Estados Unidos.[71] Allende replicó que Chile quería tener las mejores relaciones con Washington. Lo que hacía en el fondo la administración Nixon era dejar la iniciativa del enfrentamiento a Chile y este rehuía a toda costa un incidente público y notorio. En una declaración a la televisión los primeros días de enero de 1971, Nixon había dicho que lo que "ocurrió en Chile no es cosa que veamos con satisfacción, aunque como ustedes saben, tuvimos especial cuidado en establecer de que esa fue la decisión del pueblo chileno y por lo tanto aceptamos esa decisión y nuestros programas (de ayuda) continuarán (…) mientras la política exterior de Chile no sea antagónica a nuestros intereses".[72]

---

[70] Esta parte está basada principalmente en nuestros libros *Chile y el mundo 1970-1973* y *Mundo y fin de mundo: Chile en la política mundial 1900-2004* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2005). Adicionalmente, debemos agregar nuestros ensayos "¿Peón o actor? Chile en la Guerra Fría", *Estudios Públicos*, 72, primavera 1998, pp. 150-171 y "La persistencia del mito: Chile en el ojo del huracán de la Guerra Fría", *Estudios Públicos*, 92, primavera 2003, pp. 287-312.

[71] Harmer, *Allende's Chile*, pp. 82-83.

[72] *El Siglo*, 6 de enero de 1971.

La Moneda negaba que la expropiación del cobre y en general de las empresas norteamericanas tuviera algo que ver con una hostilidad hacia Estados Unidos. Se trataba, se decía, de un asunto de interés chileno e interno del país. Nadie creía esto por supuesto. La crítica a Estados Unidos y la oposición al carácter mismo de lo que de manera muy abstracta se puede llamar el sistema norteamericano, tanto interno como externo, era una base de su propia existencia y autoimagen. Efectuó eso sí una campaña de relaciones públicas con relativo éxito ante la cual al gobierno norteamericano no le quedaba otra que permanecer en silencio. Incluso en la cúspide de su estrellato internacional, en el discurso ante las Naciones Unidas, Allende puso en la picota al capitalismo y al imperialismo, pero sin nombrar a Estados Unidos. La Casa Blanca no tenía un argumento formal para quejarse. Como la guerra estratégica del proyecto de la Unidad Popular era contra el capitalismo en términos generales y mundiales, Allende no tenía por qué criticar de manera específica a Estados Unidos. Nadie dudaba, sin embargo, que las referencias al "bloqueo invisible" eran un dardo dirigido a Washington. Entre fines de octubre y comienzos de noviembre de 1970, maduró en la Casa Blanca un tipo de política hacia Chile que era marcadamente distinta a la que había llevado a los intentos apresurados y torpes que culminaron con la muerte del general Schneider.

Quizás haciendo caso a un consejo del embajador Korry, aunque también desarrollando un instinto más sofisticado, Henry Kissinger, quien era Consejero de Seguridad pero no Secretario de Estado, centralizó la decisión hacia Chile en su oficina. Se diseñó una estrategia doble. Por una parte, se ayudaría a la oposición en Chile para que pudiera sobrevivir, ya que se partía de la base de que iba a ser cercada. Eran también los mensajes que llegaban desde los chilenos. El apoyo a los medios de prensa sería decisivo. Por otra parte, se iría gradualmente terminando con la ayuda económica a Chile, aunque como se ha señalado esto no fue un proceso inmediato. La base de esta idea está contenida en un documento llamado *National Security Study Memorandum 97*, elaborado en julio de 1970, que fue sometido a la opinión de Nixon, el que lo aprobó. Estas medidas en sí mismas, ¿implicaban un acto muy ilegítimo, claramente alejado de todo espíritu democrático?

Con los años, la primera parte de este programa —el apoyo a una oposición que podría quedar sin recursos— ha llegado a aparecer legítima para las democracias occidentales. De manera menos expresa en Estados Unidos y en Europa, muchos pensaban lo mismo en esa época. La segunda parte —ir deteniendo progresivamente la ayuda a Chile— era inevitable y hasta legítima. No había ninguna obligación de Washington de apoyar un programa que iba deliberada y francamente dirigido contra todo lo que representaba Estados Unidos y de manera directa contra muchos

intereses norteamericanos, atacados de manera frontal —y hasta absurda—, aunque muchas veces dentro del margen de la ley chilena.

Lo que en cambio revela una voluntad, en caso necesario, de llegar a promover la toma de poder por parte de los militares, fue la mantención e incluso aumento del programa de ayuda militar a las fuerzas armadas chilenas. Este último había estado disminuyendo en los años anteriores. No puede tomarse esto sino como un indicio de que se enviaba un mensaje a los chilenos de que se confiaba en ellos, que se les apoyaba. Podemos presumir mucho más, por ejemplo que hubo un constante flujo de apoyo a los uniformados chilenos. Después del golpe, el vicealmirante Patricio Carvajal Prado le aseguraba a un visitante inglés que cuando se había entrevistado con uniformados norteamericanos e ingleses, estos siempre le preguntaban que cuándo se iban a "librar de los marxistas", en el sentido de que debían hacer algo.[73] Si bien los norteamericanos siempre han sostenido que su intención solo era apoyar a la oposición democrática, la impresión que adquiere el investigador es que si bien no les disgustaba una salida democrática, la llegaron a creer poco probable y, en especial, que la Casa Blanca siempre apoyó una toma de poder por parte de los militares. Las expresiones de Nixon de ese día 5 de noviembre de 1970 son muy decidoras acerca del mapa de las relaciones internacionales de América Latina que observaba la Casa Blanca:

> Si Chile se orienta como nosotros creemos que lo hará y fuera capaz de lograrlo —nuestra postura pública es muy importante aquí— le daría vigor a otros que en América Latina están sentados (contemplando desde) la cerca. No pensemos qué puedan decir los países realmente democráticos en América Latina: el juego está en Brasil y en Argentina. Podríamos tener movimientos bajo la superficie que con el tiempo trajeran consigo el mismo asunto.[74]

A sus ojos, los regímenes militares —todavía no se manifestaba por completo la debilidad del argentino— eran actores completamente legítimos del juego interamericano, no menos que en Indonesia o en Egipto, aunque este último todavía no era aliado de Estados Unidos. La Casa Blanca también actuaba movida por dos temores. Uno de ellos no era diferente que el transmitido por muchos chilenos: que en un momento dado se podía consolidar una revolución marxista en Chile. Se apoyaba a la oposición para aventar esa posibilidad. En segundo lugar, y esto había sido señalado

---

[73] De embajada a Foreign Office, 6 de diciembre de 1973. PRO, LAB 13, 2593.

[74] NSC, "NSC Meeting–Chile (NSSM 97)", Memorandum of conversation, November 6, 1970, in CIA, "Chile Collection". Cit. en Kristian Gustafson, *Hostile Intent: U.S. Covert Operations in Chile, 1964-1974* (Washington D.C.: Potomac Books, 2007), p. 144.

por Kissinger el día 16 de septiembre de 1970, el ejemplo chileno podía influir en el ambiente político de América Latina; lo importante no era tanto Chile en sí mismo, sino que la dinámica que podría desencadenar en la región: "Entonces, nos debemos desengañar de que la toma de poder de Allende en Chile no presentará problemas masivos para nosotros y para las fuerzas democráticas y pro norteamericanas en América Latina; en realidad, para todo el hemisferio occidental".[75]

Se ha añadido que en especial Kissinger estaba preocupado por la proyección que pudiera tener en Europa Occidental, especialmente en Francia e Italia, donde el Partido Comunista podía llegar a gobernar en conjunto con otras fuerzas de izquierda y poner en peligro a la OTAN.[76] Como sea, el caso de Chile se juzgaba en el marco general de la Guerra Fría, lo que por cierto era también una de sus caras. Se pensaba que en Chile había demasiada confusión y que había que mandar una señal a los aliados. Esta interpretación internacional del caso particular no era algo puramente surgido de los intereses de Estados Unidos, sino que su formulación exacta tenía mucho que ver con las ideas mismas de Henry Kissinger. Este acompañó a Richard Nixon en la ejecución de un cambio, en algunos sentidos dramático, de la posición de Estados Unidos, aunque sin variar en lo esencial la noción de que el conflicto de la Guerra Fría continuaba, si bien transformado, como en efecto sucedió.[77]

Ello no quita que también Estados Unidos estaba muy consciente de no exacerbar en público la frialdad existente. Esto se hacía de manera expresa para no darle a Allende, según lo veía Washington, una excusa para invocar una agresión norteamericana y acallar a los opositores. El sucesor de Korry, Nathaniel Davis, tuvo la misión de llevar a cabo esta política de evitar la confrontación abierta y defender los intereses norteamericanos. Transmitía al mismo tiempo el estado de ánimo que había en Chile, fundamental para comprender de qué se trataba lo que sucedía.[78] Siempre negó el involucramiento norteamericano en el golpe. Es probable que tanto el traspaso de fondos a los opositores como el mensaje a los militares de que se estaba con ellos en caso de que efectuaran un golpe, haya sido transmitido de manera

[75] De Departamento de Estado a embajada en Santiago, telegrama 154299, 19 de septiembre 1970, National Archives II, Record Group 59, Subject Numeric Files, 1970-1973, Political and Defense, Box 2195.

[76] Harmer, *Allende's Chile*, p. 60.

[77] La bibliografía sobre las ideas de Kissinger es infinita. Un texto muy rico en ideas es el de Jeremi Suri, *Henry Kissinger and the American Century* (Cambridge, Massachusetts: The Belknap Press of Harvard University Press, 2007).

[78] Escribió un libro que solo en parte puede ser descrito como memoria, ya que es una historia general del período bastante valiosa. Davis, *The Last Two Years of Salvador Allende*.

más difusa, ya fuera por personal más especializado de la embajada o por agentes encubiertos. La impresión original que transmite un cable suyo de diciembre de 1971, que en su momento fue filtrado a la prensa, es que los militares chilenos no querían saber nada acerca de lo que sucedía.[79] Si por involucramiento se entiende asumir parte de la organización del golpe, esto nos parece equivocado. Si en cambio por aquel se entiende aliento a la intervención militar, ello podría ser más efectivo, aunque no fuera más determinante que las intervenciones de la Cuba de Castro en Chile.

Allende nombró embajador en Estados Unidos a un antiguo amigo algo más joven, el socialista Orlando Letelier del Solar, quien fuera funcionario de organizaciones internacionales y del Departamento del Cobre. Tenía mucho del funcionario militante y a la vez se movía con destreza en un mundo sofisticado y elegante. En Washington supo acceder al mundo político liberal, logrando modificar algo la imagen de Allende. No logró conmover al sistema ni podía hacerlo; su acción influiría en cambio en los hechos que ocurrirían después del golpe y que culminarían con su asesinato en septiembre de 1976. Conocía bien el ambiente político norteamericano, pero eso no modificaba en nada su visión radical contra el sistema. Participaba por completo de la visión del marxismo, aunque no empleaba un lenguaje doctrinario al momento de entablar sus conversaciones. Parece ser que entreveía que el tema del cobre al final sería un peso para Chile, pero no hay mucha evidencia de que haya querido modificar la posición chilena. Para el viaje de Salvador Allende a su espectacular discurso ante las Naciones Unidas, comentaba con regocijo cómo la prensa norteamericana le había dedicado tantos comentarios, mientras antes había acallado la gira del chileno.[80] En su conjunto, las relaciones directas entre ambos países parecen haber sido más bien un juego de gestos mínimos de cortesía, sin que existiera una comunicación fundamental acerca de lo que los podía unir y de lo que los podía separar. Los objetivos estratégicos de ambas partes eran contradictorios y llenos de propósitos de confrontación, pero esto no podía expresarse en las relaciones directas entre los gobiernos.

## El paradigma original

Existe una gran diferencia entre la posición de Estados Unidos ante Chile y la que asumió la Unión Soviética. Esta última trataba con una posibilidad de erosión

[79] Davis, *The Last Two Years of Salvador Allende*, pp. 61-67.

[80] De embajador a ministro de Relaciones Exteriores, 19 de enero de 1973. ARREE, vol. VII, 1973, oficio confidencial. Parecía ignorar que lo extraño hubiese sido que la prensa cubriera mucho la gira del Presidente de Chile a México y otros países, antes o después del discurso en la ONU.

del campo adversario. No se trataba de su esfera de interés y ni siquiera representaba un problema. En términos geopolíticos —geografía y poder del Estado—, es obvio que el cono sur tenía que estar en una jerarquía muy baja de su preocupación. Esto marcó también la relación con el Chile de Allende. No era todo sin embargo, pues, tras la atención que requerían los partidos comunistas de Italia y de Francia, no existía otro partido comunista en el mundo tan pro soviético y tan leal a Moscú, y que al mismo tiempo ocupara un papel protagónico en su propia escena política, como el caso del chileno. Por su propia legitimidad ideológica, Moscú no podía ser indiferente al destino de la Unidad Popular. No lo había sido, ya que desde la década de 1920 había emanado desde el centro moscovita un financiamiento intermitente y después constante según lo hemos visto. Su sola existencia creaba problemas a Estados Unidos, lo que no podía disgustar a los soviéticos.

Moscú estaba sometido a muchas urgencias. Lo que no veía, enceguecida, la izquierda chilena —y a veces también los anticomunistas— era que se trataba de un país y un sistema fuerte y frágil a la vez, sobre todo mucho menos desarrollado que cualquiera de las economías y sociedades occidentales. Quizás solo era una tercera parte de la economía norteamericana. Nada impedía, sin embargo, que las ilusiones fueran más fuertes que la apreciación de la realidad.

Moscú había aprobado plenamente la estrategia gradualista. Veía también en Chile una suerte de revolución clásica en donde el Partido Comunista estaba a la cabeza de la clase obrera. Tomaba nota con muchísima desconfianza de las tendencias castristas en América Latina y en especial en Chile.[81] Desde fines de los sesenta habían tomado contacto con los socialistas como partido aunque con Allende había intercambio de opinión desde la década de 1950. Allende, no obstante, no les entregaba la misma confianza que los comunistas. Esto en líneas generales no cambió hasta 1973. Otra cosa es que los soviéticos no buscaban una meta exclusivamente revolucionaria, aunque por otra parte veían que su propia sustentación era la fe en que todo tenía que cambiar en el sistema internacional. En resumidas cuentas, no cambiaba para ellos mucho las cosas si Alessandri hubiera ganado en 1970, mientras no afectara la existencia de sus aliados, es decir, los comunistas. Por supuesto, todo indica que estaban felices con el triunfo de la Unidad Popular y, contra la imagen de que ayudó poco al gobierno de Allende, hay que señalar que, de acuerdo a sus

[81] Los dirigentes germano-orientales repetían puntillosamente todo lo que afirmaban los soviéticos, como parte de su propia vocación política. Esto se ve en la apreciación del camino cubano en un informe elevado a la consideración de Walter Ulbricht y Eric Honecker, Informe tras una conversación con Orlando Millas, 2 de junio de 1966. BA, DDR, DY 30 IV/9128/1552, Archivo Ulbricht.

recursos y a la jerarquía de su apoyo internacional, lo que hizo no era poco, aunque estaba muy, pero muy lejos de las expectativas de los chilenos.

Moscú amplió un crédito que había entregado a la administración Frei y que no había sido mayormente ocupado por esta. Hacia 1973 la ayuda crediticia de los estados del bloque soviético alcanzaría unos 170 millones de dólares.[82] El problema era que se trataba de los "créditos atados", que la izquierda chilena siempre había denunciado como parte de las tretas imperialistas para mantener la dependencia de los países subdesarrollados. Con ellos había que comprar productos del bloque soviético, que solo a veces satisfacían las necesidades chilenas. La economía soviética no disponía de muchas divisas y su ayuda solo podía darse a través de este sistema y de algunas donaciones directas, como una fábrica para construir edificios de departamentos según un diseño propio, que se instaló en Quilpué.

Los soviéticos habían designado al Chile de Allende como un país en "camino al socialismo", lo que era un recurso semántico para señalar que no había un compromiso de identificación total como con la Revolución Cubana o con Vietnam del Norte. Esto se debió en parte a que no se quería desafiar a Estados Unidos en un país situado en su esfera de influencia, aunque esto tampoco estaba demasiado claro durante la Guerra Fría. El mismo caso de la Revolución Cubana lo comprobaba. Sobre todo, no se tenía ninguna confianza en el proceso económico chileno, en parte porque la "burguesía" no estaba todavía derrotada. En parte también era porque había una mirada desconfiada acerca de las medidas económicas chilenas, ya que no existía realmente una planificación total de la economía.[83] Cuando Allende viajó a la Unión Soviética en diciembre de 1972 e incluso quiso halagar a los soviéticos refiriéndose a la URSS como "nuestro hermano mayor", no obtuvo lo que se habían imaginado, una ayuda de quizás varios cientos de millones de dólares para revertir la situación en Chile.[84] Consiguió magros

[82] Las informaciones sobre esto son contradictorias. Sumados los créditos otorgados por China, el total obtenido de países socialistas alcanzó 226,3 millones de dólares, de acuerdo a Sergio Bitar, *Transición, socialismo y democracia: la experiencia chilena* (México D.F.: Siglo XXI, 1979), pp. 140-141.

[83] Todo esto está muy completamente tratado en Olga Ulianova, "La Unidad Popular y el golpe militar en Chile: percepciones y análisis soviéticos", *Estudios Públicos*, 79, invierno 2000, pp. 83-171.

[84] En la prensa chilena hubo una discusión sobre si Allende había pronunciado efectivamente estas palabras. El Gobierno lo negó. *El Mercurio*, 7 de enero de 1973, se refirió a la versión rusa del discurso, que sí la contenía. Díez años después Luis Corvalán confirmaría la autenticidad de la expresión a raíz de la muerte de Brezhnev: "La reacción chilena no le perdonó nunca a Allende que en aquella oportunidad llamara a la Unión Soviética 'nuestro hermano mayor'". *El País*, 16 de noviembre de 1982.

20 millones de dólares, después de un duro tira y afloja. ¿Avaricia? Depende desde dónde se mire, ya que una cosa eran los ensueños de los chilenos y otra las verdaderas capacidades soviéticas, bastante limitadas por lo demás.

Los soviéticos veían también, en su propio lenguaje, lo que se podría llamar la "mentalidad de subsidio" de los chilenos, es decir, de que cualquier camino hacia el mayor desarrollo solo se podía realizar con una ayuda externa, en vez del sacrificio interno. Esto no era exclusivo de los marxistas chilenos, sino que algo más amplio de la cultura económica del país.[85] De manera quizás no expresada, los soviéticos tuvieron esa misma intuición, como se ve en un informe de 1972:

> De esta manera, el plan de desarrollo de comercio chileno-soviético propuesto por la parte chilena implica que la Unión Soviética tendría qua aceptar condiciones que jamás se han contemplado en las relaciones de la URSS con los países en vías de desarrollo. Los chilenos esperan que la URSS les suministre anualmente grandes cantidades de productos de primera necesidad, y escasos en la URSS, como trigo, carne, mantequilla, algodón, etc., sobre la base de un crédito a largo plazo. A su vez, se supone que la Unión Soviética tendría que importar productos de los cuales no tiene mayor necesidad y pagarlos de inmediato en moneda firme.[86]

Los soviéticos intentaban hacer de las relaciones económicas un acuerdo comercial; los chilenos, al tenor de lo que dice el mismo informe, querían simplemente una ayuda. Esto reflejaba no solo el anhelo de subsidio, sino que además que el proceso revolucionario chileno no quería imponer ningún sacrificio a las capas de la población que podían apoyarla. Era una revolución del consumo y no de la renuncia, dicho esto por cierto con alguna cuota de exageración. Había una fe ciega en los "excedentes". En el mismo informe, decidor en cuanto a la visión política, se destacaba que, a pesar de que se creía que Allende alcanzaba a llegar hasta 1976, la cuestión del poder, algo decisivo en la visión leninista de las cosas, no estaba resuelta y que por eso Chile no era todavía un país socialista.[87] Es probable que en algunos sectores del gobierno chileno haya habido desilusión, o al menos esta fue una imagen dominante en algunos de ellos. Los soviéticos habrán pensado que la ilusión que previamente tenían era problema de los chilenos.

---

[85] Fermandois, *Mundo y fin de mundo*, pp. 173-198.

[86] "Situación en Chile y perspectivas de colaboración económica soviético-chilena", Informe confidencial N°35, Academia de Ciencias de la URSS, Instituto de América Latina. En "Chile en los archivos de la URSS (1959-1973) (Comité Central del PCUS y del Ministerio de Relaciones Exteriores de la URSS)", *Estudios Públicos*, 72, primavera 1998, pp. 424-440.

[87] "Situación en Chile y perspectivas de colaboración económica soviético-chilena", p. 436.

## El dragón aislado

En la década de 1960 se consumó la división en el "bloque comunista" entre los soviéticos y los chinos. Ya fuera por rivalidad de Estado o de ideología, y ambas razones están en la raíz del conflicto entre la Unión Soviética y China que incluyó una pequeña guerra en marzo de 1969, el conflicto perteneció de lleno al escenario de la Guerra Fría. China estaba en una etapa todavía más pura (y sangrienta) de su utopía revolucionaria. Sin embargo, aunque la Unión Soviética iba perdiendo su prestigio como modelo, se acrecentaba en cambio el respeto que concitaba el Estado soviético, al menos hasta fines de los setenta. De manera correlativa pudo así ejercer más influencia sobre los partidos comunistas del mundo y en los movimientos de guerrilla y/o terrorismo. Contribuyó a esto el que China fue cayendo progresivamente en un aislamiento internacional debido a una política voluntaria en este sentido, exacerbada todavía más por la Revolución Cultural. Cuando tuvo conciencia del peligro, emergió a partir de 1971 la aproximación a Washington. Este gran marco ayuda a entender la diferente percepción del caso chileno en relación a Moscú.

En todo caso, lo que se llamaba maoísmo tuvo una influencia marginal en la izquierda chilena. El radicalismo político en Chile tuvo un modelo más cercano y más comprensible, el castrismo, que ejercía un embrujo insuperable. Y la Cuba de Castro se puso en la estela de Moscú, aunque al comienzo con algunas diferencias. El maoísmo se redujo a algunas figuras de cierto prestigio, como el poeta Pablo de Rokha y el senador que había abjurado del comunismo por esta razón, Jaime Barros. Hubo también uno que otro grupúsculo de esta tendencia. Nada más. Sin embargo, tal como Allende se lo hacía notar a los germano-orientales, la pugna entre Moscú y Pekín desorientaba un poco a los marxistas. Los socialistas y desde luego el mismo Allende —ya hemos visto el caso de Almeyda, para el cual Mao era un paradigma absoluto— admiraban de todas maneras al líder chino y su sistema. Nunca lo condenaron, aunque algunos desde el Gobierno deben haber tenido una desilusión por la falta de entusiasmo del régimen chino por la Unidad Popular. Además, no podían entender la aproximación a Estados Unidos.

Allende reconoció de inmediato al régimen chino, ya que Chile antes tenía relaciones con Taiwán, y esto fue muy celebrado por Pekín, por ser el primer país latinoamericano que lo efectuaba, aunque hubo tempranas señales de que miraban con desconfianza al gobierno chileno, especialmente por la conocida influencia de la Unión Soviética sobre el Partido Comunista de Chile.[88] Se pidió la correspondiente

[88] Enrique Bernstein Carabantes, *Recuerdos de un diplomático. Embajador ante De Gaulle 1965-1970. Volumen III* (Santiago: Andrés Bello, 1987), p. 145.

ayuda a China, la que otorgó un crédito que era de poco uso. Parece que las peticiones deben de haber sido continuas. Sea como fuere, hay una carta de Zhou Enlai a Salvador Allende:

> Deseamos que esta medida pueda significar cierta ayuda para ustedes, ayuda que solo podrá desempeñar, naturalmente, el reducido papel de cubrir una parte de sus necesidades urgentes. Nos habría gustado hacer una contribución relativamente grande a la construcción económica en que está empeñado el pueblo chileno. Pero, como nuestro poder económico es todavía muy limitado y, además, pesan sobre nuestros hombros la obligación de ayudar a los pueblos de Vietnam y toda Indochina en su lucha y otros compromisos internacionales, nos encontramos aún en una situación en que nuestra fuerza está por debajo de nuestra voluntad (…) A fin de vencer estas dificultades, además de ayudarse recíprocamente, lo fundamental para los países en desarrollo es apoyarse en sus propias fuerzas, vale decir, tomar el autosostenimiento como medio principal y la ayuda externa como medio complementario. Es muy peligroso apoyarse demasiado en la ayuda externa, particularmente en los créditos de las grandes potencias, en lugar de basar la economía en los propios esfuerzos del país.
>
> Para desarrollar con autodecisión nuestra economía nacional independiente, los países del Tercer Mundo tenemos que trabajar duro durante largo tiempo, pagar cierto precio y hacer ciertos sacrificios. Confiamos en que nuestros pueblos son todos valientes y laboriosos (…) En una palabra, solo actuando de acuerdo con las condiciones y posibilidades reales y en forma preparada y gradual es como se puede alcanzar paso a paso el objetivo de cambiar la fisonomía de atraso económico y mejorar las condiciones de vida del pueblo. Este es el juicio nuestro que se ha formado con las experiencias vividas en carne propia por China.[89]

Es un mensaje a la vez clarividente y ultrista. Es decir, por una parte intenta que los chilenos tomen conciencia de la realidad material, que la revolución tiene un costo y que el producir también lo tiene. Al Premier chino, en cuanto protagonista de una revolución repleta de sacrificios y de sacrificados, no le debe haber gustado nada este proceso revolucionario chileno que, al menos en una primera etapa, suponía incrementar el consumo, sin poder todavía expropiar toda posesión a los sectores que se le oponían. Esto ha sido una fuente de gratificación inmediata en muchas revoluciones, aunque escasamente lo podía ser en el Chile de Allende. Por otra parte, también es un mensaje archirrevolucionario, ya que pone como paradigma algo que estaba en la izquierda chilena, la cual sin embargo no se hacía cargo de sus consecuencias: alcanzar una autarquía lo más completa posible sin que importase mucho el costo.

---

89 "Carta de Zhou Enlai al Presidente Allende", 3 de febrero de 1973, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973),* T. 6, pp. 4.530-4.531.

## El paradigma inmediato

En este libro Cuba ha sido más que un convidado de piedra. Fue un actor de primera línea en el proceso, mas por esto no debe entenderse que La Habana haya manejado a los políticos chilenos y al proceso en general. La influencia de Castro se debía en primer lugar al prestigio que le fue otorgado desde un primer momento por la izquierda chilena, y que socialistas, miristas y muchos más le entregaron de manera casi incondicional. Vimos que Salvador Allende se había aparecido en La Habana en los primeros días de la revolución. Se transformó en un visitante constante y su estrategia política la discutía de manera permanente con Castro. Guevara pasó a ser uno de los dos personajes más admirados por Allende, junto a Ho Chi Minh, ambos con impulsos de exterminio propios de regímenes totalitarios. Es probable que haya algo de afectación, aunque también había consecuencias políticas. Reforzaba la idea de Cuba como un paradigma final, como meta del proceso revolucionario chileno. A lo menos, los dos países debían caminar a un mismo objetivo.

Castro a su vez, mientras formaba cuadros militares para el combate en Chile, tuvo el gesto de apoyar la estrategia de Allende en 1970. Después mantuvo una política de doble vía. Por un lado apoyó en líneas generales la dirección de Allende dentro de la Unidad Popular y su estrategia de la llamada vía chilena. En algunas ocasiones intervino ante sectores del Partido Socialista y en especial del MIR, que pugnaban por avanzar a una inmediata vía armada. Por otro lado, continuó organizando a grupos paramilitares chilenos, en especial al GAP, al MIR y a muchos socialistas. Salvador Allende estaba consciente de eso y todo indica que lo aprobaba plenamente, aunque esto en Chile fuera una espada de Damocles para todos. En este período se había organizado además un sofisticado sistema de casas de seguridad en Santiago y se entregaron hasta tres mil armas a los chilenos, en parte más avanzadas a las correspondientes que tenían las fuerzas armadas.[90] Todo esto creaba una inercia hacia el enfrentamiento. Como se sabe, esta organización no entró en acción para el día del golpe.

Se verá cómo la larga visita de Castro a Chile terminó siendo un factor que dio nacimiento a la confrontación, al provocar a las fuerzas de oposición. Las relaciones con Cuba llegaron a ser todo un tema en la política interna de Chile; los "bultos cubanos" en 1972 dejaron una estela difícil de borrar. La misma embajada de Cuba, de la que se sospechaba con razón que tenía un papel subversivo en Chile, contraparte

[90] Tanya Harmer lo ha investigado en fuentes cubanas y entrega esta última cifra. Harmer, *Allende's Chile*, pp. 233-ss.

quizás de la norteamericana y de la brasileña, fue motivo de ardua discusión e incluso de manifestaciones por parte de la oposición. Fue fácil acusarla de intervención en el asesinato del comandante Arturo Araya, edecán naval de Allende, en julio de 1973, a pesar de que en los hechos este cayó bajo las balas de un comando de extrema derecha.

Todavía en la mañana del 11 de septiembre llegaron unos miembros de Patria y Libertad a asediar la embajada. Fue el escenario también de la única balacera entre tropas del ejército chileno y del ejército cubano que estaban atrincheradas en la embajada, contra toda norma de derecho internacional.[91] Las armas almacenadas en la embajada y destinadas originalmente a los grupos paramilitares chilenos fueron trasladadas en los días siguientes y finalmente entregadas al MIR, con la ayuda del embajador sueco Harald Edelstam, en un acto de increíble diletantismo revolucionario.[92] En el curso de 1973 Castro, si bien apoyando a Allende, le ponía las cosas difíciles en la medida en que estaba en posición de vetar cualquier salida negociada que implicara sacrificar el proceso revolucionario. La carta de Castro a Salvador Allende, citada en el Capítulo XXVII, es demasiado decidora en este sentido. No sería la última fase de esta extraña historia que involucraría de manera tan íntima a dos países lejanos por muchos motivos y cercanos por tantos otros.

## Paradigma naciente: la República Democrática Alemana y la unidad de la clase obrera

Es otro convidado de piedra de este libro. Los primeros contactos entre la izquierda chilena y el régimen de Berlín Este venían de la década de 1950. Hasta mediados de la década de 1960 la relación era casi exclusiva con el Partido Comunista. Era lógico, ya que Alemania Oriental tenía el régimen marxista más fusionado con los intereses y las orientaciones de Moscú. No era pura imposición, que lo era también. Había surgido según el mito de que era la Alemania antifascista más consecuente, ya que al eliminar al capitalismo impedía todo desarrollo fascista. En realidad, el rostro del país era el de una sociedad archimilitarizada. Padecía bajo la sombra de la exitosa y universalmente reconocida República Federal de Alemania, que se había puesto como principio lograr la reunificación alemana. Por ello no reconocía a ningún gobierno que tuviera relaciones con Berlín Este, con el motivo, correcto en lo formal, de que se trataba de un régimen impuesto y artificial. La visión internacional de Alemania

[91] Max Marambio, *Las armas de ayer* (Santiago: Random House Mondadori, 2008), pp. 109-119.
[92] Camacho, "Los asilados de las Embajadas de Europa Occidental en Chile", p. 31.

Oriental (o República Democrática Alemana), extremadamente ideológica, estaba también en parte modificada por el deseo algo incondicional de ser reconocida más allá del bloque soviético.[93]

El segundo mito era que su fundación estuvo precedida por la fusión de los dos representantes de la clase obrera, comunistas y socialistas. Por cierto esta fue forzada. Como sin embargo incluso los sistemas más despóticos requieren de alguna "mentira vital", era muy importante para estos alemanes mostrar que el Partido Socialista Unificado (SED en alemán) procedía de esta raíz. Además, la ficción tuvo un paso más delirante, el aceptar que también existían en la Cámara del Pueblo partidos "pequeño burgueses", uno de ellos democratacristiano. Más adelante querían convencer a sectores de la Democracia Cristiana chilena de que trataran con ellos, cuando su existencia llegó a consistir al final en personas designadas para el cargo.

Pues bien, ¿en qué otra parte del mundo existían estos dos partidos de la clase obrera que eran marxistas-leninistas? Fue una maravilla para ellos encontrarlos en Chile, y en este país los socialistas estaban felices de haber sido incluidos en esa categoría. Carlos Altamirano les aseguraba lo mismo.[94] El SED ayudó, para el nivel de sus recursos, generosamente a comunistas y socialistas, en becas, en envíos de material, invitaciones a pasar vacaciones en Alemania Oriental y quizás en la formación militar de algunos miembros de los partidos socialista y comunista. Por el rescate de Altamirano después del golpe, da la impresión de que la inteligencia germano-oriental estaba muy instalada en Chile. También hubo bastante ayuda para las elecciones de 1970. Se les había vendido maquinaria para la Imprenta Horizonte a un precio muy rebajado, logrado en realidad por la capacidad negociadora de Corvalán. Los chilenos pedían y pedían más ayuda.

Además de su misión ideológica internacional, Berlín Este tenía la otra parte de su agenda, que Chile estableciera relaciones diplomáticas con Alemania Oriental. La gente del SED lo consideraba como una condición de la ayuda, aunque no lo decían de esta manera. Incluso no les hubiera molestado que el gobierno de Frei lo hubiera hecho, que no lo pensaba hacer por ningún motivo. Era una razón más para seguir apoyando a la izquierda, aunque algunas veces se cansaban de tanta petición. Los miraban como algo pedigüeños. Como hemos dicho antes, en uno de los escasos

[93] Joachim Scholtyseck, *Die Aussenpolitik der DDR* (Munich: R. Oldenbourg Verlag, 2003).

[94] Anotación sobre reunión con Carlos Altamirano y otros, 13 de octubre de 1969, BA, DDR, DY/30, Signatur 724, pp. 145-ss. Más explícito en 1972, se decía que el Partido Socialista de Chile es el único del mundo capitalista que es marxista-leninista. Conversación de Paul Verner con Carlos Altamirano, 4 de enero de 1971. BA, DDR, DY 41 82 1332.

rasgos de independencia intelectual de los chilenos, no manifestaban el mismo entusiasmo por condenar a Alemania Occidental como lo hacía Berlín Este. El régimen del SED recibió alborozado el triunfo de Allende, para luego pasar a la inquietud y después a una relativa molestia por la demora en establecer relaciones diplomáticas. Se acude hasta al argumento moral.[95] En realidad, el gobierno de Allende no quería antagonizar de manera muy brusca a Bonn. Creía que con haber reconocido rápidamente a Cuba había cumplido con una primera etapa; después vendrían los otros reconocimientos, lo que no le parecía nada de bien a los germano-orientales.

El 22 de abril de 1971 Chile reconoció oficialmente a la República Democrática Alemana. Bonn protestó, pero al final no tomó ninguna medida de castigo. De hecho, las dos Alemanias estaban en negociaciones y esto facilitó las cosas para Chile. Cuando después del reconocimiento Almeyda visitó a Walter Ulbricht, tras darle una visión optimista de lo que sucedía en Chile y como siempre pedir ayuda, el alemán le dio toda una clase acerca de lo que era Alemania Oriental. Cuando Almeyda conversó con el primer ministro Willi Stoph le dijo que Bonn nunca amenazó a Chile. Es el único disenso que hemos podido encontrar en las fuentes. No sin existir una ironía quizás inconsciente, Almeyda justificaba el deseo de Chile de mantener relaciones comerciales con Europa Occidental. Por esto es que se había enviado una delegación financiera a Alemania Occidental. Almeyda pedía que por favor se entendiera que no lo podían declarar públicamente y que por ello se había demorado el establecimiento de relaciones. Al final, justificaba la mantención de los lazos económicos con Occidente, ya que así “le ahorramos a los países socialistas de manera indirecta una ayuda (a Chile) en este problema”.[96] Es como si Almeyda dijera que sin ese comercio “les pediríamos todavía más”.

Alemania Oriental siguió con mucha atención el proceso chileno, como si fuera un asunto propio. Las relaciones con Chile se condujeron sobre la misma base que con todos los países marxistas, esto es, poniendo el acento en las relaciones partido-partido. Los análisis ideológicos que llegaban al Politburó del SED son bastante largos y eran tomados con seriedad, sobre todo en lo que decía relación con los conflictos ideológicos dentro de la coalición gobernante. Había una confianza total en los comunistas; algo menor, pero grande de todas maneras, en Salvador Allende, y todavía menor en los socialistas; al MIR lo consideraban casi un enemigo y por ello lo acusaban siempre de ser “pequeño burgués”.

[95] Informe de Harry Spindler, 10 de octubre de 1970. BA, DDR, DY/30, Signatur 724, p. 205.

[96] Protocolo de conversación de Clodomiro Almeyda con Walter Ulbricht, 9 de junio de 1971; y con Willi Stoph, 11 de junio de 1971. BA, DDR, DY/30 IV A 2/20, 729, 51, M 2 13, 78.

La representación diplomática en Santiago, a cargo de Harry Spindler casi hasta el final, siguió lo que parece haber sido un ruego chileno de no entrar en conflicto con la embajada de Alemania Federal, como era usual hacerlo cuando en una capital coincidían las dos embajadas. Al igual que en el caso soviético, hubo un intento sostenido por acercarse a las fuerzas armadas chilenas. En particular consideraron como un éxito la visita del Comandante en Jefe de la FACH, general César Ruiz Danyau. Poco saldría de esto, aunque demostraba una política sistemática por tener presencia en Chile. Dentro de sus fuerzas, el régimen de Berlín Este otorgó una ayuda considerable a Chile. Sin embargo, al igual que en el caso soviético, esta se expresaba en el apoyo a los partidos, en el envío de decenas de técnicos, especialmente para asesorar en materias económicas (lo mismo que los soviéticos, informaban que había escasa dirección planificada). En 1973, una parte de la población de Alemania Oriental trabajó la mañana de un día sábado gratis para enviar ayuda alimentaria a Chile, hasta completar el cargamento de un barco considerable. De alguna manera, el Chile de Allende fue apadrinado por la República Democrática Alemana. La preocupación de sus dirigentes estaba enfocada, preferentemente, en la situación estratégica al interior de la política chilena y en la forma en que los partidos de la coalición gobernante encaraban ideológicamente las alternativas del proceso. Esto hace de los documentos del Comité Central del SED una rica fuente para estudiar con alguna intimidad la mente política de los dirigentes de la izquierda chilena.[97]



[97] Inga Emmerling, *Die DDR und Chile. Aussenpolitik, Ausenhandel und Solidarität (1960-1989)* (Berlín: Ch. Links Verlag, 2013).

## Capítulo XVII
# Formación de la polaridad hostil

### Un invierno terremoteado

En los meses que siguieron a las elecciones municipales se dio una dinámica algo contradictoria, pero que no modificó el sentido de avance estratégico del proyecto de la Unidad Popular. Después del Mensaje de Allende del 21 de mayo, la atención se concentró en el proyecto de nacionalización de la Gran Minería del Cobre que requirió de una reforma constitucional. Este tema lo hemos explicado en otra parte (Capítulo XVI). Aquí hay que destacar que fue presentado como una de las grandes metas de la Unidad Popular y todavía décadas después es considerado como un logro. De lo que no cabe duda es que los que acometieron esta empresa de nacionalización creían fervientemente que era parte de una "independencia" real del país —a veces denominada "segunda independencia"— que como experiencia retórica ha tenido analogías antes y después con los acontecimientos que aquí relatamos.

Para Allende y la Unidad Popular este proyecto representaba a una mayoría y tuvo la particularidad, en relación al resto del desempeño del Gobierno, de que se alcanzó por medio de un acuerdo con la oposición. En realidad, salvo algunos pocos economistas y empresarios, pocos o nadie en Chile estaban en desacuerdo con la idea de la nacionalización. Es probable que a muchos en la derecha no les haya gustado, esgrimiendo razones nada de equivocadas. En todo caso, la derecha había sido decisiva en despejar el camino político a la primera fase de la nacionalización bajo Eduardo Frei Montalva. Ni siquiera la Democracia Cristiana se atrevía a protestar, aunque evidentemente el proyecto, el espíritu y las explicaciones que la acompañaban expresaban una condena sin paliativos a todas las políticas anteriores, en primer lugar a las del propio Frei. Nuestra tesis es que la oposición no quiso poner obstáculos a un proyecto que tenía amplio apoyo en el país. Le pasaron a Allende el problema de lidiar con el no pago de la propiedad nacionalizada.

El punto interesante en el contexto político es que Allende aceptó negociar con la mayoría del Congreso una reforma constitucional dirigida al tema del cobre, reforma que no fuera orientada a permitir un amplio programa de nacionalizaciones y expropiaciones de manera indiscriminada. Como lo hemos dicho, esto se debió a que quería mostrar un frente unido ante lo que sería en su previsión una inevitable respuesta agresiva del imperialismo norteamericano. Hemos explicado que Allende sí quería realmente tener más armas para emprender una política expropiatoria mayor. Quizás desperdició una oportunidad. Una reforma constitucional enfocada al tema del cobre que, por ejemplo, implicara una drástica transformación del derecho de propiedad, rechazada por el Congreso, hubiera podido ser ganada a través de un plebiscito, al ser este colocado en el horizonte comunicacional de la "segunda independencia". Esto es naturalmente una hipótesis contrafactual y no podemos especular mucho más allá. Después de las ceremonias de nacionalización, con toda la parafernalia del caso, el cobre iría lentamente dejando de tener protagonismo en la política interna chilena.

Entretanto, se desencadenaban hechos políticos con una rapidez inesperada, que fue la sensación por lo demás con la que muchos chilenos miraron estos tres años, en especial si no se participaba de alguna simpatía por la Unidad Popular. El 8 de junio de 1971, un comando de un grupúsculo de izquierda, Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP), detuvo el auto del ex ministro del Interior Edmundo Pérez Zujovic. Uno de sus miembros, Ronald Rivera Calderón, se acercó a identificarlo y acto seguido con una metralleta le hizo una descarga cerrada. Edmundo Pérez Zujovic, al parecer, falleció instantáneamente. No fue resultado de la precipitación como en el caso del general Schneider, sino que era un asesinato premeditado. No disparó sobre la hija que estaba al lado, cuyo testimonio fue, según sabemos, decisivo para identificar al culpable. Todo indica que Investigaciones, dirigida por Eduardo "Coco" Paredes, un hombre duro del socialismo con formación en seguridad en Cuba o en Alemania Oriental, tenía conciencia de las andanzas de este pequeño grupo. Uno de los asesinos, Arturo Rivera Calderón, era uno de aquellos amnistiados por Salvador Allende en diciembre anterior, a quienes había llamado "jóvenes idealistas". Esto le sería sacado en cara por la prensa de oposición hasta el fin de sus días.[1]

El Gobierno se lanzó a una persecución completa del grupo, el que terminó arrinconado en un garaje en Santiago, siendo muertos casi todos sus integrantes por la Policía de Investigaciones, dirigida en el lugar de los hechos por el mismo Paredes. En el último momento cayó Rivera Calderón y su hermano Arturo se habría

[1] *La Prensa*, 20 de junio de 1971.

suicidado.[2] Esto dio pie a los rumores de siempre, ya sea que el VOP era un brazo armado secreto de la Unidad Popular o que todo había sido parte de una infiltración de la CIA para provocar una polarización. Estas conjeturas no tienen más base que la teoría de que el que primero que disparó contra Schneider era un agente del MIR.

De lo que no cabe duda es de la conmoción instantánea que ocasionó. Ocho meses después del atentado a Schneider, el asesinato de Pérez Zujovic parecía confirmar que el país estaba en un camino irreversible hacia la confrontación. Aparecía una nueva violencia política. En especial, se ha dicho que esto tuvo una influencia decisiva para la Democracia Cristiana, al crearse en ella una belicosidad sin compromisos hacia Allende y su gobierno.[3] Pérez Zujovic había sido resistido en muchos sectores del partido, en especial porque era el blanco preferido de la izquierda. Esta efectuó una campaña de prensa que llegó a parecerse a un "asesinato de imagen" antes de que este concepto se hiciera más común. De manera que cuando este grupúsculo quiso hacerse notar, tenía una víctima señalada.[4] Para colmo, un sobreviviente de esta organización, en una acción suicida, intentó asaltar el cuartel de la Brigada de Homicidios de Investigaciones matando a tres policías y en un acto también inusitado en Chile hizo estallar una bomba que tenía adherida en el cuerpo.[5]

Eduardo Frei, quien se encontraba en Bruselas en esos momentos, pidió de inmediato la "disolución de todos los grupos armados".[6] Era un tema en esos años,

---

[2] *El Mercurio*, 13 de junio de 1971.

[3] Patricio Dooner, *Crónica de una democracia cansada: el Partido Demócrata Cristiano durante el Gobierno de Allende* (Santiago: Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1985), pp. 41-43; José Musalem, *Mi vida entre líneas: memorias* (Santiago: Cadaqués, 2012), pp. 153-156. Pocas semanas después del asesinato de Pérez Zujovic, la Democracia Cristiana publicó un breve opúsculo en su honor. *Todo un hombre: perfil y rasgos de Edmundo Pérez Zujovic* (Santiago: s.d., 1971).

[4] En un discurso en homenaje a Pérez Zujovic algunas semanas después de su muerte, Eduardo Frei decía: "(Luego de los sucesos de Puerto Montt en 1969) comenzó la campaña. Cada día. Para desfigurar sus rostros, para hacerlo odioso, para quebrar al Gobierno, para dar la oportunidad de derrocar la ley y la autoridad legítimamente elegida por el pueblo que actuaba dentro de la ley porque jamás hubo la acusación de que el ministro hubiera atropellado el mandato de la Constitución o de nuestras instituciones jurídicas (…) Sin embargo, la mentira sistemática, la calumnia como instrumento, la grosería sin límites que son el rasgo habitual con que hoy día algunos hacen el negocio de la publicidad y esos, esos son los responsables morales de lo que ocurre. Son ellos los que con su dedo van marcando las víctimas y quedan en la impunidad para que después unos perturbados sean los que disparen el gatillo y produzcan el crimen y la tragedia". Oscar Pinochet de la Barra (selección y prólogo), *Eduardo Frei Montalva, 1911-1982: Obras escogidas, 1931-1982* (Santiago: Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar), pp. 414-415.

[5] *El Mercurio*, 17 de junio de 1971.

[6] *El Mercurio*, 17 de junio de 1971.

pero sus expresiones parecían referirse específicamente a la extrema izquierda tolerada por el Gobierno. Un resultado inmediato fue la caída de la mesa de la Cámara encabezada por Jorge Ibáñez Vergara, un radical que después pasaría al PIR.[7] La Democracia Cristiana obtuvo el apoyo de la derecha para llevar a uno de sus hombres, Fernando Sanhueza Herbage, lo que era un indicio de un agrupamiento de fuerzas. Todo esto se dio en medio de un clima emocional muy cargado. El partido, aunque no unánime entre sus dirigentes, sí estaba muy conmocionado en su base y era entonces capaz de cierta movilización, aunque no muy combativa. Para el público en general en esos días había un sentimiento de tragedia y de cambio. Nuevamente hubo toque de queda en Santiago y hasta patrullas militares aparecían en las calles. El jefe de zona de estado de emergencia, el general Augusto Pinochet, se apresuró a asegurar: "No emplearé jamás al Ejército en labores que no sean netamente profesionales".[8]

Lo mismo que en la Cámara, existió al menos un acuerdo tácito entre el Partido Nacional y la Democracia Cristiana para enfrentar una elección complementaria en julio en la provincia de Valparaíso. Había fallecido la diputada Graciela Lacoste Navarro, perteneciente a este último partido.[9] Las elecciones complementarias, tal como el "Naranjazo" en 1964, eran frecuentes en Chile y servían para tomar el pulso. Ahora la situación parecía más dramática. La Unidad Popular escogió a Hernán del Canto Riquelme, secretario general de la CUT y hombre del ala dura de Altamirano. Afirmaba que ganaría incluso en Viña del Mar, el "riñón de la oligarquía". La Democracia Cristiana seleccionó al doctor Oscar Marín Socías, que antes había sido radical, lo que creó alguna crítica al interior del partido. Los líderes en Santiago incluso pensaban que se podía perder en una elección que se veía reñida y complicada en un momento en el que la Unidad Popular llevaba la delantera, aunque en la provincia las dos fuerzas habían estado virtualmente empatadas en abril. El Partido Nacional apoyó a Marín, excusándose con que no era un apoyo al partido sino que una coincidencia en la persona.[10]

A un ambiente tenso le acompañó la noche del 8 al 9 de julio un terremoto bastante fuerte, casi como el de 1965, diez días antes de las elecciones, el 18 de julio siguiente. Hubo más de medio centenar de fallecidos y bastantes daños, aunque no fue tan catastrófico como otros anteriores o posteriores. El ambiente que se desarrolló y las acciones comprensibles de las autoridades de Gobierno se confundían

[7] *El Mercurio*, 16 de junio de 1971.
[8] *El Mercurio*, 12 de junio de 1971.
[9] *El Mercurio*, 8 de junio de 1971.
[10] *La Tercera*, 23 de junio de 1971.

con las de "intervención electoral".[11] En la tarde del día 18, las noticias parecían dar el triunfo al agresivo Hernán del Canto, pero el resultado final dio como ganador al candidato de oposición. Allende habló por televisión y pidió a sus partidarios respeto al derecho a manifestar su alegría a la Democracia Cristiana.[12] Oscar Marín triunfó con el 50,16% de los votos contra el 48,51% obtenido por Del Canto.[13] Eduardo Frei publicó entonces una declaración de firmes felicitaciones a Oscar Marín.[14] El acuerdo de la oposición parecía estar dando resultados.

## Fracturas en socios secundarios pero con significado

Desde el 4 de septiembre de 1970, la elección de Valparaíso fue la primera victoria de la oposición e incluso hubo un milimétrico avance de sus votos en relación a las elecciones municipales. Pero no era una base muy fuerte y sí se podía mirar como triunfo pírrico si alguien pensaba que servía para jugarse el todo por el todo. No cabía duda, sin embargo, de que, en la medida en que los dos bloques representaban votos de convicción o al menos de un sentimiento íntimo, había dos pueblos en Chile. Quizás todavía en este momento era más cierto para la Unidad Popular, cuya inmensa mayoría —si miramos al votante de la calle— podía ser considerada como de izquierda marxista, a pesar de que, como siempre, solo una pequeña minoría podía dar cuenta de lo que ello significaba. En la oposición, la coalición todavía era frágil y la Democracia Cristiana no estaba segura de si unirse al Partido Nacional o no. Por lo demás, algunas de las voces de ese partido se oponían con toda energía a hacer causa común con la derecha. Aquí también se podría adelantar la tesis de que el votante democratacristiano se iba inclinando más y más hacia un estado de ánimo de oposición. También que no se olvide que el "estar con los cambios" era una especie de deber moral para la Democracia Cristiana; era todavía el mandato del día en la mente colectiva, algo de lo que ni siquiera la derecha podía substraerse del todo. La justificación de por qué la derecha votó por la nacionalización del cobre en parte surge de esta venia al espíritu del tiempo; algunos cambios constitucionales insinuados por la candidatura de Alessandri se recubrían de esta justificación. La orientación hacia un cambio así descrito fue importante todavía hasta la mitad del período de la Unidad Popular.

---

[11] *La Prensa*, 18 de julio de 1971.

[12] *La Prensa*, 19 de julio de 1971.

[13] *El Mercurio*, 19 de julio de 1971.

[14] *El Mercurio*, 19 de julio de 1971.

El desarrollo de los acontecimientos, y más bien habría que decir de una especie de transformación cotidiana de una realidad que parecía normal a otra que dejaba de serlo día a día, no dejó intacto el panorama político. La primera réplica a lo que ahora parecía un sismo permanente de baja intensidad, pero que amenazaba con ser irreversible, fue una nueva crisis en la Democracia Cristiana. Un ex diputado de sus filas, Bosco Parra Alderete, propuso una declaración del partido para que prohibiera todo tipo de alianza con la derecha.[15] Al ser rechazada, porque ataba de manos al partido y de alguna manera implicaba traspasarle una mayoría automática al gobierno de la Unidad Popular, anunció su retiro de la colectividad.[16]

Tras esto había un malestar en un sector de la izquierda de la Democracia Cristiana que quería participar en el "proceso de cambios", lo que creaba un remolino cuya fuerza centrífuga no era fácil resistir y que estimaba que el MAPU se estaba radicalizando demasiado como para irse a él. Además de Bosco Parra, ocho parlamentarios, entre ellos Luis Maira y Pedro Felipe Ramírez Ceballos, anunciaron una nueva tienda política. A ellos se les unieron Luis Badilla, presidente de la juventud democratacristiana, y varios de los suyos. Fue una nueva sangría de *intelligentzia* del partido. Al mismo tiempo, algunas figuras del MAPU, entre ellas Rafael Agustín Gumucio, Jacques Chonchol, Alberto Jerez y Julio Silva Solar, renunciaron al partido y se unieron a este grupo, que a partir de ahora se llamó Izquierda Cristiana.[17] Llama la atención la presencia de Chonchol. Es posible que al interior del MAPU la tendencia hacia la configuración de un partido abiertamente marxista iba acompañada de una fiera e intolerante lucha de poder, y que los que salieron del partido no tomaran todo lo del marxismo con seriedad catedrática.[18]

La pretensión originadora de la Izquierda Cristiana había sido simplemente ser esto, una izquierda cristiana. Por una extraña fatalidad propia de la época, muy luego comenzaron también a asumir un lenguaje marxista casi indistinguible del resto del conglomerado de la Unidad Popular. El presidente de la juventud, Luis Badilla, decía que para "todos nosotros llegó la hora de estar o no con la revolución socialista. Llegó la hora de definirnos como cristianos si estamos con la burguesía o con el proletariado (…) Hemos madurado para incorporarnos al proceso socialista

[15] *El Mercurio*, 26 de julio de 1971.

[16] *El Siglo*, 29 de julio de 1971.

[17] *El Mercurio*, 7 de agosto de 1971.

[18] Es la idea que transmite Cristina Moyano, *MAPU o la seducción del poder y de la juventud. Los años fundacionales del partido-mito de nuestra transición (1969-1973)* (Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2009), pp. 151-159.

en marcha y desde dentro ejercer la crítica honesta, leal y sobre todo constructiva".[19] Las palabras exhalan un profundo deseo y hasta ebriedad por no dejar pasar el carro de la Historia, de haber hallado lo que desde hace tanto tiempo se buscaba.

El Partido Demócrata Cristiano había ganado un diputado en la elección de Valparaíso y perdido ocho con la nueva secesión. A cambio de ello sería la última hasta el 11 de septiembre de 1973, aunque no le fue un hecho agradable. Con todo, Eduardo Frei les diría a sus amigos alemanes, algunos meses después, que ahora tenía un partido unificado que haría una verdadera oposición al gobierno de la UP y a su programa de búsqueda del poder total. Aunque restaba una decantación, lo esencial ya se había producido. El día 5 de agosto la Democracia Cristiana efectuó lo que llamó un "acto de lealtad" y se reavivaron los sentimientos de un partido cuya alma ideológica aún palpitaba.[20]

Para el caso, es interesante una declaración de Bernardo Leighton: "Si el día de mañana (…) llegara una hecatombe constitucional a este país, nos iremos con la Derecha y el Diablo para defender la democracia".[21] Leighton representaría a partir de ahora lo que se podría llamar un ala de izquierda de la Democracia Cristiana, si bien en un contexto de oposición. Por ello sus palabras adquieren un relieve especial. Es que también representan otra forma de los sentimientos de esos días. Si un país vibraba con los cambios, había otro país que iba adquiriendo poco a poco coherencia en torno al temor de lo que significaban y hacia dónde se dirigían, esto dicho con un dejo de escepticismo y temor. A este sentimiento confuso, como no puede ser menos cuando es reactivo ante un proceso seguro de sí mismo como el que representó el marxismo, se lo comenzó a bautizar de una manera más positiva como "defensa de la democracia". Sería el principal caballo de batalla de la oposición, aunque dentro de esta no todos le daban la misma interpretación.

Los cambios no se quedaron allí. En los mismos primeros días de agosto, cuando terminó de precipitarse la creación de la Izquierda Cristiana, se realizaba la XXV Convención del Partido Radical. En vez de explayarse en una interpretación moderada o "pequeño burguesa" de su papel dentro de la Unidad Popular, que era quizás lo que el mismo Allende esperaba que hicieran, profundizaron en el lenguaje marxista. Incluso su juventud ya había pasado a llamarse Juventud Radical Revolucionaria, con una verba que era una mezcla y mezcolanza de socialistas, comunistas y MIR. El presidente del partido, Carlos Morales Abarzúa, en la lectura del voto propuesto afirmaba:

---

[19] Cit. en Luis Corvalán Marquéz, *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre. Contribución al estudio del contexto histórico* (Santiago: Editorial Universidad Bolivariana, 2004; original, 2000), p. 113.

[20] *El Mercurio*, 6 de agosto de 1971.

[21] *La Prensa*, 6 de agosto de 1971.

> Somos un partido político (…) al servicio de intereses de clase y concretamente, la nuestra que es la de los trabajadores, y ello nos conduce a ser parte integrante del proceso denominado lucha de clases, vital en el combate que lleva a la emancipación de los trabajadores de la esclavitud a la que el capitalismo lo ha sometido (…) Porque somos socialistas es que aceptamos entre otros el materialismo histórico y la lucha de clases como interpretación de la realidad. De esas concepciones recogemos los elementos realmente científicos, en su esencia, aceptando el análisis de la historia y de las sociedades y su desarrollo de acuerdo a las condiciones materiales que han generado sus rasgos fundamentales.[22]

Nunca en los más de 100 años de historia del partido —ni siquiera en la Convención de 1906, tan invocada porque aparecía la palabra "socialismo", ni en los días del Frente Popular en 1938— había aparecido algo que tan claramente condujera a una visión marxista de las cosas, para no hablar de la acción concreta del partido. Nos detenemos en esto porque mostró una última fase del proceso de autodestrucción de esta tienda centenaria. Sobre todo era esta auténtica conversión la que lo hacía tan representativo de esa parte de los chilenos que se identificaron con la Unidad Popular en esos momentos. Era un Camino de Damasco que franqueó una gran cantidad de chilenos y chilenas de todas las posiciones, entusiasmados o cayendo de hinojos ante el grito del momento.

Como sucedía en el mismo Chile, otros empezaron a tomar el camino a la inversa. Esto hizo aflorar una fractura que ya existía. Un grupo de líderes radicales más o menos importantes, Luis Bossay Leiva, Alberto Baltra y otros más, formarían una nueva agrupación, el Partido de Izquierda Radical (PIR), al que Allende le entregaría dos puestos en el gabinete en enero de 1972.[23] La Izquierda Cristiana ganó un puesto con el ministro de Agricultura Jacques Chonchol. Parece que Allende musitó, ante el caso de esta última, que no quería más partidos marxistas. Y en ese sentido la Izquierda Cristiana le podría dar ese testimonio del "negrito de Harvard". Como hemos dicho, el nuevo partido, manteniendo al revés del MAPU alguna huella de un lenguaje cristiano, sería también indistinguible de una agrupación marxista. El espíritu del tiempo guarda en sí mismo más de una morada. El PIR también fue evolucionando, pero hacia otra estrella, la de la "defensa de la democracia", como reacción ante la Unidad Popular.[24]

---

22 *La Nación*, 1 de agosto de 1971.

23 Nathaniel Davis, *The Last Two Years of Salvador Allende* (Ithaca, New York: Cornell University Press, 1985), p. 57.

24 Partido de Izquierda Radical, *Definición del socialismo democrático* (Santiago: folleto, s.d.); *Trayectoria política del PIR* (Santiago: folleto, 1972).

## La fuerza de los extremos

Desde fines de los 1960, el paisaje político chileno estaba poblado por grupos movilizados con la mística de las armas y de la inminencia de un combate heroico; tenían eco en una parte de la juventud y un cierto grado de simpatía en algunos de los polos políticos. Los principales de ellos eran el MIR y Patria y Libertad. Hay que poner énfasis, eso sí, en que pensar que estas eran *las* fuerzas extremistas en el panorama chileno de comienzos de los 1970 sería distorsionar los hechos. La historia que aquí relatamos culmina en una confrontación en la cual se borraron las fronteras entre lo extremista y lo no extremista. Y, ¿qué es lo que es ser extremista? Se podría definir como una actitud política que destaca el uso real o potencial de la violencia para efectuar un cambio drástico en la estructura legal y política de la sociedad. En el ser extremista hay un elemento de tiempo. El extremista está urgido porque cree que se le escapa la oportunidad o siente que es culpable de negligencia criminal por tolerar por más tiempo el estado inmoral de las cosas.

Ya se ha hablado del MIR. Su nacimiento, preparación y puesta en acción quería replicar de manera casi mimética a la guerrilla de Fidel Castro y a otras que habían surgido en su estela y que seguirían aflorando en América Latina. Eran hombres de acción, muchos de ellos con formación militar en Cuba y que se entrenaban constantemente "en seco" o al menos así es lo que se ha asegurado después, aunque cabrían dudas. Efectuaron algunas operaciones armadas, risibles en comparación con lo que es una guerrilla de verdad, aunque hay que decir que todas estas comenzaron de la misma manera. Su dinámica, sin embargo, los conducía inevitablemente a la acción y a una cierta exaltación del acto violento.

No era pura acción como en el caso de ciertos tipos de movimientos fascistas, en donde expresamente la palabra queda subordinada a la acción.[25] Dejarlo en esto es impensable dentro de la tradición de la izquierda marxista. Aquí hay una palabra que se expresa en una multitud de obras, que tiene sus propios textos sagrados bastante largos, densos a veces y repetitivos casi siempre, que no pueden ser obviados en la acción. También aquí surge la pregunta de ¿qué es primero, la palabra o la acción? Repetimos esto que hemos tocado en otra parte, porque incluso esta juventud entregada obsesiva y abnegadamente a la Revolución —entendida como una refundación de la historia humana— no prescindía de discutir y justificar sus acciones en base a largos documentos de 20, 30, 50 o más páginas, escritos prolíficamente. Es de preguntarse

[25] Esto es relativo, ya que hacer un culto a la violencia tiene toda su tradición cultural y podría reflejar también una ideología compleja, aunque parca en palabras.

en qué momento lo hacían, sobre todo a partir del triunfo de Allende en septiembre de 1970 cuando comienzan a jugar un papel no menor en la escena política.

Este tema replantea un problema epistemológico que nos transporta a lo largo de este libro y que es cuán en serio podemos tomar esta copiosa palabra como parte de un movimiento real de la historia, se entiende en este caso de la Unidad Popular. A pesar de que estamos con casi un prototipo de "hombres de acción" (y no pocas mujeres), su documentación desde el primer día hasta el último transpira una realidad demasiado concreta del marxismo en el siglo XX, si lo miramos como fenómeno político: la manera rápida en que todo este lenguaje se transforma en escolástica y en escolasticismo, quizás la maldición de todo lenguaje político que sea copioso. Aunque un paso detrás de los comunistas en este sentido, el mismo fenómeno se detecta en sus dirigentes, como Luciano Cruz Aguayo —quien se suicidó por motivos poco claros en 1971—, Miguel Enríquez Espinoza y Bautista van Schouwen Vasey.[26]

El MIR cumplió con la guía de Fidel Castro y detuvo las acciones armadas el año 1970, quizás seguro de que la derrota electoral les daría después a ellos un protagonismo inédito. En los dos meses de espera entre el 4 de septiembre y el 3 de noviembre, el MIR mantuvo la misma actitud y además participó con su conocimiento de inteligencia para informar sobre conspiraciones antimarxistas, en especial las relacionadas con las fuerzas armadas.[27] En los primeros días del Gobierno descargó todo el peso de su política en algo que había efectuado antes por cuentagotas:

---

[26] Luciano Cruz estudió en el Liceo Alemán de Santiago, como Carlos Altamirano y Clodomiro Almeyda, y en el Liceo 1 de Hombres de Concepción. Militó en las Juventudes Comunistas, de las que fue expulsado a finales de 1963. Estudió medicina en la Universidad de Concepción, donde entabló relación con los otros líderes fundadores del MIR. Enríquez y Van Schouwen también realizaron su enseñanza secundaria en el Liceo 1 de Hombres de Concepción y estudiaron medicina en la Universidad de Concepción. Ambos fueron miembros de la Juventud Socialista hasta 1964. Antecedentes biográficos de estos líderes en José Carrasco Tapia, "Luciano Cruz: su vida y su ejemplo", *Punto Final*, 31 de agosto de 1971; Nancy Guzmán, *Un grito desde el silencio: detención, asesinato y desaparición de Bautista van Schouwen y Patricio Munita* (Santiago: LOM, 1998); Daniel Avendaño, *El rebelde de la burguesía: la historia de Miguel Enríquez* (Santiago: CESOC, 2001). Existen algunas recopilaciones de textos del MIR y de sus principales dirigentes: Pedro Naranjo, Mauricio Ahumada, Mario Garcés y Julio Pinto (editores), *Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile: Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR* (Santiago: LOM, 2004); Centro de Estudios Miguel Enríquez, *Miguel Enríquez (1944-1974), páginas de historia y lucha* (Suecia: CEME, 1999).

[27] Esto es destacado nada menos que por Luis Corvalán en noviembre de ese año. Como es excepcional que efectuara un reconocimiento de este tipo, hay que darle la mayor importancia a esta huella tan ligera. Luis Corvalán Lépez, "Lo más revolucionario es luchar por el éxito del Gobierno Popular", Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista, 26 de noviembre de 1970. En Luis Corvalán Lépez*, Camino de victoria* (Santiago: Horizonte, 1971).

precipitar "tomas" en fábricas y, sobre todo, en el campo a través de una rama suya llamada Movimiento Campesino Revolucionario (MCR). Este se dedicó, al igual que el MIR en las ciudades, a promover la ocupación de campos no necesariamente destinados a la expropiación y después juraba apoyo total a esas "tomas" en caso de que la fuerza pública llegara a desalojarlos.

La parafernalia para desplegarlo tenía un aire paramilitar, de ocupación, de mando, disciplina, aunque se efectuaban muchas asambleas con obreros y campesinos, rara vez con empleados, a pesar de que —como hemos visto— los líderes del MIR provenían de los mismos estratos medio y medio alto de todos los líderes revolucionarios del siglo XX. El gobierno de Allende se había comprometido ante sus partidarios y ante sí mismo, lo que es muy importante, a no emplear nunca la fuerza pública para estos casos. El canciller Almeyda le explicaba al embajador de Alemania Federal, quien reclamaba por empresas alemanas requisadas de esta manera, que como ellos eran "democráticos" no podían emplear la fuerza, aunque tratarían de convencerlos de que desalojaran, pero que en unos tres años todas las fuerzas se habrán ya acostumbrado al socialismo.[28] El embajador debe haber quedado rumiando por lo que veía como hipocresía del chileno.

Todo esto molestaba y no molestaba a Allende y a una parte de la Unidad Popular. El Presidente, como bien sabemos, tenía el alma dividida y no podía más que admirarlos y de alguna manera alentarlos. Al final, cuando según algunos indicios expresó fastidio ante la intransigencia de algunos de su sector, no manifestó encono contra el MIR, sino contra su propio Partido Socialista, que pensaba tenía otras obligaciones, aunque esto no está muy claro como para afirmarlo taxativamente. Los únicos que se expresaron sistemáticamente contra la acción del MIR fueron los comunistas, aunque mantenían cierta relación "orgánica" con la colectividad, como si se tratara de un pariente temporalmente alejado.

Porque este es el asunto. La acción del MIR y las incontables ocupaciones efectuadas por su propia cuenta tenían su importancia en la estrategia general de la Unidad Popular, de ocupar el país en un sentido político, combativo; de crear una atmósfera revolucionaria, aunque no una acción revolucionaria en todo el sentido de la palabra. En este papel el MIR fue un protagonista junto a otros que tenían importancia para los fines estratégicos de la Unidad Popular. Por otra parte, como todo grupo pequeño que vive para la acción, tenía un peso desproporcionado en relación al número de sus militantes y de su "pueblo" movilizado. En votos solo era fuerte en algunas plazas

[28] De embajador a AA, 6 de mayo de 1972. PAAA, B 33, Bd. 639, I B 2, 4-84.00a 9108.

universitarias, en especial en Concepción, en el Pedagógico de Santiago y en otras universidades públicas donde era una suerte de primera minoría; también en alguno que otro sindicato perdido por ahí y por allá.[29] En política se entendió con algunos sectores del MAPU, en especial ese que lideró y separó Oscar Guillermo Garretón en 1973. De otra manera, el MIR continuó con su labor de crear cuadros, efectuar entrenamiento militar y mantener la política sistemática de infiltrar a las fuerzas armadas con un éxito ambiguo. Tuvo un papel relativamente protagónico en los cordones industriales y ponía la carta en algún inminente enfrentamiento final con las fuerzas "fascistas".

## GAP, germen revolucionario contenido

El MIR tendría otro papel que muchas veces no se ha destacado lo suficiente. Fue la columna vertebral en la formación del GAP, por lo menos hasta mediados del gobierno de Allende. Este es todo un capítulo. Hemos visto que Allende siempre estuvo preocupado de la formación de un aparato de seguridad en el Partido Socialista, lo que implicaba en ese contexto la preparación para la clandestinidad. Para las elecciones se vio la importancia de que tuviera una protección personal. Las preocupaciones se incrementaron como era entendible después del triunfo y más todavía después del atentado a Schneider. El entorno de Allende recurrió entonces al MIR para que proporcionara el apoyo necesario.[30] Hasta aquí no hay nada que vaya en contra de un uso normal en un sistema democrático donde pudiera haber tensión en el ambiente. En muchas democracias que se pueden considerar admirables hay líderes políticos que conviven con guardaespaldas.

El asunto cambió cuando se pasó a la siguiente fase. El Presidente Allende llegó a La Moneda rodeado por este grupo que llegaría a constituir por su número no solo un núcleo de guardaespaldas, sino una organización paramilitar fuertemente armada fuera de la ley. Participaron en ella no solo militantes del MIR; hubo también socialistas y un grupo de supervivientes de la guerrilla de Guevara, una fracción socialista entonces conocida como los "elenos".[31] Varios miembros del GAP, como

[29] Sobre el MIR en las universidades, Eugénia Palieraki, "Histoire critique de la 'nouvelle gauche' latino-américaine: Le *Movimiento de Izquierda Revolucionaria* (MIR) dans le Chili des années 1960" (Tesis doctoral, Université Paris I, 2009), pp. 323-562.

[30] Osvaldo Puccio, *Un cuarto de siglo con Allende: recuerdos de su secretario privado* (Santiago: Emisión, 1985), pp. 235-ss.

[31] Cristián Pérez, "Salvador Allende, apuntes sobre su dispositivo de seguridad: el Grupo de Amigos Personales (GAP)", *Estudios Públicos*, 79, invierno 2000, pp. 31-81. Una obra completa aunque sin indicación alguna de fuentes es la de Patricio Quiroga, *Compañeros. El GAP: la escolta de Allende* (Santiago: Aguilar, 2001).

Max Marambio Rodríguez, habían tenido formación militar en Cuba y poseían además un armamento relativamente complejo, y en el transcurso de los tres años del gobierno de la Unidad Popular recibirían armas como para organizar un batallón.

El nombre GAP, Grupo de Amigos Personales, surgió bautizado por la prensa de oposición cuando comenzaron las críticas al hecho de que un grupo político y armado estuviera a cargo de la seguridad del Presidente. Allende había respondido a la pregunta de un periodista, impresionado por el despliegue del grupo, diciendo que se trataba de "un grupo de amigos personales". El nombre "pegó", como se dice en Chile; se popularizó con rapidez y tenía un tinte tanto positivo como negativo.[32]

Dos factores incidieron en la formación del GAP. El primero era muy evidente: se trataba del peligro de un atentado, que se veía muy posible después de la muerte del general Schneider, lo que antes nadie hubiera podido imaginar. Cuando Allende hablaba de que querían atentar contra él, esto provocaba bastantes burlas entre sus opositores e incluso entre gente sin inclinaciones políticas muy marcadas. La escolta de los presidentes había sido algo formal, mezcla de Carabineros y de Investigaciones con algo de protocolo. Famoso y quizás irrepetible fue el caso de Jorge Alessandri, que caminaba a pie solo o con un amigo desde su departamento en la Plaza de Armas hasta La Moneda, de ida y de vuelta, quizás seguido por algún detective o carabinero de civil a unos cincuenta metros. Esto pasó a ser parte de la leyenda de su gobierno. Y Jorge Alessandri manejaba su propio automóvil Mercury 1951, mientras fue Presidente. Aunque Eduardo Frei se desplazaba con alguna escolta mayor, no pocas veces se lo veía caminando solo o acompañado de algún familiar o amigo por el barrio de la calle Hindenburg o en el Cerro Castillo en Viña del Mar.

Esto ya no sería posible. Allende requería de una protección especial. Por lo demás, había arribado la era del terrorismo y contraterrorismo. Inmediatamente después del 4 de septiembre, y cerciorándose de que quienes lo acompañaban hasta ese momento no tenían una preparación propia de guardaespaldas, se recurrió al MIR. Sus miembros no tenían entrenamiento especializado en este sentido, pero sí gozaban de sólida formación militar. Hasta aquí no había nada extraordinario, a pesar de que la protección de Carabineros se había incrementado en torno al candidato triunfante. Esto podría ser comprensible. En cambio, a partir del 3 de noviembre el aparato de seguridad formado por militantes del MIR y de las fracciones más duras del socialismo se transformó en la escolta permanente de Allende y, por su tamaño, se puede decir que llegó a ser un cuerpo paramilitar dependiente de partidos políticos.

[32] Pérez, "Salvador Allende, apuntes sobre su dispositivo de seguridad", p. 48.

Esto por sí solo debió constituir un tema de debate constitucional mayor, ya que se violaba la cláusula del Estatuto de Garantías que establecía que no podía haber cuerpos armados irregulares. La oposición estaba todavía muy desarticulada y sin espíritu de combate, sobre todo en la derecha. Hubo polémica pública, pero no alcanzó a formarse algo que hubiese sido una acusación constitucional —que podría haberse dirigido contra el ministro del Interior por ejemplo, ya que contra el Presidente se necesitaban los dos tercios del Senado—. Es claro que hubiera sido una medida extrema y políticamente muy difícil de haber defendido cuando se estaba iniciando el Gobierno. Quizás hubiera tenido una mayor legitimidad política si la oposición unida —la que aún no existía como tal— la hubiera planteado junto a una oferta de negociación, como sería la formación de un cuerpo especial de protección del Presidente, reclutado ya sea en Carabineros o Investigaciones, dando un plazo para ello antes de la disolución del GAP.

El segundo factor es que con esto se conformó en el corazón geográfico del Estado un cuerpo paramilitar que, con instrucción de guerra, podía jugar un papel clave en un enfrentamiento.[33] Vale decir, era un factor de disuasión frente a un alzamiento militar. En principio, esto tenía al menos una finalidad, que si no era legal podría defenderse como legítima. A todas luces, los miembros de ese cuerpo sentían que su lealtad, además de a la persona de Allende, iba fundamentalmente a la preparación de un Estado que era muy distinto al estado de derecho propio de una democracia. Pertenecían al ala más admiradora de la vía armada del socialismo y del mismo MIR. Su modelo no estaba en ningún líder de la historia de Chile más allá de alguna referencia ritual, sino que en Castro y Guevara, de una manera todavía más marcada que en un militante de izquierda cualquiera. Esto era un tema legal y constitucional mayor, que en una pequeña célula manifestaba el núcleo del dilema político de la Unidad Popular.

Ha existido una visión reivindicatoria del GAP en su sentido constitucional. Se afirma que, además de la necesaria protección, fue un método a través del cual Allende logró sujetar a los sectores más radicales de la Unidad Popular, que vivían en el espíritu y en el medio material de la lucha armada, aunque no la hayan desencadenado, principalmente obedeciendo a la señal de Castro. De esta manera estarían menos tentados de iniciar por su cuenta una suerte de lucha armada o de guerrilla contra la oposición.[34] Esto no impidió que lo que los comunistas llamaban

[33] Un autor calcula que en El Cañaveral, la residencia de Salvador Allende ubicada camino a Farellones, en la cordillera, se entrenaron mil hombres. Pérez, "Salvador Allende: apuntes sobre su dispositivo de seguridad", p. 53.

[34] Es la idea de Cristián Pérez, "Salvador Allende: apuntes sobre su dispositivo de seguridad".

"ultraizquierda" haya desempeñado un papel gravitante en el desenlace político de la Unidad Popular.

Sí es cierto que Allende —si es que esto era su deseo— logró que este núcleo aguerrido no rompiera fuego por su cuenta, como había sido el caso de un grupúsculo como el VOP. En los hechos, esta interpretación tiene algunos puntos a favor, pero no remueve el problema de fondo que planteó al estado de derecho la existencia de un cuerpo paramilitar tan amplio, cuya lealtad, además de a Allende, iba fundamentalmente al camino revolucionario directo. Era también un permiso tácito para que otros sectores prepararan lo mismo, primero en la extrema derecha. Después este estilo más desorganizado, pero no de menor ánimo, se fue extendiendo entre los opositores, que como se verá también podían alegar a su favor que la fuerza pública no los defendía en sus derechos.

## La extrema derecha

Patria y Libertad fue, hasta el Paro de Octubre y en todo caso hasta el Tancazo del 29 de junio de 1973, el más importante receptáculo de una extrema derecha dispuesta no solo a la movilización, sino que también a la lucha armada en una contrapartida muy clara al MIR y algunos sectores socialistas. Era algo distinto a los "aparatos de seguridad" que tenían los partidos Comunista y Socialista, aunque estos también llegado el caso podían ser empleados en la lucha armada. En el caso de Patria y Libertad y del MIR, la existencia completa de su vida política giraba en torno a la acción e incluía el imponerse físicamente sobre los adversarios.

El Movimiento Cívico Patria y Libertad surgió primero a fines de septiembre de 1970, liderado por un profesor de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, Pablo Rodríguez Grez, entonces de 32 años, de gran capacidad oratoria, abogado ya reconocido en el foro y con atributos de articulación de lenguaje político. Su primer objetivo había sido apoyar la elección de Jorge Alessandri en el Congreso Pleno. A nadie se le ocultaba, sin embargo, que su objetivo estratégico era organizar una movilización para un cambio en las condiciones políticas que impidiera el acceso de Allende al Gobierno, aun por vías extraconstitucionales. Así como en la noche del 4 de septiembre fue el único alessandrista que dio rostro público en televisión cuando Alessandri perdía, fue el primero en transformarse en la voz de un público que se había quedado súbitamente sin intérpretes, sin representantes.[35] Pudo crear

[35] Manuel Salazar, *Roberto Thieme, el rebelde de Patria y Libertad* (Santiago: Mare Nostrum, 2007), p. 66.

fervor en torno a él, pero los acontecimientos que siguieron lo dejaron sin papel. Fue interrogado por la justicia a raíz del caso Schneider. No tenía nada que ver en él, aunque conocía a algunos de los integrantes que giraban en torno a círculos nacionalistas y de extrema derecha.

Después del 3 de noviembre refundó su grupo, ahora como Frente Nacionalista Patria y Libertad, creando una minoría que sentía fervor por su persona. Nunca alcanzó una presencia electoral significativa, ni siquiera en centros universitarios. Con todo, en un ambiente de movilizaciones una minoría movilizada es capaz de hacer sentir su presencia y puede jugar un papel nada de despreciable. En efecto, por un tiempo sus militantes serían los únicos opositores capaces de defenderse por la fuerza de los puños y de los palos para permitir a algunos sectores de oposición manifestarse en la calle. Fue destacada su participación en la Marcha de las Cacerolas Vacías, en diciembre de 1971, todo un punto de inflexión.

Su perspectiva política era la de un nacionalismo antiliberal, en donde la palabra libertad tenía que ver con estar libre del comunismo o marxismo, pero como algo muy diferente a un estado de derecho asociado a la democracia moderna, que es el modelo occidental.[36] Tomaba algunos elementos de izquierda no solo en la estrategia de movilización, sino que también en algunas referencias ideológicas, aunque destacando la solidaridad entre los grupos sociales antes que las grietas que hubiera en la pirámide. Sus miembros salían, en general, de un sector social que como promedio podría calificarse entre medio y medio alto. Pablo Rodríguez, en términos sociales y profesionales, tenía mucho de clase alta, lo mismo que Eduardo Boetsch García-Huidobro. A Roberto Thieme Schiersand —que introdujo algo de *high life* y *glamour* al ambiente, mucha "copucha" en todo caso— podemos clasificarlo entre una clase media y media alta, aunque todas estas categorías hay que emplearlas con gran plasticidad.[37]

Al escoger la vía de la acción no obedecían a un "interés de clase" que les ordenara claramente un curso determinado. Constituyeron en todas partes una minoría con gran motivación, sentido de la aventura y de la tentación por la vía directa. No pocas mujeres, "pololas" y novias se unieron en una especie de feminismo de vanguardia en pie de igualdad en el activismo.[38] Este tipo de decisión —una combinación

---

[36] Pablo Rodríguez Grez, *Entre la democracia y la tiranía* (Santiago: Autoedición, 1972), esp. pp. 99-130.

[37] Un testimonio extenso y detallado sobre el movimiento en Manuel Fuentes, *Memorias secretas de Patria y Libertad. Y algunas confesiones sobre la Guerra Fría en Chile* (Santiago: Grijalbo, 1999).

[38] Algo de esto se puede adivinar en Salazar, *Roberto Thieme*, p. 87.

de vocación, el principio del rechazo a una situación que se estimaba se dirigía a la catástrofe y el vértigo por la aventura no sin ciertas comodidades— no puede provenir de una definición estrecha de clase. En todo caso, en primera instancia dejaban de identificarse con aquella —en su expresión “normal”— al momento de elegir este modo de vida.

Su protagonismo declinó después cuando la actitud general de las bases de la oposición fue adquiriendo paulatinamente estos mismos rasgos como consecuencia de la creciente polarización. Recibían su fuente de financiamiento de algunos miembros con medios económicos y de un *pool* de fondos de sectores empresariales que veían la necesidad de contar con una fuerza de choque, dado que la fuerza pública casi nunca protegió las manifestaciones de la oposición. Esto es crucial para entender cómo, más que las cúpulas, los sectores de base de la oposición pasaron, en un período de cerca de uno a dos años, desde una actitud de defensa dentro del sistema a una más bien antisistema. Al sistema se lo veía secuestrado por una voluntad de convertir a Chile en un país marxista, y ello legitimaba, a sus ojos, cualquier tipo de acción de resistencia. Los comandos Rolando Matus del Partido Nacional podrían ser catalogados en esta sección. Mas, aparte de no estar estructurados con un mando unificado, dependían de una dirección política del partido, aunque atomizado para estos efectos en decenas de lugares, sin estrategia fija salvo la de apoyar la movilización. Sin embargo, en muchas partes fue una herramienta eficaz y empleada con considerable recurso a la violencia.

Es interesante decir un par de palabras acerca de su nombre. Corresponde a un agricultor muy joven, de 28 años, Rolando Matus Castillo, que fue baleado mientras junto a unos amigos defendía al campo de 90 hectáreas de su amigo Otto Grunner, cerca de Pucón el 17 de abril de 1971. Para la zona, todos eran pequeños agricultores. Un grupo compuesto de mapuches y de miristas, unidos en el llamado Movimiento Campesino Revolucionario, llegó a tomarse el fundo Carén. Armados ambos bandos se desencadenó un tiroteo, resultando varios heridos. Matus, militante del Partido Nacional, fue herido de gravedad y trasladado al hospital de Temuco, pero falleció a los dos días. No era la primera muerte por este tema en la región, pero esta provocó una reacción de solidaridad más potente. Su fallecimiento fue un hito en el sur y después en el país, cuando se formaron los Comandos. El dirigente agrario Domingo Durán Neumann, hermano de Julio, el político radical candidato presidencial en 1964, dijo en su concurrido y emotivo funeral: “Esta es la obra monstruosa de mentes afiebradas que confunden el sentido de la revolución chilena con legalidad con el crimen. Ellos son los que siembran mentirosas consignas entre los campesinos, a quienes empujan estos actos. Desde el borde de esta tumba abierta

le pedimos al Gobierno chileno el castigo ejemplar para los asesinos de Rolando Matus".[39] El Gobierno prometió una investigación, pero poco y nada salió de ella. No se desarrolló un culto en torno a él, salvo el nombre. Esto se debe en parte a que no lo aureolaba un lenguaje de salvación combinado con la pretensión teórica, tan propio a la izquierda marxista, como el de las brigadas Elmo Catalán de los socialistas y Ramona Parra de los comunistas. Más indicativo, en las décadas siguientes la derecha no recordaría su nombre en ninguna ocasión ni bautizó en su honor a organización alguna, en síndrome de crisis o carencia de su autoimagen histórica.

Con Patria y Libertad se conformaba así uno de esos elementos típicos de la extrema derecha nacionalista que comenzó a surgir en Europa desde fines del siglo XIX. Muchas veces, este modo de hacer política ha sido clasificado como "fascismo". Esto es especialmente insistente desde una perspectiva marxista, sobre todo después de 1945 por la catástrofe política y moral reconocida universalmente a que condujo la fórmula fascista en Alemania. Aunque es indudable que, en símbolos y estilo, Patria y Libertad poseía algunos rasgos fascistas, en su función política no alcanzó a delinear una voluntad de reconfigurar al Estado de una manera que lo fuera. Sí era una clara formación de extrema derecha, cuya meta estratégica era apoyar una intervención militar para establecer un régimen que tuviera algunas semejanzas con el sistema franquista, el gran modelo regulativo de toda perspectiva crítica de la democracia liberal desde la derecha.

Patria y Libertad tenía una función análoga a la del MIR, no solo como una fuente de paramilitarización de la política o, derechamente, para promover una lucha armada que provocara la intervención de las fuerzas armadas. El desarrollo de los acontecimientos demostró que tenía vinculaciones con oficiales jóvenes de una manera poco organizada, de empatías más o menos espontáneas, que sin embargo eran un complemento y una oposición a las que el MIR había desarrollado con oficiales y sobre todo con personal de tropas en el Ejército y, como bien sabemos, entre la marinería de la Armada.

Había diferencias entre Patria y Libertad y el MIR, aparte de alguna correlación social distinta. Nada del otro mundo por lo demás. En la estructura del MIR, después de sus líderes, predominaba una clase media muchas veces con pocas diferencias con los sectores populares de la base social. En realidad, la diferencia radical no estaba en el diferente tipo de Estado que perseguían, el modelo franquista o el modelo

[39] *El Mercurio*, 22 de abril de 1971. También *El Siglo*, 20 de abril de 1971; *Última Hora*, 3 de mayo de 1971. Como siempre, las versiones entre oposición y Gobierno diferían ampliamente.

castrista, sino que en la estructura íntima de la organización. Patria y Libertad era más disciplinado que el Partido Nacional y tenía militantes más abnegados que la Democracia Cristiana. También tenían organizaciones por célula y todo un código para vivir en la clandestinidad.

Estaban, sin embargo, muy lejos del revolucionario profesional de concepción leninista, propio al Partido Comunista y Socialista y sobre todo al MIR, cuyos militantes vivían las 24 horas del día para las necesidades del movimiento. Los militantes de Patria y Libertad cumplieron plenamente su labor de fuerza de choque, no sin algunos muertos. El grupo tampoco poseía la capacidad política del MIR, que hizo peso en la izquierda y en el gobierno de la Unidad Popular. Es de sospechar, sin embargo, que sus miembros no poseían la fibra más guerrera que después probaron los militantes del MIR, hombres y mujeres. Luego de la derrota del Tancazo, la cúpula del movimiento se refugió en la embajada de Ecuador. Tras el 11 de septiembre, los militantes del MIR tenían la orden estricta de no pedir asilo en embajada alguna salvo orden expresa de los dirigentes, todo ello al parecer sin blandir la amenaza de pena de muerte. La fe ideológica era suficiente para que la gran mayoría viera sentido y estuviera dispuesta al sacrificio final. Lo probaron con creces.



# Capítulo XVIII
# Escenarios de confrontación

## Las universidades: campo de batalla, directo e indirecto

La universidad ha jugado un papel relevante en el reclutamiento de la clase política en el mundo moderno. En América Latina, como en mucho del llamado Tercer Mundo, sobre todo en sociedades agrietadas por la confrontación y la inmadurez, la universidad ha sido una fuente de conflicto político en sí mismo, un centro de batalla política antes que de creación intelectual y formación profesional. La combinación equilibrada de debate y creatividad le ha sido esquiva en buena parte del siglo. Solo hay que recordar el puesto de la Universidad de La Habana como hervidero de luchas —a veces a disparos de fuerzas estudiantiles encontradas— y como la primera plataforma desde dónde se proyectó Fidel Castro, ya que, a pesar de la tradición autoritaria, el espacio universitario proporcionaba bastante libertad. Desde luego, después de la Revolución desapareció el protagonismo de esa casa de estudios. En contrapartida, en las democracias consolidadas del mundo moderno, la universidad no se ha transformado en una célula de crisis política del país. Quizás una excepción puede ser La Sorbonne en 1968, aunque no olvidemos que Francia fue el país de Europa Occidental que tuvo al menos un golpe de estado en el siglo XX. No cabe duda de que Oxford, Cambridge, Harvard y Stanford han proporcionado debate y reclutas de primer orden al de la clase política. Jamás se han constituido en epicentro de una crisis política. Son hechos a considerar.

En Chile, la época de la reforma universitaria, a partir de 1967, había abierto un nuevo período de batalla política dentro de la universidad. Por un tiempo, más largo de lo acostumbrado, los asuntos de modernización universitaria cedieron ante la creciente polaridad política. La Universidad de Chile (“U”) fue el campo universitario que más se pareció a un escenario de batalla. Había comenzado con la reforma

en 1968, la que escaló al combinarse con el conflicto político en el país. Se puede decir que la confrontación entre los dos bloques se prefiguró en la Universidad de Chile, de una manera autónoma a lo que podían decidir o no decidir las directivas políticas, aunque estas tenían mucho contacto y a veces, especialmente entre los comunistas, un manejo bien completo de su partidarios al interior de estas y otras universidades. Planteada como una lucha entre el rector y el Consejo Universitario, en las formas fue una pugna despiadada entre las fuerzas de la Unidad Popular y las de la oposición, combinándose los argumentos universitarios con los netamente políticos. El Pedagógico, al igual que la Facultad de Filosofía y Humanidades, pasó a ser el lugar más combativo, símbolo de la época.

En este vaivén surgió el símbolo de la Escuela de Derecho como una fortaleza de la oposición, en contrapartida al Pedagógico. Aquella fue "tomada" por los opositores ya en octubre de 1971 y no se desocuparía hasta el apaciguamiento relativo del conflicto a comienzos de 1972. Así como el Pedagógico pasó a ser un símbolo del poder de la izquierda marxista, en el cual el principal combate era entre los comunistas y el MIR, la Escuela de Derecho, situada en un lugar tan visible y llena de carteles alusivos a la "defensa de la libertad", pasó a ser un lugar simbólico como punto de referencia de la oposición, con un impacto visual tan grande como el lienzo "El Mercurio miente", desplegado en el frontis de la Universidad Católica en 1967.[1] El mismo tipo de batalla político-académica se estaba desarrollando en muchas universidades del país.

La Universidad de Chile había experimentado todas las agitaciones político-universitarias típicas de los tiempos de la reforma. En la Universidad Católica de Chile y en la Universidad Católica de Valparaíso, esto se había dado en 1967. En la Universidad de Chile, el conflicto, con toma incluida, ocurrió el año siguiente. En 1969, vino la elección del rector que iba a tener la misión de definir un nuevo marco institucional. No se debe olvidar que en los años 1960 las elecciones en la "U" recibieron atención política nacional y parecían un termómetro político del momento. Aquí surgió como portavoz de una reforma que no fuera radical la figura de Edgardo Boeninger Kausel, un ingeniero simpatizante de la Democracia Cristiana —aunque entonces no militaba en ella— y que tendría una larga carrera académica y política en los siguientes 30 años. Se enfrentó en esta ocasión a Alfredo Jadresic Vargas, un médico apoyado por la izquierda, más próximo a la idea de la "universidad comprometida", interpretando el compromiso en un sentido más militante y más próximo

[1] Alejandro San Francisco, *La toma de la Universidad Católica de Chile (agosto 1967)* (Santiago: Globo Editores, 2007), p. 86.

al marxismo. Boeninger ganó la rectoría de la Universidad de Chile en la segunda vuelta.[2] Una segunda prueba de fuerza se dio en junio de 1971, en la competencia en el marco de la nueva institucionalidad, entre el mismo Boeninger y Eduardo Novoa, prestigioso abogado, plenamente identificado con la izquierda y cerebro jurídico del gobierno de la Unidad Popular. Ya era un Chile de batalla campal y a nadie se le escapaba el sentido completamente político de esta elección, teniendo en cuenta que siempre en estos casos hay una pequeña minoría que puede votar según otras categorías. En la elección participaban todos los estamentos, incluyendo a los estudiantes con un voto ponderado de un 25%. Era la movilización pura.

Boeninger ganó la elección de una manera estrecha, pero clara. Sin embargo, en una instancia colegiada de primera magnitud, el Consejo Universitario, la Unidad Popular tenía una mayoría también estrecha.[3] En los meses que siguieron se fue desarrollando una especie de guerra civil política en la universidad, que en esos años tenía gran cantidad de sedes a lo largo del país. Ocupaciones y contra-ocupaciones marcaban plenamente la vida cotidiana. En este contexto se desarrollaron las batallas constantes en la Escuela de Derecho y con no menos ardor, aunque un poco más lejos del público, en la Facultad de Ingeniería. Un ejemplo es decidor. Claudio Véliz había fundado el Instituto de Estudios Internacionales en 1966; era un internacionalista de vasta cultura que pertenecía a una izquierda intelectual. Escribió sistemáticamente acerca de la necesidad de una política exterior independiente para los países latinoamericanos. Incluso se creía que iba a ser el Canciller de Allende. Sostenía también una visión matizada y sutil de la realidad política. De nada le sirvió cuando, en 1972, grupos extremos de la Unidad Popular se tomaron el Instituto, exigiendo que se convirtiera en una "trinchera del antiimperialismo"; Véliz fue defenestrado, su oficina desvalijada y hasta se intentó seguirle un juicio, con encargatoria de reo incluida, por haber realizado un seminario con dinero provisto por organizaciones foráneas. Tuvo que irse del país.

La agitación de esos días incluyó un intempestivo ingreso de Boeninger, acompañado de un grupo de sus colaboradores, al Ministerio del Interior para reclamar ante la acción de carabineros contra él. El Gobierno intentó darle un provecho político e interpuso una querella contra el rector por atentar contra "la seguridad interior

[2] Carlos Huneeus, *La reforma universitaria: veinte años después* (Santiago: Corporación de Promoción Universitaria, 1988), p. 108.

[3] Boeninger obtuvo el 51,23% del voto ponderado, contra el 48,26% de Eduardo Novoa. Huneeus, *La reforma universitaria*, p. 111.

del Estado". La prensa de la Unidad Popular habló del "asalto a La Moneda".[4] Fue parte del folklore de la época, pero también de un drama que se desarrollaba y que crecía día a día.

Entre la Unidad Popular y la oposición se desarrolló una pugna que fue adquiriendo el carácter de prueba de fuerza y de prueba política acerca del tema de quién podía ganar el control del futuro, aunque todo entremezclado con temas académicos, estos más en retirada en realidad.[5] No era un fenómeno exclusivo a la "U". El Gobierno y algunos sectores de la Universidad de Chile prefirieron zanjar el asunto antes de que se precipitaran otras tentaciones, llegándose al acuerdo de elegir nuevamente al rector y al Consejo Universitario en mayo de 1972. Fue la tercera elección en tres años; fue también una muestra de cómo la vida universitaria se iba transformando inexorablemente en rehén de las fuerzas políticas. La Unidad Popular llevó como candidato a un as bajo la manga, Felipe Herrera. Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo por más de diez años y proclive a la izquierda, muchas veces había sido denostado como herramienta del imperialismo por los comunistas, que ahora se convirtieron en sus más entusiastas partidarios. Con una figura que era respetada en lo académico y que manifestaba que venía como un pacificador, las fuerzas de izquierda querían formar una mayoría que aceptara o se resignara a una paz liderada por ellas. Era una prueba de que junto con la polarización crecía también un sentimiento de hastío con ella.

Sin embargo, Boeninger fue electo por tercera vez. Junto a él, el Frente Universitario, es decir, las fuerzas de oposición que permanecieron como bloque hasta el 11 de septiembre, obtuvo una mayoría en el Consejo Universitario. En ambos casos, los triunfos fueron estrechos, pero definieron la mayoría y la minoría. Para muchos esto tuvo un aire plebiscitario. Indicativo de esto era que entre los estudiantes el resultado no favoreció tan ampliamente al candidato de la izquierda, lo que era un ejemplo de que en la movilización los jóvenes se repartían de una manera más o

---

[4] La Comisión Política Nacional de la Unidad Popular fustigó en durísimos términos el incidente: "Frente a esta situación, la Unidad Popular declara: El repudio más enérgico a estos politicastros y charlatanes de la 'legalidad' y la 'democracia'. Aprovechándose de la impunidad que le da el fuero parlamentario y del respeto que hasta ahora había acompañado a los rectores de la mayor Universidad del país, han cometido un acto de matonaje y de provocación que no tiene precedentes en Chile (…) Que notifica a los reaccionarios del Partido Nacional, de Patria y Libertad, y del freísmo democratacristiano, que sus propósitos fascistas y aventureros se estrellarán con la más resuelta movilización de la clase obrera y de todo el pueblo". *El Siglo*, 18 de noviembre de 1971.

[5] Un interesante testimonio acerca de esto es el de Cristián Huneeus, *Autobiografía por encargo* (Santiago: Epicentro-Aguilar, 2005; original, 1985), p. 79.

menos pareja entre los dos grandes polos. El MIR, con una votación muy pequeña, llevó un candidato propio, Andrés Pascal Allende, ya que le era muy difícil apoyar a alguien como Felipe Herrera. Lo mismo hizo el minúsculo Partido Comunista Revolucionario en la persona del historiador Luis Vitale.[6]

El resultado, aunque mostrando a dos polos con alguna homogeneidad en los números, fue concluyente en el triunfo de Boeninger. Obtuvo el 51,8% contra el 43,6% de Felipe Herrera y el 3% de Luis Vitale. Muy indicativo, entre los estudiantes obtuvo solo 22 mil votos, contra 27 mil de Herrera y 2.783 de Vitale.[7] Si bien se decía que en las elecciones parlamentarias de 1973, en las nuevas mesas —vale decir, de los jóvenes de 18 a 21 años— la izquierda tuvo más votos que el porcentaje nacional, estos resultados muestran a una juventud que no se puede decir sin más que se identificó con el proyecto de la Unidad Popular. En esta generación también hubo polarización.

No siempre es cierto que la vida universitaria resume a la perfección el devenir político. Muchas veces las convulsiones académicas ocurren a espaldas de la sociedad, sin tocar su sistema nervioso, aunque ciertamente afectan el desarrollo general. En este caso al darse en un marco de creciente animadversión entre dos grandes actores, que estaban arrastrando a la gran mayoría de la sociedad, estos hechos pasaban casi a definir el estado general del país. Con sus vaivenes, el mundo universitario continuó siendo uno de los principales focos de conflicto y de reclutamiento de activismo político para las dos grandes fuerzas del país.

La Universidad Técnica del Estado y, en menor medida, la Universidad de Concepción fueron centros de la izquierda, grandes baluartes de su constitución política y de alimentación de profesionales y cuadros políticos. En las universidades católicas el escenario tuvo algunas características distintas. Es importante señalar que había alguna correlación de diferencia social, siendo sobre todo los estudiantes de la Universidad Católica de Chile en general provenientes de sectores más favorecidos. No había en esos momentos ninguna razón exactamente económica para esto, ya que los estudios universitarios, en la práctica, eran casi gratis. Operaba aquí una cierta tradición histórica.

En la Universidad Católica de Chile había sido rotundo el triunfo de la izquierda después de 1967. Es cierto que sus líderes eran democratacristianos, pero prácticamente todos los dirigentes estudiantiles se fueron al MAPU y a la radicalización que esto llevaba consigo. Lo mismo pasaría con algunos profesores y funcio-

[6] Huneeus, *La reforma universitaria*, p. 113.

[7] *El Mercurio*, 29 de abril de 1972.

narios. El rector surgido de la reforma y apoyado por el cardenal, Fernando Castillo Velasco, nunca abandonó la Democracia Cristiana, aunque pertenecía a su ala más de izquierda. Su hija, la joven historiadora Carmen Castillo Echeverría —por un tiempo ayudante del historiador tradicionalista Héctor Herrera Cajas—, contraería matrimonio con un líder del MIR, Andrés Pascal Allende, sobrino de Allende, y poco después sería la mujer de Miguel Enríquez, a quien acompañaba el día en que este fue muerto en un enfrentamiento en 1974.[8] Una parte de la historia social e ideológica de Chile halla un buen resumen en estos nombres.

No obstante, entre 1971 y 1973 se conformaron tres grandes frentes político-académicos en la Universidad Católica de Chile. Uno era la izquierda, donde la voz cantante la llevaba el MAPU; antes democratacristianos, ahora en general enardecidos marxistas-leninistas. Una segunda fuerza era la Democracia Cristiana, con una base en los estudiantes, quienes se inclinaban más bien en la oposición contra la Unidad Popular, y la otra base en un número considerable del cuerpo de profesores, en parte por una motivación política y en parte porque ansiaban la paz.

La Universidad Católica de Chile había sido el principal bastión de la derecha conservadora y católica.[9] Como en tantas cosas, en la década del 1960 había habido un cambio indicativo de lo que sucedía en el país, cuando la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica, FEUC, pasó a ser dominada por la Democracia Cristiana, otro tipo de sensibilidad católica, aunque eso no marcaba siempre una diferencia social. La toma y la reforma de 1967 fueron golpes no solo a la derecha política, sino que también a sectores más conservadores de la misma Iglesia y de los laicos. En la elección de rector de 1967 los grupos más reacios o desconfiados de la reforma apoyaron la candidatura testimonial de Ricardo Krebs Wilckens, que fue derrotado por gran distancia por Fernando Castillo.[10] La derrota del 4 de septiembre parecía ser otra paletada sobre la tumba.

Había surgido, sin embargo, algo nuevo. De la derrota total, como muchas veces sucede, un grupo motivado por un líder que ejercía fascinación política e intelectual, Jaime Guzmán Errázuriz, creó el Movimiento Gremial y, con eso, una nueva

[8] Carmen Castillo, *Un día de octubre en Santiago* (Santiago: LOM, 1999).

[9] Existe una obra monumental sobre la historia de la Universidad Católica: Ricardo Krebs, María Angélica Muñoz y Patricio Valdivieso, *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1888-1988,* 2 tomos (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1994).

[10] También integró la terna el entonces ministro del Trabajo y Previsión Social del gobierno de Frei, William Thayer Arteaga. Su testimonio en *Memorias Ajenas* (Santiago: Andrés Bello, 2012), pp. 242-246; Krebs, Muñoz, Valdivieso, *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile*, Tomo II, pp. 729-732.

derecha que jugaría un papel significativo en los tres años de la Unidad Popular.[11] Buscaban, en términos estratégicos, el surgimiento en caso necesario de un régimen militar, como alternativa ante lo que temían iba a finalizar en una dictadura marxista. Probablemente, por el filohispanismo de su fundador, habrá pensado —como Donoso Cortés— que era preferible la dictadura del sable a la del puñal.[12] Dando un batatazo, los gremialistas triunfaron en una elección a tres bandas y ganaron la Federación de Estudiantes (FEUC) a fines de 1968.[13] No la soltarían más, aunque nunca alcanzaron la mayoría absoluta. Junto a los profesores y funcionarios de tendencia más conservadora crearon un polo, lo que, sumado a los otros dos, parecía el Chile de los tres tercios en miniatura. En términos puramente académicos, esto llevaría a una pacificación al interior de la Universidad, siendo durante el período de la Unidad Popular el centro universitario que tuvo quizás la vida más normal de todos los del país.

Esto no quiere decir que no jugara un papel político en el período que se podría llamar más político de toda la historia de Chile en el siglo XX. Parte importante de la clase política, en izquierda y en derecha, tenía sus raíces en esta universidad y seguiría influyendo en el futuro de una manera más o menos parecida a la Universidad de Chile. Hubo además en un momento clave una alianza táctica con resultados estratégicos entre la derecha y la Democracia Cristiana, expresada en el control sobre Canal 13. Vital aquí fue el papel del vicerrector académico Fernando Molina Vallejos, traído por el rector Castillo desde la Universidad Católica de Valparaíso y muy combatido por los gremialistas. Sin embargo, Molina hizo de intermediario entre la rectoría y los gremialistas, ganándose la confianza de estos y, en una votación decisiva en el Consejo Superior en mayo de 1971, dejó en lo fundamental el control de Canal 13 en manos de una mayoría democratacristiana y gremialista.[14] La izquierda tenía participación, pero ya no podía determinar el curso del canal.

---

[11] Renato Cristi, *El pensamiento político de Jaime Guzmán: autoridad y libertad* (Santiago: LOM, 2000); Belén Moncada, *Jaime Guzmán: una democracia contrarrevolucionaria. El político de 1964 a 1980* (Santiago: RIL, 2006); Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *Nacionales y gremialistas: el "parto" de la nueva derecha política chilena, 1964-1973* (Santiago: LOM, 2008), pp. 123-164.

[12] En 1849, el diputado conservador español Juan Donoso Cortés pronunció en las Cortes un discurso en el que manifestaba su preferencia por un gobierno fuerte y autoritario, la "dictadura del sable", por sobre el caos y las tendencias revolucionarias propias de la modernidad, lo que él caracterizaba como la "dictadura del puñal".

[13] El primer presidente gremialista de la FEUC fue Ernesto Illanes. Valdivia, *Nacionales y gremialistas*, p. 163.

[14] Valdivia, *Nacionales y gremialistas*, pp. 338-339.

Esto era fundamental en términos de la lucha de los medios, una de las grandes batallas de esta época. Televisión Nacional estaba en manos del Gobierno, aunque en teoría regido por un estatuto independiente, que no ayudaba mucho. El Canal 9 de la Universidad de Chile era vocero de la izquierda y de la extrema izquierda, aunque el rector Boeninger trataba de darle un perfil más pluralista. El Canal 4 de la Universidad Católica de Valparaíso, de menor influencia, se bamboleaba en una situación parecida. En varios momentos claves de cadenas nacionales, de cierre de diarios o de estados de emergencia, el pluralismo, cuando no el dominio de la oposición, en Canal 13, jugó un papel relevante en la batalla política de Chile.[15]

En la Universidad Católica de Valparaíso había emergido con la reforma de 1967, la primera del país, una mayoría frágil pero consistente encabezada por el rector Raúl Allard Neumann. Comprendía a sectores de centro, a académicos y funcionarios apolíticos, y a los más diversos matices de izquierda, con excepción de una extrema izquierda que a veces se le oponía. Ganó todas las grandes batallas electorales del período con bastante mayoría. En 1971 fue candidato a rector de casi toda la Universidad, con excepción de una extrema izquierda representada por Rodrigo González Torres. La coalición que apoyaba a Allard comprendía la Escuela de Arquitectura liderada por Godofredo Iommi y Alberto Cruz, que llevaron a cabo uno de los experimentos culturales más audaces de la segunda mitad del siglo XX.[16] Habían estado en la vanguardia de la reforma de 1967, pero en vez de postular "una universidad comprometida" efectuaban una elección radical por la pureza, en este caso, del arte. Se habían opuesto en un comienzo a Allard, pero después ingresaron cómodamente a una coalición con este, lo que además le permitía al rector una política moderada y razonable en la vida universitaria. Solo en 1973 surgió entre el cuerpo de profesores, con apoyo de estudiantes y de algunos funcionarios, una oposición más marcadamente antimarxista, de principio, encabezada por el historiador Héctor Herrera.

La Federación (FEUC-V) había sido de la Democracia Cristiana a lo largo de la década de 1960. Sus dirigentes se pasaron al MAPU y continuaron en el poder, ya plenamente incorporados a la Unidad Popular. En 1970, sería el principal ariete para un intento por identificar a la Universidad como un campo más de realización del socialismo en Chile. Ya en las elecciones de la Federación de noviembre de 1970

---

[15] Sobre Canal 13 en los años de la Unidad Popular, María de la Luz Hurtado y otros, *Historia de la televisión chilena entre 1959 y 1973* (Santiago: Documentas, 1989), pp. 323-366.

[16] Junto a Vicente Huidobro, lo más original en el Chile del siglo XX, según el historiador Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago: Universitaria, 1986), p. 235.

un grupo de estudiantes de derecha, identificados como "gremiales" e inspirados en su contraparte santiaguina aunque lejos de su estilo de vida —más combativos los de la UCV—, había hecho su aparición con un porcentaje significativo de votos. En el curso de 1971 se fueron organizando más, y para las elecciones de noviembre de ese año apoyaron a un candidato de la Democracia Cristiana, aunque de hecho los gremiales eran más numerosos. Eran también más partidarios de la acción directa. En una votación estrecha, la oposición ganó la Federación y al año siguiente, a fines de 1972, el Movimiento Gremial eligió a un presidente propio para la FEUC-V. Jugarían un papel de confrontación en la zona de Valparaíso, incluyendo la primera manifestación que hubo contra Fidel Castro que culminó en que su directiva casi fue linchada por la izquierda. Esto fue impedido solo por negociaciones del rector y la presencia del sacerdote Andrés Aninat.

## Los medios de comunicación

El Estatuto de Garantías negociado con la Democracia Cristiana había fortalecido en la palabra formal el principio de la libertad de prensa y de la propiedad privada de medios de comunicación. Se sabía que aquí se jugaba un elemento central de la mantención del pluralismo público. Desde la perspectiva de la izquierda marxista, se suponía que estos medios eran fundamentalmente de los propietarios y no de los periodistas, y que reflejaban los intereses dominantes de un sistema que ahora se iba a reemplazar. Tal como se sospechaba, esto no fue más que el preludio de una batalla campal.

Hemos dicho que el presunto predominio de sectores de la derecha en los medios de comunicación corresponde a una imagen engañosa. Era cierta en lo que equivale a la prensa escrita a lo largo del país, sobre todo a la cadena de periódicos de la empresa El Mercurio. Era menos cierta en el mundo radial, donde existía y se amplió una red de radios combativas dominadas por la izquierda, a pesar de que las radios que obedecían a perspectivas ya fuera de la derecha o de sectores empresariales, por una parte, y a una perspectiva ligada directa o indirectamente a la Democracia Cristiana, por otra, seguían siendo una mayoría. En los dos casos hay que recordar que por ser la izquierda un lenguaje más estructurado —no por ello necesariamente más "verdadero"— el carácter militante de las radios y de los diarios de esta persuasión era mucho más notorio y tenía un impacto más estruendoso.

En los diarios *Clarín* y *Puro Chile* la Unidad Popular tenía la llave maestra de una combinación especial: prensa política de guerra total unida, sobre todo en el primer caso, a prensa amarilla. Por si cupieran dudas acerca de la lealtad de Volpone,

muy versátil en sus giros a lo largo de su vida política, este se vio forzado a vender el diario *Clarín* a una sociedad dominada por amigos de Salvador Allende en 1972 —entre ellos Víctor Pey, un republicano español de los tiempos del *Winnipeg*—, en una operación extraña que podía preludiar otras maniobras. Se parece a las que el maestro de Volpone, Pablo Ramírez, había efectuado para apoderarse de *La Nación*, que había sido propiedad de su fundador, Eliodoro Yáñez.

En televisión, en cambio, era casi absoluta la tendencia al predominio de la izquierda y luego de la Unidad Popular. Al estar los canales ligados a las universidades de acuerdo a la ley establecida por el gobierno de Jorge Alessandri, sus líneas de información y las categorías con que se formulaban seguirían las alternativas del desarrollo político de estas. El Canal 9 de la Universidad de Chile era considerado un feudo del Partido Comunista, al cual el propio rector Boeninger no pudo hincarle el diente en la forma en que hubiera querido.[17] El Canal 13 presentaba un cierto pluralismo, en especial por el programa *A esta hora se improvisa*, que fue adquiriendo hasta 1973 un protagonismo central en el debate público. Se vio cómo en el primer semestre de 1971 una coalición entre sectores democratacristianos y de derecha habían logrado asegurar una presencia prevalente en el canal católico.

Canal 7, o Televisión Nacional, era de gobierno. Sin embargo en 1970, en previsión de un cambio, se había delegado una legislación propia que garantizara una autonomía mínima respecto de los gobiernos de turno. Esto adquirió un carácter más dramático desde el momento en que fue elegido Salvador Allende y le imprimió una atención mayor a la negociación por el Estatuto de Garantías. Con todo, aunque debía dar algún espacio a los opositores, en el período de la Unidad Popular fue, junto con Canal 9, el vocero principal del gobierno y además el único canal en Chile que tenía cobertura a todo el territorio, lo que le daba una potencia especial.[18] Los canales, como otros medios de comunicación, pero de manera más acentuada, se convirtieron en un espacio de guerrilla política cotidiana, creándose un conflicto dentro del conflicto, con situaciones propias de estos casos, de cómicas a tragicómicas y a dramáticas. Como en tantas instancias del país, al final pocos periodistas pudieron sustraerse al estado de ánimo de polarización.

La batalla principal pareció darse en torno al diario *El Mercurio*. Este no era solo el principal diario de Chile en el siglo XX (*El Mercurio* de Valparaíso había sido fundado en 1827 y el de Santiago en 1900), sino que también era cabeza de una

[17] Entrevista a Patricio Aylwin, *La Segunda*, 23 de octubre de 1970.

[18] Hurtado y otros, *Historia de la televisión chilena entre 1959 y 1973*, p. 304.

vasta cadena de radios en las regiones de Chile y además de un diario de gran tiraje popular, *Las Últimas Noticias*, que era una suerte de competencia con *Clarín*, aunque no tenía un contenido político especifico. Toda esta cadena en lo principal era propiedad de los descendientes del fundador, Agustín Edwards McClure, los que además eran dueños de un conglomerado de empresas y de un banco. *El Mercurio*, en lo económico y en lo político, se había constituido desde su fundación en un punto de referencia y era un poder en sí mismo, todo ello desde una perspectiva entre liberal y conservadora, aunque también con gran capacidad de adaptación a los tiempos. Había sido también el objeto de las críticas y ataques más despiadados de parte de la izquierda, y en ocasiones del centro y la derecha.[19]

Salvador Allende había llegado a personalizar de una manera muy notoria las críticas rotundas a *El Mercurio* y a su propietario. Había en esto amenazas latentes a su existencia desde mucho antes. En 1968, después de acompañar a los guerrilleros supervivientes de la tropa de Guevara y ante las protestas en Chile de que ello no era propio al presidente del Senado de un país democrático, Allende escribió a *El Mercurio:*

> Chile es hasta hoy un país que vive en la forma de la democracia burguesa; con todas sus fallas indiscutiblemente uno de los países de América en el cual las luchas cívicas tienen un contenido todavía, pero que cada vez se va cerrando más a la posibilidad de que los movimientos populares conquisten por las urnas el poder en Chile, y en eso gran culpa la tiene "El Mercurio" por su implacable, por su torpe, por su permanente desviación de la verdad y deformación de los hechos; por su implacable defensa de sus intereses, por negar el derecho a una vida distinta a la inmensa mayoría de los chilenos. El camino que vamos a seguir nosotros no lo va a imponer nadie, como nunca ha dispuesto al movimiento popular chileno ninguna tutoría, ningún Partido Socialista ni ningún país socialista. Creemos sí, señor director, que lamentablemente cada vez que en el esquema del mundo la violencia se desata con más frecuencia lo hace el imperialismo, la cultura suya no le puede hacer olvidar lo que es Vietnam. Vietnam que no existe para "El Mercurio" aunque existe hasta para el Papa en su posición de hombre en el sentido humano. Las luchas se tendrán que dar en escala mundial y continental; yo espero y anhelo como chileno que escapemos a la violencia; sin embargo cuando uno ve la tentativa de crear el ejército interamericano de paz, cuando conoce lo que son las fronteras ideológicas, cuando sabe del derecho de los americanos a invadir Santo Domingo y lo que han hecho los americanos aún en Brasil, cuando sabemos lo que hacen en su propia patria, tiene que tener serias dudas de que

[19] Jorge Alessandri en 1967 le decía al embajador Korry que el propietario de *El Mercurio* estaba entregado al gobierno de Frei. Memorándum de conversación, Edward Korry-Jorge Alessandri. De embajada en Santiago a Departamento de Estado, Aerograma 310, 29 de diciembre de 1967, National Archives II, Records of the Department of State, Record Group 59, Subject Numeric Files, 1967-1969, Politics and Defense, Box 1976.

> vayan a respetar la voluntad del pueblo. Por lo tanto todavía estoy en la lucha popular, y le reitero que no vamos a la violencia, pero que la violencia revolucionaria es a veces la única respuesta a la violencia de ustedes, la violencia reaccionaria.[20]

Esta carta muestra el tono entre advertencia y coerción con que Allende se dirigía siempre a *El Mercurio*. Había algo personal en esa rivalidad y algo de la visión marxista acerca de la "prensa burguesa" como una distorsión de la realidad. Parecía que sin sospechar la importancia que tendría años más tarde en una nueva izquierda, para estos efectos, Allende asumía la tesis gramsciana de que el combate político se traslada a la formulación del lenguaje, a las categorías de la cultura, a la formación de mentalidad. Por ello llegó a ser una especie de guerrilla personal y por ello no se le auguraban buenos tiempos a *El Mercurio* durante el gobierno de la Unidad Popular.

Aunque concedía algunas entrevistas al diario, Allende reiteraba continuamente sus críticas, tanto al medio como a su dueño. Las empresas de Agustín Edwards Eastman —al que constantemente zahería— comenzarían rápidamente a caer en la ola expropiatoria. Símbolo de ello fue el Banco Edwards, fundado en 1866, el principal emblema familiar. A raíz de la intervención, se le seguiría además un juicio a Agustín Edwards con el objeto de destruirlo como figura pública. Este había dejado el país pocos días después del triunfo de Allende y vimos que en el mismo mes de septiembre se había entrevistado nada menos que con el Presidente Richard Nixon. Desde lejos, seguiría dirigiendo la estrategia para conservar el diario y para que este permaneciera como un puntal de la oposición contra Allende.

La batalla se trasladaría al interior del diario, y sería en parte dirigida o alentada desde afuera por el Gobierno y los partidos de la coalición, y desde adentro por algunos de sus sindicatos orientados a la izquierda. En muchas revoluciones populistas o radicales, este panorama se repetía sin fin como manera de anular a un adversario en los medios. La batalla por *El Mercurio* pasaría a ser decisiva juntando estos dos factores. El diario, como toda prensa que sea propiedad privada de este tipo, vivía del avisaje público o fiscal y del avisaje de la empresa privada. El primero podía ser manejado con un amplio radio de arbitrariedad por el gobierno de turno, aunque el Estatuto de Garantías algo ayudaba. La empresa fue sometida a una ofensiva que no terminaba nunca, hasta que se vio entre la espada y la pared.

Existía un equipo editorial en el diario cuyas cabezas eran el director, René Silva Espejo, y su mano derecha para la página editorial, Arturo Fontaine Aldunate, junto a un equipo de abogados y algunos intelectuales de orientación aproximadamente

[20] Cit. en "Allende habla con Debray", *Punto Final*, 16 de marzo de 1971, pp. 34-35.

conservadora. Fueron los estrategas de lo que podríamos llamar la semántica profunda del diario, que combinaba la idea de "prensa seria" —el empleo de un lenguaje que no sea dirigido a un público determinado o a un tema de interés de un grupo circunscrito— con el objetivo de dar una orientación política a la oposición. Para la supervivencia del diario fue decisivo que, con un cambio en los porcentajes de acciones, fueran mayoría los miembros de la familia del propietario, quienes apoyaron esta estrategia general.

Fernando Léniz Cerda, ingeniero y profesor de la Universidad de Chile, producto típico de la época del "estado de compromiso", que mantenía vinculaciones con la derecha y con la izquierda, fue el timón económico que mantuvo al diario. Sin embargo, si en Chile hubo una cabeza que uniera a toda esta enorme empresa con una dirección específica ante la situación de pugna que se daba en el país, fue Hernán Cubillos Sallato, ex marino, hijo de un ex Comandante en Jefe de la Armada y hombre de confianza de Agustín Edwards. Asumió el mando de este buque. No solo esto, sino que también fue, al menos en los comienzos, el principal cerebro que organizó la estrategia general de la derecha política, de los grupos empresariales, de los gremios, y de la relación de estos con la Democracia Cristiana y con otras fuerzas de oposición, aunque estas tenían también sus propias relaciones con esas entidades. Junto a otros líderes gremiales y algunos de la Democracia Cristiana, es probable que Hernán Cubillos haya sido el principal vehículo para la recepción del apoyo en dinero que fue enviado por el gobierno de Estados Unidos y que fue canalizado por la CIA. *El Mercurio* fue un receptor privilegiado de estos fondos (US$ 1.665.000), aunque es más que probable que otros órganos de prensa los hayan recibido a través de los partidos políticos. *El Mercurio* era en sí mismo un polo político.[21]

*El Mercurio,* apoyado por su cadena de diarios, por la gran versatilidad de sus informaciones y por plumas formidables, junto a las caricaturas de Lukas que hicieron época, fue una de las fuentes más importantes para mantener una coherencia en la oposición y no solo en la derecha. Además, apoyó en su estilo indirecto el incremento de la confrontación en la cual participaron prácticamente todos los actores de la sociedad chilena. Uno de sus últimos editoriales antes del golpe de estado, el domingo 9 de septiembre de 1973, sostenía que "el país está inevitablemente condenado a la destrucción si continúa aplicándose la política de tránsito hacia el

[21] La fuente más importante para conocer estos datos y prácticamente la única que existe sigue siendo U.S. Congress. Senate. Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities*, Covert Action in Chile, 1963-1973: Staff Report.* 94th Congress, 1st Session, 1975*,* p. 6.

socialismo que representa el Presidente Allende", lo que es indicativo en el fondo y en la forma del estado de ánimo del momento.[22]

La Democracia Cristiana fundó su propio diario, *La Prensa*, a fines de octubre de 1970, para lo cual también recibió apoyo del gobierno norteamericano a través de la CIA. Comenzó con una actitud de oposición bastante clara incluso antes que *El Mercurio*. Nunca dejó de ser un diario de partido, si bien en una época de aguda movilización fue un factor no desdeñable para mantener la coherencia y enviar los mensajes. En lo fundamental, respondió a la visión de Eduardo Frei Montalva y por eso tiene que ser sumado a la prensa opositora desde un comienzo, lo que era visible en sus titulares y su orientación. Mantuvo la idea democratacristiana del "socialismo comunitario" como eje ideológico, aunque también defendió a la empresa privada, sobre todo cuando esto se convirtió en uno de los temas centrales de la pugna, en especial desde el Paro de Octubre en adelante.

La revista *Ercilla*, que en su larga trayectoria podría ser definida como de centroizquierda, pasó también a transmitir una visión más próxima a la oposición que a la Unidad Popular. Sobresalía el veterano periodista político Luis Hernández Parker (LHP), que en su juventud había pertenecido al Partido Comunista. Permaneció como un periodista de izquierda, aunque contando con la confianza de gran parte de los políticos, quienes lo "dateaban", lo que hacía de LHP un punto de referencia en el país. Sus alocuciones radiales a las 13:35, después del *Reporter Esso,* eran escuchadas por una gran cantidad de gente y una fuente de referencia. Otra pluma formidable era la de Hernán Millas Correa, hermano de Orlando, aunque de ideas que podríamos definir de centroizquierda. En este período fue uno de los referentes de la oposición. Guillermo Blanco Martínez, periodista y novelista, pertenecía también a este equipo.

Intentó competir con *Ercilla*, con algún éxito, *Qué Pasa* —que se publicitaba a sí misma como una revista "insoportablemente independiente"—, fundada por antiguos discípulos de Jorge Prat y sectores de una nueva derecha que querían imprimirle mayor dinamismo, combinando ideas y posición política. Los nombres de Gonzalo Vial Correa y de Hernán Cubillos sobresalen en este sentido. Al igual que *Ercilla,* y en un caso digno de curiosidad dado el contexto, inauguraron la idea de los columnistas representando a diversas tendencias, incluyendo al menos a uno de la Unidad Popular, en la sección "Cara a la opinión". *Qué Pasa* esgrimiría con más fuerza la necesidad de un cambio radical en Chile, pero contrario al de la Unidad Popular. En este sentido, le era inmanente un contenido rupturista.

[22] *El Mercurio*, 9 de septiembre de 1973.

La oposición también tuvo órganos para el trabajo sucio. Un grupo que había estado relacionado con *PEC* fundó en diciembre de 1970 *SEPA*, semanario dirigido por el miembro de la Democracia Radical Rafael Otero Echeverría, orientado a dar batalla y a tratar de sacar más y más trapitos al sol que afectaran a la Unidad Popular y al Gobierno. Este le interpuso varias querellas y su director tuvo que sufrir algunos arrestos. Proporcionaba munición para el debate y el enfrentamiento verbal y jugó un papel muy destacado en los primeros meses cuando la oposición no se articulaba bien como tal y había un espacio vacío. Más influyente fue la creación de *Tribuna*, vinculada al Partido Nacional y que intentó copiar a la letra el estilo de *Clarín*. Vale decir, era una prensa amarilla de derecha; fueron célebres sus titulares que competían en comicidad con los de la izquierda, aunque dirigidos contra esta. Llegó a sacar de sus casillas a Fidel Castro, al haber aprovechado la larga visita de este para ayudar a encender las iras contra su estadía, insinuando además que era homosexual; puro invento desde luego, pero que entre la rabia y la risa la gente de oposición lo repetía y lo repetía.

Hemos hablado acerca de los medios de comunicación de izquierda, menores en número en diarios y quizás en radio, aunque como en tantos casos al articularse con sectores organizados y movilizados se potenciaban mucho.[23] Recordemos que los comunistas tenían su prensa con *El Siglo*, de gran importancia en la vida partidaria. Sectores socialistas tenían *Última Hora*, del cual había sido figura destacada el mismo José Tohá. Periodistas ligados al Partido Comunista fundaron *Puro Chile*, para complementar pero también para competir con *Clarín*. Unía rasgos de prensa amarilla con la trinchera ideológica y su personaje el Enano Maldito dentro de la izquierda era un punto de referencia, así como Don Memorario de Lukas lo era en la oposición. El humor en ambos era muy distinto. Si bien el Enano Maldito no se refería a problemas personales presuntos o reales de quienes eran denostados, expresaba un humor grueso, agresivo y cáustico, lejos de la fina ironía de Lukas.

Así como el gobierno norteamericano en una política decidida había apuntalado a los medios de oposición, algunos de la Unidad Popular habían recibido ayuda sostenida de la Unión Soviética y del régimen de la República Democrática Alemana.

---

[23] La mayoría de los partidos de la Unidad Popular poseía o tenía influencia decisiva sobre alguna radio importante: Radio Portales era propiedad de cercanos a Allende; Radio Corporación era administrada por el Partido Socialista; Radio Magallanes era propiedad del Partido Comunista; Radio Candelaria era controlada por el MAPU; Radio Nacional lo era por el MIR; y la Radio Luis Emilio Recabarren era propiedad de la CUT. María Eugenia Lasagni, Paula Edwards y Josiane Bonnefoy, *La radio en Chile (historia, modelos, perspectivas)* (Santiago: s.d. 1988), p. 34.

No consistía en dinero en efectivo, en lo principal, sino que en maquinaria de prensa a precio rebajado y en mucho material impreso que era distribuido por los partidos, especialmente el Comunista. Los dirigentes comunistas y el mismo Allende antes de ser Presidente habían solicitado también ayuda para la instalación de material de radio, ya que consideraban que sus medios estaban anticuados en este sentido, aunque no está claro cuánto de aquel se había instalado ya en 1973.

Una lectura sumaria de titulares y de algunas páginas escogidas al azar, o escuchar radio cambiando el dial distraídamente, podía dar una idea de manera rápida de cómo la política y la pugna por el poder estaban invadiendo todos los espacios y resquicios de la sociedad chilena. Por una combinación de demanda pública por toma de partido con el interés en delinear frentes y también de echarle leña a la hoguera, los medios de comunicación se convirtieron en una fuente rica para el sentimiento de confrontación y de la lógica amigo-enemigo que iba dominando la escena chilena.[24] Había matices y había secciones o programas y horarios que escapaban a esto, que eran entretención, deportes, cultura, pero que estaban sombreados por las iras que de manera creciente irían dominando las emociones de los chilenos. No faltará el observador que pueda deducir que el conflicto fue una "invención" de los medios, una especie de realidad ficticia. Como lo hemos explicado, la parte de ficción comenzó en efecto con visiones desarrolladas en la política chilena, que eran también parte de formas desarrolladas por la sociedad moderna, las cuales en Chile adquirieron una connotación especial de crisis ideológica.

## La Papelera No

La izquierda nunca ocultó que consideraba a la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones un monopolio que debía ser expropiado. Para colmo, su presidente era Jorge Alessandri —el "viejo papelero" lo llamaban en la izquierda—, otorgándole un doble simbolismo al tema. Era un gigante en su rubro aunque no exactamente un monopolio, no más allá de lo que en general se le permitía a la empresa chilena serlo en las décadas del "sistema CORFO", de precios fijados, de complicados permisos de importación y de mucha regulación. Tenía por cierto

[24] Sobre la prensa política en los años de la Unidad Popular, Patricio Dooner, *Periodismo y política: la prensa política en Chile 1970-1973* (Santiago: Editorial Andante, 1989); Patricio Bernedo, "La prensa escrita durante la Unidad Popular y la destrucción del régimen democrático", en Claudio Rolle (coordinador), *1973. La vida cotidiana de un año crucial* (Santiago: Planeta, 2003), pp. 59-96.

influencia política, la que podía volverse en contra debido a la notoriedad que alcanzaba la Papelera, según se la llamaba corrientemente.

Las acciones mayoritarias estaban dominadas por pocas personas, lo que, como en el caso del Banco de Chile, podía ser tanto un peligro como una ventaja según se le mirara; según fuera posible presionar o convencer al propietario de venderla o que un inversionista motivado se jugara por no venderla. ¿Por qué tanta importancia para una empresa por grande que fuera? Porque su presencia en la producción de papeles y cartones era tan fuerte que ningún medio de prensa podía dejar de comprarle al menos una parte importante de su material. Nunca hubo una queja fundada acerca de que dejara de abastecer a un sector u otro. Se cuidaba mucho de hacerlo. Era también una empresa modelo en términos de avance industrial y de cumplimiento de las leyes sociales y, en general, del bienestar de empleados y trabajadores. No podía descuidar este flanco tampoco.

En cambio, el control de la Papelera por un gobierno decidido a alinear a los medios de comunicación en torno a un proyecto era una fuente de peligro para los grupos que no estuvieran comprendidos en dicha aventura. Aunque los democratacristianos muchas veces se sumaban a las críticas a la Papelera y repetían lo de "viejo papelero" por Alessandri, en 1971 todos comprendieron rápidamente el peligro que había en la postura de la Unidad Popular. Sus partidos y su gente intentaron una movilización social de los trabajadores, pero estos en su mayoría eran reacios al cambio, en parte porque eran trabajadores privilegiados en cierta manera y en parte por la hábil táctica de relaciones públicas desarrollada por el gerente general, Ernesto Ayala. La otra estrategia del Gobierno fue más abierta: efectuar una oferta de compra de acciones, primero a un precio muy favorable para el pequeño accionista. También hubo insinuaciones a los grandes accionistas y tentaciones no les faltaban. Fue una técnica que dio muy buenos resultados al Gobierno en una gran cantidad de empresas.

Aquí no sucedió eso. Hubo una decisión empresarial de defenderse como gato de espaldas. El mismo hecho de estar la empresa ligada a tradiciones políticas lo reforzaba en esta decisión. No hubo tampoco ningún político de oposición que estuviera en una línea de admitir algún grado de socialismo que a la vez no se opusiera firmemente a la intervención o estatización de la Papelera. Partidos, periódicos y parlamentarios en su conjunto representaron una coalición muy fuerte, a la que se uniría el resto de los gremios a partir del Paro de Octubre. Fue Jaime Guzmán el que ideó la fórmula "La Papelera No", en el sentido de que se efectuaría una movilización por cualquier medio que se suponía legítimo para impedir la expropiación

de una empresa que era básica para la libertad de prensa.[25] Se creó un "Fondo de la Libertad de Expresión" para comprar acciones. Además, se indicaría al público en qué proporción este fondo más otras acciones que permanecían en manos particulares sería más alto que el valor de las acciones de propiedad del Estado.[26] El Gobierno insistía en que se crearía una entidad que supervisaría la independencia de la empresa pública que repartiera el papel.[27]

Se topó con la desconfianza indestructible de la oposición. Cuando esta se articuló como un ente relativamente coordinado, la defensa de la Papelera pasó a ser una de sus prioridades. Llegó hasta la base de la sociedad. Surgieron organizaciones más o menos espontáneas para el suministro de material para la Papelera, ya que el Gobierno había utilizado dos triquiñuelas para complicar su existencia. Por una parte, le prohibía alzar los precios, con lo cual la tenía que encaminar a una crisis financiera insoluble; y, en segundo lugar, las empresas públicas le entorpecían el suministro de material.[28] De allí que en miles de hogares de Chile se juntaban los diarios usados para devolverlos a la Papelera, de manera que fueran reciclados. Esto era posible porque existía un estado de ánimo que había llevado a la combatividad a sectores para los cuales antes la política era un asunto de discusión a la hora de almuerzo, de charla ocasional con amigos o de acudir a votar los días de elección. Ahora fue apareciendo poco a poco como una necesidad vital.

Sobre la Papelera jamás hubo acuerdo. Fue una permanente manzana de la discordia. La Unidad Popular no cejó en su empeño por expropiar la Papelera con los recursos señalados. En un momento dado ya no se vendieron más acciones de particulares. Continuó, sin embargo, la negativa gubernamental a un alza de precios adecuada a la vertiginosa inflación que se fue apoderando del país. Ni siquiera una entrevista que Alessandri solicitó a Allende —concedida por este— para plantearle este problema tuvo mayor resultado. Es probable que empresarios hayan aportado para la supervivencia de la empresa o que fondos de origen político finalmente de fuentes externas la hayan sostenido. Era la convicción absoluta de la oposición de que se trataba de la trinchera más vital de la pugna en que uno ganaba y el otro perdía, de lo que comúnmente se llama suma-cero.

---

25 Según el testimonio de Ernesto Ayala, publicado en *La Tercera*, 24 de junio de 2007.

26 *El Mercurio*, 26 de noviembre de 1971.

27 Sería el Instituto Nacional del Papel Periodístico. Tomás MacHale, *El frente de la libertad de expresión, 1970-1972* (Santiago: Ediciones Portada, 1972), p. 117.

28 *Qué Pasa*, 13 de octubre de 1972.

## La Reforma de las Tres Áreas

En este aspecto, el debate se transformó finalmente en el tema constitucional de más peso en el quiebre final. La Papelera era un caso particular, aunque podía ser también el eslabón perdido. La Reforma de las Tres Áreas, en cambio, definía dónde iba a estar el peso de la economía y de la propiedad de los medios de producción. Todas las negociaciones y todas las posibilidades de un acuerdo entre las partes comenzaban y terminaban por esta definición. Una de las principales acusaciones de apartarse de la Constitución que se le hacía al gobierno de Allende se originaba en su reacción ante esta reforma.

Se ha explicado cómo la Unidad Popular pasó a realizar su objetivo declarado de crear las tres áreas de la economía. En realidad, el corazón del sistema era el Área de Propiedad Social (APS), que iba a implicar el control del Estado sobre el grueso de la economía, casi de un plumazo. Esto se llevó a cabo por medios legales y semilegales; también, que no se olvide, había algunos que eran sencillamente ilegales, por lectura abusiva de las disposiciones o por las ubicuas ocupaciones o tomas, aunque no siempre alentadas por los partidos de gobierno. En la medida en que la oposición fue articulando una estrategia como tal, y sin olvidar que cada sector de oposición tenía su propia cara, el tema del proceso de expropiación pasó a ser confrontado como uno de primera magnitud.

Más que un programa económico, era evidente que se trataba de un problema político: el control del poder. Que no se olvide que la idea "tenemos el gobierno, pero no el poder" no era una mera consigna para los militantes de la Unidad Popular. Revelaba la profunda convicción de que el Gobierno no tenía ningún sentido si no se llevaba a cabo una transformación de un grado tal que permitiera controlar todas las palancas fundamentales del poder político, económico y social. La construcción del APS era una base fundamental del mismo, por convicciones económicas y por las herramientas de presión política que proporcionaba.

El Gobierno, que en un comienzo se había contentado con la política de hechos consumados de acuerdo a su estrategia, presentó en el segundo semestre de 1971 un proyecto de ley en la Cámara para fijar las Tres Áreas de la economía, definiendo el APS de una manera bastante amplia. En realidad, se trataba de adelantarse a una estrategia que diseñaba la Democracia Cristiana, segura esta de que la derecha no iba a tener más alternativa que seguir sus aguas. Como en términos legales tenía menos facultades que el Gobierno para proponer legislación regular a través de la Cámara, la idea central fue presentar un proyecto de reforma constitucional que fijara en ese rango las ideas básicas de la división de las Tres Áreas, que

a su vez ordenaba el establecimiento de una legislación apropiada. La Democracia Cristiana presentó esta iniciativa en el Senado, como era necesario cuando se trataba de reformas constitucionales.

Ante la política de los hechos consumados desatada por la Unidad Popular y la posibilidad de que una ley de iniciativa gubernamental rechazada en el Congreso podía recibir insistencia que solo podía ser superada con los dos tercios —mayoría que no estaba ni lo estaría en manos de la oposición—, la Democracia Cristiana se decidió por la vía de una reforma constitucional. Esta seguía otros parámetros, y en caso de veto presidencial se podía superar por mayoría simple, o bien el Presidente podía llamar a un plebiscito. Sin embargo, las disposiciones al respecto no eran claras, lo que causó una crisis constitucional que en muchos sentidos se parecía a la de 1891, que provocó la guerra civil, o a la tensa discusión de 1939 sobre la CORFO.

Fueron los senadores democratacristianos Juan Hamilton Depassier y Renán Fuentealba quienes presentaron este proyecto de reforma, el cual pasaría a ser conocido con los nombres de estos parlamentarios. En su preámbulo se decía que ellos no se oponían a la creación del área social y a la incorporación de muchas empresas a ella, pues eso había comenzado en la época de Frei; que se pensó que iba a ser por medio de un proceso legal, como la reforma que permitió la nacionalización del cobre apoyada por la Democracia Cristiana, y que ahora sería de la misma manera:

> Lamentablemente, no ha ocurrido así con otras importantes actividades productivas que el Gobierno trata de incorporar al área social, recurriendo a los sistemas de dudosa legalidad que hemos descrito. Así por ejemplo, ha procedido a estatizar parte de la banca privada, a pesar de la pública promesa del Presidente de la República de realizar dicha reforma a través de la ley y del anuncio del envío que aún no recibe el Congreso Nacional. Cuantiosos recursos públicos se invierten o se comprometen en estas "estatizaciones" sin que el Congreso Nacional haya autorizado esos compromisos o se haya pronunciado sobre su naturaleza, extensión y conveniencia; sin que se haya determinado por ley la participación que corresponderá a los trabajadores de las industrias afectadas; y sin que la opinión pública nacional conozca, como tiene derecho a saberlo, ninguno de los antecedentes más fundamentales en materias de tan grave incidencia en el desarrollo futuro del país. A fin de regular legalmente el proceso descrito, incorporarlo a la institucionalidad vigente y permitir que sea el pueblo, a través de sus representantes en la Cámara y el Senado, o bien, en caso de desacuerdo entre el Parlamento y el Ejecutivo, directamente a través del plebiscito, el que resuelva sobre esta materia.[29]

[29] *Diario de Sesiones del Senado*, 29 de octubre de 1971.

El texto no traduce del todo el ambiente de tensión y de inquietud que había en primer lugar originado el proyecto de reforma, que apuntaba a una prueba de fuerza legal y constitucional para impedir que la Unidad Popular realizara el programa tal como se lo proponía.[30] El proyecto de reforma definía las tres áreas en términos generales y establecía que, a partir del día 14 de octubre de 1971, todo acto ejecutado por el Estado, las municipalidades o un organismo público debía hacerse de acuerdo a lo prescrito por la Constitución según la reforma Hamilton-Fuentealba.

A nadie escapaba que al encauzar la formación del APS en una definición de este tipo el control de la economía perseguido por la Unidad Popular quedaría limitado. Creaba seguridad jurídica para el resto de los propietarios, lo que al menos en términos formales impediría una "transición al socialismo", si por tal se entendía al de los sistemas marxistas que servían de paradigma para casi todos los partidos de la Unidad Popular. El uso integral del medio propuesto por la reforma legitimaba en todo caso, si volvemos al 3 de noviembre de 1970, un proceso mayúsculo de nacionalizaciones. Pero si nos ponemos en octubre de 1971, este no solo tendría que terminar muy luego, dado lo avanzado que estaba de acuerdo a la reforma, sino que además se tendrían que devolver muchas empresas. Sobre todo, le daba un arma constitucional formidable al resto de las empresas privadas —algunas grandes, otras medianas— para resistir cualquier embate que no fuera el de los hechos puros y simples. Claro que en este último caso eso quedaba fuera de la legalidad.

Los propugnadores del proyecto en nombre de la Democracia Cristiana decían compartir muchas de las ideas del gobierno de la Unidad Popular. Juan Hamilton afirmaba que su partido "está a favor de un proceso de cambio que permita a Chile salir de su estado de subdesarrollo y dependencia y que, simultáneamente, altere las estructuras tradicionales de poder para lograr una efectiva democratización del sistema político y económico".[31] Sostenía que solo se oponían a un sistema "totalitario" y que se había comprobado que las empresas estatizadas en los "países socialistas" eran ineficientes. Que para ellos, los democratacristianos, lo fundamental en el área social no era la propiedad del Estado, sino que el papel de los trabajadores. Por eso en el proyecto original se insistía en una especie de "cuarta área" que sería espe-

[30] "La ley determinará los medios o bienes de producción que se podrán incorporar al área social de la economía y de los cuales será dueño exclusivo el Estado, como representante de la comunidad nacional y los que formarán parte del área mixta, que pertenecerán en conjunto al Estado y particulares. Los demás integrarán el área privada, de dominio de los particulares". *Diario de Sesiones del Senado,* 29 de octubre de 1971.

[31] *Diario de Sesiones del Senado*, 29 de octubre de 1971.

cíficamente el de empresas de trabajadores. La Yugoslavia de Tito y su sistema de autogestión habían sido muy populares, primero en algunos socialistas en la década de 1950 y después en algunos democratacristianos, en especial en Radomiro Tomic.[32] Hemos dicho que es más que dudoso que ello haya sido como se presentaba. La dictadura de Tito era un simple sistema estatista, al cual se le sumaron algunas reformas liberalizadoras a partir de la década de 1960 y alguna autonomía para las empresas de un cierto tamaño.

La autogestión fue rechazada por los otros países marxistas porque creaba poca dependencia de los trabajadores hacia el Estado, pero como imagen era muy poderosa cuando se unía a una sensibilidad reacia a los sistemas marxistas y a una idea de representar a la izquierda que seguía siendo muy fuerte en la Democracia Cristiana y algunos sectores de la oposición. Ellos querían ser los voceros de un "socialismo comunitario". Este es el corazón del argumento de Renán Fuentealba, quien en el período restante hasta 1973 perteneció, en términos relativos, a un ala más bien de izquierda de la Democracia Cristiana:

> Por eso, señores Senadores, entre la posibilidad de mantener un régimen capitalista de corte liberal o de sustituirlo por régimen capitalista de Estado o estatista, nosotros planteamos la creación de una sociedad socialista que hemos denominado comunitaria, en que existiendo las áreas estatal, social, mixta y privada, haya una predominante, el área social en que los trabajadores organizados tengan la administración y gestión y participen en los beneficios que produzcan los medios y bienes de producción incorporados en ella.[33]

Quizás nunca ha existido un sistema con "empresa de trabajadores" más allá de las cooperativas voluntarias, pero no cabe duda de que consisten en una especie de propiedad privada, ya que a lo que se apunta es al derecho de una propiedad proporcional, en este sentido abstracta, de cada trabajador, más allá del sueldo fijo y de la ganancia. Un argumento interesante es el que añadía Alberto Baltra, ahora decidido crítico de la Unidad Popular. Recordaba que el Partido Radical había propuesto desde siempre la formación de un sólido bloque industrial en manos del Estado y expresaba también su escepticismo sobre las empresas de trabajadores porque crearían pugnas entre ellos. Compartía la inquietud de que el Estado pudiera aplastar al individuo y

---

[32] En la discusión fue ilustrativa la presentación del senador democratacristiano Ricardo Valenzuela, en la que negaba que se estuviera estableciendo una suerte de "capitalismo popular" —aunque en la práctica algo de esto había—, sino que el proyecto "que apoyamos propone un sistema muy similar al que se ha aplicado, a mi juicio, con bastante éxito, como lo pude comprobar personalmente, en la República de Yugoslavia". *Diario de Sesiones del Senado*, 2 de noviembre de 1971.

[33] *Diario de Sesiones del Senado*, 2 de noviembre de 1971.

también descreía del sistema yugoslavo. Porque ese sistema tenía unas raíces en la historia del país desde antes de su revolución y porque se creía "que la autogestión ha resuelto los problemas en Yugoslavia, y que ella es la fórmula capaz de resolverlo todo. En realidad no es así".[34] Renán Fuentealba destacaba que el establecimiento de un área para los trabajadores era lo único que podría frenar la marcha hacia el "totalitarismo" que es hacia donde iba el país según las acciones del Gobierno.[35]

Para la derecha la situación tenía un rasgo inconfortable. No podía llevar la iniciativa. Cuando la había tomado, como en acusaciones constitucionales contra los ministros de Justicia y Economía, por ejemplo, había quedado irremediablemente aislada por no ser acompañada por la Democracia Cristiana. Esta había señalado que, aun estando de acuerdo en algunos fundamentos de la acusación, las cosas no estaban maduras para llegar a ese punto. Es probable que las directivas de los dos partidos hayan conversado sobre esta reforma constitucional, aunque no hay ninguna huella expresa. En todo caso, no solo no quedaba otro remedio que apoyarla, sino que también era la única manera de poder salvar a una parte significativa de la empresa privada en Chile. El senador Víctor García Garzena lo decía de manera franca cuando anunciaba el apoyo de los nacionales, ya que "viene a poner fin a la arbitrariedad y entrega a la ley la resolución del problema de crear las áreas sociales y mixtas de la economía".[36] Añadía que también apoyaban la participación de los trabajadores.

El plato fuerte de la derecha estuvo a cargo del senador Pedro Ibáñez Ojeda. Este, de paso, ponía como ejemplo la expulsión de trabajadores de la fábrica Sumar por no haber estado de acuerdo con la intervención. Era todo un tema en la época. Ibáñez iba al fondo de que:

> En la Constitución actual se consagran disposiciones muy claras con relación a las contravenciones constitucionales que podían cometerse en la época en que aquella fue redactada, pero no figuran normas igualmente explícitas y definitivas para impedir los abusos que se cometen en la actualidad y que son posibles debido al inmenso poder económico que los Gobiernos han acumulado en años recientes. Asimismo las garantías constitucionales relativas a la libertad de expresión resultan carentes de eficacia frente a situación imprevisible hasta hace poco, como el empleo abusivo de la televisión estatal, la negativa para renovar concesiones de radio, o los monopolios estatales para fabricar papel, que colocan automáticamente en entredicho la libertad de prensa.[37]

[34] *Diario de Sesiones del Senado*, 17 de noviembre de 1971.

[35] *Diario de Sesiones del Senado*, 17 de noviembre de 1971.

[36] *Diario de Sesiones del Senado*, 19 de febrero de 1972.

[37] *Diario de Sesiones del Senado*, 30 de octubre de 1971.

Votaría a favor de la reforma porque al menos llenaba estos vacíos y esto ayudaría, asimismo, a mantener la independencia de los chilenos vinculados a la empresa y la de sus trabajadores. Creía, eso sí, que seguía pendiente un tema más amplio: la defensa del estado de derecho, para lo cual no bastaba la reforma:

> Pero frente a las tácticas leninistas, a la amoralidad política como sistema, a la sustitución del Estado de derecho por la legalidad socialista, o sea, por la conformidad por los objetivos revolucionarios, nuestra Constitución carece de preceptos que resulten efectivos y requiere de una revisión cuidadosa, así como de la adición de normas adecuadas para las nuevas amenazas y circunstancias políticas que vivimos.[38]

Pedro Ibáñez planteaba aquí algo que estaba inmanente desde la fundación del Partido Nacional en 1966, de la cual él fue uno de los principales gestores. Se trataba de que el sistema constitucional chileno era insuficiente para los nuevos tiempos y por ello se propugnaba una "nueva República". La campaña de Jorge Alessandri articulaba esta idea y la derecha no dejó de plantearlo hasta el 11 de septiembre de 1973. Por ahora, su única alternativa era apoyar, alentar y, en lo posible, incrementar la oposición que efectuaba la Democracia Cristiana.

La izquierda se lanzó en picada, disciplinadamente, contra el proyecto. El argumento principal era que los procedimientos para expropiar (intervenir, requisar, comprar) no solamente eran legales, sino que consistían en el instrumento adecuado para llevar a cabo la política económica prometida por la Unidad Popular y acometer la "transición al socialismo". Rafael Agustín Gumucio, de la Izquierda Cristiana, decía que el proyecto quería "a todo precio (…) paralizar la voluntad de cambios que ha llevado adelante el Gobierno".[39] Luis Valente Rossi, del Partido Comunista, manifestaba que era obvia la intención de obstaculizar la formación del APS, ya que en el Congreso cada una de las leyes específicas distorsionaría el planteamiento del Gobierno.

Alberto Jerez, de la Izquierda Cristiana, repetía con más estruendo lo que acusaban todos los demás, que los partidarios de la reforma estaban defendiendo intereses particulares. Es interesante señalar que, con la mayor memoria histórica que tiene la izquierda, surgiera la comparación con el debate en torno a la creación de la CORFO en febrero y abril de 1939 cuando hubo un *impasse* parecido. El Frente Popular acusaba a la derecha de defender intereses mezquinos en medio de la tragedia del país, provocada por el terremoto de Chillán del 23 de enero de 1939. La derecha

---

[38] *Diario de Sesiones del Senado*, 30 de octubre de 1971.

[39] *Diario de Sesiones del Senado*, 30 de octubre de 1971.

respondía que se pretendía iniciar un proceso de expropiación general bajo el velo del socorro a los damnificados. A la inversa de lo que sucedió con la Reforma de las Tres Áreas, la discusión sobre la CORFO culminó con cierta rapidez en un acuerdo entre Gobierno y oposición.[40] Los nombres de Héctor Rodríguez de la Sotta y Alejo Lira Infante fueron citados en este contexto.

El primero de ellos era un conservador que se podría calificar como reaccionario, ya que en todo lo que no fuera economía parecía más bien un ultramontano. En lo económico fue un gran formulador del liberalismo y creemos un crítico ilustrado de la evolución de Chile de mediados de siglo. En todo caso, en estas discusiones la combinación de ideales e intereses es siempre mucho más compleja de lo que se podría suponer desde un liberalismo o marxismo vulgares. El senador Jorge Montes Moraga, del Partido Comunista, destacaba este aspecto de comparación con 1939:

> Lo señalo ahora, porque si aquel Gobierno del Frente Popular significó un golpe para los privilegios de la época, en otros períodos de nuestra historia y también hoy, la constitución de Gobiernos de avanzada ha permitido continuar por la senda marcada por la Izquierda chilena de aquel tiempo y que conduce al objetivo de lograr la superación de los problemas creados por aquellos que hoy día, mediante las palabras que hemos escuchado al señor Ibáñez en el Senado de la República, pretenden justificar lo injustificable, lo que no fueron capaces de realizar, porque son representantes de una clase, de una modalidad, de un pensamiento político que no está por el desarrollo, el avance o el progreso, sino, sobre todo, por el mantenimiento de un "status" cuya primera premisa es la defensa de sus privilegios.[41]

Tanto el tono como el contenido indicaban que la Unidad Popular tenía muy claro que en este proyecto y el resultado que tuviera se jugaba gran parte de la suerte no solo de las expropiaciones y del APS, sino que también de toda la intención política que la inspiraba. La acusación de defensa de un interés particular era un arma de propaganda bastante formidable en el Chile de la época. No existía una noción pública de que la economía de mercado podía traer ventajas concretas a la gran mayoría, ni que estuviera acorde con el espíritu de los tiempos.

El remedio a todo esto no podía ser más que la destrucción del capitalismo y para ello era fundamental, o se creía que lo era, la construcción del Área de Propiedad

[40] Sergio Durán y Joaquín Fermandois, "La Corporación de Fomento y Reconstrucción en Chile como el espíritu de la economía política de una época 1939-1970", en Marcelo Rougier (compilador), *La banca de desarrollo en América Latina. Luces y sombras en la industrialización de la región* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011).

[41] *Diario de Sesiones del Senado*, 30 de octubre de 1971.

Social. Esto está dicho con todas sus letras por el senador del Partido Radical Jorge Cabello Pizarro:

> ¿Dónde está, pues, la rémora que impide el desarrollo y crecimiento de nuestra riqueza y la liberación definitiva de cada uno de los hombres y mujeres que forman la gran masa popular explotada? Nuestra opinión, repetida ya muchas veces, es la de que esa rémora está constituida por la estructura capitalista de nuestra sociedad, por el dominio que ejercen en ella importantes sectores de la alta burguesía, que están y se mantienen ligados al capital extranjero, y que imprimen a nuestro sistema el carácter de una dependencia del imperialismo.[42]

Hemos visto muchos textos como este. La particularidad reside en que muestra cómo en el Partido Radical, el que seguía perteneciendo a la Unidad Popular, había llegado a dominar un lenguaje —quizás no todas las emociones— que era completamente indistinguible del marxismo corriente. Lo mismo se veía en sectores cristianos adheridos a la Unidad Popular. Por otra parte, el peso de la semántica del proyecto de reforma constitucional, al poner mucho acento en el "socialismo comunitario" y en los derechos de los trabajadores, fundamentalmente en la dirección y participación en las utilidades, era otra arma no menos formidable, que podía incidir mucho en cómo se formulara el APS; le ponía muchas piedras en el camino a la estrategia de la Unidad Popular. En este sentido, las palabras de Rafael Agustín Gumucio apuntaban a deconstruir este argumento desde una perspectiva que no puede sino clasificarse de marxista por los motivos que se indicaran:

> Para que la autogestión tenga valor efectivo debe considerarse el problema de la propiedad de los medios de producción y, además, algo fundamental: la intervención del Estado en la recepción de los beneficios. Porque si no hay un sistema que permita a las empresas autogestionadas por los trabajadores sujetarse a una planificación que posibilite disponer de los excedentes conforme a la planificación económica general y que, por lo tanto, no se produzca lo que ocurre en una empresa de autonomía individualista manejada con igual padrón que una empresa capitalista, no se obtendrán de ella mayores beneficios. En cambio, la autogestión concebida con la intervención del Estado dentro de la dirección de la empresa y con una planificación de los excedentes que esta produzca para que pueda proyectarse conforme a una economía de las empresas en general y del Estado, no cabe duda de que es una idea positiva que merece nuestra aprobación.[43]

Gumucio tuvo a lo largo de su vida una pasión particular contra la derecha —provenía de la derecha social— y fue asumiendo posiciones cada vez más de

[42] *Diario de Sesiones del Senado*, 19 de febrero de 1972.

[43] *Diario de Sesiones del Senado*, 17 de noviembre de 1971.

izquierda hasta estar entre los fundadores del MAPU. En agosto de 1971 se sintió más cómodo en la nueva Izquierda Cristiana, por el carácter más radicalmente marxista que adquiría el MAPU. Paradoja, porque la Izquierda Cristiana también terminaría aproximándose a esa perspectiva. Es en este sentido que este texto nos arroja una de las claves de la mentalidad de la izquierda y del marxismo en particular, y no solo en Chile.

Ya hemos visto que tanto las nociones de lucha de clases y de explotación al interior de una sociedad se trasladaban también automáticamente al plano internacional y que tras ello estaba la noción de "plusvalía", se empleara o no este vocablo. Esto es la creencia de que el proceso económico, por motivos naturales, crea en todo momento una ganancia, que está a disposición de los productores, pero de la que se apropia el dueño de los medios de producción, ya sea la "burguesía", la "oligarquía" o el "imperialismo".[44] Gumucio expresaba lo que era la crítica básica de la izquierda marxista ante este proyecto, esto es, que se quería entregarles esas ganancias a los trabajadores en vez de que estas fueran recibidas y administradas por el Estado. Para la Unidad Popular debía ser el Estado el que dispusiera de estas ganancias para construir el socialismo. La ganancia o utilidad no sería un logro del gestor, el empresario, el trabajador o el Estado, sino que algo que se produciría de todas maneras en el proceso económico. Todas las huellas indican que se creía a pie juntillas en esta realidad. Fue también la fuente de muchos desengaños y tragedias en la historia de las nacionalizaciones a lo largo del mundo en el siglo XX.

El proyecto de la Reforma de las Tres Áreas fue aprobado por el Congreso Pleno el 19 de febrero de 1972. En algunos artículos hubo casi unanimidad en apoyarlos, pero en los más controvertidos, que se referían fundamentalmente a procedimientos legales o que revisaban expropiaciones de hecho, fueron vetados por Salvador Allende el 6 de abril de 1972, desatando un debate político-constitucional que sería una de las vigas maestras de la polarización en los siguientes diecisiete meses. Nos volveremos a topar con esta historia.



[44] Julio César Jobet, *Los fundamentos del marxismo* (Santiago: Prensa Latinoamericana, 1971; original, 1964), pp. 23-26, 113-129.

## Capítulo XIX

# Pleamar, bajamar: Castro, las mujeres, elecciones

### Acto primero: visita con desplante y algarabía

Se suponía que le iba a dar un irresistible impulso hacia adelante a toda la Unidad Popular. Sería el golpe vitamínico que daría oportunidad de avanzar a una fase más completa en la transición al socialismo. Se suponía también que iba a reforzar la autoridad de Salvador Allende sobre la Unidad Popular, en especial sobre quienes estaban entusiasmados con llegar a una prueba de fuerza con la oposición, abandonando más abiertamente la estrategia legal que denunciaban como "democracia burguesa". En un comienzo, parecía cumplir plenamente con estas expectativas e incluso iba mucho más lejos. Al final, apenas fortaleció el segundo de los objetivos y fue en gran medida contraproducente para el primero. La visita de Castro en noviembre de 1971 constituyó el inicio de la movilización masiva de la oposición, antesala de la guerra civil política que vendría más tarde.

Hemos hablado de la poderosa influencia ideológica del castrismo en la cultura política de la izquierda chilena y de cómo se transformó en un tema de debate político interno a lo largo de toda la década de 1960. La orientación hacia Cuba como modelo o como meta era también un debate dentro de la izquierda chilena. Todos concordaban en este objetivo; sería la consecuencia deseada de la transición al socialismo. Al menos nunca nadie dijo lo contrario. Solo se discutía la necesidad de incorporar el método cubano de la vía armada. La mitad de los socialistas, el MIR y, de una manera ambivalente y sujeta a vaivenes, otros grupos de izquierda como el MAPU se entusiasmaban con estos métodos y su estilo. Los comunistas desconfiaban de esa vía, aunque se preparaban a su manera para el enfrentamiento. Su estilo era el de la batalla política.

Lo mismo, *en general*, se daba en Salvador Allende, con su alma dividida según se ha explicado, aunque el líder cubano sabía que ejercía magnetismo y autoridad

sobre el chileno. Castro, ya sea por su imagen romántica, por la fascinación ante lo diferente, ante el monstruo devenido humano o por el encandilamiento ante un líder probado —fenómeno que llega mucho más allá del poder racional de las palabras— interesaba a un público más amplio que el votante de la Unidad Popular. Había un sentimiento anticastrista fuerte, aunque debilitado después del 4 de septiembre. Según se ha visto, ni siquiera la campaña de Alessandri había hecho mucho uso de él, al contrario de la de Eduardo Frei en 1964.

Hemos visto también que Castro tenía plena confianza en que Allende, en lo esencial, convergía con su estrategia. Le brindó amistad y apoyo desde un primer momento. De una manera escueta pero clara para la extrema izquierda chilena, apoyó la vía electoral en *este* caso y aquietó los ánimos del MIR. Parece ser que también le envió un mensaje a Allende después del 4 de septiembre, diciéndole que no era necesario precipitarse en mostrar una alianza inmediata entre Santiago y La Habana.[1] No obstante, nueve días después de asumir, Salvador Allende reanudó las relaciones diplomáticas con Cuba en un abierto desafío al sistema interamericano. Era la promesa internacional más ansiada por la izquierda chilena y era impensable que se hubiese actuado de otro modo. Se ha visto cómo el régimen de Alemania Oriental quedó muy molesto por ser relegado a una posición secundaria, a pesar de la ayuda que desde hacía varios años venía entregando a la izquierda chilena y a una promesa expresa de parte de esta última.

Castro se preocupó desde el comienzo por la seguridad de Allende y, como dijimos, parte del GAP se había entrenado en campos militares cubanos.[2] Muy luego la embajada de Cuba en Santiago pasaría a tener un rol protagónico visible en la escena chilena. Existía la expectativa de una visita de Castro a Chile. Hubo rumores de que vendría al cambio de mando. También se afirmó que Castro no quería apurar las cosas ni poner en problemas a Allende cuando su nombre despertaba tanto encono en los países latinoamericanos.

Sin embargo, las circunstancias estaban cambiando. Sin dejar de ser cierto este aspecto, no hay que olvidar la enorme capacidad de Castro para escenificar su presencia, desde cuando era estudiante en la Universidad de La Habana, un centro de ardoroso combate político; o cuando tuvo que enfrentar su juicio por el asalto al cuartel Moncada en 1953 y redactó su defensa "La historia me absolverá", muy

[1] Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War* (Chapel Hill, North Carolina: The University of North Carolina Press, 2011), p. 65.

[2] Cristián Pérez, "Historia del MIR: 'Si quieren guerra, guerra tendrán…'", *Estudios Públicos*, 91, invierno 2003, p. 18.

promovida aunque no pasa más allá de ser una pieza de oratoria; o cuando recibió en Sierra Maestra a Herbert Matthews a comienzos de 1957. Y no perdió esa capacidad ya anciano y enfermo para transmutar su caso en un evento internacional. Es probable que haya preparado la venida a Chile como otra más de sus escenificaciones, sobre todo en vista de la inesperada extensión que tuvo en el tiempo.

Cuando esta se anunciaba —aunque el día solo se supo dos jornadas antes, y la hora exacta solo un par de horas antes de su arribo— Allende ya había logrado romper toda posibilidad de un bloqueo diplomático en América Latina e incluso hasta cierto punto con Europa Occidental. Llegaba en un momento que parecía el indicado para darle otro impulso mayor a la estrategia de la Unidad Popular de crear una situación de hecho que hiciera "irreversible" el proceso. Las circunstancias parecían propicias. Existía un empate electoral y hasta el momento las cifras indicaban una leve mayoría para la Unidad Popular. Algunos responsables económicos y los opositores miraban con inquietud la evolución económica, estaba produciéndose ya escasez de muchos bienes intermedios y algunos básicos, y comenzaban a producirse los primeros cuellos de botella en la importación de insumos. Sin embargo, salvo para los afectados de manera directa —los expropiados o los que perdían el trabajo a raíz de estos cambios—, la mayoría de la población todavía no recibía el impacto directo de la escasez ni de la crisis inexorable que arribaría a la vuelta de la esquina.

La oposición se estaba configurando como una articulación que se parecía a una alianza, pero todavía no llegaba a ese punto. La Unidad Popular estaba sujeta a la tensión que hemos señalado. Esta, sin embargo, se reducía a ir más o menos rápido en el proceso, en ningún caso a duda alguna acerca de la necesidad o del inevitable triunfo final del mismo. La presencia de Fidel Castro con su enorme capacidad oratoria, el magnetismo de su personalidad, la epopeya con la que era presentada su vida, y que en parte lo era, y el apoyo indudable que iba a entregar a Allende, junto con seguir aquietando a la extrema izquierda, iba a significar un espaldarazo extraordinario al Gobierno.

Todos estos objetivos se consiguieron plenamente quizás más allá de las expectativas. Incluso por un momento pareció que Castro se estaba ganando al país para el camino castrista, sin que esto implicara la vía armada. Arribó el 10 de noviembre de 1971 a las 17 horas. El Aeropuerto de Pudahuel parecía una base copada por la seguridad cubana y chilena. Lo estaban esperando Salvador Allende y otras autoridades. No asistieron el presidente del Senado, Patricio Aylwin, ni el presidente de la Cámara de Diputados, Fernando Sanhueza, ambos democratacristianos, por no tratarse de un Mandatario electo, en el único gesto político que tenía una significación en esos momentos. Sí estuvo el presidente de la Corte Suprema, Ramiro Méndez,

que no se sumó a esa protesta, a pesar de ser el principal cabeza de turco de la izquierda. No pasaba todavía a una beligerancia completa con el Gobierno, como sería en 1973. El camino de Pudahuel hasta la embajada de Cuba en Providencia fue un delirio permanente. Solo Isabel II en 1968 y Juan Pablo II en 1987 pueden ser comparados por el fervor y empatía de la multitud. Con casi total certidumbre, se puede afirmar que no todo el público que vitoreaba a Castro o que al menos no lo miraba con hostilidad votaba por la Unidad Popular.

Castro se constituyó sin duda en una estrella de primera magnitud. Tras ciertas visitas protocolares, incluyendo al Cardenal Raúl Silva Henríquez, se dedicó a recorrer Chile de norte a sur. Primero fue a Antofagasta, a Calama, a Iquique. Viajó en avión y en auto, efectuó pescas submarinas, tuvo una gripe. Cuando llegaba atrasado a un lugar, él mismo postergaba los actos para el día siguiente y la gente volvía a reunirse con él en las nuevas jornadas como si nada hubiese pasado. Se dirigía a grandes multitudes, a pequeños grupos, conversaba con gente, con grupos sindicales, grupos al azar, con jóvenes, con dueñas de casa, con un profesor, con un pelusita. Parecía un líder surgido de otro mundo. Un niño decía: "Yo estaba acostumbrado a ver viejos guatones de presidentes. Fidel no es así".[3] Si fue una expresión apócrifa, no dejaba de ser reveladora de cómo lo percibieron muchos chilenos.

Con el público que lo escuchaba, Castro logró establecer una relación bastante estrecha. Se encontró ciertamente con una audiencia bien predispuesta. Pero también obraron sus indudables dotes oratorias, su lenguaje llano, simplificador y pedagógico. Los largos discursos jamás habían sido del gusto de los auditorios del público chileno. Pero Castro, casi hasta el final de su estadía, supo mantener a sus escuchas pendientes de sus palabras durante varias horas, a veces bajo un sol tórrido. Uno de los secretos de su oratoria que sacó a luz en Chile fue el de su exitoso intento de otorgarle a su oyente la sensación de participar en un diálogo y, por añadidura, en un diálogo con un gran líder, junto con aprender él mismo de esas conversaciones o dar la impresión de que lo hacía. Castro viajaba premunido de una gruesa libreta de tapas negras en donde incansablemente apuntaba datos e impresiones personales de sus encuentros y conversaciones. En suma, en el espectador participante quedaba la percepción de estar inmerso en diálogo y no meramente en el asentimiento pasivo y aclaratorio de una celebridad extranjera.[4]

---

[3] *Puro Chile*, 12 de noviembre de 1971.

[4] Joaquín Fermandois, *Chile y el mundo 1970-1973. La política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985), pp. 223-230; Harmer, *Allende's Chile,* pp. 137-143.

Después siguió el viaje al sur. Llegó a Punta Arenas, a los canales, fue a Valparaíso, a Concepción, a la Escuela Naval, a la Escuela Militar, habló con la CUT, con el MIR, con los estudiantes universitarios. Aceptó una pregunta de un estudiante del Partido Nacional sobre la falta de elecciones en Cuba. Y Castro, en una respuesta, por cierto muy, pero muy larga, afirmó que el mismo pueblo en una concentración multitudinaria, sin que nadie antes le hubiese insinuado consigna alguna, exclamó: "¿elecciones para qué, elecciones para qué, elecciones para qué?"[5] Este sería el tono político y el contenido más profundo entregado por Castro, si bien de labios para afuera en el lenguaje formal no efectuó una crítica a la democracia chilena en sí misma, nada que muy directamente pudiese ser embarazoso para Allende. El acento fue cambiando con el transcurrir de las semanas y la recepción que se le había dispensado también experimentó una transformación sutil

## Acto segundo: encono y despertar

Aquí está el punto. Si la estadía de Castro hubiera durado una semana o diez días, hubiese sido un triunfo extraordinario para el Gobierno. Habría energizado a la Unidad Popular y habría desarmado a los opositores. Mas Castro prolongó su visita sin previo aviso, incluso, según los indicios, con poca o ninguna información a las propias autoridades de gobierno de hasta cuando permanecería. Continuó recorriendo el país y prolongó su permanencia hasta el 4 de diciembre siguiente. Es probable que se haya encandilado al poder hablar y ser escuchado de manera espontánea por grupos que libremente acudían a presenciar sus alocuciones, lo que le debe haber recordado las etapas iniciales de la Revolución Cubana. Este es un "quizás", ya que se sabe que el monarca absoluto tiende a poner fe en el decorado que lo adula; el dictador totalitario puede creer en gran medida que la imagen no es mero reflejo de una escena construida por su propio aparato. Sintió el afecto natural de las masas chilenas. No percibió sino hasta el final que en un sistema tenso, aunque abierto, es decir democrático, al entrar cada vez más a terciar en la polémica interna se transformaba en un actor político más. No le interesaba que hubiera otro público. Al menos no lo percibía como un público legítimo; probablemente pensaba en ellos como "gusanos", el apelativo oficial para los anticastristas, que hasta el mismo Allende empleaba en algunas ocasiones para referirse a los opositores cubanos de Castro.[6]

[5] Fidel Castro, "Diálogo con los estudiantes de la Universidad de Concepción", en Víctor Farías, *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica* (Berlín: Wissenschaftlicher Verlag Berlin; Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2000), T. 3, p. 1.326.

[6] *Ercilla*, semana del 14 al 20 de octubre de 1970.

Ese otro público comenzó a enrabiarse, hundido en un silencio frustrante y sin tener argumentos. La extensión de la visita, sin embargo, fue incentivando su presentación en el foro y comenzaron a haber tímidas protestas, primero, y luego se transformó en un debate abierto, en el cual se vería involucrado el mismo Castro. Desde un comienzo, el diario *Tribuna* dio la partida al someter a Castro al mismo trato vejatorio al que *Clarín*, por ejemplo, había sometido a Jorge Alessandri. ¿Por qué no? En la política chilena las reglas del juego ya estaban dadas.[7]

Era, sin embargo, una experiencia a la cual Castro no estaba nada de acostumbrado. En Cuba no volaba una brizna que contradijera sus palabras. En Chile no era así. Y *Tribuna*, como toda oposición, no estaba carente de humor y de sarcasmo hiriente. Esto no le gustó nada a Castro. Comenzó a emerger el aspecto más duro de su mensaje, el de poner a un sistema totalitario como modelo. Se quejaba además de los ataques que recibía, prácticamente todos puramente periodísticos y verbales, uno que otro grito rabioso e injurioso, por ahí y por allá y que él no alcanzaba a escuchar. Ya hemos dicho cómo las autoridades universitarias y un religioso, a duras penas, lograron evitar el linchamiento de un grupo de estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso que efectuaron una marcha contra la visita de Castro.

En la medida en que las críticas de la oposición comenzaron a hacerse más duras y desenfadadas —porque Castro ya no era una simple visita de Estado, sino un "duro" más del proceso de transición al socialismo, un actor más que relevante por cierto—, tenía que contar con que su diálogo real ya no era un monólogo en el fondo, tal cual surgía su palabra en la Cuba, que era una especie de encomienda que se había autoasignado. Y existe una clara tendencia desde el cuidado por no interferir en la estrategia de Allende al comienzo hacia el mensaje más militante de la última semana, especialmente en el discurso final en el Estadio Nacional, si bien nunca criticó de manera abierta a Salvador Allende.

Jamás expresó ningún tipo de consideración por la historia institucional chilena. Es evidente que no tenía estima alguna por la democracia chilena. Decía que aceptó el camino electoral en Chile —lo que es una verdad incompleta—, ya que "ser revolucionario es ser realista (…) ser revolucionario es aprovechar todas y cada una de las oportunidades que pueden presentarse para avanzar", con lo que le concedía una importancia puramente táctica.[8] No hay historia democrática que valga:

[7] Sobre esto ver Patricio Bernedo, "La prensa escrita durante la Unidad Popular y la destrucción del régimen democrático", en Claudio Rolle (coordinador), *1973. La vida cotidiana de un año crucial* (Santiago: Planeta, 2003), pp. 76-77.

[8] "En la Central Única de Trabajadores (CUT)", 23 de noviembre de 1971, en *Chile 1971: habla Fidel Castro* (Santiago: Universitaria, 1971), p. 20.

"no veníamos a aprender cosas caducas y anacrónicas en la historia de la humanidad (...) Ya aprendimos bastante de las libertades burguesas y capitalistas".[9]

Reconocía que la Unidad Popular era un movimiento revolucionario: "Claro está que las circunstancias son diferentes, los caminos son diferentes, las aspiraciones son las mismas, el propósito es el mismo".[10] Insistía en que había diferencias con Cuba, pero "hay la misma concepción filosófica, la misma concepción ideológica, digamos: la misma doctrina política. Las fuerzas fundamentales del proceso chileno son incuestionablemente fuerzas obreras inspiradas en la doctrina política de la clase obrera: el marxismo".[11] No dejaba la menor duda de que lo que más le interesaba era compartir algún tipo de combate con Chile, tener un mismo enemigo, ya que, como él lo dijo desde el primer momento, tener un enemigo le es esencial a una revolución. Añadiríamos que también a una contrarrevolución.

Castro evaluaba la política chilena en términos de ese combate: "Nosotros traemos una cosa que se llama confianza en vuestro pueblo. Nosotros traemos el entusiasmo revolucionario, la fe revolucionaria. (Traemos) la solidaridad de la Revolución Cubana (hacia) (...) la Revolución Chilena. A veces hemos dicho que se puede contar con nuestros recursos cuando se necesiten y que se puede contar con nuestra propia sangre cuando se necesite".[12] A continuación decía que esto no significaba que no creyera que las fuerzas armadas chilenas no fueran capaces de defender su propio territorio. Se debe a que algunas alusiones anteriores habían provocado polémica en medio del ardor que originaba su visita. Existía un sarcasmo oculto, porque ya había instalado un aparato militar pequeño pero potencialmente valioso en Santiago, cuya existencia entre sospechada y fantaseada sería un tema en el debate de la crisis final en 1973.[13]

Su último discurso en el Estadio Nacional siguió a unas sentidas palabras de Allende, en las cuales no asomó ninguna evaluación diferenciadora entre Chile y Cuba, salvo en lo que atañía a la estrategia, para llegar a "construir una nueva sociedad, una patria distinta, donde la dignidad alcanzará niveles individuales y colectivos como pueblo". Allende había descargado su ira contra la manifestación de las mujeres del día 1 de diciembre. Sus palabras tenían un nivel combativo bastante fuerte dirigidas contra un enemigo, poniendo, como siempre lo hacía, la figura del general

[9] *El Mercurio*, 3 de diciembre de 1971.

[10] "En Tomé", 18 de noviembre de 1971, en *Chile 1971*, p. 257.

[11] "En la Central Única de Trabajadores (CUT)", 23 de noviembre de 1971, en *Chile 1971*, p. 17.

[12] "En la ciudad de Antofagasta", 12 de noviembre de 1971, en *Chile 1971*, p. 274.

[13] Harmer, *Allende's Chile*, pp. 220-221.

Schneider como una especie de patrón orientador y empleando generosamente el término "fascismo", al igual que Castro.

Es evidente que estaba escocido por la manifestación. Esta rompió dos tabúes que habían existido hasta el momento: que la calle pertenecía a la Unidad Popular y que la visita de Fidel Castro solo debía ser apoteósica en cuanto a recibimiento. La marcha de las mujeres y todo lo que siguió destruyó de un plumazo esta realidad. Allende afirmaba que Castro debía llevarse la auténtica imagen de Chile, del pueblo chileno, y que no era necesario referirse a otros aspectos, aludiendo a la marcha: "No debería serlo, porque nunca lo alcanzó ni la diatriba ni la calumnia artera; no lo hago para señalar que para quienes en Chile tienen el deseo de apocar la visita de Cuba en la persona de Fidel, se han roto todos los diques y las compuertas de la maldad, se han vaciado en la radio y en la prensa, en contra de la revolución y de su Jefe, el compañero Fidel Castro".[14] Era evidente que a Allende se le había aguado una parte de la fiesta.

¿Cuál fue la evaluación final de Castro sobre la Unidad Popular en esta visita? La palabra pública entrega dos pistas. La primera es un corolario de lo anterior, es decir, la marcha de las mujeres opositoras. Fue una mirada en la que apenas podía disimular su descontento. Veía, según afirmaba, debilidades en el "proceso revolucionario chileno". "Debilidades en la batalla ideológica, en la lucha de las masas, debilidades frente al adversario. Veo debilidades en la unión (…) Los fascistas están tratando de ganarles la calle, de ganarles a las capas medias y de desmoralizar a los revolucionarios". Para rematar, en un gesto verbal que combinaba ira y despecho, dijo que regresaba "a Cuba más revolucionario que nunca, más extremista que nunca".[15] La parte no expresa es la más elocuente, más que las largas tiradas del dictador cubano.

La otra, proclamada en un contexto distinto es, hay que reconocerlo, un aporte destacado para entender a la Unidad Popular. A la pregunta de un estudiante, al parecer un "ultra", de si en Chile se vivía o no una revolución, Castro respondió:

> Yo les diría que en Chile está ocurriendo un proceso revolucionario (…) un proceso no es todavía una revolución, un proceso es un camino, un proceso es una fase que se inicia y si en la pureza del concepto lo debemos caracterizar de alguna forma, haya que caracterizarla como una fase revolucionaria que se inicia.[16]

Pocos análisis acerca de la Unidad Popular han acertado de manera tan concisa en definir los rasgos fundamentales del Chile de Allende. No era una revolución;

[14] Salvador Allende, "Discurso de despedida de Fidel Castro", 4 de diciembre de 1971, en Farias, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 3, pp. 1.362-ss.

[15] *Clarín*, 3 de diciembre de 1971.

[16] "Ante los universitarios de Concepción", 18 de noviembre, en *Chile 1971*, pp. 134-135.

esta solo se estaba iniciando. No se podía decir que emulaba una de las revoluciones clásicas (la francesa, la rusa, la china, Castro pensaría también en su propia revolución), pero se estaba abriendo a una como tal. Además, había sido testigo ocular de una vuelta de tuerca, con la aparición de un panorama de mayor movilización, tanto de los partidarios de la revolución como de quienes se oponían a alguno o a todos sus rasgos. La Unidad Popular en su totalidad, hasta el 11 de septiembre en la madrugada, consistió en este proceso revolucionario. Pensamos que Castro aquí los alentaba a continuar con la revolución, vale decir, a iniciarla de verdad, aunque no llamaba todavía a una acción armada propiamente tal, a nada que rompiera de una manera drástica con la estrategia de Allende.[17] Al menos una vez en el curso de 1972 tuvo que volver a aquietar las aguas de los archicastristas en la Unidad Popular y más allá de ella. Veremos más adelante su papel en la crisis final en 1973.

Aunque no sabemos si Castro lo percibió o se enteró más tarde, el acto final estuvo lejos de reflejar el fervor desatado con la llegada el día 10 de noviembre. La multitud no alcanzó a llenar el Estadio Nacional y el locutor debía pedir que el público se repartiera más proporcionalmente en el recinto, para que no aparecieran grandes huecos en la transmisión televisiva. El discurso de Allende no fue corto. El de Castro sí fue largo, muy largo, demasiado largo. Su público en La Habana estaba acostumbrado o hacía como que lo estuviera, porque no le quedaba otra. Castro, en esto, sigue la tradición clásica del despotismo, ilustrado o no. Incluso cita a sus invitados a una reunión a altas horas de la noche y habla, habla y habla.

En Santiago de Chile el escenario era diferente, a pesar de que las convulsiones estaban precipitándose sobre el país. Por más que hubiera un proceso revolucionario, la situación estaba muy lejos del marco de una revolución o contrarrevolución triunfante. Todo esto para decir simplemente que no es que el público chileno que aplaudía a Castro se hubiese desilusionado, sino que se estaba cansando, un cansancio físico antes que ideológico. La gente se comenzó a ir del estadio después de algunas horas y nadie podía impedirlo. Los huecos comenzaron a hacerse visibles y Televisión Nacional recibió órdenes de enfocar de ahí en adelante el área más próxima a la tribuna, todavía bastante densa con asistentes.[18]

---

[17] A la misma hora de los incidentes por la marcha de las mujeres de oposición, Castro recibía a sus huéspedes en una recepción en la embajada de Cuba. Censuró directamente a las mujeres de izquierda por no estar en la calle confrontando a las opositoras. Margaret Power, *La mujer de derecha: el poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2008; original en inglés, 2002), p. 185.

[18] Así lo ha manifestado el director de la transmisión televisiva, René Schneider Arce, en un documental reciente. *TVN, 40 años* (Chile: Televisión Nacional, 2009).

Quizás no hay una cadena de causa y efecto de manera directa entre la larga presencia de Castro y la Marcha de las Cacerolas Vacías, aunque no cabe duda de que fue un factor irritante que aceleró el impulso por salir a la calle. En todo caso, tiene un carácter simbólico el que la celebración del proceso, que se suponía iba a recibir un empuje por parte de Castro, coincidiera y en cierta manera fuera parte del surgimiento de las movilizaciones de los sectores de oposición, que ahora se atrevían a salir a la calle.

Algunos testimonios dicen que Allende y Almeyda estaban preocupados por lo largo e insólito de la estadía de Castro, pero que no se atrevían a insinuarle nada.[19] Si bien no se puede decir que la visita de Castro haya disminuido la fuerza de la Unidad Popular, lo cierto es que colaboró en encender y atizar el fuego opositor. Desde el punto de vista de los adversarios de la Unidad Popular, Castro y en general el tema cubano pasaron a personificar al enemigo simbólico principal. Servía para polarizar entre Chile y su tradición, por una parte, y el sistema castrista, por la otra. Era además un tema de combate en el cual no había un desacuerdo muy grande en las filas de la oposición, como podrían haber sido algunos aspectos de la Reforma de las Tres Áreas o muchos aspectos de la Reforma Agraria. La coincidencia con la primera protesta pública, por lo demás el primer "cacerolazo" de la historia de Chile, le dio un decorado que contribuía a darle algo de epopeya de la que antes la oposición había estado desprovista.

## La Marcha de las Cacerolas Vacías

En el segundo semestre de 1971 comenzó a notarse gradualmente un deterioro de suministros de productos de primera necesidad o de uso corriente, en especial comestibles y elementos domésticos. Era el resultado de la contención artificial de la inflación que creaba en la práctica dos precios. Uno era el precio oficial y el otro el clásico, ya ampliado por Marx, "valor de uso". Existía otra causa también que el Gobierno insistía en destacar. La gran inyección de dinero en sueldos y salarios, incluso más allá de lo que el ministro Vuskovic había planificado, significó un aumento espectacular del consumo, el cual la industria nacional no podía abastecer. Se producían además cuellos de botella en la importación de insumos y se estaban ya empezando a agotar las reservas heredadas de la administración anterior. Luego,

[19] Así lo ha afirmado el dirigente socialista Ricardo Núñez en su testimonio en el programa de televisión *Secretos de la Historia* (Chile: Canal 13, 2003), vol. 1.

este aumento del consumo se empezaría a confundir y muchas veces sería casi lo mismo que el acaparamiento en previsión de la escasez de los productos.

Esto llevó a la formación de una organización de mujeres ligadas a la derecha, pero a la que se adhirieron prontamente mujeres democratacristianas, entre ellas la madre de Andrés Zaldívar. De hecho, había sido la diputada nacional Silvia Alessandri la que cumplió con la formalidad de solicitar el permiso para la marcha del 1 de diciembre. Se le dio un contenido apartidista. Las mujeres organizadoras se pusieron nombres de batalla de la tradición chilena: Inés de Suárez, Javiera Carrera, Paula Jaraquemada.[20] En todo caso, interpretaban el sentir de la oposición. Fue la primera manifestación pública de los detractores del gobierno de la Unidad Popular, aunque se presentara como una especie de clamor apolítico. Allende y los líderes de la izquierda dirían después que eran mujeres que nunca se habían ensuciado las manos lavando una olla, representantes de "los más rancios sectores de la burguesía, de aquellos que nunca supieron de la carencia de alimentos vitales".[21]

En efecto, de acuerdo a testimonios y las más bien escasas fotografías del acto, predominaban rostros y vestimentas de clase media hacia arriba, aunque también había algo de baja clase media. En todo caso, la marcha era representativa de una clase media más bien sólida, pero que se estaba movilizando y adquiriendo ardor e ira, y que al final llegaría a representar a una clara mayoría de las chilenas. Además en ese sector había una clase media que, si bien no le faltaba lo esencial y lo no esencial, luego tendría muchos problemas para adquirir los productos en el mercado negro, que representaba mal que mal un precio de mercado. Definirla como representante de una burguesía parasitaria, por ejemplo, sería engañarse acerca de qué llevó a mujeres provenientes de sectores políticamente poco combativos a correr este tipo de riesgos.

La marcha estaba autorizada de acuerdo a la normativa vigente. Se concentró primero en Plaza Italia para descender una columna por el Parque Forestal y otra por la Alameda. Sobre la cantidad es totalmente imposible precisar cifras, salvo que se podría decir que eran varias miles de mujeres. Para la prensa de izquierda, se trató de "un grupo de damas, la mayoría de ellas del Barrio Alto que arrastraban con ellas a sus domésticas, todas muy bien entrenadas", acompañadas por "matones, entre los que se encontraban delincuentes habituales muy bien pagados para que cumplieran su cometido".[22] Volodia Teitelboim diría después de estos acontecimientos que fue

---

[20] Una investigación más completa está en Power, *La mujer de derecha,* pp. 171-192.

[21] Allende, "Discurso de despedida de Fidel Castro", 4 de diciembre de 1971, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 3, p. 1.357.

[22] *La Nación*, 3 de diciembre de 1971.

"una manifestación de los ricos, de los siempre satisfechos, de aquellos que tienen las mansiones más lujosas de Santiago, que jamás conocieron la penuria, que jamás tuvieron una aflicción económica, y que necesitan disfrazarse de hambrientos para continuar logrando que en este país el pueblo siga pasando hambre."[23] Un observador que no conozca nada de la realidad, leyendo la prensa de un sector y después de la otra, no podría hacerse ninguna idea acerca de lo que pasó, ya que las versiones diferían dramáticamente.

Las consignas que coreaban las protestatarias dicen algo ya del ambiente que se comenzaba a vivir: "No hay carne, fúmate un habano", en indudable referencia a la visita de Castro. "Allende, escucha, las mujeres somos muchas", "en la olla no hay un hueso y el Gobierno se hace el leso", "aquí está el pueblo en mayoría, exigiendo garantías", "la izquierda unida nos tiene sin comida", "Chile sí, Cuba no", "¡Calabaza, calabaza, Fidel para tu casa!" Cuando comenzó la violencia vino un grito que pasaría a simbolizar a los opositores hasta el 10 de septiembre de 1973: "Chile fue y será un país en libertad".[24] Por cierto, varias décadas después, el lector anotará la ironía de lo que fue este grito de batalla.

Hasta ahí todo parecía una marcha más, aunque fuera la primera de sectores opositores. Había, sin embargo, un elemento en la escena que se caracterizaba por su ausencia. Eran los carabineros, cuya misión en todos estos casos era resguardar el orden, vale decir, evitar que los manifestantes se sobrepasaran, pero también que fuesen atacados. Sin duda, una orden superior los alejó del lugar. Acompañaban la marcha algunas pocas decenas de muchachos combativos con palos y otros elementos contundentes, de Patria y Libertad y del Comando Rolando Matus del Partido Nacional que se estaba comenzando a formar.[25]

Este fue el momento en que comenzó una verdadera batalla campal entre este grupo y sectores socialistas y del MIR, igualmente premunidos de elementos contundentes. Los combatientes de izquierda también atacaron indiscriminadamente a las mujeres. Transcurrió un buen lapso de tiempo hasta que aparecieron los carabineros. La batalla callejera se extendió en el curso de esa tarde y en el primer acto de lo que sería un escenario sin fin hasta el golpe, la Avenida Providencia en el sector

[23] *Diario de Sesiones del Senado*, 7 de diciembre de 1971.

[24] *El Mercurio*, 3 de diciembre de 1971.

[25] Un relato muy somero está en Teresa Donoso Loero, *Epopeya de las ollas vacías* (Santiago: Gabriela Mistral, 1974), pp. 57-67. También Manuel Fuentes, *Memorias secretas de Patria y Libertad. Y algunas confesiones sobre la Guerra Fría en Chile* (Santiago: Grijalbo, 1999), pp. 103-104; Manuel Salazar, *Roberto Thieme, el rebelde de Patria y Libertad* (Santiago: Mare Nostrum, 2007), pp. 87-88.

Pedro de Valdivia se convirtió en campo de batalla entre grupos de oposición y gente de la Unidad Popular. El Gobierno respondió declarando a Santiago en estado de emergencia. Su Jefe de Plaza era el general Augusto Pinochet, quien primero clausuró dos radios opositoras, Balmaceda y Minería, y luego levantó la orden. Era una señal de autoridad.

Más importante, había comenzado la batalla por la calle. Aunque es siempre posible que la falta de resguardo policial para la marcha no haya sido planificada por el Gobierno, era claro que se insertaba dentro de una estrategia tradicional de gobiernos encabezados por fuerzas revolucionarias y semirrevolucionarias que no proporcionan base de protección para las manifestaciones de oposición.[26] Esta última en Chile tenía que demostrar que era capaz de permanecer en la calle. Este bautismo de sangre —sin muertos, sin heridos graves— fue el comienzo de esta puja que iría caracterizando luego el campo urbano en Chile en los dos años siguientes. Es indudable que esto corroía más todavía la cultura política que suponía un sistema democrático. Con todo, comprobaba que la oposición solo podía sobrevivir si combatía por la calle. Dentro de las fuerzas opositoras, marcó un cierto gusto y una cierta necesidad por la movilización, lo que le dio más protagonismo al Partido Nacional e incluso a Patria y Libertad. La Democracia Cristiana estaba menos dispuesta por tradición y doctrina a este modo de hacer política, aunque la gente que votaba por ella comenzaba a participar más y más en este tipo de manifestaciones. El Partido Demócrata Cristiano no podía participar en ellas, pero no quería perder el perfilamiento que esta actitud de movilización llevaba consigo.[27]

Una especie de himno, quizás apócrifo, pero que en todo caso traslucía la idea que se estaba formando en el mundo de la oposición, que ya no estaba limitado a la clase política, rezaba:

*Ayer nos juntamos en la plaza*
*todas por una misma causa;*
*la libertad de la Patria.*
*Una anciana me dijo vengo*
*Por mis nietos lucharé*

[26] Según Orlando Millas, este fue el caso de lo obrado por el gobierno del vicepresidente Alfredo Duhalde en enero de 1946, en la "Matanza de la Plaza Bulnes", cuando murieron 6 comunistas, entre ellos Ramona Parra. *En tiempos del Frente Popular. Memorias. Primer volumen* (Santiago: CESOC, 1993), pp. 459-462.

[27] Este aspecto ha sido destacado por Luis Corvalán Marquéz, *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre. Contribución al estudio del contexto histórico* (Santiago: Editorial Universidad Bolivariana, 2004; original, 2000), p. 142.

*sin dejarme acobardar por el cansancio.*
*Y caminamos y caminamos*
*(…) Y los atacantes esos apátridas*
*arrojando bombas lacrimógenas*
*sobre Fresias, Paulas Jaraquemada,*
*Guacoldas, Javiera Carreras,*
*esos apátridas aturdiéndonos con sus piedras*
*perdido ya el respeto a la mujer*
*y a la exteriorización de sus pensamientos.*
*Y lloré por mi Patria por primera vez en la vida*
*porque recordé a los muchachos que nos defendieron*
*mientras uno sangraba copiosamente.*[28]

La polémica por el carácter democrático de la vida pública adquirió un nuevo grado de fervor. Mientras la Unidad Popular acusaba a la oposición de estar formando parte de una red de sedición y de ser la marcha de las mujeres parte de un complot, los opositores pusieron sobre el tapete el problema de los grupos armados, para ellos exclusivamente el MIR, la Brigada Ramona Parra de las Juventudes Comunistas y la Brigada Elmo Catalán del Partido Socialista. También comenzaron a sucederse las concentraciones opositoras en espacios cerrados, como el Caupolicán, y se elevó el tono dramático de su discurso, lo que no era una teatralidad aislada sino que comenzaba a calar en su público. El debate a partir de este momento ya no sería más dentro de una clase política, sino que el sentido de urgencia y de estar en peligro sería representativo de una mentalidad más amplia. Comenzó la contra-movilización como respuesta a la estrategia de movilización. Esta última, más que una acción planificada por una central, es característica de los gobiernos constitucionales que al mismo tiempo impulsan una estrategia semilegal.

Que se trataba de un combate por la calle que decidiría quién daba el tono político en Chile, lo demuestran las propias palabras de Luis Corvalán, quien afirmaba pocos días después que "la clase obrera y el pueblo están dispuestos a no permitir que vuelvan a salir bandas fascistas a la calle. No permitiremos otra asonada como la del miércoles. Estas no son simples palabras". Añadía que lo que correspondía ahora era pasar a la ofensiva.[29]

El Partido Nacional anunció que iba a presentar una acusación constitucional contra el ministro del Interior, José Tohá. Era tal el sentimiento del público de oposición y la conciencia de la gravedad del hecho de la falta de resguardo para

[28] *Tribuna*, 4 de diciembre de 1971. El diario lo atribuye a Virginia Correa.
[29] *El Siglo*, 5 de diciembre de 1971.

una manifestación opositora, que la Democracia Cristiana consideró que no podía esta vez quedar ausente de la acusación. Los nacionales habían presentado varias acusaciones a ministros, en especial a Vuskovic, pero la Democracia Cristiana no quería llevar las cosas a ese extremo, a pesar de que reconocía una base cierta en los planteamiento acusatorios.

Las acusaciones constitucionales a ministros habían sido más bien escasas en Chile. En 1945 había sido destituido, al parecer con gran injusticia, el Contralor General de la República, Agustín Vigorena. En 1957, en un caso internacional muy sonado, el Parlamento destituyó con la rapidez de un relámpago a los ministros de Relaciones Exteriores y de Justicia, Osvaldo Sainte-Marie Soruco y Arturo Zúñiga Latorre, por su responsabilidad política en la huida del refugiado peronista Guillermo Patricio Kelly, un incidente bochornoso para Chile.[30] Hubo otras acusaciones, como una de 1970 contra el ministro de Defensa, Sergio Ossa, pero no logró la mayoría. Se trataba de una medida de indudable gravedad, que podía también ser contraproducente para la mayoría parlamentaria que concurriera con un voto de destitución. Algo parecido a esto ocurrió cuando el Senado le negó permiso al Presidente Frei para viajar a Estados Unidos a comienzos de 1967. El público rechazó la medida.

Esta vez fue diferente, ya que había un clamor popular —por cierto, solo dentro del público opositor— que el partido decisivo, en este caso la Democracia Cristiana, no podía dejar de escuchar. El presidente del partido, Renán Fuentealba, casi pidió disculpas por tener que acusar a la persona del ministro.[31] Sucedía que José Tohá tenía algo del magnetismo de Allende en un sentido, que no caía mal. No era en especial la simpatía lo que destacaba de él, sino una forma caballerosa con la que siempre insistía en que no había ningún problema en nada. Era como el reverso de la personalidad de un Vuskovic, que parecía gozar al irritar a los opositores. Al igual que en el caso de Allende, la simpatía que podía emanar de la persona de Tohá no penetraba para nada en el ambiente que se estaba imponiendo. El Partido Socialista declaró que "el socialismo responderá duramente a la escalada reaccionaria y se llama a los partidarios de la Unidad Popular y al propio Gobierno a asumir una actitud más dura y enérgica en contra de la sedición reaccionaria".[32]

---

[30] Arturo Olavarría Bravo, *Chile entre dos Alessandri. Memorias políticas. Tomo II* (Santiago: Nascimento, 1962), pp. 374-378.

[31] Renán Fuentealba, "Discurso anunciando la acusación la constitucional contra el Ministro del Interior", 16 de diciembre de 1971, en Andrés Echeverría y Luis Frei (compiladores), *1970-1973: la lucha por la juridicidad en Chile* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1974), Tomo II, pp. 9-34.

[32] *El Siglo*, 19 de diciembre de 1971.

La acusación al ministro se impuso el día 6 de enero de 1972, siendo la moción aprobada en la Cámara por 80 votos contra 59. De acuerdo a la norma constitucional, Tohá quedaba suspendido de su cargo hasta la decisión del Senado. Fue una decisión de combate que mostraba hasta qué punto el espíritu constitucional se estaba agrietando, porque luego este sistema de acusaciones pasaría de ser algo excepcional a una herramienta de rutina. La oposición reclamaba que era la única arma disponible para encauzar democráticamente el proceso chileno.

Más que una destitución ministerial, lo que buscaba la oposición era castigar la estrategia al borde de la legalidad —o más allá de ella— de la Unidad Popular, la acción acumulativa de los efectos de la movilización y expropiaciones, y la guerrilla cotidiana de ofensiva contra los opositores. La Unidad Popular y La Moneda intentaban presentar la acusación justamente como un recurso que estaba fuera de la Constitución. Es interesante en este sentido tener presente las palabras de Joan Garcés, que a estas alturas al parecer ya se había convertido en el principal consejero doctrinal de Allende:

> El caso del Ministro Tohá aparece (…) como el símbolo más claro de la modificación que sobre la supraestructura institucional neoliberal impone el progreso de las fuerzas sociales revolucionarias a través de los mecanismos rousseaunianos del Estado actual. Una vez logrado el control de estos por los trabajadores, la lógica interna de la Constitución ha continuado operando pero al servicio de la nueva fuerza social. Lo que significa que los que quieren oponerse a la nueva orientación de clase del Poder Ejecutivo —que actúa dentro de los marcos de la Carta Fundamental—, se arriesgan a entrar en conflicto con la propia Carta en la medida que desean alterar la dinámica interna del régimen institucional. Es lo ocurrido entre fines de diciembre de 1971 y enero de 1972, cuando el Parlamento con mayoría capitalista, toma resoluciones limitativas de las prerrogativas del Gobierno.[33]

El texto refleja bien una realidad política que se estaba llevando a cabo en Chile y que consistía en la lucha por apropiarse de la Constitución. Ni el más avezado deconstruccionista podría encontrar un ejemplo tan prístino acerca de que todo depende de quién lee y para qué lee, que entre lector y texto no existe una relación unívoca. Para Garcés, la Constitución era lo que la izquierda chilena había construido a lo largo de las décadas y solo podía ser válida en la medida en que concluyera exitosamente la transición al socialismo. La oposición sostenía en cambio el modelo

[33] Joan Garcés, *Revolución, Congreso y Constitución. El caso Tohá* (Santiago: Quimantú, 1972), p. 61. Los libros de Garcés posteriores al golpe tuvieron en los años 1970 mucha influencia en la interpretación sobre la Unidad Popular, pero tienen todo el problema de lo *ex post facto*. En cambio, este texto es empleado aquí como fuente primaria.

occidental del estado de derecho y la separación de poderes. Nunca emergieron de esta pugna.

Allende respondió con una novedad cuestionable desde un punto de vista constitucional. Nombró a Tohá como ministro de Defensa, quedando como ministro del Interior —tras un breve interinato de Alejandro Ríos Valdivia— Hernán del Canto, del ala dura de los socialistas. Luego a esto se le llamaría "enroque". El Gobierno sostenía que no había ninguna disposición legal que impidiera nombrar a una persona destituida de un ministerio como ministro de otra cartera. Se intensificaba el empleo de los resquicios legales. El 22 de enero el Senado había confirmado la acusación, aunque los partidos de la Unidad Popular se habían retirado previamente del recinto porque no se había permitido la votación secreta. Tenían la esperanza de que algunos senadores democratacristianos votaran en contra.

## Alianza electoral

Antes de que finalizara el proceso que llevó a la destitución de Tohá y al enroque ministerial, se realizaron las primeras elecciones en las cuales hubo una alianza entre nacionales y democratacristianos más formal que la que hubo en Valparaíso en julio de 1971. Había que elegir un senador por la circunscripción de O'Higgins y Colchagua. La justa se preveía ajustada. La derecha tuvo que tragarse el orgullo y un rencor infinito, sobre todo de los agricultores que votaban por ella. Con calculado criterio político, la Democracia Cristiana presentó a uno de sus hombres de la Reforma Agraria, Rafael Moreno Rojas, quien, al revés de Chonchol, pertenecía a un ala más freísta del partido. De esta manera podía aceptar el apoyo de los nacionales sin perder un aire "progresista". A los nacionales no les quedó alternativa. La izquierda llevó al socialista Héctor Olivares Solís, ligado al mundo sindical. Moreno tuvo un triunfo estrecho pero claro, con el 52,7% de los votos.[34]

El mismo día, 16 de enero de 1972, se celebró una elección extraordinaria para diputado en la provincia de Linares, el rico campo y lo más granado del valle central de Chile. La derecha llevó a uno de sus nuevos espadachines, el abogado Sergio Diez Urzúa, de gran peso profesional y hábil articulador de una idea política. La Democracia Cristiana le entregó un respaldo más o menos tácito, aunque no fue muy formal. La Unidad Popular creyó dar un golpe maestro en una tierra marcada profundamente por la Reforma Agraria de Frei y de Allende, presentando a María

[34] *El Mercurio*, 17 de enero de 1972.

Eliana Mery Fuenzalida, hermana de Hernán Mery, funcionario de la CORA muerto por un campesino al momento de ir a requisar un campo en abril de 1970, lo que tuvo gran dramatismo en su momento. Se suponía que el nombre de esta mujer galvanizaría a la Unidad Popular, sobre todo si se confrontaba con un "oligarca". Sergio Diez obtuvo el 58% de los votos frente al 40,9% de María Eliana Mery.

El resultado tuvo el efecto de tonificar a la oposición, de volverla optimista y que la derecha comenzara a pensar en pasadas grandezas que podrían revivir en un gran triunfo electoral en el futuro. Los resultados mostraron un patrón que tiene que llamar la atención. Mientras Olivares ganó entre los varones y Mery estuvo cerca, ambos perdieron por amplio margen entre las mujeres. La votación de Sergio Diez casi dobló a la de María Eliana Mery entre las mujeres. Esto es un antecedente indirecto acerca de que la Marcha de las Cacerolas Vacías era un indicio de una clara preferencia femenina, lo que sería mucho más marcado todavía en las elecciones parlamentarias de 1973.

El Gobierno, olfateando que era un terreno difícil, se había puesto el parche antes de la herida, apuntando a que la importancia del acto electoral era que demostraba que se realizaban elecciones, frente a la propaganda que había asegurado que la Unidad Popular terminaría con ellas.[35] Después de ocurrida la elección se explicó el triunfo de Diez como el resultado del cohecho, acusación que a estas alturas era un estribillo repetido en el que nadie creía. Desde la perspectiva del lenguaje más ortodoxo de la izquierda, era inconcebible tan alta votación en un candidato de la derecha. Esta, a su vez, se hizo esperanzas infundadas sobre futuras victorias masivas.



[35] *La Nación*, 15 de enero de 1972.

# Capítulo XX
# Remanso escarpado

## El Arrayán y el debate de las Tres Áreas

Los veranos y los fines de semana siempre han moderado los ardores de los enfrentamientos. El verano del 72 no fue una excepción en este sentido. El Gobierno estaba llegando a un punto de inflexión en torno a qué nueva iniciativa tomar. Por otro lado, había superado muchos desafíos y el optimismo inicial no estaba para nada abatido. En términos internacionales, el panorama mundial se le mostraba en general muy favorable, aunque se hablaba mucho acerca de una conspiración externa y luego en marzo los llamados Documentos de la ITT lo nutrirían ampliamente de munición. La esperanza en la llamada solidaridad del campo socialista parecía ser un factor seguro. La presencia de Castro había fortalecido, para los partidarios de la Unidad Popular, el significado de las tareas que se tenían y la convicción de que lo que se estaba construyendo en Chile era una empresa con una meta que se iba a concretar en un plazo no demasiado largo. Comenzaban a manifestarse cada día más las alteraciones económicas cotidianas y la inflación asomaba su cara, pero no todavía como para afectar la percepción de abundancia en muchos sectores sociales.

Los partidos de la Unidad Popular entendieron que las elecciones complementarias del verano habían sido una derrota táctica, aunque como vimos, en cuanto a porcentajes, solo hubo un cambio ligero a favor de la oposición. Lo que ocurrió es que insuflaron a esta de optimismo. La destitución de Tohá había sido mirada como una victoria por la oposición, a pesar del enroque efectuado por Allende, y se sentía acompañada por el clamor popular, al menos el de su sector. De todas maneras, la izquierda sentía que había un respiro y que había que reorganizar los cuadros directivos. Para una cultura política en la que la discusión de los textos fundacionales —y de los comentarios de sus seguidores, al menos de los que eran aprobados— era una parte fundamental de su existencia, los debates que siguieron

a continuación, y que están delineados en los documentos sobre la reunión de El Arrayán, adquieren una importancia especial. Ya varias veces hemos discutido este punto, ya que para el historiador se presenta el peligro de sobrevalorar documentos doctrinarios y pautas de discusiones que a veces poco tienen que ver con los rasgos de los actores individuales y de los grupos, los que adquirieron características por su historia actual antes que por la retórica.

A fines de enero y comienzos de febrero de 1972, se llevó a cabo una reunión de los partidos de la Unidad Popular en una parcela del Partido Comunista en el sector oriente de Santiago. Se la llamó también, en alusiones pontificias, "Cónclave de El Arrayán". El objetivo era crear más coordinación entre los diversos partidos, todo un problema en la relación entre la Unidad Popular y el Gobierno, que eran y no eran lo mismo. Se quería imponer más rigurosidad económica en los viejos temas de toda economía planificada, como el aumento de la producción. Otra preocupación de algunos sectores de la Unidad Popular era definir con claridad qué entraría al APS y qué permanecería fuera de él, aunque no se establecería una garantía para este último que no fuera más que la palabra de la Unidad Popular. También preocupaban la disciplina y lo que se llamaba el sectarismo y el burocratismo, vale decir, lo que reconocían muchos dirigentes de la Unidad Popular más allá de las acusaciones de los opositores, que se perseguía a quienes no fueran partidarios de la coalición gobernante en todos los espacios en donde esta se hacía sentir y que esto estaba comenzando a ser contraproducente. Se quería combatir también esa inercia que se parece a la corrupción y que aquí se la llamaba "deshonestidad".

Un largo documento resume todo esto y el lector se puede preguntar cuánto tiempo se empleaba en la redacción de esas páginas. Se hablaba mucho de la incorporación de los trabajadores y de construir el socialismo desde abajo. En la práctica, esto tiene mucho que ver con la movilización y con la creencia, no carente de ingenuidad, de que el gran problema para obtener una mayoría decisiva era que muchos votaban engañados por la propaganda de la burguesía. Existía la confianza plena en que en algún momento estos sectores se iban a sumar a la Unidad Popular: "Para ello, reforzaremos con todo el ahínco de que seamos capaces la aplicación del método que nuestros principios y la experiencia histórica señalan, como la más adecuada herramienta revolucionaria: el trabajo de las masas".[1]

---

[1] Unidad Popular, Comité Nacional, "La Declaración de El Arrayán", 9 de febrero de 1972, en Víctor Farías, *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica* (Berlín: Wissenschaftlicher Verlag Berlin; Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2000), T. 3, p. 1.992.

Hasta los socialistas hablaban de que era importante lograr más eficiencia administrativa, aunque más adelante se negarían a sacrificar a Vuskovic. Estaban dispuestos a enumerar muchos errores en la tradición de la autocrítica propuesta por Lenin, que era una especie de disciplina entre sicológica y política. Pero, a pesar de todo ello, insistían en que más que corregir y consolidar se trataba de avanzar. No se debía buscar una paz social que fuera quimérica ni una conciliación de los opuestos, ya que eso sería "derechización". Las dificultades del proceso revolucionario solo se podían salvar "al profundizar las conquistas alcanzadas e imprimir mayor rapidez en los avances".[2]

Entretanto, el 19 de febrero de 1972 el Congreso Pleno despachó la Reforma de las Tres Áreas, con el voto favorable de algunos parlamentarios de la Unidad Popular para algunas secciones del proyecto.[3] Esto anunciaba la base de la crisis que se iba a desarrollar después. En marzo seguiría hirviendo la movilización política de los diversos actores. Esto estaba acompañado por el inicio del proceso inflacionario que comenzaría a constituir una de las experiencias cotidianas más destacadas del período. Ya en la discusión de la ley de reajuste del año anterior se habían invertido los papeles clásicos. Siempre fue la izquierda la que arrastraba los pies al proponer reajustes mucho más altos de lo que las respectivas autoridades consideraban como lo máximo posible. Ahora eran las fuerzas de centro y, una novedad, las de derecha las que pedían un alza mayor, aduciendo que los precios estaban contenidos artificialmente.

De hecho, la inflación de 1971 había sido de un 22%, la más baja desde 1960. No obstante, con el desaparecimiento paulatino de muchos productos, el congelamiento de los precios estaba perdiendo estatus de realidad. Cuando el ministro Vuskovic propuso un bono en vez de reajuste —lo que tenía un lejano parentesco con los "chiribonos" de la época de Frei— se lo cotejó inmediatamente de bonos-limosna.[4] La Dirección de Industria y Comercio (DIRINCO) comenzaba a aceptar alzas que anunciaban el desarrollo futuro. Así, en febrero de 1972 se autorizó un alza de los neumáticos de 49%, al mismo tiempo que el propio sindicato de la empresa ponía en aprietos al ministro Vuskovic para que les otorgara un reajuste mayor.[5]

[2] Partido Socialista (Departamento Nacional de Educación Política), "Las tesis del partido y la Declaración de El Arrayán", documento confidencial interno, 21 de febrero de 1972, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973),* T. 3, p. 2.005.

[3] Los parlamentarios de la Unidad Popular votaron favorablemente el artículo que establecía que sería materia de ley la determinación de qué empresas formarían parte de las áreas de propiedad social y mixta. *Ercilla*, semana del 23 al 29 de febrero de 1972.

[4] *El Mercurio*, 5 de febrero de 1972.

[5] *El Mercurio*, 5 de febrero de 1972.

Todo ello se daba dentro del marco de una cierta guerrilla diaria, sin tregua, de acusaciones y contraacusaciones. Muchas historias y análisis del gobierno de Allende ponen el acento en los acuerdos y negociaciones básicamente entre la Democracia Cristiana y la Unidad Popular.[6] Estas aproximaciones existieron y pudieron haber sido vitales, pero se olvida que ellas eran pequeñas islas dentro de un mar poblado de múltiples microconflictos que entre 1972 y 1973 definieron la vida cotidiana del país. Algunos no eran tan pequeños. Los primeros días de marzo, en una acción concertada, paralizaron 200 fundos en la provincia de Ñuble para apurar la Reforma Agraria, en una actitud combativa en la que no parecía haber distinciones ni al interior de las fuerzas de la Unidad Popular, ni entre estas y el MIR.[7]

Esta situación se arrastró a lo largo del mes de marzo y comprendió incluso la ocupación de un fundo del presidente de la Corte Suprema, Enrique Urrutia Manzano, mientras que el Gobierno intentaba mostrar que se trataba de una situación relativamente normal, que no implicaba mayor alteración.[8] Jacques Chonchol arribó a la provincia a fines de marzo, fuertemente resguardado, y reiteró la promesa de que se terminaría con los "latifundios" antes de fines de 1973, pero que por ahora estaba contemplada solo la expropiación de 150 fundos en el área en cuestión.[9]

Seguían en pleno vuelo las constantes requisiciones por cualquier motivo, ya que la DIRINCO actuaba siguiendo el viejo truco del reglamento. Eran tan copiosas y amplias las disposiciones y las atribuciones que no costaba nada incluir pequeñas empresas porque real o supuestamente habían violado tal o cual disposición. Radomiro Tomic tuvo que entrar al ruedo, desde una perspectiva que no le gustaba, para defender a un ex funcionario del Banco del Estado detenido por malversación de fondos. Tuvo que confesar, que es lo que probablemente quería la Unidad Popular, que el funcionario de marras había aprobado un crédito para apoyar su campaña y que el partido había contraído y garantizado el pago del mismo, lo que se estaba efectuando.[10] El día a día estaba repleto de este tipo de incidencias.

---

[6] Sobre las negociaciones entre la Democracia Cristiana y la Unidad Popular en 1972, Alan Angell, *Chile de Alessandri a Pinochet: en busca de la utopía* (Santiago: Andrés Bello, 1993), p. 75; Luis Corvalán Marquéz, *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre. Contribución al estudio del contexto histórico* (Santiago: Editorial Universidad Bolivariana, 2004; original, 2000), pp. 82-188; Ricardo Israel, *La democracia que se perdió entre todos: Chile 1970-1973* (Santiago: Mare Nostrum, 2006), pp. 95-96.

[7] *Última Hora,* 1 de marzo de 1972.

[8] *La Tercera*, 21 de marzo de 1972.

[9] *La Prensa*, 25 de marzo de 1972.

[10] *El Mercurio* y *La Prensa*, 9 de febrero de 1972.

El debate sobre la Reforma de las Tres Áreas pasó a una nueva etapa con la aprobación en el Congreso Pleno. Los líderes de la oposición dejaron muy claro cuál iba a ser su estrategia: si el Gobierno rechazaba las reformas, debía llamar a plebiscito. Salvador Allende declaró el 21 de febrero que la Reforma era un intento de detener el proceso de transformación. En cierta manera, tenía razón, por las implicancias de concentración de poder que ello tenía. Empleaba un tono conciliador para suprimir o sustituir algunos artículos, pero mantenía firme la idea de que los vetos que enviara solo podían ser rechazados por los dos tercios de los parlamentarios. Afirmaba que lo único que prohibía la Constitución era el rechazo de la totalidad del proyecto y que si no había acuerdo, recurriría al Tribunal Constitucional.[11] Renán Fuentealba respondió que los trámites seguirían el camino normal de toda reforma constitucional, en donde lo que importaba era "la simple mayoría y el plebiscito (se convoca) en caso de que el Ejecutivo no se resigne a aceptar el criterio del Congreso".[12]

Dentro de las filas de la Unidad Popular, el único que hablaba de plebiscito —y lo había hecho desde 1971— era Carlos Altamirano y solo si en el actual dilema de la Reforma de las Tres Áreas el Gobierno veía rechazada su posición en el Tribunal Constitucional. Altamirano estaba seguro de que las "fuerzas populares" ganarían.[13] Los días 6 y 10 de abril Allende envió los vetos a algunas de las disposiciones, especialmente las que establecían que toda expropiación para integrar alguna empresa al APS requiriese de una ley especial, algunas disposiciones que regulaban a las empresas de trabajadores, que en realidad le quitarían capacidad al Estado para efectuar una estrategia económica en una futura economía planificada, y las que declaraban nulas todas las expropiaciones por cualquier vía efectuadas después del 14 de octubre de 1971. Los vetos fueron rechazados, con alguna excepción, primero en el Senado en julio de 1972 y luego en la Cámara en abril de 1973.

Seguiría una larga disputa, no resuelta hasta el día del golpe. Incluso se ha afirmado que el día 11 de septiembre de 1973 Allende haría un discurso convocando a un plebiscito, aunque no está clara la base legal sobre la que se realizaría este llamado.[14] Después del veto, seguiría esta larga discusión. Primero Allende consultó

---

[11] *El Mercurio*, 22 de febrero de 1972.

[12] *El Mercurio*, 24 de febrero de 1972.

[13] *El Mercurio*, 26 de febrero de 1972.

[14] Lo han dicho, entre otros, aunque contando distintas versiones, Carlos Prats, *Memorias. Testimonio de un soldado* (Santiago: Pehuén, 1985), p. 509; Clodomiro Almeyda, *Reencuentro con mi vida* (Santiago: Ediciones del Ornitorrinco, 1987), p. 240; Patricia Politzer, *Altamirano* (Santiago: Ediciones

al Tribunal Constitucional para que dirimiera el asunto entre la mayoría del Congreso y el Presidente. El 30 de mayo de 1973 el Tribunal, después de una discusión interna y a pesar de que en cierta manera tenía mayoría oficialista, en un acto que demostraba el desconcierto que le provocaba esta acción, se declaró incompetente.[15] En realidad, la función del Tribunal era verificar que la legislación se enmarcara en la Constitución. La Reforma de las Tres Áreas era una reforma a la Constitución, no una ley más.

Entonces Allende envió las disposiciones en las cuales no había conflicto para toma de razón por parte de la Contraloría General de la República. El 2 de julio de 1973, el contralor Héctor Humeres se negó a darles curso y la situación quedó en ese punto. Allende no tenía aquí la posibilidad del decreto de insistencia, que no valía en el caso de una reforma a la Constitución, y usarlo hubiera sido equivalente a un cuasi-golpe.[16] Como decíamos, este fue otro de los resquicios legales empleados en el curso del período, que tenía antecedentes para situaciones excepcionales y que ahora se usaba como un instrumento jurídico cotidiano para transformar la práctica total del Estado y de las relaciones de este con la sociedad. Sin ir más lejos, por esta vía habían sido indultados —como hemos visto— varios dirigentes del MIR y Arturo Rivera Calderón en diciembre de 1970.

B, 1990), pp. 126-127; Carlos Jorquera, *El Chicho Allende* (Santiago: BAT, 1990), p. 113; Joan Garcés, *Allende y la experiencia chilena: las armas de la política* (Santiago: BAT, 1991; original, 1976), p. 354; Sergio Bitar, *Chile 1970-1973: asumir la historia para construir el futuro* (Santiago: Pehuén, 1995), p. 368; Luis Corvalán Lépez, *De lo vivido y lo peleado. Memorias* (Santiago: LOM, 1997), pp. 153-154.

[15] El Tribunal Constitucional había sido creado con la Reforma Constitucional de enero de 1970 y adquirió entidad, como todas las prescripciones de esta reforma, el 4 de noviembre del mismo año. Sus miembros al momento de discutirse la Reforma de las Tres Áreas eran Rafael Retamal e Israel Bórquez —quien se incorporó el 2 de mayo de 1972 en reemplazo de Ramiro Méndez— (nombrados por la Corte Suprema); Enrique Silva Cimma, Adolfo Veloso y Jacobo Schaulsohn (nombrados por el Presidente de la República con la aprobación del Senado). El expediente del caso está disponible en la página web del Tribunal Constitucional, <www.tribunalconstitucional.cl>, consultado el 9 de abril de 2013. Un artículo que describe el funcionamiento del Tribunal Constitucional durante los años de la Unidad Popular es el de Lucas Mac-Clure, "Tribunal Constitucional y los derechos: la discusión pendiente", en Lucas Sierra y Lucas Mac-Clure, *Frente a las mayorías: leyes supramayoritarias y Tribunal Constitucional en Chile* (Santiago: Centro de Estudios Públicos, Corporación de Estudios para Latinoamérica, Libertad y Desarrollo, 2011), pp. 169-275, esp. 191-198.

[16] Alejandro Silva Bascuñán, *Tratado de derecho constitucional* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1997), Tomo III, p. 157. Los decretos de insistencia permitían al Presidente de la República, si contaba con la firma de todos los ministros del gabinete, sobrepasar el rechazo de la Contraloría y dar curso a un acto administrativo. Esto fue otro campo contencioso en la batalla de la legalidad. *Ercilla*, semana del 25 de abril al 1 de mayo de 1973.

A partir de este momento se iría acentuando el aire de confrontación y la tendencia a que los líderes de ambos bandos se consideraran los legítimos representantes de la idea de legalidad. La mayoría del Congreso dijo que "nos sentimos en el deber ineludible de defender a todo trance nuestras atribuciones, porque del respeto a ellas depende en este momento histórico la supervivencia de la democracia y la legalidad".[17] Los líderes de la Unidad Popular reaccionaron con ímpetu a esta declaración. El senador comunista Luis Valente Rossi dijo que era "reflejo del pensamiento golpista tradicional de la derecha económica". Luis Maira acusaba a la oposición de intentar convencer al país de que se estaba frente a una "crisis aguda".[18] El editorialista de *El Siglo* afirmaba: "El manifiesto entregado por los parlamentarios de oposición revela hasta qué punto la defensa de los intereses puede cegar a los sectores privilegiados y empujarlos al extremo de amenazar al país con un conflicto civil de incalculables proyecciones".[19]

En el desarrollo de este conflicto, que no amainaría hasta el 11 de septiembre, era indudable que el Gobierno y la mayoría de los líderes de la Unidad Popular le hacían el quite a convocar a un plebiscito. Aunque no estaba claro que si este era perdido por el Gobierno Allende tuviera que renunciar por falta de credibilidad política —de acuerdo a la Constitución no estaba obligado para nada—, una derrota hubiera significado, en realidad, un obstáculo constitucional de primer orden para sus objetivos. Estos consistían en una revolución semilegal, a grandes rasgos, dentro del marco de la letra de la Constitución, aunque no de su espíritu. La tesis de Eduardo Novoa —el principal portavoz jurídico de la Unidad Popular, que a la vez resumía el lenguaje empleado por los líderes de la izquierda marxista— era que el verdadero espíritu de la Constitución estaba en la apertura hacia la meta de un socialismo, tal cual ellos mismos lo defendían. Este socialismo llevaba implícita una definición de democracia que en muchos rasgos formales difería del modelo occidental. Cuando se intentaba preguntar más concretamente de qué se trataba, siempre emergían los "países socialistas" como el punto de fuga, como orientación hacia una democracia real y no meramente formal.

La oposición no era un frente unido, salvo en la táctica de defender las instituciones políticas de acuerdo al espíritu de la Constitución. Es cierto que la derecha se estaba complementando con algo que le había sido más o menos inédito en la historia del siglo XX, esto es, que ahora se hallaba conectada a una sociedad civil

17 *El Mercurio*, 3 de marzo de 1972.

18 *El Mercurio*, 4 de marzo de 1972.

19 *El Siglo*, 4 de marzo de 1972.

que estaba movilizándose y actuando, que quería un cambio drástico. Para muchos, comenzaba a primar la idea de que cualquier salida era mejor que una "dictadura comunista" o "dictadura marxista". Pero no se crea que este era un tema exclusivo de la derecha y de una extrema derecha que estaba surgiendo con mucha fuerza, de manera a veces espontánea y otras veces organizada. Renán Fuentealba decía en 1972 que "nuestra propia base nos presiona exigiendo cada vez más agresividad".[20] Revelaba un estado de ánimo que se hacía más general con el correr de los días. La Democracia Cristiana resolvió este dilema, de estar entre la presión de las bases y la idea de alcanzar un acuerdo político y constitucional que no permitiera lo que consideraba podía ser un poder total en manos de la Unidad Popular, empleando para ello una estrategia dual. Por una parte, seguiría conversando y negociando con la Unidad Popular, en especial con el Gobierno, sobre las posibilidades de alguna transacción. Por la otra, para no perder una base de sustento estratégico, debía mantener su coordinación con el Partido Nacional y con las organizaciones gremiales que estaban desarrollando más y más activismo a lo largo del país.

Nacionales y democratacristianos se necesitaban mutuamente. Por separado, no representaban ningún problema para la Unidad Popular. Juntos eran en 1972 la mitad o quizás la mayoría del país. Por otra parte, los organismos representativos e institucionales habían ya perdido el monopolio que antes ostentaban de ser las instancias de distribución del poder oficial en Chile, del Estado, de sus instituciones y organismos. Lo seguirían siendo hasta el 11 de septiembre, pero perdiendo fuerzas relativas ante la presencia de una capacidad movilizadora tanto de actores políticos como de la sociedad civil, pero que rara vez estaban ajenos al gran debate político que se abría en el país.

En este sentido, la movilización se había convertido en un medio necesario para la supervivencia política. Como lo dejaba ver el senador Fuentealba, aunque en esto tomaban parte también quienes votaban o hasta militaban en la Democracia Cristiana, el que más capitalizaba en términos políticos esta movilización y que más aparecía como un actor relevante era el Partido Nacional.[21] Por ello, la labor de este era más sencilla, ya que solo tenía que mostrar una actitud más beligerante y ponerse a la cabeza de la movilización de su sector. Podría volverse angustiante y estéril si la Democracia Cristiana lo abandonaba en caso de llegar a un acuerdo con la Unidad Popular. Por otra parte, y suponiendo que esto hubiese pasado, la derecha hubiera

[20] Cit. en Corvalán Marquéz, *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre,* p. 163.

[21] Esta es una tesis especialmente desarrollada por Corvalán Marquéz, *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre*, esp. pp. 188-218.

podido quitarle muchos votos a la Democracia Cristiana. Y esta tenía el temor de que esto fuera precisamente lo que sucediera.

## Concentraciones, ITT, "bultos cubanos"

Entre marzo y abril de 1972 se sucedían acontecimientos vertiginosos que a su vez se transformaban en cajas de resonancia. En primer lugar, a mediados de marzo surgió un debate sobre una nave de Cubana de Aviación, que había descargado unos bultos que no pasaron por los procedimientos regulares de internación al país. Rápidamente la información se expandió y vinieron las peores acusaciones. Intervino Salvador Allende explicando que efectivamente se habían descargado unos obsequios que enviaba "el Primer Ministro de Cuba, tanto a mí como a otras autoridades chilenas. Asimismo le informo que estos efectos fueron trasladados posteriormente a mi residencia de Tomás Moro". Añadía que se encontraban a disposición de la Contraloría General de la República para la inspección si esta lo estimaba conveniente.[22] Como es natural, la oposición no creyó una palabra en las explicaciones y surgiría la sospecha de contrabando de armas, como efectivamente lo era, según se comprobaría a raíz del golpe.[23] Se trataba de un par de centenares de metralletas y unas pocas ametralladoras para el GAP y que se concentrarían en La Moneda y en Tomás Moro. ¿Cómo se supo de este hecho irregular en Pudahuel? La explicación es que alguien le pasó la información a la oposición. El que haya sido tan exacta deja entrever quizás alguna operación de inteligencia, que sembró dudas bastante fundadas, aunque exageradas en cuanto a la dimensión.

El segundo hecho relevante que tendría grandes consecuencias comunicacionales, y en cierta medida políticas, fue la revelación del célebre periodista Jack Anderson, publicada en el *Washington Post* y otros diarios de circulación local en Estados Unidos el 21 de marzo, de los llamados "Documentos de la ITT". En ellos, se hablaba sin pelos en la lengua acerca de la decisión norteamericana de impedir el acceso de Allende al gobierno en septiembre y octubre de 1970 y de la reacción de diversos actores chilenos, quedando especialmente comprometidos Eduardo Frei y Arturo Matte. En otra parte hemos explicado que los norteamericanos sobrevaloraban su capacidad de poder influir en los acontecimientos, a pesar de que algunos

[22] *El Mercurio*, 20 de abril de 1972.

[23] Esto es puesto en duda por Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War* (Chapel Hill, North Carolina: The University of North Carolina Press, 2011), p. 55. En todo caso, las armas venían de Cuba, aunque pueden haber llegado por otras vías.

de ellos expresaban una frustración patética por lo poco que podían hacer. Más importante, aunque demuestra que los autores de los memorándums detectaron que algo se preparaba desde la embajada, es que en los documentos no se presentaba mucha información concreta y que se hacían eco de un poco de "información dura" y en general se basaban en la oleada de rumores y copuchas que agitaban al Santiago de esas semanas. Fueron el producto de dos funcionarios de relaciones públicas de la Compañía de Teléfonos, cuya propiedad era de la ITT (*International Telephone & Telegraph*), que tenían acceso a la embajada de Estados Unidos y a algunas figuras políticas de Santiago.[24]

Ello no quita que la noticia estremeció al país y tonificó bastante el discurso de Allende. Tenía con esto, creía, la prueba específica, la *smoking gun* de la intervención norteamericana y del significado antiimperialista de su lucha. En el imaginario colectivo esto ha ejercido fascinación y se le da como hecho consumado. Fue también una noticia mundial y hasta creó algún debate dentro de Estados Unidos, aunque la Casa Blanca desde luego desmintió todo. Sabemos que efectivamente la administración Nixon había desarrollado una política para impedir el acceso de Allende al poder, pero no tenía mucho que ver con lo que salía en los famosos documentos.

Para la oposición este fue un tema complicado, ya que todo el mundo solidarizaba con la indignación exagerada, pero incontestable de La Moneda. *El Mercurio* cortó por lo sano y se apresuró a publicar los documentos en su integridad en los primeros días de abril. Lo mismo hizo el gobierno a través de la Editorial Quimantú.[25] Vino a continuación un intercambio de acusaciones entre Allende y *El Mercurio*, especialmente por un cambio de palabras en una reunión en Viña del Mar ante industriales latinoamericanos. En ella se enfrentaron Salvador Allende, que emplazaba al propietario de *El Mercurio*, Agustín Edwards, y Carlos Urenda, un conocido abogado y socio de Edwards.[26] El asunto daba para mucho y Allende le sacaría partido. Comenzaría a exponerse la tesis de lo que después se llamó el "bloqueo invisible", lo que llegaría a su punto máximo en la alusión precisa a la ITT en su discurso en las Naciones Unidas en diciembre de 1972.

---

[24] Edward Korry sostuvo en una entrevista con el autor que los dos empleados de la ITT eran personajes de poca monta y que en un momento dado él les prohibió el acceso a la embajada. Joaquín Fermandois, Arturo Fontaine Talavera, "El embajador Edward M. Korry en el CEP (entrevista)", *Estudios Públicos*, 72, primavera 1998, p. 95.

[25] *Documentos secretos de la ITT* (Santiago: Quimantú, 1972).

[26] *El Mercurio*, 27 y 30 de marzo de 1972.

Eduardo Frei Montalva, por su parte, se dirigió al país en una cadena de radios. Condenó la intervención de la ITT y recordó su propia trayectoria crítica a algunos aspectos de la política norteamericana, aunque también trajo a colación los casos de Hungría y Checoslovaquia. Hacía ver que los documentos en cuestión no demostraban ningún contacto ni con su gobierno, ni con las fuerzas armadas, ni con el Partido Demócrata Cristiano. Acusaba que se estaba desplegando una campaña para destruirlo, una tesis recurrente en Frei en los tres años de la Unidad Popular:

> Nunca, que yo recuerde, se había visto una maniobra más ruin y más comprometedora para sus autores. El Gobierno, sus partidos y su prensa, por cierto se han convertido en los voceros de un periodista y de los papeles de la ITT. No es un rol precisamente muy elevado. Sus personeros lo han leído en forma fragmentada y arreglada por radio y televisión para mostrar que allí se develaban graves maniobras contra los intereses de Chile.[27]

El escándalo por la ITT nutrió el convencimiento de la izquierda de hallarse comprometida en una lucha de alcance histórico universal, lo que en cierta manera era así. La gente en general creyó a pie juntilla todo lo que allí aparecía. Es difícil poder decir si esto cambió la posición de alguien en relación a la gran pugna política que se desarrollaba en Chile. Nada de esto parecía tocar las costumbres y fidelidades que pudieran expresarse en el voto. Luis Corvalán se quejaba poco después de que el tema de la ITT duró solo tres semanas en los diarios, mientras que el que un conscripto le haya proporcionado armas de guerra a un grupo de izquierda se prolongó durante dos meses.

El tema de la ITT le vino como anillo al dedo al Gobierno para un gran acontecimiento mediático que se estaba realizando en Chile: la reunión de UNCTAD III, que en ese entonces recibía más atención, o se tenía más fe en ella de lo que llegó a ser después. Allende dirigió sentidas palabras en un lenguaje que lucía muy convincente a la luz de estos acontecimientos y aparecía con fuerza ante todos los delegados en quienes dominaba una idea tercermundista la tesis de que "nosotros, los pueblos pobres, subsidiamos con nuestros recursos y nuestro trabajo la prosperidad de los pueblos ricos".[28] En el fondo, como se ha explicado en otra parte, este es un corazón del marxismo después de Marx y, en especial, de eso que se podría llamar ideología tercermundista. Se trataba de llevar la teoría de la plusvalía pensada en el modo de producción y acumulación capitalista al sistema internacional. Era un dogma de fe para la izquierda marxista e incluso su programa económico se basaba

---

[27] *El Mercurio*, 11 de abril de 1972.

[28] Salvador Allende, *Su pensamiento político* (Santiago: Quimantú, 1972), p. 330.

en esta creencia. Una vez capturados los "excedentes", ellos se emplearían para el verdadero desarrollo de Chile y no para enriquecer a los capitalistas de Wall Street.

Estas ideas eran moneda corriente en las décadas de 1960 y 1970, e incluso algunos economistas y políticos no marxistas en Estados Unidos y sobre todo Europa podían aceptar que había algo de cierto en ellas, o al menos no las confrontaban. Era la atmósfera que hacía propicia la recepción del discurso de Allende. Es indudable que también algo de esta aura se trasladaba al plano interno. Esto fortalecía a su gente pero no necesariamente convencía a los que estaban indecisos, que cada vez iban siendo menos a medida que transcurría el Gobierno.

Antes de la reunión de la UNCTAD III, el ambiente de polarización se plasmó en dos grandes manifestaciones celebradas en Santiago, las más multitudinarias de todo el período. La oposición había convocado a una de ellas en la Alameda y se produjo una discusión porque el intendente no la autorizó para que se desarrollara en esta avenida, como era tradicional, aunque nadie desconocía que podía ser potencialmente peligrosa. Dio permiso para que se efectuara en Avenida Grecia frente al Estadio Nacional. Al mismo tiempo, la Unidad Popular anunció que después haría una manifestación ahí mismo, para mostrar cuán amplio era el apoyo de que gozaba; mucho más que el de la oposición, sostenía.

La manifestación opositora se realizó el 12 de abril y predominaban los líderes democratacristianos. De hecho, fue el presidente del Senado, Patricio Aylwin, quien efectuó el discurso de fondo. Sus palabras eran claramente confrontacionales y a la vez premonitorias de una tendencia de largo plazo:

> Si (el Gobierno) insiste en su errado camino se encontrará con la respuesta de chilenos que no cejarán en el ejercicio de sus derechos democráticos, que serán cada vez más rigurosos en exigir el cumplimiento de la ley, robustecerán su fuerza mediante la unión y organización, que defenderán irreductiblemente las instituciones democráticas de Chile y que no cejarán hasta obtener el pronunciamiento libre y soberano del pueblo. Solo la democracia salvará la democracia.[29]

Las descripciones de las fotos publicadas en la prensa hablaban de centenares de miles de personas, incluyendo a pobladores y campesinos, un verdadero y entusiasta mar humano. El problema es que días después en el mismo lugar se efectuó otra concentración de la Unidad Popular. Los entusiastas periodistas extranjeros hablaban de 400 mil personas, pero en los diarios chilenos aparecería un número de 1 millón de concurrentes. Nadie quería quedarse chico. Como hemos dicho a

[29] *El Mercurio*, 13 de abril de 1972.

raíz de la campaña de 1970, en el Chile electoral de esa época se tomaba el número de asistentes como una indicación de quién o quiénes eran más apoyados. Tenía un efecto sicológico.

Por cierto, es imposible intentar una aproximación objetiva en número y solo hay que tener en cuenta que en la política de masas las grandes manifestaciones, además de cumplir con la misión de mostrar un poderío ineluctable, sirven para asegurar a los seguidores que ellos son muchos, que no están solos, que es imposible que tantos estén equivocados, que están en la senda de la victoria.

Serían las últimas grandes concentraciones rivales de la época de la democracia clásica chilena que se había iniciado en 1932. Después solo habría marchas de protesta y contra-protesta. Para la Unidad Popular, cuya manifestación se denominó "Marcha de la Patria" y fue encabezada por Salvador Allende, el acto tenía además un evidente objetivo internacional, al celebrarse en medio de la conferencia de la UNCTAD III. Allende, además, anunció la expropiación de la ITT en Chile y acusó que la mayoría del Congreso quería detener el proceso mediante una mayoría simple —un argumento muy propio de la tradición conservadora—, algo que más adelante se podría repetir con una pretensión de destituirlo. Terminaba con una frase que estaba dirigida, más que a la Unidad Popular, al público extranjero: "Nos comprometimos a hacer una revolución en libertad, democracia y pluralismo, y lo conseguiremos".[30]

Todo este mundo de manifestaciones y movilizaciones no se daba como una costumbre política normal. El que hubiera números tan crecidos, pero imposibles de comprobar, se daba en medio de una guerrilla política que combinaba algunas frases de buena crianza junto a una despiadada dinámica de acusación y contra-acusación. De hecho, el Gobierno llevaba a cabo continuas denuncias ante los tribunales pidiendo encargatorias de reo para políticos de oposición, muy en especial para los de la derecha. Sergio Onofre Jarpa, un político sin pelos en la lengua y que sabía ser afilado y provocador, empleando un lenguaje del campo tradicional pero sin caer en la procacidad, era una de las victimas favoritas, ya que todavía no era parlamentario y no tenía inmunidad. Lo mismo y en mayor medida —desde el punto de vista del estado de derecho, no sin cierta razón— sucedía con el líder de Patria y Libertad, Pablo Rodríguez.[31] Además, después de la destitución de Tohá, la oposición llevó a cabo casi ininterrumpidamente una

[30] *El Mercurio*, 19 de abril de 1972.

[31] *El Mercurio*, 29 de abril de 1972.

serie de acusaciones constitucionales de ministros e intendentes, que concluían con la destitución y respuesta de Allende con el enroque, lo que era visto como otro resquicio por los opositores.

Desde la izquierda se quejaban de que la oposición estaba llamando a una especie de desobediencia civil —protesta en la que a veces también se cargaban los dados contra una figura democratacristiana como Juan de Dios Carmona Peralta— y que ello prendía en algunas organizaciones como los colegios profesionales y las juntas de vecinos.[32] En efecto, eso era lo que estaba comenzando a suceder, como una reacción defensiva de la clase política de la oposición. Sin embargo, esto a la vez la ponía en una ofensiva que encontraba caldo de cultivo en un sentimiento de exasperación que cundía en el Chile que se sentía cada día más enajenado en la experiencia de la Unidad Popular.[33] La violencia era constante, desde luego mínima comparada con la que siguió al 11 de septiembre, pero lo suficientemente grande como para mostrar que se había alterado el panorama que existía en comparación con las décadas anteriores. A fines de mayo de 1972, en la ocupación de un frigorífico en San Fernando fue muerto su propietario, Enrique Núñez.[34] Una agricultora mató a un campesino que participaba en la ocupación de su predio en Rengo.[35] Estas noticias, parecidas a las goteras que en el largo plazo agrietan cualquier construcción, sacudían de tanto en tanto a los chilenos para mostrarles que algo sucedía en el país.[36]

[32] *El Siglo*, 7 de mayo de 1972.

[33] Toda esta fase del segundo trimestre de 1972 está bien compendiada en Paul Sigmund, *The Overthrow of Allende and the Politics of Chile, 1964-1976* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1977), pp. 167-174.

[34] *El Mercurio*, 25 de mayo 1972.

[35] *La Prensa*, 25 de mayo de 1972.

[36] Una buena descripción para esta atmósfera de unos pocos meses después es la que efectúan Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulian: "Se produce un enfrentamiento por la requisición de la principal Compañía de Gas (Gasco), donde se enfrentan obreros y empleados partidarios y opositores de la medida; la lucha entre policía civil y pobladores deja como saldo un muerto y varios heridos en el Campamento Lo Hermida; muere accidentalmente un comerciante en Punta Arenas, lo que desencadena una reacción de violencia en la provincia; enfrentamientos con heridos en Concepción entre jóvenes de la DC y de la UP; tres campesinos son asesinados por ex propietarios en la provincia de Valdivia; un campesino socialista muere en un choque callejero en la provincia del Bío-Bío; destrucción de locales comerciales, incendios y barricadas en Santiago; atentados de grupos paramilitares de Derecha contra domicilios de dos ministros; enfrentamientos en Concepción donde es asesinado un cabo de Carabineros". *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile* (Santiago: CESOC, LOM, 1993), p. 112.

## ¿Moderación? El Mensaje de 1972

En el segundo Mensaje Presidencial, del 21 de mayo de 1972, Allende, previendo de dónde venía una de las amenazas, se dedicó a defender con bastante ahínco la "vía chilena". Uno de sus blancos era, quizás, la extrema izquierda de su propio partido, el MIR y algunos otros. Sostenía que dominar las instituciones era fundamental "en el combate revolucionario (…) hasta conquistar la Dirección del Poder Ejecutivo, con la misión de realizar los cambios estructurales que le permitan acceder (a los trabajadores) a la dirección del Estado (…) mi Gobierno mantiene que hay otro camino para el proceso revolucionario que no es la violenta destrucción del actual régimen institucional y constitucional".[37] Se trataba de un intento en realidad bastante coherente por combinar al marxismo revolucionario con las características institucionales del camino chileno. Reiteraba que el punto era si la institucionalidad podía "abrir paso a la transición al socialismo".

Decía que sí, a pesar de las dificultades por las "inercias del viejo régimen, además de sortear los obstáculos levantados por los poderes extranjeros". A continuación enumeraba todo lo que se había hecho para superar al capitalismo y dirigir la economía al servicio de las clases trabajadoras; se refería a las cifras en realidad sorprendentes del año 1971, cuando la economía creció de manera inédita, en las formas la inflación se mantuvo en un promedio más bajo que el de toda la década de 1960 y disminuyó el desempleo. Hacía un panegírico al poder popular, aunque lo concentraba en especial en la promoción de sindicatos y en el papel de la CUT. "A las organizaciones del poder capitalista los trabajadores han opuesto las fortalezas de las suyas. El futuro de nuestro proceso revolucionario reposa, esencialmente, en el desarrollo del poder organizado de los trabajadores; de ahí el esfuerzo de mi Gobierno por impulsar más instituciones".[38] Reconocía también las ineficiencias y en una parte final traslucía algún rastro de desaliento por la lentitud de la acción del Estado y de la administración pública, por la falta de espíritu de trabajo y, refiriéndose también al APS, por exigencias de remuneraciones más allá de lo acordado con las organizaciones sindicales. No hay una referencia explícita al debate constitucional por la Reforma de las Tres Áreas, quizás porque estaba guardándose las municiones para después de las negociaciones que iban a sostenerse el mes siguiente, para no

---

[37] Salvador Allende, "Segundo Mensaje ante el Congreso Nacional", 21 de mayo de 1972, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 3, p. 2.286.

[38] Allende, "Segundo Mensaje ante el Congreso Nacional", en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 3, p. 2.302.

entorpecerlas. Solo existía una expresión contra la "rigidez de los cambios jurídicos en medio del actual período de transformaciones profundas y aceleradas". Finalizaba con el clásico "venceremos", después de hacer una referencia a la historia de Chile como una "respuesta continua y obstinada a gigantescos desafíos".

El Mensaje no se apartaba de la idea del proyecto general de la Unidad Popular ni del marxismo chileno, aunque era menos beligerante que el de 1971. Destacaba más que en aquel la idea de la legalidad y "libertades públicas", aunque estas solo podían existir de verdad una vez realizados los cambios políticos y económicos buscados por la Unidad Popular. Había una especie de remanso para tomar aliento y para sortear la encrucijada constitucional y política en la que se estaba desenvolviendo la vida pública en Chile.

## Lo Curro y diálogo con la Democracia Cristiana

Un segundo cónclave de la Unidad Popular se llevó a cabo en Lo Curro, en la residencia de descanso y de reuniones políticas más confidenciales de Allende, en los primeros días de junio de 1972. El Presidente intentó alinear a los partidos en una estrategia común, mientras que los socialistas y otros grupos de la Unidad Popular estaban ya comenzando a hacer sentir su estribillo que se haría tan famoso: "avanzar sin transar". Poco antes, mostrando otra mirada al tema, el secretario general del Partido Comunista, Luis Corvalán, había dicho que "dentro de lo malo de la situación lo bueno está en que todos comprendemos que vamos mal (…) He ahí la crisis que enfrentamos porque no hay un solo rumbo, una sola orientación y nosotros sostenemos que para salir adelante, simplemente hay que cerrar filas".[39] Era un gesto de realismo, también un llamado de atención a que algo se debía modificar y algo se debía decidir. A pesar de que los comunistas se suponía seguían una estrategia gradual, nunca llegaron a concretar qué significaba aquello, que solo podía aclararse si se ponía una meta que fuera más precisa que la del "socialismo".[40]

Ciertamente, Corvalán quería marcar distancia con una línea de ruptura que era otra alma de la Unidad Popular. La disputa con un ala activista no era una figura

[39] *El Siglo*, 27 de mayo de 1972.

[40] Buenas discusiones sobre los problemas estratégicos de la Unidad Popular, aunque con más énfasis en los medios que en los fines, en Julio Pinto, "Hacer la revolución en Chile", y Tomás Moulian, "La vía chilena al socialismo. Itinerario de la crisis de los discursos estratégicos de la Unidad Popular", ambos en Julio Pinto (coordinador, editor), *Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad Popular* (Santiago: LOM, 2005), pp. 9-33 y 35-56.

retórica, sino que experimentada como un grave problema por los comunistas. Un miembro del Comité Central de este partido, Víctor Díaz López —que tendría un trágico final en 1976—, decía que "no ayuda nada anunciar lo que haremos en el futuro una vez que las condiciones estén 'desarrolladas'".[41] Interesante observación, que muestra la similitud de las metas pero las diferencias con los métodos. Claro, existe la pregunta de si para los comunistas los métodos se habrían vuelto finalidades.

Tras la reticencia socialista había también un mensaje de Fidel Castro, que no entendía por qué se debía negociar con la Democracia Cristiana, a los que —según Víctor Díaz— veía solo como una "masa de reaccionarios". Allende —dice el mismo Díaz— había protestado por la frecuente interferencia de Castro.[42] Es indudable que los comunistas lo sentían de esta manera, aunque es difícil hacerse una idea de que Allende compartiera la visión de ellos, ya que su admiración por Castro hacía de este una especie de tribunal de apelación acerca de los temas chilenos. Quizás Allende no lo seguía en todo, pero no le era fácil desentenderse de sus juicios.

Al mismo tiempo, se conversaba acerca de la necesidad de organizar el mecanismo interno de la Unidad Popular, vale decir, de la relación de los partidos entre sí y la capacidad de disciplina que podría demostrar este bloque:

> Ha sido materia de especial preocupación en las reuniones del Comité Nacional de la Unidad Popular la existencia de abiertas manifestaciones de actuaciones espontaneístas de indisciplina laboral, administrativa y política. Todos los partidos están conscientes en superar estos hechos, homogeneizar su acción común y resolver unitariamente los problemas que surgen en un proceso revolucionario.[43]

Allende, quizás aconsejado por íntimos y por el Partido Comunista, hizo un esfuerzo por lograr un acuerdo estratégico con la Democracia Cristiana. Hubo un acuerdo previo con esta para postergar el tema de los vetos en el Parlamento. Habría tres grandes líneas en esta nueva política de Allende. Una sería el acuerdo con la Democracia Cristiana por el APS; otra, un nuevo gabinete quizás encabezado por el general Prats; y tercero, una modificación a la política económica para lograr mayor eficiencia.[44]

---

[41] Información para miembros y candidatos al Politburó, 6 de julio de 1972. BA, DDR, DY/30/J IV 2/2J, 4188, 51, M 2 13, 30. La frase la traducimos del alemán.

[42] Conversación de Hermann Axen, miembro del Politburó, con Víctor Díaz, subsecretario del Partido Comunista, y Luis Barría, miembro del Comité Central del mismo, 31 de julio de 1972. BA, DDR, DY/30/J IV 2/2J, 4232, 51, M 2 13, 30.

[43] "Declaración del Comité Nacional de la Unidad Popular", *Última Hora*, 1 de junio de 1972.

[44] Orlando Millas, *Memorias, 1957-1991: una disgresión* (Santiago: ChileAmérica CESOC, 1996), pp. 83-86.

La Democracia Cristiana, dirigida por Renán Fuentealba, concurrió a esta negociación no sin muchos sobresaltos y oposición interna. En esto había dos tendencias en el partido cuya frontera no estaba claramente definida. A grandes rasgos, una línea era más dura y la otra, más contemporizadora. También las negociaciones fueron miradas con extrema hostilidad por parte del Partido Nacional. Este veía todas las concesiones posibles no como el logro de un acuerdo entre las partes, sino como la vieja estrategia de la rodaja de tocino, de ir entregando al adversario pieza por pieza hasta que no hubiera nada por qué luchar. Así lo decía Sergio Onofre Jarpa: "El Partido Nacional rechaza los procedimientos y también los fines del comunismo internacional, que valiéndose de mecanismos democráticos y de aliados circunstanciales sigue avanzando en sus propósitos".[45]

Estaba el despecho por ser excluido; también el temor a que la fuente de poder se volviera al final de manera incontrarrestable contra la vigencia de la oposición. Hay que añadir que dentro de la Democracia Cristiana había las mismas dudas y que para la gran mayoría de la Unidad Popular, hasta donde puede saberse, toda negociación era parte de un camino para arribar a la meta socialista. Así lo entendían de manera muy clara los nacionales y veían su propia oposición como en un espejo, una réplica exacta de la pasión maximalista de la izquierda. Uno de sus dirigentes, el diputado Fernando Maturana Erbetta, decía que el tiempo corría a favor de la Unidad Popular, por lo que "los demócratas debemos buscar un desenlace rápido antes de que el Congreso sea solo un edificio decorativo (…) Debemos radicalizar la oposición, debemos continuar decididamente para que la unidad de la oposición cumpla los reales objetivos de quienes no estamos en el Gobierno; contener el marxismo y no facilitar sus planes".[46]

Estas palabras tenían significado para la Democracia Cristiana porque sus militantes y sus dirigentes compartían ese temor, y es un contexto que hay que entender para ver lo limitado del margen de acción que tenía Fuentealba. Era la contrapartida al límite que tenía la Unidad Popular, que, más que el problema del Partido Socialista y de la ultraizquierda, era que no podía concebir un modelo socialista que fuera diferente al de lo que pocos años después se llamaría "socialismo real".

Las negociaciones fracasaron porque no hubo acuerdo sobre la Papelera. Era un trofeo demasiado codiciado y muy decisivo para quien se quedara con él. La insistencia de ambas partes en que se mantuviera ya sea como propiedad privada o

[45] *El Mercurio*, 17 de junio de 1972.

[46] *El Mercurio*, 25 de junio de 1972, cit. en Corvalán Marquéz, *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre*, p. 185.

que fuera parte del APS demostraba el alto valor que se le daba para el equilibrio general. El segundo elemento en que no hubo acuerdo fue sobre la propiedad de los bancos que estuviesen en el APS, que la Democracia Cristiana —para responder a su doctrina y a su autoimagen del socialismo comunitario— insistía en transformar en empresas de trabajadores. Como se ha visto, esto hubiera resultado en un freno más efectivo para la meta de la Unidad Popular, ya que le hubiera creado un conflicto con representantes de sus propias bases. Fuentealba también se oponía a que la CORFO pudiese seguir comprando acciones de empresas, lo que había sido en primer lugar el punto de origen de lo que se tomaba por base legal de las expropiaciones. Allende insinuó algunos acuerdos parciales.[47] Uno sería postergar el tema de la Papelera, pero eso tendría como resultado postergar las incertidumbres, lo que acrecentaría las ansias de la oposición.

La Democracia Cristiana se retiró de las negociaciones y comenzaría un proceso, más sicológico que formal, de extrañamiento frente a los líderes de la Unidad Popular. Las conversaciones nunca serían igual a como lo habían sido, salvo breves respiros. Aunque, como es natural, el estado de ánimo encontrado nunca sería homogéneo para todos; el ambiente crispado crearía un muro de desconfianza. Estaba construido ahora en gran medida no por una crisis dentro de la clase política, como en cierta medida había sido en 1891 y 1924, sino por una en la que participaban ahora vastas capas de la población, si bien, aquí también hay que repetirlo, en la mayoría quizás no en el estado mental de las 24 horas del día.



[47] Sergio Bitar, *Transición, socialismo y democracia: la experiencia chilena* (México D.F.: Siglo XXI, 1979), pp. 152-155.

# Capítulo XXI
# Encrespamiento y Paro de Octubre

## Asamblea del Pueblo y concordancia opositora

Los revolucionarios siempre tienen una imagen de la revolución, surgiendo esta de una acción de levantamiento o protesta del pueblo que convoca a un nuevo estado de cosas. Por eso, la idea de una "asamblea popular" cumple el mismo papel en el origen de la revolución que en un pensamiento político más clásico. Esta, probablemente recogiendo alguna estructura mítica de la conciencia, identifica en la teoría del pacto el origen de la sociedad —los hombres no estamos solos, sino que acompañados, en grupos— y de la legitimidad de un poder. También es la mejor manera de borrar de un plumazo el orden institucional existente, sin perder la legitimidad que confiere el hecho de seguir un procedimiento aceptado de acuerdo a las leyes. A esto fue a lo que acudieron a la ciudad de Concepción, en julio de 1972, algunos sectores de la Unidad Popular junto al MIR, en una especie de globo de ensayo.

Como se sabe, Concepción era un centro muy fuerte de la izquierda y la cuna del MIR. Allí, en mayo había habido un incidente, de los muchos que ocurrían con reiteración en forma de bataholas en la calle, que derivó en la muerte de un estudiante miembro del MIR. Existía un ambiente de exaltación y de lucha total. Parte de la izquierda, exasperada y también envuelta en su propia idea revolucionaria, planificó la idea de construir un atajo que no pasara por el sistema institucional, llamando directamente a asambleas de hecho. Se formó así una Asamblea del Pueblo con representantes básicamente del MIR, del Partido Socialista local, del MAPU, de la Izquierda Cristiana y de algunos sindicatos o representantes sindicalistas que estaban en esta tendencia.[1] Este hecho no atrajo mucho la atención general. Fue una nota más de un país que vivía agitado con noticias sobre tomas y contra-tomas, ocupaciones, huelgas, peleas callejeras y acusaciones mutuas.

[1] *La Prensa*, 28 de julio de 1972.

Sin embargo, dentro de la izquierda y en el Gobierno tuvo una profunda consecuencia. Pareció como si se fuera a quebrar la Unidad Popular. Dentro del marxismo, las disputas ideológicas sobre la "lectura correcta" y el "método correcto" ocupaban un lugar similar a las violentas luchas políticas que desencadenaban en otra época diferentes escuelas teológicas, o que entre diversas escuelas del mundo musulmán comenzaron a hacerse notorias para el mundo a fines del siglo XX.

Allende tuvo que moverse en diversos niveles para poder detener esto, que llevaría a un conflicto político institucional insoluble; desde su perspectiva, le entregaba una excusa a la oposición para poner en tela de juicio la constitucionalidad del Gobierno. El Partido Socialista de Carlos Altamirano lo siguió un poco a regañadientes, reprendiendo a la dirección local. Incluso se solicitó ayuda a Fidel Castro para que detuviera al MIR, a lo que aparentemente el líder cubano accedió. El dirigente socialista Arnoldo Camú Veloso, perteneciente al ala más militarizada del partido y que moriría abatido días después del golpe, acusaba a los comunistas de fijarse en las contradicciones internas del enemigo para supuestamente conseguir aliados dentro de la "pequeña burguesía" y no poner la atención en la "correlación de fuerzas". Esta es una expresión favorita y general de todo el marxismo en esta época, ya que partía de la base más que teórica de que el mundo se encontraba en un gozne, en el tránsito del capitalismo al socialismo. Para Chile, sostenía Camú, lo que debía apreciarse era "la capacidad de combate nuestra y del enemigo en relación a un objetivo determinado: la conquista del poder".[2] Las palabras derramaban un regusto por la acción revolucionaria, la que, aunque no tocaba a las grandes masas hasta donde podemos darnos cuenta, sí consumía como un fuego a una parte de los militantes de la izquierda.

Salvador Allende quiso poner punto final a esta escalada y dirigió el 31 de julio una carta a los partidos de la Unidad Popular. Les hacía presente que no podía haber una estrategia exitosa si no había orden en la coalición:

> Cada uno de los militantes de la Unidad Popular además de ser protagonistas del proceso revolucionario que está en marcha, es responsable de su presente y de su futuro (…) La Unidad Popular tiene que ser un movimiento homogéneo, y las decisiones que dentro de ella se tomen deben ser acatadas porque reflejan conclusiones tomadas con responsabilidad por sus dirigentes, de acuerdo con un pensamiento común (…) Nada mejor para esa táctica del enemigo que las manifestaciones divisionistas que alientan personas o grupos dentro de la Unidad Popular. Los adversarios estimulan a través de su poderoso aparato publicitario interno y extranjero, cada gesto de indisciplina (…)

[2] "PS responde a PC. Unidad combativa para avanzar", *Punto Final*, 18 de julio de 1972.

> les complacería ver aparecer (al movimiento popular) como una montonera incapaz de realizar la tarea de conducir el país a una meta histórica como es la transición al socialismo.[3]

El MIR solo podía ser controlado de manera indirecta y a través del conducto indispensable de Castro desde La Habana. Con los socialistas, con los que Allende tenía una relación tan ambigua —porque mal que mal compartía todas las finalidades estratégicas de un partido cada día más radical—, tenía más dificultades, a pesar de que, al final de cuentas, Carlos Altamirano no tenía la capacidad de llamar a una revolución directa. Los comunistas tenían un fin estratégico revolucionario y la capacidad para sobrevivir incluso en una situación contrarrevolucionaria, como lo hemos explicado; podían llevar a cabo el "proceso revolucionario" mediante la ocupación sin armas de fuego de diversas instancias de control en el Estado y en la sociedad, pero no eran el clásico partido revolucionario, como en parte lo estaban siendo los socialistas. Este asunto de la Asamblea del Pueblo podrá aparecer como parte de la escolástica revolucionaria. Otro indicio lo pone en una perspectiva algo distinta. Fidel Castro tuvo que intervenir ante lo que se veía como el comienzo de un realineamiento de fuerzas, al formarse un "partido revolucionario" con un sector de los socialistas, el MIR y otros. Esto hubiera dividido a la Unidad Popular de manera fatal ya en 1972.[4]

Otros hechos se precipitaban. Un incidente llamó mucho la atención. Los movimientos de pobladores habían efectuado numerosas ocupaciones. A veces estaban vinculados a partidos políticos o militantes de la estructura de esos partidos los dirigían; otras veces se empleaba una retórica general de lucha contra los explotadores y la burguesía, tras lo cual no había mucho más que la demanda muy humana por un techo donde guarecerse. Estas tres posibilidades estaban bastante mezcladas.[5] El 5 de agosto, tras una serie de incidentes, la Policía de Investigaciones y un contingente

---

[3] Salvador Allende, "Carta a los dirigentes de la UP sobre la Asamblea del Pueblo en Concepción", 31 de julio de 1972, en Víctor Farías, *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica* (Berlín: Wissenschaftlicher Verlag Berlin; Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2000), T. 4, pp. 2.850-2.855.

[4] Existen varias referencias a la intervención de Castro. La más clara está en un informe sobre el rescate de Carlos Altamirano desde Chile, después del golpe. Informe de conversación de Paul Markowski, del Comité Central del SED, con E. I. Kuskow, del Comité Central del PCUS, Berlín, 21 de noviembre de 1973. BA, DDR, DY 30 IV B 2/20 354.

[5] Manuel Castells, "Movimiento de pobladores y lucha de clases en Chile", *Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos Regionales (EURE)*, vol. III, abril 1973, N° 7, pp. 9-35. Un estudio detallado de un caso está en Boris Cofré Schmeisser, *Campamento Nueva La Habana. El MIR y el movimiento de pobladores 1970-1973* (Santiago: Ediciones Escaparate, 2007).

numeroso de carabineros se aparecieron en la población Lo Hermida. Perseguían, se suponía, a unos militantes del Ejército de Liberación Nacional (ELN), también conocido como comando "16 de julio". Las informaciones nunca fueron completas y cabía duda acerca de cuán real era la existencia de esta fracción a estas alturas, ya que sus principales miembros estaban en el GAP y, por lo tanto, controlados por el mismo Allende.[6]

Tras esto había una puja entre los comunistas y el ala partidaria de la acción directa en la Unidad Popular y más allá de ella. De hecho, Investigaciones había detenido en San Bernardo a un importante dirigente poblacional, Víctor Toro. En Lo Hermida, los incidentes terminaron con la muerte de un poblador, René Saravia.[7] Al día siguiente Salvador Allende llegó a apaciguar las cosas en la población. Estaba provisto de fuerte resguardo, aunque no hubo violencia física contra él. Un dirigente poblacional de una fracción de los socialistas, Osvaldo Romo, lo confrontó y lo cubrió de improperios. Es así como saltó a la fama por primera vez a quien posteriormente se reconocería como el "Guatón Romo". Después del golpe, Romo pasaría a ser agente de la DINA.[8] Como en tantos momentos de la vida en Chile, aquí se topaba lo que era la capa política de la población con los movimientos más o menos espontáneos y muchas veces irracionales que surgían debido al estado de alteración del país. En toda la historia de las revoluciones siempre hay un momento en que hay dos o más actores pugnando por el poder, y a la vez surgen pequeños caudillos, grupos, personajes, movimientos más o menos amplios pero incapaces de articularse. Todos ellos tienen su momento de gloria o la posibilidad de exclamar su grito herido, rabioso o frívolo en un momento como este.

También esta circunstancia puede haberse insertado en un intento del gobierno por demostrar que estaba combatiendo tanto a la reacción, a través de innumerables querellas, como a grupos que le surgían más a la izquierda, casi siempre llamados "anarquistas" o "lumpen" en el lenguaje del marxismo.

---

[6] Sobre la relación genealógica entre el ELN y el GAP, Patricio Quiroga, *Compañeros. El GAP: la escolta de Allende* (Santiago: Aguilar, 2001), pp. 52-59, 70-74.

[7] Eduardo Paredes y Carlos Toro, director y subdirector de Investigaciones respectivamente, fueron suspendidos temporalmente de sus funciones por causa de los acontecimientos en Lo Hermida. Sobre estos sucesos, ver "Expediente negro de Lo Hermida", *Punto Final*, 29 de agosto de 1972; "Lo Hermida: trasfondo de una tragedia" y Hernán Larraín, "Lo Hermida: sangre en una población", ambos en *Mensaje*, 212, septiembre 1972. También Paul Sigmund, *The Overthrow of Allende and the Politics of Chile, 1964-1976* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1977), pp. 177-179.

[8] Nancy Guzmán, *Romo. Confesiones de un torturador* (Santiago: Planeta, 2000), pp. 50-54.

En momentos de polarización, cada sector vive un tanto aislado en sí mismo. Así como la Asamblea del Pueblo constituyó un hecho muy grave para los líderes de la Unidad Popular, pero pasó casi desapercibida para la oposición, tres hechos le dieron una curiosa revitalización al optimismo de La Moneda y en general de la coalición. El primero fue una elección extraordinaria en la provincia de Coquimbo, realizada el 16 de julio de 1972. La oposición, tonificada por su victoria del verano anterior, quería repetir su triunfo. Por ser una zona de izquierda apoyó a Orlando Poblete González, un candidato del PIR, partido que dos meses antes se había retirado del Gobierno, acusándolo de que se deslizaba por un camino extraconstitucional. Muy luego se sumó a la oposición y Allende le dijo a Luis Bossay, presidente de la nueva colectividad, que le había propinado una "puñalada trapera".[9]

La coalición de gobierno, por su parte, llevó a la comunista Amanda Altamirano Guerrero como candidata. Esta última triunfó con el 53,6% contra el 44,9% de Poblete.[10] Estos resultados fueron proclamados por la Unidad Popular como un gran triunfo, ya que comparaban la votación con la elección de 1970.[11] Una comparación con abril de 1971, en cambio, mostraría un pequeño pero seguro avance de la oposición, que es lo que marcaba la tendencia. Sin embargo, también esta comparación muestra otro factor, que será clave para comprender las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, y es que la Unidad Popular, a pesar de todas las dificultades, perdía poco apoyo y mantenía una parte del país tras ella. También la oposición consolidaba su apoyo, aunque no avanzaba a los pasos de zanco que hubiese sido de esperar.

El segundo hecho había ocurrido dos días antes y fue, en cierta manera, algo menor. En las elecciones internas de la CUT, por primera vez hubo una competencia puesta por sectores ajenos a la izquierda que estaba en la Unidad Popular. La Democracia Cristiana mostró un fuerte apoyo, aunque desde luego minoritario. De los 560.000 votos, obtuvo 147.000, es decir, más de una cuarta parte y apenas unos cientos de sufragios menos que el Partido Socialista. La directiva del partido y muchos líderes sindicales pusieron en tela de juicio los procedimientos electorales, debido al control que desde siempre habían ejercido sobre ellos las maquinarias de los partidos, especialmente Comunista y Socialista, los que se llevaron la parte del león, con el primer y segundo lugares, respectivamente.[12] Es imposible evaluar

[9] *Qué Pasa*, 29 de junio de 1972.

[10] *El Mercurio*, 17 de julio de 1972.

[11] Es lo que argumentaba Volodia Teitelboim. *El Siglo*, 17 de julio de 1972.

[12] Central Única de Trabajadores (CUT), "Resultados oficiales sobre la elección de la CUT", en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 4, pp. 2.862-2.868.

esta realidad. Con todo, lo importante era que la presencia exclusiva de la izquierda marxista en la CUT estaba llegando a su fin y era una prueba más de que en los denominados sectores populares no había unanimidad ni mucho menos en el apoyo al proyecto de Allende. Ello no quita que mostraba un apoyo mayoritario a la Unidad Popular y que en la CUT todavía tenía la sartén por el mango.

El tercer hecho ocurrió en la FECH, donde hubo unas elecciones que debían de haberse realizado el año anterior, suspendidas por la alteración que se vivía en la vida académica. La oposición fue dividida, ya que los nacionales creyeron que no podían dejar de tener una personalidad propia. La Democracia Cristiana se juntó al PIR, aunque este tuviese escasa presencia en las aulas. Por su parte, los nacionales se aliaron con la Democracia Radical, donde se daba lo mismo. En ese entonces, las elecciones universitarias tenían una significación política y provocaban mucha tensión. El vicepresidente de un centro de alumnos de una escuela o instituto cualquiera hacia declaraciones en un diario y aparecía como una especie de personaje. La suma de los votos de la oposición fue mayor que la del triunfador, Alejandro Rojas Wainer, veterano dirigente comunista, especialmente porque no era demasiado joven.[13] La Unidad Popular pudo celebrarlo como una confirmación de su poder.[14] Los números, sin embargo, muestran algo diferente, en cuanto a que el escenario donde se suponía que estaba la vanguardia de la juventud se estaba volcando ya no solo en el voto, sino que también en la acción y movilización contra la Unidad Popular.

Un acontecimiento de la mayor trascendencia tuvo lugar en torno a la elección de Coquimbo. Los partidos de la oposición se unieron con propósitos exclusivamente electorales en un partido pantalla, la Confederación de la Democracia (CODE). Existía el temor de que a último momento, antes del cierre de las inscripciones para las parlamentarias de 1973, la Unidad Popular se constituyera también como partido pantalla, multiplicando las posibilidades de ganar puestos en el Parlamento gracias a la cifra repartidora.[15] La alianza entre la Democracia Cristiana y el Partido Nacional,

---

[13] *El Mercurio*, 8 de julio de 1972. Al momento de su elección como presidente de la FECH, Rojas tenía 27 años.

[14] *El Siglo*, 8 de julio de 1972.

[15] La cifra repartidora era el núcleo del sistema electoral proporcional que se utilizaba para elegir a los parlamentarios en el Chile de la Constitución de 1925. Bajo esta modalidad, una variación del sistema D'Hondt, debían seguirse cuatro pasos para conocer a los candidatos que resultarían elegidos en cualquier distrito o circunscripción. En primer lugar, debían sumarse todos los votos de cada una de las listas en competencia. Luego, la cantidad de votos recibidos por cada lista debía dividirse sucesivamente por números consecutivos partiendo desde el uno hasta el número de escaños a elegir en el distrito o circunscripción en cuestión. Hecho este cálculo, debían ordenarse

aunque no llegaría al tipo de vínculo que se daba entre los partidos marxistas, iría estableciendo finalmente una articulación que, con sus desgarros y dudas, permanecería unida en lo fundamental hasta el 11 de septiembre. Después de marzo de 1973 no mantuvo el nombre, pero sí los propósitos prácticos para los cuales fue constituida.

A comienzos de agosto de 1972 todos los partidos de oposición se unieron en una declaración en la cual reiteraron todas las acusaciones sobre falta de atención a la legalidad en la acción del Gobierno. Acusaban por primera vez de manera conjunta que el propósito de los partidos de la Unidad Popular era "establecer una dictadura totalitaria, mediante el ataque permanente a los Poderes del Estado, tanto Judicial como Legislativo (…) desconociendo las prerrogativas y deberes que les competen y las consecuencias que de su ejercicio se derivan".[16]

Esta declaración es una especie de adelanto de la del 22 de agosto de 1973. Implicaba decir que ya no había legalidad derivada de la Constitución en la acción del Gobierno. De ahí que efectuar una suerte de resistencia civil contra el Gobierno fuera apareciendo para sus opositores como cada vez más legítimo. De hecho, el estado de ánimo encrespado que se estaba viviendo se demostró en una situación muy particular. Cuando la DIRINCO arribó a Punta Arenas a fiscalizar al propietario de un frigorífico, este sufrió un ataque al corazón que le provocó la muerte. El hecho en sí era menor, pero se daba en un ámbito de situaciones en que todo se leía como una señal de peligro. La Confederación del Comercio Detallista y la Cámara Central del Comercio, dirigidas por Rafael Cumsille Zapapa y Jorge Martínez respectivamente, llamaron a un paro nacional para el 21 de agosto, el que tuvo bastante éxito a lo largo del país.[17]

Más importante, como sucede pocas veces en los empresarios y en las clases medias para situaciones como estas, la paralización de las actividades demostró una gran capacidad de organización y ese estado de ánimo alterado que hacía que de un caso como este, de gravedad relativa, pudiera llegarse a este acto. Sobre todo era una muestra de que los sectores medios, que socialistas y sobre todo comunistas querían ganar, no se convencían ni tenían ninguna fe en lo que ofrecía la Unidad Popular.[18]

todos los cocientes de mayor a menor. El cociente que en este orden ocupara el lugar de la cantidad de puestos a elegir en dicho distrito o circunscripción era la cifra repartidora. Finalmente, el total de votos recibidos por cada lista se dividía por la cifra repartidora. El resultado de esta operación determinaba la cantidad de candidatos electos de dicha lista. Una explicación del sistema con un ejemplo práctico en *Ercilla*, edición extraordinaria, 23 de febrero de 1973.

[16] *El Mercurio*, 4 de agosto de 1972.

[17] *La Tercera*, 22 de agosto de 1972.

[18] Manuel Antonio Garretón y Tomás Moulian, *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile* (Santiago: CESOC, LOM, 1993), pp. 110-ss.

Este hecho desencadenó en los últimos días de agosto una serie de marchas a lo largo de Chile, llevadas a cabo por la oposición y con una participación cada vez más protagónica de los principales gremios del país. El Gobierno respondió cerrando radios, que sin duda echaban bastante leña a la hoguera.

El Gobierno estaba además herido porque a fines de julio la oposición había destituido a Hernán del Canto como ministro del Interior, quien respondió organizando una concentración a las afueras del Congreso, lo que fue visto por este como un acto ilegal de intimidación a uno de los poderes del Estado. La respuesta del Gobierno fue asegurar que existía en la oposición un llamado "Plan Septiembre", que sería en el fondo un golpe de estado contra el Gobierno.[19] Coincidió esto con la baja de las filas del Ejército del general Alfredo Canales Márquez, al parecer por haber hablado de la necesidad de que las fuerzas armadas tomaran el gobierno. Nunca quedó claro, pero fuera de la institución el general Canales inmediatamente se sumó a las filas de la oposición. La situación estaba tan sensible que, porque informó acerca de un presunto incidente entre civiles y militares en Nacimiento, Radio Agricultura fue cerrada por 48 horas de acuerdo a facultades legales cuyo empleo había sido siempre una situación extrema. Esto naturalmente aumentaba la presión general.[20] Se realizarían en los días siguientes manifestaciones constantes de apoyo a la radio y bataholas entre manifestantes y carabineros.[21]

De todas maneras, el llamado a alerta gubernamental tuvo el efecto de estar en las noticias, de estar en los titulares y de servir de llamado de atención para dirigentes y militantes activos de la Unidad Popular. Como hemos explicado, la izquierda, incluso los comunistas, había sido impulsora de la idea de que los uniformados tuvieran una actuación pública. Crecía también el clamor entre la oposición de que las fuerzas armadas de alguna manera les garantizaran su existencia. Un editorial de *El Mercurio* de septiembre llamaba a las fuerzas armadas a ser "fiadoras del régimen jurídico, de la legitimidad republicana, de la vocación democrática del pueblo chileno".[22] Esto creó su pequeño escándalo.

Es evidente que el decano estaba empujando a los uniformados a alguna forma de arbitraje, lo que era nuevo. Era, sin embargo, lo mismo que había estado haciendo desde hacía tiempo la Unidad Popular, incluyendo a los comunistas, desde el triunfo en septiembre de 1970. Incluso el llamado a la fidelidad constitucional pasó

[19] *El Siglo*, 28 de agosto de 1972.

[20] *El Mercurio*, 2 de octubre de 1972.

[21] *El Mercurio*, 3 de octubre de 1972.

[22] *El Mercurio*, 19 de septiembre de 1972.

a ser interpretado según el lado con que se miraba el cristal. La oposición pasaría a afirmar que las fuerzas armadas eran garantes de la Constitución, insinuando que no debían permitir salidas de madre de parte del Ejecutivo. Desde la Unidad Popular se repetía que las fuerzas armadas eran leales a la Constitución, deduciendo de ello que debían seguir la interpretación que a la misma le daba el gobierno de Allende. El mismo apelativo de "constitucionalista" con que la izquierda y el mismo Allende bautizarían a algunos oficiales, sobre todo a Prats y Bachelet, reflejaba su versión del camino constitucional. Para repetirlo, este debía interpretarse como una etapa en el desarrollo del futuro de Chile que iría en el camino de la transición al socialismo.

## El desencadenamiento del Paro de Octubre

Los frentes estaban armados y animados tal cual en julio de 1914. Una chispa encendería el fuego que llevó al país a una etapa diferente, claramente de confrontación entre dos sectores de la clase política, pero también dependientes de un estado de ánimo de confrontación de una parte importante y cada vez más mayoritaria de la población.

La mecha fue encendida por la Federación del Transporte Terrestre de Aysén. El Gobierno anunció que iba a crear una empresa estatal de camiones para la provincia de Aysén debido a la deficiencia de los transportes que allí había. Verdadero o falso este juicio, ya daba lo mismo. Los transportistas de Aysén leían todo lo que sucedía como parte de una trayectoria, en donde prácticamente todas las intervenciones, requisiciones y ocupaciones se justificaban por alguna deficiencia previa. Se sintieron las próximas víctimas y decidieron contraatacar.[23] Hicieron un llamado a paro en la provincia y se dirigieron a Santiago para pedir el apoyo de la Confederación Nacional de Transportes, dirigida por León Vilarín Marín.[24] Este inmediatamente se sumó a la protesta y su gremio llamó a una huelga a partir del día 9 de octubre de 1972. Dentro de las paradojas estaba que Vilarín había sido miembro de la Juventud Socialista, aunque en esta época estaba más alejado.[25]

En una primera fase pararon los transportistas desde Aysén a Malleco, de manera absoluta, propinándole un golpe importante a la economía y a las actividades en general. Con una rapidez que podía ser asombrosa, de una manera que se podría decir que era algo organizado pero que tenía todo el aire de ser una suerte de

[23] *El Mercurio*, 3 de octubre de 1972.

[24] *El Mercurio*, 4 de octubre de 1972.

[25] *Qué Pasa*, 9 de noviembre de 1972.

explosión, empezaron a sumarse más y más gremios. Pocos días después se plegaron los gremios ya anteriormente movilizados: la Confederación del Comercio Detallista y Pequeña Industria, la Federación de Sindicatos de Choferes de Taxi, la Confederación Nacional Única de la Pequeña Industria y Artesanado y, por supuesto, se sumó la Confederación de la Producción y del Comercio, en representación de la gran empresa, repitiéndose lo mismo que había ocurrido en agosto a partir de la muerte de un comerciante en Punta Arenas.[26] La unión de los gremios representantes de los grandes con los de los medianos y pequeños, aunque no es una reproducción matemáticamente exacta de la unión de la clase media alta y la clase media baja, constituía, sin embargo, un hecho social de primera magnitud. La idea de confrontación para sobrevivir empezó a dominar el sentimiento de las organizaciones intermedias, que ya no se apartarían de la decisión.

El Gobierno respondió declarando zona de emergencia a trece provincias con el correspondiente nombramiento de los jefes de plaza.[27] Se detuvo a los principales dirigentes de los gremios, entre ellos los más simbólicos de todos, León Vilarín y Rafael Cumsille, quienes para el público, de la noche a la mañana, se convirtieron en los personajes principales de la trama y en cierta manera permanecerían en esa condición hasta el 11 de septiembre. Héroes y antihéroes, según el Chile que los mirara, Cumsille y Vilarín llevaron estoicamente su prisión y lo asumieron como una forma de lucha. Que el de los camioneros es un gremio difícil, complicado, batallador y que no es bueno a veces cruzarse por su camino, es algo que todo el mundo sabe.

Transformarse en personajes públicos —para no decir políticos, lo que no sería del todo justo— despertó en ellos un sentido de misión que iba más allá de los gremios y de sus necesidades más que urgentes. Toda la oposición los consideraba parte de sí mismos y los celebraba. Era más difícil hacer lo mismo con el presidente de la Confederación de la Producción y el Comercio, Jorge Fontaine Aldunate, por representar otro estilo. El caso de León Vilarín muestra un interés especial. Hijo de inmigrante español, dos de sus hermanos murieron al parecer por culpa de la dictadura de Ibáñez. León, nacido en 1917, ingresó a la Juventud Socialista. Provenía del medio de la clase media; si una calificación hubiera que agregar, es que tenía algo más bien de la clase media baja que de la alta. Se hizo a sí mismo. Con su trabajo fue comprando camiones, que no llegaron a una gran flota. De estilo austero, era la

[26] *El Mercurio*, 13 de octubre de 1972.

[27] *El Siglo*, 13 de octubre de 1972.

reciedumbre misma. Seguiría afirmando que le gustaba el "socialismo democrático", pero que los aventureros se habían tomado el partido.[28]

Vilarín y Cumsille eran más prototipos de una clase media y eso hizo que se los considerara como bandera de la resistencia contra la Unidad Popular. Jorge Alessandri incluso salió de su retiro y les efectuó una breve visita en la cárcel. Lo mismo hizo Gabriel González Videla, quien además habló por televisión apoyando el movimiento.[29] La posición de Eduardo Frei era similar. Surgió un Frente Nacional de la Actividad Privada, dirigido por Moisés Guzmán. Las peticiones se fueron ampliando y se transformó en una batalla por detener las expropiaciones y darles precios justos a los productores, la devolución de muchas empresas e incluso la mantención de la propiedad privada de la Papelera, que se transformaba cada día más en un campo de batalla.

Se multiplicaron las concentraciones, llamadas por gremios intermedios, entre ellos, los trabajadores de la Papelera. Hasta el antiguo compañero de ruta de la Unión Soviética, Alberto Baltra, ahora senador del PIR, decía: "Del fondo de nuestro pueblo surge la voluntad para no dejarse avasallar". El diputado democratacristiano Eduardo Cerda García añadía: "No transformaremos al Gobierno en víctima: queremos que se vaya por la puerta que entró". Patricia Guzmán, representando a los periodistas, decía que "ha llegado para Chile la hora de la acción".[30] En las filas de la oposición —repetimos, ya no era solo la clase política, sino que toda la parte de la sociedad que se identificaba con ella— cundía el contagio por la belicosidad y la rebeldía.

Desde un primer momento, el gobierno y la Unidad Popular calificaron al paro como "político". Emplearon también un lenguaje beligerante, lo que incluyó el encarcelamiento de los dirigentes, el cierre de numerosas radios y amenazas a la prensa, acusándola de actitud subversiva. La prensa de la Unidad Popular demonizaba a los dirigentes gremiales (*Puro Chile* denominó "Pillarín" a Vilarín). El Gobierno intentó contrarrestar el fuerte golpe a la actividad económica que significó el Paro tratando de restar fuerzas a los huelguistas, organizando camioneros cercanos a la Unidad Popular o a la base de ellos. Esto no modificó mucho el asunto, salvo que con grupos de estudiantes y militantes de los partidos y con el aparato automotriz del Estado, pudo en parte hacer funcionar las comunicaciones. Con todo, es evidente

[28] *Qué Pasa*, 9 de noviembre de 1972.
[29] *El Mercurio*, 25 de octubre de 1972.
[30] *El Mercurio*, 11 de octubre de 1972.

que el Paro de Octubre incidió —aunque no fue la única causa— en que la economía en 1972 se contrajera, en contraste con el estelar año 1971.

En un argumento repetido se decía que los gremios profesionales que adhirieron al Paro, en especial ingenieros, abogados y médicos, respondían a intereses personales egoístas, que habían tenido siempre un trato privilegiado, y que además el Gobierno había dialogado mucho con ellos. Algunos sectores de los empleados bancarios rechazaron el Paro y siguieron trabajando, aunque todo fue a medias. En las empresas estatales o intervenidas no fueron pocos los empleados y en algunos casos obreros que adhirieron al movimiento. Llovieron sobre ellos todo tipo de amenazas. Salvador Allende en cadena nacional decía: "Requisaremos los camiones, el camión que sea requisado desde mañana no será devuelto a su propietario. No es una amenaza; es una decisión (…) si mañana el comercio no abre sus puertas, comerciante extranjero que no cumpla será puesto en la frontera y los nacionales serán llevados a los Tribunales. Los grupos sediciosos serán castigados".[31]

Hubo el caso de un par de comerciantes que no tenían nacionalidad chilena que fueron expulsados del país por participar en el Paro. A veces la autoridad ordenaba la apertura y llegaban carabineros con un funcionario de gobierno, a veces un delegado del Jefe de Plaza en Santiago, el general Héctor Bravo Muñoz. Este era el que tenía que ordenar la clausura de radioemisoras. La estrategia del Gobierno iba también a tratar de dividir políticamente a la oposición, sosteniendo a través de todos sus medios de manera sistemática que el verdadero jefe del Paro era el Partido Nacional. Lo hacían en parte para no romper puentes con la Democracia Cristiana o para dividir al adversario o al menos sembrar dudas en él. Era lo que sostenía, en especial, el senador Volodia Teitelboim: todo esto era organizado por el Partido Nacional. "Han preparado todos estos paros para ambientar el derrocamiento del gobierno".[32]

Esto era naturalmente negado por los dirigentes del Paro, que insistían en que se trataba de algo puramente gremial, de defensa de la actividad privada. En los hechos, en los dos bandos en que se dividió irrevocablemente Chile a partir de este momento, había una casi total fusión entre organizaciones gremiales y sindicales, y muchos otros tipos de entidades que surgían de la vida civil, y las representaciones políticas. Había, eso sí, una tendencia que se daba en el mundo de los gremios: sostenían que los políticos estaban cayendo en la impotencia y que era solo la actitud

[31] Hernán Millas, "Chile: la emergencia", *Ercilla*, semana del 18 al 24 de octubre de 1972.
[32] *La Nación*, 15 de octubre de 1972.

decidida y firme de ellos la que los iba a salvar y "rescatar a Chile". Había en esto un germen por cierto de traducciones corporativistas para el orden político.

Quizás por esto mismo los líderes políticos redoblaban la dureza de su lenguaje. Renán Fuentealba dijo:

> Es peligrosa para toda la ciudadanía la actitud que está asumiendo el Gobierno de desconocer abiertamente las leyes y la Constitución, como igualmente los fundamentos sobre los derechos humanos. El caso de los transportistas es elocuente. Es un gremio de trabajadores, y por el solo hecho de protestar lo que estiman un atentado a su fuente de trabajo se los acusa de políticos, se les encarcela y se les priva de sus elementos de trabajo. ¿Es política estar contra el Gobierno cuando pretende eliminar a este gremio para dar paso a una empresa estatal?[33]

El que la oposición cerrara filas le dio el aspecto contundente al Paro. Al mismo tiempo, la tesis de la Unidad Popular afirmaba que lo que se perseguía era el derrocamiento del Gobierno y que la Democracia Cristiana estaba siendo rehén de la derecha.[34] Es cuestionable que se estuviera organizando una suerte de golpe de estado, pero sí se había dado todo el año 1972 el esfuerzo por encajonar la política del Gobierno para que renunciara a su proyecto, ya que entrañaba un cambio radical en la sociedad y en la política chilena, tal como lo percibía la oposición, que ahora era, insistimos una vez más, mucho más que una clase política. Abundaban expresiones como las de la directiva del Partido Nacional diciendo que "la resistencia civil organizada y mantenida en todos los frentes de lucha, es la única manera eficaz de impedir que Chile sea transformado en una dependencia del comunismo internacional".[35] Esto era una franca llamada a una resistencia no violenta activa, según una caracterización que vendría después en la política chilena, pero que incluía la violencia callejera y la voluntad de paralizar el país para derrotar políticamente al adversario.

Los camioneros han tenido siempre fama de ser gallos de pelea. Pasaban a la acción de una manera muy fácil, obstaculizando el tránsito a veces por cualquier medio, incluyendo el poner elementos contundentes y a veces afilados en las carreteras. Aquí nacieron los famosos "miguelitos", cuya autoría se le sindicó a Miguel Enríquez, aunque es una táctica universal. Se trataba de gruesos alambres, doblados de tal manera que siempre quedaba una punta hacia arriba y que con mucha probabilidad pincharían los neumáticos, contribuyendo a la paralización general que se veía en las calles del país. Era la contrapartida de las acciones violentas, a veces de sectores

33 *Ercilla*, semana del 18 al 24 de octubre de 1972.

34 *El Siglo*, 17 de octubre de 1972.

35 Hernán Millas, "Chile: la emergencia", *Ercilla*, semana del 18 al 24 de octubre de 1972.

combativos, en cierta manera paramilitares, de la Unidad Popular. Ejemplos de estas acciones eran descerrajar negocios cerrados o secuestrar camiones que estaban en paro. El día en que comenzó el Paro, el 9 de octubre, los camiones de Chile se detuvieron en el lugar en que estaban, lo que los hacía vulnerables a estas reacciones.

Sí, se trataba de un gremio combativo que vivía su agosto de 1914: entraban a la guerra con un entusiasmo temerario, con la conciencia de que se jugaban el todo por el todo. Había grandes propietarios de decenas y hasta en algunos casos centenares de camiones y de buses. Una parte significativa, sin embargo, eran dueños de uno o dos camiones en cuya labor a veces estaba comprometida toda la familia. No era la huelga de un empleado bancario ni menos de un ingeniero de ENDESA. Tenía más parecido con la de una población de emergencia que se tomaba sus terrenos. Además, estaba esparcida a lo largo del territorio. Esto podía hacerla vulnerable a la requisición de uno que otro camión o bus, pero no a la actuación de una autoridad que estuviera constreñida por un Poder Judicial más o menos reacio a darle un apoyo irrestricto o por unas fuerzas armadas con las cuales pudiera tomar cualquier medida, por drástica y absoluta que fuera.

Si bien no todo el país estaba paralizado, lo estaba lo suficiente como para que hubiera un estado de conmoción que además afectaba gravemente a la economía. Más importante, había una parte de la población que nunca se había manifestado de manera colectiva y que ahora lo hacía con enardecimiento. Igualmente, como era parecido en muchos sectores del público que seguía a la Unidad Popular, estaba muy entretenida con lo que estaba haciendo y muchos de sus cuadros se sentían actores de una gran empresa. La izquierda marxista siempre había sido capaz de movilizar a sectores con este sentimiento, en parte porque le era natural relacionarse con lo que hoy se llama "movimientos sociales", que eran a la vez auténticamente manifestaciones de grupos humanos unidos por una carencia o por un peligro. Lo nuevo es que esto se daba ahora en los sectores que se le oponían, a veces con mayor ira y con no poco odio, aunque en movilizaciones de duración más veleidosa y de un plazo relativamente corto.

Los gremios emitieron a través de un llamado Comando Nacional de Defensa Gremial un manifiesto con demandas que denominaron Pliego de Chile. Era el conjunto de sus peticiones, en general propias de cualquier gremio o de cualquier legítimo grupo de interés. Exigían, claro está, cambios en las conductas públicas que traerían consigo una modificación de la conducta política del Gobierno y de la Unidad Popular. Era una situación típica de polarización política con un quiebre social, aunque no en la exacta proporción que se esconde bajo la denominación de "coalición de clases". Pedían no solamente la satisfacción de sus demandas, sino que

de sus derechos gremiales, entendiendo por tales desistirse de las querellas, la libertad de sus dirigentes —entretanto, la justicia les había dado libertad bajo fianza—, devolución de bienes requisados, fin de la "coacción de la DIRINCO", reintegro de obreros y empleados despedidos durante el Paro.

Había otra sección en la cual se exigían garantías de libertad de prensa y el "fin a la paulatina asfixia económica de la Papelera y fijación inmediata de precios justos, en la forma establecida por la ley, de acuerdo a los costos reales y estudios técnicos que se han realizado y que cuentan con el respaldo de los trabajadores de esa empresa". Se incluía también la demanda de que se mantuviera en el área privada como garantía de la libertad de expresión. Esta exigencia era quizás la más sensible y la oposición creía que era la más vital de todas. Así seguían otras demandas que suponían la aceptación de la Reforma de las Tres Áreas, en general de lo que se llamaba el "imperio de la ley", una alusión al desarme de los "grupos violentistas", dando a entender que eran solo aquellos de la Unidad Popular y, otro tema de la época, la expulsión de los extranjeros extremistas a quienes se suponía integrados a los anteriores. Había una demanda específica por la libertad de salida y entrada al país, a la que se creía amagada por el crecimiento imparable de los controles que se estaban efectuando. El Pliego terminaba diciendo que formaban parte de él peticiones específicas anexas, según las necesidades de cada gremio, y con una declaración final:

> La solidaria posición gremial que adoptamos responde a la profunda e inalterable adhesión a los principios democráticos y de libertad que nos animan. Solo daremos por satisfecho este PLIEGO NACIONAL una vez que sean cumplidas las exigencias en él contenidas.[36]

El Gobierno prometía que nunca aceptaría una demanda como esta, a la que consideraba, en la práctica, insurreccional. Allende se quejó en sus comienzos de que mientras la Kennecott agredía a Chile —fue el momento en que se sucedían las demandas de esa empresa ante tribunales europeos— él veía con amargura que había miles de chilenos "que no quieren entender o no entienden lo que esto significa; con inquietud porque los últimos acontecimientos están evidenciando que hay un propósito, una actitud política de determinados sectores destinados a crear dificultades que pueden llevarnos a un enfrentamiento".[37] Era un intento retórico por tratar de trasladar la pugna en Chile a un marco universal en donde estaría el verdadero interés del país de romper los marcos de la "dependencia", que habría sido la gran batalla

[36] *El Mercurio*, 22 de octubre de 1972.

[37] *Última Hora*, 13 de octubre de 1972.

épica de Chile. Como hemos explicado en otra parte, si bien los chilenos apoyaron de manera prácticamente unánime la nacionalización del cobre, nadie modificó su lealtad o costumbre política debido a ella. No tenía mayor incidencia en la pugna de voluntades. Respondía eso sí a un convencimiento auténtico de que la nacionalización del cobre había sido un suceso fundamental, lo que cambiaba toda la historia de Chile. Ya hemos dicho que esa creencia es cuestionable, aunque al momento de escribirse estas líneas el tema aún se debate en Chile.

Allende también ponía como argumento el que los dirigentes gremiales habían sido encargados reos por la justicia, lo que era prueba de que "se vestía con el ropaje gremial una intención política". Hemos explicado cómo en cierta manera esto era así, pero esta actitud estaba extendida al cuerpo de la sociedad, lo que la hacía diferente. La paralización del país por tantas semanas estaba afectando a la economía y todas estas situaciones siempre llegan a un cambio, ya sea institucional o no institucional. El Gobierno no se atrevía o no deseaba recurrir más abiertamente a la fuerza pública, extremando más allá de la legalidad las facultades que tenía, quizás por el temor de despertar la deliberación en las fuerzas armadas, a cuyas filas el conflicto estaba comenzando a llegar a través de las familias de los uniformados.

Se ha hablado mucho acerca del financiamiento norteamericano al Paro. Las cantidades involucradas no podrían explicar la magnitud y duración del mismo.[38] Este solo podía desarrollarse si los empresarios y comerciantes ponían de sus propios recursos. Estos naturalmente no eran infinitos y, como es lógico, la mayoría se resistía a jugarse el total de su patrimonio cuando había cierta incertidumbre acerca del resultado final. Por eso, en los últimos días de octubre había algunos signos de agotamiento, pero también había signos de hastío en la población que hacían imaginable cualquier resultado.[39] Emergía también la cuestión del papel de las fuerzas armadas en el orden institucional.

Como se ha visto, tras décadas de retiro de los uniformados de la política, el tema de su deliberación potencial comenzó a reaparecer combinado con problemas netamente gremiales, pero acompañados de acciones directas. Para repetirlo, una

[38] Kristian Gustafson, *Hostile Intent: U.S. Covert Operations in Chile, 1964-1974* (Washington D.C.: Potomac Books, 2007), pp. 164-167; Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War* (Chapel Hill, North Carolina: The University of North Carolina Press, 2011), pp. 182-183.

[39] En las semanas posteriores al Paro se publicaron algunos opúsculos que denotaban el carácter polarizador de la movilización. Por parte de los simpatizantes del movimiento, Claudio Orrego Vicuña, *El Paro Nacional: vía chilena contra el totalitarismo* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1972) y por parte del Gobierno, *Los gremios patronales* (Santiago: Quimantú, s.d.).

huelga del hombre que porta armas tiene por sí misma un alcance político mayor que una huelga en cualquier otra entidad del Estado. Al mismo tiempo, derecha e izquierda comenzaron a destacar la importancia del papel público de las fuerzas armadas. Se ha hablado mucho de la posición de la derecha y de algunos sectores de ella que habían mantenido vínculos directos con muchos oficiales. Menos vistosa pero no menos real fue la relación de la izquierda, en primer lugar con oficiales retirados, lo que no era de ninguna manera una anormalidad legal, aunque constituía una señal. También estaba la cercanía de una parte de la izquierda con el entusiasmo y, a veces, con la organización de la lucha armada. Existía la penetración orgánica de los principales partidos marxistas al interior de las fuerzas armadas, en especial entre suboficiales y personal que en la jerga se llama "clases".

Por último, estaba algo de lo que ya hemos dado testimonio, la fuerza con que la izquierda y en especial Allende destacaban a los uniformados como actores positivos en un proceso de transformación, que se suponía coincidía en muchos aspectos con el de la Unidad Popular. Poco después del Paro de Octubre, Corvalán defendía la incorporación de los militares en términos generales, como una participación en la defensa de la Constitución y en el mismo proyecto del Gobierno:

> Por lo que yo sé, el Programa de la Unidad Popular, en sus términos textuales y aplicado dentro de los marcos legales, no merece objeción de los institutos armados por su contenido esencialmente patriótico. Más aún, partiendo solo de los deberes intrínsecos de las Fuerzas Armadas, no puede merecer sino simpatías, por el hecho de que el cumplimiento de ese Programa está destinado a sacar a Chile del subdesarrollo, a fortalecer su economía, su infraestructura y por lo tanto a crear condiciones materiales muy sólidas que aumentan la capacidad defensiva de la nación. De otro lado, no olvide usted que en el Gabinete, junto a las Fuerzas Armadas, tienen como ya dije, posiciones muy relevantes la clase obrera y el movimiento popular.[40]

El texto es bastante revelador. Por ahora interesa destacar que aquí se proyecta la parte positiva que tiene para la Unidad Popular la convergencia con los militares. Esto no era extraño a la izquierda chilena según hemos visto, pero sí lo era más para los comunistas. En general, la izquierda y en especial Salvador Allende habían visto como un fenómeno muy positivo al régimen militar peruano, por estar encabezado por militares orientados a la izquierda. También la izquierda chilena en su conjunto admiraba sistemas políticos donde había esta misma conjunción político-militar, en especial el caso de Argelia. No lo expresaban de esta manera, claro está, entre

[40] Eduardo Labarca, *Corvalán 27 horas. El PC chileno por fuera y por dentro* (Santiago: Quimantú, 1972), p. 15.

otras cosas porque en ejemplos como este último el ejército había surgido de una revolución, mientras que en Chile las instituciones armadas preexistían por siglo y medio y el Ejército retraía sus orígenes al 1600, cuando se formó un núcleo de un cuerpo armado en la época colonial o indiana, excepcional en el continente en todo el período.

El tema venía debatiéndose por meses. Ya en mayo anterior, cuando el senador nacional Pedro Ibáñez comentó el mensaje de Allende, se refirió a esta posibilidad. No la descartaba, ya que "los oficiales de las Fuerzas Armadas en servicio activo no pueden negarse a aceptar un cargo ministerial si así lo dispone el Presidente de la República, que es su superior jerárquico. Y las mismas razones de disciplina les impiden renunciar a dichos cargos, aunque estén en desacuerdo con la política que el gobierno imponga". El fundamento de llamar a oficiales de las fuerzas armadas era "para integrar gabinetes de administración", para realizar actividades que estuvieran por encima de programas políticos o para "afianzar el orden". El problema era que los que manejaban el engranaje del Gobierno, sostenía Ibáñez, eran los comunistas.[41]

Es importante entender todo esto para explicarse la situación de fines de octubre, cuando existía la posibilidad de que algunos militares pudieran verse tentados a una intervención por cuenta propia para "poner orden". La oposición había siempre también halagado a los militares, aunque los nacionales destacaban un papel mayor que en el fondo era la contrapartida a lo expresado por Corvalán, de que por su tradición no podrían aceptar un gobierno marxista.

En la izquierda se había discutido desde mediados de año la posibilidad de incorporar militares al gabinete, en especial al general Prats, cuando ya era claro que la simpatía de este iba más por el proyecto del Gobierno que por los sentimientos de la oposición. Hemos hablado de cómo el Partido Comunista comenzó una actividad sistemática para aproximarse al alto mando militar ya en octubre de 1970. De todas maneras, por las expresiones de Corvalán, se notaba en la izquierda una prevención, alguna incertidumbre. En un comienzo había habido oposición de los socialistas.

En octubre, en cambio, aparecieron como una tabla de salvación, porque era evidente la actitud reacia de la mayoría de los oficiales a verse comprometidos en lo que les parecía todavía una aventura. En una carta dirigida a la periodista de oposición María Eugenia Oyarzún poco antes del comienzo del Paro, el general Prats señalaba: "El Ejército tiene plena conciencia de su rol constitucional, y porque los hombres de armas entendemos meridianamente que desarticular o desmoronar la

---

[41] *Diario de Sesiones del Senado*, 23 de mayo de 1972.

verticalidad del mando, arrastraría al país a una escalada de violencia de siniestras proyecciones para el destino nacional".[42] Era clara la simpatía de Prats por el gobierno de Allende y lo bien que se entendían ambos. Salvador Allende era un maestro en ganarse a los adversarios, parecido en esto a Arturo Alessandri Palma. Había también una campaña sistemática de la izquierda por envolver a los militares. Un articulista anónimo de *Puro Chile* ponía por los cuernos de la luna un libro sobre la Guerra del Pacífico del que sería Comandante en Jefe Subrogante del Ejército cuando Prats entró al gabinete, el general Augusto Pinochet, que en términos historiográficos era poco significativo, pero del que se afirmaba "ha enriquecido nuestra Historia Militar".[43]

Muchas interpretaciones ven en el golpe de septiembre de 1973 una larga huella previa, una especie de conjura que existió poco menos que desde siempre. Hemos intentado explicar que lo que predominaba en la cultura militar era una lejanía hacia el mundo político, incluyendo una cierta soberbia de superioridad, quizás la respuesta al hecho de sentirse excluidos por varias décadas del aprecio de la clase política y a veces de la sociedad chilena en todo lo que no fuera la idea patriótica. Asimismo, hay que recordar tanto la tradición civilista en Chile como los continuos quiebres, y en especial el surgimiento de una clase militar interesada en los asuntos públicos y en la participación en los mismos manifestada con espectacularidad en el Movimiento Militar de 1924. También en los hechos que seguirían.

Aunque una parte importante de los altos oficiales haya estado dispuesta, no sin temor y con muy poca osadía, a participar en algún tipo de golpe en septiembre y octubre de 1970, fue más fuerte la inercia del acatamiento institucional. Este poco tenía que ver con un respeto a la Constitución como algo sagrado en sí mismo. Más bien se trataba de asegurarse un puesto en el Estado que les diera autonomía de las responsabilidades civiles y que los diferenciara claramente de las de los uniformados de otros países latinoamericanos, en especial de los vecinos, con mayor énfasis todavía en el caso argentino y las operetas de las rivalidades entre "azules" y "colorados" a comienzos de la década de 1960. Recordemos también que la muerte del general Schneider sirvió para reafirmar en los uniformados la idea de que su papel no era el de deliberar en asuntos políticos.

[42] Carlos Prats, *Memorias. Testimonio de un soldado* (Santiago: Pehuén, 1985), p. 295.

[43] *Puro Chile*, 13 de octubre de 1972. Entre otras flores: "La historia del general Pinochet Ugarte es el enfoque más ordenado y completo que se ha hecho de la primera Campaña de este conflicto. Y está muy bien organizado su esquema, con verdadera pedagogía, para enseñar las materias sin dejar ningún vacío pendiente". Entre líneas se puede leer una cierta prudencia.

Por otra parte, los militares no estaban ausentes de un aspecto de la cultura política del momento, es decir, de ese momento eje que va entre fines de los 1960 y comienzos de los 1970, cuando desde diversos sectores, en realidad desde casi todos ellos, se proclamaba a todo pulmón que el país requería de cambios fundamentales. La sensación de crisis acompañó las primeras manifestaciones de descontento a partir de 1966 en las filas. Esta emoción podía ser la base de mirar con simpatía o al menos acatar muchos aspectos del gobierno marxista, que a ellos se les formulaba en un lenguaje patriótico de integración nacional, e incluso Allende ponía énfasis, como hemos dicho, en la "seguridad nacional".

No en último término hay que nombrar otra emoción vivida por los uniformados. Se sentían, y con razón, coqueteados por los dos bandos en que se estaba dividiendo irremediablemente el país. Los oficiales podían percibir un aprecio de parte de la sociedad que había estado ausente por casi cuatro décadas. La unanimidad relativa de este aprecio incrementaría su valor a medida que se desarrollaba lo que iba siendo una verdadera crisis nacional. Mientras tanto, no les cabía duda de que la perspectiva era muy positiva y de que les hacía agradable la existencia, aunque una congoja e inseguridad avanzaban a través de otros medios.

Esto último tenía algunos rasgos inquietantes, al menos para quien creyera en la necesidad del papel de prescindencia de las fuerzas armadas y del espíritu constitucional. En primer lugar, el desarrollo de los grupos armados, empezando por el MIR, los aparatos de seguridad socialista y comunista —aunque las armas serían relativas en este sentido— y el ambiente paramilitar en lo que se llamaba el "poder popular". La extrema derecha, Patria y Libertad y, en una posición intermedia, el Comando Rolando Matus, con conexiones militares al menos en casos individuales, constituían una realidad que tenía algún peso, pero todavía no decisivo en su estado de ánimo en octubre de 1972. Estaban también las acciones más o menos espontáneas, pero que colgaban en el aire, como las mujeres que arrojaban maíz a los militares, una vieja técnica en estas situaciones. Y estaba el otro fantasma también, la posibilidad de que a una intervención militar le sucediera una división entre los oficiales y la tropa, al menos en algunas unidades. Era un temor real que hacía preferir la situación de halago que predominaba todavía en esos momentos.

Gobierno y oposición se habían referido en varias oportunidades a la posibilidad de que los militares integraran el gabinete por la garantía que pudiesen dar, aunque cada uno de ellos lo dijera con diferentes palabras. Sopesando los pros y los contras, es indudable que Allende creyó que las condiciones lo favorecían en las circunstancias de fines de 1972. Razón no le faltaba. Allende se reunía sistemáticamente con los comandantes en jefe en estos días, y los alternaba con los líderes de

la Unidad Popular y también con autoridades de la Iglesia Católica.[44] Allende había asumido también un lenguaje en donde destacaba el camino constitucional y la trayectoria histórica del país como fuente de legitimación de su política. Antes que el enfrentamiento, sostenía, prefiero "con mucho y ahí yo me entrego, a que por los cauces tradicionales de nuestra historia sigamos avanzando. Somos los más, tenemos la razón y el derecho: ¡venceremos! De nuestra unidad depende camaradas".[45]

Eduardo Frei replicaba el 22 de octubre que "solo una rectificación profunda podrá dar respuesta y solución a la angustia de los chilenos" y hacía un llamado a convocar un plebiscito en "elecciones verdaderamente libres".[46] Esto se refería a una sensación y, en parte, era una táctica de la oposición para evidenciar que las condiciones políticas de una democracia normal se estaban terminando en Chile.[47] El mismo día la CODE emitió una declaración en la que pedía "un pleno restablecimiento de la libertad y el respeto a los derechos gremiales, pleno restablecimiento del derecho de información y expresión".[48] Esta atmósfera que la oposición sostenía se estaba viviendo en Chile sería su máximo punto de referencia hasta septiembre de 1973. En este caso concreto, se refería a los enjuiciamientos a los líderes gremiales, al continuo cierre de las radios de oposición y a las cadenas radiales y televisivas obligatorias. La Corte Suprema le añadió presión al asunto al efectuar una más de las muchas representaciones al Presidente Allende, exigiendo acatamiento de los funcionarios del Gobierno a las decisiones judiciales.[49] De manera no muy tácita, era una forma de indicar que aumentaba la crisis en el país.

En cierta manera, La Moneda volvió sobre sus pasos y comenzó a conversar con líderes gremiales, aunque excluyendo las personas de Vilarín y Cumsille. Al mismo tiempo, se preparaba para un cambio político y darle una vuelta de tuerca a la crisis, que en su prolongación cubría de incertidumbre a todos los participantes. El 31 de octubre renunció el gabinete. El día 2 de noviembre juró el nuevo. Almeyda continuaba en la Cancillería y Orlando Millas en Hacienda. Había dos novedades

---

[44] *El Mercurio*, 21 de octubre de 1972.

[45] *La Nación*, 21 de octubre de 1972.

[46] *El Mercurio*, 23 de octubre de 1972.

[47] Radomiro Tomic marcaba distancia con Frei. Sin dejar de reconocer lo grave de la situación, propuso una "tregua democrática" hasta las elecciones de marzo, con un ministro del Interior que diera garantías a todos. *El Siglo*, 1 de noviembre de 1972. El que Tomic publicara y siguiera publicando algunos artículos en el vocero comunista era testimonio de su deseo no extinguido de crear una convergencia entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana.

[48] *El Mercurio*, 23 de octubre de 1972.

[49] *El Mercurio*, 31 de octubre de 1972.

que darían que hablar: ministro de Economía era Fernando Flores, niño maravilla del MAPU; en Educación ingresó Jorge Tapia Valdés, dirigente del Partido Radical que en general empleaba un lenguaje indistinguible del marxismo.[50]

## Co-gobierno o co-participación

El fondo del cambio consistía en el ingreso de tres uniformados, lo que creó un antes y un después. Como ministro de Minería fue nombrado el general de la FACH Claudio Sepúlveda Donoso; como ministro de Obras Públicas, el contraalmirante Ismael Huerta Díaz. Ambos no fueron nominados en cuanto personas, aunque se buscaron algunos títulos para el cargo, sino como representantes de sus respectivas ramas. Cuando a Huerta se le comunicó su designación por parte del alto mando de la Armada, hizo un gesto de protesta diciendo que no era buena elección, porque él no era partidario del Gobierno. La respuesta fue que por eso mismo se lo nombraba.

Por cierto, el plato fuerte era el nombramiento del general Carlos Prats como ministro del Interior. Siendo Comandante en Jefe del Ejército había alcanzado notoriedad pública por su posición, en principio heredera de las actitudes del general Schneider y después algo proclive a la Unidad Popular. Hasta donde es posible certificarlo, esta disposición fue un desarrollo anímico que partió desde el día de su ratificación en su cargo por el Presidente electo Salvador Allende, reforzado por la campaña de halagos desplegada en especial por los comunistas y quizás también por la aversión que iría desarrollando por la oposición y en especial por la derecha, debido al rol de esta, aunque fuera indirecto, en el asesinato del general Schneider. Era una actitud de la cual no hay rastros en su carrera anterior.

Prats parecía al comienzo abocado a un "gabinete de administración", según lo predijera Pedro Ibáñez, aunque, si se examinan las escuetas declaraciones de Prats al ser nombrado en Interior, se ve la delgada cuerda por la que transitaba:

> No es un compromiso político, sino que se trata de una colaboración patriótica en aras de la paz social (…) (Pido ayuda para) la gran tarea que tiene por delante el Gobierno (para) formar un frente nacional para robustecer la imagen de Chile en el exterior (…) A través del planteamiento muy claro que formuló el Presidente de la República en el sentido de que él fijaba una meta a todos los chilenos, que eran las elecciones de marzo, para que el país señale qué es lo que quiere, pienso entonces que esa será la meta adecuada.[51]

[50] *El Mercurio*, 3 de noviembre de 1972.
[51] *El Mercurio*, 3 de noviembre de 1972.

Prats, muy en lenguaje militar de "unidad nacional", subsumía el conflicto en la realidad internacional. De lo que se trataba era de afrontar una debilidad externa. En este sentido, era un lenguaje que podía ser aceptado de izquierda a derecha; también que su presencia era para una tregua que llegaría hasta marzo, una vez que el país decidiera. Esto sería una línea alternativa de Prats hasta los últimos días en su cargo a la cabeza del Ejército en agosto de 1973.

Al día siguiente de su nombramiento, Prats afirmó que el Paro iba a finalizar de todas maneras en 48 horas.[52] Anunció el desistimiento de las querellas y prometió concesiones a los gremios, así como dejar sin efecto las requisiciones e intervenciones producto del Paro.[53] En los hechos, fue muy difícil que en las industrias requisadas o tomadas fueran readmitidos los empleados que habían solidarizado con el Paro; lo mismo se produjo en algunas instituciones del Estado, como el Banco Central, en donde ministros y autoridades de la izquierda se opusieron directamente, sin que Prats hiciera o pudiera hacer mucho. La oposición no tenía otra alternativa que aceptar al nuevo gabinete como señal de pacificación y en los primeros días pareció que así sería. Para Allende, que debía enfatizar su perspectiva política, en cambio, lo más importante era que "hemos logrado, conjuntamente con el pueblo, (derrotar) el espectro del fascismo".[54] La oposición había demostrado su capacidad de movilización, en su estilo eso sí, y que podía hacerlo más allá de la clase política. De hecho, no fue esta última la que lanzó la primera piedra del Paro. Esto era un anuncio.

Muy luego el general Prats cayó de lleno en el torbellino político, a pesar de sus esfuerzos por tomar una posición de garantía y a la vez de fidelidad a Allende. Trasluciría pronto su simpatía —que había desarrollado a partir de noviembre de 1970— con las metas generales de Allende y la Unidad Popular. En una entrevista que dio al semanario *Ercilla* a fines de noviembre de 1972 se puede encontrar un rastro de estos dilemas.

Manifestaba su preocupación constante por no deliberar, por no manifestar identificación con un argumento político esencial, ya fuera de la Unidad Popular o de la oposición. No lo lograba pero se acercaba a la meta. En primer lugar, ante la pregunta sobre si había co-gobierno entre la Unidad Popular y las fuerzas armadas, algo que se decía dentro del país y fuera de él, Prats respondía que ahora "lo que hay es una ´coparticipación`, de partidos políticos con las Fuerzas Armadas. El Gabinete

[52] *El Mercurio*, 4 de noviembre de 1972.

[53] *El Mercurio*, 6 de noviembre de 1972.

[54] *El Siglo*, 4 de noviembre de 1972.

es un equipo de trabajo que reacciona de acuerdo a las instrucciones que imparte directamente el Presidente de la República". No decía que era algo de emergencia o temporal, sino que insistía en la autoridad del Presidente de la República. Extrañamente, que sepamos, nadie hizo la alusión al papel destacado del almirante Inmanuel Holger Torres en el ministerio del Interior bajo Gabriel González Videla, cuando las fuerzas armadas se identificaron plenamente con la política anticomunista. En un párrafo que llamaría la atención al momento de escribir estas líneas, también adhería a la idea de excepcionalismo chileno:

> Aquí existe una larga tradición democrática manifestada, no con frases teóricas, sino con hechos tangibles. Hace ciento cincuenta años que somos un país políticamente independiente. Pero en lo económico Chile no puede considerarse independiente. Es cierto que ningún país se puede considerar hoy totalmente independiente, pero lo grave es depender de un cordón umbilical.

Es más que discutible que la interrelación económica pudiera ser homologada a la no independencia. Es cierto que la tesis de la falta de independencia económica no surgía solamente desde el marxismo, pero tenía una clara connotación crítica de la economía mundial de mercado, lo que muchos también llamaban capitalismo, a veces capitalismo transnacional. En otros sentidos, la afirmación de Prats era coherente con una poderosa autoimagen de Chile que llega hasta el siglo XXI, aunque no ha dejado de ser puesta en tela de juicio por muchos otros.

En la línea de lo que se ha hablado acerca de la reevaluación del concepto de seguridad nacional, especialmente desde la izquierda y con más énfasis por Allende, Prats aportaba lo suyo:

> Las FF.AA. tenían antes un concepto estático de su misión: solo preservar las fronteras geográficas pero el concepto de Seguridad Nacional ha evolucionado. Hay otros valores que también ingresan en la preservación de la Seguridad Nacional. Por esto es mejor hablar de Soberanía Geoeconómica.

Prats volvía sobre la idea de que las fuerzas armadas debían desempeñar un papel dinámico, "en lo educacional, a través de la exaltación de los valores nacionales, de la formación de conciencia de la Seguridad Nacional y de la contribución al desarrollo físico de la juventud; en la colonización de regiones aun vírgenes como Aysén". Ponía como modelo al pequeño ejército que supo ganar la Guerra del Pacífico. A partir de 3 mil hombres movilizaron 70 mil, porque se había entrenado antes en la guerra de la Araucanía. En una declaración entre premonitoria y de crudo realismo, esbozó lo que sucedería con una intervención directa de los uniformados, es decir, con un golpe:

> Hay algunos chilenos, no muchos por suerte, que piensan que las soluciones deben ser de fuerza. Ya les dije que cada país tiene sus propias características. En Chile, esa es una solución sin destino. ¿A qué conduciría? A una dictadura. Tendría que ser implacablemente represiva. Para ello, las FF.AA. tendrían que transformarse en una policía especializada y refinada, y significaría convertir al pueblo en tupamaros. A la semana siguiente de los aplausos al dictador, los políticos de los bandos más encontrados estarían unidos gritándonos: "¡gorilas!" y pidiendo elecciones.

Es probable que la gran mayoría de los oficiales todavía compartiera esta visión de las cosas, algo profundamente arraigado. No era porque no reconociera el desarrollo de grupos armados como un factor nuevo de la política chilena. Al contrario, los reconocía aunque no los veía todavía configurados:

> En noviembre del año pasado, durante las maniobras, los periodistas me preguntaron acerca de esos grupos armados. Yo les respondía que no existían, en la medida en que el Ejército se ocupara de ellos. Las cosas han cambiado. La dinámica social de Chile es sorprendente. Lo que se dice en noviembre de 1971 no es válido en noviembre de 1972. Entonces había gente que portaba palos, hondas o puñales. Desde febrero empezó una sicosis y todo el mundo quería tener armas. Revólveres y pistolas. Unos pretendían armas para atacar. Otros, para defenderse.

Tenía mucho de realismo la atmósfera que describía el general. Hasta aquí no hay nada que no haya pensado un uniformado común y corriente hacia 1970. Lo que sucede es que su esfuerzo haría coherente este mensaje con su participación en el gobierno de Allende, mostrando cómo de alguna manera convergían en la meta. Insistía en que hay "un Gobierno Constitucional con un programa, y tiene el legítimo derecho de aplicarlo. Es erróneo suponer que el último cambio de gabinete podría significar una congelación en el cumplimento de ese programa". Asumía la tesis del Gobierno de que una de las principales causas de las dificultades en el país era un "cerco económico exterior que se tiende sobre Chile". Asumía la idea de que existía una verdadera coalición pluralista en el Gobierno:

> Comprendo que esta fórmula tan original, en la que aparecen ministros militares, ministros de partidos marxistas, de partidos cristianos y, digamos, socialdemócratas, tiene que causar estupefacción. Para los que no comprenden la realidad chilena todo resulta incomprensible y a veces se dan interpretaciones que no corresponden. Pero quienes nos conocen saben que nuestro problema tiene una solución democrática. Y eso que les confieso, estoy convencido que en octubre último estuvimos al borde de la guerra civil. De prolongarse esa situación el país habría llegado a un enfrentamiento armado.

Hay dos manifestaciones en estas palabras. Por una parte, le bajaba el tono marxista a la coalición de gobierno, lo que estaba presente en la retórica de Allende y en este sentido el ministro del Interior daba un paso político, ya que era una tesis

no aceptada por ningún opositor. En la segunda parte reconocía que, junto con la tradición democrática, se estuvo realmente al borde de un enfrentamiento armado y que esa fue la razón del surgimiento del gabinete cívico-militar. Añadía Prats que las fuerzas armadas actuaron muy serenamente a pesar de ser humilladas con el "triguito" y las "plumitas", en referencia a campañas sobre todo de mujeres opositoras. Advertía que las fuerzas armadas no se iban a dividir si se mantenía un marco constitucional. Otra cosa sería si hubiera un desborde del "cauce legal". Prats volvía a reconocer lo que él sintió como dramático del Paro de Octubre. El juicio sobre este era cuidadoso, pero se sumaba a una interpretación plenamente clasista del mismo:

> Ahora paso a algo que es esencial decirlo. Para las FF.AA. el paro significó un vuelco completo, un nuevo esquema. Fue un paro mayoritariamente empresarial y profesional. No quiero decir con esto que no hubo sectores de trabajadores que se plegaran. Pero en los Gobiernos anteriores los paros los realizaban trabajadores contra patrones. Los trabajadores del carbón contra la empresa, los del cobre contra las compañías, los ferroviarios contra la empresa. Ahora se invirtió el esquema. La mayoría parlamentaria solidarizó con el paro, lo que no había ocurrido antes. Los medios más influyentes de comunicación, en su mayoría, también. Las Fuerzas Armadas estábamos preparadas para la paralización de los servicios vitales, como la luz, el agua, el gas, los ferrocarriles, pero estos no fueron afectados. Hubo sí problema de combustible.[55]

Había una parte de una descripción fáctica que era acertada; el acento, sin embargo, confirmaba que era un paro "patronal", desdibujando el papel de las clases medias y el de algunos sectores de obreros y hasta de algunos campesinos que se sumaron al mismo. Desde esta posición, Prats iría avanzando en su identificación con la Unidad Popular, aunque nunca volvería a efectuar un pronunciamiento tan completo acerca de su visión y de la dirección hacia donde se impulsaba su labor al frente del Ejército y su estadía de cinco meses como ministro del Interior.



[55] "Prats: el hombre, el General, el Vicepresidente", *Ercilla*, semana del 29 de noviembre al 5 de diciembre de 1972.

# Capítulo XXII
# Duelo electoral: ¿empate o victoria amagada?

## La tregua avara

Las fiestas de fin de año, y para qué decir los meses estivales, apagaban casi siempre los ímpetus políticos. Los movimientos y preparativos de los activistas políticos podían continuar, pero sin el personal de tropa. La masa de los seguidores vivió siempre un período de distensión desde diciembre a marzo. Los gobiernos apremiados por una crisis galopante, atrincherados en lo que muchas veces parecía una última posición, suspiraban con alivio cuando comenzaba este período. Los opositores o los sectores cansados o atemorizados de algún desarrollo particular o de la situación general tenían que comerse su impaciencia y frustración, porque sus filas se iban raleando a medida que se aproximaba el verano chileno que, en su espíritu, comenzaba días antes de Navidad y finalizaba al comenzar marzo. A las campañas parlamentarias, que tenían desde 1937 como fecha límite el primer domingo de marzo, cuando se celebraban las elecciones, les costaba mucho convencer a sus posibles votantes de la importancia de lo que estaban sosteniendo.

Ya no fue así ese fin de año de 1972 y los dos primeros meses del siguiente. No es que no haya habido descompresión, ya sea por el fin del Paro y la recuperación de la normalidad que era todavía posible o por la proximidad de fin de año. El verano del 73 no fue una excepción a las costumbres chilenas. Las playas estuvieron igualmente llenas y el desplazamiento fue más o menos parecido a los de los últimos años. En una constante que se repetiría hasta el golpe, muchos seguirían repitiendo que "en Chile nunca pasa nada". A veces dicho en tono de decepción, porque Allende haría lo que quisiera; otros, en tono de que las cosas seguirían marchando por un camino adecuado, generalmente implicando con ello que se miraba con favor al Gobierno.

Lo que fue nuevo es que junto al cuadro de normalidad se desenvolvía también la sensación de crisis, de enfrentamiento, de movilización, de fervor doctrinario; en

suma, de un cierto sentido de acción que sería un acompañante permanente de los chilenos hasta el 11 de septiembre. Este Chile, que para la mayoría de las personas a veces era el mismo que el Chile distendido, experimentaba este momento como una suerte de apuesta a ver quién ganaba. Es lo que se puede llamar la "guerra civil política", que es como definiríamos todo el período que va desde el Paro de Octubre hasta el amanecer del 11 de septiembre de 1973.[1] Los teóricos lo definen siempre como una auténtica "polarización". El cuerpo político que define el ámbito público del Estado y la nación es reclamado por dos partidos que no se reconocen mutuamente la legitimidad, aunque a veces haya conversaciones y pequeños acuerdos entre las partes. Es como un combate de güelfos y gibelinos, clásica polaridad de las ciudades renacentistas en la Italia del Quattrocento. Tendrá un final trágico, aunque nunca todos lleguen a estar de acuerdo en cuán trágico fue.

Si la tormenta podía amainar por razones que estaban fuera de la política, como en el invierno siguiente con los triunfos de Colo Colo en la Copa Libertadores, no podía desaparecer un rostro tangible de un fenómeno que antes no existía, pero que ahora tenía una tremenda presencia.[2] Se trataba de las consecuencias de la crisis económica, que ya no dejarían de acompañar a los chilenos hasta el golpe y, con manifestaciones distintas aunque en parte originadas en este período, por más de cuatro años después.

## Desgraciado y dichoso mundo de "las colas"

La manera tangible en que se manifestó la crisis en el curso de 1972 fue la aparición de las largas filas para adquirir artículos de primera, pero también de segunda necesidad. Fueron las famosas "colas", que ayudan a describir gran parte de la experiencia cotidiana de chilenas y chilenos. Fue un motivo que enrabiaba, gran fuente de frustración y de temores. Las dueñas de casa y las mujeres en general sufrieron

---

[1] Adolfo Ibáñez bautiza como guerra civil a una tendencia latente que comenzaría hacia 1966. En *Abrazado por la revolución: ideología y totalitarismo en Chile 1960-1973* (Santiago: Editorial Biblioteca Americana, 2004). Como metáfora, hay que tener cuidado con el término "guerra civil", ya que está la tendencia a calificar de tal a cualquier situación volátil. Por eso, aunque acogiendo algunas ideas del autor, preferimos limitarla con la idea de que es un estado anímico de guerra civil que se da en el cuerpo político, pero que no alcanza a definir la realidad de acuerdo al concepto original.

[2] En el ámbito del periodismo deportivo se ha vuelto común afirmar, medio en broma, medio en serio, que la campaña de Colo Colo en la Copa Libertadores del año 1973, cuando alcanzó la final del torneo continental, postergó en algo el desenlace fatal que la mayoría intuía se daría de todos modos. Luis Urrutia O'Nell, *Colo Colo 1973: el equipo que retrasó el golpe* (Santiago: Ediciones B, 2012).

en primer lugar. Después fue asunto de las familias, ya que todos tenían que ayudar. Finalmente, terminó afectando a la economía de una manera difícil de calcular, y explica en alguna medida el descenso del producto en 1972 y la abrupta caída de 1973. Resulta que mientras al comienzo las colas estaban limitadas a ciertas horas y a limitados productos, después comenzó a escasear de todo. Había que pararse en la cola a todas horas y ahí participar más y más miembros de la familia, femeninos y masculinos. A toda hora también, y es aquí donde comenzaba el tema económico, era una justificación para la ausencia en el lugar de trabajo. Puede que, salvo en las instituciones armadas, en todas partes esta justificación encontrara algún asidero. Solo puestos laborales muy especiales, en general privilegiados, podían justificar el no colaborar en las colas.

El aspecto de pequeño carnaval que podía tener el mundo de las colas correspondía a esa parte de toda convulsión política y social que, por violenta y en muchos casos sanguinaria que fuera, no dejaba de tener, al menos, una primera fase de fiesta, de carnaval, de mundo vuelto al revés, de la noche de las brujas. Los años de la Unidad Popular también tuvieron mucho de este rostro. En otra esfera, pero quizás tratándose del mismo fenómeno, se puede decir que en Chile el relato militar y patriótico había sido relativamente popular. Sin embargo, no era un país militarista en el sentido que lo habían sido la Alemania imperial o los Estados Unidos y la Unión Soviética después de la victoria de la Segunda Guerra Mundial, donde el orgullo de la experiencia militar llegaba al fondo y a los rincones de la existencia cotidiana. Se ha dicho que Chile es un país sin carnaval, de ahí que sus explosiones de alegría vayan de inmediato a lo grosero. En fin, hay un aspecto de estos años en donde lo lúdico se mezcla con la política y, como muchas veces, esto es un preludio a una experiencia menos alegre. El jugar a la revolución o el jugar a resistir a ella fue un factor sobresaliente para que mucha juventud, pero también otros sectores etarios, participaran activamente en una preparación de algún futuro combate o de una tarea nueva por hacer, de movilizar a las huestes. La vida de las colas era una especie de partícula de esta otra experiencia lúdica en todo lo que tenía de sociabilidad, no en aquello que exasperaba, que al final tendía a dominar.

El mundo de las colas afectó con especial fuerza a un amplio espectro social, que iba de la clase media baja a la clase media alta, y colaboró mucho en que las mujeres le dieran un resonante apoyo a la CODE en las elecciones parlamentarias. Era un elemento aglutinador de todas las fuerzas de la oposición, la que además estaba atemorizada por el espectro de un racionamiento que, empleado políticamente, podía tener un efecto decisivo en la lucha de poder y tocar la trompeta de victoria para uno de los bandos en la guerra civil política, el de la Unidad Popular.

La vida de las colas afectaba en menor grado a dos sectores. Uno era la clase alta o todos los sectores que tuvieran recursos necesarios para adquirir bienes en el mercado negro, sectores que no necesariamente estaban en lo alto de la pirámide. El otro sector estaba más radicado en el mundo popular, en la llamada clase baja, aunque no era la totalidad de esta ni mucho menos. Esto tenía su explicación más allá de lo que hemos dicho de la correlación de votos según sector social, de la cual hay que entender siempre que es muy relativa.[3] A lo que nos referimos aquí es a la organización de un gran aparato distributivo que competía y en muchos sentidos superaba al del sector privado.

No se debe olvidar, en vista del resultado de marzo, que la vida en las colas no era siempre un azote, un trabajo irritante ni, como no pocos lo pensaban, de humillación. Se desarrolló una vida social bastante activa en torno a las colas y, al igual que para las entradas del fútbol y del cine, estaban los infaltables "vivos" que llegaban temprano a hacer la cola y después, muy orondos, vendían su puesto. Situaciones como estas se contaban como chiste. Para muchos, para quienes la vida moderna es estar en una muchedumbre solitaria, según una famosa metáfora, el hacer cola era una sociabilidad nueva y cautivante. Se producían discusiones hostiles, a veces amargas, entre los que estaban a uno y otro lado del espectro, existiendo asimismo una "sicosis de las colas". La gente se ponía a hacer cola porque sí. En ocasiones también eran una suerte de catarsis para las frustraciones de la vida en general y no necesariamente relacionada con la crisis del país. La oposición concluía que la reacción popular contra las colas, que comentarían sin cesar hasta septiembre de 1973, se traduciría inevitablemente en un apoyo masivo a los candidatos de la CODE, como respuesta de cólera ante el desgobierno económico. Una minoría veía con preocupación que un país entero "haciendo cola" no era una buena perspectiva de prosperidad futura, como señalaba un semanario:

> Si sumamos la pérdida de tiempo que producen las colas —aparte del histerismo que acarrean— al que desperdician las personas sentadas en la Plaza de Armas, Plaza Brasil o "boulevard" de Huérfanos, tendremos un lamentable cuadro de inactividad que pronostica un gradual e inexorable hundimiento en el subdesarrollo.[4]

---

[3] Un análisis de la votación de 1970 en términos de clases sociales en Manuel Castells, *La lucha política de clases y la democracia burguesa en Chile* (Santiago: Centro de Desarrollo Urbano y Regional, Universidad Católica de Chile, 1972), pp. 20-25. También Margaret Power, *La mujer de derecha: el poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2008; original en inglés, 2002), p. 163.

[4] El título de la crónica ya es sugestivo: "La cola es también un vicio", *Qué Pasa*, 24 de abril de 1973.

No tomaban en cuenta que existía esta otra dimensión que, en todo caso, no remediaba el hecho de que las largas filas le añadían fuego a la sensación de crisis. Las colas también eran escenarios que podían ser manejados por la Unidad Popular debido a esta experiencia social. No faltaban tampoco los que más allá de las preferencias políticas estaban felices con esta nueva forma de vida, ya que, como dijimos, era la justificación más adecuada para "sacarle la vuelta" al trabajo. En el estado levantisco de la población, pocos jefes laborales se hubieran atrevido a castigar a alguien por haber asistido a una cola, aunque hubiese sido en horas de trabajo. No es que amplios sectores, con probabilidad la mayoría, no hayan estado profundamente molestos y espantados por la perspectiva de una vida de colas. Lo que sucede es que al parecer la reacción ante ellas estuvo mediada por la disposición total hacia la crisis, según a qué lado de la red se estuviera.

## Tentaciones de racionamiento y las JAP

Había otra razón también para que el mundo de las colas no afectara a todos por igual. Se trató de las Juntas de Abastecimiento y Precios (JAP). Aparecidas en 1972, se suponía que ayudaban en la distribución de alimentos y artículos de primera necesidad a precio oficial. Eran administradas por un organismo estatal presidido por el general de la FACH Alberto Bachelet Martínez, de quien hemos dicho ya que desde un primer momento era simpatizante de la idea general del gobierno de la Unidad Popular. De ellas no solo se excluía al comercio particular, sino que también a las juntas de vecinos que podrían tomarse como otra forma de fuente de poder que equilibrara a las JAP. Porque estas estaban bajo una organización donde adherentes a la Unidad Popular estaban sobrerrepresentados y a medida que se bajaba en la pirámide social se incrementaba el poder de las JAP para discriminar según lealtad política. Es cierto que, en barrios socioeconómicos medio altos, no poca gente se favorecía con las JAP. En la clase media se veía, muchas veces con angustia, que solo se podía tener acceso a estos productos mediante el ingreso a las JAP.

El general Bachelet pasó a ser una figura controvertida aunque de menor perfil que la de Prats. Su puesto siguió provocando polémicas, aunque la oposición titubeaba ante la idea de acusar constitucionalmente a un general. Como se ve, nadie quería entrar en conflicto con los uniformados. Al concurrir una vez a la Cámara, más adelante en mayo de 1973, en medio de la acusación constitucional contra el ministro Orlando Millas, Bachelet dejó en claro que las JAP serían una especie de organismo monopólico:

> Hemos establecido que para pretender solucionar los problemas de distribución nos apoyamos en los organismos del Estado y en las organizaciones de base. El Estado decidió la creación de las JAP para que colaboren en este problema. Las Juntas de Vecinos no estaban trabajando en esto.[5]

La falta de pluralidad de los agentes económicos tenía que atemorizar no solo al público general, el que en esto estaba más bien movido por imágenes de propaganda y de perspectivas lejanas. Era claro que los pequeños comerciantes y empresarios veían cernirse sobre ellos una amenaza o lo sentían de esa manera de una forma bastante inminente. Es cierto que Bachelet aseguraba continuamente que la distribución pasaba por el comercio establecido, pero la desconfianza era más fuerte.[6]

En enero de 1973, Bachelet había asegurado que había una distribución equitativa y alcanzaba para todo el mundo. También sostenía que el tema del mercado negro, las colas y el desabastecimiento era básicamente un asunto de expectativas. Definía su tarea como "combatir esa psicosis de la gente de querer comprar más de lo que va a consumir, porque si nosotros logramos una distribución equitativa, a través de los canales normales de comercialización que existen y usted tiene la seguridad de que, concurriendo al almacén de la esquina o al supermercado de la comuna donde habitualmente compra, va a encontrar lo que necesita (…) evitaríamos acaparamiento, colas, mercado negro".[7] La situación, sin embargo, no fue derivando en ese cuadro ideal que deseaba el general.

Desde un primer momento los políticos de oposición apuntaron a que las JAP eran la fuente del racionamiento, que en las revoluciones marxistas fue una clásica forma de imponer la voluntad del partido. El que no poseía carnet de racionamiento no existía. El tema fue convirtiéndose cada vez más en papa caliente a medida que avanzó 1973. Se suponía que el gabinete con presencia uniformada haría valer una tregua también en este aspecto. De hecho, una condición no pública de su constitución fue que, mientras los tres altos oficiales permanecieran en sus puestos, no habría decretos de insistencia, ya que estos eran la fuente de una de las controversias más caldeadas de todas, cuya legalidad dudosa había sido representada varias veces por la Contraloría.[8] Había otra condición, también discreta: hasta marzo no se tomaría ninguna medida muy importante o de alto impacto público sin antes consultar a los ministros uniformados. Más aún, estos habían conversado entre sí y habían acordado

---

[5] *El Siglo*, 15 de mayo de 1973.

[6] *Qué Pasa*, 10 de mayo de 1973.

[7] Entrevista en *Chile Hoy,* 26 de enero de 1973.

[8] *Ercilla*, semana del 25 de abril al 1 de mayo de 1973.

que, en caso de producirse este segundo hecho, deberían presentar sus renuncias. Para decretos de insistencia, el almirante Huerta había dicho en el programa de televisión *A esta Hora se Improvisa* que actuaría en conciencia.[9]

Había un elemento nuevo, el "mercado negro". Así como existe la versión de que la CIA financió a la oposición para que derrocara a Allende, asumiendo que los siete millones de dólares en cuestión bastaban para colapsar a la experiencia chilena, se dice que el acaparamiento fue parte de un plan maestro para dirigir a los grupos medios contra la Unidad Popular. No habría habido escasez de productos ni baja de la producción, sino que estos habrían sido retenidos por los empresarios más pudientes con el objeto de crear alarma, la necesidad de comprar a cualquier precio y la reacción visceral contra esta situación.[10]

Esta tesis se estrella contra dos realidades que no puede explicar. La primera es más un supuesto de conducta, si se quiere subjetiva. Llevar a cabo una empresa de este tipo, de manera planificada y disciplinada, requería no solamente de algunos pocos empresarios poderosos, que ya no lo eran tanto, sino de una larga red de mediadores, de pequeños y medianos comerciantes que aceptaran limitar sus ventas o suprimirlas del todo, para ofrecer sus productos por cuentagotas a precios mayores pero a un mercado mucho menor. Sería actitud de un racionalismo a largo plazo en las expectativas de ganancia, algo que no es muy común. O sería una motivación moral dispuesta a sacrificar la propiedad en aras de provocar un conflicto de incierta ocurrencia y desenlace, con el temor de que el empresario o comerciante vecino aprovechara la situación.

El segundo obstáculo para esta tesis, que no se puede sortear con la tesis de la conjura, es que una parte enorme de la economía —en algunos sentidos, la mayor parte de ella— estaba en manos de la Unidad Popular. La capacidad de disponer de la distribución de muchos elementos pasaba por empresas del Estado o del cada día más amplio sector de la economía que estaba intervenido. De hecho, de empresas intervenidas salían muchos productos al mercado negro. La gente de oposición susurraba y a veces exclamaba que el mercado negro era una estrategia de la Unidad Popular para hacer quebrar la economía en manos privadas. Esto también es inverosímil. No lo es

[9] Esto ocurrió el 3 de diciembre de 1972. Ismael Huerta Díaz, *Volvería a ser marino* (Santiago: Andrés Bello, 1988), Tomo I, p. 466.

[10] Es cierto que en abril siguiente Bachelet sostendría que el mercado negro era solo una de las causas del desabastecimiento. También había que considerar la producción deficitaria del agro, la falta de control más completo en la distribución; añadía el "exceso de consumo" de unos sectores y las "expectativas de escasez". Era una apreciación más realista. *Qué Pasa*, 10 de mayo de 1973.

el que de esos mismos sectores estatal o paraestatal, según se decía, "la gallada", es decir, ese ciudadano que sobrevive sin demasiadas motivaciones heroicas y es practicante fiel de la viveza criolla, vendía productos a precios fluctuantes de mercado negro, llevándose una ventaja apreciable a su bolsillo. En todo caso, pocos pensaban que la situación general podía ser calificada de normal y, en ese sentido, el mercado negro era mirado como una forma provisoria de intercambio. Cuando parecía eternizarse, empezó a cundir más exasperación.

No existen estudios sobre este fenómeno del mercado negro en Chile. Se puede decir, eso sí, que emerge espontáneamente en todo sistema económico —capitalista, socialista, carcelario, concentracionario, etc.— cuando el valor de venta de un producto es claramente inferior al valor de intercambio que le conceden las personas. El mercado negro ha existido hasta en los campos de concentración, en los cuales participar en él conllevaba incluso la pena de muerte, ejecutada esta sin el más mínimo remordimiento y hasta con placer. El mercado no es precisamente un invento de alguna economía política moderna, sino que parece ser un fenómeno que recorre toda la historia de la civilización. Es parte de la vida humana, aunque en sus manifestaciones sea bastante camaleónico. Incluso se podría afirmar que las economías planificadas como las de los sistemas marxistas no son sino una especie de intento de regulación del mercado, siendo reproducido este en esa esfera entre política y tecnocrática que termina siendo la maestra de la escena.

Sucede que en las economías planificadas, o en las economías de guerra, que tienden a parecerse mucho a las anteriores, el mercado negro es un fenómeno paralelo que incide relativamente poco en la marcha general de la economía, aunque pueda ser limitante y provoque no pocas complicaciones. No se lo ha podido evitar ni en casos extremos, cuando hay una ideología oficial impuesta por métodos totalitarios, o en el campo de concentración, o cuando surge una reprobación moral en caso de guerra porque "la patria está en peligro", como en el caso de Estados Unidos e Inglaterra en la Segunda Guerra Mundial. En este último ejemplo se da una actitud de aceptación, de buen o mal grado, ante el control de precios extremo y a veces la distribución racionada de algunos bienes es una necesidad absoluta. Sin embargo, no deja de haber mercado negro.

No era el caso del Chile de la Unidad Popular. Primero, porque había dos Chile. Uno de ellos, el de oposición, veía el mercado negro como algo legítimo o bien como una especie de subterfugio de los "upelientos" para destruir la economía; o se explicaba como el resultado de la destrucción de la economía acometida por el gobierno de Allende. Ello no quitaba que algunos de sus miembros, los que tenían más recursos, podían acceder al mismo, o que muchos empresarios que participaron

en los dos grandes paros, en 1972 y 1973, hayan sido parte también de cadenas de mercado negro. Que no se olvide que después del golpe, cuando se decretó la libertad de precios, los niveles se ajustaron aproximadamente al valor que habían tenido en el mercado negro en los meses previos. No era algo tan irracional.

Sobre la moralidad del mismo existía simplemente un choque de legitimidades. Si la responsabilidad era del gobierno de la Unidad Popular, quien no fuera un militante motivado no tenía por qué no participar en el mercado negro, no habiendo un control ético como podrían serlo, por ejemplo, "la unidad nacional", "la patria en peligro", o una catástrofe como un terremoto desolador, que todos entienden como situaciones temporales. En el caso de este Chile estaba además el espectro de las economías marxistas, signadas por la escasez y por el mercado negro. Este, incluso en el período de consolidación inicial del poder total de los regímenes comunistas, había sido empleado como una herramienta política. Es cierto que a esto colaboraba una propaganda efectuada por quienes muchas veces poco entendían de lo que sucedía detrás de la cortina de hierro. Sin embargo, la intuición era cierta, ya que esas economías estuvieron siempre caracterizadas por estos fenómenos. Algo parecido pasaba también con la compra de dólares en el mercado negro, lo que era castigado con las penas del infierno, cada momento que pasaba peor. Daba lo mismo, continuaba y el dólar siguió subiendo en el mercado negro hasta el 10 de septiembre de 1973. Cuando se tiene la convicción ardiente de que la situación económica es resultado de una política suicida, ¿es inmoral poner los ahorros en el único medio en el cual pueden sobrevivir a los vaivenes y al colapso de la moneda? Los dos Chile estaban día a día menos comprehendidos dentro de una legitimidad común. De hecho, las penas drásticas por posesión de divisas han sido una marca casi exclusiva de las dictaduras.[11]

El otro Chile, el que miraba con aceptación activa o empática a la Unidad Popular, pensaba naturalmente todo lo contrario. Algunos regañaban la situación y podían reconocer algunos errores del Gobierno, pero en general aquel que venía de una cultura de la izquierda, como algo distinto al que solo recientemente votaba por ella, aceptaba con gran control de sí mismo esta situación como un precio de la transición al socialismo. En esta etapa, según se repetía constantemente, se tenían las lacras del capitalismo pero no llegaban todavía las bondades del socialismo.

---

[11] Sobre la emergencia de mercados negros durante los años de la Unidad Popular, Álvaro Bardón, "El mercado negro surge masivamente con la Unidad Popular", *El Mercurio*, 13 de enero de 1973. En Álvaro Bardón, *Una experiencia económica fallida: crónicas sobre el Gobierno de la Unidad Popular* (Santiago: Universidad Finis Terrae, 1993), pp. 70-75.

Existía otro factor también. Una parte de la población, en general de estratos socioeconómicos bajos, se veía muy favorecida en esta situación de control estricto de precios y de distribución organizada a través de las JAP, se le llamara o no racionamiento (nombre siempre rechazado por los funcionarios de gobierno). A todos estos sectores, repetimos que en general de escasos recursos, se les garantizaba un abastecimiento básico a un precio oficial que se podían permitir sin mayor problema. Era el sector que también tenía menos que preocuparse de asistir al mundo de las colas, ya sea porque para algunas cosas básicas lo podía evitar o porque participaba del leve aspecto carnavalesco que tenía. Lo más probable, eso sí, es que en un cuadro ideal, los recursos no hubieran alcanzado para toda la población.

La Unidad Popular no podía recurrir a medidas más coercitivas como hubieran sido relegaciones masivas o castigos de hecho, porque todavía no dominaba el aparato judicial. Tampoco podía crear un nuevo tipo de legislación, porque para ello necesitaba la mayoría parlamentaria, de la que no disponía. Se hallaba todavía en esa fase del "proceso revolucionario" en la cual el sistema legal en parte respondía al antiguo estado de derecho. Aunque todas las revoluciones implicaron graves trastornos económicos y no pocas hambrunas, había otras maneras —en parte subjetivas, en parte objetivas— para compensar esas carencias. Una de ellas podía ser una reforma urbana drástica. Repartir entre los sin techo o los habitantes de viviendas precarias las casas o mansiones de la "burguesía", y mejor todavía si la familia burguesa o parte de ella permanecía en una de las habitaciones. El cambio emocional que ello significaba creaba un lazo de interés, quizás para una minoría. Todas estas eran herramientas con las que a veces amenazaban algunos dirigentes de segunda fila, pero que era prácticamente imposible ejecutarlas en el contexto del sistema chileno bajo el cual se desempeñó la Unidad Popular. Y al menos Allende aseguraba que no ocurriría durante su mandato.

## Propuesta de Fernando Flores y primera crisis militar

La situación antes descrita intentaba captar el ambiente y el desarrollo de la economía de a pie, es decir, lo que experimentaba la gran masa de la población de estos dos Chile en el curso de 1972 y 1973. Si volvemos al verano del 73, por la temporada y debido a la presencia uniformada en el gabinete, no debió haber habido mayores iniciativas políticas, anuncios trascendentales o una sorpresa institucional, al menos no antes de las elecciones del 4 de marzo, a las que aparecía abocado el país político, que nunca lo fue tanto como en estos años.

Por ello cayó como un rayo un largo discurso del ministro de Economía, Fernando Flores, la noche del 10 de enero de 1973. Aquí anunciaba nuevas y, para

él, enérgicas medidas contra el mercado negro y el desabastecimiento. La causa de estos estaba "en la acción de los grupos perjudicados por el programa de profundas transformaciones que impulsan las masas trabajadoras y el Gobierno". El "Gobierno Popular" debía derrotar a estos enemigos del pueblo para lograr una nación soberana. El discurso siguió con este tono beligerante, que dividía al país —en la clásica técnica de polarización para dominar— entre el intento de liberar a la patria y la forma concertada en que esto trataba de ser impedido por la "lucha contrarrevolucionaria". Lanzaba: "Han formado la oposición más negativa y destructiva de la historia reciente de Chile". Afirmaba que el mercado negro era "la síntesis de toda la acción antipatriótica de la derecha". En el largo discurso se siguió reiterando este mismo tono. Indirectamente, reconocía que uno de los orígenes del desabastecimiento eran problemas de la producción relacionados con la dificultad de obtener divisas para importar y ello, lo sabemos, estaba originado en la gigantesca inyección de recursos en la economía y en el gasto de la reserva internacional. Flores, sin embargo, culpaba al "bloqueo norteamericano" y a la baja del precio del cobre.

El Gobierno no aceptaría —continuaba el ministro— reducir los gastos públicos como postulaba la derecha y así continuaba mostrando un cuadro bastante letal de las ideas de esta última. Por cierto, no le faltaba razón al ministro y esta sería la política que se impondría a fines de 1973. El punto es si no debió haber existido un gradualismo antes, digamos, en la década de 1960. Nada de esto era aceptable desde luego para la Unidad Popular. Venían a continuación sus propuestas de intensificar la disciplina en el aparato público, amenazando con sanciones drásticas a los malos funcionarios y tratando de fusionar a las organizaciones del Estado con las "organizaciones de masas". "El Pueblo y el Gobierno deben pasar a la ofensiva. Y lo hacen".

Las propuestas concretas iban a obligar a algunas empresas privadas a establecer contratos exclusivos con el Estado, bajo los cuales no podrían vender ni directamente al público ni hacer trueques con otras empresas. Esgrimía la amenaza de "Comités de Vigilancia". Hacía un llamado a los trabajadores del campo para que no vendieran al mercado negro, reconociendo implícitamente que aquí había un punto extremadamente vulnerable. Le otorgaría mayor poder a las JAP para denunciar "en el vecindario a los comerciantes inescrupulosos, (y para que) evitaran la presencia generalizada en las poblaciones de afuerinos que se aprovisionan para especular y acaparar". Estas denuncias no excluían "la acción directa, organizada y responsable para impedir la especulación, el mercado negro y demás infracciones de este tipo". Terminaba con una exhortación que era una suerte de llamado a que el "poder popular" asumiera las tareas de distribución:

> La actividad concertada de los trabajadores y el Gobierno es una imperiosa necesidad del proceso revolucionario chileno y tiene, a través de las acciones que proponemos, una de sus expresiones más evidentes. Por esto, más que nunca es imprescindible que las organizaciones de base asuman sus funciones con una firme conciencia de los problemas y de sus causas verdaderas (…) (Las organizaciones de base harán) de la creatividad de las masas un instrumento vital para liquidar las múltiples provocaciones y mentiras que lanzarán la reacción y el imperialismo (…) para los que creen y luchan por la causa de la emancipación de Chile y de la liberación social de su pueblo, dificultades no son imposibilidades.[12]

Este discurso era una suerte de declaración de guerra política. Era retomar la guerra civil política que había estallado en octubre. Muchos líderes de la oposición adoptaban también un tono belicoso.[13] El caso era que el discurso de Flores comprometía al gabinete, y este a su vez estaba presidido por un ministro del Interior comprometido con una pacificación o tregua política hasta marzo, como una forma de garantizar que las elecciones se llevaran a cabo con normalidad democrática, que era algo que ponían en duda algunos sectores de la oposición.[14] Entre los ministros uniformados, el discurso, no informado previamente según el mismo general Prats les comentara a sus pares, cayó pésimo.[15]

## Renuncia del almirante Huerta

A petición del ministro de Obras Públicas, Ismael Huerta Díaz, los tres ministros uniformados se reunieron para tratar el caso. Huerta y Sepúlveda creían que el compromiso de honor estaba roto al no haberse consultado con ellos los anuncios de Fernando Flores. Esto era una bofetada en el rostro para ellos y parecían estar siendo usados para una acción partidista. Lo que tenían que hacer ahora era renunciar a sus cargos, ya que de otra manera se estaría mandando el mensaje de que ellos también estaban detrás de esos anuncios, es decir, que compartían su contenido. De acuerdo al relato de Huerta, Prats en principio entendía la gravedad de las cosas y

---

[12] *El Siglo*, 11 de enero de 1973.

[13] En un discurso pronunciado pocos días después del anuncio de Flores, el presidente del Partido Nacional, Sergio Onofre Jarpa, manifestaba: "Nosotros no podemos ser menos que los húngaros o los checoslovacos, y si nos obligan a un enfrentamiento para defender una elección libre, iremos al enfrentamiento y lucharemos en todas partes; pero no aceptaremos el racionamiento manejado por los comisarios marxistas". *El Mercurio*, 14 de enero de 1973.

[14] Ver, por ejemplo, declaraciones de Francisco Bulnes y Sergio Onofre Jarpa durante la campaña, *Tribuna*, 17 y 24 de enero de 1973.

[15] Carlos Prats, *Memorias. Testimonio de un soldado* (Santiago: Pehuén, 1985), pp. 349-350.

que los hechos ameritaban una presentación de la renuncia. Era reacio, sin embargo, a adoptar esa conducta. Aducía algo muy humano y, en cierta manera, de significación institucional: los otros dos altos oficiales podrían regresar a sus instituciones, mientras que él, como Comandante en Jefe, al retirarse en protesta del gabinete tendría que irse para su casa.

Carlos Prats, como se ha visto por la carta que le envió después del golpe al general Pinochet, tenía un alto aprecio profesional y personal por el joven ingeniero Fernando Flores.[16] Parece que le entusiasmaba la capacidad planificadora de este. No es imposible que haya conversado previamente con Flores sobre su discurso al país. En los días siguientes, la FACH, según los indicios que tenemos, no apoyó la posible renuncia del general Sepúlveda y este echó pie atrás. En cambio, el almirante Ismael Huerta mantuvo firme su decisión, la que además trascendió a la prensa. El alto mando de la marina, incluyendo al Comandante en Jefe, vicealmirante Raúl Montero, apoyó cerradamente la actitud de este.[17]

A los pocos días, fue reemplazado por el contraalmirante Daniel Arellano Macleod, enviado por la marina. Parece que el Gobierno quería su retiro de la institución, pero Allende no empujó las cosas hasta el final. Huerta se haría cargo de la dirección del personal de la Armada. De la noche a la mañana se convirtió en un héroe para la oposición y comenzó a recibir mensajes de apoyo de esta, incluyendo un saludo del ex Presidente Jorge Alessandri. A diferencia del caso del general Canales, hasta esos momentos no había habido lo que podría llamarse una actitud rebelde o deliberante de parte de Huerta. No solo había expresado de manera tácita su disgusto con el contenido del mensaje de Fernando Flores, sino que de manera indirecta manifestaba su distancia con el proyecto general del Gobierno, todo ello dentro de los cauces institucionales. Esto tenía un peso bastante grande en el ambiente político, y también lo tuvo entre los oficiales de la Armada, cuya inmensa mayoría no dejaba de felicitarlo por su acción.

Fue el inicio de una actitud que lo iba a llevar en pocos meses a la abierta deliberación. Por su carrera había sido como el paradigma del oficial antipolítico y distante de los civiles y "paisa" (paisanos). En la década de 1960, se consideraba a sí mismo una persona que deseaba cambios para Chile y a quien no le interesaban ni la izquierda ni la derecha, aunque en un comienzo miró con simpatía los aires de

[16] En carta dirigida a Pinochet el 15 de septiembre de 1973, Prats intentó interceder a favor de Fernando Flores. Prats, *Memorias*, p. 515. También en Augusto Pinochet, *El día decisivo. 11 de septiembre de 1973* (Santiago: Andrés Bello, 1980), pp. 150-151.

[17] Huerta, *Volvería a ser marino,* Tomo I, pp. 479-494.

renovación que hubo con Eduardo Frei Montalva. Sin embargo, participaba también del disgusto por lo que consideraba una escasa atención a los temas fronterizos de Chile y a la falta de financiamiento adecuado para las fuerzas armadas. Esto era muy común en los oficiales de las tres ramas y se repartía de forma más o menos pareja. A fines de los 1960 le tocó participar dentro de la Armada para sancionar a un grupo de oficiales jóvenes que combinaban demandas corporativas, en lo básico salarios, con aspiraciones políticas. Esto se dio en la Armada a partir de 1966, en un malestar larvado del cual fue muy poco lo que trascendió.[18] Al mismo tiempo, se mantenían en las tripulaciones las células de partidos de izquierda que eran siempre una molestia y hasta consideradas como un peligro para el alto mando. El paso por el ministerio lo dejó profundamente desalentado por la dirección que tomaba el país y se sentía manipulado por la dirección política del Gobierno, no pudiendo expresarse con franqueza.

## La última campaña electoral de la democracia clásica

Se encaminaba a su fin, lo supimos después, el Chile de la época en que más fue reconocido como excepcional, debido a sus instituciones políticas y a la regularidad de su funcionamiento. Esta época, que de manera formal se inauguró a fines de 1932, estaba viviendo las convulsiones de este conflicto político que se exacerbaba día a día, casi sin tregua. La campaña electoral para las parlamentarias de marzo de 1973 fue una especie de toma de posiciones para una gran batalla posterior, una especie de Maipú que decidiría las cosas para siempre. Quizás esto escondía un deseo de vivir un tiempo decisivo, que siempre anida en el alma de los hombres y al cual pocas veces se le teme, si bien parece que la normalidad reside en ser indiferente a ese anhelo.

Parecía que las elecciones iban a confirmar a la oposición. En sus líderes es en quienes más asomó la idea de que se trataba de una suerte de plebiscito cuyo resultado obligaría al Gobierno a rectificar. Eduardo Frei había sostenido muchas veces esta posición. Incluso apartándose de lo que había sido la costumbre en general de los ex presidentes, Frei volvería al ruedo político de otra manera, presentándose como candidato al Senado. En cierta manera, era un sacrificio, ya que todo lo que no fuera una gran victoria sería presentado como algo deslucido. No podría, sin embargo, conservar intacto su papel de líder del partido si no bajaba a la cancha a ensuciarse en la batalla cotidiana, ya que era la mejor carta de su tienda política. El

[18] Huerta, *Volvería a ser marino*, Tomo I, pp. 346-350.

mensaje de la Democracia Cristiana correspondía en general a las líneas de Frei, de una oposición total al Gobierno y la denuncia de una voluntad totalitaria.

Recordemos los juicios generales del ex Presidente. Ya en marzo de 1972 le había escrito al Presidente de Venezuela, Rafael Caldera, que bajo "una apariencia de respeto a las formas legales y a la democracia de la manera más tortuosa y sin escrúpulos se está tratando de conducir al país a una dictadura similar a la de Cuba".[19] Es un juicio categórico como pocos. Para la campaña de 1973 diría algo similar y revelador semanas antes de la elección:

> En toda la Historia de Chile no ha habido una destrucción más catastrófica que la de estos dos años. Ha sido de una extensión y profundidad que ni aun quienes conocen y manejan las cifras pueden reflejar adecuadamente. Porque no solo es material, económica, sino también política, moral y espiritual. Lo único más sorprendente que la crisis ha sido la capacidad de aguante de los chilenos. Con 160 por ciento de inflación, en cualquier otro país el gobierno tiembla por lo menos (…) Aquí no estamos en Argentina, ni en Venezuela, donde se pueden despilfarrar en un día mil millones de dólares… porque se recuperan al siguiente (…) Sí. Chile está enfermo de *ideologismo*. Todo el mundo tenía *su* esquema en la cabeza, y esa esquematización ideologista era en el país como un tumor creciente, que dificultaba cualquier tarea. La UP ha sido como un terremoto intelectual y moral, que ha permitido ver claro. Una vacuna contra la influencia de quienes dicen cosas disparatadas sobre lo que es y debe ser Chile.[20]

Estas palabras tienen varias caras. Están en la línea de la idea de crisis de la historia de Chile, inaugurada por el devenido célebre discurso de Enrique Mac Iver del 1900.[21] Más que nada, Frei reflejaba lo que pensaba era el peligro de un colapso nacional. Criticaba la sobreideologización y es posible que no se haya referido solamente al gobierno de la Unidad Popular, sino que también a lo que él experimentó desde la izquierda marxista, pero también en su propio partido. Este era todo un tema para los que no participaban del núcleo más ortodoxo de las ideas del marxismo. En la campaña, Frei también recurría a otras imágenes. A un grupo de mujeres partidarias suyas les decía que "la guerra que tiene Chile es contra los incapaces que nos han invadido".[22] El ex Mandatario recogía una imagen común expresada por quienes tenían aversión contra la Unidad Popular y pensaban que todo lo que sucedía

---

[19] Cit. en Cristián Gazmuri, Patricia Arancibia, Álvaro Góngora, *Eduardo Frei Montalva y su época* (Santiago: Aguilar, 2000), Tomo II, p. 815.

[20] *Qué Pasa*, 22 de febrero de 1973. Destacado en el original.

[21] Enrique Mac Iver, *Discurso sobre la crisis moral de la república* (Santiago: Imprenta Moderna, 1900).

[22] *La Prensa*, 8 de enero de 1973.

se debía a la influencia de modas extranjeras. Otra imagen y consigna que entregó fue que era el momento de comenzar con la "reconstrucción de Chile", derruido por el gobierno de la Unidad Popular.[23]

La derecha sostuvo con mucha seguridad que ante la situación de catástrofe la oposición se encaminaría a obtener una inmensa mayoría, con la que sería posible acusar constitucionalmente a Allende con la mayoría de los parlamentarios en la Cámara y los dos tercios en el Senado. Esta idea llegó a ser una especie de artículo de fe para una parte importante de la población y no solo para quienes votaban por el Partido Nacional o la Democracia Radical. Tal fue el convencimiento, que con ello se sembraron las semillas del desengaño posterior. Hubiera sido difícil, incluso con los dos tercios de los votos o el 70%, como se llegó a decir, ganar los dos tercios en el Senado, debido a que este se elegía por mitad. En todo caso, al haberse dicho o insinuado la cifra del 70% o de los dos tercios, se dio una ventaja sicológica a la Unidad Popular.[24] Esta podía afirmar en vísperas de las elecciones que la oposición era derrotada si no obtenía los dos tercios y que a ellos les bastaba el 51% para ganar. No era, por cierto, una derrota en términos cuantitativos, pero sí lo era en lo anímico.[25] La oposición debía ganar a 18 de los 25 senadores que se elegían, contra 9 que ya tenía la Unidad Popular, meta que cualquiera que tuviera la cabeza fría debería haber sabido que era irrealizable.[26]

En el fondo, se quería dar a entender que se obligaría al Gobierno a cambiar drásticamente de política o se le obligaría a dimitir. Esta era la tendencia semántica del discurso de quien emergió en todo este período como vocero principal de la derecha, el regidor por Santiago, presidente del Partido Nacional y además candidato a senador, Sergio Onofre Jarpa:

> Es decir, aquí en Chile después de marzo, va a ocurrir lo que los chilenos seamos capaces de hacer o lo que los chilenos queramos que suceda, de acuerdo con la capacidad y voluntad para realizar o alcanzar tal o cual meta (…) el señor Allende está empeñado en imponer un sistema marxista que la inmensa mayoría de los chilenos rechaza y que ha probado, en la práctica, ser un fracaso en lo económico y en lo

[23] Como lo señaló, por ejemplo, en entrevista a la revista *Qué Pasa*, 22 de febrero de 1973. También el tratamiento de esta idea en Carmen Barros y Patricio Chaparro, "La campaña de las elecciones parlamentarias de marzo 1973, Chile: un estudio de caso" (Santiago: Documento de trabajo, Instituto de Ciencia Política de la Universidad Católica, 1974), pp. 75-77.

[24] Así lo afirmó, por ejemplo, Sergio Onofre Jarpa en entrevista al diario *La Segunda*, 23 de febrero de 1973.

[25] *El Mercurio*, 2 de marzo de 1973.

[26] *La Tercera*, 19 de febrero de 1973.

> social. Aquí tiene que definirse. Nos parece inconcebible que una minoría marxista esté encaprichada en imponer a la inmensa mayoría del pueblo un sistema que este mismo pueblo rechaza.[27]

Ante una pregunta del periodista acerca de si proponía una "resistencia civil", decía que sí, pero siempre que no fuera puramente defensiva, "sino una ofensiva para recuperar la libertad y los derechos del pueblo". Todo esto tiene, desde luego, un aire de imponer un cambio por la fuerza de una rebelión civil, de alguna manera implicando que podría no ser del todo constitucional, aunque en términos formales siempre se explicara que se obtendrían los dos tercios del Parlamento.[28] Y a continuación explicaba un criterio que era en cierta manera consecuente y, en la historia de la democracia, era también completamente absurdo:

> Es lógico que allí se puede provocar un enfrentamiento, pero que esto quede bien claro: el enfrentamiento lo provocan las minorías que quieran oponerse a la decisión de la mayoría. Si nosotros perdiéramos esta elección y el señor Allende obtuviera la mayoría popular para imponer en Chile un sistema socialista marxista, no haríamos ninguna objeción, pero por lo mismo esperamos que el señor Allende tampoco haga ninguna objeción para que el pueblo de Chile siga gobernándose y viviendo de acuerdo con lo que quiere y no con lo que alguien pretende imponerle.[29]

Es difícil que un político en un sistema democrático pueda expresar lo contrario, o sea, que es legítimo resistir a una mayoría cuando esta quiere reemplazar democráticamente el sistema, ya que lo lleva a un absurdo. Al menos, no puede decirlo sin caer en peligro de ser a su vez acusado de subversivo. Este es quizás el tema más extremo de lo que podría ser el absurdo de la democracia, que el principio de la mayoría puede llegar a escoger cualquier cosa, incluso siguiendo el chiste aquel acerca de un hecho que por lo demás jamás ocurrió: que las Cortes en España votaron sobre la existencia de Dios. En los hechos, ha sucedido solo una vez que se instalara una dictadura totalitaria por medios en lo fundamental democráticos, en el caso de la Alemania nazi. Esta posible contradicción era, sin embargo, el gran tema en el Chile del 73, ya que cada una de las partes creía a su manera que tenía la mayoría detrás de sí y nunca se planteaba que fuera minoría. La derecha se puso detrás de la

---

27 *La Segunda*, 23 de febrero de 1973.

28 Más extremo en esta línea era Patria y Libertad, que llamaba a una "ofensiva civil" sin mayor preocupación por las elecciones. Luis Corvalán Marquéz, *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre. Contribución al estudio del contexto histórico* (Santiago: Editorial Universidad Bolivariana, 2004; original, 2000), pp. 278-ss.

29 *La Segunda*, 23 de febrero de 1973.

idea de que marzo sería el comienzo del fin del gobierno de Allende y esta imagen jugaría un papel en lo que fue tomado como la derrota sicológica en esas elecciones.

Eduardo Frei fue más cauto en este aspecto, y más sabio también. Le decía a unos parlamentarios alemanes que esto era imposible: "¿En qué país democrático el Gobierno, o la oposición, sacan los dos tercios? Ni De Gaulle. Ustedes mismos acaban de cambiar de gobierno porque los democratacristianos perdieron dos puntos y los socialistas ganaron esos mismos dos puntos".[30]

En lo que insistieron los líderes de la oposición fue que se trataba de "un plebiscito". Alberto Baltra decía que "marzo es el plebiscito nacional. Chile y su pueblo tienen en marzo la última oportunidad para obligar al Gobierno que preside el señor Allende a que se sujete a la Constitución y a la ley". El diputado democratacristiano Luis Pareto González lo reafirmaba al decir que "este acto eleccionario será un plebiscito (…) Entonces el señor Allende que se dice un demócrata deberá entender la decisión del país y tendrá que rectificar su gobierno".[31] Marzo se convertiría en un antes y un después. Más énfasis venía de un líder joven de la acción directa de los nacionales, Juan Luis Ossa Bulnes, que afirmaba que "no entiendo cómo hay gente que piensa que todo terminará el 4 de marzo (…) Nuestro triunfo constituirá una primera etapa y no el triunfo definitivo. Este se obtendrá solamente cuando derrotemos para siempre al marxismo".[32] Que no se crea que el sentido de urgencia por detener a la Unidad Popular estaba mucho más marcado en la derecha que en la Democracia Cristiana. El candidato a diputado por este último partido Claudio Orrego Vicuña apuntaba a que "si no ganamos bien el gobierno seguirá con su política de destrucción nacional que finalizará en dictadura".[33]

En la Unidad Popular, Salvador Allende insistía, a raíz del debate por el discurso del ministro Flores, en que Chile no iba a ser una dictadura ni iba a haber racionamiento.[34] Su momento más estelar fue, como era lógico, en el lanzamiento de la campaña de la Unidad Popular el 5 de febrero de 1973, donde formuló un discurso más bien agresivo, casi "maximalista":

> No es el proceso revolucionario el que está en juego. Chile continuará —y que lo sepan— inevitablemente su marcha al socialismo. Lo que la reacción fascista está amenazando, es que el proceso pueda realizarse de acuerdo con nuestra tradición

[30] *Qué Pasa*, 22 de febrero de 1973.
[31] *La Segunda*, 9 de febrero de 1973.
[32] *La Segunda*, 19 de febrero de 1973.
[33] *La Segunda*, 22 de febrero de 1973.
[34] *El Mercurio*, 15 de enero de 1973.

> histórica, sin la violencia física generalizada como instrumento (…) El centro del poder capitalista chileno está hoy arrinconado en su último reducto, la especulación y el gran comercio. Desde el sórdido reducto de la especulación, surge una voz cavernosa que habla de reconstruir Chile. ¿De quién es esa voz? (…) ¡Sepan que Chile es hoy de los chilenos! (…) ¡El futuro de Chile hace tiempo que está marcado por la estrella de la revolución chilena! La cuestión esencial de nuestros días, es lograr, es lograr que la dirección política del país sea totalmente conquistada por los trabajadores; para esta tarea, el pueblo y su gobierno necesitan realizar la más profunda transformación en las instituciones administrativas, políticas y económicas que conocen nuestra historia (…) *tenemos que crear un Parlamento para el pueblo. En una palabra, Chile necesita cambiar la estructura del Estado burgués, incapaz de ordenar nuestra vida colectiva y de permitir las grandes soluciones a los problemas de hoy*.[35]

Es cierto que Allende dentro de su coalición se movía entre dos polos, el gradualista y el rupturista, en la medida en que ambos eran diferenciables, cosa que no es del todo prístina. Aquí parecía inclinarse por el segundo. Es probable también que su alma estuviera más cerca de este aunque su razón política, domada desde antaño, le indicara que tenía que tener un límite.

Sin embargo, el grueso de la campaña estuvo dedicado a destacar que la oposición obedecía a una especie de conspiración por detener el programa de la Unidad Popular. La ofensiva de los comunistas se dirigió con especial encono contra el diario *El Mercurio*, siguiendo la estrategia de hacer ver que la oposición, en el fondo, estaba dirigida por la derecha como una forma de restar votos a la Unidad Popular. Incluso, Orlando Millas, ministro de Economía después de haber sido destituido en Hacienda y haber respondido Allende con el ya tradicional enroque, dijo que *El Mercurio* no debería existir por publicar solo mentiras e infamias.[36] La izquierda había iniciado, en general, un lenguaje de radicalización.

Al iniciar la campaña, Carlos Altamirano dijo que Chile vivía una guerra de clases y que no podían contar con los socialistas para conciliarse con el enemigo. "No van a estar con nosotros si nos quedamos en simples reformas", decía en referencia a la clase obrera. Añadía que las elecciones eran importantes como combate, pero que no serían decisivas, quizás poniéndose el parche antes de la herida. También en referencia al tema del día, los posibles racionamientos, señalaba que solo la solución política que definiera "el control del poder (es) lo que nos permitirá resolver los

---

[35] Salvador Allende, "Discurso en el acto de masas en el Estadio Nacional", 10 de febrero de 1973, en Víctor Farías, *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica* (Berlín: Wissenschaftlicher Verlag Berlin; Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2000), T. 6, pp. 4.188-4.203. Énfasis en el original. La fecha indicada por Farías es errónea.

[36] *El Mercurio*, 16 de enero de 1973.

problemas económicos (…) No es el éxito económico el que abre un camino político". Y cerró con su consigna favorita, que ya lo era también de una parte de la izquierda: "avanzar sin transar".[37] Al presentar a los candidatos socialistas en el Caupolicán, el 15 de febrero siguiente, ponía más énfasis en que no se trataba de resultados económicos, sino que de "una política económica audaz y agresiva de avance hacia el socialismo". Para salir del pantano "a que nos quiere arrastrar la burguesía y el imperialismo (hay que) avanzar hacia el socialismo sin concesiones, sin transacciones, a estas alturas del proceso, todo repliegue, aunque sea táctico, significa consolidar las fuerzas del enemigo y facilitar su objetivo que apunta a la restauración de sus privilegios y el derrocamiento del Gobierno Popular (…) marzo es una coyuntura táctica en la estrategia de la lucha del pueblo por el poder".[38]

Si alguien tomaba en serio estas palabras que no eran exclusivas de Altamirano —y no solo la derecha, sino que también gran parte de la izquierda lo hacía— era como para resignarse a que las reglas del juego del sistema, el espíritu constitucional, se habían convertido en polvo y a que solo la actitud más rebelde podría detener un proyecto totalitario. Hay otro aspecto de estas ideas que era quizás más común en la izquierda y en Allende de lo que se piensa. Era que la política económica se trataba en primer lugar de una estrategia de toma del poder. Por ello, detalles como el éxito estaban de más. No es pura maldad de argucia retórica, sino que obedece al profundo convencimiento de que existen ganancias escondidas que una que vez que sean expropiadas, con ellas se alcanzará el bienestar para las clases trabajadoras.

Esto correspondía a una general radicalización de varios partidos de izquierda. Incluso la Izquierda Cristiana, después del Paro de Octubre, había dicho que:

> Esperamos que este Gabinete no signifique imponer a los trabajadores una tregua que les resulte imposible aceptar (…) La revolución en el campo y la ciudad debe seguir a la ofensiva. Las industrias y demás recursos económicos intervenidos o requisados deben pasar a manos de los trabajadores. Debe formarse rápidamente el Área de Propiedad Social y con el resto de las empresas debe crearse un área socialista de gestión directa de los trabajadores.[39]

Aquí existe escaso rastro de la razón original de la fundación de la Izquierda Cristiana: el crear precisamente una persuasión a la izquierda de la Democracia Cristiana, pero que conservara la tradición cristiana o aquella parte de ella que acentuaba

[37] *La Nación,* 12 de enero de 1973.

[38] *La Nación*, 17 de febrero de 1973.

[39] Cit. en Corvalán Marquéz, *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre*, p. 246.

la comunidad política y el bien común, aunque fuera en una sociedad dominada por obreros y campesinos. Incluso el MIR apoyó con sus votos a los pocos candidatos de la Izquierda Cristiana, que no tuvieron ningún éxito por lo demás. El MIR mismo sostenía, según las expresiones de Miguel Enríquez, que "lucharemos por ser mayoría en el pueblo para disolver el Parlamento y levantar la Asamblea del Pueblo (…) Participaremos para hacer entrar en crisis al Parlamento y al orden burgués".[40] En la misma línea, el MAPU sacó a luz la consigna que muchos después creyeron le dio un considerable respaldo a la Unidad Popular: "Este gobierno puede ser una mierda, pero es el mío...". De corte parecido era el eslogan que rezaba: "Este es nuestro gobierno, pero si no lo ejercemos, nos vamos a la cresta".

El MAPU, que estaba en el albor de su división, se comprometió en el camino radical que terminaría acercando a una de sus facciones al MIR. En diciembre de 1972, había afinado una vez más un programa maximalista, dándole otra vuelta a la manivela:

> Pero si ese aumento de la calidad revolucionaria del movimiento obrero ha sido importante hasta el punto de que, en los últimos años, ha podido disputar palmo a palmo la hegemonía ideológica y política a la burguesía, conquistar el Gobierno del país y golpearla con excepcional dureza, no le ha sido posible aún subordinarla estratégicamente ni derrotarla. Para lograr esto último, el proletariado debe dar todavía un nuevo salto cualitativo. Debe construir, a breve plazo, el instrumento partidario que le garantice, en las condiciones históricas actuales una sólida y eficiente dirección marxista. El MAPU tiene la obligación de contribuir decisivamente a esa tarea histórica fundamental. Su mayor aspiración es hacer en ese sentido el aporte más importante (…) Las posiciones proletarias son absolutamente irreconciliables con toda línea estratégica, burocrática, gradualista, centrista o reformista. Lo cual no impide que en el terreno táctico pueda haber un amplio margen de coincidencias y de acción común, siempre y cuando sea en torno a una línea proletaria. El MAPU es, pues, profundamente unitario, pero entiende esa unidad como un proceso que no excluye la lucha constante contra las concepciones erróneas y contra desviaciones de izquierda y de derecha. Es a través de ese proceso que se forjará el partido revolucionario que necesitará nuestro pueblo.[41]

Este era uno de los tantos textos paradigmáticos de lo más ortodoxo del marxismo chileno. No difería un ápice de la línea de los partidos con doctrina endurecida que adoptaron el marxismo revolucionario, marxismo-leninismo, en el curso

[40] *El Mercurio*, 25 de enero de 1973, cit. en Corvalán Marquéz, *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre*, p. 270.

[41] MAPU, "Programa Político aprobado en el Segundo Congreso Nacional", diciembre de 1972, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 5, p. 3.750.

del siglo XX. Mostraba una marcha imparable de gran parte de la izquierda hacia un modelo radical, aunque los comunistas insistían en que esa no era la etapa para señalar este tipo de discurso.

El secretario general del Partido Comunista, Luis Corvalán, había dicho después del Paro de Octubre que la "vía chilena" no abolía la experiencia histórica. En un texto que ya hemos reproducido en el Capítulo VIII, Corvalán señalaba:

> Claro, usted me habla de frentón de la dictadura del proletariado, cosa que no es fácil de explicar. Hay mucha gente que cree que dictadura es sinónimo de arbitrariedad, tiranía, de abuso. No estamos por una forma de dictadura del proletariado que implique tiranía, abusos o arbitrariedades. Pero el hecho es que todo Gobierno, todo esto erigido en una sociedad de clase que opera en las condiciones de la existencia de las diversas clases antagónicas, constituye alguna forma de dictadura. Puede ser dictadura legal, puede ser dictadura ilegal, puede no ser arbitraria, puede ser arbitraria, pero no hay Estado alguno, no hay Gobierno alguno, repito, en una sociedad de clase, dentro de la cual hay clases antagónicas, en que no haya una clase social dirigente. Esto no solo vale para el tránsito del capitalismo al socialismo. También bajo el capitalismo, en el período del tránsito del feudalismo al capitalismo, la burguesía desempeñó este papel. Y hablando con todo rigor científico, como decía Lenin, la dictadura del proletariado es mil veces más democrática que la dictadura de la burguesía, puesto que es una forma de Gobierno de la mayoría.[42]

Las palabras de Corvalán en esta entrevista —terminadas de proferir después del Paro de Octubre— no son menos ortodoxas que el documento del MAPU. Sabemos, sin embargo, de los esfuerzos comunistas por limitar los cambios económicos al estricto programa de la Unidad Popular, los que, se suponía, si eran bien administrados, atraerían a una mayoría de la población por los frutos que darían. Ello permitiría efectuar los cambios constitucionales que cambiarían las reglas del poder político hacia uno que fuera realmente democrático. ¿Cuál era la realidad de esa democracia? El concepto de dictadura del proletariado, poco empleado en esos años por los comunistas, ayuda a comprender una dirección estratégica, aunque no se desee alcanzar la meta en el período de Salvador Allende. El párrafo es un resumen muy perfecto de un marxismo corriente y al mismo tiempo de una estructura del pensamiento que ordena a la acción, a pesar de que el resultado de esta puede esperar mucho tiempo. Esta era la manzana de la discordia en el combate político de esta "guerra civil" y estuvo en el frontis de la campaña electoral.

---

[42] Eduardo Labarca, *Corvalán 27 horas. El PC chileno por fuera y por dentro* (Santiago: Quimantú, 1972), pp. 101-102.

Fue la campaña parlamentaria más intensa de la "democracia clásica". Aunque, como hemos dicho, la gran mayoría de los chilenos no dejó de practicar el veraneo acostumbrado según la disponibilidad de medios y tiempo, simultáneamente se daba esta guerrilla política muy odiosa y que podemos entrever a través de los textos analizados. Estuvo jalonada de varias muertes y la prensa destacaba la que le convenía.[43] Las bataholas con elementos contundentes eran pan de cada día en las ciudades de Chile, en un nivel no visto desde 1938. Hubo atentados a las sedes de los partidos de izquierda, llevados a cabo por grupos improvisados del comando Rolando Matus y Patria y Libertad. La izquierda atacaba con violencia directa los intentos parcialmente exitosos de candidatos de la oposición, en especial de la Democracia Cristiana, por llegar a barrios definidos como populares.[44] Ya en enero había tres muertos, uno nacional, uno de Patria y Libertad y un comunista, y decenas de heridos.[45] Hubo casi una decena de muertos, algo antes insólito, y el general Prats tuvo que reunirse con los líderes políticos de la Unidad Popular y de la CODE para frenar en algo la espiral de enfrentamiento.[46]

En sus consignas masivas, los comunistas ponían énfasis en que ellos representaban a los trabajadores y la esperanza de la paz, mientras que la oposición quería una confrontación fatal entre los chilenos:

*Ud. Que está por los cambios*
*¡No quiere la guerra civil para Chile!*
*Ud. votará contra el odio y la violencia*
*Ud. votará por los cambios y la seguridad*
*Ud. votará por Volodia Teitelboim*

*Ud. Sabe:*
*Que cuando deja a su hijo en el jardín infantil se va tranquila y confiada a su trabajo.*
*En su seguridad y en la de su hijo están presentes los comunistas.*

---

[43] *El Siglo*, 9 de febrero de 1973, denunciaba el asesinato de un obrero en Traiguén a manos de un miembro de la Juventud del Partido Nacional. *El Mercurio* del 9 de febrero de 1973 y los días siguientes destacaba la muerte de un niño de 14 años, producto de un balazo en el asalto a la sede del Partido Nacional.

[44] No existe un estudio acerca de la vida cotidiana de las campañas. En unas memorias recientes, un actor recuerda su participación en estas parlamentarias, incluso un atentado directo contra él, estrellándose un auto contra el suyo en una esquina. José Musalem, *Mi vida entre líneas: memorias* (Santiago: Cadaqués, 2012), pp. 173-187.

[45] *La Segunda*, 2 de febrero de 1973.

[46] *El Mercurio*, 20 de febrero de 1973.

*Ud. Sabe:*
*Señora dueña de casa, que los comunistas fueron y son los primeros en organizar las JAP para combatir, junto a ud., el mercado negro, la especulación y el acaparamiento.*

El ideal proletario que correspondía a la esencia del Partido Comunista se puede ver en la siguiente leyenda:

*Ud. Sabe:*
*Que los parlamentarios comunistas viven modestamente, con sencillez. Ellos no reciben la dieta o sueldo del Congreso Nacional. Lo recibe el Partido Comunista, quien fija a cada uno de sus diputados o senadores un sueldo equivalente al de un obrero calificado. Los parlamentarios comunistas son como ud., como todos los trabajadores.*

José Miguel Insulza Salinas, del MAPU, acudía a otro argumento, el de los sectores populares que podrían apoyar a la Democracia Cristiana:

*Sr. Frei por qué no le pregunta a su camarada pobladora qué piensa de la canasta popular.*

Los socialistas ponían más énfasis todavía en el tema de la lucha de clases, aunque también asumían la idea de que la que quería la guerra civil era la burguesía:

*Elige:*
*Entre nacionalizar riquezas o Entregar la Patria al extranjero.*
*Entre construir y producir o Paralizar al País.*
*Entre vivir en paz o Fomentar La Guerra Civil.*
*Entre el consumo popular o La abundancia solo para los ricos.*
*Entre el trabajo para todos o La cesantía y el hambre.*
*Entre la atención médica gratuita o Las clínicas privadas.*
*Entre la democratización de la educación o Los colegios para privilegiados.*
*En dos palabras, entre la dignidad o El sometimiento.*
*Entre el progreso o El retroceso.*
*Vota, entonces, por los Socialistas.*

El Enano Maldito también hacía su parte en la campaña, fustigando a algunos líderes radicales devenidos en opositores:

*Teorema del enano:*
*Enano Maldito dice:*
*Bossay + Gabriel González + Julio Durán + Alberto Baltra = Traición.*[47]

[47] *Puro Chile*, 13 de febrero de 1973.

La oposición, según hemos visto, presentaba la elección como una especie de "última oportunidad" para detener el proceso de toma de poder total por parte de la Unidad Popular. Sus gritos de batalla revelan algo de la atmósfera del momento:

> *Labbé es confianza. Cuando se ha depositado en un hombre la responsabilidad de formar a los futuros oficiales del Ejército, es porque tiene grandes condiciones de criterio, honestidad y seriedad. Labbé es Orden y Justicia. Labbé es Acción.*
>
> *Una sola línea. Jarpa.*
>
> *Rafael Otero Echeverría ¡Dele Fuero!*
>
> *Labbé es Austeridad. Un hombre formado en el ejército tiene como principio la sobriedad de sus actos. Un Coronel es austero, responsable y serio. Labbé es Orden y Justicia.*
>
> *Atajemos a los incapaces que están demoliendo a Chile. Pareto.*
>
> *Dos años le han dado la razón. Musalem dijo: "En el año 1972 la inflación será de orden del 160%". Así se cumple su pronóstico: La inflación del índice del Gobierno fue un 163,4%. La más alta de la historia de Chile. La más alta en el mundo. Porque Musalem denuncia oportunamente lo que otros callan o no saben, ud. necesita a Musalem.*
>
> *Ten fe en un militar patriota…! Estás sin trabajo, la Unidad Popular te quita el pan de tus hijos poniendo en tu lugar a extremistas extranjeros. Te sientes abandonado, sin nadie que te ayude. Todo cambiará. Ten Fe en Labbé. Orden y Justicia.*
>
> *"El plebiscito de Marzo es la elección política más trascendental de este siglo". Falta solo un mes! Estar con Frei significa trabajar por él, votar por él y darle una gran mayoría para que Chile comience la Reconstrucción Nacional. Desde mañana, súmese a la respuesta de Chile. Frei.*
>
> *Jarpa. "No basta elegir un nuevo Congreso. Chile necesita un nuevo Gobierno".*
>
> *Les prometieron medio litro de leche… Y les dan pan con afrecho! Porque los niños merecen lo mejor, esto no puede continuar! Gustavo Alessandri.*
>
> *Silvia Pinto le dice a la mujer… "¿En qué país vivimos? ¿En Cuba, Rusia o en Chile? ¿Por qué tenemos que soportar colas, racionamiento, mercado negro, y desnutrición para nuestros hijos? Rechacemos en Marzo a este gobierno incapaz, sectario, corrompido.*

*Las mujeres exigimos un futuro digno y seguro para nuestros hijos. Exigimos que este sea un país que nos garantice tranquilidad, estabilidad y dignidad. Silvia Pinto. Símbolo de la chilena valiente.*

*"El pueblo entiende a los nacionales…*
*…porque el pueblo chileno también tiene ideas claras, lenguaje sobrio y actitudes varoniles.*
*Por eso el pueblo que piensa está con los Candidatos Nacionales".*[48]

Las consignas y el mensaje en la propaganda de Alberto Labbé Troncoso eran muy claros en un punto. Estaban en la línea de halagar a los militares como modelo de liderazgo, tendencia que, según hemos visto, venia de los dos bandos. Para este caso hay un cierto mensaje, no demasiado subliminal, de que deben ser mirados también como clase política, lo que vimos también estaba en las palabras de Luis Corvalán. Los mensajes que acompañaban la candidatura de Eduardo Frei hablaban de un cambio drástico y es a lo que se refería Salvador Allende en las palabras antes comentadas. Mucho más directo en esto era Sergio Onofre Jarpa, quien en una concentración en Curacaví a días de las elecciones señalaba: "No podemos esperar que el señor Allende llegue hasta 1976, porque entonces no van a quedar ni las ruinas de Chile. Los incapaces que dirigen el país ya se las habrán robado o vendido en el mercado negro".[49] El mensaje de Jarpa y de Labbé, además, apuntaba a la idea de virilidad como virtud, posiblemente dirigiéndose a un público femenino que buscaba la protección y la seguridad que provendrían de la restitución del orden.

La campaña fue intensa en propaganda, aunque no muy creativa. Sus grandes rasgos ideológicos los hemos ya delineado. En la oposición se trataba de defensa de la democracia: con un tono de ultimátum en el Partido Nacional y como defensa de una alternativa de una sociedad comunitaria, a veces llamada socialismo, por la Democracia Cristiana. De parte de la Unidad Popular era la lucha contra la sedición y contra los intereses pequeños de una oligarquía. Hemos también visto la acción extraelectoral de la extrema izquierda y de la extrema derecha, aunque con más fuerza la primera, más que nada porque ponía un grado mayor de incoherencia en la coalición, que lo que hacía Patria y Libertad en la oposición. El humor estaba en retirada, peligrosa señal. De todas maneras, la Democracia Cristiana emitió un jingle acerca del "Desupelote", en alusión a la sigla del nombre de la coalición de

[48] Todo el material de campaña aquí citado ha sido recogido de la prensa, principalmente *Puro Chile* y *La Segunda*, de los meses de enero y febrero de 1973.

[49] *La Segunda*, 27 de febrero de 1973.

gobierno. Uno de sus candidatos hizo ponerle música a la propaganda de "cambio de patrón no es revolución", aludiendo a lo que veían como estatización sin control de los empleados y trabajadores.[50] Fue un tiempo, también, de incremento del lenguaje procaz. Se ha pensado que esto viene de una etapa muy posterior, pero hubo un cambio cualitativo entre 1972 y 1973, marcado por el hecho de que el lenguaje político se convirtió en lenguaje de barricada.

## Mejor y mucho peor de lo esperado: ¿cambió algo?

El domingo 4 de marzo se repitió el rito cívico que era parte del Chile excepcional que se había supuesto en las últimas décadas. El acto electoral en cuanto a asistencia a las mesas y votación fue de total normalidad. La cadena de actos violentos que habían caracterizado de manera especial la campaña anterior y que llevó al general Prats a prohibir determinado tipo de manifestaciones, cesó por completo ese día. Los resultados empezaron a llegar mucho más lentamente que otras veces. De hecho, solo al día siguiente en la mañana había un cuadro más o menos completo de la votación de los chilenos.

Para muchos fue una sorpresa casi tan grande como la del 4 de septiembre de 1970. La Unidad Popular había obtenido bastantes más votos que los que le suponían sus adversarios, en especial la derecha, que se había jugado por alcanzar una mayoría tal, se supone que de los dos tercios, para obtener una cantidad equivalente en el Parlamento y poder amenazar con una destitución constitucional a Allende. Aunque la Democracia Cristiana había sido más cauta, también se había hecho expectativas mayores. Al parecer, el mismo Gobierno y algunos líderes de la Unidad Popular habían temido tener una votación más baja, e incluso inferior al 40%. En todo caso, lo que predominó fue la sensación de que la Unidad Popular había ganado las elecciones. Más importante, esto se debió a que por un proceso de autoconvencimiento, que no era nuevo en la derecha, al haber asegurado un resultado tan alto, todo lo que fuera por debajo de ello tenía que percibirse como derrota.

Las cifras decían algo muy diferente. Como sabemos, los números no lo son todo. Mirado en términos plebiscitarios, como una justa entre dos fuerzas hostiles en juego de suma cero, el triunfo de la oposición, la CODE, había sido rotundo. Las expectativas hicieron sin embargo que se experimentara como una especie de derrota. Ello, a pesar de que el resultado era muy claro. La CODE había obtenido 2.013.592 votos, lo que era el 54,6%. La Unidad Popular alcanzó 1.605.170, que era

[50] *La Tercera*, 14 de enero de 1973.

**Elección de diputados, 4 de marzo de 1973**

| Partido | Votación | % | Diputados |
|---|---|---|---|
| Democracia Cristiana | 1.056.000 | 28,64 | 50 |
| Partido Nacional | 772.900 | 20,96 | 34 |
| Democracia Radical | 83.400 | 2,26 | 2 |
| PIR | 65.300 | 1,77 | 1 |
| PADENA | 14.500 | 0,39 | 0 |
| Votos de lista | 21.500 | 0,58 | |
| CODE | 2.013.600 | 54,61 | 87 |
| Partido Socialista | 687.600 | 18,65 | 27 |
| Partido Comunista | 587.800 | 15,94 | 26 |
| Partido Radical | 134.200 | 3,64 | 5 |
| MAPU | 90.700 | 2,46 | 2 |
| Izquierda Cristiana | 43.500 | 1,18 | 1 |
| API | 29.000 | 0,79 | 2 |
| Votos de lista | 32.400 | 0,88 | |
| Unidad Popular | 1.605.200 | 43,54 | 63 |
| Unión Socialista Popular | 10.300 | 0,28 | 0 |
| Nulos y blancos | 58.000 | 1,57 | |
| Total | 3.687.100 | 100,00 | 150 |
| Abstención | 823.000 | | |
| **Total inscritos** | **4.510.100** | | |

Nota: En las elecciones parlamentarias de 1973 formalmente compitieron tres partidos: la Confederación de la Democracia, que agrupaba a los partidos de oposición; el Partido de la Unidad Popular, que agrupaba a los partidos de gobierno; y la Unión Socialista Popular. Los resultados oficiales solo indican la votación de estas listas. Las cifras de la votación individual de cada partido, aproximadas a la centena, han sido tomadas del libro de Ricardo Cruz-Coke, *Historia electoral de Chile, 1925-1973* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1984), p. 89.

el 43,5%.[51] Como sea, la victoria era clara. El resultado demostraba que había dos Chile, al igual que en 1938, otra situación altamente polarizada. La Unidad Popular no había sido tocada de manera grave por una caída de la votación.

Las marchas de festejo fueron mucho más nutridas en la Unidad Popular que en la oposición. La prensa internacional repitió de manera casi unánime que Allende había pasado exitosamente una gran prueba. Pocos daban cuenta de que la mayoría

51 República de Chile, Servicio Electoral, Centro de Documentación, *Elección de Senadores, 1965-1973,* Tomo II, Biblioteca Servicio Electoral, p. 407.

no había votado por el gobierno de Allende y que no se trataba a estas alturas de grupos dispersos sin mayor finalidad, sino que de una férrea voluntad opositora. Sobre esto predominó la impresión de que la oposición había fracasado en su objetivo. Para las semanas que siguieron y para las interpretaciones posteriores, es lo que más se ha comentado. Esto es, que la Unidad Popular había dado un salto gigantesco desde el 36% de 1970 al 44% de 1973. El pueblo estaba contento, era el corolario que fue repetido incansablemente.

Esto pasa por alto una comparación de rigor, que son las elecciones de abril de 1971. Es cierto que las elecciones municipales siempre tuvieron un contenido menos político que las parlamentarias. Mientras más pequeña era la ciudad o pueblo, más se tendía a votar por el amigo o por el personaje admirado, antes que por la tienda política. En Chile, sin embargo, había existido la tendencia de que estas elecciones reflejaban una mayor lealtad política que en otros sistemas comparables. De hecho, las elecciones municipales reflejaban tendencias políticas de mediano plazo. Es por ello que la comparación se debe hacer con 1971 y solo en segunda instancia con 1970. En tercer lugar, hay que compararla con la de 1969, aunque su validez es menor. Las cinco elecciones complementarias —de abril de 1971 para reemplazar a Allende en el Senado, julio de 1971, las dos de enero de 1972 y julio de 1972— eran parte de la tendencia; si se las proyectaba mostraban la inclinación a la baja, si bien no era algo dramático.[52]

Ello no quita que, primero, el factor subjetivo es soberano en estos asuntos. La Unidad Popular se sintió victoriosa y fue mirada como tal, aunque el vuelo no duró mucho. Segundo, el casi 44% revelaba un bloque de votantes compacto, por más que las estructuras partidarias puedan haber estado violentamente encontradas por la táctica a seguir. Es cierto que, a pesar de todas las dificultades habidas en el país, este sector solo había tenido un desgaste moderado, más que tolerable. En

[52] En la elección complementaria para reemplazar a Salvador Allende en el Senado, sostenida el 4 de abril de 1971, mismo día de las elecciones municipales, el socialista Adonis Sepúlveda obtuvo sobre el 52% de los votos, contra el 33% del democratacristiano Andrés Zaldívar y el 13% del candidato de la Democracia Radical, Jorge Ovalle. En julio de 1971, el candidato de la Democracia Cristiana y la derecha, Oscar Marín, derrotó estrechamente al candidato de la Unidad Popular, el socialista Hernán del Canto, en una elección complementaria para diputado por Valparaíso. En enero de 1972, el democratacristiano Rafael Moreno fue electo senador por la circunscripción de O'Higgins y Colchagua, derrotando al socialista Héctor Olivares con un 53% de los votos contra un 46% del candidato de la Unidad Popular. El mismo día, en la provincia de Linares el nacional Sergio Diez derrotó claramente (58% contra 41%) a la candidata de la Izquierda Cristiana María Eliana Mery en una elección complementaria para diputado. La excepción a la tendencia fue el triunfo de la candidata comunista Amanda Altamirano en la elección complementaria para diputado sostenida en la provincia de Coquimbo en julio de 1972. Altamirano obtuvo algo más del 53% de los votos contra el casi 45% del candidato opositor, el miembro del PIR Orlando Poblete.

este sentido, Allende y su gente podían sentirse más que satisfechos. Esto podría conducir a la oposición a una actitud desesperada en donde pudiera encontrar la derrota política o encaminarse a apoyar simplemente una subversión, pero esta en las apariencias se apoyaría en una minoría, lo que sería demasiado evidente para todos. Allende se sentía, y seguiría sintiéndose por muchos meses, seguro de que podría confrontar con éxito una franca insurrección. El mito moderno de la clase obrera operaba mucho en su mentalidad. Algunas veces ha resultado.

El Partido Socialista aumentó el número de sus diputados, pero tuvo una baja considerable en su votación, al alcanzar el 18,6% de los votos. De todas maneras, estaba en el tercer lugar dentro de la votación de los partidos. El Partido Comunista obtuvo el 16%, mostrando una votación extraordinariamente pareja. El incremento de sus militantes y la disciplina, la buena organización y la capacidad importante de movilización no atrajeron una votación mayor que la obtenida en 1971. Era el cuarto partido del país. Como partidos populares y enemigos del sistema, su votación solo era impresionante comparada con la de otros sistemas políticos, pero no tanto en la situación de convulsión que se comenzaba a experimentar en Chile.

Los candidatos de la Izquierda Cristiana y del MAPU, algunos de los cuales recibieron apoyo del MIR, en su conjunto alcanzaron poco más del 3% de los votos. El número era insignificante, aunque no se olvide jamás que se trataba de ejércitos con generales y muchos oficiales, bastante aguerridos y dedicados, lo que le añadió un peso específico a la coalición marxista. Porque en realidad este 3% debe sumarse a una votación por un proyecto genuinamente marxista, modelado según los grandes paradigmas internacionales que existían en esos momentos. Sumado a los dos partidos clásicos de la izquierda marxista, era un bloque bastante poderoso, que remolcaba en una dirección estratégica aunque batallaban entre sí acerca del camino adecuado. Hay que añadir la supervivencia de pequeñas fracciones, más clásicas de la izquierda marxista que de otros grupos. En efecto, seguía existiendo la USOPO, con el 0,3% de los votos. Aunque no estaba incluida en la lista de la coalición de gobierno, el realismo ordena sumar su votación al total de la persuasión representada por la Unidad Popular.

Se podría considerar que la votación del Partido Radical correspondía a un electorado no marxista, pero identificado en general con el proyecto de la Unidad Popular. Esto es difícil de plantear, según lo hemos dicho, ya que en el lenguaje y en lo que concretamente se apoyaban, se había llegado a una total identificación con las formas marxistas. Solo esporádicamente, en el ajetreo cotidiano, los parlamentarios y funcionarios del partido defendían un camino un poco más moderado o a determinados intereses afiliados con el partido. Su votación fue catastrófica si pensamos

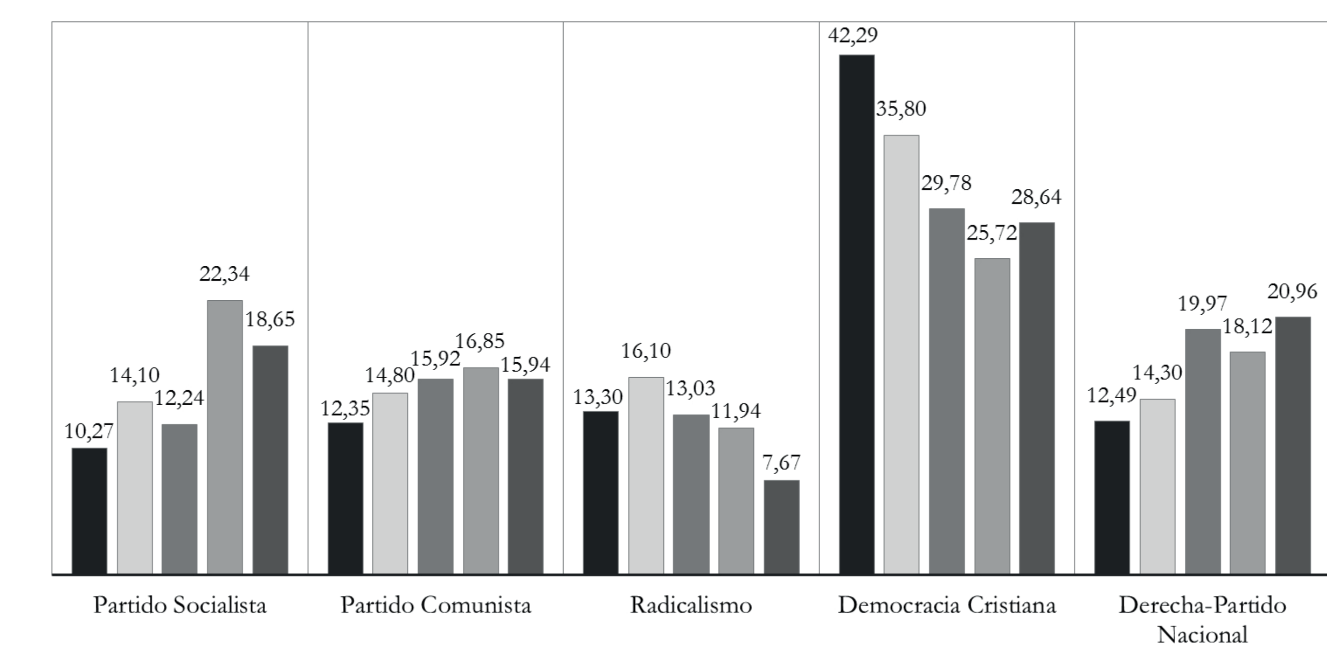
en la historia del radicalismo. Era el 3,6% de los votos, menos que la suma de la votación de las dos tiendas radicales que estaban en la CODE. De todas maneras, como símbolo eran importantes para Allende y tuvieron un amplio uso internacional, al exponerlos como cara socialdemócrata ante el mundo europeo. Quizás un grupo personalista como la Acción Popular Independiente de Tarud, con el 0,8% de los votos, podría ser considerado el único partido genuinamente no marxista de la Unidad Popular en estos momentos.

Mirados desde otra perspectiva, los resultados pueden comprenderse de una manera distinta, o al menos con matices importantes. Si los vemos por partido, la Democracia Cristiana seguía siendo el primero de todos, con bastante ventaja, convirtiéndose en la primera tienda en la historia del país en sobrepasar el sicológico millón de votos. En 1973, la Democracia Cristiana obtuvo el 28,6%. Esto es, un punto menos que en 1969, un punto más que en 1970 y tres puntos más que en 1971. Lo que más llama la atención es la estabilidad de esta votación entre 1969 y 1973, que, no nos cabe duda, representaba más que nada una confianza en el liderazgo de Eduardo Frei y no en la línea que podría considerarse más de izquierda del partido ni menos en la presencia doctrinaria de Radomiro Tomic, que había declinado mucho en los años anteriores.

Los más desilusionados con la elección fueron los miembros del Partido Nacional. Habían movilizado a sus bases en un acto inédito en la historia de la derecha. Seguramente esto fue lo que les hizo creer que habían incrementado en gran cantidad su votación potencial. Obtuvieron el 21% de los votos, subiendo un 3% con respecto a 1971, pero apenas un 1% en relación a 1969. Sería también realista agregar a este porcentaje el 2,3% de la Democracia Radical, un pequeño electorado que a estas alturas se distinguía poco y nada de la derecha. La Izquierda Radical, el PIR, obtuvo el 1,8% de los votos. Sumados a los anteriores, los votantes radicales que votaron por la CODE constituyeron el 4,1%, más que el Partido Radical que le daba el rostro pluralista a la Unidad Popular.

La composición del Parlamento cambió a favor de la Unidad Popular y esto impactaba mucho, sobre todo en las noticias internacionales. En los números, se trataba de un pequeño cambio y no modificó en absoluto la ventaja más o menos cómoda de la oposición, si es que mantenía su unidad. En el Senado la Unidad Popular subió de 18 a 20 senadores. La oposición quedaba con 30, que es el 60% de la representación, una cifra muy potable. En la Cámara la distribución de los escaños quedó un poco más estrecha: la oposición bajó de 93 a 87, mientras que la Unidad Popular subió de 58 a 63. La mayoría absoluta eran 76, por lo que la oposición podía aquí estar tranquila. Con todo, el resultado había sido bastante lejano a lo que incluso los más sensatos dentro de los opositores habían previsto. Por ello la impresión de una derrota relativa es lo que predominó en los primeros días.

**Votación de los principales partidos políticos chilenos, 1965-1973**




Nota: Para las elecciones parlamentarias de 1965 se ha considerado la votación de los partidos Conservador y Liberal como representantes de la derecha. A partir de las municipales de 1967, este sector es representado por el Partido Nacional. El radicalismo es representado exclusivamente por el Partido Radical hasta las elecciones parlamentarias de 1969. En las municipales de 1971, el radicalismo es representado por el Partido Radical, afiliado a la Unidad Popular, y la Democracia Radical, de oposición. En las parlamentarias de 1973, a estos dos partidos se agrega el Partido de Izquierda Radical, integrante de la coalición de partidos de oposición.

Fuente: Elaborado con datos tomados de Charles Parrish, Arpad von Lazar y Jorge Tapia Videla, *The Chilean Congressional Election of March 7, 1965: An Analysis* (Washington D.C.: Institute for the Comparative Study of Political Systems, 1967), p. 34; Ricardo Cruz-Coke, *Historia electoral de Chile, 1925-1973* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1984), pp. 86 y 89; Germán Urzúa, *Historia política electoral de Chile: 1931-1973* (Santiago: Colección Documentos de Chile, Universidad de Chile, 1986), pp. 134-135; Federico Gil, *El sistema político de Chile* (Santiago: Andrés Bello, 1969; original en inglés, 1966), p. 333; República de Chile, Servicio Electoral, Centro de Documentación, *Elecciones municipales, 1960-1971,* Tomo III-A, Biblioteca Servicio Electoral, 181, pp. 367-ss.

## Senadores por Santiago, votación de género y provincias

Las elecciones por la circunscripción de Santiago nos deben reforzar esta idea. Sin duda, por número era la más importante de Chile, aunque su representatividad no fuera reproducción matemática de la realidad electoral del país. Votó casi un millón y medio de electores, poco más del 40% del total nacional. Sobre todo, la política chilena puso sus acorazados en el frontis de la batalla. A cuatro de ellos les fue muy bien. Eduardo Frei Montalva tuvo lejos la primera mayoría, con 399 mil votos, con lo cual estaba pavimentado su camino de regreso a La Moneda si las cosas seguían su curso normal, la más extraña de las utopías en marzo del 73, aunque no pocos creían que así sería. Con su compañero de tienda, José Musalem Saffie, llegaron a 509 mil, un logro más que satisfactorio. Se perdía Alberto Baltra, el antiguo precandidato de la Unidad Popular y, por cosas de la vida, ahora aliado de la Democracia Cristiana, quien tuvo votos testimoniales del PIR; lo mismo Julio Durán en el sur, en representación de la Democracia Radical.

La izquierda marxista —que en el esquema de los "dos tercios" corría el riesgo de lograr un solo senador— eligió a sus dos espadas de mayor peso en este acto. Volodia Teitelboim por los comunistas, con 243 mil votos y Carlos Altamirano, el líder de los socialistas —quien en 1965 fue elegido con pocos votos, por una casualidad— alcanzó ahora sólidos 234 mil votos. Simbolizaba que la competencia dentro de la izquierda potenciaba a ambos, pero también que ninguna de las dos líneas tácticas rivales podía reclamar una hegemonía en las disputas internas de la coalición. Un candidato del Partido Radical aliado a la Unidad Popular, Aníbal Palma, alcanzó 76 mil votos. Fue el único candidato de esta tienda en alcanzar un número respetable, aunque no llegó al Senado.

En la derecha no hubo mucho cambio en cuanto al panorama del país. Sergio Onofre Jarpa, con 195 mil votos, quedó por debajo de Teitelboim y Altamirano. En la lista iba, sin embargo, el coronel en retiro Alberto Labbé, quien había sido alejado del Ejército un año antes por haber criticado abiertamente a la Unidad Popular —es decir, por haber "deliberado"—, y ahora iba en un cupo del Partido Nacional.[53] Sus nada de despreciables 87 mil votos hay que sumarlos entonces a los de Jarpa. La votación de ambos candidatos sumó 282 mil, más que cada uno de los de la izquierda marxista, aunque por cierto muy lejos de hacerle el peso en su conjunto. Si los que votaban por Jarpa apoyaban su estilo de confrontación, los que lo hicieron por Labbé tenían claro que imploraban una intervención de los militares.

[53] Los acontecimientos que llevaron al retiro de Labbé están detallados en Prats, *Memorias*, pp. 233-235, 242.

**Elección de Senadores, 4a Agrupación Provincial, Provincia de Santiago, 4 de marzo de 1973**

| Candidato | Votación masculina | % | Votación femenina | % | Total | % |
|---|---|---|---|---|---|---|
| Eduardo Frei Montalva | 157.797 | 23,13 | 240.441 | 32,01 | 398.238 | 27,79 |
| José Musalem Saffie | 55.339 | 8,11 | 53.975 | 7,19 | 109.314 | 7,63 |
| Sergio Onofre Jarpa Reyes | 82.978 | 12,17 | 112.494 | 14,98 | 195.472 | 13,64 |
| Alberto Labbé Troncoso | 40.942 | 6,00 | 46.223 | 6,15 | 87.165 | 6,08 |
| Alberto Baltra Cortés | 15.875 | 2,33 | 10.915 | 1,45 | 26.790 | 1,87 |
| Votos de lista | 4.883 | 0,72 | 4.778 | 0,64 | 9.661 | 0,67 |
| Total CODE | 357.814 | 52,46 | 468.826 | 62,42 | 826.640 | 57,68 |
| Volodia Teitelboim Volosky | 127.847 | 18,74 | 116.044 | 15,45 | 243.891 | 17,02 |
| Carlos Altamirano Orrego | 134.848 | 19,77 | 99.384 | 13,23 | 234.232 | 16,34 |
| Aníbal Palma Fourcade | 35.877 | 5,26 | 40.160 | 5,35 | 76.037 | 5,31 |
| Carmen Gloria Aguayo Iribarra | 9.652 | 1,42 | 11.668 | 1,55 | 21.320 | 1,49 |
| Votos de lista | 6.082 | 0,89 | 4.999 | 0,67 | 11.081 | 0,77 |
| Total Unidad Popular | 314.306 | 46,08 | 272.255 | 36,25 | 586.561 | 40,93 |
| Nulos y blancos | 9.983 | 1,46 | 10.038 | 1,34 | 20.021 | 1,40 |
| **Total** | **682.103** | **100,00** | **751.119** | **100,00** | **1.433.222** | **100,00** |

Fuente: República de Chile, Servicio Electoral, Centro de Documentación, *Elecciones de Senadores, 1965-1973*, Tomo II, Biblioteca Servicio Electoral, 195-II, p. 18.

Llama la atención en el caso de la derecha, al igual que con comunistas y democratacristianos, la estabilidad de la votación. Más todavía, como ha hecho notar un estudioso, la votación de la Unidad Popular fue muy similar a la suma de socialistas, comunistas y radicales en 1969.[54] Es cierto que no se trataba del mismo electorado, ya que ahora podían votar los jóvenes de 18 años y los analfabetos producto de la reforma constitucional de 1970. Además, es presumible que haya cambiado su composición social, aunque no sabemos, ni nadie puede decir hasta el momento, en qué dirección iban estos cambios. Lo más probable es que se haya tratado de una transformación anímica del electorado. Un puro determinismo o correlación social nos debería hacer concluir que los estratos medios y altos votaron por la CODE y la base de la pirámide social por la Unidad Popular. Esta explicación solo sería válida en un país desarrollado, en donde la clase media o el estilo de clase media modelara la vida de la mayoría de

[54] Paul Sigmund, *The Overthrow of Allende and the Politics of Chile, 1964-1976* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1977), p. 199.

la población. Era evidente que este no era el caso de Chile. Se trataba de los mismos chilenos y, a la vez, eran otros chilenos.

Hay dos elementos más que deben llamar la atención en el resultado electoral. Si solo hubieran votado los hombres, la CODE hubiera ganado por apenas 34.000 votos, repitiéndose algo a la inversa el resultado de 1938. La oposición obtuvo el 49,9% de los votos en hombres frente al 48,1% de la Unidad Popular. En cambio, en mujeres la situación no se puede calificar de inversa, sino que de dramáticamente diferente. El 59,6% de ellas votó por la CODE, frente al 38,8% que sufragó por la Unidad Popular. Salvo la elección de 1964, no ha habido otra elección en Chile donde haya existido una diferencia tan marcada entre hombres y mujeres. La tesis de que las mujeres ayudaron al colapso del gobierno de Salvador Allende se acerca bastante a la verdad, aunque no sea la totalidad de esta, ni mucho menos.

El segundo elemento que merecería un análisis profundo aquí solo lo podemos insinuar. La Unidad Popular solo ganó en seis provincias. En las otras 19 ganó la CODE. En la provincia de Cautín, donde se libró una de las grandes batallas de la Reforma Agraria, la CODE duplicó la votación de la Unidad Popular. En las provincias del centro-sur y de la zona de Los Lagos, el triunfo de la oposición fue claro, con la excepción de Concepción y Arauco.[55] La batalla del agro, siguiendo lo que creemos haber constatado para el país en general, no significó un cambio notorio en la filiación electoral del votante común y corriente. El tono del país había cambiado. De eso no cabe ninguna duda.



[55] Germán Urzúa Valenzuela, *Historia política de Chile y su evolución electoral desde 1810 a 1992* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1992), p. 671.

## Capítulo XXIII

# La fractura no cicatriza: ENU, Tres Áreas, Mensaje, huelga del cobre

### Los frentes sacan conclusiones

Cada cual sacó sus propias conclusiones después del 4 de marzo. La tan esperada definición no definió en realidad absolutamente nada. Podría, o casi, no haber habido elecciones y la historia hubiera sido un *continuum* hasta el 11 de septiembre. Lo único nuevo en el panorama fue la confianza que el resultado infundió en Allende y en la Unidad Popular: habían ganado y la mayoría estaba con ellos, o lo estaría muy pronto. Además, desde el extranjero le llegaba un constante aliento de apoyo por lo que se veía como el triunfo del Gobierno. Que esto no significara ninguna ayuda material concreta que hubiera servido dadas las circunstancias no era tan importante como el sentirse triunfadores. El proceso parecía, en palabras que provenían de lo profundo de una interpretación de la historia de la izquierda marxista, irreversible. No había convencimiento más profundo que este. Era en lo que se sostenía todo el edificio doctrinal de la ideología. El mundo marchaba hacia el socialismo, tal como lo definían ellos.

La posición concreta de los partidos de la Unidad Popular era una preparación para una batalla, en general política, pero que algunos la empezaron a diseñar como militar. No había espacio para una verdadera negociación con la oposición, ni lo hubo salvo en un momento precario a fines de julio de 1973. Las partes avanzaban tomando posición, lo que no hacía más que dividir cada día más a Chile en dos bandos irreconciliables entre sí.

Ya en la noche del 4 de marzo Salvador Allende había destacado que ningún gobierno anterior había tenido más del 40% de los votos a dos años y medio de haber asumido. La comparación no es muy relevante, ya que no había habido otra situación de polarización como la que se vivía, pero mostraba claramente el tono triunfalista con que la Unidad Popular encaraba la batalla política inmediatamente

después de las elecciones. Como hemos dicho, a este voto se le dio una interpretación de clase que creemos que al menos no era del todo exacta, como se ha explicado, pero que sí entró en la conciencia de la izquierda.

> Ningún gobierno anterior tuvo este apoyo. Y esto es conveniente que se entienda y se sepa, porque también además de lo que significa desde el punto de vista cuantitativo, desde el punto de vista cualitativo, los votos de los trabajadores —entendiendo por tal a campesinos, técnicos, profesionales y obreros— son la base esencial del progreso del país. Sobre todo los votos de la clase obrera.[1]

Esto era expresado a través de múltiples testimonios, muchos de ellos privados, por lo que habrá que pensar que realmente lo experimentaban de esa manera. Pensaban que tenían una mayoría sociológica con ellos, que por razones del proceso irreversible tendría que estar con el propósito de la Unidad Popular. Dentro de estas categorías de pensamiento, esto era lo que había sucedido en todos los países que se llamaban socialistas, al parecer sin darle mucha vuelta al hecho de que todos ellos eran simples dictaduras.

La Unidad Popular como organización, a nombre del partido instrumental que se había creado para las elecciones, señaló que el resultado electoral significaba un apoyo decisivo: "Es un llamado para continuar resueltamente la transformación revolucionaria de nuestra sociedad y el desarrollo del poder popular. Conscientes de los errores cometidos y deficiencias comprobadas, el pueblo los ha juzgado transitorios y superables".[2] Tanto las palabras de Allende como esta declaración de su gente le restaban todo carácter de mayoría a la votación de la CODE y esto no fue puro olvido en el momento del arrebato de una victoria no del todo esperada. Se partía de la base de que el enemigo real solo podía ser una exigua minoría, la imagen reversa que ha existido en los sectores más reaccionarios de que todo se debe a un grupo relativamente pequeño de agitadores y resentidos.

Los comunistas levantaron ya con bastante anticipación el nuevo grito de batalla, "No a la guerra civil", que los opositores por supuesto veían como lenguaje

---

[1] Salvador Allende, "Discurso por radio y televisión sobre los resultados electorales", 4 de marzo de 1973, en Víctor Farías, *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica* (Berlín: Wissenschaftlicher Verlag Berlin; Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2000), T. 6, p. 4.324. En realidad, la coalición de gobierno bajo Pedro Aguirre Cerda también obtuvo una votación por sobre el 40% y un aumento en el número de sus parlamentarios en marzo de 1941, a más de dos años de haber iniciado su período.

[2] Unidad Popular, "Declaración pública sobre los resultados de la elección", 4 de marzo de 1973, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 6, p. 4.326.

orwelliano, es decir, que significaría todo lo contrario. De su proclamación no surgía ningún aire de conciliación, solo de denuncia del campo adversario. Destacaban que se alejaba toda posibilidad de destitución constitucional del Presidente: "La meta se les derrumbó. El sueño enfebrecido se hizo trizas y los soñadores padecen de insomnio desde la tarde del domingo". Aunque hacían una vaga alusión a que tenían menos del 50 por ciento, en el fondo se mantenían en la tesis de la mayoría social, ya que afirmaban que casi todos sus proyectos tenían un apoyo muy mayoritario en la población.[3] Al igual que lo que hacía Allende, se jactaban de que contra las previsiones agoreras había elecciones regulares durante el "gobierno popular". Según decía Luis Corvalán, debido a sus resultados, las elecciones dejaron "a los reaccionarios con colitis". "Estamos ciertos que la mayoría del pueblo está por los cambios porque más allá de la UP hay trabajadores, hay gente progresista que nos debe y puede acompañar en las luchas que vienen". Indicaba un camino que podría ser considerado en gran medida institucional:

> La oposición sigue teniendo mayoría en el Parlamento, pero apoyándonos en las posiciones logradas en ambas ramas del Congreso y movilizando a las masas, podemos y debemos —por así decirlo— colocar entre la espada y la pared a los sectores reaccionarios del Parlamento y sacar adelante algunas cosas.[4]

En principio, aconsejaba, de acuerdo a esta línea, seguir con la política de copar posiciones de poder mediante la movilización, aunque sin apurar una confrontación final con las fuerzas opositoras. Si a esto se le llama gradualismo, se podría definir de esa forma la estrategia ulterior de los comunistas. Carlos Altamirano solo veía un triunfo en la votación:

> También nos enorgullecemos del enorme aumento experimentado por nuestro partido en los sectores obreros y campesinos, tanto en la capital como en provincias. El Partido Socialista declara: "el proletariado es lo más grande que tiene Chile. Más vale un voto obrero antes que cien votos de antipatriotas".[5]

De ahí los socialistas pasarían rápidamente a una fase siguiente: propugnar como centro de la acción el ponerse como meta avanzar en el poder del Gobierno y "con la fuerza de las masas a la conquista del poder". Este era un llamado a crear

[3] *El Siglo*, 6 de marzo de 1973.

[4] Luis Corvalán Lépez, "Discurso pronunciado por el Secretario General del Partido Comunista, senador Luis Corvalán, en el acto de las Juventudes Comunistas en el Teatro Caupolicán", 7 de marzo de 1973, *Principios,* 150, marzo-abril 1973.

[5] Carlos Altamirano, "Análisis de las elecciones parlamentarias", marzo de 1973, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 6, p. 4.357.

una unificación política en el país en torno a la Unidad Popular. Incluiría el "control y la dirección efectiva de la clase obrera sobre la economía nacional", eliminando en lo básico todos los sistemas privados de distribución.[6] Para el cuadragésimo aniversario de la fundación del Partido Socialista, en abril de 1973, ponía como horizonte fundamental a Vietnam y Cuba. Altamirano decía que se trataba de "un Partido Socialista con una irrenunciable posición revolucionaria y con una categórica definición marxista-leninista", que la meta era irrenunciable y que tenía que acelerarse el logro de una "democracia popular":

> *Nunca como ahora el pueblo ha participado tanto, en forma tal que cada industria se está convirtiendo en un Congreso, cada Consejo Comunal Campesino, en un Parlamento. ¡Esta es la máxima expresión de una auténtica democracia popular! NO de una democracia burguesa. NO de una democracia de clase (…)*
> *¡Hacer la revolución socialista!*
> *¡Este deber no nos otorga ningún derecho!*
> *¡Solo nos impone obligaciones!*
> *¡Obligación de ser mejores socialistas!*
> *¡Mejores marxistas-leninistas!*
> *¡Mejores chilenos!*
> *¡Mejores patriotas!*
> *¡Socialistas, a luchar!*
> *¡Socialistas, a vencer!*[7]

Salvo que hubiera una completa contradicción entre lo que decía y lo que hacía, en un lenguaje como el de Altamirano y que era a la vez el de gran parte de la izquierda, ¿qué otra cosa quedaba si no la de avanzar denodadamente hacia esa meta de la democracia popular en el horizonte universal expuesto por uno de sus adalides chilenos? Es cierto que, al igual que los comunistas, Altamirano se sumaría muy luego a la campaña por el "No a la guerra civil", que en el contexto de este aparato semántico, en vez de apaciguar los ánimos, añadía un grito de batalla que pretendía desarmar al adversario.

La exaltación ideológica contagiaba a muchos. Era también el ambiente que con un lenguaje menos estructurado, pero denotando un sentimiento no menos profundo, se vivía en la oposición. La izquierda no dejaba de seguir teniendo nuevos conversos dentro de sus propias filas hacia posiciones más extremas. Sucedió

[6] Partido Socialista, "Resolución Política del Pleno del Comité Central", 1 de abril de 1973, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 6, pp. 4.413-ss.

[7] Carlos Altamirano, "El imperialismo es el enemigo fundamental", 18 de abril de 1973, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 6, pp. 4.425-4.427.

lo que todavía en 1966 hubiera sido inconcebible, la división de la antigua izquierda de la Democracia Cristiana, una fracción que en su ahora remoto origen ni siquiera se había llamado de izquierda. En efecto, el MAPU, como toda fracción pequeña e intensamente ideológica, era susceptible de más y más divisiones, ya que las rivalidades personales eran magnificadas por la búsqueda de la verdadera interpretación de los textos fundacionales.

Días después de las elecciones, algunos dirigentes del MAPU, entre ellos Jaime Gazmuri Mujica, Fernando Flores y Enrique Correa, decidieron dar un golpe de timón y expulsar al secretario general, Oscar Guillermo Garretón, al subsecretario general Eduardo Aquevedo y a otros miembros de la Comisión Política y el Comité Central, acusándolos de "ultraizquierdistas". El MAPU, así, quedó escindido en dos fracciones. Una de ellas, que mantuvo el nombre original del partido y fue liderada por Garretón, se aproximó a los socialistas, al MIR y a la Izquierda Cristiana, ahora un grupúsculo que se balanceaba entre una y otra fuerza. En su conjunto eran lo que se llamaba en esos días el "polo revolucionario". Dado que la fracción de Garretón fue reconocida por la Dirección del Registro Electoral como la legítima representante del MAPU, la fracción de Gazmuri adoptó el nombre de MAPU Obrero-Campesino. El MAPU de Gazmuri sostenía que los otros eran una fracción "pequeño burguesa", que se daban hasta el lujo de criticar a los países socialistas por no ser suficientemente socialistas y, más todavía, criticaban a la Unidad Popular por llevar a cabo un gobierno reformista y pretendían "levantar un poder alternativo al gobierno popular". ¿Lo hacían en nombre de una raíz democrática de inspiración cristiana? Poco o nada quedaba de esta raíz:

> Porque ocurre que no por capricho de nadie, que no por voluntad de nadie, sino que por una voluntad de la clase obrera y del pueblo de Chile, surge en estos años de aguda lucha contra los enemigos, un nuevo destacamento proletario. Y no sin dificultades, y no sin incomprensiones, surge como un partido obrero, porque la dirección de este partido, con Rodrigo Ambrosio a la cabeza, supo darle una perspectiva política de clase, inspirada en la teoría del enfrentamiento del proletariado en la única teoría revolucionaria, en el marxismo-leninismo.[8]

Es muy difícil explicar las diferencias con Garretón a partir de la pura ideología. Es lo mismo que la disputa entre Stalin y Trotsky, en donde los contendientes debieron combatir con el arsenal de los textos fundacionales, pero que su empleo más que la verdad en sí misma, siempre difusa y siempre capacitada para sostener cualquier posición, tiene que ver más bien con el calibre de la munición y la

[8] Jaime Gazmuri, "La expulsión, un deber proletario", *La Nación*, 16 de marzo de 1973.

capacidad de maniobra de cada uno de ellos. Garretón sostenía que la tarea prioritaria era "desarrollar el poder popular (…) En esta etapa y ella está vinculada con las tareas económicas (…) Ella implica desde la formación del Área de Propiedad Social en la producción y distribución de modo que se garantice el control sobre los productos esenciales y su flujo por canales que lleguen a las masas, hasta el control por los trabajadores de las empresas y el aparato planificador del Estado".[9] Las diferencias en definitiva hay que verlas en lo que después se ha llamado de manera demasiado común "sensibilidades distintas", quizás en un olfato acerca de algo que siempre ha preocupado al marxismo: ¿por dónde va la Historia? Amén, por supuesto, de las rivalidades personales, aunque inextricablemente confundidas con los temas anteriores.

Garretón además resumía algo que era la tesis de la Unidad Popular en el tema de mayorías y minorías, y que es una tesis profunda del marxismo del siglo XX, es decir, de lo que comúnmente con relativa exactitud se llama marxismo-leninismo. Es la idea de que la clase emergente, representada por su vanguardia, corresponde a una mayoría fundamental, aunque todavía no se exprese en los números:

> Creo que el 4 de marzo el pueblo obtuvo una gran victoria, porque aunque les parezca raro a los matemáticos, no les debe parecer raro a los políticos: el 44 por ciento de la UP vale más que el 54 por ciento de la oposición (…) En segundo lugar, estas elecciones son una derrota para la derecha, porque nosotros podemos hacer mucho con el 44 por ciento; ella no puede hacer nada con su 54 por ciento, dentro de los marcos legales, la CODE no tiene ningún destino político (…) No hay un empate institucional sino, por el contrario, la UP tiene condiciones óptimas para avanzar.[10]

Es indudable que se creía en lo que se decía, que se representaba a una mayoría de la población. Es difícil no pensar también que un discurso como este estaba consciente de que efectuaba una maniobra de birlibirloque para animar a la hueste. El recurso no hubiera valido sin embargo si no hubiera existido la convicción de que la realidad, de que la Historia se movía en la dirección de las palabras que se pronunciaban. Ellas no dejaban lugar a una coexistencia pluralista en el marco del modelo occidental; esta coexistencia solo era posible en otra reproducción del arte del birlibirloque, que es el de la democracia popular.

Para el MIR, el poner el acento todavía más, si cabe, en el poder popular era también la orden del día. Comenzaba a enfatizar que una de las plataformas debía

---

9 "La crisis del MAPU", *Punto Final*, 27 de marzo de 1973, p. 6.

10 "La crisis del MAPU", *Punto Final*, 27 de marzo de 1973, pp. 3-4.

ser el otorgar el voto a suboficiales y soldados.[11] Y sobre todo avanzar en el pleno control de la economía hasta llegar a crear la planificación central, aunque, en un supuesto que suena tan irónico, todo bajo el control de los trabajadores:

> La subordinación de las tareas democráticas a las socialistas, de la economía privada y del capitalismo de Estado al poder proletario, de las capas pequeño-burguesas al proletariado, se juegan decisivamente en la destrucción del aparato del Estado vigente, y en la construcción del nuevo Estado. Así lo hizo la Revolución Cubana. Así lo hará la Revolución Chilena.[12]

Miradas desde la distancia, todas las posiciones parecían aproximadamente similares. Teniendo prácticamente todos los actores de la Unidad Popular una meta tan análoga entre ellos, que era lo que llamaban "sociedad socialista", habría la tentación de pensar que las diferencias eran fundamentalmente asunto de rivalidades de grupos. Cada uno de ellos habría querido apropiarse de la legitimidad, la verdadera interpretación de lo que era la vía correcta hacia el socialismo, siendo todo lo demás una especie de recurso retórico para alentar y mover a las huestes respectivas. Cabe, sin embargo, pensar en una interpretación diferente, y es que aquella parte de la Unidad Popular que, sin negar la meta final, el socialismo con sus modelos ya bien establecidos, ni dejar de debilitar en su esencia a los adversarios, prefería el cambio gradual porque su experiencia, su manera de ser, la fuerza de la costumbre, se había relacionado por muchas décadas con un trabajo incremental, con un lento pero seguro mover piezas del tablero chino. El punto era que las condiciones de estabilidad en la cual se había efectuado ese aprendizaje habían desaparecido del estado de ánimo de la sociedad chilena.

## Vida y muerte de la ENU

Desde el siglo XIX, la educación ha sido uno de los temas políticos destacados de la historia de Chile. En realidad, lo es de todos los países donde las políticas públicas alcanzan al debate. Desde el 1900, esto es todavía más claro en Chile, sobre todo porque se piensa que la educación chilena tiene dos problemas. Uno de ellos es que hay una parte importante de la población que no tiene educación, lo que solo en parte fue subsanado cuando en 1920 se promulgó la muy largamente discutida Ley

[11] Cit. en Luis Corvalán Marquéz, *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre. Contribución al estudio del contexto histórico* (Santiago: Editorial Universidad Bolivariana, 2004; original, 2000), p. 295.

[12] Luis Vargas, "La formación del Área Social: del Programa de la UP a la lucha de clases", *Marxismo y Revolución*, Nº 1, 1973, en Farías, *La izquierda chilena* (1969-1973), T. 6, p. 4.492.

de Instrucción Primaria Obligatoria.[13] En la segunda mitad del siglo XX, en especial con las reformas llevadas a cabo en la administración de Eduardo Frei Montalva, el peso de la discusión se trasladó a la expansión de la educación secundaria, ahora llamada enseñanza media, y a la universitaria, que en la primera mitad de la centuria había sido un coto de caza de una pequeña elite, aunque no necesariamente en su sentido social.

El segundo problema fue sobre la calidad de la educación, con lo que el lector podrá pensar que no hay nada de nuevo bajo el sol. Uno de los temas que giraban en torno a esto, y que de alguna manera asumiría la Unidad Popular, era la contradicción entre una educación humanista muy teórica —añadimos que no muy profunda tampoco— y una carencia de educación técnica, "práctica", orientada hacia tanto las necesidades y las posibilidades de una gran parte de la población, como del desarrollo económico del país. El historiador Francisco Antonio Encina —en realidad, quizás el más leído de la historia de Chile— fue uno de los primeros en apuntar a este problema en 1911.[14]

A lo largo de la historia se ha probado que en Chile la educación puede alcanzar logros extraordinarios cuando se trata de la calidad de una minoría, pero es más complicado trasladar este impulso a la masificación educativa que ocurrió a lo largo del siglo XX. La Unidad Popular había sostenido que la educación era una forma de nivelar a los grupos sociales. Como se sabe, hasta sectores archiliberales podrían compartir la idea. Lo mismo se había dicho acerca de la necesidad de que los estudiantes trabajaran y que los trabajadores estudiaran. ¿Quién podía estar contra esto? El problema por cierto era el contenido. La idea de una Escuela Nacional Unificada (ENU) estaba dentro de las bases programáticas de la Unidad Popular y Allende la había planteado como objetivo explícito en el discurso del 5 de febrero de 1973.

Todas las revoluciones ponen su mano inmediata en la educación, como herramienta para el cambio de la mentalidad, aunque en el lenguaje marxista esto tendría que ver con una "superestructura". En fin, a nadie se le escapa el valor sustantivo que tiene la educación para moldear la conciencia cívica, o la falta de ella. En este sentido, el anuncio de la ENU no salió de la nada, sino que correspondía a un proyecto muy íntimo de la izquierda. La sensación de haber triunfado en marzo llevó el entusiasmo a tratar de implantar el sueño de esta educación única y obligatoria en un país donde la educación y el papel de los particulares, y en especial el de la

[13] Sol Serrano, Macarena Ponce de León y Francisca Rengifo, *Historia de la Educación en Chile* (Santiago: Taurus, 2012) Tomo 2.

[14] Francisco Encina, *Nuestra inferioridad económica* (Santiago: Universitaria, 1986; original, 1911).

Iglesia Católica, habían sido ardorosamente discutidos desde el siglo XIX. Esto no sería una excepción ahora.

La planificación de la ENU se había realizado en los dos años anteriores siguiendo directivas de comisiones formadas por el Gobierno y por el Colegio de Profesores, aunque en este último caso con una directiva en donde predominaba la Unidad Popular. Los planes ya estaban afinados en el verano, pero fueron puestos en acción por una circular que apareció por todas las reparticiones públicas relacionadas días después de las elecciones. La idea del ministro de Educación, Jorge Tapia, un radical pero que para este caso empleaba un lenguaje que no se podía diferenciar del marxismo corriente, ordenaba una discusión en los establecimientos y en el público acerca del contenido de la ENU. De inmediato la prensa y radios de oposición se preocuparon del asunto y con el correr de las semanas se transformó en el principal debate que había en Chile.

El documento en cuestión, fechado en febrero anterior, era muy claro en la intención final. Había que formar al país en los valores de una sociedad en "transición al socialismo":

> La perspectiva estratégica que ilumina la nueva política educacional presupone la construcción de una sociedad socialista humanista, basada en el desenvolvimiento de las fuerzas productivas, en la superación de la dependencia económica, tecnológica y cultural, en el establecimiento de nuevas relaciones de propiedad y en una auténtica democracia y justicia social garantizadas por el ejercicio efectivo del poder del pueblo.[15]

La propuesta, escrita entera en el tono de este párrafo, contenía, como decíamos, elementos clásicos tanto acerca de la importancia del currículum como de las actividades extracurriculares. Hablaba de desarrollar habilidades, propender a mejorar la salud, exaltar la nacionalidad, "desarrollar en la juventud una concepción científica de la sociedad". Cada párrafo y la totalidad del documento exudaban el lenguaje clásico del marxismo. Cuando se hablaba de "conciencia nacional libre y soberana", se decía que había que ponerla en relación con la actitud de otros pueblos latinoamericanos para cambiar las "estructuras de convivencia internacional". No puede caber duda de que se orientaba hacia el "polo socialista". La educación tenía que adaptarse a los requerimientos "de una sociedad en tránsito revolucionario" y "planificarse en armónica integración con el planeamiento global de la sociedad, de acuerdo a criterios de unidad, continuidad, diversificación y democratización".

[15] Ministerio de Educación, "Informe sobre la Escuela Nacional Unificada", en *ENU, el control de las conciencias. Informe crítico preparado por FEUC* (Santiago: FEUC, 1973), p. 70.

Hablaba mucho acerca de las "contradicciones que deben ser superadas". En el lenguaje marxista, solo la sociedad socialista supera las contradicciones.[16]

En el Chile de 1973, a pocos les cupo duda sobre lo que esto significaba. Lo que pudo ser como una Reforma Agraria, que se imponía de a poco, sin que muchos se dieran cuenta, como el empleo del decreto 520 para requisar empresas o el poder comprador de acciones de la CORFO, se transformó de pronto en el centro del ardoroso debate del país. Después de la Marcha de las Cacerolas Vacías y del Paro de Octubre, se constituyó en la tercera pieza de la movilización opositora. Parte de las bases de la oposición salieron a las calles. Fueron en lo principal los estudiantes secundarios organizados en la Federación de Estudiantes Secundarios de Santiago (FESES), que correspondía a la educación pública. Comenzaron a crear incidentes y bataholas en el centro de Santiago, lo que se replicaba en varias ciudades del país y a lo que se sumaron los estudiantes universitarios de la oposición, sin mucha distinción de partido. Se sumaron también los estudiantes secundarios de la educación privada, no pocas veces incitados por las directivas de los colegios y hasta de los propios profesores que los acompañaban. Los estudiantes estaban felices. ¡Qué les habían dicho![17]

Como es tan común en todas las manifestaciones estudiantiles, hubo muchos lesionados —pero ningún muerto— en las peleas callejeras con carabineros y con partidarios de la Unidad Popular que intentaron repetir lo de la Marcha de las Cacerolas Vacías e impedir las protestas. No se pudo hacer, por la persistencia de las mismas. También, como siempre, era fascinante para los adolescentes faltar a clases con el permiso de sus autoridades y muchas veces con el apoyo entusiasta de los padres, que tenían sus propias motivaciones para sentirse en una especie de estado de guerra interno. El grito de batalla fue "¡la ENU NO!", sin duda en analogía con la Papelera.

Siguiendo el patrón de la movilización anterior, esta ya no era un asunto de la clase política. Así como la izquierda política e ideológica adquiría fuerza y presencia en el país a lo largo del siglo XX, por convertirse en la principal portavoz de movimientos sociales y especialmente sindicales, la clase política opositora durante la Unidad Popular también adquiría fuerza en su argumento con estas movilizaciones. Más bien, quizás habría que decir que las seguían a rastras, no las creaban, les daban voz en las tribunas oficiales, pero estas empezaron a perder protagonismo ante quien tenía la calle. Aunque

[16] Una versión de uno de los actores está en Iván Núñez Prieto, *La ENU entre dos siglos. Ensayo histórico sobre la Escuela Nacional Unificada* (Santiago: LOM, 2003).

[17] Sobre la participación política de los estudiantes secundarios en estos años, Jorge Rojas Flores, "Los estudiantes secundarios durante la Unidad Popular, 1970-1973", *Historia*, 42, II, julio-diciembre 2009, pp. 471-503.

a mediados de abril el tema de la ENU se eclipsó, parte de la movilización quedó y las batallas callejeras continuarían de manera ininterrumpida hasta septiembre.

Emergieron dos nuevos actores en estas lides. El primero fue la Iglesia Católica, que en realidad como actor estuvo en la formación de Chile ya en el siglo XVI. Durante la Unidad Popular hemos visto que la Iglesia experimentaba sensaciones contradictorias y no pocas divisiones internas. El documento sobre socialismo y marxismo de 1971 planteaba a los católicos tanto la posibilidad de oposición como de participación en relación al proyecto de la Unidad Popular.[18] Varios obispos y centenares de sacerdotes a lo largo del país alentaban a los opositores, así como los Cristianos por el Socialismo se identificaban fuertemente con el lenguaje marxista. Entre medio había un amplio diapasón. Ahora, sin embargo, el Comité Episcopal, al parecer con el liderazgo del cardenal Raúl Silva Henríquez, pasó a criticar directamente el proyecto en una declaración del 27 de marzo.[19] Si bien, en la línea de los documentos episcopales, decía encontrar muchos aspectos buenos en la propuesta de la ENU, afirmaba, esta carecía de pluralismo y solicitó darle vueltas al asunto, no introducirlo de inmediato.[20]

Días antes de esto, el 21 de marzo, el obispo de Valparaíso, Emilio Tagle, había aparecido en el Canal de la Universidad Católica de Valparaíso para efectuar un pronunciamiento más drástico:

> No puede transformarse la educación en un instrumento en manos del Estado para que se imponga la corriente ideológica que detenta el poder, cualquiera que ella sea hoy o pueda ser mañana. No es ése el papel del Estado, ni es ése el papel de la educación. Pretender que la educación debe entregar el contenido ideológico oficial del Estado es atentar abiertamente contra el respeto que merece el niño, vulnerar los más sagrados derechos de los padres a escoger libremente la educación de sus hijos, cosas que la Iglesia no acepta.[21]

---

[18] "Evangelio, política y socialismos", documento de trabajo propuesto por los Obispos de Chile, Santiago, 27 de mayo de 1971, en Carlos Oviedo Cavada (compilador), *Documentos del episcopado. Chile 1970-1973* (Santiago: Ediciones Mundo, 1974), pp. 58-100.

[19] "Declaración del Comité Permanente del Episcopado de Chile sobre la Escuela Nacional Unificada", Santiago, 27 de marzo de 1973, en Oviedo (compilador), *Documentos del episcopado*, pp. 151-154.

[20] Ascanio Cavallo, *Memorias. Cardenal Raúl Silva Henríquez* (Santiago: Copygraph, 1991), Tomo II, pp. 241-244.

[21] *El Observador*, 23 de marzo de 1973, cit. en Mario Amorós, *Antonio Llidó, un sacerdote revolucionario* (Valparaíso: Ed. PUV, 2007), p. 178. Sobre este tema también escribe Juan Pablo Vera Yáñez, "La ENU como representación de la lucha político-ideológica durante la Unidad Popular", *Divergencia: revista de historia política*, Editada por Taller de Historia Política, N°1, Año 1, enero-junio 2012, pp. 73-94.

El Gobierno todavía no echó pie atrás y tuvo que venir una segunda declaración episcopal del día 11 de abril, esta vez mucho más directa, especificando que "nos oponemos al fondo del proyecto por su contenido que no respeta valores humanos y cristianos fundamentales, sin perjuicio de sus méritos pedagógicos en discusión".[22] Al mismo tiempo, los hechos, tanto por la alteración del orden como por el ingreso de un nuevo actor, estaban cambiando el panorama.

El ministro Tapia, a petición de las fuerzas armadas, fue a defender el proyecto ante 150 oficiales de alta y mediana graduación, en una reunión realizada en el Ministerio de Defensa el día 11 de abril. Utilizó un lenguaje centrado en la modernización técnica, la independencia del país, el valor de la ciencia y la planificación, todos elementos que suponía gratos a los uniformados, y que en cierta manera lo eran. Sin embargo, el estado de ánimo no estaba para eso. Después de Tapia, el almirante Patricio Carvajal, que como Jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas hacía de dueño de casa, le dio la palabra al almirante Ismael Huerta, el mismo que había sido ministro y había renunciado en enero anterior. Este, en un trabajo preparado con asesoría de profesores de la Escuela Naval, efectuó una drástica crítica a la ENU, en la cual no cabía duda de que la consideraba de inspiración marxista y que por ello sería ajena a la idiosincrasia del país. Ponía como modelo de educación la que se impartía en las ramas de las fuerzas armadas, señalando que era donde menos quiebres familiares había en comparación con el resto del país.[23]

Así como Prats en su gestión como ministro y sobre todo en el lenguaje había traslucido una simpatía por el proyecto de la Unidad Popular, la intervención de Huerta reflejaba una interpretación hostil al mismo y venía a ser una especie de adelanto de la deliberación. No se trataba de que rechazara algunos aspectos técnicos del proyecto, sino que lo enjuiciaba en su valor de idea. Este fue un hecho que no pasaría inadvertido. Le acompañó otro hecho, el que el discurso fuera recibido con aplauso cerrado por los oficiales, más fuerte a medida que se iba descendiendo en el rango, y que provenía de las tres ramas. Esto traslucía un estado de ánimo soliviantado.

Se suponía que era una reunión confidencial. Rápidamente trascendió y, en los hechos, oficiales de la Armada filtraron el documento al diario *La Segunda*, que lo publicó a los pocos días. El Gobierno, sin darse por enterado, reaccionó sin embargo con indignación frente al marino y pidió su retiro de la institución. A esas alturas,

[22] "Declaración de la Asamblea Plenaria del Episcopado sobre la Escuela Nacional Unificada", Punta de Tralca, 11 de abril de 1973, en Oviedo (compilador), *Documentos del episcopado*, p. 155.

[23] Ismael Huerta Díaz, *Volvería a ser marino* (Santiago: Andrés Bello, 1988), Tomo II, pp. 9-20; Sergio Huidobro, *Decisión naval* (Valparaíso: Imprenta de la Armada, 1989), pp. 100-101.

esto provocaba conmoción no fácil de contener dentro de la Marina y el Comandante en Jefe, almirante Raúl Montero, nuevamente lo apoyó, aunque su posición estaba en divergencia con la de Huerta y, como se vería luego, con la de la mayoría de los almirantes y, sobre todo, con la de la inmensa mayoría de los oficiales de grado intermedio. En efecto, la discusión sobre la ENU en este punto en particular demostró que ya no se trataba de rumores sobre una conspiración o una conjura por allí y por allá, sino que de un malestar que estaba pasando al enardecimiento. Este era producto de la expansión del conflicto en sus rasgos sicológicos a gran parte de la población. La mayoría de las familias de los oficiales, o la mayoría de sus miembros, comenzaría a efectuar, muchas veces inconscientemente, una presión sobre el esposo o el padre para que se pronunciara frente a los hechos. Esta es una fuente poco estudiada cuando se habla de la politización de los militares.

Finalmente, el ministro Tapia anunció el día 13 de abril que se iba a retirar la circular, que se estudiaría más profundamente y que no se aplicaría en el curso del año.[24] Aunque en ese entonces el público no se enteró exactamente de todo este tejemaneje con los oficiales, algo trascendió. En todo caso, da la impresión de que el Gobierno retrocedió, más que por el pronunciamiento de la Iglesia, como producto de la agitación de los oficiales de las fuerzas armadas. Al menos este fue el golpe final que hizo que se considerara mejor postergar el proyecto. De cualquier modo la agitación en las calles quedó y la idea de la movilización social reflejaba una división del país y mantenía un alto grado de sensación de conflicto en la vida cotidiana. La ENU también tuvo un efecto al volver a darle ánimo a los partidos de oposición. Estos reconocieron finalmente que, en efecto, eran mayoría y que ello era un factor importante en la lucha de poder que no amainaba, sino que se incrementaba día a día. Para insistir sobre este aspecto, la ENU creó una convergencia, quizás ocasional pero demostrativa, entre estudiantes, la Iglesia y las fuerzas armadas. El contenido de esto quizás era menor de lo que aparece al decirlo. Revelaba, sin embargo, una continua transformación del mapa político.

## Hacia una confrontación

El efecto más notorio de la atmósfera que se desarrollaba se dio en la Democracia Cristiana. Renán Fuentealba, como presidente del partido, había liderado o más bien había sido la cabeza consciente pero también renuente de la polarización en el país. Se daba cuenta del lugar a que llevaban los hechos y había tratado continuamente

[24] El discurso de Tapia haciendo este anuncio en *El Siglo*, 14 de abril de 1973.

de abrir un puente, pero no había hallado ninguna puerta abierta que significara un real compromiso y no una simple entrega de la oreja. Hay que decir también que era la opinión de Allende y de la Unidad Popular en su conjunto que si el Gobierno aceptaba un acuerdo con la Democracia Cristiana, era el proyecto de la izquierda el que entregaba la oreja. Por otro lado, el mismo Fuentealba le había dicho un año antes a un funcionario de la embajada norteamericana que las fuerzas del Gobierno estaban cercando ya casi sin remedio a la oposición, la que moría por asfixia.[25]

Sin embargo, los militantes del partido presionaban por una estrategia más ofensiva en los momentos dramáticos que ellos sostenían estar viviendo. De ahí que surgiera la propuesta de que para renovar la mesa del partido, el que la encabezara debía ser Patricio Aylwin. Fuentealba optó por retirarse de una confrontación y Aylwin sería confirmado el día 13 de mayo. Al hacerse cargo del partido, declaró que se tomaría "una posición categórica y decidida de no dejar pasar una al Gobierno y para ello el Partido Demócrata Cristiano recurrirá al uso de todos los instrumentos legítimos, tanto institucionales como en la base social, para detener la escalada totalitaria y secuela de abusos arbitrarios del Gobierno".[26] Después de todo, el mismo Fuentealba, en su cuenta final, había dicho que, aunque no deseaba que el partido fuera una especie de dique para los cambios que se necesitaban, él tenia el convencimiento de que "el Gobierno, si persiste en sus errores, habrá de caer democráticamente frente al descontento popular".[27] El voto político aprobado por la junta de la Democracia Cristiana afirmaba:

> El Gobierno de la Unidad Popular acentúa cada vez más sus tendencias totalitarias. Por sobre todas las diferencias tácticas aún estratégicas que puedan aflorar entre sus partidarios, busca como meta la totalidad del poder lo que significa la tiranía comunista disfrazada de "dictadura del proletariado" (…) El PDC reitera que repudia toda solución que implique la búsqueda de salidas políticas al margen de la Constitución y de la ley, (o que lleven) al desencadenamiento de la violencia, al fomento del odio y al enfrentamiento físico a través de Golpes de estado o de la guerra civil o de cualquier medio directo o solapado que conduzca al derrocamiento del Gobierno.[28]

[25] Entrevista entre Richard E. Schwartz y Renán Fuentealba, en casa de Juan Abogabir, 29 de septiembre de 1972, NARA, *Chile Declassification Project*, Human Rights in Chile, Tranche 2, vol. 1.

[26] *El Mercurio*, 14 de mayo de 1973.

[27] *El Mercurio*, 13 de mayo de 1973.

[28] *El Mercurio*, 16 de mayo de 1973.

La primera parte del texto hace respirar al lector una imagen de ilegitimidad, de momento revolucionario que ya ha pasado a la insurrección, ya sea por arriba o por abajo. Esto parece casi idéntico a la idea de "resistencia civil" del Partido Nacional. La segunda parte, en cambio, afirmaba que solo se pretendía la búsqueda de una salida constitucional, cualquiera fuera el precio que esto requiriera. No estaba planteado el caso de que el precio fuera el abandono del espíritu de la Constitución. El dilema es propio a todo grupo político que se confronta con un proceso revolucionario semilegal. Avanzar en la confrontación quiere decir ir abandonando paulatinamente el espacio de la legalidad; someterse a la legalidad reformada por los resquicios era ir perdiendo posiciones legales dentro del sistema.

Es difícil decir si Aylwin impulsó una política de mayor confrontación o, lo más probable, se montó sobre la cresta de la ola que marchaba y marchaba en los meses que siguieron, con algún intento por encauzar el torrente. Los acontecimientos empezaban a precipitarse. Como se ha dicho, el que Aylwin haya llegado a presidir esa tienda fue expresión de una ira que se apoderaba también de los militantes del partido y que tenía que ver con un estado de malestar y de acción que dominaba a una gran parte de la población. Estaba también la conciencia de los líderes que, como hemos visto según el mismo Renán Fuentealba lo expresaba, se sentían cercados por la Unidad Popular y escasamente confiaban en las propuestas pacificadoras que esta pudiera hacer.

Entretanto, la descomposición de la confianza política llevó a que la oposición despachara la Reforma de las Tres Áreas sin hacer caso a los vetos presidenciales. Su tesis insistía en que solo era necesaria la mayoría simple para rechazar los vetos presidenciales, ya que en eso había consistido la reforma de 1970.[29] El ardor provocado por la ENU y al mismo tiempo la firma de un conjunto de decretos de insistencia para mantener bajo control del Estado más de 40 empresas intervenidas durante el Paro de Octubre siguieron enardeciendo las cosas. El Partido Nacional declaró que "en Chile ya no existe estado de derecho (…) Esta avalancha de decretos ilegales continúa estrechando el cerco de la dictadura comunista en torno a los chilenos".[30]

Allende sopesó los pasos a seguir hasta que el día 15 de mayo anunció que enviaría el tema de los vetos al Tribunal Constitucional. Mientras, la atmósfera política se había enrarecido hasta un extremo irreconocible, en una situación propia de los instantes previos a un gran quiebre. La Corte Suprema, a propósito del caso particular

[29] El argumento de la oposición, así como el del Gobierno, es expuesto en detalle en "Los poderes en pugna", *Qué Pasa*, 14 de junio de 1973.

[30] *El Mercurio*, 12 de abril de 1973.

de Hilanderías Andinas, que había sido expropiada, declaró que era absolutamente inconstitucional cualquier expropiación que no conllevara una indemnización.[31] En otros planteamientos, la Corte Suprema había hecho ver al Gobierno que el estado de derecho estaba entrando en crisis. El haber avanzado hasta este punto hacía de los planteamientos de la Corte una suerte de acto político, de deliberación, que no estaba ni en la tradición ni en la costumbre, pero eran estas las que habían sido alteradas por el proceso político. Nadie nunca pensó en incluir a la Corte Suprema como una instancia mediadora, entre otras razones porque desde los comienzos la Unidad Popular la había puesto en el campo adversario y era indudable que prácticamente todos los ministros y desde luego el presidente, Enrique Urrutia Manzano, llegaron a sentirse bien en esa posición.

Esto se vio remarcado cuando el Gobierno clausuró durante seis días la Radio Agricultura por informaciones que consideraba tendenciosas en relación a la huelga de El Teniente. Al menos eran bastante agitadoras. La Corte Suprema designó un ministro en visita para hacerse cargo del asunto y el Secretario General de Gobierno, el radical Aníbal Palma, declaró que se trataba de un asunto administrativo y que el Poder Judicial no tenía competencia. Acto seguido, el ministro en visita Hernán Cereceda Bravo encargó reo al propio ministro Palma.[32] Sumado a varios pronunciamientos formales de la Corte en donde exigía la devolución de empresas intervenidas, esto creó un ambiente de confrontación con el Poder Ejecutivo. La ofensiva de la transformación mediante llevar al extremo la estrategia de los resquicios legales, o de hacer normal lo que estaba pensado para situaciones excepcionalísimas, estaba llegando a su fin. Venía ahora con esto la otra ola, una especie de resaca que alcanzaba a ser un contramaremoto: tanto la mayoría del Congreso como el Poder Judicial comenzarían a efectuar declaraciones y tomar medidas que en principio estaban dentro de sus atribuciones, pero que solo se podían proclamar en situaciones muy especiales.

El 30 de mayo de 1973, el Tribunal Constitucional se declaró incompetente para dirimir la diferencia entre el Congreso y el Ejecutivo por la Reforma de las Tres Áreas.[33] Por su composición, el tribunal debió haber sido más proclive a la idea del Gobierno. Razones de peso tienen que haber inspirado a personas como Enrique Silva Cimma para entender que era obvio que el Tribunal había sido creado como instancia para dirimir acerca de la constitucionalidad de la legislación aprobada por el

31 *El Mercurio*, 13 de mayo de 1973.

32 *El Mercurio*, 5 y 6 de junio de 1973.

33 *El Mercurio*, 1 de junio de 1973.

Congreso. No le correspondía plantearse sobre reformas constitucionales en sí mismas.[34] Con todo, el conflicto estaba planteado. A continuación el Presidente Allende promulgó las reformas que no habían sido vetadas. Los otros artículos quedaron bamboleándose en el aire, en una especie de limbo constitucional que finalmente pondría una sombra de duda bastante lapidaria, al menos sobre algunos elementos formales del procedimiento constitucional. Que no se olvide que toda posibilidad de convocar a un plebiscito se daba en torno a estos artículos que estaban en una especie de exilio mental. Hasta el 11 de septiembre esto seguiría pendiente.

## El Último Mensaje: contra la sedición

El ambiente de tensión era inescapable. Los militares, incluyendo por cierto al general Prats, habían salido del gabinete semanas después de las elecciones, tal como estaba previsto. Asumió la cartera de Interior un socialista, Gerardo Espinoza Carrillo. Desde abril se desarrollaba la huelga del cobre, la más paradójica de todas. La violencia callejera se estaba haciendo pan nuestro de cada día en casi todas la ciudades de Chile, a veces provocada, a veces espontánea. Es cierto que no se debe olvidar que, planteados los chilenos ante la pregunta de si querían más o menos violencia, es seguro que la inmensa mayoría hubiera pedido continuar con su tranquila vida cotidiana, aunque sin los apremios de la inflación y las colas. El Chile de mediados del 73 era tanto un país de violencia política como un país que quería seguir viviendo tranquilamente.

Salvo en el lenguaje más exaltado y más provocador del MIR y Patria y Libertad, que llegaban a afirmar incluso la necesidad de una guerra civil, todos los otros actores al menos de la boca para afuera tenían que inclinarse ante la majestad de la Constitución. El problema está en que por la Carta Magna los dos polos de Chile habían llegado a entender cosas muy diferentes, hasta contradictorias. En su último Mensaje al Congreso, Salvador Allende no intentó levantar un puente sobre estos dos Chile, sino que se hizo portavoz de uno de ellos, aunque insistiendo en que se trataba de la verdadera legalidad y que quería una resolución pacífica.

Al cerrar el Mensaje, Allende le daba una definición, por decirlo así, dinámica a lo que se entendía por transición al socialismo, ya que el objetivo final estaba bastante más allá de lo que se podía hacer durante su gobierno:

---

[34] Enrique Silva Cimma, *El Tribunal Constitucional de Chile, 1971-1973* (Caracas: Editorial Jurídica Venezolana, 1977), pp. 194-198; *Memorias privadas de un hombre público* (Santiago: Andrés Bello, 2000), p. 343.

> Nuestro objetivo inmediato es organizar los elementos de la realidad presente sobre los cuales deberán apoyarse las etapas posteriores de construcción de una nueva sociedad, en la que los trabajadores asuman la plenitud del poder económico y político. Ello exige ordenar la actividad económica de modo tal que se puedan aprovechar las grandes potencialidades que han creado los cambios estructurales.

Es indudable que Allende creía en una especie de ética profunda, que había que encaminar al país hacia un desarrollo ulterior, una vez finalizada la llamada transición. Ahí estaba el problema, ya que esa etapa según la experiencia y todo lo que indicaba el modo de ser y la orientación de los partidos de la Unidad Popular, y lo que la totalidad del otro polo en algún grado u otro percibía como la amenaza más profunda, sería una "democracia popular" o dictadura marxista. Ayudaba a esa visión el que —de acuerdo, la gente lo repetía sin mucho conocimiento ni reflexión, pero no sin una intuición inmediata— las urgencias del momento, las colas, la inflación, el desabastecimiento y el conflicto multiplicado por doquier hacían como que la amenaza lejana se prefigurara en muchas escenas y aspectos de la vida diaria de esos días.

Es indudable que sin este aspecto de crisis, y suponiendo que el idílico primer semestre de 1971 se hubiera prolongado por un par de años, una mayoría de la población hubiera apoyado al proyecto de la Unidad Popular y permitido el tránsito de la democracia burguesa a la democracia popular. Por su parte, Allende era también vocero de la idea repetida hasta el final de que él era genuino representante de los trabajadores y que ellos constituían la inmensa mayoría del país. Que era en nombre de ellos que operaba toda su acción y las finalidades establecidas:

> Para asentar las bases de la nueva estructura económica y del Estado Popular, el Gobierno cuenta con el impulso que le proporciona la fuerza social de los trabajadores. Ellos, dentro o fuera de la Unidad Popular, se esfuerzan y sacrifican por acabar con el sistema capitalista (…) Ante la realidad revolucionaria, el Congreso puede organizar una mayoría que ponga sus competencias al servicio de la reordenación del sistema económico-político. No debe preservar las viejas estructuras. Gobierno y Congreso podrán coincidir en el diálogo crítico acerca de nuestras necesidades más imperiosas. De no ser así, las presentes contradicciones del régimen institucional se harán más agudas.

Repetía aquí la misma idea del Mensaje de 1971, que la última raíz de la violencia y de un posible abandono de la legalidad en el proceso revolucionario provenía de la negativa de una mayoría del Congreso, que en el fondo creía completamente precaria, a aceptar la transformación de Chile hacia un "Estado Popular". Destacaba una idea del acontecer histórico que, en último término, provenía de las filosofías de la historia del siglo XIX que veían el presente como una mera etapa para un desarrollo futuro. El marxismo profundo de Salvador Allende afloraba aquí con nitidez, aunque es difícil evaluar cuán consciente estaba él mismo de las implicancias de lo que decía.

Estando muy consciente de que había un actor en el cual él se afirmaba, pero que era apetecido por muchos, las fuerzas armadas, ponía el acento en cuánto su gobierno había hecho por ellas:

> Todo ello está siendo cumplido pese a las dificultades de diferente orden que han afectado al país durante el año recién pasado, pues el Gobierno tiene clara consciencia de que los institutos armados, esencialmente profesionales y técnicos, deben contar con los medios adecuados para cumplir con sus responsabilidades en la Defensa Nacional. Esta política será continuada en respaldo del desarrollo económico, pues la seguridad y el desarrollo exigen una conjugación armónica cuyo desequilibrio solo puede traer consecuencias negativas para el país. Razón por la cual el Gobierno ha puesto especial énfasis en la participación de las Fuerzas Armadas en los programas socioeconómicos.

Esto había sido dicho repetidamente por Allende. Adquirió más dramatismo por la participación de los militares en su anterior gabinete y por la crisis institucional y civil que se estaba desarrollando ante la presencia de todos. No se debe olvidar que no había actor político en estos días que no hiciera una referencia a las fuerzas armadas, acerca de cuál debía ser su papel en la crisis del momento.

Allende sabía que su fuerza principal, aunque no exclusiva, estaba en la base de la pirámide social. El llamado a los trabajadores, la creencia genuina de no solo contar con su voto y su respaldo a viva voz, sino que representar también los intereses genéricos de todos ellos, y que este "todos ellos" quería decir la inmensa mayoría del país, era un elemento constitutivo de su hacer política y del comprenderse a sí mismo. Los trabajadores, sin embargo, no dejaban de constituir un factor problemático incluso para el gobierno de la Unidad Popular. Por ello, había un mensaje especial que hay que leer de manera un tanto decodificadora:

> Padecemos las limitaciones de la capacidad productiva, lastre del pasado, y el aumento de la demanda derivado de la política redistributiva del presente. Las primeras son consecuencias del pasado que pesan sobre el presente; el segundo es la anticipación de un futuro por conquistar y que choca con la débil capacidad actual de producción. Pasado y presente se contradicen profundamente cuando este último no es una simple prolongación del ayer sino una revolución. El proceso revolucionario no puede satisfacerse con lo disponible porque, además de insuficiente, fue producido no para la necesidad del pueblo, sino para colmar a las minorías. El desabastecimiento de bienes de hoy fue conjurado ayer en el desabastecimiento de ingresos para los trabajadores. Si mañana tuviéramos que racionar algunos productos, será porque antes se prefirió racionar los salarios en vez de aumentar la capacidad de producción para las mayorías. Esto hace que el avance hacia el socialismo no sea un mero reparto, sino principalmente producción y esfuerzo de todos y para todos. Si se impone el populismo fácil, tendremos una inflación en ascenso, porque en el capitalismo dependiente tan agudo como la desigualdad es el subdesarrollo de la producción. Los trabajadores deben

> estar conscientes de la actitud de quienes, siendo responsables del subdesarrollo, exageran la demanda frente a una capacidad restringida de oferta para que el caos económico frustre nuestra vía de transformación. Los propios trabajadores serían perjudicados. Por otra parte, debemos reconocer que hasta ahora no hemos podido crear una dirección económica adecuada a las nuevas condiciones, que nos ha atrapado la maraña burocrática, que no hemos contado con los instrumentos necesarios para captar excedentes de la burguesía y que la política distributiva ha ido más allá de las posibilidades reales de la economía.

Si el lector ha tenido la paciencia de leer este largo texto, tendrá en compensación una ventana que le ofrece un rico paisaje de lo que fue la Unidad Popular y de algunos de los problemas de la crisis de 1973. Dejando a un lado la discusión de algunos puntos, acerca de cuál fue el carácter de la economía chilena antes de que Allende asumiera el gobierno, de si realmente estaba hecha solo para una minoría, las palabras de Allende nos llevan a las siguientes observaciones.

En primer lugar, la Unidad Popular se estaba encontrando con el problema de una revolución que no controla todo el poder, y que la base social que la apoya sigue con su tradición de demandas lógicas e ilógicas, justas e injustas, que en todo caso siempre habían sido alentadas por la misma izquierda y por el mismo Allende. La Moneda no tenía el poder de controlar esta situación y, como veremos, la oposición con gusto hacía uso de esta incitación a la demanda, a lo que incluso la derecha se sumó con el placer de morder del fruto prohibido.

Vuelve a aparecer también la cuestión de los excedentes, núcleo profundo no solo del pensamiento socialista, sino que de un clamor secular de por qué unos son ricos y otros pobres. En Marx, y con mayor fuerza en el marxismo del siglo XX, esto apareció siempre como un hecho evidente. En el marco de una democracia, que el Presidente Allende consideraba "burguesa" y afectada todavía por sus estructuras "capitalistas", él ya —afirmaba— había hecho lo posible por mejorar la suerte de los trabajadores. Ya fuera por el sabotaje o por el bloqueo del imperialismo, a lo que le dedicaba extensos párrafos en el Mensaje, las posibilidades estaban agotadas. Existía también el "burocratismo" que es la queja más común del marxismo en el poder, sobre todo cuando tiene el poder consolidado, como en los casos de Stalin, Khruschev y Brezhnev; o Mao y Castro, cuando comprueban los límites de la acción del Estado. En todo caso, en Chile existía el culpable principal:

> Pero, para el sector más obcecado que lo encabeza, tuvo un objeto concreto: derrocar al Gobierno. Intento de quebrantamiento del régimen institucional que puso en peligro la paz interna, lo que fue evitado gracias a la voluntad revolucionaria de los trabajadores, a la conciencia patriótica de millones de ciudadanos de diversas ideologías y al sentido democrático de las Fuerzas Armadas y de Orden. Me refiero a los acontecimientos de

> octubre como ejemplo máximo de la dinámica insurreccional en que se encuentran empeñados los elementos más afectados por el desarrollo revolucionario.

La insurrección en defensa de intereses, ya fueran espurios o en todo caso sobrepasados por la historia, parecía ser la definición del adversario. Obsérvese que a las fuerzas armadas les añadía el adjetivo "democrático", que hasta esa época prácticamente siempre quería decir identificadas con un mundo de ideas de la izquierda revolucionaria. En vista de las dificultades para dar más satisfacción a los trabajadores en el sistema actual o de la bajeza y carencia de escrúpulos de los enemigos del desarrollo revolucionario, Allende, en un eco donde uno ve claramente la letra de su principal asesor, Joan Garcés, especificaba su visión del momento histórico:

> Además del cambio institucional se requiere superar los problemas económicos que agobian a las grandes masas. Transformar es mucho más que administrar. La eficacia de la administración se mide por sus resultados inmediatos. La transformación, por la cantidad y calidad del cambio y sus resultados tardan el tiempo que exige llegar a administrar con eficacia lo ya transformado. Sobre nosotros recae por la singularidad de la vía escogida, la necesidad de hacer coexistir ambos procesos resolviendo, en lo posible, esta contradicción. Parte significativa de los problemas económicos que sufrimos están generados por desajustes inevitables. Lo señala la historia de todas las revoluciones, incluida, por cierto, la revolución de la burguesía, que franqueó el camino a la libre empresa y al capitalismo y en la cual se inspiran muchos de nuestros opositores.

En la medida en que se creía en lo que se estaba diciendo, y es seguro que Allende lo creía, la palabra presidencial exigía un cambio radical, siguiendo eso sí las vías normales y las anormales —resquicios y movilizaciones— que estaban a su disposición. No había arreglo posible a la situación mientras no se desarrollara la institución correspondiente a la sociedad socialista, la etapa superior del desarrollo humano. A la circunstancia de mediados de 1973 se la caracterizaba de esta manera como una especie de breve tiempo eje que tenía que transformarse o perecer. Daba poco espacio para un acuerdo con fuerzas que tuvieran otra orientación hacia el sistema institucional y hacia la práctica económica, aunque en este último aspecto a su vez había muchos matices. De aquí que su propuesta implicara un salto cualitativo en la institucionalidad chilena, lo único que podría superar la confrontación de alta intensidad que estaba poblando el paisaje político y social de Chile:

> Este es mi tercer Mensaje, tiene el valor de reafirmar la continuidad del régimen democrático dentro del cual fue elegido el actual Gobierno. De manera insistente e infatigable, en los últimos doce meses —a través de las modalidades más diversas— se han manifestado fuerzas sociales animadas por el propósito de socavar la convivencia cívica (…) Régimen democrático y paz civil se implican de manera recíproca y

> lo que atenta contra uno atenta directamente contra el otro. Solo en la medida que logremos mantener operantes y activos los mecanismos democráticos, podrá Chile vencer a quienes anhelan la violencia para imponer sus propósitos (…) el Gobierno ha cumplido y cumplirá su deber de preservar el orden público, al mismo tiempo que impulsa la transformación de la sociedad. Contrariamente a lo que ocurría en el pasado, el orden público ha dejado de estar al servicio del sistema capitalista y es hoy un factor coadyuvante del avance del proceso revolucionario. Por esta razón, seremos cada vez más estrictos en aplicar el imperio de la ley a quienes buscan destruir los fundamentos de nuestra convivencia. No son los campesinos, hambrientos de pan y de justicia, que se toman —procedimiento que no compartimos— un pedazo de tierra para trabajarla, quienes amenazan la paz. Para ellos, el desarrollo de la revolución significa liberarse de su explotación secular. Son más bien aquellos que no toman nada, porque lo tienen todo, pero que están obsesionados en crear las condiciones de una guerra civil, los verdaderos propulsores de la violencia.[35]

En la primera frase y en la tercera pareciera que Allende le tendía una mano a una concepción de democracia que se atenga al modelo occidental. Vale decir, cabrían en ella, en precaria y a veces tensa coexistencia, todas las fuerzas imaginables y todas las demandas, incluyendo algunas que pudiesen ser extravagantes. En el resto del texto, Allende, sin apartarse de su siempre reiterado propósito —no siempre seguido ni mucho menos por los aparatos de los partidos de la coalición de gobierno— de seguir el camino institucional para el camino revolucionario, que él llamaba la "vía chilena al socialismo", definía al país que estaba ayudando a parir como un lugar o una patria según una nueva convención, en la que no cabían demandas ni realidades consideradas como legítimas anteriormente. Era una declaración más de batalla política, si se quiere una formulación elegante, aunque con su tono sentido de tribuno popular que no consideraba a los rivales como legítimos en su fondo. Lo que sí es claro, es que era un lenguaje ejemplar de la antigua izquierda revolucionaria que creía encontrarse siempre en el alba de una revolución, en el inicio de una transformación de la naturaleza social del ser humano, como consecuencia de un cambio de la naturaleza de las personas individuales.

Este lenguaje, que tanto definía la orientación de Allende y de la idea que encabezó, tiene que ser también puesto junto a la larga práctica política de la izquierda en Chile y de la capacidad del mismo Presidente para trabajar en el medio institucional chileno. Sin duda, la práctica —la praxis si se quiere— había estado casi íntegra dentro del marco de las leyes y las costumbres chilenas. La excepción había estado en el período del origen de la democracia clásica, la que comenzó en 1932, con la

[35] Todas las citas han sido extraídas de Salvador Allende, "Tercer Mensaje ante el Congreso", 21 de mayo de 1973, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 6, pp. 4.535-4.562.

participación de lo que serían los socialistas en un golpe de estado, pero en un tipo de acto en el cual de algún modo u otro estuvieron comprometidos todos los grupos chilenos a partir de 1924. La otra excepción estuvo marcada por la actitud de una parte de la izquierda a fines de los 1960, de prepararse para una lucha armada. También había una política de los partidos Socialista y Comunista de mantener no solo un aparato de seguridad —lo que podría homologarse a guardaespaldas contratados ocasionalmente por políticos de derecha—, sino que además mantener preparada la estructura del partido para una ilegalidad, para la vida clandestina. Esto en sí creaba un estado de ánimo reñido con el espíritu de un sistema democrático, aunque se puede entender que vivían bajo algún grado de amenaza de persecución, legítima o no. La sola presencia de esa sombra era un factor que enturbiaba las cosas.

Ello no quita que lo que era ya la tradición del trabajo en el sistema democrático creaba su propia inmanencia, un centro de gravedad en las costumbres que no era fácil de romper, que era también una fuerza de arraigo en los límites constitucionales. Esto explica algunos de los constreñimientos que el Gobierno se impuso a sí mismo para no ir más allá de manera evidente de lo que decía la ley, con excepción del uso del sistema de resquicios, de más que dudosa legalidad, y de la permisividad con la política de hechos que creó el llamado poder popular. El que para el golpe este último prácticamente no haya actuado, no significa que en los tres años anteriores no haya sido un actor de la política. Habría que preguntarse, en el siempre arenoso espacio de la hipótesis contrafactual, cómo hubiera operado esta tradición legal en la práctica, en el caso supuesto de que una mayoría absoluta hubiera permitido una nueva Constitución y la configuración de un nuevo Estado, la llamada democracia popular. Hasta el momento no ha existido nunca una democracia sin haber algún grado de división de poderes y de pluralidad de actores, sin que exista una autocrítica pública. Aquí nos topamos con el tema de que los ejemplos por los cuales se movían eran casi todos dictaduras totalitarias.

## Los trabajadores contra el gobierno de los trabajadores: la huelga del cobre

En el Mensaje, en muchas manifestaciones, así como en las conversaciones con los dirigentes comunistas alemanes, Allende y otros líderes de la Unidad Popular se quejaban de que los obreros y otros gremios que habían sido los más privilegiados por las medidas de su administración ejercían una presión por incrementos mayores que los que permitía la economía. Esto fue algo constante. El cobre no fue una excepción, y la Unidad Popular debió haber sabido lo que le esperaba si tomaba

en cuenta que Jorge Alessandri había ganado las elecciones en Chuquicamata. Las huelgas del cobre se mantuvieron con poca variación a lo largo del gobierno.[36]

Nunca, sin embargo, se esperó lo que vino en 1973 por una huelga de la mayoría de los sindicatos de El Teniente que duró dos meses y medio. Todas las revoluciones efectuadas en nombre de los trabajadores tienen que pasar en algún momento u otro por la desagradable prueba de confrontar al menos a algún grupo de trabajadores, si es que no a todos. En general, hasta 1973, se trataba de revoluciones exitosas, ya fueran endógenas como la rusa, o impuestas de afuera como en Alemania Oriental. En estos casos, los revolucionarios no solo tenían el gobierno en sus manos, sino que también, como diría la izquierda chilena, gozaban de la totalidad del poder. Las podían o diluir o aplastar, y así sucedió. No era el caso de Chile donde la misma izquierda había alentado siempre prácticamente todas las huelgas, en especial las del cobre, sector que tenía a los trabajadores quizás mejor organizados y, en todo caso, mejor pagados del país y con las garantías sociales más amplias.

La fuerza de la costumbre es, sin embargo, como un instinto animal que se reproduce casi de manera indefinida. Por eso continuaron los paros y las huelgas, las demandas en todo caso, de manera reiterada bajo el gobierno de Allende. Parecía una más cuando el 18 de abril de 1973 se inició una huelga en uno de los sindicatos de El Teniente, la gran mina de cobre situada al sur de Santiago. Exigían un reajuste de acuerdo al alza del costo de la vida. Esto había sido natural al menos desde Eduardo Frei Montalva y la Unidad Popular, como hemos visto, había intensificado esta política como forma de redistribución. La inflación disparada alrededor del 10 por ciento mensual, comenzaba a evaporar todo reajuste aprobado por el Parlamento a iniciativa de La Moneda.[37] Exigían, además, un bono compensatorio.[38] Los sindicatos dominados por los partidos de la Unidad Popular hacían ver que con esto se provocaba un daño a la economía del país y al gobierno de los trabajadores. La situación ponía a prueba los vínculos de lealtad con los partidos de izquierda y con el Gobierno.

[36] Un buen recuento sobre las relaciones entre los trabajadores del cobre y el gobierno de la Unidad Popular en Ángela Vergara, *Copper Workers, International Business, and Domestic Politics in Cold War Chile* (University Park, Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press, 2008), pp. 171-176.

[37] Las variaciones del IPC en los primeros meses de 1973 habían sido, según las estadísticas oficiales: enero, 10,3%; febrero, 4,1%; marzo, 6,2%; abril, 10,2%. La variación acumulada entre marzo de 1972 y marzo de 1973 alcanzaba el 183,3%. Stefan de Vylder, *Allende's Chile: The Political Economy of the Rise and Fall of the Unidad Popular* (Cambridge, Gran Bretaña: Cambridge University Press, 1976), p. 89.

[38] *El Mercurio*, 19 de abril de 1973; *Última Hora*, 25 de abril de 1973; *Ercilla*, semana del 16 al 22 de mayo de 1973.

Aunque hubo división entre los sindicatos y entre los mismos obreros, y cada parte daba la cifra huelguista que le convenía, lo concreto es que la huelga logró paralizar casi en su totalidad a El Teniente, con una pérdida final de cerca de cien millones de dólares, si es que se toman en cuenta algunos paros de Chuquicamata en solidaridad con sus colegas. Era una cifra sencillamente fabulosa en esos tiempos, cuando las exportaciones totales de Chile no llegaban a los dos mil millones de dólares.[39] Muchos trabajadores del cobre que eran simpatizantes de la Unidad Popular pasaron a ser sus enconados enemigos, así como también emergió una pléyade de dirigentes sindicales que ahora se identificó con la oposición, entre ellos Guillermo Medina Gálvez.[40]

Sí, porque la huelga llegó a adquirir un alto simbolismo político, llena de paradojas con los típicos cambalaches de siempre. La izquierda denunció de manera unánime que se trataba de parte del plan sedicioso que había engañado a algunos trabajadores, sobre todo a los más favorecidos dentro de ellos. Salvador Allende se quejaba de que con la huelga de El Teniente lo estaban dejando sin recursos:

> Vinieron sus dirigentes y conversé con ellos. Cerré las puertas del Salón de la Presidencia y les hablé como puede hablarles un hermano mayor, un compañero. Les hice ver la gravedad que entrañaría el que pararan la producción del cobre cuando necesitamos divisas, cuando no tenemos el financiamiento necesario, cuando estamos amenazados de no poder cumplir algunos compromisos esenciales. En ese instante, sobre todo ahora, cuando el precio del cobre ha alcanzado niveles satisfactorios, en ese momento se paraliza El Teniente, que había llegado a niveles extraordinarios de superación.[41]

Por su parte, Clodomiro Almeyda, en su cargo de Vicepresidente de la República, debido al viaje de Allende a la asunción del poder de Héctor Cámpora en Buenos Aires, decía que "los trabajadores no pueden olvidar que este Gobierno hizo realidad una de sus más caras aspiraciones al nacionalizar la Gran Minería del Cobre. No pueden olvidar tampoco que ha sido su gobierno el que le ha incorporado a los textos legales que rigen la Gran Minería del Cobre, el principio de la más plena participación de los trabajadores en la dirección de sus empresas".[42]

Las cosas se habían endurecido mucho desde que Allende se había expresado en los términos antedichos. Las palabras de Almeyda se asemejan a otro eco de

---

[39] *Ercilla*, semana del 11 al 17 de julio de 1973.

[40] Medina se consideraba de izquierda. Fue expulsado de la Democracia Cristiana en 1969, según propia confesión, por emitir duras declaraciones contra Eduardo Simián. No obstante, igualmente votó por Tomic en 1970. *Qué Pasa*, 17 de mayo de 1973.

[41] *Última Hora*, 2 de mayo de 1973.

[42] *Última Hora*, 25 de mayo de 1973.

las de Altamirano de 1971, acerca de que los chilenos habían sido desagradecidos con la nacionalización del cobre. Ahora tenían que vérselas con lo que en lenguaje marxista siempre se denominaba de manera hostil como la "aristocracia de los trabajadores". La respuesta del Gobierno y de los dirigentes políticos de la Unidad Popular, con algunas excepciones, fue ponerse de frente contra la huelga para conseguir derrotarla por medio del paulatino regreso de los trabajadores a sus puestos y por el fortalecimiento de los sindicatos que se negaron a participar. En parte, esto fue así porque la izquierda vio en la huelga una pieza más de un plan maestro para producir el derrocamiento del Gobierno. Estar firme ante esta agresión era parte de la supervivencia.

Es difícil que haya sido posible una conjura de este tipo. De lo que no cabe duda es que la oposición se lanzó en picada a apoyar con todo entusiasmo la huelga de El Teniente y las manifestaciones públicas en su favor. Coincidía con el paisaje de violencia por batallas campales que se producía en la calles de Chile. La derecha fue la que más entusiasta se mostró. Más de alguien habrá observado que los patrones se movilizaron a la calle para apoyar las demandas obreras. La Radio Agricultura fue una de las que más intensamente informaron sobre este movimiento. Como el Gobierno declaró a Rancagua en estado de emergencia, en un momento dado esa radio fue clausurada. Incluso hubo un incidente armado cuando un militante socialista fue muerto por una patrulla del Ejército, según este aseguró, porque antes se les había disparado a los uniformados. Entretanto, los dirigentes sindicales aseguraban que su huelga no era política. Uno de ellos, Heriberto Barrera, afirmaba que "aquí hay comunistas y socialistas que anteponen sus ideologías políticas por esta, su lucha, sus principios, y la lucha de todos los trabajadores de Chile, sin colores políticos". Otro, Jorge Orellana, que afirmaba que era militante del MAPU, pero que en este tema no estaba de acuerdo con lo que hacía el Gobierno: "Nos preocupa la manera cómo se ha manejado el conflicto. Ante todo y sobre todo está la unidad de los trabajadores. Defenderemos esa unidad aquí y dentro de la Unidad Popular. No se nos ha dejado decir la verdad dentro de la alianza del Gobierno. Estamos por la vuelta al trabajo, pero no por parcialidades. Debemos volver todos o nadie al trabajo".[43]

El mes de junio presenció lo que habían sido las jornadas más agitadas en las luchas callejeras. En Santiago, esto se vio incrementado por el tema del cobre y finalmente por la llegada de los mineros. La situación se veía más tensa, además, por la gran cantidad de sabotajes que comenzaron a producirse, especialmente en

[43] *El Mercurio*, 10 de mayo de 1973.

comunicaciones, caminos y en torres de alta tensión. Es de presumir que ya estaban en acción grupos de los servicios de inteligencia de las tres ramas, que comenzaban a participar en un esfuerzo por precipitar las condiciones de una intervención militar. A mediados de junio se produjo la marcha de los mineros sobre Santiago que intentó ser detenida por Carabineros, pero que de todas maneras por diversos caminos terminó llegando a la capital. Los mineros han tenido siempre una tradición brava y lo probaron en este caso.

No era solo Carabineros que los atacaba, sino que también una multitud de grupos de partidarios de la Unidad Popular, que siguiendo la consigna del momento habían decidido mostrar fuerza en las calles para disuadir cualquier intento de derrocamiento del Gobierno.[44] En esos días, Allende había estado sometido a la crítica de varios partidos de la Unidad Popular porque consideraban muy débil la represión contra las fuerzas opositoras. En Santiago, los mineros provocaron y a su vez fueron provocados en una fuerte batalla que comprometió todo el centro de la ciudad, desde la Alameda a la Plaza de Armas. Un grupo de mineros fue acogido en el Congreso Nacional, por los partidos opositores por cierto, en un acto de dudosa constitucionalidad. Otro grupo encontró asilo por varias semanas en la Casa Central de la Universidad Católica de Chile. Los estudiantes de oposición, sin ninguna distinción de partido, se fundieron en este tiempo con los trabajadores, compartiendo el día y la noche, hombres y mujeres, en una olla común. Había mística, por precaria que haya sido su prolongación en el tiempo. Era evidente que los trabajadores estaban también enrabiados y su conducta no puede ser considerada como la de simples peones del ajedrez de una conjura. No cabe duda, eso sí, de que la oposición los alentó en una actitud maximalista.

La huelga llegó a su fin los primeros días de julio. Según afirmaban los partidos de la Unidad Popular, esto se debía a que se estaba debilitando y que muchos obreros habían regresado al trabajo. Después de 76 días, no es extraño que haya perdido fuerza. El acontecimiento que precipitó el fin, sin embargo, fue el Tancazo del 29 de junio, que decidió al Gobierno a despejar este frente que le era muy incómodo. El ministro de Minería, Sergio Bitar Chacra, y el vicepresidente de CODELCO, Jorge Arrate Mac Niven, debieron conceder lo que antes no les parecía, aunque los trabajadores no lo lograron todo.[45]

[44] Corvalán Marquéz, *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre*, pp. 332-ss.

[45] Sobre la huelga de El Teniente ver, Sergio Bitar, *La caída de Allende y la huelga de El Teniente: lecciones de historia* (Santiago: Ediciones del Ornitorrinco, 1989); Pablo Rubio Apablaza, "La huelga en El Teniente y la influencia del Movimiento Gremial. Chile, 1973", *Mapocho. Revista de Humanidades*, No. 65, primer semestre de 2009, pp. 119-134.

El resultado central del conflicto fue la paradoja de una especie de unión de clases en la oposición y la capacidad de resistir en apoyo a una huelga obrera; el Gobierno que representaba a los obreros debió aparecer en el otro lado de la trinchera, no solo por razones políticas, sino que incluso por razones económicas. En un momento dado, Jorge Arrate, al salir de una entrevista con Allende, le había dicho a la prensa que el Gobierno estaba abierto a un diálogo, pero que cualquier fórmula de avenimiento tenía que ir de la mano del aumento de la producción.[46] No sospechaba cuán cerca estaba de lo que afirmaba, con expresión harto fome en realidad, Jorge Alessandri en 1970 y antes cuando había sido Presidente, que los aumentos del salario tenían que ser proporcionales al aumento del producto. En los años del Estado de compromiso, todos terminaron diciendo lo mismo, pero en momentos distintos; no hubo acuerdo para al menos rondar en torno a salidas más o menos realistas.



[46] *La Nación*, 17 de junio de 1973.

# Capítulo XXIV

# La sangre llega al río: Tancazo y alistamiento

## ¿Qué hacer?

La chispa encendida con la ENU no se apagaría más. Este era el decorado que explica algunos aspectos más radicalizados del Tercer Mensaje de Allende. La experiencia de los enfrentamientos callejeros permanecía inabatible. Las fuerzas políticas y sociales, distintas y a la vez mezcladas en variopintas coaliciones, tomaban la vigilancia de sus respectivas trincheras. Carlos Altamirano expresaba lo que sentía el Partido Socialista, a lo que en todo caso Allende y gran parte de la izquierda no estaban ajenos:

> La derecha ha enloquecido. No se da cuenta de que no hay gobierno posible para Chile en este momento, sino el de la Unidad Popular. El fortalecimiento de la conciencia de clase hace imposible establecer un gobierno reaccionario y fascista en nuestro país. El dilema de hoy, más que nunca, es fascismo o socialismo, Gobierno popular o Gobierno fascista, Frei y la DC no son alternativa, ni tampoco lo es la suma de las fuerzas reaccionarias (…) La derecha, al cerrar todos los caminos legales y alzarse abiertamente en sedición, está clausurando la llamada vía chilena hacia formas superiores de convivencia y organización social. Está desarrollando guerras locales en Rancagua, en los colegios profesionales, entre los estudiantes, tratando de incorporar mayores contingencias al conflicto. El Poder Judicial se ha desenmascarado definitivamente, al no sancionar ninguna demasía de la oposición, ninguno de sus crímenes, y al acoger presuroso cualquier petición de la oligarquía que fortalezca su acción sediciosa. Las diferencias en el seno de la derecha tienden a desaparecer desde que Frei se adueñó del PDC. No hay divergencias ideológicas entre ellos. Sus antagonismos radican en quién será el heredero del presunto derrocamiento del Gobierno Constitucional.[1]

[1] Carlos Altamirano, "Frei, Presidente del Senado, en actitud cínica niega lo que hizo como Primer Mandatario", 7 de junio de 1973, en Víctor Farías, *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica* (Berlín: Wissenschaftlicher Verlag Berlin; Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2000), T. 6, p. 4.691.

Aunque representaban una parte del alma de Allende y de los militantes de la Unidad Popular, declaraciones como esta de Altamirano le restaban validez a la tesis constitucionalista del Gobierno en torno a la vía chilena. Echaba leña a la hoguera. No todo era pasión y llamado al combate. También habían dudas y temores tanto por la debilidad del Gobierno en golpear de vuelta a los opositores, como por lo que por ejemplo el líder del MAPU-OC, Jaime Gazmuri, consideraba que era la "desmovilización de los trabajadores"; hacía un llamado a organizar la defensa, a controlar el abastecimiento y a ampliar la Reforma Agraria.[2] Miguel Enríquez, el líder del MIR, que para estos efectos dirigía tanto una ínfima minoría como a la vez era representativo de una amplia capa de izquierda, lo ponía en los siguientes términos el mismo día del paro general de apoyo al Gobierno convocado por la CUT:

> Saquemos la discusión del Parlamento, La Moneda, los pasillos y las negociaciones. Convirtamos en eje de la lucha política no a instituciones del Estado y a las prácticas negociadoras de los partidos, sino al movimiento de masas y su lucha que es la que en realidad permite la existencia de este Gobierno y la única que puede resolver el conflicto a favor de los intereses de los trabajadores. Transformemos el conflicto institucional en lucha abierta de los trabajadores con los patrones y llevemos la lucha a las fábricas, fundos, constructoras. A los campos y ciudades de Chile.[3]

Cierto es que añadía que aceptaba la posibilidad de un plebiscito, pero este debía seguir otras reglas del juego, distintas a las que se debatían, algo que debía leerse como: "Plebiscitemos si los capitalistas tienen derecho a disponer libremente de sus ganancias, a no invertirlas, a especular con ellas; o si los obreros a través del control obrero pueden controlar y dirigir empresas". Una pregunta como esta ya suponía un Estado revolucionario, ya que en el Chile constitucional el plebiscito solo podía ocurrir para dirimir los artículos no promulgados por Allende de la Reforma de las Tres Áreas.[4]

Las cosas seguían un curso que se aproximaba lentamente al dilema planteado por Enríquez. En la segunda quincena de junio se realizó un Congreso de la Unidad Popular para, quizás, echar las bases de un partido unificado. Se destacó la idea de movilización para la defensa del Gobierno. Allende ya hablaba todo el tiempo del

[2] *El Mercurio*, 3 de junio de 1973.

[3] Miguel Enríquez, "Abrir la contraofensiva revolucionaria y popular", discurso en el Teatro Caupolicán, 14 de junio de 1973, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 6, p. 4.707.

[4] José Antonio Viera-Gallo, que en un momento fue subsecretario de Justicia, decía que no podría haber plebiscito, herramienta para asuntos de fondo y no de procedimiento como habría sido en este caso. *Qué Pasa*, 14 de junio de 1973.

"fascismo", que los trabajadores debieran entender que se ha conquistado solo el Gobierno, "que es una parte del poder, y que se está caminando dentro de los moldes trazados por la burguesía". En la resolución, se hablaba de "elevar el nivel y la unidad de su dirección política", tanto en el Gobierno como en las organizaciones de masas.[5] Este congreso tenía un trasfondo y este era, a grandes rasgos, la división entre comunistas y socialistas. Los primeros temían que el desarrollo del poder popular no solamente se escapara de las manos del Gobierno, sino que también la CUT fuera perdiendo protagonismo. Eran ellos los que principalmente la controlaban. La capacidad del Partido Comunista de ejercer disciplina sobre las organizaciones de trabajadores pasaba mucho por el liderazgo dentro de la CUT. Sin ella, le era más difícil poder orientar la estrategia del Gobierno. De ahí que se insistiera mucho en que las organizaciones de masas debían articularse con el Gobierno.

Como si el país estuviera poco aquejado de parálisis, el día 14 de junio la CUT quiso hacer una demostración de fuerza y convocó a un paro nacional, que según la prensa de izquierda fue todo un éxito y demostró el poder de los trabajadores. Imposible saber cuán completo fue, si bien en el estado de alteración del país era fácil que la paralización de algunas actividades incidiera sobre la marcha general. Los partidos de izquierda llevaban a cabo en el Parlamento una campaña de denuncia contra los miembros del Poder Judicial, tratando de molestarlos por todos los medios, incluso para investigar sus ingresos personales.[6] El día 26 de junio sucedió un hecho que pudo haber tenido consecuencias impensables. El Gobierno había pedido un ministro en visita en una querella en contra del Partido Nacional por unas declaraciones en que este insinuaba que debería haber una intervención militar.[7] El ministro sumariante ordenó suspender por seis días la publicación del diario *El Mercurio* y se apersonó en la dirección del mismo. En la misma tarde, la Corte de Apelaciones de Santiago levantó la suspensión. Los dos hechos no estaban desconectados y demostraban hasta qué punto las batallas judiciales eran cada vez más batallas políticas entre dos bandos, incluyendo a la Corte Suprema como uno de los actores. La Facultad de Derecho de la Universidad de Chile denunciaba que el

---

[5] *El Siglo*, 25 de junio de 1973.

[6] *La Nación*, 25 de junio de 1973.

[7] La declaración del Partido Nacional, publicada como inserción en *El Mercurio* del 20 de junio de 1973, se titulaba "Don Salvador Allende ha viciado su mandato presidencial por ilegitimidad en el ejercicio de su cargo". Aunque no había ningún llamado explícito a los militares, un párrafo de la declaración rezaba, muy decidoramente: "A la luz del derecho y la moral, nadie está obligado a respetar ni obedecer a un Gobierno que deja de ser legítimo."

Gobierno estaba destruyendo la división de poderes al invadir atribuciones exclusivas de los tribunales y "pisotear facultades soberanas del Congreso".[8]

Todo escenario aquí tenía un trasfondo, en una sucesión infinita como un juego de espejos. Salvador Allende envió un oficio a la Corte Suprema el 12 de junio, en el que criticaba sus procedimientos, los que según él le quitaban atribuciones al Gobierno.[9] El 25 de junio la Corte Suprema respondió en una carta en que lo acusaba de rebajar la función judicial.[10] El 27 de junio siguiente el Presidente Allende devolvió sin responder la carta de la Corte Suprema, por irrespetuosa e improcedente, según afirmó.

Entretanto, la derecha había avanzado más en su política de poner como tema del día el hecho de que el Gobierno ya no estaba en la legalidad y que debía abdicar no solo de las atribuciones que se tomaba, sino que también debía renunciar o ser obligado a ello. Jarpa, en respuesta a la acción judicial contra su partido, decía que, si el Gobierno no rectificaba sus errores, los hechos "llevarán fatalmente a nuestro país a la anarquía y a la desintegración"; que el Gobierno estaba desconociendo los deberes que le imponían la Constitución y la ley, y que "no solo atropella nuestra estabilidad democrática, sino que promueve y atiza el enfrentamiento y la guerra civil (…) (Lo que hay que hacer es) restablecer la vigencia de los valores espirituales y romper el dilema inhumano entre el hombre-masa del materialismo marxista, y el hombre-máquina del materialismo capitalista".[11] Estas palabras reflejan tanto su raíz nacionalista, no liberal, en la política chilena, como el grado en que la pura defensa del "capitalismo" había llegado a ser algo no permitido, a pesar de que la oposición seguía teniendo la mayoría de los votos.

La Democracia Cristiana, afirmando su fe en el profesionalismo de los militares, aseveraba que las declaraciones de los socialistas pretendían arrastrar a los uniformados a una acción política. Que las fuerzas armadas solo podían participar en el Gobierno "para restablecer las condiciones de pleno imperio de la Constitución y las leyes y de convivencia democrática".[12] Este llamado se realizaba en medio de una

[8] *La Prensa*, 26 de junio de 1973.

[9] "Oficio s/n; de fecha 12 de junio de 1973, dirigido por S. E. el Presidente de la República al Presidente de la Excma. Corte Suprema en relación con el cumplimiento por la autoridad administrativa de las resoluciones expedidas por los Tribunales de Justicia", en *Antecedentes histórico-jurídicos: años 1972-1973* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1980), pp. 94-105.

[10] *El Mercurio*, 26 de junio de 1973.

[11] *El Mercurio*, 26 de junio de 1973.

[12] *El Mercurio*, 27 de junio de 1973.

cuestión abierta por el debate de si las fuerzas armadas deberían volver al gabinete. No había claridad dentro de la Unidad Popular y para la oposición, sobre todo la Democracia Cristiana, esto solo debería realizarse como una forma de dar garantías a todo el país. El mismo día en que apareció esta declaración, en su editorial, *El Mercurio* se inclinaba contra esta posibilidad, ya que solo serviría para hacerlos partícipes en la idea de que el Gobierno representaba al país, cuando eso no era así. Ambas declaraciones se mantenían como en un aire constitucional, aunque las dos no pueden haber hecho sino vigorizar más la sensación de los militares —a veces como vértigo positivo, a veces como vértigo negativo— de que estaban siendo convocados a dirimir un conflicto que se profundizaba día a día.

El día 27 de junio el Gobierno decretó la zona de emergencia para Santiago, debido a que un incidente en el cual se vio envuelto el general Prats fue calificado por La Moneda como parte de un "atentado frustrado" y de una acción sediciosa contra las fuerzas armadas. El primer bando del Jefe de Plaza, el general Mario Sepúlveda Squella, prohibía las manifestaciones públicas y establecía otras limitaciones. Esto provocó una inmediata reacción de los opositores, que lo vieron como una excusa, ya que elevaba un hecho policial al carácter de una emergencia de Estado.[13]

En realidad, el Servicio de Inteligencia del Ejército había descubierto una conspiración en el Regimiento Blindados Nº 2 y un capitán había sido puesto bajo arresto en el Ministerio de Defensa. Todo esto sucedía en medio de una continua violencia, de altercados, batallas callejeras y explosión de artefactos o bombazos, estos últimos llevados en su gran mayoría por sectores militantes de la oposición y de la extrema derecha. Era probable que esto se efectuara con la complicidad de oficiales del Ejército, así como en la zona de Valparaíso ya lo era con la asistencia de oficiales de la Armada. Como se trataba de oficiales de baja graduación, parecía que se trataba de otro pequeño círculo de conspiraciones más de escritorio o de complicidades personales con grupos ultra.

En esta atmósfera, la mañana del viernes 29 de junio empezó como la de un día de trabajo en que las cosas parecían más o menos normales. No iba a haber tantos incidentes como en días anteriores. Nadie pareció al comienzo extrañado por el paso de un grupo de tanques y camiones con soldados que se aproximaban al centro de la ciudad. A las nueve de la mañana ya el día laboral había comenzado y se asemejaba a cualquier otra jornada normal. De pronto, se escucharon disparos

[13] "Declaración de la Directiva Nacional de la Democracia Cristiana", *El Mercurio*, 29 de junio de 1973.

y el sonido bastante terrorífico de ametralladoras pesadas. Comenzó a caer gente en medio de su propio charco de sangre. En los hechos, se trataba de la primera rebelión armada de una unidad del Ejército desde 1932, lo que desencadenó una dinámica que no se detuvo hasta el 11 de septiembre.[14] Esto exige una explicación.

## La clase militar como clase política

Vimos latamente que Chile no es una excepción absoluta en el panorama latinoamericano, pero que representa una situación casi única de estabilidad institucional y de obediencia militar a ese orden, *en relación* al panorama regional. En el Chile de 1960 estaba olvidado el espectáculo de 1931 y 1932, para no hablar de los años entonces transcurridos desde 1924. Los únicos que recordaban estos hechos eran los militares, en general para aborrecerlos. La lección que se imprimió en la mente de los uniformados fue que había sido un error, que habían sido utilizados, que se habían desprestigiado. No tenían que meterse más con el mundo de los civiles, de los "paisa", dicho en un tono claramente peyorativo, desde un sentido de superioridad no reconocida.

Se unía a esto el hecho de que les rociaban, de manera indirecta pero sensible, con alabanzas por el orden constitucional chileno y el acatamiento al poder civil, como una excepción en la historia latinoamericana moderna. Cuando llegó la hora de los golpes de estado tan reiterados en Argentina, y después en Perú y Bolivia, era timbre de orgullo el señalar que en Chile se era distinto, que los militares tenían otra categoría. Era parte de un reconocimiento público que compensaba solo limitadamente la sensación de no recibir de parte de la ciudadanía todo el aprecio que creían se merecían. Fueron años en que se abrió un foso bastante grande entre militares y civiles. Seguían existiendo las familias de uniformados, lo mismo que en Carabineros, y para una clase media era una fuente ya sea de seguridad o de movilidad social. Seguían siendo bajos los sueldos, pero había otras compensaciones que eran a veces precarias pero tangibles, como salud y vivienda. Había un mundo de formas que protegía. "El uniforme viste", era un dicho que retrataba esta realidad. Los uniformados además vivían en un mundo más o menos colectivo, de manera que la competencia se daba entre gente que disponía aproximadamente de lo mismo y los consuelos eran todos similares.

[14] En el Ariostazo del 25 de agosto de 1939 la sangre no llegó al río, las tropas no salieron del regimiento Tacna, aunque sí fue un alzamiento militar. En el Tacnazo de 1969, creemos que la evidencia demuestra que fue esencialmente un reclamo corporativo, si bien con efectos institucionales.

Hubo excepciones. Entre ellas estaban los complots de los ibañistas que se combinaban con los del peronismo, que al parecer comprometían a uniformados de nivel intermedio o a generales retirados. Se trató fundamentalmente del Ejército. Según se ha dicho, alcanzaron alguna notoriedad el complot de las Patitas de Chancho en 1948 y el de Colliguay en 1951. Estuvo también la Línea Recta, un movimiento de oficiales de varias ramas, alentado al parecer por Carlos Ibáñez, entre 1954 y 1955, con tentaciones de dictadura.[15] Como pasa siempre con las conspiraciones fracasadas, es muy difícil saber cuánto de realidad tenían o si solo se trataba de conversaciones sueltas de grupos frustrados o afiebrados. En todo caso, entre 1955 y 1966, hasta donde sabemos, hubo calma chicha en las instituciones armadas, en todo lo que dice referencia a un posible involucramiento político o a lo que legalmente se conoce como "deliberación". Fue el período en que más se podía hablar de fuerzas esencialmente obedientes y no deliberantes, según lo definía la Constitución. Todos los estudiantes que egresaban de la enseñanza media conocían de memoria esta fórmula.

En realidad, funcionó de manera bastante perfecta si tenemos en cuenta el ámbito latinoamericano. No operaba solo por un temor, sino que era una parte, aunque no la totalidad de la cultura militar. Hemos visto cómo la situación comienza a cambiar paulatinamente, por pequeños actos: algunos discursos, algunos sumarios sobre indisciplina y luego un malestar que se iba generalizando. Esto en lo esencial tenía que ver con temas de sueldo y, en segundo lugar, con una sensación de que las fuerzas armadas estaban mal equipadas para las necesidades, descuidadas por los civiles y "estos irresponsables frente al destino de la patria cuando hay tantos peligros vecinales". En general, aquí no había una referencia a la política interna, sino que a la intangibilidad de las fronteras.

Existía otra fuente que se podría considerar también como excepción al excepcionalismo: la línea de presencia de inquietudes sociales al interior de las filas, expresadas principalmente entre los suboficiales y a veces en la tropa. Vale decir, que mientras en los oficiales había una tendencia políticamente más conservadora, en la medida en que se notaba, entre los suboficiales y el personal de tropa era probable que fuera distinto. En todo caso, esto estuvo más presente en la Armada, que, como en todas partes del mundo, fue en el siglo XX más sensible a la rebelión de la base. En el caso de la Armada, hubo indicios de malestar entre el personal de marinería ya en 1947 y de una manera que emergió al público en 1961. El malestar se expresaba

[15] Arturo Olavarría Bravo, *Chile entre dos Alessandri. Memorias políticas. Tomo II* (Santiago: Nascimento, 1962), pp. 299-329; Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *Nacionalismo e ibañismo* (Santiago: Universidad Católica Blas Cañas, 1995), pp. 95-96.

por razones de servicio, reclamos por salarios insuficientes o, por ejemplo, por la mala calidad de la comida. No era, sin embargo, muchas veces algo espontáneo, sino que el servicio de inteligencia estaba consciente de que además había organizadores y de algún modo tempranamente hubo células, es de presumir que del Partido Comunista. Ya en la década de 1930 está documentado cómo marineros asistían a reuniones de base del partido, lo cual no quiere decir que este último haya estado interesado en provocar un alzamiento contra los oficiales.[16]

En 1961 se produjo lo que fue conocido como el "bandejazo". Los marineros de las escuelas matrices se negaron a asistir a un almuerzo, en un acto que era evidentemente una denegación de la obediencia. Fueron sometidos a sumario y luego expulsados de la Armada. El Parlamento vino en su socorro y los amnistió, una decisión muy resentida por los oficiales.[17] Era evidente que se trataba de algo organizado y cooperaban células preparadas al respecto. Los servicios de inteligencia lo tenían muy claro, en cuanto que se caracterizaban por leer la prensa de izquierda, *El Siglo*, *Clarín*, *Última Hora*. No era ningún pecado, pero se enviaba una señal y esto era sentido de una manera análoga por las otras ramas y por Carabineros.

La Armada operaba principalmente por la imagen de su propia historia. Por una parte, había sido un actor central en la Guerra Civil de 1891, tras la cual un almirante fue elegido Presidente, Jorge Montt, muy reverenciado en el recuerdo. La institución había observado más bien desde los márgenes y con reticencia todo el proceso que se abrió en 1924. Hacia el fin de este período le ocurrió lo que es mirado como el peor bochorno de su historia, la rebelión de la marinería de 1931. Los oficiales fueron desarmados, y solo la intervención armada y con uso del poder de fuego del Ejército y de la incipiente FACH, logró someter a la escuadra sublevada y a los cuarteles que se habían tomado los marineros en Talcahuano y Valparaíso. Juraban que nunca más les sucedería de nuevo y esto tendría consecuencias en 1973. En todo caso, en la memoria oral que quedó, los oficiales culpaban a los políticos de haber agitado a la Armada, y no solo a los comunistas o a los revolucionarios.

[16] Existen antecedentes sobre vínculos entre militantes del Partido Comunista y marinos que participaron de la sublevación de la Escuadra en 1931, especialmente en Coquimbo. La influencia del Partido Comunista en la rebelión, sin embargo, fue prácticamente nula. Olga Ulianova, "Una crisis escuchada como la obertura de la revolución", en Alfredo Riquelme y Olga Ulianova, *Chile en los archivos soviéticos, 1922-1991: Tomo 2, Komintern y Chile, 1931-1935* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2009), pp. 36-37.

[17] Una investigación empírica muy amplia, especialmente en lo que a historia oral se refiere, aunque con preguntas muy restringidas, en Jorge Magasich, *Los que dijeron "No". Historia del movimiento de los marinos antigolpistas de 1973* (Santiago: LOM, 2008) Tomo I, pp. 239-245.

Los jefes de las células en la marinería de la Armada recordaban, a su vez, lo que consideraban una gesta de suboficiales y marineros.

La principal reacción a todo este sentimiento era que los militares debían redoblar la cohesión institucional y alejarse de la política. La conservación de una cultura institucional que acentuara el profesionalismo era una garantía contra cualquier peligro de aventura interna o de disgregación. En primer lugar, por lo tanto, esto mostraba la fortaleza del acatamiento. En segundo lugar, demostraba que también existía una conciencia de problemas externos, vale decir políticos, que podían tener consecuencias al interior de las filas.

Las fuerzas armadas eran empleadas profusamente en algunos asuntos internos de connotación política. En primer lugar, desde 1941 estaban a cargo de los actos electorales, para garantizar su transcurso normal y mantener la tranquilidad y el orden. En general, en esos tiempos, esto fue considerado una solución óptima y los uniformados podían señalar, no sin orgullo, que era una labor que les era reconocida y apreciada por todos. Por ejemplo, era de rigor que los candidatos ganadores en su primer discurso siempre agradecieran a las "Fuerzas Armadas y de Orden" por su colaboración. Solo en tiempos más recientes algunos observadores han señalado que aquí había algo anormal, en el sentido de que había demasiada injerencia militar. Eso es juzgar a todo el período que empieza en 1932 por lo que sucedió en 1973; es creer que todo estaba predeterminado. Si así hubiese sido, se hubiera producido mucho antes una intervención militar como en otros países latinoamericanos. En Chile operaba, en cambio, la inercia de su sistema institucional, que ayudaba a los militares a mantener su autonomía, al mismo tiempo acatando las reglas del juego del mundo cívico.

Existía otro campo en el cual los militares se asomaban directamente a los temas políticos. En períodos de huelgas graves, de tumultos o de asonadas populares o de otra especie, los militares debían acatar la orden de las autoridades y contribuir a poner orden. Durante varias décadas esto significó que la imparcialidad de los militares era interrumpida de vez en cuando por las acusaciones, especialmente de la izquierda, de que los gobiernos los ponían "contra el pueblo". La militarización del carbón en Lota en 1947 fue uno de estos casos famosos.[18] Cuando los ferroviarios se plegaban a una huelga, los militares debían garantizar un transporte mínimo, aunque no evitaban el éxito de los sindicatos en alterar el funcionamiento regular. En una

---

[18] Jody Pavilack, *Mining for the Nation: The Politics of Chile's Coal Communities from the Popular Front to the Cold War* (University Park, Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press, 2011).

ocasión, los militares pusieron orden a sangre y fuego, con dos docenas de víctimas, debido a la asonada del 2 de abril de 1957.[19] Para huelgas relativamente menores también sucedió que patrullas del Ejército, al verse envueltas en un incidente, podían descargar una salva con seis muertos en cada una de ellas, como ocurrió en 1962 en la población José María Caro en Santiago y en 1966 en El Salvador. Las balas de guerra tenían un efecto fulminante.

El acatamiento al poder civil está en general mal descrito si se expresara que los uniformados eran por esencia "constitucionalistas". No era a la letra de la Constitución ni a la ley abstracta a la que obedecían, sino que a un sistema legal y a una tradición de Estado en las cuales ellos tenían unas tareas delimitadas, que poco y nada tenían que ver con "los políticos". Su lealtad iba a la tradición y no a la ley; esta era una codificación de aquella. En todo caso, el problema de fondo de si a cualquier evento los uniformados obedecerían al Gobierno que estuviese en el poder, fuera cual fuera su orientación, no se había presentado en la historia reciente desde el nacimiento de lo que hemos llamado la democracia clásica en 1932.

Como se ha explicado antes, esta noción comenzó a ser puesta a prueba desde fines de los 1960. Estaban, en primer lugar, las simpatías o la inclinación en líneas generales a una posición que veía al "comunismo internacional" como un enemigo de temer y combatir, a pesar de que había matices y ocasionalmente había opiniones divergentes. La inclinación "normal" era sentirse parte de un mundo occidental al cual Chile debía lealtad. Por otro lado, la idea de participar en el desarrollo económico y que el país tenía que transformarse era algo también asumido por los oficiales en la década de 1960, sin que esto chocara con su lealtad institucional. El asunto sería hasta qué grado no habría ninguna colisión. En contra de este sentimiento operaba una paradoja. El hecho de que Argentina fuera visualizado por los uniformados como un país peligroso para Chile, en especial por el papel de los militares en su política, en un primer momento reforzó la tendencia institucional chilena, ya que se quería ser diferente a ellos.

No quita, sin embargo, que las tensiones políticas y el aire de crisis que se asomaban en el Chile de fines de la década de 1960 no hicieran mella en la llamada familia militar. En todos los capítulos anteriores se ha visto cómo esto iba creciendo. Se veía además al país aislado y rodeado de enemigos; las divisiones internas también ponían en peligro a la "seguridad nacional". Combinado con la sensación de los bajos salarios y el mal equipamiento, esto llegó poco a poco a ser un tema nacional.

[19] Pedro Milos, *Historia y memoria. 2 de abril de 1957* (Santiago: LOM, 2007).

El Tacnazo de 1969 dejó una estela de pequeñas conspiraciones de oficiales, en especial en el Ejército, para intervenir en política y "salvar al país".

Hemos apreciado cómo muchos oficiales, especialmente del alto mando, se vieron abrumados o conmovidos por los acontecimientos de 1970. El mismo hecho de que el Comandante en Jefe del Ejército haya tenido que establecer lo que se llamó "doctrina Schneider" ponía el dedo en la llaga. Había intranquilidad y a muchos oficiales no les parecía del todo extraño el tener que pronunciarse y tener que participar en el proceso político, ya fuera por colaboración con alguna fuerza política, con el Gobierno o por algún golpe. El proceso judicial sobre el asesinato del general Schneider reveló que las cabezas de las tres instituciones de las fuerzas armadas y de Carabineros estaban comprometidas en la asonada, que iba a ser entre golpe blanco y golpe a secas.

No solamente la mayor parte de los países latinoamericanos estaban dominados por regímenes autoritarios, que casi siempre eran expresión de que los militares se consideraban a sí mismos como un actor político. Que tampoco se olvide que el llamado Tercer Mundo consistía en la mayoría de los casos en dictaduras de partido único criadas desde un grupo de militares, en la izquierda o en la derecha, tuvieran o no tuvieran conciencia de esta díada. En nuestra América, la protesta y el rechazo al mundo militar corrían aparejados con el hecho de que en prácticamente todos los casos, en izquierda y en derecha, los militares habían sido convocados por líderes o grupos políticos que los alentaban a participar en tal o cual proyecto. Después quedaba la costumbre de la intervención en la política, en la conducción general del Estado. Muchas veces se sentían disminuidos al regresar a sus cuarteles y se desarrolló un espíritu de supervigilancia cuando había gobiernos civiles democráticamente electos. También en el público y en muchos observadores no existía el rechazo de principio, mucho más general (aunque también relativo), contra la idea de que los militares tendrían algún derecho a participar a partir de sí mismos y no por los medios institucionales establecidos, como lo es más bien al momento de escribir estas líneas.

Por último, no existe ningún caso en que los uniformados se hayan pronunciado de manera masiva por una revolución marxista. Hubo muchos casos de tendencias ya sea peronistas, por decir un concepto, o nasseristas, por poner una comparación universal, de un nacionalismo de izquierda. En el continente predominó a lo largo del siglo XX una tendencia antirrevolucionaria que luego se llamaría a sí misma y sería denominada anticomunista. La Guerra Fría reforzó esta tendencia, pero de ninguna manera la creó. Como en lo humano siempre hay excepciones, en efecto existe un caso que se sale de esta ley, que en realidad, como todo en la historia, es

una tendencia. La excepción es el caso de Etiopía en 1974, después de los acontecimientos aquí narrados. En la Venezuela que siguió a la caída de Pérez Jiménez, hubo un nacionalismo de izquierda en los cuarteles, y probablemente algunos oficiales y suboficiales habrían tenido una orientación castrista, pero el grueso fue en otra dirección. Todas las revoluciones radicales, en primer lugar, han destruido las instituciones armadas regulares; en segundo lugar, aprovechan a muchos de sus miembros, oficiales, suboficiales y tropa, pero en otro contexto y con una cabal ruptura con la tradición anterior. Cuando se observan los primeros síntomas de una revolución, los ejércitos están muy conscientes de esta intuición.

Por ello y por la misma historia de Chile, la ley de probabilidades indicaba que el antimarxismo sería el sentimiento predominante al momento de confrontar un dilema revolucionario. No era el único y, ante el temor y la prudencia y el sentimiento de extrañeza por tener que pronunciarse ante lo político, la ley de probabilidades también indicaba que la inercia constitucional, ya fuera en su sentido más obvio negativo de "peso de la noche" o positivo de lealtad a las instituciones, sería lo que iba a predominar. Quizás era el estado de ánimo de la inmensa mayoría de los oficiales en un momento u otro en 1969, cuando ocurrió el Tacnazo, y mediados del año 1973, en especial a mediodía del 29 de junio, una vez derrotado el alzamiento conocido como Tancazo o Tanquetazo. Puede que lo que el general Guillermo Pickering escribiera, días después de haber confrontado a un grupo de exaltados opositores que defendían la Radio Minería para el Paro de Octubre, sea representativo de esta mentalidad:

> Puedo decir y comprobar con absoluta tranquilidad de consciencia que el único motivo que guió mis actuaciones durante mis treinta y siete años de oficial y cuarenta y dos de vestir el uniforme del Ejército, fue servir a mi institución con el más pragmático espíritu profesional, absolutamente apolítico y profundamente convencido por el respeto a la Constitución y por los principios de ética profesional que aprendí y cultivé durante toda mi carrera. En coherencia con mis anteriores aseveraciones, al cumplir una orden como la que recibí, primero del Comandante en Jefe del Ejército y después ratificada por el comandante de la guarnición, estaba absolutamente dentro de mi ética profesional. ¿Qué se quería entonces? ¿Que me sublevara?[20]

Si tomamos estas palabras como expresión de la época, se podría suponer que representaban a la gran mayoría de los oficiales, incluso a aquellos que poco a poco se fueron sumando a la idea de participar en el derrocamiento del Gobierno.

[20] Mónica González, *La conjura. Los mil y un días del golpe* (Santiago: Catalonia, UDP, 2012), p. 153.

Constituye la expresión más clara de los dilemas militares en cuanto a la subordinación al poder civil; eran moneda corriente en esos años cuando los civiles les preguntaban a los militares si ellos harían algo para cambiar la situación del país. Puede que en las conversaciones entre jefe y subordinado, entre Comandante en Jefe y el ministro o el Presidente, un uniformado pudiera expresar entre cuatro paredes opiniones sobre política y que incluso no recibiera amonestación si estas llegasen a diferir con las de su superior.

Pero aquí estamos en el mismo dilema del Tacnazo. Así como una huelga de uniformados tiene de inmediato una connotación política, la expresión pública de una opinión o la evaluación de si cumplir o no cumplir una orden, como ponderando si está de acuerdo con la letra y/o con el espíritu de la Constitución, sencillamente es participar directamente en política en una actitud que va más allá de la Constitución. Es lo que se llama deliberación. De ahí que las palabras de Pickering, entendidas más allá de la persona de carne y hueso y analizadas como parte del discurso militar, reflejaron la tendencia dominante del lenguaje de los uniformados hasta bien avanzado el gobierno de la Unidad Popular, les gustaran o no les gustaran las medidas que se tomaran (y al comienzo había opiniones mixtas en las mismas personas). Por lo demás, la muerte del general Schneider no hizo sino fortalecer la decisión de los oficiales, o de la abrumadora mayoría de ellos, por obedecer la letra de la Constitución, lo que suponía subordinarse a la autoridad del Gobierno elegido de acuerdo a los procedimientos legales. Podía ser tanto una actitud de acomodación como una profesión de fe.

Estas consideraciones son necesarias para poner en su debida proporción todas las versiones que se refieren a una larga conspiración entretejida desde antes de las elecciones de 1970. La CIA, la doctrina de la seguridad nacional, los cantos de sirena de los grupos que en Chile se sentían amenazados, las ambiciones de mando y lucimiento de algunos jefes militares, todo ello ocupaba naturalmente su lugar. Creemos, sin embargo, que no es lo decisivo, no era el cemento que unió todos los hilos en una lógica conspirativa. Lo fue, en cambio, la crisis política que estaba latente quizás desde 1970, pero que fue adquiriendo un rostro mucho más cotidiano en el curso de los tres años del gobierno de la Unidad Popular. El dilema de fondo implicaba un profundo quiebre del Estado y la sociedad chilena, se viera positiva o negativamente el proyecto de la Unidad Popular.

Hubiera sido muy raro que este dilema no hubiese al mismo tiempo carcomido las bases doctrinales y morales en las que se basaba la arquitectura de la obediencia de la Constitución. No se debe olvidar, al mismo tiempo, lo que hemos señalado acerca de que los militares eran alentados y halagados de una u otra manera por las

dos grandes fuerzas que se configuraron en estos años. Es en este sentido también que adquiere relevancia la llamada atmósfera de Guerra Fría, en la cual los acontecimientos nacionales eran leídos por los chilenos como parte de un dilema mayor. En gran medida, en efecto, así lo era. El mismo gabinete con participación militar de noviembre de 1972 fue una respuesta a este dilema y a la crisis nacional ya desatada a partir del Paro de Octubre. Hemos denominado a este período como "guerra civil política", que comprometió a las mismas familias de los uniformados.

Hemos visto cómo esta actitud de cortejar a las fuerzas armadas fue un aspecto más o menos sutil y bastante decisivo en el transcurso de estos años. Esto se expresaba, entre otros campos, en uno semántico, en la lucha por decir quién fortalecía y quién dañaba la "seguridad nacional". Se ha hablado mucho acerca de que se trataba de una doctrina impuesta por el Pentágono. Sin negar que hay que conceder algún peso a que los militares norteamericanos y los teóricos de la defensa norteamericana lo usaban profusamente y que eso se había traspasado también a los militares latinoamericanos, no hay que olvidar las raíces del tema. El concepto de seguridad nacional, que el mismo Allende alababa mucho, suponía al menos en principio la vigencia de un orden institucional. Suponía también el estado de excepción y normas para regirse durante la vigencia del mismo.

El problema es que cuando está acompañada de una crisis o deterioro político, la excepción se convierte en una regla, se convierte en la experiencia cotidiana. Todo deviene en seguridad. En el grueso de la literatura sobre estos temas no se menciona, sin embargo, que no ha habido régimen más perfecto de seguridad nacional, entendida de la misma manera de cotidianeidad de la excepción, que la de los sistemas marxistas y en general la de las dictaduras totalitarias. El problema político y moral del antimarxismo cuando se enfilaba por este rumbo era que calificaba la seguridad siguiendo el metro del enemigo. Vale decir, existía una suerte de mímesis con el enemigo, en esta antigua realidad de que los opuestos se parecen. Al final, resultó que la seguridad nacional se transformó en una especie de ideología política para los uniformados.

Por eso hay que entender las actividades de conspiración como un proceso paulatino que a veces partían de la iniciativa de pequeños grupos de oficiales motivados por una emoción antimarxista y nacionalista. A veces fueron algunos altos oficiales que conversaban con otros y que formaban redes de comunidad de enfoque, que poco a poco fueron convergiendo hacia una deliberación, la que, aunque no emergiera ante el público, era inevitablemente conspirativa. Uno de los frenos más efectivos contra cualquier aventurerismo era el temor a que parte de los suboficiales no obedeciera las órdenes. Esto ha paralizado siempre la gran mayoría de los gol-

pes de estado fracasados. Otras veces ha sido el punto de inicio de una revolución política y social.

Para comprender la situación de 1973, no se puede dejar de ver la contraparte, es decir, la penetración de grupos políticos en la base de la pirámide militar, en suboficiales y tropa. Esto era una especie de espada de Damocles de la cual los servicios de inteligencia de las respectivas armas estaban muy conscientes e incluso es probable que conocieran algo de su organización y de sus miembros. Existían también núcleos de oficiales, en especial en la FACH como se vio después, que estaban identificados con el proyecto de la Unidad Popular y que trabajaban por desbaratar o más bien informar acerca de todo lo que veían como sospechoso. En realidad, a mediados de 1973 se podría decir que una inmensa cantidad de oficiales y hasta de suboficiales estaba conversando, deliberando y a veces efectuando planes de "hacer algo" contra la Unidad Popular. Esto se daba especialmente en los oficiales intermedios: capitanes, mayores y tenientes coroneles, capitanes de corbeta y capitanes de fragata. La mediana graduación explica en parte el alzamiento del llamado Tancazo.

## El Tancazo: rebelión de los mandos intermedios

Al menos desde los días de la ENU de fines de marzo y comienzo de abril de 1973, los oficiales intermedios comenzaron a hablar abiertamente entre ellos y a veces con sus jefes. La reunión con el ministro Jorge Tapia mostró este ambiente levantisco que ya estaba y que tenía que ver con que el sector ahora valorara como propio el dilema político que estaba dividiendo profundamente al país. Surgía todo tipo de planes disparatados de acción. Como hemos visto, es probable que ya muchos oficiales y otro personal de algunas ramas colaboraran con los métodos de acción directa de algunos grupos de oposición. A veces esto era simple terrorismo, aunque todavía sin muertos. A veces los oficiales jóvenes conminaban a sus jefes a la acción. Estos preferían aguardar con prudencia o no comprometerse en los hechos y no tenían nada de claro qué se debería hacer.

El grupo que tenía más relación con los oficiales, que estaban siendo cada día más rebeldes, era Patria y Libertad. Operaba muy de cerca con núcleos de estos oficiales. Estos parecían a estas alturas, en mayo y junio, como una especie de logia informal que se preparaba para una revuelta. El servicio de inteligencia del Ejército detectó algo de estos movimientos y ordenó el arresto de un capitán, Sergio Rocha Aros, en el Ministerio de Defensa. El oficial pertenecía al Regimiento Blindados Nº 2.

La situación se complicó por un incidente banal y grotesco. El general Prats manejaba solo su auto el día 27 de junio, subiendo por la Costanera cerca de Pedro de Valdivia, cuando percibió que desde otro auto se acercaban y lo amenazaban. Lo que sucedió a continuación es confuso y si era difícil de contar y explicar en ese entonces, permanece más en la telaraña 40 años después. El general se bajó del auto y disparó a las ruedas del otro auto, del cual emergió una mujer, Alejandrina Cox, quien, según el testimonio de Prats, se disculpó inmediatamente ante él. Existe una versión que indica que el incidente fue fabricado por un grupo de oposición, es decir, se trató de una encerrona para dejar en ridículo al general.[21] Quizás. En esos días, la sociedad civil de oposición estaba bastante sublevada y deslenguada, con los ánimos enardecidos. Cuando en la calle divisaban a alguien que identificaban como un dirigente de la Unidad Popular, comenzaban los gritos indignados y soeces. Incluso en ceremonias oficiales, de la Escuela Naval, por ejemplo, desde las galerías o desde el público general surgían pifias al Presidente, algo antes inimaginable. En todo caso, un nutrido grupo de caminantes, concertados o no, se acercó a Prats a increparlo e insultarlo. Desde fines de 1972, el sentimiento opositor lo había identificado no incorrectamente como inclinado al proyecto de la Unidad Popular.[22]

Si bien Prats no recibió golpes físicos, fue una situación bastante indigna y la debe haber sentido como una terrible e injusta humillación. Un taxi lo rescató y lo llevó a La Moneda, en donde le presentó de inmediato la renuncia a Allende. Este la rechazó de plano y, quizás aprovechando las noticias acerca de los arrestos en el Ejército y para rescatar a Prats del bochorno no provocado en el que había caído, declaró zona de emergencia en Santiago. Prats ordenó destituir al comandante del Regimiento Blindados N° 2, Roberto Souper Onfray. Este se negó a entregar el mando y, el 29 de junio, en conjunto con un grupo de subordinados que evidentemente tenían planificado algo, aunque quizás no para ese día, salieron a la calle y dirigieron nueve tanques hacia La Moneda.

Los relatos que hay sobre lo que sucedió a continuación combinan lo terrible con lo cómico. Se apuntaba que los tanques se detenían en las luces rojas; que un tanque se quedó sin combustible y entró a reabastecerse a una estación bencinera,

---

[21] González, *La conjura*, p. 184.

[22] Los eventos de ese día 27 de junio son narrados por el mismo general: Prats, *Memorias*, pp. 414-417. También Margaret Power, quien obtuvo el testimonio directo de Alejandrina Cox, cuenta estos hechos en *La mujer de derecha: el poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2008; original en inglés, 2002), pp. 246-250. Según Cox, el acto no fue premeditado y ella ha sentido gran culpa desde el asesinato de Prats por parte de la DINA en 1974, del cual se siente indirectamente responsable.

donde después de un forcejeo verbal aceptaron llenar el tanque del vehículo militar sin recibir nada a cambio. Al llegar al Ministerio de Defensa entraron en él y liberaron al capitán Rocha. Otra leyenda quiere hacer saber que el jefe de la guardia presidencial de Carabineros, teniente Pérez, gritó —según Allende—: "¡La guardia muere, pero no se rinde, mierda!" Los detalles son poco creíbles, aunque quizás no se puedan desechar del todo en el ambiente surrealista que se comenzaba a vivir. De hecho, hubo un intercambio de disparos entre soldados y un grupo de carabineros encabezados por un oficial, pero estos últimos estaban localizados en el edificio Norambuena. No se informó de ningún fallecido ni herido en el Cuerpo de Carabineros. No hubo en el centro enfrentamiento con las fuerzas del Ejército que Prats, el general Augusto Pinochet y el general Mario Sepúlveda estaban enviando para sofocar la revuelta. La llegada del mismo Prats y de otros jefes fue poco a poco desalentando a los sublevados, quienes empezaron a entregarse o a regresar al regimiento.

Había quedado un reguero de muertos en el centro, a pesar de que las ametralladoras pesadas no siempre usaron balas de guerra, así como los tanques disparan municiones fingidas. Hay una escena famosa que recorrió el mundo, de un camarógrafo sueco-argentino, Leonardo Henrichsen, que filmó la escena en el momento en que un militar le disparó directamente. Filmó su propia muerte.[23] Da la impresión de que el fuego cruzado más intenso fue el que se desarrolló entre los sublevados y los francotiradores que rodeaban a La Moneda, que pertenecían al aparato de protección de Allende, un grupo que estaba fuera de la legalidad. Para el caso de los oficiales rebeldes, se trataba de una banda armada. Hubo 22 fallecidos, según declaró el Gobierno, 7 de ellos militares, al parecer muertos por sus compañeros al regresar al Blindados, en el único enfrentamiento directo que habría habido entre fuerzas militares.[24]

De un plumazo Prats recuperó su autoridad. El alto mando, incluyendo a Pinochet, pareció cohesionado en torno a él. Allende, acompañado de su GAP y de su edecán naval, el comandante Araya, arribó a La Moneda cuando la sublevación acababa de ser dominada. Había intentado llegar antes, pero fue disuadido por su gente, que le hizo ver lo peligroso de la situación. Él veía el simbolismo de la casa

[23] Existe un documental sobre Henrichsen y su desgraciada muerte: *Imagen Final,* dirigida por Andrés Habegger (Argentina, Chile, Dinamarca, Suecia: 2008). El documental *La Batalla de Chile: el golpe de estado* (1975), del director chileno Patricio Guzmán, muestra abundantes escenas filmadas en el transcurso del cuartelazo.

[24] Un relato relativamente detallado de los sucesos del 29 de junio en Carlos Prats, *Memorias. Testimonio de un soldado* (Santiago: Pehuén, 1985), pp. 417-423.

presidencial. Previamente desde la radio había animado a sus leales, incluyendo a los uniformados "constitucionalistas". Había agregado una frase que rebotó en pocos días: "En caso necesario, armas tendrá el pueblo".[25] Se entendió que existía una reserva en armas que se podía repartir a unidades de militantes de la Unidad Popular, para apoyar a los "militares constitucionalistas"; también se entendió como que había en potencia (o en acto) un ejército irregular. Se le cobrarían mucho a Allende estas palabras. Avivaron el fuego.

Al transcurrir la tarde, parecía que la Unidad Popular había obtenido el codiciado triunfo decisivo. Había sucedido la "Bahía Cochinos" de Chile, es decir, la intentona de derrocamiento fracasada que consolidaba al proceso revolucionario, en alusión a la abortada invasión de exiliados anticastristas a Cuba, en abril de 1961. Al atardecer, Allende se dirigió a una ardiente concentración en la Plaza de la Constitución. En un gesto audaz, hizo asomarse a los comandantes en jefe de las tres armas, como políticos cualquiera, algo que no les gustaba. Por lo menos no a Ruiz ni a Montero. No era el momento de oponerse.

La multitud rugía. Allende exaltó la acción de Prats, de Pickering, de Sepúlveda y nombró también al pasar a Pinochet. Le interesó mucho destacar el apoyo recibido por las fuerzas armadas. Contó que Fidel Castro lo había llamado para felicitarlo por el apoyo de los militares. En general, Allende usó su estilo pedagógico para narrar los hechos. De la multitud surgían gritos más o menos coordinados para cerrar de una vez por todas el Parlamento. No pocos en la Unidad Popular pensaron que era el momento de dar un paso adelante, ya que, juzgaban bien, la oposición había quedado desalentada. La Democracia Cristiana había emitido una condena a la intentona en la que se apoyaba el orden institucional, palabras pronunciadas probablemente con honestidad. Allende, aun reconociendo que algunos opositores quizás no estaban con la rebelión, resumía lo que había sucedido con las siguientes palabras:

> El pueblo debe recordar que en el gran acto que realizáramos el jueves 21 expliqué que este país estaba potencialmente en insurrección y al borde de la guerra civil. Que los sectores de la alta burguesía y del fascismo coludidos con intereses foráneos, pretendían poner atajo a la marcha del Gobierno e impedir la consolidación en el campo económico del Gobierno Popular (…) Señalé cómo querían paralizar al Estado, negándole las leyes esenciales que se necesitaban para hacer frente a la hora difícil por que atravesamos y tendremos que pasar. Hice presente que era para nosotros una preocupación básica el obtener leyes que permitieran tomar las medidas para atajar el proceso inflacionista e impedir que este cayera en una vorágine incontrolada. Y

25 Ascanio Cavallo, *Memorias. Cardenal Raúl Silva Henríquez* (Santiago: Copygraph, 1991), Tomo II, p. 258.

> destaqué el despacho de leyes sin financiamiento y la negativa a dictar la ley sobre delito económico. De la misma manera que hice un recuento de las acciones terroristas desatadas tratando de crear el pánico, destruyendo locales partidarios, atentando contra militantes de la Unidad Popular o de la izquierda.[26]

Allende no renunciaba a la calificación de fascista, el apelativo infamante más preferido por la izquierda marxista en el siglo XX, más que capitalismo y burguesía, más que reacción. Con todo, lo que destaca es su identificación con el mando de las fuerzas armadas, en especial del Ejército. Aquí estaba el centro de su estrategia, mantener a las cabezas de aquel dentro de su equipo y en lo posible de su proyecto. En segundo lugar, Allende estaba consciente de que todavía pisaba sobre huevos y de que la situación en las fuerzas armadas era inestable. No quería que su gente efectuara provocaciones y llamaba continuamente a la calma.

El Tancazo reveló una realidad que se movía como lava. La rebelión fue derrotada con toda facilidad, pero su raíz no fue tocada. No fue como el asesinato de Schneider, que aseguró a Allende el acatamiento de los militares; no fue otra Bahía Cochinos. Un hecho llama la atención. La sublevación y las raíces que tenía, que indican que la idea original era la sublevación de más unidades, era una empresa de oficiales de mediana graduación, más bien jóvenes, que se sentían separados del alto mando, muchas veces abandonados en medio de la crisis nacional que estaba comprometiendo sus propias emociones. Demostraba que el espíritu de soviet —esto es, un estado de deliberaciones que lleva a romper la cadena de mando— estaba presente en los cuarteles y en las unidades de las fuerzas armadas. Si ello era así, entonces era cuestión de tiempo para que empezase a suceder con los suboficiales. En Valparaíso, cuando los oficiales de la Armada supieron las noticias de la sublevación, se reunieron en una especie de asamblea, para hacer algo en apoyo a "sus camaradas del Ejército", quizás tomarse Viña del Mar y otras ideas alocadas en ese contexto.

Todo esto mostraba un ambiente de exaltación que ninguna teoría de la conspiración podría explicar. En el caso de la Armada, el almirante Ismael Huerta debió concurrir a esa reunión, sin ser invitado, para calmar los ánimos y convencerlos de que el camino que estaban pensando tomar estaba equivocado. El precio de hacer retornar a los oficiales a la obediencia era "hacer algo" y esto consistía en que ahora los jefes debían convertirse en portavoces de este sentimiento más que levantisco que estaba dominando los espíritus. Hechos similares se vieron en esos momentos en la FACH y es posible que en muchas unidades del Ejército a lo largo del país. De

[26] Salvador Allende, "Discurso al pueblo del 29 de junio de 1973", en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 6, p. 4.774.

hecho, en la Escuela de Suboficiales en Santiago, al coronel Julio Canessa Robert le costó convencer a los oficiales para salir a la calle a apagar la sublevación.[27]

La lección que creyeron recoger muchos en el mando, sobre todo quienes no tenían nada de clara su identificación con el Gobierno o que ya estaban en un sentimiento de radical oposición, era que debían encabezar "algo". De otra manera, una situación anárquica se entronizaría en las fuerzas armadas. Aunque es cierto que en el Ejército, y también probablemente en Carabineros, había oficiales que solo querían continuar con la rutina, los que ya se estaban pronunciando públicamente, entre ellos, en conversaciones y reuniones, eran todos partidarios de intervenir contra el Gobierno, de hacerse a la idea de derrocarlo, de que efectuar un golpe no era un hecho ilegal, sino que una suerte de posibilidad de salvación del país. Los que eran simpatizantes del proyecto de la Unidad Popular ya actuaban como si estuvieran en el clandestinaje. Había otros que ahora tomaban como refugio lo de ser "constitucionalista". A esas alturas, significaba sencillamente no opinar, o bien, una ligera simpatía, más o menos escondida, por las ideas de la Unidad Popular.

En Chile, y especialmente en un público extranjero que miraba con mucho interés lo que pasaba en la larga y angosta faja, el Tancazo fue visto como la contrapartida de Uruguay, donde un par de días antes los militares habían dado un "golpe blanco", cerrando el Congreso y apoyando una dictadura del Presidente Juan María Bordaberry, en un proyecto autoritario que pretendía ser de largo plazo. Hubo hechos que en un comienzo parecieron confirmar esta idea de la derrota opositora. Los diarios *El Mercurio* y *La Prensa* experimentaron una fuerte censura. El Gobierno quiso ejercer algunas facultades legales para seguir con el juicio anterior que le permitió allanar las oficinas del director de *El Mercurio*, hasta que este recibió el apoyo de la justicia. El diario *Tribuna* y algunas radios también fueron completamente clausurados por algunos días. El diario *La Nación* exigió el cierre definitivo de todos estos medios por ser traidores al servicio de la CIA —entidad que aparecía mucho en las acusaciones de la izquierda— y que en la clausura se incluyera la "televisión al estilo del fascista Hasbún".[28]

El Gobierno pidió al Congreso estado de sitio y al parecer había recibido señales positivas de la Democracia Cristiana. Luego, esta echó pie atrás, ya que ello le entregaría al Ejecutivo armas formidables en la lucha de poder en un ambiente en que ningún bando confiaba en el otro. La misma clausura de medios de comunica-

[27] Prats, *Memorias*, pp. 418-419.
[28] *La Nación*, 30 de junio de 1973.

ción alentó esta posición. La petición del Gobierno fue rechazada por la Cámara y el Senado, instancias necesarias para que pudiese entrar en vigor. A continuación, en una actitud que podría parecer contradictoria, el Gobierno puso fin a las zonas de emergencia a lo largo del país, explicando que todo se había normalizado. El senador Rafael Moreno decía que si no se necesitaba la zona de emergencia esto era una prueba de que el Gobierno buscaba instaurar una dictadura por medio del estado de sitio.[29] La respuesta de Allende fue un cambio ministerial —los ministros Bitar y Figueroa acababan de ser destituidos por el Senado— y, contra algunas expectativas, no se incluyó a las fuerzas armadas. Poco había cambiado, aunque la Unidad Popular como coalición perdía al igual que los partidos de oposición.

Es probable que Allende se diera cuenta de que su situación seguía exactamente igual, que todo estaba al borde de un volcán. En realidad, el Tancazo fue más importante para el desarrollo de los acontecimientos que llevarían al golpe que lo que comúnmente se cree. Apartar a unos pocos oficiales de grado intermedio del Ejército no se asemejaba a una purga. Al revés, desató la deliberación formal e informal dentro de los cuarteles entre los oficiales de rango intermedio. En el alto mando de las tres ramas, e incluso entre algunos generales de Carabineros, se comenzó a hablar de que algo había que hacer y establecieron un programa para este fin. En los días siguientes, en el Ministerio de Defensa, varios almirantes y generales de la FACH se juntaron en una oficina de manera improvisada, casi espontánea, urgidos por la necesidad de "hacer algo", sin tener ningún plan concreto todavía. Esta es la raíz más importante del 11 de septiembre, si tomamos el período que va entre el Tancazo y el golpe. Generales y almirantes llegaron a la convicción de que, de seguir las cosas como estaban, las instituciones se les iban a disolver delante de sus ojos. La indisciplina inevitablemente se esparciría a los suboficiales y finalmente a la tropa.

El alto mando y muchos oficiales sacaron una lección adicional de los hechos. Nadie sabía cómo reaccionarían oficiales y tropas en caso de combate. Eran tan pocas las oportunidades que había habido en el siglo XX que ya estaba olvidado lo que era estar bajo el fuego de una ametralladora pesada. La unidad en rebelión había actuado sin mayores problemas; incluso, algunos suboficiales habían sido parte de la intentona. La conclusión evidente era que si se actuaba en conjunto, de manera coordinada, y más todavía entre las diversas ramas, toda la tropa iba a obedecer y las fuerzas armadas podrían confrontar perfectamente una situación de mayores combates si es que aparecía la ocasión. Estaban identificados además los centros

[29] *La Prensa*, 5 de julio de 1973.

de francotiradores, nada demasiado temible para un ejército que atacara de manera contundente. El pueblo de izquierda que iba a emerger de los cordones industriales se tomó muchas empresas ese día, que no serían devueltas en los dos meses que siguieron, pero llegó al centro de Santiago una vez que habían terminado todos los combates y se había restablecido el orden.[30]



[30] Muchos años después, Erich Schnake, que era uno de los que debían organizar la resistencia a un golpe presunto, haría esta misma observación. *Schnake: un socialista con historia. Memorias* (Santiago: Aguilar, 2004), p. 208. Esta realidad tampoco se le escapó a Sergio Onofre Jarpa, quien afirmó en una entrevista en los días posteriores al cuartelazo que la razón por la cual no hubo mayor participación popular en la refriega fue que "el pueblo no estaba contra las Fuerzas Armadas ni a favor del Gobierno". *Qué Pasa*, 5 de julio de 1973.

# Capítulo XXV
# Grietas sin remedio: paro con todo, negociaciones desganadas, preparativos

## Paro en medio de remolinos

Esta vez llegó con todo y muy bien organizado desde un primer momento. No se trataba de la espontaneidad del Paro de Octubre. En la mayoría de los relatos aparece como el fruto de una acción premeditada, un plan racional, elaborado hasta el más mínimo detalle para culminar con el derrocamiento de Allende. Se olvida la incertidumbre en la cual estaban envueltos todos los actores. Además, la oposición sentía con no poca razón que actuaba de espaldas contra la pared, ya que la otra parte había demostrado más capacidad de resistencia con cada vez menores recursos. Aunque minoría en las elecciones, la Unidad Popular siguió mostrando la posibilidad de movilizar a grandes multitudes en concentraciones, algo que siempre impresionaba al público. La sociedad civil de oposición, aunque movilizada como nunca antes lo había estado y como quizás pase mucho tiempo antes de que lo vuelva a estar, si es que sucede, no tenía esta capacidad para convocar multitudes. No era su estilo.

El Paro Final se lanzó en un momento dramático, como si faltaran situaciones de este tipo. Comenzó a la medianoche del 25 de julio de 1973, liderado también por el presidente de la Confederación de Dueños de Camiones de Chile, León Vilarín. Él solo podía disponer de quince mil camiones. Un total de 198 sindicatos lo seguían a lo largo del país.[1] ¿Las razones? El gremio del transporte sostenía que el Gobierno no había respondido a las promesas del gabinete encabezado por el general Carlos Prats en noviembre anterior. Los reclamos dicen mucho acerca del estado de la situación. Exigían que se les vendieran camiones, que se les autorizara un cupo de divisas para importar repuestos, que se les vendieran neumáticos. También demandaban que se vendieran al sector privado más de dos mil camiones, entregados

[1] *El Mercurio*, 26 de julio de 1973.

por el Gobierno tanto a una entidad estatal como a empresas intervenidas con el propósito de ir soslayando y finalmente hacer quebrar a los propietarios particulares. Los reclamos habían ido creciendo. Incluso pedían ahora una ley y hasta una reforma constitucional que garantizara en sus derechos al gremio del transporte.[2] En parte, tejo pasado, en parte, correspondía al profundo foso de desconfianza que había dividido a los dos Chile. Hasta cierto punto era porque la oposición creía no sin cierta justificación que la Unidad Popular solo podía continuar existiendo si avanzaba en su proyecto. Al final, esto significaba la aniquilación al menos de la mediana empresa privada y, como consecuencia de ello, el fin de los medios de comunicación de los que podían disponer.

Para el Gobierno se trataba de un acto político y aseguraba haber cumplido con todas las promesas. Las fuerzas de la Unidad Popular estaban esperando el paro y habían hecho sus preparativos. Tenía bastante vigor el MOPARE, Movimiento Patriótico de Renovación Gremial, que agrupaba a sindicatos de transporte y aseguraba tener 22 mil camiones. Su directiva afirmaba que la entidad "lucha y luchará siempre contra la inmoralidad, la corrupción y el gangsterismo dentro del gremio camionero".[3] Los números y los mismos hechos de los reclamos y justificaciones de ambas partes son imposibles de comprobar. Como hemos dicho, el Gobierno y la Unidad Popular no echaban pie atrás; por otro lado, el fisco a esas alturas ya casi no tenía divisas y la importación de camiones y de repuestos se hacía muy difícil, aunque los sucesivos gobiernos argentinos, de diverso signo, le habían dado bastante crédito para ello. Igualmente, el Gobierno pudo suscribir un convenio con Pegaso España, que para eso las relaciones con el régimen de Franco eran extraordinariamente buenas dadas las circunstancias.[4]

Concertado por razones políticas o no, este paro que resultó final, que no cejó hasta el 11 de septiembre, respondía en primer lugar, nos parece, a la profunda polarización.[5] Esta no es una mera división en corrientes. A toda democracia le es

---

[2] *Ercilla*, semana del 1 al 7 de agosto de 1973.

[3] *El Siglo*, 27 de julio de 1973.

[4] Joaquín Fermandois, *Chile y el mundo 1970-1973. La política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985), pp. 388-389; Pedro Martínez Lillo y María José Henríquez, "Salvador Allende Gossens. Un Presidente socialista en la retina de la España franquista", en Pedro Milos y otros, *Salvador Allende. Fragmentos para una historia* (Santiago: Fundación Salvador Allende, 2008), pp. 177-178.

[5] Una caricatura de Lukas aparecida en la "Revista del Domingo" (suplemento de *El Mercurio*), del 22 de julio de 1973, mostraba a dos hombres adultos mirando el monumento a Manuel Montt y Antonio Varas ubicado en el centro de Santiago. Aprovechando el hecho de que las partes frontales

inherente la articulación en al menos dos sectores que tienen que diferir en una serie de temas. Si eso no ocurre, el observador tendrá sus dudas acerca del carácter democrático de ese país. Tendrá sus dudas también cuando encuentra a la sociedad fragmentada en dos sectores que se miran como radicalmente enemigos y que actúan como tal, con tomas, violencia, paralización y el sentimiento de jugarse el destino en esas acciones. En lo esencial, la sangre no llegaba al río, aunque hubo una veintena de muertos en los cuarenta días que siguieron.[6]

En efecto, al igual que en el Paro de Octubre, los camioneros no se quedaron chicos en lo de ser aguerridos. Estaban muy bien organizados. Esta vez los camiones no se detuvieron en la hora cero el día 25 de julio en el lugar en que estuvieran, donde era fácil que los requisara la autoridad pública. Tenían disponibles muchos espacios a lo largo del país, en terrenos baldíos o en campos y fundos donde sus propietarios se los facilitaban con el mayor gusto. Estas concentraciones se convirtieron en verdaderos campamentos a los cuales no era bueno para un militante de la Unidad Popular acercarse, por la ferocidad con que podían ser atacados. Al igual que en muchos campamentos y tomas llevadas a cabo por las fuerzas de la Unidad Popular, en los campamentos de los camioneros se respiraba un ambiente paramilitar. Confluían aquí también la juventud ligada a Patria y Libertad, esta más diezmada después de la intentona del 29 de junio y al Comando Rolando Matus, esta organizada de manera más caótica, obedeciendo a caudillos locales, pero a la vez más articulada con la oposición política, con los gremios y, al final, con muchos otros jóvenes movilizados y aventureros, hombres y mujeres. En parte, estaban enrabiados por la situación, también entusiasmados y fascinados por la experiencia que tenía mucho de lúdica y también de jugar a la guerra, no muy distinto en algunos sentidos a su contraparte de la extrema izquierda.

Los camioneros y los sectores activos de la oposición, especialmente los antes nombrados, llevaron a cabo una vasta acción de hechos violentos para acentuar el paro: sabotaje de caminos, bombas en vías públicas, en puentes, líneas eléctricas. A mediados de agosto, incluso Allende fue interrumpido en uno de sus discursos en el

de las estatuas de ambos personajes miran en direcciones opuestas, el caricaturista pone en boca de uno de sus personajes una frase muy representativa del ambiente que se vivía entonces: "¡Qué tiempos estamos viviendo!... Hasta Montt y Varas parece que están peleados".

[6] De acuerdo a un recuento bastante detallado, entre el inicio del Paro y el 11 de septiembre murieron 21 personas en hechos de violencia política, aunque no todos ellos estuvieron relacionados directamente con esta movilización. Patricia Arancibia Clavel, María de los Ángeles Aylwin Ramírez, Soledad Reyes del Villar, *Los hechos de violencia en Chile: del discurso a la acción* (Santiago: Libertad y Desarrollo, Universidad Finis Terrae, 2003), pp. 493-565.

que, con mucho drama, quería mostrar la gravedad de la situación. La zona central quedó a oscuras, expresando de una manera muy gráfica el peligro de la situación.[7] El Gobierno había amenazado con acciones duras, de requisición, de querellas que llevaron nuevamente al arresto de Vilarín. Comenzaron a adherirse otros gremios, a veces en paros por 24 horas. Destacaron aquí sectores de la salud, aunque más concentrado en los médicos. Los sectores universitarios de oposición fueron muy activos en toda esta pugna. Incluso la CUT de Santiago, decidoramente dirigida por un democratacristiano, Manuel Rodríguez, convocó a un paro por el día, aunque ignoramos su impacto.[8]

Un papel particular desempeñaron las federaciones de estudiantes de la Universidad Católica de Chile y de la Universidad Católica de Valparaíso. La primera, cuya figura de referencia era el líder gremialista Jaime Guzmán, titulado de abogado en 1968, estaba colocada en el ojo del huracán. Se vinculaba al estado mayor de la movilización, junto a los líderes gremiales y jefes empresariales. Estuvo también en línea muy directa con la Democracia Cristiana, hermanos-enemigos, habiendo tomado tantas relaciones con los sindicatos, especialmente con los obreros de El Teniente, toda una experiencia. La FEUC estaba convirtiéndose en un gran actor, dando ánimo a un movimiento que a veces desfallecía. El caso de la FEUC-V puede ser en un sentido más representativo. A fines de 1972 había triunfado, sin ambages, la derecha. Eran sumamente combativos, hombres de acción, un tipo humano distinto de sus congéneres de Santiago. Ocupaban por períodos intermitentes la Casa Central de la Universidad Católica en Avenida Brasil desde mediados de año, un lugar bastante estratégico de la ciudad para los fines de paralizarla con desórdenes. La federación se articuló mucho con los gremios de camioneros y algunos de sus miembros, organizados en verdaderos comandos extremistas, se encargaban de paralizar a camioneros que podían romper la huelga.

El Gobierno y la Unidad Popular intentaron, con el MOPARE y con el activismo de la CUT, mantener en acción y en movimiento al país. Su éxito fue, sin embargo, muy limitado. El paro del transporte, sumado a que la capacidad de respuesta económica del país estaba llegando a sus más extremos límites, hizo que gradualmente la parálisis económica comenzara a afectar seriamente el abastecimiento, más allá de lo que pudiera ser el mercado negro cada día más caro. Escaseaban

[7] El corte de energía fue producto de un atentado dinamitero contra una torre de alta tensión ubicada en las afueras de Santiago, casi con toda seguridad obra de Patria y Libertad. *El Siglo*, 14 de agosto de 1973.

[8] *El Mercurio*, 20 de agosto de 1973.

el combustible y los alimentos de primera necesidad; comenzó en la práctica una suerte de racionamiento para todos, el que a su vez alentó todavía más el mercado negro. El Gobierno no escondía ninguna de las cuitas y culpaba de todo a un plan sedicioso. El director de la DIRINCO, Patricio Palma Cousiño, anunciaba a comienzos de agosto que muy luego se sentirían los efectos del paro en las provincias, atribuyendo especial responsabilidad a los bloqueos de caminos.[9] El presidente de la CUT, Luis Figueroa, llamó a declararles la guerra a los camioneros para controlar las carreteras. No se le ocultaba a las autoridades que no era puramente tema de los camioneros. Existía también la voluntad en los gremios y organizaciones, en las grandes empresas que todavía no habían sido expropiadas o intervenidas, y en la mediana y hasta pequeña empresa o comercio, de arrebatarle al Gobierno el timón del país, ya fuera en un sentido figurado, forzándolo a renunciar a su proyecto, o en un sentido directo, obligándolo a dejar el poder.

El ministro del Interior, Carlos Briones, decía que "esta ola desatada de terrorismo y violencia nunca antes vista en Chile está íntimamente ligada con el paro de los transportistas".[10] No toda la violencia venía de la oposición. Mucha de ella se desprendía de constantes enfrentamientos entre grupos de izquierda y derecha, cuya filiación es imposible de esclarecer. Fue uno de estos hechos el que aparentemente provocó la muerte del edecán Arturo Araya en la madrugada del 27 de julio, un día después de iniciado de paro.[11] En noviembre anterior, Patria y Libertad le había colocado una bomba inofensiva pero simbólica al contraalmirante Ismael Huerta; en la madrugada del 15 de julio de 1973, parece ser que un grupo de izquierda le puso una bomba más real, provocando daños en su casa.[12] El paro de transporte le colocaba una atmósfera ideal para el sentimiento de exasperación y para reunir fuerzas con vistas a cambiar drásticamente las cosas.

A mediados de agosto, el Gobierno se decidió por una política firme de requisar los camiones. El subsecretario del ministerio de Obras Públicas, el socialista Jaime Faivovich Waissbluth, fue el encargado de efectuar esta labor y a lo largo del país, a raíz de las sucesivas declaraciones de zonas de emergencia, eran delegados

---

[9] *La Nación*, 3 de agosto de 1973.

[10] *La Nación*, 8 de agosto de 1973.

[11] Sobre el asesinato de Araya, Luis Jerez, *Ilusiones y quebrantos (Desde la memoria de un militante socialista)* (Santiago: Forja, 2007), pp. 324-326; Jorge Magasich, *Los que dijeron "No". Historia del movimiento de los marinos antigolpistas de 1973* (Santiago: LOM, 2008), Tomo II, pp. 21-37.

[12] Ismael Huerta Díaz, *Volvería a ser marino* (Santiago: Andrés Bello, 1988), Tomo II, pp. 54-ss. Jorge Magasich cuenta otra versión en *Los que dijeron "No",* Tomo II, pp. 16-21.

militares los que tenían que aplicar esta medida. Estos últimos lo hacían de buena y mala gana. En la zona de Valparaíso, el oficial de marina encargado de llevarla a cabo simplemente constataba que no se podían mover los camiones y que por lo mismo no era posible implementar la orden. Faivovich había sido destituido por el Congreso como intendente de Santiago en abril. El Gobierno efectuaba afirmaciones poco creíbles, como, por ejemplo, que en El Monte se habían requisado 1.600 camiones.[13] Los camioneros estaban muy preparados para esta circunstancia y le habían extraído las piezas vitales a camiones y micros. Y la situación se mantenía aproximadamente la misma.

A medida que la crisis nacional se hacía mas pronunciada por ondas sísmicas más o menos paralelas a estas, las exigencias de los transportistas iban subiendo de tono y siendo más directamente políticas. Los primeros días de septiembre una reunión de dirigentes de 17 provincias exigió que las fuerzas armadas y los partidos políticos adoptaran medidas para solucionar la caótica crisis. Además exigieron que "el Congreso Nacional (adopte) perentoriamente las medidas constitucionales y morales que corresponden a la alta investidura que se les ha confiado, en resguardo de nuestra libertad, soberanía y valores esenciales de nuestra nacionalidad". Y agregaban:

> Que los altos mandos de las fuerzas armadas quieren adoptar una clara, inmediata y definida actitud en defensa de los intereses de nuestra patria y de su seguridad nacional, rechazando los cargos ministeriales que los convierten en cómplices del colapso en que el gobierno de la UP ha sumido a Chile (…) solo bajo la conducción de quienes son los únicos capacitados para imponer orden, disciplina y verdad, será realidad la reconstrucción nacional con un apoyo desinteresado, patriótico y franco de los hombres de trabajo en este país (…) Que el actual gobierno no debe seguir dirigiendo los destinos del país, porque ha demostrado la imposibilidad de rectificar profundamente la conducción moral, política y económica de la Nación.[14]

No eran solo transportistas los que estaban aquí, porque el paro estaba siendo apoyado desde muchas partes, aunque de manera intermitente y también con algunos signos de cansancio. A estas alturas, los grupos confluían en exigir la sustitución del Gobierno en un llamado cada vez menos soterrado a la participación activa de las fuerzas armadas, en la estela de la declaración de la Cámara del 22 de agosto anterior. Hay que entender que este discurso también estaba acompañado por una contraparte que era la belicosidad sin compromisos de los líderes

[13] *El Siglo*, 11 de agosto de 1973.

[14] *El Mercurio*, 3 de septiembre de 1973.

políticos de la Unidad Popular. El senador Jaime Suárez Bastidas resumía la idea al decir que se trataba de un "paro criminal (que) está dañando sobre todo a los trabajadores y por eso se requiere que las medidas sean severas para sancionar a quienes cometen desmanes y afectan la economía nacional, como lo hace la banda de delincuentes dirigida por Vilarín".[15] Esto lo decían cuando el Gobierno se jugaba la carta por requisar los camiones en paro, utilizando para ello principalmente a las fuerzas armadas. Como sabemos, esta medida dio un pobre resultado, pero Allende y Briones estaban todo el tiempo siendo bombardeados por la exigencia de "mano firme". El Gobierno no atinaba bien de dónde tirar el hilo de la madeja. El Partido Comunista había manifestado poco antes que "derrotar a los sediciosos, hacer imposible el golpe de estado, aislar a los más reaccionarios y cerrarle el paso a la guerra civil, son objetivos inseparables, revolucionarios y patrióticos. Hay que terminar con el terrorismo y poner fin de inmediato al paro de los transportistas, aplicando las medidas más severas que el interés de Chile exige".[16] Hay que tener presente que esto se elevaba en medio del ambiente de drama tras el asesinato del edecán naval de Allende, el comandante Arturo Araya, que impresionó vivamente, en especial en las filas de la izquierda.

Una diferencia con el Paro de Octubre es que este no solo estaba más organizado —y la Unidad Popular también—, sino que además el papel dirigente de los grandes empresarios fue mayor. Destacan aquí personajes de primera línea, como Jorge Fontaine Aldunate, presidente de la Confederación de la Producción y el Comercio, y Orlando Sáenz Rojas, presidente de la Sociedad de Fomento Fabril, quien tuvo tanto o más protagonismo en los años anteriores.[17] Su presencia ayudó en la planificación y, hasta el final, a mantener el sentido estratégico para poner al Gobierno de rodillas y no alcanzar un mero triunfo táctico. Este último se miraba como una derrota, ya que en otros sentidos creían no sin razón que luchaban de espaldas contra la pared. Además, intuían que no tendrían una nueva posibilidad. La tercera sería la derrota final.

Los líderes del movimiento tenían muy claro que el límite entre el interés gremial y la acción política se había hecho prácticamente invisible y que el paro era una combinación de ambos. Jorge Fontaine declaraba a *El Mercurio* a principios de septiembre:

---

[15] *La Nación*, 14 de agosto de 1973.

[16] *El Siglo*, 9 de agosto de 1973.

[17] Sobre las ideas de Orlando Sáenz, *Un país en quiebra. 33 preguntas a Orlando Sáenz* (Santiago: Ediciones Portada, 1973).

> Mucho se ha discutido acerca de la línea divisoria entre la política y la actividad gremial (…) Lo concreto es lo siguiente: cuando un país libre y democrático se debate con valentía y decisión, a fin de evitar el dominio del marxismo-leninismo, es evidente que toda la acción gremial se va fundiendo y entrelazando con la acción política en el verdadero sentido de la palabra. Para ser más claro, me refiero a la acción política y no politiquera. En el momento actual y para dar un ejemplo: la inquietud fundamental de los gremios no es el de obtener un determinado reajuste de remuneraciones, en los casos de gremios laborales, o determinados mejoramientos en tarifas, abastecimientos, etc. en los gremios de la Confederación que presido, sino que, la lucha por la libertad, por el derecho a trabajar sin ser perseguido sectariamente y por el derecho a producir y a distribuir bienes y servicios bajo un régimen que respete el derecho y la individualidad.[18]

Es interesante atender a una declaración del ministro de Economía, José Cademartori, experto del Partido Comunista, quien afirmaba que había habido daños a la "seguridad nacional", expresándose en decenas de muertos, miles de heridos y cuantiosos daños a la riqueza del país, suponemos que en referencia a la totalidad del período de gobierno, y añadió: "Difícilmente se puede encontrar otro período de nuestra historia (donde haya estado) más amenazada la seguridad nacional. Los atentados contra oleoductos, plantas eléctricas, vías férreas, etc., afectan duramente la capacidad del país para defenderse de un eventual ataque exterior".[19] Son palabras que expresan mucho más allá quizás de la intención original, porque revelan el juego agonal que se daba en torno a la conciencia de las fuerzas armadas. Hemos registrado cómo la competencia por ser portavoz de la seguridad nacional fue una constante desde el primer momento del Gobierno, desde la reunión de Allende con los almirantes a mediados de septiembre de 1970 o la de los dirigentes comunistas con generales del Ejército un par de semanas después, de la cual ya hemos hablado. Existía la apelación a una fidelidad constitucional por parte de los dos bandos en Chile, si bien interpretando los hechos de una manera radicalmente distinta y ello no por simple capricho del momento.

Como sucede mucho, *a posteriori* las cosas se ven como una marcha incontenible hacia la crisis, en este caso como un *in crescendo* de las fuerzas de la oposición confabuladas para derrocar a la Unidad Popular. Esas fuerzas estaban llenas de incertidumbre y a veces flaqueaba la voluntad y la misma energía. "¿Hasta cuándo seguiremos en esto?" era un tipo de reacción bastante común, no solo entre los transportistas, sino que también en los sucesivos gremios, actividades y sectores que se unían al paro con

[18] *El Mercurio*, 5 de septiembre de 1973.
[19] *El Siglo*, 19 de agosto de 1973.

la esperanza de ver ya fuera una derrota política y completa del Gobierno, o su simple caída. Los recursos escaseaban. Se ha hablado mucho del financiamiento de la CIA, un tema que creemos se ha exagerado. Lo que aparece efectivamente en la documentación en que se basan todas las afirmaciones, es que el 20 de agosto de 1973 se autorizó un millón de dólares para ser empleado por los partidos políticos y las "organizaciones privadas" de la oposición, pero la suma no fue desembolsada.[20] Es indudable que en esa época un millón de dólares era una cantidad importante, más todavía puesta a circular a través del mercado negro, donde el dólar estaba alcanzando hasta diez veces su valor oficial. Sin embargo, ni siquiera ese monto explicaría el financiamiento de la huelga, en la que había que seguir pagando todos los sueldos y salarios del personal que colaboraba. Ni siquiera aportes de otro tipo de empresarios extranjeros, latinoamericanos en solidaridad con sus amigos chilenos —como se ha insinuado—, hubieran alcanzado para financiar un paro como este.[21]

Ya salvar a la Papelera era una tarea bastante cara. Mantener en funciones al paro requería de entusiasmo, de un sentido de la extrema urgencia y peligro, y de la fe en una probabilidad más o menos cierta de éxito. En lo sustancial, el paro fue mantenido por los propios empresarios, grandes, medianos y pequeños, para quienes sus recursos, o lo que estaban dispuestos a gastar en el empeño, se reducían a una cantidad cada día más insuficiente. En muchas empresas que paraban, los obreros que inicialmente apoyaban a sus jefes empezaban a vacilar. La misma duda corroía a no pocos pequeños y medianos empresarios, y los grandes también desesperaban a veces. Sin duda, esto debe haber reforzado la presión sobre las fuerzas armadas. A la vez, los oficiales que venían ya decididos a organizar un levantamiento veían que luchaban contra el tiempo para mantener despierto el espíritu rebelde en las imprescindibles fuerzas civiles que apoyarían un golpe encabezado por ellos.

## Negociar desde la más completa desconfianza: Allende, el Cardenal, Frei

Ha sido considerado el último intento por alcanzar un acuerdo negociado para descomprimir la crisis. En los últimos días de julio y primeros de agosto de 1973,

[20] U.S. Congress. Senate. Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities, *Covert Action in Chile, 1963-1973: Staff Report*. 94th Congress, 1st Session, 1975, pp. 59-61.

[21] Mónica González, *La conjura. Los mil y un días del golpe* (Santiago: Catalonia, UDP, 2012), p. 157.

hubo negociaciones formales entre Allende y la Democracia Cristiana para llegar a algún tipo de acuerdo. Los dirigentes del partido ya no eran del todo dueños de la situación en su propio campo. Los sentimientos y la pasión los arrastraban más allá quizás de lo que hubieran querido. En un momento dado, Aylwin tuvo que prohibir que miembros del partido que no estuvieran en la directiva hablaran con líderes de la Unidad Popular o altos miembros del Gobierno, ya fuera de manera oficial o informal, sobre la posibilidad de un acuerdo. Esto lo expondría a fuertes y aplastantes críticas de la base y de otros sectores de oposición.[22] Una parte del liderazgo —Renán Fuentealba, Bernardo Leighton, Radomiro Tomic, Ignacio Palma Vicuña— estaba dispuesta a sacrificar una parte de sus posiciones en aras de un acercamiento con la Unidad Popular. Otra parte de los líderes, entre los que estaba el mismo Frei, mantenían comunicaciones con algunos jefes militares y les daban a entender que veían con buenos ojos una actitud independiente por parte de los uniformados, vale decir, una intervención directa en política, aunque ello no implicara un golpe o no quisieran confesarse a sí mismos que sería un golpe.

Gabriel Valdés, que en esos momentos dirigía la sección de América Latina y el Caribe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), vino a Chile y se reunió con varios senadores de la Unidad Popular, ministros del Gobierno y con gente de su partido, aunque estaba ajeno a la atmósfera que se estaba viviendo en Chile. Signo del momento, una cena en la casa de Aniceto Rodríguez, el 26 de julio en la noche, finalizó abruptamente cuando se llamó por teléfono al ministro del Interior, que era uno de los comensales, pues habían recibido las primeras noticias del asesinato del comandante Araya. Se había dicho que el Partido Demócrata Cristiano ingresaría al gabinete y a cambio de ello no se opondría a la totalidad de las políticas del Gobierno. Da la impresión de que eran castillos en el aire. No había la serenidad de espíritu ni menos la confianza entre las partes como para llegar a ese punto.[23]

Parece que Allende le solicitó a la Iglesia intervenir como mediadora. Salvador Allende había llamado al Cardenal por primera vez en mayo para tratar de conversar directamente con Frei, cosa que este rehuía porque temía comprometerse, debilitando su posición. Las relaciones personales entre Allende y Frei habían quedado quebradas en 1964. El Presidente tenía muy claro que el líder de la Democracia Cristiana era

[22] Parte de lo que aquí se dice está en un libro de Arturo Valenzuela, quien en los años inmediatamente posteriores a estos acontecimientos se entrevistó con varios de los actores. Arturo Valenzuela, *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile* (Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press, 1978), pp. 95-98.

[23] Gabriel Valdés, *Sueños y memorias* (Santiago: Taurus, 2009), pp. 239-241.

Eduardo Frei y no Radomiro Tomic, Bernardo Leighton ni Gabriel Valdés, con los cuales podría conversar en cualquier momento, pero que no representaban la realidad del partido y menos la del votante. Allende siguió insistiendo en la reunión y el Cardenal lo invitó a cenar, ya que siempre fue un excelente anfitrión por su notable gusto culinario. El Cardenal le solicitó a Frei que asistiera a la reunión con Allende, que podría ser en una casa como la del sacerdote Baldo Santi, cuya hermana preparaba cenas todavía más formidables que las del Cardenal. Frei retrucó preguntando si se lo pedía como católico o como político. El Cardenal, subiendo la apuesta, le dijo que como católico. Frei guardó silencio y, según el Cardenal, la conversación en general fue muy tensa.[24]

Días después Frei le respondió con una carta que vamos a reproducir, porque refleja el ambiente y los dilemas del momento:

> Con total franqueza, quiero decirle que después de leer cuidadosamente el último mensaje (presidencial), considero inútil esta reunión, ya que en ella se insistiría en un planteamiento que no tendría base para ninguna solución de los problemas que enfrenta el país. Además creo que ella es muy inconveniente, por cuanto tiende a crear una imagen de confusión en la opinión pública de la cual el PDC ha sido víctima reiteradamente (…) Yo naturalmente siempre estoy dispuesto, en un caso de urgencia para el país, a concurrir si soy llamado por el Presidente de la República en forma clara y pública hasta su despacho y jamás negaría mi contribución (No podría tratarse de una reunión reservada ya que se conocería inmediatamente). Si le formulo estas consideraciones no es por evitarme una reunión que desde luego, siendo en su casa, es muy grata, sino porque creo realmente que si en un momento dado es necesario que yo contribuya a la paz pública o a cualquier solución útil para Chile es conveniente que los pasos se den muy cuidadosamente sin quemar oportunidades que pueden ser satisfactorias desde el punto de vista personal, pero estériles desde el punto de vista de lo que usted, yo y seguramente su invitado patrióticamente buscan (acompaña un recorte del diario *La Nación*). Este es el diario oficial del Gobierno. Se maneja directamente desde La Moneda. Mientras esta campaña continúa creo (que) es inútil todo, por dignidad.[25]

Frei temía que Allende lo pudiera envolver y debilitar ante su partido. Como hemos dicho, tenía fama de maniobrar bien en este sentido, de tener muñeca para todo, una especie de encantador de serpientes. Al final, sin embargo, el proyecto ideológico de la Unidad Popular seguía adelante, pero Frei podía quedar herido en

[24] Aunque el contenido de la conversación ha trascendido por varias fuentes, aquí nos basamos en los recuerdos del Cardenal, Ascanio Cavallo, *Memorias. Cardenal Raúl Silva Henríquez* (Santiago: Copygraph, 1991), Tomo II, pp. 249-254.

[25] Cavallo, *Memorias. Cardenal Raúl Silva Henríquez,* Tomo II, p. 253.

el camino y la estrategia política de su partido sufrir un grave tropiezo. Este era su temor. Sin duda tenía razón en que no era pura acción de los partidos, sino que desde La Moneda misma se desarrollaba la campaña sistemática por desmontar la fuerte imagen de Frei en el público chileno. Allende había sido también una especie de socio tácito de la campaña que Volpone desató contra Jorge Alessandri, ante la que por lo demás el mismo Frei jamás dijo nada. Creemos, sin embargo, que, a esas alturas del partido, una campaña como la que se llevaba contra Frei solo entregaba munición al público ya convencido, es decir, al que había votado por la Unidad Popular. No había un trasvasije de notar entre ese público y el de oposición.

## El Cardenal

Sin embargo, siguiendo la petición de Allende, el Cardenal siguió con los preparativos de negociaciones entre junio y julio. A nombre del Comité Permanente del Episcopado, el Cardenal hizo un llamado el día 16 de julio para evitar una confrontación armada:

> Todos los chilenos estamos preocupados por insistentes noticias de que se están armando las poblaciones civiles y que existe el peligro de una guerra civil. La peor desgracia que puede ocurrir a un país, y esto todos lo sabemos, es una guerra civil. No solo por su secuela de muerte y de miseria. Sino por el envenenamiento del alma nacional por el odio y el rencor que hace muy difícil la reconstrucción ulterior. Tenemos que hacer todo lo posible para evitarlo (…) La paz de Chile tiene un precio, necesita que todos cambiemos de actitud. Faltan hechos de justicia. La injusticia lleva a la violencia. La justicia puesta en práctica produce las condiciones de paz y todos debemos crear esas condiciones. Entre nosotros perduran muchas formas de privilegios y aparecen otros nuevos, eso lo hemos denunciado los Obispos en diferentes ocasiones. Debemos buscar una forma chilena, original, creadora de establecer la fraternidad nacional que nos transforme en una sociedad moderna y progresista. Debemos inventar, según el genio nacional, según el alma de Chile, una forma de justicia para que los más pobres, los más débiles tengan todo lo que la tierra puede proporcionarles para ser más plenamente hombres, y así descubran mejor su vocación y su dignidad de hijos de Dios. ¡Justicia para emprender los cambios justos que nos otorguen la paz! La gran mayoría de los chilenos tenemos hambre y sed de justicia: la voluntad de realizar urgentes y profundos cambios sociales, con diversas concepciones ideológicas, la encontramos en millares de hermanos nuestros, que intuitivamente, u organizados en frentes sociales o políticos, de Gobierno o de Oposición, anhelan un Chile nuevo, construido en el respeto a cada ser humano.[26]

[26] "La paz de Chile tiene un precio", exhortación del Comité Permanente del Episcopado de Chile, festividad de la Virgen del Carmen, 1973, en Carlos Oviedo Cavada (compilador), *Documentos del episcopado. Chile 1970-1973* (Santiago: Ediciones Mundo, 1974), pp. 171-173.

Los buenos oficios del Cardenal no lo convertían ni en líder de la oposición ni en una autoridad moral o política que pudiera arrastrar aunque fuera una parte de la Unidad Popular. Si era una figura que podía hacer de puente, a la vez estaba influyendo cada día menos en lo que por algunos años parecía ser su sector favorito, la Democracia Cristiana. El texto revela la orientación general de la jerarquía eclesiástica chilena desde la década de los sesenta hasta 1973. Rechazaba una suerte de dictadura del proletariado o sistema marxista, aunque sin nombrarlos de esta manera. Por otra parte, veía cualquier cambio en dirección hacia el progresismo como un elemento positivo. En sus llamados a la paz, al menos en sus expresiones públicas, jamás incluyó ni a la derecha política ni a los sectores empresariales. En parte por haberlos ignorado y en parte porque la derecha lo sentía ajeno a sí misma, no hubo mayor comunicación política entre el Cardenal y esta parte de la oposición. El Cardenal había jugado siempre sus cartas por una suerte de opción que podríamos llamar de centroizquierda, de estar por "los cambios", pero no buscaba y quizás no tenía ya la capacidad de incluir a la derecha en su radio de acción. Este sector tenía sus propios líderes en las filas de la Iglesia, aunque no aparecían con un perfil muy destacado, salvo en parte el obispo de Valparaíso, Emilio Tagle.

Es probable que el Cardenal mantuviera contactos individuales con algunos políticos de derecha y con empresarios, sobre todo con aquellos que apoyaban económicamente obras de la Iglesia. El Cardenal Silva Henríquez tenía una extraña capacidad campesina de ser buen interlocutor con las más diversas personas. En términos públicos, sin embargo, había quedado comprometido con una dirección que estaba quedándose sin base a mediados de 1973. De todas maneras, la Democracia Cristiana, aunque no estaba de mucho humor para negociaciones, no podía desconocer este llamado. Era el grupo político más íntimamente vinculado a la Iglesia y en especial al Cardenal.

Para comprender el momento y tratar de dilucidar el papel de Allende y lo que algunos llaman el sector moderado de la Unidad Popular, hay que señalar que los comunistas, los radicales, el MAPU de Gazmuri y, extrañamente, la Izquierda Cristiana apoyaron de manera explícita una negociación. Luis Corvalán le respondió afirmativamente al Cardenal a menos de 24 horas de haber efectuado el anuncio. Los socialistas y el MIR, en cambio, la rechazaron de plano. Carlos Altamirano tuvo a bien recordarlo en un discurso, exaltado como siempre, cuando las negociaciones todavía eran una idea que aleteaba:

> Hay quienes pretenden insinuar "diálogos democráticos" con la Democracia Cristiana. Los socialistas planteamos que es posible el diálogo con todas las fuerzas políticas que se definan claramente en contra de los explotadores, en contra del imperialismo.

> Impulsamos y desarrollaremos el diálogo a nivel de masa, con los trabajadores, militen o no militen, pero rechazamos categóricamente todo diálogo con partidos y directivas reaccionarias, contrarrevolucionarias.[27]

Esto era otra formulación del "avanzar sin transar", que era la estrategia que seguía, aunque no en una forma claramente consecuente, el senador Carlos Altamirano. Era un paisaje que Allende tenía en cuenta y que limitaba su posibilidad de negociar. Él mismo no estaba nada de convencido de que debía entregar mucho, ni mucho menos echar pie atrás en lo que consideraba "grandes transformaciones" realizadas. Para Allende era muy importante que no lo miraran como un reformista traidor, de ahí que lo que dijeran los socialistas y, como veremos luego, el mismo Fidel Castro tenía una autoridad moral y política muy fuerte sobre él. Sería como ir contra su vida misma —así lo veía él— terminar su gobierno con un retroceso de lo que ya había sido realizado como transición al socialismo.

## Negociaciones: Allende y Aylwin (1)

El 26 de julio, Patricio Aylwin dijo que estaba dispuesto a ir a La Moneda para hablar con el Presidente Allende. Colocó al mismo tiempo los parámetros de su posición, que se referían a finalizar con los grupos armados, devolver las empresas tomadas o requisadas ilegalmente o ilegítimamente, como añadía, y promulgar la ley de la Reforma de las Tres Áreas.[28] Eran tres aspectos que vinculaban a toda la oposición. Por coincidencia, porque no fue planificado, ese mismo día Allende se dirigió a un plenario de la CUT y puso las ocho condiciones para un diálogo: (1) Afianzamiento del mando y autoridad del Gobierno; (2) rechazo de las fuerzas armadas paralelas y marginación de las fuerzas armadas de la pugna política; (3) desarrollar el poder popular, vinculado al Gobierno y sin producir antagonismo con el régimen institucional; (4) reafirmación del camino político establecido en el programa de la Unidad Popular; (5) definición y articulación de las competencias que le corresponden a los poderes del Estado; (6) plena vigencia del estado de derecho, para lo cual es imprescindible acabar con el bloqueo legislativo y desarrollar el régimen legal; (7) definición del régimen de propiedad de las empresas y clarificación del APS; (8) detener la inflación y otras medidas económicas.[29]

---

[27] Carlos Altamirano, "Discurso a los trabajadores de los cordones industriales", *Chile Hoy*, 13 de julio de 1973.

[28] *El Mercurio*, 27 de julio de 1973.

[29] *El Siglo*, 27 de julio de 1973.

Las palabras de Allende daban para todo. Eran en su conjunto más moderadas que las expresadas en su último Mensaje. No abandonaba un tono de ingenuidad que en esos momentos compartía casi toda la izquierda, como si hubiera sido tan fácil luchar contra la inflación. El marco ofrecido por Aylwin era muy claro y tenía su propio hálito de intransigencia, revelando un estado de ánimo que estaba seguro de que si se cedía en lo fundamental se entregaba el terreno a la Unidad Popular de manera definitiva. Hay que recordar que ya el 6 de julio la oposición, es decir los partidos de la antigua CODE, había efectuado una declaración conjunta, expresando que "la institucionalidad del país se había quebrantado como consecuencia de las ´tomas` de establecimientos fabriles y el reparto de armas a los elementos extremistas, la mayoría extranjeros (…) esta situación, incompatible con nuestro régimen republicano y democrático, hace necesario que las Fuerzas Armadas hagan cumplir la Ley de Control de Armas, para evitar la formación de un ejército extremista".[30]

Ya había fracasado el intento de Allende para renovar el gabinete con militares. La mayoría de los oficiales se había negado a la idea de la participación, lo que demostraba que se abría un foso entre ellos y el alto mando.[31] También Allende había tanteado la posibilidad de que ingresaran algunos democratacristianos al gabinete; la iniciativa fracasó por su base, ya que esto podía provocar más ira en la Democracia Cristiana. Se trataría de representantes del ala más de izquierda del partido y tampoco influirían mayormente en la orientación del Gobierno.[32] Al final, las negociaciones se llevaron a cabo el día 30 de julio.

A la primera reunión asistieron Aylwin y el vicepresidente del partido Osvaldo Olguín Zapata. Estaban allí Salvador Allende, el ministro del Interior Carlos Briones y el canciller Clodomiro Almeyda. Briones había sido nombrado en el cargo, en gran medida, porque, al haber gozado en otra época de la confianza de Jorge Alessandri y Eduardo Frei, podría ser un buen interlocutor con la oposición.[33] Aylwin reiteró las

---

[30] *El Mercurio*, 7 de julio de 1973.

[31] Todo este tema está muy bien desarrollado en Luis Corvalán Marquéz, *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre. Contribución al estudio del contexto histórico* (Santiago: Editorial Universidad Bolivariana, 2004; original, 2000), pp. 360-370.

[32] Los nombres que se mencionaban eran Fernando Castillo Velasco y Domingo Santa María. Además de ellos, se unirían al gabinete, que sería llamado "Gabinete de las personalidades", Felipe Herrera y Juan Gómez Millas. *Ercilla*, semana del 18 al 24 de julio de 1973.

[33] La idoneidad de Briones para el cargo de ministro del Interior en la coyuntura de julio de 1973 era destacada por William Thayer, ministro del Trabajo y Previsión Social y de Justicia de Eduardo Frei Montalva: "En el último cuarto de siglo pocas han sido las leyes previsionales que no han contado en el Parlamento con el informe de Briones. Su opinión fue siempre escuchada con atención y seguida

exigencias previas: que se desarmara a grupos paramilitares, implicando especialmente a la izquierda; que se promulgara la reforma constitucional tal como fue despachada por el Congreso; la solución al paro de los transportistas y el establecimiento de un gabinete con garantías. En este sentido, se había hablado en las semanas anteriores en los círculos de oposición que si los militares participasen en el Gobierno, debían además ser uniformados los subsecretarios y otros funcionarios, de modo de controlar efectivamente la administración pública. Esto recogía la experiencia, contada por los propios ministros militares, de que no se habían sentido con el control efectivo de los ministerios que tenían bajo su responsabilidad. No escapaba a nadie, al menos en la Unidad Popular, que esto también podía parecerse al fantasma del golpe blanco; en otras palabras, que en un momento dado los militares terminarían siendo los gobernantes efectivos del país. Allende efectuó una contrapropuesta de nombrar una comisión paritaria que estudiara en el Congreso una salida para el tema de la Reforma de las Tres Áreas. Su posición era que cualquier arreglo que se acercara a las posiciones de la Democracia Cristiana fuera acompañado de una reforma constitucional inmediata, para que en el futuro las observaciones "supresivas o sustitutivas" a todo proyecto de reforma se hicieran bajo el principio de los dos tercios. La oferta era una transacción insegura. Le daba la razón a la oposición en el presente, pero deberían cambiar las reglas del juego para el futuro.

La posición de Aylwin era innegociable en un punto. Se daba cuenta de que, si bien Allende cedía en un punto esencial, la situación se dilataría por meses y no habría ninguna respuesta para las urgencias cada día más dramáticas del momento. Una segunda reunión, al día siguiente, no condujo a mayores resultados, un signo de alerta según lo consideró la oposición. En el segundo día no asistió Almeyda y sí lo hizo el ministro de Economía, José Cademartori. Se interpretó como que el Partido Socialista se negaba a toda transacción. Puede haber sido una sobrelectura, pero era efectivamente lo que sostenía la directiva del partido.[34]

---

las más de las veces por tirios y troyanos. Tiene ese sentido de respeto a la norma, al derecho, a la responsabilidad funcionaria, por encima de cualquier interés partidista. No le han faltado las dificultades por ello: ¡Cuidado que es socialista! ¡Cuidado, es amigo de Alessandri! ¡Cuidado, lo nombraron los democratacristianos! Entra en la arena política como Ministro del Interior, en un instante dificilísimo. La Constitución, las leyes, el orden público, la violencia, las armas… Pero Briones tiene también 'sus armas': nadie ha dialogado tanto y tan eficazmente como él con senadores, diputados, jueces, contralores, ministros de Estado y presidentes de la República durante un par de decenios. Su eficacia no ha sido la del encanto personal o de la simpatía arrobadora. Ha sido la de una seriedad fundada en el imperio del derecho y en el interés nacional". *Qué Pasa*, 12 de julio de 1973.

[34] Carlos Prats, *Memorias. Testimonio de un soldado* (Santiago: Pehuén, 1985), pp. 447-450; Clodomiro Almeyda, *Reencuentro con mi vida* (Santiago: Ediciones del Ornitorrinco, 1987), pp. 191-193.

A continuación vino un intercambio de cartas entre Allende y Aylwin que a los pocos días emergió ante el público. Aylwin sostenía que constituir las comisiones propuestas no haría viable ninguna solución a las urgencias inmediatas; que estaba dispuesto a mantener el diálogo, pero que tenía que ser en base a superar las diferencias y concentrarse en los temas del momento. En la respuesta de Salvador Allende se reiteraba la posición sobre la promulgación de la Reforma de las Tres Áreas, con la simultánea aprobación de una reforma en torno al quórum.[35] Después de ello podrían abocarse a solucionar los demás problemas y enumeraba la misma lista aproximada que había planteado Aylwin. El diálogo quedó hasta ahí.

Se trató en el fondo del último intento serio de una transacción. En principio, lo que ofrecía Allende no era de desdeñar. Le concedía prácticamente todo en la grave discusión constitucional que se venía arrastrando por más de año y medio. Sin embargo, no podía escapar al Presidente que era imposible separar este problema de los otros temas apremiantes que se desencadenaban día a día en el país. Un estudio en comisiones —ya que estaría atado a una nueva reforma constitucional— podría llevar a cualquier resultado. Mientras tanto, las cosas seguirían marchando y se desencadenaría un intento de golpe o el Paro Final podría derrumbarse por cansancio y escasez de recursos. Alguien habrá recordado a Georges Clemenceau: "Si quieres que algo se haga, hazlo; si quieres que no se haga, nombra una comisión". Es probable que Allende implicara que los temas urgentes podrían tratarse apenas se anunciara un acuerdo sobre la reforma constitucional. Eso no estaba explícito. Es probable que esta posición ambigua de Allende haya sido producto del temor de que avanzar en la dirección de un compromiso con la Democracia Cristiana le hubiese significado una ruptura con el Partido Socialista y otras fuerzas de izquierda.

## Los dilemas para Allende

Este era un temor que llegaba a las fibras más íntimas de Allende. Siempre había pensado que se le exigiría romper con el Partido Comunista, a lo cual él se negaría sin ceder una pulgada. En la situación de este momento parecería que todo se encadenó para provocar una ruptura con los socialistas. No existen mayores pruebas de que esto haya sido así efectivamente, aunque por otro lado domina la impresión generalizada de que lo fue, y existen algunos indicios que luego veremos. No estaba del todo claro en qué medida Salvador Allende también compartía la visión de sus correligionarios. Compartía con ellos ciertamente un sentimiento, el que se expresaba

[35] *El Mercurio*, 3 de agosto de 1973.

en un estilo diferente y en una práctica distinta. Al embajador de Alemania Oriental le dejaba la impresión de que Altamirano era un obstáculo para el Presidente, de que este condenaba el discurso del 12 de julio pronunciado por el senador socialista —antes citado— y que su llamado a que los soldados debían desobedecer a los oficiales era contradictorio con la política de Allende para que, en caso efectivo de golpe, la mayoría del Ejército se mantuviera bajo las órdenes del Gobierno.[36]

Sin embargo, aun en medio de los dramáticos acontecimientos de agosto de 1973, la violencia desatada por las fuerzas de oposición, el intento de subvertir la marina, el conflicto con la FACH, la acción de las fuerzas armadas en cumplimiento de la Ley de Control de Armas y la crisis económica general, sumada al paro de los transportistas y de muchos otros gremios —para no nombrar todo el entorpecimiento de las comunicaciones y producción que conllevaba—, todavía había algunos intentos de negociar.

El problema es que todas estas ideas de llegar a acuerdos estaban construidas sobre vinculaciones personales que habían ido quedando muy dañadas por la polarización. Estaban también los intereses: se suponía que casi ningún partido debía estar por un cambio de régimen que llevara a los militares al poder. Esto era solo en teoría, pues la profundidad del conflicto era tal que supeditaba a todo lo demás en la inmensa mayoría de la oposición. En la medida en que había un ala moderada en la Unidad Popular, en cierta manera representada por los comunistas, los únicos de ese tipo con capacidad política, el radio de acción que ofrecían o creían ofrecer era bastante menguado. Los socialistas y los otros grupos que los acompañaban se estaban jugando cada día más por un salto cualitativo hacia adelante: más movilización, más poder popular y más acciones que fueran desmantelando más rápidamente las instituciones políticas que no estaban bajo el poder de la Unidad Popular.

Lo que sucedía era que la clase política chilena estaba transformándose en una suerte de superestructura montada sobre una profunda corriente de sentimientos colectivos que se expresaba en los movimientos sociales. Esto era —algo sobre lo que generalmente se pasa por encima— mucho más cierto en el caso de la oposición que en el de los partidarios de la Unidad Popular. A estos últimos, lo que correspondía a genuinos movimientos sociales basados en un interés no completamente idéntico al mundo político, los sindicatos y organismos obreros de las empresas intervenidas por ejemplo, no les parecía necesario apurar ningún proceso ni avanzar

[36] De embajador Spindler a Markowski y Stibi, 13 de julio de 1973. BA, DDR, DY 232 2878 7037.

hacia ninguna meta más o menos lejana. En la medida en que tenemos testimonios, el deseo general de la base era terminar con las dislocaciones económicas, como las que producían el desabastecimiento, y asegurar que las ventajas que habían obtenido no se empezaran a evaporar como ya algo sucedía al respecto. En pobladores de algunos sectores obreros y campesinos se expandía también el temor a un golpe y la violencia que podría desencadenarse contra ellos, aunque era un sentimiento confuso.

## Negociaciones: Allende y Aylwin (2)

Por eso, en la segunda semana de agosto —la fuente no es clara al respecto— Allende llamó al Cardenal Raúl Silva Henríquez diciéndole que quería otro encuentro con la Democracia Cristiana. Quería algo más discreto, porque le expresó al Cardenal que pensaba que el diálogo anterior había fracasado por la presión pública. El Cardenal le propuso a Aylwin una cena para los tres en su casa. Aylwin dudó y en realidad estaba reacio a otras reuniones. No sería bien visto en el partido. Según el Cardenal Silva Henríquez, Aylwin aceptó solamente porque era buen católico.[37] Puede ser que haya sido por esa razón. El Cardenal Silva Henríquez llamó a Frei para informarle, ya que no había posibilidad de éxito ninguno si se lo pasaba a llevar. El relato del Cardenal es muy vivo en lo que se refiere a la personalidad de Allende, a su naturalidad, su don de gente y su capacidad insinuante de combinar lo trivial con lo fundamental sin que apareciera incoherente. Pero podría ser que la totalidad del proyecto era incoherente.

Patricio Aylwin tenía un discurso construido para la ocasión. Le dice a Allende que está ante un dilema: o pasa a la historia como el Presidente que combinó socialismo y democracia, o como el Presidente que destruyó la democracia. Le añade que hasta el momento ha destruido, pero no ha construido nada. Y plantea un tema de fondo que, en realidad, era difícil que fuese aceptado así como así por Allende:

> Hoy en Chile nadie trabaja, Presidente; los partidarios del gobierno tiran cada uno para su lado y mantienen un clima de constante agitación. ¡Usted tiene que escoger, tiene que elegir! El drama de todo hombre, y más de un gobernante, es tener constantemente que elegir. No se puede estar al mismo tiempo bien con Dios y con el diablo. Usted no puede estar bien con Altamirano y con la Marina. No puede estar bien con el MIR y pretender estarlo con nosotros. Hasta ahora, usted parece querer conciliar

[37] Aylwin cuenta que su participación en estas conversaciones no contaba con el beneplácito de Frei, quien le habría dicho con frialdad al ser informado: "Tú eres presidente, tú decides lo que haces". Ascanio Cavallo y Margarita Serrano, *El poder de la paradoja: 14 lecciones políticas de la vida de Patricio Aylwin* (Santiago: Norma, 2006), p. 227.

lo inconciliable y, con su capacidad de persuasión, cree ir superando los obstáculos; pero eso es solo transitorio. Para lograr soluciones reales, tiene que definirse.[38]

Allende, entre su astucia política y quizás una tendencia a ausentarse mentalmente del problema que seguramente no veía cómo solucionar, para no dejar de ser él mismo, cambia de tema aunque en apariencia responde a Aylwin. Dice que ha tratado de infundir disciplina al país. "Pero qué pasa: que uno se encuentra con un aparato estatal lento, muchas veces ineficiente, que entorpece en vez de ayudar. Pelear con la burocracia chilena es algo muy, muy difícil. No le voy a negar que entre mi propia gente se tiende a caer en estos errores".[39] La cena siguió así, tocando Allende escasamente los puntos fundamentales.

Estas últimas palabras de Allende corresponden sin embargo a algo bastante fundamental. Hacíamos referencia antes a que se habían escuchado esas palabras en Lenin, Stalin y todos sus sucesores, en la Unión Soviética o en otros sistemas marxistas. El Estado en sí mismo no era una solución. Palabras que parecen también un eco anticipatorio de un "Chicago boy" cualquiera, incluyendo todas las exageraciones que ello significa. Plantean otro problema. El combate a la burocracia en los sistemas marxistas corresponde en lo básico a una disciplina impuesta de manera absoluta, a veces por el terror, otras veces por una represión cerrada y algunas por incentivos de ganancia privada por allí y por allá en determinados sectores. Allende no disponía todavía de esas armas y hasta es probable que en la parte ingenua que quizás tenía podía pensar que jamás las requeriría. Se encontraba, sin embargo, ante la paradoja de que estaba destruyendo el mercado y todavía no podía desarrollar la lógica de la disciplina del Estado-partido propia a los sistemas marxistas. El Gobierno se veía arrinconado entre el agotamiento de los recursos y la explosión de las demandas, siempre incentivadas por sus propias fuerzas —y el mismo Allende— a lo largo de su historia y redobladas con sus políticas del primer año. Notable es la frase que comentamos, aunque debemos tener cuidado con ella, ya que ha llegado a nosotros a través de apuntes del Cardenal o de su secretario. De todas maneras, es la reiteración más explícita de algo que ya habíamos notado en el Mensaje.

Allende —repetimos, de acuerdo al texto del que disponemos— intentó convertir la conversación en un acuerdo en relación a los intereses específicos de la Democracia Cristiana en cuanto partido. En un problema espinudo, el de reincorporar a funcionarios despedidos de la administración pública o de las empresas requisadas

[38] Cavallo, *Memorias. Cardenal Raúl Silva Henríquez*, Tomo II, p. 270.
[39] Cavallo, *Memorias. Cardenal Raúl Silva Henríquez*, Tomo II, p. 271.

por haber adherido a los paros de la oposición, Allende le pidió a Aylwin que le enviara una lista de los democratacristianos, que a esos sí que los reincorporaba, no a otros. Que para la Papelera, él podía enviar a un intermediario, que luego iba a nombrar nuevamente como ministro del Interior a Carlos Briones, a quien había sacado de su cargo en el ajuste ministerial de comienzos de agosto. Su contrapartida sería Sergio Molina, un nombre aceptado por Allende. Ambos negociarían el tema de las Tres Áreas. Para la Papelera, el representante de Allende sería Víctor Pey.

Estas conversaciones entre los representantes seguirían de manera intermitente hasta el 10 de septiembre. Han dado pie a muchas especulaciones de que un acuerdo estaba al alcance de la mano. Por las razones que hemos indicado, que ninguna de estas partes dominaba o siquiera ejercía liderazgo en su propio campo, da la impresión más bien de que las negociaciones terminaron por languidecer. Si Allende iba a recoger esta idea y llamar a un plebiscito el 11 de septiembre es algo que nunca se va a poder comprobar. Cuando Allende hablaba en un lenguaje de la tradición constitucional, lo hacía en defensa de un "régimen presidencial", que por el contexto histórico del que él voluntariamente provenía, por la tradición en que se colocó, podía interpretarse como la continuación de Balmaceda, su ejemplo favorito.[40] La verdad es que algo de esto —con una mezcla de pena, de desaliento y de rabia— lo habían dicho sus antecesores inmediatos, Carlos Ibáñez, Jorge Alessandri y Eduardo Frei.

Es en esta cena en la casa del Cardenal en la cual, al decirle Patricio Aylwin que el país se encaminaba a una "dictadura del proletariado", Allende exclamó: "¡Mientras yo sea Presidente de Chile, no habrá dictadura del proletariado!".[41] Hemos visto las reflexiones de Luis Corvalán al respecto, acerca de que todo régimen es en el fondo una dictadura. A lo que se refería Allende no era un rechazo a los regímenes marxistas, normalmente considerados como dictaduras del proletariado, que se supone que el día en que no tengan enemigo ya no van a ser más dictaduras, o democracias populares, nombre con que se bautizó a los regímenes impuestos por la Unión Soviética a fines de la Segunda Guerra Mundial en Europa Oriental. Está claro que, de acuerdo al programa, esta sería una fase que comenzaría después del gobierno de Allende, de 1976 para adelante, aunque nunca se especificaba su

[40] Esto está en una carta pública que le envió a Patricio Aylwin el 23 de agosto, donde hacía un recuento de lo que era su administración y de los intentos de negociación, para indirectamente culpar de intransigencia al destinatario de la carta. Era respuesta a otra que le había enviado Aylwin. *La Nación*, 23 de agosto de 1973.

[41] Cavallo, *Memorias. Cardenal Raúl Silva Henríquez,* Tomo II, p. 272.

contenido. Jamás, y esto es lo importante, se decía que al alcanzar ese estadio iba a ser un régimen fundamentalmente distinto del de los países socialistas. Al contrario, siempre se los puso como modelo en la izquierda chilena, con una sola excepción que sepamos y que haya sido notada, la del historiador Julio César Jobet.[42]

Allende cerró este intercambio diciendo que Aylwin no le creía a él; pero que él, Salvador Allende, sí le creía a Aylwin. Eran las típicas argucias del político diestro que sabía pasar del enojo al encanto y hasta a la complicidad con el más furibundo de sus adversarios. En todo caso, Aylwin salió de la reunión con la impresión de que Allende no había querido ir a nada fundamental. Al igual que en el diálogo anterior, las comisiones dilatarían el asunto y mientras tanto la historia estaba sucediendo por debajo de ellos, sin cuidarse mucho de ellos.

Es posible que no todo este acercamiento a sus rivales haya sido pura maniobra verbal de celada o simulación. Recordemos que al menos en los rastros públicos, ni el Cardenal ni Allende consideraron necesario introducir a la derecha en estos diálogos.[43] Quizás tampoco le hubiera gustado a la Democracia Cristiana, que podría ser lo que llevó a aquellos a excluir a la derecha. En todo caso, Allende estaba bajo otra presión, la de su propia historia, que le hacía aparecer como completamente improbable, absurdo y moralmente no permitido llegar a un acuerdo que tendría que significar el fin del proyecto de la Unidad Popular, en lo que se refería a la transición al socialismo. Es cierto que los comunistas lo acompañaban en este sentido; es cierto también que estos no parecían ver los formidables obstáculos económicos y políticos que se interponían para un acuerdo.

Por último, Allende debía sentir la presión moral de lo que él al mismo tiempo veía como una fuente de legitimación, el apoyo que recibía de la izquierda revolucionaria como un medio de transición al socialismo, que lo rodeaba incluso en La Moneda a través de muchos de sus colaboradores del GAP, de la gente de su partido y de una parte de su familia. Coronando esta situación estaba el mensaje categórico

---

[42] Sobre la Unión Soviética, por ejemplo, Jobet escribía en 1966: "El comunismo soviético ha desacreditado la libertad y, en la misma forma, el socialismo y la democracia, a causa de su sistema tiránico absorbente, donde se ha avasallado al hombre sometiéndolo completamente inerte a un Estado totalitario". Julio César Jobet, "El socialismo científico y la libertad", *Arauco*, 82, noviembre 1966. Ver también, del mismo autor, *El Partido Socialista de Chile* (Santiago: Prensa Latinoamericana, 1971), Tomo II, pp. 253-254. No obstante, Jobet consideraba la Yugoslavia de Tito un "sistema social avanzado, de democracia directa". Julio César Jobet, "Yugoslavia, democracia socialista", *Arauco*, 22, noviembre 1961 y "Sobre el humanismo socialista", *Arauco*, 62, marzo 1965.

[43] Es un punto que ha hecho notar Gonzalo Vial, *Salvador Allende: el fracaso de una ilusión* (Santiago: Universidad Finis Terrae, 2005), p. 134.

de Fidel Castro, que examinamos más adelante, pero del que se puede decir que era una interpelación para que no fuera a llegar a ningún acuerdo con la Democracia Cristiana y que se preparara para el enfrentamiento, para lo cual contaría con todo el apoyo posible. Allende no podía sin más rechazar una historia de catorce años de este vínculo, aunque entendía en teoría las diferencias del camino.

Quizás la mejor explicación del fracaso de las negociaciones está en que se daban entre dos posiciones completamente incoherentes entre sí en cuanto a lo que se pensaba como país. Cuando se trataba de crear un puente, por ejemplo, cuando se insistía en que la Democracia Cristiana estaba también "por los cambios", en el fondo se trataba de transformaciones muy distintas. Creemos en lo que hemos dicho anteriormente, que el marxismo chileno como en Europa Occidental, podía adaptarse a las circunstancias constitucionales y a las prácticas políticas, aun sin empaparse de la cultura política del modelo occidental. El dilema se producía si arribaba al gobierno por medios constitucionales sin estar dispuesto a transar la visión de la sociedad final según lo que entendía por "socialismo". No era sin embargo el caso del marxismo chileno ni de la coalición de la Unidad Popular, que estaba absolutamente convencida y unida en la visión de ese estadio final a alcanzarse, aunque dividida en torno a la velocidad y a los métodos. Apartarse de esa meta no solo era completamente inmoral, de una moral que se practicaba mentalmente, casi como religión política. Habría sido contra el convencimiento de que los sectores que se representaban eran traicionados, y de que además era sencillamente imposible hacerlo porque el mundo marchaba hacia el socialismo. Cualquier derrota en dirigirse a esa meta, por enorme que fuera, no era más que un traspié táctico en el avance de la historia.

Salvador Allende tenía una flexibilidad personal y en muchos sentidos no correspondía al líder revolucionario convencional. Sin embargo, eran para él artículo de fe la creencia en la finalidad última y la dirección general que debía tener el movimiento que él encabezaba. No cabía en su mente —hasta donde podemos saber, porque hay algunas pocas pistas que indicarían otra cosa— el abandono de esa meta, ni menos que él encabezara la renuncia, aunque fuera por un tiempo, que no iba a ser corto, del camino a la meta en que había liderado a su gente. Existe otra razón también aunque la decimos con menos seguridad. Si, como hemos dicho, Allende no era el líder de su coalición como los otros líderes revolucionarios lo fueron de las suyas, tampoco era independiente de ella, y es probable que no pudiera imaginar darle la espalda por mucho que quizás se haya ido sintiendo abandonado en los últimos dos meses.

¿De dónde provenían los límites inflexibles que se ponían líderes como Frei y Aylwin? En primera instancia, se trataba de una desconfianza cimentada por la experiencia de los diez años anteriores y de visiones muy distintas en cuanto al objetivo final. Más que nada, el desarrollo de la vida pública en Chile en los años de la Unidad Popular acentuó hasta lo inverosímil el combate político feroz, sin pausa, a veces adornado por las frases y alusiones humanistas de Allende, en lo personal por su humor y encanto, pero que no eran más que pequeños botones que se marchitaban rápido en el vértigo de odio de esos años. Existía otro elemento que antes hemos denominado *política mundial*, que en este caso tiene que ver con un aprendizaje internacional, con la conciencia de que el país marchaba hacia un tipo de dictadura marxista similar a las muchas que existían. Quizás no lo expresaban con estas palabras, aunque el adjetivo totalitario y el sustantivo dictadura surgían con reiteración en el discurso de los democratacristianos.[44] Desde el Estatuto de Garantías en adelante, esta noción había guiado una parte importante de su acción.

## El tesoro está vacío

Allende declaró pocos días antes del golpe: "No tenemos el más mínimo stock de harina, a lo sumo para tres o cuatro días más".[45] Lo curioso es que no culpaba al "bloqueo invisible" ni al paro de los transportistas, con todo su cortejo de violencia y de adhesiones en cadena. No le faltaban argumentos al respecto, porque en esto algo de verdad había, aunque creemos que era solo una pequeña parte de la verdad. El inevitable cese paulatino de la ayuda norteamericana colaboró en la escasez y finalmente en la ausencia de recursos externos. Hemos explicado que esto era más que previsible, que no se podía esperar ayuda de un país contra el cual iba dirigida la estrategia subjetiva: críticas, culpas, la fuente del mal, el origen del subdesarrollo chileno, etc. También la estrategia objetiva, según la cual Chile se orientaba hacia el polo antinorteamericano en el escenario global, aunque es probable que nunca

---

[44] Ver, entre otros, Claudio Orrego Vicuña, *El Paro Nacional: vía chilena contra el totalitarismo* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1972); Mariano Ruiz-Esquide, *El socialismo traicionado* (Santiago: Instituto de Estudios Políticos, 1973), especialmente el capítulo "Hacia la conducción totalitaria", pp. 46-76; José Musalem, *Crónica de un fracaso, frustración de un pueblo* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1973), especialmente "La democracia también tiene un precio", discurso en el acto inaugural de su campaña, en que la Democracia Cristiana lo proclamó como candidato a senador por Santiago, 17 de febrero de 1973, pp. 232-250; Claudio Orrego Vicuña, "Los fundamentos ideológicos de la estrategia UP", en Pablo Huneeus y otros, *Chile: el costo social de la dependencia ideológica* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1973), pp. 13-67. Entre los autores de este último libro se encontraba un joven Sebastián Piñera.

[45] *El Mercurio*, 7 de septiembre de 1973.

hubiese llegado a ser un aliado militar del Pacto de Varsovia como lo era Cuba. Hemos explicado también que es poco probable que esto último haya preocupado demasiado a Washington, ya que lo significativo para la Casa Blanca era el valor de Chile en cuanto modelo político y su posible influencia tanto en América del Sur como en Europa Occidental.

El Paro Final tampoco fue la causa de la crisis económica; al contrario, fue uno de sus resultados. Ello no quita que debe haber contribuido en uno o dos puntos a la caída del producto de cinco puntos que hubo en 1973.[46] Contribuyó por cierto al dislocamiento de la distribución a lo largo del país y eso comenzó a afectar a los hogares de manera precipitada y exponencial en las dos semanas que precedieron al 11 de septiembre. Allende mismo reconoció que tuvo que pedir ayuda de emergencia al gobierno argentino. Recordemos que ya había salido Héctor Cámpora, en un hecho muy lamentado por Allende.[47] El poder había caído en lo que se podía llamar la derecha peronista, el Presidente interino Raúl Alberto Lastiri y el mismo Perón, que no tenían ninguna simpatía por la Unidad Popular. Sin embargo, en este tipo de cosas le prestaban la misma colaboración que venía de los tiempos de Lanusse, la que en algunos aspectos le había servido para compensar la pérdida del apoyo norteamericano.

El viaje de Allende a la Unión Soviética en diciembre de 1972 y haberse referido al "hermano mayor" procedía de un convencimiento de la izquierda marxista. Procedía también de la esperanza propia cuando se está cerca de la desesperación, mezclada con la estrechez ideológica que suponía que la Unión Soviética podía ayudar a Chile con moneda dura. Se ha hablado de la carta de Zhou Enlai, que es, junto a la expresión de Castro sobre el proceso revolucionario, una buena manera de poner el dedo en la llaga.[48] No se trataba de una revolución que pudiera infligir heridas a su propia gente, sobre todo si estos además eran electores. Suponía creer que la Unión Soviética era también una superpotencia económica, cuando estaba tan lejos de serlo. Hay que decir, eso sí, que muchos expertos norteamericanos, incluso los más *hawks*, también sobrevaloraron la capacidad económica de la Unión

---

[46] La caída del producto por sectores fue: agricultura, 10,28%; minería, 2,33%; manufacturas, 7,33%; otros sectores, 4,76%. José Díaz, Rolf Lüders y Gert Wagner, *La república en cifras* (Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Economía, EH Clio Lab-Iniciativa Científica Milenio, 2010), <http://www.economia.puc.cl/cliolab>, visitado el 16 de julio de 2013.

[47] Telegrama de Spindler a Axen, Markowski y Stibi, 13 de julio de 1973. Telegrama 342/73. BA, DDR, DY 232 2878 2037.

[48] La carta de Zhou Enlai es reproducida *in extenso* en Almeyda, *Reencuentro con mi vida*, pp. 186-188.

Soviética. Por lo demás, las escasas divisas de Moscú tenían una prioridad estratégica en cuya lista Chile aparecía en un lugar poco favorecido, como país en tránsito hacia el socialismo.[49]

Chile aún no era un país socialista y por lo tanto no había la obligación doctrinaria de ayudarlo a cualquier costo. Al menos esto ayudaba como excusa. Como dijimos, ello no quitaba nada al hecho de que la Unión Soviética hizo un esfuerzo por apoyar a la Unidad Popular. Además, la inteligencia soviética cumplió un papel análogo al de la CIA, de proveer algunos recursos y de transmitir información sobre las fuerzas armadas chilenas y los contactos discretos que hubiera entre estas y los norteamericanos.[50] El año 1973 se entregaron nada menos que 640.000 dólares al Partido Comunista, cantidad que no desmerece mucho de la proporcionada por los norteamericanos a la oposición chilena.[51] Esto explica el funcionamiento de los actores, pero poco añade al proceso económico, que requería de una asistencia muchísimo mayor para poder mantenerlo en marcha, que hubiera sido además una marcha forzada.

El hecho es que, independiente de los problemas apremiantes de agosto y septiembre de 1973, la capacidad de la economía de seguir funcionando había sobrepasado el límite y había comenzado a contraerse, en cierta manera a derrumbarse más allá de toda recuperación. Como no pudo efectuar un traspaso de recursos mediante impuestos expropiatorios, que naturalmente podrían ser presentados de otra manera, recurrió según lo hemos explicado a una apuesta de la tradición populista, que no era la del marxismo en el poder de los procesos revolucionarios clásicos, fueran estos endógenos como en Rusia o impuestos como en Europa Oriental. En el caso chileno, en cambio, se entregaron directamente recursos mediante la inyección de dinero y la contratación masiva de mano de obra por medio de las empresas públicas o del sector intervenido, conocido como APS. La posibilidad de continuar con esto estaba bloqueada por una inflación que se acercaba al 20% mensual.[52]

---

[49] Eugenia Fediakova y Olga Ulianova, "Algunos aspectos de la ayuda financiera del Partido Comunista de la URSS al comunismo chileno durante la Guerra Fría", *Estudios Públicos,* 72, primavera 1998, pp. 113-148.

[50] Christopher Andrew y Vasili Mitrokhin, *The World Was Going Our Way: the KGB and the Battle for the Third World* (New York: Basic Books, 2005), pp. 69-85.

[51] Fediakova y Ulianova, "Algunos aspectos de la ayuda financiera", p. 136.

[52] Las variaciones del IPC para los meses de mayo, junio y julio de 1973 habían sido 19,4%, 15,6% y 15,3% respectivamente. La variación acumulada entre julio de 1972 y julio de 1973 fue de 323,6%. Stefan de Vylder, *Allende's Chile: The Political Economy of the Rise and Fall of the Unidad Popular* (Cambridge, Gran Bretaña: Cambridge University Press, 1976), p. 89.

Si podemos pensar la situación de los primeros días de septiembre de 1973, hay que decir que la contracción económica se venía produciendo desde 1972 y no había manera de detenerla. Contribuía a la escasez de productos; era una causa añadida a la fijación artificial de precios y después a los efectos del Paro. Era también una causa profunda que afectaba el desarrollo a largo plazo. Por otra parte, los efectos prácticos de todo esto todavía no hacían mella en los sectores que habían sido más favorecidos con las políticas de la Unidad Popular. Esto se explica por el cuasi-racionamiento que aseguraba el acceso a canastas mínimas o por el bajo desempleo —que, por artificial que haya sido, no volvería a alcanzarse en términos estadísticos sino cuatro décadas después—, el cual era una experiencia vital para una sociedad subdesarrollada en la cual en general la carencia de puestos de trabajo es la más común de las plagas.[53] Una experiencia como esta, añadida a que en muchos sectores de la base social existía un sentido de importancia como grupo o clase que antes había sido menor, ayuda a explicar, en parte eso sí, la votación relativamente alta de la Unidad Popular en marzo anterior.

Como sea, se estaba ante una disyuntiva. Se la podrá llamar "rectificación" en el lenguaje del marxismo en el poder o "ajuste" en el lenguaje de la tecnocracia liberal; generalmente implican lo mismo. Es decir, había que volver a vincular los recursos con las necesidades y establecer uno de esos equilibrios que siempre son sentidos como una pesada carga por los grupos menos favorecidos. Cada vez que se hablaba de un acuerdo y de los dilemas que existían, como en los análisis de la literatura sobre estos acontecimientos, se tendía y se tiende a pasar por alto esta realidad insoslayable. La pregunta quemante para la historia republicana de Chile, que siempre quedará sin respuesta unívoca, es si esto era posible en democracia.



[53] Sigue siendo el mejor análisis sobre la economía de la Unidad Popular un estudio publicado en 1974, que entre otras cosas prueba que también existen apologías inteligentes, Stefan de Vylder, *Allende's Chile: The Political Economy of the Rise and Fall of the Unidad Popular*.

# Capítulo XXVI
# Propósitos de levantamiento y de golpe al golpe

## ¿Conspiración desde el origen?

Una de las ideas que se asocian al golpe del 11 de septiembre es que se trató de una conspiración o conjura que se inició desde el mismo día de las elecciones presidenciales en 1970, todo ello provocado en gran medida por el "imperialismo" y las fuerzas internas, generalmente la "oligarquía" o las "elites". En este libro, en cambio, hemos visto cómo, además de un proceso interno de los uniformados, se produjo un llamado a las fuerzas armadas a extender su radio de acción ante el Estado y la sociedad, mediante la extensión del concepto de "seguridad nacional" tanto desde la Unidad Popular y del Gobierno, como desde la oposición. Aquí lo interno y lo externo se combinaban de manera indisoluble.

Miembros del alto mando de la FACH y de la Armada venían hablando de prepararse para intervenir desde 1972, aunque existían núcleos que desde un comienzo preveían que las cosas iban a terminar mal si ellos no hacían "algo". Era un asunto personal, de conversaciones ocasionales, solo en algunos de ellos en actividad sistemática. A veces estaban en relación con oficiales de mediana graduación que estaban más sublevados en los espíritus, aunque no pasaba de ser también asunto más o menos personal. Lo que sí sucedía, en especial en la Armada, es que se desarrollaba un espíritu más combativo, decidido a que no se volviera a repetir la experiencia de 1931, cuando los oficiales fueron arrestados sin combatir. Es cierto que esta posibilidad la planteaban los grupos más radicales del gobierno de la Unidad Popular para el caso de un intento de golpe. Sin embargo, el hecho de que existieran organizaciones —en algunos casos más o menos acabadas, en otros casos en ciernes— para tomarse los barcos, las bases y hasta los regimientos, era algo que podía provocar temor a la acción en los oficiales, disuadirlos de un intento de golpe. Igualmente fuerte, y al final más poderosa, fue la sensación de que estaban rodeados

por una conspiración dirigida por sectores de la izquierda marxista, o de ella y del Gobierno en su totalidad.

Junto con la polarización del país, comenzó a fortalecerse esa ley de probabilidades que hacía que los oficiales tendieran más a un polo antimarxista que a uno marxista. Que no se olvide eso sí que hasta el Tancazo lo que arrastraba más fuerza seguía siendo la tradición de la inercia, del aislamiento institucional y que "los políticos tenían que arreglar los asuntos políticos". En una última fase, algunos oficiales se habían construido esta posición mental como un ardid para no tener que pronunciarse, aunque parcialmente seguían creyendo en ella. Era diferente el caso del general Prats, quien se había deslizado a una posición simpatizante de la idea de la Unidad Popular, aunque quizás no con la totalidad de su proyecto. Se podría establecer una analogía con el Cardenal Raúl Silva Henríquez, quien, simpatizando más con cambios que estarían entre la Democracia Cristiana y la Unidad Popular, mantuvo con bastante esfuerzo la unidad de la Iglesia, aunque sin permitir su total identificación con el proyecto de la izquierda marxista.

Podría ser también la posición del almirante Montero y del general Ruiz, aunque su talante en este caso haya sido más bien distante de la Unidad Popular, si bien creyendo que debían cooperar con la mantención del sistema institucional. César Ruiz renunció a esta posición en un momento a mediados de agosto, lo que culminó finalmente con su salida del Ministerio de Obras Públicas y de la jefatura de la FACH el 17 de ese mes. El almirante Montero intentaba una suerte de mediación, y en todo caso pensaba que él no podía levantarse contra un Presidente que en su opinión se había portado bien con la Armada en términos de presupuesto.[1]

En cambio, el general Prats, según lo hemos visto, se había transformado en un defensor de la Unidad Popular aunque con la esperanza de evitar un quiebre en el Ejército y en las fuerzas armadas. En julio y agosto, hasta que dejó la Comandancia en Jefe, habló con los jefes políticos de la izquierda sobre la defensa armada del Gobierno en caso de un nuevo levantamiento y del posible reparto de armas a civiles partidarios de la Unidad Popular y del gobierno de Allende.[2] Esto probablemente no se supo entonces, a pesar de que era una idea que aborrecía la inmensa mayoría de los oficiales. Hubiera sido el fin del monopolio de armas por parte de las fuerzas

[1] Sobre Montero y su postura hacia los últimos meses antes del golpe, ver Carlos Gutiérrez, *Militares contra Pinochet: los que defendieron la Constitución frente al golpe de 1973 en Chile* (Santiago: Capital Intelectual, 2006), pp. 81-86.

[2] Gonzalo Vial, *Pinochet: la biografía* (Santiago: Aguilar, 2002), Tomo I, p. 186.

armadas y de orden, una base no solo del sistema constitucional, sino que de la misma idea de la democracia en el modelo occidental.

En las tres ramas, así como en Carabineros, había oficiales que simpatizaban o se identificaban con la Unidad Popular, aunque parece que la mayoría de ellos lo hacía en términos más o menos vagos. En la FACH había un núcleo más o menos organizado, aunque era una postura muy débil en términos de número. Es probable que en el Ejército haya habido algo similar, aunque aquí lo que funcionó con Prats era un alto mando y uno que otro general en provincia que por nada del mundo quería verse comprometido en un golpe. Es probable que, más que las simpatías por la Unidad Popular, aquí haya obrado el temor repetido constantemente por Prats, que tenía algún fundamento, de que ello pondría al Ejercito y a las fuerzas armadas en una posición de tener que llevar a cabo acciones sanguinarias.[3]

¿No era acaso que los que no querían el golpe eran sencillamente partidarios de la Constitución, lo que consideraban su deber y por ello eran "constitucionalistas"? ¿Y que los que conspiraban por un golpe eran sencillamente "golpistas"? Es la nomenclatura que ha establecido una parte de la abundante literatura que existe.[4] Esto supondría la existencia de una tradición golpista en Chile, de acostumbramiento a la intervención de los militares como actor político de pleno derecho, más o menos desembozado, a la usanza latinoamericana y en especial de los tres vecinos. Sin embargo, en el caso chileno esta había sido poco a poco subsumida por una combinación de acatamiento institucional y de renuencia a la identificación con el mundo político.

Esto no minaba la tendencia universal de que una institución basada en la jerarquía, en la disciplina y en un orden visible sintiera una inclinación natural por esas mismas características en el resto de la sociedad. A ello se sumaba el factor internacional, la identificación del país y de su seguridad nacional con Occidente y con la democracia, aunque más lo primero que lo segundo. Es aquí donde el factor norteamericano y el ambiente anticomunista en las fuerzas armadas de la región jugaban un papel destacado en poner a la izquierda marxista como un potencial enemigo. Esto hay que acompañarlo de esa tendencia universal de los ejércitos profesionales, que, en la sociedad moderna, llegado el momento de la crisis, tienden a estar más con

[3] Así lo decía Prats en carta enviada a la periodista María Eugenia Oyarzún en septiembre de 1972. Carlos Prats, *Memorias. Testimonio de un soldado* (Santiago: Pehuén, 1985), p. 295.

[4] Gutiérrez, *Militares contra Pinochet*; Jorge Magasich, *Los que dijeron "No". Historia del movimiento de los marinos antigolpistas de 1973*, 2 vol. (Santiago: LOM, 2008); Mónica González, *La conjura. Los mil y un días del golpe* (Santiago: UDP, Catalonia, 2012).

las fuerzas conservadoras que con las revolucionarias. Es una tendencia abrumadora, a pesar de que admite muchos matices y también una reacción que puede ser propia. Chile tenía la experiencia del Movimiento Militar de 1924. Ese, como el de 1973, había tenido sus raíces tanto en temas institucionales como en la convicción de que el país estaba en crisis. En aquella ocasión, a partir de 1924 surgió una respuesta que no fue exactamente igual a la de cualquiera de los actores políticos que había, aunque asumía una combinación de las ideas y programas de algunos de ellos.[5]

La crisis de 1972-73, lo que hemos llamado la guerra civil política, fue mucho más profunda que la anterior, en el sentido de que reflejaba una división que era sentida como tal en lo más profundo de la sociedad. Se distribuía en todos los grupos sociales y en ella los actores políticos tradicionales eran solo una parte y en algunos casos iban apareciendo cada día más irrelevantes. A ello se añadía el factor internacional: la crisis de Chile le decía algo a todo el mundo. Gran paradoja, muchos sectores europeos y hasta norteamericanos, que no podrían definirse exactamente como marxistas, simpatizaban con lo que llamaban la "experiencia chilena". Como había observado el embajador inglés en marzo anterior, Chile vivía una etapa de polarización que muchos europeos habían experimentado una generación antes.[6] Esto sucedía no solo porque se vivía lo que se ha llamado los años de la "distensión" o *détente*. En fin, todo esto completaba una ley de probabilidades que la hemos reproducido varias veces a lo largo del libro, y en la que nos parece importante insistir: con una sola excepción, ningún ejército en el mundo en el siglo XX encabezó una revolución de tipo marxista.

La fidelidad a la Constitución había sido y continuaba siendo real entre los uniformados, aunque entendida dentro de toda esta mentalidad que hemos tratado de describir. Sucede que la misma idea de lo que es la fidelidad constitucional, al igual que en Weimar en 1932 o en Francia a comienzos de 1958, había entrado en una crisis que era fundamentalmente un combate por su definición. ¿Qué es lo constitucional? La Unidad Popular insistía en ser la verdadera intérprete de la Constitución y que esta le indicaba no su conservación intacta, sino hacia dónde tenía que dirigirse, poniendo el acento en algunos aspectos y olvidando otros. Es cierto que dentro de la

---

[5] Alain Joxe, *Las Fuerzas Armadas en el sistema político chileno* (Santiago: Universitaria, 1970), pp. 55-61; Frederick Nunn, *Chilean Politics, 1920-1931: The Honorable Mission of the Armed Forces* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1970), esp. 45-113 y *The Military in Chilean History: Essays on Civil-Military Relations, 1810-1973* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1976), pp. 128-150.

[6] Informe de embajador D.H.T. Hildyard a Foreign Office, 13 de marzo de 1973. PRO, FO, LAB 13/2593.

misma Unidad Popular había una división cuyos polos podrían describirse como un sector que quería seguir con la estrategia de los resquicios y otro que quería olvidarse del marco constitucional. La oposición, mediante la destitución sistemática de ministros e intendentes, había recurrido a una de las pocas armas constitucionales con las cuales creía posible detener el proceso que veía como marcha hacia una especie de dictadura legal; en el fondo, también sacó su propia conclusión de los resquicios.

Esta lucha no se daba como algunas batallas retóricas en los hemiciclos del siglo XIX o entre grupos de teólogos o intelectuales inflamados cada uno con su verdad. Tenía lugar a la luz del día en una batalla que comprometía a vastos sectores de la sociedad y llegaba a lo cotidiano. No era poco común que dividiera familias, aunque quizás en la mayoría de los casos había familias por un lado y familias por el otro. Esto también tocó la puerta de los hogares de los uniformados. Los indicios son bastante abrumadores.[7]

De todas maneras, salir a la calle con las armas y derrocar a un Presidente era un golpe por donde se lo viera y los líderes del levantamiento que irían surgiendo en el curso de 1973 lo tenían muy en claro. Los llamados constitucionalistas casi siempre argumentaban no por la Constitución misma, ni por la idea del proyecto de la Unidad Popular —si bien muchos habían dicho que estaban "con los cambios", todo un tema de época—, sino porque creían que la política no era un asunto de ellos, que chocaba con sus tradiciones o sentían una lealtad especial hacia el Presidente. Puede que además haya existido algún sentimiento favorable a la Unidad Popular o a alguna de sus ideas, pero esto solo se articuló en pocos oficiales.

Sin embargo, puesto que contenía un fuerte elemento de anormalidad y podría tener resistencia de parte de milicias armadas o de unidades de alguna rama que se le confrontara —además de que los militares tendrían que abandonar lo que la inmensa mayoría de ellos había pensado como lo natural, es decir, "no meterse en política"—, la idea de un golpe requería de algunas condiciones. Una de ellas, que quizás solo fue verbalizándose lentamente, es que tenía que ser algo fuerte y duro; esto es, que la sangre correría llegado el caso si fuese necesario. Esto implicaba que no podía formarse un gobierno militar demasiado transitorio que simplemente convocara a elecciones, porque los jefes de la rebelión al final terminarían en la picota. Otra condición era que para justificar una salida de madre —apartarse de la Constitución o de una parte de ella, porque sentían que los otros ya la habían violado— debían

[7] Mario López Tobar, *El 11 en la mira de un Hawker Hunter. Las operaciones y blancos aéreos de septiembre de 1973* (Santiago: Sudamericana, 1999), p. 75.

obtener legitimación por medio de la creación de algo nuevo, de un sistema político renovado. Aunque no está en las fuentes, es probable que el modelo brasileño haya estado en su conciencia, en especial porque tenían contacto con la inteligencia militar brasileña, que además los incitaba a tomarse el poder. Mirado retrospectivamente, todo esto es una pista que permite explicarse al menos en parte la realidad que vino después.

Por último, había una conciencia muy clara de que ellos no podían actuar a partir de un simple cuartelazo; no querían ser identificados como un militar caribeño más. Querían expresar el cansancio con una crisis profunda que sentían estaba destruyendo no solo la vida pública y la economía del país, sino que también la seguridad nacional en el sentido más directo para los militares, es decir, la intangibilidad de las fronteras. La crisis interna del país estaba amenazando la integridad territorial, que se veía puesta en peligro especialmente por ciertas señales que emergían en Perú. Imagen y realidad se confundían, aunque lo sentían de esa forma. Para ello necesitaban de la seguridad de un apoyo de las fuerzas civiles, que cooperarían después en "reconstruir el país". Necesitaban que los civiles, en especial el Parlamento, se los implorara, pues no querían encabezar un levantamiento sin un apoyo ciudadano masivo e institucional.

Varios autores han sostenido que existía una conspiración casi desde 1970, aparte de la que concluyó en tragedia con el asesinato del general Schneider.[8] Los oficiales convencidos de que tenían que actuar frente a lo que miraban como un intento de toma de poder por el marxismo, tras recuperarse de su apabullamiento por los hechos anteriores, comenzaron a conversar y establecer contactos dentro de cada institución y después entre estas. Da la impresión de que no se trataba de un intento de ganarse algunas unidades e iniciar un levantamiento. Se trataba más bien de ir creando la conciencia de que por ahora había que resistir y mantener incólume a "la fuerza" y luego efectuar una labor de convencimiento para cuando llegara el momento de crisis. En ese entonces, los civiles les rogarían que actuaran. La literatura sobre "los golpistas" ignora esta situación que, más que planificada, corresponde a un estado mental, a una sicología si se quiere. Al final, a mediados de 1973, esto llegó a ser una fuente de legitimación.

Por último, hay que destacar que habiendo existido el ánimo conspirativo en muchos oficiales desde 1970, este fue adquiriendo un carácter más real a medida

[8] González, *La conjura*; Patricia Verdugo*, Allende: cómo la Casa Blanca provocó su muerte* (Santiago: Catalonia, 2003).

que avanzaba la crisis del país. No fue el agente que la ocasionó, sino uno de sus resultados. En la Armada y en la FACH el alto mando en general veía primero con desconfianza y después con hostilidad al gobierno de Allende. En el Ejército, lo que se llama propiamente alto mando, los cinco cargos clave, o tenían alguna inclinación por el gobierno de Allende —lo que no puede definirse como proclividad al marxismo, en todo caso— o se enclaustraron en una definición literal de constitucionalismo, como obediencia a las órdenes de las autoridades civiles, en gran medida porque pensaban que una acción de ellos podía llevar a la división del Ejército o a un enfrentamiento sanguinario con una gran parte del pueblo. Hemos dicho que Prats se fue inclinando paulatinamente a una identificación con algunos aspectos del proyecto de la Unidad Popular. En el caso del general Bachelet, por citar otro militar que rápidamente adquirió perfil en el debate público, había una simpatía de principio.

## Primeros preparativos del levantamiento

Los altos mandos, en parte por responsabilidad y en parte por lo difícil de cualquier decisión, tendían a soslayar mayores pronunciamientos. Sin embargo, en el curso de 1973, empezó a subir la presión de los oficiales de rango intermedio y, de manera más incontenible, de oficiales de baja graduación. Estos comenzaron a conminar a sus jefes a una acción inmediata, voces muchas veces también surgidas de la menor responsabilidad que se tiene en un rango menor, en el cual, una vez disuelto el lazo invisible de la obediencia total, todas las verdades en que se cree se pueden proclamar. Esto explotó de manera que pudo ser incontrolada a partir del Tancazo del 29 de junio. De allí a septiembre las conversaciones por "hacer algo" se fueron concretando en un "cuándo" y en un "estamos listos mi general", en acto conminatorio a los jefes.[9]

Todo esto no fue resultado de lo que normalmente se llama conspiración o conjura. Hubo ciertamente una apelación de la oposición, en especial de su base, a que los uniformados debían "rescatar a la patria". A veces esto se producía de manera organizada, pero no más allá de que una huelga o una toma era también algo organizado, aunque muchas veces representara una demanda sentida como legítima. Aparte de los problemas económicos específicos del país, de la sensación de trastrueque de valores y coordenadas generales de la vida, la realidad económica

[9] Esto aparece relatado muy vívidamente, aunque en su escritura surge por azar, en González, *La conjura,* esp. pp. 239-270. Lo mismo en Ismael Huerta Díaz, *Volvería a ser marino* (Santiago: Andrés Bello, 1988), Tomo II, pp. 41-50.

también llegaba a golpear a las familias y a las personas de oficiales y suboficiales. Allende había tenido un especial cuidado en el abastecimiento de las fuerzas armadas y en satisfacer en todo lo que se pudiera sus demandas de mayores medios.[10] Sin embargo, la caja se estaba quedando vacía; no disponía de los recursos que en algunos procesos de cambio han servido para mantener aquietados a los militares, al menos por un tiempo. Por ello, la crisis del país alcanzó directamente la vida cotidiana de amplios sectores de las fuerzas armadas. Semanas antes de ser asesinado, el comandante Arturo Araya le explicaba al almirante Ismael Huerta —en el contexto en que el primero le reiteraba el aprecio que le tenía al segundo, frente a algunos rumores que se habrían esparcido sobre una inquina entre ellos— que no invitaba a nadie a comer a su casa, porque se podría decir que a él lo abastecían del mercado negro.[11]

La correlación social indicaba que era probable que los oficiales de manera masiva podrían inclinarse desde un principio contra la Unidad Popular, en la medida en que se expresaran. Los problemas prácticos que surgían por doquier y que afectaban directamente a la familia podían reforzar la tendencia. Remataba esto el que en la base del planteamiento de dichas dificultades yacía una pugna política que enardeció a la inmensa mayoría del país, ya en julio de 1973, jalonada por pocos momentos de quietud y de olvido de los asuntos públicos. El lenguaje de la política ingresó en buena medida a los cuarteles por la vía de los hogares, en especial a través de esposas e hijas de muchos oficiales que empezaban a participar en actividades de los sectores de base de oposición. Esto se daba no solo en lo que se podría llamar marchas políticas. En 1973, en los sectores de clase media y media alta surgieron organizaciones de vecinos que vigilaban los barrios contra probables tomas, ya sea un temor surgido de una probabilidad real o de la pura fantasía.[12] Muchas veces las familias de los oficiales, aquellas que no vivían en poblaciones militares, estaban participando activamente en formaciones que hoy día se llamarían de "autodefensa". Las mismas poblaciones militares estaban cada día más resguardadas en un estado de alerta cada vez más pronunciado a medida que se acercaba septiembre.

---

[10] Mónica González relata un curioso hecho de comienzos de 1971, cuando Prats estuvo a punto de renunciar porque el Ejército había quedado en posición desmedrada frente a las otras ramas en las solicitudes de recursos, todo ello quizás por la inclinación del Gobierno de darles para que estuvieran contentas; en cierta manera, para comprárselas. González, *La conjura*, pp. 130-ss.

[11] Huerta, *Volvería a ser marino,* Tomo II, p. 34.

[12] Sobre organizaciones de base de signo opositor, ver "La lucha por el poder en las bases", *Qué Pasa*, 8 de marzo de 1973.

En este sentido, el 29 de junio fue una especie de divisoria de aguas. Puso en movimiento una avalancha que fue creciendo sin parar y que no encontró al final otro cauce que no fuera la intervención militar con todo, o sea, un golpe militar fulminante y que al final fue acatado prácticamente por la totalidad de las fuerzas armadas y, con algunas pocas dudas, por Carabineros. Una parte de esta historia consistió en que no solo el alto mando, sino que además generales y almirantes en su casi totalidad comenzaron a ponerse a la cabeza de las inquietudes como parte de esta acción para recuperar la verticalidad del mando, una acción fundamental en todo cuerpo armado. No lo hicieron únicamente por este motivo, claro está. Participaban de la idea general de que ahora ellos debían poner orden en el país, pero tenían sus dudas y en prácticamente todos hubo un grado mayor o menor de lucha de conciencia por tener que realizar algo que iba contra las categorías en que habían sido formados, y en las que en gran medida habían creído de manera casi absoluta.

La idea de que habría que "hacer algo" y que esto se parecería demasiado a un golpe no fue un proceso rápido, aunque cristalizó en los once meses que duró lo que hemos llamado la guerra civil política. Esto ya sería incontrarrestable a partir del Tancazo, aunque una mecha inicial estuvo en la reunión del 11 de abril en el Ministerio de Defensa para debatir la ENU. El general Prats diría retrospectivamente que la costumbre, cuando había una discusión entre oficiales, era que una vez que hablaba el Comandante en Jefe y daba su opinión ya no tomaban la palabra los oficiales de rango inferior. Eso se rompió en la jornada de abril.[13] De allí en adelante, a veces reculando, pero en general proyectándose hacia adelante, la avalancha seguiría su curso hasta el final. Este final fue el momento en que los que estaban decididos a tomarse el poder se pusieron a la cabeza de los oficiales. En la marina esto sucedió definitivamente entre julio y agosto. En la FACH fue en la segunda mitad de agosto con un tiempo-eje que fue el reemplazo de César Ruiz Danyau por Gustavo Leigh Guzmán en la jefatura de la institución. En el Ejército sucedió entre los días 9, 10 y 11 de septiembre en la madrugada. En Carabineros sucedió en el curso de la mañana del 11 de septiembre.

## "Comité de los 15" como salto cualitativo

En el Ejército era el general Sergio Arellano Stark quien había sido el hilo principal de la organización de una red que planificaba la toma del poder. En su estadía en Valparaíso como comandante del Regimiento Maipo anudó relaciones con el segundo hombre de la Armada, el vicealmirante José Toribio Merino, y con

[13] Prats, *Memorias*, p. 379.

el prefecto de Carabineros local, general Arturo Yovane Zúñiga. Luego se añadirían algunos hombres de la FACH, especialmente el general Nicanor Díaz Estrada. Lo que sí existía, que se nos perdone la insistencia, era una incesante actividad entre oficiales intermedios de las tres ramas. Era también innegable la realidad de que ya algún servicio secreto de una de las ramas u oficiales pertenecientes a una de ellas colaboraban con las fuerzas de oposición y especialmente con sus grupos de acción, en todo lo que fuera sabotaje e incluso con armamento.[14]

Cuántos generales o almirantes sabían de este vínculo es solo asunto de especulación. También era un hecho que los oficiales, e incluyendo a muchos altos oficiales, mantenían conversaciones con civiles que lideraban organizaciones gremiales que se deslizaban hacia la franca rebelión y con dirigentes políticos. Estos cada vez más habían perdido el pudor inicial de fines de 1970 de plantearles temas políticos a los uniformados y los conminaban a tomar una posición. Ello no venía solo de la derecha, aunque pocos pensaban que la toma de posición de los uniformados fuera a significar un régimen militar interminable en relación a la experiencia de la historia de Chile.

Se ha pensado que la Armada tenía desde un principio un plan maestro para dar un golpe, desde 1970.[15] Nada más lejos de la verdad expresado de esa manera. Fue un lento cambio de mentalidad que se convenció a sí misma de lo que se veía como la necesidad de intervención, no sin alguna disidencia e incertidumbre si se hacía lo necesario y lo correcto. Como en todas las ramas, el 29 de junio fue una divisoria de aguas.

En ese entonces había una diferencia entre el mando de Valparaíso y el alto mando de Santiago. En el puerto había un ánimo embravecido, pero a medida que los oficiales se aproximaban a la capital, las ínfulas disminuían. Esa distancia se fue acortando después del Tancazo. La primera delegación que parte a la reunión del Comité de los 15 ya tiene esbozada la posición, fijada junto al almirante Merino: (1) mantener la unión férrea entre las fuerzas armadas; (2) hacer presente que se lleva la opinión de toda la Armada, incluyendo oficiales y tripulaciones; (3) estando la seguridad nacional seriamente desquiciada en cuatro frentes, es indispensable poner orden para restablecer la normalidad de la vida ciudadana; (4) el Gobierno debe someterse estrictamente a los preceptos constitucionales y legales; (5) disolución de los grupos armados; (6) la Armada no hará fuego sobre uniformados; (7) si hay

[14] Así lo afirma, para el contexto del Paro Final, un miembro de Patria y Libertad. Manuel Fuentes, *Memorias secretas de Patria y Libertad. Y algunas confesiones sobre la Guerra Fría en Chile* (Santiago: Grijalbo, 1999), p. 297.

[15] Es la idea que transmite la investigación de Magasich, *Los que dijeron "No"*.

participación de las fuerzas armadas en tareas de gobierno, esta debe ser amplia, efectiva y con asesoría de expertos.[16]

Aquí están las ideas básicas del memorándum que iba a surgir del Comité de los 15. Es una combinación de actitud claramente deliberativa e impositiva, aunque con el supuesto de que se estaría haciendo un acto de restauración de un orden constitucional que se ha violado. Era una convicción creída —en muchos quizás a medias, aunque eso no la constituye en un puro invento ni mucho menos— de que se estaba actuando dentro de un orden constitucional. Era una suerte de "representación", de esas que pueden preceder fácilmente a un "pronunciamiento". Era lo mismo que pensaba una parte del país, que de acuerdo a las elecciones de marzo sin duda era la mayoritaria. Aunque no lo hubiese sido, la idea de que la política de la Unidad Popular estaba abandonando el orden constitucional seguía siendo igualmente válida para este Chile.

La idea reflejada en este memorándum implicaba asumir legalmente el Gobierno por medio de la participación en los ministerios con numerosos cargos, no solamente el de ministro. La ejecución de las políticas no sería aquella que había caracterizado a la Unidad Popular; vale decir, era el fin del proyecto y en ese sentido tenía claramente el carácter de deliberación. Por otro lado, redactado de esta manera, constituía una versión bastante pálida de lo que se exigía, a veces a gritos, en los cuarteles y en especial en los casinos de oficiales de las tres ramas, al menos por una mayoría de los oficiales. La exigencia de disolución de los grupos armados recogía el reclamo de la oposición. Asumía que esta era una parte de la realidad del país, de la cual era responsable la Unidad Popular y que con esto había roto el monopolio de las armas, base de todo orden constitucional en la democracia moderna. La demanda por disolver los grupos armados no iba dirigida a los grupos de oposición que estaban actuando, en algunos casos con el apoyo activo de muchos oficiales, en especial de la marina. Dijimos que era probable que hasta mediados de 1973 ese apoyo no necesariamente emanaba de una dirección del alto mando. En todo caso, es de presumir que en estos momentos ya era así. Como hemos dicho, la extrema derecha, como tantas veces en la historia en tantas partes, ha surgido frente a la realidad de la existencia de una extrema izquierda. En el Chile de esos días no había nadie de la oposición que dudara de su existencia; era un supuesto también de parte de la Unidad Popular y de toda su base que, llegado el caso, contarían con grupos armados y "militares leales".

La exigencia de desarme de estos grupos tenía su historia inmediata. Ante la idea de que se extendía la formación de milicias armadas de parte de la izquierda

[16] Huerta, *Volvería a ser marino*, Tomo II, pp. 43-ss.

—y hemos dicho que el GAP era tomado como un ejemplo paradigmático de esta realidad— se originó la demanda de la oposición por tener una política para combatirlas de manera legal. Esta es la raíz de la Ley de Control de Armas, iniciativa del senador Juan de Dios Carmona, en ese entonces muy próximo a Eduardo Frei. Se presentó el proyecto en el Senado en abril de 1972, siendo aprobado sin votación, por consenso, aunque con pocos senadores en la sala, el 21 de julio siguiente. El 30 de agosto se aprobó en la Cámara con votación unánime de los no demasiados diputados presentes. Fue promulgada la ley el 21 de octubre de 1972. Esta no había gustado nada a la izquierda, ya que por angas o por mangas estaba dirigida contra ella. Sin embargo, el gobierno de Allende no se atrevió a vetarla, porque podía ser una señal de confesión de estar preparando un aparato armado, y con ello dar un argumento a quienes entre los uniformados ya estaban pensando en intervenir. Daba la autorización a las fuerzas armadas para tomar la iniciativa e investigar donde pudiera haber armas mantenidas ilegalmente y requisarlas en caso necesario. Es cierto que el Gobierno podía ejercer atribuciones e impedir la acción, pero esto podía llevar también a una confrontación directa.

Por un tiempo no pasó nada, ya que los uniformados nada hicieron. Cualquier iniciativa de ellos era poner el dedo en la llaga. A partir de mediados de 1973 las cosas cambiaron. La Armada y la FACH empezaron a llevar operativos por su cuenta. En algunas provincias los jefes militares del Ejército hacían lo mismo. Cuando asumió el general Gustavo Leigh como Comandante en Jefe de la FACH el 20 de agosto de 1973, los operativos de esta rama se incrementaron. A Allende y a la Unidad Popular no se les ocultaba en ningún minuto que esto estaba dirigido contra sus propias fuerzas. No hallaron mucho y, en los pocos encuentros armados que hubo, como en la industria Sumar días antes del golpe, los grupos en ella parapetados hicieron uso de armamento muy liviano.[17] Con todo, los operativos les sirvieron a los militares para ejercer un control sicológico en la calle y adquirir la costumbre de manejarse a sí mismos, aunque siempre al borde de ejecutar un acto político.

El Comité de los 15 se reunió en varias ocasiones para analizar la situación. Estaba compuesto por cinco generales del Ejército, cinco almirantes de la Armada y cinco generales de la FACH. A la primera reunión incluso asistió el general Pinochet, aunque al parecer permaneció callado.[18] El Comité elevó un memorándum al Gobierno según las líneas antes señaladas. Aunque el procedimiento fue en principio constitucional, hemos visto que en los hechos se trató de una deliberación, sobre

[17] *El Mercurio*, 7 de septiembre de 1973.
[18] Vial, *Pinochet,* Tomo I, pp. 178-179.

todo porque asumía todas las demandas de la oposición política. En esos mismos días, los partidos de oposición habían efectuado una declaración en la que señalaban que la institucionalidad del país se había quebrantado y que el deber del Gobierno era aplicar la Ley de Control de Armas de manera absoluta, "para evitar la formación de un ejército extremista, en gran parte integrado por extranjeros y paralelo a las fuerzas armadas constitucionales".[19]

## Asesinato de edecán, aprontes de rebelión de la marinería

Otros hechos dramáticos fueron ocurriendo entre fines de julio y comienzos de agosto. Uno de ellos fue el asesinato del edecán naval de Allende, el comandante Arturo Araya. Fue muerto a tiros frente a su casa en Providencia en la madrugada del 27 de julio. Las acusaciones fueron mutuas entre las dos fuerzas políticas del país. Como venía llegando de una recepción ofrecida por la embajada de Cuba para celebrar la conmemoración del inicio simbólico de la Revolución Cubana, a la que había acompañado a Allende, se propagó el rumor de que cubanos lo habían matado por haber escuchado algo inconveniente. Esto puede haber sido imaginación o invención.

A los pocos días emergió otra tesis más fundada, aunque quizás no del todo. Había sido un comando de Patria y Libertad el que ultimó al comandante Araya. El responsable de la autoría de este hecho que conmovió al país y al mismo Allende, por haber desarrollado una cierta amistad con su edecán, se perdió completamente en las semanas que siguieron porque había dos Chile que no se creían mutuamente. La tesis que ha tenido más recepción es la de un asesinato consciente para exacerbar los ánimos o para deshacerse de un oficial "constitucionalista". Se añade también la intervención tan típica de la CIA para cualquiera de estos casos.[20]

No existe la más mínima prueba ni parece muy verosímil que esto haya sido así. En efecto, fue un comando de Patria y Libertad el que lo asesinó.[21] Parece ser que un grupo de este movimiento, de los muchos que habían provocado desórdenes

[19] *El Mercurio*, 7 de julio de 1973.

[20] El prefecto a cargo de la investigación del asesinato de Araya, Hernán Romero, habría dicho al director de la Policía de Investigaciones, Alfredo Joignant, que tendría en su contra a "los servicios de la inteligencia militar, a la CIA…". Magasich, *Los que dijeron "No"*, Tomo II, p. 25.

[21] Max Marambio asegura que él lo investigó por su cuenta y logró identificar a los hechores, aunque estos no pudieron ser capturados. En *Las armas de ayer* (Santiago: Random House Mondadori, 2008), pp. 99-101. Un miembro de Patria y Libertad, por su parte, niega terminantemente que la organización haya tenido que ver con el asesinato de Araya. Fuentes*, Memorias secretas de Patria y Libertad,* pp. 297-299.

y efectuado sabotajes, realizó unos disparos frente a la casa del comandante Araya. Este salió al balcón provisto de una metralleta e hizo fuego, seguramente pensando en que se lo quería atacar y allí recibió otra andanada de disparos.[22] Existían muchos de estos grupos que buscaban no solo el sabotaje, sino que también provocar a grupos de extrema izquierda al combate, y a veces lo lograban. Se ve la misma falta de sentido profesional y aventurerismo irresponsable que en quienes provocaron la muerte del general Schneider. Como decíamos, lo que pudo haber sido un escándalo nacional se perdió a los pocos días por el ruido atronador emitido por el conflicto que desgarraba al país.

El día 5 de agosto de 1973 comenzó una serie de detenciones de suboficiales y marineros de la Armada en Valparaíso y Talcahuano. A los pocos días surgió el anuncio de un acto de subversión en la Armada. En el interrogatorio, el personal reconoció haberse organizado para tomarse la escuadra y que para ello habían tenido el apoyo de líderes de izquierda, nombrando entre ellos a Carlos Altamirano, Miguel Enríquez y Oscar Guillermo Garretón. Trascendió que habían declarado que su plan era tomarse varios barcos, arrestar o ejecutar a los oficiales y después bombardear instalaciones de la zona. Se trataba de una acusación muy grave. A medida que pasaron los días, y mientras los líderes de izquierda se defendían de la acusación, que podía tener delicadas consecuencias para ellos desde el punto de vista legal y operativo, emergió una contraacusación. El personal de marinería sostuvo que ellos solo querían denunciar que los oficiales estaban organizando un golpe, que querían comunicarlo al Gobierno y que por ello habían pedido estas reuniones como manera de dar un aviso, que ellos apoyaban una actitud "constitucional" de defensa del Gobierno. Mientras la Fiscalía Naval de Valparaíso tomaba medidas legales para acusar a los tres políticos —lo que podría llevar al desafuero y destitución de Altamirano y Garretón—, también surgió cada vez más fuerte la acusación de que los marineros habían confesado bajo tortura y este tema se iría haciendo más y más fuerte a medida que se fue acercando el 11 de septiembre.

Hay mucho de cierto en ambas versiones. Como hemos indicado, la formación de células de izquierda marxista en la Armada era un hecho bastante antiguo. El solo hecho de su existencia era un formidable desafío a la institución, ya que era mucho más que la manifestación de un descontento por tal o cual servicio, por tal o cual oportunidad, por tal o cual abuso. Por décadas se había vivido con esta realidad, solo que ahora presentaba un dilema mayor a la autoridad de los oficiales.

[22] La investigación está más o menos detallada en González, *La conjura*, pp. 218-228.

Revivía además el espectro de 1931. Esta vez los oficiales creían que habían podido dominar la situación atacando primero y en gran medida porque disponían de la total obediencia del Cuerpo de Infantería de Marina, no existiendo ninguna de las demandas más o menos razonables que se habían dado en el dramático año 1931.

La preparación de una falange, "por si hubiese un golpe de estado", en una organización jerárquica en la cual la obediencia es la base de todo, ponía a los oficiales entre la espada y la pared. Era evidente que el servicio de inteligencia de la Armada los tenía infiltrados desde hace tiempo, pero no podía actuar careciendo de pruebas sólidas. Ahora tampoco las tenían, aunque no sin buenas razones estaban seguros de hallarse ante un levantamiento inminente de una parte del personal subalterno que al menos neutralizaría a la Armada como un todo, si es que no la sumaría al "polo revolucionario".

Por otro lado, aunque en especial en la Armada esto tenía antecedentes de décadas, estando separado o combinándose con demandas de tipo social, por sueldos y trato, aquí asomaba otro problema. Si los oficiales intermedios se habían puesto a deliberar como rebote de la situación del país, era cuestión de tiempo que ello sucediera entre suboficiales y tropa. Era otro llamado de alerta a los oficiales de que las condiciones eran anormales. Bajo el sistema de la Constitución de 1925, los oficiales tenían derecho a voto, el que no todos ejercían o no podían hacerlo, por temas de destinación; el solo derecho era ya un permiso de deliberación, aunque fuese un acto de conciencia. Los suboficiales y la tropa estaban excluidos. La izquierda por años había sostenido que había que otorgarles el mismo derecho. Los oficiales reconocían que los suboficiales de los años 1970 no eran en términos educacionales los mismos de los años 1920. Incluso, por un testimonio de Carlos Prats, parece que consideraban en 1971 que era mejor que se les prohibiera a todos. El problema estaba latente.

Las pruebas sólidas de que había una conspiración, esas del tipo *smoking gun* que valen ante un juez, no estaban en este caso, salvo las obtenidas en las confesiones. Y estas —surgía poco a poco la evidencia— habían sido obtenidas con un uso generoso de la tortura, de una manera bastante sistemática. En Chile la tortura política había sido usada por Investigaciones contra un grupo de extrema izquierda a fines de los sesenta, contra los autores del atentado a Schneider en 1970 (la Corte Suprema lo hizo ver en este único caso) y contra algunos miembros de la acción directa de la oposición en los años de la Unidad Popular. No se era virgen al respecto. Sin embargo, ahora se pasaba a un estado superior y esto, claro, era indicio de otra realidad, aunque estas torturas no mataron a nadie y estuvieron muy lejos de las que después practicaría, por ejemplo, la DINA. Poco antes del golpe, las acusaciones al respecto estaban envolviendo en dificultades a la Armada y se ha especulado

incluso con que la urgencia de esta por fijar una fecha rápida para el levantamiento contra el Gobierno fue acicateada por el incremento de estas acusaciones. En paralelo, la Fiscalía Naval fue apurando la petición de desafuero a Carlos Altamirano, lo que aparecía inminente para el día 11 de septiembre. Ardía Troya.

## ¿Quién es leal a quién?

Sigue en disputa el hecho de si el plan era solamente en caso de que los oficiales participaran en un golpe o se trataba de un plan para alzarse antes de que este ocurriera. Esto último tiene alguna verosimilitud, ya que en una unidad militar que funcione eficazmente, una vez dada la orden es muy difícil que un subordinado, sobre todo en los grados más subalternos, pueda rebelarse. Han surgido pistas que muestran que efectivamente había algo planificado como toma de al menos un par de barcos para el día 8 de agosto, siguiendo esta misma lógica.[23] Parece ser que el plan para un alzamiento preventivo, o que se lo considerara tal, había sido algo ideado por el MIR, mientras que los comunistas, que tenían células aparte, preferían seguir con el plan más tradicional de reaccionar solo en el caso de un levantamiento de los oficiales. Las células comunistas, sin embargo, fueron desarticuladas como consecuencia de los planes del MIR y por lo tanto perdieron su posibilidad de presión en la Armada.[24] Con ello perdieron un pie que tenían en el corazón institucional y enardecieron a los oficiales, quienes, por si les faltaran, tenían otro motivo para estar en pie de guerra. En todo este período, el Comandante en Jefe, vicealmirante Raúl Montero, apoyó y defendió el proceder de la Armada.

Así, para la segunda mitad de agosto se había configurado una convergencia entre, por una parte, la mayoría de los altos oficiales de la Armada y de la FACH y, por otra, oficiales intermedios —aunque no todos ellos— para "hacer algo", de lo cual la propuesta de una rectificación gubernamental no era más que un primer paso. Este paso puede considerarse una triquiñuela, excusa para pasar a planificar directa-

---

[23] Es la tesis sostenida por un antiguo miembro del MIR que estaba envuelto en la operación. Enérico García Concha, *Todos los días de la vida. Recuerdos de un militante del MIR chileno* (Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2010), pp. 98-ss. También en Germán Bravo Valdivieso, *La infiltración en la Armada, 1973. La historia de un motín abortado* (Valparaíso: RIL Editores, 2010).

[24] Telegrama 390/73, 11 de agosto de 1973. BA, DDR, DY 30 I VB 2/20 261. 843 40760. Otra información dice que los comprometidos eran muchos más, alrededor de 400 personas, y a la vez confirma un cuadro que afectó también a células comunistas o socialistas, y que se preparaba un "levantamiento" (*Aufstand*). Blitztelegram DLF 15 170, de Trappen, Santiago, a Axen, Markowski, Stibi, Korth, 10 de agosto de 1973.

mente la toma del poder y ver qué se hará después de ello. Era también un estadio sicológico para aliviar la conciencia de que se estaba dando un paso ajeno a una doctrina encarnada por varias décadas, pero que tenía que ceder ante un deber que sentían como histórico, ya que procedía de lo profundo de la historia republicana; esto es, dar el paso para aventar un peligro que creían desfiguraría el rostro auténtico de Chile, al que además percibían como una amenaza inminente. El 29 de junio y el haberse adelantado a un levantamiento en la Armada, les demostró los dos peligros que enfrentaban: la feudalización de la disciplina a través de los mandos medios y con ello una anarquía en las filas que no solo le abriría las puertas a la acción directa de la Unidad Popular, sino que también, y esto es relevante, pondría en peligro la seguridad nacional en su sentido tradicional, en especial por la amenaza de Perú. El segundo era que la Unidad Popular mantenía un juego político, cuyo alcance en todo caso es difícil de evaluar, al mantener una infiltración sistemática por células en las instituciones armadas. Probablemente no era algo importante, salvo en la Armada, pero sí su sola presencia creaba las bases para que se interpretara como una espada de Damocles por parte de los oficiales.

En el Ejército, el general Prats y el alto mando que lo acompañaba, en especial los generales Pinochet, Pickering, Sepúlveda, Urbina y Brady, no permitían el mismo tipo de convergencia. El 29 de junio había demostrado que por dentro la olla a presión hervía a no dar más. Desde antes, emergió un caudillo organizador en las filas seguro de lo que quería y que pensaba que en la pugna las fuerzas armadas tendrían que intervenir e implantar un régimen militar como única salida. Era el general Sergio Arellano, quien, desde 1972, venía estableciendo relaciones no solo con oficiales intermedios, sino que también con las otras ramas de las fuerzas armadas y con Carabineros. Hemos dicho que en Valparaíso se formó, según algunos indicios, una especie de pre-Junta entre él, el almirante Merino y el general de Carabineros Arturo Yovane. En el mes de julio empezaría a despuntar otro líder militar en el general Oscar Bonilla. En las provincias empezaba a asomar la voz de otros generales, Washington Carrasco en Concepción y Manuel Torres de la Cruz en Punta Arenas. Este proceso se desarrolló entre julio y comienzos de agosto de 1973.

Las primeras señales en el Ejército de un descontento soterrado a través del alto mando se dieron cuando Prats encontró reticencia para ingresar al gabinete después del Tancazo.[25] Luego, a comienzos de agosto, después del fracaso de las conversaciones con la Democracia Cristiana, Prats y los otros comandantes en jefe accedieron

[25] Prats, *Memorias,* pp. 423-426.

a ingresar al gabinete, aunque sin ningún plan concreto que realizar y en las breves semanas que siguieron es poco lo que podían hacer, salvo tratar de detener la avalancha que estaba llegando al precipicio. Prats ocupó el cargo del Ministerio de Defensa y el almirante Montero, el de Hacienda. Un cargo nada de insignificante recayó sobre el general César Ruiz, el Ministerio de Obras Públicas y Transportes, ahora en el ojo del huracán por el Paro Final. El Director General de Carabineros, José María Sepúlveda, fue nombrado ministro de Tierras y Colonización.[26] En una reunión previa, el general Gustavo Leigh había manifestado abiertamente que solo ocupando subsecretarías y otros cargos claves podía aceptarse la participación uniformada en este nuevo gabinete bautizado por Allende como el de "la seguridad nacional".

Leigh representaba la voz de quienes estaban cada día más decididos a detener a la Unidad Popular. A nadie se le ocultaba que esto tendría el efecto de un golpe blanco. Como lo hemos dicho en varias ocasiones, la participación uniformada en los ministerios era inevitablemente de colaboración con los planes de cualquier gobierno. La única alternativa era que fuera para sabotear esos planes, pero eso era lo mismo que tomar una posición media entre el golpe blanco y el golpe a secas. Cuando en 1947 el almirante Holger desempeñó el Ministerio del Interior, fue porque el alto mando de las fuerzas armadas había hecho suya la doctrina anticomunista que recién asumía el gobierno de González Videla. No hay por dónde mirar de otra manera esta participación militar en un gobierno, salvo en situaciones de excepción no políticas, como un terremoto, realidad tan recurrente en Chile.

La situación actual había llenado de dudas a una parte de los oficiales en los años anteriores, acerca de si su juramento constitucional se extendía a apoyar el proyecto de la Unidad Popular, contra el cual tenían sus prevenciones y después un rechazo. A la literatura relacionada con el caso chileno le llama la atención o se concentra en la reacción de los altos oficiales que cumplían órdenes de Allende y del ministro de Defensa de turno (Tohá, Prats, Almeyda, Letelier) y que al mismo tiempo estaban envueltos en la organización de un levantamiento. Esto lleva el rótulo generalmente de "traición". Había lucha de conciencia en muchos, y debe haber habido más de alguna ambigüedad. Se acepte o no la legitimidad de rebelarse contra la Unidad Popular, la mayoría de los oficiales que organizaron el golpe había creído —antes— que ellos, al no hacer nada, sobre todo hasta junio y julio de ese año 1973, estaban a su vez traicionando su juramento a la bandera, su tradición y una cierta tradición del Estado, aunque no hayan tenido ninguna claridad respecto

[26] Prats, *Memorias,* pp. 456-460.

de todo lo que esto implicaba. La misma tesis básica de la oposición —y en esto no hay diferencia entre la derecha y la Democracia Cristiana— era que el proyecto de la Unidad Popular abandonaba la misma Constitución, ya fuera por sus resquicios, por la movilización, por la organización de fuerzas de choque, por lo que miraba como la destrucción de la economía y porque se orientaba hacia un modelo no democrático. Cuando los oficiales comenzaron a deliberar, no les costó mucho asumir estas premisas.

El primer incidente grave, ante el cual muchos en el gobierno creyeron que se encontraban ante un golpe, fue la renuncia del general César Ruiz Danyau. El 17 de agosto el general Ruiz presentó su renuncia como ministro de Obras Públicas y Transportes. Parece que no quería seguir imponiendo la política dura frente a los transportistas que pretendía el Gobierno y que tampoco daba resultado. El general Ruiz había mantenido buenas relaciones con el Gobierno en los años anteriores y Allende lo sentía cercano. No tenía ningún entusiasmo por el proyecto mismo de la Unidad Popular y recogía las presiones cada vez más fuertes de sus oficiales. Allende intentó disuadirlo, pero el general se mantuvo en la suya. Entonces, el Presidente le dijo que además tenía que renunciar como Comandante en Jefe, porque si no lo hacía el Gobierno quedaría mal, habiéndole el propio ministro dado las espaldas en el tema del transporte.

Sucedió que el general Ruiz se negó a renunciar como Comandante en Jefe a pesar de que se sabía que lo sucedería el general Leigh, al parecer aceptado por Allende. En los tres días que siguieron creció la tensión y por un momento ningún otro general de la FACH aceptaba la renuncia de Ruiz. El día 20 de agosto hubo un acuartelamiento, no anunciado oficialmente, de los oficiales de la FACH en la base de El Bosque tolerado por Ruiz y Leigh.[27] Al final, parece ser que Leigh convenció a los oficiales de que aún no era el momento de actuar, que no podían hacerlo solos, lo que era una disyuntiva parecida a la que Huerta y otros almirantes habían tenido que enfrentar el 29 de junio en Valparaíso. El arreglo significaba decidirse a una toma del poder. Leigh partió a La Moneda a jurar en su cargo. Un general de la FACH de menor rango, Humberto Magliochetti Barahona, asumió el Ministerio.

Entretanto, lo que había sido el Comité de los 15, que pocas veces sesionó como tal, se había transformado en una asociación en la que militares —en lo básico Arellano y Bonilla, por el Ejército; Nicanor Díaz Estrada, por la FACH y un representante de la Armada— se reunían con líderes empresariales y algunos

[27] Prats, *Memorias*, pp. 473-475; López Tobar, *El 11 en la mira de un Hawker Hunter*, pp. 64-66.

profesionales de confianza y comenzaban a organizar una toma del poder para un momento próximo. El mensaje de los empresarios y asociaciones gremiales era que no les quedaban muchas fuerzas para seguir resistiendo. Aquí sí que empezó formalmente el hecho de una conspiración en marcha. Todo lo demás eran hilillos de agua, riachuelos, cascadas que desde mil orígenes fueron convergiendo en esta realidad. Cada día que pasaba disminuía la probabilidad de que hubiera una alternativa distinta, tal cual lo presumíamos al comienzo de este capítulo.

## Caída de Prats y cambios en el alto mando

Un punto de inflexión clave fue la salida del general Prats de la Comandancia en Jefe del Ejército. Ya era claro incluso para él mismo que no tenía el apoyo de los oficiales que activamente se preocupaban de lo que estaba pasando, ya fuera que solo expresaran su opinión o que estuvieran urdiendo una de las decenas de pequeñas y grandes conspiraciones que se venían desarrollando en el Ejército en el último año, y que eran más o menos imparables después del 29 de junio. Prats había pensado en renunciar varias veces. Solo estaba protegido de una manera efectiva por el apoyo de Allende, el aliento de los líderes de la izquierda —conversaba mucho con Corvalán, Altamirano y Miguel Enríquez— y por el núcleo del alto mando del que ya hemos hablado. En lo demás, aumentaba su sentimiento de vacío en relación a la institución.

Un hecho inaudito en la trayectoria del Ejército en el siglo XX vino a precipitar las cosas. Era también expresivo del estado de ánimo de Chile en 1973. A lo largo del país, a muchas manifestaciones políticas o dirigidas sencillamente contra la Unidad Popular o a marchas de mujeres asistían familiares y esposas de uniformados. A las 5 de la tarde del día 21 de agosto, con Prats echado en la cama por una gripe, en la misma casa del Comandante en Jefe que por muchos años después ocuparía el general Pinochet, se produjo una manifestación de unas 300 mujeres, casi todas esposas de oficiales, pero además, y aquí está el detalle, encabezadas por seis esposas de generales. Esto era indudablemente un fuerte golpe. Le querían entregar una carta a la esposa de Prats, Sofía Cuthbert, en la que, sin pedirle directamente la renuncia, clamaban por el descalabro del país, reclamando que sus maridos tenían que obedecer órdenes sin poder poner remedios a las cosas y que se jugaba con ellos. La carta estaba también firmada por las seis mujeres de generales.[28]

[28] El episodio, relatado en muchas partes, se puede ver principalmente en González, *La conjura,* pp. 243-253; Prats*, Memorias,* pp. 476-482.

Esto creó una crisis instantánea. El Jefe del Estado Mayor del Ejército, el general Augusto Pinochet, realizó una reunión en la que conminó a los generales de la guarnición de Santiago a renovarle la lealtad a Prats. Aquí fue cuando parece que dijo: "¡Esto se lava con sangre de generales!", y amenazó con llamar a retiro a algunos de ellos.[29] La respuesta de los generales fue desganada y reforzó las críticas al general Prats. Y no había acatamiento al alto mando. El día 23, sin que Allende haya logrado poder disuadirlo, Prats anunció su retiro. El Gobierno y los principales dirigentes de la Unidad Popular estaban muy conscientes de que perdían su apoyo más seguro al interior de las fuerzas armadas. Según los indicios, por recomendación del general Prats y porque se le suponía de una línea más o menos parecida, aunque en realidad poco se lo conocía, se nombró en su reemplazo al general Augusto Pinochet. Al menos el Gobierno no tenía nada de qué quejarse respecto de él.

La renuncia de Prats tiene un punto de interés para nuestro tema acerca de la "seguridad nacional". En un párrafo decía: "Contribuí a los lineamientos señalados por V. E. para una participación realista de las Fuerzas Armadas en las grandes tareas del desarrollo del país, que tiene trascendente incidencia en la Seguridad Nacional, bajo la inspiración del nuevo concepto de 'soberanía geoeconómica'".[30] En la carta, además, Prats ensalzaba a Allende por su papel internacional, en referencia, creemos, a su discurso ante la ONU. La respuesta de Allende, como era natural, tuvo un carácter más comprometedor en lo político. No repite el tema de la seguridad nacional que había sido tan recurrente en su lenguaje. Recuerda la línea del general Schneider y del comandante Araya:

> Los soeces ataques dirigidos ante usted constituyen una parte de la escalada fascista en la cual se ha llegado a sacrificar al Comandante de la Armada Nacional, mi Edecán y amigo, Arturo Araya Peeters, quien fuera ultimado por personas pertenecientes al mismo grupo social que tronchó la vida del General Schneider. Este es un duro momento para Chile, que usted lo siente de manera muy profunda. El gesto de su renunciamiento, motivado por razones superiores, no es la manifestación de quien se doblega o rinde ante la injusticia, sino que es la proyección de la hombría propia de quien da una nueva muestra de su responsabilidad y fortaleza.[31]

Como siempre, Allende ve la tradición constitucional como un camino que solo puede llevar a la misma meta que la "transición al socialismo" y no se deja escuchar en sus palabras ni un solo reproche al hecho de que Prats dejó de luchar,

[29] Vial, *Pinochet,* Tomo I, p. 184.

[30] Prats, *Memorias*, p. 487.

[31] Prats*, Memorias,* p. 491.

agotado. En efecto, Prats no era un miembro de tomo y lomo de la Unidad Popular, sino que le llegó a tener simpatías en general mediadas por la figura de Allende. No sabemos nada acerca de la relación política que puede haber hecho de Pinochet y al parecer no efectuó ninguna en especial que quedara escrita con posterioridad a estos hechos. Solo queda aquella carta dirigida a Pinochet en que le expresa que "el futuro dirá quién estuvo equivocado".[32]

Quedaba una última fase del proceso militar en cuanto a decisión final de tomar el poder, entendiendo por tal el convencimiento íntimo de que la acción se iba a emprender. En la Armada esto sucedió entre los últimos días de agosto y los primeros días de septiembre. Hacía ya semanas que los almirantes estaban en rebelión contra su Comandante en Jefe, el almirante Montero, pero no al estilo de lo que se había dado en el Ejército. Si había alguien genuinamente "constitucionalista", quizás Montero lo era en cuanto a que se sentía comprometido con Allende y consideraba que no era su tarea participar en un golpe. Trataba de colaborar con el Gobierno limitándose a lo administrativo. Era evidente la acción de la Armada en los preparativos de una acción militar, con las suficientes huellas que no pueden haber escapado a su jefe máximo. Él mismo se vio confrontado finalmente con el alto mando que le dijo que había perdido confianza en él y aceptó que eso era su fin, no sin sentirse herido porque aseguraba los había defendido a ellos. En los primeros días de septiembre, hasta el 11, ya era el almirante Merino, la segunda antigüedad, quien de hecho dirigía la institución. Montero presentó repetidas veces la renuncia, pero Allende le dio más largas que en el caso de Prats. Estaba muy seguro de que los almirantes planeaban algo contra él. Incluso, el Presidente se entrevistó con Merino y le dijo que no lo podía nombrar todavía por un tema de imagen, porque en los diarios había sido anunciada la noticia.[33]

La Armada tenía ahora alineadas las filas, habiendo vuelto la disciplina. El alto mando la controlaba como una institución que funcionaría perfectamente. Abrazó la idea del levantamiento para derrocar al Gobierno como una misión política que había recaído sobre sus hombros. Los oficiales estaban muy convencidos acerca de que no podrían resistir más sin dar este paso. En parte, porque lo habían usado como una estrategia de disciplina, y en parte porque por un miedo genuino y con algo de exageración, vivían en una especie de estado de sitio, incluyendo a sus familias. Las poblaciones del personal parecían campamentos militares separados del resto. El mismo trato a los marineros detenidos por formar células de los partidos

[32] Augusto Pinochet, *El día decisivo. 11 de septiembre de 1973* (Santiago: Andrés Bello, 1980), pp. 150-151.

[33] González, *La conjura*, pp. 280-ss.

de izquierda hacía que en el fondo ya rigiera una especie de estado de guerra fuera de las condiciones normales del país.

Así como hemos intentado desentrañar la mentalidad detrás de las acciones de los generales Pickering y Prats, nos asomaremos ahora un poco al estado de ánimo de un oficial que sentía que se estaba jugando la última posibilidad para impedir una entronización, que veía como definitiva, del marxismo, el almirante Ismael Huerta:

> Chile es un laboratorio. La frase no es nueva, pero el sentido puede ser trágico. Ideologías extranjeras y personajes foráneos a quienes importa un ardite el porvenir de nuestro país, se han entronizado en nuestras instituciones, en los centros de poder político y económico, en las universidades, en los núcleos habitacionales, y se han dedicado a demoler y a destruir con el solo objetivo de utilizar nuestro suelo para experimentación de teorías que no cuadran con la idiosincrasia chilena. Cuando estos personajes hayan sido expulsados, barridos fuera de nuestras fronteras por el verdadero pueblo de Chile, deberá comenzar la dura y larga tarea de la reconstrucción. Habrá que realizarla con un esfuerzo eminentemente chileno que requerirá indudablemente del crédito externo, pero que se basará más que en recursos económicos, en un nuevo estilo, en una voluntad de trabajo que al desafío que la historia nos enfrenta. Solo así podremos vivir en paz con nuestras conciencias y con la satisfacción de poder decir, cara al mundo, que los chilenos vencimos la adversidad y que todo progreso es fruto del sudor, de la abnegación, del desinterés y del esfuerzo mancomunado para incorporarnos al camino de la prosperidad.[34]

Sentimientos parecidos embargaban a la mayoría de los oficiales y a muchos suboficiales de las fuerzas armadas. Se combinaban con la inseguridad de si la toma del poder sería difícil, violenta, con fuerte resistencia; otras veces, estaban seguros de que podría pasar lo que al final sucedió, que al actuar las tres ramas unidas y coordinadas toda resistencia se tenía que desmoronar en cosa de horas, al menos en combates de la llamada guerra regular, aquella que se lleva entre formaciones. Tenían susto del futuro por las dificultades de gobernar el país y de administrar una situación económica desastrosa. El haber abandonado la tranquila vida del acatamiento al sistema institucional solo podía justificarse a sus ojos por una acción realmente completa de reorganización drástica del país.

Aquí radica la paradoja. El apoyo político al golpe de estado, en especial de la mayoría de la Democracia Cristiana, se efectuaba bajo el supuesto de que habría una inmediata normalización constitucional. Para los oficiales, en cambio, sobre todo en la Armada, pero también en las otras ramas a medida que se fueron sumando a esta posición en los meses previos al golpe, la intervención solo podía justificarse si

[34] Huerta, *Volvería a ser marino,* Tomo II, p. 63.

existía una reforma radical de las cosas. También el orden sería un tipo diferente al de lo que en estas páginas se ha llamado el modelo occidental. Podía ser uno como el brasileño, que tenía algún prestigio en el continente, pero la verdad es que no habían dado mucho tiempo a pensar en el futuro político. Sentían que actuaban entre la espada y la pared en términos del tiempo que les quedaba.

Hubo un factor adicional, entremezclado con la crisis ideológica que sacudía a Chile y que es probable que haya encendido más los ánimos de los oficiales por intervenir en el desgarro que estremecía al país. La división de Chile ponía en peligro la "seguridad nacional", lo decían la izquierda y la derecha. La primera ponía la atención en el "imperialismo" como la gran amenaza; la segunda —incluyendo a gran parte de la Democracia Cristiana— la ponía en Cuba y la Unión Soviética. Los oficiales y algunos funcionarios del Gobierno expresaban de manera más o menos reservada algún temor por los vecinos. En las circunstancias de 1973 esto solo podía ser Perú, por su compra masiva de armamento soviético. Los marinos que organizaban el levantamiento enviaron a un oficial retirado, Roberto Kelly Vásquez, a Brasil para que planteara este problema, es decir, cómo estar seguros de que Perú no atacaría a Chile aprovechando que las fuerzas armadas estarían ocupadas en una misión interna. La respuesta fue que Chile no debía preocuparse; aunque lo decían de manera tácita, Brasilia ejercería su influencia.[35] No era cosa de los marinos. De paso por París, en una reunión en la embajada de Chile el general Prats había dicho, en mayo anterior, que el peligro no era tanto la guerra civil interna, sino que el Perú.[36] Si este país tenía la intención de atacar, o esta surgió después del golpe por el aislamiento de Chile y de los "incentivos" internacionales que venían del bloque soviético y de otros, es algo difícil de evaluar. Sí era parte del mapa mental.

## Política militar de la Unidad Popular, ¿existía?

El derrocamiento de Allende, que en términos militares transcurrió de manera mucho más sencilla que lo previsto por todos, ha llevado a pensar que no existía una

---

[35] Patricia Arancibia Clavel, *Conversando con Roberto Kelly V. Recuerdos de una vida* (Santiago: Editorial Biblioteca Americana, 2005), pp. 145-147.

[36] Prats dijo esto a Ricardo Rivadeneira, en ese momento miembro del equipo que defendía al gobierno chileno ante las demandas de la Kennecott. Según Rivadeneira, el general Prats le advirtió sobre una inminente agresión del régimen de Velasco Alvarado, que habría estado premunido de "600 tanques manejados por técnicos rusos y con asistencia de personal cubano", a Arica. Entrevista a Ricardo Rivadeneira, realizada por Álvaro Góngora y Macarena Sánchez, 2009. Centro de Investigación y Documentación en Historia de Chile Contemporáneo, CIDOC, Universidad Finis Terrae.

política militar propia del proyecto marxista. No habría habido nada con respecto a las fuerzas armadas mismas, ni respecto al establecimiento de grupos de defensa paramilitares. En realidad, esto no es así. Hubo una política bien específica, aunque no solo incompleta, medida en su eficacia probable, sino que también entremezclada con ilusiones en torno a una realidad. Se yerra frecuentemente cuando se intenta predecir el comportamiento exacto de los uniformados en el momento en que estos intervienen en política, sobre todo en un escenario como el chileno, que se había desacostumbrado a ello en las décadas anteriores. A continuación estudiaremos esto principalmente en base a fuentes de la República Democrática Alemana, ante cuyos representantes socialistas y, sobre todo, comunistas hablaban con pocas inhibiciones.

Después del golpe llegó a ser todo un tema por qué la izquierda no tuvo otra política hacia los militares. La tenía, pero quizás no bien desarrollada; estaba más en el concepto. Al menos en 1971 Corvalán se lo decía personalmente a Ulbricht, la cabeza del régimen germano-oriental. Con las fuerzas armadas tenían que ir con calma, explicaba; había que cambiarlas, debían transformarse, pero no se podía hacer por decreto. Primero había que trabajar con ellas; las transformaciones había que hacerlas con ellas, las tenían que realizar los mismos uniformados, si bien ellos, la Unidad Popular, no podían esperar a que los militares estuvieran de acuerdo.[37]

Había una historia en las relaciones con el SED en este sentido también. Primero Allende y luego muy claramente Carlos Altamirano en 1969 a raíz de su visita, habían solicitado asistencia de Alemania Oriental para intercambiar experiencias sobre "combate ilegal" *(illegales Kampf)*, según lo entendieron los alemanes, y para enviar una delegación de estudios al respecto.[38] Tenía el aspecto de una petición de formación en la lucha armada. Aniceto Rodríguez le explicaba a una delegación comunista germano-oriental que los socialistas tenían contactos en el Ejército; que, aun cuando este no podía ser manejado en "interés de la clase obrera", se podían desarrollar tendencias hacia la izquierda dentro de sus filas. Que ellos estaban en eso.[39]

[37] En memorándum de conversación, con una serie de documentos, 30 de abril de 1971. BA, DDR, DY 30 IV 2 20, 712, 51, M 2 13, 78.

[38] Memorándum sobre conversación con Carlos Altamirano, 13 de octubre de 1969. BA, DDR, DY 30 IV A 2/20/724. La petición de Allende de ayuda para el "trabajo ilegal", en informe de su entrevista con delegación del SED, 4 de diciembre de 1967. BA, DDR, Signatur 725, pp. 109-111. Allende pedía ayuda para "trabajo ilegal" ¡mientras era Presidente del Senado!

[39] Entrevista entre Aniceto Rodríguez y otros responsables del Partido Socialista con Harry Spindler y la delegación de la DDR en Santiago, 20 de noviembre de 1969. BA, DDR, DY 30 IV A 2/20/725.

A través del triunfo de 1970 y el haber logrado superar momentos difíciles con las fuerzas armadas, al neutralizarlas, se demostró efectivo el trabajo de muchos años de socialistas y comunistas entre los soldados y los oficiales. En un informe de octubre de 1970, se ve que los comunistas aseguraban que tenían buenas relaciones con el alto mando del Ejército y que, por otra parte, el partido seguía aumentando su influencia en las filas del mismo. Que el alto mando entendía —aseguraban— que el golpe de 1969 (se presume que el Tacnazo) fue derrotado por el esfuerzo de ellos, mientras que los socialistas querían que se desatara un golpe.[40]

Se creía que en 1971 sobre todo la FACH era leal al régimen. Se renunció a seguir investigando el asesinato de Schneider. Como Allende era masón y un tercio de los generales del Ejército también lo eran, se pudo alcanzar un acuerdo. Se había logrado aislar a "oficiales peligrosos". El problema seguía siendo la composición social del generalato.[41] Ya hacia 1972 no se tenía duda de que el general Carlos Prats simpatizaba con el Gobierno y con muchas partes del Programa de la Unidad Popular, a pesar de que él mismo estaba consciente de las resistencias que pudieran haber en el Ejército.[42] A veces se insinuaba que los servicios de seguridad de las fuerzas armadas y de la Unidad Popular trabajaban en conjunto —fines de 1972— para desenmascarar conspiraciones.[43] A comienzos de 1973 se confesaba que había inquietud y hostilidad en las fuerzas armadas, pero que Prats trabajaba lealmente con el Gobierno, lo mismo que el servicio de inteligencia del Ejército, más desarrollado por él.[44]

En los hechos, tal como lo hemos señalado, había una antigua preparación en varios sentidos. Por una parte —además del MIR, que solo vivía en entrenamiento de guerrilla urbana y rural—, comunistas y socialistas habían desarrollado un elaborado sistema de aparato ilegal, con células, claves, "chapas" (nombres de batalla) y "casas de seguridad". En principio, esto representaba un peligro constitucional si se empleaba en el terrorismo urbano, poco probable en los comunistas, pero una ten-

[40] Informe interno sobre conversación con subsecretario general Oscar Astudillo y Jorge Montes, miembro de la Comisión Política del Partido Comunista, 16 de octubre de 1970. BA, DDR, DY 30 IV A 2 /20 712, pp. 117-124.

[41] Informe 83/71 para miembros y candidatos al Politburó, 29 de junio de 1971. BA, DDR, DY 30 J IV 2/2J, 3538, 51, M 2 13, 29.

[42] "Zur Regierungsumbildung in Chile", sin fecha, probablemente de fines de 1972. BA, DDR, DY 30 IV B 2/20 258.

[43] "Zur Regierungsumbildung in Chile", sin fecha, probablemente de fines de 1972. BA, DDR, DY 30 IV B 2/20 258.

[44] "Zur Lage in Chile", sin fecha, probablemente por referencias, a comienzos de 1973. BA, DDR, DY 30 I IV 2 /20 258, pp. 182-184.

tación cada día más irresistible para nuevas generaciones de socialistas en la segunda mitad de los sesenta. En otro plano, estaba la preparación militar propiamente tal, algo menos probable en los comunistas, aunque existen algunos indicios de esta en la preocupación por que los miembros hubieran cumplido con el servicio militar.[45]

Algunos socialistas se entrenaron en Cuba en los años sesenta, mezclados con los miristas; otros participaron como apoyo o como guerrilleros hechos y derechos en la aventura de Guevara en Bolivia; ahí estaba Elmo Catalán, muerto en 1970 y que dio nombre a la brigada de propaganda y de choque de los socialistas.[46] Los nombres de Arnoldo Camú, Enrique Huerta, Félix Huerta y Eduardo "Coco" Paredes asomaban en este contexto. Varios centenares de metralletas, docenas de ametralladoras y alguna artillería liviana sin retroceso aparecieron el día 11 o después, aunque sin ser utilizadas. O faltó organización o entrenamiento; también la voluntad quizás no estaba a la altura de la retórica. En la zona sur de Santiago se acumulaban casas de seguridad, "barretines" y redes para el combate irregular.[47] La investigación más acuciosa que existe sobre este tema basándose en fuentes cubanas, principalmente orales, afirma que en total los cubanos entregaron alrededor de 3 mil armas al MIR, al Partido Comunista, al Partido Socialista y unas pocas al MAPU. El personal de la embajada de Cuba era prácticamente parte de una fortaleza militar y desarrolló una red de casas de seguridad en Santiago.[48] Es evidente que falló la distribución y la preparación para la eventualidad de un enfrentamiento.

Aunque no necesariamente relacionado con esto, hubo un esfuerzo por parte de Allende por convencer a los militares chilenos de entablar relaciones profesionales con la Unión Soviética y la República Democrática Alemana. Como en varios campos, los germano-orientales tenían una ventaja para tener mejores vínculos con

[45] Orlando Millas refiere que a él le regalaron una metralleta en su viaje a Bolivia en 1947 y que fue la delicia en "el adiestramiento de grupos de autodefensa" del partido. Orlando Millas, *En tiempos del Frente Popular. Memorias. Primer volumen* (Santiago: CESOC, 1993), p. 522.

[46] Una visión sucinta del socialismo chileno en este sentido en Jorge Arrate, *Memoria de la izquierda chilena. Tomo II (1970-2000)* (Barcelona, Santiago: Javier Vergara Editor, 2003), pp. 25-28. En su libro *La Conjura*, Mónica González entrega mucha información, aunque dispersa por el estilo de su relato.

[47] En los barretines parece que participaron guerrilleros tupamaros. Algo de toda esta información está en González, *La conjura*, pp. 357-361. También Ascanio Cavallo y Margarita Serrano, *Golpe. 11 de septiembre de 1973* (Santiago: Aguilar, 2003), pp. 204-ss., 220-223. Sobre las armas a que se refiere Castro más adelante, Marambio, *Las armas de ayer*, pp. 121-129 y 159-170.

[48] Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War* (Chapel Hill, North Carolina: The University of North Carolina Press, 2011), pp. 233-ss.

los uniformados chilenos. Lo mismo buscaban socialistas y comunistas chilenos.[49] La política militar de Allende, al tenor de lo que informaban los comunistas a Berlín Este, se oponía a la extrema izquierda de Altamirano y del MIR. Especial desazón le había causado al Presidente el discurso de aquel del 12 de julio de 1973, cuando Altamirano amenazó incendiar al país con los cordones industriales.[50] La consigna de "desobedecer a los oficiales golpistas" le parecía a Allende que era el fin del proceso revolucionario. Allende, de acuerdo al embajador Spindler, decía que era inevitable el enfrentamiento armado. Pero se podía salir victorioso del mismo si la clase obrera estaba unificada en una dirección política y con el apoyo de una gran parte del Ejército, siempre que se estuviera bien preparado.[51] Altamirano venía afirmando desde meses antes que la solución en caso necesario debía ser el enfrentamiento armado. Sostenía, en una conversación con el embajador de Alemania Oriental, que en Santiago había unos 9.300 soldados, a los que había que agregar 8.700 carabineros. De ambas instituciones en caso necesario se podía sustraer entre un 45% y un 65% como partidarios de la Unidad Popular. Esta disponía en la ciudad de Santiago de alrededor de 2.500 "camaradas" perfectamente entrenados y armados, y que podían intervenir como comandos especiales. Se agregarían a ellos las unidades del Ejército situadas cerca de Santiago y la de paracaidistas, que se inclinaba por la Unidad Popular. Fuera de este círculo estaban los cordones industriales, donde grupos armados y organizados estaban produciendo granadas y lanzallamas.

Altamirano decía esto en el contexto de una petición —¡una más!— de ayuda a Alemania Oriental, a Cuba, a Corea del Norte, a Bulgaria. Agradecía lo ya dado, no quedando claro si se refería a la ayuda armada o de otro tipo, pero que ese momento era crucial y que la ayuda debía otorgarse con rapidez. Ahora era algo específico, se trataba de armas, de aparatos de radios y de asistencia financiera. Avisaba que Hernán del Canto viajaría a Cuba y a Bulgaria. Sabía que Alemania Oriental no producía armas, pero que con urgencia podría enviar radios para las comunicaciones ilegales. Le aseguraba que en este punto estaban en completo acuerdo con el Partido Comunista y, en sus grandes líneas, con Allende también. El embajador Harry Spindler le prometía que lo transmitiría de inmediato. Agregaba en el telegrama a Berlín Este que sabía que Altamirano había hecho lo mismo en otras embajadas de

---

[49] Telegrama de Spindler a Markowski, 20 de septiembre de 1972. BA, DDR, DY 30 IV B 2/20 436.

[50] *Chile Hoy*, 13 de julio de 1973.

[51] Telegrama de Spindler a Axen, Markowski y Stibi, 13 de julio de 1973. BA, DDR, DY 30 IV B 2/20 436.

los países socialistas. Spindler pensaba, además, que los preparativos militares eran insuficientes, aun teniendo en cuenta el apoyo de la clase trabajadora, aunque la visión de Altamirano era "correcta".[52]

A raíz de esta petición, el embajador de Bulgaria ante Alemania Oriental se entrevistó con Hermann Axen, del Comité Central del SED, y le dijo que la petición de armas era para el Partido Socialista de Chile, de manera directa. Desde Sofía se instruyó a su embajador en Chile que averiguara sobre el asunto. Este respondió que los comunistas decían que la ayuda debía tratarse entre gobiernos y no entre partidos, lo que era compartido por el SED en Berlín Este. Pero se seguiría recibiendo a Hernán del Canto.[53] Los soviéticos habían dicho antes a sus amigos germano-orientales que ellos habían respondido positivamente a la petición de armas —sin aclarar si eran las ventas a crédito muy barato— de Allende y de Prats. En cuanto a las solicitudes de los socialistas chilenos, con los que mantenían relaciones directas, manifestaban un poco de preocupación por sus grupos de ultraizquierda, y que en todo caso siempre consultaban antes con los comunistas.[54] Sin embargo, el día 27 de julio el Comité Central del SED decidió entregar la ayuda, ya que "el agravamiento de la lucha de clases en Chile y la consolidación del proceso revolucionario exigen medidas rápidas y extraordinarias".[55] Al menos en el documento se dice que es ayuda a los socialistas tal como estos la pidieron.[56]

Solo después del golpe aparecieron en la Unión Soviética y en Alemania Oriental críticas a los comunistas chilenos, porque tenían algún rasgo de confianza "burguesa" en las instituciones armadas; pedían mucha ayuda como préstamos y créditos, pero no escuchaban consejos en lo político, aseguraban.[57] Aunque nuestra historia se detiene el día 11 de septiembre, una conversación posterior entre el

---

[52] Telegrama 347/73 de Spindler a Axen y a Markowski, 17 de julio de 1973. BA, DDR, DY 30 IV B 2/20 354. Añadía que todavía no había podido confirmar este asunto con Luis Corvalán.

[53] Anotación, Berlín (Este), 26 de julio de 1973. BA, DDR, DY 30 IV B 2/20 354.

[54] Respuesta del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) parece que a una pregunta desde Berlín Este, entregada por G. N. Gorinowitsch, el 23 de julio de 1973. BA, DDR, DY 30 IV B 2/20 354.

[55] Escrito (*Vorlage*) para el Secretariado del Comité Central, 27 de julio de 1973. BA, DDR, DY 30 IV B 2/20 354.

[56] ¿Será a esto a lo que se refiere el general Leonov y no a tanques soviéticos despachados a Chile? Arturo Fontaine Talavera y otros, "El general Nicolai Leonov en el CEP", *Estudios Públicos*, 73, verano 1999, p. 73.

[57] Informe de Paul Markowski de viaje a Moscú, del 13 al 22 de diciembre de 1973. Conversación con Boris Ponomarjow, 21 de diciembre de 1973. BA, DDR, DY 30 IV B 2/20 354.

dirigente germano-oriental Paul Markowski y Fidel Castro da algunas luces sobre la visión de política militar de la Unidad Popular. El líder cubano decía que se le había advertido a Allende que estaba en peligro; que Carlos Rafael Rodríguez había viajado para ofrecerle apoyo, todo por petición de Corvalán. Había divisiones en la Unidad Popular: los comunistas querían negociar con la Democracia Cristiana y los socialistas pedían "utilizar métodos más radicales". Afirmaba que Allende, en su estilo personal, buscaba compromisos en asuntos muy complejos, esto dicho, creemos, en sentido crítico.

Castro sostenía que se evaluó mal la posición de los militares, que no se tomó ninguna medida para proteger a Allende o La Moneda con fuerzas cubanas. "En nuestra embajada en Santiago había muchos combatientes (*Kämpfer*) y se disponía de armas para equipar a un batallón". Decía que cuando hablaba con Altamirano, antes del golpe, trataba de convencer a este último de la necesidad de mantener a toda costa la unidad con los comunistas. Altamirano, continuaba Castro, intentaba a través de su crítica a los comunistas chilenos criticar a la Unión Soviética, pero que él mismo no lo dejaba avanzar en el "antisovietismo". Para Castro, el problema de los socialistas era que estaban divididos en muchas fracciones, sin disciplina como partido. Socialistas y comunistas estaban mal preparados para el golpe y para vivir en la clandestinidad ahora. El MIR, decía en diciembre de 1973, a pesar de algunos problemas, era el único que mantenía sus fuerzas relativamente intactas y era el grupo con el que había que contar.[58]

Si bien Castro no añadía nada demasiado nuevo a lo que sabemos sobre la política militar y la entrega de armas de parte de los cubanos, demostraba que estaba en cierto sentido más íntimamente involucrado en las decisiones de la política chilena que, por ejemplo, los funcionarios del Departamento de Estado o de la CIA.

El 8 de julio de 1973 Luis Corvalán le informaba al embajador germano-oriental, Harry Spindler (con vía directa al SED), que el Partido Comunista había abandonado la idea de que la confrontación armada era evitable; en cambio, llegaba al convencimiento de que ahora era inevitable el enfrentamiento con "los elementos reaccionarios". Agregaba que Allende y las otras fuerzas compartían este punto de vista. Por ello el Partido Comunista se alistaba para la lucha armada: "El 50% de la totalidad del partido se ocupa de estas preparaciones y del trabajo ilegal". Afirmaba que la misma directiva tenía todo dispuesto para pasar a la ilegalidad, que comunistas y socialistas preparaban

[58] Conversación de Paul Markowski con Fidel Castro, en la delegación (embajada) de la DDR en La Habana, 15 de diciembre de 1973, entre las 22 hrs. y las 0:30 hrs. de la madrugada siguiente. BA, DDR, DY 30 IV B 2/20 354.

la formación militar. Todos los militantes que habían hecho el servicio militar estaban organizados en unidades que podían ser desplegadas. Anunciaba que iban a desfilar desarmadas y se esperaba que el general Prats aprobara esto, para "aterrorizar a la reacción". Por ahora se había postergado, pero "Prats ha dado a entender que en caso necesario proveerá de armas a las unidades de la clase obrera".

Reiteraba que se debía aterrorizar a la reacción, lograr que esta pensara que perdería una confrontación armada. Esto había ayudado a que la Democracia Cristiana solicitara un diálogo entre Aylwin y él mismo, Corvalán, pero la Comisión Política del partido no lo aprobó, salvo a un nivel menor. Se trataba de ganar tiempo para que Prats adquiriera total control de su fuerza e inclinara las cosas a favor de la Unidad Popular. Se estaba dispuesto a conversar con el MIR, pero incluirlos completamente en esta acción podía deteriorar la disciplina y la energía. La reacción, continuaba Corvalán, hacía todos los esfuerzos posibles para penetrar en el Ejército. Pero hasta ahora gracias a Prats y al servicio de inteligencia militar, *influido por camaradas del Partido Comunista*, esto se había evitado.[59] En Carabineros había problemas con su alto mando, pero ahora parecía que lo iban a cambiar.

Lo mismo se afirmaba a raíz de una reunión entre Allende, Corvalán, Luis Figueroa —presidente de la CUT—, Carlos Altamirano y nada menos que el general Prats. Ante la sorpresa del Tancazo y lo poco preparada que estaba la izquierda —en realidad, nada ni nadie estaba preparado, ni siquiera los organizadores— y quizás por la poca respuesta popular mientras duró el tiroteo, ahora las cosas se querían hacer mejor. Se formarían unidades de combate que, por problemas de imagen constitucional, estarían bajo el mando de Figueroa y que en caso de necesidad recibirían armas según la promesa de Prats. Estas unidades serían establecidas por grupos de diez, por compañías, por batallones, por regimientos. Para el 15 de julio ya habría 10 mil hombres en esta condición. Lo mismo el Partido Comunista, según le informaba "el camarada Carlos Maldonado", en grupos de 10 a 15 hombres. Se les entrenaba en detalles técnicos de las armas y en su empleo una vez a la semana, y se habían establecido lugares como depósitos de armas. Al embajador Spindler se le aseguraba que, además del apoyo del alto mando, en el Ejército había núcleos de oficiales, suboficiales y soldados "progresistas", que hicieron que para el 29 de junio muchos regimientos de provincia no se unieran a los rebeldes. No se sabía mucho de la Armada, pero sí que en la FACH estaría el mayor contingente de oficiales "de derecha". Sin embargo, en julio de 1973, se juzgaba que, como sostenían los

[59] El énfasis es nuestro.

camaradas en Chile y los de Alemania Oriental, por la posición del Ejército no habría guerra civil en Chile, es decir, no habría levantamiento exitoso.[60]

El embajador añadía algo interesante y atípico también. Decía que Allende estaba dubitativo. El problema era que por su origen pequeño burgués y su carácter autoritario no se le podía tratar del todo como si fuera un camarada. A veces pareciera que por su origen le tuviera miedo a la "dictadura del proletariado". De todas maneras, había ayudado mucho al proceso revolucionario, así que había que convencerlo de que era necesaria la unidad total. Spindler se entrevistó con Altamirano, quien planteaba que la confrontación armada era necesaria y que Prats había prometido en ese caso "armar a la clase obrera".[61]

A este mismo hecho se refiere otro informe, que contiene algunos detalles adicionales, por lo cual también lo parafraseamos aquí. Dada la sorpresa del "intento de *putsch*" del 29 de junio —por iniciativa de Allende— Prats, Luis Figueroa, Luis Corvalán y Carlos Altamirano acordaron organizar "formaciones paramilitares". Prats prometió dotarlas de armamento y munición de infantería. Estas formaciones no estarían bajo la dirección del Ejército, sino que del presidente de la CUT. Cada una de sus unidades estaría dirigida por un comunista o por un socialista, que al menos tuvieran unos 10 años de militancia en su partido. Habría ejercicios militares todas las semanas. Luego estaría armada la primera división, con 10 mil hombres. Prats gozaba de prestigio dentro del Ejército y en la población, y estaba orientado muy positivamente hacia el programa del Gobierno. Además, había oficiales, muchos suboficiales y soldados cuya lealtad con el Gobierno quedó muy clara después del fracasado *putsch*. Los oficiales "reaccionarios" quedaron sin apoyo tras este hecho y sería poco probable que pudieran organizar algo más en los meses próximos.[62]

Hay datos de hecho que podrían no calzar con las palabras de Corvalán ante los germano-orientales. Puede haber mucho de autoengaño, sobre todo en los

---

[60] Largo informe, a todas luces del embajador, redactado en la segunda mitad de julio de 1973, en Berlín. Sin dato exacto de fecha de la redacción, BA, DDR, DY 30 I VB 2/20 261. Dos detalles pueden ser de algún interés. Uno es que es de las pocas críticas a Allende por demasiado "democrático", que cree mucho en las "conversaciones". El otro es que repite lo que muchas veces se comenta en esta documentación, y el mismo Allende lo decía; esto es, que los socialistas son muy "sectarios", y que eso provoca rechazo a la Unidad Popular en el mundo de los trabajadores.

[61] Informe interno del Comité Central del SED, sin fecha exacta, probablemente de mediados de julio de 1973, distinto del anterior, aunque es del mismo tenor. Parece ser reproducción o paráfrasis de informe del embajador Spindler: "Zur Lage in Chile". DY 30 I VB 2/20 261.

[62] Informe del camarada Rudi Kaeselitz, 20 de julio de 1973. BA, DDR, DY 30 IV B 2/20 261.

números. Emerge en todo caso la disposición a prepararse y la existencia de un aparato previo de confrontación, para cuando la otra parte diera inicio a la batalla. La última etapa de este enfrentamiento, tal cual en 1972, es lo que Corvalán concebía como "dictadura del proletariado", en su visión un estadio más avanzado de la democracia.[63] No existía conciliación alguna con el modelo occidental y no había mucho acerca de un "gradualismo" con el que a veces se asocia al comunismo criollo. No es que este documento niegue otras posibilidades de interpretación; pone de relieve el fin inconmovible de la "sociedad socialista" modelada según el marxismo del siglo XX a partir de 1917.

El Gobierno y los dirigentes de izquierda estaban conscientes acerca de que se promovía un golpe, aunque a veces ponían los nombres equivocados.[64] Nunca surgió el de Pinochet.[65] Sí se percibían los reclamos de los socialistas porque no se llevaba a cabo una depuración en el Ejército, que es lo que limitaba el radio de acción de la Unidad Popular. Por esta razón, entre otras, los socialistas querían abandonar el Gobierno, pero los comunistas y la influencia de Fidel Castro lograron postergar la decisión por un par de semanas. Es interesante que desde Santiago se informaba antes del golpe, a propósito de la llegada del nuevo embajador Treppen, que los socialistas tenían alguna razón. Esto refleja la opinión de Alemania Oriental.[66] También, al menos hacia julio se constataba como algo positivo que en todos estos aspectos de prepararse para una confrontación habían mejorado las relaciones entre el Partido Comunista y el MIR.[67] Los chilenos, es de presumir que en la izquierda, se veían algo halagados porque su país fuera el centro de atención mundial, pero no se daban cuenta de que si estallaba la tormenta sería una catástrofe, y no una maniobra de estado mayor como en Argentina y en Brasil.[68] Por otro lado, existe un informe que hace ver que la cantidad de armas en manos de grupos paramilitares era relativamente

[63] Eduardo Labarca, *Corvalán 27 horas. El PC chileno por fuera y por dentro* (Santiago: Quimantú, 1972), pp. 101-102.

[64] De Moebus a Markowski, telegrama 364/73. BA, DDR, DY 30 I VB 2/20 261.

[65] Hay una excepción, pero *a posteriori*, de valor muy limitado. Orlando Millas dice que Daniel Vergara y Luis Figueroa sospechaban de Pinochet, a pesar de las adulaciones de este. En *Memorias, 1957-1991: una disgresión* (Santiago: ChileAmérica CESOC, 1996), pp. 348-352.

[66] Informe desde Santiago, AV, s/f, probablemente del 2 de septiembre de 1973. BA, DDR, DY 30 I VB 2/20 261. 843 40760.

[67] Informe del camarada Rudi Kaeselitz, 20 de julio de 1973. BA, DDR, DY 30 IV B 2/20 261.

[68] Staatliche Kommitee für Rundfunk, 14.807, Rias, Abt. Monitor K-10, 12, "Einschätzung Lage in Chile", 3 de agosto de 1973. DY 30 IV B 2/20 261.

poca y que las fuerzas armadas serían decisivas. El arsenal de los grupos políticos alcanzaba para una balacera, afirma, pero no para una auténtica guerra civil.[69]

Es muy probable que parte del cuadro que se originaba en los líderes socialistas y comunistas procediera de un autoengaño. Es el caso de Altamirano, no exento de mitomanía política. No todo puede haber estado en la imaginación, aunque es claro que en los números era menor y que no hubo entrenamiento en la preparación, salvo en el MIR. Este le ofreció a Allende un batallón, "Brigada Tropita", para sacarlo de La Moneda en la mañana del golpe. En realidad, la confianza principal partía del propio Allende, de infinita fe en su propia capacidad de cooptación, que a decir verdad no era nada de pequeña. Había tratado de ganarse al alto mando y había pruebas de que desde fines de 1970 lo había logrado. En instituciones jerárquicas esto era decisivo. Al ganárselos, Allende suponía, no sin cierta razón, que los más altos oficiales también simpatizaban con su propia noción de "seguridad nacional", cosa que asumían además los partidos de izquierda.[70]



[69] Staatliche Kommitee für Rundfunk, 15438/34, RIAS, 9 de agosto de 1973. BA, DDR, DY 30 B 2/20 261.

[70] Informe de Comisión Política del MAPU, 3 de diciembre de 1972. BA, DDR, DY 30 IV B 2/20 386.

# Capítulo XXVII
# ¿Un desenlace inevitable?

## El azar y la necesidad

Cuando los hombres consideran que han cometido un error o que les ha sucedido un mal que juzgan fortuito, la primera reacción es preguntarse: ¿Por qué no habré hecho tal otra cosa? ¿Por qué no habré estado ese día en otro lugar o habré llegado una hora antes o una después? Podríamos sumar hasta el infinito preguntas como esa que cada uno de nosotros se ha hecho en incontables oportunidades.

Con los hechos históricos tiende a suceder lo contrario. Cuando algo ocurre, todas las historias, todos los análisis, todas las interpretaciones, todas las narraciones, por ingenuas que sean, se esfuerzan por mostrar cómo pasó esto o aquello y cómo era inevitable que así fuera. Se enumeran muchas razones y las discusiones se limitan a tratar de mostrar que tal o cual causa era la más importante. Generalmente, esto va asociado o a un responsable-héroe o a un responsable-culpable. Esta actitud refleja que el hecho histórico tiene un componente moral que ni el análisis más frío puede ignorar, si es que no renuncia a entender un fenómeno que provoque el interés humano. Existe la idea contraria de explicar las cosas haciéndose la pregunta: ¿Qué hubiera pasado si tal otra cosa hubiera sucedido?

Esto ha dado fruto en la literatura y en la ciencia ficción. En las ciencias sociales alcanza un cierto status de rigor en lo que se llama "hipótesis contrafactual", que consiste en establecer un resultado hipotético si uno cambia alguno de los factores de la trama. Para nuestro caso esto podría ser, por ejemplo, si Allende hubiera llamado a un plebiscito 48 horas antes, el domingo 9 de septiembre; si Pinochet no hubiera cambiado de bando o más bien hubiera abandonado al bando que lo tentó y se hubiera quedado con el de Allende; si la Unidad Popular hubiera tenido mayoría absoluta en marzo; si la CODE hubiera alcanzado los dos tercios. Aquí también las preguntas pueden extenderse hasta el infinito. En historia, en cambio, esto nos

puede llevar a construir la "historia que no fue", en fin, a una fantasía que habría que juzgar por su valor de entretención y/o literario.

La tentación es más fuerte, en cambio, por ver a todo hecho histórico, individual o colectivo —la renuncia de Prats o el grado de pobreza en Chile— como un resultado que venía de lo profundo y que estaba preordenado. En el caso del 11 de septiembre, del golpe de estado y del derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular, la fuerza abrumadora de los hechos nos lleva a concluir que todo estaba oleado y sacramentado. Es realmente difícil discrepar de esta visión de las cosas. Incluso, el grueso de los colaboradores de Allende y de los responsables de alto y medio nivel de la Unidad Popular han dado explicaciones que conllevan la tesis de la determinación histórica, vale decir, que se hiciera lo que se hiciera, nada se podía cambiar.

Un esfuerzo honrado para entender la realidad histórica debe llevar, no obstante, a poner en duda el carácter tan absoluto de esta suerte de predestinación histórica, sin negar que existe aquella ley de las probabilidades, imposible de cuantificar, pero que se llama comúnmente "la fuerza de las cosas". Nadie escapa a ella. Por paradoja, sin embargo, existe lo otro que es muy fuerte y que nos golpea y nos bendice según el caso, día a día. El presente de cada ser humano se constituye como un torbellino de situaciones, en las cuales decidimos hacer esto o aquello y tomamos la decisión en un sentido o en otro. No hacer nada, abstenerse, refugiarse en el interior, llegar al extremo y al absurdo que, dentro del problema planteado por Albert Camus, ninguna filosofía puede aclarar del todo, es decir, el suicidio, aun esto exige una decisión. Una vez tomada la decisión, eso sí, vemos que esta de manera inevitable rinde tributo a la fuerza de las cosas y nos impone ciertas reglas del juego, ciertas probabilidades que quizás amplíen la libertad, pero que a la vez la limitan en muchos sentidos que pensábamos que la decisión iba a profundizar.

Un historiador contemporáneo, John Lewis Gaddis, ha explicado este dilema como la combinación de "continuidades" y "contingencias". Las primeras son modelos que se extienden en el tiempo, tendencias, aunque no "leyes históricas". Estas últimas jamás existen de manera absoluta; las "contingencias" son fenómenos que no constituyen modelos o formas recurrentes de reacción, sino que se trata del azar que es más poderoso de lo que muchos imaginan, pero menos de lo que suponen los exponentes de la teoría de la conspiración:

> Podemos definir el futuro como la zona en la que las contingencias y las continuidades coexisten con independencia unas de otras; el pasado, como el lugar en que su relación está inextricablemente establecida, y el presente como la singularidad que reúne unas

> y otras, de tal modo que las continuidades cortan las contingencias, las contingencias se encuentran con las continuidades y, a través de este proceso, se hace historia.[1]

Esta definición del presente nos parece atinada para explicar esa pequeña ventana de que disponemos para empujar las cosas en una dirección u otra, y a la vez cómo lidiamos con las fuerzas que nos sobrepasan. Cualquier decisión que tomemos nos exigirá un tributo, que es lo que en lenguaje cotidiano llamamos el precio, que es el precio de la libertad. Esto no consiste solamente en el sacrificio del héroe, sino que sucede en otro sentido: siendo real la libertad, esta a su vez es arrastrada por esa fuerza de las cosas. Lo que llamamos estructura, proceso, fundamento o tendencias constituyen esa dinámica que encauza la acción libre hacia un horizonte que solo en determinados aspectos es a lo que aspirábamos. Por ello, el ser humano es, en primer lugar, libre; en segundo lugar, es un ser determinado.

Si nos preguntamos por la alternativa a la confrontación, muchas veces se tiene, en una especie de retaguardia de la conciencia, la idea de un Chile idílico que iba a surgir de un acuerdo. Un mínimo sentido de la realidad nos lleva a poner en duda una visión tan beatífica de las cosas. Con todo, el establecer una suerte de hipótesis contrafactual es legítimo, siempre y cuando no construyamos una historia de fantasía de lo que hubiera ocurrido. La virtud de este procedimiento se reduce exclusivamente a hacernos más conscientes de los dilemas —también angustias, temores, grandezas y miserias— de los actores individuales o colectivos de esos años. Nos hace ver también el precio de cada una de esas alternativas, que a los seres históricos se les aparecen fugazmente en el momento de su existencia que llaman presente.

Para no caer en la tentación descrita de la narración fantasiosa, es mejor concentrarse en pensar las virtudes posibles de lo que se planteó como acuerdo y, quizás, aunque avanzando un poco más al interior del reino de lo incierto, la aparición de un poder arbitral.

## El precio de un acuerdo

La posibilidad de un acuerdo entre las partes estaba reducida a dos actores que, como hemos intentado explicar en los capítulos anteriores, ya no representaban la totalidad del escenario político y social y se estaban convirtiendo en una especie

[1] John Lewis Gaddis, *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado* (Barcelona: Anagrama, 2004; original en inglés, 2002), p. 54. En este sentido también hay un aporte en Héctor Herrera, "El presente, tiempo de la acción", *Mapocho*, Nº 1, Santiago de Chile, 1963, pp. 279-284.

de superestructura: por una parte, Allende, su gabinete, o la mayoría de él, y un sector de la Unidad Popular; por la otra, la Democracia Cristiana y, en cierta manera, la jerarquía de la Iglesia. Sabemos de las dificultades del acuerdo, por el profundo foso de desconfianza que los separaba, por la incompatibilidad de las visiones de futuro hondamente sentidas y por lo poco que se acercaron las posiciones cuando se llegaba a los temas concretos. Es como para comparar estas negociaciones, en los tres momentos en que se dieron: julio de 1972, fines de julio de 1973 y entre la primera y la segunda semana de agosto de ese mismo año. Para colmo, cada una fue más frágil que la anterior.

Suponiendo que las dos partes hubieran alcanzado un acuerdo en la gran mayoría de los puntos, la lista suena impresionante después de la historia que hemos visto: la Papelera, el quórum de los vetos, las demandas del transporte, el status de las empresas requisadas, la reincorporación al trabajo de los expulsados a raíz del Paro, los grupos armados. La enumeración no es desde luego completa. Dejando a un lado junio-julio de 1972, cuando la Unidad Popular tenía menos razones para ceder, y si bien no existía el horizonte ilimitado que aparecía el año anterior, en el segundo semestre de 1973 las cosas parecían más próximas a un desenlace.[2] Que no se olvide que la oposición había demostrado una fuerza a través de los paros, algo a través de las elecciones y por su alianza de facto y visible con al menos una parte de las fuerzas armadas. En la Unidad Popular y en la oposición existía el mismo sentimiento de ambigüedad de ser fuertes y de ser débiles. Esta sensación no dividía necesariamente a grupos. No se trataba de los fuertes versus los débiles, sino que era una especie de premonición que estaba instalada en casi todos.

Para Salvador Allende y su gobierno, el acuerdo suponía un plebiscito que con gran probabilidad lo hubiera llevado a su derrota y a una presión insostenible por entregar el poder. Si no lo hubiera hecho se hubiera reevaluado la legitimidad de un golpe. Si entregaba el poder, se hubieran rebelado al menos la mitad de los socialistas, o la totalidad; al alero del MIR y otros, al igual como pasaba en otras partes de América Latina, hubiera surgido una guerrilla urbana. Para alcanzar un acuerdo sin plebiscito tenía que ceder más de lo que le permitían quizás hasta los mismos comunistas. En este caso, La Moneda se hubiera visto confrontada de inmediato a dos tremendos desafíos. Primero, se desarrollaba el escenario antes previsto, de una extrema izquierda que pasaría gradual o rápidamente a la acción, sobre todo en el caso del MIR, que estaba plenamente preparado para ello y que quizás tendría

[2] Edgardo Boeninger, *Democracia en Chile. Lecciones para su gobernabilidad* (Santiago: Andrés Bello, 1997), pp. 219-222.

hasta la venia de La Habana, lo que se puede deducir de las palabras de la carta de Castro a Allende —reproducida más adelante— en la que aquel manifestaba que no le parecían nada de bien las negociaciones.

Queda la hipótesis de un acuerdo y que Allende ganase el plebiscito, resultado poco probable, pero que no podría desecharse de manera absoluta. Esto le hubiera provocado problemas de todas maneras con la extrema izquierda, pero hubiera sido también la posibilidad de lanzar una nueva ofensiva —similar a la de comienzos de 1971—, hasta ir más allá del control del Gobierno y lograr el "poder" y, con ello, también transitar hasta quedar al borde de lo que se llamaba socialismo. Esto hubiera supuesto que de facto los acuerdos con la oposición quedaban suspendidos y que esta pasaría poco a poco a ser irrelevante en el futuro. Segundo, y esto es algo a lo que no alude casi nadie, ni siquiera los comunistas —de quienes siempre se sostiene que eran más realistas—, se requería de un ajuste o reestructuración, según ya hemos visto, en todo el terreno económico. Esto implicaba nada menos que retirar gran parte de los beneficios que se habían entregado, que era en lo que se basaba una parte considerable del apoyo a la Unidad Popular y la misma imagen que tenían de sí mismos líderes y militantes de la coalición, en el sentido de que ellos habían hecho por el pueblo más que ningún otro gobierno. Se hubiese parecido a la reacción de Carlos Ibáñez en 1931, cuando el ministro de Hacienda Pedro Blanquier le dijo que para equilibrar el presupuesto tendría que renunciar a todas las reformas que había efectuado. Ibáñez no aceptó y poco después tuvo que partir al exilio, ya que acoger lo propuesto por el ministro era perder lo que él miraba como su "Nuevo Chile".[3]

No había ninguna ayuda externa milagrosa en lontananza. Y eso que todavía no asomaba el *shock* petrolero de octubre de 1973, que empeoró todavía mucho más la posición económica internacional de Chile. Un año antes se había hablado de que Chile necesitaba de 500 millones de dólares, que es lo que aproximadamente en esa época recibía Cuba de la Unión Soviética y esto no lo veían o no lo querían ver los chilenos.[4] Cuando Allende viajó a Moscú, volvió, después de un forcejeo, con solo 20 millones de dólares. Si el gobierno de la Unidad Popular hubiese emprendido este ajuste de la economía —lo que aparece bastante inconcebible— solo le hubiera dado más munición a la extrema izquierda para entrar en acción, provocando en los hechos, incluso dentro del margen legal, una creciente intervención militar. No se

[3] Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973). Volumen IV. La dictadura de Ibáñez (1925-1931)* (Santiago: Fundación, 1996), pp. 534-535.

[4] Sergio Bitar, *Transición, socialismo y democracia: la experiencia chilena* (México D.F.: Siglo XXI, 1979), p. 193.

debe olvidar ni un instante que con un acceso democrático de la oposición al Gobierno en estas circunstancias —por ejemplo, con Frei a la cabeza con un plebiscito de por medio, seguido de la renuncia de Allende y nuevas elecciones presidenciales— el problema habría sido exactamente el mismo. Si manejar una democracia en época de prosperidad no es nada de sencillo, manejarla en momentos de crisis es una empresa mucho más ardua.

La hipótesis contrafactual puede plantear otra posibilidad: la de un mediador o un árbitro. Este papel podría haber sido desempeñado por un líder militar que mediara entre las partes o que impusiera una solución que apareciera con algún grado de ecuanimidad. Para los efectos de una alternativa, dejamos a un lado la hipótesis de un alto mando que jugara sus cartas por el apoyo al proyecto de la Unidad Popular, como tendió a hacerlo el general Prats. Esto no hubiera sido la alternativa para conservar el sistema democrático, sino que hubiera podido evolucionar hacia un socialismo como aquellos que se llamarían "realmente existentes". Después del Tancazo, esto ya no era posible en las fuerzas armadas.[5] Este es un factor que se olvida cuando se le da un gran peso a lo que se considera un cambio de bando de Pinochet o de las alternativas de una convocatoria a plebiscito el 10 u 11 de septiembre.

Nos referimos, más bien, al surgimiento más que hipotético, casi maravilloso —poco probable en un cuerpo de oficiales tan alejado de la política práctica, como era el chileno— de un líder militar que hubiera podido ser tal árbitro. Su intervención política, porque esto lo hubiera sido inevitablemente —suponiendo que controlaba a su gente—, se hubiera limitado a plantear una solución a las partes que, para mantenernos con el sentido de la realidad del momento, hubiese sido más cercana a las demandas de la oposición que a las de la Unidad Popular, sin ser del todo unilaterales. Hubiera sido cercenar las atribuciones políticas de Allende. ¿Lo hubiera aceptado este? Nada de esto hubiera evitado al gobierno de Allende, o a otro que hubiera seguido después de un hipotético plebiscito, eludir el ajuste económico y la aparición de la lucha armada por parte de la extrema izquierda. Extremando lo que permite la hipótesis contrafactual, se podría pensar en un líder militar que llevara a cabo un golpe que al mismo tiempo tuviese una resolución constitucional, más o menos instantánea. Para esto, se hubiera necesitado de un genio político tipo Charles de Gaulle, escaso en Chile y, para repetirlo, muy difícil en uniformados instruidos muy lejos de la idea política. En dos ejemplos famosos, ni los generales rusos en 1916 ni los alemanes en 1932 pudieron desarrollar algo parecido. De todas maneras,

[5] Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *El golpe después del golpe: Leigh vs. Pinochet, 1960-1980* (Santiago: LOM, 2003), pp. 21-62, 103-105.

con tanto grupo armado dispuesto a "hacer algo", una tentativa de este tipo, como la anterior por lo demás, hubiera tenido que enfrentar algún tipo de lucha armada, como le ocurrió al mismo De Gaulle.

## La voluntad organizada

Los contactos, los tanteos, las conversaciones y los planes se habían ido desarrollando a lo largo de los tres años. La idea, sin embargo, de que se trataba de un plan maestro coordinado por todos parece ser ajena a la realidad de este tipo de situaciones. Había sido todo parcial, esporádico, con aumentos y bajas de intensidad. Sin embargo, eso parece haber cambiado a mediados de año. Los generales Sergio Arellano, Oscar Bonilla, Nicanor Díaz, los almirantes José Toribio Merino y Patricio Carvajal no operaban en un vacío ajeno al mundo civil. Ahora todas las fuerzas que pretendían terminar con la Unidad Popular querían establecer una prueba de fuego, ya que estaban convencidos de que sería la última oportunidad.

El Paro Final parece haber estado en coordinación con estos grupos. Esto explica muy bien la condescendencia frente a los transportistas cuando se trataba de requisar camiones por parte de los militares cada vez que se decretaba zona de emergencia. Explica también la falta de acción para detectar el origen de la gran cantidad de estallidos de bombas, uno de los cuales tuvo como efecto a dos muertos.[6] Era claro que los uniformados estaban cooperando con grupos extremistas de oposición (no siempre era clara la filiación política de centro o de derecha). También en la pesquisa por el cumplimiento de la Ley de Control de Armas, todas las acciones de las fuerzas armadas, incluyendo algunas unidades del Ejército en provincia, todavía bajo Prats y también bajo Pinochet, se dirigieron exclusivamente contra los sectores de izquierda.[7] No toda la violencia de las calles provenía de la extrema izquierda, aun descontando la ocupación de empresas y locales por parte de partidarios de la Unidad Popular a lo largo de los tres años. El día 29 de agosto un subteniente del Ejército —Héctor Lacrampette Calderón—, de uniforme pero de franco, fue detenido por un comando de extrema izquierda y muerto de un disparo. Entre ellos había un mexicano.[8] Los

[6] Fue un atentado contra un oleoducto en la zona de Curicó, el 6 de agosto. Patricia Arancibia Clavel, María de los Ángeles Aylwin Ramírez, Soledad Reyes del Villar, *Los hechos de violencia en Chile: del discurso a la acción* (Santiago: Libertad y Desarrollo, Universidad Finis Terrae, 2003), p. 513.

[7] Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, "Todos juntos seremos la historia: Venceremos. Unidad Popular y Fuerzas Armadas", en Julio Pinto (coordinador, editor), *Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad Popular* (Santiago: LOM, 2005), p. 205.

[8] *El Mercurio*, 2 de septiembre de 1973.

extremistas fueron sorprendidos casi por casualidad; tenían su base de operaciones en una industria intervenida, Indugas. Era común que grupos de extrema derecha y extrema izquierda se buscaran mutuamente para provocarse a la lucha, aunque en estos últimos meses más común era la acción armada de la extrema derecha por provocar a su contraparte. El asesinato del oficial del Ejército parecía confirmar los temores de que los grupos armados de izquierda estaban además compuestos por extremistas o guerrilleros provenientes de otros países latinoamericanos. En realidad, en estos años fue una novedad en Chile escuchar mucho acento latinoamericano, en especial caribeño; una buena cuota de ellos provenía de la curiosidad, de la simpatía, del aventurerismo, aunque casi siempre convivían con la izquierda. Lo más probable es que se haya tratado de una minoría insignificante, pero magnificada por el nerviosismo de los críticos.

Era en esta atmósfera en la cual las fuerzas armadas parecían converger más con la oposición que con el Gobierno, aunque este último prefería no reconocerlo, pues confiaba en que al final el alto mando del Ejército era su mejor garantía. Hasta donde es posible darse cuenta, para los oficiales era indiferente si se trataba de líderes de la derecha o de la Democracia Cristiana. De todos llegaban recados convocándolos a que hicieran algo. En particular, Eduardo Frei seguía muy relacionado con sus ex edecanes, los ahora generales Oscar Bonilla y Sergio Arellano, además del comandante de la Armada Eduardo Angulo Budge.

Las entidades que promovían el paro comenzaron a exigir la salida del Gobierno, la renuncia de Allende a la Presidencia. El 29 de agosto, de manera coordinada, la FEUC y la FEUC-V demandaron la renuncia de Allende como un camino para llegar a una "nueva institucionalidad".[9] El Colegio de Abogados también presentó un informe en que sostenía que Allende estaba impedido de gobernar conciliando la obediencia a la Constitución con la transición al socialismo.[10] Los pilotos de LAN se sumaron al paro el 1 de septiembre y el día 7 el Colegio de Abogados, reforzando el informe anterior, solicitó que fuera el Congreso el que decidiera si Allende estaba impedido de gobernar.[11] Todo esto tenía mucho de especulación, ya que el Congreso solo podía destituir al Presidente si los dos tercios del Senado concurrían en ello. Un impedimento era una enfermedad y era más que temerario sostener que Allende estuviera enfermo.

[9] Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *Nacionales y gremialistas: el "parto" de la nueva derecha política chilena, 1964-1973* (Santiago: LOM, 2008), p. 362.

[10] *El Mercurio*, 31 de agosto de 1973.

[11] "Antecedentes histórico-jurídicos relacionados con el cambio de Gobierno en Chile", en *Revista de Derecho y Jurisprudencia y Ciencias Sociales y Gaceta de los Tribunales*, Tomo LXX, Nº 7-8, septiembre-octubre 1973, pp. 266-275.

Se estaba creando una atmósfera que era, repetimos, en parte organizada y en parte producto de la desesperación por el agotamiento de las fuerzas. Los transportistas eran muy fieros, pero muchos de ellos no eran indiferentes a continuas ofertas del Gobierno en una situación en que ya no tenían medios para seguir resistiendo.

El presidente de la Confederación de la Producción y el Comercio, Jorge Fontaine, expresaba claramente esta posición. Sostenía que el gobierno de la Unidad Popular se encaminaba a la catástrofe:

> O el Presidente de la República, en un gesto patriótico renuncia a su cargo, o incorpora a las Fuerzas Armadas en el manejo total de la administración pública, para restablecer la autoridad, la convivencia social, la eficiencia en todas las actividades para producir el indispensable estímulo creador a todas las iniciativas que llevan a que Chile salga de la miseria y el caos (…) Estoy convencido que las Fuerzas Armadas tienen un conocimiento cabal de los problemas políticos, económicos y sociales que afectan al país, naturalmente para lograr el resurgimiento de Chile se requiere de la movilización de todos los recursos humanos y materiales. Estoy convencido que los civiles pueden reforzar, si fuera necesario, los cuadros técnicos y administrativos que requieran la acción conjunta de militares y civiles.[12]

Aquí está el programa del momento en el cual las fuerzas gremiales tienen claro que impulsan no solo la destitución o la renuncia forzada del Gobierno, sino que un nuevo ordenamiento institucional encabezado por las fuerzas armadas. Esto podría parecer como un llamado al golpe, y en efecto lo era, siendo imposible interpretarlo de otra manera. Se debe recordar que la idea de que los militares participaran en las labores gubernamentales no era exclusiva de la oposición, sino que había sido puesta en el tapete por los dos grandes polos.

Fue principalmente de lo que se podría llamar derecha hasta cierto punto, en las circunstancias de ese momento, de los líderes gremiales, de donde comenzó a surgir la idea de una renuncia inmediata del Gobierno, aunque se conversaba en toda la oposición. Agosto y los primeros días de septiembre estaban plagados de una llamada para un retiro de Allende, de una renuncia, a veces de una convocatoria a un plebiscito, pero esto último ya no parecía ser un tema. Cuando un gremio como el Colegio Médico llegaba a un acuerdo con las autoridades, este era inmediatamente desmentido por otros médicos y el paro continuaba.[13] El editorialista de *El Mercurio* comentaba el día lunes 10 de septiembre que "el largo y profundo paro nacional no

[12] *El Mercurio*, 4 de septiembre de 1973.

[13] *La Nación*, 11 de septiembre de 1973. Es obvio que esta edición apenas circuló. De corresponder la información a la realidad, mostraba un estado de ánimo de las bases.

es (…) consecuencia de decisiones arbitrarias sino la manifestación más elocuente de repudio que Gobierno alguno haya recibido en nuestra historia. Nadie sería capaz de provocarlo desde arriba y las entidades que en él participan no están actuando por intereses limitados, sino ante una necesidad grave. (Hay que efectuar) un viraje que impida el hundimiento de Chile, como nación organizada, independiente y libre".[14]

Esta idea venía siendo preparada desde fines de agosto y aparentemente unía a casi toda la oposición. León Vilarín había dicho el 5 de septiembre que "(antes) los Jefes de Estado actuaban como árbitros supremos cuando los conflictos llegaban a un grado extremo. Salvador Allende —a mi juicio— está actuando como un turista. Lo que demuestra su actitud de decir que no hay problemas, lo que junto con hacerle aparecer ignorando la realidad, es casi una provocación a los camioneros".[15] Quizás Vilarín aludía a la frivolidad de Allende, que se le sacaba mucho en cara desde la oposición, exagerándola por supuesto, aunque también había quejas más soterradas que asomaban en la izquierda. Fundamentalmente, se protestaba contra la estrategia del Gobierno de tratar de ganar tiempo para agotar a los gremios y ponerlos de rodillas.

En especial entre los transportistas, aun con sus contradicciones, había crecido un sentimiento de que ellos y otros gremios podían administrar Chile, que los políticos habían fracasado y que la Unidad Popular arruinaba al país. Era una amplia franja de Chile que asomaba cansada de la política, fenómeno que por lo demás se repite en la sociedad moderna de vez en cuando, tanto en derecha como en izquierda. Esto parece exudar de una declaración de los gremios de 17 provincias reunidos en Concepción:

> 1) Que el Congreso Nacional debe adoptar perentoriamente las medidas constitucionales y morales que corresponden a la alta investidura que se les ha confiado, en resguardo de nuestra libertad, soberanía y valores esenciales de nuestra nacionalidad. 2) Que los altos mandos de las fuerzas armadas deben adoptar una clara, inmediata y definida actitud en defensa de los intereses de nuestra patria y de su seguridad nacional, rechazando los cargos ministeriales que los convierten en cómplices del colapso en que el Gobierno de la U.P. ha sumido a Chile (…) solo bajo la conducción de quienes son los únicos capacitados para imponer orden, disciplina y verdad, será realidad la reconstrucción nacional con un apoyo desinteresado, patriótico y franco de los hombres de trabajo en este país. 3) Que el actual Gobierno no debe seguir dirigiendo los destinos del país, porque ha demostrado la imposibilidad de rectificar profundamente la conducción moral, política y económica de la Nación.[16]

[14] *El Mercurio*, 10 de septiembre de 1973.

[15] *El Mercurio*, 6 de septiembre de 1973.

[16] *El Mercurio*, 3 de septiembre de 1973.

La declaración hablaba tanto de medidas constitucionales por parte del Congreso como de una necesidad de renuncia de la administración de Allende. Incitaba también a la deliberación por parte de las fuerzas armadas, porque no otra cosa era el decir que "solo bajo la conducción de ellas se podrá efectuar la reconstrucción nacional". Esta mezcla entre lo constitucional y la medida de emergencia no era algo puramente instrumental. Mucha gente lo sentía así, tal cual para la Unidad Popular y sus bases la movilización y los resquicios eran una lógica que provenía de la historia y de la Constitución misma, para superar a esta última.

Si la apelación a las fuerzas armadas suponía un simple interludio o un régimen militar, quedaba flotando en el ambiente. Si se les enrostraba que esto no estaba en la Constitución podían responder que, para seguir con el amparo constitucional, Allende debía renunciar. Ambos bandos luchaban por la posesión del manto de la Constitución, aunque en la Unidad Popular esto era más destacado en Allende y en los comunistas. El director del Canal 13, el sacerdote Raúl Hasbún Zaror, publicó un artículo en el que pedía también la renuncia de Allende, aunque de una manera indirecta: "Él (Dios) será capaz también de darnos gobernantes cuya única razón de ser radique en servir y amar a su pueblo más que a sí mismos".[17]

Así como se estaban haciendo audibles algunas voces de oficiales intermedios entre los uniformados, aparecían también algunos militares de más alto grado ejerciendo autoridad por sí mismos. Hemos visto cómo la Armada reaccionó ante el descubrimiento de que las células al interior de sus instituciones, de las que siempre había tenido alguna información, representaban un peligro extraordinario y creó su propia situación jurídica. Otros jefes salieron de una manera similar. El general Manuel Torres de la Cruz, el jefe militar de Punta Arenas, dijo que las fuerzas armadas no descansarían hasta descubrir y sancionar "a los indignos chilenos y despreciables extranjeros que poseen armas".[18] En San Antonio, el coronel Manuel Contreras Sepúlveda detuvo a una niña de 16 años, es de presumir que para asegurar que su padre, un dirigente sindical muy activo en la movilización de la zona, se entregara más adelante. En efecto, este lo hizo después del golpe, siendo ejecutado.[19]

[17] *El Mercurio*, 6 de septiembre de 1973.

[18] *El Mercurio*, 4 de septiembre de 1973.

[19] Sentencia en primera instancia por episodio Tejas Verdes, ministro de fuero Alejandro Solís Muñoz, 9 de agosto de 2010. En Ministerio del Interior y Seguridad Pública, Programa de Derechos Humanos, <http://www.ddhh.gov.cl/fallosagosto2010.html>, visitado el 16 de julio de 2013. Agradecemos a Roberto Garretón el habernos proporcionado esta información.

El llamado más representativo de la totalidad de la oposición lo realizó Edgardo Boeninger. Hablando en nombre de la universidad "más importante del país", afirmaba que "Chile enfrenta una crisis sin paralelo en su historia" y proponía rápidamente una decisión popular, vale decir una elección, sin especificar si se trataba seguramente de la idea del plebiscito, tal como lo sostenía la oposición en relación a la ley de las Tres Áreas. "La Constitución y la ley son sistemáticamente sobrepasadas, tanto por la autoridad pública como por cualquier grupo que goza de la impunidad necesaria o que posee la fuerza suficiente, con lo que el hecho consumado ha reemplazado a la norma jurídica. Por fin, movimientos políticos organizados incitan abiertamente a la subversión interna de las Fuerzas Armadas, en tanto que otros tratan de justificar intentos ya producidos". Se atrevía a pronunciar una frase que es un poco complicada en el mundo de las ideas políticas, que una mayoría decidiera "el destino futuro de la patria":

> De ello se deduce, que si no hay posibilidad de consenso la única solución democrática a nuestra crisis es encontrar un procedimiento que permita al pueblo expresar su opinión y decidir por mayoría el destino futuro de la patria. Para lograrlo no hay sino un camino que consiste en devolver el poder de decisión a la base social y recurrir, por consiguiente, a una democrática y legítima forma de consulta popular. En otras palabras, ante la imposibilidad del acuerdo y dada la gravedad extrema de la situación, solo existen como alternativas reales la confrontación democrática que se expresa a través de consultas al pueblo y el enfrentamiento no democrático, es decir, la guerra civil y el fin de la democracia chilena. Solo el ejercicio directo por parte del pueblo de su derecho a optar puede devolver a los ánimos la serenidad que se requiere para establecer normas de convivencia y reglas del juego de aceptación general, lo que a su vez permitirá aunar a una mayoría creciente en torno a las acciones concretas que requiere la difícil tarea de construir un mundo mejor.[20]

Leída 40 años después, podría parecer una convergencia con Allende. Era distinta a la de Jorge Fontaine, pero su contenido y la forma de entenderse en ese momento eran una denuncia radical de la Unidad Popular. La crisis no había surgido de la historia de Chile, sino que era producto del gobierno de la Unidad Popular. Lo mismo, el peligro de una solución no democrática provenía claramente de la misma izquierda y no de otras fuerzas de la oposición. Era un llamado a la salida del gobierno de la Unidad Popular y, con ello, la derrota del proyecto de Allende y de su coalición.

En la Democracia Cristiana próxima al rector Boeninger, se llegó a tomar el acuerdo, entre la directiva nacional y los presidentes provinciales del partido, de que

[20] *La Prensa*, 8 de septiembre de 1973.

se solicitara la renuncia simultánea de Allende y todos los parlamentarios, para provocar nuevas elecciones.[21] Estas posiciones creaban una tensión dentro del partido que provenía de algunos líderes que denunciaban que la colectividad estaba siguiendo demasiado al Partido Nacional, lo que ayudaba en el fondo a un posible golpe.[22] En el fondo, había sido la posición de Tomic, pero tampoco este se atrevía a plantear sin más la unidad contra la derecha, ya que veía extremos en ambas partes, como se lo decía en la carta que le envió a Prats cuando este dejó la Comandancia en Jefe del Ejército: "La turbia ola de pasiones exacerbadas y violencia de ceguera moral e irresponsabilidad, de debilidades y claudicaciones que estremece a todos los sectores de la nacionalidad y que es obra, en grado mayor o menor, de todos ellos, amenaza sumergir el país tal vez por muchos años (…) Como en las tragedias del teatro griego clásico, todos saben lo que va a ocurrir, todos desean que no ocurra, pero cada cual hace precisamente lo necesario para que suceda la desgracia que pretende evitar".[23]

Las bases y los votos estaban, según todos los indicios, con la dirigencia de Aylwin, entre otras razones porque ellos se orientaban hacia el liderazgo de Eduardo Frei. Sobre todo los votos le pertenecían a él, quien parecía a estas alturas entre resignado y hasta cierto punto esperanzado de que un golpe fuera solo un breve interludio para una renovación institucional.

## El dilema de la hora en la izquierda

Orlando Millas decía en la víspera del golpe que "el Partido Nacional en su conjunto (…) junto a Patria y Libertad y a los sectores más sectarios y recalcitrantes del freísmo son los conductores internos de la conspiración contra Chile".[24] La primera página del vocero comunista del día 11 de septiembre llamaba a los trabajadores a tomar "su puesto de combate" para detener cualquier intentona. Es evidente que el redactor tenía una noticia que o no fue transmitida al resto de la directiva o no fue creída por las reiteraciones de los avisos de que habría golpe. Es cierto que la crónica añade que esto podía ser en los próximos días y se refería al pedido de renuncia a los parlamentarios y al Presidente hecho por el Partido Demócrata

[21] *El Mercurio*, 10 de septiembre de 1973.

[22] *El Siglo*, 10 de septiembre de 1973. El que estas informaciones aparecieran de preferencia en el órgano comunista era una demostración más de cuán aislada estaba esta corriente dentro de su propio partido.

[23] Jorge Donoso Pacheco (compilador), *Tomic: testimonios* (Santiago: Emisión, 1988), p. 462.

[24] *El Siglo*, 10 de septiembre de 1973.

Cristiano. Añade que "es una variante apenas solapada de la sedición reaccionaria y no constituye ninguna salida democrática".[25]

En julio anterior, todavía en la estela del Tancazo, Luis Corvalán había dicho que la paz social era imposible, que no tenía cabida una tregua ni con *El Mercurio*, ni con el Partido Nacional ni con gente como "Pablo H. Rodríguez (…) con los que quieren devolver las grandes fábricas a los antiguos imperios industriales, con los que quieren revertir o paralizar el proceso de transformación del campo. Pero cabe el diálogo en el seno de la mayoría ciudadana". Con esto último se refería a los que, no siendo de la Unidad Popular, no querían la guerra civil. Esta fue la consigna favorita de comunistas y socialistas después de las elecciones de marzo, en un intento de dividir retóricamente al país entre una mayoría pacifista y una minoría belicosa, mientras que la oposición intentaba que la definición fuera entre los demócratas y los totalitarios. Como sabemos por fuente germano-oriental, Corvalán había utilizado este discurso en el Teatro Caupolicán para mostrar una doble política, aquella de intentar un acuerdo con la Democracia Cristiana y otra de acelerar los preparativos para una confrontación. Esto último es lo que aparece más claro en este discurso, que era también la otra cara del comunismo criollo:

> Hay un sector de las clases reaccionarias con el cual, como ya dijimos, no cabe diálogo y no entiende de razones. Por esto, a la razón que tiene el pueblo hay que unir la fuerza del pueblo. Por lo mismo hay que convertir cada fábrica, cada hacienda, cada servicio público, cada población, cada sindicato, cada organización de masas, en un baluarte del movimiento popular (…) En tal supuesto, la nueva alternativa será derrotar con la máxima rapidez y energía a los que desencadenen la guerra civil y liquidar ésta apenas estalle, para evitarle a Chile los daños de una prolongada contienda de este tipo.[26]

En los comunistas, entre la posición más cercana a un diálogo y al acuerdo y esta de preparación para el combate, incluso con armas, ¿existe una mendacidad o hipocresía infinita, mayor que la de los democratacristianos, exigiendo solución democrática y al mismo tiempo estando más o menos abiertos para una intervención militar? ¿O la de los nacionales, que defendían una democracia, pero exigían una intervención para cambiar de régimen? En los tres casos hay argumentos que dirían sí o no. Para los comunistas, se trataba más bien de que, aun manteniendo algo en

[25] *El Siglo*, 11 de septiembre de 1973.

[26] Luis Corvalán Lépez, "Del discurso en el acto de masas del PC en el Teatro Caupolicán", 11 de julio de 1973, en Víctor Farías, *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica* (Berlín: Wissenschaftlicher Verlag Berlin; Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2000), T. 6, pp. 4.950-ss.

la nebulosa el que se marchaba hacia un sistema completamente similar al soviético, por ejemplo, estaban atrapados por el antiguo dilema de los movimientos revolucionarios. Estos, mientras no pasen a la acción, pueden convivir en un sistema legal abierto; accediendo a las herramientas de poder, sin embargo, no pueden detenerse hasta llegar al final, salvo que acepten la modificación de sus metas ideales.

Los comunistas habían logrado realizar lo primero pero no podían confrontar lo segundo, ya que el metro con que medían la realidad eran los resultados de la Revolución Rusa o el de la construcción del sistema marxista de Alemania Oriental. Además, el fin táctico de lo que exponía Corvalán es muy claro: solo se aceptaba un acuerdo que tenía que crear una mayoría estratégica para la Unidad Popular, dejando aislada a la derecha, pero a la vez privando a la Democracia Cristiana de su carta de presentación, que podía ser mayoría electoral junto al Partido Nacional. Aquella por supuesto no expresaba su dilema de esta manera. Hubiera sido reconocer de manera demasiado directa un juego de poder, que también lo era. La Democracia Cristiana sabía que, tras un acuerdo según las condiciones de la Unidad Popular, quedarían a merced de esta en la consiguiente transformación del país. La derecha nunca se sintió del todo segura en su alianza con la Democracia Cristiana, que a fin de cuentas fue tan necesaria para su propia supervivencia. Al mismo tiempo, tenía conciencia de que la situación era precaria, conciencia compartida por los democratacristianos. Por ello prefería, casi desde un primer momento, el salto hacia adelante de provocar una intervención militar, que aventara el peligro de un cambio definitivo y que quizás también pusiera las bases de un régimen más estable de acuerdo con sus puntos de vista.

En los comunistas había una política militar no sin carga de autosugestión. También participaban en la apelación a los uniformados. Representativas en las últimas horas —literalmente— son las palabras de Volodia Teitelboim, aparecidas en *L'Unitá*, vocero del Partido Comunista de Italia, el mismo 11 de septiembre. Sus primeros lectores de madrugada las deben haber digerido cuando por diferencia horaria todavía no se desencadenaba el golpe en Chile:

> Las fuerzas reaccionarias intentan impúdicamente utilizar las Fuerzas Armadas en una aventura. Cierto, las Fuerzas Armadas no pueden vivir en una torre de marfil. Sufren la influencia del mundo, como la Iglesia en todas estas ocasiones. La derecha intenta movilizar uno que otro familiar de uno que otro general o almirante. Pero la gran mayoría del Ejército ha permanecido fiel al sentido profundo de su misión constitucional, obedeciendo al poder civil.[27]

[27] Volodia Teitelboim, "Entrevista a L'Unitá (Roma) del 11 de septiembre de 1973", en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 6, p. 5.034.

Una parte del corazón de este lenguaje incitaba a los militares a tomar partido por las fuerzas de su tiempo, se suponía que las que representaba la Unidad Popular. La otra parte hablaba de la "misión constitucional". En la oposición, no pocos empleaban la misma idea para exhortar a los uniformados a entrar en acción.

Carlos Altamirano participaba de una extraña ambigüedad frente a lo que sucedía. Era en cierta manera la contrapartida de la misma ambigüedad de Allende, entre la seducción por la experiencia revolucionaria y la necesidad de contar con las instituciones. Mientras Allende creía no poder salir del todo de la lógica de estas últimas, que inevitablemente le imponían limites a los fines más radicales del proyecto de la Unidad Popular, que era a la vez la meta del Presidente, Altamirano estaba más apasionado por la vía revolucionaria, aunque sin decidirse del todo a impulsar de manera inmediata la acción directa. Quizás se daba cuenta de que, al separarse muy abiertamente del Gobierno, perdía muchos hilos de poder y de todos modos el Gobierno caería o se rendiría mediante un acuerdo con la Democracia Cristiana que detendría el proceso revolucionario. De todas maneras, Altamirano nunca dudó, a pesar de su gran afinidad con el estilo y los fines del MIR, de que la fuerza fundamental de esta izquierda marxista había sido y seguía siendo la unidad con los comunistas. La creciente alianza con el régimen de Alemania Oriental desde fines de los años sesenta tenía que convencerlos además de que no había posibilidad política sin mantener incólume ese vínculo. En definitiva, en términos políticos, continuó después del Tancazo con su retórica incendiaria, con los preparativos militares según hemos visto, al menos en contacto con las células enquistadas en la Armada, y con una actitud obstruccionista ante cualquier tipo de acuerdo. Tampoco estamos seguros de cuán flexible era Allende en la voluntad de alcanzar un acuerdo que mantuviera el sistema democrático en Chile, lo que, para repetirlo, significaba congelar el proceso revolucionario.

Al día siguiente del discurso de Corvalán, el 12 de julio, Carlos Altamirano puso lo que él creía eran los puntos sobre las íes al hablar a los cordones industriales, los que suponía iban a ser la base más importante de una victoria militar contra las fuerzas enemigas:

> Hay quienes pretenden insinuar "diálogos democráticos" con la Democracia Cristiana. Los socialistas planteamos que es posible el diálogo con todas las fuerzas políticas que se definan claramente en contra de los explotadores, en contra del imperialismo. Impulsamos y desarrollaremos el diálogo a nivel de la masa, con los trabajadores, militen o no militen, pero rechazamos categóricamente todo diálogo con partidos y directivas reaccionarias, contrarrevolucionarias (…) En uso pleno de ese derecho y de ese deber, los trabajadores de todo el país se han organizado en los cordones industriales, comandos comunales, consejos campesinos, comités de defensa y vigilancia y otros organis-

> mos, que constituyen los gérmenes de un incipiente pero ya poderoso poder popular, y configuran una barricada inexpugnable ante cualquier tentativa insurreccional de la burguesía (…) Nunca la convergencia y homogeneidad de la Unidad Popular ha sido tan sólida. Nunca la unidad socialista-comunista ha sido más férrea, ni ha existido entre ambos partidos —vanguardias de la clase obrera— una mayor identidad de objetivos. Nunca en esta defensa de la patria amenazada ha sido más vigorosa y decisiva la unidad de todas las fuerzas revolucionarias sin excepción. Nunca como hoy se había producido una identidad más grande de pueblo, Fuerzas Armadas y Carabineros, identidad que se irá fortaleciendo aún más en cada nuevo combate de esta guerra histórica (...) El pueblo de overol y el pueblo de uniforme constituyen uno solo (…) La reacción parece olvidar que el pueblo está en condiciones de incendiar y detonar el país desde Arica a Magallanes, en una heroica ofensiva libertaria y patriótica.[28]

El espíritu revolucionario de estas palabras, desde el punto de vista de una ortodoxia leninista, no desmerece en nada del marxismo del siglo XX. Quizás un bolchevique de 1917 lo hubiese encontrado falto de la necesaria dureza. En el contexto chileno de la Unidad Popular —aun en un ambiente en el cual en las fuerzas armadas se daba un doble proceso centrífugo y centrípeto que las forzaba a una intervención—, este discurso era completamente ultrista, es decir, no dejaba escapatoria alguna para una transacción. Continuaba el "avanzar sin transar".

Aun antes de la revelación acerca de las células en la Armada, existía aquí una política de división de las fuerzas armadas y de implícito llamado a la rebeldía. Remataba con palabras flamígeras que los opositores usaron profusamente, las de los cordones industriales. Aquí se dio otra batalla retórica entre un discurso como el de Altamirano, que intentaba disuadir toda acción directa de los opositores, atemorizados —era el supuesto— ante la reacción de un movimiento obrero armado para la lucha, con una base geográfica que amurallaba la ciudad; y el discurso opositor, que mostraba que ese peligro tenía que ser conjurado a cualquier precio, porque era una amenaza inminente para el país y para las fuerzas armadas, ya que al menos creaba una doble soberanía. Esta seguía el clásico esquema bolchevique: al lado del gobierno regular —ministros, parlamento, administración y fuerzas armadas— estaba el poder de los soviets que iba siendo gradualmente dominado por los bolcheviques, armados hasta los dientes.

Tiene que ser tomada también como parte del ambiente mental de la izquierda una autoridad moral muy fuerte, la de Fidel Castro y la Revolución Cubana. La presencia cubana, como hemos dicho, se introducía incluso al Palacio de La Moneda. Aunque no podían manipular a Allende, este no era nada de insensible a la imagen que representaba y a la figura de Fidel Castro. Al contrario, lo consideró

[28] *Chile Hoy*, 13 de julio de 1973.

siempre el gran modelo revolucionario en América Latina y ejemplo de la meta final. Solo añadía que el método iba a ser diferente, aunque nunca se preguntaba si esto significaba también que el modelo final sería distinto. Los últimos días de julio de 1973 arribaron los altos funcionarios del régimen Carlos Rafael Rodríguez, antiguo dirigente comunista, y Manuel Piñeiro, que dirigía la inteligencia cubana encargada de promover los esfuerzos revolucionarios en América Latina. Traían la siguiente carta que vale la pena reproducir en su integridad:

> Querido Salvador:
>
> Con el pretexto de discutir contigo cuestiones referentes a la reunión de países no alineados, Carlos y Piñeiro realizan un viaje a ésa. El objetivo real es informarse contigo sobre la situación y ofrecerte como siempre nuestra disposición a cooperar frente a las dificultades y peligros que obstaculizan y amenazan el proceso. La estancia de ellos será muy breve por cuanto tienen aquí muchas obligaciones pendientes y, no sin sacrificio de sus trabajos, decidimos que hicieran el viaje.
>
> Veo que están ahora en la delicada cuestión del diálogo con la DC en medio de acontecimientos graves como el brutal asesinato de tu edecán naval y la nueva huelga de los dueños de camiones. Imagino por ello la gran tensión existente y tus deseos de ganar tiempo, mejorar la correlación de fuerzas para caso de que estalle la lucha y, de ser posible, hallar un cauce que permita seguir adelante el proceso revolucionario sin contienda civil, a la vez que salvar tu responsabilidad histórica por lo que pueda ocurrir. Estos son propósitos loables. Pero en caso de que la otra parte, cuyas intenciones reales no estamos en condiciones de valorar desde aquí, se empeñase en una política pérfida e irresponsable exigiendo un precio imposible de pagar por la Unidad Popular y la Revolución, lo cual es, incluso, bastante probable, no olvides por un segundo la formidable fuerza de la clase obrera chilena y el respaldo enérgico que te ha brindado en todos los momentos difíciles; ella puede, a tu llamado ante la Revolución en peligro, paralizar los golpistas, mantener la adhesión de los vacilantes, imponer sus condiciones y decidir de una vez, si es preciso, el destino de Chile. El enemigo debe saber que está apercibida y lista para entrar en acción. Su fuerza y su combatividad pueden inclinar la balanza en la capital a tu favor aun cuando otras circunstancias sean desfavorables.
>
> Tu decisión de defender el proceso con firmeza y con honor hasta el precio de tu propia vida, que todos te saben capaz de cumplir, arrastrarán a tu lado todas las fuerzas capaces de combatir y todos los hombres y mujeres dignos de Chile. Tu valor, tu serenidad y tu audacia en esta hora histórica de tu patria y, sobre todo, tu jefatura firme, resuelta y heroicamente ejercida constituyen la clave de la situación.
>
> Hazle saber a Carlos y a Manuel en qué podemos cooperar tus leales amigos cubanos.
>
> Te reitero el cariño y la ilimitada confianza de nuestro pueblo. Fraternalmente, Fidel Castro. [29]

---

[29] Fidel Castro, "Carta a Salvador Allende", 29 de julio de 1973, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 6, pp. 4.834-ss.

Era evidente que Castro temía que Allende al final aceptara un acuerdo que impidiera la realización del triunfo revolucionario en Chile. La carta contiene una conminación a no salir vivo de un enfrentamiento a fuego con los militares chilenos. Para ello tenía una infraestructura preparada en Santiago con el objetivo de apoyar a las fuerzas de la Unidad Popular, ya fuera en la defensa de Allende mismo o para tomarse alguna instalación clave, como el Aeropuerto de Pudahuel. Allende tenía el temple suficiente como para perseguir su propio camino en este sentido y su acto final no fue sencillamente una resistencia hasta la muerte ordenada por Castro. Había sido casi una idea fija durante su gobierno, pues estaba decidido a no ser menos que la manera en que él interpretaba al Presidente Balmaceda. No se puede, sin embargo, dejar a un lado la influencia moral de Castro y los suyos en la izquierda chilena, con excepción parcial en los comunistas. En esa orientación hacia la autoridad política moral de La Habana, el camino para una transacción era también un medio intolerable de traición. Había una actitud emotiva en este sentido, que muchos militantes de la izquierda marxista no podían apartar de sí mismos.

## Declaración de la Cámara y contra-declaración de Allende

Existen varios contextos que explican el ambiente de los dos últimos meses del gobierno de la Unidad Popular. Las conjeturas acerca de una negociación de último minuto y un llamado a plebiscito, que luego veremos, no tienen en cuenta el profundo foso de desconfianza y animosidad en los espíritus con las que tenían que verse los negociadores. Uno de esos contextos son las seguidillas de acusaciones y contraacusaciones. La más clave de ellas, y cuya sola enunciación tendría una gran importancia en el desarrollo de los acontecimientos, fue la declaración de la Cámara de Diputados del 22 de agosto de 1973. Sus consideraciones medulares para lo que aquí interesa son las siguientes:

> Que es un hecho que el actual Gobierno de la República, desde sus inicios, se ha ido empeñando en conquistar el poder total, con el evidente propósito de someter a todas las personas al más estricto control económico y político por parte del Estado y lograr de ese modo la instauración de un sistema totalitario absolutamente opuesto al sistema democrático representativo que la Constitución establece. Que, para lograr ese fin, el Gobierno no ha incurrido en violaciones aisladas de la Constitución y de la ley, sino que ha hecho de ellas un sistema permanente de conducta, llegando a los extremos de desconocer y atropellar sistemáticamente las atribuciones de los demás Poderes del Estado, de violar habitualmente las garantías que la Constitución asegura a todos los habitantes de la República, y de permitir y amparar la creación de poderes paralelos, ilegítimos, que constituyen gravísimo peligro para la nación; con todo lo cual ha destruido elementos esenciales de la institucionalidad y del Estado de Derecho (…) Que

en la quiebra del Estado de Derecho tiene especial gravedad la formación y desarrollo, bajo el amparo del Gobierno, de grupos armados que, además de atentar contra la seguridad de las personas y sus derechos, y contra la paz interna de la nación, están destinados a enfrentarse contra las Fuerzas Armadas; como también tiene especial gravedad el que se impida al Cuerpo de Carabineros ejercer sus importantísimas funciones frente a las asonadas delictuosas perpetradas por grupos violentistas afectos al Gobierno. No pueden silenciarse, por su alta gravedad, los públicos y notorios intentos de utilizar a las Fuerzas Armadas y al Cuerpo de Carabineros con fines partidistas, quebrantar su jerarquía institucional e infiltrar políticamente sus cuadros. (La Cámara Acuerda) representar al señor Presidente de la República y a los señores Ministros de Estado, miembros de las Fuerzas Armadas y del Cuerpo de Carabineros, el grave quebrantamiento del orden constitucional y legal de la República.[30]

La declaración nombra repetidas veces las quejas de violación de la legalidad, en especial aquellas relacionadas con atropellos al Poder Judicial. Para redactar la declaración, los diputados de oposición invocaron las facultades fiscalizadoras de la Cámara. En principio solo tenía un peso simbólico. Concluía con un llamado a "encauzar la acción gubernamental por las vías de derecho y asegurar el orden constitucional de nuestra patria". Sin embargo, a nadie se le podía escapar lo completamente inusual de este paso que, asumiendo el espíritu del liberalismo político al utilizar el adjetivo "totalitario", explicaba la situación como un asalto a las instituciones desde las instituciones mismas. Aunque en términos legales no consistía en una declaración de inconstitucionalidad, que se tendría que haber tratado como acusación constitucional, efectuaba un rodeo para dar la idea de que de eso se trataba. Al final, llega el momento de "representar", en donde se personifica entre varios a las mismas fuerzas armadas. No hay que dar muchas vueltas al asunto para entender que había una apelación a las mismas para que actuaran como entes autónomos; en otras palabras, había un grado de exhortación a deliberar e intervenir.

Parece ser que los uniformados habían exigido una declaración de este tipo.[31] No querían realizar nada que se pareciera a un simple y caprichoso cuartelazo. Ansiaban que su toma de poder tuviera una base legal y constitucional. La declaración jugaría un papel en la legitimidad del régimen posterior, al menos en su lenguaje político. Parecería extraño que la declaración haya sido aprobada por la totalidad de la Democracia Cristiana; votó a su favor Bernardo Leighton, que posteriormente

[30] "Acuerdo de la Cámara de Diputados en relación con el quiebre de la institucionalidad chilena", 22 de agosto de 1973, en Andrés Echeverría y Luis Frei (compiladores), *1970-1973: la lucha por la juridicidad en Chile* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1974), Tomo III, pp. 199-207.

[31] Por lo que insinúa Ismael Huerta Díaz, *Volvería a ser marino* (Santiago: Andrés Bello, 1988), Tomo II, p. 80.

suscribió una declaración contra el golpe.[32] No cabe duda de que se daban cuenta de la gravedad de la situación y de que las intenciones finales de al menos una parte de la Unidad Popular —sostenían— tenía la voluntad inconmovible de encaminarse hacia la meta totalitaria descrita por la declaración. Quizás pensaban que con ella aumentaba la baza de su partido en negociaciones con Allende. En todo caso, el acuerdo no podría haberse tomado sin la aprobación explícita de Eduardo Frei Montalva y Patricio Aylwin; de otra manera, muchos democratacristianos o el partido en su totalidad no se hubieran sumado.

Quizás la mejor prueba del papel clave de la declaración fue la respuesta de la Unidad Popular. Su Comité Ejecutivo llamaba a militantes y simpatizantes a mantenerse atentos a los instructivos de la Central Única de Trabajadores por este "acuerdo irracional, sin destino jurídico e inconstitucional de la mayoría de la Cámara de Diputados". Era un llamado a una confrontación total frente a un presunto golpe. Cerraban estas líneas con una voz de aliento para que "el país mantenga su marcha incontenible hacia un destino superior" y un llamado a aplastar al golpismo.[33] La idea de la marcha de la historia hacia un destino inevitable es lo que más alimentaba a la izquierda marxista, y uno de los elementos que la hacían más universal.

Más razonada y mucho más directa y reveladora es todavía la respuesta de Salvador Allende:

> En el día de anteayer, los diputados de oposición han exhortado formalmente a las Fuerzas Armadas y Carabineros a que adopten una posición deliberante frente al Poder Ejecutivo, a que quebranten su deber de obediencia al Supremo Gobierno, a que se indisciplinen contra la autoridad civil del Estado a la que están subordinadas por mandato de la Carta Fundamental, a que asuman una función política según las opiniones inconstitucionales de la mayoría de una de las ramas del Congreso. Que un órgano del Poder Legislativo invoque la intervención de las Fuerzas Armadas y de Orden frente al Gobierno democráticamente elegido, significa subordinar la representación política de la Soberanía Nacional a instituciones armadas que no pueden ni deben asumir funciones políticas propias ni la representación de la voluntad popular (…) La democracia chilena es una conquista de todo el pueblo. No es obra ni regalo de las clases explotadoras y será defendida por quienes, con sacrificios acumulados de generaciones, la han impuesto. Con tranquilidad de conciencia y midiendo mi res-

---

[32] Paul Sigmund señala que fue el senador Luis Bossay, ex partidario de Salvador Allende, quien convenció a la Democracia Cristiana de proceder de acuerdo al artículo 39, inciso 2, que autorizaría este paso. Paul Sigmund, *The Overthrow of Allende and the Politics of Chile, 1964-1976* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1977), p. 232.

[33] Unidad Popular, "Respuesta al Proyecto de Acuerdo de la Cámara de Diputados sobre la ruptura de la legalidad", 24 de agosto de 1973, en Farías, *La izquierda chilena (1969-1973)*, T. 6, p. 5.001.

> ponsabilidad ante las generaciones presentes y futuras, sostengo que nunca antes ha habido en Chile un Gobierno más democrático que el que me honro en presidir, que haya hecho más por defender la independencia económica y política del país, por la liberación social de los trabajadores (…) En el documento parlamentario se esconde tras la expresión "Estado de Derecho" una situación que presupone una injusticia económica y social entre chilenos que nuestro pueblo ha rechazado. Pretenden ignorar que el Estado de Derecho solo se realiza plenamente en la medida que se superen las desigualdades de una sociedad capitalista.[34]

Allende dejaba ver claramente, y con razón, que la declaración de la Cámara subordinaba la decisión final al poder armado. Lo que sostenía la mayoría de la Cámara era que Allende subordinaba a las fuerzas armadas a un proyecto cuyo carácter constitucional —en el espíritu de la Constitución y en parte en su letra— estaba puesto en cuestión. Quizás la declaración daba un respiro para negociar, que es lo que pensaban algunos diputados que la aprobaron, y Allende debe haber tomado en cuenta esta interpretación, pero también acusaba a la Cámara de haberse convertido en un "poder paralelo contra la Constitución" y de intentar "concentrar en el Congreso el poder total al arrogarse funciones del Ejecutivo". Aquí parece recurrir a la vieja lucha presidencialismo versus parlamentarismo, que además era la imagen inmediata que el joven Allende tenía cuando despertó a la política. Es indudable que desde una de las caras del conflicto podría interpretarse de esta manera, como la lucha de la mayoría del Congreso contra el Presidente. Además, esto reforzaba la constante referencia de Allende a Balmaceda y de estar cumpliendo con un proyecto inconcluso. Que no se olvide que Carlos Ibáñez, Eduardo Frei y Jorge Alessandri habían pedido al final de sus gobiernos más autoridad para el Presidente por medio de una reforma constitucional. Esto tenía su historia.

En la parte que hemos citado de la declaración existe algo radicalmente nuevo que no podía darse en la época de Balmaceda. Allende sostenía que su gobierno era el que más había defendido al país en sus intereses nacionales e internacionales. ¿Por qué? Por su programa, que venía del pasado, de donde surgía la dinámica constitucional. Una idea muy repetida por la izquierda desde los años sesenta era que la democracia que existía no era fruto del sistema político chileno, sino que de las luchas del pueblo, homologándolas al movimiento sindical y sobre todo a la izquierda marxista. Lo válido, lo legal, lo constitucional, era en esencia el movimiento hacia el futuro, el "destino superior" al que se referían la Unidad Popular y el mismo Castro.

---

[34] Salvador Allende, "Respuesta al acuerdo de la Cámara de Diputados", 24 de agosto de 1973, en Echeverría y Frei (compiladores), *1970-1973: la lucha por la juridicidad en Chile,* Tomo III, pp. 207-211.

Su legalidad, la que representaba Allende, era distinta, más desarrollada, moralmente superior que el estado de derecho defendido en la declaración. El estado de derecho solo podía tener real existencia en la sociedad socialista, una vez terminado el proceso de transición. Esto estaba muy diáfano en las palabras de Allende. Las dos declaraciones eran expresivas del estado de ánimo y del grado de profundidad de la grieta que dividía a Chile. Ambos bandos hablaban de dos legalidades de distinto orden. Solo quedaban jirones de la práctica en que había muchas veces participado el mismo Presidente: la negociación y el cumplimiento de los ritos y normas del sistema legal chileno en el cual gente como Allende, Frei y Aylwin se habían formado y cuyos principios habían hasta cierto punto compartido.



## Capítulo XXVIII
# El desenlace

### El plebiscito que no fue

Una de las ideas más reiteradas en torno al preámbulo del golpe es que este se habría adelantado ante el peligro de que, en un acuerdo con la Democracia Cristiana o en un acto de propia voluntad, Allende llamaría a un plebiscito el día 11 en un discurso que iba a pronunciar en la entonces Universidad Técnica del Estado. Por ello Pinochet, informado el domingo 9 por el mismo Allende, habría adelantado la fecha del golpe desde el 14 de septiembre, día originalmente planificado por él, al martes 11. Esta idea tiene poca o ninguna base, sobre todo porque en su origen está el testimonio del mismo Pinochet, al cual después poco se le ha creído porque parece ser que solo el día sábado 8 o domingo 9 se sumó definitivamente a los conjurados. Esta es la base de la profusa repetición del mismo relato.[1]

Es posible que se haya avanzado en las conversaciones entre Víctor Pey y Patricio Aylwin, desde mediados de agosto hasta las vísperas del golpe. No existe información al respecto, salvo lo que han contado los testigos de la Unidad Popular después. El plebiscito al que convocaría Salvador Allende para resolver la crisis no era otro que el que podría haber puesto en acción incluso desde abril de 1972 o, en todo caso, en mayo de 1973. Ha circulado también la idea de que se estaba negociando un cambio constitucional completo que siempre había sido un objetivo de la Unidad Popular, pero que debía efectuarse por vías constitucionales o desafiando la legalidad, que

[1] Fueron las declaraciones de Pinochet la base sobre las que Joan Garcés adelantó una de las primeras interpretaciones que relacionaban el plebiscito fallido con el golpe. Joan Garcés, *Allende y la experiencia chilena: las armas de la política* (Barcelona: Ariel, 1976), pp. 351-357. Garcés resume el procedimiento que iba a seguir Allende. Tal como lo presenta, era muy engorroso y no hubiera servido de nada por la urgencia de las cosas. La única vía era la convocatoria inmediata al plebiscito.

hubiese sido el plebiscito no vinculante.[2] Nada más alejado de la realidad de entonces que poner en marcha un proceso legal que tomaría meses, cuando la realidad estaba indicando hacia algo muy distinto.[3] Nos vamos a atener más bien al único plebiscito que era posible en esos momentos, para dirimir sobre los vetos a la Reforma de las Tres Áreas y a la reciente reforma sobre inexpropiabilidad de predios de hasta 40 hectáreas y sobre libertad de comercio.[4] Esto significaba aceptar la tesis de la oposición, de que los vetos podían ser rechazados, como lo fueron, por una mayoría simple y que la alternativa del Presidente era llamar a un plebiscito. Es probable que haya sido una hipótesis que se conjeturó en el fin de semana previo al 11 y que venía arrastrándose a lo largo de todas las negociaciones con la Democracia Cristiana.

Existían varias ideas que circulaban esos días. Una era una renuncia masiva de los parlamentarios junto al Presidente, de manera de precipitar elecciones generales. Era una tesis de la oposición que requería un acuerdo unánime. Si no habían alcanzado un entendimiento sobre la Reforma de las Tres Áreas, era completamente irreal que esto tuviese alguna probabilidad de éxito. Otra idea, aún más peregrina, era que el Congreso declarara la "inhabilidad" del Presidente Allende.[5] Esto requería certificar médicamente que era incapaz de continuar en su cargo, lo que era extremar algunas facultades legales del Parlamento. Se hubiera tratado de algo que iba incluso más allá de un golpe blanco, como lo había sido la propuesta de nombrar un gabinete con militares no solamente a cargo de los ministerios, sino que también con los subsecretarios y altos funcionarios, idea que circulaba desde julio. La idea del plebiscito se escuchaba poco dentro del público los primeros días de septiembre. En cambio, ha surgido con mayor fuerza en testimonios posteriores la información de que Allende acariciaba esta idea.[6]

Lo que ha surgido como evidencia es bastante vago. Recordemos que en Chile solo se podía convocar a un plebiscito en un caso preciso de desacuerdo entre el

[2] También era la idea de Carlos Altamirano, desde un comienzo, en la línea cesarista. En mensaje de la embajada al Comité Central, 13 de enero de 1972. BA, DDR, DY 30 IV B 2/20 354.

[3] Salvador Allende, *Un estado democrático y soberano: mi propuesta a los chilenos. Texto póstumo* (España: Centro de Estudios Políticos Simón Bolívar, 1993).

[4] Esta reforma fue aprobada por el Congreso Pleno el 11 de junio de 1973. El Presidente envió vetos que fueron rechazados por el Senado el 17 de julio y por la Cámara el 31 del mismo mes.

[5] "El término anticipado del mandato presidencial en la Constitución Política de Chile", *Revista chilena de derecho*, Vol. 1, Número 3-4, 1974, p. 347.

[6] Carlos Prats, *Memorias. Testimonio de un soldado* (Santiago: Pehuén, 1985), p. 509; Clodomiro Almeyda, *Reencuentro con mi vida* (Santiago: Ediciones del Ornitorrinco, 1987), p. 240; Patricia Politzer, *Altamirano* (Santiago: Ediciones B, 1990), pp. 126-127. Una de las primeras interpretaciones en este sentido fue la de Joan Garcés, *Allende y la experiencia chilena,* pp. 368-ss.

Congreso y el Presidente sobre un veto en el caso de reforma constitucional, y es este último el que tenía la facultad de convocarlo. Se venía hablando del mismo desde comienzos de 1972. Han surgido versiones de que Allende llamaría a un plebiscito no vinculante para saber si podía continuar. Esto hubiera sido sencillamente ponerse fuera de la protección constitucional, alentando un golpe, ya que sus autores podrían esgrimir con mucha más fuerza el argumento de que se trataba de una restitución de derechos conculcados.[7] El plebiscito convocado unilateralmente ha sido de manera clásica un acto cesarista, inventado modernamente por el modelo autoritario de Napoleón.[8] Se ha dado como un hecho que se iba a convocar al plebiscito el día 11 de septiembre, sin detenerse aquí en el ambiente polarizado hasta el extremo. Era evidente que la oposición iba acusar al gobierno de haberse salido de la Constitución y de las leyes.[9] Le hubiera permitido quizás emitir una declaración, esta vez de inconstitucionalidad, por medio de la Cámara. Es poco probable que la Democracia Cristiana hubiera acordado una pregunta plebiscitaria que podría haber favorecido la tesis de la Unidad Popular, cuando había sido tan puntillosa en la necesidad vital de definir las tres áreas tal como estaban planteadas en la reforma. Y que comprendía la importancia del destino de la Papelera, entre otros casos.

Si hubiese habido plebiscito, podían ocurrir dos cosas. Una, que, dada la ley de probabilidades, la Unidad Popular perdiera. En ese caso, tendrían que haber estado dispuestos a dejar el Gobierno, aunque ello no fuera obligatorio en lo constitucional, ya que de otro modo adquiriría más legitimidad un golpe y en todo caso dejaría al Gobierno en una situación todavía más precaria, insostenible. ¿Permitirían los partidos de la coalición que esto sucediera sin algún tipo de lucha, incluso la más directa de todas? Al menos la mitad de los socialistas, el MIR, el MAPU y en general militantes sueltos por allí y por allá crearían un ambiente de contestación que haría que el estado de las cosas se pareciera a un escenario de guerra civil. Habría otra tentación para los uniformados. Esto es lo que hemos visto en el capítulo anterior como una de esas hipótesis contrafactuales para entender los dilemas del momento. Todo esto tiene que haber pasado por la mente de Allende.

Dos, existía la posibilidad de que el mero anuncio del plebiscito disolviera toda tentación de un golpe, que era la razón principal por la cual se aceptaría entregar la oreja en un asunto tan combatido como la tesis de los vetos. Creer que la alternativa

---

[7] Gonzalo Vial, *Pinochet: la biografía* (Santiago: Aguilar, 2002), Tomo I, p. 205.

[8] Sobre el uso cesarista de los referendos y su origen en la Francia revolucionaria, Nigel Jones, "A Device for Despots?," *Today's History*, Vol. 62, Issue 5, May 2012, pp. 16-18.

[9] Vial, *Pinochet,* Tomo I, pp. 204-208.

era golpe o plebiscito es desconocer el proceso iniciado al menos desde el 29 de junio. A partir de entonces hubo una transformación mental en las fuerzas armadas, para las que, no sin lucha de conciencia, ahora solo podía aparecer como legítima una intervención en el proceso político. Un anuncio de plebiscito por sí mismo no podía aplacar ni a los uniformados ya comprometidos, ni a los gremios en rebeldía, ni a los opositores, y el espacio para fuerzas moderadas tanto en la Unidad Popular como en la oposición era poco.[10] Muchos jefes militares tenían muy claro, sobre todo en el Ejército, que Allende presionaba a Pinochet para pasar a retiro a los oficiales en los que no confiaba y era una de las razones por las cuales estos no querían esperar más. Además, estaba la urgencia de la Armada por actuar antes de que el tema de las torturas a los marineros se convirtiera quizás en algo inmanejable. Esto no quiere decir que un anuncio para convocar el plebiscito en esos días no hubiera creado un factor nuevo en el ambiente y que es probable que hubiese provocado incertidumbre en los jefes militares. Les hubiera además restado bastante legitimidad. Una hipótesis contrafactual formulada con honestidad no puede avanzar más allá de esto.

En las apariencias, Allende había tomado una distancia radical de su propio Partido Socialista y con su secretario general, Carlos Altamirano, con quien parece haber tenido una relación muy deteriorada en esos momentos. Las huellas documentales son abrumadoras. El partido le había negado apoyo para cualquier negociación seria en las semanas anteriores y había vuelto a insistir en su negativa en los días que precedieron al golpe, en especial por esta idea, algo fantasmagórica, del llamado al plebiscito.[11] Pareciera confirmarse por la entrevista de Hernán del Canto con Allende en ese momento intenso y dramático de la mañana del 11 de septiembre. El Presidente le espeta con violencia verbal, a juzgar por el texto que nos ha llegado: "Yo sé cuál es mi lugar y lo que tengo que hacer. Nunca antes me han pedido mi opinión. ¿Por qué me la piden ahora? Ustedes, que tanto han alardeado, deben saber lo que tienen que hacer. Yo he sabido desde un comienzo cuál era mi deber".[12] Hablándole a Jorge Wong, vicepresidente de la Corporación de Mejoramiento Urbano (CORMU), se habría referido en

[10] La tesis —dicha en realidad para el ambiente de los meses anteriores a septiembre— es desarrollada por Carlos Huneeus, *Der Zusammenbruch der Demokratie in Chile. Eine vegleichende Analyse* (Heidelberg: Esprint Verlag, 1981), pp. 280-287.

[11] Luis Corvalán Lépez, *El Gobierno de Salvador Allende* (Santiago: LOM, 2003), pp. 251-253.

[12] Garcés, *Allende y la experiencia chilena*, p. 386. Al parecer, de esta versión original se desprenden las de Ascanio Cavallo y Margarita Serrano, *Golpe. 11 de septiembre de 1973* (Santiago: Aguilar, 2003), p. 137; Ignacio González, *El día en que murió Allende* (Santiago: ChileAmérica CESOC, 1990), p. 212. En los relatos no hay unanimidad; se dice que también hubo dos conversaciones por teléfono entre Allende y Altamirano.

términos similares a Carlos Altamirano, alrededor de una hora después, cuando no lo pudo ubicar por teléfono: "Dígale, compañero, que yo voy a cumplir con mi deber de Presidente, y que espero que el Partido Socialista haga lo mismo".[13]

Parece ser que el discurso de Carlos Altamirano el domingo 9 en el Estadio Chile constituyó una desagradable sorpresa para Allende. En esto hay que ser cuidadosos, ya que no existe una prueba de que realmente fuera así. Altamirano repitió lo que venía diciendo desde hacía meses, la necesidad de pasar a una confrontación más directa. Los opositores estarían en rebelión abierta por medio del terrorismo y por el financiamiento de la CIA al paro del transporte, afirmaba; la intención de la oposición en el Congreso de declarar impedido físicamente al Presidente de la República era parte de este plan. No era algo solamente de la extrema derecha —indicaba—, de Patria y Libertad, sino que también de "Frei, Jarpa y sus comparsas financiados por la ITT, (que) llaman abiertamente a la sedición". Además, se querellaban contra él mismo, Garretón y Enríquez. Dio lectura a la carta que le habían enviado los marineros denunciando tanto las torturas como el golpe que vendría y señalando que ellos habían sufrido porque "nosotros, los marinos de tropa, somos hijos del pueblo, por lo tanto, jamás haríamos fuego contra él". Reconocía haberse reunido con ellos, aunque no para efectuar una conspiración sino para escucharlos, y anunciaba que lo haría cuantas veces fuera necesario. Se pronunció contra la continuación del diálogo, quizás lo que era más gravoso para Allende:

> En dos oportunidades anteriores se intentó el diálogo y ha fracasado, a pesar de que el gobierno, contra la voluntad del Partido Socialista, ha concedido en todo lo que el Partido D.C. ha pedido, pero ahí predomina el sector golpista que lidera el señor Frei. Existen elementos honestos en el Partido D.C., pero ellos son una minoría que en definitiva se han hecho cómplices de estos dramáticos desmanes contra Chile. La conjura de la derecha —piensa nuestro Partido— solo puede ser aplastada con la fuerza invencible del pueblo unido a tropas, clases, suboficiales y oficiales leales al gobierno constituido (…) Chile se transformará en un nuevo Vietnam heroico si la sedición pretende enseñorearse de nuestro país (…) A nuestro juicio, compañeros, el golpe reaccionario se ataja golpeando al golpe. No se ataja conciliando con los sediciosos (…) El compañero Allende no traicionará, compañeros, dará su vida si es necesario en la defensa de este proceso.[14]

El reconocimiento de las conversaciones con los marineros, más allá de si fueron para preparar un levantamiento o para prevenir un golpe, ya era una provocación suficiente, aunque es poco creíble que Allende no lo haya sabido. Lo que

[13] Cavallo y Serrano, *Golpe,* p. 156.

[14] Politzer, *Altamirano*, pp. 189-194.

sí se cruzaba en la estrategia del Presidente era la negativa al diálogo y esto podía explicar lo que se ha presentado como el encono de Allende con los partidos, especialmente con el suyo en la conversación con Del Canto la mañana del 11. La última línea del texto que citamos está en el mismo tono de la carta de Castro a Allende, para comprometerlo en un final heroico. Rabia le debe haber dado a este último que intentaran fortalecer una determinación que le era propia.[15]

Resta una duda.[16] Da la impresión de que Allende apoyó la nominación de Altamirano como secretario general del partido en 1971; los comunistas afirmaban que era la persona y la directiva "que Allende quería tener".[17] Por otra parte, los socialistas vivían amenazando con retirarse del Gobierno si se llevaban a cabo negociaciones con la Democracia Cristiana.[18] Son como dos realidades que no se niegan a sí mismas. Allende era parte de esa agrupación y vibraba con ella. No hay nada que indique que tomó alguna distancia de la radicalización de su partido en el curso de los años 1960. Había sí rivalidad a veces amarga entre sus jefes. Raúl Ampuero se fue del partido, aunque por ninguna discrepancia ideológica que se pueda detectar; Aniceto Rodríguez perdió la dirección en 1971. Su sucesor, Carlos Altamirano, era una personalidad muy distinta, aunque en abstracto sus ideas no eran muy diferentes. Las discrepancias comenzaron a sentirse cuando Allende tuvo que tomar tanto el papel de mediador entre las distintas corrientes de la coalición, como el de líder que estaba más consciente que Altamirano y los suyos acerca de los límites institucionales sobre los cuales descansaba su legitimidad. Mientras durara la transición al socialismo, no podía olvidarlo sin más.

Parte del alma de Allende vibraba con la extrema izquierda y estaba la admiración por los santos patronos Guevara y Ho Chi Minh. Siempre maniobró para integrar al MIR a la estrategia general de su gobierno.[19] Ante el enfrentamiento inminente en La Moneda, en la mañana del 11 de septiembre, le dijo a su hija Tati: "Dile a Miguel

---

[15] Cavallo y Serrano, *Golpe*, p. 69.

[16] Desde luego, Altamirano casi cuatro décadas después lo desmiente y encuentra total acuerdo entre ambos en los meses que precedieron al golpe. Critica, sí, la respuesta político-militar de Allende. Gabriel Salazar, *Conversaciones con Carlos Altamirano. Memorias críticas* (Santiago: Debate, 2010), pp. 260-265.

[17] Informe de la delegación del Comité Central del SED que visitó Chile entre el 25 de enero y el 10 de febrero de 1971. BA, DDR, DY 30 J IV2/2 1976.

[18] Telegrama de Möbus a Axen y Markowski, 25 de julio de 1973. Después de conversaciones con Zamorano y Víctor Díaz, del Partido Comunista. BA, DDR, DY 30 IV B 2/200 261.

[19] Informe sobre discurso no publicado de Allende a los dirigentes socialistas, resumidos por Erich Schnake, 21 de marzo de 1972. BA, DDR, DY 30 IV B 2/20 354.

(Enríquez) que ahora es su turno. Yo no me muevo de aquí".[20] Esto tiene que ver con lo que seguirá a continuación: la apertura de una nueva fase de la lucha política después de su propia desaparición. Es también un testimonio de que veía la tesis de la vía armada como parte de una legitimidad en potencia y que si no se la negaba al MIR menos se la iba a negar a su propio partido, por irritado que se sintiese por la falta de comprensión ante sus intentos de sacar las cosas adelante sin una confrontación militar.

Esta pertenencia al socialismo, junto con aquella que representaba a la Revolución Cubana y a la figura de Castro fueron quizás los obstáculos finales que se opusieron, no podríamos decir a una solución, de por sí muy problemática, sino que a la estrategia negociadora que llevaba a cabo Allende desde el 29 de junio. Si hacerse cargo de esta realidad le era muy difícil, le era casi imposible distanciarse de todo intento de crear un sistema de seguridad y de preparativos armados al margen de las fuerzas armadas regulares. La sola existencia de esta última estrategia, en general pensada para un golpe, surgía al mismo tiempo como un fuerte estímulo para crear una conciencia de levantamiento entre quienes miraban a un sistema marxista como el mayor de los infortunios para el país.

## Golpe: política, palabra, enfrentamiento y muerte

Los testigos del entorno de Allende y del Gobierno recuerdan que no pasaba día sin rumor de golpe, sobre todo a partir del Tancazo. Era evidente que la situación se agravaba, por las relaciones con la Armada y por el estado de ánimo sublevado en los mandos intermedios entre los oficiales. Los núcleos partidarios de la Unidad Popular en las fuerzas armadas avisaban constantemente acerca de preparativos de golpe. Todos los testimonios hablan de que Allende también creía inevitable algún tipo de confrontación, sin por ello cejar en algún intento de negociación con los opositores, aunque no existe mucha seguridad de que estos se llevaran a cabo.

Los portadores del levantamiento contra el gobierno de la Unidad Popular no eran solo los militares, como lo hemos dicho. Era una vasta acción que incluía a gran parte de la derecha y contaba con la tolerancia de muchos dirigentes de la Democracia Cristiana, en parte por un sentido de impotencia o porque lo veían como un brevísimo paréntesis en el desarrollo institucional del país. Sobre todo, había una conciencia de estar agotados y de que no habría otra oportunidad. Los dados estaban echados desde el fin de semana anterior y, de hecho, algunos dirigentes políticos y gremiales sabían de la inminencia de la acción en el atardecer del 10 de septiembre.

[20] Carmen Castillo, *Un día de octubre en Santiago* (Santiago: LOM, 1999), p. 25.

En efecto, la mayor parte de estos últimos llevaban días o semanas viviendo en una situación parecida a la clandestinidad, cambiando de domicilio continuamente, informando de su paradero solo a su entorno más cercano. El mismo Eduardo Frei esa noche prefirió dormir en la casa de su hija.[21]

La tarde del lunes 10, Allende creía haber conjurado un peligro por el zarpe de la Escuadra a la Operación UNITAS, lo que parecía indicar que no participaría en ninguna sublevación en los próximos días.[22] Pensaba que si superaba esa semana ya no pasaría nada hasta después del 18 y además algo se le podría ocurrir si es que fallaba la idea del plebiscito. Habría también la posibilidad de efectuar grandes purgas entre los generales que dirigían la conspiración para rebelarse.[23] Es cierto que todo esto tiene algún aire de irrealidad. Sin embargo, no se debe olvidar que en Chile todavía para muchos era tanto o más irreal que pudiera haber un golpe, incluso en algunos opositores que lo ansiaban, pero que perdían las esperanzas de que se derrocara a la Unidad Popular.

En la noche se sucedían las noticias. Que había movimiento de tropas, que quizás la Escuadra todavía no zarpaba del todo, que avisaban todo el tiempo que al día siguiente vendría un golpe. Pero era lo mismo de siempre, en algunos sentidos.[24] Allende se fue a dormir bastante después de la medianoche. Fue despertado a eso de las seis de la mañana con una seguidilla de noticias alarmantes. El prefecto de Investigaciones de Valparaíso llamó para decir que la Escuadra había regresado y que la Armada estaba copando la ciudad. Allende decidió de inmediato ir a La Moneda a toda velocidad en una caravana de sus clásicos Fiat 125, acompañado por el GAP, todos rebosantes de armamento liviano y pesado. Al arribar al palacio comprobó con alivio que no estaba tomado por ninguna unidad militar. Hasta el momento aparecía como un levantamiento de los marinos y Allende intentaba comunicarse con los comandantes en jefe. Tanquetas de carabineros, enviadas por el Director General, José María Sepúlveda, rodearon La Moneda y este mismo jefe apareció acompañado de otro general.[25] Allende podía sentirse con un margen militar importante, ya que los

[21] Cristián Gazmuri, Patricia Arancibia, Álvaro Góngora, *Eduardo Frei Montalva y su época* (Santiago: Aguilar, 2000), Tomo II, p. 851.

[22] James Whelan, *Desde las cenizas: vida, muerte y transfiguración de la democracia en Chile 1833-1988* (Santiago: Zig-Zag, 1993; original en inglés, 1988), p. 437.

[23] Joan Garcés y Saul Landau, *Orlando Letelier. Testimonio y vindicación* (Madrid: Siglo XXI de España, 1995), pp. 34-35.

[24] Nathaniel Davis, *The Last Two Years of Salvador Allende* (Ithaca, New York: Cornell University Press, 1985), pp. 231-233.

[25] Cavallo y Serrano, *Golpe*, pp. 89-101.

carabineros eran, por la naturaleza de su labor, los únicos uniformados que habían enfrentado situaciones de violencia cotidianamente en la última década; además, cubrían todo el territorio nacional. Esto le daba un tiempo estratégico para defender sus propias posiciones y esperar que las unidades sublevadas comenzaran a dudar, en el clásico síndrome de fracaso de golpe.

Allende habló por primera vez a eso de las 7:55 horas. Llamó a los trabajadores a tomar posiciones y explicaba que era una sublevación de "un sector de la marinería".[26] Entretanto siguieron llegando las noticias de que había algo más. La mayoría de las radios de la Unidad Popular habían salido del aire y los funcionarios de gobierno que iban al Ministerio de Defensa para ver qué pasaba, entre ellos el ministro Orlando Letelier, no regresaban. Todo su equipo de La Moneda apareció ese día y se sumaron José Tohá, que en esos momentos no tenía cargo ministerial, y Clodomiro Almeyda. Los dos se quedaron hasta el final. Otros entraban y salían.[27] A Allende también le era difícil comunicarse con los propios jefes políticos de la Unidad Popular. Según una versión, Carlos Altamirano habló temprano en la mañana con Allende, cuando este todavía no salía de su residencia en Tomás Moro, pero desde ahí cesó toda comunicación.[28] Allende volvió a hablar al poco rato, esta vez por la Radio Magallanes —del Partido Comunista—, expresando que estaba esperando el apoyo del Ejército, esto dicho de una manera en la cual dejaba ver un cierto escepticismo, dado que no se podía comunicar con sus jefes.[29]

A las 8:30 varias radios de oposición entraron en una cadena de "las Fuerzas Armadas y de Orden de Chile". Allende no quiso escucharla y fue Joan Garcés quien, según su testimonio, le hizo un resumen. Quedó claro que era una sublevación de las tres ramas, aunque puede que Allende haya acariciado la esperanza, por algún rato, de que hubiera alguna unidad que no les obedeciera. Algunos dirigentes de la Unidad Popular pensaron por el resto del día que esta era una esperanza cierta, en parte por incredulidad, pero también con su cuota de conminación irresponsable para mantener un espíritu de lucha. Allende se dirigió nuevamente al país, señalando que la situación era "crítica" y concediendo que se había sublevado la mayoría de las fuerzas armadas. Y vino su primera promesa, que no era más que lo que había estado insinuando en los tres años anteriores, "que el compañero Presidente no abandonará

[26] Patricio Quiroga (editor), *Salvador Allende. Obras escogidas (1970-1973)* (Barcelona: Crítica, 1989), p. 394.

[27] Davis, *The Last Two Years of Salvador Allende*, pp. 247-248.

[28] Salazar, *Conversaciones con Carlos Altamirano*, p. 280.

[29] Quiroga (editor), *Salvador Allende. Obras escogidas (1970-1973)*, p. 395.

a su pueblo ni su sitio de trabajo. Permaneceré aquí en La Moneda inclusive a costa de mi propia vida".[30] Ni entonces ni después mencionó ni a Pinochet ni a Leigh. Es dudoso que haya sido demasiado sorpresivo en el caso de este último, ya que era evidente que había sido aceptable como jefe por sus subordinados porque no se identificaba con la Unidad Popular. El caso de Pinochet era distinto, porque había sido recomendado por Prats y, aunque existen muchas versiones, lo más probable es que Pinochet haya dado a entender que estaba en la misma línea que su antecesor. Nadie recuerda haber hablado con Pinochet al respecto. La exclamación de Allende, "pobre Pinochet, debe estar preso", o más todavía "pobre Augusto…", haría ver una relación personal muy estrecha, si es que efectivamente son palabras de su autoría.[31]

Los hechos siguieron desencadenándose. Cuando las tanquetas de Carabineros comenzaron a retirarse, era claro que los generales del alto mando de Carabineros, que hasta el momento parecían en control de la situación, habían sido defenestrados. Y comenzaron los llamados desde el Ministerio de Defensa, en especial del vicealmirante Patricio Carvajal, para que Allende se entregara pacíficamente, prometiéndole que sería llevado al extranjero, a un país de su elección, acompañado de los colaboradores que él escogiera.[32] Seguía llegando y saliendo gente de La Moneda. Fue el momento en que tuvo esa conversación con Hernán del Canto que ha sido tan comentada. Si la conversación fue como se ha transmitido, dejaba ver una amargura por la falta de compañía del Partido Socialista, por no haberlo ayudado en su estrategia política en las últimas semanas. Habrá que insistir, sin embargo, que no se puede estar seguro de todo esto.

Mientras tanto, comenzaban a sentirse los primeros intercambios de disparos entre militares y núcleos del GAP y quizás otros francotiradores. Luego, toda la zona en torno a La Moneda era un solo tiroteo. Allende ordenó a la gente salir del palacio, al menos a todos aquellos que no supiesen manejar armas.[33] También ordenó que salieran las mujeres. Su hija Beatriz, Tati, con amor filial, resistió tenazmente a las exhortaciones de su padre, aunque finalmente abandonó La Moneda con el resto de las mujeres. El principal amor de sus últimos años, Miria Contreras, la Payita, permaneció en el palacio, en una señal de valor y lealtad.[34] Su personal ya había tomado posiciones y algunos ya estaban disparando. Todos los uniformados

---

[30] Quiroga (editor), *Salvador Allende. Obras escogidas (1970-1973)*, p. 396.

[31] Cavallo y Serrano, *Golpe,* p. 103; *La Jornada Semanal*, México, 9 de diciembre de 1990; *El Mercurio*, 10 de septiembre de 2000.

[32] Cavallo y Serrano, *Golpe*, pp. 129-130.

[33] Davis, *The Last Two Years of Salvador Allende*, pp. 256-257.

[34] Óscar Soto, *El último día de Salvador Allende* (Madrid: El País-Aguilar, 1998), p. 82.

abandonaron La Moneda, incluso aquellos que quizás estaban dispuestos a apoyarlo, pero estaba fuera de su sicología enfrentarse al resto de sus compañeros de armas. Los edecanes efectuaron un último gesto por convencer a Allende de entregar La Moneda de manera pacífica, pero este se negó nuevamente.[35]

¿Tenía alternativas? Era difícil que si se entregaba pudiera haber sido muerto, no ese día ni en esas circunstancias. La salida al extranjero era una realidad cierta en la cual los militares eran serios, a pesar de los comentarios de mal gusto de Pinochet al almirante Carvajal.[36] Por otra parte, al ser aplastada militarmente La Moneda, se enviaba una poderosa señal a toda resistencia, además de que un golpe que titubeara mucho podía en efecto hacer surgir dudas en algunas unidades o alentar una resistencia armada. Era difícil que Allende pensara con mucho detalle todas estas posibilidades. Su idea era otra.

Tanto Altamirano como Castro se lamentarían de que no haya efectuado otra resistencia militar.[37] Esa mañana Allende parece haber albergado la esperanza de que Prats pudiera ponerse al frente de alguna unidad en oposición al golpe.[38] No era una visión muy realista acerca de las condiciones en el Ejército. La idea, sin embargo, era resistir en otro sector de Santiago, lo que hubiera alargado el tiempo del combate y alimentado las posibilidades de que los alzados empezaran a tener dificultades en sus propias filas. Este es un clásico juego de voluntades en los inicios de las rebeliones. La Moneda era en realidad un mal lugar para una defensa militar.

Es casi seguro que Allende tenía su propio plan desde el comienzo. Junto a su incesante acción política de avance y negociación, el despliegue de su legendaria muñeca, también la vida del hombre de armas y la muerte heroica habían jugado un papel en su vida. No era un papel cualquiera, porque si por una parte se afincaba en una imagen que entroncaba su tradición y su familia con la historia de Chile, por la otra su vida había sido una identificación creciente con modelos de revolución radical

---

[35] Cavallo y Serrano, *Golpe,* pp. 148-150.

[36] Ante la consulta de Carvajal sobre si se mantenía la oferta original de sacar a Allende del país, Pinochet respondió: "Se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país… pero el avión se cae, viejo, cuando vaya volando". Patricia Verdugo, *Interferencia secreta. 11 de septiembre de 1973* (Santiago: Sudamericana, 1998), p. 112.

[37] Desde un punto de vista estrictamente político-militar, mirado desde el mismo "once", tenía algo de razón Altamirano cuando, en una discusión previa con Allende, le dijo al Presidente: "Pero Salvador, tu muerte es un problema personal. Pero qué pasa con la Unidad Popular, qué pasa con el proceso, qué pasa con el partido, qué pasa con el pueblo". Salazar, *Conversaciones con Carlos Altamirano*, p. 281.

[38] Cavallo y Serrano, *Golpe*, p. 114.

en su faz heroica. Las figuras de Castro, Guevara y Ho Chi Minh jugaban un papel importante en su conciencia. El Presidente Balmaceda y, lo que contaba siempre, el ejemplo de Pedro Aguirre Cerda para un levantamiento militar —el Ariostazo, 25 de agosto de 1939— se habían fundido indisolublemente con su deber hacia el horizonte de la revolución marxista, efectuada a partir de un proceso institucional, la "vía chilena".[39]

Al ser víctima de un asalto militar, salvaba la vía chilena; al enfrentarlo armas en la mano y estar premunido de la disposición a no salir con vida podía ser fiel a los modelos que veía como metas deseables, a pesar de que mantuviera otros métodos. De ahí que el suicidio de Allende haya sido un gesto político-histórico, como tanto combate militar en el cual los jefes saben que algo que va más allá de la posesión del terreno está en juego. Daba un salto para ser considerado héroe por su gente e intuía que habría todo un mundo que le rendiría homenaje; implicaba también un sacrificio personal, ya que en el exilio hubiese mantenido una cuota importante de halago y protección.[40] Frente a eso se levantaba el panorama no solo de los reproches posibles de la izquierda dentro y fuera de Chile, sino que también el recuerdo de su héroe chileno favorito, José Manuel Balmaceda. Si se entregaba, la dignidad presidencial podía verse humillada. Un Allende saliendo a tientas de La Moneda, quizás habiendo perdido los anteojos, trastabillando, esperando en una pieza, sentado en una silla, a ser trasladado a Pudahuel hubiera provocado pena, pero no la admiración y la reverencia inevitable que acompañan a la muerte cuando se la comprende en su carácter.

Es lo que está latente en las palabras finales de este político profesional, que mantuvo su acento tan especial, muchas veces origen de burlas que no carecían de alguna justicia, pero que lo acompañaron en su éxito político, al menos para el Chile que se identificaba con él. Es un rico ejemplo de la simbiosis entre su estilo personal y la retórica de la izquierda chilena:

> Seguramente, esta será la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Portales y Radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura, sino decepción y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieran: soldados de Chile, comandantes en jefe titulares y el almirante Merino, que se ha autodesignado, más el señor Mendoza, general rastrero que solo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al Gobierno, también se ha denominado Director General de Carabineros. Ante estos hechos solo me cabe decirle a los trabajadores: ¡Yo no voy a renunciar!

[39] Carlos Jorquera, *El Chicho Allende* (Santiago: BAT, 1990), pp. 57, 59; González, *El día que murió Allende,* pp. 190, 221-224.

[40] Tomás Moulian, *Conversación interrumpida con Allende* (Santiago: LOM, 1998), pp. 26-30.

Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

Trabajadores de mi patria: quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que solo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra de que respetaría la Constitución y la ley, y así lo hizo. En este momento, definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes, quiero que aprovechen la lección: el capital foráneo, el imperialismo, unido a la reacción creó el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que les enseñara Schneider y que reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas esperando con mano ajena, reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios.

Me dirijo sobre todo a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la obrera que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños. Me dirijo a los profesionales de la patria, a los profesionales patriotas, a los que hace días estuvieron trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clase para defender también las ventajas que la sociedad capitalista les dio a unos pocos.

Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron, que entregaron su alegría y su espíritu de lucha. Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente; en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando la línea férrea, destruyendo los oleoductos y los gasoductos, frente al silencio de quienes tenían la obligación de proceder. Estaban comprometidos. La historia los juzgará.

Seguramente Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa. Lo seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes. Por lo menos mi recuerdo será de un hombre digno que fue leal a la lealtad de los trabajadores.

El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse.

Trabajadores de mi patria, tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse. Sigan ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde de nuevo abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores!

Estas son mis últimas palabras y tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que por lo menos será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.[41]

---

[41] El audio del discurso está disponible en el sitio web de recursos multimedia Archive.org. <http://archive.org/details/UltimoDiscursoSalvadorAllende>, visitado el 2 de mayo de 2013. Una transcripción del discurso, con varias imprecisiones, en Quiroga (editor), *Salvador Allende. Obras escogidas (1970-1973)*, pp. 396-398.

En su idea de batalla justa y de reconocimiento de una derrota que era final para él, aunque no necesariamente para el propósito último, Allende fue parco en utilizar un lenguaje constreñido por el vocabulario de la izquierda marxista. Colocó sus últimas palabras en una dimensión que podía ir más allá de la definición ideológica de las circunstancias. De esta manera, las liberó de una atadura que con el tiempo solo hubiera podido ser asimilada por un espíritu de secta. Por el contrario, las haría comprensibles para diversos públicos y varias generaciones futuras. El proceso que encabezó había sido detenido y quedó inconcluso, quizás para siempre. En cambio, el acto de tonalidades heroicas, como ha sido siempre en la historia humana, se constituía en una apelación de futuro que, aunque Allende no lo podía adivinar, iba a ser debilitada extraordinariamente en las décadas siguientes si se la interpretaba exclusivamente desde la perspectiva del marxismo.

El último acto del desenlace estuvo marcado por una atmósfera de tragedia. El bombardeo mismo, que destruyó gran parte de La Moneda, curiosamente no provocó la muerte de nadie. Allende y su gente, unas cuarenta personas, se agazaparon como podían en habitaciones subterráneas, que abundaban en el palacio. Aunque afectados por el humo y los gases, pudieron después abrirse paso y tener una idea de lo que sucedía y de la tragedia que se desencadenaba. Un hecho singular dentro de ella fue el suicidio de Augusto Olivares Becerra, periodista de izquierda, amigo de Allende, mano derecha en algunos sentidos.[42] Se tomó la decisión de que el grupo se rindiera. Allende los hizo salir a todos antes que él. Algunos de ellos encontrarían horrible muerte en los días siguientes por haber pertenecido o haber sido sospechosos de pertenecer a los grupos de seguridad. Allende les dijo que saldría al final. Según los testimonios, mantuvo la serenidad y la capacidad de dar órdenes. Se retiró, sin que los otros lo percibieran, al Salón Independencia y, tal cual como lo había hablado con algunos médicos, para no fallar, colocó en su barbilla la metralleta que le regalara Fidel Castro, con el cañón boca arriba. Debe haber necesitado un pequeño movimiento en el gatillo y se descargaron dos tiros que le provocaron una muerte instantánea.[43]

Todo esto sucedía poco después de las 14:00 horas. En los alrededores de La Moneda el tiroteo comenzaría a menguar. Eran dominados los focos de resistencia, el principal de ellos en el Banco del Estado, donde estaba el grupo más potente de los GAP, quienes se las ingeniaron para poder abandonar el edificio. Durante la tarde y la noche seguirían escuchándose intermitentemente disparos en el centro de Santiago,

[42] Soto, *El último día de Salvador Allende,* p. 87.

[43] Cavallo y Serrano, *Golpe,* pp. 192-193.

si bien la resistencia era muy escasa. Donde hubo una verdadera batalla fue en el sector sur de Santiago, en la zona de San Joaquín, cerca del temido Cordón Vicuña Mackenna, en una serie de industrias donde estaba la plana mayor de la izquierda y los grupos más aguerridos, con armamento relativamente pesado para el combate urbano.[44] Este y el número de gente que había, unos pocos centenares de combatientes que luego fueron raleando, fueron muchos menos que lo antes imaginado por partidarios y adversarios. De todas maneras, ya había sido derrocado el gobierno de la Unidad Popular. En el resto del país hubo solo pequeños tiroteos esporádicos en uno que otro lugar. Al actuar las fuerzas armadas al unísono, no había posibilidad alguna de resistencia significativa en el combate regular.

Es probable que Allende supiera desde muy temprano que no había tal posibilidad. Como se ha dicho, los planes de combate de la Unidad Popular suponían la división entre las fuerzas armadas mismas. Al haberse aventado esta posibilidad y al no tratar Allende de buscar una alternativa de batalla, aunque fuese casi imposible, el desenlace tenía que ser muy rápido, y así lo fue. La batalla retórica, sin embargo, tuvo un decurso distinto. Aunque ese y los días siguientes es probable que una mayoría de los chilenos hayan estado entre alborozados y aliviados, en el largo plazo de la historia contemporánea hubo *un* triunfo simbólico que perteneció a Salvador Allende. Sucedió por su muerte trágica en circunstancias de ardorosa polarización, por un cierto respeto que incluso el suicidio puede evocar. Sucedió asimismo en gran medida por la repercusión internacional que tuvo la aparición de la llamada "experiencia chilena", lo que finalmente rebotaba en Chile, incluyendo la idealización de Allende como personaje histórico, si bien esto no tendría por qué determinar el curso de la historia de Chile en las décadas siguientes.

Allende no se equivocaba al escoger La Moneda como el escenario final. En un país en donde la tradición viva no es demasiado profunda, el cargo de Presidente y el palacio mantienen todavía una cierta aura de sublimación. Allende, no sin algún grado de sacrificio, jugó la carta de la legitimación histórica en vista del derrumbe del proceso. Propinaba otro golpe también.[45] Sobre el cadáver de un Presidente, por más que una parte del país anhelaba sustraerle el título, era muy difícil establecer una continuidad institucional que reviviera la democracia chilena clásica. Solo restaba, según este supuesto, una especie de contrarrevolución violenta, sin capacidad

[44] Cavallo y Serrano, *Golpe,* pp. 172-177; Mario Garcés, *El golpe en La Legua: los caminos de la historia y la memoria* (Santiago: LOM, 2005).

[45] En este punto, en cierta medida, concordamos con Joan Garcés, *Allende y la experiencia chilena,* pp. 396-ss.

creativa. Para más de un actor esto sería una apuesta de envergadura. De esta manera, Allende podía confirmar lo que había sido un elemento esencial de su mundo de ideas y sentimientos políticos: la izquierda que encabezaba él era el único sentido de democracia que podía haber, que el proceso era irreversible, que no se podía regresar simplemente a 1970. La democracia chilena, desde esta perspectiva, era lo que iba siendo a medida que se desarrollaba, es decir, a medida que fuera personificada por el tipo de fórmula política que había representado Salvador Allende y en la medida en que hubiera un período de transición hacia la sociedad socialista tal como él y los suyos la habían visto en muchas partes del mundo.



# Fuentes y bibliografía

Como se dice en el Prólogo, la literatura sobre la Unidad Popular llega a ser inabarcable. No se ha pretendido efectuar una revisión completa de la misma, lo que estaría fuera del objetivo del libro. Con todo, creemos haber transmitido una idea de su vastedad en las referencias que se han efectuado. En la búsqueda de las fuentes, fundamentalmente de la prensa escrita, han sido de gran utilidad tres formidables colecciones ya publicadas. La primera es la de un temprano y notable esfuerzo dirigido por Manuel Antonio Garretón y un equipo compuesto por Cristián Cox, Eugenio Hola, Leopoldo Benavides, Eduardo Morales y Diego Portales, *Chile. Cronología del período 1970-1973* (Santiago: FLACSO, 1978) en siete tomos, algunos en dos volúmenes. La segunda es la recopilación realizada por Miguel González Pino, Arturo Fontaine Talavera (editores), Claudia Cardenas y Carlos Kuncar (colaboradores) en *Los Mil Días de Allende* (Santiago: Centro de Estudios Públicos, 1997), presentada en dos tomos. La tercera colección es la de Víctor Farías, *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica* (Berlín: Wissenschaftlicher Verlag Berlin; Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2000), publicada en seis tomos y un anexo.

## Archivos

Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile (ARREE).

Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes (PAAA). Documentos del archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Federal de Alemania.

BA: Stiftung Archiv der Parteien und Massenorganization der DDR-BArch (SAPMO). Archivo de la documentación del partido y de organizaciones estatales de la República Democrática Alemana. En las notas están citados a partir de "BA, DY…" Todas estas referencias se suponen precedidas por la sigla "SAPMO-BArch".

National Archives: Archivo con el material del gobierno federal de Estados Unidos. Las citas contienen todos los datos relevantes.

PRO, FO: Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña, citado ocasionalmente.

Richard Nixon Presidential Library, citado ocasionalmente.

Archivo Casa Museo Eduardo Frei Montalva, citado ocasionalmente.

## Recopilaciones de documentos, discursos y otras fuentes primarias

*Antecedentes histórico-jurídicos: años 1972-1973* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1980).

Arnello, Mario (compilador), *Proceso a una democracia: el pensamiento político de Jorge Prat* (Santiago: s.d.).

Centro de Estudios Miguel Enríquez, *Miguel Enríquez (1944-1974), páginas de historia y lucha* (Suecia: CEME, 1999).

*Chile 1971: habla Fidel Castro* (Santiago: Universitaria, 1971).

Corvalán Lépez, Luis, *Camino de victoria* (Santiago: Horizonte, 1971).

Devés, Eduardo y Carlos Díaz (compiladores), *El pensamiento socialista en Chile. Antología 1893-1933* (Santiago: América Latina Libros, 1987).

*Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*.

*Diario de Sesiones del Senado*.

*Documentos secretos de la ITT* (Santiago: Quimantú, 1972).

Donoso Pacheco, Jorge (compilador), *Tomic: testimonios* (Santiago: Emisión, 1988).

Echeverría, Andrés y Luis Frei (compiladores), *1970-1973: la lucha por la juridicidad en Chile*, 3 tomos (Santiago: Editorial del Pacífico, 1974).

Gazmuri, Cristián (editor), *El Chile del Centenario, los ensayistas de la crisis* (Santiago: Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile, 2001).

Maldonado, Raúl (compilador), *Pedro Vuskovic Bravo, 1924-1993, Obras escogidas sobre Chile, 1964-1992* (Santiago: Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, 1993).

Martner, Gonzalo (compilador), *Salvador Allende. Obras escogidas, Período 1939-1973* (Santiago: Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, 1992).

Modak, Frida (coordinadora), *Salvador Allende. Pensamiento y acción* (Buenos Aires: Clacso, 2008).

Naranjo, Pedro, Mauricio Ahumada, Mario Garcés y Julio Pinto (editores), *Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile: Discursos y documentos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR* (Santiago: LOM, 2004).

Oviedo Cavada, Carlos (compilador), *Documentos del episcopado. Chile 1970-1973* (Santiago: Ediciones Mundo, 1974).

Pereda, Guaraní (compilador), *Clodomiro Almeyda. Obras escogidas, 1947-1992* (Santiago: Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, 1992).

Pinochet de la Barra, Oscar (selección y notas), *El pensamiento de Eduardo Frei* (Santiago: Aconcagua, s/f).

_____ (selección y prólogo), *Eduardo Frei Montalva, 1911-1982. Obras escogidas, 1931-1982* (Santiago: Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, 1993).

Quezada Vergara, Abraham (selección, estudio preliminar y notas), *Pablo Neruda-Claudio Véliz: correspondencia en el camino al Premio Nobel, 1963-1970* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2011).

Quiroga, Patricio (compilador), *Salvador Allende. Obras escogidas 1933-1948*, vol. 1 (Concepción: Instituto de Estudios Contemporáneos, Ediciones Literatura Americana Reunida, 1988).

_____ (editor), *Salvador Allende. Obras escogidas (1970-1973)* (Barcelona: Crítica, 1989).

*Salvador Allende, Su pensamiento político* (Santiago: Quimantú, 1972).

## Diarios, revistas de noticias y otras publicaciones periódicas

*Arauco*.
*Chile Hoy*.
*Clarín*.
*El Mercurio*.
*El Siglo*.
*Ercilla*.
*La Nación*.
*La Prensa*.
*La Segunda*.
*La Tercera*.
*Mensaje*.
*Política y Espíritu*.
*Principios*.
*Punto Final*.
*Puro Chile*.
*Qué Pasa*.
*Topaze*.
*Tribuna*.
*Última Hora*.

## Libros, artículos y otras fuentes publicadas

Agnic, Ozren, *Allende, el hombre y el político: memorias de un secretario privado* (Santiago: Red Internacional del Libro, 2008).

Ahumada, Jorge, *En vez de la miseria* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1958).

Alburquerque, Germán, *La trinchera letrada. Intelectuales latinoamericanos y Guerra Fría* (Santiago: Ariadna Ediciones, 2011).

Alegría, Román, *Entre dos generales: la historia política miliquera de Chile, según como pasó por el divertido Clarín* (Santiago: s.d., 1989).

*Alessandri volverá. Por qué volverá*, folleto (s.d., 1970).

Allende, Salvador, *La realidad médico-social chilena (síntesis)* (Santiago: Ministerio de Salubridad, Previsión y Asistencia Social, 1939).

_____ *Nuestro camino al socialismo: la vía chilena* (Buenos Aires: Ediciones Papiro, 1971).

_____ *Un estado democrático y soberano: mi propuesta a los chilenos. Texto póstumo* (España: Centro de Estudios Políticos Simón Bolívar, 1993).

_____ *Higiene mental y delincuencia* (Santiago: ChileAmérica-CESOC, 2005).

Almeyda, Clodomiro, *Pensando a Chile* (Santiago: Terranova, 1986).

_____ *Reencuentro con mi vida* (Santiago: Ediciones del Ornitorrinco, 1987).

Althusser, Louis, *La revolución teórica de Marx* (México D.F.: Siglo XXI, 1967; original en francés, 1965).

_____ *Para leer El Capital* (México D.F.: Siglo XXI, 1969; original en francés, 1965).

Álvarez Vallejos, Rolando, "La matanza de Coruña", *Contribuciones Científicas y Tecnológicas, Área Cs. Sociales y Humanidades*, Universidad de Santiago de Chile, Nº 116, nov. 1997, pp. 77-108.

*Amereida* (Santiago: Editorial Cooperativa Lambda, 1967).

Amor de la Patria, José, *Catesismo político christiano. Dispuesto para la instrucción de la juventud de los pueblos libres de la América meridional* (Santiago: 1810).

Amorós, Mario, *Antonio Llidó, un sacerdote revolucionario* (Valparaíso: Ed. PUV, 2007).

Andrew, Christopher y Vasili Mitrokhin, *The World Was Going Our Way: the KGB and the Battle for the Third World* (New York: Basic Books, 2005).

Angell, Alan, *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile* (México D. F.: Era, 1974; original en inglés, 1972).

_____ *Chile de Alessandri a Pinochet: en busca de la utopía* (Santiago: Andrés Bello, 1993).

Arancibia Clavel, Patricia, *Conversando con Roberto Kelly V. Recuerdos de una vida* (Santiago: Editorial Biblioteca Americana, 2005).

_____ *Cita con la historia* (Santiago: Biblioteca Americana, 2006).

Arancibia Clavel, Patricia, Claudia Arancibia Floody, Isabel de la Maza Cave, *Jarpa: confesiones políticas* (Santiago: La Tercera-Mondadori, 2002).

Arancibia Clavel, Patricia, María de los Ángeles Aylwin Ramírez, Soledad Reyes del Villar, *Los hechos de violencia en Chile: del discurso a la acción* (Santiago: Libertad y Desarrollo, Universidad Finis Terrae, 2003).

Arancibia Clavel, Patricia, y Francisco Balart Páez, *Sergio de Castro. El arquitecto del modelo económico chileno* (Santiago: Biblioteca Americana, 2007).

Arias, Osvaldo, *La prensa obrera en Chile: 1900-1930* (Chillán: Universidad de Chile-Chillán, 1970).

Armstrong, Alberto y Rafael Águila, *Evolución del conflicto laboral en Chile, 1961-2002* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2006).

Aron, Raymond, *Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial* (Barcelona: Seix Barral, 1965; original en francés, 1962).

Aron, Raymond, *L'opium des intelectuels* (París: Hachette, 2002; original en francés, 1955).

Arriagada, Genaro, *De la vía chilena a la vía insurreccional* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1974).

_____ *El pensamiento político de los militares* (Santiago: CISEC, 1981).

Avendaño, Daniel, *El rebelde de la burguesía: la historia de Miguel Enríquez* (Santiago: CESOC, 2001).

Aylwin, Patricio, *El Reencuentro de los demócratas: del Golpe al Triunfo del No* (Santiago: Ediciones B, 1998).

Baltra Cortés, Alberto, *Tres países del mundo socialista: la Unión Soviética, la Democracia Popular Alemana, Yugoeslavia* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1962).

_____ *Otro camino para Chile* (Santiago: Universitaria, 1966).

Bardón, Álvaro, *Una experiencia económica fallida: crónicas sobre el Gobierno de la Unidad Popular* (Santiago: Universidad Finis Terrae, 1993).

Barnard, Andrew, "Chilean Communists, Radical Presidents and Chilean Relations with the United States, 1940-1947," *Journal of Latin American Studies*, Vol. 13, No. 2 (Nov. 1981), pp. 347-374.

_____ "El Partido Comunista de Chile y las políticas del Tercer Período (1931-1934)", *Nueva Historia*, año 2, No. 8, abril-diciembre 1983, pp. 211-250.

Barr-Melej, Patrick, "Hippismo a la chilena: juventud y heterodoxia cultural en un contexto transnacional (1970-1973)", en Fernando Purcell y Alfredo Riquelme (editores), *Ampliando Miradas. Chile y Su Historia en un Tiempo Global* (Santiago: RIL, 2009), pp. 305-325.

Barros, Carmen y Patricio Chaparro, "La campaña de las elecciones parlamentarias de marzo 1973, Chile: un estudio de caso" (Santiago: Documento de trabajo, Instituto de Ciencia Política de la Universidad Católica, 1974).

Basso, Lelio y otros, *Transición al socialismo y experiencia chilena* (Santiago: CESO, CEREN, 1972).

Bastías Rebolledo, Julián, *Memorias de la lucha campesina. Cristiano, mestizo y tomador de fundos* (Santiago: LOM, 2009).

Bauer, Arnold J., *La sociedad rural chilena: desde la conquista española a nuestros días* (Santiago: Andrés Bello, 1994; original en inglés, 1975).

Bellisario, Antonio, "The Chilean Agrarian Transformation: The Pre-Agrarian Reform Period (1955-1965)", *Journal of Agrarian Change*, Vol. 6, No. 2, abril de 2006, pp. 167-204.

Bello, Juan, "Don Bernardo O´Higgins", en Narciso Desmadryl y Hermógenes de Irisarri (editores), *Galería nacional o colección de biografías i retratos de hombres celebres de Chile* (Santiago: Imprenta Chilena, 1854).

Bengoa, José, *Historia de un conflicto: el Estado y los mapuches en el siglo XX* (Santiago: Planeta/ Ariel, 1999).

Berlin, Isaiah, *Karl Marx* (New York, Oxford: Oxford University Press, 1996; original, 1939).

Bernedo, Patricio, "La prensa escrita durante la Unidad Popular y la destrucción del régimen democrático", en Claudio Rolle (coordinador), *1973. La vida cotidiana de un año crucial* (Santiago: Planeta, 2003).

Bernstein Carabantes, Enrique, *Recuerdos de un diplomático. Embajador ante De Gaulle 1965-1970. Volumen III* (Santiago: Andrés Bello, 1987).

Bitar, Sergio, *Transición, socialismo y democracia: la experiencia chilena* (México D.F.: Siglo XXI, 1979).

_____ *La caída de Allende y la huelga de El Teniente: lecciones de historia* (Santiago: Ediciones del Ornitorrinco, 1989).

_____ *Chile 1970-1973: asumir la historia para construir el futuro* (Santiago: Pehuén, 1995).

Blakemore, Harold, *Gobierno chileno y salitre inglés 1886-1896: Balmaceda y North* (Santiago: Andrés Bello, 1977; original en inglés, 1974).

Blasier, Cole, "Soviet Impacts on Latin America," *Russian History*, 29, Nos. 2-4, (Summer-Fall-Winter 2002), pp. 481-497.

Bobbio, Norberto, *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política* (Madrid: Taurus, 1995; original en italiano, 1994).

Boeninger, Edgardo, *Democracia en Chile. Lecciones para su gobernabilidad* (Santiago: Andrés Bello, 1997).

Bohning, Don, *The Castro Obsession: U.S. Covert Operations against Cuba, 1959-1965* (Washington D.C.: Potomac Books, 2005).

Boorstein, Edward, *An inside view: Allende´s Chile* (New York: International Publishers, 1978).

Brahm García, Enrique "La impronta prusiana de la Academia de Guerra del Ejército (1885-1914)", en Alejandro San Francisco (editor), *La Academia de Guerra del Ejército*

*de Chile, 1886-2006: ciento veinte años de historia* (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2006), pp. 3-26.

_____ *Mariano Egaña: derecho y política en la fundación de la República Conservadora* (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2007).

Brands, Hal, "Richard Nixon and Economic Nationalism in Latin America: The Problem of Expropriations, 1969-1974," *Diplomacy & Statecraft*, 18, 2007, pp. 215-235.

_____ "Economic Development and the Contours of U.S. Foreign Policy: The Nixon Administration's Approach to Latin America, 1969-1974," *Peace & Change*, Vol. 33, No. 2, 2008, pp. 243-273.

_____ *Latin America's Cold War* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2010).

_____ "The United States and the Peruvian Challenge, 1968-1975," *Diplomacy & Statecraft*, 21, 2010, pp. 471-490.

Bravo Valdivieso, Germán, *La infiltración en la Armada, 1973. La historia de un motín abortado* (Valparaíso: RIL Editores, 2010).

Brown, Archie, *The Rise and Fall of Communism* (Londres: HarperCollins, 2009).

Buchrucker, Cristián, *Nacionalismo y peronismo: la Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)* (Buenos Aires: Sudamericana, 1987).

Camacho, Fernando, "Los asilados de las Embajadas de Europa Occidental en Chile tras el golpe militar y sus consecuencias diplomáticas: El caso de Suecia", *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 81, October 2006, pp. 21-41.

Camus, Albert, *El mito de Sísifo* (Buenos Aires: Losada, 1996; original en francés, 1942).

Carrasco Delgado, Sergio, *Cartas del Presidente Jorge Alessandri con los Embajadores en la Santa Sede (1959-1964)* (Santiago: Pehuén, 1994).

_____ "El autoritarismo en Chile republicano", *Anales del Instituto de Chile*, vol. XXIX, 2010, pp. 311-332.

Casals, Marcelo, *El alba de una revolución: la izquierda y el proceso de construcción estratégica de la "vía chilena al socialismo" 1956-1970* (Santiago: LOM, 2010).

Castells, Manuel, *La lucha política de clases y la democracia burguesa en Chile* (Santiago: Centro de Desarrollo Urbano y Regional, Universidad Católica de Chile, 1972).

_____ "Movimiento de pobladores y lucha de clases en Chile", *Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos Regionales* (EURE), vol. III, abril 1973, N° 7, pp. 9-35.

Castillo, Carmen, *Un día de octubre en Santiago* (Santiago: LOM, 1999).

Cavallo, Ascanio, *Memorias. Cardenal Raúl Silva Henríquez*, 3 tomos (Santiago: Copygraph, 1991).

Cavallo, Ascanio y Margarita Serrano, *Golpe. 11 de septiembre de 1973* (Santiago: Aguilar, 2003).

_____ *El poder de la paradoja: 14 lecciones políticas de la vida de Patricio Aylwin* (Santiago: Norma, 2006).

Cavieres, Eduardo, *Comercio chileno y comerciantes ingleses 1820-1880: un ciclo de historia económica* (Valparaíso: Universidad Católica de Valparaíso, 1988).

Central Única de Trabajadores de Chile, *Normas básicas de participación de los trabajadores en la dirección de las empresas de las áreas social y mixta* (Santiago: Departamento de Educación y Cultura CUT, 1971).

Chamudes, Marcos, *El libro blanco de mi leyenda negra* (Santiago: Ediciones PEC, 1964).

_____ *Chile, una advertencia americana: semimemorias de un periodista chileno que durante 40 años fue actor y testigo de la vida política de su país* (Santiago: Ediciones PEC, 1972).

Charlín, Carlos, *Del avión rojo a la República Socialista* (Santiago: Quimantú, 1972).

Chonchol, Jacques, *Elementos para una discusión sobre el camino chileno al socialismo* y Julio Silva Solar, *Construcción pluralista del socialismo: colaboración de marxistas y cristianos* (Santiago: Ediciones Acción y Diálogo, 1970).

Cofré Schmeisser, Boris, *Campamento Nueva La Habana. El MIR y el movimiento de pobladores 1970-1973* (Santiago: Ediciones Escaparate, 2007).

Cohn, Norman, *En pos del milenio. Revolucionarios, milenaristas y anarquistas míticos de la Edad Media* (Barcelona: Barral, 1972; original en inglés, 1957).

Collier, Simon, *Ideas y política de la independencia chilena, 1808-1833* (Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2012; original en inglés, 1967).

_____ *Chile: la construcción de una república 1830-1865: política e ideas* (Santiago: Universidad Católica de Chile, 2005; original en inglés, 2003).

Concha, Malaquías, *El programa de la democracia* (Santiago: Imprenta de "El siglo XX", 1905; primera edición, 1894).

Connelly, Matthew, *A Diplomatic Revolution: Algeria's Fight for Independence and the Origins of the Post-Cold War Era* (Oxford y New York: Oxford University Press, 2003).

Contardo, Óscar, *Siútico. Arribismo, abajismo y vida social en Chile* (Santiago: Vergara, 2008).

Correa Sutil, Sofía, *Con las riendas del poder: la derecha chilena en el siglo XX* (Santiago: Sudamericana, 2004).

Correa, Sofía y otros, *Historia del siglo XX chileno: balance paradojal* (Santiago: Sudamericana, 2001).

Corvalán Lépez, Luis, *De lo vivido y lo peleado. Memorias* (Santiago: LOM, 1997).

_____ *El Gobierno de Salvador Allende* (Santiago: LOM, 2003).

Corvalán Marquéz, Luis, *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre. Contribución al estudio del contexto histórico* (Santiago: Editorial Universidad Bolivariana, 2004; original, 2000).

_____ *La secreta obscenidad de la historia de Chile contemporáneo: lo que dicen los documentos norteamericanos y otras fuentes documentales, 1962-1976* (Santiago: Ceibo, 2012).

Couyoumdjian, Juan Pablo (editor), *Reformas económicas e instituciones políticas: la experiencia de la Misión Klein-Saks en Chile* (Santiago: Universidad el Desarrollo, 2011).

Covarrubias, María Teresa, *1938, la rebelión de los jóvenes: Partido Conservador y Falange Nacional* (Santiago: Aconcagua, 1987).

Cristi, Renato, *El pensamiento político de Jaime Guzmán: autoridad y libertad* (Santiago: LOM, 2000).

Cruzat, Ximena, Ana Tironi, "El pensamiento frente a la cuestión social en Chile", en Eduardo Devés, Javier Pinedo y Rafael Sagredo (compiladores), *El pensamiento chileno en el siglo XX* (Santiago: Ministerio Secretaría General de Gobierno, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Fondo de Cultura Económica, 1999), pp. 127-154.

Cruz-Coke, Ricardo, *Historia electoral de Chile, 1925-1973* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1984).

Davis, Nathaniel, *The Last Two Years of Salvador Allende* (Ithaca, New York: Cornell University Press, 1985).

De Onís, Juan y Jerome Levinson, *The Alliance that Lost Its Way: a Critical Report on the Alliance for Progress* (Chicago: Quadrangle Books, 1970).

De Vylder, Stefan, *Allende's Chile: The Political Economy of the Rise and Fall of the Unidad Popular* (Cambridge, Gran Bretaña: Cambridge University Press, 1976).

Del Pozo, José, *Rebeldes, reformistas y revolucionarios: una historia oral de la izquierda chilena en la época de la Unidad Popular* (Santiago: Documentas, 1992).

DeShazo, Peter, *Urban Workers and Labor Unions in Chile, 1902-1927* (Madison, Wisconsin: The University of Wisconsin Press, 1983).

Devés, Eduardo, *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre: Escuela Santa María de Iquique, 1907* (Santiago: LOM, 1997).

_____ *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo II: Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)* (Buenos Aires: Biblos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003).

*Diccionario Biográfico de Chile, undécima edición* (Santiago: Empresa Periodística de Chile, 1959-1961).

Donoso Loero, Teresa, *Epopeya de las ollas vacías* (Santiago: Gabriela Mistral, 1974).

Dooner, Patricio, *Crónica de una democracia cansada: el Partido Demócrata Cristiano durante el Gobierno de Allende* (Santiago: Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1985).

_____ *Periodismo y política: la prensa política en Chile 1970-1973* (Santiago: Editorial Andante, 1989).

Drake, Paul W. *Socialismo y populismo: Chile 1936-1973* (Valparaíso: Instituto de Historia Universidad Católica de Valparaíso, 1992; original en inglés, 1978).

_____ *The Money Doctors in the Andes: the Kemmerer Missions, 1923-1933* (Durham: Duke University Press, 1989).

_____ *Between Tyranny and Anarchy: A History of Democracy in Latin America, 1800-2006* (Stanford: Stanford University Press, 2009).

Durán Gutiérrez, Senén, *Holocausto en la oficina salitrera Coruña: la olvidada matanza de obreros y sus familias* (Iquique: Oñate Impresores, 2011).

Durán Sergio y Joaquín Fermandois, "La Corporación de Fomento y Reconstrucción en Chile como el espíritu de la economía política de una época 1939-1970", en Marcelo Rougier (compilador), *La banca de desarrollo en América Latina. Luces y sombras en la industrialización de la región* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011).

Eastman, Jorge Mario, *De Allende y Pinochet al "milagro" chileno* (Santafé de Bogotá: Ariel, 1997).

Edwards, Alberto, *La fronda aristocrática en Chile* (Santiago: Imprenta Nacional, 1928).

Edwards, Jorge, *Persona non grata* (Barcelona: Grijalbo, 1976; original, 1973).

_____ *Persona non grata*, versión completa (Barcelona: Seix Barral, 1982).

_____ *Adiós, poeta…* (Santiago: Tusquets Editores, 1990).

*El Programa de gobierno de Tomic: sin justicia para todos no hay seguridad para nadie* (Santiago: s.d., 1970).

Emmerling, Inga, *Die DDR und Chile. Aussenpolitik, Ausenhandel und Solidarität (1960-1989)* (Berlín: Ch. Links Verlag, 2013).

Encina, Francisco, *Nuestra inferioridad económica* (Santiago: Universitaria, 1986; original, 1911).

_____ *Historia de Chile: Desde la prehistoria hasta 1891*. Novena parte (Santiago: Nascimento, 1970).

Engels, Friedrich, "Zur Kritik des sozialdemokratischen Programmentwurfs 1891", en Karl Marx, Friedrich Engels, *Werke* (Berlín: Dietz Verlag, 1972), vol. 22, 3.

*ENU, el control de las conciencias. Informe crítico preparado por FEUC* (Santiago: FEUC, 1973).

Espinoza, Juan G. y Andrew Zimbalist, *Democracia económica: la participación de los trabajadores en la industria chilena, 1970-1973* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1978).

Etchepare, Jaime y Mario Valdés, *El naranjazo y sus repercusiones en la elección presidencial de 1964* (Santiago: Universidad de Chile, Instituto de Ciencias Políticas, 1985).

Eyzaguirre, Jaime, *O´Higgins* (Santiago: Zig-Zag, 1946).

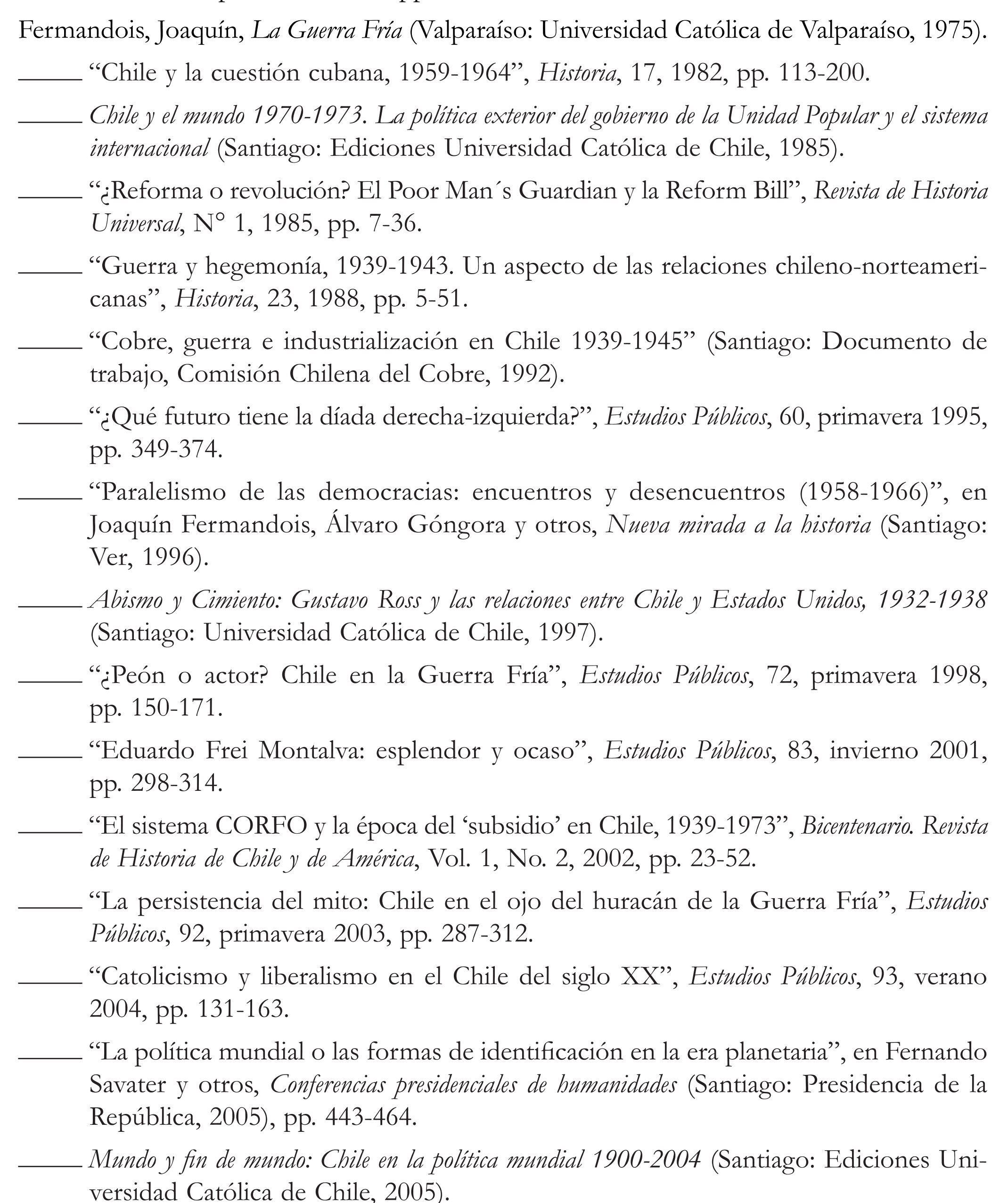
Falcoff, Mark, *Modern Chile, 1970-1989: A Critical History* (New Brunswick, New Jersey: Transaction Books, 1989).

_____ "Kissinger and Chile: the Myth that Will Not Die," *Commentary*, November 2003, Vol. 116, Issue 4, p. 41-49.

Farber, Samuel, *The Origins of the Cuban Revolution Reconsidered* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2006).

Farías, Víctor, *Salvador Allende: antisemitismo y eutanasia* (Santiago: Maye, 2005).

_____ *Salvador Allende: el fin de un mito* (Santiago: Maye, 2007).



Faúndez, Julio, *Izquierdas y democracia en Chile, 1932-1973* (Santiago: BAT, 1992; original en inglés, 1988).

Fediakova, Eugenia y Olga Ulianova, "Algunos aspectos de la ayuda financiera del Partido Comunista de la URSS al comunismo chileno durante la Guerra Fría", *Estudios Públicos*, 72, primavera 1998, pp. 113-148.

Fermandois, Joaquín, *La Guerra Fría* (Valparaíso: Universidad Católica de Valparaíso, 1975).

______ "Chile y la cuestión cubana, 1959-1964", *Historia*, 17, 1982, pp. 113-200.

______ *Chile y el mundo 1970-1973. La política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985).

______ "¿Reforma o revolución? El Poor Man´s Guardian y la Reform Bill", *Revista de Historia Universal*, N° 1, 1985, pp. 7-36.

______ "Guerra y hegemonía, 1939-1943. Un aspecto de las relaciones chileno-norteamericanas", *Historia*, 23, 1988, pp. 5-51.

______ "Cobre, guerra e industrialización en Chile 1939-1945" (Santiago: Documento de trabajo, Comisión Chilena del Cobre, 1992).

______ "¿Qué futuro tiene la díada derecha-izquierda?", *Estudios Públicos*, 60, primavera 1995, pp. 349-374.

______ "Paralelismo de las democracias: encuentros y desencuentros (1958-1966)", en Joaquín Fermandois, Álvaro Góngora y otros, *Nueva mirada a la historia* (Santiago: Ver, 1996).

______ *Abismo y Cimiento: Gustavo Ross y las relaciones entre Chile y Estados Unidos, 1932-1938* (Santiago: Universidad Católica de Chile, 1997).

______ "¿Peón o actor? Chile en la Guerra Fría", *Estudios Públicos*, 72, primavera 1998, pp. 150-171.

______ "Eduardo Frei Montalva: esplendor y ocaso", *Estudios Públicos*, 83, invierno 2001, pp. 298-314.

______ "El sistema CORFO y la época del 'subsidio' en Chile, 1939-1973", *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y de América*, Vol. 1, No. 2, 2002, pp. 23-52.

______ "La persistencia del mito: Chile en el ojo del huracán de la Guerra Fría", *Estudios Públicos*, 92, primavera 2003, pp. 287-312.

______ "Catolicismo y liberalismo en el Chile del siglo XX", *Estudios Públicos*, 93, verano 2004, pp. 131-163.

______ "La política mundial o las formas de identificación en la era planetaria", en Fernando Savater y otros, *Conferencias presidenciales de humanidades* (Santiago: Presidencia de la República, 2005), pp. 443-464.

______ *Mundo y fin de mundo: Chile en la política mundial 1900-2004* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2005).

_____ "La crisis y el sentido de la política moderna", *Intus-Legere Historia*, 1, ½, 2007, pp. 231-236.

_____ "Del malestar al entusiasmo: la reacción de Bonn ante el gobierno de la Unidad Popular 1970-1973", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, 117, 2008.

_____ "The Hero on the Latin American Scene," en Christian Nuenlist, Anna Locher, Garret Martin (editores), *Globalizing de Gaulle. International Perspectives on French Foreign Policies*, 1958-1969 (Lanham: Rowman & Littlefield Publishers Inc., 2010).

_____ "Lo de dentro es también lo de afuera: Bicentenario de las relaciones internacionales", en Andrés Medina, Mauricio Rubilar, Manuel Gutiérrez (editores), *España y América: dos miradas una historia: los Bicentenarios de las Independencias y los procesos de integración* (Concepción: Universidad Católica de la Santísima Concepción, 2011).

Fermandois, Joaquín, Arturo Fontaine Talavera, "El embajador Edward M. Korry en el CEP (entrevista)", *Estudios Públicos*, 72, primavera 1998.

Fermandois, Joaquín y Macarena Carrió, "Europa Occidental y el desarrollo chileno 1945-1975", *Historia*, 36, 2003, pp. 7-60.

Fermandois, Joaquín y Michelle León, "¿Antinomia entre democracia y gobierno militar? Chile y Argentina en el momento de incertidumbre (1955-1973)", en Pablo Lacoste (compilador), *Argentina y sus vecinos* (Mendoza: Caviar Bleu, 2005), volumen 2.

Fermandois, Joaquín, Jimena Bustos y María José Schneuer, *Historia política del cobre 1945-2008* (Santiago: Bicentenario, 2009).

Fernández, Joaquín, *El ibañismo (1937-1952): un caso de populismo en la política chilena* (Santiago: Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile, 2007).

Figueroa, Virgilio, *Diccionario histórico biográfico y bibliográfico de Chile* (Santiago: Impr. y Litogr. La Ilustración, 1925).

Fischer, Ferenc, *El modelo militar prusiano y las Fuerzas Armadas de Chile 1885-1945 (ensayos)* (Pécs, Hungría: University Press, Pécs, 1999).

Fontaine Aldunate, Arturo, *Todos querían la revolución: Chile 1964-1973* (Santiago: Zig-Zag, 1999).

_____ *La tierra y el poder. Reforma agraria en Chile (1964-1973)* (Santiago: Zig-Zag, 2001).

Fontaine Talavera, Arturo y otros, "El general Nicolai Leonov en el CEP", *Estudios Públicos*, 73, verano 1999, pp. 65-102.

Francis, Michael J., *La victoria de Allende vista por un norteamericano* (Buenos Aires y Santiago: Francisco de Aguirre, 1972).

Frazier, Lessie Jo, *Salt in the Sand: Memory, Violence, and the Nation-state in Chile, 1890 to the Present* (Durham: Duke University Press, 2007).

Frei Montalva, Eduardo, *La política y el espíritu* (Santiago: Ercilla, 1940).

_____ *Historia de los partidos políticos chilenos* (Santiago: Del Pacífico, 1949).

Freire, André, "Bringing Social Identities Back in: The Social Anchors of Left-Right Orientation in Western Europe", *International Political Science Review/Revue internationale de science politique*, Vol. 27, No. 4 (Oct., 2006), pp. 359-378.

Fuentes, Manuel, *Memorias secretas de Patria y Libertad. Y algunas confesiones sobre la Guerra Fría en Chile* (Santiago: Grijalbo, 1999).

Furci, Carmelo, *El Partido Comunista de Chile y la vía al socialismo* (Santiago: Ariadna, 2008; original en inglés, 1984).

Furet, François, *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idee communiste au XXeme siécle* (París: Robert Laffont, Calmann Lévy, 1995).

Gaddis, John Lewis, *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado* (Barcelona: Anagrama, 2004; original en inglés, 2002).

Gamboa Valenzuela, Ricardo, "Reformando reglas electorales: La Cédula Única y los pactos electorales en Chile (1958-1962)", *Revista de Ciencia Política*, Vol. 31, No. 2, 2011, pp. 159-186.

Garcés, Joan, *Chile: el camino político hacia el socialismo* (Barcelona: Ariel, 1970).

_____ *1970. La pugna política por la Presidencia en Chile* (Santiago: Universitaria, 1971).

_____ *Revolución, Congreso y Constitución. El caso Tohá* (Santiago: Quimantú, 1972).

_____ *Allende y la experiencia chilena: las armas de la política* (Santiago: BAT, 1991; original, 1976).

_____ *Soberanos e intervenidos. Chile, la Guerra Fría y después* (Santiago: BAT, 1995).

Garcés, Joan y Saul Landau, *Orlando Letelier. Testimonio y vindicación* (Madrid: Siglo XXI de España, 1995).

Garcés, Mario, *Crisis social y motines populares en el 1900* (Santiago: LOM, 1993).

_____ *El golpe en La Legua: los caminos de la historia y la memoria* (Santiago: LOM, 2005).

García Concha, Enérico, *Todos los días de la vida. Recuerdos de un militante del MIR chileno* (Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2010).

Garretón, Manuel Antonio y Tomás Moulian, *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile* (Santiago: CESOC, LOM, 1993).

Garrido, José (editor), Cristián Guerrero y María Soledad Valdés, *Historia de la Reforma Agraria en Chile* (Santiago: Universitaria, 1988).

Gaudichaud, Franck, *Poder popular y cordones industriales: testimonios sobre el movimiento popular urbano, 1970-1973* (Santiago: LOM, 2004).

Gazmuri, Cristián, Patricia Arancibia, Álvaro Góngora, *Eduardo Frei Montalva y su época*, 2 tomos (Santiago: Aguilar, 2000).

Geraldo, Pablo, "'Cristo está animando un mundo nuevo': los católicos frente a la 'vía chilena al socialismo'. 1970-1973", en *Seminario Simon Collier 2011* (Santiago: Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2011), pp. 79-112.

Gil, Federico, *El sistema político de Chile* (Santiago: Andrés Bello, 1969; original en inglés, 1966).

Gil, Federico y Charles Parrish, *The Chilean Presidential Election of September 4, 1964*, 2 vol. (Washington D.C.: Institute for the Comparative Study of Political System, 1965).

Godoy, Óscar, *La democracia en Aristóteles: los orígenes del régimen republicano* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2012).

Gómez, Juan Carlos, *La frontera de la democracia. El derecho de propiedad en Chile 1925-1973* (Santiago: LOM, 2004).

Góngora, Mario, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago: Universitaria, 1986).

_____ *Civilización de masas y esperanza y otros ensayos* (Santiago: Vivaria, 1987).

González Videla, Gabriel, *Memorias*, 2 tomos (Santiago: Gabriela Mistral, 1975).

González, Ignacio, *El día en que murió Allende* (Santiago: ChileAmérica CESOC, 1990).

González, Luis, *Political Structures and Democracy in Uruguay* (Notre Dame, Indiana: Hellen Kellog Institute for International Studies by University of Notre Dame Press, 1991).

González, Mónica, *La conjura. Los mil y un días del golpe* (Santiago: Catalonia, UDP, 2012).

Grez, Sergio, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile* (Santiago: RIL Editores, 2007).

_____ *Los anarquistas y el movimiento obrero: La alborada de "la idea" en Chile, 1893-1915* (Santiago: LOM, 2007).

_____ "La ausencia de un poder constituyente democrático en la historia de Chile", *Tiempo histórico. Revista de la Escuela de Historia. Universidad Academia de Humanismo Cristiano*, segundo semestre de 2010, pp. 15-35.

_____ *Historia del Comunismo en Chile. La era de Recabarren (1912-1924)* (Santiago: LOM, 2011).

Gross, Leonard, *The Last Best Hope: Eduardo Frei and Chilean Democracy* (New York: Random House, 1967).

Grow, Michael, *U.S. Presidents and Latin American Interventions: Pursuing Regime Change in the Cold War* (Lawrence, Kansas: University Press of Kansas, 2008).

Guastavino, Luis, *Gente en el alma: crónica de una solidaridad silenciosa* (Santiago: Catalonia, 2005).

Guerra, Lilian, "'To Condemn the Revolution is to Condemn Christ': Radicalization, Moral Redemption, and the Sacrifice of Civil Society in Cuba, 1960," *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 89, No. 1 (Feb. 2009), pp. 73-109.

Guilisasti, Sergio, *Partidos políticos chilenos: doctrina, historia, organización interna y fuerza electoral de los partidos conservador, liberal, radical, demócrata cristiano, socialista y comunista* (Santiago: Nascimento, 1964).

Gustafson, Kristian, *Hostile Intent: U.S. Covert Operations in Chile, 1964-1974* (Washington D.C.: Potomac Books, 2007).

Gutiérrez, Carlos, *Militares contra Pinochet: los que defendieron la Constitución frente al golpe de 1973 en Chile* (Santiago: Capital Intelectual, 2006).

Guzmán, Nancy, *Un grito desde el silencio: detención, asesinato y desaparición de Bautista van Schouwen y Patricio Munita* (Santiago: LOM, 1998).

_____ *Romo. Confesiones de un torturador* (Santiago: Planeta, 2000).

Harberger, Arnold C., "Memorándum sobre la economía chilena", *Estudios Públicos*, 77, verano 2000, pp. 399-418.

Harmer, Tanya, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War* (Chapel Hill, North Carolina: The University of North Carolina Press, 2011).

Harnecker, Marta, *Los conceptos elementales del materialismo histórico* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1975; original, 1971).

Harnecker, Marta y Gabriela Uribe, *El Partido: su organización. Cuadernos de Educación Popular* Nº 9 (Santiago: Quimantú, 1972).

Haslam, Jonathan, *The Nixon Administration and Allende's Chile: A Case of Assisted Suicide* (New York: Verso, 2005).

Heise, Julio, *O´Higgins: forjador de una tradición democrática* (Santiago: Talleres de Artesanía Gráfica R. Neupert, 1975).

_____ *Años de formación y aprendizaje políticos 1810-1833* (Santiago: Universitaria, 1978).

Henrique Cardoso, Fernando y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina: ensayo de interpretación sociológica* (México D.F.: Siglo XXI, 1971; original, 1969).

Herrera, Héctor, "El presente, tiempo de la acción", *Mapocho*, Nº 1, Santiago de Chile, 1963, pp. 279-284.

_____ "El sentido de la crisis en Occidente", en *Dimensiones de la responsabilidad educacional* (Santiago: UMCE, Universitaria, 1988).

Hersh, Seymour, *The Price of Power: Kissinger in the Nixon White House* (New York: Summit Books, 1983).

Hirchsman, Albert O., *Journeys toward Progress: Studies of Economic Policy-making in Latin America* (New York: The Twentieth Century Fund, 1963).

Horne, Alistair, *Small Earthquake in Chile: Allende´s South America* (New York: The Viking Press, 1972).

Hourton, Jorge, *Memorias de un obispo sobreviviente. Episcopado y dictadura* (Santiago: LOM, 2009).

Huerta Díaz, Ismael, *Volvería a ser marino*, 2 tomos (Santiago: Andrés Bello, 1988).

Huerta, María Antonieta, *"Otro agro para Chile". Historia de la reforma agraria en el proceso social y político* (Santiago: CESOC, 1989).

Huerta, María Antonieta y Luis Pacheco Pastene, *La Iglesia chilena y los cambios sociopolíticos* (Santiago: Pehuén, 1988).

Huidobro, Ramón, "Allende y Cámpora: la última semana de felicidad en la tierra", en Carolina Barros, *Argentina-Chile: 100 años de encuentros presidenciales* (Buenos Aires: Centro de Estudios para una Nueva Mayoría, 1999).

Huidobro, Sergio, *Decisión naval* (Valparaíso: Imprenta de la Armada, 1989).

Huneeus, Carlos, *Der Zusammenbruch der Demokratie in Chile. Eine vegleichende Analyse* (Heidelberg: Esprint Verlag, 1981).

_____ *La reforma universitaria: veinte años después* (Santiago: Corporación de Promoción Universitaria, 1988).

_____ *La guerra fría chilena: Gabriel González Videla y la Ley Maldita* (Santiago: Random House Mondadori, 2009).

Huneeus, Cristián, *Autobiografía por encargo* (Santiago: Epicentro-Aguilar, 2005; original, 1985).

Huneeus, Pablo y otros, *Chile: el costo social de la dependencia ideológica* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1973).

Hurtado María de la Luz y otros, *Historia de la televisión chilena entre 1959 y 1973* (Santiago: Documentas, 1989).

Hurtado Torres, Sebastián, "The U.S. Press and Chile, 1964-1973: Ideology and U.S. Foreign Policy," *Revista de Historia Iberoamericana* [en línea], 2012, Vol. 5, Núm. 2, pp. 37-61.

_____ "El golpe que no fue: Eduardo Frei Montalva, la Democracia Cristiana y la elección presidencial de 1970", *Estudios Públicos*, 129, verano 2013, pp. 105-140.

Ianni, Octavio, "Diplomacia e Imperialismo en las Relaciones Interamericanas", en Julio C. Cotler y Richard P. Fagen, *Relaciones Políticas entre América Latina y Estados Unidos* (Buenos Aires: Amorrortu, 1974).

Ibáñez, Adolfo, *Herido en el ala. Estado, oligarquías y subdesarrollo, Chile 1924-1960* (Santiago: Biblioteca Americana, 2003).

_____ *Abrazado por la revolución: ideología y totalitarismo en Chile 1960-1973* (Santiago: Editorial Biblioteca Americana, 2004).

_____ "La inflación en Chile. Desarrollo y características entre 1939 y 1955", en Couyoumdjian, Juan Pablo (editor), *Reformas económicas e instituciones políticas: la experiencia de la Misión Klein-Saks en Chile* (Santiago: Universidad del Desarrollo, 2011), pp. 15-60.

Illanes, María Angélica, *Chile Des-centrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista 1810-1910* (Santiago: LOM, 2003).

Israel, Ricardo, *La democracia que se perdió entre todos: Chile 1970-1973* (Santiago: Mare Nostrum, 2006).

Jaksić, Iván, "La República del orden: Simón Bolívar, Andrés Bello y las transformaciones del pensamiento político de la Independencia", *Historia*, 36, 2003, pp. 191-218.

_____ *Andrés Bello: La pasión por el orden* (Santiago: Universitaria, 2010).

Jerez, Luis, *Ilusiones y quebrantos (Desde la memoria de un militante socialista)* (Santiago: Forja, 2007).

Jobet, Julio César, *Los fundamentos del marxismo* (Santiago: Prensa Latinoamericana, 1971; original, 1964).

_____ *El Partido Socialista de Chile*, 2 tomos (Santiago: Prensa Latinoamericana, 1971).

Jobet, Julio César y Alejandro Chelén (editores), *Pensamiento teórico y político del Partido Socialista de Chile* (Santiago: Quimantú, 1972).

Jocelyn-Holt, Alfredo, *La independencia de Chile: tradición, modernización y mito* (Madrid: Mapfre, 1992).

_____ *El Chile perplejo: del avanzar sin transar al transar sin parar* (Santiago: Planeta/Ariel, 1998).

Jones, Nigel, "A Device for Despots?," *Today's History*, Vol. 62, Issue 5, May 2012, pp. 16-18.

Jorquera, Carlos, *El Chicho Allende* (Santiago: BAT, 1990).

Judt, Tony, *Postwar: A History of Europe Since 1945* (New York: Penguin Books, 2005).

Kalfon, Pierre, *Allende. Chile: 1970-1973* (Madrid: Foca, 1999; original en francés, 1998).

Kirk, Russell, *The Conservative Mind: from Burke to Eliot* (Chicago: Regnery Gateway, 1971).

Kissinger, Henry, *Mis memorias* (Buenos Aires: Atlántida, 1980; original en inglés, 1979).

_____ *Years of renewal: The Concluding Volume of His Memoirs* (New York: Simon & Schuster, 1999).

Kornbluh, Peter, *Pinochet: los archivos secretos* (Barcelona: Crítica, 2004; original en inglés, 2003).

Korry, Edward, "Los Estados Unidos en Chile y Chile en los Estados Unidos: Una retrospectiva política y económica", *Estudios Públicos*, 72, primavera 1998, pp. 17-74.

Krebs, Ricardo, *Identidad Chilena* (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2008).

Krebs, Ricardo, María Angélica Muñoz y Patricio Valdivieso, *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1888-1988*, 2 tomos (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1994).

*La Nueva República: programa del Partido Nacional, Chile, 1970* (Santiago: s.d., 1970).

Labarca, Eduardo, *Chile invadido: Reportaje a la intromisión extranjera* (Santiago: Austral, 1968).

_____ *Chile al Rojo: reportaje a una revolución que nace* (Santiago: Horizonte, 1971).

_____ *Corvalán 27 horas. El PC chileno por fuera y por dentro* (Santiago: Quimantú, 1972).

_____ *Salvador Allende: biografía sentimental* (Santiago: Catalonia, 2007).

Labarca, Miguel, *Allende en persona. Testimonio de una intensa amistad y colaboración* (Santiago: CESOC, 2008).

Lafourcade, Enrique, *Salvador Allende* (Santiago: Rananim, 1998).

Lagos, Gustavo, *International Stratification and Underdeveloped Countries* (Chapel Hill, North Carolina: The University of North Carolina Press, 1963).

Larraín, Felipe y Patricio Meller, "La experiencia socialista-populista chilena: la Unidad Popular, 1970-1973", *Cuadernos de Economía*, año 27, N° 82, diciembre 1990, pp. 317-355.

Lasagni, María Eugenia, Paula Edwards y Josiane Bonnefoy, *La radio en Chile (historia, modelos, perspectivas)* (Santiago: s.d., 1988).

Latham, Michael, *Modernization as Ideology: American Social Science and "Nation Building" in the Kennedy Era* (Chapel Hill, North Carolina: The University of North Carolina Press, 2000).

Lazo, Carmen y Eliana Cea, *La Negra Lazo: memorias de una pasión política* (Santiago: Planeta, 2005).

Lenin, Vladimir, *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (Barcelona: De Barris, s/f.; edición original, Petrogrado, 1917).

Lipschutz, Alejandro, *El Indoamericanismo y el Problema Racial en las Américas* (Santiago: Nascimento, 1944; original, 1937).

Lira Massi, Eugenio, *¡Ahora le toca al golpe!* (Santiago: Te-Ele, 1969).

Llanos, Claudio, "1971-1972: Sublevación en el campo. Poder popular por decreto versus poder popular por las bases", *Cuadernos de historia*, 30, marzo de 2009, pp. 69-88.

López Tobar, Mario, *El 11 en la mira de un Hawker Hunter. Las operaciones y blancos aéreos de septiembre de 1973* (Santiago: Sudamericana, 1999).

*Los cristianos y el socialismo. Primer Encuentro Latinoamericano* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1973).

*Los gremios patronales* (Santiago: Quimantú, s. d.).

*Los Obispos de Chile hablan: el deber social y político en la hora presente* (Santiago: Secretariado General del Episcopado de Chile, 1962).

Loveman, Brian, *Struggle in the Countryside: Politics and Rural Labor in Chile, 1919-1973* (Bloomington, Indiana y Londres: Indiana University Press, 1976).

_____ *Chile: The Legacy of Hispanic Capitalism* (New York y Oxford: Oxford University Press, 2001; original, 1979).

_____ *The Constitution of Tyranny: Regimes of Exception in Latin America* (Pittsburgh y Londres: University of Pittsburgh Press, 1993).

Loveman, Brian y Elizabeth Lira, *Las ardientes cenizas del olvido: vía chilena de reconciliación política 1932-1994* (Santiago: LOM, 2000).

Mac Iver, Enrique, *Discurso sobre la crisis moral de la república* (Santiago: Imprenta Moderna, 1900).

Mac-Clure, Lucas, "Tribunal Constitucional y los derechos: la discusión pendiente", en Lucas Sierra y Lucas Mac-Clure, *Frente a las mayorías: leyes supramayoritarias y Tribunal Constitucional en Chile* (Santiago: Centro de Estudios Públicos, Corporación de Estudios para Latinoamérica, Libertad y Desarrollo, 2011), pp. 169-275.

MacHale, Tomás, *El frente de la libertad de expresión, 1970-1972* (Santiago: Ediciones Portada, 1972).

Magasich, Jorge, *Los que dijeron "No". Historia del movimiento de los marinos antigolpistas de 1973*, 2 tomos (Santiago: LOM, 2008).

Maldonado, Carlos, *El prusianismo en las fuerzas armadas chilenas* (Santiago: Documentas, 1988).

Mallon, Florencia, *Courage Tastes of Blood: the Mapuche Community of Nicolás Ailío and the Chilean State, 1906-2001* (Durham, North Carolina: Duke University Press, 2005).

Malycha, Andreas y Peter Jochen Winters, *Geschichte der SED. Von der Gründung bis zur Linkspartei* (Bonn: Bundeszentrale für politische Bildung, 2009).

Mamalakis, Markos, *The Growth and Structure of the Chilean Economy: From Independence to Allende* (New Haven y Londres: Yale University Press, 1976).

_____ "Minerals, Multinationals and Foreign Investment in Latin America", *Journal of Latin American Studies*, Vol. 9, Nº 2, 1977.

Mamalakis, Markos y Clark Winston Reynolds, *Essays on the Chilean Economy* (Homewood, Illinois: Richard D. Irwin Inc., 1965).

Manns, Patricio, *La revolución de la Escuadra* (Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972).

MAPU, *El primer año del gobierno popular,* entrevista realizada por "La Estrella" de Valparaíso a Rodrigo Ambrosio (Santiago: Litografía Primero de Mayo, marzo de 1972).

Marambio, Max, *Las armas de ayer* (Santiago: Random House Mondadori, 2008).

Martínez Lillo, Pedro y María José Henríquez, "Salvador Allende Gossens. Un Presidente socialista en la retina de la España franquista", en Pedro Milos y otros, *Salvador Allende. Fragmentos para una historia* (Santiago: Fundación Salvador Allende, 2008), pp. 159-183.

Martner, Gonzalo, *Chile: los mil días de una economía sitiada* (Caracas: s.d., 1975).

Marx, Karl y Friedrich Engels, *Obras Escogidas* (Moscú: Editorial Progreso, 1970).

Marx, Karl y Friedrich Engels, *Werke* (Berlín: Dietz Verlag, 1972).

Meller, Patricio, *Un siglo de economía política chilena: 1890-1990* (Santiago: Andrés Bello, 2007; original, 1996).

Menéndez-Carrión, Amparo y Alfredo Joignant (editores), *La caja de Pandora. El retorno de la transición chilena* (Santiago: Planeta, 1999).

Meneses, Emilio, *El factor naval en las relaciones entre Chile y los Estados Unidos (1881-1951)* (Santiago: Hachette, 1989).

Merino Castro, José Toribio, *Bitácora de un almirante: memorias* (Santiago: Andrés Bello, 1998).

Millar, René, *La elección presidencial de 1920. Tendencias y prácticas políticas en el Chile parlamentario* (Santiago: Universitaria, 1982).

Millas, Orlando, *El antimilitarista Diego Portales* (s.d., post-1973).

_____ *En tiempos del Frente Popular. Memorias. Primer volumen* (Santiago: CESOC, 1993).

_____ *Memorias, 1957-1991: una disgresión* (Santiago: ChileAmérica CESOC, 1996).

Milos, Pedro, *Historia y memoria. 2 de abril de 1957* (Santiago: LOM, 2007).

Molina, Sergio, *El proceso de cambio en Chile: la experiencia 1965-1970* (Santiago: Universitaria, 1972).

Moncada, Belén, *Jaime Guzmán: una democracia contrarrevolucionaria. El político de 1964 a 1980* (Santiago: RIL, 2006).

Moore Jr., Barrington, *Social Origins of Dictatorship and Democracy. Lord and Peasant in the making of the Modern World* (Boston: Beacon Press, 1966).

Moran, Theodore, *Multinational Corporations and the Politics of Dependence: Copper in Chile* (Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1974).

Moulian, Tomás, *La forja de ilusiones: el sistema de partidos, 1932-1973* (Santiago: Universidad Arcis, FLACSO, 1993).

_____ *Chile actual: anatomía de un mito* (Santiago: LOM, 1997).

_____ *Conversación interrumpida con Allende* (Santiago: LOM, 1998).

Moyano, Cristina, *MAPU o la seducción del poder y de la juventud. Los años fundacionales del partido-mito de nuestra transición (1969-1973)* (Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2009).

Munck, Gerardo L., "Los orígenes y la durabilidad de la democracia en América Latina: Avances y retos de una agenda de investigación", *Revista de Ciencia Política*, Vol. 30, No. 3, 2010, pp. 573-597.

Musalem, José, *Crónica de un fracaso, frustración de un pueblo* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1973).

_____ *Mi vida entre líneas: memorias* (Santiago: Cadaqués, 2012).

Neruda, Pablo, "Discurso de Estocolmo pronunciado con ocasión de la entrega del Premio Nobel de Literatura", *Anales de la Universidad de Chile*, enero-diciembre de 1971, números 157 a 160.

_____ *Confieso que he vivido* (Santiago: Pehuén, 2008, original, 1974).

Nocera, Raffaele, "Las relaciones diplomáticas y político-partidistas ítalo-chilenas durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva", *Historia*, 42, II, julio-diciembre 2009, pp. 435-470.

Nolte, Ernst, *Marxismus und industrielle Revolution* (Stuttgart: Ernst Klett Verlag, 1983).

Novoa Monreal, Eduardo, *La nacionalización chilena del cobre. Comentarios y documentos* (Santiago: Quimantú, 1972).

Nunn, Frederick, *Chilean Politics, 1920-1931: The Honorable Mission of the Armed Forces* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1970).

_____ *The Military in Chilean History: Essays on Civil-Military Relations, 1810-1973* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1976).

Núñez Prieto, Iván, *La ENU entre dos siglos. Ensayo histórico sobre la Escuela Nacional Unificada* (Santiago: LOM, 2003).

Olavarría Bravo, Arturo, *Chile entre dos Alessandri. Memorias políticas. Tomo II* (Santiago: Nascimento, 1962).

_____ *Chile bajo la Democracia Cristiana: sexto y último año (3 de noviembre de 1969 – 3 de noviembre de 1970)* (Santiago: Editorial Salesiana, 1971).

Orrego Vicuña, Claudio, *El Paro Nacional: vía chilena contra el totalitarismo* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1972).

Orrego Vicuña, Eugenio, *El espíritu constitucional de la administración O´Higgins* (Santiago: Cervantes, 1924).

Ortega, Luis (editor), *La Guerra Civil de 1891: cien años hoy* (Santiago: Universidad de Santiago, 1993).

Oyarzún, Luis, *Diario íntimo* (Editado por Leonidas Morales) (Santiago: Departamento de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile, 1995).

Oz-Salzberger, Fania, "The Political Theory of the Scottish Enlightenment", en Alexander Broadie (editor), *The Cambridge Companion to the Scottish Enlightenment* (Cambridge: Cambridge University Press, 2003), pp. 157-177.

*Pacto de la Unidad Popular*, folleto (Santiago: s.d., 1970).

Palma Zúñiga, Luis, *Historia del Partido Radical* (Santiago: Andrés Bello, 1967).

Partido de Izquierda Radical, *Definición del socialismo democrático* (Santiago: folleto, s.d.).

Partido de Izquierda Radical, *Trayectoria política del PIR* (Santiago: folleto, 1972).

Pavilack, Jody, *Mining for the Nation: The Politics of Chile's Coal Communities from the Popular Front to the Cold War* (University Park, Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press, 2011).

Paz, Octavio, *Tiempo nublado* (Barcelona: Seix Barral, 1983).

Pedemonte, Rafael, "La 'diplomacia cultural' soviética en Chile (1964-1973)", *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*, Vol. 9, No.1 (2010), pp. 57-100.

Pereira, Teresa, *El Partido Conservador, 1930-1965: ideas, figuras y actitudes* (Santiago: Fundación Mario Góngora, Editorial Vivaria, 1994).

Pérez, Cristián, "La guerrilla rural en Chile: la batalla del Fundo San Miguel", *Estudios Públicos*, 78, otoño 2000, pp. 181-208.

_____ "Salvador Allende, apuntes sobre su dispositivo de seguridad: el Grupo de Amigos Personales (GAP)", *Estudios Públicos*, 79, invierno 2000, pp. 31-81.

_____ "El ejército del Che y los chilenos que continuaron su lucha", *Estudios Públicos*, 89, verano 2003, pp. 225-256.

_____ "Historia del MIR: 'Si quieren guerra, guerra tendrán…'", *Estudios Públicos*, 91, invierno 2003, pp. 5-44.

Petras, James y Morris Morley, *The United States and Chile: Imperialism and the Overthrow of the Allende Government* (New York: Monthly Review Press, 1975).

Pinochet, Augusto, *El día decisivo. 11 de septiembre de 1973* (Santiago: Andrés Bello, 1980).

_____ *Política, politiquería, demagogia* (Santiago: Renacimiento, 1983).

Pinto, Aníbal, *Chile: un caso de desarrollo frustrado* (Santiago: Universitaria, 1958).

Pinto, Julio, *Desgarros y utopías en la pampa salitrera: la consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social (1890-1923)* (Santiago: LOM, 2007).

_____ "¿La tendencia de la masa al reposo? El régimen portaliano enfrenta al mundo plebeyo, 1830-1851", *Historia*, 44, vol. II, julio-diciembre de 2011, pp. 401-442.

Pinto, Julio (coordinador, editor), *Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad Popular* (Santiago: LOM, 2005).

Pinto, Julio y Verónica Valdivia, *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y alessandrismo en la pugna por la politización pampina* (Santiago: LOM, 2001).

Platovsky, Milan, *Sobre-vivir: memorias* (Santiago: Andrés Bello, 1997).

Politzer, Patricia, *Altamirano* (Santiago: Ediciones B, 1990).

Portales, Felipe, *Chile: una democracia tutelada* (Santiago: Sudamericana, 2000).

_____ *Los mitos de la democracia chilena*, 2 vol. (Santiago: Catalonia, 2004).

Power, Margaret, *La mujer de derecha: el poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2008; original en inglés, 2002).

_____ "The Engendering of Anticommunism and Fear in Chile's 1964 Presidential Election," *Diplomatic History*, Volume 32, Issue 5, November 2008, pp. 931-953.

Prats, Carlos, *Memorias. Testimonio de un soldado* (Santiago: Pehuén, 1985).

*Programa básico de gobierno de la Unidad Popular*, folleto (Santiago: s.d., 1970).

Puccio, Osvaldo, *Un cuarto de siglo con Allende: recuerdos de su secretario privado* (Santiago: Emisión, 1985).

Purcell, Fernando, "Cine, propaganda y el mundo de Disney en Chile durante la Segunda Guerra Mundial", *Historia*, 43, II, julio-diciembre 2010, pp. 487-522.

Quezada Lagos, Fernando, *La elección presidencial de 1970* (Santiago: s.d., 1985).

Quezada, Jaime, *Siete Presidentes de Chile en la vida de Gabriela Mistral* (Santiago: Catalonia, 2009).

Quiroga, Patricio, *Compañeros. El GAP: la escolta de Allende* (Santiago: Aguilar, 2001).

Qureshi, Lubna, *Nixon, Kissinger and Allende: U.S. Involvement in the 1973 Coup in Chile* (Lanham, Maryland: Lexington Books, 2009).

Rabe, Stephen, *Eisenhower and Latin America: the Foreign Policy of Anticommunism* (Chapel Hill, North Carolina: The University of North Carolina Press, 1988).

_____ *The Most Dangerous Area in the World: John F. Kennedy Confronts Communist Revolution in Latin America* (Chapel Hill, North Carolina: University of North Carolina Press, 1999).

_____ *The Killing Zone: the United States Wages Cold War in Latin America* (New York: Oxford University Press, 2012).

Ramírez Necochea, Hernán, *La Guerra Civil de 1891: antecedentes económicos* (Santiago: Austral, 1951).

_____ *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891* (Santiago: Universitaria, 1958).

_____ *Origen y formación del Partido Comunista de Chile,* en Obras Escogidas, volumen II (Santiago: LOM, 2007; original, 1979).

Raptis, Michel, *Revolution and Counter-revolution in Chile: a Dossier on Workers' Participation in the Revolutionary Process* (New York: St. Martin's Press, 1974).

*Raúl Sáez. Hombre del siglo XX* (Santiago: Dolmen, 1994).

Recabarren, Floreal, *La matanza de San Gregorio 1921: crisis y tragedia* (Santiago: LOM, 2003).

Rehren, Alfredo, "El 'liderazgo encubierto' de Eisenhower", *Estudios Internacionales*, Año 25, No. 98, (abril-junio 1992), pp. 258-274.

República de Chile, Servicio Electoral, Centro de Documentación, *Elección de Senadores, 1965-1973*, Tomo II, Biblioteca Servicio Electoral.

_____ *Elecciones municipales, 1960-1971,* Tomo III-A, Biblioteca Servicio Electoral.

Riquelme, Alfredo, "Visión de Estados Unidos en el Partido Comunista chileno. I. La "Era Rooseveltiana": 1933-1945" (Santiago: FLACSO, Documento de trabajo, 1985).

Riquelme, Alfredo y Olga Ulianova, *Chile en los archivos soviéticos, 1922-1991: Tomo 2, Komintern y Chile, 1931-1935* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2009).

Riquelme, Alfredo, Augusto Varas y Marcelo Casals (editores), *El Partido Comunista en Chile: una historia presente* (Santiago: Catalonia, 2010).

Robles Ortiz, Claudio, "Agrarian Capitalism and Rural Labour: The Hacienda System in Central Chile, 1870-1920", *Journal of Latin-American Studies*, 41, 2009, pp. 493-526.

Rocha, Juan Gonzalo, *Allende, masón* (Santiago: Sudamericana, 2000).

Rodríguez Grez, Pablo, *Entre la democracia y la tiranía* (Santiago: Autoedición, 1972).

_____ *El mito de la democracia en Chile*, 2 vol. (Santiago: EVES, 1985).

Rojas Flores, Jorge, *El Sindicalismo y el Estado en Chile, 1924-1936* (Santiago, Rojas Impresor, 1986).

_____ La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931) (Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1993).

_____ "Los estudiantes secundarios durante la Unidad Popular, 1970-1973", *Historia*, 42, II, julio-diciembre 2009, pp. 471-503.

Rojas, Patricio, *Tiempos difíciles: mi testimonio* (Santiago: Aguilar, 2013).

Rosenstein-Rodan, Paul, "Why Allende Failed", *Challenge*, Vol. 17, Issue 2, May-June 1974, pp. 7-13.

Rouquié, Alain, *A la sombra de las dictaduras. La democracia en América Latina* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011; original en francés, 2010).

Rubio Apablaza, Pablo, "La huelga en El Teniente y la influencia del Movimiento Gremial. Chile, 1973", *Mapocho. Revista de Humanidades*, No. 65, primer semestre de 2009, pp. 119-134.

Ruiz-Esquide, Mariano, *El socialismo traicionado* (Santiago: Instituto de Estudios Políticos, 1973).

Salazar, Gabriel, *Labradores, peones y proletarios: formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX* (Santiago: Ediciones Sur, 1985).

_____ *Violencia política popular en las "Grandes Alamedas": Santiago de Chile 1947-1987 (una perspectiva histórico-popular)* (Santiago: Sur, 1990).

_____ *Construcción de Estado en Chile (1760-1860): democracia de "los pueblos", militarismo ciudadano, golpismo oligárquico* (Santiago: Sudamericana, 2005).

_____ *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales: Chile, siglos XX y XXI* (Santiago: LOM, 2009).

_____ *Conversaciones con Carlos Altamirano. Memorias críticas* (Santiago: Debate, 2010).

Salazar, Manuel, *Roberto Thieme, el rebelde de Patria y Libertad* (Santiago: Mare Nostrum, 2007).

Salgado, Alfonso, "Antroponimia Leninista: Santiago de Chile, 1914-1973", en *Seminario Simon Collier 2009* (Santiago: Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2010), pp. 159-200.

San Francisco, Alejandro, "Historiografía y nuevas perspectivas de estudio sobre la Guerra Civil chilena de 1891", *Revista Bicentenario. Historia de Chile y América*, Vol. 5, No. 1, 2006, pp. 85-125.

_____ *La Guerra Civil de 1891*, 2 tomos (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2007-2008).

_____ *La toma de la Universidad Católica de Chile (agosto 1967)* (Santiago: Globo Editores, 2007).

Sánchez Ibarra, Freddy, "La relación de Latinoamérica y los Estados Unidos desde la visión de Salvador Allende Gossens", *Cuadernos de historia contemporánea*, 25 (2003), pp. 275-288.

Sánchez, Juan Martín, *Revolución peruana: ideología y práctica política de un gobierno militar 1968-1975* (Sevilla: Universidad de Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2002).

Sater, William, "The Abortive Kronstadt: The Chilean Naval Mutiny of 1931", *The Hispanic American Historical Review,* May, 1980, Vol. 60, Issue 2, pp. 239-268.

Sater, William y Holger Herwig, *The Grand Illusion: the Prussianization of the Chilean Army* (Lincoln, Nebraska y Londres: University of Nebraska Press, 1999).

Schlessinger Jr., Arthur M., *A Thousand Days: John F. Kennedy in the White House* (Boston: Houghton Mifflin, 1965).

Schmitt, Carl, *La Dictadura: desde los comienzos del pensamiento moderno de la soberanía hasta la lucha de clases proletaria* (Madrid: Revista de Occidente, 1968; original en alemán, 1921).

Schnake, Erich, *Schnake: un socialista con historia. Memorias* (Santiago: Aguilar, 2004).

Schneider Arce, Víctor, *General Schneider. Un hombre de honor, un crimen impune* (Santiago: Ocho Libros Editores, 2010).

Scholtyseck, Joachim, *Die Aussenpolitik der DDR* (Munich: R. Oldenbourg Verlag, 2003).

Scully, Timothy, *Los partidos de centro y la evolución política chilena* (Santiago: CIEPLAN, Center for Civil and Human Rights, University of Notre Dame, 1992; original en inglés, 1992).

Sebastiani, Chiara, "From Professional Revolutionaries to Party Functionaries: Leadership Structure and Party Models in the Italian Communist Party", *International Political Science Review / Revue Internationale de science politique*, Vol. 4, No. 1, pp. 115-126.

Serrano, Sol, *¿Qué hacer con Dios en la República? Política y secularización en Chile (1845-1885)* (Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2008).

Serrano, Sol, Macarena Ponce de León y Francisca Rengifo, *Historia de la Educación en Chile*, 2 tomos (Santiago: Taurus, 2012).

Sharp, Andrew (editor), *The English Levellers* (Cambridge: Cambridge University Press, 1998).

Sideri, Sandro (editor), *Chile 1970-73: Economic development and its International setting. Self-criticism of the Unidad Popular Government's Policies* (La Haya, Boston, Londres: Martinus Nijhoff, 1979).

Sigmund, Paul, "The 'Invisible Blockade' and the Overthrow of Allende," *Foreign Affairs*, enero 1974.

_____ *The Overthrow of Allende and the Politics of Chile, 1964-1976* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1977).

_____ *The United States and Democracy in Chile* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1993).

Silva Bascuñán, Alejandro, *Tratado de derecho constitucional*, 3 tomos (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1997).

Silva Cimma, Enrique, *El Tribunal Constitucional de Chile, 1971-1973* (Caracas: Editorial Jurídica Venezolana, 1977).

_____ *Memorias privadas de un hombre público* (Santiago: Andrés Bello, 2000).

Silva Solar, Julio y Jacques Chonchol, *El desarrollo de la Nueva Sociedad en América Latina (Hacia un Mundo Comunitario)* (Santiago: Universitaria, 1965).

Soto, Ángel, *El Mercurio y la difusión del pensamiento político económico liberal. 1955-1970* (Santiago: Instituto Libertad, 1995).

Soto, Óscar, *El último día de Salvador Allende* (Madrid: El País-Aguilar, 1998).

Stabili, María Rosaria, *El sentimiento aristocrático: elites chilenas frente al espejo (1860-1960)* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1996; original en italiano, 1996).

Stallings, Barbara, *Class Conflict and Economic Development in Chile, 1958-1973* (Stanford, California: Stanford University Press, 1978).

Stuven, Ana María, *La seducción de un orden: las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2000).

Suri, Jeremi, *Power and Protest: Global Revolution and the Rise of Détente* (Cambridge, Massachussets y Londres: Harvard University Press, 2005).

_____ *Henry Kissinger and the American Century* (Cambridge, Massachusetts: The Belknap Press of Harvard University Press, 2007).

Taffet, Jeffrey, *Foreign Aid as Foreign Policy: the Alliance for Progress in Latin America* (New York: Routledge, 2007).

Thayer, William, *Memorias Ajenas* (Santiago: Andrés Bello, 2012).

Tinsman, Heidi, *La tierra para el que la trabaja. Género, sexualidad y movimientos campesinos en la Reforma Agraria chilena* (Santiago: LOM, Centro de Investigaciones Barros Arana, 2009).

*Todo un hombre: perfil y rasgos de Edmundo Pérez Zujovic* (Santiago: s.d., 1971).

Tomic, Radomiro, *Revolución chilena y unidad popular* (Santiago: El Escudo, 1969).

U.S. Congress. Senate. Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities, *Covert Action in Chile, 1963-1973: Staff Report*. 94th Congress, 1st Session, 1975.

U.S. Congress. Senate. Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities, *Covert Action in Chile, 1963-1973: Hearings*. 94th Congress, 1st Session, 1975.

U.S. Congress. Senate. Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities, *Alleged Assassination Plots Involving Foreign Leaders: An Interim Report*. 94th Congress, 1st Session, 1975.

Ulianova, Olga, "La Unidad Popular y el golpe militar en Chile: percepciones y análisis soviéticos", *Estudios Públicos*, 79, invierno 2000, pp. 83-171.

_____ "El Partido Comunista chileno en la crisis política de 1931: de la caída de Ibáñez al levantamiento de la marinería", *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*, Vol. 3, No. 1 (2004), pp. 63-102.

Ulianova, Olga, Manuel Loyola, Rolando Álvarez (editores), *1912-2012. El siglo de los comunistas chilenos* (Santiago: Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile, 2012).

*Un país en quiebra. 33 preguntas a Orlando Sáenz* (Santiago: Ediciones Portada, 1973).

Uribe, Armando, *El libro negro de la intervención norteamericana en Chile* (México D.F.: Siglo XXI, 1974).

Urrutia O'Nell, Luis, *Colo Colo 1973: el equipo que retrasó el golpe* (Santiago: Ediciones B, 2012).

Urzúa Valenzuela, Germán, *Historia política de Chile y su evolución electoral desde 1810 a 1992* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1992).

Valdés, Gabriel, *Sueños y memorias* (Santiago: Taurus, 2009).

Valdivia Ortiz de Zárate, Verónica, *Nacionalismo e ibañismo* (Santiago: Universidad Católica Blas Cañas, 1995).

_____ *Camino al golpe: el nacionalismo chileno a la caza de las fuerzas armadas* (Santiago: Universidad Católica Blas Cañas, 1996).

_____ *El golpe después del golpe: Leigh vs. Pinochet, 1960-1980* (Santiago: LOM, 2003).

_____ *Nacionales y gremialistas: el "parto" de la nueva derecha política chilena, 1964-1973* (Santiago: LOM, 2008).

Valdivieso, Patricio, "'Cuestión social' y doctrina social de la Iglesia en Chile (1880-1920): ensayo histórico sobre el estado de la investigación", *Historia*, 32, 1999, pp. 553-573.

Valenzuela, Arturo, *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile* (Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press, 1978).

_____ *El quiebre de la democracia en Chile* (Santiago: FLACSO, 1989; original en inglés, 1978).

Valenzuela, Arturo y J. Samuel Valenzuela, "Los Orígenes de la Democracia. Reflexiones Teóricas sobre el Caso de Chile", *Estudios Públicos*, 12, 1983, pp. 5-39.

Valenzuela, J. Samuel, *Democratización vía reforma: la expansión del sufragio en Chile* (Buenos Aires: Ides, 1985).

_____ "La ley electoral de 1890 y la democratización del régimen político chileno", *Estudios Públicos*, 71, invierno 1998, pp. 265-296.

Varas, Florencia, *Conversaciones con Viaux* (Santiago: s.d., 1972).

Véliz, Claudio, *La tradición centralista de América Latina* (Barcelona: Ariel, 1984; original en inglés, 1980).

Veneros, Diana, *Allende. Un ensayo psicobiográfico* (Santiago: Sudamericana, 2003).

Verdugo, Patricia, *Interferencia secreta. 11 de septiembre de 1973* (Santiago: Sudamericana, 1998).

_________ *Allende: cómo la Casa Blanca provocó su muerte* (Santiago: Catalonia, 2003).

Vergara, Ángela, *Copper Workers, International Business, and Domestic Politics in Cold War Chile* (University Park, Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press, 2008).

Vial, Gonzalo, *Historia de Chile (1891-1973). Volumen I. La sociedad chilena en el cambio de siglo (1891-1920)*, 2 tomos (Santiago: Santillana, 1981).

_____ *Historia de Chile (1891-1973). Volumen II. Triunfo y decadencia de la oligarquía (1891-1920)* (Santiago: Santillana, 1983).

_____ *Historia de Chile (1891-1973). Volumen III. Arturo Alessandri y los golpes militares (1920-1925)* (Santiago: Santillana, 1987).

_____ *Historia de Chile (1891-1973). Volumen IV. La dictadura de Ibáñez (1925-1931)* (Santiago: Fundación, 1996).

_____ *Pinochet: la biografía*, 2 tomos (Santiago: Aguilar, 2002).

_____ "Las elecciones presidenciales de 1931 y 1932. El retorno del León" en San Francisco, Alejandro y Ángel Soto (editores), *Camino a La Moneda: las elecciones presidenciales en la Historia de Chile 1920-2000* (Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2005), pp. 117-137.

_____ *Salvador Allende: el fracaso de una ilusión* (Santiago: Universidad Finis Terrae, 2005).

Vicuña, Carlos, *La tiranía en Chile: libro escrito en el destierro en 1928* (Santiago: LOM, 2002).

Vicuña Mackenna, Benjamín, *El Ostracismo del Jeneral Bernardo O´Higgins* (Valparaíso: Imprenta i Librería del Mercurio, 1860).

Villalobos, Sergio, *Portales. Una falsificación histórica* (Santiago: Universitaria, 1989).

Villalonga, Cristián, *Revolución y Ley: la teoría crítica del Derecho en Eduardo Novoa Monreal* (Santiago: Globo Editores, 2008).

Vitale, Luis, *Interpretación marxista de la Historia de Chile: Ascenso y declinación de la burguesía chilena (1861-1891), de Pérez a Balmaceda*, tomo IV (Santiago, LOM, 1993).

Von Schroeders, Almirante (Edgardo), *El delegado del Gobierno y el motín de la Escuadra* (Santiago: Sociedad Imprenta y Litografía Universo, 1933).

Vratusa, Anton, *Autogestión* (Santiago: Universidad Católica de Chile, 1972).

Vuskovic, Pedro, *Acusación al imperialismo* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1975).

Waiss, Oscar, *Chile vivo: memorias de un socialista 1928-1970* (Madrid: Centro de Estudios Salvador Allende, 1986).

Walker, Ignacio, *Del populismo al leninismo y la "inevitabilidad del conflicto": el Partido Socialista de Chile (1933-1973)* (Santiago: CIEPLAN, 1986).

Weber, Max, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva* (México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1969; original en alemán, 1922).

Westad, Odd Arne, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times* (Cambridge, Gran Bretaña y New York: Cambridge University Press, 2007).

Whelan, James, *Desde las cenizas: vida, muerte y transfiguración de la democracia en Chile 1833-1988* (Santiago: Zig-Zag, 1993; original en inglés, 1989).

Wiarda, Howard, "The Latin American Development Process and the New Developmental Alternatives: Military 'Nasserism' and 'Dictatorship with Popular Support,'" *The Western Political Quarterly*, Sep. 1972, Vol. 25, Issue 3, p. 464-490.

Winn, Peter, *Tejedores de la revolución: los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo* (Santiago: LOM, 2004; original en inglés, 1986).

Winn, Peter (editor), *Victims of the Chilean Miracle: Workers and Neoliberalism in the Pinochet Era, 1973-2002* (Durham & Londres: Duke University Press, 2004).

Winn, Peter, Cristóbal Kay, "Agrarian Reform and rural Revolution in Allende's Chile", *Journal of Latin American Studies*, Vol. 6, No. 1, May 1974.

Witker, Alejandro, *Salvador Allende cercano* (México: Universidad Autónoma Chapingo, 1990).

Wright, Tomas, *Latin America in the Era of the Cuban Revolution* (Westport, Connecticut: Praeger, 2001).

Yofré, Juan Bautista, *Misión argentina en Chile (1970-1973): los registros secretos de una difícil gestión diplomática* (Santiago: Sudamericana, 2000).

Zeichmeister, Elizabeth, "What's Left and Who's Right? A Q-method Study of Individual and Contextual Influences on the Meaning of Ideological Labels", *Political Behavior*, Vol. 28, No. 2, (2006), pp. 151-173.

Zeitlin, Maurice, *The Civil Wars in Chile (or the Bourgeois Revolutions that Never Were)* (New Jersey: Princeton University Press, 1984).

Zubok, Vladislav, *A Failed Empire: The Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev* (Chapel Hill, North Carolina: The University of North Carolina Press, 2007).

## Tesis

Berliner, Ivonne, "Chilenas de sectores medios con valores conservadores como sujetos políticos: 1964-1989" (Tesis doctoral, Universidad de Chile, 2005).

Casals, Marcelo, "Anticomunismos, política e ideología en Chile. La larga duración de la 'Campaña del Terror' de 1964" (Tesis de Magíster, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2012).

Dufner, Georg, "Chiles Entwicklung, der Kalte Krieg und politische Experimente. Beziehungen in Politik und Wirschaft zwischen der Bundesrepublik Deutschland und Chile, 1949 bis 1980" (Tesis doctoral, Freie Universität Berlin, 2012).

Hove, Mark, "Losing a Model Democracy: Salvador Allende and U.S.-Chilean Relations, 1945-1970" (Tesis doctoral, University of Florida, 2009).

Mazo, Bernardita, "Relaciones internacionales entre Chile y Brasil, 1963-1973" (Tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2002).

Medina, Cristián, "Chile y la integración latinoamericana: política exterior, acción diplomática y opinión pública" (Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2003).

Palieraki, Eugénia, "Histoire critique de la 'nouvelle gauche' latino-américaine: Le Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) dans le Chili des années 1960" (Tesis doctoral, Université Paris I, 2009).

Thomas, Jack Ray, "Marmaduke Grove: A Political Biography", (Tesis doctoral, The Ohio State University, 1962).

## Películas y documentales de televisión

Guzmán, Patricio, *La Batalla de Chile* (Chile, Cuba, Francia: 1975, 1976, 1978).
Habegger, Andrés, *Imagen Final* (Argentina, Chile, Dinamarca, Suecia: 2008).
Kaulen, Patricio, *Largo viaje* (Chile: 1967).
*Secretos de la Historia* (Chile: Canal 13, 2003).
*TVN, 40 años* (Chile: Televisión Nacional, 2009).

## Sitios web

Archivo Histórico Gabriel Valdés, <http://www.ahgv.cl>

Díaz, José, Rolf Lüders y Gert Wagner, *La república en cifras* (Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Economía, EH Clio Lab-Iniciativa Científica Milenio, 2010), <http://www.economia.puc.cl/cliolab>

Ministerio del Interior y Seguridad Pública, Programa de Derechos Humanos, <http://www.ddhh.gov.cl/fallosagosto2010.html>

Neruda, Universidad de Chile, <http://www.neruda.uchile.cl>

# Siglas y acrónimos

| | |
|---|---|
| API | Acción Popular Independiente |
| APRA | Alianza Popular Revolucionaria Americana |
| APS | Área de Propiedad Social |
| CENOP | Centro de Estudios de la Opinión Pública |
| CUT | Central Única de Trabajadores |
| CERA | Centros de Reforma Agraria |
| CEPAL | Comisión Económica para América Latina |
| CIA | *Central Intelligence Agency* |
| CODE | Confederación de la Democracia |
| CORA | Corporación de la Reforma Agraria |
| CORFO | Corporación de Fomento de la Producción |
| CORMU | Corporación de Mejoramiento Urbano |
| CORVI | Corporación de la Vivienda |
| DINA | Dirección de Inteligencia Nacional |
| DIRINCO | Dirección de Industria y Comercio |
| ENU | Escuela Nacional Unificada |
| FACH | Fuerza Aérea de Chile |
| FECH | Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile |
| FEUC | Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Chile |
| FEUC-V | Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso |
| FOCH | Federación Obrera de Chile |
| FRAP | Frente de Acción Popular |
| GAP | Grupo de Amigos Personales |
| INDAP | Instituto de Desarrollo Agropecuario |
| ITT | *International Telephone & Telegraph* |
| JAP | Juntas de Abastecimiento y Precios |
| MAPU | Movimiento de Acción Popular Unitaria |
| MIR | Movimiento de Izquierda Revolucionaria |

| | |
|---|---|
| MOPARE | Movimiento Patriótico de Renovación Gremial |
| MCR | Movimiento Campesino Revolucionario |
| OEA | Organización de Estados Americanos |
| OLAS | Organización Latinoamericana de Solidaridad |
| OTAN | Organización del Tratado del Atlántico Norte |
| PIR | Partido de Izquierda Radical |
| PADENA | Partido Democrático Nacional |
| SED | *Sozialistische Einheitspartei Deutschlands* (Partido Socialista Unificado, República Democrática Alemana) |
| SOFOFA | Sociedad de Fomento Fabril |
| SNA | Sociedad Nacional de Agricultura |
| TVN | Televisión Nacional de Chile |
| UCV | Universidad Católica de Valparaíso |
| UNCTAD | *United Nations Conference on Trade and Development* |
| USOPO | Unión Socialista Popular |
| VOP | Vanguardia Organizada del Pueblo |

# Índice de nombres y temas

## A

# B

# C

# D

# E

# F

# G

# H

# I

# J

# K



# L

# M

# N

# O



# P

# Q



# R

## S

# T

# U

# V

# W

# X



# Y



# Z